



IAN KERSHAW **DECISIONES TRASCENDENTES**

DE DUNKERQUE A PEARL HARBOR (1940-1941)
EL AÑO QUE CAMBIÓ LA HISTORIA

Península
Atalaya

DECISIONES TRASCENDENTALES

Hitler decide atacar la Unión Soviética. Japón decide aprovechar la 'Oportunidad Dorada' Mussolini decide quedarse con su parte del botín. Roosevelt decide ayudar a Gran Bretaña. Stalin decide confiar en Hitler. Roosevelt decide entrar en guerra sin una declaración formal. Japón decide entrar en guerra. Hitler decide declarar la guerra a EEUU.

Kershaw analiza los motivos, las diferentes personalidades enfrentadas y las consecuencias de todas las decisiones para la vida de millones de seres humanos. Asimismo, analiza las fuerzas que llevaron a los líderes a actuar, pero también la importancia de las personalidades particulares. Churchill, luchando por la catástrofe de Francia; Hitler ordenando la invasión de la URSS, a pesar del fracaso de Alemania para vencer a Gran Bretaña; Stalin confiando en Hitler y dejando a su país abierto a la Operación Barbarroja; Roosevelt aceptando la idea revolucionaria de que el lend-lease podría mantener a Gran Bretaña en la guerra; el alto comando japonés eligiendo atacar los EE.UU. incluso sabiendo que era un error. Esta obra mira en el terrible corazón de la edad moderna e intenta entender las decisiones que cambiaron o acabaron con la vida de millones de personas.

Título Original: *Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941*

Traductor: Escartín, Ana

©2007, Kershaw, Ian

©2008, Península

ISBN: 9788483078235

Generado con: QualityEbook v0.84

IAN KERSHAW

Decisiones trascendentales

DE DUNQUERQUE a Pearl Harbour (1940 – 1941)

El año que cambió la historia

Traducción de Ana Escartín

Ediciones Península

Barcelona

Primera edición: abril de 2008.

© de la traducción: Ana Escartín Arilla, 2008

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., Ediciones Península,

DEPÓSITO LEGAL: B. 12.938 – 2008.

ISBN: 978 – 84 – 8307 – 823 – 5.

Contenido

LISTADO de ilustraciones

Listado de mapas

Agradecimientos

Dramatis persona

Prólogo

1. Londres, primavera de 1940

Gran Bretaña decide seguir combatiendo

2. Berlín, verano y otoño de 1940

Hitler decide atacar la Unión Soviética

3. Tokio, verano y otoño de 1940

Japón decide aprovechar la «oportunidad de oro»

4. Roma, verano y otoño de 1940

Mussolini decide llevarse su parte

5. Washington D.C., verano de 1940-primavera de 1941

Roosevelt decide echar una mano

6. Moscú, primavera-verano de 1941

Stalin decide que él sabe más

7. Washington D.C., verano-otoño de 1941

Roosevelt decide librar una guerra no declarada

8. Tokio, otoño de 1941

Japón decide ir a la guerra

9. Berlín, otoño de 1941

Hitler decide declarar la guerra a Estados Unidos

10. Berlín/Prusia Oriental, verano-otoño de 1941

Hitler decide matar a los judío

Epílogo

Notas

Bibliografía

Índice onomástico

LISTADO DE ILUSTRACIONES

FUENTE INDICADA ENTRE PARÉNTESIS

(VER Capítulo “Ilustraciones” tras el “Epílogo”.

1. Rendición de los soldados de infantería francesa, mayo de 1940 (akg-images)
2. Tropas aliadas, Dunquerque, 1940 (archivo Alinari)
3. Churchill con lord Halifax en Downing Street, 1940 (akg-images/ullstein bild)
4. Gran almirante Erich Raeder (akg-images)
5. Hitler y Franco en una estación de la frontera francesa, octubre de 1940 (akg-images/ullstein bild)
6. Molótov con Ribbentrop en Berlín, 1940 (akg-images)
7. Tanques blindados japoneses en el sur de China, 1941 (akg-images/ullstein bild)
8. Príncipe Fumimaro Konoe (akg-images)
9. Firma del Pacto Tripartito en Berlín, septiembre de 1940 (archivo Alinari)
10. Concentración por la entrada de Italia en la guerra, junio de 1940 (akg-images)
11. Mussolini, Hitler, Ciano y Ribbentrop, octubre de 1940 (akg-images/ullstein bild)
12. Fuego de artillería italiana sobre posiciones griegas, marzo de 1941 (akg-images/ullstein bild)
13. Roosevelt hablando con Cordell Hull, 1940 (akg-images)
14. George C. Marshall y Henry L. Stimson (Time Life Pictures/Getty Images)
15. Stalin y Molótov (akg-images)
16. Soldados soviéticos capturados, junio de 1941 (Roger-Viollet/Top foto)
17. Tanques soviéticos encallados, verano de 1941 (Topfoto)
18. Franklin D. Roosevelt y sir Winston Churchill a bordo del Buque de Su Majestad Prince of Wales, agosto de 1941 (AP/Empics).
19. General Tojo Hideki (Bettmann/Corbis)
20. Emperador Hirohito pasando revista a la tropa, diciembre de 1941 (akg-images)
21. Ataque aéreo japonés a Pearl Harbor, 7 de diciembre de 1941 (akg-images)
22. Columna nazi avanzando hacia Moscú, 1941 (Topfoto)
23. Tanque blindado alemán cerca de Moscú, 1941 (AP/Empics)
24. Hitler declara la guerra a EEUU, 11 de diciembre de 1941 (akg— images)
25. Heinrich Himmler (Time Life Pictures/Getty Images)
26. Reinhard Heydrich (Corbis)
27. Masacre de Babi Yar, Polonia, octubre de 1941 (archivo Hulton/Getty Images)
28. Hombres y mujeres buscan entre los muertos tras las ejecuciones en masa de Lemberg, julio de 1941 (akg-images)

LISTADO DE MAPAS

1. EUROPA occidental, 1940
2. Extremo Oriente, 1940 – 1941
3. Los Balcanes, 1940 – 1941
4. El Atlántico Norte, 1941
5. El frente oriental, 1941

MAPAS



Europa occidental, 1940

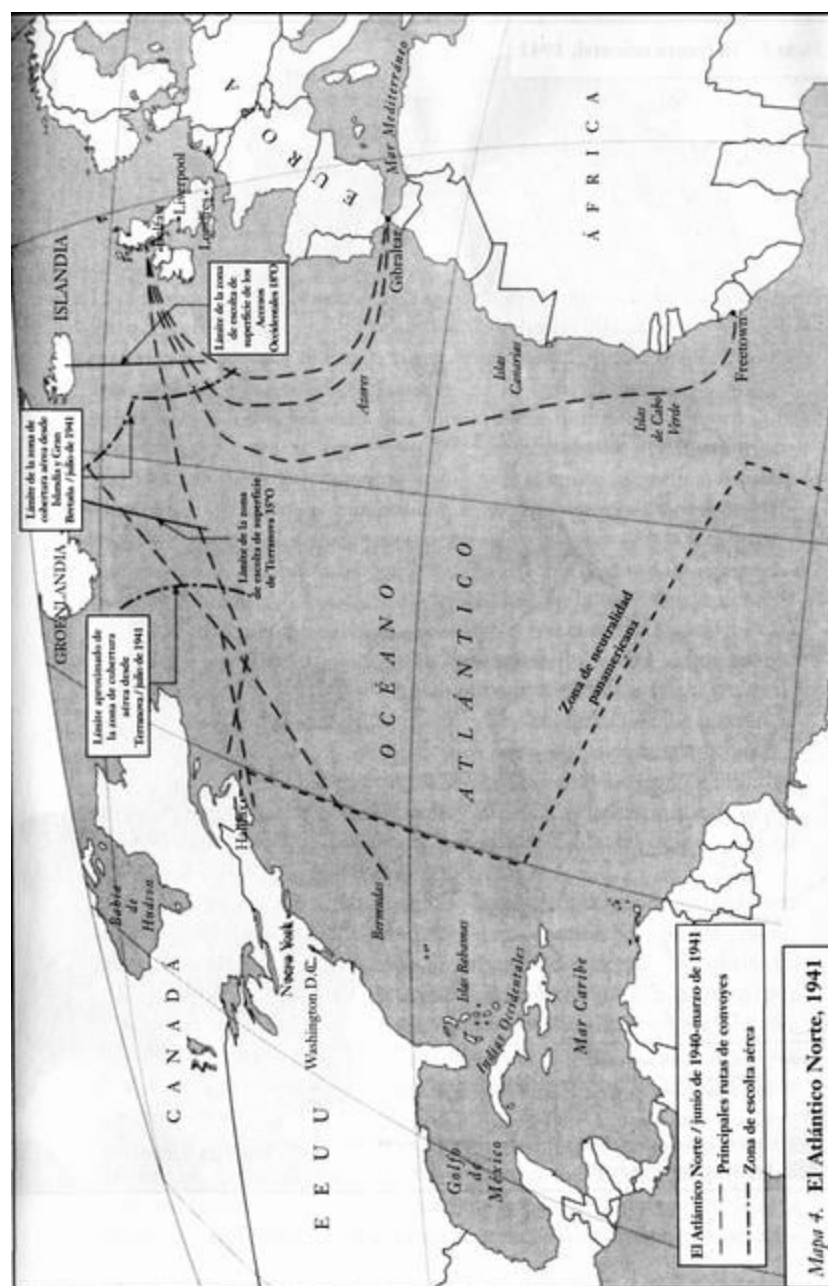


Extremo Oriente, 1940 – 1941

Mapa 3. Los Balcanes, 1940-1941



Los Balcanes, 1940 – 1941



El Atlántico Norte, 1941

Mapa 5. El frente oriental, 1941



El frente oriental, 1941

AGRADECIMIENTOS

UNA conversación casual en la cocina de casa me dio la idea para este libro. Laurence Rees había venido a Manchester para discutir conmigo los principios de la futura serie de televisión *Auschwitz. The Nazis and the «Final Solution»*, la tercera en la que trabajábamos juntos. Mientras esperábamos a que hirviera el agua, Laurence comentó que, si fuera historiador, le gustaría escribir un libro sobre el año 1941, según él el año más trascendental de la historia contemporánea. Aquella idea dio en el clavo, si bien era evidente que los cruciales acontecimientos de 1941 —especialmente la invasión alemana de la Unión Soviética (que desencadenó la veloz carrera hacia el genocidio a gran escala de los judíos), el ataque japonés a Pearl y la entrada de Estados Unidos en la guerra europea— eran la consecuencia lógica de una serie de decisiones vitales que se habían derivado del sorprendente triunfo de Hitler en Europa occidental en primavera de 1940. Un estudio de la interacción de las decisiones clave tomadas por los dirigentes de las principales potencias durante los extraordinarios meses transcurridos entre mayo de 1940 y diciembre de 1941 comenzó a adquirir forma embrionaria en mi mente. Así pues, mi primer agradecimiento caluroso se lo debo a Laurence como responsable del impulso inicial para emprender esta obra.

Como suele ocurrir, en el camino he ido contrayendo muchísimas otras deudas de gratitud, y esta breve enumeración sólo puede constituir una muy somera expresión de mi agradecimiento. No obstante, quiero mencionar muy en particular a la Leverhulme Foundation, por cuya generosidad me siento una vez más profundamente agradecido. No en vano, una buena parte del libro fue escrita durante el último año de una generosísima ayuda que me liberó de mis compromisos universitarios.

La ardua labor de orientarme dentro de un territorio muy poco familiar para mí que tuve que atravesar durante las fases de investigación y de redacción se vio mitigada gracias a la posibilidad de recurrir a los expertos conocimientos de algunos colegas. Estoy sumamente agradecido a David Reynolds, que hizo muy útiles comentarios al borrador inicial y compartió conmigo algunos de sus profundos conocimientos sobre Churchill y las relaciones de Gran Bretaña con Estados Unidos. Patrick Higgins fue sumamente amable al permitirme ver su trabajo inédito sobre R. A. Butler e hizo valiosísimas observaciones sobre la crisis de mayo de 1940. MacGregor Knox, aparte de su magnífico trabajo sobre la Italia fascista, no sólo respondió a algunas preguntas muy concretas sobre las Fuerzas Armadas italianas, sino que, en una muestra de absoluta generosidad, me facilitó fotocopias de los diarios epistolares inéditos de Roatta. El difunto Derek Watson (en particular), Robert Davies, Robert Service, Moshe Lewin y, en Moscú, Serguéi Slutsch fueron de gran ayuda en todo lo relativo a Stalin y la Unión Soviética. Patrick Renshaw, Richard Carwardine y Hugh Wilford respondieron a mis dudas sobre el funcionamiento de la Administración Roosevelt. En Tokio, Maurice Jenkins y la señora Owako Iwama demostraron una enorme eficacia a la hora de buscar los materiales que yo les solicitaba. Y también recibí consejos muy útiles de Ken Ishida y, más cerca de casa, de Sue Townsend y Gordon Daniels. En un terreno más familiar, Otto Dov Kulka en Jerusalén me obsequió como siempre con sus valiosas reflexiones sobre la desgarradora cuestión de la ofensiva nazi contra los judíos. También saqué gran provecho de una conversación sobre el nacimiento de la «solución final» con Edouard Husson, un historiador más joven de la Alemania nazi, cuyo espléndido trabajo será pronto con toda seguridad ampliamente conocido. También disfruté

mucho de mis discusiones, durante mi estancia en Friburgo, con Gerhard Schreiber, Jürgen Förster y Manfred Kehrig. A todos estos colegas y amigos quiero ofrecer mi más sincero agradecimiento. Naturalmente, ellos no son responsables de ningún error o imprecisión que pueda existir en lo que yo he escrito.

Una parte del capítulo 2 apareció como contribución al homenaje a Jeremy Noakes (*Nazism, War and Genocide*, Exeter, 2005), y debo agradecer a su editor, Neil Gregor, y al servicio de publicaciones de la Universidad de Exeter que accedieran a su inclusión en esta obra.

La falta de competencia lingüística supuso para mí un grave inconveniente y una enorme frustración a la hora de realizar mi investigación para los capítulos dedicados a la Unión Soviética, Japón y, en cierta medida, Italia (en cuyo caso el latín y el francés me ayudaron a captar lo esencial, pero no a adquirir una comprensión detallada). Por eso estoy enormemente agradecido a mi buen amigo Constantine Brancovan (sometido a una enorme presión temporal) y a Christopher Joyce, que me ayudaron de buen grado y con enorme eficacia traduciendo para mí importantes documentos en ruso; a Darren Ashmore por facilitarme traducciones de algunas obras en japonés; y a Anna Ferrarese por traducir con total prontitud algunos materiales en italiano que necesitaba.

El personal de la biblioteca de la Universidad de Sheffield, y especialmente la sección de préstamo interbibliotecario, que tuvo que trabajar incansablemente ante mis numerosas peticiones, me ofreció, como siempre, una ayuda muy cordial y sumamente eficiente. Y también fui atendido de la mejor forma posible en la Oficina Pública de Documentación (ahora rebautizada como Archive Nacional Británico), la British Library y la biblioteca de la London School of Economics, e Churchill Centre de Cambridge, el Borthwick Institute de York, la biblioteca de la Universidad de Birmingham, el Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes de Berlín, el Bundesarchiv/Militärarchiv de Friburgo y el Institut für Zeitgeschichte de Múnich.

Quisiera dar las gracias a mis colegas, tanto en tareas académicas como de secretariado, del excelente Departamento de Historia de la Universidad de Sheffield por su apoyo corporativo. Es para mí un gran placer expresar muy especialmente mi gratitud una vez más a Beverley Eaton, mi veterana (y estoica) ayudante personal, que fue de gran ayuda al ocuparse de localizar obras desconocidas y misteriosas así como de hacer frente, con legendaria gentileza y eficiencia (si no siempre con legendaria paciencia), a toda una variedad de asuntos que, de no haber sido por ella, me habrían quitado un tiempo precioso. Además, ella se encargó de recopilar por mí la Lista de Obras Citadas, lo que constituyó una gran ayuda.

También quisiera dar las gracias una vez más a mi agente, el extraordinario Andrew Wylie, por su constante e inestimable ayuda y consejo, y al maravilloso equipo de Penguin, tanto en Londres como en Nueva York, que hicieron del hecho de publicar en este sello en particular algo muy especial. Agradezco a Cecilia Mackay la tarea de localizar las ilustraciones. Y mis editores, Simón Winder en Londres y Scott Moyers en Nueva York, en representación de todos los que han participado en el proceso de publicación, merecen un agradecimiento especial tanto por su ánimo constante como por sus agudas y atentas críticas.

Finalmente, como siempre, el último agradecimiento va dirigido a mi familia. Sin ellos, escribir libros de historia no supondría para mí ninguna satisfacción. Por eso, quiero expresar toda mi gratitud —y, por supuesto, todo mi amor— a Betty, a David, Katie, Joe y Ella, y a Stephen, Becky y Sophie por todo lo que han hecho y siguen haciendo para ayudarme en mi trabajo, pero también, y ante todo, para recordarme en todo momento el sentido exacto de las prioridades.

IAN KERSHAW

Manchester/Sheffield, noviembre de 2006

DRAMATIS PERSONAE

SÓLO se mencionan aquí los actores más destacados de los principales países inmersos en el drama que nos ocupa, con una breve indicación de su cargo y posición durante los Cruciales acontecimientos de 1940 – 1941.

GRAN BRETAÑA

ATTLEE, CLEMENT. Líder del Partido Laborista desde 1935; lord del Sello Privado en el Gabinete de Guerra de Churchill.

CADOGAN, SIR ALEXANDER. Subsecretario permanente de Asuntos Exteriores (jefe c personal diplomático).

CHAMBERLAIN, NEVILLE. Primer ministro desde 1937 hasta su dimisión el 10 de mayo 1940; a partir de entonces, lord presidente del Consejo y miembro del Gabinete de Guerra hasta que una grave enfermedad lo obligó a dimitir de su puesto en el Gobierno (y de la dirección del Partido Conservador) pocas semanas antes de su muerte el 9 de noviembre de 1940.

CHURCHILL, WINSTON. Nombrado primer ministro el 10 de mayo de 1940 después de u década de alejamiento de la política; asumió también el cargo de ministro de Defensa. Líder del Partido Conservador tras la dimisión de Chamberlain.

CRIPPS, SIR STAFFORP. Embajador en la URSS desde mayo de 1940.

GREENWOOD, ARTHUR. Número dos del Partido Laborista desde 1935; ministro sin carter responsable de los asuntos económicos, en el Gabinete de Guerra de Churchill.

GORT, MARISCAL DE CAMPO LORD. Comandante en jefe de la Fuerza Expediciona Británica que tomó la decisión en mayo de 1940 de retirarse a Dunquerque para emprender la evacuación.

HALIFAX, LORD. Secretario de Exteriores desde 1938 hasta su nombramiento como embajad británico en Estados Unidos en enero de 1941.

LLOYD GEORGE, DAVID. Antiguo primer ministro (1916 – 1922), visto por algunos (incluid él mismo) en 1940 como posible jefe del Gobierno si se lograba llegar a un acuerdo de paz con Alemania.

LOTHIAN, LORD. Embajador británico en Washington; expuso las dificultades financieras d Gran Bretaña a los estadounidenses en noviembre de 1940, lo que llevó a dar los primeros pasos que conducirían al programa de préstamo y arriendo; murió al mes siguiente.

SINCLAIR, ARCHIBALD. Líder del grupo parlamentario liberal desde 1935; secretario d Estado del Aire en el Gobierno de Churchill; participó en las deliberaciones del Gabinete de Guerra a finales de mayo de 1940.

ALEMANIA

BRAUCHITSCH, MARISCAL DE CAMPO WERNER VON. Comandante en jefe del Ejército de Tierra desde 1938 hasta diciembre de 1941.

DÖNITZ, CONTRALMIRANTE KARL. Comandante de la flota de submarinos alemanes.

EICHMANN, ADOLF. Jefe de la Sección de Asuntos Judíos en la Oficina Central de Seguridad del Reich; responsable ante Heydrich de organizar la deportación de los judíos; en la práctica, «gestor» de la «solución final».

FRANK, HANS. Gobernador general de la Polonia ocupada.

GOEBBELS, JOSEPH. Ministro de Instrucción Popular y Propaganda del Reich desde marzo 1933.

GÖRING, HERMANN. Comandante en jefe de la Luftwaffe; comisario del Plan Cuatrien (desde 1936); sucesor designado de Hitler.

GREISER, ARTHUR. Jefe provincial del Gobierno y del Partido Nazi en la región anexionada de Polonia occidental con centro en Poznan conocida como el «Warthegau».

HALDER, CORONEL GENERAL FRANZ. Jefe del Estado Mayor del Ejército, responsable de la planificación estratégica terrestre.

HEYDRICH, REINHARD. Directamente subordinado a Himmler; jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich; a cargo de la ejecución de la «solución final de la Cuestión Judía».

HIMMLER, HEINRICH. Jefe de las SS desde 1929; nombrado jefe de la policía alemana en 1936; además, desde octubre de 1939, comisario del Reich para la Consolidación de la Nacionalidad Alemana (cargo que le proporcionó amplísimos poderes sobre el programa de reasentamiento poblacional en Europa oriental).

HITLER, ADOLF. Líder del Partido Nazi desde 1921; canciller del Reich (jefe del Gobierno alemán) desde enero de 1933; jefe del Estado desde agosto de 1934; con autoridad suprema y directa sobre el recién creado Alto Mando de la Wehrmacht desde febrero de 1938; oficialmente llamado únicamente «Führer» («líder») desde 1939; en la cúspide de su poder tras la victoria sobre Francia en 1940.

JODL, GENERAL ALFRED. Como jefe del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht, responsable del conjunto de la planificación estratégica; principal consejero de Hitler en materia de operaciones y estrategia militar; incondicional de Hitler.

KEITEL, MARISCAL DE CAMPO WILHELM. Jefe del Alto Mando de la Wehrmacht desde febrero de 1938, aunque completamente supeditado a Hitler en su cargo.

MÜLLER, HEINRICH. Jefe de la Gestapo desde 1937; directamente responsable ante Heydrich.

OTT, GENERAL EUGEN. Embajador en Tokio desde 1938.

RAEDER, GRAN ALMIRANTE ERICH. Comandante en jefe de la Armada alemana.

RIBBENTROP, JOACHIM VON. Ministro de Exteriores del Reich desde febrero de 1938.

ROSENBERG, ALFRED. Ministro del Reich para los Territorios Orientales Ocupados desde julio de 1941. SCHULENBURG, CONDE FRIEDRICH WERNER VON DER. Embajador en Moscú

desde 1934.

WARLIMONT, GENERAL DE DIVISIÓN WALTER. Jefe de la Sección de Defensa Nacional del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht desde noviembre de 1938; directamente subordinado a Jodl.

WEIZSÄCKER, ERNST VON. Secretario de Estado en el Ministerio de Exteriores alemán desde marzo de 1938; Jefe del cuerpo diplomático; mantenía una tensa relación con Ribbentrop.

JAPÓN

HIROHITO. Emperador desde que sucedió a su padre, Yoshihito, en 1926; símbolo deificado de la era «Showa», o era de la «insigne paz».

KIDO KOICHI, MARQUÉS. En su calidad de lord Guardián del Sello Privado desde el 1 de junio de 1940, principal consejero del emperador.

KONOE FUMIMARO, PRÍNCIPE. Primer ministro en 1937, cuando comenzó la guerra contra China; dimitió en enero de 1939, pero fue nombrado primer ministro de nuevo en julio de 1940; dimitió otra vez (nominalmente) junto con todo el Gobierno en julio de 1941 y fue designado primer ministro por tercera vez; dimisión definitiva ante el fracaso de sus políticas el 16 de octubre de 1941.

KURUSU SABURO. Antiguo embajador en Alemania, enviado a Washington como emisario especial en noviembre de 1941 para ayudar a Nomura a explorar las posibilidades de evitar la guerra.

MATSUOKA YOSUKE. Firme partidario del Eje y voluble ministro de Exteriores entre julio de 1940 y julio de 1941, cuando fue obligado a dejar su cargo.

NAGANO OSAMI, ALMIRANTE. Jefe del Estado Mayor de la Armada.

NOMURA KICHISABURO. Embajador en Estados Unidos desde abril de 1941.

OIKAWA KOSHIRO, ALMIRANTE. Ministro de la Armada entre septiembre de 1940 y octubre de 1941.

OSHIMA HIROSHI. Embajador en Alemania partidario del Eje, 1938 – 1939; asumió el cargo de nuevo en febrero de 1941.

SHIMADA SHIGETARO. Sucedió a Oikawa como ministro de la Armada en octubre de 1941.

SUGIYAMA GEN, GENERAL. Ministro de la Armada en 1937; después, jefe del Estado Mayor de la Armada.

TOGO SHIGENORI. Antiguo embajador en Berlín y Moscú; nombrado ministro de Exteriores en el Gobierno de Tojo como sucesor de Toyoda en octubre de 1941.

TOJO HIDEKI, GENERAL. Antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército Guandong; ministro del Ejército en la segunda Administración de Konoe; nombrado primer ministro en octubre de 1941.

TOYODA TEIJIRO. Viceministro de la Armada en 1940; sucesor de Matsuoka como ministro de Exteriores entre julio y octubre de 1941.

YAMAMOTO ISOROKU, ALMIRANTE. Antiguo viceministro de la Armada; cerebro del plan para atacar Pearl Harbor; comandante de la flota de ataque.

YONAI MITSUMASA, ALMIRANTE. Predecesor de Konoe como primer ministro entre enero y

julio de 1940.

YOSHIDA ZENGO, ALMIRANTE. Ministro de la Armada entre julio y septiembre de 1940 (cuando dimitió debido a una grave enfermedad).

ITALIA

ALFIERI, DINO. Embajador en Berlín desde mayo de 1940; más aceptable para los dirigentes alemanes que Attolico.

ATTOLICO, BERNARDO. Embajador en Berlín desde 1935 hasta que su posicionamiento ar intervencionista llevó a Hitler a solicitar su destitución a finales de abril de 1940.

BADOGLIO, MARISCAL PIETRO. Estuvo al mando del victorioso Ejército italiano en Abisinia en 1935 – 1936; jefe del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas desde 1925 y, como tal, principal consejero militar de Mussolini; dimitió en diciembre de 1940 tras el descalabro de Grecia.

CAVAGNARI, ALMIRANTE DOMENICO. Jefe del Estado Mayor de la Armada y subsecretario de la Armada hasta su destitución en diciembre de 1940.

CIANO, CONDE GALEAZZO. Ministro de Exteriores desde 1936; casado con la hija de Mussolini, Edda.

GRAZIANI, MARISCAL RODOLFO. Antiguo virrey de Abisinia; jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, 1939 – 1941; comandante italiano en el norte de África, 1940 – 1941.

JACOMONI, FRANCESCO. Gobernador de Albania desde 1939.

MUSSOLINI, BENITO. Líder del Partido Fascista desde 1919; jefe del Gobierno desde 1922 y, además, al mando de las Fuerzas Armadas como ministro de Guerra, de la Armada y del Aire desde 1933; en la cumbre de su popularidad y su control sobre el Estado italiano —alentados por el artificialmente fabricado culto al Duce— tras la victoria sobre Abisinia en 1936; en asuntos exteriores, sin embargo, cada vez más a la sombra de Hitler en 1940.

PRICOLO, GENERAL FRANCESCO. Jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, 1939 – 1941.

ROATTA, GENERAL MARIO. Subjefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra desde 1939 hasta 1941.

SODDU, GENERAL UBALDO. Subsecretario de Guerra desde 1939 y subjefe del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas desde junio de 1940; el más leal consejero militar de Mussolini; sustituyó a Visconti Prasca como comandante en Albania en noviembre de 1940, pero no tardó en dar muestras de su incompetencia en la campaña griega; dimitió por motivos de salud en enero de 1941.

VÍCTOR MANUEL III, REY DE ITALIA. Soberano desde 1900; también emperador de Abisinia y rey de Albania; jefe del Estado ante el que Mussolini era en última instancia responsable (como lo demostraría la expulsión del poder de este último y su arresto en julio de 1943).

VISCONTI PRASCA, GENERAL CONDE SEBASTIANO. Incompetente comandante militar en Albania, destituido en noviembre de 1940 como uno de los cabezas de turco por el fracaso de la ofensiva en Grecia.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

GREW, JOSEPH C. Altamente experimentado y hábil embajador en Japón durante mucho tiempo; uno de los más firmes defensores de los intentos de calmar la creciente crisis en 1941.

HOPKINS, HARRY. Extremadamente enérgico «arregla-todo» de Roosevelt, pese a estar gravemente enfermo; próximo al presidente, miembro de su habitual «círculo interno» y en ocasiones encargado de misiones especialmente importantes como enviado personal.

HORNBECK, STANLEY K. Consejero jefe de Cordell Hull sobre Extremo Oriente y firme partidario de la línea dura en su interpretación de la amenaza procedente de Japón.

HULL, CORDELL. Secretario de Estado desde 1933; firme seguidor de los principios de autodeterminación y cooperación internacional establecidos por el presidente Woodrow Wilson al final de la Primera Guerra Mundial, pero empujado paulatinamente hacia la línea dura a lo largo de las prolongadas negociaciones con Japón en 1941.

ICKES, HAROLD L. Secretario de Interior e intervencionista a ultranza.

KNOX, FRANK. Secretario de la Armada desde junio de 1940; junto con Stimson correligionario republicano, presionó a favor de una política de defensa más firme que la que Roosevelt estaba dispuesto a adoptar.

MARSHALL, GENERAL GEORGE. Jefe del Estado Mayor del Ejército desde 1938; excelente organizador, firme defensor y encargado de un enorme y rápido aumento del tamaño del Ejército entre el inicio de la guerra europea y el episodio de Pearl Harbor.

MORGENTHAU, HENRY. Secretario del Tesoro; firme partidario de la ayuda económica a Gran Bretaña; encargado de organizar la producción de guerra.

ROOSEVELT, FRANKLIN D. Investido presidente en enero de 1933; reelegido en 1936; elegido de nuevo para un tercer mandato sin precedentes en noviembre de 1940; preocupado principalmente por la recuperación interna después de la Gran Depresión hasta finales de los años treinta, pero a partir de entonces, cada vez más inquieto por la amenaza planteada por Alemania y Japón, encargó el inicio de lo que acabaría convirtiéndose en un inmenso programa armamentístico.

STARK, ALMIRANTE HAROLD. Jefe de Operaciones Navales desde 1939; defensor clave de la propuesta de dar prioridad al Atlántico frente al Pacífico.

STEINHARDT, LAURENCE. Embajador en la Unión Soviética desde 1939.

STIMSON, HENRY L. Secretario de Guerra desde junio de 1940; firme defensor de la intervención estadounidense en la guerra.

WELLES, SUMNER. Subsecretario de Estado y muy próximo a Roosevelt, lo que provocó cierto antagonismo en sus relaciones con Hull.

UNIÓN SOVIÉTICA

BERIA, LAVRENTI. Jefe de la NKVD (policía secreta) desde 1938; a cargo de la seguridad

interior.

DEKANOZOV, VLADIMIR. Embajador soviético en Alemania desde diciembre de 1940.

GOLIKOV, GENERAL FILIP. Jefe de la inteligencia militar soviética.

MALENKOV, GUEORGUI. Brazo derecho de Stalin en la Secretaría General del Partido Comunista y encargado de la burocracia del partido; tras la invasión alemana, a cargo de la evacuación de la producción industrial hacia el este y del abastecimiento del Ejército Rojo.

MAISKI, IVAN. Embajador en Londres desde 1932.

MERKULOV, VSEVOLOD. Comisario de la Seguridad Estatal (jefe de la red de inteligencia extranjera, que quedó separada en febrero de 1941 de la NKVD de Beria y siguió siendo independiente de la organización de la inteligencia militar).

MIKOYÁN, ANASTAS. Miembro del «círculo interno» de Stalin en el Politburó; responsable de comercio exterior.

MOLÓTOV, VIACHESLAV. Comisario de Asuntos Exteriores desde mayo de 1939 y, hasta el 1 de mayo de 1941, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (primer ministro del Gobierno).

OUMANSKI, KONSTANTIN. Embajador en Estados Unidos desde 1939.

STALIN, YOSIF. Secretario general del Partido Comunista; desde el 5 de mayo de 1941 presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo; indiscutible mandatario supremo de la Unión Soviética, con autoridad sobre los principales instrumentos de poder, tanto políticos como militares.

TIMOSHENKO, MARISCAL SEMIÓN. Comisario de Defensa desde mayo de 1941; responsable de la organización y el adiestramiento del Ejército Rojo.

VOROCHÍLOV, MARISCAL KLIMENT. Comisario de Defensa hasta mayo de 1940; consejero de Stalin en asuntos militares durante mucho tiempo.

ZHUKOV, MARISCAL GUEORGUI. Adquirió importancia como comandante durante el conflicto con las fuerzas japonesas en Mongolia en 1939; jefe del Alto Estado Mayor soviético desde enero de 1941.

DECISIONES TRASCENDENTES

PRÓLOGO

LA SEGUNDA Guerra Mundial cambió el rumbo del siglo xx en un proceso cuyas consecuencias todavía se dejan sentir hoy en día. Y aquella guerra —la más atroz de la historia— se configuró, en buena medida, sobre la base de una serie de cruciales decisiones adoptadas por los líderes de las grandes potencias mundiales en tan sólo diecinueve meses, entre mayo de 1940 y diciembre de 1941. Estas son las dos ideas sobre las que se sustentan los capítulos que siguen.

Conforme el siglo xx se iba acercando a su fin, resultaba cada vez más evidente que el período clave de la centuria había sido el de la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto, la Primera Guerra Mundial constituyó la «catástrofe original»^[1]: arrasó regímenes políticos (los imperios ruso, austrohúngaro y otomano, todos cayeron a su paso), destruyó economías y dejó una dolorosa impronta en las mentalidades. Y sin embargo, las sociedades y estructuras políticas que emergieron después, altamente inestables y volátiles, tuvieron finalmente una vida muy corta. Debido al enorme coste social, económico y político de aquellos cuatro años al parecer vanos de cruenta carnicería, todavía era posible otra gran conflagración, y poco a poco ésta se fue tornando inexorable. La Segunda Guerra Mundial fue sin lugar a dudas la asignatura pendiente de la Primera. Pero este segundo gran conflicto no sólo fue más sangriento aún —costó más de cincuenta millones de vidas, entre cuatro y cinco veces el número estimado de muertos en la guerra de 1914 – 1918— y más global, estrictamente hablando; fue también más profundo, porque tuvo consecuencias a muy largo plazo y porque acabó remodelando las estructuras de poder en el mundo.^[2]

Tanto en Europa como en Extremo Oriente, las antiguas ansias de poder —de Alemania, Italia y Japón— se desmoronaron en medio de aquella vorágine de destrucción. Una combinación de bancarrota nacional y movimientos anticoloniales reavivados acabó con el imperio mundial británico. La China de Mao fue uno de los mayores beneficiarios de la caída de Japón y de la convulsa situación vivida en un Extremo Oriente devastado por la guerra. Y, sobre todo, las dos nuevas superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, ninguna de las cuales se encontraba en un gran momento antes de 1939, se servían ahora de sus arsenales nucleares para contenerse la una a la otra en una Guerra Fría que había de durar hasta la última década del siglo. La constelación de poderes a la que dio paso la Segunda Guerra Mundial no condujo a un tercer cataclismo bélico —para sorpresa y alivio de muchos de los que vivieron los primeros años de la Guerra Fría—, pero proporcionó el marco adecuado para la milagrosa recuperación tanto del continente europeo como de Extremo Oriente, y lo hizo, sorprendentemente, con los países derrotados, Alemania (al menos su mitad occidental) y Japón, como principales motores económicos.^[3] Sólo la caída del bloque soviético en 1989 – 1991, mucho más pacífica, en términos generales, de lo esperado, hizo entrar al mundo en su era posbélica. El impacto de la Segunda Guerra Mundial fue, pues, enorme, duradero y determinante.

La Segunda Guerra Mundial también cargó a la humanidad con el peso de una nueva y terrible palabra, relacionada igualmente con la que se ha acabado convirtiendo en otra de las características clave del siglo: genocidio.^[4] Y, aunque por desgracia no fue ni mucho menos el único ejemplo en un siglo sumido en la ignorancia, fue lo que más tarde se conocería como el «Holocausto» —el intento planificado por parte de la Alemania nazi de exterminar a once millones de judíos, un proyecto

genocida sin precedentes en la historia— lo que dejó una huella más perdurable y más profunda en las décadas siguientes. En términos de política del poder, el legado del Holocausto garantizó y legitimó la fundación del Estado de Israel, ampliamente respaldada en todo el mundo pero ferozmente atacada por los vecinos del nuevo país, que habían perdido parte de su territorio, una resolución que condujo inexorablemente a un caos interminable, y cada vez mayor, en Oriente Medio, con enormes implicaciones para el resto del mundo. Y en el terreno de las mentalidades, el Holocausto, que despierta un interés creciente conforme se va alejando en la historia, ha afectado profundamente a las percepciones sobre la raza, el origen étnico y el trato a las minorías. El contexto de la matanza de los judíos fue la Segunda Guerra Mundial; pero, más que eso, el asesinato de los judíos fue una parte intrínseca de la campaña bélica alemana. Este componente genocida inherente a la Segunda Guerra Mundial fue desempeñando un papel cada vez más importante en la configuración de la conciencia histórica en las décadas posteriores.

Antes de mayo de 1940 habían estallado dos guerras distintas, en continentes distintos. La primera era la encarnizada contienda que asolaba China desde el ataque de los japoneses en 1937. La segunda era la guerra europea, que había comenzado en 1939 con el ataque alemán a Polonia, al que sucedieron dos días más tarde las declaraciones de guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña y Francia. Las terribles atrocidades cometidas —por los japoneses en China y por los alemanes en Polonia— ya se habían convertido en sellos distintivos de ambos conflictos. Sin embargo, en primavera de 1940, el embate genocida que pronto había de producirse en Europa del Este todavía no estaba escrito. Y, aunque la guerra en Extremo Oriente constituía un motivo de preocupación fundamental para las potencias europeas y los Estados Unidos, seguía siendo hasta entonces distinta de la librada en Europa, que (aparte de Albania, bajo dominio italiano desde la invasión de abril de 1939) no se había extendido geográficamente más allá de algunas zonas de Europa central y oriental, en manos del ejército alemán. Por otra parte, en Japón, la guerra de Europa estaba abriendo los ojos a los más ambiciosos sobre las posibilidades de enormes ganancias que se estaban generando en Asia oriental, a costa, fundamentalmente, de la mayor potencia imperial, Gran Bretaña. Pero la expansión, como entendieron muy bien los dirigentes japoneses, hacía prever una posible confrontación no sólo con Gran Bretaña, sino, lo que resultaba todavía más peligroso, con los Estados Unidos. En Europa, la guerra también iba camino de extenderse. En otoño, Mussolini llevó la conflagración a los Balcanes con su ataque a Grecia. Y a finales de año, la determinación de Hitler de invadir la Unión Soviética la primavera siguiente se tradujo en una directiva militar firme. Entre tanto, la ayuda estadounidense a la castigada Gran Bretaña seguía creciendo. El mundo entero se estaba viendo arrastrado rápidamente a una única guerra de dimensiones formidables.

Los capítulos que siguen examinan una serie de decisiones políticas entrelazadas y con enormes y dramáticas consecuencias militares, tomadas entre mayo de 1940 y diciembre de 1941, que transformaron las dos guerras independientes en distintos países en una conflagración verdaderamente global, un conflicto colosal que tuvo el genocidio y la barbarie, expresada en magnitudes inauditas, como elementos centrales. Por supuesto, a la altura de diciembre de 1941 a la guerra todavía le quedaba mucho por recorrer. El transcurso del conflicto aún se iba a ver afectado por numerosos avatares. Obviamente, todavía se debían tomar otras decisiones cruciales, aunque de naturaleza estratégica y táctica principalmente. Y hacia el final de la guerra, una vez asegurada la supremacía aliada, las conferencias de Yalta y Potsdam establecerían el marco geopolítico del orden de posguerra, base de la Guerra Fría que estaba a punto de nacer. Sin embargo, en el transcurso de

los tres años y medio de guerra restantes iban a cristalizar, en lo esencial, las consecuencias de las decisiones tomadas entre mayo de 1940 y diciembre de 1941.^[5] Fueron, en efecto, decisiones cruciales... decisiones que cambiaron el mundo.

Las opciones escogidas por los líderes de Alemania, Gran Bretaña, la Unión Soviética, Estados Unidos, Japón e Italia —países con sistemas políticos muy diferentes y distintos procesos de toma de decisiones (dos fascistas, dos democráticos, uno comunista y otro burocrático autoritario)— se alimentaban entre sí y se hallaban interconectadas. ¿Cómo se adoptaron tales decisiones? Cada capítulo trata fundamentalmente de responder a esta pregunta. Ahora bien, inmediatamente surgen otros interrogantes relacionados con ella. ¿Qué influencias actuaron sobre los responsables de tales decisiones? ¿En qué medida fueron decisiones pre-formadas por las burocracias gubernamentales o configuradas por diferentes grupos de poder enfrentados dentro de las élites dirigentes ^[6] ¿Qué grado de racionalidad tuvieron esas decisiones —y eran decisiones que significaban *guerra*— en función de los objetivos de cada régimen y a la luz de las informaciones suministradas por sus servicios de inteligencia? ¿Qué papel desempeñaron los actores situados en el centro del proceso de toma de decisiones y qué características distintivas presentó dicho papel en los diversos sistemas políticos? ¿De qué grado de libertad disponían los líderes bélicos a la hora de tomar sus decisiones? ¿En qué medida fueron por el contrario fuerzas externas e impersonales las que condicionaron y limitaron tales elecciones? ¿Hasta qué punto el margen de maniobra en la toma de decisiones fue disminuyendo con el paso de aquellos meses? Dicho de otro modo, ¿en qué medida se redujo, o desapareció por completo, el espacio para la aparición de nuevas alternativas posibles en el transcurso de esos diecinueve meses? ¿Y qué consecuencias, a corto y largo plazo, tuvieron tales decisiones? Estas son algunas de las consideraciones presentes en las páginas que siguen.

Desde nuestra perspectiva actual, parece que lo ocurrido fuera inexorable. Al observar la historia de las guerras, tal vez en mayor medida que cuando nos aproximamos a la historia en general, sentimos un impulso teleológico prácticamente innato que nos lleva a suponer que la manera en la que las cosas sucedieron era la única posible. Uno de los objetivos de este libro es demostrar que no fue así. Cada capítulo enfoca la guerra como si nos encontrásemos tras el escritorio de un líder distinto, con vagas nociones de los planes del enemigo a nuestra disposición, el futuro abierto, varias opciones a las que hacer frente y una serie de decisiones por tomar. Una decisión implica que había opciones entre las que elegir, alternativas posibles. Para los actores en cuestión, incluso los más comprometidos ideológicamente (o intransigentes), entraban en juego consideraciones vitales, había cálculos cruciales que realizar, grandes riesgos que asumir. No había un camino ineludible que seguir. En cada caso, por tanto, el libro se pregunta por qué se eligió una opción particular y no otra distinta, y plantea explícitamente en la mayor parte de los casos la pregunta de qué habría sucedido a continuación de haber sido escogida la opción alternativa.

Esta *no* es una historia contrafactual o virtual al estilo de las que proponen un juego de adivinanzas intelectual consistente en estudiar un futuro lejano y pronosticar lo que podría haber pasado si determinado acontecimiento no hubiese tenido lugar. Siempre intervienen demasiadas variables como para hacer de ésta una línea provechosa de investigación, por muy fascinante que la especulación pueda resultar. Sin embargo, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que los historiadores operan implícitamente con planteamientos contrafactuales a corto plazo por lo que respecta a sucesos o transformaciones inmediatas relevantes. De lo contrario, son incapaces de determinar enteramente el significado de lo que realmente sucedió. Así pues, las alternativas que

aquí se examinan no se presentan como pronósticos a largo plazo o reflexiones del tipo «*what ifs*», sino como análisis realista de las consecuencias a corto plazo de posibles decisiones distintas a las que de hecho se tomaron. Dicho de otro modo, evaluar las opciones que existían detrás de cada decisión particular contribuye a ilustrar por qué se tomó precisamente esa decisión en particular.

Son diez las decisiones examinadas. Tres de ellas, las que tuvieron probablemente mayores repercusiones, fueron tomadas por el régimen de Hitler: atacar la Unión Soviética, declarar la guerra a Estados Unidos y asesinar a los judíos. El estudio exhaustivo de tales decisiones revela el papel predominante de Alemania como principal fuerza impulsora del curso de los cruciales acontecimientos que estamos rastreando. Japón se hallaba en segunda posición, sólo por detrás de Alemania, como potencia dinámica desencadenante de acontecimientos, hecho que los dos capítulos dedicados a las decisiones niponas tratan de poner de relieve. Las decisiones esencialmente reflejas de Gran Bretaña, la Unión Soviética y, de otra manera (con consecuencias autodestructivas), Italia se abordan en capítulos separados, mientras que el papel crecientemente decisivo desempeñado por Estados Unidos requiere dos apartados enteros. Otras decisiones distintas de las analizadas aquí, por ejemplo la de la España de Franco o la Francia de Vichy de negarse a entrar en la guerra al lado del Eje, tuvieron, en comparación con las trascendentales resoluciones examinadas a continuación, una importancia claramente menor.

Podría afirmarse, desde luego, no sin razón, que lo que configuró el mundo de posguerra de manera más radical fue una decisión tomada casi al final de la Segunda Guerra Mundial: lanzar las bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. No obstante, también en este caso había sido necesaria una decisión previa —encargar la fabricación de la bomba atómica—, que se remontaba a los decisivos meses de 1940 y 1941. Sobre la base del trabajo previo y del incremento de los fondos para la investigación tras la caída de Francia en verano de 1940, científicos estadounidenses, con la ayuda de los descubrimientos de algunos físicos refugiados en Gran Bretaña, dejaron establecido en otoño de 1941 el marco fundamental para la fabricación de una bomba. A un altísimo precio, y con la necesaria intervención de muchos de los científicos de mayor talento de Estados Unidos, el presidente Franklin D. Roosevelt decidió seguir adelante con su construcción un día antes de que las bombas japonesas llovieran sobre los barcos de guerra estadounidenses atracados en Pearl Harbor. Sin aquella decisión, la bomba no habría estado lista para que el presidente Harry S. Truman recurriera a ella en los últimos días de la guerra, en agosto de 1945.^[7] Sin embargo, cuando se dictó el encargo de investigar sobre la fabricación de una bomba atómica, su uso último no dejaba de ser una idea tremendamente remota.

Cada una de las decisiones analizadas en los próximos capítulos tuvo consecuencias que determinaron las decisiones posteriores. Así pues, a medida que el relato va pasando de un país a otro se sigue una secuencia lógica de acontecimientos e implicaciones en cadena, así como un patrón cronológico progresivo. El libro se inicia con la decisión de Gran Bretaña en mayo de 1940 de permanecer en la guerra.

Lejos de ser una decisión obvia, e incluso inevitable, tal y como nos han llevado a creer los acontecimientos posteriores (y ciertos trabajos históricos realmente convincentes),^[8] el Gabinete de Guerra pasó tres días deliberando seriamente sobre las opciones existentes, con un nuevo primer ministro tratando todavía de familiarizarse con su recién adquirida posición, con el Ejército británico aparentemente derrotado en Dunquerque, sin perspectivas inmediatas de ayuda por parte de Estados Unidos y con una muy previsible invasión alemana en el futuro próximo. La decisión finalmente

adoptada, no tratar de alcanzar una solución negociada, tuvo consecuencias directas y de largo alcance no sólo para Gran Bretaña, sino también para Alemania.

Aquella única decisión, de hecho, puso en peligro toda la estrategia bélica de Hitler. Con Gran Bretaña negándose a entrar en razón (desde el punto de vista del *Führer*), con la guerra en el oeste sin concluir y con el fantasma de Estados Unidos en un segundo plano, aunque cada vez más cerca, Hitler se vio forzado ya en julio de 1940 a comenzar los preparativos para exponerse a una guerra en dos frentes con la invasión de la Unión Soviética al año siguiente. Pero sólo transcurrieron seis meses hasta que los planes de emergencia se convirtieron en una directiva de guerra concreta. Durante ese tiempo, no hubo una ruta directa hacia la guerra con Rusia. No en vano, Hitler se mostraba titubeante e inseguro. En aquel intervalo se exploraron toda una serie de alternativas estratégicas que fueron, sin embargo, sucesivamente descartadas. Aquellas decisiones de verano y otoño de 1940, vistas desde detrás del escritorio de Hitler y evaluadas con los ojos de sus asesores, conforman la materia del capítulo 2.

La extraordinaria victoria alemana sobre Francia y la entonces previsible caída de Gran Bretaña alertaron a las autoridades japonesas sobre las posibilidades que había que aprovechar sin demora con la expansión por el sureste asiático. En el capítulo 3, la escena se traslada, pues, a Extremo Oriente y a la decisión de avanzar hacia el sur, que suponía inevitablemente arriesgarse a desencadenar el conflicto con Estados Unidos y que presagiaba así el camino directo hacia Pearl Harbor emprendido el año siguiente.

La pronta caída de Francia también tuvo consecuencias inmediatas y de gran alcance en Europa. El capítulo siguiente se ocupa de las opciones con las que contaban los líderes italianos cuando Mussolini aprovechó el derrumbe de Francia para llevar a su país a la guerra, sumiendo a los Balcanes en el caos con la desastrosa decisión de atacar Grecia. La determinante posición de Estados Unidos se examina en el capítulo 5: cómo Roosevelt hubo de caminar por la cuerda floja entre el sentimiento aislacionista y la presión intervencionista y cómo acabó optando, en interés de Estados Unidos, no sólo por ayudar a Gran Bretaña con todos los medios pacíficos posibles, sino por prepararse con la mayor rapidez para la entrada directa de su país en el conflicto.

El siguiente capítulo aborda uno de los episodios más desconcertantes de la guerra, con consecuencias que podían haber sido fatales para la Unión Soviética: la decisión de Stalin de hacer caso omiso de todas las advertencias y de las inequívocas averiguaciones de su propio servicio de inteligencia sobre la inminente invasión alemana, dejando a su país sin preparación alguna y en medio del caos cuando se produjo el ataque el 22 de junio de 1941.

A partir de entonces, el camino hacia la guerra global duró poco, aunque no estuvo libre de nuevos giros en los acontecimientos. El capítulo 7 examina la desafiante decisión de la Administración estadounidense de llevar a cabo una «guerra no declarada» en el Atlántico, aprovechando que Hitler no estaba dispuesto a contraatacar mientras se hallara inmerso en su empresa en Rusia. A continuación (capítulo 8) se estudia la insólita decisión de los japoneses de atacar a Estados Unidos, pese a ser plenamente conscientes de la inmensidad del riesgo, sabedores de que las posibilidades a largo de plazo de una victoria final eran muy reducidas si no se lograba un golpe inmediato y completamente fulminante. Este hecho tuvo una influencia directa sobre la decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos, tomada inmediatamente después del ataque a Pearl Harbor y considerada durante mucho tiempo como una de las más sorprendentes de la Segunda Guerra Mundial. Con aquella decisión, analizada en el capítulo 9, el mundo quedó envuelto en

llamas.

Pero todavía falta por examinar una decisión —o conjunto de decisiones— de distinta naturaleza, aunque inextricablemente unida a la propia guerra e intrínseca a ella: la decisión, adoptada de forma gradual pero inexorable a lo largo del verano y el otoño de 1941, de matar a los judíos. En el último capítulo se aborda el complejo fenómeno de la transición de las acciones genocidas parciales y limitadas al genocidio total, un proceso de impulsos entrelazados nacidos en el núcleo del régimen nazi y sus agencias «sobre el terreno» en los campos de la muerte de Europa del Este que desembocó, en los primeros meses de 1942, en la «solución final» a gran escala.

A finales de 1941, diecinueve meses después del lanzamiento de la ofensiva alemana en Europa occidental, el enfrentamiento se había convertido en un conflicto global y genocida. La guerra estaba en aquel momento en el filo de la navaja. El avance alemán, bien es cierto, se había visto frenado por la primera contraofensiva soviética de gran envergadura, pero la Wehrmacht estaba resistiendo los peores padecimientos que el Ejército Rojo y el despiadado invierno ruso podían infligirle (por el momento) y pronto iba a empezar a recuperar su fuerza, dispuesta a seguir haciendo grandes progresos hasta el otoño de 1942; En el Atlántico, los submarinos alemanes lograrían un éxito sin precedentes en la primera mitad del año 1942. Durante un tiempo pareció que los Aliados estaban perdiendo la guerra en el mar. En Europa y Extremo Oriente, las potencias del Eje todavía disponían de recursos económicos de vital importancia.^[9] Y, lo que constituía un motivo constante de enojo para Stalin, los angloamericanos todavía no habían abierto ni mucho menos el prometido segundo frente. El enorme poderío industrial estadounidense todavía no había desarrollado el armamento a una escala que hiciera posible la derrota de Alemania y Japón. Las fuerzas japonesas, entre tanto, habían hecho formidables avances en Extremo Oriente, y en febrero de 1942 tomaron Singapur, considerada durante mucho tiempo el bastión de la pujanza británica en el sureste asiático. El camino hacia la conquista de la India, corazón del Imperio Británico, parecía abierto. Las potencias del Eje todavía despuntaban como las más poderosas. Sólo desde nuestra perspectiva actual se puede constatar que su formidable apuesta se encontraba ya al borde del fracaso, que habían superado el límite de sus posibilidades y que, con la plena intervención en la contienda de la potencia estadounidense, sumada ahora a la extraordinaria tenacidad de la Unión Soviética y a la última gran demostración de resistencia por parte de Gran Bretaña y del Imperio Británico, su derrota final se iría tomando poco a poco inexorable.^[10]

Hasta aquel momento clave de 1945 en el que, inmediatamente después del suicidio de Hitler, se produjo la rendición de una Alemania devastada y a continuación el Japón imperial se vio empujado a la capitulación, quedaba todavía un largo y tortuoso recorrido. Millones de vidas habían de perderse en el camino; la destrucción alcanzaría cotas jamás conocidas en la historia. El final estaba muy lejos, pero el trayecto hacia él había quedado delimitado por las cruciales decisiones tomadas en 1940 y 1941.

1. LONDRES, PRIMAVERA DE 1940

Gran Bretaña decide seguir combatiendo

El P[rimero]M[inistro] no quería ningún acercamiento a Musso. Resultaba inconcebible que Hitler accediera a cualquier condición que nosotros pudiéramos aceptar, aunque si podíamos salir de aquel aprieto renunciando a Malta y Gibraltar y a algunas colonias africanas él se habría lanzado al vuelo. Pero el único camino seguro consistía en convencer a Hitler de que no podía derrotarnos [...]. Halifax sostenía que no se perdía nada poniendo a prueba a Musso y viendo cuál era el resultado. Si las condiciones eran intolerables, siempre podíamos rechazarlas.

Diario de Neville Chamberlain, 26 de mayo de 1940

«ES posible que a las generaciones futuras les resulte llamativo que el supremo dilema sobre si debíamos seguir combatiendo en solitario nunca encontrase un lugar en la agenda del Gabinete de Guerra. Era algo que esos hombres de todos los partidos del Estado daban por sentado y consideraban natural, y estábamos demasiado ocupados como para gastar nuestro tiempo en asuntos tan irreales y teóricos».[11] Son palabras de Winston Churchill en sus memorias sobre la Segunda Guerra Mundial. Unas memorias que tuvieron una enorme influencia en la configuración de la imagen que acabaría generalizándose de la guerra, así como en la creación del mito de que Gran Bretaña, sola, en medio de la adversidad, pero con voluntad indomable, nunca cejó en el empeño de continuar la lucha contra la poderosa, triunfante y terriblemente amenazadora Alemania. Normalmente resulta muy difícil, conociendo el final del relato, evitar interpretar la historia hacia atrás, partiendo del desenlace. Dado el enorme poder de la narrativa de Churchill y el excepcional papel que éste desempeñó, es especialmente complicado olvidarse de lo que sucedió después: el desafío nacional personificado en la grandilocuente retórica de sus discursos de verano de 1940, la victoria en la «Batalla de Inglaterra» y la creciente ayuda americana. Churchill sabía muy bien que no fue eso lo que sucedió en los oscuros días de mayo de 1940. En ocasiones, la historia vista «desde antes» y no «desde después» revela sorpresas. En cualquier caso, es menos obvia, más «desordenada» o confusa de lo que posteriormente pueda parecer. Y así lo fue a mediados de mayo de 1940.

Aquella fue una época tremendamente agitada. La Fuerza Expedicionaria Británica en el norte de Francia y Bélgica parecía derrotada, el antaño poderoso Ejército galo se tambaleaba ante la embestida alemana, no había posibilidad alguna de recibir ayuda inmediata de Estados Unidos ni, de forma directa y efectiva, del Imperio, y las defensas en el interior se hallaban en una muy precaria situación cuando la perspectiva de una invasión se hizo realidad. En tales circunstancias, habría resultado insólito que el Gobierno británico considerase de verdad que la cuestión de si el país podía o debía seguir luchando era un asunto «irreal y teórico» que no merecía la pena discutir. Y de hecho, aunque Churchill omitiera cualquier referencia a ello, el debate más serio y prolongado del Gabinete de Guerra fue precisamente el mantenido en torno a dicha cuestión: ¿debía Gran Bretaña seguir luchando, o tenía que admitir que, debido a la grave situación por la que estaba atravesando, el mejor camino consistía en explorar las condiciones que se habían de plantear para lograr un acuerdo?[12] Esta fue la trascendental decisión a la que se enfrentaron los líderes británicos durante

tres cruciales días de finales de mayo de 1940. El desenlace tuvo profundas consecuencias no sólo para Gran Bretaña, sino, de forma más amplia, para el curso de la guerra en los años sucesivos.

I

Cómo acabó Gran Bretaña en un aprieto tal que se llegó a contemplar la posibilidad de buscar el acuerdo desde una posición de gran debilidad —lo que prácticamente habría significado reconocer su derrota— es una cuestión que, como es natural, se ha venido examinando y analizando exhaustivamente desde entonces. Ya en 1940, un manifiesto ampliamente leído y muy influyente, *Guilty Men*, responsabilizaba directamente a quienes desde el Gobierno británico habían escogido el peligroso, y a la larga contraproducente, camino del apaciguamiento con Hitler durante los años treinta.^[13] Los personajes más destacados dentro del reparto de los culpables eran el austero y remilgado, aunque agudo e incisivo, Neville Chamberlain, primer ministro entre mayo de 1937 y mayo de 1940, y el altísimo y algo carente de sentido del humor lord Halifax, ministro de Exteriores —antiguo virrey de la India y avezado diplomático—, que permaneció en el mismo puesto bajo la Administración Churchill. La historia nunca los ha perdonado. La vergüenza de «Múnich» en 1938 cuando Gran Bretaña y su aliada, Francia, claudicaron ante el acoso de Hitler y le cedieron una parte sustancial de Checoslovaquia, ha quedado asociada para siempre con Chamberlain. A menudo se prefiere olvidar que el apaciguamiento, hasta Múnich, había sido enormemente popular en Gran Bretaña, incluso entre aquellos que, a la luz de los acontecimientos posteriores, acabaron uniéndose al grupo de sus principales detractores y más severos críticos. El Gobierno británico, en su intento de apaciguar a Hitler, cometió sin duda graves errores de cálculo, si bien éstos han de situarse dentro del marco de los problemas de muy difícil resolución que acuciaban a Gran Bretaña a medida que se iba adquiriendo conciencia de la inminente amenaza representada por Hitler.

Los extenuantes problemas estructurales sufridos por Gran Bretaña durante el período de entreguerras giraban en torno a una tríada de aspectos interrelacionados: economía, Imperio y rearme. Juntos, tales problemas hicieron que la debilitada Gran Bretaña se hallara en tan baja forma cuando los dictadores empezaron a lucir sus músculos que no pudo hacer frente a su creciente poder.

Gran Bretaña salió de la Primera Guerra Mundial todavía como una gran potencia, aunque debilitada en buena medida bajo la superficie. A pesar de que seguía siendo acreedora mundial, con préstamos en teoría pendientes con el Imperio y con sus aliados de guerra de mil ochocientos cincuenta millones de libras en 1920, sus deudas con Estados Unidos ascendían a cuatro mil setecientos millones de dólares, lo que constituía un indicador del giro operado en el equilibrio económico del poder, que sólo con el tiempo revelaría la creciente dependencia de Gran Bretaña con respecto a su hermano del otro lado del Atlántico. Incluso la Armada británica, todavía la mayor del mundo, tenía que ver en la Marina de Estados Unidos, en vertiginoso progreso, a un futuro rival. Y las dificultades en la India, Egipto y, más cerca de casa, Irlanda, estaban poniendo a prueba sus limitados recursos militares.^[14] Con los dominios de Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica dando también señales crecientes de independencia, el Imperio estaba empezando a desmoronarse.

La magnitud de los problemas permaneció en gran parte oculta durante los años veinte, mientras el país se recuperaba del trauma de la guerra pese a las numerosas adversidades acaecidas. Con todo, bajo la superficie algo iba mal.[15] Todas, las industrias clave que habían constituido la base de la prosperidad británica de preguerra —carbón, hierro, acero, construcción naval, sector textil— trataban denodadamente de hacer frente a un prolongado declive. El desempleo registró cifras relativamente altas a lo largo de la década. Gran Bretaña importaba más y exportaba menos.[16] Aun así, junto al estancamiento o el declive había también signos de asentamiento de nuevas industrias y, fuera de las decrepitas ciudades y grandes urbes industriales, los últimos años veinte fueron testigos de un brevísimo repunte de la esperanza, la confianza y una relativa prosperidad.[17]

El estallido de la crisis económica mundial en 1929 lo cambiaría todo rápidamente. Aquella tremenda sacudida puso fin al crecimiento económico del sector industrial. La miseria social y la agitación política no tardaron en aparecer. En Gran Bretaña, las repercusiones de la caída de la Bolsa de Wall Street de octubre de 1929 marcaron el comienzo de la crisis política y de una larga depresión económica. No obstante, indirectamente, las consecuencias globales se iban a revelar muchísimo más peligrosas. En el Extremo Oriente, el rápido despertar nacionalista, militarista e imperialista japonés después de 1931, y en Europa, el ascenso del nazismo entre 1930 y 1933 fueron, en buena medida, producto de la crisis económica. Ambos fenómenos supusieron para Gran Bretaña, ya de por sí económicamente debilitada, nuevos y graves peligros estratégicos que añadir a la potencial amenaza en el Mediterráneo, todavía no materializada, procedente de la Italia de Mussolini.

Las nuevas y ambiciosas potencias totalitarias de Europa y el Extremo Oriente —Alemania, Italia y Japón— tenían gran interés en cuestionar y «revisar» (o derrocar) el orden internacional establecido tras la Primera Guerra Mundial. Todas tenían la sensación de ser una nación desposeída, lo que generaba en ellas un gran resentimiento y les hacía mostrarse tenaces y decididas a alcanzar su legítimo «lugar bajo el sol». Todas miraban hacia Gran Bretaña, Francia y otras potencias imperiales y aspiraban a su propia fracción del Imperio, a la hegemonía política que iba asociada a la codiciada categoría de gran potencia y al orgullo nacional, así como a la autosuficiencia económica, que, en medio de una crisis esencial del capitalismo que puso de manifiesto las incertidumbres y las injusticias inherentes a la economía de mercado internacional, parecía ofrecer la única vía hacia la prosperidad nacional sostenida. Probablemente los otros países no iban a ofrecer voluntariamente las adquisiciones territoriales necesarias para la formación de los nuevos imperios, de modo que, como en el caso de los viejos, los de Gran Bretaña y otras grandes potencias, tendrían que ser tomados por la fuerza, o «por la espada», como solía decir Hitler.

Los intereses británicos eran exactamente los contrarios. En tanto que suprema nación próspera, su preocupación fundamental era conservar su Imperio mundial. Eso significaba adhesión al orden de posguerra, en cuya creación Gran Bretaña había desempeñado un papel fundamental. Significaba, asimismo, la puesta en valor de la cooperación internacional para mantener la seguridad y también la negociación diplomática de los problemas que pudieran surgir. Y, por encima de todo, significaba la concesión de prioridad a la paz. Las medidas preventivas internacionales y el compromiso de desarme evitarían que el mundo volviera a sumirse en la masacre de 1914 – 1918. Ya sólo el reciente y terriblemente doloroso recuerdo de los millones de muertos de la guerra así lo exigía.

Desde la posición de una potencia mundial victoriosa, y todavía pujante, no resultaba difícil reivindicar un nuevo orden basado en los principios liberales, los acuerdos internacionales y el

comercio exterior. Desde la posición estratégica de las naciones desposeídas, este nuevo orden, precisamente, era desfavorable y, en términos políticos, humillante. El recuerdo de los muertos en la guerra exigía, para un número cada vez mayor de ciudadanos de esos países, decir no a la aceptación pasiva de las condiciones de los vencedores, no a la conformidad con las reglas económicas urdidas en su perjuicio, no a la debilidad que derivaba del desarme, no a la paz, y sí a la guerra: guerra para alcanzar la gloria nacional, para conseguir territorios que permitieran erigir una prosperidad duradera en el futuro y para reparar la humillación del pasado y la injusticia del presente.

Así pues, Gran Bretaña, junto con su principal aliada continental, Francia, asolada por la guerra y, al otro lado del Atlántico, con la pujante nueva potencia mundial, Estados Unidos, veía el acuerdo posbélico desde una óptica concreta, que era muy distinta de la de Italia, Japón y Alemania. Además, el orden de posguerra, diseñado dentro del marco del Tratado de Versalles de 1919 (y los sucesivos tratados de Saint-Germain y Trianon) en Europa y el Tratado de las Nueve Potencias, firmado en el marco de la Conferencia de Washington en 1922, para Extremo Oriente, parecía frágil. La negativa de Estados Unidos a respaldar el acuerdo en Europa con su incorporación a la Sociedad de Naciones, el organismo fundado para garantizar la cooperación internacional, no contribuyó precisamente a fomentar el optimismo sobre su perdurabilidad. Tanto en Extremo Oriente como en Europa, no obstante, el acuerdo siguió vivo a pesar de todo durante los años veinte. Japón, en tanto que miembro de la Sociedad de Naciones, no suponía amenaza alguna para los intereses europeos y americanos en Extremo Oriente y «parecía dispuesto a jugar con las reglas occidentales».[18] El propio Churchill descartó rotundamente la posibilidad de una guerra contra Japón. «No creo que exista la menor posibilidad de que suceda mientras vivamos —escribió en diciembre de 1924—. Japón está en el otro extremo del mundo. No puede amenazar nuestra seguridad vital de ninguna manera».[19] También en Europa las cosas daban señales de mejora. El orden de posguerra se vio fortalecido por el Tratado de Locarno de 1925, que fijaba por consenso internacional las fronteras occidentales del Reich, y por el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones al año siguiente. Ambos hechos se vieron impulsados por un excepcional estadista internacional de los años veinte, el ministro alemán de Exteriores Gustav Stresemann.[20] Pero las apariencias engañaban. La Gran Depresión hizo desaparecer de un plumazo el optimismo. Pronto, tanto en Extremo Oriente como en Europa, el orden de posguerra quedaría hecho jirones.

En Asia oriental, la debilidad británica quedó enseguida en evidencia ante las primeras manifestaciones de agresividad por parte de Japón, plasmadas en la ocupación de Manchuria en 1931 y los ataques a Shanghai al año siguiente. Los jefes del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas británicas advirtieron del peligro que corrían las posesiones y dominios del país, entre ellos la India, Australia y Nueva Zelanda. Sir Robert Vansittart, el poderoso subsecretario permanente de Asuntos Exteriores, escribió a comienzos de 1932 que «somos incapaces de frenar a Japón de ningún modo si realmente habla en serio», lo que significaba que «estaremos perdidos en Extremo Oriente a no ser que Estados Unidos esté dispuesto finalmente a hacer uso de la fuerza».[21] Pero no lo estaba: se limitaba a denunciar públicamente, en su propio perjuicio muchas veces, las acciones japonesas, y poco más. La estrategia británica, en realidad, favorecía a Japón con respecto a China, aunque trataba de lograr la cuadratura del círculo intentando aplacar a los chinos y a los americanos sin despertar suspicacias entre los japoneses y defendiendo al mismo tiempo la Sociedad de Naciones.[22] A comienzos de 1934, con Gran Bretaña todavía sumida en una grave depresión económica e imponiendo fuertes restricciones al gasto en las Fuerzas Armadas (al cual se oponían de

todos modos los principales partidos y la opinión pública, contrarios al rearme), el ministro de Economía, Neville Chamberlain, precisó que la amistad de Japón era más importante para Gran Bretaña que la amistad de Estados Unidos, la buena voluntad de China o la de sus amigos de la Sociedad de Naciones.^[23] El camino hacia el apaciguamiento en Extremo Oriente estaba trazado. Por aquel entonces, Japón ya no era miembro de la Sociedad, y no se podía obviar la presencia de un nuevo peligro, más próximo y más serio.

En la crucial fase inicial de establecimiento del control total sobre Alemania por parte del régimen nazi, las autoridades del Foreign Office no acertaban a comprender la lógica de Hitler. ¿Era acaso el demonio de *Mi lucha*, cuyo mandato llevaba inexorablemente no sólo a la perturbación diplomática sino, en última instancia, a la guerra? ¿O finalmente el agitador se calmaría dejando paso a un político «normal» en lo tocante a los asuntos exteriores? Mientras todavía estaban tratando de decidirse, Hitler aprovechó las diferencias insuperables entre Gran Bretaña y Francia en torno al rearme alemán para sacar a su país de la Sociedad de Naciones. Al igual que Japón en Extremo Oriente, Alemania, el componente más impredecible de todo el conjunto europeo, ni siquiera trataba ya de aparentar que defendía la doctrina de la Sociedad sobre la seguridad colectiva. El desarme, por el que apostaban tanto los políticos británicos como la opinión pública, estaba muerto. Era evidente que Alemania se estaba rearmando en secreto lo más rápidamente posible, y ya nadie ponía en duda que la creciente fuerza alemana suponía una amenaza mayor que la de Japón o la de la Italia fascista. Pero en Gran Bretaña la autocomplacencia se unía a la grave situación económica y a las dificultades políticas derivadas del hecho de plantear una propuesta de rearme frente a una opinión pública hostil, lo que condujo a la inmovilidad, el abandono y la política de «confiar en la suerte».

La desidia no tocó a su fin hasta que en marzo de 1935 Alemania, vulnerando el Tratado de Versalles, anunció que contaba con una fuerza aérea y que tenía planes para la formación de un gran ejército, y hasta que, algo más tarde, el ministro de Exteriores, sir John Simon, y Anthony Eden, lord del Sello Privado, trajeron de su visita a Berlín ese mismo mes la alarmante noticia de que el potencial aéreo alemán ya se encontraba al mismo nivel que el británico. Es cierto que Hitler había exagerado para llamar la atención, pero la conmoción en el Gobierno británico, y en la población en general cuando la noticia salió a la luz, era palpable. Fue entonces cuando se admitió, aunque tarde, la perentoria necesidad de emprender el rearme —algo que hasta la fecha sólo Churchill y una o dos solitarias y ridiculizadas voces habían estado reclamando—, necesidad que, sin embargo, seguía siendo rechazada por los círculos laboristas y liberales, y así lo fue hasta 1938. En cuanto al poderío aéreo, reconocido como nuevo elemento clave de la fuerza militar y aspecto en el que la amenaza enemiga se consideraba más letal, pasarían años antes de que se pudiera recuperar el terreno perdido, si es que era posible. Sobre esta debilidad se asentó por entero el intento de apaciguar a Hitler.

Apremiada por sus compromisos globales y en plena batalla por superar una larga depresión económica, Gran Bretaña, como era cada vez más obvio, no podía igualar, y mucho menos superar, al poderío militar alemán. Y también quedó patente que Gran Bretaña se enfrentaba a la perspectiva de una nueva guerra con Alemania al cabo de unos pocos años. Sin embargo, no cabía ninguna duda de que las Fuerzas Armadas británicas no estarían en condiciones de librar un conflicto semejante hasta que no se emprendiese un largo y arduo programa de rearme, tal vez no antes de 1942, más o menos.^[24] En su momento, el desarrollo de una fuerza aérea y el fortalecimiento de la Armada se llevaron a cabo a costa de la financiación del Ejército de tierra (lo que se dejaría notar en 1940),

pues se estaban realizando esfuerzos por controlar los gastos del rearme en respuesta a las exigencias de un presupuesto equilibrado y de la recuperación económica tras la Gran Depresión.[25]

Y si la debilidad militar británica quedó al descubierto, su fuerza diplomática sufrió un terrible revés a finales de 1935 en el intento, junto con su aliada Francia, de ganarse a un Mussolini erigido en agresor a costa de su víctima, Abisinia. La Sociedad de Naciones nunca se recuperó de aquel descalabro. En marzo de 1936, aprovechando el caos diplomático, Hitler hizo que sus tropas entraran en Renania sobrepasando la línea desmilitarizada. La autoridad alemana era ahora todavía mayor. Un miembro conservador del Parlamento, Robert Boothby, sintetizó buena parte de la opinión de la población, y también de la postura del Gobierno, al afirmar: «Nadie se cree que podamos aplicar medidas muy fuertes o rigurosas contra Alemania por haber colocado sus tropas en Renania».[26] El ministro de Exteriores, Anthony Edén, cuya respuesta se limitó a una protesta diplomática, reiteró el objetivo pacífico del Gobierno: «Es el apaciguamiento de Europa en su conjunto lo que está siempre sobre la mesa».[27] Tres meses más tarde, a principios de julio de 1936, el Gabinete reconoció que Gran Bretaña no podía hacer nada por ayudar a Europa del Este y que sólo opondría resistencia a la fuerza empleada contra el Imperio o contra territorios de Europa occidental.[28]

Cuando sustituyó a Stanley Baldwin como primer ministro en mayo de 1937, Neville Chamberlain heredó una política exterior dictada por la confusión, la incertidumbre y la inmovilidad, forzada cada vez más a asumir la debilidad militar británica y su incapacidad de hacer otra cosa que no fuera responder, con frecuencia tímidamente, a acontecimientos que venían determinados por los dictadores europeos. Chamberlain trataba ahora ostensiblemente de afrontar la cruda realidad y de idear una estrategia práctica sobre la base del reconocimiento de esa debilidad. Ello implicaba dar pasos activos para acomodar —o «apaciguar»— los intereses alemanes. Aunque realista con respecto a Gran Bretaña, Chamberlain se engañaba a sí mismo acerca de los propósitos de Alemania. Al igual que la mayoría de los observadores de la escena internacional, suponía que no eran más que propósitos típicamente nacionalistas. Creía, como tantos otros, que Hitler no era más que un defensor a ultranza de ciertos derechos territoriales en Europa central y oriental que no carecían por completo de legitimidad, y que podía, con buena voluntad y objetivos pacíficos por ambas partes, ser complacido por medio de la negociación. Si los objetivos nacionalistas alemanes se veían satisfechos, se podría evitar la guerra. «Comprar» a Hitler era el precio de la paz. Y ése era, para Chamberlain, un precio que merecía la pena pagar.

Fue esta premisa la que guio la odisea de 1938, cuando la crisis checa culminó en los dramáticos vuelos de Chamberlain a Alemania para tratar de alcanzar un acuerdo con Hitler y acabó dando lugar al Pacto de Múnich a finales de septiembre. Si existió o no la posibilidad de encontrar otro camino, aparte de la guerra, para salir de la crisis, es difícil de decir. En cualquier caso, no se probó ninguno. Churchill, cuyos ataques a la política exterior y de defensa del Gobierno habían ido ganando en contundencia desde mediados de los años treinta, era el principal defensor de una «gran alianza» con Francia y la Unión Soviética para disuadir a Hitler y resistir por la fuerza, si era necesario, cualquier agresión contra Checoslovaquia (vinculada mediante tratado a ambos países). La idea recibió un gran apoyo por parte de la izquierda, y también de la opinión pública, pero no del Gobierno. Chamberlain y su ministro de Exteriores, lord Halifax, cuya aversión por el comunismo bolchevique se mezclaba con un profundo recelo hacia las intenciones de Stalin y un gran desprecio por el Ejército Rojo, descartaron la posibilidad de cualquier alianza.

Probablemente, nada se habría conseguido con la «gran alianza» aunque ésta se hubiera acabado

fraguando. El dictador soviético aseguraba que sus tropas estaban listas para avanzar si Hitler emprendía la invasión, pero se trataba más de un intento de aparentar que de una intención verdadera. El Ejército Rojo, consumido por las purgas de Stalin, no emprendió los preparativos para una acción militar, y casi con toda seguridad le habría sido negado el paso por Polonia y Rumania.[29] En el oeste, en cualquier caso, Francia estaba tratando de ingeniárselas para sacudirse los compromisos adquiridos por su acuerdo con los checos, y Gran Bretaña no quería bajo ningún concepto verse obligada a apoyar una intervención francesa. Chamberlain sabía bien que el rearme era insuficiente para entrar en una guerra de grandes dimensiones, y que nada se podía hacer desde el punto de vista militar para salvar a Checoslovaquia. La guerra, no le cabía ninguna duda, pondría en peligro el Imperio. Los intereses británicos en Extremo Oriente ya se veían amenazados por la guerra de Japón contra China, en continua expansión desde su inicio el verano anterior. No en vano, el verano siguiente, un incidente inicialmente menor en Tientsin, al norte de China, que condujo a un pulso de varias semanas entre Gran Bretaña y Japón, obligó a la primera a reconocer que, según palabras de lord Halifax, «poco era lo que podíamos hacer al parecer en Extremo Oriente si Estados Unidos no se sumaba a nosotros».[30] En el Mediterráneo, la Italia fascista y una victoria cada vez más probable de Franco en la Guerra Civil española, librada desde verano de 1936, suponían un peligro creciente para la fortaleza británica. Chamberlain insinuó más tarde que no le habían dado opción. Gran Bretaña no estaba lista para la guerra; había que ganar tiempo. «De cualquier modo y sea cual sea el desenlace, está clarísimo que si hubiéramos tenido que luchar en 1938, los resultados habrían sido muchísimo peores —escribió a una de sus hermanas meses después de que la guerra estallase finalmente—. Sería precipitado profetizar el veredicto de la historia, pero si alguien accede a todos los documentos verá que yo me di cuenta desde el principio de nuestra debilidad militar e hice todo lo posible para aplazar la guerra, si no podía evitarla».[31]

Todavía hoy se discute si Chamberlain creía sinceramente que estaba ganando tiempo al entregar parte de Checoslovaquia a Hitler, o que había dado un paso crucial para asegurar la «paz para nuestro tiempo».[32] Tampoco podemos estar seguros de si la oportunidad perdida de combatir a Hitler en verano de 1938 era mejor que la que se presentó al año siguiente, cuando la guerra hubo de emprenderse de todos modos, y si una actitud de resistencia con respecto a Checoslovaquia podría haberse traducido en la caída de Hitler por medio de un golpe interno. La hipótesis más probable es en ambos casos negativa: que no se había perdido una ocasión mejor, y que Hitler no habría sido derrocado desde dentro. Con toda probabilidad, Checoslovaquia habría sido invadida rápidamente, tal y como indicaban los simulacros de combate, y Gran Bretaña y Francia habrían tenido que reconocer un hecho consumado o se habrían visto envueltas en la guerra desde una posición inicial más débil desde el punto de vista militar que en 1939. En cualquiera de los dos casos, el triunfo armado de la potencia alemana habría sido una posibilidad clara. Y debe ponerse en duda si la embrionaria oposición alemana habría estado suficientemente bien organizada como para actuar contra Hitler antes de que éste pudiera desbaratarla con una victoria sobre Checoslovaquia al tiempo que mantenía controladas a las potencias occidentales. Por muchas conjeturas que se hagan, lo cierto era, como con tanta vehemencia expresara Churchill ante la Cámara de los Comunes, que con el Pacto de Múnich «hemos sufrido una derrota total y absoluta»,[33] aunque lo cierto es que se trataba de una derrota nacida de una debilidad militar prolongada y del reconocimiento extremadamente tardío de la necesidad de rearmarse a toda velocidad, algo de lo que los sucesivos Gobiernos británicos, no sólo el de Chamberlain, habían de asumir la responsabilidad. Al menos ahora, al fin,

se aceleraría notablemente el proceso de rearme. En septiembre de 1939 Gran Bretaña todavía no era fuerte, pero en el terreno militar estaba en una posición algo mejor, en relación con la fuerza de las armas alemanas, que en la época de Múnich.

Una vez que Hitler hubo mostrado su verdadero rostro en marzo de 1939 al vulnerar el acuerdo de Múnich e invadir lo que quedaba de Checoslovaquia, el Gobierno británico tomó conciencia de que la guerra era inevitable. El compromiso sellado con Polonia a finales de ese mes confirmó de hecho que la guerra era ineludible, al dejar el destino de Gran Bretaña en manos polacas y alemanas. Los dramáticos acontecimientos de verano de 1939 se sucedieron a continuación de modo inexorable. Sólo cuando ya era tarde, y a regañadientes, admitieron Chamberlain y Halifax la necesidad de abordar la posibilidad de una alianza con Stalin. Pero se vieron eclipsados por Hitler una vez más. El célebre pacto Hitler-Stalin de 23 de agosto de 1939 vino a confirmar que la guerra no sólo era inevitable, sino inminente. Comenzó con la invasión de Polonia por parte de Alemania poco más de una semana después, el 1 de septiembre de 1939. Las declaraciones de guerra a Alemania por parte de británicos y franceses, que convirtieron el conflicto germano-polaco en una guerra europea general, se produjeron en el transcurso de los dos días siguientes. Chamberlain preveía un conflicto largo, pero confiaba en que Gran Bretaña acabaría imponiéndose.

Aquel cálculo se basaba en buena medida en la superioridad de los recursos económicos de los que disponía Gran Bretaña, que se suponía resultaría decisiva en una guerra prolongada, y en la que se percibía como gravísima inestabilidad de la economía alemana. Aquel optimismo latente sufrió muy poco desgaste durante los meses de inactividad militar en Europa occidental que vinieron a continuación... hasta la primavera de 1940, cuando se desvaneció por completo en el transcurso de unos pocos días.

II

El trueno se escuchó finalmente el 10 de mayo de 1940. Para los Aliados occidentales, Gran Bretaña y Francia, la pesada y amenazadora atmósfera de la «guerra ficticia» («*phoney war*») que se venía librando desde el otoño anterior daba paso ahora a la potente tormenta que todos predecían. Llevaba gestándose un mes, desde principios de abril, cuando las tropas de Hitler habían invadido Dinamarca y Noruega. Al amanecer de aquella mañana de mayo, la artillería alemana destacada en la frontera belga abrió fuego. La tan esperada ofensiva occidental había dado comienzo.

A un ritmo impresionante, vulnerando brutalmente la neutralidad holandesa y belga, el contingente alemán alcanzó la costa francesa la noche del 20 de mayo, después de cubrir cerca de doscientos cincuenta kilómetros en diez días. Las fuerzas aliadas, divididas en dos por el súbito e inesperado «golpe de hoz» («*Sichelschnitt*») del Ejército alemán mientras recorría el sur de Bélgica y el norte de Francia, fueron replegándose en medio del caos hacia la costa. Las últimas esperanzas aliadas de una contraofensiva se revelaron ilusorias el 24 de mayo. Boulogne cayó en manos de los alemanes. Calais quedó sitiada. El 25 de mayo el único puerto que todavía seguía abierto para los Aliados era Dunquerque. Al día siguiente, prácticamente la totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica y la mayor parte de las tropas francesas que todavía seguían combatiendo —en total, cerca

de trescientos cuarenta mil hombres— comenzaron a acudir a Dunquerque y sus alrededores, donde terminaron atrapados entre el mar y la primera línea alemana.

El destino quiso que el 10 de mayo, precisamente el día en el que Hitler abría su ofensiva occidental, Winston Churchill, el hombre que se erigiría en uno de sus más implacables adversarios, tomara posesión como primer ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Churchill había permanecido al margen de la política durante los años treinta. Pese a su amplia experiencia ministerial, que se remontaba a la Primera Guerra Mundial, era considerado por los líderes de las sucesivas administraciones del «Gobierno Nacional» (constituido por primera vez en 1931 durante la crisis económica como coalición de los principales grupos políticos y dominado por su propio partido, el conservador) como poco digno de confianza y demasiado independiente para desempeñar altas funciones. Recordado y no muy apreciado desde la izquierda política por su carácter reaccionario, era considerado una especie de aventurero heterodoxo por buena parte de sus correligionarios. Su responsabilidad en el desastre de Gallipoli durante la Primera Guerra Mundial no había sido olvidada. Ni tampoco su inconstancia política inicial, cuando desertó del Partido Conservador y se unió a los liberales para volver años después al redil. «Cambié dos veces de partido —parece ser que afirmó más tarde— y a la segunda, Baldwin [el primer ministro] me hizo ministro de Economía».[34] Como ministro de Economía no obtuvo un gran éxito. Sus «años al frente del erario —se ha afirmado— fueron sin duda los más pobres de su variada carrera. Su errática gestión financiera —considerada como demasiado ansiosa por controlar hasta el más mínimo detalle de la administración económica— lo desacreditó a los ojos de los políticos, mucho más sobrios, y dejó un erario debilitado que tenía que hacer frente a un período de verdaderas dificultades económicas».[35] Que era una figura «poco sólida» pareció demostrarlo una vez más su franca oposición a comienzos de los años treinta a la política de su partido de reforma constitucional limitada en la India y su firme apoyo al rey Eduardo VIII durante la crisis ocasionada por su abdicación en diciembre de 1936.

El sentimiento de que, pese a sus múltiples talentos, Churchill no era alguien en el que se pudiera confiar en cuestión de política se extendía entre buena parte de los miembros del Partido Conservador. Más de uno habría estado de acuerdo con el sentir personal de Stanley Baldwin, a la sazón primer ministro: «Cuando Winston nació, un montón de hadas descendieron en picado sobre su cuna cargadas de regalos: imaginación, elocuencia, laboriosidad, talento..., y entonces llegó un hada y dijo: “Ninguna persona tiene derecho a tantos regalos”, lo levantó y lo zarandeó y volteó de tal manera que de todos aquellos dones le fue negado el buen juicio y el entendimiento».[36] La idea de que Churchill no era digno de confianza tenía un notable eco dentro de su propio partido. Todavía en julio de 1939, el ochenta por ciento de los diputados llamados *backbencher* (aquellos que no tenían un cargo específico en el Gobierno o en la oposición) del sector conservador no querían ver a Churchill en el Gabinete.[37]

Churchill había sido en efecto un espíritu independiente. Se había servido con frecuencia de sus numerosos contactos, sus habilidades retóricas y periodísticas y su prestigio parlamentario para denunciar, regularmente y con un efecto cada vez mayor, la política británica en materia de defensa y rearme. Sus advertencias acerca del peligro reavivado procedente de Alemania se habían demostrado proféticas. Su implacable animadversión hacia el nazismo, constante desde el acceso al poder de Hitler, había hecho de él un firme opositor al apaciguamiento, uno de los pocos de su partido. Su condena del innoble y humillante Pacto de Múnich contrastó notablemente con la

desafortunada transigencia de Chamberlain ante las reivindicaciones de Hitler. Cuando la destrucción por parte de Hitler de lo que quedaba de Checoslovaquia en marzo de 1939 concienció a los británicos de que no estaba tratando de incorporar a los ciudadanos de origen germano a un gran Reich alemán, sino que se había lanzado a la conquista imperial, con la guerra en Europa convertida ya en realidad, Churchill propugnó en vano, como había hecho durante la creciente crisis del año anterior, una «gran alianza» que uniera a Gran Bretaña con la Unión Soviética y también con Francia como última oportunidad para atajar una nueva conflagración. [38] Y cuando, pese a todos los esfuerzos de los apaciguadores, estalló la guerra, se demostró que Churchill tenía razón. Su regreso al Gabinete, a su antiguo cargo de ministro de la Marina, el 3 de septiembre de 1939, el día de la declaración de guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña, fue, por tanto, bien recibido en muchos lugares, incluso entre sus antiguos opositores políticos. Churchill estaba de vuelta en los círculos más restringidos del poder político, lo que al parecer tuvo cierto efecto tranquilizador.

Convendría, sin embargo, no sobrevalorar la capacidad de influencia de Churchill en aquella época. Chamberlain seguía llevando firmemente las riendas y todavía era sumamente popular dentro de su partido durante lo que él llamó la «guerra en la penumbra» (*«twilight war»*). A lo largo de esos meses, los objetivos bélicos británicos, a excepción del de deshacerse de Hitler, se quedaron sin definir. El exceso de optimismo había generalizado una esperanza desproporcionada en que la crisis económica interna o una pugna por el poder derribaran a Hitler, dejando así abierto el camino hacia la restauración de las fronteras y el final del conflicto. Chamberlain, por su parte, fue más realista que muchos otros al vaticinar una guerra larga: unos tres años, pensaba. Aunque no confiaba en la posibilidad de una victoria rotunda, no pensaba que Hitler pudiera vencer a largo plazo, y esperaba que fuera derrocado desde dentro cuando los alemanes se dieran plena cuenta de ello. Había quienes querían poner fin al conflicto antes de que éste diese de verdad comienzo negociando con el Gobierno de Hitler. En otoño de 1939 Chamberlain recibió miles de cartas de ciudadanos anónimos que deseaban frenar la guerra por medio de una paz negociada. [39] Aunque no existía un «partido de la paz» como tal, distintos ciudadanos —principalmente conservadores y algunos nobles muy bien relacionados con personas que ocupaban puestos de responsabilidad— expresaron su deseo de una resolución pactada. [40] Pero el Gobierno no se mostró para nada dispuesto a seguir aquel camino. La «oferta de paz» hecha por Hitler el 6 de octubre de 1939, después de su triunfo en Polonia, fue rechazada sin la menor vacilación. [41]

De modo que el «siniestro trance» (como un preocupado Churchill lo calificaría más adelante) de la sombría guerra se prolongó durante los oscuros meses de invierno. [42] El insólito y optimista convencimiento del Gobierno británico de que Hitler acabaría perdiendo el poder o siendo derrotado —en cualquier caso, que no acabaría imponiéndose— seguía vivo. Pero también había una desazón latente, la sensación de que después de aquella sobrecogedora calma llegaría una gran tempestad. El siguiente movimiento de Hitler no podía tardar mucho en llegar. Y cuando lo hizo, en abril de 1940, fue para anticiparse a los planes británicos, tantas veces reiterados por Churchill, de minar las aguas escandinavas. El 4 de abril Chamberlain había tentado a la suerte al anunciar que, al no invadir Francia y Gran Bretaña en aquel momento, Hitler había «perdido el tren» [43] Aquel necio alarde de confianza demostró inmediatamente ser un completo desatino. Cinco días después, los alemanes invadían Dinamarca y Noruega, y a continuación tenía lugar la desastrosa campaña británica en este último país. La responsabilidad primera correspondía a Churchill, pero fue Chamberlain el que hubo de pagar el precio político. Ahora todos los dedos señalaban al primer ministro que había tratado de

apaciguar a Hitler. Churchill, cuyas advertencias desde los márgenes de la política se revelaban ahora tan sumamente proféticas, había ganado talla política. A principios de marzo, muchos miembros del partido de Chamberlain habían perdido su confianza en él como el líder que Gran Bretaña necesitaba en la guerra. Los grupos de la oposición aseguraban categóricamente que no trabajarían con él en un gabinete de guerra. El 10 de mayo, tras los malos resultados obtenidos en un voto de confianza en la Cámara de los Comunes, presentó su dimisión.

Los dos aspirantes a la sucesión eran Churchill y lord Halifax, ministro de Exteriores y, desde 1937, la figura más destacada del Gabinete después del propio primer ministro. Chamberlain apoyaba a Halifax. Y también lo hacían, aunque en privado (ya que el texto constitucional les impedía manifestar su opinión sobre la materia), el rey Jorge VI y la reina Isabel. También el Parlamento habría apoyado al parecer una candidatura de Halifax. Pasar de la Cámara de los Lores a la de los Comunes, algo que probablemente habría sido necesario, era una operación delicada, aunque no habría supuesto un problema insuperable. Sin embargo, Halifax acabó retirándose. Mucho se ha especulado sobre sus motivos.^[44] Lo más probable es que el profundo sentimiento de animosidad hacia Chamberlain que lo llevó a la dimisión empujara a su vez a Halifax a admitir también que no tenía madera de líder de guerra. De modo que el camino quedó despejado para alguien más belicoso, más dinámico, más tenaz —aunque también más imprevisible—: Churchill. Lo que habría deparado el destino si Halifax hubiera aceptado el cargo de primer ministro, que habría sido suyo si así lo hubiera querido, es imposible de determinar, pero sin duda su decisión de marcharse en aquel momento tuvo una importancia enorme en la decisión británica de seguir adelante con la guerra. La noche del 10 de mayo, Winston Churchill era ya primer ministro. En unas declaraciones tal vez algo desmesuradas hechas unos años más tarde, Churchill describía sus emociones: «Al fin tenía autoridad para dar instrucciones en toda la escena. Sentía como si estuviera caminando con el destino, y que toda mi vida pasada no había sido más que la preparación para aquel momento y aquella prueba».^[45]

La magnitud de la prueba quedaría muy pronto de manifiesto cuando, al cabo de dos semanas, el destino de Francia estaba pendiendo de un hilo y casi la totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica se hallaba en una situación crítica, al borde del cautiverio o la destrucción. Apenas alcanzado el poder, Churchill hubo de enfrentarse a la amenaza más seria que su país había sufrido en toda su larga historia. El peligro inminente imponía ahora al Gabinete de Guerra una de las decisiones más trascendentales que el Gobierno británico había tomado nunca: la elección entre abrir canales que condujeran a una paz negociada con Hitler y continuar luchando. No faltaron opiniones, algunas de ellas procedentes de círculos muy influyentes, que, aunque no sin reticencias, veían en una resolución negociada basada en condiciones de paz honrosas el único proceder sensato para Gran Bretaña en una situación de tal gravedad.^[46] El resultado de las deliberaciones del Gabinete de Guerra no era ni mucho menos evidente en un momento en el que el grueso del Ejército británico se encontraba abandonado a su suerte en las playas de Dunquerque.

No es fácil imaginar, a la luz de los acontecimientos posteriores, lo precario de la posición en la que se encontraba Churchill a mediados de mayo de 1940. Su control de la autoridad, que pronto se haría incuestionable, era todavía muy tenue. Los escaños conservadores no dieron muestra alguna de entusiasmo ante su primera aparición en la Cámara de los Comunes como primer ministro el 13 de mayo. Aquel día las ovaciones, a excepción de las de la oposición, fueron para Chamberlain, no para Churchill.^[47] El discurso que este último pronunció en aquella ocasión, pronto considerado como encarnación de la retórica churchilliana, en el que prometía «sangre, trabajo duro, sudor y lágrimas», fue recibido con frialdad por parte de los conservadores. La desconfianza no había desaparecido. Algunos creían que sería un mandato breve.^[48] Muchos conservadores habrían estado encantados de ver a Chamberlain de regreso al poder. El propio Churchill reconoció que, contando únicamente con el respaldo condicionado de su partido, no se podía permitir enemistarse con su predecesor, todavía líder de los conservadores.^[49]

Churchill incluyó a varias figuras laboristas en el Gobierno, si bien, con algunas modificaciones en los cargos, la mayoría de los antiguos rostros siguieron allí. En el Gabinete de Guerra se produjo una remodelación más radical. Su tamaño se vio reducido a tan sólo cinco miembros, tres de ellos conservadores. El propio Churchill asumió la responsabilidad del ministerio de Defensa. Neville Chamberlain recibió el título de lord presidente del Consejo, encargado de supervisar en la práctica la política interior. Y lord Halifax permaneció en su puesto de ministro de Exteriores. A ellos se sumaron dos diputados laboristas. Clement Attlee, líder del partido desde 1935, con cerca de sesenta años, pequeño, pulcro y poco expresivo, un caso poco corriente entre los socialistas por haber sido oficial en la guerra, fue nombrado lord del Sello Privado. Su número dos, Arthur Greenwood, de sesenta años, un hombre afable nacido en Yorkshire y, al igual que Churchill, con cierta afición por el alcohol, cuya breve experiencia en el Gobierno justo antes de la Gran Depresión le había procurado fama de competente aunque mediocre ministro de Sanidad, fue designado ministro sin cartera. Churchill pronto iba a imponerse en el Gabinete de Guerra y a fortalecer significativamente su posición gracias a su gestión de la defensa. Sin embargo, en mayo de 1940 tal preeminencia no existía, y la crisis se estaba agudizando. Churchill no podía desoir a voluntad de los demás miembros del Gabinete de Guerra ni imponer la suya propia. Y no dudaba en reconocer su particular dependencia con respecto a Chamberlain y Halifax. Como señalara Chamberlain en un escrito privado acerca de su sucesor el día en el que éste accedió al poder: «Sé que necesita de Halifax y de mí y, como decía en una carta: “Mi camino depende enormemente de usted”».^[50]

La magnitud de la crisis a la que se enfrentaba el Gabinete de Guerra de Churchill se iba volviendo más evidente con cada día que pasaba. La velocidad del avance alemán era asombrosa. Todos los informes indicaban que se estaba fraguando un desastre de dimensiones extraordinarias. La inquietud por el destino de Francia iba en aumento. Y con ella, la preocupación, a menudo tácita, por que Gran Bretaña fuese incapaz de seguir adelante con la guerra si su aliada caía. Aunque más tarde lograría recuperar la calma, Chamberlain expresó aquella ansiedad con gran precisión el mismo día en el que se inició la ofensiva alemana.^[51] Unos días más tarde, sir Samuel Hoare, miembro del Gabinete de Guerra de Chamberlain pero ahora a punto de partir para asumir el cargo de embajador en Madrid, observó que el anterior primer ministro estaba «completamente fuera de combate. Todo acabado. Estados Unidos nada bien». «Nunca podríamos rescatar a nuestro Ejército, y si lo hacíamos, sería sin equipamiento».^[52] El pesimismo no sólo hacía mella en Chamberlain. Algunos observadores hablaban de «un clima de pánico»^[53] y de «derrotismo» en las clases altas

londinenses,[54] en tanto que el general sir Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor Imperial, temía que la embestida significara «el fin del Imperio británico».[55] El mariscal del Aire Hugh Dowding, comandante en jefe del Mando de Caza, manifestaba el 16 de mayo su impresión de que si se lograba mantener una adecuada fuerza de combate dentro del país, y si se seguía contando con la Armada, Gran Bretaña podría continuar luchando. Pero si se enviaban escuadrones de combate a cruzar el Canal de la Mancha, como querían los franceses, entonces la derrota de Francia significaría también la derrota final de Gran Bretaña.[56] Churchill, inicialmente reticente a aceptar el contenido del mensaje que le había transmitido el 15 de mayo el primer ministro francés, Paul Reynaud, anunciándole que «estamos vencidos», se convenció de la magnitud del desastre y de la desesperación sentida en París después de volar allí al día siguiente para reunirse con los líderes franceses.[57] El primer ministro británico hizo una brillante actuación, en la que reiteró a sus anfitriones la intención de su país de seguir combatiendo hasta que Estados Unidos acudiera en su ayuda y Alemania fuera derrotada.[58] Al mismo tiempo, no obstante, entre la neblina del humo del tabaco y a altas horas de la noche, evocó «una apocalíptica visión de la guerra», en la que se veía a sí mismo «en pleno corazón de Canadá, dirigiendo, sobre una Inglaterra completamente arrasada por bombas altamente explosivas y una Francia cuyas ruinas todavía estaban calientes, la guerra aérea del Nuevo Mundo contra el Viejo, dominado por Alemania».[59] «Los franceses hundiéndose claramente, y la situación espantosa», escribió sir Alex Cadogan, subsecretario permanente de Asuntos Exteriores, al oír el relato que Churchill hizo de su visita. El 21 de mayo, Cadogan confiaba a su diario: «Puede que ocurra un milagro: si no, estamos perdidos».[60]

Quienes no conocían tan a fondo los entresijos de la alta política y no tenían acceso a los deprimentes informes de los jefes militares —el conjunto de la gente corriente— no podían percatarse enteramente de la gravedad de la situación.[61] En general reinaba la calma, al menos en la superficie. Muchos escondían la cabeza como el avestruz. Chamberlain relataba sus impresiones sobre el clima social en una carta dirigida a su hermana Hilda el 17 de mayo: «La gente no se da cuenta en absoluto de la gravedad de la situación. Paseando por el lago [del parque de Saint James] hoy resultaba impresionante verlos disfrutando del sol apoltronados en sus asientos o mirando el rápido ir y venir de los patitos en el agua. Tendremos que intentar aproximarlos un poco más al sentido de la realidad, aunque yo diría que los acontecimientos conseguirán mucho más que cualquier otra cosa que se nos pueda ocurrir».[62] La intuición de Chamberlain era certera. Un anodino reportaje en la BBC o en el periódico no podía disfrazar la amenaza que suponía el avance alemán y la debilidad de las fuerzas aliadas para frenarlo. La ansiedad iba en aumento y estaba más justificada al otro lado del Canal de la Mancha. Los esfuerzos por guardar la compostura no lograban disimular del todo la preocupación que latía justo debajo de aquella aparente calma.[63]

La confianza de Churchill en la capacidad de resistencia de Francia se había resentido profundamente tras su visita a París el 16 de mayo. Un segundo viaje, el 22 de mayo, acrecentó momentáneamente su optimismo ante las perspectivas de que se produjera la contraofensiva a la que había instado a los franceses.[64] Sin embargo, había que hacer planes alternativos para la eventualidad, más que probable, de un fracaso. En tal caso, Churchill, según explicaba al rey la mañana del 23 de mayo, sólo tenía un modo de actuar: ordenar a la Fuerza Expedicionaria Británica que regresara a casa. Tendría que dejar atrás todo su armamento, y habría que prever un número muy elevado de muertos.[65] Al anochecer de ese mismo día, un cuarto de millón de soldados británicos fueron atrapados por la ofensiva en tenaza alemana. Probablemente Calais no podría resistir mucho

más tiempo, y entre tanto la vanguardia de los tanques alemanes se encaminaba a Dunquerque, el último puerto accesible que se hallaba todavía en manos aliadas.

Cuando Hitler visitó el cuartel general de su comandante en jefe del frente occidental, coronel general Gerd von Rundstedt, la mañana del 24 de mayo, las divisiones blindadas de la vanguardia alemana no estaban a más de veinticinco kilómetros al sur de Dunquerque. Tras examinar la situación militar con Rundstedt, Hitler dio la orden de detener el avance en aquel punto y no proseguir hacia Dunquerque.

La decisión pronto se interpretó como una gran oportunidad perdida para acabar con las derrotadas fuerzas del Ejército británico. Tratando de justificar un evidente y gravísimo error militar, Hitler insinuaría más tarde que no quería destruir el Ejército británico, columna vertebral del Imperio,[66] pero aquello no fue más que un intento de racionalización con el fin de salvar las apariencias. En realidad, no hizo sino seguir el consejo militar de su comandante de campaña, Rundstedt, que había querido preservar sus unidades motorizadas para la ofensiva final en el sur con el fin de concluir la campaña. Lejos de pretender salvaguardar el Ejército británico, Hitler fue convencido por Göring, comandante en jefe de la Fuerza Aérea alemana, de que la *Luftwaffe* acabaría con él.[67]

De nuevo en Londres, el Gabinete de Guerra estaba absorto en su preocupación por el destino de las tropas británicas en Calais, ahora asediadas, y por la previsible capitulación de los belgas en un futuro próximo. Para entonces Boulogne ya había caído, y los últimos soldados que se habían quedado allí, alrededor de un millar en total, habían sido rescatados por mar. Sin embargo, Churchill se mantuvo firme en su decisión de que las tropas rodeadas en Calais continuasen luchando, resistiendo a los alemanes todo lo posible. Cualquier ocasión para ganar tiempo resultaba sumamente valiosa, ya fuera para la contraofensiva prevista (que, aunque Churchill no lo sabía en aquel momento, nunca fue «más que un plan sobre el papel»,[68] y a la que los líderes militares franceses ya habían renunciado, dispuestos todavía a considerar la posibilidad de una capitulación [69]) o para la evacuación del mayor número posible de integrantes de la Fuerza Expedicionaria Británica. Hasta aquel momento, 24 de mayo, no habían enviado ninguna tropa británica a Dunquerque, donde el puerto seguía en funcionamiento, y a pesar de que había allí una considerable guarnición de tropas francesas.[70]

La contraofensiva nunca dio comienzo. Y lo cierto es que no habría sido factible. Lo que se hizo fue proceder a la retirada de las tropas británicas, lo que generaría posteriormente una serie de malentendidos y recriminaciones entre París y Londres acerca de la responsabilidad del fracaso. Una vez se hubo renunciado finalmente a la ofensiva la noche del 25, y ante la inminente capitulación belga, el comandante de la Fuerza Expedicionaria Británica, el general lord Gort, decidió (por propia iniciativa, aprobada después por Londres) retirarse hacia la costa, formar una cabeza de puente alrededor de Dunquerque y tratar de evacuar al mayor número de soldados posible. Dunquerque era un nombre poco conocido para la población británica por aquel entonces. Pero pronto iba a estar en boca de todos.

Para el Gabinete de Guerra, había que contar con la posibilidad, cada vez mayor, de que Francia cayera, y con ella, con la probabilidad de perder a la gran mayoría de los soldados británicos en el cerco alemán. El general Ironside, muy dado al pesimismo, como él mismo reconocía, escribía el 23 de mayo, llevado por el desánimo: «No veo que tengamos muchas esperanzas de rescatar a ningún integrante de la F[uerza] E[xpedicionaria] B[ritánica]».[71] Dos días más tarde, todavía pensaba que

sólo sería posible evacuar a «una parte mínima» del Ejército. Y habría que abandonar el escasísimo equipamiento en su totalidad.[72] El general lord Gort coincidía en que «una gran parte de la FEB y su equipamiento se perderá inevitablemente incluso en el mejor de los casos».[73] El 26 de mayo, el día en el que fue ordenada la evacuación de Dunquerque, la «Operación Dinamo», se hablaba de rescatar a no más de 45.000 hombres.[74] La pérdida de la práctica totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica habría supuesto un golpe tremendo.[75] No había un ejército como tal en el interior del país para reemplazarla. No habría sido suficiente para rechazar la invasión alemana, que, según indicaciones de la inteligencia británica, podía ser inminente.[76] En tan sombrías circunstancias, no era de extrañar que algunos empezasen a pensar en las opciones con las que contaba Gran Bretaña en caso de que sucediera lo peor.

IV

Italia era vista por algunos, tanto en Londres como en París, como la única esperanza. No había que arriesgar mucho, pero sí tratar de apostar, pensaban, por mantener al menos a Italia —todavía neutral en aquel momento— fuera de la guerra. Por otro lado, existía la idea, en parte relacionada con ello pero distinta, de que todavía se podía convencer a Mussolini de que actuara de conducto con su amigo Hitler para ayudar a conjurar un conflicto cada vez más amplio y, con él, la devastación de Europa. Después de todo, Mussolini había intervenido en favor de la paz en 1938, aunque el resultado hubiese sido la vergonzosa Conferencia de Múnich. E Italia podía estar tranquila ante la perspectiva de una Europa completamente dominada por una Alemania victoriosa. Además, en cualquier acuerdo en el que pudiera actuar como mediador, Mussolini estaba seguro de obtener significativas concesiones territoriales alrededor del Mediterráneo. Mayor poder, renovado prestigio y prosperidad para su país en una Europa en paz fueron el botín con el que se le intentó tentar. Pero eran pocos los alicientes, si es que había alguno, que se podían ofrecer al dictador italiano, nada realmente que pudiera distraerle del atractivo de la grandeza militar, de la perspectiva del triunfo en una guerra que ya imaginaba ganada en gran parte. Mussolini era consciente de las amenazas existentes, sobre todo si detrás de ellas había una mano dura, pero las insinuaciones de que había «apostado al caballo perdedor», o que Italia era un «peso ligero» en un combate de boxeo con los pesos pesados de las democracias occidentales, que acabarían ganando una contienda prolongada [77] —ideas difundidas después de que la ofensiva occidental de Hitler hubiera llevado a Francia al borde del desastre y dejado a Gran Bretaña en una situación terriblemente peligrosa—, no parecía que fueran a impresionarle. Mussolini había mantenido un tono sumamente beligerante en su trato con Francia y con Gran Bretaña. Y había recordado tanto al primer ministro francés, Paul Reynaud, como a Churchill su determinación de seguir siendo aliado político y militar de Alemania.[78]

En el momento más grave de la crisis, sin embargo, el acercamiento a Mussolini seguía siendo el último recurso posible. Edouard Daladier, ministro francés de Defensa (y antiguo primer ministro), propuso tratar de «comprar» a Mussolini. En ese sentido, sugirió un acercamiento al dictador italiano a través del presidente estadounidense, Franklin Delano Roosevelt, para comunicarle que los Aliados estarían dispuestos a tener en cuenta sus reivindicaciones si Italia no entraba en la guerra.

También se iba a prometer a Italia un asiento en la conferencia de paz como si hubiera sido parte beligerante. El Foreign Office manifestó su aprobación el 25 de mayo.[79] La sugerencia de que «deberíamos ofrecemos a hablar [del] Mediterráneo con Italia» había sido planteada el día anterior al antiguo subsecretario permanente de Asuntos Exteriores, el poderoso sir Robert Vansittart, el cual había dado su consentimiento. Y también lo había hecho su sucesor, sir Alexander Cadogan, «si eso evita la guerra con Italia durante unos días».[80] El propósito inmediato de la iniciativa francesa, y del beneplácito británico, sin duda, era limitado: mantener a Mussolini fuera de la guerra con el fin de ganar tiempo. Sin embargo, la mención del papel de Italia en una eventual conferencia de paz indica que la propuesta iba tácitamente mucho más lejos. Cuando menos se estaba pensando en un final negociado al conflicto. Pero dicho final tenía que incluir a Alemania. Y en cualquier conferencia de paz, eso era obvio, Hitler tendría mucho que decir.

Neville Chamberlain ya había escrito en su diario el 16 de mayo «que si los franceses cayeran, nuestra opción para escapar a la destrucción sería que Roosevelt solicitase un armisticio», aunque consideraba poco probable que los alemanes respondieran al llamamiento.[81] Churchill también esperaba la ayuda de los estadounidenses, pero no para negociar un armisticio. En la primera carta de lo que acabaría convirtiéndose en un voluminoso intercambio de correspondencia con el presidente estadounidense, empleaba un tono sumamente desafiante: «Si es necesario, continuaremos la guerra solos», escribía el 15 de mayo, y tres días después añadía: «Estamos decididos a perseverar hasta el final, sea cual sea el resultado de la gran batalla que asola Francia». No obstante, no quiso engañar a Roosevelt con respecto a la delicada situación en la que se encontraría Gran Bretaña en caso de que Francia cayera. «Si este país fuera abandonado a su suerte por Estados Unidos —afirmaba abiertamente en su segunda carta— nadie tendría derecho a culpar a los responsables de entonces si consiguieran las mejores condiciones posibles para los ciudadanos supervivientes».[82] Aquello era un intento de exhortar a Roosevelt, poniendo de manifiesto el peligro que corría Gran Bretaña, a que reconociera abiertamente su apoyo, con la esperanza de que a continuación pasara a la acción. Pero la después tan cacareada «relación especial» no era tan especial en aquel momento. El propio Churchill observaría pocos días más tarde, con un deje de amargura, que «los Estados Unidos no nos habían ofrecido prácticamente ayuda en la guerra, y ahora que veían la enormidad del peligro, su actitud consistió en querer guardarse todo lo que podría ayudarnos a nosotros para su propia defensa».[83]

Roosevelt se mostraba cordial, pero evasivo. Tenía una opinión pública en el interior del país, en buena medida aislacionista, a la que atender. Y tenía que dilucidar si el respaldo estadounidense a Gran Bretaña en aquella coyuntura no suponía defender una causa perdida.

Y es que le quedaban pocas esperanzas de que Gran Bretaña, inmersa como estaba en el peor momento de la crisis, pudiera sobrevivir. El 24 de mayo tenía tan poca confianza en la capacidad de Gran Bretaña de resistir que pensó que Canadá y los dominios deberían instar a Churchill a enviar la flota británica al otro lado del Atlántico antes de que Hitler pudiera incluir su entrega entre las condiciones de paz.[84] Pero al menos Roosevelt estaba dispuesto a ofrecer toda la influencia con la que contaba (que, como era de esperar, resultó ser muy poca) para interceder ante Mussolini en favor de los Aliados.

El día en el que Roosevelt estaba intentando que Churchill pusiera a salvo la flota británica, lord Halifax recomendó al Gabinete que aceptase la propuesta de mediación del presidente estadounidense para tratar de evitar que Italia entrase en la guerra. No creía que se fuera a lograr

gran cosa, pero estaba de acuerdo con el intento de conocer a través de Roosevelt las condiciones de Italia para mantenerse fuera del conflicto. Halifax añadió que podría resultar útil sugerir al mismo tiempo que Roosevelt transmitiera a Mussolini lo esencial de la parte final de un «comunicado que el primer ministro propuso hacer y que después desechó». Este decía «que los Aliados estaban dispuestos a considerar peticiones razonables por parte de Italia al final de la guerra, y que recibirían encantados a Italia en una Conferencia de Paz en igualdad de condiciones con los beligerantes».[85] Esta era de hecho la propuesta francesa elaborada por Daladier. Churchill, evidentemente, tenía sus dudas sobre si debía o no hacer un comunicado así en aquel momento. Sin embargo, él y otros miembros del Gabinete de Guerra estaban dispuestos a apoyar la sugerencia de Halifax de tratar de lograr la intercesión de Roosevelt no solamente para mantener a los italianos fuera de la guerra, sino para abrir la puerta a la participación de Mussolini del lado de británicos y franceses en una conferencia de paz que habría de suceder muy probablemente a un próximo armisticio.

Por aquella época —el día exacto no está claro—, Halifax, que algunos meses antes había expresado al Gabinete su convicción de que Gran Bretaña no podría seguir adelante sola si Francia firmaba la paz con Alemania, redactó un telegrama para que Churchill lo mandase a Roosevelt pero que, llegado el momento, no fue enviado. El mensaje era un ruego a Roosevelt para que interviniera en caso de que Hitler, tras la caída de Francia, ofreciera a Gran Bretaña unas condiciones inaceptables «que destruyeran la independencia británica», como la entrega de la flota o de la fuerza aérea. Roosevelt dejaría muy claro que, en caso de llegar a una situación tan terrible, tales condiciones se topaban «con la resistencia estadounidense», y que Estados Unidos daría a Gran Bretaña todo su apoyo.[86] Probablemente, el tono intrínsecamente débil y pesimista de aquellas palabras no fue muy del agrado de Churchill, que tenía mucho interés en evitar el más mínimo asomo de desesperación. En cualquier caso, no dejaba de ser una vaga esperanza, aunque el telegrama no enviado muestra al menos la forma de pensar de un miembro importante del Gobierno británico.

Tras la visita de Paul Reynaud a Londres el día 26 de mayo se procedió a realizar una petición conjunta anglofrancesa a Roosevelt, al parecer preferible a un acercamiento directo a Mussolini, que habría podido interpretarse como muestra de debilidad.[87] Ese mismo día, Roosevelt informó a Mussolini de su voluntad de actuar como intermediario. Estaba dispuesto, dijo, a transmitir a los Aliados «las aspiraciones italianas en el área mediterránea», y le garantizó la participación de Italia, en pie de igualdad con las potencias beligerantes, en todas las negociaciones de paz al final de la guerra. El precio era el compromiso de Mussolini de no entrar en la guerra. La solicitud fue rechazada sin más miramientos al día siguiente.[88]

Entre tanto, sin embargo, se había abierto la posibilidad de una vía de contacto más directa entre los italianos y los propios Aliados. Dicha posibilidad constituyó el eje en torno al cual giró durante tres días el dilema entre tratar de alcanzar un acuerdo y seguir luchando.

El 20 de mayo, en una conversación con lord Phillimore, conocido por sus inclinaciones fascistas, el embajador italiano en Londres, conde Giuseppe Bastianini, se había mostrado entusiasmado ante las perspectivas de un acercamiento de Gran Bretaña a Alemania por mediación de Italia. Phillimore informó debidamente al Foreign Office de que Hitler todavía escucharía a Mussolini. Poco después, sir Robert Vansittart fue invitado a reunirse con el agregado de prensa en la Embajada italiana, lo que hacía suponer que el acercamiento a Italia no sería rechazado.[89] Halifax trasladó dicha información al Gabinete de Guerra el 25 de mayo y mencionó que, tras haber

consultado al primer ministro, «había sido autorizado a seguir adelante». Vansittart, entre tanto, había sido invitado a una segunda reunión con Paresci. Halifax sugirió con suma prudencia la línea que se debía seguir: que «ahora estábamos, como siempre, dispuestos a entablar conversaciones con el Gobierno italiano con vistas a poner fin a los problemas y malentendidos que bloqueaban el camino de la amistad entre los dos pueblos». Churchill no puso objeciones, siempre y cuando la reunión no se hiciera pública.[90]

Era sábado, un día poco habitual para los encuentros diplomáticos, pero Halifax no quería por nada del mundo perder tiempo, en vista de la crítica situación militar, que se estaba agravando por momentos. Las noticias que llegaban eran nefastas. Las esperanzas que todavía quedaban de un posible contraataque británico conjuntamente con los franceses para conjurar el avance alemán fueron abandonadas ese mismo día. La desesperada retirada a Dunquerque había comenzado. Las fuerzas alemanas estaban posicionadas a no más de quince kilómetros del puerto. Las perspectivas para el Ejército británico eran funestas. «Todo es una absoluta confusión —escribía Cadogan, en el Foreign Office—; no hay comunicaciones y nadie sabe qué está ocurriendo, salvo que las cosas no pueden ir peor. Boulogne tomada, Calais fuertemente asediada. Dunquerque más o menos expuesto, y es la única salida para nuestra FEB, si es que se les puede sacar de allí. Mientras tanto tienen poca comida y prácticamente no tienen municiones [...]. Cada día que pasa hace disminuir nuestras posibilidades».[91]

A última hora de la tarde Halifax se reunió con Bastianini. Aunque se aplicaron las normas diplomáticas propias de un cauto combate de esgrima, el encuentro pronto sobrepasó el objetivo establecido de mantener a Italia fuera de la guerra. Bastianini amplió el campo de discusión al señalar que siempre había «sido opinión del Signor Mussolini que la resolución de problemas entre Italia y otro país debía formar parte de una resolución global europea». Halifax replicó que en la construcción de una Europa en paz «los asuntos que generaban preocupación a Italia —lo que venía a significar sus importantes ambiciones territoriales en el Mediterráneo y el norte de África— deben discutirse sin lugar a dudas como parte de un acuerdo general europeo». Bastianini quiso saber si el Gobierno británico contemplaba la posibilidad de una discusión de las «cuestiones generales» que afectaban a «otros países», además de Italia y Gran Bretaña. Halifax eludió la respuesta afirmando que era difícil concebir un debate de tal amplitud mientras continuase la guerra. Pero Bastianini contraatacó diciendo que una vez que ese debate había comenzado «la guerra carecía de importancia». A Mussolini le preocupaba, prosiguió el embajador, «construir un acuerdo europeo, que no sólo fuera un armisticio, sino que salvaguardara la paz europea durante un siglo». Halifax manifestó que «el propósito del Gobierno de Su Majestad era el mismo, y que nunca se negarían a considerar ninguna propuesta legítima que prometiera el establecimiento de una Europa segura y en paz». El ministro de Exteriores se mostró de acuerdo cuando Bastianini propuso informar a Mussolini de «que el Gobierno de Su Majestad no excluía la posibilidad de un debate de los problemas europeos, de mayor calado, en caso de que surgiese la oportunidad».[92]

Halifax estaba preparándose para ir a la iglesia la mañana siguiente, domingo 26 de mayo, cuando recibió la noticia de que Churchill había convocado una reunión del Gabinete de Guerra, la primera de las que se iban a celebrar aquel día, a las nueve de la mañana, antes de la visita del primer ministro francés, Paul Reynaud. En la reunión, el ministro de Exteriores informó sobre su conversación con el embajador italiano, no sin antes declarar a modo de preámbulo: «Desde una perspectiva amplia, teníamos que asumir que ahora no se trataba tanto de imponer una derrota

absoluta a Alemania como de salvaguardar la independencia de nuestro propio Imperio y si fuera posible la de Francia». Nadie puso reparos a la propuesta, que parecía la más realista en aquellas desesperadas circunstancias, en las que lo que estaba en juego no era la victoria, sino la supervivencia. En las palabras de Halifax se hallaba implícita la afirmación de que, en algún momento, quizá más pronto que tarde, con Francia o —cada vez con mayor probabilidad— sin ella, Gran Bretaña tendría que negociar un final a la guerra. Bastianini «estaba claro que había hecho sondeos para explorar la posibilidad de que aceptáramos una conferencia», y había señalado que el deseo de Mussolini era garantizar la paz en Europa. Halifax había replicado que la paz y la seguridad eran también objetivo de Gran Bretaña «y que naturalmente debíamos estar dispuestos a considerar cualquier propuesta que pudiera conducirnos a ellas, siempre y cuando nuestra libertad y nuestra independencia quedasen aseguradas». Churchill no dejó pasar esto último sin añadir un comentario, y replicó que tal vez la paz y la seguridad pudieran alcanzarse en una Europa dominada por Alemania, pero que el propósito de Gran Bretaña era «garantizar nuestra completa libertad e independencia», y se manifestó en contra de «cualquier negociación que pueda conducir a una derogación de nuestros derechos y nuestro poder».[93] Lo que no significaba, sin embargo, descartar por completo las negociaciones.

Bastianini había solicitado una nueva reunión en la que poder plantear nuevas propuestas, pero todos estuvieron de acuerdo en la sugerencia de Attlee de esperar para proseguir con las deliberaciones a la llegada aquel mismo día del primer ministro francés, Paul Reynaud, y al informe de los jefes del Estado Mayor sobre las posibilidades que tenía Gran Bretaña de seguir resistiendo si los franceses caían.

Aquel informe, «Estrategia Británica en una Eventualidad Segura», con fecha de 25 de mayo (aunque no fue examinado en detalle por el Gabinete de Guerra hasta el día 27), ofrecía una mirada imparcial a la situación prevista para Gran Bretaña tras la presumible capitulación francesa. Admitiendo la pérdida de la mayor parte de la Fuerza Expedicionaria Británica y todo su equipamiento y la intervención de Italia en la guerra contra Gran Bretaña, pero contando con el apoyo económico y financiero de Estados Unidos (y posiblemente con una eventual participación suya en la guerra), el informe concluía que la superioridad aérea era la clave para las esperanzas británicas, carente de aliados reales, de resistir ante una posible invasión durante los meses siguientes. No obstante, el informe proporcionaba motivos para un optimismo prudente aun en caso de producirse tal adversidad.[94]

Reynaud comió a solas con Churchill el 26 de mayo. En el informe presentado ante el Gabinete de Guerra sobre aquella conversación, Churchill mencionó la neutralización de Gibraltar y el Canal de Suez, la desmilitarización de Malta y la limitación de las fuerzas navales presentes en el Mediterráneo como probables reivindicaciones italianas. Churchill había dicho a Reynaud «que no estábamos dispuestos a ceder bajo ningún concepto. Preferíamos caer luchando que ser esclavizados por Alemania. Pero en cualquier caso confiábamos en que teníamos posibilidades de sobrevivir a la arremetida alemana». El Gabinete de Guerra pasó entonces a debatir si se debía o no efectuar un acercamiento a Italia. Halifax era partidario de ello. Pensaba que lo último que deseaba Mussolini era una Europa dominada por Alemania, y que querría con todas sus fuerzas «convencer a Herr Hitler de que adoptara una actitud más razonable». Churchill «dudaba de que se pudiese conseguir algo con un acercamiento a Italia», pero dejó el asunto a un lado para una posterior consideración por parte del Gabinete de Guerra.[95]

Después de la segunda reunión del Gabinete del día, celebrada a las dos de la tarde, Halifax retomó la discusión con Reynaud. Más tarde se unieron a ellos Churchill, Chamberlain y Attlee en una conversación que se prolongó hasta que Reynaud hubo de marcharse, a las cuatro y media. Este último manifestó a los ministros británicos su deseo de encontrar «algunas fórmulas» que «pudieran satisfacer la autoestima italiana en caso de una victoria aliada, a condición de que Italia no entrase en la guerra». Les habló de la propuesta presentada sólo unos días antes por André François Poncet, embajador francés en Roma, de que, para tener alguna esperanza, los Aliados tendrían que estar dispuestos a abordar la situación de Gibraltar, Malta y Suez por la parte británica y de Yibuti y Túnez por la francesa. Reynaud pensó que sus argumentos habían calado en Halifax. El ministro de Exteriores británico, recordaba más tarde el premier francés, «aseguró estar dispuesto a comunicar a Mussolini, si Italia aceptaba colaborar con Francia y Gran Bretaña en el establecimiento de una paz que salvaguardase la independencia de esos dos países y estuviese basada en una resolución justa y perdurable de todos los problemas europeos, que los Aliados accederían a debatir con él las reivindicaciones de Italia en el Mediterráneo y, en particular, las que afectaban a las salidas a dicho mar». Pero Reynaud reconocía que Churchill «era en principio hostil a cualquier concesión a Mussolini», al igual que Chamberlain («con algunas reservas») y Attlee.[96]

Mientras tenían lugar las conversaciones con Reynaud, la sensación generalizada entre quienes tenían pleno conocimiento de los dramáticos acontecimientos que se estaban produciendo al otro lado del Canal de la Mancha era de claro pesimismo. Neville Chamberlain habla en su diario del 26 de mayo como «el día más negro de todos». Las tropas belgas, sometidas a un durísimo ataque durante todo el día, estaban a punto de caer. Leopoldo, rey de los belgas, se estaba preparando para capitular. También los franceses, según supo Cadogan, estaban «en una situación muy precaria» y, según el delegado militar de Churchill en París, general de división sir Edward Spear, «pensando en capitular». El comandante en jefe francés, general Máxime Weygand, había señalado que «él sólo disponía de cincuenta divisiones frente a las ciento cincuenta alemanas. Lucharía hasta el final si se lo ordenaban, pero sería inútil. París caería en el transcurso de pocos días». Chamberlain no exageraba cuando hablaba en sus notas de «una terrible situación para Francia y para nosotros, la más terrible de nuestra historia».[97]

Fuera de los círculos más cercanos al Gobierno, otros (estaban tratando de pronosticar lo que iba a suceder. El temor a una invasión alemana iba en aumento. Un miembro del Parlamento dijo a su mujer que debían tratar de conseguir píldoras para suicidarse, de tal modo que «si sucede lo peor siempre están esas dos pastillitas».[98]

Según las notas del diario de Chamberlain sobre la reunión con Reynaud, el primer ministro francés, tratando de disuadir a Italia de entrar en la guerra mediante una petición a Mussolini acompañada de concesiones territoriales, esperaba dejar libres diez divisiones con las que poder defenderse del avance alemán. Los ministros británicos señalaron que era difícil que eso influyera realmente en su situación militar. Reynaud sugirió, sin embargo, que el interés personal de Mussolini en salvaguardar la independencia italiana en caso de un derrumbe francés y británico podría predisponerlo hacia una propuesta de acuerdo europeo. Chamberlain sospechaba que Mussolini podría de hecho confiar en una conferencia entre cuatro potencias, aunque sólo una vez que París hubiera caído. Churchill dejó clara su oposición a cualquier llamamiento al dictador italiano. «El P[rimero]M[inistro] no quería ningún acercamiento a Musso —escribía Chamberlain—. Resultaba

inconcebible que Hitler accediera a cualquier condición que nosotros pudiéramos aceptar, aunque si podíamos salir de aquel aprieto renunciando a Malta y Gibraltar y a algunas colonias africanas él se habría lanzado al vuelo. Pero el único camino seguro consistía en convencer a Hitler de que no podía derrotarnos. Tal vez nos iría mejor sin los franceses que con ellos si éstos fueran a atarnos a una conferencia en la que tendríamos que entrar con nuestra causa perdida de antemano». Halifax disenta, y aseguraba «que no se perdía nada poniendo a prueba a Musso y viendo cuál era el resultado. Si las condiciones eran intolerables, siempre podíamos rechazarlas». Chamberlain apoyaba a Halifax, pero tenía la impresión de que Attlee, aunque no hablaba mucho, defendía la posición del primer ministro. La división era evidente dentro del Gabinete de Guerra, pero las posturas todavía no eran firmes e inalterables. Chamberlain, pese a comulgar con la propuesta de Halifax, se inclinaba más por la opinión de Churchill de que «sería mejor que siguiéramos luchando con la esperanza de conservar la fuerza aérea suficiente para mantener a raya a los alemanes hasta que se puedan movilizar otras fuerzas[...] tal vez en USA». Churchill, por su parte, dejando al margen sus preferencias personales, no descartaba nada en aquel momento, y dijo a Reynaud, mientras éste se preparaba para irse, que «intentaríamos buscar alguna fórmula para lograr un acercamiento a Musso, pero tenemos que tener tiempo para pensar».[99]

Tras la marcha de Reynaud tuvo lugar la que fue descrita como una breve «Reunión Informal de los Ministros del Gabinete de Guerra» sin la presencia del secretario. Probablemente era para informar de lo sucedido al quinto miembro del Gabinete de Guerra, Arthur Greenwood, que no había estado presente en las deliberaciones con Reynaud.[100] Más tarde, el Gabinete de Guerra volvió a reunirse formalmente. Fue, según las anotaciones de Halifax, «una reunión fluida». El primer ministro estaba «algo nervioso, los secretarios no paraban de entrar con mensajes y la atmósfera general era como la de Waterloo Station: muy difícil trabajar».[101] La discusión estuvo, si no plenamente, sí bastante centrada en torno al dilema de si emprender o no un acercamiento a Mussolini. Quienes expresaron sus diferencias con mayor claridad fueron, al igual que había sucedido en presencia de Reynaud, Churchill y Halifax. Churchill subrayó que Gran Bretaña todavía tenía capacidad de resistencia, pero no los franceses. También señaló que era muy probable que Alemania ofreciera a Francia unas condiciones aceptables, mientras que «no había límites a las condiciones que Alemania nos impondría a nosotros si lograba salirse con la suya». Quería evitar por todos los medios verse «forzado a una posición de debilidad en la que nos dirigiéramos al Signor Mussolini y lo instáramos a dirigirse a Herr Hitler y pedirle que nos tratara bien». Halifax, por su parte, afirmaba conceder «más importancia que el primer ministro a la conveniencia de permitir que Francia pusiese a prueba las posibilidades de la teoría del equilibrio europeo», una concepción un tanto optimista, dadas las circunstancias. El ministro de Exteriores recalcó que no debía proponerse ninguna condición que pudiera poner en peligro la independencia británica, pero también reiteró la teoría de que un Mussolini alarmado ante la perspectiva de la hegemonía alemana en Europa podría estar dispuesto a contemplar la posibilidad del equilibrio de poderes. «En cualquier caso —dijo— no veía nada de malo en probar esa línea de acercamiento». Greenwood no encontraba inconvenientes a la línea de actuación propuesta por Halifax, si bien suponía que Mussolini tenía poco margen de acción independiente de Hitler, y creía que enseguida se formularían peticiones que afectarían a la seguridad británica. Chamberlain también estaba dispuesto a debatir las demandas italianas con Mussolini, pero sólo si el líder italiano mostraba voluntad de «colaborar con nosotros para conseguir unas condiciones tolerables», aunque mencionaba, no obstante, la opinión de Reynaud de que se exigiría

una oferta concreta, y no generalidades. Churchill no quería que se tomase ninguna decisión hasta que no se supiera cuántos soldados podían ser llevados de vuelta a casa desde Francia.[102]

Llegados a ese punto, Halifax leyó el comunicado, consensuado con los franceses y dirigido a Estados Unidos, en el que se pedía la intercesión de Roosevelt, así como su informe de la entrevista mantenida el día anterior con Bastianini. Mientras que el primero no generó controversia alguna, Churchill manifestó una vez más su oposición a cualquier aproximación directa a Mussolini por parte de Gran Bretaña. Según él, lo que sugería Halifax «implicaba que, si estábamos dispuestos a devolver a Alemania sus colonias y a hacer ciertas concesiones en el Mediterráneo, era posible que saliéramos de las dificultades que nos acosaban entonces». Aquella posibilidad no estaba, a su modo de ver, abierta, ya que «las condiciones ofrecidas nos impedirían con toda seguridad completar nuestro rearme». Halifax replicó que, en tal caso, las condiciones serían rechazadas. Churchill insistió en su idea inicial de que había que demostrar a Hitler, que al parecer seguía llevando la voz cantante, que no podría conquistar Gran Bretaña. Al mismo tiempo, según constataban las actas, «no puso reparos a que se emprendiera un acercamiento al Signor Mussolini». Pese a su oposición a dicho movimiento, expresada hasta entonces a cada momento, Churchill todavía no cerraba la puerta a la posibilidad de una tentativa de aproximación al líder italiano. Al menos, sus comentarios daban a entender que en aquel momento no se sentía suficientemente seguro como para poder sustraerse a la opinión de sus colegas, en particular la de Halifax, tratando de imponer su propia postura.

Greenwood hizo entonces una acertada intervención. Preveía, como otros, que Mussolini pediría Malta, Gibraltar y Suez. (Chamberlain pensaba que tal vez querría también la Somalia británica Kenia o Uganda.) Greenwood añadió que estaba convencido de que las negociaciones fracasarían, «pero Herr Hitler acabaría enterándose de su existencia, y eso podría tener un efecto negativo en nuestro prestigio». Halifax sostenía que ésa era una buena razón para no entrar en detalles en el encuentro, pero «que si llegáramos al punto de discutir los términos de un acuerdo general y descubriéramos que podíamos obtener fórmulas que no significaran la destrucción de nuestra independencia, cometeríamos una estupidez si no las aceptáramos». Greenwood señaló que para cuando se emprendieran las conversaciones, París probablemente habría caído, y preguntó si existía por tanto alguna posibilidad real de que las negociaciones sirvieran para algo. En aquel punto se dio por finalizada la reunión sin haber llegado a ninguna conclusión, y los participantes fueron emplazados a regresar al día siguiente. Archibald Sinclair, secretario del Aire y líder del Partido Liberal, que, pese a las diferencias políticas, era amigo de Churchill desde que había servido como su número dos durante la Primera Guerra Mundial y había apoyado su condena del Pacto de Múnich fue invitado a asistir, y se pidió a Halifax que hiciera circular para su posterior debate el borrador de un posible comunicado dirigido a Italia junto con un informe de su conversación con Bastianini la noche anterior.[103]

El escrito «Propuesta de Acercamiento al Signor Mussolini», preparado por Halifax y distribuido el 26 de mayo al Gabinete de Guerra, resumía la propuesta planteada por Reynaud unas horas antes. El texto hacía hincapié en la difícil situación en la que se encontraría Italia si los alemanes llegaban a imponerse en Europa; en que Gran Bretaña y Francia lucharían hasta el final por preservar su independencia; en que si Mussolini cooperaba «para garantizar una resolución de todos los asuntos europeos que salvaguarde la independencia y la seguridad de los Aliados», tratarían de dar cabida a sus intereses; y en que si éste especificaba en secreto sus deseos concretos en cuanto a «la solución de ciertas cuestiones mediterráneas», ellos tratarían de satisfacerlos.[104] Aunque aparentemente se

trataba de las propuestas de Reynaud, en la práctica éstas coincidían más, tanto en la idea de la mediación italiana como en sus formulaciones, con lo que Halifax había dicho, también al embajador italiano, antes de la visita del primer ministro francés. En otras palabras, las propuestas, especialmente la tercera, que abría la posibilidad de un acuerdo general europeo, eran, al menos en parte, más de Halifax que de Reynaud.[105]

La primera de las dos reuniones del Gabinete de Guerra del día siguiente, 27 de mayo, se ocupó fundamentalmente de la terrible situación del Ejército.[106] La Fuerza Aérea alemana había empezado a bombardear las playas de Dunquerque. En la costa sur de Inglaterra, improvisadas flotillas de pequeños barcos, barcas pesqueras y remolcadores —cualquier cosa que pudiera ser útil— estaban siendo reunidas a toda prisa y lanzadas al mar para tratar de contribuir en la medida de sus posibilidades al rescate del Ejército, abandonado a su suerte en la playa.[107] Pero las posibilidades de una evacuación a gran escala de las tropas desde el puerto se antojaban remotas. No parecía muy probable que las cuatro divisiones británicas a las que habían cortado la retirada cerca de Lille pudieran siquiera llegar a Dunquerque. Bélgica, eso era ya evidente, estaba a punto de rendirse. Y en efecto, aquel día, unas horas más tarde, llegó la noticia de que el rey Leopoldo había pedido el cese de las hostilidades.[108] El ambiente en la sede del Gobierno era sumamente sombrío. «Apenas se ve algo de luz en alguna parte —escribió Cadogan tras la reunión del Gabinete—. Posición de la FBE espantosa, y no veo esperanzas más que para una mínima parte»[109] El secretario personal de Churchill, John Colville, logró enterarse de parte del contenido de los tensos debates del Gabinete, tal vez debido a alguna indiscreción cometida por el primer ministro. Observando la existencia de un serio temor ante la posible caída de Francia, Colville escribió: «El Gabinete está considerando con todo su afán nuestra capacidad de seguir con la guerra en solitario en estas circunstancias, y Halifax está dando algunas señales de derrotismo. Dice que nuestro objetivo no puede seguir siendo aplastar a Alemania sino preservar nuestra integridad e independencia».[110]

La segunda reunión, celebrada a última hora de la tarde, se centró en la propuesta de acercamiento a Mussolini. Según las notas del diario de Halifax, hubo «una larga y algo confusa discusión sobre, en teoría, el acercamiento a Italia, pero también en gran medida sobre la estrategia general en caso de que las cosas vayan realmente mal en Francia».[111]

Halifax empezó mencionando que el embajador francés en Londres, Charles Corbin, había ido a verlo aquella mañana por orden de Reynaud para insistir en la inclusión de «precisiones geográficas» en la tentativa de acuerdo. Halifax había señalado la oposición de sus colegas a todo lo que fuera más allá de un acercamiento general. El ministro de Exteriores transmitió la opinión del embajador británico en Roma, sir Percy Loraine, de que «nada de lo que pudiéramos hacer tendría ningún valor en aquel momento por lo que concernía a Mussolini». Chamberlain coincidió en «que la propuesta francesa de acercamiento al Signor Mussolini no serviría para nada», pero estaba dispuesto a seguir adelante con ello para evitar que Francia alegase a continuación que Gran Bretaña no había mostrado voluntad siquiera de dar una oportunidad a las negociaciones con Italia. El mordaz resumen que Churchill realizó de dicho argumento era «que nada se sacaría del acercamiento, pero que merecía la pena hacerlo para endulzar las relaciones con un aliado a punto de naufragar».

Sinclair también opinaba que una aproximación a Italia resultaría inútil. Cualquier signo de debilidad daría un nuevo aliento a alemanes e italianos y minaría la moral en el interior y en los dominios. «La sugerencia de que estuviéramos preparados para echar por la borda partes del territorio británico —declaró Sinclair— tendría un efecto lamentable y nos haría muy difícil

continuar con la desesperada batalla a la que nos enfrentábamos». Él pensaba que era mejor esperar a conocer el resultado del intento de mediación de Roosevelt.

Attlee y Greenwood también se oponían a un acercamiento conjunto anglofrancés. Attlee declaró que «el acercamiento propuesto nos llevaría inevitablemente a pedir al Signor Mussolini que intercediera para obtener condiciones de paz para nosotros». Seguir la sugerencia francesa de incluir precisiones geográficas no haría sino animar a Mussolini a pedir más; y si Gran Bretaña se negaba a ello, parecería que estaba dando la espalda a sus aliados. Greenwood pensaba que el acercamiento «nos haría quedar muy mal», y que si llegaba a saberse «que habíamos solicitado una negociación a costa de ceder parte del territorio británico, las consecuencias serían terribles». Y concluía que «iríamos directos al desastre si siguiéramos adelante con los intentos de acercamiento».

La postura de Churchill era similar. Estaba «cada vez más angustiado —decía— por lo inútil de la propuesta de acercamiento al Signor Mussolini, que éste miraría seguro con desdén». Un gesto de esta naturaleza echaría por tierra la integridad de la posición de Gran Bretaña en la guerra. Ni siquiera eludir las precisiones geográficas serviría de algo, ya que resultaría obvio a qué territorios se estaba haciendo referencia. La mejor forma de ayudar a Reynaud, sostenía Churchill, era «hacerle sentir que, fuese lo que fuese lo que sucediera a Francia, íbamos a luchar hasta el final».

Churchill se mostró más vehemente en su rotunda oposición a la propuesta de Halifax:

En aquel momento nuestro prestigio en Europa estaba muy bajo. La única forma de recuperarlo era demostrar que Alemania no nos había vencido. Si, después de dos o tres meses, podíamos demostrar que seguíamos invictos, nuestro prestigio retornaría. Aunque fuéramos vencidos, no estaríamos peor de lo que lo estaríamos si decidiéramos abandonar entonces la batalla. Teníamos que evitar por tanto ser arrastrados al terreno resbaladizo junto a Francia. Toda esta maniobra pretendía meternos tan de lleno en las negociaciones que seríamos incapaces de volver atrás. Ya habíamos recorrido un largo trecho en nuestro acercamiento a Italia, no permitiríamos que M. Reynaud nos hiciera entrar en una confusa situación.

Ésta era su conclusión: «El acercamiento propuesto no sólo era inútil, sino que nos hacía correr un gravísimo peligro».

Chamberlain intervino con espíritu conciliador. Aunque estaba de acuerdo con que el acercamiento propuesto no serviría para nada, pensaba «que debíamos avanzar un poco más en él, con el fin de mantener a los franceses de buen humor». Defendía la idea de intentar ganar tiempo hasta que se conociera el resultado del acercamiento de Roosevelt. Este planteamiento recibió algunos apoyos. Sin embargo, Churchill sólo pretendía discutirlo como una posibilidad. «Si sucedía lo peor afirmaba—, no sería malo para el país caer luchando por los demás países que habían sido vencidos por la tiranía nazi».

Halifax había guardado silencio hasta el momento, pero era consciente de los crecientes signos de aislamiento de su persona dentro del Gabinete de Guerra, y el estridente tono de Churchill le empujó a intervenir. «Era consciente —dijo el ministro de Exteriores— de la existencia de ciertas diferencias bastante profundas entre los puntos de vista». Halifax pensaba que sería útil conseguir que el Gobierno francés asegurase que lucharían hasta el final por su independencia. Además, no veía ningún parecido entre lo que él proponía y la insinuación «de que estábamos pidiendo una

negociación y siguiendo una línea que nos llevaría al desastre». El ministro dio a entender, no sin razón, que Churchill había cambiado de parecer con respecto al día anterior, cuando afirmó que se sentiría aliviado si podían escapar de las dificultades que los asediaban por medio de la negociación, siempre y cuando las condiciones acordadas no afectaran a la independencia del país, aun cuando ello implicara la cesión de parte del territorio. Ahora, dijo Halifax, «el primer ministro parecía dar a entender que bajo ningún concepto contemplaríamos otra actuación que no fuera la de luchar hasta el final». Reconocía que era poco probable obtener condiciones asumibles, pero si al final era posible alcanzar un acuerdo que no perjudicase los intereses fundamentales de Gran Bretaña, no podría admitir la opinión de Churchill, y «consideraría adecuado aceptar una oferta que salvase al país de un desastre evitable».

Churchill se mostró remiso. Esa posibilidad era sumamente remota. «Si Herr Hitler estaba dispuesto a alcanzar la paz con la condición de la restauración de las colonias alemanas y el control despótico de Europa central, eso era una cosa —dejó caer Churchill, en un gesto de concesión sumamente llamativo—. Pero era muy poco probable —prosiguió— que fuera a hacer una oferta así». Sin inmutarse, Halifax planteó un escenario hipotético. ¿Estaría dispuesto el primer ministro a discutir las condiciones que Hitler, «ansioso por terminar la guerra, consciente de su propia debilidad interna», pudiera ofrecer a Francia e Inglaterra? El fantasma del viejo y errado optimismo ante los supuestos problemas internos de Hitler —que, se creía, iban a materializarse en una inminente y grave crisis económica[112]— volvía a sobrevolar una vez más aquella cuestión. Churchill replicó que no se sumaría a Francia en la búsqueda de un acuerdo, pero que lo estudiaría si se le daban a conocer las condiciones. Chamberlain trató de calmar de nuevo el encendido intercambio entre el titular de Exteriores y el primer ministro. La discusión se cerró con el acuerdo de que la respuesta de Churchill a Reynaud seguiría las líneas sugeridas previamente por Chamberlain, a saber, no completo rechazo, pero tampoco compromiso, a la espera del resultado de la intervención de Roosevelt.[113]

La discusión había sido más acalorada de lo que las actas oficiales daban a entender. Halifax anotó en su diario que «pensaba que Winston decía las tonterías más horrendas, y también Greenwood, y después de aguantar un tiempo —proseguía— dije exactamente lo que pensaba de ellos, añadiendo que si ésa era realmente su opinión, llegado el caso nuestros caminos se acabarían separando». Viniendo del siempre sereno e impertérrito Halifax, aquellas palabras, con las que amenazaba indirectamente con dimitir, sonaban realmente duras. Y repitió su amenaza en privado a Churchill después de la reunión, aunque para entonces el primer ministro se había «suavizado», en palabras de Halifax, y «se deshacía en disculpas y muestras de afecto». Había sido un choque de personalidades, y también un desencuentro de fondo. El impulsivo temperamento de Churchill era la antítesis de la instintiva y fría racionalidad de Halifax. Según este último, «me desespero cuando se deja llevar por un arrebató de emoción cuando debería intentar que su cerebro pensara y razonara».[114] Halifax coincidía con Churchill, y con los demás miembros del Gabinete de Guerra en que, casi con toda probabilidad, un acercamiento a Mussolini resultaría infructuoso, pero todavía no estaba dispuesto a dejar de intentarlo. Lo que no podía soportar era la notoria insistencia de Churchill en que sería mejor caer luchando, aunque Gran Bretaña quedase devastada en el camino, que contemplar la posibilidad de un acuerdo negociado que pudiera salvar al país del desastre.[115]

A las diez de la noche el Gabinete de Guerra era convocado a la tercera reunión del día. Churchill inició el encuentro con la funesta noticia de que Bélgica estaba al borde de la capitulación.

Las consecuencias, no sólo para las posibilidades de que la resistencia militar francesa se prolongase, sino también para las perspectivas de evacuación de la Fuerza Expedicionaria Británica, eran extremadamente graves. «Claro que no esperábamos que los belgas fueran a resistir indefinidamente —escribió Chamberlain en su diario— pero esta repentina caída deja expuesto nuestro flanco y hace muy difícil rescatar a un número significativo de soldados de la FEB. Confieso que no tenía muchas esperanzas de salvarlos, pero había una posibilidad que ahora se ha desvanecido casi por completo».[116]

Entre tanto, también había quedado claro que el intento de Roosevelt de interceder ante Mussolini había sido terminantemente rechazado. De hecho, Mussolini se había negado incluso a recibir al embajador estadounidense en Roma, que pretendía exponer de palabra el mensaje del presidente. Y tampoco cabía esperar ninguna respuesta. El desdén con el que se recibió la propuesta de acercamiento no se podía haber expresado con mayor claridad. El mensaje de Roosevelt fue transmitido a Mussolini por el ministro de Exteriores italiano, el conde Galeazzo Ciano, que inmediatamente comunicó al embajador que sería rechazado.[117] «Roosevelt va muy desencaminado —dijo Ciano—. Se necesita algo más para disuadir a Mussolini. De hecho, no es que quiera conseguir esto o lo otro; lo que quiere es la guerra, y, aunque pudiera conseguir por medios pacíficos el doble de lo que reclama, lo rechazaría».[118]

Así pues, cuando al día siguiente, 28 de mayo, por la tarde, el Gabinete de Guerra reanudó sus deliberaciones en torno a un posible acercamiento a Mussolini, los ministros británicos ya tenían conocimiento del rechazo de la mediación de Roosevelt y se enfrentaban a la terrible noticia de la capitulación belga, que se había producido en las primeras horas del día. Eso había dejado a las tropas británicas que se estaban replegando a Dunquerque en una situación tremendamente delicada, como había reconocido Chamberlain. Se trataba ahora de librar una lucha desesperada por resistir frente a los alemanes para permitir que la retirada continuase. «Las perspectivas para la FEB parecían más negras que nunca —escribió Cadogan—. ¡Terribles días!».[119] Durante toda la jornada, como recordaba Churchill más tarde, «la huida del Ejército británico estuvo pendiente de un hilo». Para muchos de los soldados franceses que también estaban tratando de alcanzar Dunquerque era demasiado tarde. Cortada su retirada y rodeados al oeste de Lille, se vieron obligados a rendirse.[120]

. Los miembros del Gabinete de Guerra tenían que estudiar ahora una petición procedente de París para emprender un acercamiento anglofrancés a Mussolini. A propuesta de Daladier, el Consejo de Ministros francés, que reaccionó ante la noticia de la rendición de Bélgica convocando una precipitada sesión nocturna, había acordado hacer propuestas concretas, y unilaterales, a Roma, en un desesperado intento de mantener a Italia fuera de la guerra. El Gobierno francés se replanteó después la idea de una propuesta unilateral y pospuso el acercamiento hasta haber consultado a Londres.[121] Esa era la propuesta a la que se enfrentaba ahora el Gabinete de Guerra británico, que desencadenó lo que Chamberlain describió como una «discusión bastante intensa».[122]

Las alternativas que con tanta dureza habían expresado Churchill y Halifax el día anterior seguían figurando en primer plano.[123] Halifax se daba cuenta, según explicó él mismo, de que no había hecho ningún avance en su reunión con Bastianini tres días antes, «y que la situación era desesperada». Sin embargo, sir Robert Vansittart, a cuya iniciativa se debía dicha reunión, había descubierto después que la embajada italiana ya tenía entonces «una idea clara de que nosotros queríamos buscar la mediación de Italia». Churchill replicó inmediatamente que «los franceses

estaban tratando de llevarnos al resbaladizo terreno» de hacer actuar a Mussolini como intermediario entre Gran Bretaña y Hitler, y que «él estaba decidido a no llegar a ese punto». La situación sería completamente diferente, añadía, una vez que Alemania hubiese realizado un intento fallido de invadir Gran Bretaña.

Chamberlain estaba virando hacia la posición de Churchill, si bien, a diferencia del primer ministro, veía la continuación de la guerra no como el camino hacia la victoria final, sino como la base para lograr una mejor paz negociada.^[124] Aunque en su fuero interno consideraba la propuesta francesa «irrisoria en sí misma e inoportuna»,^[125] señaló a sus colegas del Gabinete que cualquier concesión hecha a Italia, como Malta y Gibraltar, sólo podría formar parte de un acuerdo general con Alemania. Toda concesión a Italia que dejara que Alemania siguiera en la guerra no tendría valor alguno para Gran Bretaña. Greenwood y Sinclair coincidían con Chamberlain en su escepticismo con respecto a la posibilidad de que una mediación de Mussolini generase condiciones aceptables. Halifax estaba de acuerdo, y de hecho comentó en su diario la inutilidad de un nuevo acercamiento al dictador italiano.^[126] No obstante, aunque la «hipótesis no era del todo improbable», el ministro reiteró ante el Gabinete de Guerra su propuesta del día anterior, a saber, que si Mussolini «deseaba hacer de mediador y eso podía procurar unas condiciones que no afectasen a nuestra independencia, pensaba que deberíamos estar dispuestos a tener en cuenta dichas condiciones». Y a continuación sugirió que Gran Bretaña «podría obtener mejores condiciones antes de que Francia saliera de la guerra y nuestras fábricas de aviones fueran bombardeadas que al cabo de tres meses».

Llegados a ese punto, Churchill leyó el borrador de una respuesta a Reynaud en el que expresaba sus propias opiniones.^[127] Tenía claro que Reynaud quería servirse de la mediación de Mussolini «para llevarnos a la mesa de negociaciones con Herr Hitler». Pero si Gran Bretaña abría finalmente las conversaciones, «entonces nos encontraríamos con que las condiciones ofrecidas afectaban a nuestra independencia e integridad. Cuando, en ese momento, nos levantásemos para abandonar la mesa de negociaciones, nos encontraríamos con que toda la capacidad para tomar decisiones con la que contábamos hasta entonces había desaparecido». Chamberlain, en creciente sintonía con el primer ministro, expresó su acuerdo con el escrito de Churchill, aunque sugirió algunos retoques en la formulación para hacerlo más aceptable para los franceses. Con todo, la idea central de su propuesta seguía la línea propuesta por Churchill: que Gran Bretaña creía que podía resistir, y que, de ser así, obtendría mejores condiciones que si entraba en negociaciones con Mussolini desde una posición de debilidad.

Ahora que la opinión generalizada del Gabinete de Guerra empezaba a ponerse claramente a su favor, Churchill retomó lleno de energía los puntos esenciales de su argumento. «El Signor Mussolini —dijo—, si entrara como mediador, intentaría sacar partido de nosotros. Era imposible suponer que Herr Hitler sería tan necio como para dejarnos continuar con nuestro rearme. En efecto, sus condiciones nos dejarían totalmente a su merced. No conseguiríamos peores condiciones si seguíamos luchando, incluso si éramos vencidos, que las que se abrían ante nosotros en aquel momento».

El argumento era poderoso. Halifax intervino, con cierta actitud de debilidad, para decir que «todavía no veía qué había en la sugerencia francesa de poner a prueba las posibilidades de la mediación que tan malo le parecía al primer ministro». Chamberlain, por su parte, no entendía qué se perdía si se planteaba abiertamente que Gran Bretaña seguiría luchando hasta el final para preservar su independencia pero «estaría dispuesta a estudiar condiciones aceptables en caso de que se nos

ofrecieran». Pero también señaló «que la alternativa a seguir luchando suponía no obstante un riesgo considerable». Churchill declaró, movido más por la pasión que por la razón, «que las naciones que caían luchando se volvían a levantar, pero aquellas que se rendían dócilmente estaban acabadas», y añadió «que la posibilidad de que nos ofrecieran condiciones aceptables en aquel momento era de una entre mil». Chamberlain, mostrándose de nuevo cauto y un tanto ambiguo, manifestó su acuerdo con el planteamiento básico de Halifax de buscar la negociación, pero añadió que una oferta de condiciones aceptables era tan poco previsible que Gran Bretaña no debería seguir la sugerencia de Reynaud de un acercamiento a Mussolini. Con todo, era reacio a rechazar tajantemente la propuesta gala, ya que no quería que Francia abandonase la lucha y pensaba que las circunstancias podían cambiar, incluso en muy poco tiempo, lo que alteraría también la situación británica. Tras más de dos horas de discusión, la reunión fue suspendida a las seis y cuarto de la tarde por espacio de cuarenta y cinco minutos.

Aquel intermedio fue muy importante. Churchill aprovechó la ocasión para dirigirse a los ministros que no formaban parte del Gabinete de Guerra en una reunión mencionada en sus memorias. Había visto poco a sus colegas de fuera del Gabinete desde la formación de su Gobierno, y ahora le pareció apropiado ofrecerles un relato del curso de los acontecimientos y del estado del conflicto. No está claro si, aparte de eso, había organizado la reunión para vencer la resistencia en el Gabinete de Guerra y alcanzar un apoyo más amplio para la inflexible postura que había adoptado con respecto a un posible acercamiento a Mussolini, pero eso es lo que finalmente consiguió. Después de las arduas discusiones mantenidas en el Gabinete de Guerra ahora podía plantear sus propias convicciones sin trabas y con todas las florituras retóricas, y ante un público ya predispuesto, al menos en parte, a aceptarlas.[128]

Unos veinticinco ministros de diversas tendencias políticas, no todos veteranos o fervientes partidarios del primer ministro, ni mucho menos, se congregaron en torno a la mesa de la habitación de Churchill en la Cámara de los Comunes. Aunque carecían de información detallada, todos eran conscientes de lo profundo de la crisis que tenía lugar al otro lado del Canal de la Mancha y se daban cuenta de lo que estaba en juego. La tensión era palpable. Churchill no perdió la oportunidad para sacar provecho de aquella atmósfera de inquietud. Uno de los presentes, el ministro de Economía de Guerra y gran figura laborista, Hugh Dalton, encontró a Churchill «soberbio» en aquella reunión: «el hombre, y el único hombre que tenemos, en este momento». Fue un espléndido discurso destinado a levantar la moral, a pesar de que Churchill calculaba que tan sólo se podría traer de vuelta a unos cincuenta mil soldados de Dunquerque y pensaba que el rescate de cien mil sería «una actuación magnífica». Dalton recordó un elemento clave señalado por Churchill, al igual que haría en el Gabinete de Guerra: «Era ocioso pensar que si tratábamos de hacer las paces ahora obtendríamos mejores condiciones de Alemania que si seguíamos luchando hasta el final. Los alemanes exigirían nuestra flota —a eso lo llamarían “desarme”—, nuestras bases navales y mucho más. Nos convertiríamos en un Estado esclavo, aunque se instauraría un Gobierno británico que sería la marioneta de Hitler, “con Mosley o alguien así”».[129]

Hacia el final de su discurso, Churchill declaró: «Por supuesto, pase lo que pase en Dunquerque, seguiremos luchando». Él sabía lo terribles que eran todavía las noticias procedentes de Dunquerque. Al final de aquel día, 28 de mayo, tan sólo diecisiete mil soldados habían sido rescatados (aunque en las siguientes jornadas el número ascendió a más de cincuenta mil al día), pero gracias a su gran entereza pudo ganarse el favor de su atento público, y se quedó impresionado con la reacción de

aquellos experimentados parlamentarios desde los distintos puntos del espectro político.

Unos cuantos parecieron levantarse de la mesa de un salto y vinieron corriendo hasta mi asiento, gritando y dándome palmadas en la espalda. No hay duda de que si en ese momento yo hubiera titubeado lo más mínimo en la tarea de dirigir la nación me habrían sacado a empujones del poder. Estaba seguro de que todos los ministros estaban dispuestos a que los matasen poco después y acabasen con toda su familia y sus posesiones antes que claudicar. En este sentido, representaban a la Cámara de los Comunes y a casi toda la población.[130]

Menos de una hora más tarde Churchill estaba informando de aquella reacción al Gabinete de Guerra. Sus colegas, dijo, habían «dado muestras de máxima satisfacción cuando les había dicho que no existía la opción de que abandonáramos la lucha». No recordaba, afirmó, «haber escuchado nunca antes a un grupo de altos cargos de la vida política expresarse tan enérgicamente». Mientras Halifax y Chamberlain estaban preparando un borrador para la nueva respuesta a Reynaud, Churchill había estado recabando apoyos para su postura. Su éxito había sido incuestionable. Halifax ya no ofrecía resistencia. Churchill se mostró conforme con la respuesta a Reynaud, que fue leída por Chamberlain. Sin embargo, cuando Halifax planteó la posibilidad de un llamamiento al presidente Roosevelt, algo que también Reynaud quería que hicieran los Aliados, Churchill se mantuvo firme. Pensaba que un llamamiento a Estados Unidos en aquel momento sería «totalmente prematuro». Una vez más, su razonamiento político seguía los dictados del instinto. «Una firme resistencia frente a Alemania» despertaría la admiración y el respeto de Estados Unidos, «pero un humillante llamamiento, si se hacía ahora, tendría el peor efecto posible».[131]

Esa misma noche, algo más tarde, se envió la respuesta a Reynaud. Chamberlain y Halifax habían reformulado y acordado los términos con la totalidad del Gabinete.[132] Las opiniones que allí se expresaban eran, no obstante, las del propio Churchill. Como había propugnado Chamberlain, la respuesta no descartaba la posibilidad de un acercamiento a Mussolini «en algún momento», aunque sí lo hacía de forma explícita para la situación actual.[133] Consideraba que las circunstancias sólo mejorarían si se continuaba la lucha, lo que permitiría «al mismo tiempo fortalecer nuestra capacidad negociadora y conseguir la admiración y tal vez la ayuda material de USA». Si Gran Bretaña y Francia seguían resistiendo, concluía el texto, «todavía podemos salvarnos del destino de Dinamarca y Polonia».[134]

En realidad, y pese a la negativa británica a emprender un acercamiento a Mussolini, el Gobierno francés decidió hacer su propia oferta unilateral, que sería recibida con total desprecio en Roma.[135] Mussolini estaba decidido a entrar en la guerra, y no en una negociación pacífica. Francia estaba al borde de la derrota a manos de Alemania. Mussolini quería el camino más fácil y rápido hacia su parte de la gloria y del botín. Como era de esperar, declaró la guerra a Francia el 10 de junio (decisión que será explorada en detalle en el capítulo 4). El embajador francés en Roma, François-Poncet, describió acertadamente el momento en el que recibió la noticia por boca del ministro de Exteriores italiano, el conde Ciano, como «una puñalada a un hombre que ya ha caído».[136] Una semana después, Francia se rindió.

El Gobierno británico preveía desde mediados de mayo la posibilidad de tener que seguir luchando aun a pesar de la derrota de Francia, con la esperanza de resistir hasta que Estados Unidos decidiese ayudarlos (algo de lo que no había garantía alguna). Pero lo que no esperaba era «el milagro de Dunquerque». La pérdida de casi toda la Fuerza Expedicionaria Británica había entrado

dentro de todos los cálculos a finales de mayo. Fue bajo este presupuesto bajo el que se tomó la decisión política más trascendental, aquella cuya gestación hemos venido rastreando. Sólo una vez adoptada dicha resolución se fue haciendo patente, a lo largo de los días siguientes, que la flota de pequeños barcos —cientos de ellos— que había estado yendo y viniendo por el Canal de la Mancha había cumplido mucho mejor de lo que nadie esperaba la que era para todos una misión imposible. Pese a estar expuestos durante días a un incesante bombardeo, prácticamente todos los hombres del Ejército británico (y muchos soldados aliados) que habían servido en el norte de Francia habían sido rescatados de las playas y el puerto de Dunquerque. El 4 de junio ya eran 224.301 soldados británicos y 111.172 franceses y belgas.[137] Aquel día Churchill pudo hablar a la Cámara de los Comunes del «milagro de la liberación» en Dunquerque en un conmovedor discurso que alcanzó el clímax retórico en el momento de su célebre y grandilocuente declaración: «Lucharemos en las playas, lucharemos en los campos de aviación, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas; nunca nos rendiremos...».[138] El calor y el entusiasmo con los que fue recibida su patriótica alocución, tras un colosal desastre militar que la «liberación de Dunquerque» había acabado convirtiendo en una especie de triunfo, constituyó un momento de suma importancia en la elevación del prestigio público de Churchill y del reconocimiento de sus cualidades como indómito líder de guerra.

El Churchill de después de la crisis de Dunquerque se hallaba en una posición muy superior a la de sus colegas del Gabinete de Guerra.

El 6 de junio pudo decirles con incuestionable autoridad que «bajo ninguna circunstancia participaría el Gobierno británico en cualquier negociación de armisticio o de paz».[139] Sin embargo, no había sido así durante la crisis política para determinar la estrategia bélica de Gran Bretaña en los días en los que la suerte del ejército abandonado en Dunquerque parecía echada.

V

En cierto sentido, el desenlace de las decisivas, intensas y en ocasiones acaloradas deliberaciones de aquel breve lapso transcurrido entre el 25 y el 28 de mayo no iba a cambiar nada. Gran Bretaña ya estaba en guerra con la Alemania de Hitler, y ahora simplemente continuaba estando en la lucha. Sin embargo, esto último fue una elección: en realidad, la trascendental elección de rechazar una alternativa, la del caminó hacia las negociaciones con Hitler, que habrían sacado a Gran Bretaña de la guerra, con consecuencias desconocidas pero en cualquier caso profundas.

Lo cierto es que ni siquiera lord Halifax, principal valedor de la opción de explorar las posibilidades de la mediación italiana para lograr un acuerdo de paz, contemplaba la capitulación británica o la posibilidad de un pacto con condiciones que resultaran perjudiciales para la independencia del país. Halifax era tan categórico como Churchill, a pesar de sus diferencias, en la idea de que debía preservarse la libertad de Gran Bretaña. Este objetivo era compartido por todos los miembros del Gabinete de Guerra. Cómo alcanzar dicho fin era lo que distanciaba al primer ministro y su ministro de Exteriores.

Lo que sucedió no puede describirse como la imposición del desafío patriótico y el «espíritu de

bulldog» churchilliano sobre la debilidad y el derrotismo. Halifax no era menos patriota. Y estaba dispuesto a seguir luchando, si ése era el único camino. Pero su razonamiento era que seguir combatiendo, con los elevados sacrificios que ello entrañaría sin duda, no era necesariamente la única actuación viable para Gran Bretaña. Por eso se exasperaba con las declaraciones de Churchill en defensa de la continuación de la lucha cuando las alternativas no habían sido exploradas. Si bien es verdad que Churchill hablaba movido por la pasión y la emoción, y de un modo que irritaba a un Halifax más frío y racional, su causa se veía no obstante sustentada por la razón y la lógica. Los demás miembros del Gabinete de Guerra, y muy en particular Chamberlain, acabaron respaldando la postura del primer ministro frente a la de Halifax porque Churchill tenía mejores argumentos.[140]

Halifax quería tantear la escena para ver si la mediación italiana podía preparar el terreno para un acuerdo general. Aunque le parecía poco probable, no deseaba que aquella posibilidad quedase sin explorar. Cualquier intento habría significado en realidad sobreestimar considerablemente la influencia de Mussolini sobre Hitler, que se había visto reducida desde que su intervención allanase el camino hacia el Pacto de Múnich en 1938. Ni siquiera el propio Churchill se habría opuesto, al parecer, como señaló durante las sesiones del Gabinete de Guerra, a un intento de «comprar» a Italia a costa de algunas posesiones británicas en el Mediterráneo, o incluso, según dijo en cierto momento, de aceptar la supremacía alemana en Europa central y oriental si eso permitía sacar a Gran Bretaña «de aquel lío».[141] Sin embargo, creía que un acercamiento a Mussolini —y así lo confirmó al ver que la tentativa de Roosevelt en favor de los Aliados era rechazada con absoluto desdén— sería inútil. Peor que eso, creía que dejaría a Gran Bretaña en medio de un «terreno resbaladizo». Chamberlain, figura clave durante el transcurso de la crisis de la división entre el primer ministro y el titular de Exteriores,[142] también lo reconoció, al igual que hicieron Attlee y Greenwood. El inicio de las negociaciones —no sólo con Mussolini, sino también con Hitler—, tendría consecuencias, tanto para el prestigio internacional de Gran Bretaña como para la moral del país. La posición de Hitler, dadas las formidables incursiones llevadas a cabo por su ejército en Francia, era extremadamente fuerte. Con toda seguridad, sus demandas irían más allá de la devolución de sus antiguas colonias, lo que habría debilitado seriamente a Gran Bretaña y amenazado su independencia como potencia.

Halifax opinaba que, en tal caso, Gran Bretaña podría retirarse de las negociaciones. Churchill, con el respaldo cada vez mayor de los demás miembros del Gabinete de Guerra, señaló el daño irreparable que ocasionaría ya sólo el hecho de estar dispuestos a considerar las inevitables concesiones que entrañaba la entrada en negociaciones. Sería prácticamente imposible resucitar la moral de combate entre la población una vez que ésta se hubiera dado cuenta de que el Gobierno había estado dispuesto a negociar un acuerdo. Las concesiones, explicó Churchill, no se reducirían simplemente a unos pocos pedazos de tierra, y ya sólo los esfuerzos por satisfacer las demandas de Mussolini habrían debilitado enormemente la posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo y Oriente Medio. En el país se habría instaurado un Gobierno títere. Su desarme efectivo habría sido sin lugar a dudas otra de las condiciones. La Armada habría tenido que ser abandonada o colocada bajo tutela alemana.[143] No habría posibilidad alguna de reconstruir las defensas ni en aire ni en tierra. Gran Bretaña estaría, por tanto, y pese a conservar una independencia nominal, a merced de Alemania, subordinada sin ofrecer resistencia. Aunque enviaran la Armada a Canadá y la familia real y el Gobierno se marchasen al exilio, la posibilidad de que Estados Unidos acudiera rápidamente en ayuda de Gran Bretaña habría quedado muy reducida, y se habría eliminado el foco de la resistencia

del Imperio ante Hitler. Churchill podía argumentar de manera convincente, por tanto, que ninguna de las condiciones que probablemente ofrecería Hitler sería aceptable. No serían peores si Gran Bretaña hubiera combatido y perdido que en caso de que no hubiera luchado en absoluto. De modo que podía concluir que luchar con valentía y ser derrotado tenía pocas desventajas, si es que tenía alguna, y la evidente ventaja de acrecentar la moral de los amigos de Gran Bretaña en el mundo, en el Imperio y los dominios, y en Estados Unidos, para continuar la lucha.

Tales argumentos acabaron convenciendo a los demás miembros del Gabinete de Guerra, a excepción de Halifax. E incluso este último estuvo de acuerdo en los términos del telegrama enviado la noche del 28 de mayo a Reynaud, que exponía la postura planteada por Churchill, aunque la redacción final corriera en gran medida a cargo de Chamberlain, con ayuda del propio ministro de Exteriores.

Se necesitaron tres días, desde la reunión de Halifax a última hora de la tarde del día 25 hasta el acuerdo alcanzado en torno al telegrama dirigido a Reynaud la noche del 28, para tomar la decisión. Fue un acuerdo colectivo, en el que Halifax se sometió finalmente a los deseos de los demás miembros del Gabinete de Guerra, dando así muestra de su compromiso ineludible con la decisión (un aspecto de no poca importancia que demostraba la unidad gubernamental ante el Parlamento y el país). Se había alcanzado gracias al debate razonado entre cinco miembros (ocasionalmente con un sexto, Sinclair, sumándose a las deliberaciones). De ellos, Churchill ostentaba la primacía, aunque no el dominio absoluto. Ganó su causa por medio de la razón, no del poder y la intimidación. Los motivos para la esperanza razonada en el plano militar, planteados por los jefes del Estado Mayor, también habían contribuido a un clima creciente de recuperación. Churchill contaba con el apoyo instintivo de Attlee y Greenwood, pero el miembro del Gabinete cuyo apoyo era más valioso era Chamberlain, que, como siempre, examinó minuciosamente todos los puntos del debate antes de que su inicial ambigüedad dejara paso a su firme respaldo a la posición del primer ministro. Para entonces, Halifax no tenía más opción (aparte de una dimisión que habría resultado tan perjudicial como inútil y que nunca pasó de ser una idea fugaz) que ceder ante la postura adoptada por todos sus colegas.

Un aspecto muy sorprendente del modo en el que se adoptó la decisión fueron las pocas personas que participaron en el proceso, y también el reducido número de personas, en una democracia parlamentaria, que tenían algún indicio de lo que estaba en juego. Sólo el estrecho círculo del Gabinete de Guerra lo sabía. Al margen de esos pocos ministros, prácticamente nada salía a la luz. Los miembros del Gabinete ministerial ignoraban en gran medida lo que sucedía. Sólo los más altos cargos de los círculos oficiales dentro del Gobierno y del Foreign Office eran conscientes de los acontecimientos. El grueso de la ciudadanía, por supuesto, no tenía la más mínima idea de la trascendental decisión a la que se enfrentaba el Gabinete de Guerra y, de hecho, sólo poco a poco se fueron percatando de la enormidad de lo que estaba ocurriendo tan cerca de casa, al otro lado del Canal de la Mancha, una situación difícil de imaginar en la sociedad actual de la televisión global y de la cobertura cuasi-instantánea de guerras que tienen lugar a miles de kilómetros de distancia.

Además, la historia también desplegó un tupido velo sobre lo que había sucedido. Ni Churchill ni Halifax revelaron a los lectores de sus memorias de posguerra la existencia de una efímera propuesta para emplear la mediación italiana con el fin de alcanzar un acuerdo con Hitler. Churchill, de hecho, había incluido en un borrador de sus memorias de guerra una referencia a la voluntad de Halifax de aplacar a un «peligroso enemigo» en la que mencionaba su encuentro con Bastianini, si bien,

haciendo caso a quienes le aconsejaron discreción, lo omitió finalmente en la versión publicada.[144] Sólo cuando se dieron a conocer los documentos públicos, treinta años después de los hechos, quedó plenamente de manifiesto lo trascendentales que habían sido las deliberaciones de aquellos días de mayo de 1940 para el futuro de Gran Bretaña.[145]

Lo que habría sucedido de haberse adoptado la estrategia alternativa de Halifax pertenece al terreno de la especulación y la conjetura. No obstante, ya hemos visto algo de lo que Churchill y los demás miembros del Gabinete de Guerra pensaban que ésta significaría, y sabemos lo suficiente acerca de los planes alemanes (que se examinarán en el próximo capítulo) como para tener una idea de lo que el futuro habría deparado a Gran Bretaña en caso de haber tratado de negociar la paz.[146]

Un primer prerrequisito en cualquier negociación habría sido seguramente un cambio en el Gobierno de Londres. Churchill, considerado durante mucho tiempo como el exponente supremo de la facción antialemana y belicista (asociada a la influencia judía, según la distorsionada visión de los nazis), y sus partidarios habrían sido obligados a dejar el poder. Alemania habría exigido la implantación de un Gobierno más en sintonía con los intereses del Reich y más dispuesto a hacer concesiones significativas en beneficio de la paz en Europa de lo que se podía esperar bajo el mandato de Churchill. El primer ministro suponía, como hemos visto, que los alemanes habrían exigido un Gobierno títere encabezado por Oswald Mosley, el líder fascista británico.[147] Más probable habría sido un intento de establecer como cabeza de una nueva Administración, dependiente del favor de Berlín, a David Lloyd George, primer ministro británico durante la Primera Guerra Mundial, admirado por Hitler y gran admirador, a su vez, del dictador alemán desde que lo conociera en Berchtesgaden en 1936.

Churchill, de hecho, había querido que Lloyd George entrase en su Gabinete, y el 13 de mayo le había pedido que fuese ministro de Agricultura. Lloyd George rehusó la petición, puesto que no estaba dispuesto a trabajar con Chamberlain. Por aquel entonces tenía cerca de ochenta años. Pensaba que Gran Bretaña no podía ganar la guerra y tendría que tratar de alcanzar un acuerdo negociado en algún momento.[148] Pero todavía tenía un enorme prestigio y seguía siendo influyente, tanto en el extranjero como dentro del país. Ante la sombría situación con la que se enfrentaban a finales de mayo, Churchill habló con Chamberlain de incluir a Lloyd George en el Gobierno. Chamberlain le respondió con toda franqueza. No confiaba en Lloyd George y no podía trabajar con él. Churchill, prosiguió, tendría que elegir entre los dos. El primer ministro rectificó inmediatamente, pues su deseo de que Chamberlain se quedase seguía siendo firme. Estaban trabajando juntos y «caerían juntos», señaló Churchill, en una afirmación un tanto críptica. Tampoco él sabía cuál era la postura de Lloyd George, afirmó, o si acabaría mostrándose derrotista.[149] Pero ello no impidió que tratara de acercarse a Lloyd George en varias ocasiones en el futuro, si bien todos los intentos se frustraban debido a la enconada y mutua animadversión entre él y Chamberlain.

Lloyd George no era un derrotista absoluto. En verano de 1940 pensaba que no había que emprender negociaciones de paz de forma inmediata, sino sólo una vez que Gran Bretaña hubiera rechazado la embestida alemana y pudiera por tanto negociar desde una posición mejor. Pero Churchill y Chamberlain tenían razón al no confiar en él. En otoño de 1940 Lloyd George se veía a sí mismo como un primer ministro artífice de la paz, una vez garantizada la supervivencia de Gran Bretaña aunque admitida la imposibilidad de la victoria total ante Alemania. Esperaría «a que Winston esté acabado», dijo a su secretario en octubre de 1940.[150] Antes de eso, en junio y julio, cuando las señales de la paz se sucedían cada día, llegaron rumores a Berlín de que Lloyd George

iba a sustituir pronto a Churchill como primer ministro.[151] Aquél habría sido, con mucha mayor probabilidad, un nombre aceptable a los ojos de Hitler como equivalente británico del mariscal Philippe Pétain a la cabeza de un Gobierno al estilo Vichy, posiblemente bajo un reinstaurado rey Eduardo VIII.[152]

Una vez embarcados en el «resbaladizo terreno» de las negociaciones, como Churchill lo había bautizado, un Gobierno de esas características se vería forzado desde su posición de debilidad a conceder territorios y armamento a Alemania. Aunque Hitler afirmó después en numerosas ocasiones que quería preservar el Imperio Británico, resulta impensable que eso significara preservarlo en las condiciones de cualquier potencia independiente. Como veremos en el siguiente capítulo, con toda seguridad habría habido fuertes presiones procedentes de algunos sectores de su régimen, especialmente de la Armada alemana, para hacer importantes ampliaciones territoriales a costa de Gran Bretaña y para acabar de una vez por todas con cualquier amenaza militar planteada por la Marina de guerra británica.

Por supuesto, un Gobierno británico en el exilio habría seguido luchando probablemente desde algún lugar de los dominios. También habría sido posible rescatar la flota y ponerla a salvo en puertos amigos en el extranjero. Pero cuesta imaginar cuál sería la situación de Gran Bretaña tras unas negociaciones de paz con las que se habría comprometido a finales de primavera o en verano de 1940, cuando estaba en una posición sumamente frágil.

Con una Gran Bretaña fiel a Alemania, o al menos benevolente y neutral con el régimen nazi, la predisposición de Roosevelt a proporcionar material y apoyo militar se habría visto frenada en seco. Ya de por sí el apoyo a Gran Bretaña no era fácil de justificar ante una opinión pública todavía extremadamente cauta con respecto al intervencionismo en el exterior cuando no abiertamente aislacionista. Y con Europa occidental asegurada y cualquier amenaza procedente de Estados Unidos reducida a una remotísima posibilidad, Hitler habría podido dirigir toda su atención a librar la batalla del «espacio vital» contra la Unión Soviética, pero ahora con el respaldo de Gran Bretaña.

La decisión tomada a finales de mayo de 1940 de no tratar de llegar a un consenso tuvo, pues, implicaciones sumamente profundas, y no sólo para Gran Bretaña. Un acuerdo negociado que beneficiase a Alemania con una Gran Bretaña seriamente debilitada, seguido o acompañado de la aplastante derrota militar de Francia, habría dejado a un Hitler victorioso en toda Europa occidental. La decisión británica de seguir luchando significaba que Hitler no podía terminar la guerra en el oeste, lo que magnificó a su vez considerablemente las dimensiones de su colosal apuesta. Ahora tendría que hacer frente al ataque a la Unión Soviética, su archienemigo ideológico, en la guerra que siempre había querido librar en pos del «espacio vital» y de la destrucción del «judeobolchevismo», sin haber puesto fin al conflicto en el oeste. Y detrás de Gran Bretaña se hallaba el poderío de Estados Unidos, con la posibilidad de que la ayuda norteamericana al esfuerzo bélico británico fuera en aumento. A los ojos de Hitler, el tiempo no corría a favor de Alemania. Había que sacar a Gran Bretaña de la guerra antes de que los estadounidenses estuvieran preparados y dispuestos para entrar en ella. Si eso sucedía antes de que Alemania tuviera el control absoluto de Europa y todos los recursos materiales del continente a su disposición, las opciones de una victoria final se verían seriamente reducidas y, a largo plazo, tal vez completamente minadas. La decisión británica de seguir en la guerra, por tanto, despertó en Hitler una nueva sensación de urgencia. Si el Gobierno británico no aceptaba el acuerdo, sólo veía dos • opciones: imponer la derrota militar a Gran Bretaña o forzarla a reconocer la supremacía alemana en el continente venciendo a la Unión Soviética en una

campaña rápida, consiguiendo además en última instancia mantener a los estadounidenses fuera de la guerra.

Hitler no sabía nada de las trascendentales deliberaciones llevadas a cabo por el Gabinete de Guerra británico durante la última semana de mayo. Tan sólo después del inmediato rechazo por parte del Gobierno británico de su definitiva, y tibia, «oferta de paz» en su discurso ante el Reichstag el 19 de julio, tras su victoria sobre los franceses, quedó de manifiesto que Gran Bretaña estaba absolutamente decidida a descartar toda posibilidad de un final negociado para la guerra. Fue entonces, con el Ejército británico de nuevo en casa sano y salvo, cuando se dieron algunos pasos exploratorios en Londres y Washington para planificar la esencial ayuda estadounidense. Hitler tenía que hacer frente a su propia decisión crucial. Y ésta no tardaría en llegar.

2. *BERLÍN, VERANO Y OTOÑO DE 1940*

Hitler decide atacar la Unión Soviética

El Führer está sumamente desconcertado ante la persistente negativa de Gran Bretaña a tratar de lograr la paz. El cree (al igual que nosotros) que la respuesta está en la esperanza depositada por Gran Bretaña en Rusia, y por tanto piensa que tendrá que obligarla por la fuerza a aceptar la paz.

Diario de Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército,
13 de julio de 1940

«**C**ON RUSIA aplastada, la última esperanza de Gran Bretaña quedaría hecha pedazos. Entonces Alemania sería la dueña de Europa y los Balcanes. Decisión: La destrucción de Rusia debe por tanto entrar a formar parte de esta lucha. Primavera de 1941 [...]. Si empezáramos en mayo de 1941, tendríamos cinco meses para terminar el trabajo».[153] Con estas sorprendentes palabras anunciaba Adolf Hitler a sus generales, con los que se encontraba reunido el 31 de julio de 1940 en su refugio de los Alpes, el Berghof, en las montañas que dominaban la ciudad de Berchtesgaden, su más crucial decisión de toda la Segunda Guerra Mundial. Una decisión que marcaba el comienzo del conflicto más sangriento de la historia, una lucha titánica en Europa del Este que se cobraría la vida de más de treinta millones de ciudadanos soviéticos y alemanes y sometería a territorios amplísimos a una devastación sin precedentes, y que terminaría casi cuatro años más tarde con el suicidio del dictador en el búnker de Berlín y con la Unión Soviética como la potencia dominante en la mitad del continente europeo durante las cuatro décadas y media siguientes.

La enormidad de lo que Hitler estaba planteando se nos revela, a la luz de los acontecimientos, como una auténtica locura. Napoleón lo había intentado una vez, y la campaña de 1812 había desembocado en un ignominioso final para la Grande Armée y para los sueños imperiales de Bonaparte. En el caso de Hitler, la apuesta tuvo consecuencias todavía más catastróficas. Aquella decisión parecía constituir la expresión de su deseo de morir por él mismo y por su nación. ¿Por qué la tomó, entonces? ¿Era simplemente fruto del engañoso sentimiento de infalibilidad en el cálculo militar que la extraordinaria derrota de Francia había despertado en él o, tal vez, sólo magnificado? ¿Era acaso la culminación lógica de una ideología completamente ilógica, un delirio irracional destinado a la destrucción del «judeobolchevismo»? Si esa decisión era una locura, ¿por qué la secundaron los líderes de las Fuerzas Armadas? ¿Era simplemente un ejemplo más del dictador imponiendo su distorsionada percepción a unos discípulos remisos? ¿Había otras opciones posibles que fueron al final terminantemente rechazadas? ¿O, como daban a entender esas primeras palabras, existían imperativos estratégicos que explicaban aquella sorprendente decisión, imperativos que dejaban a Hitler menos libertad de elección de lo que en un principio podía parecer?

Aunque el camino de Hitler hacia la guerra ha sido explorado exhaustivamente, antes de intentar encontrar respuesta a las preguntas que acabamos de plantear es preciso recordar brevemente algunos aspectos destacados de la prehistoria de la crucial decisión de atacar la Unión Soviética.

Lo que sucedió en junio de 1941 no era nuevo. No era la primera vez que las tropas alemanas invadían suelo ruso y ocupaban grandes extensiones de Europa del Este; había sucedido ya durante la Primera Guerra Mundial. En la segunda mitad de 1915, el Ejército alemán había invadido las zonas de Polonia controladas por Rusia y ocupado enormes franjas de terreno a lo largo de la costa báltica. Dos años más tarde, en nuevos avances, los alemanes se desplazaron a Bielorrusia y Ucrania.^[154] El duro Tratado de Brest-Litovsk impuesto al nuevo régimen bolchevique el 3 de marzo de 1918, que concedió a Alemania autoridad sobre Polonia, Finlandia, Letonia, Lituania, Estonia, Bielorrusia y Ucrania,^[155] recibió los elogios de Hitler por proporcionar a su país «tierra y suelo» necesarios para el sustento del pueblo alemán.^[156] Y cuando, muchos años después, Hitler expuso a sus líderes militares sus objetivos políticos al invadir la Unión Soviética —el establecimiento de Estados-tapór en Ucrania, el Báltico, Finlandia y la Rusia Blanca (Bielorrusia)—, éstos presentaban un notable parecido con los términos de Brest-Litovsk.^[157]

La imagen que los alemanes se llevaron del país que estaban ocupando en 1918 tuvo un perdurable impacto que contribuyó a conformar las percepciones que alimentaron la segunda y mucho más atroz ocupación llevada a cabo una generación más tarde. «La Rusia profunda, sin un solo atisbo de la Kultur centroeuropea», escribía un oficial. «Asia, estepas, pantanos, claustrofóbico inframundo y páramo de cieno dejado de la mano de Dios».^[158] Guiados por tales impresiones, los ocupantes pretendieron crear un Estado militar alemán en la región báltica para imponer el orden e introducir la Kultur. La figura clave de la utópica planificación de un Estado militar fue el general Erich Ludendorff, el más dinámico de los jefes militares alemanes de la segunda mitad de la guerra.^[159] A comienzos de los años veinte iba a tratar muy de cerca con Hitler y a sumarse a él en el fallido Putsch de la Cervecería de noviembre de 1923.

Ludendorff fue, con toda probabilidad, uno de los que influyeron en alguna medida en la alteración de la opinión que Hitler tenía sobre Rusia a principios de los años veinte. Fue entonces cuando la inicial y clásica orientación pangermanista del ideario de Hitler en política exterior —con especial insistencia en la restauración de las fronteras alemanas de 1914, la recuperación de las colonias perdidas y la venganza final contra los vencedores franceses y británicos de la guerra, responsables del odiado Tratado de Versalles— empezó a dar paso poco a poco a una nueva concentración en la expansión hacia el este para obtener territorios a costa de Rusia, con el corolario de una política de amistad con Gran Bretaña. En su primera exposición conocida de dicha postura, realizada en diciembre de 1922, Hitler afirmaba: «La destrucción de Rusia con ayuda de Inglaterra había de intentarse. Rusia proporcionaría a Alemania tierra suficiente para los colonos alemanes y un amplio campo de actividad para la industria alemana».^[160] En 1924 la doctrina estaba ya fijada en la mente de Hitler, y la expuso de manera inequívoca hacia el final del segundo volumen de su tratado, *Mi lucha*, publicado en 1926: «Nosotros los nacionalsocialistas trazamos conscientemente una línea por debajo de la tendencia de la política exterior de nuestra preguerra. La retomamos donde la dejamos hace seiscientos años. Detenemos el eterno movimiento alemán hacia el sur y el oeste y volvemos la mirada hacia la tierra del este [...]. Si hablamos de suelo en Europa hoy, lo único que nos viene a la cabeza antes de nada son Rusia y sus Estados vasallos fronterizos».^[161] Una vez conformada, esta doctrina del «espacio vital» (*Lebensraum*) permaneció intacta, y constituyó un

componente central de la «cosmovisión» de Hitler hasta los acontecimientos del búnker de Berlín.

La idea no era original. De hecho, había constituido una línea habitual del pensamiento nacionalista-imperialista desde los años noventa del siglo xix y después había sido «intelectualizada» por influyentes especialistas en geopolítica, muy especialmente Karl Haushofer, catedrático de la Universidad de Múnich que había sido profesor del secretario personal de Hitler, Rudolf Hess. La idea se inspiraba en principios básicos de economía: sólo un territorio ampliado para la colonización daba cabida al crecimiento de la población imprescindible para sostener la fuerza y la vitalidad de una gran potencia. Las fronteras de Alemania se consideraban demasiado reducidas para permitir la necesaria expansión poblacional, por lo que se precisaban nuevos territorios. Y si el Imperio británico, cuyo poder era objeto de la admiración y la envidia de Hitler, se había construido sobre territorio ganado mediante la conquista exterior y la explotación colonial, el de Alemania tenía que encontrarse más cerca de casa, en Europa del Este.

Dado que ningún país, Estado o pueblo estaría dispuesto a renunciar a su tierra, la guerra para obtener territorios constituía un componente intrínseco del concepto de Lebensraum. En este sentido, dicho planteamiento no era sólo imperialista, sino implícitamente socialdarwinista y racista, en la medida en que creía que el fuerte tenía derecho a la supervivencia mientras que el débil merecía sucumbir, y que las razas más vitales y creativas debían triunfar sin duda sobre las inferiores. No obstante, Hitler añadió de su cosecha un nuevo componente racial esencial: el antisemitismo. Tampoco en este campo había nada original en las ideas, de Hitler, por muy crueles que pudieran resultar. Muchísimos otros las defendían también, aunque el alcance de la paranoia de Hitler era ciertamente inaudito. Sin embargo, sí que había un elemento de originalidad en el modo en el que el dictador alemán combinaba su antisemitismo patológico con la noción del Lebensraum, los dos componentes paralelos de su singular cosmovisión.[162] Ese elemento era la identificación del movimiento bolchevique con la dominación judía, una idea que había asimilado hacia 1920, probablemente influido por un colaborador suyo, el publicista Alfred Rosenberg, procedente del Báltico, y por las furibundas diatribas antisemitas y antibolcheviques de los exiliados rusos de las que se nutría la prensa alemana de derechas.[163] En el pasaje antes citado, la necesidad de Alemania de conseguir tierras en el este estaba directamente vinculada con la erradicación de la dominación judía de la zona. «Durante siglos —escribía Hitler—, Rusia consiguió sus alimentos [del] núcleo germánico de sus estratos dirigentes superiores. Hoy podemos afirmar que éste ha quedado eliminado y extinguido casi por completo. Ha sido sustituido por el judío [...]. Ese no es en sí mismo un elemento de organización, sino un fermento de descomposición. Ha llegado el momento de que caiga el gigantesco imperio del Este. Y el final de la dominación judía en Rusia será también el final de Rusia como Estado».[164] El «espacio vital» en Rusia era, en otras palabras, sinónimo de la destrucción del poder que los judíos tenían allí.

Hitler volvió sobre la cuestión del «espacio vital» en innumerables discursos de finales de los años veinte y en un ensayo inédito de 1928 en el que exponía ampliamente sus ideas sobre política exterior, a las que dedicaba más páginas que en *Mi Lucha*. En dicho ensayo definía la política exterior como «el arte de garantizar a un pueblo la necesaria cantidad y calidad de Lebensraum».[165] Para Alemania, eso significaba una única meta y «en el único lugar posible: el espacio del Este».[166] En 1928 aquellas ideas todavía eran excepcionales. Pocos eran los alemanes que creían en ellas, y quienes sí lo hacían no pensaban en ellas más que como puras quimeras. Hitler encabezaba un partido marginal políticamente estancado que había recibido el respaldo de menos del

tres por ciento de la población en las últimas elecciones al Reichstag y que carecía de posibilidades claras de aumentar nunca su poder de representación. La política dominante era en principio muy distinta de la percepción de Hitler. El Ministerio de Exteriores alemán, bajo las órdenes de Gustav Stresemann, suscribió los principios de Locarno y la doctrina de la seguridad colectiva de la Sociedad de Naciones. Y, pese a la antipatía que despertaba el movimiento bolchevique, lo cierto es que las relaciones con la Unión Soviética venían siendo buenas desde 1922, cuando el Tratado de Rapallo estableció las bases de una cooperación económica beneficiosa para ambas partes que ayudó a que las Fuerzas Armadas alemanas se saltasen las restricciones del Tratado de Versalles y emprendiesen algunos movimientos secretos hacia el rearme.[167]

Durante el meteorico ascenso al poder del movimiento nazi, cuando la Gran Depresión se apoderó de Alemania, Hitler tenía relativamente poco que decir sobre el «espacio vital». Una lucha, en algún momento de un futuro muy lejano, por conseguir tierras para la colonización, lo que entrañaba la guerra contra la Unión Soviética, no era precisamente un medio de atraer votos. La mayor parte de la población pensaba en los fracasos de su Gobierno y en sus preocupaciones cotidianas por tratar de sobrellevar las penurias económicas. Estas, y la perspectiva de un nuevo comienzo bajo un nacionalsocialismo que ofrecía unidad y fuerza, eran los argumentos que Hitler repetía una y otra vez. Sin embargo, aunque trató de restarle importancia, no llegó a abandonar por completo la cuestión del «espacio vital». Entre tanto, la implacable explotación de las miserias de la democracia de Weimar le permitió aumentar drásticamente su popularidad, proceso que culminó en su designación como canciller por el presidente del Reich, Paul von Hindenburg, el 30 de enero de 1933. A partir de entonces, sus ideas en materia de política exterior ya no eran las de un exaltado partido marginal, sino que contaban con el respeto de la figura más importante del Gobierno y estaban respaldadas por un gigantesco movimiento de masas.

Al principio, sin embargo, no se había estipulado ni la conquista del «espacio vital» ni, en realidad, ningún objetivo definido en política exterior. Lo que Hitler se había propuesto hacer inicialmente era conseguir superar la debilidad de Alemania en la escena internacional. Para ello resultaba esencial restablecer el poderío armamentístico alemán. Inmediatamente estableció la prioridad absoluta del rearme, algo que, como es natural, sonó a música celestial en los oídos de sus generales, a quienes se dirigió tan sólo cuatro días después de asumir el poder. Muchos de ellos habían estado esperando durante mucho tiempo, y planificando en secreto, el día en el que fueran eliminadas las trabas al rearme y en el que, una vez derrocado el régimen democrático, Alemania pudiera recuperar de nuevo su fortaleza y su potencia para convertirse en la fuerza dominante de Europa central, incluso de todo el continente. De esta forma, la determinación manifestada por Hitler el 3 de febrero de 1933 de fortalecer el Ejército tenía asegurada una respuesta favorable. A continuación ofreció algunos indicios sobre el rumbo de la futura política exterior. Sugirió que tal vez se podrían conseguir más exportaciones, pero lo cierto es que el único fin de aquella propuesta era precisamente ponerla en entredicho. La alternativa planteada, «probablemente mejor», fue «tal vez [...] la conquista de nuevo espacio vital en el este y su inexorable germanización».[168] Aquellas palabras de Hitler constituían una cauta reafirmación de su dogma de los años veinte. Probablemente la mayoría de sus oyentes las entendieron como una vaga alusión al expansionismo en algún momento indeterminado del futuro para recuperar los territorios perdidos en Versalles y establecer la supremacía alemana en Europa central y del Este —algo que pocos rechazaban por completo—, pero no las interpretaron ni mucho menos como un objetivo concreto en política

exterior. Y no lo eran, por el momento. Pero sí indicaban, bien es cierto, una dirección en el pensamiento de Hitler en materia de política exterior, una dirección que no había cambiado con respecto a las opiniones que el dictador se había forjado una década antes. Es decir, que las acciones de Hitler en el transcurso de los años siguientes, en los que Alemania fue forzando cada vez más los acontecimientos que culminarían en la guerra, no deberían entenderse simplemente como muestras de oportunismo, en la medida en que las iba adaptando a los avatares de la política internacional. Es cierto que Hitler aprovechó las oportunidades que iban surgiendo, pero su oportunismo estaba guiado por factores ideológicos.

La hegemonía de Hitler sobre el Gobierno alemán ya era completa en verano de 1933. Ahora no sólo controlaba un inmenso partido, sino que tenía a su disposición el avanzado aparato de administración burocrática del Estado, así como la no menos importante maquinaria de coerción y represión. Un año más tarde había establecido su total supremacía sobre el Estado. La brutal matanza de los líderes de las tropas de asalto en junio de 1934 acabó con el único rescoldo que amenazaba su preeminencia. Y con la muerte poco después del anciano presidente Hindenburg desapareció la única fuente restante de potencial lealtad alternativa. Hitler pasó entonces a ser no sólo jefe de Gobierno, sino jefe del Estado. El principal beneficiario de la implacable destrucción de su propia organización paramilitar había sido el Ejército alemán. Con ello, el apoyo ofrecido a Hitler por las Fuerzas Armadas, basado ya con anterioridad en la defensa por parte del dictador de un programa de rearme masivo, recibió un nuevo espaldarazo. Entre tanto, el sector empresarial y la industria, atraídos por el enorme margen de maximización de beneficios adquirido, también habían cerrado filas de manera notable en torno al nuevo régimen.

La toma de decisiones en el régimen nazi, una vez pasada la convulsa tormenta de 1933 – 1934, se parecía muy poco al modo en el que operaban los Estados democráticos. No en vano, se trataba de un sistema singular incluso en comparación con otras formas de gobierno autoritario. A Hitler no le gustaba la capacidad de control de su autoridad de la que disponían los organismos colectivos, de ahí que el Gabinete, el mayor instrumento de gobierno conjunto, empezara a anquilosarse en cuanto Hindenburg murió. Cada vez se reunía con menos frecuencia, ya que la legislación se elaboraba en su mayor parte a través de borradores que circulaban entre los ministros competentes del Gobierno. Y a partir de febrero de 1938 los encuentros del Gabinete cesaron por completo, de modo que no existía ya ningún órgano colectivo de gobierno, algo que resulta ciertamente llamativo. Entre tanto, la línea de demarcación que garantizaba el dualismo entre partido y Estado fue volviéndose difusa, lo que derivó en un alto grado de confusión gubernamental. Todo ello se vio intensificado por la inclinación de Hitler a crear cuerpos plenipotenciarios, que contaban con su apoyo personal y que eran a menudo híbridos partido-Estado, para superar bloqueos y obstáculos en el Gobierno al tiempo que dejaba intacto el esquema ministerial original. La filosofía básica nazi de signo socialdarwinista de apoyo al fuerte y poderoso fomentó la competencia desenfrenada y el triunfo del arribismo. Así, los cargos nominales a menudo tenían muy poco o ningún significado en la realidad, ya que el poder residía en quienes eran capaces de abrirse camino por la fuerza hacia la cima y contar con un acceso inmediato a Hitler. Heinrich Himmler, jefe de las SS, al mando desde 1936 del gigantesco aparato policial y de seguridad, nominalmente subordinado al ministro de Interior del Reich, Wilhelm Frick, situado a su vez en una muy débil posición, y Hermann Göring, comisario del Plan Cuatrienal a partir de 1936 responsable en la práctica de muchos de los cometidos del todavía existente ministro de Economía, eran algunos de los ejemplos más destacados.

En medio de aquel sinfín de agencias enfrentadas y de la anarquía administrativa, Hitler gozaba de una posición privilegiada, aunque se mantuvo bastante alejado de la política interna. Hablar de su toma de decisiones sería inexacto en términos generales. Las «decisiones» no eran más que unas palabras informales recogidas por un ministro o un funcionario del partido en una de sus habituales reuniones a la hora de la comida que pasaban entonces a convertirse en una «orden del Führer». Mientras los acontecimientos siguieran el rumbo que él esperaba, rara vez intervino durante los años previos a la guerra (después sería diferente), a menos que fuera requerido para actuar como mediador, algo a lo que en la práctica era a menudo reacio. Pero en momentos clave, cuando se llegaba a un punto crítico o a una encrucijada en el camino que exigía tomar una nueva dirección, su intervención era necesaria y resultaba crucial. La crisis de suministro de materia prima para el rearme de 1936, que provocó la puesta en marcha del Plan Cuatrienal para intensificar la producción industrial y preparar la economía alemana para la guerra, ocasionó la que fue tal vez la más trascendental de aquellas intervenciones de la primera época del régimen.

Si antes de la guerra hizo poco más que establecer «directrices de actuación»[\[169\]](#) para los asuntos nacionales, no cabe duda de que las grandes decisiones de política exterior tomadas de 1933 en adelante, hasta la decisión de arriesgarse a una guerra europea atacando Polonia en 1939, fueron suyas.[\[170\]](#) No obstante, también en esto rehuyó la toma colectiva de decisiones en un Gabinete. Como el Gobierno central estaba fragmentado, consultaba, por lo general de manera individual, a aquellos cuyas opiniones necesitaba tantear, antes de tomar él mismo la decisión. En una trascendental reunión con sus líderes militares y su ministro de Exteriores en noviembre de 1937, en la que habló largo y tendido sobre la necesidad de expansión y de guerra, comenzó afirmando que lo que se estaba discutiendo era demasiado importante como para ser llevado ante el Gabinete del Reich. [\[171\]](#) Esto reflejaba en parte una obsesión por el secretismo muy típica de él, lo que no dejaba de tener cierto sentido, al restringir la información sobre las arriesgadas medidas tomadas en política exterior (o, más adelante, en operaciones militares de vital importancia). En enero de 1940 todos los centros militares tenían colgada en la pared su «Orden básica», que estipulaba: «Nadie: ninguna oficina, ningún empleado debe saber nada que deba guardarse en secreto si no tiene que saberlo imperiosamente por razones oficiales». E incluso entonces, sólo se debía proporcionar información imprescindible limitada, y nunca antes de lo necesario.[\[172\]](#) Pero aquello era mucho más que preocupación por el secretismo. El modo en el que Hitler entendía su posición como Führer implicaba un sentido del poder y la responsabilidad absolutos que no toleraba injerencia alguna; sólo él podía tomar las decisiones cruciales; y, aunque podía optar por escuchar la opinión de un alto mando militar o de un ministro competente del Gobierno, tenía que verse libre y no condicionado por las opiniones de otros para decidir lo que quisiera. A continuación, se limitaba a anunciar la decisión a quienes debían saberla. El ejercicio de la oposición era, por consiguiente, extremadamente difícil, si no imposible, y las reservas que se expresaban en privado tenían que tener en cuenta la posibilidad de una diatriba a todo volumen a modo de respuesta. Además, Hitler siempre pudo contar con un elevado nivel de apoyo dentro de las élites dirigentes, muy especialmente entre los jefes de las Fuerzas Armadas. Cuando, en verano de 1938, el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor, se opuso rotundamente a la decisión de Hitler de atacar Checoslovaquia aquel otoño (aplazada después debido a la intervención de las potencias occidentales en la Conferencia de Múnich), se encontró completamente aislado dentro de la cúpula militar, y su desesperada dimisión no tuvo la más mínima repercusión sobre la práctica política.

Como sucedía antes de 1933 con sus opositores políticos, Hitler disponía de un olfato sumamente desarrollado para reconocer la debilidad ajena. Sus éxitos en materia de política exterior hasta 1938 derivaban en su mayor parte de aquella intuición de bravucón, unida a su instintiva inclinación de jugador a realizar apuestas sumamente arriesgadas. El primer paso significativo de Hitler en la determinación del nuevo y decidido rumbo de la política exterior alemana, el abandono de la Conferencia de Desarme y de la Sociedad de Naciones en octubre de 1933, estaba en perfecta sintonía con los deseos del Ministerio de Exteriores y de los altos mandos del Ejército. La elección del momento corrió de su cuenta, pero el movimiento era probablemente igual al que se habría producido bajo cualquier Gobierno nacionalista de la época. Hitler adoptó una línea más independiente al forzar un deterioro de las relaciones con la Unión Soviética e imponer la aprobación de un tratado de no agresión con Polonia en enero de 1934, en ambos casos en contra de la opinión del Ministerio de Exteriores. El dictador se sentía cada vez más seguro y se volvía con ello más audaz. En marzo de 1935 acertó al vaticinar que las democracias occidentales no harían nada si él las desafiaba vulnerando abiertamente el Tratado de Versalles y anunció la existencia de una fuerza aérea alemana y la introducción del servicio militar obligatorio para un Ejército de grandes proporciones. No consultó ni a los mandos militares ni a los ministros para tomar esa decisión.^[173] A principios de 1936 volvió a adivinar que la debilidad de las democracias occidentales, puesta al descubierto por la crisis de Abisinia, ofrecía una excelente oportunidad para remilitarizar Renania, otra medida que también habría formado parte de la agenda de cualquier Gobierno nacionalista. El número de personas pertenecientes al Ministerio de Exteriores y a la jerarquía militar que estaban al corriente de lo que estaba a punto de suceder era sorprendentemente amplio, ya que Hitler estuvo reflexionando durante un mes, deliberando sobre la cuestión con varios consejeros, algunos de los cuales se oponían a la acción por considerarla demasiado arriesgada. Hitler los escuchó, pero tomó la decisión solo, haciendo caso omiso de quienes le aconsejaban en sentido contrario. Su triunfo dio lugar a la siguiente declaración, hecha con intenciones propagandísticas pero reflejo de una ahora ilimitada confianza en sí mismo: «Camino con la seguridad de un sonámbulo por el sendero que trazó para mí la Providencia».^[174]

Pero el sendero, a pesar de todo, no era recto. Desde mediados de los años veinte Hitler había querido a Gran Bretaña como aliada y amiga, no como enemiga, en la guerra contra el «judeobolchevismo» que venía pronosticando y deseando. Pero los primeros atisbos de acercamiento, como el tratado naval entre Gran Bretaña y Alemania sellado en 1935, no fueron más que un comienzo fallido. El distanciamiento era cada vez mayor, y era palpable incluso cuando el primer ministro británico, Neville Chamberlain, hizo lo imposible por «apaciguar» a Hitler en 1938. Mucho antes de eso, Hitler ya se había dado cuenta de que Gran Bretaña tenía que figurar entre los enemigos de Alemania. También sabía que Gran Bretaña, respaldada por un Imperio mundial, estaba empezando, aunque fuese con cierto retraso, a rearmarse a toda prisa. Además, al otro lado del Atlántico se erigía el vasto potencial de Estados Unidos, todavía sin explotar, por cierto, por ser un país atrapado en el aislacionismo, aunque un muy probable enemigo futuro al que había que tener muy presente, aquel cuya intervención había sellado el destino de Alemania en la Primera Guerra Mundial. En otras palabras, el tiempo no estaba del lado de Alemania. El país había logrado colocarse en una situación de ventaja con su temprano y rápido programa de rearme. Pero aquella posición privilegiada no duraría mucho, lo que acabó calando en el alma de jugador de Hitler. El riesgo, aseguraba invariablemente, sería mayor si seguían esperando que si se decidían a actuar.

El imperativo de una acción temprana venía guiado por otro factor: la economía. Una vez pasadas las fases iniciales, la campaña de rearme sólo se podía acometer en su totalidad a un altísimo precio para las finanzas del Estado y con una gestión ordenada de la economía. Y es que Alemania carecía de los recursos para producir o importar todo lo que necesitaba para la fabricación de armas y para garantizar un modesto nivel de vida a su creciente población.[175] Dinero para armas significaba menos dinero para comida. Pistolas y mantequilla sólo podían coexistir durante un espacio limitado de tiempo, y a finales de los años treinta ese tiempo estaba empezando a agotarse. Las alarmas empezaron a sonar en el terreno económico. La guerra, cuando llegó, no fue el resultado de una crisis económica; más bien, la crisis financiera que se avecinaba era consecuencia de los imperativos ideológicos de reestructuración de la economía para la guerra.[176] Sin embargo, el factor económico sí que tuvo influencia, en la medida en que, a finales de los treinta, Hitler se vio apremiado a actuar ante la sensación de que Alemania pasaría muchos años en una posición internacional desfavorecida, y también porque no era posible sostener indefinidamente una economía sobreexplotada y sobrecalentada.

Pero Hitler no actuaba sólo bajo la influencia de presiones externas. En realidad, éstas le empujaban en la dirección que él quería seguir en cualquier caso. Si bien el antibolchevismo no había desempeñado un papel manifiesto en la configuración de su política exterior durante los primeros años del régimen, esa realidad empezó a cambiar a partir de 1936. El comienzo de la Guerra Civil española en verano de aquel año volvió a situar al movimiento bolchevique en el punto de mira de Hitler, que decidió en solitario, y por razones ideológicas (para combatir el peligro de que los bolcheviques se hicieran con el poder en España, y después en Francia), ofrecer ayuda militar alemana al general Francisco Franco, líder de la sublevación contra la República española.[177] Más adelante, ese mismo verano, basó su memorándum del Plan Cuatrienal en la premisa de que «la confrontación con Rusia es inevitable».[178] En 1937, Hitler esperaba que se produjera una guerra a gran escala en Europa en los siguientes cinco o seis años, pensaba que Stalin estaba «mal de la cabeza» y hablaba del régimen bolchevique como «el peligro que tendremos que derribar en algún momento».[179] Eso significa que Hitler nunca perdió de vista el propósito ideológico que había desarrollado en los años veinte, aunque, debido a los ajustes realizados ante la cambiante constelación de la política exterior efectiva en los años que precedieron a la guerra, éste pasó por el momento a un segundo plano. En agosto de 1939 Hitler realizó el ajuste cuando, en un acto de impresionante cinismo (compartido por Stalin), sorteó el antagonismo hacia la Unión Soviética, tan sumamente arraigado en la ideología nazi, para formalizar un pacto de no agresión con su máximo enemigo.[180] Aun entonces, días antes de aquel sorprendente pacto, Hitler comentó al comisionado suizo de la Sociedad de Naciones, Cari Burckhardt, según palabras de este último: «Todo lo que emprendo va dirigido contra Rusia. Si los del oeste son demasiado estúpidos o demasiado ciegos para entenderlo, me veré forzado a llegar a un entendimiento con los rusos para vencer a los occidentales, y entonces, después de derrotarlos, volverme con toda mi fuerza combinada contra la Unión Soviética».[181]

Para entonces, la guerra en Europa era un hecho seguro. Hitler, más que cualquier otro, se había encargado de ello. Cuando una combinación de factores determinantes —ideológicos, estratégico-militares y económicos— aceleraron el ritmo y redujeron significativamente el plazo que él había calculado para el estallido de la guerra, al suponer que se produciría alrededor de 1943, disminuyó su margen de maniobra para evitar el inminente conflicto con las potencias occidentales. En 1938

Gran Bretaña y Francia tenían tanto interés en evitar la guerra que habían cedido ante la agresión de Hitler en Múnich a costa de Checoslovaquia. Hitler esperaba que hicieran lo mismo en Polonia cuando la recompensa, la satisfacción de sus reivindicaciones sobre Danzig y el corredor, parecía menor. Aquí fue donde cometió su error de cálculo. Fue su propia actuación, la ocupación de lo que quedaba de Checoslovaquia en marzo de 1939, vulnerando el trato que había firmado con el oeste tan sólo seis meses antes, la que hizo desaparecer el apoyo dado a la política de apaciguamiento. Hasta finales de agosto pensaba que Gran Bretaña y Francia acabarían transigiendo en el último momento y que podría aniquilar Polonia sin que éstas intervinieran. Pero dos días después de que sus tropas invadieran Polonia —si no en el mismo momento de su decisión—, tenía por fin su guerra con el oeste. Por el momento, la guerra a la que aspiraba de verdad, la que había de librar contra la Unión Soviética, tendría que esperar.

Una desigual campaña militar en Polonia terminó en una victoria aplastante en poco más de tres semanas. Sin embargo, Hitler no confiaba en que la tibia oferta de paz basada en sus propias condiciones, realizada en un discurso ante el Reichstag el 6 de octubre, fuese aceptada en Londres y París, por lo que ya estaba urdiendo su próximo movimiento. La impresión de que el tiempo favorecía a sus enemigos, y de que un ataque inmediato le permitiría tomar la iniciativa, seguir llevando la batuta —como hemos observado, un rasgo constante de la psicología de Hitler—, le impidió sentirse plenamente satisfecho con su triunfo en Polonia. Ahora estaba ansioso por atacar inmediatamente el oeste. Con Polonia derrotada y la Unión Soviética, su recién estrenada aliada, sir plantear amenaza alguna por el momento, Alemania contaba con una sólida posición en el este. El frente occidental estaba abierto. Las circunstancias nunca podrían ser mejores. Había que aprovechar la oportunidad mientras durara para infligir una abrumadora derrota a Francia y obligar a Gran Bretaña a reconocer su debilidad y alcanzar un acuerdo. Con la guerra en el oeste definitivamente ganada, podría por fin centrarse en preparar la guerra que siempre había querido librar: el enfrentamiento en el este con el «judeobolchevismo» para acabar con la Rusia de Stalin y garantizar el porvenir a largo plazo de Alemania consiguiendo «espacio vital» y recursos materiales ilimitados. He aquí el pensamiento de Hitler en otoño de 1939.

Sus generales reaccionaron con recelo ante los peligros de tan arriesgado ataque inmediato en el oeste, acrecentados por la inminente llegada del mal tiempo. Subestimar las capacidades del débil y anticuado Ejército polaco en una campaña corta era una cosa; lanzar una gran ofensiva contra Francia, cuyo Ejército estaba protegido por las elaboradas defensas de la línea Maginot y que estaba unida a Gran Bretaña y al Imperio británico por medio de una poderosa alianza, era otra muy distinta. Los generales sabían que las Fuerzas Armadas no estaban en condiciones de llevar a cabo un ataque a gran escala y, probablemente, muy prolongado contra sus poderosos enemigos. Ya sólo la breve campaña polaca había dejado inoperantes la mitad de los tanques y vehículos motorizados alemanes. Ampliar inmediatamente la guerra mediante una incursión en el oeste era, a sus ojos, algo impensable.

Hitler echaba chispas ante tanta indecisión y cautela, aunque tal vez intuía que sus generales tenían razón. En cualquier caso, finalmente acabó cediendo ante la preocupación de los militares por las malas condiciones climatológicas y las dificultades logísticas para terminar aceptando un aplazamiento tras otro —veintinueve en total— del lanzamiento de la ofensiva occidental. El plan de operaciones detallado no estuvo preparado hasta febrero de 1940. Entonces, la necesidad de intervenir en Escandinavia, donde las tropas alemanas

habían invadido Dinamarca y Noruega en abril, se hizo prioritaria. Los retrasos no contribuyeron precisamente a un fortalecimiento de las Fuerzas Armadas, si bien finalmente tuvieron como resultado que el brillante y tácticamente audaz plan de ataque fue más inesperado, y permitió a los alemanes barrer de un plumazo la boscosa región de las Ardenas, en el sur de Bélgica, y las tierras bajas de Francia hacia la costa. El plan había nacido como un brillante hallazgo táctico del teniente general Erich von Manstein, pero Hitler, exasperado como estaba ante las convencionales y torpes ideas de sus altos mandos militares, lo aprovechó y lo transformó en directivas militares. Ése era el plan que sustentaría el ataque que dio finalmente comienzo a primera hora de la mañana del 10 de mayo.^[182]

La ofensiva fue un rotundo éxito, mayor de lo que el propio Hitler esperaba. Los holandeses se rindieron al cabo de cinco días. Los belgas, que vieron vulnerada su neutralidad por las tropas alemanas por segunda vez en el transcurso de una generación, resistieron más tiempo, casi hasta final de mes. Sin embargo, aunque el reducido Ejército belga luchó valerosamente, fue rápidamente destrozado por el gigante alemán. Y, pese a su supuesta fuerza, el Ejército francés, torpemente guiado, mal equipado y muy bajo de moral, demostró no estar a la altura de la Wehrmacht. Llegado el momento, de poco sirvieron en la práctica las legendarias fortificaciones de la línea Maginot, construidas para rechazar cualquier posible tercer asalto en el transcurso de una generación desde el otro lado del Rin, y que fueron incapaces de frenar la gran ofensiva alemana, que las eludió sin más. La resistencia se vino abajo. El 14 de junio, menos de cinco semanas después del lanzamiento de la campaña, las tropas alemanas entraron en París. Tres días más tarde, Hitler recibía exultante la noticia de que los franceses habían solicitado la apertura de negociaciones de paz. Su venganza sobre los franceses era completa... o lo fue realmente cuando el 21 de junio presencié la firma del armisticio en el mismo vagón de tren en el que los alemanes se habían visto obligados a capitular en 1918. Las dimensiones del triunfo llevaron su incipiente megalomanía a una nueva dimensión. Y su autoglorificación (que incorporaba ahora un sentimiento de infalibilidad) se vio magnificada por las aclamaciones de sus generales, que tuvieron que reconocer, a su pesar en algunos casos, no sólo la magnitud de lo que había sido posible con Hitler, sino también la responsabilidad directa de éste en el extraordinario éxito del plan estratégico de ataque. Sólo los británicos, pensaba Hitler, se interponían ahora entre él y la victoria absoluta en el oeste. Seguro que entraban en razón y llegaban a un acuerdo.

II

El 6 de julio de 1940 Hitler regresó triunfalmente a Berlín para celebrar ante un fervoroso y amplísimo público la espectacular victoria sobre Francia y la conclusión de la asombrosa campaña del oeste. Fue el regreso más glorioso de su vida. Para los cientos de miles de personas que habían esperado durante horas en las calles alfombradas de flores de la capital del Reich, el final de la guerra parecía muy próximo. Sólo Gran Bretaña se interponía en el camino hacia la victoria final. Pocos de los que integraban aquella entusiasmada multitud imaginaban que ésta constituiría un

enorme y prolongado escollo para la poderosa Wehrmacht. Incluso en plena euforia por la aplastante derrota de los franceses, ni los asesores militares de Hitler ni el propio dictador estaban del todo convencidos de poder vencer rápidamente la resistencia británica. Detrás de Gran Bretaña, además, se hallaba la sombra, si bien todavía imprecisa, de Estados Unidos. Aunque por el momento casi nunca se expresaba abiertamente, el persistente temor estaba allí a pesar de todo: si Estados Unidos movilizaba su colosal poderío y riqueza para entrar en la guerra, como en 1917, las posibilidades de una victoria total de Alemania se desvanecerían rápidamente. Aquel dilema de dos caras, cómo sacar de la guerra a Gran Bretaña, y cómo mantener fuera de la guerra a Estados Unidos, dominó, por tanto, los pensamientos de Hitler y de los altos mandos militares alemanes durante las semanas posteriores a la capitulación de Francia. La prioridad absoluta era convencer (y, si eso fallaba, coaccionar mediante la fuerza militar) a Gran Bretaña para negociar un acuerdo.^[183] Al sacar a Gran Bretaña de la guerra conseguirían disuadir a Estados Unidos de intervenir en Europa y dejar libre la retaguardia alemana para permitir a Hitler emprender el combate que había estado esperando desde los años veinte: la guerra para destruir el «judeobolchevismo» y hacerse con un enorme imperio oriental a expensas de la Unión Soviética.

No obstante, menos de una hora después del discurso de Hitler en el Reichstag el 19 de julio, los primeros informes de prensa le daban ya noticias de la gélida respuesta a su «llamamiento a la razón» para lograr un acuerdo con Alemania y evitar la destrucción de su Imperio.^[184] El 22 de julio, un discurso emitido por radio del ministro de Exteriores británico, lord Halifax, hizo público lo que Hitler ya sabía, que Gran Bretaña no se plantearía la posibilidad de un acuerdo negociado y que estaba decidida a seguir combatiendo.^[185] Antes incluso de las declaraciones de Halifax, Hitler había admitido el rotundo rechazo a su «llamamiento» y el 21 de julio trató con sus comandantes en jefe la posibilidad de invadir la Unión Soviética ese mismo otoño.

Sus razones íntimas eran ideológicas, como lo habían sido durante casi dos décadas. Con un ataque a la Unión Soviética acabaría con el poder de los judíos, encarnado según su cosmovisión por el régimen bolchevique, y al mismo tiempo adquiriría «espacio vital» para la colonización alemana. La victoria convertiría a los alemanes en amos de Europa y proporcionaría la base para un imperio racialmente purificado que estaría preparado finalmente para desafiar a Estados Unidos en la dominación del mundo. Pero ahora resultaba evidente que la guerra para destruir el régimen bolchevique no iba a desarrollarse como él había previsto, es decir, con el apoyo (o al menos la aquiescencia) de Gran Bretaña, que, en aquel momento, se negaba a adherirse a la concepción que Hitler había ideado tantos años antes. De algún modo había que obligarla a hacerlo, o al menos sacarla de escena en tanto que fuerza hostil. «El Führer está sumamente desconcertado ante la persistente negativa de Gran Bretaña a tratar de lograr la paz —había escrito el jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, el 13 de julio—. El cree (al igual que nosotros) que la respuesta está en la esperanza depositada por Gran Bretaña en Rusia, y por tanto piensa que tendrá que obligarla por la fuerza a aceptar la paz».^[186] Pese al poder de sus motivaciones ideológicas, por tanto, la urgencia que se hallaba implícita en la sorprendente sugerencia de atacar la Unión Soviética aquel otoño no era de carácter ideológico, sino estratégico-militar. Y así fue como Hitler la presentó a sus comandantes en jefe el 21 de julio.

«Ninguna imagen clara de lo que ocurre en Inglaterra —declaró Hitler—. Los preparativos para una decisión por las armas deben completarse lo antes posible». El dictador se negaba a dejar escapar la iniciativa militar y política. Alemania había ganado la guerra, aseguraba, no faltó de

atrevimiento. La situación de Gran Bretaña era desesperada, pero seguía adelante debido a las expectativas de ayuda estadounidense al cabo de un tiempo, y porque «deposita sus esperanzas en Rusia». Esta idea podía proceder del hecho de que Rusia estuviese agitando la región de los Balcanes, lo que provocó el corte de suministro de combustible a Alemania, o de que Gran Bretaña estuviese instando a la Unión Soviética a actuar en contra de Alemania. Stalin, insinuaba Hitler, estaba «coqueteando con Gran Bretaña para mantenerla en la guerra y maniatamos a nosotros, con la idea de ganar tiempo y tomar lo que quiera, sabiendo que él no lo conseguiría hasta que llegue la paz». Hitler concluía que «Gran Bretaña debe estar reducida a mediados de septiembre, en el momento en el que efectuemos la invasión». Pero estaba menos seguro de lo que parecía con respecto a esta posibilidad. Pensaba que cruzar el Canal de la Mancha era «muy arriesgado», y dictaminó que la invasión tenía que emprenderse «sólo si no queda otro camino para lograr un acuerdo con Gran Bretaña». La forma de ejercer presión era, a su modo de ver, destruir la Unión Soviética. «Nuestra atención debe dirigirse a abordar el problema ruso y preparar la planificación», manifestaba. El objetivo era «aplantar [al] Ejército ruso o al menos conseguir todo el territorio ruso necesario para impedir los bombardeos aéreos enemigos sobre Berlín o las industrias de Silesia». Costaría entre cuatro y seis semanas reunir un Ejército invasor. «Si atacamos Rusia este otoño, la presión de la guerra aérea sobre Gran Bretaña disminuirá».[187]

Hitler estaba dispuesto, pues, a sumir a Alemania en una guerra en el este durante un breve período de tiempo (pensaba) sin haber ganado por completo todavía el conflicto en el oeste, haciendo aparecer el fantasma de la guerra en dos frentes, al que tanto temían los estrategas militares y el conjunto de la población. Cuando el general Alfred Jodl, jefe del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht y principal asesor de Hitler en materia de estrategia militar, comunicó a sus inmediatos subordinados el 29 de julio la intención de lanzar una campaña en el este, la posibilidad de una guerra en dos frentes provocó una alarmada discusión que se prolongó durante una hora. Jodl, convencido o no, rebatió las objeciones planteadas con la argumentación ofrecida por Hitler: el enfrentamiento con el régimen bolchevique sería inevitable, así que era mejor tenerlo ahora, mientras el poder militar alemán se encontraba en su punto álgido; y en otoño de 1941 la Luftwaffe, fortalecida por el victorioso despliegue en el este, volvería a estar preparada para poder ocuparse de Gran Bretaña.[188] Hitler, por su parte, restaba importancia a las muestras de preocupación ante la perspectiva de una guerra en dos frentes. Embriagado por el esplendor de la victoria en el oeste, había dicho a sus principales asesores militares en el momento de la capitulación francesa que «una campaña contra Rusia sería un juego de niños».[189]

Hitler justificaba la guerra como necesaria para eliminar a la última gran aliada británica en el continente. Sostenía, asimismo, que la Unión Soviética era «la lanza de Gran Bretaña y Estados Unidos en Extremo Oriente, apuntando a Japón»[190] Eso significaba que la victoria sobre la Unión Soviética dejaría libre a Japón para emprender su ambiciosa expansión hacia el sur sin temor al coloso soviético en la retaguardia, con el efecto añadido de socavar el poder británico en Extremo Oriente, sujetando a Estados Unidos en el Pacífico e impidiendo su participación en el Atlántico y en Europa. La que se planificó como breve campaña oriental ofrecía, por tanto, la perspectiva no sólo de la hegemonía total en el continente europeo, sino incluso la absoluta y definitiva victoria en la guerra. Después de eso, en algún momento indeterminado del futuro, llegaría la confrontación con Estados Unidos. No había contradicción alguna entre ideología y consideraciones estratégico-militares en la idea de Hitler de invadir la Unión Soviética. Ambos elementos iban de la mano. La

fuerza motivadora fundamental, como siempre, era de carácter ideológico, pero en la toma efectiva de decisiones prevaleció el imperativo estratégico.[191]

Cuando la posibilidad de atacar la Unión Soviética aquel otoño fue descartada rápidamente por poco factible, Hitler decidió aplazarla hasta mayo de 1941, la fecha que había fijado en su reunión con Jodl el 29 de julio y que anunció a sus líderes militares dos días después. Aquella fue una decisión trascendental, tal vez la más trascendental de toda la guerra. Y fue adoptada voluntariamente. Es decir, no fue tomada más que bajo restricciones autoimpuestas. No fue tomada con el fin de eludir una amenaza inmediata de ataque por parte de la Unión Soviética. No había indicio alguno en aquel momento —el intento de justificación llegaría más tarde— de la necesidad de una ofensiva preventiva. El propio Hitler reconoció diez días antes que los rusos no querían la guerra con Alemania.[192] Y tampoco fue una decisión adoptada en respuesta a la presión ejercida por los militares o por cualquier otro sector dentro de la jerarquía del régimen. De hecho, todavía el 30 de julio, el día anterior a la declaración de Hitler, el comandante en jefe del Ejército, mariscal de campo Werner von Brauchitsch, y el jefe del Alto Estado Mayor, coronel general Halder, coincidieron en que «sería mejor mantener una relación amistosa con Rusia». Estos preferían concentrar el esfuerzo militar en las posibilidades de atacar las posiciones británicas en el Mediterráneo (especialmente Gibraltar) y Oriente Medio, no veían peligro alguno en la intervención rusa en los Balcanes y el Golfo Pérsico y se planteaban la opción de ayudar a los italianos a crear un imperio mediterráneo e incluso de cooperar con los rusos para consolidar el Reich alemán en el norte y el oeste de Europa, a partir del cual se podía proyectar serenamente una prolongada guerra contra Gran Bretaña.[193]

La presión sobre Hitler era subjetiva: la sensación de que no había tiempo que perder para iniciar el ataque a la Unión Soviética si no se quería que toda la iniciativa de la guerra, basada en el equilibrio de poder y la fuerza armada, acabase pasando de Alemania a Gran Bretaña y, finalmente, a Estados Unidos.[194] Aquella presión subjetiva se veía, no obstante, reforzada por la lógica económica de la guerra alemana, que enraizaba a su vez en la ideología del «espacio vital» y en el concepto afín de la *Großraumwirtschaft*, o esfera de dominación económica. Cuando la euforia que siguió a la victoria sobre Francia empezó a calmarse, quedó de manifiesto que las expectativas alemanas de dominación económica del continente europeo tenían un talón de Aquiles: la Unión Soviética. De hecho, en verano de 1940 Alemania estaba sacando un magnífico provecho del suministro de comida y materias primas procedente de la Unión Soviética en el marco de los acuerdos económicos que derivaban del pacto Hitler-Stalin.[195] No obstante, el ministro de Economía convenció a Hitler de que, para prepararse para una larga guerra contra Gran Bretaña y, cada vez más probablemente, contra Estados Unidos, Alemania necesitaba ahora muchísimo más de lo que estaba recibiendo de la Unión Soviética. Aunque, a corto plazo, Stalin estaría probablemente dispuesto, para ganar tiempo, a acceder a la petición de un incremento del suministro, la dependencia con respecto a la Unión Soviética seguiría creciendo inexorablemente, un panorama demasiado precario como para que Hitler lo pudiera tolerar. Y estaba de acuerdo con su ministro de Economía, Walther Funk, en que la «esfera económica» alemana («*großdeutsche Wirtschaftsraum*») no podía ser «dependiente de fuerzas y poderes sobre los que no tenemos influencia».[196] Aquella idea estaba muy extendida entre algunos sectores destacados de la Wehrmacht, el gran capital y la burocracia ministerial. Eso significaba que muy probablemente la decisión de Hitler de emprender la guerra contra la Unión Soviética encontraría apoyo en todos esos grupos fundamentales.[197]

A pesar de los recelos de algunos generales acerca de aquella operación, la decisión no fue ni rechazada ni contestada en la cúpula militar. De hecho, intuyendo lo que se avecinaba, el Estado Mayor del Ejército de Tierra ya había empezado a preparar estudios de viabilidad semanas antes de que Hitler anunciase su intención de atacar a la Unión Soviética.[198] Sus líderes militares eran tan conscientes como él de la situación estratégica en la que se encontraban, y no plantearon ninguna línea alternativa para lograr la victoria final, al suponer que Gran Bretaña no podría ser invadida ni obligada por los bombardeos a rendirse.[199] Además, al igual que Hitler, subestimaban enormemente las capacidades del Ejército Rojo (especialmente desde su pobre actuación en la «Guerra de Invierno» contra Finlandia algunos meses antes) y compartían la aversión de aquél por el movimiento bolchevique, algunos de ellos también incluso su identificación del régimen soviético con el poder de los judíos. Pero no estaba claro que hubieran acabado recomendando por iniciativa propia la decisión, unas semanas después de la derrota de Francia, de prepararse urgentemente para una invasión de la Unión Soviética. Esa decisión fue de Hitler, y sólo suya.

La inmensidad de la catástrofe que Hitler provocó con aquella decisión se haría todavía más patente a partir del otoño de 1941, cuando el avance alemán hacia Moscú quedó paralizado ante la llegada del terrible invierno ruso. Sin embargo, la cuestión que aquí se plantea no se refiere al ataque en sí mismo, sino a la decisión de lanzarlo, tomada el año anterior. ¿Disponía Hitler de alternativas, incluso cuando se estaba preparando la logística de la que sería conocida como «Operación Barbarroja», que habrían podido ofrecerle más posibilidades de frenar (o al menos reducir) la amenaza que suponía para Alemania la decisión de Gran Bretaña de continuar la guerra y la previsible intervención americana? Los dirigentes de la Armada alemana así lo creían. Y, durante un tiempo, también lo creyó el Ministerio de Exteriores.

La decisión de atacar la Unión Soviética la primavera siguiente, tomada efectivamente el 31 de julio de 1940, no se transformó en directiva de guerra hasta el 18 de diciembre,[200] si bien tampoco aquella directiva significaba en sí misma, desde luego, que hubiera que emprender el ataque. No obstante, en diciembre todo apuntaba ya irreversiblemente al sendero que conducía a la invasión. En los cuatro meses que habían transcurrido desde julio, sin embargo, Hitler se mostró, en todo lo relacionado con la determinación de la estrategia alemana, dubitativo, inseguro con respecto al camino que debía tomar, titubeante, indeciso, débil incluso, pese a encontrarse en la cúspide de su poder en las relaciones exteriores con dictadores menores (Mussolini y Franco) y con el líder de la Francia derrotada (el mariscal Pétain). En ocasiones parecía incluso prestar oído a propuestas militares y de política exterior que resultaban contradictorias con la guerra en el este. Sin embargo, a finales de otoño ya estaba claro que había regresado al camino elegido, del que nunca se había alejado realmente: atacar la Unión Soviética a la primera oportunidad con el objetivo estratégico de lograr la victoria final en la guerra al conquistar Londres vía Moscú. Aquella fue una decisión crucial de magnitudes colosales.

Una elección supone la existencia de opciones. ¿De qué posibilidades estratégicas disponían las autoridades alemanas en verano de 1940? En los años de posguerra se defendió a menudo la teoría de que existía una estrategia alternativa —muchísimo más prometedora desde el punto de vista militar—, pero que fue desaprovechada debido a la obstinación de Hitler en atacar la Unión Soviética.[201] Este artefacto teórico permitía exculpar a algunos líderes militares, todos ellos muy interesados en no aparecer como causantes de la «catástrofe alemana», al menos no más que Hitler.[202] La investigación histórica posterior ha sido por lo general mucho más escéptica, y se ha

concentrado invariablemente en el imperativo ideológico de Hitler que intervino en la decisión de llevar a cabo la guerra en el este.^[203]

Hitler decidía la estrategia. De eso no había ninguna duda. Es más, su sensibilidad con respecto al prestigio atribuido a su posición como Líder supremo le exigía tomar decisiones de forma imperiosa, sin explorar las opiniones de sus consejeros y por supuesto sin mantener prolongados debates y discusiones. La valoración crítica de las opciones políticas depende en parte, y en no poca medida, de la efectividad de los mecanismos internos del sistema para formular y presentar tales opciones a los dirigentes. Dada la naturaleza del gobierno en el Tercer Reich, las posibilidades de plantear a Hitler alternativas elaboradas de un modo razonable no eran muy altas. Mientras que, después de tres días de intenso debate, el Gabinete de Guerra británico llegó a la decisión colectiva de permanecer en la guerra, Hitler se limitó a anunciar a sus generales el 31 de julio (sin más consulta previa que la que hizo a sus consejeros militares más próximos, que tenían ya esbozados los primeros planes de contingencia) la decisión de prepararse para la guerra con la Unión Soviética la siguiente primavera. Ningún miembro de la Administración civil del Reich fue informado de la decisión.

Como hemos señalado, la fragmentación en los estratos gubernamentales inferiores a Hitler era mucho mayor incluso que en cualquier otra dictadura de su tiempo. Después de que el Gabinete de Guerra se reuniera por última vez, a comienzos de 1938, no quedaron ya ni los restos de un gobierno colectivo. Para entonces, principios de 1938, Hitler había concentrado la jefatura de las Fuerzas Armadas en sus propias manos, y el Alto Mando de la Wehrmacht, constituido como vehículo de control para el propio Hitler, no funcionaba como organismo consultivo en cuestiones de estrategia militar como sucedía con las reuniones de los jefes del Estado Mayor para el Gabinete de Guerra británico. De modo que prácticamente no existía una planificación coherente elaborada de manera colectiva por las tres ramas de las Fuerzas Armadas —Ejército de Tierra, Ejército del Aire y Armada—, que operaban en gran medida en paralelo, y sus comandantes en jefe trataban bilateralmente con Hitler.

Así pues, las prioridades estratégicas que se plantearon fueron muy diversas. Entre ellas se encontraban las preferencias estratégicas de la Armada alemana, que diferían sensiblemente de las de Hitler. ¿Ofreció la Marina una opción viable, desoída por Hitler, que sugería un camino con mayores probabilidades de éxito para la continuación de la guerra y que podría haber evitado el descalabro en el este?

III

Los planteamientos estratégicos de los líderes de la Armada alemana —habitualmente en ardua contienda con el Ejército de Tierra y la Fuerza Aérea por la obtención de prestigio, influencia y recursos— habían seguido desde el principio líneas diferentes de las elegidas por Hitler, aunque no eran menos agresivos ni menos globales en sus aspiraciones de expansión territorial y posterior dominación mundial. Mientras que Hitler había querido aprovechar la amistad británica para destruir a la Unión Soviética con vistas a la construcción de un inmenso imperio terrestre en Europa del Este

y de una fuerza inexpugnable a partir de la cual Alemania pudiera, en un futuro lejano, entablar un enfrentamiento con Estados Unidos, la Armada veía la destrucción del poderío británico mundial como el objetivo esencial. Eso exigía una flota grande y poderosa, capaz de hacer frente y vencer a la Armada británica en una guerra naval clásica. Esa victoria, acompañada de la construcción de un gigantesco imperio colonial alemán, proporcionaría la base para desafiar y vencer a Estados Unidos en la disputa por la dominación mundial. El ataque a la Rusia soviética no ocupaba un lugar destacado en dicho planteamiento. El movimiento bolchevique era, por supuesto, considerado como un mal que había que combatir y vencer en algún momento, pero la Armada daba por sentado que podrían contenerlo y más tarde aplastarlo, una vez establecida la preeminencia alemana.

Los planteamientos de estrategia naval del Tercer Reich constituían, en esencia, una variante corregida y actualizada de los de la época del almirante Tirpitz.[204] Se inspiraban en una de las dos corrientes principales del imperialismo alemán, la del imperio colonial de ultramar. Las ideas de Hitler (y las del Partido Nazi) procedían de la corriente alternativa, también con fuertes raíces en el período del Segundo Reich, que aspiraba a la expansión y la conquista en Europa del Este.[205] Para el Ejército de Tierra, no así para la Armada, esta última versión, que llevaba implícita la exigencia de una gran fuerza terrestre para asegurar el control sobre el continente, contaba con evidentes atractivos. No obstante, lo cierto es que las versiones marítima y continental pudieron coexistir perfectamente en los años de preguerra. Aunque el Ejército de Tierra, la Armada y la Fuerza Aérea competían por los recursos, no había necesidad de elegir entre las distintas alternativas. Sin embargo, con la decisión en 1939 de construir una enorme flota de superficie, prevista en el Plan Z, llegó a parecer durante un tiempo que la Armada se estaba saliendo con la suya.[206]

No obstante, la idea de la Armada de prepararse para una gran batalla a mediados de los años cuarenta quedó totalmente trastocada cuando la crisis polaca desembocó en la guerra entre Alemania y Gran Bretaña en septiembre de 1939. En un importante memorándum del 3 de septiembre de 1939, precisamente el mismo día en el que Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania, el comandante en jefe de la Armada, gran almirante Erich Raeder, en una velada crítica a Hitler por llevar a Alemania a la guerra demasiado pronto, reconocía que la Marina —que, de acuerdo con el Plan Z, se estaba armando para la guerra «en el océano» prevista para finales de 1944 o principios de 1945— no contaba todavía en otoño de 1939 ni muchísimo menos con el armamento suficiente para la «gran batalla con Inglaterra».[207]

En primavera y principios de verano de 1940, sin embargo, el desánimo inicial dio paso a un optimismo sin límites. Al calor del importante papel desempeñado por la Armada en las conquistas escandinavas del mes de abril, y especialmente en los intensos acontecimientos de la campaña del oeste en mayo y junio, que culminaron en la espectacular victoria sobre Francia, los líderes navales habían elaborado su utópica visión de una futura hegemonía alemana en el mundo basada en la fuerza de la Armada para proteger sus posesiones de ultramar.[208] Aquellos planes preveían enormes anexiones territoriales. Según un memorándum del 3 de junio redactado por el contralmirante Kurt Fricke, Dinamarca, Noruega y el norte de Francia debían permanecer como posesiones alemanas, salvaguardando el litoral noroccidental del Reich. Una franja de territorios contiguos, que se tomarían fundamentalmente de Francia y Bélgica, sumada a algunas antiguas colonias alemanas recuperadas y a otras intercambiadas con Gran Bretaña y Portugal, permitiría establecer un enorme imperio colonial en África central. Y algunas islas de la costa oriental africana, en especial Madagascar, proporcionarían bases de protección.[209]

El almirante Rolf Caris, jefe del Comando Naval en el Báltico y considerado durante mucho tiempo el probable sucesor de Raeder, iba todavía más lejos. Algunas partes de Bélgica y Francia (entre ellas Normandía y Bretaña) pasarían a ser protectorados alemanes basados en el modelo checo. El imperio colonial francés se repartiría entre Alemania, Italia y, en alguna medida, España. Sudáfrica y Rodesia del Sur serían arrebatadas al Imperio británico y convertidas en estados independientes, en tanto que Rodesia del Norte entraría a formar parte de las posesiones alemanas como puente para unir sus territorios africanos del este y el oeste. Todos los derechos británicos en el Golfo Pérsico, fundamentalmente los yacimientos de petróleo, pasarían a Alemania. Gran Bretaña y Francia quedarían desprovistas de todo control sobre el Canal de Suez. Los protectorados británicos en Oriente Medio desaparecerían. Alemania se haría con el poder de las islas Shetland y de las islas del Canal. Se establecerían bases estratégicas en las islas Canarias (probablemente mediante un intercambio territorial con España), Dakar en la costa occidental africana (a expensas de Francia), y Madagascar, Isla Mauricio y las Seychelles en el océano Índico. Caris admitía que aquella idea podía parecer «fantasiosas, pero propugnaba su realización con el fin de «satisfacer las reivindicaciones alemanas sobre su parte del globo de una vez por todas».[210]

Otro memorándum, con fecha del 11 de julio, concebía la gran flota de batalla necesaria para defender un enorme imperio colonial y hacer la guerra a Estados Unidos cuando Gran Bretaña hubiera sido completamente derrotada y su antaño poderoso Imperio se hubiera desintegrado. Las defensas costeras se ampliarían enormemente. Las bases de las Azores, Canarias y el archipiélago de Cabo Verde ofrecerían protección ante los ataques procedentes del otro lado del Atlántico. La toma de Nueva Guinea y de Madagascar serviría para defenderse de los ataques en el océano Índico. Los lazos entre Alemania y sus colonias se preservarían sin dificultad gracias a la hegemonía en el Índico, el Mar Rojo y el Mediterráneo.[211] Aquella era una visión tremendamente pretenciosa, y un testimonio más de un orgullo desmedido que no afectaba únicamente a Hitler, ni mucho menos.

Sin embargo, aquellos comunicados no constituían en absoluto nada parecido a un planteamiento estratégico coherente, y no pasaban de ser megalómanas quimeras elaboradas en medio de la embriaguez de una aparentemente inminente victoria final. En realidad, sin la derrota de Gran Bretaña, que constituía la premisa implícita de todos ellos, incluso los primeros pasos hacia su realización resultaban impensables. Y no contribuían en nada a preparar a la Armada para responder a la auténtica elección estratégica que Hitler había hecho en verano de 1940: la invasión de la Unión Soviética en primavera del año siguiente. El interés del dictador seguía centrado, como lo había estado desde el principio, en las posibilidades de un imperio en el este de Europa, no en África central. Para él, a diferencia de la Armada, la construcción de un imperio colonial en África sólo vendría después, y no antes, de la derrota del régimen bolchevique, y formaba parte de la inevitable confrontación en el futuro con el continente americano.[212]

Por su parte, los altos mandos navales, cuando abandonaron sus utópicos sueños para descender a la planificación efectiva, se vieron inmersos en la inmediata tarea que les había sido impuesta tan sólo unas semanas antes: preparar los planes de actuación para la invasión de Gran Bretaña en otoño, destinada a acabar con la participación británica en la guerra y liberar la retaguardia alemana para el ataque a la Unión Soviética.

Aunque ya en noviembre de 1939 se habían empezado a elaborar planes navales de contingencia para una posible invasión de Gran Bretaña,[213] los estudios operativos serios no comenzaron hasta junio de 1940. Exactamente el mismo día en el que los franceses pidieron el inicio de las

negociaciones de paz, el 17 de junio, el general de división Walter Warlimont, que, en tanto que jefe de la sección de Defensa Nacional del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht estaba muy cerca del núcleo mismo de la planificación militar, dijo a Raeder que Hitler no había manifestado intención alguna de intentar un desembarco en Inglaterra «puesto que distinguía perfectamente las extraordinarias dificultades de semejante empresa». De acuerdo con ello, el Alto Mando de la Wehrmacht no había hecho preparativos para un movimiento de esa naturaleza. Warlimont también señaló la evidente divergencia entre el pensamiento de Hitler y las prioridades estratégicas latentes en el alto mando naval, y confirmó que Hitler no quería destruir por completo el Imperio mundial británico, ya que eso iría «en perjuicio de la raza blanca». Prefería alcanzar la paz con Gran Bretaña, después de la derrota de Francia, «con la condición de la devolución de las colonias y la renuncia a la influencia inglesa en Europa».[214]

Sin embargo, al cabo de dos semanas, el general Jodl, en su calidad de jefe del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht, superior inmediato de Warlimont, y el más estrecho consejero militar de Hitler, había ideado una estrategia para forzar a Gran Bretaña a capitular si no lograban convencerla para aceptar un acuerdo. Dicha estrategia incluía la perspectiva de un desembarco, pero también la de una «guerra en la periferia» destinada a ofrecer apoyo militar limitado a aquellos países —Italia, España, Rusia y Japón— interesados en sacar provecho de un debilitamiento del Imperio británico. El ataque italiano contra el Canal de Suez y la toma de Gibraltar aparecían mencionados expresamente.[215] La «estrategia periférica» siguió siendo estudiada durante todo el verano y el otoño, y algunos aspectos de la misma coincidían con el pensamiento de los jefes de la Armada.

La idea de una invasión de Gran Bretaña tuvo, por otro lado, una vida muy corta. No cabe duda de que Hitler la veía como último recurso y que desde el principio fue muy escéptico con respecto a su utilidad.[216] La supremacía alemana en el aire era, recalcaba, el requisito más importante para un desembarco. Y Raeder estaba completamente de acuerdo. Sin embargo, los altos mandos de la Armada no sólo dudaban de poder alcanzarla, sino que a mediados de julio expresaron su enorme ansiedad por las dificultades en el transporte y, lo que no era menos importante, su preocupación por que, aunque las tropas alemanas consiguieran desembarcar en suelo británico, la intervención de la Marina británica pudiera impedir nuevos desembarcos y cortar su retirada, lo que supondría «hacer correr un terrible peligro a todo el Ejército desplegado».[217] Además, la intención de completar los preparativos para el desembarco a mediados de agosto resultó finalmente irrealizable.[218] Y como hubo que trasladar la fecha para terminar con los preparativos a mediados del mes siguiente [219], sólo les quedaba una opción mínima antes de que los rigores del tiempo en el Canal de la Mancha hicieran imposible un intento sin tener que esperar a la siguiente primavera. A finales de agosto era evidente a los ojos de los altos mandos navales que los preparativos para el transporte no se habrían completado en la nueva fecha fijada, 15 de septiembre. Antes incluso de finales de julio, el Mando Naval de Operaciones (Seekriegsleitung) había desaconsejado de hecho intentar realizar la operación en 1940 y recomendado su aplazamiento hasta mayo del año siguiente como muy pronto. El 31 de julio Raeder trasladó estos argumentos a Hitler, el cual admitió las dificultades pero optó por postergar la decisión final hasta que la Luftwaffe pudo bombardear Inglaterra durante ocho días consecutivos.[220] La orden del aplazamiento indefinido de la «Operación León Marino» no fue dictada realmente hasta el 17 de septiembre.[221] Pero lo cierto es que a Hitler siempre le había echado para atrás la perspectiva de un desembarco en Gran Bretaña, y posiblemente aceptó ya hacia

el 29 o 30 de julio, mucho antes de que llegase la fase decisiva de la «Batalla de Inglaterra», que no sería posible llevar a cabo la invasión.[222] La decisión de atacar Rusia había ocupado rápidamente el lugar de la de atacar Gran Bretaña, opción considerada menos peligrosa.

El gran almirante Raeder ya había abandonado la reunión de jefes militares en el Berghof el 31 de julio de 1940 cuando Hitler anunció su decisión de prepararse para la guerra contra la Unión Soviética la siguiente primavera.[223] Sin embargo, nada de aquel anuncio podía resultar inesperado. Raeder estaba presente diez días antes cuando Hitler habló por primera vez de un posible ataque a la Unión Soviética.[224] Y tres días antes del anuncio, plenamente consciente de lo que se avecinaba, el jefe del Estado Mayor del Mando Naval de Operaciones, contralmirante Fricke redactó un memorándum en el que esbozaba sus opiniones sobre el conflicto con Rusia y que Raeder leyó al día siguiente, 29 de julio. Fricke aceptaba que el régimen bolchevique era «un peligro crónico» que tenía que ser «eliminado de una forma u otra», y no puso más reparos al plan de ataque alemán que el reconocer la desventaja sectorial que suponía el hecho de que los intereses navales pasasen a ocupar una posición secundaria con respecto a los del Ejército de Tierra y la Luftwaffe.[225] Así pues, en el momento de la crucial decisión tomada por Hitler el 31 de julio de prepararse para la guerra contra Rusia, la Armada no planteó objeción alguna y no tenía prevista ninguna estrategia alternativa clara.

Sin embargo, en el transcurso de los meses siguientes la situación iba a cambiar. La aparición de una estrategia mediterránea se ajustaba a la noción de «guerra en la periferia» que Jodl había señalado en su memorándum del 30 de junio. Poco a poco fue surgiendo una alternativa militar, aunque ésta exigía una labor diplomática más activa centrada en España, Italia y la Francia de Vichy. Entre tanto, no obstante, el plan de operaciones para un ataque a Rusia seguía adquiriendo forma. Esa era la espada de Damocles que se cernía sobre la planificación temporal de cualquier alternativa propuesta.

Durante los últimos meses de verano y el otoño, las ideas de la Armada sobre estrategia, tal y como fueron desarrollándose, tenían mucho en común con el pensamiento defendido en los cuarteles generales de Hitler. El rápido desvanecimiento de las perspectivas de una invasión de Gran Bretaña hizo que se empezaran a estudiar otras formas de romper la resistencia británica. Para Jodl, a cargo de la planificación global de operaciones de la Wehrmacht, la «estrategia periférica» que había ideado era una preocupación central,[226] pero no entraba en contradicción con un ataque a Rusia. Es más, dicha fórmula pretendía en principio obligar a Gran Bretaña a aceptar la negociación y liberar así la retaguardia alemana para la guerra con Rusia o, si eso no era posible, mantenerla maniatada hasta que la victoria en la Unión Soviética la forzase a ceder. Para los altos mandos de la Armada, por el contrario, la estrategia «periférica» (o mediterránea) no era una solución temporal para facilitar la guerra en el este. Era precisamente una alternativa a esa guerra.

A mediados de agosto, Hitler había aceptado los planes (que, pensaba, obtendrían la aprobación de Franco) para una operación destinada a tomar Gibraltar a comienzos de 1941 y a respaldar una ofensiva italiana en el Canal de Suez por esas mismas fechas.[227] Poco después, el primer examen serio por parte de la Armada de una estrategia centrada en el Mediterráneo vino marcado por un análisis realizado por el almirante Gerhard Wagner el 29 de agosto sobre la mejor forma de llevar a cabo la guerra contra Gran Bretaña, una vez admitido que la «Operación León Marino» no tendría lugar.[228] El informe asumía sin ninguna duda que los bombardeos aéreos y la guerra en el Atlántico para cortar el suministro no conseguirían imponer una decisión en el transcurso de los

meses siguientes. Y en primavera, la capacidad defensiva británica habría mejorado, tal vez con ayuda estadounidense. La mejor forma de atacar a Gran Bretaña, concluía el texto, sería debilitar su imperio por medio de la guerra en el Mediterráneo, conjuntamente con los italianos.

Haciendo suyos los planteamientos del Alto Mando de la Wehrmacht, el almirante Wagner señaló que sería posible tomar Gibraltar con el apoyo de España y bloquear el Canal de Suez mediante una ofensiva que se abriera paso desde Libia hasta Egipto. Así se lograría sacar a Gran Bretaña del Mediterráneo, que quedaría entonces en manos de las potencias del Eje. A su vez, esto permitiría salvaguardar el tráfico marítimo de mercancías en toda la zona, garantizando la seguridad de las importaciones procedentes del norte de África. La posición de las potencias del Eje en la región de los Balcanes se vería así también enormemente fortalecida. Turquía ya no podría seguir siendo neutral y acabaría cayendo dentro de su órbita. Alemania tendría a su disposición las materias primas de los países árabes, Egipto y Sudán. Contaría con una buena plataforma para debilitar las posiciones británicas en el océano Índico mediante los ataques a las colonias del África oriental y plantearía una evidente amenaza a la propia India. La pérdida de Gibraltar privaría a Gran Bretaña de una de sus bases más importantes para la guerra en el Atlántico. Incluso si ésta consiguiera hacerse con un punto de apoyo en las Azores, Madeira o Canarias, de poco le serviría. La hegemonía alemana en el Mediterráneo occidental permitiría presionar a las colonias francesas del norte de África y evitar que se aproximaran a los gaullistas y, por ende, al bando británico. Al mismo tiempo, se conseguiría hacer peligrar las bases británicas en la costa oeste africana.

Como ventaja adicional, la Armada italiana quedaría libre para apoyar la campaña bélica alemana fuera del Mediterráneo, en el océano Índico y el Atlántico, mientras que su Ejército y su Fuerza Aérea podrían hacer nuevos avances frente a los británicos, sobre todo en África oriental. Un último beneficio sería la entrada de España en la guerra (considerada implícita en la toma de Gibraltar), ampliando así de manera significativa la base para la guerra naval alemana en el Atlántico. El memorándum concluía

que el control del Mediterráneo tendrá una relevancia estratégica decisiva para la continuación de la guerra. Las operaciones previstas para tal propósito van mucho más allá de las «acciones provisionales», tal y como fueron descritas anteriormente. No sólo se conseguirá un fortalecimiento efectivo del potencial bélico germano-italiano y una base enormemente mejorada para la última y decisiva lucha contra la patria inglesa y las fuentes de la fuerza del Imperio inglés. [Sino que] ya que los puntos más sensibles del imperio mundial inglés se verán atacados o amenazados, existe incluso la posibilidad de que Inglaterra se sienta conminada a abandonar la resistencia.[229]

Eso sería todavía más probable si la ayuda estadounidense hubiese sido insignificante hasta ese momento. Por tanto, no había tiempo que perder. Wagner señalaba que aquella estrategia favorecía a la Armada, y concluía expresando su confianza en que Raeder presentase a Hitler sus propuestas.

Cuatro días antes de que Raeder pudiese exponer sus argumentos en la reunión informativa del 6 de septiembre, Estados Unidos había aceptado proporcionar a Gran Bretaña cincuenta viejos destructores. Aquella decisión (a la que volveremos más en detalle en el capítulo 5) tuvo una importancia mucho más simbólica que directamente militar, en la medida en que demostraba a los líderes alemanes que habían aumentado las probabilidades de cara a la formación de una coalición angloamericana en un futuro no demasiado lejano.[230] Después de que Raeder pusiera de manifiesto

el peligro que supondría la intervención estadounidense en la guerra para las islas portuguesas y españolas en el Atlántico y para las colonias francesas en el África occidental, Hitler dio instrucciones para preparar la ocupación de las Azores, las Canarias y las islas de Cabo Verde con el fin de evitar un posible desembarco de británicos y estadounidenses (aunque los analistas navales que se ocuparon de la logística en el transcurso de las semanas siguientes no estaban convencidos del provecho de tal operación).^[231] A la luz del creciente «problema USA», y al preguntar con toda la intención cuáles podrían ser las directrices políticas y militares de Hitler en caso de que la «Operación León Marino» no llegara a realizarse, en realidad Raeder estaba tratando de imponer sus argumentos a favor de una estrategia mediterránea que fuera, en la línea del memorándum de Wagner, no «provisional», sino una «acción principal contra Inglaterra». Raeder pidió también el comienzo inmediato de los preparativos para conseguir poner en marcha la operación antes de que Estados Unidos pudiera intervenir. Hitler dio las órdenes pertinentes, aunque eso no significaba que estuviera dando su aprobación a una estrategia mediterránea en lugar del ataque previsto a la Unión Soviética. La propuesta de la campaña rusa —cuyo nombre en clave en aquella época era «Problema S»— surgió más adelante en el transcurso de la reunión. Y cuando así fue, Raeder no puso objeciones; se limitó a señalar que el momento más adecuado para la Armada sería cuando se derritiera el hielo. Y añadió, en una intervención que recibió la aprobación inmediata de Hitler, que la «Operación León Marino» no debía intentarse al mismo tiempo.^[232]

Cuando tuvo lugar el encuentro entre Raeder y Hitler el 26 de septiembre, la estrategia mediterránea había adquirido una nueva urgencia en vista del ataque a Dakar llevado a cabo pocos días antes por las tropas británicas y las de la Francia Libre (constituídas por los partidarios del general Charles de Gaulle). El Marruecos francés, Argelia y Túnez corrían peligro, toda vez que el régimen de Vichy iba perdiendo terreno ante el movimiento gaullista del África Ecuatorial Francesa. Aquella cuestión constituía el foco central de atención para los alemanes. Raeder había pedido hablar a solas con Hitler —un hecho bastante excepcional— y había empezado expresando su deseo de excederse en sus competencias específicas para hacer algunos comentarios sobre el curso de la guerra. El gran almirante insistió en la necesidad de un acercamiento conciliatorio con el régimen de Vichy, con la esperanza de cambiar el rumbo de sus anteriores relaciones incorporando a los franceses como aliados absolutos en la guerra contra Gran Bretaña. Hacer la guerra junto a los franceses ofrecería, según Raeder, la posibilidad no sólo de asegurarse las posiciones francesas y sus materias primas, sino también de sacar a Gran Bretaña del África central y privarla del puerto de Freetown en la costa occidental, ocasionando así importantes problemas al tráfico de convoyes desde el Atlántico sur, Latinoamérica y Sudáfrica, lo que supondría un enorme avance en el intento de expulsar a los británicos del Mediterráneo. Antes de volver al noroeste africano, Raeder instó a Hitler a concentrarse en luchar contra Inglaterra «por todos los medios posibles y sin demora, antes de que América pueda intervenir». Los británicos, aseguraba, siempre habían visto el Mediterráneo como la clave de su posición mundial. Y concluía, consiguientemente, que «la cuestión mediterránea debe por tanto quedar despejada durante el invierno». Había que tomar Gibraltar, y antes incluso de que las Canarias fueran aseguradas por la Luftwaffe. El apoyo de Alemania era necesario para ayudar a los italianos a tomar el Canal de Suez. Desde allí, Raeder proyectaba un avance a través de Palestina y Siria —que, según Hitler, debería ser posible pese a depender de los franceses— hasta alcanzar Turquía. «Cuando lleguemos a ese punto, Turquía estará en nuestras manos. El problema ruso adoptará entonces una nueva perspectiva. Rusia, más que nada, teme a Alemania. Así que la

necesidad de un ataque a Rusia desde el norte es discutible».[233]

Difícilmente podría Raeder haber sido más explícito en la descripción de la estrategia preferida por la Armada.[234] El Mando Naval de Operaciones tenía mucho interés en demostrar al menos que Hitler se había mostrado básicamente de acuerdo con las ideas expresadas.[235] No obstante, en la reunión afloraron dos problemas, aunque sólo de forma implícita.

El primero era el tamaño de la flota. Raeder señaló (y Hitler coincidió con él) que en aquel momento la flota era demasiado pequeña para las tareas que le esperaban si se acababa llevando a la práctica la estrategia mediterránea, especialmente si la guerra adquiría una dimensión global con la entrada de Estados Unidos. Además, la capacidad de construcción naval no permitía una ampliación de los compromisos más allá de los ya existentes. Obviamente, por tanto, la estrategia marítima se vio seriamente obstaculizada desde el principio, puesto que la flota era demasiado corta de efectivos para ponerla en práctica y sus recursos no permitían una rápida ampliación.

El segundo problema eran las repercusiones para la política exterior, a las que hizo alusión Hitler. El dictador dijo a Raeder que después de formalizar el Pacto Tripartito con Japón (que sería firmado precisamente al día siguiente, 27 de septiembre) mantendría conversaciones con Mussolini y Franco y tendría que decidir si ir con Francia o con España. Pensaba que Francia era la opción más plausible, puesto que España pedía mucho (el Marruecos francés) y ofrecía poco a cambio. Había que expulsar a Gran Bretaña y Estados Unidos del noroeste de África. Hasta allí estaba todo claro. Pero Francia tendría que acceder a ciertas demandas territoriales de Alemania e Italia antes de que se pudiera alcanzar un acuerdo sobre la ampliación de sus posesiones coloniales en África. Aunque Hitler no quiso insistir en ese punto, era obvio que esa circunstancia reducía el atractivo que pudiera tener para Francia un eventual acuerdo con Alemania. Además, Hitler se mostraba frío ante las esperanzas de Raeder de hacer intervenir a la flota francesa del lado alemán, y no estaba dispuesto a seguir avanzando en ese sentido sin la aprobación de su socio del Eje, Mussolini, que, con toda probabilidad, no se mostraría demasiado entusiasmado con la idea de un fortalecimiento de la rival de Italia, Francia, en el Mediterráneo. Entre tanto, si España entraba en la guerra del lado del Eje, la Luftwaffe tendría que proteger las Canarias y tal vez también las Azores y las islas de Cabo Verde.[236] Así pues, en realidad, aunque en principio aceptaba la estrategia mediterránea, Hitler hizo depender la ejecución de la misma del resultado de sus negociaciones con Mussolini, Franco y Pétain. El dictador era muy consciente de que contentarlos a todos no sería tarea fácil, y reconocía, con gran cinismo, que lograr la cuadratura del círculo de conciliar tales intereses enfrentados sólo sería posible mediante un «fraude colosal».[237] Y eso, como quedó de manifiesto más tarde, estaba fuera del alcance incluso del mismísimo Hitler.

En esos momentos, a finales de septiembre, las ideas de la Armada sobre cómo dirigir la campaña bélica alemana en el Mediterráneo coincidían en gran medida con la noción desarrollada en el Ministerio de Exteriores de un «bloque continental» de países constituido en una gran alianza contra Gran Bretaña.[238] El ministro de Exteriores, nada menos que el mismísimo Joachim von Ribbentrop, había mostrado un gran interés en construir una poderosa alianza mundial que incorporase tanto a la Unión Soviética como a Japón, que quedarían alineados en contra de Gran Bretaña, neutralizando al mismo tiempo a Estados Unidos.[239] Dentro de esa gran concepción, un «bloque continental» que incorporase a la Francia de Vichy y a España, junto con Italia, constituía una pieza más pequeña, pero esencial.[240] Desde el punto de vista militar, la «estrategia periférica», tal y como se había desarrollado hasta principios de otoño de 1940, incluía —aparte del

intento de bloquear las importaciones británicas— tres líneas: una ofensiva italo-germana en Oriente Medio, la toma de Gibraltar y la ampliación del control alemán sobre la costa africana y las islas del Atlántico.[241] Evidentemente, como había quedado de manifiesto tras la reunión de Raeder del 26 de septiembre, las posibilidades militares de dicha estrategia dependían de la realización de importantísimos avances en el terreno diplomático, y muy concretamente, de la habilidad de Hitler de llegar a acuerdos satisfactorios con los mandatarios de España y la Francia de Vichy. Y fue precisamente allí donde acabaron fracasando.

IV

Cuando el verano dio paso al otoño, los más próximos al centro del poder en Alemania —incluido, según parece, el propio Hitler, durante un tiempo— todavía no tenían claro qué variante estratégica debían adoptar. Todavía podían aparecer nuevas prioridades. Es decir, que aparentemente las opciones seguían estando abiertas.

Hitler se inclinaba, obviamente, movido tanto por factores ideológicos como militares, por un ataque inmediato a la Unión Soviética.

Eso lo tenía plenamente definido a finales de julio. Nada durante ese intervalo de tiempo indica que hubiera cambiado de idea. No obstante, su interés por la «estrategia periférica» no era simplemente una estratagema. La campaña rusa, que inicialmente esperaba poder lanzar en otoño, no podría llevarse a cabo como mínimo hasta la primavera. Entre tanto, sin embargo, la inquietud ante la posibilidad de que Estados Unidos entrase en la guerra del lado británico más pronto que tarde se había ido acrecentando.[242] Evidentemente, el deseo de Hitler de evitar que eso sucediera no había menguado desde el verano. El camino más evidente era forzar a Gran Bretaña a abandonar la guerra. Con la «Operación León Marino» ahora aparcada (y, en la práctica, aunque no nominalmente, abandonada), la orientación militar y diplomática hacia el Mediterráneo ofrecía la mejor alternativa. Distintas variantes de dicha estrategia contaban, como hemos visto, con el apoyo de Jodl (y su adjunto Warlimont) en el Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht, Raeder y el Mando Naval de Operaciones, y Ribbentrop, el ministro de Exteriores. Hitler estuvo dispuesto durante un tiempo a dar su respaldo a la búsqueda de un intento de acercamiento diplomático en la «periferia» y siguió impulsando los planes militares que dependían del éxito de tal avance. Pero mientras que para Raeder, Warlimont (si no para Jodl) e incluso para Ribbentrop la «estrategia periférica» constituía una alternativa a la invasión de Rusia, para Hitler era simplemente un preludio para proteger la retaguardia alemana antes de emprender el enfrentamiento con la Unión Soviética, que era, a sus ojos, inevitable y capaz por sí solo de decidir el desenlace final de la guerra. Así pues, a Hitler nunca le entusiasmó la «estrategia periférica» como fin en sí mismo. Eso explica probablemente, al menos en parte, por qué el esfuerzo diplomático que realizó en su gira de octubre para entablar conversaciones con Mussolini, Franco y Pétain resultó tan sumamente estéril. Y es que lo llevó a cabo sin albergar grandes esperanzas.

El objetivo central de la reunión entre Hitler y Mussolini celebrada en el paso de Brenner el 4 de octubre era (aunque el dictador tardase en abordar la cuestión) tantear la postura del Duce acerca de

la posibilidad de integrar a Francia y a España en una «línea común» y en ese sentido crear «una coalición continental contra Inglaterra».[243] Mussolini no puso objeciones. Sin embargo, ambos dictadores veían claramente que las demandas territoriales españolas como pago por entrar en la guerra— la adquisición de Marruecos y Orán por la parte francesa, y de Gibraltar por la británica, de las cuales esta última era la única reivindicación que no planteaba ningún problema— nunca serían aceptadas por los franceses y allanarían el camino para el éxito de los gaullistas (lo que a su vez significaba la penetración de los intereses británicos) en la zona clave del norte de África. Y dado que Mussolini aprovechó la ocasión para recordar a Hitler las demandas italianas de concesiones territoriales por parte de Francia, era evidente que las posibilidades de encontrar una solución diplomática que pudiera satisfacer a las tres potencias mediterráneas, Italia, Francia y España, eran extremadamente reducidas. Además, estaba claro que Hitler no iba a emprender ninguna acción que pudiese dañar sus relaciones con su socio del Eje. De modo que, aunque amistosas, las conversaciones no produjeron ningún resultado tangible que pudiera contribuir a la creación de la «coalición continental».[244]

La reunión con Franco en Hendaya el 23 de octubre nació ya sin ningún futuro.[245] La posición de negociación de Hitler era muy débil. Quería a España en la guerra principalmente para facilitar el ataque previsto a Gibraltar y reforzar la defensa de las islas del Atlántico próximas a la costa ibérica. Pero no estaba dispuesto a pagar el desorbitado precio que con toda seguridad pediría España: grandes suministros de armamento y productos alimenticios y la satisfacción de sus reivindicaciones territoriales no sólo sobre Gibraltar (que eran fáciles de conceder) sino también sobre Marruecos y Orán. La opinión de Hitler era probablemente en buena medida la misma que la que confió a su diario Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores: «Gibraltar no vale tanto para nosotros».[246] Alemania no podía plantearse satisfacer las demandas materiales de Franco. Y las concesiones territoriales, como había dejado claro Hitler a Mussolini, eran irrealizables, teniendo en cuenta la seria amenaza que supondrían para la hegemonía del Eje en el norte de África al debilitar la posición de la Francia de Vichy. De modo que Hitler no tenía nada que ofrecer, aparte del propio Gibraltar. Aunque la perspectiva de conseguir Gibraltar resultaba atractiva para los españoles, el precio para lograrlo se consideraba demasiado alto, ya que Franco, pese a los esfuerzos de Hitler por aparentar lo contrario, tenía serias dudas de que el Eje pudiera ganar la guerra en la que se les estaba instando a intervenir. Hitler se marchó con las manos vacías.

Y no le fue mucho mejor al día siguiente con Pétain, aunque las conversaciones fueron más cordiales.[247] El acuerdo para una «cooperación» más estrecha entre Francia y Alemania poco tenía que ver con un compromiso absoluto por parte de Francia para entrar en la guerra contra Gran Bretaña. La discusión no fue más allá de las simples generalidades. Una vez más, Hitler tenía las manos atadas en la práctica, y no tenía nada concreto que ofrecer a los franceses. Aunque la entrada de la Francia de Vichy en la guerra del lado de Alemania (y bajo sus condiciones) era razonable en términos militares y estratégicos desde el punto de vista alemán, resultaba difícil hacer atractivo ese planteamiento si había que mencionar la propuesta de reajuste del territorio colonial francés en el norte de África en un tratado de paz entre los dos países, y mucho más en el caso de la expropiación de Briey y Calais en la propia costa francesa, así como la de Alsacia-Lorena, que era lo que proyectaban los alemanes.[248] Además, una relación más estrecha con Francia despertaría probablemente la indignación de Italia, algo que tenía una enorme trascendencia para Hitler y que,

por supuesto, quería evitar a toda costa. En cualquier caso, parece discutible que Hitler quisiera realmente a los franceses como aliados de pleno derecho.[249] Así pues, las conversaciones con Pétain no fueron sino una especie de combate ficticio.

En definitiva, Hitler no podía satisfacer a España sin suscitar el antagonismo de Francia, y no podía complacer a los franceses sin disgustar a su «amigo» Mussolini. Entre tanto, cuando los dos dictadores se reunieron de nuevo en Florencia el 28 de octubre, su «amigo» había empezado, para gran enojo del alemán, su desafortunada invasión de Grecia, poniendo así las cosas sumamente difíciles a cualquier estrategia imaginable que girase en torno a la cooperación militar germano-italiana en el Mediterráneo.

Ya mientras regresaba de sus reuniones con Franco y Pétain, Hitler había indicado a Jodl y a su dócil jefe del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, que la guerra contra Rusia tenía que llevarse a cabo al año siguiente.[250] Poco después, el 14 de noviembre, mientras ofrecía a sus líderes militares una panorámica general de todas las posibilidades estratégicas existentes centradas en el Mediterráneo y Oriente Medio, Hitler comentó que Rusia seguía siendo no obstante el «gran problema de Europa» y que «hay que hacer todo lo posible para estar preparados para el gran enfrentamiento».[251] Evidentemente, el hecho de no conseguir ningún avance en la construcción de un «bloque continental», por muy reducido que fuese, de países de Europa occidental alineados en contra de Gran Bretaña confirmó su primera intuición de que el único camino para lograr la victoria final consistía en atacar y vencer rápidamente a la Unión Soviética. La toma de Gibraltar (junto con Canarias y Cabo Verde) era todavía un punto importante de la agenda, y Hitler seguía albergando esperanzas de que Franco entrara en la guerra. Si finalmente ocupaban las Azores (en poder de Portugal), y Lisboa ponía objeciones, aseguraba estar dispuesto, en caso necesario, a amenazar con enviar tropas a Portugal. Pero debido a la aventura griega de Mussolini, la ofensiva italiana en Libia tuvo que ser aplazada, y en consecuencia también el despliegue de tropas alemanas en el norte de África y la ofensiva contra Suez. Ese fue el primer signo evidente de la falta de confianza de Hitler en la capacidad militar de su socio italiano.[252]

Cuando Viacheslav Molótov, comisario soviético para Asuntos Exteriores, se dirigía a Berlín para conversar con Hitler los días 12 y 13 de noviembre, la estrategia bélica alemana todavía era confusa e incierta. El mismo día en el que empezaron los encuentros con Molótov,[253] Hitler hizo pública una directiva militar que incluía un buen número de campos potenciales de combate. La toma de Gibraltar para presionar a los británicos desde el Mediterráneo occidental y evitar que se hicieran con un centro de apoyo en la Península Ibérica o las islas del Atlántico era el punto principal. En este sentido, ya se estaban realizando algunos esfuerzos de carácter político para llevar a España a la guerra. Francia, por el momento, proporcionaría cualquier tipo de cooperación que no implicara una intervención militar en la guerra contra Gran Bretaña. El despliegue de tropas alemanas para apoyar la ofensiva italiana prevista contra Egipto se dejaba en suspenso. La «Operación León Marino», la invasión de Gran Bretaña, no se abandonaba formalmente, pero ya no figuraba ni muchísimo menos entre las prioridades militares. Gracias a Mussolini, ahora había que emprender los preparativos para la ocupación de Grecia al norte del Egeo. Pero tal vez la consideración más importante aparecía hacia el final de la directiva: «Se están manteniendo algunas discusiones políticas con el objeto de aclarar la posición de Rusia en el futuro próximo. Sean cuales sean los resultados de esas discusiones, todos los preparativos ya ordenados verbalmente para el este deben continuar».[254] Aunque hasta el momento no se había cerrado por completo ninguna opción militar, todo parece

indicar que Hitler se había vuelto tan escéptico con respecto al avance en el Mediterráneo que estaba regresando, una vez confirmadas sus ideas, a la estrategia que ya había defendido en verano: el ataque a la Unión Soviética. El desasosiego que despertó en él la visita de Molótov constituyó el último factor determinante.[255]

Así, cuando Raeder volvió a solicitar el 14 de noviembre que se diese prioridad al Mediterráneo y se emprendiese una ofensiva contra Suez, no es de extrañar que Hitler hiciera oídos sordos. El dictador dejó muy claro que todavía prefería seguir adelante con el enfrentamiento con Rusia. La recomendación de Raeder de aplazar el enfrentamiento hasta haber logrado la victoria sobre Gran Bretaña tuvo por el momento el mismo efecto que predicar en el desierto. Y cuando el gran almirante recomendó prudencia para eludir una posible ocupación de las islas portuguesas en el Atlántico a manos de británicos y estadounidenses, Hitler ofreció una respuesta muy propia de él. No estaba pensando en las Azores como fuerza principalmente defensiva, sino ofensiva, para permitir la instalación de bombarderos capaces de llegar hasta América y obligar así a Estados Unidos a construir defensas antiaéreas en lugar de proporcionar ayuda a Gran Bretaña.[256] Eso parecía indicar que la Península Ibérica y las islas españolas y portuguesas del Atlántico figuraban ahora en su planteamiento como fuerzas disuasorias de la intervención angloamericana mientras él se ocupaba del este, más que como parte de una estrategia destinada fundamentalmente —como ya propugnara durante el verano— a llevar a Gran Bretaña a la mesa de negociación.[257]

Muy poco después, Hitler envió a sus ayudantes de campo en busca de un puesto de mando en Prusia Oriental.[258] El 5 de diciembre ordenó a Brauchitsch y Halder que preparasen al Ejército para un ataque contra Rusia a finales del mes de mayo siguiente.[259] Tres días más tarde supo que los renovados intentos de ganarse el favor de España habían fracasado. Franco había tomado la firme decisión de mantenerse fuera de la guerra. Hitler suspendió de inmediato los preparativos para la toma de Gibraltar, «ya que las condiciones políticas ya no se pueden alcanzar».[260] La operación fue abandonada el 9 de enero, aunque Hitler siguió soñando durante un tiempo con su posible resurrección.[261] Mucho antes de eso, la orientación hacia el este de la estrategia alemana había quedado consolidada gracias a la directiva oficial de Hitler del 18 de diciembre para la «Operación Barbarroja», con el propósito expreso de «aplantar a la Rusia soviética en una rápida campaña» antes de haber ganado la guerra contra Gran Bretaña.¹¹¹

La decisión, tomada inicialmente el 31 de julio, quedaba ahora consagrada en una directiva militar. Ya no habría vuelta atrás. La posibilidad de que surgiera una estrategia alternativa entre finales de verano y otoño podía descartarse ya definitivamente.[262]

V

¿Perdió Hitler la oportunidad, al tomar aquella crucial decisión en 1940, de seguir un rumbo de actuación alternativo que podría haberlo llevado a la victoria o, cuando menos, haber evitado el desastroso camino hacia la derrota que finalmente acabó tomando?

A la luz de lo que hemos visto, la cuestión debe enfocarse desde distintas perspectivas. La primera y más importante reflexión está relacionada con el propio pensamiento de Hitler. El era,

después de todo, el que determinaba el modo de actuación. Otros podían tratar de ejercer su influencia, pero al final él era el que decidía. Hitler, por supuesto, no pensaba que había perdido una oportunidad. A su modo de ver, pese a haber estudiado varias posibilidades entre los últimos días de verano y el otoño de 1940, ninguna de ellas había demostrado ser una alternativa viable a la que ya en julio había estimado como la estrategia más prometedora: un ataque a la Unión Soviética para lograr una victoria rápida antes del invierno, preparando el terreno para la gran batalla contra Gran Bretaña y Estados Unidos. Todo eso concordaba por supuesto con sus sempiternas e inmutables convicciones ideológicas, pero las consideraciones estratégicas fueron primordiales a la hora de determinar el momento de actuar.

Los estadounidenses, pensaba, estarían preparados para entrar en la guerra junto a Gran Bretaña en 1942,^[263] y por eso estaba convencido de que el paso del tiempo no favorecía a Alemania. La hegemonía continental, el final de la guerra europea y la invencibilidad que éstas traerían consigo tenían que alcanzarse durante el año 1941, antes de que se produjera un conflicto con Estados Unidos. Nada nos hace pensar que planease posponer, y mucho menos cancelar, la invasión de Rusia que había programado para la primavera de 1941. Los preparativos puestos en marcha a finales de julio de 1940 nunca se detuvieron. Al contener a Gran Bretaña y disuadir a Estados Unidos de intervenir, la «estrategia periférica» constituía a su modo de ver un medio de allanar el camino para el ataque a la Unión Soviética, y no un sustituto de éste. No cabe duda de que su apoyo a los dos movimientos, el militar y el diplomático, centrados en el Mediterráneo y la Península Ibérica, era sincero. Pero desde su perspectiva no había nada que se pudiera hacer durante la guerra para conciliar o superar las graves diferencias de intereses que separaban a las principales potencias de la región, Italia, Francia y España. Y puesto que no se podía establecer el necesario marco político, era poco probable que una estrategia militar para el Mediterráneo reportase grandes beneficios.

Sin la entrada de España en la guerra, el asalto a Gibraltar, la clave del Mediterráneo occidental, adquirió un cariz diferente. Se podía lograr,^[264] pero el coste, desde el punto de vista militar y político, sería elevado. A nadie sorprendió, pues, que Hitler suspendiera el proyecto cuando Franco confirmó que España seguiría siendo neutral. El otro flanco principal de la estrategia militar mediterránea, la ofensiva contra Suez, dependía de los italianos, que pronto demostrarían ser el eslabón más débil de la cadena militar. Cuando Mussolini invadió Grecia —hecho tildado de inmediato por Hitler, como era de esperar, de acto de estupidez^[265]—, las perspectivas de éxito de Italia en el norte de África se desvanecieron. Obviamente, con los italianos arrojados contra las cuerdas en Libia y en una situación de debilidad extrema, la ofensiva contra Suez no podía llevarse a cabo. Por último, poco era lo que se podía hacer con Francia. Hasta finales de 1940, cuando la aventura griega de Italia ocasionó tales dificultades que Mussolini habría acogido con agrado un acuerdo germano-francés, los italianos se habían mostrado reacios a presenciar la reconstrucción del poderío francés en el Mediterráneo y el norte de África.^[266]

Así pues, a los ojos de Hitler, nunca existió una alternativa a la estrategia escogida. Y aquello a lo que aspiraba —un puntal para esa estrategia— no pudo lograrse. Desde su punto de vista, pues, no hubo ninguna oportunidad perdida.^[267]

¿Pensaban otros, próximos al núcleo de la planificación estratégica, que se había perdido una oportunidad? La alternativa más clara, como hemos visto, fue la elaborada por la Armada, planteada a Hitler en más de una ocasión por el gran almirante Raeder. Como ya señalamos, Raeder intentó disuadir a Hitler de seguir adelante con el ataque a Rusia, aunque de modo no muy convincente. El

dictador llegó a mostrarse de acuerdo con las propuestas de Raeder relativas a una estrategia mediterránea (aunque no en sustitución de una campaña oriental), pero cambió de parecer una vez más, y ya de manera definitiva, en otoño, especialmente después de la visita de Molótov. No había duda, bajo su punto de vista, de la amenaza que suponía la Unión Soviética para Alemania. De modo que Raeder, por las razones aducidas, no contaba con grandes perspectivas de convencer a Hitler de que cambiara de planes. Hitler nunca se apartó de su convicción de que la destrucción de la Unión Soviética en una campaña relámpago era el único camino hacia la victoria total. Además, Raeder, pese a defender otra vía, no se oponía realmente a la invasión de Rusia, aunque tampoco mostraba un gran entusiasmo por ella. Y cuando la estrategia mediterránea escogida por la Armada hubo tomado forma —dejando de lado los pretenciosos y utópicos sueños de un vasto imperio colonial que tan atractivos resultaron durante un tiempo, tras la derrota de Francia—, tanto el marco político como el militar para su ejecución se estaban desmoronando, de modo que los argumentos de Hitler en favor de la opción rusa resultaban difíciles de rebatir.

En el Alto Mando de la Wehrmacht, el más firme defensor de la estrategia mediterránea era el adjunto de Jodl en el Departamento de Mando y Operaciones y jefe de su sección de planificación estratégica, el general Warlimont. No obstante, sus propuestas de centrar el esfuerzo militar alemán en la ofensiva en África fueron perdiendo efectividad a medida que avanzaba el otoño. Warlimont recibía poco apoyo de Jodl, su inmediato superior y el más estrecho consejero de Hitler en asuntos estratégicos. Como hemos señalado, aunque fue él el que la presentó a finales de junio, Jodl consideraba la «estrategia periférica» como la base para facilitar el objetivo estratégico establecido por Hitler: el ataque a Rusia.[268] Si bien Jodl no participó muy activamente antes de diciembre de 1940 en los preparativos de la guerra en el este, que eran competencia del Alto Mando del Ejército de Tierra y no del Departamento de Mando y Operaciones, en ningún momento puso en cuestión la decisión fundamental de Hitler de atacar la Unión Soviética. Su confianza ciega en Hitler como genio militar, enormemente magnificada desde la victoria sobre Francia, hacía imposible imaginar cualquier tipo de oposición desde aquel sector,[269] y mucho más en el caso del adúlador Keitel. Las dudas iniciales de Brauchitsch y Halder, jefes del Ejército de Tierra (que era evidentemente la rama clave de la Wehrmacht en el futuro ataque a Rusia), quedaron disipadas rápidamente. Pronto ambos vieron la preparación de la guerra en el este como la prioridad absoluta. Como señaló Halder el 13 de julio, él y Brauchitsch pensaban, al igual que Hitler, que las esperanzas depositadas por Gran Bretaña en Rusia constituían la clave de la negativa de aquélla a llegar a un acuerdo.[270] No se estudió detenidamente ninguna alternativa, y lo cierto es que no se podía esperar ninguna estrategia distinta de una Luftwaffe cuyos dirigentes eran más pro-nazis que los del Ejército de Tierra y cuyo comandante en jefe era Göring, temeroso de perder el favor de Hitler y por esa misma razón completamente entregado a la tarea de secundar la campaña oriental.[271]

La dividida estructura organizativa de las Fuerzas Armadas alemanas impedía por sí misma el fomento de toda alternativa seria a los planes de Hitler. Como ya hemos señalado, los jefes del Estado Mayor del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea y el jefe del Departamento de Mando y Operaciones de la Wehrmacht (responsable de toda la planificación estratégica) no disponían de un organismo en el que elaborar conjuntamente una estrategia. Y tampoco se reunían nunca los comandantes en jefe, excepto ante la hegemónica presencia de Hitler, y entonces resultaba imposible mantener una verdadera discusión.[272] De modo que el eje de interés común brevemente forjado entre la oficina de Warlimont y el mando naval carecía de apoyo en cualquier sector de las Fuerzas

Armadas y no tenía ninguna vía de canalización de los argumentos en favor de una alternativa que podría haber sido presentada como estrategia razonada en contraposición a la de Hitler. Estructuralmente, por tanto, era imposible construir una estrategia alternativa coherente. Nunca existió propuesta alguna que pudiera ser sometida a examen. Y sin esa alternativa coherente, es difícil afirmar que se perdió una oportunidad.[273]

No obstante, aunque Hitler no veía ninguna otra opción y las Fuerzas Armadas no fueron capaces de presentar una alternativa convincente, ¿podemos, al fin y al cabo, plantear una posibilidad teórica, una opción que pudiera haber hecho ganar la guerra a Alemania o, al menos, evitado un desenlace tan desastroso si los dirigentes hubieran sido capaces de verla? Aquí, por supuesto, abandonamos el terreno histórico —lo que sucedió y las consideraciones estratégicas planteadas de verdad en su momento— y nos trasladamos al terreno de la especulación contrafactual. Dado el elevado número de posibles variantes que habría que tener en cuenta, esta fórmula degenera rápidamente en poco más que un juego de adivinanzas académico. Sin embargo, siguiendo por un momento con este experimento mental, es posible suponer que una entrega total de Alemania a la guerra en el Mediterráneo y el norte de África —que habría exigido también una política más estricta con respecto a los italianos, así como la plena aceptación de los franceses como aliados de guerra— a costa de la preparación de la guerra en el este podría haber reportado beneficios al menos a corto y medio plazo, habría dado un cariz distinto a la guerra en su conjunto y tal vez habría evitado el absoluto desastre al que se acabaría enfrentando Alemania.

En realidad, el Mediterráneo no era tan vital para el imperio global británico como Raeder aseguraba. Sin embargo, la pérdida del control del mismo, seguida de la privación de las posesiones y el petróleo de Oriente Medio, habría constituido indudablemente un duro golpe. Gran Bretaña y su imperio se habrían visto con toda seguridad seriamente debilitados, especialmente si los movimientos independentistas de Oriente Medio y la India hubieran incrementado su fuerza y su confianza, como probablemente habría sucedido, como resultado de los reveses militares británicos. Y no existe certeza alguna de que Estados Unidos, donde Roosevelt tuvo que lidiar durante meses con corrientes fuertemente aislacionistas, hubiera acudido rápidamente en ayuda de una debilitada Gran Bretaña. No cabe duda de que los japoneses no habrían vacilado en explotar la agitación británica en Extremo Oriente, de modo que los estadounidenses, en lugar de hallar en el Atlántico su mayor preocupación, tal vez habrían visto desviada su atención hacia el Pacífico mucho antes.

Dilucidar si, a la vista de tan sombrío escenario, Gran Bretaña habría continuado resistiendo o se habría deshecho del Gobierno de Churchill y habría tratado de llegar a un acuerdo de paz con Alemania es una tarea controvertida. Con Gran Bretaña subordinada, el continente europeo y el norte de África bajo control alemán y los estadounidenses concentrados por entero en Japón, la «cuestión rusa» habría sido vista desde otra perspectiva. La imperiosa necesidad estratégica de aplastar la Unión Soviética en 1941 habría sido mucho menor. La aversión hacia los bolcheviques habría seguido existiendo, pero el régimen de Stalin se habría presentado como una amenaza algo más mitigada, más fácil de contener, y tal vez no habría merecido la pena llevar a cabo una peligrosa apuesta militar en una guerra relámpago de agresión, lo que a su vez habría debilitado los argumentos de Hitler en favor de la guerra en el este a los ojos de sus líderes militares.

Sin embargo, probablemente, de haberse seguido adelante con la estrategia mediterránea, ésta habría llevado en algún momento a la guerra entre continentes que Hitler vaticinaba. Lo más probable es que ésta se hubiera producido más pronto que tarde, con una Alemania que, pese a haber realizado

colosales conquistas imperiales con poco más que tiranía y fuerza bruta, sería incapaz de competir a la larga con la inmensidad de los recursos estadounidenses. No sería descabellado pensar que, si las circunstancias hubieran sido favorables, la Unión Soviética habría aprovechado la ocasión para entrar en la guerra junto a los Aliados. Alemania se enfrentaría así después de todo a la temida guerra en dos frentes. Entonces habría tenido lugar una carrera por construir armas nucleares y, como de hecho sucedió, lo más probable es que la hubieran ganado los científicos estadounidenses (algunos de ellos de ascendencia alemana). Un desenlace imaginable de dicha contienda habría sido el lanzamiento de bombas nucleares americanas sobre Berlín y Múnich, en lugar de Hiroshima y Nagasaki.

En el mundo real de Hitler, y no en un mundo contrafactual de fantasía e imaginación, parece claro que no se perdió ninguna oportunidad en 1940. Teniendo en cuenta los dirigentes con los que contaba Alemania, verdadera razón por la que el país se enfrentaba a un dilema estratégico en verano y otoño de 1940, el ataque a la Unión Soviética era en realidad el único camino abierto. Fue decisión de Hitler, pero no fue él el único responsable, tal y como ha sostenido cierta apologética posbélica. La responsabilidad va mucho más allá de Hitler y se hace extensiva a muchas personas. La élite militar del régimen, aunque con un amplio respaldo procedente de otros grupos de poder y del seno de la población alemana, había apoyado las políticas de un líder que había llevado a Alemania a una apuesta por la hegemonía mundial con un panorama muy desfavorable a largo plazo para ella y sin ninguna «cláusula de escape». En 1940, la única opción para Hitler, incapaz como era de poner fin a la guerra, y para el régimen que había contribuido a colocarlo donde estaba, era apostar todavía más, para dar, como siempre, un audaz paso adelante, un movimiento que pudiera caer sobre los rusos «como una tormenta de granizo» y hacer que el mundo «contuviera el aliento».[274] Era una locura, pero no carecía de método.

3. *TOKIO, VERANO Y OTOÑO DE 1940*

Japón decide aprovechar la «oportunidad de oro»

¡Aprovechad la oportunidad de oro! ¡No dejéis que nada se interponga en vuestro camino!

Hata Shunroku, ministro del Ejército, 25 de junio de 1940

Nunca en nuestra historia ha existido un momento como el actual, en el que es tan urgente pensar en el desarrollo de nuestro poder nacional [...]. Deberíamos aprovechar la favorable ocasión que ahora se nos presenta.

Declaración de la postura del Ejército, 4 de julio de 1940

EN EXTREMO Oriente se estaba librando otra cruenta guerra. Había comenzado en julio de 1937, más de dos años antes que la guerra europea, y en el transcurso de la misma las tropas japonesas habían cometido atrocidades contra la población civil china que competían en brutalidad con las sufridas por los polacos a manos de los conquistadores alemanes desde el otoño de 1939. El «incidente de China», como llamaban los japoneses invariablemente a la guerra con aquel país, era completamente independiente del conflicto europeo que empezó con la invasión alemana de Polonia el 1 de septiembre de 1939. No obstante, los intereses de las «grandes potencias» europeas y Estados Unidos en China hicieron que aquel amargo conflicto tuviera inevitablemente desde el principio serias implicaciones internacionales. Todavía no se veía un final a aquella guerra cuando, en primavera de 1940, la ofensiva alemana en el oeste penetró en los Países Bajos y Francia y llevó a Gran Bretaña al borde del desastre. Fue al calor de los asombrosos triunfos militares de Hitler en Europa occidental como Japón, en su ansia por explotar la debilidad de esos países, tomó las cruciales decisiones de expandirse por el sureste asiático (donde Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos conservaban importantes posesiones coloniales) y de formalizar un pacto con las potencias del Eje, Alemania e Italia. Al hacerlo, en el transcurso de aquellos meses cruciales Japón escogió alternativas que incrementaron enormemente el riesgo de acabar interviniendo en un conflicto armado no sólo con las potencias europeas, sino también con Estados Unidos. El camino hacia Pearl Harbor no era todavía, ni mucho menos, una vía de sentido único, pero fue en verano de 1940 cuando los dirigentes japoneses dieron una serie de pasos fundamentales que acabarían fusionando las dos guerras separadas de Europa y de China en una colosal conflagración mundial.

I

La guerra con China, que concentraba la atención de Japón de forma creciente desde 1937, se encontraba en la base de las actuaciones que culminarían en la determinación del país nipón de arriesgarlo todo atacando a los Estados Unidos de América. Los antecedentes inmediatos de aquella guerra databan de seis años antes, cuando se produjo el ataque japonés contra las tropas chinas en Manchuria en septiembre de 1931 —el «incidente de Mukden», en la jerga de los japoneses—, que

no sólo constituyó un momento decisivo en las relaciones internacionales en Extremo Oriente, sino que puso de manifiesto la cambiante base del poder dentro de Japón.

No obstante, existía una historia previa más larga, que hallaba sus raíces en las aspiraciones de Japón de convertirse en una gran potencia en Asia oriental, con todo el boato de un imperio colonial y de un acrecentado prestigio internacional. Tales ambiciones se remontaban al siglo xix, cuando Japón, bajo el mandato del emperador Meiji, se encontraba en medio de un acelerado proceso de modernización, tratando de adaptar los métodos occidentales a la cultura japonesa. Las guerras contra China en 1894 – 1895 y Rusia en 1904 – 1905, en ambos casos iniciadas por los japoneses, habían procurado al país nipón la posición de una potencia dominante en Extremo Oriente. Dentro del continente asiático, los éxitos japoneses se interpretaban a menudo como golpes contra la dominación de la región por los occidentales. Pero en realidad, Japón estaba echando los cimientos de su propia lucha imperial por la hegemonía. Ya se había apoderado de Corea, Taiwán y la zona sur de la isla de Sajalín y disfrutaba de derechos de arrendamiento y de un tramo de algo más de un kilómetro de vía férrea en el sur de Manchuria. También había obtenido, en 1901, el derecho a mantener tropas en Pekín y en otras ciudades de China, en principio para proteger a los diplomáticos y la población minoritaria japonesa de dichas áreas. China, cuyo Gobierno central se hallaba en un avanzado estado de desintegración, amplió más tarde las concesiones a Japón en el sur de Manchuria. Durante la Primera Guerra Mundial, en la que había entrado en el bando de los Aliados con el fin de hacerse con algunas posesiones alemanas en Extremo Oriente, Japón explotó la debilidad y la confusión política de China para obtener el reconocimiento de su posición en el sur de Manchuria y la región colindante de la Mongolia Interior oriental y para ampliar sus derechos de arrendamiento y uso del ferrocarril. Japón llegó incluso a reivindicar, en 1915, el establecimiento de fuerzas policiales conjuntas chino— japonesas en China y la aceptación de consejeros japoneses en asuntos políticos, económicos y militares. De haber sido así, China se habría visto reducida en la práctica a la categoría de colonia japonesa. Aunque, gracias al apoyo concedido por los Aliados a China, en aquella ocasión pudieron eludirse las ambiciones japonesas, éstas dejaron en la población china, a pesar de todo, un encendido resentimiento y una enorme animadversión, y vinieron a anunciar el intento japonés de dominación de China que se produciría unos veinte años más tarde.

En 1917 Japón formalizó un acuerdo con Estados Unidos que reconocía la política de «Puertas Abiertas» (establecida en 1899 para permitir el mismo acceso a los puertos comerciales de China a todos los países) a cambio del reconocimiento por parte de los norteamericanos de su «especial interés» en China. El acuerdo estaba cargado de ambigüedad, pero los japoneses lo interpretaron como una muestra de conformidad de Estados Unidos con la posición de Japón en el sur de Manchuria. Cuando la guerra terminó, Japón había ampliado su influencia en la región —rica en recursos minerales— y resurgió fortalecida. Entre tanto, cualquier asomo de control estatal centralizado en una China debilitada se había desmoronado. El país estaba asolado por el desorden político.

Sin embargo, una combinación de presión internacional y oposición interna a la dominación japonesa de Corea y a los abusos cometidos en China alentaron a Japón a adoptar una actitud más conciliatoria en los años veinte. El marco del escenario internacional de entreguerras en la región del Pacífico fue establecido en 1921 – 1922 en la Conferencia de Washington. Un tratado entre nueve potencias —firmado, aparte de Japón y China, por Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica, Países Bajos, Portugal y Estados Unidos— ratificó la independencia e integridad de China[275] Se

esperaba que, gracias a la cooperación internacional, China pudiera evolucionar hacia una estabilidad que redujera la tensión en la región y resultara económicamente ventajosa para las potencias occidentales. El «Sistema de Washington», como fue apodado, estuvo vigente en términos generales durante los años veinte. Japón siguió manteniendo una actitud moderada. En 1928, los nacionalistas chinos, liderados por Chiang Kaichek, lograron establecer un Gobierno central en Nanjing y, con ayuda del capital extranjero (fundamentalmente estadounidense), empezaron a construir redes de transporte y comunicaciones. China, pese a sus continuos padecimientos, iba camino de incorporarse al orden económico internacional basado en la política de «Puertas Abiertas» que tanto interés tenían las potencias occidentales, y sobre todo Estados Unidos, en preservar.

En el interior de Japón, no obstante, las voces de quienes veían en el «Sistema de Washington» una amenaza para el futuro del país se hacían oír cada vez con más fuerza y estaban consiguiendo un respaldo popular cada vez mayor. El creciente descontento social, una vez que la crisis económica mundial provocada por la caída de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929 comenzó a hacerse notar, proporcionó el telón de fondo del sentimiento antioccidental. La idea de la autarquía, consistente en potenciar al máximo la autosuficiencia económica para reducir la dependencia con respecto al capitalismo occidental, empezó a prosperar.^[276] Al mismo tiempo, los boicots a los productos japoneses en China, instigados por el régimen nacionalista de Chiang Kaichek, y la vulneración de los derechos económicos adquiridos por Japón en Manchuria en 1905 exacerbaron la animadversión hacia los chinos dentro del país nipón. Aquella oleada de indignación acabó estallándole en la cara al Gobierno japonés. Las voces radicales que exigían un Gobierno más fuerte y una política exterior más enérgica iban sumando adeptos. Asimismo, dentro del Ejército la insatisfacción por la que se consideraba una actitud dócil en los asuntos exteriores, perjudicial para los intereses japoneses, se había agudizado. El malestar y la agitación eran más evidentes entre los oficiales de medio rango, más jóvenes, que eran cada vez más difíciles de controlar para el Estado Mayor del Ejército en Tokio.

Algunos de los más radicales partidarios del cambio, que aspiraban a acabar con las restricciones impuestas a la política exterior japonesa como resultado de su dependencia con respecto a las potencias occidentales y de sus principios liberal-capitalistas, se encontraban entre los oficiales del Ejército Guandong, que desde su creación en 1906 había defendido las posesiones japonesas en Manchuria. El 18 de septiembre de 1931, en medio de una tensión creciente, algunos de esos oficiales urdieron un ataque a manos de las tropas japonesas que se hallaban realizando maniobras nocturnas contra las fuerzas locales chinas en Mukden, al sur de Manchuria.^[277] Aunque el ataque no había sido ordenado por el Gobierno japonés, fue inmediatamente autorizado con efecto retroactivo en Tokio, un primer indicio no sólo del escaso control que el Gobierno civil podía ejercer sobre los militares, sino también de su disposición a respaldar iniciativas arbitrarias y peligrosas y a suscribir con ello una dinámica puesta en marcha a base de acciones autónomas llevadas a cabo por el Ejército.

Lo que inicialmente pareció un incidente menor acabó convirtiéndose en un hecho decisivo. Aquel acontecimiento puso fin a la cooperación de posguerra en Extremo Oriente incluida en el «Sistema de Washington», inauguró una fase de aislamiento internacional de Japón y exacerbó todavía más el sentimiento antichino y antioccidental en el interior del país. Los llamamientos de China a la ayuda internacional contra Japón cayeron en saco roto. Sumidas en plena Gran Depresión

las potencias occidentales miraban por sus propios intereses. La Sociedad de Naciones suspendió su primer gran examen, al no dictar sanción alguna contra Japón. Aquella fue una primera manifestación de una debilidad que pronto quedaría plenamente al descubierto tanto en Asia como en Europa. También Estados Unidos, que no era miembro de la Sociedad, evitó denunciar a Japón. Con el ánimo crecido, el Ejército Guandong amplió su agresión, respaldado retroactivamente, al igual que antes, por el Gobierno de Tokio y la opinión pública de Japón. El bombardeo de Chinchow, al suroeste de Manchuria, en la frontera con China propiamente dicha, el 8 de octubre de 1931 provocó la reacción del Consejo de la Sociedad de Naciones, cuya actuación se limitó, no obstante, a la creación una comisión encabezada por el par británico lord Lytton para examinar las causas del conflicto y efectuar recomendaciones para su resolución. Cuando la Comisión Lytton presentó su informe en septiembre de 1932, en el que condenaba la acción japonesa pero exhortaba también a China a reconocer los intereses japoneses en la región, en Manchuria había sido instaurado ya un Gobierno títere. El recién bautizado Estado de Manchukuo sólo era independiente nominalmente. En realidad se hallaba enteramente bajo control japonés.

En medio de la condena pública y la negativa a aceptar el estatus de Manchukuo generalizadas en el seno de la comunidad internacional, Japón abandonó la Sociedad de Naciones en marzo de 1933, sellando así definitivamente su aislamiento. En el interior del país, la agresión contra Manchuria y el establecimiento de Manchukuo habían sido acogidos con enorme júbilo, tanto por la población en general como por las élites. El aislamiento internacional de Japón alimentó el resentimiento y la rebeldía. La propaganda no tuvo problemas para convencer al grueso de la población de lo legítimo de la causa japonesa y lo injusto de las actitudes occidentales (si bien, irónicamente, los japoneses tomaban en buena medida como modelo para sus reivindicaciones expansionistas el Imperio británico que tanto detestaban). En el terreno político, el país se fue inclinando a la derecha. Las ideologías que insistían en la «renovación nacional», la solidaridad, la devoción al emperador (retratado como un «dios viviente») y la cultura y la mitología japonesas tradicionales fueron ganando terreno. En mayo de 1932 se había puesto fin al Gobierno parlamentario y se había constituido un Gabinete de unidad nacional compuesto en su mayor parte por líderes militares y burócratas. El Ejército (pese a la existencia en su seno de significativas divisiones) estaba forzando la marcha cada vez más, en tanto que los representantes civiles del Gobierno, cuyo poder efectivo se hallaba muy reducido, solían responder a la presión con actitud dócil.

El Ejército Guandong permaneció al frente de la campaña de radicalización.[\[278\]](#) Los combates con las tropas chinas prosiguieron. En mayo de 1933, las fronteras de Manchukuo se habían ampliado hasta la Gran Muralla, a menos de setenta kilómetros de Pekín. Dos años más tarde, el Gobierno nacional de Chiang Kaichek se vio forzado a retirar sus tropas de las zonas fronterizas al sur de la Gran Muralla, incluido el propio Pekín, donde se instauraron Gobiernos títere bajo caudillos chinos para controlar la región. En aquella época, la actuación japonesa se centraba en la consolidación de los éxitos en Manchukuo y la estabilización de las relaciones con el Gobierno nacionalista de Chiang Kaichek en su capital de Nanjing. Sin embargo, las posibilidades de un nuevo conflicto seguían latentes.

A mediados de 1936 el Gobierno japonés estaba ya preparado para establecer los «Principios Fundamentales de Actuación Nacional» sobre bases revisadas.[\[279\]](#) La definición carecía todavía de precisión, e intentaba incorporar, sin resolver sus posibles tensiones y contradicciones, las aspiraciones enfrentadas del Ejército de Tierra y la Armada. La premisa subyacente era la necesidad

de socavar la «política de agresión» llevada a cabo por las grandes potencias en el este asiático, para lo cual era necesario asegurar el poder de Japón en la región del Asia oriental, reforzar las defensas y el poderío económico en Manchukuo para eliminar «la amenaza de la Unión Soviética» y emprender la expansión por los Mares del Sur. Era la primera vez que la expansión hacia el sur se mencionaba expresamente como pauta de actuación. Aunque no era todavía más que una vaga declaración de intenciones, el programa reflejaba la creciente discordancia existente en el seno de la Armada, que había conservado su elevado estatus desde la guerra con Rusia en los primeros años del siglo y había insistido con éxito en diciembre de 1934 en la derogación del tratado de limitación de armamentos navales firmado con Gran Bretaña y Estados Unidos en 1922 y renovado en 1930. El objetivo de la política exterior, tal y como fue diseñada en verano de 1936, se había de alcanzar por medios pacíficos, si bien las Fuerzas Armadas debían reforzarse en Manchukuo y Corea hasta que tuvieran capacidad para «asestar el golpe inicial a las fuerzas soviéticas en Extremo Oriente cuando se produzca el estallido de las hostilidades». El rearme naval permitiría asegurar la «dominación del Pacífico occidental frente a la Armada de Estados Unidos». Se reiteraba en la necesidad de mantener buenas relaciones con Gran Bretaña, siempre que ésta reconociera el interés vital de Japón en China y evitase unirse a Estados Unidos, la Unión Soviética y China en su empeño por presionar a Japón. Al mismo tiempo, y fundamentalmente debido a su postura anticomunista, había que fortalecer las buenas relaciones con Alemania.

Pese a las pacíficas intenciones manifestadas, en la política japonesa se hallaba implícita la posibilidad de un futuro enfrentamiento con Gran Bretaña y Estados Unidos. El Ejército, entre tanto seguía apostando por la necesidad de prepararse para una guerra contra la Unión Soviética para deshacerse de la amenaza procedente del norte. Por entonces Japón ya había vuelto la espalda completamente a las restricciones del «Sistema de Washington» de 1922. A modo de anuncio de dicha postura, e indicando claramente su deseo de mantener buenas relaciones con Alemania, el país que había roto el orden de posguerra en Europa, Japón se adhirió al Pacto Antikomintern en noviembre de 1936, en el que se acordó que ninguno de los dos países facilitaría asistencia a la Unión Soviética si el otro entraba en guerra con ella.

En 1937 la necesidad de un frente común contra Japón, reflejo de un mayor sentimiento antijaponés, logró salvar temporalmente las crudas divisiones existentes entre nacionalistas y comunistas en China. En el interior de Japón, el Ejército rehuía la perspectiva de una guerra con China, en tanto que el Gobierno civil retomaba, durante un breve espacio de tiempo, la idea de resolver sus problemas económicos no mediante una mayor expansión territorial, sino mediante una política de promoción de la industrialización, el comercio exterior y la cooperación internacional. Pero aquellas opiniones no lograron imponerse. Eran contrarias a la convicción, por aquel entonces profundamente arraigada, y no sólo en el Ejército, de que el futuro de Japón dependía de una autarquía económica garantizada por la fuerza de las armas. El grado de injerencia del Ejército, o de algunos sectores del mismo, en la gestión del Gobierno había aumentado desde el «incidente de Mukden». Un intento de golpe de Estado llevado a cabo por integrantes del Ejército, en el que varios ministros del Gobierno fueron asesinados, había fracasado en febrero de 1936 y se había saldado con serios castigos para los participantes,[280] pero trajo como consecuencia una mayor inestabilidad gubernamental. Sin embargo, la autoridad del Ejército en cuestiones internas salió todavía más fortalecida.[281] La política hacia China estaba en el origen de su creciente influencia. En enero de 1937, la presión de los militares obligó al Gobierno a dimitir. El Gabinete que lo sustituyó sólo duró

unos meses antes de dejar paso a la formación en junio de un nuevo Gobierno, ahora encabezado por un primer ministro, el príncipe Fumimaro Konoe, que tenía buenas relaciones con los militares y defendía una política en el continente asiático que exigía el control de la tierra y los recursos naturales, lo que se consideraba justificado en el caso de una nación desposeída que luchaba por la supervivencia.[282] Ese era el clima en medio del cual un incidente imprevisto y de importancia menor —pues no pasó de ser una mera escaramuza— ocurrido la noche del 7 de julio de 1937 cerca del puente de Marco Polo, al sur de Pekín, cuando unos soldados chinos dispararon contra tropas japonesas, señaló el inicio de la que pronto se convertiría en una guerra a gran escala entre Japón y China.[283]

Algunas grandes figuras del Estado Mayor del Ejército trataron de contener los efectos del incidente. Su preocupación era que una escalada que llevara a una prolongada intervención japonesa en China dificultaría el rearme necesario para hacer frente a la Unión Soviética.

En suma, parecía que el incidente se podría ir apagando sin que el peligro se extendiera. Sin embargo, en las circunstancias reinantes, la tregua acordada a escala local el 11 de julio tenía pocas posibilidades de éxito. Tanto en China como en Japón, los Gobiernos se hallaban bajo la presión de tener que actuar desde un sentimiento nacionalista que ellos mismos habían despertado y manipulado. Chiang Kaichek vio en la agresión japonesa una oportunidad que podía explotar para ampliar el apoyo occidental a su causa. Por su parte, importantes facciones del Ejército japonés describieron el incidente como una ocasión para derrotar y someter a China mediante una acción rápida y enérgica. El ministro del Ejército, Gen Sugiyama, y el jefe del Estado Mayor Imperial, e príncipe Kanin Kotohito, dijeron al emperador que la guerra con China podría concluirse con éxito en el transcurso de dos o tres meses.[284] Esta fue la opinión que acabó imponiéndose.

El Gobierno civil respaldó la decisión de ampliar el conflicto. Hacia finales de julio se enviaron a China enormes refuerzos de tropas. Al cabo de dos días Pekín y Tientsin, al norte del país, habían sido ocupados. Una espantosa matanza cometida en Tungchow, donde las tropas chinas asesinaron salvajemente a más de doscientos civiles japoneses y coreanos, muchos de ellos mujeres y niños, los días 29 y 30 de julio, desató como era de esperar una furia inmensa en Japón. El hermano del emperador, el príncipe Takamatsu, describiendo el clima reinante en el Ejército, anotó en su diario: «Realmente vamos a aplastar a China para que pasen diez años antes de que puedan volver a ponerse en pie».[285]

A mediados de agosto la lucha se había extendido hasta Shanghai, donde tropas, aviones y barcos japoneses fueron bombardeados por la Fuerza Aérea china. Los japoneses enviaron grandes refuerzos a la zona. El ministro japonés del Ejército habló entonces de «guerra total». El Gobierno empezó a referirse al conflicto con China como «guerra santa».[286] Y Konoe, el primer ministro, aludió a la «movilización espiritual» de la nación.[287]

A principios de noviembre, cuando sus desmoralizadas tropas empezaban a retirarse de Shanghai en dirección a Nanjing, capital nacionalista, cerca de un cuarto de millón de civiles chinos (muchos de ellos mujeres y niños) habían sido asesinados en la ciudad.[288] El número de japoneses muertos y heridos ascendía a unos cuatrocientos mil. Las tropas japonesas persiguieron al Ejército y a los refugiados civiles chinos que huían hacia Nanjing. Cuando la ciudad cayó, el 13 de diciembre, dando paso a una grandísima celebración en las calles de Tokio, los soldados japoneses lo arrasaron todo. Al menos doscientos mil civiles y prisioneros de guerra chinos fueron asesinados en el transcurso de seis semanas. Los observadores internacionales estimaron que se producían alrededor de mil

violaciones al día de mujeres y niñas de todas las edades.[289]

Las noticias de la orgía de muertes y violaciones conmocionaron al mundo. Cuando el horror de Nanjing estaba empezando, el comportamiento japonés ya provocaba repulsión debido al bombardeo contra los refugiados chinos y también, más adelante, después de que unos pilotos de gatillo fácil lanzasen bombas sobre una lancha cañonera americana, la Panay, fondeada en el río Yangtsé, al norte de Nanjing, con diplomáticos y periodistas a bordo. Los soldados japoneses descargaron incluso sobre el último bote salvavidas que se dirigía a la costa desde la embarcación en llamas. El Gobierno de Tokio pidió inmediatamente disculpas por aquel gravísimo error y accedió a pagar sustanciosas reparaciones. Pero el daño ocasionado iba a perdurar. La opinión pública en Occidente, y muy especialmente en Estados Unidos, se volvió profundamente antijaponesa. Como era de esperar, la simpatía por China creció en respuesta a lo sucedido. Siempre había existido un componente idealista en la explotación comercial americana de los mercados chinos en virtud de la política de «Puertas Abiertas», y las atrocidades japonesas vinieron a agudizar la sensación generalizada en Estados Unidos de que el apoyo a China era una cuestión moral.[290]

Sin embargo, en ese momento aquella postura no se tradujo más que en gestos simbólicos. La condena moral de Japón fue de la mano con la inacción política.[291] El presidente Roosevelt sumó a Estados Unidos a la denuncia que realizó la Sociedad de Naciones de la agresión japonesa pero vetó las propuestas de sanción económica contra Japón. No obstante, sí que dio algunos primeros pasos para coordinar el intercambio de información entre los servicios de inteligencia de las Armadas estadounidense y británica en el Pacífico, señal de que la amenaza japonesa se percibía ya como seria.

Con su rápido intento de reparar el daño ocasionado por el incidente del Panay, el Gobierno japonés había demostrado su preocupación por evitar por aquel entonces la confrontación con Estados Unidos. Pero esa actitud no lo llevó a suavizar su política en China. Las condiciones ofrecidas a Chiang Kaichek tras la caída de Nanjing fueron extremadamente duras,[292] y éste no podía aceptarlas de ninguna manera. La actitud japonesa se endureció entonces todavía más. Las relaciones diplomáticas con el Gobierno nacionalista chino quedaron rotas en enero de 1938, y el primer ministro japonés, el príncipe Konoe, anunció en tono glacial su intención de «erradicar» el régimen de Chiang.[293]

Durante los meses siguientes, el Ejército japonés amplió enormemente su autoridad en China, y por medios sumamente despiadados. Grandes áreas del país se hallaban bajo control japonés. Sin embargo, a finales de 1938, con seiscientos mil soldados instalados en China, los recursos japoneses no daban más de sí. El número de víctimas iba en aumento. Más de sesenta y dos mil soldados japoneses habían muerto desde el inicio del conflicto.[294] Y Chiang, que había trasladado su capital a Chongqing, al oeste de China, estaba sometido, pero en absoluto derrotado. La crueldad del Ejército ocupante hizo que, en lugar de disminuir, la resistencia nacionalista se fortaleciera, en parte gracias a la ayuda material procedente de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética. Para Japón, la guerra había tocado fondo, y ahora la situación estaba en tablas.

En noviembre de 1938 el Gobierno japonés había reformulado sus propósitos bélicos. El objetivo fundamental quedó definido como la creación de «un nuevo orden para garantizar la estabilidad en Asia oriental».[295] La inflexible postura adoptada en el mes de enero anterior se modificó parcialmente. Ahora se contemplaba la posibilidad de cooperar con los nacionalistas chinos, aunque el precio era el reconocimiento de Manchukuo, el cese de las actividades

antijaponesas, la colaboración en la defensa frente al comunismo (lo que significaba, en la práctica, la aceptación de las tropas japonesas en el interior de China) y el reconocimiento de la explotación económica japonesa del norte de China y de Mongolia Interior. Era una iniciativa destinada a dividir al bando nacionalista ganándose al rival de Chiang Kaichek, Wang Jingwei, para la causa japonesa. Wang, que rompió con Chiang Kaichek en diciembre de 1938, estaba dispuesto a colaborar defendiendo la paz con Japón a condición de que se adoptara una enérgica y unánime política anticomunista. Finalmente Wang fue colocado en marzo de 1940 como jefe de un Gobierno colaboracionista con Japón con base en Nanjing. Sin embargo, como era de esperar, Chiang se mantuvo firme. La inmensa mayoría de los nacionalistas chinos siguieron apoyándolo. Incapaz de lograr una victoria completa, e igualmente incapaz de salir del conflicto, Japón se encontraba empantanado en medio de un cenagal que él mismo había creado.

Entre tanto las relaciones con Estados Unidos se habían deteriorado todavía más. En noviembre de 1938, y en respuesta a una protesta por la vulneración de ciertos derechos estadounidenses asociados a la política de «Puertas Abiertas» en China, el Gobierno de Tokio expresó su rechazo de los principios del «Sistema de Washington».[296] Poco después, un préstamo— el primero de una larga serie— de veinticinco millones de dólares concedido por Estados Unidos puso de manifiesto la determinación de este último de contribuir al mantenimiento del régimen de Chiang Kaichek. El 26 de julio de 1939, después de numerosas protestas contra las acciones japonesas en China, Estados Unidos anunció la derogación de un tratado comercial con Japón de importancia vital que databa de 1911 y expiraba en 1940. Dado que casi un tercio de las importaciones japonesas procedían de Estados Unidos, el asunto era serio.[297] Aquel anuncio venía a advertir de que en caso de nuevas agresiones se respondería con sanciones económicas. Japón dependía muy especialmente de la importación de chatarra y petróleo desde Estados Unidos. Si se paralizaba, la campaña bélica japonesa no podría resistir más de seis meses.[298]

Las acciones japonesas estaban contribuyendo igualmente al deterioro de las relaciones con las potencias europeas. La ocupación de bases estratégicas en el Mar de la China Meridional —la isla de Hainan, cerca de la costa sur de China, en febrero de 1939, y un mes más tarde, las islas Spratly, un remoto archipiélago deshabitado situado varios cientos de kilómetros más al sur— pusieron al descubierto la intención de Japón de extender su influencia hacia el sur. Esas islas eran nominalmente posesiones chinas, pero el movimiento japonés preocupaba obviamente a Gran Bretaña, Francia y Países Bajos, que tenían intereses coloniales en la región.[299] El régimen colonial holandés en las Indias Orientales respondió disminuyendo las importaciones procedentes de Japón. La hostilidad de Gran Bretaña y Francia creció todavía más debido al bloqueo de su concesión en Tientsin en jímio. Poco después, las fuerzas japonesas se vieron envueltas en graves enfrentamientos con las tropas soviéticas cuyo origen se hallaba en una serie de escaramuzas producidas cerca de Nomonhan, al noroeste de Manchukuo, en la frontera con Mongolia Exterior. El resultado fue un notable revés militar y una advertencia a Japón para que no subestimara al Ejército Rojo. Cuando cesaron los combates, con una tregua formalizada a mediados de septiembre, el Ejército Guandong había perdido a unos diecisiete mil hombres.

Un posible camino para salir de la situación de creciente aislamiento internacional habría sido constituir una alianza con Alemania. Influido por Ribbentrop, el régimen de Hitler había revocado a principios de 1938 su anterior respaldo a China y manifestado su apoyo a Japón.[300] La suposición de que Japón ganaría la guerra en China y su ferviente oposición a la Unión Soviética fueror

importantes factores determinantes de aquel cambio de política. El reconocimiento de Manchukuo, que se produjo en mayo, constituyó un indicador palpable de la nueva posición de Alemania. Sin embargo, reacio como era a despertar la enemistad de las democracias occidentales asociándose con la Alemania nazi, el Gobierno japonés evitó toda tentativa de convertir el Pacto Antikomintern en una alianza plena. Dado que, en la práctica, Japón no hizo nada por reducir el antagonismo con el oeste aunque evitó asentar lazos más estrechos con Alemania, el país siguió sufriendo el aislamiento diplomático. Y hacia finales de agosto de 1939 la situación empeoró drásticamente con el anuncio del asombroso Pacto Germano-Soviético. En un instante, Japón vio al que podría llegar a ser su único amigo con poder en Europa aliado con su archienemigo en el norte. El marqués Kido Koichi, destacado cortesano y pronto el más estrecho consejero del emperador en su calidad de chanciller, anotó en su diario que estaba «estupefacto ante un acto tan extremadamente traicionero».[301] En medio de la perplejidad por las «inexplicables nuevas condiciones» reinantes en Europa, el Gobierno japonés dimitió en bloque.[302] Unos días más tarde, Europa estaba en guerra.

La guerra europea afectó inevitablemente a Japón, pese a su neutralidad. Había quienes, desde el Ejército y desde el Gobierno civil, defendían una inversión de la política previa mediante la búsqueda de un acuerdo pragmático con la Unión Soviética, como había hecho Alemania. Suponían que la llegada de un nuevo orden mundial que acabaría con la antigua hegemonía ejercida por las democracias europeas y Estados Unidos era inminente. Las grandes potencias de Europa serían probablemente Alemania, Italia y la Unión Soviética. A Japón le convenía, aseguraban, aliarse tanto con Alemania como con la Unión Soviética. Por lo que respecta a la guerra con China, señalaban que una alianza con la Unión Soviética podría acabar con los suministros que su enemigo recibía de los rusos.[303]

Los defensores de una nueva política con respecto a la Unión Soviética eran sin embargo minoría. La opinión dominante en el Gobierno se inclinaba por intentar mejorar las relaciones con Estados Unidos, consciente de que la guerra europea podría unir más a estadounidenses y británicos. No obstante, dado que Japón no estaba dispuesto a hacer concesiones importantes en sus reivindicaciones sobre China, aquella opción no tenía muchas probabilidades de éxito. De hecho, la política estadounidense hacia Japón se estaba endureciendo. El aumento de la ayuda a China se veía como una forma de debilitar a Japón y reducir la posible amenaza en el Pacífico.

China seguía siendo, por tanto, el eje central. Mientras la guerra con China continuase, los recursos materiales y humanos japoneses seguirían estando al máximo de su capacidad. El deterioro de las relaciones con Estados Unidos ponía en serio peligro la llegada de petróleo y chatarra, necesarios para continuar la guerra, pero mientras Japón persistiese en su política de conquistas territoriales y dominación no se pondría fin a la guerra, y por tanto no mejorarían las relaciones con Estados Unidos ni disminuiría la amenaza constante sobre las materias primas. Con Estados Unidos respaldando plenamente a Chiang Kaichek y el Gobierno japonés apoyando al régimen títere de Wang Jingwei, el punto muerto llevaba camino de perpetuarse. Esa era la situación cuando la conquista de Dinamarca y Noruega a manos de Hitler en abril y la posterior invasión de Holanda y Bélgica en mayo, con la culminación de la extraordinaria victoria sobre Francia en junio, transformaron el escenario europeo. Con Gran Bretaña como única gran potencia beligerante que todavía seguía resistiendo a Hitler —y, aparentemente, por poco tiempo— el Gobierno japonés descubrió nuevas oportunidades para resolver sus problemas.

Japón en 1940 no era ni una democracia ni una dictadura. Tal vez autoritarismo de facciones —pese al contrasentido que podría parecer en principio— podría servir como etiqueta abstracta. Sin embargo, esta fórmula no logra transmitir la complejidad y el enrevesado carácter del sistema de gestión tal y como fue evolucionando desde el inicio del gobierno constitucional en 1889 y transformándose en los años veinte y treinta bajo el impacto de la política de masas, el desorden interno, las presiones diplomáticas y la guerra. La idea popular de un sistema monolítico de gobierno bajo el mando del emperador es una imagen totalmente distorsionada de la realidad.[304]

El sistema de gobierno que había nacido a finales del siglo xix, durante el rápido proceso de modernización de Japón, conservaba rasgos profundamente oligárquicos y burocráticos. La constitución de 1889 miraba hacia Europa (y en particular a Alemania) como modelo, y establecía un Parlamento que incluía una Cámara de Representantes electa con trescientos escaños y una Cámara de Pares integrada por quinientos oficiales de la Corte, el Gobierno y el Ejército con título nobiliario. Al mismo tiempo, el emperador gozaba —al menos en teoría— de plena autoridad personal. Al igual que en Alemania, los ministros del Gobierno eran nombrados por el emperador y eran responsables ante él, no ante el Parlamento. Muchas veces no procedían de los partidos políticos. Un aspecto de enorme relevancia era que el Estado Mayor del Ejército disfrutaba de un «derecho al mando supremo» independiente y sólo era directamente responsable ante el emperador. El Parlamento, elegido al principio por sólo un uno por ciento de la población aproximadamente, podía aprobar leyes y aceptar o vetar el presupuesto del Estado, pero disponía de muy poco margen para controlar las atribuciones ejecutivas del Gobierno y el Ejército. Las viejas familias oligárquicas, dueñas de gran parte de la tierra y la riqueza del país, seguían gozando de una gran influencia.[305]

A pesar de todo, una vez consolidadas, la política de masas y la representación constitucional se volvieron imparables. Al igual que en Europa, fueron ganando en importancia, especialmente después de la Primera Guerra Mundial. Los partidos políticos, el más conservador Seiyukai y el más liberal Minseitō, representaban a la gran mayoría de los votantes: todos los varones mayores de veinticinco años, después de una reforma del sufragio llevada a cabo en 1925. Pero las ideologías comunista, socialista y fascista, importadas desde Europa en versión japonesa, también encontraron adeptos cuando la crisis económica, el descontento social y la violencia política (con los asesinatos de los dos primeros ministros y de otras figuras prominentes del Gobierno y el sector empresarial, además de varios destacados intelectuales, a comienzos de los años treinta) azotaron al Japón de entreguerras.[306] Como reflejo del desorden interno, los Gobiernos eran inestables y de corta duración, con quince cambios de primer ministro entre noviembre de 1921 y junio de 1937.[307]

El impacto del «Incidente de Manchuria» después de 1931 y la rápida recuperación tras la Gran Depresión, gracias principalmente al enorme esfuerzo estatal de estimulación de las industrias siderúrgica, química y de construcción y a una enorme ampliación del presupuesto del Ejército (al que se destinaban tres cuartas partes del gasto gubernamental en 1937 [308]), vinieron a limitar el papel de los partidos parlamentarios y la política plural. Ahora la mayor parte de los miembros del Gabinete no representaban generalmente a ningún partido político.[309] Y sobre todo, aumentó de manera formidable la influencia del Ejército. Cuando empezó la guerra en China se hizo necesaria

una mejor coordinación de las contribuciones civiles y militares a la toma de decisiones. Para alcanzar dicho objetivo, a finales de 1937 se instituyeron dos tipos de reuniones, las Conferencias de Enlace y las Conferencias Imperiales.

Las Conferencias de Enlace se celebraban cada pocos días y en asuntos de política exterior sustituían en la práctica al Gabinete, que ahora se dedicaba fundamentalmente a cuestiones internas. Los miembros centrales del Gobierno— primer ministro, ministro de Exteriores, ministro de Guerra y ministro de la Armada, y ocasionalmente otros ministros cuya pericia era requerida expresamente — se sumaban a los jefes del Estado Mayor del Ejército de Tierra y de la Armada y a sus adjuntos en el Mando Supremo. Los encuentros tenían lugar en una pequeña sala de reuniones. Los participantes se sentaban en sillones haciendo un círculo en torno al primer ministro, pero nadie presidía la reunión en tanto que moderador, y la discusión tendía a menudo a ser imprecisa, rasgo característico de un empleo típicamente japonés del lenguaje indirecto en un largo proceso de avance lento hacia una decisión en la que se concedía una especial importancia a la unanimidad.^[310] Durante un tiempo, las Conferencias fueron suspendidas y sustituidas por encuentros entre cuatro o cinco ministros en los que participaban sólo algunos miembros destacados del Gobierno. Pero al cabo del tiempo volvió a aparecer el problema de la falta de coordinación. La ausencia de los jefes del Estado Mayor resultó ser un obstáculo, y las Conferencias de Enlace fueron restablecidas en 1940.

Las decisiones importantes tomadas por una Conferencia de Enlace tenían que ser ratificadas por una Conferencia Imperial. A ésta acudía el mismo personal, al que ahora se sumaba no obstante el presidente del Consejo Privado, y la reunión tenía lugar en presencia del emperador. Los documentos que recogían las decisiones de la Conferencia de Enlace se presentaban ante la Conferencia Imperial. Habían sido preparados por los oficiales del Estado Mayor y distribuidos a continuación entre los distintos ministros para proceder a su revisión y corrección antes de su aprobación por las figuras destacadas de las Conferencias de Enlace. Ahora, ante el emperador, el primer ministro y todos los demás miembros del Gabinete, y después los jefes del Estado Mayor, leían las declaraciones ya elaboradas. El emperador no solía decir ni una sola palabra, aunque el presidente del Consejo Privado planteaba preguntas en su nombre. La Conferencia Imperial, pese a ser sumamente ceremonial en el procedimiento, tenía su importancia. Una vez que el emperador se sentía en disposición de sancionar la actuación propuesta, y conferirle así legitimación, la decisión se consideraba vinculante para todos los presentes, lo que la hacía muy difícil de modificar.^[311]

Las decisiones, especialmente las relativas a la política exterior y la guerra, no llevaban por tanto la inconfundible impronta de la voluntad individual, como en las dictaduras alemana, italiana y soviética, pero, por otro lado, el organismo central del Gobierno civil, el Gabinete, tampoco podía tomar decisiones, tal y como sucedía en las democracias parlamentarias. Como hemos señalado, el Gabinete, nombrado por el emperador y no dependiente del Parlamento, no podía tomar decisiones importantes sin acomodarse a los deseos de los altos mandos militares (y, de modo creciente, sin plegarse ante ellos). Y éstos, responsables únicamente ante el emperador, gozaban de una amplia autonomía de acción. La inclusión en el Gabinete de oficiales de alto rango como ministros de Guerra y de la Marina no hizo disminuir esa independencia. De hecho, éstos tenían derecho a informar directamente al emperador si querían pasar por encima del primer ministro. En cualquier caso, sus responsabilidades abarcaban principalmente aspectos administrativos y de gestión de personal de las Fuerzas Armadas. Las áreas cruciales, la planificación estratégica y de operaciones, eran prerrogativa del Mando Supremo, es decir, de los jefes del Estado Mayor del Ejército de Tierra

y de la Armada, cuya autoridad provenía exclusivamente del emperador.[312]

En la práctica, los militares raras veces expresaban una opinión unánime. Sus deseos y peticiones reflejaban casi siempre los intereses a menudo diferentes y enfrentados de las distintas facciones dentro del Ejército y la Armada. Así pues, las decisiones sobre asuntos de peso en materia de política exterior surgían en última instancia de una «negociación de grupo», resultado de «generar coaliciones en apoyo de las opciones preferidas». Un intenso ejercicio de discusión, debate y negociación, en el que la «mano» de los portavoces militares era la más visible de todas, precedía a la toma de la decisión mediante un proceso, por así decirlo, de ósmosis.[313] No obstante, lo cierto es que se otorgaba una gran importancia al «consenso» final en torno a una decisión que la aprobación del emperador volvía a continuación plenamente sacrosanta.

Pese a las diferencias entre facciones, los distintos criterios de ponderación, los desacuerdos políticos y las estrategias alternativas, en 1940 había acabado imponiéndose un amplio grado de consenso dentro de las élites de poder japonesas. Durante los años treinta, a raíz de las divisiones y la desunión internas de la década anterior y con el «Incidente de Manchuria» y después la guerra de China como telón de fondo, se había forjado un nuevo nacionalismo que presentaba algo más que un leve parecido con los fascismos europeos contemporáneos. Su fuente «espiritual» era el emperador, encarnación de la nación, y su vehículo, el militarismo.

Desde el acceso al trono imperial del emperador Hirohito, de 25 años de edad, en 1926, y especialmente después de las soberbias y espectaculares celebraciones de su ritual de entronización y «deificación» dos años después, el culto al emperador se convirtió en piedra angular de la nueva doctrina. El de Hirohito fue llamado el reinado del emperador «Showa», que simbolizaba — irónicamente, a la vista de lo que habría de suceder después— la «insigne paz» de la nueva era. El reinado de su padre, el emperador Yoshihito, entre 1912 y 1926 (durante el cual Hirohito había ejercido de regente desde 1920), se había asociado con la occidentalización y la democratización. El sentimiento de decadencia nacional había ganado terreno a causa de las crisis internas que acosaban a Japón. La democracia y los partidos políticos, al igual que en la Alemania de Weimar, eran vistos cada vez por más gente como indicios de una nación débil y dividida. La adhesión al «Sistema de Washington» en materia de política internacional, cuyos principales beneficiarios parecían ser las potencias imperialistas occidentales, no hacía sino confirmar esa debilidad. Y en el centro, la fragilidad estaba personificada por la delicada y enfermiza figura del emperador «Taisho» (Yoshihito). El reinado de Hirohito fue descrito como la inauguración de una nueva era que recuperaría y tomaría como modelo la heroica época de su abuelo, el emperador Meiji, que entre 1867 y 1912 había sido responsable de la creación del Japón moderno, los grandes triunfos sobre China y Rusia y el inicio de la hegemonía exterior japonesa en Asia oriental.

La esencia de la nueva doctrina nacionalista era la llamada «vía imperial» (kodo), que proponía el retorno de Japón a los «valores verdaderos» de la larga (y legendaria) historia de la nación, superando el sometimiento a la influencia occidental y cumpliendo con su destino y su misión, como pueblo y cultura superior, de dominar Asia oriental.[314] Dicha fórmula ofrecía una justificación para la pura conquista imperialista, cuyo objetivo subyacente, una vez desprovisto de su dogma, era la elevación de Japón a la categoría de gran potencia con un poder perdurable basado en asegurarse las materias primas en Manchuria y el norte de China, y a continuación en todo el sureste asiático. La manipulación de la opinión pública mediante una feroz propaganda, unida a la implacable represión de la oposición declarada, permitieron transmitir a la población las doctrinas de las élites. No fue

difícil agitar el fervor nacionalista e imperialista durante las crisis de Manchuria primero y de China después. El chovinismo así confeccionado pasó a ejercer entonces su propia presión sobre las acciones de las élites. Y lo que es tal vez más importante, los valores del nuevo nacionalismo fueron calando en sentido descendente entre los oficiales, y desde allí a la tropa, tanto en el Ejército como en la Armada. En la mayor parte de los casos, en los niveles inferiores al Alto Mando se estaba gestando el fermento de un manifiesto militarismo altamente agresivo y peligroso al amparo ideológico de la «vía imperial». Así pues, en 1940 las ideas nacionalistas-imperialistas habían evolucionado hacia una ideología de la supremacía y la expansión que, tanto en el nivel de las élites como en el de las clases populares, entre la población civil y, muy notablemente, en los rangos medios del Ejército, se había vuelto hegemónica. Es decir, que a pesar de las diferencias operativas y tácticas existentes, no había ninguna otra ideología que planteara una seria competencia.

Había, por supuesto, quienes se oponían a las nuevas tendencias ideológicas y políticas. El que fuera durante mucho tiempo consejero de confianza del emperador, Kinmochi Saionji, un culto liberal-conservador a la antigua usanza que había vivido diez años en París, donde había estudiado derecho en la Sorbona, era uno de los que aconsejaban enérgicamente preservar estrechos lazos con Gran Bretaña y Estados Unidos, defendían la negociación con Chiang Kaichek y detestaban e creciente acercamiento a Alemania e Italia.^[315] Pero Saionji había nacido en 1849. No sólo era viejo (moriría antes de acabar el año 1940), sino que, como él mismo supo ver, no estaba en sintonía con las corrientes ideológicas dominantes. Y tampoco lo estaban algunos miembros del Ejército y la Armada, entre ellos varios políticos militares como el general Nobuyuki Abe, que ejerció brevemente como primer ministro en 1939 – 1940, y su efímero sucesor en el cargo, el almirante Mitumasa Yonai, o el ministro de Exteriores del Gabinete de Abe, almirante Kichisaburo Nomura. Todos ellos abogaban por alguna forma de concertación con Estados Unidos y se oponían a estrechar relaciones con las potencias del Eje, aunque también todos ellos defendían los especiales derechos de Japón en Manchuria y el norte de China y su búsqueda del «nuevo orden» en Asia oriental.^[316] El que esas figuras lograran ocupar altos cargos indica que todavía existía una significativa división de opiniones en torno a la futura actitud de Japón. El que fueran tan rápidamente destituidos de sus puestos demuestra que no pudieron resistir ante las fuerzas políticas e ideológicas dominantes, especialmente extendidas en los estratos intermedios del Ejército y la Armada, que eran quienes conducían ahora la política japonesa.

El más destacado estadista surgido de la maraña de la política japonesa en el momento del estallido de la guerra con China fue —aunque sólo como primus inter pares— el príncipe Fumimaro Konoe, que se convirtió por primera vez en jefe del Gobierno en junio de 1937 y desempeñó un papel central en los decisivos acontecimientos de 1940 – 1941. Nacido en 1891, Konoe pasó a ser, a la muerte de su padre en 1904, cabeza de una de las más prestigiosas familias nobles de Japón por debajo de la propia casa imperial, con la que mantenía estrechísimas relaciones. Desde muy joven había sido preparado para ocupar altos cargos y considerado una estrella política en alza.

Cuando ni siquiera había cumplido todavía treinta años, obtuvo un puesto en la delegación japonesa para la Conferencia de Paz de París en 1919, al final de la Primera Guerra Mundial. Uno meses antes, cuando el conflicto estaba terminando, había expresado públicamente unas opiniones que no iban a verse alteradas en esencia y que eran componentes centrales de su pensamiento. Konoe se mostraba crítico con los líderes japoneses de la época por aceptar sin reservas las declaraciones de paz de los políticos británicos y estadounidenses. Los acusaba de no darse cuenta de «las vías

conscientes e inconscientes por las que la democracia y el humanitarismo defendidos por los portavoces angloamericanos les servían de máscara para su propio interés personal». La paz propuesta, añadía, «no supone más que el mantenimiento de un statu quo» que convenía a los intereses angloamericanos. El planteamiento de Konoe, que acabaría extendiéndose entre los sectores con más futuro de la élite japonesa y entre los jóvenes oficiales del Ejército y la Armada, aseguraba que Japón se encontraba en una posición de desventaja por ser un país desposeído. La Primera Guerra Mundial, sostenía, había sido «una lucha entre las naciones que se benefician del mantenimiento del statu quo y las naciones que se beneficiarían de su destrucción. Las primeras reclaman la paz, y las segundas piden a gritos la guerra. En este caso pacifismo no coincide necesariamente con justicia y humanidad. Del mismo modo, el militarismo no vulnera necesariamente la justicia y la humanidad». La situación de Japón, proseguía, era similar a la de Alemania antes de la guerra. Konoe criticaba duramente el «extremo grado de servilismo» con el que los líderes japoneses estaban dispuestos a aceptar la Sociedad de Naciones «como si fuera un regalo del Cielo», cuando en realidad era una estratagema que no haría sino «permitir a las naciones poderosas dominar económicamente a las naciones débiles y condenar a las naciones más atrasadas a quedar para siempre subordinadas a las naciones avanzadas». Si las políticas de las potencias angloamericanas lograban imponerse gracias a la defensa de sus intereses por parte de la Sociedad de Naciones mediante el mantenimiento del statu quo, concluía, «Japón, que es pequeño, pobre en recursos e incapaz de consumir todos sus productos industriales, no tendría otra opción que destruir el statu quo por su propia supervivencia, exactamente igual que Alemania».[317]

Konoe repitió este parecer, casi palabra por palabra, en un discurso pronunciado en noviembre de 1935, menos de dos años antes de convertirse en primer ministro de Japón. Identificaba dos causas de la guerra: la injusta distribución de los territorios y el mal reparto de los recursos entre las naciones. La paz duradera sólo podría llegar si se corregía el desequilibrio entre las principales naciones. Sin embargo, el orden de posguerra había tratado de erradicar la guerra sin hacer nada frente a la injusticia subyacente que la había ocasionado. Konoe rechazaba el principio de defensa de la paz sólo para mantener esa situación. «Nuestros dirigentes —declaraba— no pueden salir ahí y manifestar sin más la necesidad de expansión mediante la adquisición de territorios, a diferencia de los políticos alemanes e italianos. Nos han lavado tanto el cerebro con la idea angloamericana prácticamente sagrada de un sistema de paz basado en el statu quo que nosotros tuvimos que defender nuestra actuación en el Incidente de Manchuria como el acusado que se encuentra ante el juez. La paz mundial no puede seguir estando garantizada por este sistema de paz. Japón y las demás naciones atrasadas deberían haber reclamado un new deal a escala mundial hace mucho tiempo».[318] Esta filosofía política acabaría empujando a Japón, como a Alemania, al camino que llevaba a la perdición.

En junio de 1937, Konoe se convirtió en primer ministro, cargo que acabaría ostentando hasta en tres ocasiones. Gozaba de una gran popularidad en su época y proyectaba una imagen imponente: alto, elegante, refinado, cortés y, a sus 45 años de edad, bastante joven para ser primer ministro japonés (si bien más tarde sufriría tantísimo de hemorroides que a veces tenía que sentarse en un neumático hinchado para encontrarse cómodo).[319] En él se habían depositado grandes esperanzas. El Ejército también acogió con agrado su nombramiento, convencido de que su popularidad ayudaría a fomentar sus propios intereses.[320] Al cabo de un mes había comenzado la guerra en China. Konoe se encontró pronto asumiendo la responsabilidad del recrudecimiento de un conflicto al que

Japón no podía poner fin. En la práctica resultó ser un hombre débil y torpe, incapaz de guiar con claridad al Gabinete, muy dado a ofrecer excesivas muestras de desesperación, a recurrir a una resignada apatía y a lamentarse por su incapacidad para encaminar los acontecimientos.[321] Hacia el final de su vida, poco antes de suicidarse en diciembre de 1945, Konoe trataría de retratarse a sí mismo como la víctima indefensa de un Ejército fuera de control. No obstante, aunque es cierto que en su momento manifestó íntimos recelos ante el atolladero generado en China, nunca se distanció ni de la política orientada a alcanzar la hegemonía japonesa ni de las terribles atrocidades perpetradas por el Ejército, especialmente en Nanjing. Y su Gobierno intentó, como hemos visto, imponer a China condiciones extremadamente duras en diciembre de 1937, poco antes de la ruptura de las relaciones diplomáticas con el régimen de Chiang Kaichek y la ampliación de la guerra en 1938.[322] Al final de aquel año, Konoe había dispuesto un acuerdo con el que acabaría siendo el dirigente títere de China, Wang Jingwei. Sin embargo, completamente abatido, incapaz de poner fin a la guerra y cada vez más convencido de ser la víctima de las Fuerzas Armadas en cuya movilización había desempeñado él un papel tan sumamente decisivo, presentó su dimisión en enero de 1939.

En un memorándum escrito al año siguiente, Konoe afirmaba que, a pesar de que el curso de la guerra en China le provocaba una gran ansiedad, admitía la necesidad de la misma. Esas opiniones no eran distintas de las expresadas en 1918. Las políticas de las grandes potencias, aseguraba, estaban amenazando a Japón mediante el bloqueo económico, privando al país de mercados externos y materias primas. El «Incidente de Manchuria» había puesto fin a dicho bloqueo, y el «Incidente de China» iba dirigido a alcanzar finalmente la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» término inventado en 1940 para hacer referencia a la hegemonía japonesa en toda la región oriental de Asia, concebida como el necesario Lebensraum de Japón.[323]

El creador de la expresión fue Yosuke Matsuoka, nombrado ministro de Exteriores en el nuevo Gabinete que Konoe, de regreso al cargo de primer ministro, había constituido en julio de 1940, un momento de enorme agitación en Japón tras los dramáticos acontecimientos vividos en Europa. Pequeño, fornido, con una extravagante personalidad y una impresionante velocidad de palabra que le valió el apodo de «la máquina parlante», [324] Matsuoka, en su calidad de jefe de la delegación japonesa, había sacado a su país de la Sociedad de Naciones en marzo de 1933. Su espectacular desafío a la institución lo convirtió en héroe nacional de un Japón exultante y le granjeó la reputación de paladín de una enérgica política exterior. Antiguo presidente de la compañía de ferrocarriles de Manchuria del Sur, Matsuoka era muy conocido por su defensa del revisionismo.[325] Era un hombre de carácter, muy propenso a los arranques de ira, presuntuoso, arrogante, ansioso por ser el centro de atención. Una destacada figura pensaba que Matsuoka tenía «la virtud de aparecer con espléndidas ideas, pero [...] el defecto de avanzar imprudentemente en la dirección equivocada».[326] Sus ínfulas de divo hacían de él un colega quisquilloso, pero era un hábil negociador que aunaba sagacidad y determinación. El secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, pensaba que era «tan retorcido como una cesta de anzuelos».[327] Por su parte, Joseph Grew, que en su calidad de embajador estadounidense en Tokio mantenía frecuentes encuentros personales con Matsuoka, opinaba, al menos al principio, que era «un indiscreto pero [...] un hombre obviamente franco y sincero, a su modo de ver».[328] En aquel momento crítico, Matsuoka era la opción del Ejército.[329] Un día antes de asumir el cargo ofreció una entrevista que pasó bastante inadvertida a un periodista estadounidense en la que no intentó para nada ocultar sus expectativas de futuro y sus preferencias políticas: «En la batalla entre la democracia y el totalitarismo sin duda el segundo rival

vencerá y controlará el mundo. La era de la democracia está acabada y el sistema democrático en quiebra».[330] Creía que era una «inevitabilidad histórica» que Japón y Estados Unidos, las dos principales potencias del Pacífico, acabaran enfrentándose.[331] Aquellas convicciones determinaron los actos y las recomendaciones de actuación de Matsuoka en 1940 y 1941.

Un tercer miembro del segundo Gabinete de Konoe, formado en julio de 1940, también iba a desempeñar un papel decisivo en los acontecimientos de aquellos años y en la guerra que se produciría a continuación (época en la que ejerció de primer ministro la mayor parte del tiempo). Era el general Hideki Tojo, nacido en 1884, duro como una piedra, experimentado administrador militar conocido como «la navaja», antiguo comandante de la policía militar y después jefe del Estado Mayor del Ejército Guandong, destacado portavoz de la facción más radicalmente expansionista del Ejército, hombre de pocas palabras pero franco defensor de las aspiraciones imperialistas japonesas y ahora titular de la función clave de ministro del Ejército.[332] Aparte de los cargos ostentados por Konoe, Matsuoka y Tojo, el puesto más importante del Gabinete de cara a la toma de decisiones en verano de 1940 era el de ministro de la Armada. En todo avance hacia el sur, el papel de la Armada era absolutamente crucial, pero también lo era la conformidad de la Marina con la estrategia general que se estaba planteando. Y cuando el almirante Zengo Yoshida, nombrado ministro de la Armada en julio de 1940, se dio cuenta de que, a pesar de su apuesta por la expansión, no estaba en sintonía con las fuerzas dominantes, ansiosas por forjar una alianza militar con Alemania e Italia, no tardó en dejar paso a un sucesor más dócil, el almirante Oikawa Koshiro.[333]

III

El Gabinete de Konoe, constituido el 19 de julio de 1940, respondió inmediatamente a la drástica alteración de la situación en Europa, aunque lo cierto es que el terreno ya había sido preparado bajo la Administración precedente, encabezada por el almirante Mitsumasa Yonai. El Gabinete de Yonai se había mostrado más conciliador con Occidente. Yonai y su ministro de Exteriores, Hachiro Arita, que había asumido el cargo el 16 de enero de 1940, se oponían a fortalecer los lazos con las potencias del Eje, procedimiento defendido por el Ejército. Arita ansiaba mejorar las relaciones con Gran Bretaña y Estados Unidos, una política que despertó la ira de los grupos dominantes de las Fuerzas Armadas. En cualquier caso, existía una contradicción fundamental en el enfoque de Arita, que era la firme defensa por parte de la Administración Yonai de un «nuevo orden» en Asia oriental que los estadounidenses estaban decididos a bloquear.[334] En este sentido, Arita insinuó en más de una ocasión que Japón estaba dispuesto a sacar partido de cualquier cambio en el estatus de las Indias Orientales neerlandesas. Así, al mismo tiempo que quería evitar deteriorar las relaciones con las potencias occidentales, el Gobierno Yonai estaba empezando a pensar en el «avance hacia el sur», que conduciría precisamente a ese enfrentamiento.[335] Así pues, no existía desacuerdo entre las élites de poder japonesas sobre la necesidad de establecer un «nuevo orden» destinado a garantizar las materias primas de Asia oriental para el Imperio japonés y a poner fin a la hegemonía de Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos en la región. El desacuerdo residía en la forma de lograr tales objetivos.

Así pues, antes de que Konoe formase su segundo Gabinete, el impacto de la agitación en Europa estaba ya dando una nueva forma al pensamiento japonés en torno a la expansión.[336] Se había presentado la ocasión de lograr la autosuficiencia mediante la conquista en el sureste asiático y de destruir el poder de las potencias coloniales europeas en la zona, y ésta era una oportunidad que no se podía dejar pasar. Enardecidos por los acontecimientos vividos en Europa, los manipulados medios de comunicación se encargaron de presionar en ese sentido. La prensa, sometida a una rígida censura, «lanzaba adjetivos en defensa de la “causa justa” japonesa y sepultaba noticias bajo montañas de filosofía mística en un intento de adornar el oportunismo subyacente en el programa nacional de Hirohito».[337] El corolario de todo ello era, no obstante, la necesidad de poner a punto las relaciones de Japón con su vieja enemiga, la Unión Soviética. Una guerra en dos frentes, con las manos todavía atadas en China, era algo impensable, de modo que, por primera vez, la perspectiva de un pacto de no agresión con la Unión Soviética empezaba a ganar adeptos entre los líderes militares. Además, pronto adquirió fuerza el sentimiento de que podría ser conveniente establecer una alianza militar con la nueva fuerza europea, Alemania.

Cuando ya el Ejército de Hitler estaba avanzando por los Países Bajos y el norte de Francia empezó a tomar forma la idea de un giro táctico decisivo. A finales de mayo, el Gobierno Yonai ya había presionado a las autoridades de las Indias Orientales neerlandesas para que garantizaran el suministro de estaño, caucho, petróleo, chatarra y otras nueve materias primas fundamentales.[338] A continuación, tras la rendición francesa el 17 de junio, los japoneses obligaron a los atribulados Gobiernos de Francia y Gran Bretaña a suspender el suministro de ayuda esencial a los nacionalistas chinos a través de Indochina, Birmania y Hong Kong, un provisional aunque humillante reconocimiento de debilidad por parte de las potencias occidentales.[339] La rendición francesa también generó acalorados debates en el Ejército sobre si aprovechar o no la ocasión para avanzar hacia el sur. El 25 de junio el ministro del Ejército, Shunroku Hata, dijo a los miembros de su Estado Mayor: «¡Aprovechad la oportunidad de oro! ¡No dejéis que nada se interponga en el camino!». Hubo quienes, subiéndose al carro del apasionado chovinismo de la opinión pública, pidieron el inicio inmediato de los preparativos para una ofensiva hacia el sur. Un destacado portavoz, aunque en aquel momento una voz en el desierto, insistió en un ataque sorpresa en Singapur, si bien en general predominaban los consejos algo más prudentes. Finalmente no se alcanzó ningún acuerdo,[340]

Sin embargo, los líderes militares organizaron simulacros de combate y presentaron planes de contingencia para establecer bases aéreas en Indochina y Tailandia y llevar a cabo una ofensiva relámpago a las Indias Orientales neerlandesas.[341] Los simulacros de la Armada llevaron a la desconcertante conclusión de que dicho ataque provocaría el estallido de una guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos. Y también se acabó concluyendo que, sin las importaciones de petróleo de Estados Unidos, y a no ser que se lograra capturar, transportar con seguridad y explotar el de las Indias Orientales neerlandesas, Japón sólo podría combatir durante cuatro meses. E incluso con el petróleo, «si la guerra durase más de un año, nuestras posibilidades de ganar serían nulas».[342] No era de extrañar que los mandos navales siguieran dudando ante la perspectiva de lanzarse a una ofensiva expansionista de alto riesgo en el sur, si bien los planes para tal eventualidad se remontaban a 1936 y algunas voces habían afirmado enérgicamente que las circunstancias para ello eran propicias desde el inicio de la guerra europea en septiembre de 1939.[343] No obstante, los jefes de sección del Estado Mayor de la Armada, responsables en gran medida de la

determinación de la línea de actuación, aseguraban ya en abril de 1940, antes incluso de la ofensiva alemana en Europa occidental, que «ha llegado el momento de ocupar las Indias Orientales neerlandesas». La flota recibió órdenes de prepararse para elevar el estado de alerta. El jefe del Estado Mayor naval, príncipe Hiroyasu Fushimi, dijo al emperador que se necesitarían cinco o seis meses para preparar la Armada para la guerra.[344] Los acontecimientos de Europa acrecentaron enormemente el optimismo de quienes pensaban que era posible una ocupación militar de las Indias Orientales neerlandesas sin sumir a Japón en un conflicto ni con una debilitada Gran Bretaña ni con unos indecisos Estados Unidos. Los halcones iban ganando terreno.

Lo mismo sucedía en el Ejército de Tierra. En las últimas semanas de junio, las autoridades del Ejército —el Estado Mayor de la Armada ya había sido informado de sus ideas ese mismo mes [345]— estaban preparando una directiva relativa al avance hacia el sur. Trabajaban rápido, bajo la embriagadora influencia de las victorias alemanas en Europa. Confiaban en que la derrota de Gran Bretaña a manos de Alemania era inminente y que Japón sería el gran beneficiado en el sureste asiático. Guiados por esta convicción, no efectuaron ningún análisis minucioso de la capacidad militar japonesa para sostener una expansión de grandes dimensiones hacia el sur,[346] presuponiendo que la conquista militar proporcionaría por sí misma los recursos necesarios. El 3 de julio el borrador había llegado a la fase en la que pudo ser aprobado por el Ministerio del Ejército y el Estado Mayor bajo el título «Líneas generales de los principios fundamentales para hacer frente a la cambiante situación mundial». Era un documento de gran importancia que determinó la dirección general de la política del Ejército, y en última instancia la del Gobierno, hasta el inicio de la Guerra del Pacífico en diciembre de 1941.[347]

El preámbulo señalaba como prioridades resolver el «Incidente de China» lo antes posible y aprovechar el momento oportuno «para solucionar el problema del sur», y planteaba la posibilidad de que la expansión hacia el sur tuviera lugar incluso aunque la guerra en China no hubiese concluido. Fuera como fuese, «los preparativos de la guerra deben haberse completado de modo general en la fecha fijada de finales de agosto». En política exterior se ponía el acento en «fortalecer la solidaridad política de Japón con Alemania e Italia» y «mejorar rápidamente sus relaciones con la Rusia soviética», y se subrayaba el imperativo de cerrar las rutas que proporcionaban ayuda a Chiang Kaichek. Los recursos de las Indias Orientales neerlandesas eran vitales para Japón, y se conseguirían por la fuerza si la diplomacia fracasaba. El apartado final adoptaba un tono beligerante. Japón aprovecharía el momento adecuado para la acción militar en el sur. «Atacará Hong Kong y la península de Malaca, restringiendo en la medida de lo posible sus operaciones exclusivamente a Gran Bretaña». Debía evitarse la guerra con Estados Unidos. No obstante, la directiva concluía de modo un tanto inquietante: «Previendo que al final recurrirá al uso de la fuerza contra Estados Unidos si la situación así lo requiere, Japón realizará los preparativos militares necesarios».[348]

Las «Líneas generales» fueron expuestas a los representantes de la Armada al día siguiente. Los portavoces del Ejército de Tierra insistieron en la necesidad de actuar sin dilación, antes de que finalizase el conflicto europeo, para liberar a Japón de su dependencia con respecto a Gran Bretaña y Estados Unidos mediante el establecimiento de «una esfera económica autosuficiente» cuyo centro se hallaría en Japón, Manchuria y China, pero que se extendería desde el océano Índico hasta los Mares del Sur al norte de Australia y Nueva Zelanda. «Nunca en nuestra historia ha existido un momento como el actual», rezaba la declaración del Ejército, «en el que es tan urgente pensar en el desarrollo de nuestro poder nacional [...]. Deberíamos aprovechar la favorable ocasión que ahora se nos

presenta». No había tiempo que perder. Japón no debía dejar pasar su oportunidad de oro.[349]

La Armada propuso algunas correcciones y una segunda conferencia conjunta el 9 de julio permitió alcanzar un acuerdo básico. Lejos de atenuar el programa de agresión del Ejército de Tierra, la intervención de la Armada lo fortaleció. Aunque consciente gracias a los simulacros de que la expansión hacia el sur terminaría en un conflicto con Estados Unidos, la Armada propugnaba ahora un acercamiento más firme a la posibilidad de la guerra con los americanos. En el apartado dedicado a Hong Kong, por ejemplo, la Armada, si bien reconocía que se debía evitar en la medida de lo posible una ofensiva militar, proponía al mismo tiempo que «si la situación lo permite, se lleve a cabo una ofensiva con una firme determinación en pos de la guerra contra Gran Bretaña (o incluso contra Estados Unidos)». Y la declaración final del Ejército, que subrayaba la necesidad de evitar, si era posible, la guerra con Estados Unidos, presentaba una formulación todavía más dura: «Aunque las operaciones deberían estructurarse de tal modo que no provoquen la guerra contra Estados Unidos, antes o después puede hacerse inevitable una acción militar contra Estados Unidos». Además, el pesimismo inicial en torno a las opciones japonesas a largo plazo si se producía la guerra con América había dejado paso ahora a una creciente confianza entre los oficiales de la Armada en que, si se realizaban los preparativos adecuados, Japón podía salir victorioso.[350] Aquella opinión representaba el triunfo del deseo sobre la razón.

El giro en la posición del Ejército de Tierra desde la tradicional concentración en Rusia en el norte hasta la expansión hacia el sur coincidía así con el viejo interés de la Armada en una estrategia meridional que, obviamente, exigía una gran ampliación de la flota. Desde la perspectiva de la Armada, el principio de la nueva política, «defensa en el norte y avance en el sur», no podía por menos que ser bien acogido. El escenario alternativo, evitar la guerra con Estados Unidos con el fin de centrarse en la Unión Soviética, habría significado inevitablemente sacrificar el presupuesto naval en beneficio de las necesidades del Ejército de Tierra.[351] De todos modos, en tal caso habría quedado todavía sin resolver la decisiva cuestión de la dependencia de Japón con respecto a las potencias occidentales debido a sus materias primas, cuestión en la que se sustentaban no sólo las posibilidades de Japón de librar una guerra contra la Unión Soviética, sino también el éxito del resultado de la guerra en China, que constituía una interminable sangría de recursos y de moral. Así pues, el matrimonio de conveniencia rápidamente formalizado para poder superar la tradicional rivalidad entre los intereses del Ejército de Tierra y los de la Armada se mantenía unido gracias a una enorme apuesta: la convicción de que una ofensiva japonesa que con toda probabilidad llevaría a la guerra con Norteamérica resultaría victoriosa.

Un primer paso en el nuevo acuerdo entre el Ejército y la Armada iba a procurar un entorno político más adecuado para aquel expansionismo de alto riesgo. El Gobierno Yonai, siempre deseoso de mejorar las relaciones con las potencias occidentales, no reunía las condiciones necesarias. El Ejército propuso su sustitución, y la Armada secundó la idea. Se necesitaba un primer ministro que estuviera más en sintonía con los nuevos planteamientos. «Ahora que un cambio político podría ser inevitable en los próximos cuatro o cinco días, y que los militares han estado ultimando los preparativos para responder a los repentinos cambios ocurridos en la reciente situación mundial, el carácter del Gabinete de Yonai no es en absoluto el adecuado para llevar a cabo negociaciones con Alemania e Italia y podría incluso ocasionar un retraso de consecuencias funestas —informaba el viceministro de Guerra, Korechika Anami—. La conclusión es que es inevitable un cambio de Gabinete para poder hacer frente a esta grave situación. El Ejército apoyará unánimemente la

candidatura del príncipe Konoye [Konoe]». [352]

La dimisión forzada de Yonai tuvo lugar el 16 de julio de 1940. Al día siguiente, Kido, en total sintonía con el espíritu «renovacionista» nacional que se había impuesto durante los años treinta y gran experto en lograr la afinidad de la Corte imperial con el pensamiento dominante en el Ejército, presidió una reunión entre seis antiguos primeros ministros (Konoe entre ellos) y el presidente del Consejo Privado. Su tarea de designar al próximo primer ministro quedó cumplida en tan sólo media hora, un tiempo récord. Como era de esperar, fue al favorito del Ejército de Tierra, el príncipe Konoe, que, suponían, contaría también con el apoyo popular «en este momento en el que el final del Incidente de China se aproxima poco a poco», [353] a quien se encomendó la formación de un nuevo Gabinete. [354] Konoe pronto se revelaría una vez más, como había sucedido en su primera época en el cargo cuando se ocupó de la expansión de la guerra en China, como el instrumento débil y titubeante, aunque dócil, de los sectores expansionistas de las Fuerzas Armadas.

Dichos sectores contaban ahora con destacados representantes en el Gobierno. El Ejército de Tierra había señalado que quería a Hideki Tojo como ministro del Ejército y a Yosuke Matsuoka como ministro de Exteriores [355] y, como no podía ser de otra manera, ambos acabaron ocupando sus cargos en el nuevo Gabinete, que se constituyó el 22 de julio. Al día siguiente, Konoe dijo al pueblo japonés en un discurso radiofónico que el viejo orden mundial se estaba desmoronando. Japón debía estar preparado para dar la bienvenida al nuevo orden mundial. [356] Ese mismo día, el embajador alemán en Tokio comunicó a su ministro de Exteriores que el nuevo Gabinete de Konoe iba a seguir con toda seguridad una política de mayor alineamiento con el Eje. [357] Se abría ahora el camino para la consolidación del giro táctico. La decisión crucial no tardaría en producirse.

IV

Antes de la formación de su nuevo Gabinete, Konoe organizó una reunión con las figuras principales —Matsuoka, Tojo y Yoshida (que habían de asumir, respectivamente, los ministerios de Exteriores, Ejército y Armada) —e n su villa de Ogikubo, un barrio residencial de las afueras de Tokio. Matsuoka, el hombre con más personalidad de lo que Konoe dio en llamar la «Conferencia de los Cuatro Pilares», elaboró un borrador de declaración y desempeñó un papel predominante en el encuentro. Los participantes alcanzaron un pacto informal sobre la orientación de la futura política exterior. Acordaron que, para establecer el «nuevo orden» en Asia oriental, Japón fortalecería sus lazos con las potencias del Eje y firmaría un pacto de no agresión con la Unión Soviética para los siguientes cinco a diez años (consolidando su fuerza militar en el norte para hacerse inexpugnable ante un posible ataque soviético una vez que el pacto hubiera expirado). Al mismo tiempo, Japón incluiría en el «Nuevo Orden» las posesiones coloniales occidentales en Asia oriental. Y, si bien había que evitar el conflicto en la medida de lo posible, Japón debía «resistir la intervención armada de Estados Unidos con motivo del establecimiento del Nuevo Orden en Asia Oriental» [358] En la reunión no se llegó a aprobar una alianza militar con Alemania e Italia. El ministro de la Armada, Yoshida, seguía oponiéndose a un movimiento de esa naturaleza. El Ejército, por el contrario, dejó bien claro que ahora apostaba por la transformación de la cooperación con las potencias del Eje en

un pacto militar tripartito formal. «Deberíamos decidir compartir nuestro destino con Alemania e Italia», fueron las palabras del subjefe del Alto Estado Mayor, Shigeru Sawada, a mediados de julio.[359] La alusión al «destino» recordaba a las florituras retóricas empleadas por Matsuoka más de tres años antes, poco después de la firma en noviembre de 1936 del Pacto Antikomintern germano-japonés, cuando declaró: «Es propio de la raza japonesa que, una vez hemos prometido cooperar, nunca miramos hacia atrás ni entramos en alianza con otros. Para nosotros, no queda más que caminar uno al lado del otro, decididos a seguir adelante juntos, aunque eso signifique cometer un “doble suicidio”».[360]

Las deliberaciones de la «Conferencia de los Cuatro Pilares» en Ogikubo pronto quedaron formalizadas como línea de actuación. Constatando que el mundo se encontraba «en un momento tremendamente decisivo», el nuevo Gabinete de Konoe estableció el marco de su política exterior el 26 de julio en sus «Líneas Generales de una Política Nacional Básica» (que habían sido esbozadas por el Ministerio del Ejército). El documento presentaba a Japón construyendo «un nuevo orden en la Gran Asia Oriental» basado en las tres naciones «sólidamente unidas» de Japón, Manchukuo y China (naturalmente, bajo autoridad japonesa). Al mismo tiempo, Japón tenía que convertirse en un «Estado de defensa nacional» preparado para la guerra.[361]

Deseoso de coordinar los brazos militar y civil del Gobierno con vistas a construir un consenso nacional en torno al giro en la política exterior, Konoe resucitó la Conferencia de Enlace, caída en desuso desde hacía dos años y medio. El 27 de julio la Conferencia de Enlace adoptó los «Principios fundamentales para hacer frente a la cambiante situación mundial», que venían a consagrar como política gubernamental la estrategia ideada en las discusiones entre los líderes del Ejército y la Armada de ese mismo mes.[362] Aquella decisión confirmaba, aunque con una formulación un tanto vaga, los dos giros esenciales en la línea de actuación: el avance hacia el sur y el fortalecimiento de las relaciones con las potencias del Eje.[363]

«La unidad política con Alemania e Italia», decía el documento, «será fortalecida inmediatamente para intentar efectuar un reajuste de las relaciones diplomáticas con la Rusia soviética». Los preparativos para el avance hacia el sur debían acelerarse, aunque la elección del momento buscaría aprovechar al máximo las cambiantes circunstancias. Se aceptaba como inevitable un deterioro de las relaciones con Estados Unidos, si bien había que evitar el choque en la medida de lo posible. Había que presionar a la Indochina francesa para que pusiera fin al suministro de víveres a Chiang Kaichek, ofreciera provisiones a Japón y le concediera el uso de los campos de aviación y el paso de tropas. Se adoptarían medidas «para eliminar inmediatamente la antagonista actitud de Hong Kong», y Birmania quedaría bloqueada para impedir que la ayuda llegase hasta los nacionalistas chinos. Se realizarían esfuerzos diplomáticos para obtener importantes recursos de las Indias Orientales neerlandesas. Y en caso de que fallara la diplomacia, quedaba claro que se desplegaría la fuerza armada si las circunstancias así lo exigían.

La resolución del «Incidente de China» mediante la eliminación de la ayuda destinada a Chiang Kaichek y el «inmediato sometimiento del régimen de Chongqin por todos los medios posibles» seguía sustentando la totalidad de la estrategia. Sin embargo, como ponían de manifiesto los comentarios que sobre el documento realizó el cuartel general imperial, la insistencia previa en la solución del «Incidente de China» había dado paso ahora al avance hacia el sur como principal prioridad.[364] De modo que, aunque era imposible poner fin a la guerra en China, no se descartaba el uso de la fuerza armada en el avance hacia el sur, «dependiendo de la situación». En tal caso, se

intentaría por todos los medios reducir los adversarios de Japón únicamente a Gran Bretaña. «Sin embargo —admitían—, se llevarían a cabo minuciosos preparativos para el inicio de las hostilidades con Estados Unidos, porque quizá resulte imposible evitar la guerra con ese país». No en vano, precisamente en el mismo momento en el que la Conferencia de Enlace estaba tomando la decisión de avanzar hacia el sur, el Gobierno estadounidense planeaba movimientos que restringieran el acceso japonés al importantísimo petróleo de las Indias Orientales neerlandesas.[365] Japón y Estados Unidos estaban ya inmersos en una carrera hacia la confrontación.

En julio, durante las deliberaciones sobre los «Principios fundamentales para hacer frente a la cambiante situación mundial», los oficiales de la Armada japonesa habían intentado evitar que el Ejército de Tierra siguiera adelante con sus planes de invadir las Indias Orientales neerlandesas. Finalmente se alcanzó una fórmula de compromiso que estipulaba que sólo se haría uso de la fuerza armada si se daban las condiciones favorables y que se emplearían «por el momento medios diplomáticos». Pero cuando Estados Unidos tensó la cuerda al hacer peligrar el acceso de Japón a unos recursos de vital importancia, la postura de la Armada se volvió más beligerante. El 1 de agosto, la División de Operaciones del Estado Mayor de la Armada dejó claro su apoyo a la instalación de tropas en la Indochina francesa. Aquél sería el primer paso hacia el control de Tailandia, Birmania y Malaya en el avance hacia el sur. Garantizaría las materias primas necesarias para el esfuerzo bélico japonés carbón, caucho, mineral de hierro y fósforo— y resultaría ventajoso desde el punto de vista estratégico en una guerra contra Estados Unidos y Gran Bretaña. La Armada pronosticaba que Estados Unidos respondería ante la ocupación japonesa de la Indochina francesa con un embargo de chatarra y petróleo. Y un embargo norteamericano, como señalaba el análisis del Estado Mayor, «sería una cuestión de vida o muerte para el imperio. En ese caso el imperio se verá obligado a atacar las Indias Orientales neerlandesas para asegurarse el petróleo». La Armada concluía que las operaciones militares contra la Indochina francesa debían llevarse a cabo en noviembre, si no antes, y que «Japón debe estar decidido a combatir contra otras potencias», de modo que debían emprenderse todos los preparativos para la movilización de la flota. El ataque a las Indias Orientales neerlandesas sólo se contemplaba en caso de que Estados Unidos impusiera mayores sanciones económicas. Sin embargo, con su decisión de efectuar la «movilización preparatoria» de la flota, que para los estrategas navales suponía un estado de alerta próximo a la plena movilización para la guerra, el Estado Mayor de la Armada no sólo había demostrado estar dispuesto a considerar la posibilidad de una guerra con Estados Unidos; en realidad, había dado el primer paso en esa dirección.[366]

La postura adoptada por el Estado Mayor de la Armada no era aceptada por todos ni tan siquiera dentro de la propia Marina, y las voces discordantes no tardaron en aparecer. El jefe de la Oficina Central de Adquisiciones Navales afirmó categóricamente que si Estados Unidos cortaba todo el suministro de petróleo y de minerales esenciales, «la Armada apenas podría combatir un año». El ministro de la Armada, Yoshida, cuya salud se estaba viendo gravemente resentida a causa de la ansiedad, coincidía con él. «Confío en que el Estado Mayor de la Armada examinará seriamente la relación entre la envergadura de nuestro armamento naval y nuestras perspectivas en una guerra prolongada», declaró. Y añadió que no apoyaba las operaciones militares si éstas iban a provocar un embargo total de Estados Unidos a Japón. El almirante Kichisaburo Nomura, que sería enviado en 1941 a Washington como embajador japonés, también advertía de que la guerra contra Estados Unidos «sería necesariamente larga, y eso resultaría enormemente desfavorable para Japón». Incluso

los estrategias del Estado Mayor de la Armada aceptaron aquel razonamiento. «No confiamos mucho en nuestra capacidad de resistencia» en una guerra prolongada con Estados Unidos, reconocían. Sin embargo, con todas sus esperanzas puestas en un golpe decisivo en un conflicto breve, no descartaron ni dejaron de planear la guerra «por la supervivencia del imperio, nos guste o no».[367]

En realidad, el fatalismo implícito en los planes de la Armada para el avance hacia el sur servía a los intereses de los mandos navales. El paso de una política terrestre en el norte a un avance hacia el sur que muy probablemente conduciría a la confrontación con Estados Unidos en el Pacífico entrañaba una considerable redistribución de los recursos de guerra, que pasarían del Ejército de Tierra a la Armada. La cuestión de si Japón podía ganar una guerra contra Norteamérica acabó subordinándose a los beneficios a corto plazo para la Armada gracias a una ampliación de sus recursos.[368]

V

Mientras la Armada tomaba su crucial decisión en favor de un probable conflicto con un adversario al que era muy difícil que pudiera derrotar, los políticos daban los primeros pasos en pos de una verdadera alianza militar con las potencias del Eje. El 30 de julio de 1940 el ministro de Exteriores elaboró una declaración que llevaba el sello inconfundible de Matsuoka: «Sobre la creciente cooperación entre Japón, Alemania e Italia». El Gobierno Konoe adoptó dicha declaración como directriz, endureciendo así la posición tomada en la Conferencia de Ogikubo ese mismo mes. Se afirmaba ahora expresamente que Japón estaba dispuesto a entrar en una alianza militar con Alemania e Italia frente a Gran Bretaña, reservándose el derecho a una decisión independiente sobre el uso de la fuerza. El documento hablaba de una alianza militar dirigida explícitamente contra Gran Bretaña. No obstante, la cooperación también regiría si Japón o Alemania e Italia entraban en guerra con Estados Unidos, si bien en tal caso el compromiso no pasaba de ser un acuerdo para «consultar sobre las medidas que se debían tomar».[369]

El nuevo tono de la política japonesa no tardó en ser advertido. El embajador estadounidense anotaba ya el 1 de agosto que el Gobierno Konoe «da señales evidentes de estar empeinado en acercarse al Eje y hacia el establecimiento de un Nuevo Orden en Asia Oriental». «La máquina y el sistema militar alemán y sus brillantes éxitos se les han subido a la cabeza a los japoneses como el vino fuerte», añadía.[370]

Inmediatamente, Matsuoka empezó a tantear el terreno para conocer la actitud de Alemania con respecto a una eventual alianza militar. La respuesta de los alemanes fue fría al principio, pero a mediados de agosto habían cambiado de parecer. Aquel cambio de postura vino muy probablemente provocado por el anuncio de Churchill el 20 de agosto de que Estados Unidos iba a contribuir con cincuenta destructores americanos al esfuerzo bélico británico. Aunque no pasaba de ser una aportación simbólica, fue interpretada como una señal clara de que Estados Unidos no era absolutamente neutral y estaba dispuesto a proporcionar ayuda a la atribulada Gran Bretaña, ayuda que podría implicar incluso su entrada en la guerra contra las potencias del Eje.[371] El estrechamiento de las relaciones con Japón adquirió de repente una renovada importancia para los

alemanes. El 23 de agosto, Joachim von Ribbentrop, ministro de Exteriores alemán, comunicó al embajador japonés en Berlín que iba a mandar a Tokio a un enviado, Heinrich Stahmer, en calidad de ministro plenipotenciario. Su misión era descubrir las intenciones japonesas y, si había buena disposición, abrir las negociaciones para lograr un acuerdo.[372]

El texto elaborado por Matsuoka el 30 de julio había sido entre tanto favorablemente acogido por el Ejército, que, no en vano, empezó a presionarle con dureza para que concluyera rápidamente las negociaciones.[373] En el seno de la Armada, sin embargo, persistían las diferencias de opinión. Los máximos líderes navales todavía temían que el estrechamiento de relaciones con las potencias del Eje sirviera para provocar a Estados Unidos. Yoshida, ministro de la Armada, se oponía especialmente a la posibilidad de un pacto, pero, ante las vacilaciones de algunos mandos navales—bajo la presión, al parecer, no sólo del Ejército de Tierra sino también de algunos oficiales de rango intermedio de la Armada—, se fue quedando cada vez más aislado. Atormentado, sufrió un colapso nervioso, fue llevado al hospital el 3 de septiembre y dimitió al día siguiente.[374]

Matsuoka contribuyó con su influencia a la elección del sustituto de Yoshida, el reservado, discreto y más acomodaticio Koshiro Oikawa, que pronto iba a manifestar su acuerdo con quienes reclamaban una relación más estrecha con Alemania e Italia. Oikawa, en cualquier caso, fue empujado en esa dirección por su número dos, el viceministro Teijiro Toyoda, un hombre de mayor inteligencia política, más firme y oportunista, que se erigió en la figura dominante del Ministerio.[375] Aun así, el miedo a una guerra contra Estados Unidos y Gran Bretaña pareció disuadir a Oikawa de respaldar el avance hacia una alianza militar absoluta con Alemania e Italia. El ministro estaba especialmente preocupado por eludir la obligación de ir automáticamente a la guerra si las potencias del Eje se vieran inmersas en un conflicto con Estados Unidos, que era precisamente lo que, al parecer, tenía Matsuoka en mente. A primeros de septiembre, el ministro de Exteriores había endurecido la posición adoptada en su escrito del 30 de julio, dirigida a Gran Bretaña, introduciendo una nueva formulación en un borrador revisado. Ahora afirmaba de forma expresa que «en caso de existir el peligro de que una de las partes contratantes entre en estado de guerra con Estados Unidos, la otra parte contratante asistirá a dicha parte por todos los medios posibles», lo que equivalía a una alianza militar destinada ahora directamente a hacer frente a Estados Unidos en la misma medida que a Gran Bretaña. Y del deber de «consultar sobre las medidas que se debían tomar», como se indicaba en el texto del 30 de julio, se pasaba ahora a la obligación de proporcionar asistencia «por todos los medios posibles». Probablemente, la línea más marcadamente antiamericana de Matsuoka era una respuesta a los movimientos del Gobierno estadounidense hacia la imposición del tan temido embargo de petróleo. Pero éste creía en la diplomacia a través de la fuerza, y es muy probable que pensara que la firmeza japonesa tendría un efecto disuasorio. Sin embargo, en lugar de eso, dicha postura incrementó las posibilidades de que Japón acabase inmerso en una guerra contra Estados Unidos.[376]

Las reservas acerca de las repercusiones de una alianza de tal naturaleza, en particular el temor a que Japón pudiera verse empujado por las acciones alemanas a una guerra con Estados Unidos, al igual que con Gran Bretaña, persistían en el lado japonés, y fueron manifestadas de forma especial por el ministro de la Armada, Oikawa. Matsuoka se vio forzado a ceder antes tales opiniones y a moderar en consecuencia el tono de su escrito, omitiendo la obligación automática de facilitar asistencia.[377] No obstante, pese a la reticencia de Oikawa a aceptar una alianza militar que contaba ahora con el respaldo del Gobierno, el Ejército de Tierra y las facciones más radicales de la

propia Armada, no se había negado a otorgar a Matsuoka la autorización para negociar el estrechamiento de los lazos con Alemania e Italia. De modo que el ministro de Exteriores contó con bastante libertad para encauzar las discusiones con Stahmer una vez que el plenipotenciario alemán (un diplomático no profesional que había encabezado anteriormente la sección para Extremo Oriente de la Dienststelle de Ribbentrop, su agencia de asuntos exteriores [378]) llegó a Tokio el 7 de septiembre de 1940 tras un tedioso viaje de quince días, primero por aire de Berlín a Moscú y después en el ferrocarril transiberiano en dirección a la capital japonesa. [379]

Los alemanes estaban ansiosos por contar con una alianza militar absoluta para disuadir a Estados Unidos de entrar en la guerra. Por eso no les entusiasmó demasiado el atenuado escrito presentado por Matsuoka. Sin embargo, una vez allanado el camino, el ministro de Exteriores japonés también estaba ansioso por seguir adelante con la alianza. «Lo haré aunque me cueste el puesto —señaló—, y terminaré en una o dos semanas». [380] El mayor avance se produjo cuando Matsuoka se mostró dispuesto a aceptar la condición de que Japón conservase su independencia a la hora de decidir si entrar o no en la guerra. Con esta concesión, las dudas del ministro de la Armada se disiparon. En la Conferencia de Enlace del 14 de septiembre, Oikawa aceptó con resignación la necesidad de la alianza. «No hay otro camino», aseguraba. [381] Echando la vista atrás después de la guerra, Oikawa señalaba que lo habían convencido las firmes promesas de Matsuoka de conservar la autonomía para evitar verse arrastrados a un conflicto y la intención tanto de Alemania como de Japón de mantener a los estadounidenses fuera de la guerra. También señalaba que la Armada no podía seguir manteniendo su oposición cuando la alianza contaba con un respaldo tan generalizado. «La Armada ya no tenía motivos para oponerse a la propuesta —comentaba—. Y no sólo eso, sino que me parecía que, para la Armada, el insistir obstinadamente en sus propias opiniones (sin tener en cuenta a la opinión pública, que en aquel momento se estaba reorientando a favor del Eje) acabaría provocando una violenta confrontación interna. Así que dije al Gabinete que la Armada no tenía otra alternativa que tratar de sacarnos de la crítica situación en la que nos encontrábamos». [382] Aquella noche Tojo pudo informar confidencialmente al lord chanciller, Kido, que el Ejército y la Armada habían alcanzado un acuerdo sobre la cuestión de las relaciones de Japón con Alemania e Italia. [383] La suerte estaba echada.

Oikawa debía de ser plenamente consciente de que ni siquiera la Armada compartía las dudas de su propio Ministerio. Podemos comprender mejor el pensamiento del Estado Mayor de la Armada con planteamientos mucho más audaces y mucho más arriesgados que los del propio Oikawa, gracias a los comentarios de su subjefe, Nobutake Kondo, en la Conferencia de Enlace del 14 de septiembre recogidos en un memorándum del primer ministro, el príncipe Konoe:

La Armada no está preparada todavía para una guerra contra Estados Unidos, pero los preparativos estarán completados en abril del próximo año [1941]. Para entonces habremos equipado los navíos ya operativos y habremos armado dos millones y medio de toneladas de barcos mercantes. Después de terminar con eso podremos derrotar a Estados Unidos, siempre que hagamos una guerra relámpago. Si no hacemos una guerra relámpago y Estados Unidos opta por un conflicto prolongado, nos encontraremos en graves apuros. Además, Estados Unidos está construyendo rápidamente nuevos navíos, lo que significa que la diferencia entre el potencial de la flota americana y el nuestro se ampliará, y Japón nunca podrá ponerse a su nivel. Desde ese punto de vista, ahora es el momento más favorable para que Japón inicie una guerra. [384]

La intervención más crucial de la Conferencia de Enlace fue la del propio Matsuoka. El ministro de Exteriores consideraba que Japón se encontraba en una encrucijada y que tenía que decidir qué camino tomar. ¿Debía ir con Gran Bretaña y Estados Unidos o con Alemania e Italia? Matsuoka expuso las alternativas. En primer lugar planteó la posibilidad de que Japón rechazara la propuesta alemana de alianza. Alemania, afirmaba rotundamente, acabaría conquistando Gran Bretaña. Podría incluso llegar a establecer una federación europea, alcanzar un acuerdo con Estados Unidos y «no dejar a Japón que pusiese ni siquiera un pie en las colonias de Gran Bretaña, Holanda y otros países de la federación». Por otro lado, si la firma de una alianza acababa llevando a la guerra con Estados Unidos la economía japonesa quedaría gravemente dañada. Entonces expuso los costes para Japón de una alianza con Gran Bretaña y Estados Unidos. Las condiciones para dicha alianza, afirmaba, serían «que tendríamos que resolver el Incidente de China como nos dijera Estados Unidos, abandonar nuestra esperanza de un Nuevo Orden en Asia Oriental y obedecer los dictados angloamericanos durante al menos el próximo medio siglo». ¿Sería eso aceptable para el pueblo de Japón?, preguntó. «¿Se sentirían así satisfechos los cien mil espíritus de nuestros soldados muertos?», añadió, en un exuberante despliegue de retórica. En cualquier caso, sostenía, las dificultades materiales sólo se podían eludir a corto plazo. Matsuoka recordó a sus colegas las carencias con las que se había enfrentado Japón como consecuencia de los acuerdos establecidos tras la Primera Guerra Mundial «¿Quién sabe qué amargas píldoras tendríamos que tragar esta vez?», preguntó. Su conclusión era evidente: «Una alianza con Estados Unidos es impensable. El único camino que nos queda es aliamos con Alemania e Italia. En realidad, después de las intrigas, presiones y artimañas de las semanas anteriores, Matsuoka se estaba dirigiendo en buena medida a un público ya convencido. No obstante, ése fue realmente el momento que definió el nuevo rumbo de la política exterior japonesa.

La decisión de seguir adelante con la alianza recibió el definitivo visto bueno en la Conferencia Imperial, en presencia del emperador, el 19 de septiembre.[385] A pesar de todo, hubo quienes manifestaron su temor de que un pacto con Alemania pudiera incitar a Estados Unidos a intensificar la presión económica sobre Japón y a incrementar la ayuda a Chiang Kaichek. No obstante, la preocupación por el suministro de petróleo no hacía sino fortalecer la idea de que, como expresaba Tojo, ministro del Ejército, «la cuestión del petróleo se puede equiparar a la cuestión de las Indias Orientales neerlandesas» y de que ya se había tomado la decisión de garantizar los recursos esenciales de aquella región, a ser posible por medio de la diplomacia, y si no por la fuerza.[386] En otras palabras, la expansión hacia el sur era la premisa de la acción japonesa, aceptada por todos los sectores de la élite del poder. Partiendo de tal premisa resultaba difícil, si no imposible, ofrecer argumentos convincentes en contra de un tratado con Alemania que, al disuadir a Estados Unidos, se consideraba un vehículo para salvaguardar dicha expansión. Así pues, tras cumplir con el tradicional ritual de interrogar a Matsuoka sobre el pacto, y tal y como estaba previsto, la Conferencia Imperial concedió finalmente a la alianza formal con Alemania el sello de la aprobación del emperador.

Hirohito, por su parte, se veía asediado por los malos presentimientos, aunque aceptaba la necesidad del pacto. «En las actuales circunstancias, este acuerdo militar con Alemania no se puede evitar —comentó en privado a Konoe el 16 de septiembre—. Si no hay otra forma de ocuparse de América, entonces no se puede evitar». Y, en tono algo patético, preguntó después a Konoe: «¿Qué ocurrirá si Japón es derrotado? ¿Llevarás tú, primer ministro, esa carga conmigo?».[387] Konoe, igualmente patético, se echó a llorar.[388]

Todavía habían de mantenerse complejas negociaciones con momentos muy difíciles.[389] La insistencia de Japón en conservar su libertad de acción constituía un escollo. Los alemanes querían un compromiso más firme con la intervención ante una eventual guerra germano-americana, pero las presiones sobre Matsuoka para que resistiera eran muy fuertes. Finalmente los alemanes cedieron, aunque la redacción final del tratado conservó un componente de cierta ambigüedad. Todavía el 26 de septiembre, la víspera misma de la firma, los líderes japoneses, reunidos en el Consejo Privado, seguían expresando sus inquietudes acerca de las repercusiones del pacto. Había una gran preocupación por la posibilidad de un deterioro de las relaciones con Estados Unidos y por la suerte del suministro de petróleo y de acero si acababa sucediendo lo peor y Japón y Estados Unidos entraban en guerra. Algunos trataron de ofrecer un panorama tranquilizador sobre las reservas de recursos esenciales, pero en realidad se movían guiados más por sus deseos que por un cálculo real. Tojo observó que el equipamiento militar lo estaba proporcionando Alemania, pasando por Siberia con consentimiento soviético. Y señaló también la necesidad de mejorar las relaciones con la Unión Soviética para que Japón no tuviera que hacer frente al conflicto tanto en el norte como en el sur. Konoé subrayó que el planteamiento latente en el tratado era la voluntad de evitar el conflicto entre Japón y Estados Unidos —la idea de disuasión—, si bien añadía, no obstante, que «una actitud humilde sólo hará que Estados Unidos se vuelva dominante», de modo que «es necesaria una demostración de fuerza». Esa era también la opinión de Matsuoka, promotor del tratado. El ministro de Exteriores, señalando la amenaza planteada por la postura crecientemente anti japonesa de Estados Unidos, aseguró que no había «otra alternativa que adoptar una actitud resuelta»[390]

El «debate» había tenido un enorme componente retórico. Formaba parte del elaborado proceso de confirmación de una decisión que había sido ya tomada en la Conferencia de Enlace y después ratificada en la Conferencia Imperial. Pero fue sumamente revelador. Los líderes japoneses tenían la sensación de que su país se hallaba en un momento decisivo y de que se enfrentaban a una decisión crucial. Pensaban que tenían que elegir entre ceder ante la dominación norteamericana a largo plazo y adoptar arriesgadas e irrevocables medidas de consecuencias imprevistas e incalculables para resistir frente a ella.[391] Y optaron por el segundo camino. A medianoche, el Consejo Privado, en presencia del emperador, aprobaba el tratado por unanimidad. Al día siguiente, 27 de septiembre, el Pacto Tripartito era finalmente firmado en Berlín. Su cláusula central obligaba a los signatarios «a asistirse mutuamente con todos los medios políticos, económicos y militares cuando una de las tres Partes Contratantes sea atacada por una potencia que no participe actualmente en la guerra europea o en el conflicto chino-japonés».[392] No cabía duda de que se refería a Norteamérica. ¿Cómo reaccionaría ésta?

VI

Pronto quedó claro que el cálculo japonés había fallado. La respuesta estadounidense puso enseguida de manifiesto lo descabellado de la convicción de Matsuoka —una suposición compartida también por el Ministerio de Exteriores alemán y aceptada en mayor o menor grado dentro de la élite de poder japonesa— de que el Pacto Tripartito serviría como elemento disuasorio. Muy al contrario, lo

que hizo fue confirmar la percepción estadounidense de que Japón era una fuerza beligerante, intimidatoria e imperialista de Extremo Oriente, un equivalente asiático de la Alemania nazi, y que había que frenarla.[393] Tales ideas se vieron confirmadas con la entrada de las tropas japonesas en la Indochina francesa el 23 de septiembre, una acción que se producía tras la intensificación de la presión sobre los franceses para que permitieran el tránsito de las fuerzas japonesas y el uso de los campos de aviación de Indochina y que tuvo lugar cuando las negociaciones todavía estaban en marcha. Tras dos días de escaramuzas entre las fuerzas francesas y japonesas, los franceses se rindieron. El norte de Indochina se encontraba ahora bajo la ocupación de Japón.[394]

Algunos miembros de la Administración Roosevelt habían estado presionando durante un tiempo en favor de una línea dura contra Japón. Los «halcones» más destacados eran el secretario de Guerra, Henry L. Stimson, el secretario de la Marina, Frank Knox, el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, y el secretario del Interior, Harold Ickes, que defendían un embargo total de petróleo a Japón. Esta línea dura era rechazada por el secretario de Estado, Cordell Hull, y el subsecretario Sumner Welles. Con el respaldo del almirante Harold R. Stark, jefe de Operaciones Navales, y de almirante James O. Richardson, comandante en jefe de la flota estadounidense, sostenían que la imposición de sanciones extremas sobre el petróleo no haría sino instigar un ataque japonés que la Marina estadounidense no podría impedir. Las autoridades de las Indias Orientales neerlandesas ya habían hecho saber al Departamento de Estado que no querían ninguna acción norteamericana que las expusiera a la amenaza de la invasión japonesa. De momento, Roosevelt se puso del lado de las «palomas», al menos en parte, y finalmente no se aplicó el embargo de petróleo. Sin embargo, la noticia de que japoneses y alemanes estaban negociando un pacto tuvo como respuesta la imposición, el 19 de septiembre (con entrada en vigor el 16 de octubre), de un embargo total sobre la exportación de hierro y chatarra.[395] Aunque los sectores dominantes de Estados Unidos no estaban dispuestos por el momento a llevar a Japón al borde de la ruina y a la guerra, el embargo de chatarra era una señal manifiesta de que su país no iba a doblegarse ante la presión que Japón estaba tratando de ejercer a través de la alianza tripartita. Washington accedió a advertir a los japoneses de que Estados Unidos seguía comprometido con el statu quo en Extremo Oriente,[396] lo que significaba mantener, e incrementar, el apoyo a Chiang Kaichek, un gesto cuyas ventajas supo reconocer rápidamente el líder nacionalista chino. Para Japón, aquello significaba que el desastroso atolladero de China iba camino de prolongarse indefinidamente. El reconocimiento en noviembre por parte de Tokio de la Administración títere de Nanjing bajo la batuta de Wang Jingwei, cuando Chiang había rechazado, como cabía esperar, las condiciones con las que Japón trató de persuadirlo, fue acogido con el anuncio de Roosevelt de que estaba planeando la concesión de un cuantioso préstamo de cien millones de dólares al Gobierno nacionalista chino.[397] En otoño de 1940, pues, las relaciones entre Japón y Estados Unidos se habían deteriorado aún más. Y, puesto que ninguno podía volverse atrás, resultaba cada vez más evidente que sólo una prueba de fuerza decidiría quién iba a controlar el sureste asiático.[398]

El objetivo fundamental del Pacto Tripartito era, desde la perspectiva japonesa, evitar la intervención de Estados Unidos para impedir el avance hacia el sur considerado necesario para garantizar el control de las materias primas por parte de Japón y, por tanto, su seguridad económica y política en el futuro. La apuesta derivada del pacto era evidente. ¿Qué pasaría si Estados Unidos no consideraba el acuerdo como un elemento disuasorio sino como una provocación? ¿Qué pasaría si tuviera por efecto una mayor determinación para impedir la expansión japonesa amenazando la única

vía de acceso al suministro de petróleo? A pesar de todo, desde el punto de vista japonés del momento, era una apuesta que debía asumirse. Hacerlo entrañaba graves peligros, pero también la perspectiva de enormes recompensas. No hacerlo significaba sumisión prolongada a las potencias angloamericanas. Significaba, también, que la Guerra de China había sido en vano. La audacia prevalecía frente a la prudencia como actitud necesaria en dicha perspectiva. Los profundos temores sobre el futuro no se habían superado, pero se afrontaron con resignado fatalismo. En una declaración muy ilustrativa de dicha actitud, el almirante Isoroku Yamamoto, ex viceministro de la Armada, que pronto habría de convertirse en el cerebro planificador de Pearl Harbor, señalaba en octubre de 1940: «¡No hay más que hablar! Combatir a Estados Unidos es como combatir al mundo entero. Perc así se ha decidido. Así que yo daré lo mejor de mí mismo en el combate. Y sin duda moriré a bordo del Nagato [su buque insignia]». [399]

Por su parte, quienes manifestaron sus temores personales fueron marginados. Según el resumen realizado por Matsuoka de los asuntos tratados en la Conferencia de Enlace, arriesgarse resultaba menos perjudicial para el futuro de Japón a largo plazo que no hacerlo. Esa era en realidad la receta del desastre. Sin embargo, el gusto de Matsuoka por la retórica rimbombante, su confianza en la fuerza diplomática y sus latentes tendencias suicidas en el terreno político desempeñaron un papel decisivo en un momento en el que la Administración militar japonesa y también la civil habían decidido apostar por la expansión hacia el sur, y en el que las amenazas estadounidenses a la economía japonesa eran reales, y crecientes.

La trascendencia del Pacto Tripartito no era tan formidable como parecía. [400] Su importancia simbólica, sin embargo, era enorme, ya que confirmaba que Japón veía su futuro determinado por la lucha contra la supremacía angloamericana en Extremo Oriente. Aunque las hostilidades tardarían más de un año en dar comienzo, la estrategia y la diplomacia japonesas se veían ya orientadas por aquel imperativo. [401] El camino hacia la confrontación con Estados Unidos empezaba a abrirse.

El choque no era inevitable. No fue la mano invisible del destino la que intervino para guiar a Japón por el camino hacia una guerra contra el poderío estadounidense que ni siquiera sus propios militares confiaban en ganar. Aquel desastroso camino era consecuencia de las cruciales decisiones tomadas por los líderes japoneses en verano y otoño de 1940. No obstante, tales decisiones estaban determinadas en gran medida por unas mentalidades forjadas durante los veinte años anteriores y por la forma en la que dichas mentalidades interpretaban las realidades económicas.

La realidad económica evidente era que Japón dependía de las veleidades del comercio mundial para su futura prosperidad. Como grupo de islas separadas de la masa continental de Asia oriental, Japón no podía ser más autosuficiente con sus recursos naturales de lo que lo era Gran Bretaña. Perc Gran Bretaña administraba un imperio en todo el planeta, lo que la convertía en modelo clásico de potencia mundial.

Las filosofías políticas dominantes en la época, cuando Japón estaba en pleno proceso de modernización y empezaba a dar muestras de su poderío, presuponían que la adquisición de un imperio proporcionaba la base para la prosperidad y la futura seguridad nacional. Una versión moderna del mercantilismo preconizaba que el control sobre las materias primas, así como sobre el territorio que las proporcionaba, facilitaba la ruta hacia el poder y la prosperidad. La subordinación de otras fuerzas más débiles con el fin de establecer la hegemonía imperial que era el sello distintivo de una gran potencia era inevitable, y estaba justificada. En un momento dado, Japón se vio a sí mismo, al igual que Italia y Alemania en el contexto europeo, como una nación desposeída, con

derecho a la expansión para salvaguardar su supervivencia y su seguridad. Las grandes potencias occidentales, especialmente Estados Unidos, se interponían en ese camino debido al control de los recursos en el sureste asiático, especialmente en la propia China, y al poderío naval norteamericano en el Pacífico. La dependencia japonesa con respecto a Estados Unidos por el suministro básico de petróleo y metales dejaba al descubierto su talón de Aquiles en tanto que aspirante a gran potencia y ponía de relieve la debilidad subyacente de su posición.^[402] De ahí que los principios liberales y democráticos del orden de posguerra pudieran interpretarse cada vez más como favorables para Occidente y a la vez directamente perjudiciales para la nación desposeída de Japón.

Con Japón sumido en plena crisis interna durante los años veinte, las amargas disputas y las profundas divisiones en el terreno de la política interior parecían reflejar el servilismo exterior del país con respecto a las potencias occidentales, consagrado por la Conferencia de Washington de la posguerra. Esta circunstancia proporcionó el telón de fondo para el fortalecimiento de la afirmación nacionalista-imperialista durante los años treinta, avivada por el éxito en Manchuria y después por la perspectiva de una recompensa mucho mayor en China. Los imperativos económicos guiaban la nueva ideología, basada en la «vía imperial» encarnada por el divinizado emperador, y acabaron colocando a la política tras su estela. El nuevo, estridente y agresivo nacionalismo arraigó rápidamente entre los oficiales más jóvenes del Ejército de Tierra y la Armada y fue calando a través del entrenamiento militar en los reclutas de la tropa, de origen más humilde. Los oficiales veteranos, y una generación más vieja de políticos civiles, todavía defendían ideas menos agresivas de cooperación internacional, pero fueron perdiendo terreno de manera gradual pero inexorable ante las fuerzas que representaban la nueva ideología. Cuando empezó la guerra en China en 1937, los políticos que defendían el expansionismo que la mentalidad de la «vía imperial» había alimentado estaban ocupando altos cargos del Estado. Konoe era un claro exponente de los mismos. Sin embargo, en cualquier caso, la política estaba entonces cada vez más determinada por las demandas del Ejército.

China era la clave. Cuanto más se prolongaba la guerra, menos capacidad tenía Japón para poner freno a sus pérdidas y lograr algún tipo de acuerdo de paz, que era la premisa básica para la mejora de las relaciones con Estados Unidos. Cuanto más se adentraba Japón en aquella guerra de expansión, con un formidable coste humano y material, más rechazaban los partidarios de la línea dura del Ejército la posibilidad de una retirada. Tras las masacres de Shanghai y la «violación de Nanjing», el prestigio internacional de Japón había caído en picado. Y al endurecer Estados Unidos su postura disminuyeron las posibilidades de resolver el «Incidente de China». En 1905, el presidente Theodore Roosevelt había empleado la mediación estadounidense para poner fin a la guerra entre Japón y Rusia. Treinta y cinco años más tarde no había perspectiva alguna de que su tocayo, el segundo presidente Roosevelt, interviniera para formalizar una resolución de la guerra entre Japón y China. Con las lecciones del apaciguamiento en Europa todavía frescas en la memoria Estados Unidos no tenía intención de tratar de apaciguar a Japón. No obstante, sin un acuerdo, las relaciones entre norteamericanos y japoneses sólo podían empeorar. Y el suministro de petróleo a Japón peligraría con ello cada vez más. Dispuestos a no ceder ante aquella amenaza, los líderes japoneses respondieron con un giro hacia una política de expansión inminente hacia el sur. Como es natural, eso incrementó las posibilidades de una guerra con Estados Unidos, una guerra que incluso los «halcones» pensaban que sólo podría ganar Japón si lograba asestar un golpe rápido y fulminante.

Por tanto, cuando se tomó la crucial decisión de avanzar hacia el sur en julio de 1940, era

imposible plantear una estrategia alternativa convincente. Aunque hubo cierta disparidad en las prioridades, a menudo relacionada con los diferentes grados de temor a la guerra con Estados Unidos, el imperativo fundamental de la expansión hacia el sur estaba ya generalmente aceptado en toda la élite de poder japonesa. Y el solo hecho de contemplar otra alternativa significaba desestimar dicho principio, de modo que ni siquiera se podía considerar esa posibilidad. Mejorar las relaciones con Estados Unidos —es decir, eludir el riesgo de la guerra— significaba en realidad capitular ante China. A los ojos de los líderes japoneses, ello habría provocado una tremenda pérdida de prestigio de incalculables consecuencias internas. Habría sido descrito como un insulto a la memoria de quienes habían luchado, sufrido y muerto por Japón en la guerra con China, y habría tenido como consecuencia un Japón todavía más dependiente de Estados Unidos para el futuro a largo plazo de lo que lo estaba antes de embarcarse en la guerra en China, una vez socavada por completo su fuerza internacional.

Después del catastrófico desenlace de la Guerra del Pacífico para Japón, el país pudo recuperarse y consolidar una prosperidad sin precedentes sobre la base, precisamente, de la dependencia con respecto a Estados Unidos y la exitosa incorporación en un mercado mundial fundamentado en la competencia capitalista y las economías de mercado. Sin embargo, las mentalidades de 1940 estaban a años luz de las que, en una situación de derrota total, ayudarían a Japón a resurgir de sus cenizas. Aquellas concepciones iniciales no encontraban alternativa a la expansión imperialista para asegurarse las materias primas que Estados Unidos, en un tono cada vez más beligerante, amenazaba de modo creciente.

Una vez descartada ya sólo la mera premisa de un posible acercamiento a Estados Unidos (de no ser que se produjera un totalmente improbable cambio radical de opinión con respecto a China), sólo quedaba adoptar la política expansionista, repleta de peligros. Las aplastantes victorias del Ejército alemán en Europa en primavera de 1940 parecieron hacer surgir la oportunidad que Japón había estado esperando para obtener su «lugar bajo el sol». La ocasión no se podía dejar escapar. Una vez tomada en julio la decisión de la expansión, quedó establecida la plataforma para que Japón saliera de su aislamiento internacional autoimpuesto y reorientase sus filiaciones en el exterior hacia las victoriosas potencias del Eje. Como hemos visto, los miembros de las élites japonesas que se opusieron a dicho giro en la línea de actuación perdieron rápidamente toda su influencia. Y cuando se disipó la oposición de la Armada a principios de septiembre, el camino hacia el Pacto Tripartito, que se firmaría ese mismo mes, quedó despejado.

Japón había tomado sus propias decisiones cruciales. Tales opciones no implicaban necesariamente la guerra en el Pacífico. Todavía había mucho camino que recorrer antes de que se decidiera atacar Pearl Harbor. Sin embargo, las trascendentales resoluciones de 1941 habían sido prefiguradas por las del verano y otoño anteriores, que habían logrado llevar a Japón a un callejón sin salida.^[403] Bloqueado por su rechazo a considerar cualquier concesión sobre China, la única vía de escape de Japón entrañaba el altísimo riesgo de una guerra en el Pacífico. Ahora que Japón había optado por la expansión hacia el sur y por la construcción de una alianza militar con Alemania e Italia, Pearl Harbor se encontraba muchísimo más cerca.

4. *ROMA, VERANO Y OTOÑO DE 1940*

Mussolini decide llevarse su parte

Hitler siempre se presenta ante mí con un hecho consumado. Esta vez voy a pagarle con la misma moneda. Se enterará por los periódicos de que he ocupado Grecia. Así se restablecerá el equilibrio.

Mussolini, 12 de octubre de 1940

A las seis de la tarde del 10 de junio, Mussolini se dirigió desde el balcón del Palazzo Venezia, su cuartel general en el corazón de Roma, a una gran multitud integrada en su mayor parte por admiradores fascistas y movilizada en el último momento. Con la grandilocuencia que lo caracterizaba, anunció que el destino había decidido la entrada de Italia en la guerra. El sentido del honor, el interés personal y el futuro del país reclamaban que Italia entrase en combate. Iba a ser una lucha «contra las democracias plutocráticas y reaccionarias de Occidente, que han obstaculizado reiteradamente el avance e incluso amenazado la existencia del pueblo italiano». Romper el monopolio de las democracias occidentales, que ahogaba las posibilidades de expansión de Italia y limitaba enormemente su poder incluso dentro de los estrechos confines del Mediterráneo, era esencial para la libertad del país, aseguraba. Y describía la guerra italiana como «la lucha de un pueblo pobre contra quienes quieren hacernos morir de hambre quedándose con todas las riquezas y el oro de la Tierra».[404]

En ese momento aquélla parecía una buena idea, una apuesta segura de la que Italia sacaría un enorme provecho a un coste muy bajo dadas las asombrosas victorias de la Wehrmacht en Europa occidental. Pero en realidad pronto quedó de manifiesto que se trataba de un envite colosal que no tardaría en producir consecuencias catastróficas. Mussolini tenía la íntima sensación de que la Italia fascista se había visto arrastrada a seguir los pasos de Alemania durante algunos años. Italia fue una vez el socio principal en las relaciones con Hitler, pero los papeles se habían invertido de forma decisiva en la segunda mitad de los años treinta al calor de los éxitos en política exterior de Alemania y de su expansión territorial. A Mussolini le atormentaba verse relegado a la categoría de dictador de segundo orden. Y ahora, más claramente que nunca, Italia tenía que permanecer a la sombra de unos acontecimientos determinados por el poderío militar alemán. Afirmar el derecho independiente de Italia a su poder dentro del Eje era una razón clave para entrar en la guerra. Sin embargo, unos meses más tarde aquella reivindicación se había derrumbado. Lejos de ser una potencia autónoma haciendo su guerra paralela, Italia quedó pronto reducida a un simple apéndice de la lucha de Alemania por la hegemonía en Europa.

La parada principal en el trayecto hacia tan degradante posición fue la segunda decisión clave de Mussolini en cinco meses, tomada en octubre de 1940: la decisión de invadir Grecia. A las seis de la mañana del 28 de octubre, las tropas italianas atravesaban la frontera entre la Albania ocupada y el norte de Grecia. El Ejército griego no parecía plantear un obstáculo serio. La victoria sería rápida. Mussolini se veía a sí mismo apareciendo triunfante en Atenas tras una breve campaña, algo parecido a la aplastante arremetida alemana contra Polonia en otoño de 1939. La destrucción de Grecia constituiría un paso importantísimo hacia el imperio en los Balcanes y el Mediterráneo que tanto

ansiaba. Sin embargo, pronto se demostró que la campaña sería un fracaso. Las fuerzas griegas lucharon valientemente, con la ayuda de una buena organización, el conocimiento de un terreno difícil y la moral de unas tropas que trataban de repeler al invasor de su país. En el transcurso de dos semanas, era evidente que la supuesta victoria fácil se estaba convirtiendo ya en una humillación para el régimen de Mussolini.

La decisión de invadir Grecia resultó ser una temeridad de consecuencias desastrosas. Fue la primera derrota para las aparentemente invencibles fuerzas del Eje. Y, algo que revestía una importancia enorme, al descuidar el norte de África para dedicarse a Grecia, Mussolini ' había expuesto a las tropas italianas al colapso militar y al mismo tiempo había debilitado seriamente la situación del Eje en la campaña del desierto, el escenario más destacado de la guerra en aquel momento. Si hubieran conseguido expulsar a las fuerzas británicas de Egipto y la región del Canal de Suez, la guerra habría tomado un rumbo diferente. Pero en lugar de eso, las muy necesarias tropas italianas fueron desviadas para hacerse cargo del descalabro creciente en Grecia. Italia nunca se recuperaría de la doble humillación en Grecia y el norte de África. En primavera de 1941, Alemania se vería obligada a intervenir militarmente para acabar con el caos que la intervención de Mussolini había desatado en los Balcanes. El dictador italiano deseaba con todas sus fuerzas evitar la hegemonía alemana en dicha zona. Ahora, sus propias acciones habían conducido precisamente a eso. Las repercusiones de la desafortunada aventura balcánica de Mussolini fueron enormes, no sólo en lo que se refiere a su resultado militar, sino también por el debilitamiento de la autoridad del régimen fascista dentro de Italia. Aquél fue el principio del fin para el dictador italiano, ya que su apoyo —no sólo entre las bases, sino en el seno de la élite política— disminuyó rápidamente.

Tratando de obtener beneficios rápidos, Italia se había sumido en una guerra que iba a traer miseria, destrucción y sufrimiento sin cuento al país, lo que acabaría culminando en el derrocamiento del régimen fascista en 1943, la reorientación de la lealtad en favor del bando aliado en otoño de aquel año y unos amargos meses de brutal ocupación alemana en las regiones del norte antes de que la derrota total del Tercer Reich pusiera fin a aquel padecimiento. Por lo que respecta a Mussolini, las decisiones de entrar en la guerra en junio de 1940 y de invadir Grecia al cabo de unos meses acabarían provocando su salida del poder y, a continuación, su espectacular rescate de prisión y su restauración como mandatario títere de Alemania. Pero finalmente terminó pagando el precio cuando a finales de abril de 1945 él y su amante, Claretta Petacci, fueron capturados y ejecutados por partisanos a orillas del lago Como. A continuación sus cuerpos fueron colgados de una viga en una gasolinera, con el que fuera una vez líder glorificado injuriado ahora en la muerte por una multitud vociferante.

Fue Mussolini en persona el que tomó las cruciales decisiones que llevaron a Italia a entrar en la guerra y a embarcarse después en la desastrosa invasión de Grecia. De eso no cabe ninguna duda. Sin embargo, ¿cómo se tomaron tales decisiones? ¿Hasta qué punto fueron suyas exclusivamente? ¿En qué medida la arbitraria voluntad dictatorial desoyó los deseos e intereses de otros miembros de la élite de poder del Estado fascista, en especial del Ejército? ¿O es que el «decisionismo» de Mussolini reflejaba simplemente la actitud predominante dentro del régimen en su conjunto? ¿Fueron esas decisiones pragmáticas o ideológicas en esencia, resultado de un oportunismo inmediato o de objetivos a largo plazo, una ruptura con los eternos componentes de las expectativas italianas o el supuesto cumplimiento de las mismas? Y otro aspecto, no menos importante, ¿tomó Mussolini sus decisiones en unas condiciones tan restringidas que, en realidad, no tuvo más opción que llevar a

Italia a la guerra y al expansionismo? ¿O tenían él y su régimen, fueran cuales fueran sus alternativas preferentes, opciones reales en verano y otoño de 1940, opciones que prefirieron rechazar en favor del espejismo de ganancias fáciles y cuantiosas al abrigo de los conquistadores alemanes en Europa occidental?

I

La guerra y la expansión estuvieron implícitas en las ideas de Mussolini desde el principio de su «carrera» como ultrafascista. Con el tiempo, tales componentes se hicieron explícitos. Pese a lo disperso e impreciso de sus ideas, era fácil distinguir un elemento central. Antes incluso de su expulsión del Partido Socialista en noviembre de 1914 y de su enérgica defensa de la intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial al año siguiente, Mussolini celebraba la acción revolucionaria y limpiadora de la guerra y su necesidad si Italia quería librarse de su pasado y ocupar su lugar entre las grandes naciones. En marzo de 1919, en la reunión fundacional de los Fasci di Combattimento, anunció que Italia necesitaba y merecía ampliar su territorio para dar cabida a una población creciente. Poco después planteó la posibilidad de que Italia se uniera a Alemania si los Aliados no le daban lo que se le debía y de que acabara finalmente con la fuerza naval británica en el Mediterráneo. A mediados de los años veinte presentó su visión de una nueva clase de guerrero «siempre dispuesto a morir», la creación de la «selección metódica» y la base de las «grandes élites que a su vez establecen imperios». La guerra y la expansión moldearían al «nuevo hombre». El objetivo era el «imperio».[405]

Dicho objetivo siguió presente sin consecuencias prácticas significativas durante los años en los que el fascismo fue consolidando su control sobre el Estado italiano y sobre la sociedad. Un incidente diplomático en el que se vio involucrada Grecia desencadenó una breve incursión militar italiana y la ocupación de Corfú en verano de 1923 antes de que el asunto quedara resuelto con una compensación por parte de los griegos. Unos meses más tarde Yugoslavia cedió la disputada ciudad de Fiume a Italia, proporcionando así a Mussolini un nuevo (y fácil) éxito en materia de política exterior. Y a finales de 1926 Albania se había convertido de facto en un satélite económico de Italia, lo que, por lo demás, no dejaba de ser un triunfo mínimo. Italia estaba muy mal preparada para lanzarse a la aventura en el exterior a una escala considerable. El país soportaba la carga de las cuantiosas deudas heredadas de la guerra. La mayor parte de las regiones, especialmente las del sur, eran extremadamente pobres. La renta nacional era menos de la cuarta parte de la de Gran Bretaña. La base industrial era reducida, y estaba confinada principalmente al triángulo septentrional entre Milán, Génova y Turín. A la altura de 1938 – 1939 Italia producía tan sólo un millón de toneladas de carbón y 2,4 de acero. Por su parte, la producción británica era de 230 millones de toneladas de carbón y 13,4 de acero, y la alemana de 186 millones de carbón y 22,4 millones de acero.[406] El rearme avanzó muy poco antes de mediados de los años treinta. Y la población, al haber transcurrido tan poco tiempo desde las terribles pérdidas de la Primera Guerra Mundial, no albergaba muchos deseos de arriesgarse a un nuevo combate armado. Italia, como reconocían sus dirigentes (Mussolini también), era por el momento y con mucha diferencia la más débil de las «grandes potencias»; en

realidad, no era más que una mera aspirante a «gran potencia».

Mussolini seguía mostrándose por el momento sumamente cauto. La posición de Austria, en la frontera norte italiana, no planteaba todavía ningún problema. A finales de los años veinte, Mussolini aún tenía esperanzas de obtener apoyos en Hungría y Austria con el fin de crear una esfera italiana de influencia en la región del Danubio, y quería evitar por todos los medios que Austria quedase sometida a la influencia y el control de Alemania. Lo cierto es que las esperanzas de Anschluss con el Reich alemán que se habían extendido inicialmente por Austria después de la guerra se habían ido disipando con el tiempo, y la derecha revisionista alemana que abrigaba deseos de expansión se encontraba a finales de los años veinte en los márgenes de la política. La otra dificultad potencial en las relaciones con Alemania, la cuestión de Tirol del Sur —que era parte de Italia pero cuya población era mayoritariamente de habla alemana—, tampoco se había materializado en una peligrosa confrontación. Las estridentes voces que desde la derecha radical alemana clamaban por la devolución de Tirol del Sur sólo se escuchaban fuera de la línea política dominante. No en vano, la figura más prominente de la extrema derecha, Adolf Hitler, buscando ya mantener buenas relaciones con Italia, se había arriesgado a una escisión de su todavía pequeño Partido Nazi al manifestar su voluntad de renunciar a las reivindicaciones sobre Tirol del Sur.^[407] En su mente se dibujaban horizontes más amplios. Por su parte, Mussolini, pese al enorme resentimiento que le producía la superioridad del poder británico y francés, especialmente en el Mediterráneo, no quiso correr riesgos en su relación con las democracias occidentales (con las que se había unido en el Pacto de Locarno de 1925, destinado a estabilizar las fronteras occidentales de Alemania).

Mussolini se vio, pues, forzado durante años a andar con pies de plomo en materia de política exterior. Pero eso no modificó en absoluto su interés latente por el engrandecimiento territorial ni su creencia en la guerra como agente de regeneración nacional, como camino hacia el prestigio y el estatus que correspondían a una gran potencia.

La alteración de la escena internacional que siguió a la toma del poder por Hitler en Alemania en 1933 ofreció a Mussolini nuevas oportunidades y abrió la posibilidad de un nuevo papel activo para la Italia fascista en los asuntos europeos. La preocupación inicial de Mussolini fue apuntalar la independencia austríaca frente a las pretensiones nazis. Las relaciones entre Italia y Alemania fueron muy tensas durante un tiempo tras el asesinato del canciller austríaco, Engelbert Dollfuss, a manos de los nazis en julio de 1934. Y cuando, en abril, Mussolini alineó en Stresa a la Italia fascista con las democracias occidentales en contra del expansionismo alemán, estaba pensando en Austria fundamentalmente. Pero para entonces su atención había empezado a centrarse en Abisinia (Etiopía), un país lejano y empobrecido pero con ciertos atractivos para la Italia fascista. Mussolini deseaba un triunfo en el exterior, una exhibición del poderío italiano, una demostración al mundo, y a la propia población italiana, del poder y la fuerza nacional del fascismo. Durante mucho tiempo, el Mediterráneo oriental y el norte de África (Libia había sido colonia italiana desde 1912) habían formado parte del sueño de expansión de los imperialistas italianos. El interés de Mussolini en esas regiones como núcleo de un nuevo imperio fascista no era, por tanto, nada nuevo en esencia. Su ideal era en realidad la dominación de territorios más próximos a Italia, en la región mediterránea, y más en particular en los Balcanes, pero las Fuerzas Armadas italianas eran todavía muy débiles en comparación con las de las grandes potencias europeas. Cualquier idea de expansión en los Balcanes, por muy atractiva que pudiera parecer, tenía que ser desechada al menos en el futuro inmediato. Y es que era todavía demasiado arriesgada, especialmente dados los fuertes intereses

franceses en el sureste de Europa.[408] Abisinia, considerada como un reino primitivo y tribal incapaz de ofrecer una firme resistencia a las armas italianas, sirvió de sustituto.

La humillante derrota en Adowa en 1896 después de que las tropas italianas entrasen en Abisinia desde su colonia eritrea todavía dejaba sentir su huella de profundo resquemor entre los nacionalistas. La devastación de la nación en una breve y desigual guerra de venganza y la consecución de un triunfo para el fascismo constituían tentadoras perspectivas para el dictador italiano. El éxito sin costes parecía asegurado. Tenía que vencer las dudas y la pusilanimidad del rey, los líderes militares y los integrantes más conservadores de la élite de poder, preocupados por el riesgo que estaba asumiendo, pero pensaba que las democracias occidentales no intervendrían. Aunque esa suposición resultó ser en realidad un error de cálculo, pronto acabaría redundando en beneficio de Mussolini. La condena de la agresión italiana por parte de la Sociedad de Naciones y la imposición de sanciones económicas exacerbaron el odio hacia Gran Bretaña y Francia en el interior de Italia y fomentaron enormemente la popularidad de Mussolini y su régimen. Cuando cayó Adís Abeba en mayo, después de una campaña extremadamente brutal en la que se utilizó de forma masiva la guerra química, Mussolini pudo anunciar la victoria total, la asunción por el rey de Italia del título de emperador de Abisinia y la existencia de un nuevo Imperio Romano.

El Duce alcanzó entonces su momento cumbre.[409] El régimen se había fortalecido enormemente y su posición dentro de él era incuestionable. El grado de presunción de la imagen que tenía de sí mismo no conocía límites. Ahora esperaba ansiosamente la confrontación con las «decadentes» democracias occidentales, divididas y debilitadas por su respuesta a la guerra de Abisinia. El camino hacia el gran porvenir de Italia se hallaba, como parecía evidente (y no sólo para Mussolini), sólo en un estrechamiento de la vinculación con la Alemania de Hitler, que ya estaba haciendo sus demostraciones de fuerza, segura de convertirse en la potencia dominante de Europa central, y planteando un serio desafío a Francia y Gran Bretaña. En consonancia con ello Mussolini dio su aprobación a la remilitarización alemana de Renania en marzo de 1936, aceptó que Austria cayese ahora en la órbita alemana, tal y como hizo después de un acuerdo firmado en julio, y en noviembre de aquel año constituyó el Eje con Alemania como sello simbólico de su estrecha relación, visto con muy poco entusiasmo por la mayoría de los italianos.

De hecho, pese a todo aquel despliegue propagandístico, la relación entre Italia y Alemania distaba mucho en realidad de ser estrecha, y era cada vez más desigual. En otro tiempo Mussolini se había visto a sí mismo como el maestro y a Hitler como el alumno, pero ahora su sentimiento de inferioridad se agudizaba a medida que su homólogo se iba anotando un triunfo diplomático tras otro. Mussolini no podía ocultar su sentimiento de intimidación ante la fuerza militar alemana. El poder militar italiano, en comparación con el de la Wehrmacht, era cualquier cosa menos imponente. Una humillante derrota en Guadalajara en marzo de 1937, después de que Mussolini desoyera las advertencias de sus líderes militares acerca del apoyo efectivo de Italia a Franco durante la Guerra Civil española, fue un claro recordatorio de ello. La visita oficial de Mussolini a Alemania en septiembre de aquel año vino solamente a refrescarle la memoria en relación con el enorme abismo existente entre las dos dictaduras en cuanto a su potencia militar y acrecentar su amilanamiento ante el poder del Tercer Reich.

Cuando Hitler se anexionó Austria en marzo de 1938 se deshizo en agradecimientos a Mussolini por su apoyo. Sin embargo, a pesar de la posición adoptada cuatro años antes, Mussolini no tenía ahora más opción en aquel asunto que dar su consentimiento. Había asociado a su país con el

expansionismo de alto riesgo de la Alemania nazi y, en consecuencia, ofreció su respaldo total a la beligerante postura alemana en torno a la cuestión de los Sudetes aquel verano. Asimismo, manifestó estar dispuesto a luchar al lado de Alemania en el caso sumamente probable de que aquella acción desencadenara la guerra general europea. Pero aquel gesto tenía mucho de fingido. Mussolini era muy consciente de lo poco preparada que estaba Italia para una guerra de grandes dimensiones. Y cuando por un momento Hitler dio señales de vacilación, Mussolini aprovechó la ocasión que le ofreció Göring para mediar en el acuerdo de Múnich, que fue posible gracias a la disposición de las democracias occidentales a dividir Checoslovaquia en beneficio del bravucón alemán. La euforia con la que Mussolini fue recibido a su regreso a Italia como salvador de la paz en Europa no le agradó lo más mínimo, sino que vino a confirmarle que el pueblo italiano era demasiado amante de la paz, que no estaba preparado en absoluto para la guerra. Esa misma opinión aparecía de hecho expresada en toda una serie de informes realizados por funcionarios del Partido Fascista acerca del estado de opinión de la población y en los que se destacaba la hostilidad hacia los socios del Eje alemán y el terror a verse arrastrados a una nueva guerra.[410]

Mussolini respondió a aquellos temores con desprecio. Su objetivo era la guerra, no la paz. En un trascendental discurso pronunciado ante el Gran Consejo Fascista el 4 de febrero de 1939 —como actualización de una visión mucho tiempo defendida—, imaginaba una guerra con las potencias occidentales para lograr la versión italiana del Lebensraum. Italia, afirmaba, se encontraba en realidad encerrada sin salida al mar debido a la dominación británica del Mediterráneo, que bloqueaba el acceso a los océanos (y a la prosperidad) mediante el control del estrecho de Gibraltar en el oeste y el Canal de Suez en el este. Rodeada de países hostiles y privada de margen para la expansión, Italia era «una prisionera del Mediterráneo». La misión de la política italiana era, por tanto, «romper los barrotes de la prisión» y «avanzar hacia el Océano». Pero tanto si ese «avance» se producía hacia el océano Índico como hacia el océano Atlántico, «nos encontraremos enfrentados a la oposición anglofrancesa».[411]

Pronto un nuevo acontecimiento vendría a recordar otra vez a Mussolini que sólo podía avanzar al ritmo marcado por Alemania. La ocupación alemana de lo que quedaba de Checoslovaquia el 15 de marzo, sin avisar previamente, como venía siendo habitual, a su socio del Eje, dejó claro dónde residía el poder. Hitler había roto sin más en mil pedazos el acuerdo de Múnich alcanzado con la mediación de Mussolini. Cuando el emisario de Hitler expuso de palabra un mensaje de explicación y gratitud a Mussolini, un abatido Duce quiso ocultar la información a la prensa. «Los italianos se reirían de mí —se lamentaba—. Cada vez que Hitler ocupa un país me envía un mensaje».[412] Sin embargo, nada podía hacer salvo aceptar con buen talante el hecho consumado. Incluso se opuso en un principio a la sugerencia del conde Galeazzo Ciano, su ministro de Exteriores desde 1936 y casado con su hija, Edda, de anexionarse Albania para ofrecer al pueblo italiano alguna «compensación» por su humillación. Pero la anexión de aquel pequeño reino corrupto y atrasado, sometido todavía a una fuerte influencia italiana, sólo fue aplazada, y finalmente se llevó a cabo tres semanas después, el 7 de abril de 1939. Albania pasó entonces a ser poco más que el «gran ducado» de Ciano, como el ministro de Exteriores —joven y enérgico pero vanidoso, corrupto y superficial, más interesado en el golf y las mujeres que en el trabajo duro en el despacho diplomático— dio en llamarlo.[413] En comparación con los espectaculares golpes maestros de Hitler, aquella acción no dejaba de ser una bagatela, pero Mussolini la consideraba como una simple escala en el camino. Ya en mayo estaba contemplando la posibilidad de utilizar Albania para efectuar un ataque contra

Grecia con el fin de «sacar a los británicos de la cuenca mediterránea».[414] Como dijo Ciano a Hitler (el cual al parecer escuchó entusiasmado y logró mantenerse serio), el proyecto italiano consistía en hacer de «Albania un bastión que dominará inexorablemente los Balcanes».[415]

Pero el compromiso británico con Grecia y Rumania, formalizado tras la invasión italiana de Albania, llevó inmediatamente a Italia todavía más cerca de Alemania a través de una alianza militar, el «Pacto de Acero», firmado el 22 de mayo de 1939.[416] Los dos países garantizaban apoyo y asistencia militar mutua si una de las dos potencias entraba en guerra. Aquél fue un caso de «diplomacia fascista en su versión más chapucera»:[417] Italia se había comprometido a respaldar incondicionalmente a Alemania incluso en una guerra provocada enteramente por ésta.

Según la interpretación italiana, como Mussolini no tardó en recordar a Hitler, la guerra no debía estallar como mínimo hasta 1943, una vez que los preparativos italianos estuvieran completados.[418] Sin embargo, al día siguiente de la firma del «Pacto de Acero» Hitler ordenaba a sus generales que se preparasen para la guerra contra Polonia a la primera oportunidad.[419] A mediados de julio, los rumores sobre las intenciones alemanas con respecto a Polonia se habían convertido en alarmantes informes enviados por el embajador italiano en Berlín, Bernardo Attolico, que anunciaban que Alemania se estaba preparando para atacar Danzig el mes siguiente.[420] Ciano comenzó a temerse que Italia se viera empujada a la guerra «en las condiciones más desfavorables», con las reservas de oro y metales casi a cero y los preparativos militares en un estado deplorable, y se mantuvo firme en su convicción de que había que evitar la guerra.[421] Mussolini se debatía entre la idea de otro «Múnich» —una conferencia de paz internacional con el fin de aplazar la guerra otros tres años más o menos— y el deseo de luchar junto a Alemania por una cuestión de honor y para hacerse con «su parte del botín en Croacia y Dalmacia», con la que Hitler estaba tratando de tentarlo. Cuando Ciano se reunió con Hitler y Ribbentrop en la residencia alpina del dictador alemán, el Berghof, en las montañas que dominaban la ciudad de Berchtesgaden, entre los días 11 y 13 de agosto de 1939, no le quedó ninguna duda de que Alemania estaba resuelta a emprender una acción militar. A Italia le habían ocultado una vez más sus intenciones, y Hitler había «decidido atacar, y atacar es lo que hará». Ciano regresó a Roma «indignado con los alemanes», que «nos han traicionado y nos han mentado» y que ahora estaban «arrastrándonos a una aventura que no queremos». El ministro consideraba que Italia tenía las manos libres y recomendó encarecidamente mantenerse fuera de la guerra.[422] La desazón de Mussolini no cesaba, pero su instinto lo empujaba a inclinarse por luchar junto a Alemania si se producía el conflicto armado. Creía que todavía existía una posibilidad de que las democracias occidentales no interviniesen. En tal caso, quería beneficiarse de las fáciles ganancias que se derivarían de aquella situación. Pero si al final estallaba la guerra, lo que parecía muy probable, pensaba que Italia aparecería como una cobarde a los ojos del mundo si se echaba atrás. Y todavía había otro elemento de peso para él, según Ciano: su miedo a que Hitler, furioso por el incumplimiento por parte italiana del «Pacto de Acero», pudiera «abandonar la cuestión polaca con el fin de ajustar cuentas con Italia».[423]

La asombrosa noticia recibida la noche del 22 de agosto del inminente Pacto de No Agresión alemán con la Unión Soviética —otra sorpresa para Italia— asestó un duro golpe a las democracias occidentales que sirvió a su vez de estímulo a Mussolini, cuyas tendencias beligerantes se vieron alentadas por el adulador (y totalmente engañoso) informe de Alberto Pariani, subsecretario de Guerra, sobre el buen estado de preparación del Ejército, que estaba sin embargo en absoluta contradicción con la opinión del rey Víctor Manuel III, manifestada en su encuentro con Ciano el 24

de agosto, de que «no estamos en absoluto en condiciones de hacer la guerra» y de que «el Ejército se encuentra en un estado “lamentable”». Los oficiales no estaban cualificados, el equipamiento estaba viejo y obsoleto y la opinión pública era hostil a los alemanes. El rey se mantuvo firme en su idea de que Italia tenía que seguir fuera de la guerra, al menos por el momento, y esperar a conocer el rumbo de los acontecimientos. Y lo más importante, insistió en la necesidad de intervenir en la toma de las «decisiones supremas».[424] Ello equivalía a vetar la intención de Mussolini de llevar a Italia a la guerra.

Al día siguiente, Ciano transmitió las opiniones del rey a un «ardientemente belicoso» Mussolini, que fue convenientemente disuadido de llevar al país a la guerra y forzado a aceptar la no intervención. Ante la llegada de una carta de Hitler en la que le preguntaba sobre el «compromiso italiano» de acción inminente, Mussolini se vio obligado a admitir que «será lo más oportuno para mí no tomar la iniciativa en las operaciones militares a la vista del actual estado de los preparativos de guerra italianos», añadiendo que la intervención dependía de la entrega inmediata de suministros militares y materias primas para poder resistir un ataque llevado a cabo por Gran Bretaña y Francia.[425] Finalmente, el 26 de agosto se elaboró una lista con demandas extraordinariamente desorbitadas que fue adornada todavía más por Attolico, que, al pedir por iniciativa propia la entrega inmediata de todas las provisiones solicitadas antes de que Italia pudiera entrar en la guerra, pretendía desalentar cualquier posible muestra de conformidad con las peticiones por parte alemana. Y funcionó. Hitler no podía satisfacer de ningún modo aquellas peticiones, por lo que comunicó a Mussolini que comprendía la posición de Italia y sólo le pidió que mantuviera una postura amistosa. Su propuesta fue, como señalaba Ciano, «aniquilar Polonia y derrotar a Francia e Inglaterra sin ayuda», lo que suponía un duro golpe al prestigio de Mussolini. Hitler había llevado a su país a la guerra menos de seis años después de llegar al poder, mientras que él, el Duce, no estaba en condiciones de hacer que Italia entrase en combate después de casi diecisiete años al mando. Y aquello le producía un profundo resquemor. El 26 de agosto dijo a Hitler: «Puedes imaginar mi estado de ánimo al encontrarme obligado por fuerzas que escapan a mi control a no ofrecerte verdaderas muestras de solidaridad en el momento de la acción».[426] Sus intenciones personales habían sido claras, pero se había visto obligado a ceder ante la presión procedente del interior de su propio régimen en contra de involucrar al país en una guerra. Por ahora tenía que pasar aquel amargo trago y aceptar la novedosa categoría, desconocida para la legislación internacional, de «no-beligerancia», menos degradante, bien es cierto, que la «neutralidad», pero muy por debajo de lo que exigían los valores castrenses fascistas.[427]

Tendrían que pasar diez meses antes de que se presentara la ocasión de contrarrestar el paso atrás dado a finales de agosto de 1939. En ese momento la oportunidad era demasiado buena como para dejarla escapar.

II

El hecho de que, en agosto de 1939, el deseo de Mussolini de llevar a Italia a la guerra hubiera de ceder ante la presión en favor de mantenerse fuera de ella, en no poca medida debido a la hostilidad

del rey a la intervención, pone de manifiesto los límites reales del poder del dictador. Su homólogo alemán se encontraba en una posición mucho más fuerte. Una vez que Hitler se convirtió en jefe del Estado a la muerte del presidente Hindenburg a primeros de agosto de 1934, momento en el cual el Ejército hizo juramento de fidelidad a su persona, su poder era absoluto, en el sentido de que ningún individuo ni ningún organismo o institución podía plantear desafío constitucional alguno y que no existía ninguna base de lealtades alternativas. Hitler estrechó su poder sobre las Fuerzas Armadas en febrero de 1938 mediante una reorganización de la estructura central de control bajo su mando directo. En Italia, por el contrario, casi diecisiete años después de que Mussolini tomase el poder tras la «Marcha sobre Roma» en octubre de 1922, ese poder, si bien no se podía subestimar, distaba todavía mucho de ser absoluto. Aunque la apariencia del diminuto monarca no resultaba para nada espectacular y le hacía parecer un raquítico complemento de la imponente presencia de Mussolini, aquél seguía siendo el jefe del Estado, y con poderes no meramente nominales. Después de todo, como demostrarían los acontecimientos de julio de 1943, en el preciso momento en el que designó a Mussolini jefe de Gobierno en 1922 se reservó la prerrogativa de sacarlo del poder. Por otro lado, el rey representaba un foco alternativo de lealtad, particularmente importante en el caso de las Fuerzas Armadas. Muy en particular, el cuerpo de oficiales del Ejército de Tierra y la Armada conservaba un fuerte sentimiento de fidelidad a la monarquía. Su principal objeto de lealtad, tal y como lo percibía la gran mayoría de sus miembros, era el rey, jefe de las Fuerzas Armadas. El enorme despliegue de sobornos e intimidaciones que Mussolini puso en práctica en sus relaciones con los líderes militares nunca fue suficiente para granjearse la incondicional lealtad de éstos, una debilidad que dejaría ver sus funestas implicaciones con ocasión del golpe de julio de 1943.

Aunque durante el agitado período de no-beligerancia entre 1939 y 1940 no se dieron signos manifiestos de la posterior ruptura entre Mussolini y sus líderes militares, lo cierto es que el dictador no lograba imponer su autoridad sobre sus generales y almirantes más destacados.^[428] En más de una ocasión se lamentó de las deficiencias que observaba en el Ejército y de su incapacidad para purgar el cuerpo de oficiales, al igual que expresaba su intención de acabar con la monarquía en cuanto tuviera ocasión de hacerlo.^[429] Con todo, por el momento tenía que soportar lo que consideraba un exceso de prudencia, pusilanimidad, pesimismo y falta de «espíritu de lucha» fascista por parte del rey y de sus consejeros militares.

El cuerpo de oficiales seguía siendo, para disgusto de Mussolini, irremediablemente conservador, tanto en lo referente al personal como a la estructura. Italia carecía de la fuerte cultura militarista que se había desarrollado en Alemania (especialmente en Prusia). En general no existía un gran entusiasmo por los militares en la sociedad italiana. El Ejército de Tierra no gozaba de un elevado prestigio, como sucedía no sólo en Alemania, sino también en las democracias occidentales, Gran Bretaña y Francia. Y lo mismo sucedía con la Armada, en tanto que la Fuerza Aérea, al igual que en otros países, todavía estaba empezando a establecerse. La tradición militar de Italia registraba derrotas humillantes, en particular la de Adowa en 1896 y la de Caporetto en 1917, en lugar de victorias gloriosas. Una carrera en los servicios armados no era, en consecuencia, el principal objeto de deseo de la mayoría de los italianos instruidos y técnicamente cualificados, que, en cualquier caso, no eran muy numerosos dentro de una sociedad con un nivel educativo muy pobre y una industria subdesarrollada. El resultado era la ausencia de talento y el bajo calibre de éste en el seno de la que era prácticamente una especie de rígida casta militar, especialmente en el Ejército de Tierra. Si Mussolini hubiera sido lo suficientemente poderoso como para purgar el mando militar,

habría tenido grandes dificultades para reemplazar a los destituidos por hombres de cualidades mucho mayores. En la práctica, apenas podía hacer mella en las restringidas filas de los grandes generales, que, pese a sus rivalidades personales e intersectoriales, contaban con el respaldo que les proporcionaban sus estrechos lazos con la monarquía.

Desde 1926 Mussolini había sido ministro titular de cada una de las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, durante años se mostró tímido en sus relaciones con los mandamases, preocupado por no despertar su antagonismo y consciente de sus propias deficiencias técnicas en materia militar, así como de la necesidad de proteger su imagen manteniéndose al margen de cuestiones que no comprendía enteramente. Poco fue lo que se hizo por lograr una verdadera coordinación de la jefatura de las Fuerzas Armadas. Y así seguiría siendo a lo largo de la guerra, lo que perjudicó seriamente a la planificación estratégica.^[430] Los poderes del mariscal Pietro Badoglio, jefe del Estado Mayor desde 1925, para intervenir en la dirección interna de cada una de las ramas de los servicios armados, e incluso para coordinar la reflexión sobre asuntos estratégicos, eran más nominales que reales. Badoglio ejercía en buena medida como mero enlace entre Mussolini y los líderes del Ejército de Tierra, la Armada y el Ejército del Aire y como principal consejero del dictador en materia de planificación militar. Su papel como cerebro de la victoria en Abisinia había reforzado su posición, de modo que Mussolini no podía desoír fácilmente sus consejos, pero éstos, caracterizados por un tono netamente defensivo, raramente decían lo que el dictador quería oír.

Tampoco le gustaba a Mussolini tener que asumir las evidentes insuficiencias de sus Fuerzas Armadas y su falta de preparación para un combate de grandes dimensiones.^[431] La victoria en Abisinia con ayuda de la artillería pesada, los bombarderos y el gas mostaza contra un enemigo irremediabilmente inferior (que, no obstante, ofreció sorprendentemente una tenaz resistencia durante algunos meses) no sirvió de preparación para la intervención en la guerra europea con la que contaba Mussolini para conseguir su lugar bajo el sol, aunque sí incrementó su ambición por dirigir los asuntos militares. Dado que las fuerzas aérea y naval eran para él la clave de la futura hegemonía en el Mediterráneo tras la lucha contra Gran Bretaña y Francia, el Ejército del Aire, sobre todo, y la Armada, en cierta medida, fueron considerados prioritarios frente al Ejército de Tierra en la asignación de recursos. Sin embargo, a pesar del considerable avance en el rearme de la Armada en la segunda mitad de los años treinta, al final de la década la flota todavía no estaba en absoluto preparada para un combate a gran escala, y sus jefes daban muestras de una gran ineficacia en la planificación operativa y estratégica, dominados por una mentalidad defensiva y estancados en la guerra naval del pasado. El Ejército del Aire, por su parte, había logrado ocultar sus deficiencias en Abisinia y durante la Guerra Civil española, pero, pese a experimentar un notable desarrollo a finales de los treinta, seguía siendo muy débil desde el punto de vista técnico y organizativo en comparación con sus equivalentes británico y alemán. El Ejército de Tierra se vio desfavorecido en beneficio de la Armada y la Fuerza Aérea en el reparto de los recursos, y se resentía igualmente de lo reducido de la base industrial italiana. Además, sus altos mandos seguían anclados en las líneas de pensamiento militar de antaño, recelosos e incapaces de romper las cadenas con el pasado. A finales de los años treinta, en consecuencia, el Ejército se encontraba en un deplorable estado de desarrollo, muy alejado de los niveles de modernización que exigían las nuevas modalidades bélicas, caracterizadas por una mayor movilidad. Un experimentado oficial, el general Ettore Bastico, advertía de los peligros de idolatrar al tanque de guerra y quería «reservar nuestra veneración para el soldado de infantería y la muía», y ya en 1940 el subjefe del Estado Mayor, general Mario Roatta,

expresó su oposición a la supresión de la caballería.[432]

Así pues, cuando se hallaba en la cúspide de su poder, Mussolini todavía se enfrentaba a una casta militar —especialmente fuerte en el caso del cuerpo de oficiales del Ejército de Tierra— que distaba mucho de responder a su ideal fascista y que en algunos aspectos se mostraba obstruccionista ante sus ambiciosos planes de guerra y expansión. Y estaba a cargo de unas Fuerzas Armadas mal dirigidas, poco coordinadas, insuficientemente modernizadas (especialmente, de nuevo, en el caso del Ejército de Tierra) e inadecuadamente preparadas para un combate verdaderamente arduo.

El liderazgo de las Fuerzas Armadas era sólo una —aunque se podría decir que la más importante— entre una serie de bases de poder parcialmente autónomas dentro del régimen fascista que eran mucho más que simples vehículos del control y la dominación supuestamente «totales» de Mussolini. Podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que el fascismo en Italia, más que en el régimen de Hitler en Alemania, descansaba sobre un «cártel de poder».[433]

La «toma del poder» por Mussolini en la «Marcha sobre Roma» en 1922 era un mito fascista. En realidad, el poder le había sido entregado por medio de una negociación con las élites dirigentes nacional-conservadoras. Lo sucedido «no fue una revolución sino un compromiso autoritario» que estableció «una dictadura fundamentalmente política que presidía un sistema institucional semipluralista».[434] El gran capital, la Iglesia y la burocracia estatal conservaron cierta independencia con respecto al control fascista. En la esfera económica, Mussolini tuvo que colaborar con los jefes de la industria, la empresa y las finanzas, en lugar de ejercer su control sobre ellos. En un país en el que el catolicismo tenía una influencia tan enorme —y nada lo ilustraba mejor que la residencia del papado en el interior de la capital de Italia—, Mussolini no tenía otra opción que lograr establecer un *modus vivendi* con la Iglesia, tal y como hizo con las significativas concesiones hechas en el Pacto de Letrán de 1929 a cambio del fin de la hostilidad papal hacia el Estado italiano. Y pese a la retórica de las ambiciones totalitarias del fascismo, el partido hizo pocos avances en pos de la dominación del aparato del Estado. Muy al contrario, se vio despojado de buena parte del poder real y convertido en buena medida en un instrumento de movilización de masas, propaganda, intento de adoctrinamiento político y aclamación del líder. A diferencia de la Unión Soviética, el Estado, y no el partido, ostentaba la preeminencia. Mussolini reconoció este hecho al hacerse cargo durante un tiempo en la segunda mitad de los años veinte de no menos de ocho ministerios estatales. Aunque no cabe duda de que esta circunstancia contribuyó de manera muy significativa a establecer su invulnerable liderazgo, en realidad, dado que no podía supervisarlos y dirigirlos todo en persona, también impulsó el papel de la burocracia estatal.[435] Incluso dentro del propio Partido Fascista la posición de Mussolini había sido en principio la de *primus inter pares*, reconocido líder del partido, aunque obligado a admitir las zonas de influencia independientes de los pequeños caudillos locales, los *ras* (un término etíope), de cuyo control de la organización local del partido se beneficiaba en última instancia su propio poder.[436] No obstante, a finales de los años veinte aquella inicial dependencia mutua había dejado paso a la supremacía absoluta del Duce sobre el partido.

La batalla inicial de Mussolini, una vez en el poder, consistió en someter al Partido Fascista a su control absoluto. Uno de los medios para lograrlo fue la constitución del Gran Consejo Fascista, que fundó en 1922 y convirtió supuestamente seis años más tarde en «el órgano supremo que coordina todas las actividades del régimen». En la práctica, el Consejo apenas se reunía, no tenía poderes legislativos y acabó siendo de hecho poco más que un organismo de gestión personal para Mussolini.[437] Cuando el dictador tomó sus grandes decisiones en 1940, la de entrar en la guerra y

después la de atacar Grecia, ni siquiera consultó al Gran Consejo. Sin embargo, como demostrarían los acontecimientos de 1943, incluso aquel animal manso podía dar todavía algunas coces, pues fue el Gran Consejo Fascista el que encabezó la revuelta contra Mussolini que acabaría provocando su destitución. Desde el punto de vista institucional, pues, incluso el Gran Consejo Fascista, pese a estar mutilado en la práctica, constituía un freno potencial para el poder de Mussolini. En Alemania, por el contrario, Hitler rechazaba sistemáticamente cualquier tentativa de establecer un senado del Partido Nazi, en guardia como siempre ante la existencia de cualquier organismo colectivo que pudiera estar en condiciones en determinadas circunstancias de desafiar su autoridad personal.[438]

Aunque el poder de Mussolini no era absoluto, se amplió enormemente entre 1925 y 1940, hasta el punto de acercarse al de un «príncipe absolutista» cuyas decisiones no estaban sujetas a ningún control efectivo.[439] En dicha evolución resultaron cruciales la creciente centralización del control sobre el partido, el crecimiento y ampliación del extravagante culto al Duce y el impacto de la guerra de Abisinia sobre el prestigio de Mussolini.

Desde 1925, la independencia residual de los jefes fascistas provinciales o ras fue debilitándose debido a la incesante centralización burocrática de la organización del partido. A comienzos de los años treinta, incluso los jefes regionales más autónomos, como Roberto Farinacci, caudillo de Cremona, representante de la línea dura y secretario del partido durante un tiempo a mediados de los años veinte, habían visto sus alas cortadas. Dos secretarios generales, absolutamente leales a Mussolini, Augusto Turati y Achille Starace, lograron purgar a los elementos más rebeldes del primer movimiento fascista para convertir después el partido en una inmensa, enormemente abultada organización dedicada en gran medida al intento de movilizar a las masas en torno al régimen, y especialmente en torno a su líder, y a adoctrinarlas en los objetivos y principios del fascismo. En aquellos años, la estética del poder fue cuidadosamente pulida y orquestada. A finales de los treinta el partido había incrementado sustancialmente su tamaño. En vísperas de la guerra europea, casi la mitad de los ciudadanos italianos eran miembros formales del partido o de alguna de sus organizaciones.[440] No obstante, desde el punto de vista doctrinal, el impacto del fascismo era muy superficial. El compromiso ideológico con el régimen y con el «espíritu de lucha» del fascismo que Mussolini deseaba ansiosamente inculcar a la población seguía siendo limitado, en cualquier caso mucho menos profundo que la influencia del nazismo en la población alemana.[441]

Antes de la década de los treinta el Partido Fascista se había convertido en gran medida en un gigantesco vehículo de adulación de Mussolini, un fenómeno que se vio acompañado del desmesurado acrecentamiento del culto al Duce. Los matices pseudorreligiosos presentes en la creencia de que el Duce «siempre tenía razón» no necesitan más explicación. Y dicha creencia podía coexistir fácilmente —como lo hacía la cuasi-deificación de Hitler en Alemania— con una lealtad reducida tanto al Partido Fascista como a sus doctrinas.[442] Sin embargo, es obvio que la confección del culto al Duce generó un nivel de aclamación popular que fortaleció enormemente el poder de Mussolini. A comienzos de los años treinta el dictador se sintió suficientemente fuerte para sacar de los altos cargos a casi todas las figuras destacadas del primer movimiento fascista, aquellas que podrían haber puesto freno a su creciente hegemonía. El rencor que algunos le guardaban quedaría de manifiesto más tarde, cuando Mussolini se encontrase en su situación más vulnerable, en el momento de la decisiva reunión del Gran Consejo Fascista en julio de 1943. Sin embargo, en el futuro inmediato, los antiguos potentados fascistas, divididos y desprovistos de una voz colectiva, vieron su poder reducido a la dependencia personal con respecto a Mussolini.[443] El Duce había

reafirmado su posición a expensas de los que fueran una vez sus poderosos camaradas fascistas. Sus sustitutos eran personajes mediocres, acólitos indiscutibles de Mussolini.

El propio Mussolini volvió a hacerse cargo de algunos de los ministerios más importantes, entre ellos, en 1933, el de Asuntos Exteriores (considerado demasiado conciliatorio en manos de su antiguo titular, el caudillo fascista de Bolonia, Dino Grandi) y las carteras militares.[444] Aquel gesto era un signo de que pronto la política exterior iba a volverse más enérgica. Por su parte, los otros «grandes batallones» del régimen —tales como la gran empresa, la burocracia estatal, los altos mandos militares y, en no menor medida, el propio rey— tenían ahora más dificultades para desafiar a Mussolini gracias a su acrecentado prestigio popular, que le permitió incrementar asimismo el alcance de su primacía. Dicho de otro modo, el «cártel de poder», pese a seguir existiendo, vio cómo el inicial equilibrio de poderes se inclinaba netamente en favor de Mussolini en el transcurso de los años treinta, lo que hizo que el agresivo expansionismo por el que éste había apostado, especialmente cuando ya era víctima del culto al Duce y se había acabado creyendo el mito de su propia infalibilidad, pasara a ser un componente destacado de la política fascista, y que fuera más difícil que pudieran frenarlo quienes tenían miedo a las consecuencias del mismo para el país.

La desorbitada hegemonía del Duce recibió un fuerte espaldarazo de la mano de la guerra de Abisinia, que fue en sentido estricto una auténtica guerra de Mussolini. La llevaba planeando desde 1932. Había insistido firmemente en su realización y forjado la forma de llevarla a cabo pese a los intentos por parte de la Sociedad de Naciones de encontrar una solución diplomática que favoreciese a Italia. Siguió adelante con la decisión de emprender la guerra frente a las alarmistas advertencias de Badoglio de que acabaría provocando una guerra con Gran Bretaña, frente a la prudencia de la clase dirigente conservadora, que odiaba el riesgo y temía verse envuelta en una conflagración mayor y frente a las no menos importantes preocupaciones del rey, al que, como afirmaría más tarde, hubo que obligar a ir a la guerra.[445] Una vez conseguida la victoria la primavera siguiente, el triunfo de Mussolini, anunciado sin cesar, a bombo y platillo, en un enorme despliegue de adúladora propaganda, era por fin completo. Su posición había recibido otro gran impulso. Su «heroica» imagen adquirió un renovado lustre. El culto al Duce alcanzó su apogeo. Especialmente en materia de guerra y paz, Mussolini destacaba sobre todas las demás figuras del régimen. Su control sobre los asuntos exteriores no disminuyó cuando Ciano, incondicional de Mussolini antes de la guerra, asumió la responsabilidad del Ministerio de Exteriores en 1936. La guerra de Abisinia tuvo otra consecuencia importante para la estructura de poder en Italia. Las viejas élites, incluido el rey, no querían al principio ir a la guerra, pero gozaron de la gloria proporcionada por ella (aunque Mussolini aseguraría más tarde que el rey no la merecía).[446] Además, habían defendido los objetivos expansionistas, que tenían sus raíces en los sueños imperialistas anteriores a 1914 de la clase dirigente conservadora y de los Gobiernos liberales,[447] aunque al mismo tiempo tenían miedo a las repercusiones de un posible conflicto con las democracias occidentales. Y habían sido cómplices de la brutalidad de la guerra en Abisinia una vez iniciada ésta. Las atroces iniciativas en la orientación del curso de la guerra respondían a directrices procedentes de la élite militar y no de Mussolini en persona, si bien es cierto que también el Duce ordenó medidas tremendamente crueles.[448]

Tras la guerra de Abisinia, la alineación con Alemania mediante la constitución del Eje, la participación de Italia en la Guerra Civil española, el papel desempeñado por Mussolini como mediador en el Pacto de Múnich y la anexión de Albania fueron claros indicadores de que la

elaboración de la política relativa a los asuntos exteriores se había ido convirtiendo poco a poco en competencia directa y personal del Duce, secundada e instigada por Ciano. En cuestiones de guerra y paz, la toma de decisiones había adquirido para entonces un tono sumamente personalista. La discusión no formaba parte, se decía, del «estilo fascista». Las decisiones imprevistas eran reflejo de unas cualidades «napoleónicas».[449] En marzo de 1938 Mussolini reclamaba la equiparación de su categoría con la del rey en tanto que comandante supremo de las Fuerzas Armadas.[450] Los organismos supuestamente representativos del Estado fascista, el Gran Consejo Fascista, el Senado (desde hacía mucho tiempo integrado exclusivamente por miembros designados por Mussolini) y la Cámara de los Fascios y de las Corporaciones (sucesora en 1939 de los restos largo tiempo moribundos de la Cámara de los Diputados, el antiguo Parlamento), no participaban en la toma de decisiones.[451] No existía ninguna asamblea institucional u organismo colectivo en el que se adoptaran resoluciones de forma conjunta. El Consejo de Ministros sólo se asemejaba en apariencia al Gabinete de un sistema democrático de gobierno. Se reunía únicamente a instancias de Mussolini, y lo hacía invariablemente para escuchar los dictámenes del Duce, cuyo dominio sobre él era absoluto; era un receptáculo de decisiones ya tomadas más que una institución que pudiese contribuir a la determinación de las líneas de actuación. Era Mussolini en persona el que decidía. En este sentido, la situación era totalmente análoga a la de la Alemania de Hitler, con la salvedad de que en este último caso no existía una fuente última de posibles restricciones a la acción, mientras que Mussolini todavía tenía que contar con la aprobación del rey en tanto que jefe del Estado y foco de lealtad para el Ejército.

Sólo existían dos instrumentos dentro del Estado fascista con capacidad para influir sobre el poder de decisión de Mussolini en materia de guerra y paz. Uno de ellos era el Ministerio de Exteriores, cuyo titular, Ciano, empezó a alejarse radicalmente de la línea marcada por su suegro en 1939 porque deseaba por todos los medios evitar una guerra que, pensaba, resultaría desastrosa. Sin embargo, no era más que una oposición táctica, nacida del temor a las consecuencias del fanático deseo de Mussolini de mezclar a Italia en una guerra. Ciano, que albergaba la íntima esperanza de suceder un día a Mussolini, apostaba igualmente por la expansión, muy especialmente en los Balcanes. El diletante ejercicio de sus funciones como ministro de Exteriores hacía que los consejos dados a Mussolini tuvieran a menudo un alto componente personal, en lugar de emanar de la competencia de los ministros profesionales. Los fascistas designados para ocupar cargos en el alto funcionariado habían radicalizado en cierta medida la plantilla de un ministerio en cualquier caso tradicionalmente predispuesto a la expansión.[452] Además, Ciano había instaurado un nivel supremo en el ministerio que fue ocupado por validos y aduladores, lo que redujo la influencia del aparato tradicional.[453]

La otra esfera de posible influencia sobre Mussolini, como ya hemos señalado, era la de los consejeros militares (y detrás de ellos, el rey). Los asesores habían apoyado con ciertas reticencias a Mussolini en su decisión de atacar Abisinia en 1935, pero éste había demostrado tener razón, lo que contribuyó a fortalecer su posición. Un estudiado servilismo empezó a generalizarse incluso entre los altos consejeros militares. Generales y almirantes, recibidos por el Duce, recorrían casi veinte metros a lo largo de su enorme salón de audiencias en el Palazzo Venezia antes de detenerse para alzar el brazo a modo de saludo fascista.[454]¹ Sin embargo, lo único que los mandos del Ejército podían transmitir a Mussolini en 1939 era la falta de preparación de las Fuerzas Armadas para entrar en conflicto con las democracias occidentales. Aunque a regañadientes, Mussolini había cedido en el

último minuto a la presión de Ciano y de sus asesores militares, y accedió finalmente cuando el rey ya había dado a conocer su oposición a la guerra.

Mussolini se tomó la decisión de no entrar en acción junto a Alemania como un tremendo golpe a su prestigio (y al de Italia), y pasó los meses siguientes debatiéndose entre su instinto, que le hacía desear la guerra, y la aceptación de que sus Fuerzas Armadas no estaban en condiciones de combatir. No podía hacer otra cosa que confiar en que surgieran nuevas oportunidades. Y éstas no tardaron en aparecer.

III

El 4 de septiembre de 1939, el día después de que Gran Bretaña y Francia declarasen la guerra a Alemania, Mussolini dejó clara a Ciano su total solidaridad con el Reich de Hitler. Estaba convencido de que los franceses no querían entrar en combate. (No dijo nada de Gran Bretaña, aunque Ciano opinaba que la intervención británica garantizaba que la guerra sería «larga, incierta e implacable».) A continuación, el Duce señaló, según el relato de Ciano, que «todavía sueña con heroicas empresas contra Yugoslavia que le conducirían hasta el petróleo rumano». Y en un tono más sobrio, insinuaba Ciano, el Duce se resignó a la neutralidad con el fin de consolidar la fuerza económica y militar para intervenir «en el momento adecuado». Pero entonces volvió de repente a la idea, todavía atractiva para él, de unirse a Alemania en el conflicto. Ciano creía que tenía que seguir tratando de disuadir a Mussolini de esa actitud. «Si no —añadía proféticamente—, eso supondrá la ruina del país, la ruina del fascismo y la ruina del propio Duce».[455]

Los éxitos alemanes en Polonia convencieron a Mussolini de que pronto podría actuar como mediador en un nuevo acuerdo de paz. Sin embargo, pese a las múltiples señales del lamentable estado de preparación militar de Italia —debido en buena parte a la endémica e irremediable ineficiencia en la gestión de las Fuerzas Armadas, ya que sólo diez de las sesenta y siete divisiones estaban listas para el combate a mediados de septiembre y la falta de provisiones era extraordinaria [456]—y a la fuerza del sentimiento antialemán en el seno de la población italiana, Mussolini se lamentaba sin tapujos de no poder luchar al lado de Alemania. Una «gran nación», pensaba, no podía mantener una posición de neutralidad «sin perder su prestigio». Italia tenía que prepararse para intervenir.[457] Pero prepararse —y esperar— era todo lo que el frustrado Mussolini podía hacer. Además tenía sus dudas sobre la definitiva victoria alemana, e incluso llegó a insinuar que le convendría que la partida terminara en unas ensangrentadas tablas entre Alemania y las potencias occidentales, dejando así que Italia viniera a limpiar las piezas.[458] En una fecha tan tardía como 1940, Mussolini preveía que un ataque alemán a Francia resultaría extremadamente sangriento y no produciría resultados concluyentes.[459] Celoso ante los éxitos de Hitler, no le habría disgustado ver cómo el dictador alemán se veía «desacelerado».[460]

Pero, ¿y si sucedía lo contrario? Hitler había dejado claro, en el transcurso de su reunión con Ciano el 1 de octubre en Berlín, que los destinos de Alemania e Italia estaban inextricablemente unidos. La derrota de Alemania significaría el fin de los sueños italianos de convertirse en amos del Mediterráneo. Y, aunque comprendía la posición de no-beligerancia, Hitler dio a entender que «en

cierto momento, Italia tendrá que sacar provecho de las favorables oportunidades que se presentarán para salir resueltamente a la palestra».[461] A Mussolini lo atormentaba la posibilidad de que el triunfo alemán llegara demasiado pronto, de que Italia no estuviera en condiciones todavía de aprovechar la ocasión. Sabía que el país no estaría preparado al menos hasta 1942.[462] E Italia no podía comprometerse, explicó a Hitler, a una guerra prolongada.[463] Sin embargo, le gustaría «hacer algo que nos permitiera entrar en el juego —anotó Ciano aquel otoño—. Se siente excluido, y eso le duele».[464]

Poco después del inicio de la guerra, Mussolini habló de la intervención de Italia en algún momento posterior a mayo de 1940, pero aquellas muestras de optimismo no tardaron en disiparse. Los informes que le llegaban a finales de año sobre el estado de los preparativos militares eran tremendamente deprimentes. El Ejército de Tierra y la Armada no estarían completamente listos antes de 1943 – 1944, y la Fuerza Aérea algo más pronto, aunque no antes de mediados de 1941. Pero incluso aquellos cálculos derivaban más de la expresión de un deseo que de la experiencia efectiva. Mussolini tuvo que abandonar sus esperanzas de combatir en 1940 y aplazar la fecha de una posible intervención hasta la segunda mitad de 1941.[465]

La intervención, aun en el caso de que se produjera antes de lo que era deseable desde el punto de vista de los preparativos militares, proporcionaría no obstante a Italia una ocasión única, que no podía dejar pasar, de lograr los objetivos a los que Mussolini había aspirado durante tantos años: poner fin a la hegemonía británica y francesa en el Mediterráneo, convirtiéndolo de ese modo en un «lago italiano»; abrir así el acceso de Italia a los océanos, la plataforma necesaria para cualquier gran potencia; y someter a los Balcanes al influjo italiano. La idea consistía en una guerra paralela: una guerra dentro de otra guerra. Ya en otoño de 1939, Mussolini, secundado por Ciano, miraba hacia Yugoslavia como posible objetivo del ataque italiano en el futuro inmediato con el fin de convertir a Croacia en un estado títere. Los estrategas militares italianos consideraron que este proyecto entraba dentro de las posibilidades incluso de las Fuerzas Armadas italianas, y trataron de estar preparados para la acción en aquella esfera ya en la primavera siguiente. Grecia, sin embargo, con el respaldo de la protección británica, era una cuestión aparte. «Grecia no está en nuestro camino», había declarado Mussolini.[466] Es decir, no por el momento. Llegado el momento, tampoco se pudo emprender ningún movimiento contra Yugoslavia. Y es que cualquier gran conmoción en los Balcanes resultaba demasiado arriesgada por aquel entonces. Habría que esperar hasta que la intervención de Italia en un conflicto más amplio originara unas circunstancias más propicias para el ataque a los Balcanes.

En primavera de 1940 Mussolini suponía que la ofensiva alemana contra Francia no se demoraría mucho más. A mediados de marzo de 1940, justo antes de reunirse con Hitler en el paso de Brenner, Mussolini anunció que su homólogo iba a «hacer estallar el barril de pólvora» poco después y atacar en el oeste. En ese caso, Italia mantendría su postura de solidaridad con Alemania, pero no entraría en la guerra hasta que no llegara el momento oportuno. No tenía intención de lanzar a las tropas italianas al fragor de un combate de primera línea junto a la Wehrmacht contra un experimentado Ejército francés. Pisando la delgada línea que separaba la no-beligerancia de la participación en el conflicto, dijo a Ciano que las fuerzas italianas iban a «concentrar a un número de soldados igual al de las tropas enemigas manteniéndolos inactivos, pero no por ello menos preparados para entrar en acción en el momento conveniente».[467]

Hablando con Hitler durante su encuentro en Brenner el 18 de marzo, Mussolini afirmó que la

entrada de Italia en la guerra era «inevitable». Y no lo era por la necesidad de contribuir militarmente al esfuerzo bélico germano —Alemania, dijo, podía arreglárselas sola— sino «porque el honor y el interés de Italia reclaman su intervención en la guerra». Sin embargo, Mussolini se vio obligado a añadir que lo antes que Italia podría intervenir sería al cabo de unos cuatro meses, cuando estuvieran listos cuatro nuevos acorazados y estuviera también preparado el Ejército del Aire. Tampoco la situación financiera italiana (el país, como él bien sabía, estaba prácticamente en la ruina, aunque por supuesto no se lo dijo a Hitler) le permitía librar una guerra larga. Hitler señaló que, con Francia derrotada, Gran Bretaña se vería forzada a pedir el inicio de las negociaciones de paz e Italia sería dueña del Mediterráneo. En el ataque a Francia, tenía previsto que las tropas italianas penetrasen junto a la Wehrmacht en el valle del Ródano. Si el avance decisivo dependía de la contribución de Italia, añadió, su Fuerza Aérea debería atacar los aeródromos desde el sur en coordinación con la Luftwaffe. Mussolini no respondió directamente a las indicaciones sobre táctica militar, pero Hitler logró su objetivo de presionar psicológicamente a Mussolini, empujándolo en una dirección por la que el Duce, por su propio temperamento, se sentía ya de por sí atraído. De hecho, fue entonces cuando Mussolini confirmó a su socio que Italia entraría en la guerra al lado de Alemania. Y a continuación afirmó que intervendría «en cuanto Alemania hubiese avanzado victoriosamente» y que, si los Aliados habían quedado destrozados tras el ataque alemán, no tardaría en asestar el segundo y definitivo golpe. Si el avance de las tropas alemanas era lento, esperaría hasta que el momento de la intervención italiana fuera de máxima utilidad para Alemania.[468]

La reunión no hizo sino agudizar el sentimiento de inferioridad de Mussolini ante Hitler. El italiano odiaba tener que interpretar el papel secundario, guardando silencio casi todo el tiempo mientras Hitler tomaba la palabra. Pero al menos sus temores de que Hitler pretendiera caer inmediatamente sobre Francia quedaron disipados, y regresó de Brenner convencido de que, al contrario de lo que suponía antes de la reunión, la ofensiva alemana no era inminente.[469] No obstante, fuese cuando fuese, acababa de comprometer a Italia a intervenir en el acto.

El encuentro de Brenner había dejado su impronta en Mussolini. Unos días más tarde, Ciano escribía que el Duce estaba «de muy buen humor estos días» y «cada día es definitivamente más pro-alemán». Mussolini hablaba ahora abiertamente de entrar en la guerra del lado alemán, y resumió para Ciano la que tenía que ser a su modo de ver la línea de actuación italiana. Italia no operaría junto a la Wehrmacht en el frente meridional francés, sino que mantendría una posición defensiva en las regiones alpinas. Haría lo mismo en Libia, aunque desde Abisinia emprendería una ofensiva contra el importante puerto de Yibuti (en la diminuta Somalia francesa, colindante con aquélla) y la posesión británica de Kenia, al sur. En el Mediterráneo, el escenario más importante desde la perspectiva italiana, acometería una ofensiva aérea y naval contra británicos y franceses. Ciano señaló que la belicosidad de Mussolini estaba empezando a surtir efecto, haciendo que otros líderes fascistas se inclinasen igualmente por la opción de la intervención. Pero los demás siguieron oponiéndose a lo que Ciano llamó «la aventura». El propio Ciano defendía esta última postura, si bien ahora estaba empezando a flaquear. Como observó en sus notas, el grueso de la población italiana todavía no quería tener nada que ver con la guerra.[470] Sin embargo, para Mussolini, su opinión era irrelevante.

El 31 de marzo Mussolini expuso sus reflexiones en un memorándum para el rey, Ciano y los líderes militares. Aunque Italia tendría un papel importante en una eventual paz negociada, pensaba que la posibilidad de tal resultado podía darse por descartada. La guerra continuaría. Alemania,

pensaba, no emprendería una gran ofensiva en el oeste hasta que la victoria fuera segura. Entre tanto, proseguiría con la «guerra ficticia», pero intensificando las operaciones aéreas y navales. En un pasaje de gran trascendencia, Mussolini abordaba las alternativas con las que contaba Italia. Su única opción, afirmaba, era intervenir del lado de Alemania. Era absurdo imaginar que Italia podría mantenerse al margen de la guerra. En otras palabras, la neutralidad era una posibilidad que no se podía tener en cuenta. Tampoco era viable un cambio de política y un giro hacia el bando de los Aliados occidentales, pues dicha acción desencadenaría, según Mussolini, un conflicto inmediato con Alemania en el que Italia acabaría luchando sola. La actual posición de Italia se había construido sobre la base de la alianza con Alemania. Sus objetivos sólo se podían alcanzar manteniendo dicha alianza, combatiendo en una guerra paralela para obtener la supremacía en el Mediterráneo. El dilema principal no era, por tanto, si combatir o no, sino cuándo hacerlo. El retrasaría la entrada todo lo posible, consciente como era de la debilidad de las Fuerzas Armadas. Una guerra larga no se podía llevar a cabo por razones económicas, pero la intervención ofrecía oportunidades que no se podían desdeñar. A continuación esbozaba la estrategia italiana para la intervención, tal y como se la había descrito a Ciano en privado, aunque con mayor detalle.^[471]

En una alocución ante el Consejo de Ministros tres días más tarde Mussolini prosiguió con su descarga retórica en favor de la guerra. Pensaba que la ofensiva alemana podía empezar en cualquier momento. Y una vez más enumeró las opciones existentes. Un cambio de orientación en favor de Gran Bretaña y Francia haría a Italia «parecer servil ante las democracias» y la llevaría al conflicto con Alemania. Si se mantenía neutral, Italia acabaría por «perder su prestigio entre las naciones del mundo durante un siglo en tanto que Gran Potencia y por toda la eternidad en tanto que régimen fascista». De modo que la única opción era «marchar junto con los alemanes para impulsar nuestras propias metas». Y continuó, como mandaba la tradición, mencionando tales metas: un imperio mediterráneo y el acceso al océano. Mussolini, escribía Ciano, creía ciegamente en la victoria alemana y en la palabra dada por Hitler de que Italia participaría en el reparto del botín. Ciano no confiaba en ninguna de las dos.^[472]

También los líderes del Ejército necesitaban todavía argumentos que les convencieran. El resultado de la reunión de los jefes militares con Badoglio el 9 de abril fue todo menos alentador. Los asistentes se mostraron pesimistas incluso ante la idea de una ofensiva limitada, insistieron en la necesidad de evitar una colaboración militar estrecha con los alemanes aun en el caso de que Francia cayera, coincidieron en que no era posible llevar a cabo una ofensiva desde Libia, expresaron su escepticismo en torno a las posibilidades de las operaciones aéreas y marítimas combinadas en el Mediterráneo y manifestaron su preocupación por la situación de Italia en Abisinia. Al resumir el encuentro para Mussolini, Badoglio declaró que sólo en caso de una destrucción absoluta de las fuerzas enemigas por parte de los alemanes podría merecer la pena intervenir.^[473] La división entre la sed de acción de Mussolini y la pasividad de los mandos militares del país era sumamente profunda. Pero fue entonces cuando la invasión alemana de Dinamarca y Noruega desencadenó un proceso de replanteamiento de las perspectivas italianas que quedó completado con los asombrosos éxitos de la Wehrmacht en la ofensiva occidental de mayo y junio.

La respuesta inmediata de Mussolini a la noticia de la ocupación alemana de Dinamarca y Noruega fue de absoluta aprobación. «Así es como se ganan las guerras», declaró. A solas con Ciano, la conversación giró en torno a Croacia. «Le podían las ganas», comentó el ministro de Exteriores. El Duce estaba ansioso por acelerar el ritmo para aprovecharse del desconcierto reinante

en Europa. Tenía una actitud más belicosa y más pro-alemana que nunca, a juicio de Ciano, aunque aseguró que no haría ningún movimiento antes de finales de agosto (pocos días después trasladó esa fecha a la primavera de 1941). Pero estaba molesto por una audiencia mantenida con el rey, que seguía mostrándose muy poco entusiasmado con la idea de la intervención. «Es humillante quedarse con los brazos cruzados mientras otros escriben la historia —dijo, de acuerdo con las notas de Ciano—. Para hacer grande a un pueblo hay que mandarlo a combatir aunque tengas que darle una patada en el trasero. Eso es lo que voy a hacer yo». Todavía en mayo, no sólo el rey, sino la mayor parte de los líderes militares italianos seguían oponiéndose a que Italia entrase en la guerra. Y, aunque los éxitos de Hitler en Escandinavia habían tenido un notable impacto en la opinión pública —Mussolini comentó con desdén que el pueblo italiano era «como una puta [...], siempre del lado del ganador»—, por el momento no se produjo entre las masas un marcado aumento del sentimiento en favor de los alemanes o de la guerra.[474]

En vísperas de la ofensiva alemana en el oeste, que comenzó el 10 de mayo de 1940, la participación italiana todavía no era completamente segura. Mussolini, por su parte, había acrecentado de forma notable e incontenible su combatividad, tal y como ponen de manifiesto las anotaciones del diario de Ciano. Algunos líderes fascistas siguieron su ejemplo. La masiva propaganda en favor de la guerra dejó su huella, y sin duda logró persuadir a algunos de los más pusilánimes de que apoyaran una pronta intervención. Las fuerzas que secundaban la guerra, en otras palabras, se habían fortalecido, especialmente tras el enorme éxito de las operaciones alemanas en Escandinavia. Pero las fuerzas que se oponían a ella tampoco carecían de peso. Entre sus integrantes se encontraban el conde Ciano —aunque su determinación era ahora menos firme que antes—, los líderes militares y, en no menor medida, el rey. La decisión de ir a la guerra, pese a la enérgica e insistente campaña de Mussolini, seguía en el aire, y no era en absoluto una decisión formal. Si la victoria alemana sobre Francia hubiera sido menos contundente, se puede llegar a imaginar que la intervención podría haberse aplazado, tal vez incluso hasta un momento en el que el ímpetu del movimiento en favor de la guerra estuviera debilitado y la no-beligerancia o la neutralidad se vieran como algo más que un estado temporal. Tal vez habría prevalecido la prudencia. En cualquier caso, aunque no se hubiese producido aquella desastrosa y absoluta derrota de los Aliados, Mussolini se habría arriesgado de todos modos a forzar la intervención en la guerra de un país en el que tanto la élite militar como el grueso de la población eran reacias cuando no abiertamente hostiles a la idea de combatir en un conflicto de grandes dimensiones al lado de Alemania. A Ciano le habían llegado rumores en marzo de que «el rey cree que puede ser necesario su concurso en cualquier momento para dar un nuevo rumbo a las cosas; está dispuesto a hacerlo, y rápidamente».[475] Y no es descabellado pensar que dicho movimiento, en unas circunstancias no consideradas precisamente como totalmente favorables, podría haber provocado el despertar de un movimiento de resistencia dentro de la élite militar, y posiblemente incluso un golpe militar respaldado cuando no directamente iniciado por la casa real.

Llegado el momento, sin embargo, la victoria alemana en el oeste fue más rápida y la caída francesa más espectacular de lo que nadie había previsto. El equilibrio de poder en Europa sufrió una reconfiguración total. Fuese cual fuese la situación antes de que Hitler lanzara su ataque sobre los Países Bajos y Francia, ahora el devastador avance de la Wehrmacht había alterado el cuadro por completo. Al igual que hicieron, como hemos visto, los gobernantes japoneses, la élite de poder en Italia también reformuló rápidamente su estrategia al calor del asombroso triunfo alemán. Como en

Japón, todos estaban seguros de que Alemania resultaría victoriosa. Con Francia abatida en el transcurso de unas semanas y siendo la derrota de Gran Bretaña seguramente sólo cuestión de tiempo, pocos dirigentes italianos dudaban ahora de que Hitler fuera a ganar la guerra. Todo ello alteró radicalmente las actitudes con respecto a la participación de Italia.

A la luz de las nuevas circunstancias producidas tras la caída de Francia, sería un error defender la imagen de un solitario Mussolini empujando a la guerra y al consiguiente desastre a una nación remisa. La oportunidad de beneficiarse de la destrucción de las democracias occidentales era para muchos demasiado buena como para dejarla escapar. Durante la segunda mitad de mayo, por tanto, los argumentos a favor de la intervención aumentaron notablemente su fuerza. La oposición a la participación en la guerra resultaba, a la inversa, cada vez más difícil de articular. Impresionado por los avances alemanes, Dino Grandi, jefe fascista de Bolonia y detractor hasta entonces de la intervención, dijo a Ciano: «Debemos admitir que estábamos equivocados y prepararnos para los nuevos tiempos que se avecinan».[476] El exceso de prudencia estaba totalmente fuera de lugar; era la receta perfecta para perder una oportunidad única de obtener ganancias fáciles. Los indecisos y los escépticos entraron por fin en vereda. Por primera y única vez, la población italiana defendió la guerra a voz en grito. Alentado por el entusiasmo con el que fue recibido en algunos de los barrios más pobres de Roma, a Mussolini no le quedaba ninguna duda a principios de junio de que la gente corriente se había «acostumbrado a la idea de que esta guerra es necesaria».[477] Los líderes de las Fuerzas Armadas —y con ellos el propio rey— se convencieron de ello gracias a la perspectiva de ganancias sin sufrimiento, de gloria a bajo coste. Como ya hemos señalado, algunos sectores muy significativos de la clase dirigente italiana defendían la expansión antes incluso de la Primera Guerra Mundial para obtener y consolidar la categoría de gran potencia. El miedo a las consecuencias, y no la falta de ambición, los había frenado. Pero las tradicionales pretensiones expansionistas encajaron sin dificultad en la más agresiva y dinámica versión fascista.[478] Ahora aquella oportunidad llegaba como caída del cielo. Cuando llegó el momento de tomar una decisión, Mussolini distaba mucho de ser una figura aislada presionando en favor de la intervención frente a un pueblo reacio. Estaba en la cresta de la ola, aunque era la ola más alta de todas.

Mussolini estaba seguro desde los primeros días de la ofensiva alemana de que los Aliados habían perdido la guerra. No había tiempo que perder, dijo a Ciano el 13 de mayo. «En menos de un mes declararé la guerra. Atacaré Francia y Gran Bretaña por aire y por mar. Ya no pienso en tomar las armas contra Yugoslavia porque sería un recurso humillante». La perspectiva de una acción en los Balcanes, por tanto, había perdido fuerza provisionalmente. Ahora estaba en juego un premio mayor. Al fin y al cabo, como Ciano le recordaría ese mismo mes, «después de ganar la guerra podremos conseguir lo que queramos de todas formas». Ciano estaba empezando a ceder en su oposición, y ya no respondía a la combatividad de Mussolini. «Hoy, por primera vez, no he contestado —escribía en su diario—. Por desgracia, ahora no puedo hacer nada para frenar al Duce. Ha decidido actuar, y eso es lo que hará. Sólo un nuevo giro en los acontecimientos militares puede llevarlo a replantearse la decisión, pero por el momento las cosas les van tan mal a los Aliados que no hay esperanza».[479] Al día siguiente, Mussolini comunicó al embajador alemán en Roma, Hans Georg von Mackensen, que pronto entraría en combate, ya no al cabo de unos meses, sino de semanas, o incluso días. Ciano estaba ya resignado a la intervención, aunque esperaba que no se produjera tan pronto, ya que Italia no estaba preparada para la guerra. «Un error en la elección del momento resultaría fatal para nosotros», añadía.[480] Alrededor de una semana después, su principal

preocupación era qué podría obtener Italia de la intervención. «Si realmente tenemos que lanzarnos de cabeza a la guerra —escribió—, tenemos que hacer un trato firme». Y planeó un encuentro con Ribbentrop a comienzos del mes siguiente con una declaración de la parte del botín que debería ser para Italia.[481]

El rey, sin embargo, seguía manteniendo una postura claramente antialemana y dando largas a la participación italiana, lo que no le granjeó precisamente el afecto del Duce. El odio que Mussolini sentía por la casa real era palpable. El dictador estaba decidido a «hacer saltar por los aires» la monarquía —y con ella el papado— al final de la guerra.[482] La ira de Mussolini procedía en buena medida de la negativa del rey a otorgarle el mando exclusivo de las Fuerzas Armadas en la guerra. En un impreciso acuerdo, Víctor Manuel le concedió la dirección política y militar de la guerra, pero se reservó para sí el mando supremo, una distinción que se materializaría en julio de 1943.[483] Sin embargo, también el rey se vio obligado a ceder ante las nuevas circunstancias nacidas del triunfo alemán en el oeste. El 1 de junio ya estaba resignado a que Italia entrara en la guerra. Con todo, y pese a la descarga propagandística que había contribuido a que se produjeran las primeras manifestaciones a favor de la intervención en las calles de Roma, el monarca pensaba que el país estaba yendo a la guerra sin ningún entusiasmo. Y preveía una guerra larga cuyo resultado se vería tal vez determinado en última instancia por la aparición en escena de Estados Unidos.[484]

Los líderes militares italianos, que vaticinaban una resistencia francesa mucho más tenaz ante el ataque alemán, también estaban cediendo ante lo inevitable. A finales de mayo, según palabras de Ciano, Badoglio «parece aceptar ahora un mal juego con buen talante, y se prepara para la guerra». Pero Badoglio seguía mostrándose cauto. La guerra tenía que ser breve. La escasez de materias primas en Italia era desesperante.[485] El jefe del Estado Mayor, mariscal Rodolfo Graziani, advirtió a finales de mayo que el Ejército de Tierra no estaba en condiciones de llevar a cabo una acción ofensiva, ni siquiera contra Yugoslavia. El jefe de la Armada, almirante Domenico Cavagnari, también planeaba únicamente operaciones defensivas, aparte de una limitada campaña con submarinos en el Mediterráneo. Y la sugerencia del Ejército del Aire de bombardear las bases francesas en Córcega fue descartada por Badoglio, ya que Mussolini no quería una ofensiva aérea contra Francia en ese momento.[486] Aquello difícilmente podía considerarse como un rotundo espaldarazo a la guerra. Pretendían que la campaña militar italiana fuese breve y tuviera una magnitud menor. El objetivo era hacer la mínima contribución para obtener los máximos beneficios en la conferencia de paz que se produciría inmediatamente después de la victoria alemana. Pero si bien es cierto que la actitud de los militares se caracterizaba más por la aceptación resignada que por el entusiasmo, no hubo sin embargo oposición alguna a la decisión de ir a la guerra.

Lo mismo puede decirse del gran capital. En este sector, los increíbles avances alemanes de mayo también habían disipado la inclinación inicial por la no intervención. Los grandes empresarios buscaban naturalmente lo que creían que era lo mejor para el negocio. Los frutos de la intervención en una campaña corta y efectiva parecían responder a ello. Y la opinión pública, en la medida en que es posible valorarla con precisión, también había aceptado en buena medida la línea planteada. La incesante propaganda estatal a favor de la guerra, enormemente intensificada durante las últimas semanas, no había caído en saco roto. Se hicieron muchos esfuerzos por preparar a la población para el estallido de la guerra. Se retiraron los cristales de las ventanas de la catedral de Milán y se colocaron cubiertas de lona. Se cerraron las escuelas en mayo para el verano, y también las salas de baile. La música extranjera se limitó o trató de italianizarse: «St Louis Blues» debía cantarse como

«Tristezze di San Luigi».[487] Cuando la ofensiva alemana barrió toda Bélgica y penetró en Francia, los estudiantes quemaban banderas francesas y británicas mientras se manifestaban en Roma. Acontecimientos similares tuvieron lugar en Milán, Nápoles y otras grandes ciudades.[488] Un informe policial de Florencia de primeros de junio señalaba que «los escépticos se han quedado callados, y los antifascistas son extremadamente cautos [...] la esperanza de una guerra rápida, fácil e incruenta contra una Francia desangrada y una Inglaterra desorganizada y con la flota diezmada está madurando a toda velocidad».[489] Mussolini no tenía por qué temer la oposición popular a su decisión de intervenir.

Los desesperados llamamientos de Gran Bretaña y Estados Unidos en mayo para que Italia no entrara en la guerra fueron, como cabía esperar, rechazados de plano. Las cartas personales enviadas a Mussolini por Churchill y Roosevelt (que se ofrecía, como veíamos en el capítulo 1, para actuar como mediador entre Italia y los Aliados) fueron categóricamente rechazadas. La época en la que el apaciguamiento tenía alguna posibilidad de éxito había pasado hacía tiempo. En los últimos días de mayo Mussolini tomó la decisión. Badoglio, según relataba después de la guerra, se enteró de ello el 26 de mayo. Había estado esperando en la antesala con Italo Balbo (uno de los más destacados y dinámicos primeros líderes fascistas, antiguo jefe del Ejército del Aire, profundamente antialemán y muy consciente de la falta de preparación de su país para entrar en la guerra, que había regresado por un breve espacio de tiempo a casa desde su puesto de gobernador de Libia) para una audiencia con Mussolini. En cuanto entró en el inmenso estudio del Duce, Badoglio se dio cuenta de que aquella no iba a ser una reunión rutinaria. Mussolini estaba «de pie detrás de su escritorio, con los brazos en jarras, con aspecto sumamente serio, casi solemne». Cuando habló, fue para anunciar que había enviado un mensaje a Hitler el día anterior en el que le comunicaba que estaba dispuesto a declarar la guerra a Gran Bretaña después del 5 de junio. Pero la memoria estaba jugando a Badoglio una mala pasada con respecto a la fecha de la carta y también al momento preciso en el que todo aquello tuvo lugar. El día 26 de mayo Ciano apuntó en su diario que Mussolini estaba planeando escribir a Hitler para anunciarle la intervención de Italia para finales de junio.[490] El mensaje, de hecho, no fue enviado al embajador italiano, Dino Alfieri, hasta el 30 de mayo, para ser entregado a Hitler en su puesto de mando del oeste ese mismo día.[491] Mussolini adelantó posteriormente la fecha de la entrada al 5 de junio, tras la capitulación de Bélgica.[492] A continuación, Badoglio recordaba que él y Balbo se quedaron atónitos ante la noticia, y Mussolini desconcertado por la frialdad con la que la recibieron. Badoglio, según decía, señaló con gran contundencia que Italia no estaba en absoluto preparada para la guerra. «Es un suicidio», aseguraba haber dicho.[493]

Resulta cuando menos dudoso que Badoglio expresase realmente una oposición tan enérgica. Sus memorias eran interesadas, pensadas para destacar la responsabilidad exclusiva de Mussolini en un acto de demencia. Badoglio aseguraba que permaneció en su puesto guiado por el sentido del deber, consciente de que su dimisión no habría cambiado nada y habría sido socialmente impopular, y también por la convicción de que podía evitar errores que Mussolini iba a cometer con toda seguridad debido a su desconocimiento de los asuntos militares.[494] Pero el acta de la reunión de Mussolini con sus líderes militares el día 29 de mayo, cuando anunció formalmente que Italia entraría en la guerra en algún momento después del 5 de junio, no contiene ninguna referencia a alguna protesta por parte de Badoglio o de algún otro de los presentes. Incluso el rey se resignó ahora a dar su aprobación.[495] Mussolini dijo a sus jefes militares —recuperando en parte lo que había dicho a finales de marzo— que la guerra no se podía evitar y que Italia sólo podía luchar al lado de

Alemania, no de los Aliados. Había adelantado la fecha de entrada para adecuarla a los rápidos cambios en las circunstancias. Estaba seguro de la victoria alemana, y aplazar la entrada entrañaría mayores riesgos que una intervención prematura. Era importante estar en la guerra antes de que los alemanes ganaran para que Italia pudiera tener un lugar en las negociaciones de paz.[496]

Al día siguiente Ciano escribía: «La suerte está echada. Hoy Mussolini me ha comunicado que ha mandado avisar a Hitler de nuestra entrada en la guerra. La fecha elegida es el 15 de junio, a no ser que el propio Hitler considere conveniente posponerla unos días».[497] En efecto, la fecha no era la más apropiada para Hitler, pues pensaba que, al obligar a trasladar algunos aviones al sur de Francia, podría interferir en los planes alemanes de un asalto total a los campos de aviación franceses. Mussolini, pese a su enojo, trasladó el gran día de Italia al 11 de junio.[498] La noche anterior, la del 10 de junio, se dirigió a la multitud desde el balcón del Palazzo Venezia. Un periodista estadounidense allí presente retrató la escena, la forma en la que Mussolini «daba saltitos como un muñeco con resorte en el balcón» para anunciar a voz en grito su declaración de guerra a las alrededor de cien mil personas que se arremolinaban en la plaza: «Fue saludado con el que probablemente era el mayor aplauso que había recibido desde que anunciara el final de la Guerra de Abisinia [...]. Era como si Mussolini estuviera efectuando una “jugada maestra” para hacer realidad sus reivindicaciones sobre Francia con un mínimo derramamiento de sangre. Pensaban que Francia ya estaba vencida y que Inglaterra se había quedado en una situación desesperada. Era dinero regalado».[499] El discurso no fue, por supuesto, más que un espectáculo organizado de propaganda. Giuseppe Bottai, el ministro de Educación, señalaba las dificultades que tuvieron los animadores fascistas para movilizar a una multitud absorta en una «disciplina casi estupefacta».[500] «Fue un espectáculo lamentable —recordaría más tarde Badoglio—. Apiñados como borregos entre los oficiales y la gentuza del Partido Fascista, tenían órdenes de aplaudir cada palabra del discurso. Pero cuando terminó, la gente se dispersó espontáneamente en completo silencio».[501] El relato contemporáneo de Ciano era menos expresivo, pero también observaba una tibia recepción por parte de quienes no eran fascistas acérrimos. «La noticia de la guerra no sorprende a nadie —comentaba Ciano—, y no despierta un enorme entusiasmo».[502]

Obviamente, desde el punto de vista de Mussolini, Italia no tenía otra opción en aquel asunto. La única pregunta para él no era si Italia entraría en la guerra, sino cuándo lo haría. Mussolini ha sido descrito a menudo como un mero oportunista, un dictador sin una motivación ideológica que lo impulsara y con la vista puesta simplemente en la gran ocasión, preocupado exclusivamente por el prestigio, la grandeza personal y el poder por el poder. Pero eso supone subestimarle. La entrada en la guerra no significaba únicamente para Mussolini aprovechar la oportunidad, por muy importante que fuera el momento elegido para la intervención. Era un paso ineludible si quería hacer realidad sus pretenciosos objetivos de un imperium italiano centrado en el Mediterráneo, erigido sobre las cenizas de los imperios británico y francés y base para hacer de Italia una gran potencia en la realidad y no sólo en la imaginación. Era el resultado lógico de las pretensiones que albergaba desde su llegada al poder casi dos décadas antes. Para entonces, como hemos visto, el control de Mussolini sobre Italia se había incrementado de forma desmesurada. En 1940 el sistema político había quedado fragmentado y erosionado hasta tal punto que ningún freno constitucional, aparte del propio rey, podía poner límites a su libertad interna de acción. Y ningún organismo colectivo, como por ejemplo un Gabinete, participaba en la formulación de las decisiones. El gobierno personal, cuando se trataba de asuntos de guerra y paz, había acabado significando literalmente eso. Cuando tomó la decisión de

ir a la guerra a finales de mayo de 1940, no lo hizo después de un largo (en realidad, ni largo ni corto) proceso de consultas con diversos consejeros. Ningún miembro de la clase política italiana, eso es cierto, tenía entonces la más mínima duda sobre los deseos del Duce, pero, del mismo modo, ninguno de ellos influyó en la realización de aquellos deseos. La decisión fue sólo suya.

Hasta la llegada de los palpitantes días de mayo sí que existían alternativas a los ojos de importantes sectores de la élite política italiana, así como para el grueso de la población. Destacados fascistas como Ciano y Grandi, magnates del gran capital como Giovanni Agnelli y Alberto Pirelli líderes militares como Badoglio y Cavagnari y, en buena medida, el propio rey preferían antes de mayo situarse fuera del conflicto. Además del intervencionismo defendido por Mussolini existían, al menos en teoría, dos posibilidades más.

La primera de ellas consistía en trasladar la lealtad de Alemania a los Aliados, que es lo que, por supuesto, acabaría sucediendo en septiembre de 1943, pero bajo circunstancias muy diferentes. Pese a la antipatía generalizada por la Alemania nazi, que se extendía desde los ciudadanos más corrientes hasta el conde Ciano y el propio rey, en primavera de 1940 nadie contemplaba en serio la posibilidad de romper la alianza del Eje y cambiar de bando. Eso sólo podría haber ocurrido después de un golpe para derrocar a Mussolini, algo muy poco factible en 1940 (aunque parece ser que el rey, como hemos visto, coqueteó momentánea y vagamente con esa idea en marzo), y en cualquier caso habría llevado a Italia a la guerra de todas maneras, aunque en contra de Alemania, lo que habría despertado sin duda la cólera de Hitler. El propio Mussolini, como hemos señalado, manifestó en más de una ocasión su temor a que, en caso de contrariar a Hitler, toda la fuerza de la Wehrmacht se volviera contra Italia. Se podría discutir si, en tal caso, Hitler hubiera podido mantener en el caos tanto a Italia como a los Balcanes y ocuparse al mismo tiempo de la Unión Soviética sin haber conquistado todavía Gran Bretaña, pero esa cuestión no deja de pertenecer al terreno de la especulación contrafactual. En realidad, la opción de plantar a Hitler en beneficio de los Aliados nunca se planteó en 1940.

La segunda alternativa era más plausible. Consistía simplemente en mantener la condición de no-beligerante, o neutral. Esa era la idea que, de forma explícita o implícita, tenían en mente quienes defendían en Italia la no intervención. El rechazo de esta opción por parte de Mussolini vino dictado, como hemos visto, por sus fines ideológicos y su convicción de que la «virilidad» nacional exigía que una aspirante a gran potencia entrara en combate en lugar de permanecer neutral. Pero, al margen de la predisposición psicológica de Mussolini y sus ambiciones de alcanzar la categoría de gran potencia (compartidas con los imperialistas tradicionales de la élite nacional-conservadora), ¿se habría podido mantener la neutralidad? Franco lo había logrado en España (aunque la neutralidad le fue impuesta cuando Hitler se negó a proporcionar ayuda masiva a una economía española completamente arruinada después de tres años de guerra civil). Sin embargo, la situación geográfica de Italia y su alianza con Alemania la colocaban en una posición diferente. Un análisis posterior, aunque incluido en una obra muy complaciente con Mussolini y que aseguraba que Italia no tenía más opción que aliarse con Alemania, determinaba que en caso de haber continuado con la neutralidad, Italia «se habría visto antes o después sometida a una presión creciente por parte de los dos bandos». Al final, debido a su situación geográfica, uno de los dos lados le habría lanzado un ultimátum para que permitiera el despliegue de sus Fuerzas Armadas en territorio italiano. En caso de una negativa, Italia «habría sido invadida y devastada por los vencedores, fueran los que fueran».[503] Aquello no era sin embargo más que pura apologética. En el momento en el que Mussolini optó por la guerra, en

su decisión no intervino en modo alguno la idea de que Italia se encontraría en caso contrario a merced de Alemania, y mucho menos de Gran Bretaña.

Un escenario muy diferente, y mucho más optimista, era el presentado más tarde por Churchill. «Era desde luego sólo cuestión de sentido común que Mussolini estudiara cómo iba a evolucionar la guerra antes de comprometer a su propia persona y a su país de modo irrevocable», escribía:

«La opción de esperar no era en modo alguno infructuosa. A Italia la cortejaban ambos bandos y obtuvo de ello una enorme atención a sus intereses, muchos contratos rentables y tiempo para mejorar su armamento. Así que los meses en la penumbra se habían terminado. Es interesante especular sobre qué habría sido de Italia de haber mantenido esa política [...]. Paz, prosperidad y poder creciente habrían sido la recompensa a una persistente neutralidad. Una vez que Hitler se enfrascó en la empresa rusa, aquel estado privilegiado se habría prolongado de forma prácticamente indefinida, con beneficios crecientes, y Mussolini podría haberse presentado en la paz o en el último año de la guerra como el estadista más juicioso que la península soleada y su laborioso y prolífico pueblo habían conocido. Esa era una situación más grata que la que de hecho le esperaba».[504]

Nadie puede, claro está, saber qué resultado habría tenido en la práctica la decisión de aplazar la entrada a una fecha cada vez más lejana. Sin embargo, Ciano y otros pensaban que esa opción tenía alguna probabilidad de éxito. Que Italia se habría visto presionada por ambos bandos es algo obvio; de hecho, eso ya estaba sucediendo mucho antes de su entrada en la guerra. Ya en diciembre de 1939 Gran Bretaña había tratado de sobornar a Italia ofreciéndole la práctica totalidad de las cuantiosas provisiones de carbón que tan desesperadamente necesitaba, por las que Italia pagaría en gran parte con la venta de armas. Ciano estaba bien dispuesto a aceptar esa idea. No obstante, Mussolini aseguró que no vendería armas a los británicos, y reiteró una vez más su veto cuando se realizó un nuevo intento de comprar la voluntad italiana unas semanas después. Aquella negociación también fracasó.[505] Hitler no tardó en ofrecer sus propios incentivos económicos. El imprescindible carbón, que debido al bloqueo británico no podía llegar a Italia desde Alemania por el mar, sería enviado por ferrocarril a través del paso de Brenner.[506] No hay duda de que la presión y los reclamos se habrían prolongado, e intensificado, si Italia hubiera permanecido fuera de la guerra. Y con una hábil diplomacia, Italia podía haber seguido enfrentando a los dos bandos entre sí en beneficio propio, conservando las ventajas de la neutralidad, tendenciosa en cualquier caso, y evitando ser absorbida por aquella vorágine. En mayo de 1940 Mussolini estaba siendo presionado por los alemanes desde varios flancos para que actuara.[507] Pero ni siquiera entonces fue forzado a entrar en el conflicto; lo hizo por voluntad propia. Si Italia no hubiera entrado en la guerra, es sumamente improbable que los alemanes hubieran llevado a cabo una acción punitiva. Probablemente, una benévola neutralidad en verano y otoño de 1940 habría servido a los propósitos alemanes tan bien al menos como la intervención italiana, e incluso en cierto sentido mejor, a la vista de cómo salieron las cosas finalmente.[508] Y desde el punto de vista italiano, había —aparte del sentimiento de urgencia que pesaba sobre Mussolini— mucho que decir para tratar de ganar tiempo. Sin embargo, con el clima reinante en mayo de 1940, tales argumentos no tenían nada que hacer. Todas las facciones de la élite dirigente cerraron filas en torno a la dogmática beligerancia de

Mussolini. La crucial decisión de llevar a Italia a una guerra contra Gran Bretaña y Francia para la que no estaba preparada estaba tomada. Y pagarían por ello un altísimo precio.

IV

Las fuerzas italianas apenas habían balbuceado un inicio de acción cuando el nuevo primer ministro francés, el mariscal Pétain, solicitó a Hitler la firma de un armisticio el 17 de junio. Para entonces, unos pocos ataques aéreos, sin apenas repercusiones, en Córcega (en los que Ciano participó como jefe de un escuadrón de bombarderos),^[509] el sur de Francia y Malta y una ofensiva alpina de pequeña magnitud y escasas consecuencias constituían prácticamente la totalidad de la primera campaña bélica italiana. La petición de armisticio había llegado demasiado pronto y la contribución italiana había sido demasiado exigua como para que Mussolini pudiera sentirse satisfecho. «El Duce es un extremista —escribía Ciano el 17 de junio—. Le gustaría llegar hasta la ocupación total del territorio francés y exige la rendición de la flota francesa. Pero es consciente de que su opinión sólo tiene valor consultivo. La guerra la ha ganado Hitler sin participación militar activa de Italia, y será Hitler el que tendrá la última palabra. Eso, naturalmente, le molesta y le entristece. Sus pensamientos acerca del pueblo italiano y, sobre todo, acerca de nuestras fuerzas armadas son tremendamente amargos esta noche».^[510]

La vergüenza que sentía Mussolini por la insignificante contribución italiana a la humillación de Francia no le impidió improvisar, de camino a Múnich junto a Ciano, donde se reuniría con Hitler para discutir los términos del armisticio, una formidable lista de demandas dirigidas a los franceses. Entre ellas se encontraba la ocupación de Francia hasta el Ródano, junto con la cesión de Niza, Córcega, Túnez y Yibuti. La flota y la Fuerza Aérea francesas también pasarían a manos de los italianos. Hitler no se opuso a la zona de ocupación exigida por Mussolini, aunque quería tratar a Francia con indulgencia con el fin de impedir que la flota francesa que pasara a los Gobiernos británico y galo se trasladase al norte de África, y también con la esperanza de que ello contribuyera a convencer a Gran Bretaña de ir a la mesa de negociaciones. Y tampoco estaba dispuesto a incluir a los italianos en el particular espectáculo que tenía en mente para acordar un armisticio, e insistió en que Italia llevase a cabo un armisticio independiente, una vez establecidas las condiciones alemanas. Mussolini estaba «sumamente avergonzado», ya que sentía «que su papel es secundario».^[511]

Cuando tuvo conocimiento de las relativamente moderadas condiciones alemanas del armisticio, Mussolini se vio obligado a contentarse con la exigencia aún más modesta de una franja desmilitarizada de unos cincuenta kilómetros en la frontera francesa y con la esperanza de plantear demandas más amplias en el acuerdo final de paz. En lo reducido de sus demandas había influido una nueva humillación militar. Cuando los franceses estaban ya abatidos y pidiendo un armisticio a los alemanes, Mussolini decidió lanzar una ofensiva alpina. Badoglio se oponía a ello, y Ciano pensaba que era «bastante deshonroso caer sobre un ejército derrotado». Pero Mussolini insistió. En medio de unas espantosas condiciones meteorológicas, las fuerzas atacantes italianas sufrieron la gran afrenta de verse frenadas en seco al primer signo de resistencia francesa. Y para incrementar todavía más la humillación, las tropas coloniales libias habían sido aplastadas por una fuerza británica en el

norte de África y un general italiano había sido capturado.[512] No era de extrañar, en contraste con la enorme relevancia simbólica otorgada por Hitler al hecho de firmar el armisticio en Compiègne, exactamente en el mismo vagón de tren que fuera escenario de la humillante capitulación alemana de 1918, que Mussolini ordenase que no se diera ninguna publicidad a la negociación del armisticio italiano, que fue efectuada «prácticamente en secreto». El armisticio italiano acordado por separado con los franceses en Roma fue firmado el 24 de junio.[513] Mussolini estaba «resentido porque desearía haber logrado el armisticio después de una victoria de nuestras Fuerzas Armadas». Ciano estaba seguro de que el pueblo italiano se sentiría profundamente desilusionado con los escasos beneficios generados por la guerra.[514] Bottai, de hecho, se hizo eco de la crítica y el sentimiento de decepción generalizados entre la población.[515]

El planteamiento de Mussolini, y la estrategia de guerra derivada del mismo, en las semanas siguientes al armisticio con Francia no estaban claros en absoluto. Por un lado, quería una guerra rápida junto con el botín —y la gloria— que llegaría después, en un triunfante acuerdo de paz. La perspectiva de las negociaciones de paz entre Gran Bretaña y Alemania sin que Italia se hubiera implicado seriamente en la batalla no le resultaba nada atractiva. De modo que cuando Gran Bretaña dejó claro que iba a seguir luchando, después de la tibia invitación a emprender las conversaciones de paz planteada por Hitler en su discurso en el Reichstag el 19 de julio de 1940, Mussolini, paradójicamente, no quedó disgustado del todo. Su temor era que los británicos encontraran en tan fría exhortación un pretexto para abrir las negociaciones. «Eso habría sido muy lamentable para Mussolini», comentaba Ciano, «porque ahora más que nunca quiere la guerra».[516]

Por otro lado, Mussolini era muy consciente de que Italia no estaba en condiciones de resistir una guerra larga, de modo que la victoria tenía que producirse enseguida. Con Gran Bretaña decidida a continuar la guerra, pese a las señales extraoficiales de paz llegadas por canales neutrales, que seguían dándole motivos de preocupación, Mussolini depositó sus esperanzas en la invasión alemana, que, según le habían dicho, era inminente. Quería que las tropas italianas participaran en ella junto a la Wehrmacht, pero Hitler rechazó su propuesta con mucha educación pero también con total firmeza. Así las cosas, al tiempo que deseaba que la invasión fuera un éxito, esperaba que los alemanes recibieran una buena paliza en un duro combate y que tuvieran tal vez un millón de bajas.[517] Con Gran Bretaña y Alemania debilitadas, Italia se encontraría en una excelente posición para maximizar el botín. Y tenía que ser un botín considerable. Aparte de las grandes ganancias obtenidas de Francia, los objetivos territoriales enumerados por Ciano incluían la entrega de Malta y la Somalia británica por Gran Bretaña junto con el control efectivo de países antes controlados por ésta en Oriente Medio y el norte de África (entre ellos Egipto), que sólo conservarían una independencia nominal.[518]

El lugar en el que Italia habría podido verdaderamente infligir un daño significativo a Gran Bretaña era, de hecho, el norte de África, donde la presencia militar británica era débil y los italianos eran iguales en arsenal y superiores en número. Badoglio todavía confiaba en poder obtener grandes ganancias con un esfuerzo militar nulo o muy limitado. Pero Mussolini estaba ansioso por acelerar la ofensiva a lo largo de los más de 550 kilómetros de desierto que separaban Libia de Alejandría para expulsar a los británicos de Egipto y tomar Suez antes de que se pudiera alcanzar un acuerdo de paz. En un nuevo gesto de bravuconería muy propio de él, Mussolini comunicó a Hitler en julio que estaría en Egipto antes de que finalizara el mes.[519] Sin embargo, no contribuyó precisamente a la empresa el hecho de que el mariscal Balbo, que habría sido el encargado de lanzar

el ataque desde Libia, fuera abatido por un disparo cuando su propio bando abría fuego sobre su avión cerca de Tobruk a finales de junio. Después, su sustituto, Graziani, se pasó el resto del verano encontrando excusas para no aprovechar la que resultaría ser una efímera ventaja. En septiembre, Graziani penetró casi cien kilómetros en Egipto y tomó la base fortificada de Sidi Barraní, si bien no mostró ningún interés en seguir avanzando hacia Alejandría. Pese a las enormes ansias de Mussolini, Graziani encontraba siempre una razón para la inacción. El Duce no podía hacer nada al respecto y, guiado por un equivocado sentido del orgullo y del prestigio, y ansioso por demostrar que las tropas italianas podían manejar un frente en solitario y por mantener al mismo tiempo a los alemanes fuera de su esfera de actividad, se negó a recibir la asistencia de las tropas ofrecidas por Hitler para la campaña contra Egipto. Hitler, que, como en otras ocasiones, no quería ofender a su colega, no insistió. La campaña bélica del Eje seguía basándose en dos estrategias faltas de coordinación. Entre tanto, los británicos reunieron fuerzas considerables para hacer frente a los italianos. La oportunidad, que hubiera podido aprovecharse con la ayuda alemana, se había dejado escapar.[520]

La otra esperanza de Mussolini residía en los Balcanes. Durante un tiempo, el Duce había considerado la eventual acción militar en dicha región como una mera atracción secundaria mientras el espectáculo principal tenía lugar en Francia. Pero ahora, incitado por Ciano, volvió de nuevo a poner la mirada en las cuantiosas ganancias que se podrían obtener al otro lado del Adriático. Y no sólo en Yugoslavia: ahora —por primera vez de verdad— Grecia entraba en escena como objetivo concreto del expansionismo italiano. En otoño, la decisión de atacar el país heleno se convertiría en el error más funesto cometido por Mussolini; funesto para los griegos, por supuesto, pero también para él mismo, para el régimen fascista y, ante el número de vidas que la guerra se cobró en vano, para su país.

Los griegos habían estado mirando con recelo a Italia desde su toma del poder en Albania en abril de 1939, y no les faltaban razones. Ciano había anotado en su diario el 12 de mayo de aquel año que el nuevo programa de obras públicas en Albania había comenzado sin problemas. «Las carreteras están todas planificadas de forma que conduzcan a la frontera griega. Este plan fue ordenado por el Duce, que cada vez está más decidido a atacar Grecia a la primera oportunidad».[521] Cuando la crisis aumentó justo antes de la invasión alemana de Polonia, las relaciones entre Grecia e Italia se volvieron muy tensas. Las tropas italianas fueron trasladadas durante un tiempo a la frontera entre Albania y Grecia, en tanto que los aviones invadían el espacio aéreo griego. El 16 de agosto de 1939 Badoglio había recibido órdenes de preparar un plan para invadir Grecia, pero el proyecto se quedó en nada y la tensión acabó disminuyendo. El 11 de septiembre Mussolini dijo a su representante en Atenas, Emanuele Grazzi, que «Grecia no está en nuestro camino, y no queremos nada de ella». Nueve días después se mostraba igual de tajante al hablar con el general Alfredo Guzzoni, comandante militar en Albania, del que Ciano se burlaba por ser «pequeño, con una barriga tan grande y el pelo teñido». Mussolini le informó de que «la guerra con Grecia se ha suspendido. Grecia es un palo seco, y no merece la pena perder ni a un solo granadero sardo». Las tropas italianas fueron retiradas a unos veinte kilómetros de la frontera griega. El «estudio» de invasión del Estado Mayor quedó relegado al último cajón.[522] Todo siguió en calma hasta que Italia entró en combate en junio de 1940.

Al cabo de unos días de la intervención italiana, la tensión se acrecentó en medio de los rumores —desmentidos rotundamente por Ioannis Metaxas, el torpe dictador griego, que parecía más un alcalde de pueblo que un jefe de Estado y que era, irónicamente, gran admirador de Italia, donde

había vivido algunos años— de que los británicos estaban vulnerando la neutralidad de Grecia y llevando buques de guerra a sus aguas. Ciano había destapado la caja de los truenos. Unas semanas antes había descrito a Bottai su visión de la hegemonía italiana en los Balcanes, con el establecimiento de protectorados en Croacia y Grecia (incluyendo también Creta), así como un protectorado en el norte de África que abarcaría Egipto, Túnez, Argelia y Marruecos, y la dominación de Córcega.[523] Sin embargo, Mussolini admitió que la realización de tan ambiciosos planes tendría que esperar, pues sabía que los alemanes no querían que la guerra se extendiera en ese momento,[524] e hizo que Grazzi comunicara a Metaxas que la política italiana con respecto a Grecia no había cambiado. Los planes de contingencia militar, sin embargo, seguían incluyendo la campaña contra Grecia y Yugoslavia, así como posibles movimientos para asegurar el Ticino, el enclave de habla italiana en Suiza, si, como se rumoreaba, los alemanes invadían pronto ese país. No era de extrañar que un frustrado Badoglio acabara diciendo: «El enemigo cambia cada día. ¡Me voy recibiendo órdenes de atacar Iraq!».[525]

Por lo que respecta a los Balcanes, no obstante, la prioridad seguía siendo Yugoslavia más que Grecia. Mussolini planeaba entrar en acción en agosto. Hitler, en su encuentro con Ciano el 7 de julio, pareció dar alas a las agresivas intenciones italianas en ese sentido, pero, fuese lo que fuese lo que quiso insinuar, no era la invasión italiana de Yugoslavia en el futuro próximo, que, según creía, podría acabar prendiendo la mecha en todo el territorio de los Balcanes en un momento sumamente delicado y provocando con ello la intervención rusa. Aunque admitió que correspondía a Italia decidir sobre el destino de Yugoslavia cuando llegase el momento, Hitler dejó bien claro que aquél no era ese momento, aunque repitió que «todo lo relativo al Mediterráneo, incluido el Adriático, es asunto de Italia exclusivamente, en el que no tiene intención de interferir», y también dio su aprobación a la acción italiana para impedir que los británicos se hicieran con un punto de apoyo en las islas griegas.[526]

Los planes militares italianos de atacar Yugoslavia se prolongaron durante todo el mes de julio a pesar de las advertencias de Hitler sobre el peligro de una acción precipitada (que Ciano no transmitió a Mussolini con toda su vehemencia).[527] A comienzos de agosto Mussolini todavía hablaba de llevar a cabo un ataque en la segunda mitad de septiembre.[528] Unos días después, el 11 de agosto, ordenó al esquivo Badoglio, que poco antes había dictado una directiva en la que estipulaba que no había intención de emprender operaciones militares en los Balcanes, que estuviera listo el 20 de septiembre para entrar en acción.[529] Ese mismo día, Mussolini puso sus ojos en Grecia.

Ciano fue el principal instigador. Sabía lo airado que estaba Mussolini por la tardanza de Graziani en emprender la ofensiva en el norte de África. Este acababa de estar en Roma y de transmitir a Mussolini la impresión de que el ataque a Egipto empezaría al cabo de pocos días. Sin embargo, también había dicho a Ciano que los preparativos para la guerra no habían terminado en absoluto. Ciano tenía la sensación de que el ataque no empezaría antes de dos o tres meses, si es que finalmente se producía. Y así lo comunicó a Mussolini, que, como era de esperar, se puso furioso.[530] Con una gran habilidad para encontrar el momento preciso y con una enorme destreza para manipular la psicología del Duce, Ciano aprovechó la ocasión para presionar en favor de un ataque a Grecia. Mussolini, como hemos señalado, ya defendía la ofensiva contra Yugoslavia, y Ciano no tuvo ahora problemas para convencerlo de que también Grecia debía incluirse en los planes de expansión en los Balcanes. Privado de la posibilidad de obtener la gloria en Francia y

enfrentándose ahora a los retrasos en el norte de África, Mussolini apreció los atractivos de una cómoda victoria sobre Grecia, una nación a la que despreciaba.

Ciano, por su parte, veía en la empresa la posibilidad de acrecentar su propia base de poder. Albania ya actuaba de hecho para él como feudo personal, administrado por su subalterno, Francesco Jacomoni, y la perspectiva de la ampliación de su dominio, y de la gloria fácil, le resultaba sumamente atractiva. El 10 de agosto, Ciano trató de agitar el antagonismo de Mussolini hacia Grecia, ya de por sí fácil de despertar. Jacomoni había relatado a Ciano la historia del asesinato a sangre fría de un luchador por la libertad albanés, Daut Hodja, a manos de agentes griegos, historia que Ciano transmitió después a Mussolini como muestra de que los griegos no eran de fiar. En realidad, Hodja no era más que un bandido y ladrón de ganado local con un largo historial de violencia y criminalidad extremas que había sido capturado y decapitado por criminales rivales —albaneses, no griegos— dos meses antes. Pero Mussolini no necesitaba que nada lo convenciera. «El Duce está planeando un “acto de fuerza, porque desde 1923 [el breve incidente de Corfú] tiene algunas cuentas que saldar, y los griegos se engañan a sí mismos si creen que se ha olvidado”», escribió Ciano tras su reunión con él.[531] Inmediatamente después, la máquina propagandística italiana se puso en marcha, ensalzando las virtudes patrióticas de Hodja y censurando el trato dado a los albaneses por la minoría griega en el área fronteriza de Epiro, colindante con Albania en el norte de Grecia.[532]

El 11 de agosto, el día después de haber colocado a Mussolini en el camino de la agresión a Grecia, Ciano escribió que el Duce quería información sobre «Ciamuria» (nombre italiano contemporáneo de Epiro, derivado de la denominación albanesa de la región). Había empezado a activar aquella cuestión y había llamado a Roma a Jacomoni y al conde Sebastiano Visconti Prasca —el incompetente general sucesor de Guzzoni como comandante militar de Albania, orgulloso de su viril aspecto aunque, en realidad, con su monóculo y sus cejas teñidas, de apariencia algo excéntrica[533]— para entablar conversaciones. Mussolini «habla de un ataque sorpresa a Grecia hacia finales de septiembre», anotaba Ciano.[534] Ciano fue partícipe de las discusiones del día siguiente, en las que Mussolini estableció las directrices de la acción contra Grecia. «Si Ciamuria y Corfú son entregadas sin asestar ni un golpe, no pediremos nada más. Si, en cambio, se intenta ofrecer resistencia, iremos hasta el final», declaró el Duce. Jacomoni y Visconti Prasca pensaban que la operación sería fácil, e insistieron en que se acometiera inmediatamente. Mussolini prefirió esperar hasta finales de septiembre.[535]

El ministro de Exteriores alemán, entre tanto, supo por boca de su representante en Atenas, el príncipe Víctor de Erbach-Schönberg, que Grecia haría frente a toda agresión y se negaría a ser humillada por Italia «aunque eso conlleve el riesgo de ser destrizada». El sentimiento popular contra Italia iba en aumento.[536] La resistencia ante la intervención italiana contaría con un fuerte apoyo. La conclusión fue que «si Italia cree que éste es momento adecuado para hacer realidad sus demandas territoriales en relación con Grecia, se equivoca».[537]

Para los alemanes, contener las tensiones latentes en los Balcanes constituía una de las prioridades esenciales. Hitler había dicho a Ciano el 20 de julio que concedía «la máxima importancia al mantenimiento de la paz en las regiones del Danubio y de los Balcanes».[538] El interés soviético en la región del Danubio había quedado claramente de manifiesto a finales de junio con la anexión de Besarabia —región de Rumania que había sido una vez parte de la Rusia zarista— y el norte de Bucovina. Hungría tenía también graves disputas fronterizas con Rumania que no

quedarían resueltas hasta finales de agosto gracias al «arbitraje» forzoso de Alemania e Italia, que cercenó zonas enormes de Transilvania y concedió a Hungría la mejor parte de éstas. Los alemanes querían evitar por todos los medios la agitación en la región, tanto para conservar su control sobre el petróleo de los pozos rumanos de Ploesti como para evitar una nueva invasión soviética. Mantener fuera de los Balcanes a los rusos (cuya tradicional esfera de intereses defensivos llegaba hasta el Bósforo) y a los británicos (garantes de la independencia griega desde abril de 1939, y a los que consideraban dispuestos a explotar cualquier perturbación en Grecia y el Egeo) era vital para los alemanes. Una impulsiva acción italiana contra Yugoslavia podía desatar la intervención soviética. Y la acción contra Grecia podía dejar entrar a los británicos por la puerta de atrás. Por eso a mediados de agosto Berlín transmitió a Roma por vía diplomática el mensaje de que la acción italiana en los Balcanes no era aconsejable en aquel momento. «La paz en los Balcanes», como Hitler dijera a Ciano el 20 de julio de manera totalmente inequívoca, seguía siendo la prioridad absoluta. Como había asegurado al ministro de Exteriores italiano unos días antes, el principal objetivo militar italiano tenía que seguir estando en Egipto y el Canal de Suez.[539]

Ribbentrop reiteró la necesidad de mantener en calma la región de los Balcanes cuando se reunió con el embajador italiano, Alfieri, el 16 de agosto. Era esencial, afirmaba el ministro de Exteriores alemán, evitar toda acción que pudiera perturbar el statu quo de la zona. No había que dar ningún pretexto a los rusos para intervenir. La derrota de Gran Bretaña era la máxima prioridad.[540] Ciano relató el resultado de las conversaciones de Ribbentrop con Alfieri en su diario al día siguiente. Era «necesario abandonar cualquier plan de atacar Yugoslavia» y «una eventual acción contra Grecia no será en absoluto bien acogida en Berlín». Ciano resumía: «Es una orden total interrumpirlo todo por completo».[541]

Mussolini cedió ante la presión, aunque Ciano se aseguró de que la propaganda antigriega continuara presente en la prensa italiana, y tres divisiones del Ejército de Tierra fueron colocadas en estado de alerta para su posible envío a Albania.[542] Después de que Alemania reafirmara su interés en evitar conflictos en la región, expresada de forma muy clara por Ribbentrop a Alfieri en una nueva reunión el 19 de agosto, Mussolini dio órdenes tres días después de ralentizar los preparativos para Yugoslavia y Grecia. El norte de África volvía a tener prioridad militar, si bien Mussolini siguió emitiendo directivas, ciertamente incompatibles con los limitados recursos de Italia, para hacer preparativos en diferentes escenarios posibles de guerra.[543] Ciano escribió que «las acciones contra Yugoslavia y Grecia han quedado aplazadas indefinidamente».[544] En el caso de Yugoslavia, esa afirmación era exacta. La operación fue efectivamente abandonada. Las esperanzas tenían que descansar en lo que Italia pudiera obtener en el eventual acuerdo de paz una vez que Gran Bretaña hubiera sido derrotada. Grecia, sin embargo, era una cuestión algo diferente. Ciano transmitió debidamente a Jacomoni en Albania las órdenes de «autoridades superiores» de «disminuir el ritmo de nuestros movimientos contra Grecia», pero también le dio instrucciones para que diese los pasos necesarios para mantener «en un estado de potencial eficiencia todas las órdenes dictadas», evitando la crisis pero «manteniendo viva la cuestión».[545] Además, los planes militares de atacar Grecia prosiguieron y experimentaron algunos retoques.[546]

Aun así, al parecer Badoglio pensaba que los estrategas sólo estaban guardando las apariencias. Desde el cuartel general del Mando Supremo se envió un mensaje al jefe del Estado Mayor del Aire Francesco Pricolo, el 10 de septiembre para comunicarle que «Grecia se suspende».[547] Mussolini, sin embargo, no lo veía así. Aunque había abandonado Yugoslavia (que sólo podría haber sido

atacada con ayuda de Alemania desde el norte si se querían evitar graves pérdidas), no estaba dispuesto a descartar la opción de actuar contra Grecia en cuanto fuera posible. Aquella acción supondría un triunfo para Italia sin tener que ir agarrada a las faldas de Alemania. Es más, garantizaría la permanencia de los Balcanes bajo la esfera de influencia de Italia, atajando así la posibilidad, objeto ya de los primeros rumores, de que, pese a las garantías ofrecidas, los alemanes pretendieran imprimir su sello en la región.[548] No obstante, las opiniones de Mussolini cambiaban en función de su estado de ánimo. La coherencia no era su punto fuerte. El último día de agosto, Quirino Armellini, adjunto de Badoglio en el cuartel general del Mando Supremo, comentaba en su diario: «Ciano quiere la guerra contra Grecia para ampliar los límites de su gran ducado; Badoglio comprende el gran error que sería prender fuego a los Balcanes (que es la postura alemana) y desea evitarlo; y el Duce está de acuerdo hoy con uno y después con el otro».[549] Y así siguieron las cosas durante todo el agitado mes de septiembre.

Cuando Ribbentrop visitó Roma entre el 19 y el 22 de septiembre trayendo consigo una nueva «sorpresa»[550] —una alianza militar con Japón que quería que Italia firmara junto a Alemania en los días siguientes—, las perspectivas de una inminente invasión alemana de Inglaterra se estaban desvaneciendo.[551] Cada vez parecía más probable una guerra prolongada. Esa opción no disgustaba a Mussolini, que pensaba que un final rápido sería «catastrófico», como explicó a Badoglio el día de la marcha de Ribbentrop.[552] El dictador se sentía optimista. Pensaba que, con los alemanes empantanados en el conflicto con Gran Bretaña, Italia tenía una ocasión durante el invierno de avanzar por Egipto hasta Suez sin ayuda alemana y destruir las bases de la fuerza británica en Oriente Medio. Badoglio compartía su interés por evitar que los alemanes intervinieran en la «guerra paralela» de Italia. Ribbentrop había señalado de nuevo que Alemania no quería perturbaciones en los Balcanes en el futuro inmediato, aunque reconoció una vez más que Grecia y Yugoslavia eran competencia exclusiva de Italia.[553] Mussolini dijo que no actuaría contra ninguna de las dos por el momento, pero aprovechó la ocasión para recordar a Ribbentrop que en el Mediterráneo Grecia cumplía una función de apoyo a Gran Bretaña muy parecida a la que Noruega desempeñaba antes en el norte.[554]

Ciano hizo todo lo posible por lograr que la cuestión de Grecia no se perdiera de vista. Todavía impaciente por entrar en acción,[555] manipuló la versión italiana de las actas de su reunión con Ribbentrop para asegurarse de que mencionaban la necesidad de proceder a «la liquidación de Grecia», expresión que no aparecía en la versión alemana.[556] Y poco después comentó al nuncio papal que Italia pretendía ocupar pronto, aunque no inmediatamente, todo el país, debido a la desconfianza que despertaban los griegos.[557] Parece ser que esperaba una rápida conquista militar a bajo coste para adquirir Grecia como baza para un eventual acuerdo de paz negociada, que era el resultado más probable, según preveía, de una situación de guerra que empeoraba por momentos.[558]

Entre tanto, los planes de contingencia militar seguían adelante, aunque Badoglio recordó al Estado Mayor a principios de octubre que no había perspectivas de acción a corto plazo.[559] Con el norte de África como prioridad y con más de la mitad del Ejército en Italia desmovilizado para ayudar en la cosecha, los recursos de mano de obra, ya de por sí limitados, se encontraban al máximo de sus posibilidades, y así seguirían durante el invierno.[560] Los planes para atacar Grecia quedaron aparcados.

Y permanecieron aletargados durante los primeros días de octubre. Mientras Ciano estaba en

Berlín para la firma del Pacto Tripartito el 27 de septiembre, Hitler sugirió una reunión con Mussolini en el paso de Brenner. Quería revisar la situación global de la guerra y especialmente la situación en el Mediterráneo, en concreto la cuestión de la intervención española en la guerra y las relaciones con Francia. El encuentro tuvo lugar el 4 de octubre. Mussolini estaba en buena forma. Llevaba varios días de buen humor y esperaba «que Italia pudiera anotarse un éxito en Egipto que le proporcionase la gloria que había estado buscando en vano durante tres siglos» (aunque estaba indignado con Badoglio, al que acusaba de frenar la ofensiva).[561] La reunión fue bien. Mussolini recibió un renovado apoyo por parte alemana para las demandas italianas sobre Francia: Niza, Córcega, la ciudad de Túnez y Yibuti.[562] El Duce expresó su confianza en el éxito italiano en Egipto y afirmó que no necesitaba hacer uso de las fuerzas especializadas ofrecidas por Hitler para el ataque.[563] Mussolini regresó a Roma rebosante de alegría, enojado sólo por la lentitud de Badoglio y Graziani en el norte de África y manifestando su aversión por el rey, «el único derrotista del país».[564]

Al cabo de unos días, sin embargo, un acontecimiento iba a ensombrear el alborozo de Mussolini y las relaciones entre los socios del Eje: el emplazamiento de tropas alemanas en Rumania. Los alemanes se las habían ingeniado para ser «invitados» por el nuevo dictador rumano, el general Ion Antonescu, a primeros de septiembre a enviar una «misión militar» a su país. Desde el punto de vista alemán resultaba crucial salvaguardar los yacimientos petrolíferos de Ploesti. A mediados de ese mismo mes, antes de que Ribbentrop visitara Roma, los italianos habían tenido conocimiento de los planes de enviar tropas alemanas a la zona de Ploesti. Ribbentrop aludió a ellos directamente cuando se reunió con Ciano el 19 de septiembre, pero éste, evidentemente, no transmitió aquella importante información a Mussolini.[565] El petróleo de Ploesti también era vital para Italia. Además, Mussolini siempre había considerado el Danubio como un área con intereses específicos para Italia. De ahí la especial sensibilidad con respecto a esa cuestión, y también con respecto al trato que Italia recibió de su socio del Eje. La susceptibilidad estalló cuando Mussolini supo gracias a los informes de prensa (que en realidad se adelantaron al hecho en cuestión) que habían llegado quince mil soldados alemanes a Rumania. Aquello sirvió para recordar a Mussolini cómo Hitler le venía informando sistemáticamente de las acciones alemanas más significativas cuando ya habían tenido lugar.[566] Absolutamente indignado, inmediatamente trató, en vano, de lograr una «invitación» similar para enviar las tropas italianas a la zona. «Está muy enfadado —observaba Ciano— porque sólo las fuerzas alemanas están presentes en las regiones petrolíferas rumanas».[567] Ciano dijo a Bottai que era necesario «que contrarrestemos su ocupación de Rumania invadiendo Grecia».[568] Ribbentrop trató de aplacar a Ciano por teléfono el 10 de octubre, y le recordó que había hablado de aquel asunto en Roma el 19 de septiembre. Ciano no hizo ningún comentario. El daño estaba hecho.[569]

Dos días después Mussolini había tomado la decisión de atacar Grecia en cuanto estuvieran terminados los preparativos. El 12 de octubre, de regreso a Roma después de haber estado unos días en el norte del país inspeccionando las organizaciones fascistas, recibió la exasperante noticia de un nuevo retraso antes de que Graziani iniciara la tan esperada ofensiva en el norte de África. Lo que supo de Rumania acabó de enfurecerle del todo. Las tropas alemanas habían empezado a llegar a Bucarest. Y no sólo eso: los oficiales del ministerio de Ribbentrop trataban con suma prepotencia de impedir que apareciera ningún reportaje sobre ello en la prensa italiana, y probablemente Antonescu sólo permitiría el emplazamiento de tropas italianas en Rumania si los alemanes estaban de acuerdo

con ello.[570] La furia de Mussolini acabó desbordándose. Indignado ante aquel desaire al prestigio de su país y al suyo propio, estaba ansioso por contraatacar. «Hitler siempre se presenta ante mí con un hecho consumado —comentó a Ciano lleno de rabia—. Esta vez voy a pagarle con la misma moneda. Se enterará por los periódicos de que he ocupado Grecia. Así se restablecerá el equilibrio». Mussolini admitió que todavía no había acordado con Badoglio las operaciones militares contra Grecia, pero añadió: «Presentaré mi renuncia como italiano si alguien pone objeciones a que luchemos contra los griegos». «El Duce parece decidido a actuar ahora», escribía Ciano, encantado de que sucediera por fin lo que durante tanto tiempo había propugnado. El ministro de Exteriores pensaba que la operación militar sería «útil y fácil».[571]

Aquel tremendo arrebató de despecho y de orgullo herido fue el contexto en el que se tomó la crucial decisión de atacar Grecia. No fue sólo el sentimiento de humillación personal, sino también su prestigio entre la población italiana, el que lanzó a Mussolini a la acción. Hasta entonces no tenía más trofeo de guerra del que vanagloriarse ante el pueblo italiano que la insignificante conquista en agosto del árido reducto de la Somalia británica.[572] Ahora le preocupaba mucho el impacto que otro movimiento unilateral alemán más pudiera tener en la opinión pública del país. Aquella acción se percibiría como un nuevo —e hiriente— ejemplo de la inexorable subordinación de Italia al gigante alemán. Una rápida victoria en Grecia restauraría el equilibrio, incrementaría su propio prestigio y proporcionaría por fin a Italia su parte del botín.[573]

La decisión se tomó, pues, de un modo impulsivo y arbitrario, muy propio de la personalidad de Mussolini y de su estilo de gobierno. Sin embargo, su enojo ante el emplazamiento de las tropas alemanas en Rumania constituyó la ocasión, no la razón subyacente, para la invasión de Grecia. Aquella circunstancia afectó a la elección del momento del lanzamiento de la ofensiva, no a la decisión misma de llevarla a cabo. El ataque a Grecia formaba parte desde hacía mucho tiempo, como hemos visto, de los planes a largo plazo de Mussolini para establecer la dominación italiana del Mediterráneo y las regiones balcánicas. Alemania había admitido repetidas veces que Grecia era asunto de Italia. Y también había advertido reiteradamente de que había que evitar la agitación en los Balcanes. Los militares italianos tenían la impresión de que en la reunión de Brenner Hitler había dado carta blanca a Italia en el país heleno,[574] pero aquello fue sin duda un malentendido. No hay referencia alguna a Grecia en las actas oficiales, italianas o alemanas, así que si se hizo alguna insinuación en ese sentido, debió de ser en una discusión privada entre los dictadores. Dado que Alemania persistía en su deseo de mantener el precario statu quo de los Balcanes, resulta inconcebible que Hitler alentase realmente a Mussolini a lanzar un ataque contra Grecia. Una referencia críptica sólo podía indicar una aceptación general, compatible con otras afirmaciones similares anteriores, del hecho de que aquel país era visto por el bando alemán como parte integrante del futuro dominio italiano, pero no como objetivo de una conquista inmediata.

Lo cierto es que hasta entonces Mussolini no había visto a Grecia como una prioridad urgente. El norte de África había aparecido siempre como el escenario más importante y más útil desde el punto de vista estratégico. De hecho, durante varios días después de tomar la decisión de lanzar sin más demora el ataque contra Grecia, estuvo pensando hacerlo paralelamente a la ofensiva en Egipto. Hasta el 16 de octubre no supo que esta última no podría producirse hasta que transcurrieran unos dos meses.[575] Fue entonces, y sólo entonces, cuando Grecia se convirtió en la prioridad absoluta.

El 13 de octubre Mussolini informó a Badoglio de la decisión de atacar Grecia tomada unilateralmente unos días antes, y fijó como fecha el 26 de octubre. Parece ser que éste no puso

objeciones. Al día siguiente Mussolini informó a Badoglio y Roatta, subjefe del Estado Mayor, de que «la operación contra Grecia no se limitará a Ciamuria, sino que tomará todo el país, lo que a la larga puede resultar fastidioso». Sin embargo, a Hitler no le comunicó la noticia del ataque hasta el último momento.[576] Los primeros planes de contingencia del Ejército sólo habían previsto una conquista limitada de Epiro, es decir, de las regiones septentrionales de Grecia. Aquella era la primera señal de que esos planes iniciales habían sido sustituidos.[577] Mussolini señaló que una ofensiva que llegara hasta Tesalónica y Atenas requeriría una fuerza mucho mayor de lo previsto inicialmente. Harían falta tres meses para tener listas las veinte divisiones necesarias.[578] Los jefes militares albergaban íntimas dudas sobre la viabilidad de la operación griega antes de que Graziani emprendiese la penetración en Egipto. Pero si Mussolini percibió esas dudas, no les prestó atención. Ahora Grecia no esperaríamos.

Mussolini convocó una reunión de sus jefes militares para el día siguiente, 15 de octubre, a las once en punto en su estudio del Palazzo Venezia «para exponer —a modo de esquema general— la línea de actuación que he decidido seguir contra Grecia». Estaban presentes Ciano, Badoglio, su subalterno a la cabeza del Mando Supremo Ubaldo Soddu y Roatta, junto con Jacomoni y Visconti Prasca, a los que había hecho venir desde Albania. Roatta llegó tarde porque el secretario personal del Duce lo había avisado de la reunión muy poco antes. Sorprendentemente, los jefes del Estado Mayor de la Armada y del Aire, Cavagnari y Pricolo, no fueron convocados.[579] La reunión duró sólo una hora y media. Y fue una de las discusiones de estrategia militar de alto riesgo más superficiales y frívolas de las que existía constancia.

Mussolini empezó esbozando los objetivos de la operación: la ocupación de toda la costa meridional de Albania y las islas jónicas de Zante, Cefalonia y Corfú en una primera fase, y a continuación la ocupación total de Grecia en una segunda fase para dejarla «fuera de combate». Pensaba que eso fortalecería la posición de Italia en el Mediterráneo con respecto a Gran Bretaña y aseguraría la permanencia de Grecia «dentro de nuestra esfera político-económica». Dijo además que había decidido la fecha, el 26 de octubre, y que ésta «no se puede aplazar ni siquiera una hora». Al parecer ésa era la primera vez que Roatta oía la fecha.[580] si bien el día anterior había insistido en que serían necesarios tres meses para preparar una acción a gran escala.

Mussolini no creía que Yugoslavia o Turquía crearan complicaciones, y planeaba convertir a Bulgaria en «un peón de nuestro juego» ofreciéndole ganancias en Macedonia. A continuación se dirigió a Jacomoni. El gobernador de Albania afirmó que aquella operación se esperaba con impaciencia en su provincia. Después señaló la posibilidad de tener dificultades de aprovisionamiento si el puerto de Durazzo, principal núcleo de abastecimiento, era bombardeado. El estado de las carreteras, aunque había mejorado mucho, podía causar problemas igualmente. Y también informó de que los griegos pretendían ofrecer resistencia a la acción. La escala de la misma dependería de la rapidez y contundencia de la operación italiana. Jacomoni planteó igualmente la cuestión de la ayuda a Grecia por parte de Gran Bretaña. Una ocupación parcial podría permitir a los británicos efectuar ataques aéreos en el sur de Italia y en Albania. Los aviones griegos, en cambio, no planteaban problemas. Cuando le preguntaron sobre la moral de la población griega, el gobernador calificó su estado de ánimo de «profundamente deprimido».

Visconti Frasca pasó entonces a comentar la situación militar en Albania. El general se mostraba sumamente optimista. La primera fase de la operación se había preparado «hasta el más mínimo detalle y es todo lo perfecta que humanamente puede ser». Calculaba que sólo costaría entre diez y

quince días ocupar Epiro, bastante antes de que la estación de las lluvias pudiera empezar a provocar dificultades serias. La fecha de inicio de la operación podía adelantarse, pero no atrasarse, terció el Duce. Y cuando pidió a Visconti Prasca que describiera la moral de sus tropas, éste afirmó que era excelente. Estaban preparados unos setenta mil hombres, una proporción de dos a uno a su favor en primera línea. A su modo de ver, «la fuerza aérea griega no existe». La única preocupación en el cielo derivaba de la posible llegada de ayuda británica. A pesar de todo, sí dejó caer algunas reservas sobre la idea de ampliar el avance hasta Tesalónica, dado el momento del año en el que se encontraban. Aquello llevaría su tiempo. Se necesitarían un par de meses. Pero el Duce insistió en la importancia de impedir que Tesalónica se convirtiera en base británica. Y después preguntó a Prasca sobre la moral de las tropas griegas. «No son gente a la que le guste combatir», fue su lapidaria respuesta. Había pensado simular un incidente que sirviera de provocación para el ataque. Mussolini le aconsejó que no se preocupase excesivamente por las posibles pérdidas. Visconti Prasca replicó que siempre había ordenado a los batallones que atacaran, incluso cuando se encontraban frente a una división.

Llegados a ese punto tomó la palabra Badoglio. El jefe del Estado Mayor pensaba que los británicos estarían muy ocupados en Egipto y que era poco probable que intentaran efectuar desembarcos en Grecia. La única posibilidad de ayuda británica venía del aire, por lo que defendía que la operación contra Grecia coincidiera con el avance sobre Mersa Matruh en Egipto, lo que haría difícil que los británicos pudieran reservarse aviones para ayudar a los griegos. Mussolini, que todavía no sabía que Graziani estaba a punto de posponer su avance, propugnó que Mersa Matruh fuera tomada antes incluso del inicio de la operación griega. Si avanzaban desde allí, los británicos tendrían dificultades para proporcionar ayuda aérea a Grecia. Y «después de perder el decisivo enclave de Egipto, aunque Londres todavía pudiera seguir adelante, el Imperio británico estaría en una situación de derrota», añadió con sereno optimismo. Badoglio dio su aprobación al plan de operaciones de Visconti Prasca para Epiro, pero detenerse allí no era suficiente. También habría que ocupar Creta y Morea junto con la totalidad del territorio griego. Eso exigiría, no obstante, unas veinte divisiones (la cifra que Roatta había presentado el día anterior) y costaría tres meses.

Mussolini contaba con que la culminación de la ocupación de Epiro hacia el 10 – 15 de noviembre trajera durante otro mes las renovadas fuerzas necesarias para completar el resto de la operación. El Duce quiso saber cómo se planeaba la marcha sobre Atenas una vez ocupado Epiro. Visconti Prasca no preveía grandes dificultades. Cinco o seis divisiones bastarían, pensaba. Badoglio sugirió que la campaña sobre Atenas debía preceder a la toma de Tesalónica. Roatta se mostró de acuerdo con la idea de Mussolini de que dos divisiones serían suficientes para ello. El Duce estaba satisfecho porque «las cosas se están aclarando». Visconti Prasca recomendó encarecidamente que Grecia quedase dividida en dos desde Atenas, y Tesalónica podría ser atacada desde la capital griega. Sin embargo, en respuesta a una pregunta de Mussolini, no dudó en señalar lo dificultoso del terreno entre Epiro y Atenas: unos doscientos setenta kilómetros de malas carreteras por colinas empinadas y una cadena montañosa en la que las comunicaciones quedaban reducidas a senderos de mulas. Pensaba que se necesitarían tres divisiones de montaña, que, imaginaba, podrían ser enviadas al puerto de Arta, a una buena distancia hacia el sur a lo largo de la costa griega, en una sola noche.

La última parte de la reunión se dedicó a debatir el uso de tropas albanesas en el ataque y el despliegue de la defensa antiaérea en Albania. Entonces Mussolini declaró que «ya hemos examinado

todos los aspectos del problema», y después dijo a modo de recapitulación: «Ofensiva en Epiro; observación y presión en Tesalónica; y, como segunda fase, la marcha sobre Atenas».[581]

Lo que pasaba por ser firmeza dictatorial no era en realidad más que el mero revestimiento de una serie de supuestos elaborados a la ligera, observaciones superficiales, cálculos de aficionados y valoraciones completamente acríticas, todos ellos basados en el mejor escenario imaginable. Después de años de autoadoctrinamiento, Mussolini creía ya firmemente en su propia infalibilidad. Jacomoni y Visconti Prasca eran criaturas prototípicas del régimen, incapaces de otra cosa que no fuera seguir el juego a los cálculos de Mussolini, esperando sacar provecho de la oportunidad de engrandecimiento propio, deseosos únicamente de agradar diciendo lo que el Duce quería escuchar. Ciano solía guardar silencio. Sus preferencias eran claras, y se contentaba con dejar hablar a sus subalternos, una vez se había cerciorado de que Mussolini presionaba ahora en favor de lo que él había deseado desde el principio. El silencio de Soddu equivalía a su respaldo a la operación. Badoglio y Roatta planteaban objeciones sólo de forma muy indirecta, llamando la atención sobre el tamaño y la escala de la operación necesaria para acometer la conquista completa de Grecia pero al mismo tiempo sin oponerse siquiera a los planteamientos más quiméricos.[582] El menosprecio que sentían por los griegos, así como su experiencia de los meses anteriores lidiando con los arrebatos de Mussolini en asuntos militares cuya complejidad no lograba comprender ni remotamente, los predispusieron aún más a ceder ante los imperativos del Duce. De modo que Mussolini se salió con la suya en la reunión sin el menor signo de discrepancia. La decisión que él solo había tomado se había convertido ahora en una orden operativa con la plena colaboración de sus jefes militares.

Sin embargo, en cuanto los líderes militares abandonaron la reunión y comenzaron a estudiar en detalle los planes de una operación cuyos objetivos habían sido abordados tan a la carrera y sin la debida atención, surgieron serias dudas que no tardaron en multiplicarse. El desembarco en Arta, por ejemplo, era completamente imposible, según afirmó el jefe de la Armada, Cavagnari. El ataque a Mersa Matruh que se esperaba acompañaría, o incluso precedería, a la operación griega iba a ser aplazado, según supieron entonces, al menos dos meses. Y se temía que los británicos establecieran bases en el sur de Grecia inmediatamente y estuvieran en condiciones de atacar a la flota italiana en Taranto, en el tacón del sur de Italia. Badoglio expuso estas objeciones cuando habló con Ciano el 17 de octubre. Su pesimismo era evidente. E igual de negativas eran las opiniones de los jefes del Estado Mayor, que se habían «pronunciado unánimemente en contra» de la operación.[583] No obstante —privado de su principal argumento logístico, la inaccesibilidad del puerto de Arta, cuando se supo que los griegos acababan de dragar un Canal de aguas profundas que permitía a los grandes barcos atracar allí—, Badoglio se mostró dócil en su audiencia del día siguiente con un enfurecido Mussolini, que se había enterado de las reservas expresadas. Mussolini había dicho a Ciano que estaría dispuesto a aceptar la dimisión de Badoglio. Pero éste no la presentó, y se marchó sin haber conseguido nada más que un retraso de dos días en el inicio de la operación, que fue trasladado al 28 de octubre.[584]

Los preparativos militares siguieron adelante, aunque de manera sumamente precipitada e incoherente.[585] Ni siquiera se detuvo la desmovilización de las tropas dentro de Italia.[586] Los augurios de la campaña no eran buenos. Finalmente el transporte de las tropas motorizadas a Albania no se pudo completar a tiempo porque el puerto de Durazzo estaba saturado. Además hacía mal tiempo, y la situación empeoraba por momentos, dificultando aún más el traslado de las tropas y convirtiendo las carreteras albanesas en auténticos lodazales. Fue entonces cuando, para gran

indignación de Mussolini, el rey Boris de Bulgaria rehusó participar en el ataque. Al final había quedado claro que el equilibrio de poderes era mucho menos favorable para Italia de lo que Visconti Prasca había dado a entender. Lejos de duplicar en número a los griegos, las fuerzas estaban bastante igualadas, incluso antes de que la movilización griega, con amplias reservas a su disposición, estuviese completada. Los comandantes de campaña destinados a Albania esperaban disponer de capacidad personal de decisión en torno a la fecha de inicio de la ofensiva, pero Mussolini insistía en que el 28 de octubre era inamovible. El temor a que Hitler, enfrascado ahora en sus conversaciones con Franco y Pétain, pudiera intervenir para detener la operación en cuanto tuviese noticia de ella fue decisiva en la elección de la fecha.[587]

Pese a sus preocupaciones de carácter logístico, ni los líderes militares en Roma ni los comandantes de campaña en Albania dudaban de que la victoria sería fácil. El menosprecio por los griegos era general. Ciano habló de «paseo»[588] y Soddu escribió más tarde sobre la confianza generalizada en un «desfile militar». El propio rey pensaba que los griegos se vendrían abajo al primer asalto.[589] Este tipo de suposiciones fortalecieron la conformidad con el imperativo de Mussolini de destruir Grecia, tan apresuradamente concebido. Una victoria rápida era esencial. El Duce quería evitar a toda costa que los británicos, y tal vez también los turcos, intervinieran en una guerra prolongada. Por eso quería, y esperaba, un asalto que provocase «un derrumbe total en tan sólo unas horas».[590] Mussolini se encontraba de un humor excelente cuando el ataque dio comienzo el 28 de octubre.[591]

Su socio, en cambio, no se alegró precisamente cuando recibió la noticia, de regreso de sus conversaciones con Franco y Pétain, de que Italia estaba a punto de atacar Grecia. Decían que Hitler se subía por las paredes, y que estaba muy preocupado por que la acción italiana pudiese prender la mecha en toda la región balcánica y dar a los británicos la oportunidad de instalar bases aéreas en la zona. Pensaba que aquélla era la venganza de Mussolini por Noruega y Francia[592] De hecho, fuentes fiables habían advertido a los alemanes reiteradamente en los días anteriores de que la acción contra Grecia era inminente.[593] Mientras tanto, los líderes militares italianos habían negado rotundamente que se estuviera tramando algo. Los alemanes prefirieron creer los desmentidos. Al parecer Hitler no se sintió verdaderamente alarmado hasta el 25 de octubre. Hasta ese día no recibió la carta, redactada seis días antes por Mussolini, que, muy hábilmente formulada, informaba no obstante de que el Duce pensaba actuar contra Grecia muy pronto. Pero incluso entonces, la información recogida en Italia seguía siendo contradictoria. El encuentro con Mussolini, promovido con anterioridad para discutir sobre los contactos con los líderes español y francés mantenidos recientemente por Hitler, fue adelantado. Los dictadores se encontrarían en Florencia el 28 de octubre. Cuando Hitler llegó a la reunión fue para recibir la noticia, de boca de un Mussolini radiante, de que las tropas italianas habían atravesado la frontera griega desde Albania al amanecer de aquel mismo día.[594]

De modo que Mussolini había logrado por fin su propio hecho consumado. Más adelante, reprochando a Mussolini su precipitación cuando ya estaba muy claro que el asalto italiano había fracasado estrepitosamente, Hitler aseguró que había intentado disuadir en Florencia al Duce de su prematura acción en Grecia y sobre todo de que llevara a cabo la operación sin ocupar previamente Creta, algo para lo que estaba dispuesto a proporcionarle asistencia militar.[595] Pero en realidad, cuando se reunieron en Florencia no hubo reproches. Hitler se contuvo. Fueran cuales fueran sus verdaderos sentimientos, no podía ni siquiera imaginar la magnitud del desastre militar que

Mussolini acababa de desatar. Le ofreció apoyo alemán para la operación y divisiones de paracaidistas para ocupar Creta (con el fin de atajar la intervención británica).[596] El resto de la reunión se redujo a un mero informe de sus encuentros con Pétain, Laval y Franco. Hitler quería mitigar las inquietudes de Mussolini con respecto a sus negociaciones con la Francia de Vichy, que no eran para nada del agrado del dictador italiano.[597] Grecia no volvió a ser mencionada. Pero pronto lo sería.

Lejos de ser el esperado paseo por el parque, el mal planeado y mal coordinado ataque a Grecia se reveló enseguida una absoluta catástrofe militar. El avance tuvo lugar en condiciones meteorológicas espantosas. Las incesantes lluvias torrenciales y el lodo hasta la rodilla dejaban atrapados a los tanques italianos y a la artillería pesada. Los arroyos crecieron con las lluvias otoñales. Los senderos de las montañas resultaban a menudo intransitables. La espesa niebla impedía volar a los aviones. La mar gruesa dificultaba las operaciones navales. La escasez de equipamiento, combustible, munición y hombres quedó pronto de manifiesto. Las deficiencias en el entrenamiento y la dirección de las tropas italianas también contribuyeron significativamente al creciente descalabro. Pero además, los griegos defendieron su país con coraje y tenacidad y ofrecieron una férrea resistencia desde el comienzo. Su conocimiento del terreno local constituía una gran ventaja, y estaban mejor organizados en la defensa de lo que los italianos lo estaban en el ataque. Al cabo de poco más de una semana los italianos se vieron obligados a detener su ofensiva en Epiro. Una semana después, un contraataque griego los estaba haciendo retroceder hasta el otro lado de la frontera albanesa. Cuando el frente se estabilizó, dado que cualquier avance quedaba frenado en seco ante las pésimas condiciones meteorológicas, éste se hallaba a unos cincuenta kilómetros hacia el interior de Albania. La brutal orden dictada por un impasible Mussolini de arrasar completamente todas las ciudades griegas de más de diez mil habitantes no pudo ejecutarse.[598] Al cabo de seis semanas, la aspirante a gran potencia, Italia, había demostrado ser militarmente más débil que la fuerza de categoría peso mosca de Grecia. El talón de Aquiles del Eje no podía haber quedado más al descubierto.

Para empeorar todavía más las cosas, la flota italiana, fondeada en Taranto, al sur de Italia, se vio seriamente dañada por un ataque británico con torpedos a mediados de noviembre. La mitad de los buques de guerra italianos fueron destruidos, y los sueños imperiales fascistas se hundieron con ellos. Aquel único golpe alteró decisivamente el equilibrio de poder naval en el Mediterráneo.[599] Y a principios de diciembre, Graziani, que seguía con su ofensiva en Libia todavía parada y al que Mussolini había comunicado que Grecia tenía ahora la prioridad, sufrió el primero de una serie de devastadores ataques en el inicio de una ofensiva británica en el norte de África. Las fuerzas italianas fueron expulsadas de Egipto a mediados de diciembre. Con el nuevo año la retirada se convirtió en una huida a gran escala. A finales de enero de 1941, los británicos habían avanzado más de trescientos kilómetros de desierto, capturando a su paso a ciento trece mil prisioneros italianos y más de setecientas piezas de artillería. Después de aquello, escribió Churchill más adelante, «el gran Ejército italiano que había invadido y esperado conquistar Egipto apenas si existía como fuerza militar».[600] He aquí una de las principales consecuencias de la decisión de invadir Grecia. La que debería haber sido la campaña militar clave, la penetración en Egipto hasta Suez contra unas fuerzas británicas todavía débiles, se había visto socavada por completo por la innecesaria aventura griega, un error de primer orden con consecuencias desastrosas.

En diciembre, Badoglio, convertido en chivo expiatorio del desastre de Grecia, había sido

destituido. Los líderes militares, no sólo Badoglio, estaban resentidos por el trato recibido por parte de Mussolini, que les atribuyó la culpa de una catástrofe que él personalmente había instigado. El prestigio personal de Mussolini se vio también afectado, ya que su popularidad disminuyó debido al decaimiento de la moral en el interior del país, el deterioro del nivel de vida y los reveses militares. Ciano, identificado como destacado promotor del ataque a Grecia, se convirtió en blanco de numerosas injurias, algunas de ellas, sin duda, dirigidas en realidad a su suegro. Además, estaban empezando a aparecer las primeras grietas entre los líderes fascistas —aunque por el momento no suponían un peligro directo para Mussolini—, ya que los potentados del partido hacían lo posible por distanciarse de los desastres y empezaban a competir por los puestos.

La decisión de invadir Grecia se reveló enseguida como una enorme herida autoinflingida. La situación militar sólo podía remediarse, como pronto demostrarían los acontecimientos, con la ayuda alemana, precisamente lo que Mussolini había querido evitar. Desde el punto de vista de Hitler, Grecia era una atracción secundaria. Tenía cosas mucho más importantes que hacer. La visita de Molótov a Berlín a mediados de noviembre lo había llevado a concentrarse en la necesidad de seguir adelante con el ataque a la Unión Soviética la primavera siguiente. A mediados de diciembre, la que acabaría siendo conocida como «Operación Barbarroja» quedó consagrada como directiva militar. Grecia constituía una distracción realmente inoportuna. Hitler quería que los Balcanes siguieran en calma, pero no podía obviar la amenazante presencia de los militares británicos en un punto muy vulnerable, gracias a la intempestiva aventura de Mussolini. Las continuas y flagrantes muestras de incompetencia por parte de los italianos y la intensificación de la intervención británica obligaron a los estrategas militares alemanes a prestar más atención a las operaciones realizadas en Grecia.[601] A finales de noviembre se habían elaborado los planes de contingencia para la ocupación de Grecia, aunque Hitler había informado a Ciano de que Alemania no podría intervenir antes de la primavera.[602] Cuando, en marzo de 1941, Hitler decidió finalmente que sería necesaria una gran operación para echar a los británicos de la Grecia continental, el número de soldados alemanes requeridos era mucho mayor de lo calculado inicialmente y sólo se podía conseguir a costa de la merma de la fuerza que debía ocuparse del flanco sur de la «Operación Barbarroja».[603] Los alemanes no habían previsto una intervención tan costosa en Grecia. Los italianos no querían que estuvieran allí en el lugar preferente. Pero ése fue el resultado de la aventura balcánica de Mussolini: una calamidad para Italia, pero también consecuencias mucho más amplias que acabaron afectando al curso de la guerra.

V

Echando la vista atrás casi al final de la guerra, cuando la inevitable e inminente derrota alemana se perfilaba con cada vez mayor claridad, Hitler atribuyó gran parte de la culpa al fracaso griego de Mussolini como causa de su posterior catástrofe. «De no ser por las dificultades que nos crearon los italianos y su disparatada campaña en Grecia», comentó según parece a mediados de febrero de 1945, «habría atacado Rusia algunas semanas antes». Hitler creía que el retraso en el lanzamiento de «Barbarroja» le había costado la victoria en la Unión Soviética. Unos días más tarde, manteniendo

una línea similar, se lamentaba de que la «absurda campaña en Grecia [lanzada sin haber avisado a Alemania de las intenciones italianas] nos obligó, contrariamente a todos nuestros planes, a intervenir en los Balcanes, y eso a su vez provocó el catastrófico retraso en el lanzamiento de nuestro ataque a Rusia. Nos vimos obligados a gastar allí algunas de nuestras mejores divisiones. Y como resultado global nos vimos forzados entonces a ocupar vastos territorios en los que, de no ser por aquel estúpido espectáculo, la presencia de cualquiera de nuestras tropas habría sido completamente innecesaria». «No tenemos suerte con las razas latinas», se lamentaba poco después. El único amigo entre los latinos, Mussolini, aprovechó que estaba ocupado en España y Francia «para poner en marcha su desastrosa campaña contra Grecia».[604]

Poco se podía decir en favor de esta tesis como explicación de la calamitosa derrota de Alemania en la Unión Soviética.[605] El retraso de cinco semanas en el lanzamiento de la «Operación Barbarroja» no fue decisivo en sí mismo. En cualquier caso es muy probable que, dada la inusual cantidad de lluvias, no hubiera sido posible iniciar la ofensiva antes de mediados de junio. Las razones del fracaso de «Barbarroja» residían en la soberbia de los planes de guerra alemanes — tan megalómanos como brutales— y en una operación aquejada desde el principio de fallos de planificación y de escasez de recursos. La caída alemana sobre Grecia en primavera de 1941, exigida por el caos italiano, sí que provocó un fuerte desgaste de los tanques y otros vehículos necesarios para la «Operación Barbarroja», y también, como ya hemos señalado, redujo el tamaño de las fuerzas dispuestas en el flanco sur del asalto. Sin embargo, aunque la desviación de recursos alemanes hacia Grecia justo antes del ataque a la Unión Soviética no contribuyó precisamente al éxito de esta última empresa, la insensatez de Mussolini no minó la «Operación Barbarroja» antes de su inicio. Las consecuencias más graves de aquella imprudencia para la campaña bélica del Eje se dejarían sentir, en cambio, en el norte de África.

En otoño de 1940 ése debería haber sido el escenario fundamental. La posición de Italia antes del lanzamiento de la ofensiva norteafricana habría sido de hecho mucho más fuerte si se hubiera tomado la ciudad de Túnez y sobre todo Malta después de entrar en la guerra.[606] Pero los preparativos para tales movimientos nunca se llevaron a cabo. Sin embargo, los italianos todavía eran superiores en número a los británicos en la región, aunque eso iba a cambiar muy pronto. Graziani postergó su avance repetidas veces, consciente de que el contingente italiano era insuficiente para organizar la gran ofensiva en Egipto que Mussolini no dejaba de exigir y de esperar. Los alemanes supieron ver la importancia de la zona y les ofrecieron tropas y equipamiento. El Mando Supremo militar italiano quería beneficiarse del ofrecimiento, y eso habría marcado la diferencia. Pero Mussolini prefirió rechazar la oferta.[607] Quería a toda costa contener a los alemanes en el que consideraba un escenario de guerra italiano. Además, a partir de octubre gran cantidad de efectivos humanos y materiales de vital importancia se estuvieron destinando no al norte de África, sino a Grecia. Entre octubre de 1940 y mayo de 1941, en la operación griega se desplegaron cinco veces más hombres que en la del norte de África, una vez y un tercio más de material bélico, tres veces y media más de barcos mercantes y más de dos veces y media más de buques escolta.[608] Las consecuencias de esta desviación de recursos, una vez iniciada la ofensiva británica en diciembre, se hicieron pronto totalmente patentes.

Las repercusiones de todo ello fueron reconocidas inmediatamente por los estrategas alemanes. Los encargados de planificar las operaciones en el Estado Mayor de la Armada resumieron la situación ya el 14 de noviembre de 1940, poco más de dos semanas después

del inicio del desastre griego: «Las condiciones para la ofensiva ítalo-libia contra Egipto han empeorado. El Estado Mayor de la Armada tiene la opinión de que Italia nunca culminará la ofensiva egipcia», aunque, por supuesto, ésta tenía posibilidades mucho más claras que un ataque a Grecia de causar un daño serio a la campaña bélica británica, especialmente si el Eje hubiera podido tomar posesión del área de Suez. El informe continuaba:

La ofensiva italiana contra Grecia es decididamente un gravísimo error estratégico; en vista de los contragolpes británicos previstos podría tener un efecto adverso en los próximos acontecimientos en el Mediterráneo oriental y en el área africana, y por ende en toda la evolución futura de la guerra [...]. El Estado Mayor de la Armada está convencido de que el desenlace de la ofensiva contra el área de Alejandría-Suez y la mejora de la situación en el Mediterráneo, con sus correspondientes efectos en las áreas de África y Oriente Medio, reviste una importancia decisiva para el resultado de la guerra [...]. Las Fuerzas Armadas italianas no tienen ni los líderes ni la eficiencia militar para llevar a buen puerto las operaciones exigidas en el Mediterráneo con la necesaria rapidez y decisión. Y difícilmente podemos esperar ahora que tenga éxito un ataque sobre Egipto llevado a cabo en solitario por los italianos.[609]

A mediados de diciembre la cuestión ya no era la tan esperada ofensiva contra Egipto, sino el tratar de reparar las secuelas del desastroso ~ derrumbe italiano. Pese a las posteriores proezas de Rommel en la campaña del desierto sin apenas recursos, el fracaso italiano y las prioridades alternativas para el despliegue de efectivos humanos y materiales alemanes propiciaron que el crucial escenario norteafricano estuviese cada vez más expuesto al poderío aliado. A tan lamentable situación (desde el punto de vista del Eje) había contribuido enormemente la decisión de Mussolini de invadir Grecia a finales de octubre de 1940.

Las consecuencias más directas del decisivo movimiento de Mussolini se dejaron sentir en Grecia e Italia. Las bajas inmediatas del conflicto desatado por el dictador fascista el 28 de octubre ascendían a unas ciento cincuenta mil en el bando italiano y noventa mil en el griego.[610] Para los griegos, sin embargo, eso sólo fue el comienzo de las desdichas. Tres años y medio de ocupación siguieron a la invasión de abril de 1941. Junto a la represión a manos de los conquistadores, también la hiperinflación y la malnutrición se cobraron un alto peaje. Alrededor de cien mil personas murieron de hambre durante el invierno de 1941 – 1942. Sólo una pequeña fracción de los judíos griegos sobrevivió a las redadas nazis y a la deportación a los campos de la muerte. Ni siquiera la liberación, ocurrida en octubre de 1944, puso fin al sufrimiento del país. La amarga secuela de las profundas e insalvables divisiones internas que nacieron durante la ocupación y salieron definitivamente a la superficie tras la liberación fue la feroz Guerra Civil griega, que estalló en 1946 y se prolongó hasta 1949.[611]

Para Italia, la desafortunada invasión de Grecia (con los consiguientes desastres del hundimiento de la flota en Taranto y el ignominioso derrumbe en el norte de África) señaló de una vez por todas el final de sus pretensiones de gran potencia. La idea de una «guerra paralela» para construir el imperium italiano se había revelado una quimera. Mussolini, por supuesto, había sido el principal ideólogo y el líder político instigador de la causa, pero había podido usar como fundamento, y explotar al mismo tiempo, los eternos componentes de las ambiciones italianas para tratar de hacer

de su país una verdadera gran potencia. Y es que, aunque a menudo se mostraban inquietos por las consecuencias de la expansión y el conflicto armado y expresaban reservas estratégicas y tácticas bien fundadas, los miembros de la clase dirigente italiana, incluido el rey, no albergaban objeciones morales a la guerra en pos del imperio y la grandeza nacional. Si Mussolini hubiera podido librar una guerra victoriosa, apenas habría encontrado oposición.

Desde mediados de los años treinta Italia se había visto empujada cada vez con más fuerza a seguir la estela de Alemania. El ataque a Grecia, ideado de forma sumamente impulsiva para pagar a Hitler con la misma moneda por Rumania y por otros gestos anteriores de condescendencia interpretados como insultos por tratar a Italia como a un socio subalterno, pretendía reconquistar el orgullo de la acción independiente. Pero en lugar de eso, hundió todavía más a Italia en su sumisión a la Alemania de Hitler. El hecho de que Hitler, como concesión al prestigio de Mussolini, permitiera a los italianos ser partícipes de la rendición griega que las armas alemanas habían forzado, formalizada el 23 de abril de 1941, no podía ocultar la magnitud de la degradación de Italia.[612] Las grietas del edificio del fascismo italiano empezaron a ensancharse entonces a toda velocidad. La desastrosa invasión de Grecia había «enfrentado a Mussolini con sus Fuerzas Armadas, hecho añicos la frágil unidad de la jerarquía fascista, desilusionado a la población italiana y distanciado a los italianos de sus aliados alemanes».[613] En 1943 las grietas eran ya abismales. El camino hacia la destitución de Mussolini en julio de aquel año, promovida por el Gran Consejo Fascista que él mismo había fundado, discurría ahora en línea recta. La última y sangrienta fase de la guerra, con un Mussolini restaurado como títere de Alemania a la cabeza de la salvajemente represiva República de Saló mientras la Wehrmacht luchaba ferozmente por conservar la zona ocupada al norte de Italia y rechazar el impetuoso avance de los ejércitos aliados procedentes del sur, fue el terrible epílogo del drama. El prólogo había constado de dos partes: la decisión de intervenir en la guerra en junio de 1940 y, después, la decisión de atacar Grecia en octubre de 1940.

Si la intervención de Mussolini en la guerra era previsible, también lo fue el ataque a Grecia. Durante mucho tiempo el Duce se mostró decidido a hacer de Grecia parte del Imperio Romano mediterráneo en expansión. Si no hubiera atacado a finales de octubre, probablemente lo habría hecho a la primera oportunidad que ofrecieran las circunstancias, posiblemente en primavera de 1941.[614] Pese a todo, la decisión que Mussolini tomó en otoño de 1940 no dejaba de ser una elección crucial en torno a la cual existían diversas opciones. Pese a su desidia e indecisión, los consejeros militares de Mussolini sí que expresaron su desazón ante las posibles repercusiones logísticas de una invasión preparada con tan poca antelación y llevada a cabo en aquella época del año. El momento elegido no era el más propicio, incluso a los ojos de los líderes militares italianos. Los alemanes, como hemos visto, se sentían horrorizados por lo que Mussolini había hecho. El ataque estaba planeado para una fecha posterior, y podría, precisamente por eso, haberse pospuesto todavía más. A la vista de lo sucedido en el norte de África a finales de año, de haber sido aplazado nunca se habría producido finalmente. Y con Grecia todavía independiente y neutral, tal vez los británicos, maniatados en el norte de África, se habrían abstenido de efectuar una intervención que los alemanes sólo podían interpretar como amenaza, sobre todo a los yacimientos petrolíferos rumanos. Grecia podría haber escapado quizás a la subyugación y ocupación alemanas. La guerra en el Mediterráneo habría podido tomar por tanto un rumbo muy diferente si Mussolini no hubiera invadido Grecia cuando lo hizo.

Mussolini es evidentemente el principal responsable del ataque a Grecia. Después de todo fue él

el que tomó aquella decisión, en solitario y sin consultar a nadie, ni siquiera a su propio Gran Consejo Fascista, y desoyendo igualmente las objeciones de Badoglio y de los jefes del Estado Mayor. El 10 de noviembre, cuando ya la magnitud del desastre estaba empezando a quedar de manifiesto, Badoglio colocó a Mussolini cara a cara con su responsabilidad. En referencia a la reunión del 15 de octubre afirmó: «Como resultado de las declaraciones de Ciano y Visconti Prasca, usted decidió atacar el 26 de octubre, fecha que fue posteriormente sustituida por el 28 de octubre. Nosotros intentamos hacer todos los preparativos posibles durante ese tiempo. He revisado estos hechos para demostrar que ni el Alto Estado Mayor ni el Estado Mayor del Ejército de Tierra tuvieron nada que ver con los planes que se adoptaron, que eran totalmente contrarios a nuestro método de actuación. Este método se basa en una preparación minuciosa antes de emprender una acción».[615] Aquella fue una declaración audaz —aunque en parte falta de sinceridad— de un hombre consciente de que pronto se convertiría en el chivo expiatorio de la impetuosidad del Duce. Pero Badoglio no había sido tan franco cuando se tomó la decisión, ni había repetido ante Mussolini los estrictos reparos que había manifestado previamente a Ciano.[616] En todo caso, las objeciones de los mandos militares eran de carácter logístico y no de fundamento. No se oponían al ataque a Grecia, simplemente les preocupaba lo inadecuado de la preparación. Ciano, y sus ineptos secuaces en Albania, Jacomoni y Visconti Prasca, ni siquiera compartían dichas inquietudes. Los tres secundaban sin reservas la invasión. Ciano, como hemos señalado, fue durante meses el principal defensor del ataque. Y el menosprecio hacia los griegos era prácticamente unánime, compartido incluso por el rey.

Si bien es verdad, pues, que la principal responsabilidad del descalabro griego reside por completo en Mussolini, no podemos atribuir absolutamente toda la culpa al dictador. La declaración de Churchill en diciembre de 1940 de que «un hombre y sólo un hombre» había llevado a Italia «al terrible borde de la ruina» era retórica de tiempo de guerra, no análisis razonado.[617] Otros sectores de la élite de poder del régimen fascista fueron cuando menos cómplices de la decisión. Después de todo, el modelo de gobierno fascista había desarrollado a lo largo de muchos años un sistema que no sólo convertía al líder en figura de culto, sino que había colocado la toma de decisiones enteramente en sus manos, negando toda responsabilidad por las decisiones a cualquier nivel inferior.[618] Aquel sistema, políticamente viciado, había recompensado al mismo tiempo, al igual que en el caso paralelo de la Alemania nazi, la sumisión, el servilismo, la docilidad y la adulación. Además, todas las formas de organización política no pasaban de ser una pura fachada: organismos representativos en apariencia, pero en realidad meros vehículos de propaganda y de aclamación del líder. Evidentemente, en un sistema fundamentado en el divide y vencerás, y en el que la promoción profesional y la gratificación material dependían del favor del dictador, era imposible construir una oposición organizada en la práctica. El Duce había escuchado tantas veces decir que era infalible que se acabó creyendo los halagos. Otros aceptaron, por adulación o por cinismo, las reglas del juego político. Cuando las cosas salían bien, como había sucedido en 1936 con una fácil victoria sobre un enemigo débil, estaban encantados de gozar con ella y hacerse con su parte del triunfo. Cuando las cosas iban mal, como en 1940 y a partir de entonces, trataban de ocultar su parte de responsabilidad. Pero sólo lo podían hacer para sí mismos. La estupidez de la decisión de Mussolini reflejaba las graves deficiencias personales del dictador. Pero era también la estupidez de todo un sistema político.

5. Washington D.C., primavera-verano de 1941

Roosevelt decide echar una mano

Diremos a Inglaterra: te daremos las armas y los barcos que necesites, con la condición de que cuando la guerra haya terminado nos devuelvas en especie las armas y los barcos que te hemos prestado [...]. ¿Qué opina?

Presidente Roosevelt, 17 de diciembre de 1940

Si él no asumía el mando era inútil esperar que la gente tomara voluntariamente la iniciativa de decirle si lo seguirían o no en caso de que cogiera las riendas.

Henry Stimson, secretario de Guerra, 22 de abril de 1941

EN una alocución pronunciada en Boston el 30 de octubre de 1940 durante su campaña de reelección para una tercera legislatura sin precedentes en la historia, el presidente Franklin Delano Roosevelt hizo una promesa a su público. «Y mientras me dirijo a vosotros, madres y padres — declaró el presidente—, os aseguro una cosa más. Lo he dicho antes, pero volveré a decirlo una y mil veces: Vuestros muchachos no van a ser enviados a ninguna guerra extranjera».[619] Aquél fue considerado el compromiso más explícito con la neutralidad americana, con la voluntad de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra que se había apoderado de Europa y hacía temer la derrota de Gran Bretaña a manos de Alemania.

Roosevelt estaba diciendo a quienes escuchaban lo que querían oír. A finales de septiembre, el 83 por 100 de los encuestados en un sondeo de opinión pública había secundado la opción de mantenerse fuera de la guerra contra Alemania e Italia.[620] Ayudar a los británicos, que se encontraban en verdaderos apuros desde la catastrófica derrota de los Aliados a manos de la Wehrmacht en mayo y junio, adoptando medidas que no implicaran recurrir a la guerra era otra cuestión muy distinta. No obstante, sólo el 34,2 por 100 de los estadounidenses apoyaba en agosto de 1940 que se hiciera algo más por ayudar a Gran Bretaña en su lucha contra Alemania.[621]

La campaña bélica británica de aquel terrible verano había recibido un espaldarazo moral de vital importancia gracias a la confianza en que Estados Unidos se sumara pronto al combate contra la Alemania de Hitler. Winston Churchill se desesperaba de impaciencia por que Estados Unidos abandonara la neutralidad y apoyara activamente la causa británica. Todas sus esperanzas estratégicas descansaban en la presuposición de que Estados Unidos entraría en la guerra tarde o temprano. Por su parte, varios miembros del Gabinete de Roosevelt estaban insistiendo al presidente para que adoptara una actitud más intervencionista. En aquel momento, otoño de 1940, nadie defendía el envío de una fuerza expedicionaria norteamericana a combatir a Europa, pero sí existían otros gestos posibles, distintos de la plena participación, que implicarían una intervención activa. Con los barcos británicos ya bajo la amenaza de los submarinos alemanes, Henry Stimson, secretario de Guerra, dijo al presidente y al Gabinete en diciembre de 1940 que «deberíamos detener por la fuerza a los submarinos alemanes con nuestra intervención». Pero no consiguió nada. El presidente replicó que «todavía no había llegado realmente a ese punto».[622] Ni lo haría durante meses.

Para Churchill, al otro lado del Atlántico, y para el resto del Gobierno británico, la indecisión

del presidente era motivo de una gran inquietud (aunque nunca expresada públicamente). Y también constituía una preocupación para aquellos miembros de su propia Administración —y Stimson no era el único— que estaban empezando a defender una postura más decididamente intervencionista. Roosevelt daba a menudo ciertas señales esperanzadoras, pero a continuación su innata tendencia a la cautela acababa imponiéndose de nuevo, para frustración de algunos de sus colaboradores. Sin embargo, a los ojos de muchos estadounidenses Roosevelt estaba yendo ya demasiado lejos. El presidente les parecía un auténtico belicista decidido a arrastrar al país a un conflicto remoto. El lobby aislacionista, cuyo principal núcleo geográfico de apoyo se encontraba en el Medio Oeste y que se nutría principalmente, aunque no en su totalidad, de opositores políticos de Roosevelt pertenecientes al Partido Republicano, no representaba por aquel entonces más que a una considerable minoría de opinión. Pero era una minoría sumamente ruidosa, y muy a menudo capaz de hacer causa común con una franja de opinión mucho más amplia que no era abiertamente aislacionista pero que sí estaba muy preocupada por la posibilidad de adentrarse en un resbaladizo camino que acabara conduciendo a la guerra.

Roosevelt era muy consciente de lo inestable que era la cuerda floja sobre la que caminaba. Por un lado, quería asegurarse a toda costa la continuidad del respaldo de la opinión pública, y más directamente el apoyo del Congreso estadounidense, y eso exigía una estrategia de prudencia. Por otro lado, sus allegados consideraban que eran demasiadas las ocasiones en las que se mostraba dispuesto a seguir, más que a dirigir, a la opinión del país. Y cuando dirigía, era generalmente para tratar de engatusar, más que para mandar. Harry Hopkins, principal consejero de Roosevelt, pensaba, al parecer, en mayo de 1941 que «el presidente se resiste a ir a la guerra, y prefiere seguir a la opinión pública antes que dirigirla».[623] Stimson había hecho esa misma observación al presidente el mes anterior con la franqueza que lo caracterizaba: «Si él no asumía el mando era inútil esperar que la gente tomara voluntariamente la iniciativa de decirle si lo seguirían o no en caso de que cogiera las riendas».[624]

Por otro lado, percatándose enteramente del peligro que representaba Alemania para Estados Unidos, Roosevelt trató de seguir, guiado por su interés personal en preservar la seguridad nacional como legítima prioridad, una política de apoyo cada vez más directo a Gran Bretaña, política que, no obstante, entrañaba el riesgo de involucrar a un país remiso precisamente en la «guerra extranjera» de la que había jurado librarlo. Ese era el grave dilema al que se enfrentó el presidente a partir del verano de 1940.

A comienzos de ese verano Gran Bretaña estaba sola en Europa frente a la amenaza nazi y se encontraba en grave peligro, bajo el riesgo de una invasión inminente. Aunque contaba, por supuesto, con el respaldo de su Imperio mundial y sus dominios, éstos no habrían podido proporcionarle gran ayuda efectiva en caso de producirse un desembarco alemán. Para muchos estadounidenses, Gran Bretaña parecía completamente acabada.

Una opción para Roosevelt habría sido alinearse con el lobby aislacionista, que sostenía que, con la hegemonía alemana sobre el continente europeo (incluida Gran Bretaña) prácticamente asegurada por un tiempo indefinido, el interés de Norteamérica residía en mantener la más estricta neutralidad, absteniéndose de cualquier tipo de implicación en un conflicto que afectaba a naciones remotas y ocupándose exclusivamente de las inquietudes de Estados Unidos. Dada la reticencia atestiguada por los sondeos de opinión a ver a Norteamérica envuelta en la guerra, el aislacionismo, de haberse visto espoleado por las habilidades políticas y retóricas de Roosevelt, podía todavía volverse mucho más

popular de lo que lo era entonces.

Otra opción habría sido seguir el consejo de algunos miembros de su Administración y realizar movimientos que obligaran a Estados Unidos a una participación mucho mayor en la guerra europea, tal vez hasta el punto de entrar en ella. Eso habría significado, por supuesto, exponerse a serias dificultades con la opinión pública, y los problemas para conducir la nave de la necesaria legislación por los rápidos del Congreso habrían sido sin duda formidables. En cualquier caso, el grado de preparación militar del que disponía Estados Unidos para librar una guerra de grandes dimensiones en verano de 1940 era tan limitado que toda forma abierta de beligerancia, aun aceptando los riesgos políticos, se habría visto notablemente restringida en la práctica. Sin embargo, de nuevo, si Roosevelt, político sumamente experimentado y hábil y orador de enorme talento, hubiera decidido hacerlo, no sería en absoluto descabellado pensar que se habría podido ganar al país para la causa de un posicionamiento mucho más intervencionista. Pero no estaba dispuesto a hacer la prueba.

Todavía en mayo de 1941 existía el temor generalizado a que Alemania pudiera organizar pronto el ataque a Gran Bretaña que no se había materializado el año anterior. Aquel temor sólo se disipó cuando Hitler viró hacia el este con el ataque a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Para entonces, Roosevelt estaba totalmente inmerso en una línea de actuación que excluía ya cualquier posibilidad de mantener a Estados Unidos al margen de la guerra en Europa. Al final de la primavera de 1941, aunque faltaban todavía meses para que Estados Unidos emprendiese su participación directa en la guerra, la Administración Roosevelt había dado importantes pasos tanto en Europa como, de forma creciente, en Extremo Oriente, que habían hecho ya imposible librar al país de aquel conflicto en expansión. Las alternativas se habían estrechado.

La opción escogida por Roosevelt durante los meses anteriores había sido en realidad un extremadamente prudente camino intermedio entre la neutralidad y la beligerancia, que consistía en ofrecer ayuda a Gran Bretaña por todos los «métodos sin recurrir a la guerra» («methods short of war», expresión acuñada en enero de 1939 por el propio presidente).^[625] En verano de 1939, Roosevelt había expuesto sus opciones, que eran cuatro: «A, podemos ir a la guerra inmediatamente, enviando fuera una fuerza expedicionaria, pero eso ni se plantea, por supuesto. B, podemos dejarnos empujar a la guerra más adelante. C, podemos ir a la guerra, ahora o más tarde, pero proporcionar sólo suministros de guerra y ayuda naval y aérea a nuestros aliados. Y D, podemos quedarnos fuera, siguiendo mi política de métodos sin recurrir a la guerra para ayudar a las democracias. Y eso [refiriéndose a la última opción] es lo que haremos».^[626] Aquella política, de la que el presidente no se desvió ni un ápice, en lugar de empujar de forma drástica al país a la intervención en la guerra, lo fue llevando sutilmente hacia ella. A pesar de todo, las acciones que el presidente autorizó no tenían vuelta atrás. Y de ellas, la más singular, y la más importante, fue la decisión —iniciativa del propio presidente— de abrir los inmensos recursos materiales de Norteamérica a la ardua campaña bélica británica sin contrapartida económica directa. Con la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo en marzo de 1941 después de tres meses de intenso debate, los aislacionistas perdieron su última gran batalla.^[627] En realidad, Estados Unidos todavía no había entrado en la guerra, y poca era la ayuda que podía circular inmediatamente, pero el país estaba ahora atado de manera más tangible a Gran Bretaña, un contendiente enfrascado ya en la lucha contra Hitler en Europa y adversario destacado frente a la amenaza cada vez más fuerte planteada por Japón en Extremo Oriente. La decisión de comprometer los recursos de Norteamérica con la campaña bélica británica

tuvo una importancia en gran medida simbólica en el futuro inmediato, pero con el tiempo se acabaría convirtiendo en la clave de la renovada capacidad británica de combatir a Hitler. Su trascendencia fue por tanto inmensa.

Y sin embargo, pese a deshacerse en elogios públicos y muestras de gratitud por el «acto más noble en la historia de todas las naciones»,^[628] Churchill seguía sintiéndose frustrado, inquieto y en ocasiones sumamente pesimista ante la vacilación, la prudencia y la reticencia de Roosevelt a comprometer a Estados Unidos con la intervención en la guerra.^[629] Cuando se reunió con el presidente por primera vez desde el inicio del conflicto, en agosto de 1941, el primer ministro británico le dijo: «Preferiría tener una declaración de guerra americana y no tener provisiones durante seis meses a tener el doble de provisiones y no tener declaración».^[630] Algunos miembros del Gabinete de Roosevelt sentían casi la misma frustración. El período que precedió a la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941 ha sido calificado como «un año de indecisión».^[631] A menudo pareció, en el transcurso de aquellos meses, que la principal decisión de Roosevelt había sido evitar tener que decidir nada.

I

Roosevelt había asumido el poder el 4 de marzo de 1933 en medio de una grave crisis bancaria y con alrededor de una cuarta parte de la mano de obra —unos trece millones de estadounidenses— desempleada. Su primera legislatura estuvo dedicada casi por completo a todo un despliegue de medidas legislativas a menudo polémicas que conformaron el «New Deal», el programa de recuperación nacional para reconstruir la devastada economía y restablecer la confianza.^[632] Buena parte de su energía la consumió en las luchas políticas internas que se produjeron a continuación. La popularidad del presidente siguió gozando de muy buena salud, y fue reelegido en 1936 por una aplastante mayoría. Su control sobre el Congreso, sin embargo, se fue debilitando, especialmente después de que las elecciones de noviembre de 1938 fortalecieran a la oposición.^[633] Fue entonces cuando los acontecimientos del exterior comenzaron a dominar su segunda legislatura.

El aislacionismo que, asentado en largas tradiciones, venía imponiéndose en Estados Unidos desde el final de la guerra de 1914 arraigó todavía con más fuerza durante la primera legislatura de Roosevelt. El impacto de la intervención en la conflagración europea en 1917 – 1918 sobre la sociedad estadounidense había sido enorme. Cincuenta mil soldados norteamericanos habían perdido la vida en un conflicto que, según muchos ciudadanos estadounidenses, no era en absoluto de la incumbencia de su país. La mayoría de los norteamericanos sentía que no se podía permitir bajo ningún concepto que aquello volviera a suceder. Las experiencias del horror de las trincheras se mezclaban con el resentimiento por lo que muchos interpretaban como ingratitud por parte de los europeos ante la insistencia de Estados Unidos en el pago de los préstamos de guerra.^[634] Existía también un sentimiento generalizado, alentado por las publicaciones antibelicistas y algunos relatos de lo que los norteamericanos llamaban «la Guerra Europea», y respaldado más tarde por el informe de una comisión del Senado encargada de investigar la industria armamentística, de que el país había sido inducido a la intervención por financieros, banqueros y fabricantes de armas extranjeros que

tenían mucho que ganar de una victoria de los Aliados.[635]⁸

Estados Unidos había decidido mantenerse a una considerable distancia de los asuntos europeos, y de hecho se negó a formar parte de la Sociedad de Naciones. Es verdad que la iniciativa estadounidense resultó crucial a la hora de elaborar planes en 1924, y de nuevo cinco años después, para tratar de resolver el lacerante problema de las reparaciones alemanas, una cuestión que generaba en el país europeo un profundo resentimiento. Y en 1932, Estados Unidos participó en la Conferencia de Desarme de Ginebra, que trató, tarde (y en vano), de hacer realidad otro de los principios del presidente Woodrow Wilson para un mundo en paz después de la guerra (aunque mucho tiempo después toda esperanza real en ese sentido se había desvanecido). Pero poco más. Tras un muro de aranceles proteccionistas y un auge económico simbolizado por el auge de la producción de automóviles, a la mayoría de los estadounidenses le valía con cerrar los ojos al mundo exterior y dejar a Europa fuera de sus pensamientos.

Cuando, con Hitler en el poder, el empuje alemán empezó a manifestarse de nuevo al tiempo que, al otro lado del mundo, el imperialismo japonés se hacía oír con estridentes y disonantes ecos, un sentimiento generalizado en la sociedad norteamericana, derivado bien de nobles aunque ilusorias inclinaciones pacifistas o bien de tendencias nacionales unilateralistas, iba a replegarse todavía más hacia el aislacionismo. «Volvamos la mirada hacia nuestro interior —propugnaba el gobernador de Pennsylvania, George Earle, demócrata liberal, en 1935—. Si el mundo ha de volverse un páramo de derroche, odio y amargura, ocupémonos todavía más seriamente de proteger y preservar nuestro propio oasis de libertad».[636] Un claro reflejo de las actitudes imperantes fue la Ley Johnson, que recibió su nombre del republicano progresista Hiram Johnson, y que fue aprobada en 1934, destinada a prohibir la concesión de créditos a los países que no habían pagado sus deudas de guerra con Estados Unidos.[637] A continuación, en 1935, con el telón de fondo de una manifiesta remilitarización alemana a gran escala y las intimidatorias amenazas italianas a Abisinia, Roosevelt abrió la puerta a una legislación que garantizaría la neutralidad norteamericana en cualquier guerra futura. El componente clave era un embargo de armas impuesto sobre todas las partes beligerantes en cualquier guerra «entre dos o más Estados extranjeros», independientemente de las simpatías norteamericanas. Roosevelt, y más aún el Departamento de Estado, habrían preferido obtener poderes para imponer un embargo de armas discrecional que distinguiera a los agresores, pero finalmente el presidente declaró sentirse satisfecho con la Ley de Neutralidad, que fue firmada por él el 31 de agosto de 1935.[638]

La legislación sobre neutralidad —debido a las distintas renovaciones y enmiendas se generaron cinco leyes de neutralidad entre 1935 y 1937 [639]— estaba diseñada para impedir que volvieran a darse las circunstancias que habían llevado a la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial. Junto con la Ley Johnson, la Ley de Neutralidad pondría obstáculos más adelante a los intentos de Roosevelt de ayudar a Gran Bretaña y evitar al mismo tiempo la participación en una segunda guerra europea. Pero en su momento no hizo nada, evidentemente, por impedir las agresiones cometidas por las potencias europeas. Todavía se enviaba petróleo, que no se encontraba en la lista de «instrumentos de guerra» objeto de embargo, a Mussolini (de hecho, en cantidades cada vez mayores) cuando el dictador italiano soltó sus bombarderos contra miembros de tribus etíopes en 1935,[640] aunque en esa ocasión Estados Unidos pudo señalar con el dedo a los propios europeos, que, divididos y torpes en su respuesta a la crisis de Abisinia, fueron incapaces de imponer un embargo de petróleo a Italia.

Cuando en marzo de 1936 Hitler aprovechó la confusión reinante entre las democracias occidentales para remilitarizar Renania, Cordell Hull, secretario de Estado, rechazó la petición francesa de realizar una condena moral de la acción.[641] Aquél fue un ejemplo de aplicación perversa de la neutralidad, una innecesaria aprobación por omisión del incumplimiento por parte de Hitler de los tratados de Versalles y Locarno, base del orden de posguerra. Pero en el momento de los hechos, británicos y franceses se habían limitado a mantenerse al margen y dejar que éstos ocurrieran.

Y cuando Italia y Alemania proporcionaron apoyo militar a un ejército rebelde respaldado por simpatizantes fascistas cuyo objetivo era derrocar a una democracia española en apuros, el embargo de armas contemplado en las leyes de neutralidad se extendió a ambos bandos en conflicto, aunque en una guerra civil, no internacional. Una vez más, y paralelamente a la indolente actitud no intervencionista de las democracias europeas, lo que en realidad se hizo fue negar armas a los defensores republicanos de la democracia al tiempo que se permitía que los agresores recibieran el apoyo de las armas fascistas procedentes de Italia y Alemania. Y es que la Guerra Civil española estaba muy lejos, y apenas tenía eco en el interior de Estados Unidos. Es cierto que una minoría de norteamericanos —en su mayoría católicos o de izquierdas-reaccionaron (alineándose con uno u otro bando del conflicto) ante la crisis española,[642] pero en enero de 1937 dos tercios de los norteamericanos no tenían opinión alguna sobre los acontecimientos que estaban firmando en España la sentencia de muerte de una democracia hermana.[643]

Hasta el final de los años treinta, Roosevelt no había mostrado ninguna intención de discrepar con las tendencias aislacionistas y pacifistas dominantes en Estados Unidos. Había presenciado en primera persona los horrores del frente occidental durante su visita a la zona en 1918 y la experiencia había hecho nacer en él un duradero sentimiento de repulsión.[644] «Odio la guerra», dijo en un discurso electoral pronunciado en 1936 en una célebre frase que conmovió a la población.[645] «No somos aislacionistas —declaró—, salvó en la medida en la que tratamos de aislarnos por completo de la guerra». Y después dijo al pueblo norteamericano que la preservación de la paz dependería de las decisiones cotidianas del presidente y el secretario de Estado. «Podemos mantenernos fuera de la guerra —afirmó—, si aquellos que observan y desean adquieren una comprensión suficientemente detallada de los asuntos internacionales como para asegurarse de que las pequeñas decisiones de hoy no conducen a la guerra y si al mismo tiempo poseen el valor para decir no a quienes por egoísmo o imprudencia nos conducirían a la guerra».[646] Los asesores de campaña dijeron al presidente que esa oposición a una posible guerra fue el factor más determinante en su regreso a la Casa Blanca aquel mismo año.[647]

La retórica era fácil. Los acontecimientos de Europa parecían suceder muy lejos y tener poca repercusión directa para la mayoría de los norteamericanos, preocupados por llegar a fin de mes y sobrellevar los padecimientos de la vida cotidiana mientras el país avanzaba a duras penas por el camino de la recuperación económica. El Atlántico parecía proporcionar un colchón lo suficientemente grande como para proteger a los estadounidenses de los peligros que amenazaban de nuevo al incorregiblemente belicoso continente europeo. Pero no querían correr riesgos. Siete de cada diez norteamericanos pensaban en otoño de 1937 que el Congreso debería contar con la aprobación de la población en referéndum antes de dictar una declaración de guerra. Una enmienda constitucional elaborada a tal efecto, que obligaba al presidente a someterse no sólo a la decisión del Congreso sino también al resultado de un referéndum popular, fue rechazada por escaso margen en la

Mientras hablaba de paz, Roosevelt, absorbido por las cuestiones internas, hizo muy poco por preparar a Estados Unidos tanto psicológica como materialmente para el desagradable panorama de nuevas dificultades que se avecinaba, en Europa o en Asia, y que podía acabar siendo, pese a todas las buenas intenciones, imposible de evitar. Durante los años siguientes se destinó una suma mínima de dinero al rearme de la Marina estadounidense y prácticamente nada al fortalecimiento del Ejército de Tierra. De hecho, una de las primeras medidas de Roosevelt para recortar el presupuesto tras su investidura en 1933 había sido reducir el tamaño de dicha rama de las Fuerzas Armadas, ya de por sí minúscula con sus ciento cuarenta mil hombres.[649] El presidente albergaba ideales de paz, armonía, cooperación y libre comercio en todo el mundo. Y ése era un sueño noble, compartido por millones de personas con menos capacidad que el presidente para contribuir de algún modo a hacerlo realidad. Pero durante sus primeros años en el cargo, aparte de reducir la intervención estadounidense en Latinoamérica en virtud de su política de «buena vecindad» y de ofrecer la futura independencia a Filipinas, Roosevelt se contentó con relegar aquel sueño a la consideración de lejana aspiración.

Hasta 1938, encomendó en buena medida la política exterior a su secretario de Estado, Cordell Hull.[650] Nacido en una cabaña de las montañas de Tennessee, alto, de aspecto distinguido con su pelo plateado y sus ojos oscuros, inteligente aunque un tanto falto de imaginación, sumamente experimentado pero a menudo conservador hasta el límite de la obstinación, moralizador y reservado pero «franco y accesible como un viejo amigo», [651] Hull estaba profundamente entregado a los principios defendidos por el presidente Woodrow Wilson, principal arquitecto del orden europeo de posguerra. Creía firmemente que la paz mundial podía hacerse realidad sobre la base del desarme, la autodeterminación, el cambio no violento y la disminución de la rivalidad comercial.[652] Hull se mostraba vigilante pero no excesivamente preocupado por el momento con respecto a Japón y no veía razón alguna para presionar en favor de una actitud más intervencionista ante los crecientes problemas europeos. En realidad, Europa parecía constituir el mayor peligro potencial. Y sin embargo, la inmovilidad de las democracias occidentales, Francia y Gran Bretaña, que condujo a las políticas del apaciguamiento, tuvo su equivalente al otro lado del Atlántico en la indiferencia de la Administración de Roosevelt ante la creciente amenaza procedente de Alemania.

Las cosas no eran muy distintas en Asia oriental. Cuando Roosevelt, en respuesta al ataque japonés a China, pronunció un gran discurso en Chicago, corazón del aislacionismo, el 5 de octubre de 1937, pareció anunciar un cambio en la política norteamericana. Pero en realidad, no hizo sino ofrecer un anticipo de la frustración que había de aquejar a sus amigos y aliados durante los siguientes cuatro años. Roosevelt empleó la analogía de la comunidad que cooperaba durante el período de cuarentena de los pacientes en una epidemia para dar a entender que tenía que suceder lo mismo en las relaciones internacionales con respecto a quienes amenazaban ahora la paz mundial. Pero cuando Gran Bretaña pidió que se aclarase el significado de las palabras de Roosevelt en términos de acción efectiva y sugirió poco después una demostración conjunta de fuerza naval en Singapur para ahuyentar a los japoneses, Estados Unidos se echó para atrás. «Existe algo que se llama opinión pública en Estados Unidos», decía el mensaje, y no parecía que el presidente fuera a acompañar en esto a los británicos.[653] «Siempre es mejor y más seguro —comentó el primer ministro británico, Neville Chamberlain— no esperar nada de los americanos salvo palabras».[654]

Chamberlain no cambió de parecer. Cuando Roosevelt, en enero de 1938, propuso una iniciativa

destinada a movilizar a algunos países de Europa y Latinoamérica para acordar los principios de las relaciones internacionales con la esperanza de que un renovado sentimiento de seguridad colectiva, respaldado por Estados Unidos, convenciera a las potencias del Eje de abandonar su carrera de agresión, el primer ministro británico se mostró reticente. Más tarde, Churchill consideraría la iniciativa del presidente estadounidense como «la última y frágil ocasión de salvar al mundo de la tiranía por un medio distinto de la guerra»,[655] si bien en realidad las posibilidades de que tal acción desviara a Hitler de su rumbo eran nulas. Sin embargo, la conclusión extraída por Chamberlain iba mucho más allá de esta iniciativa en particular. El primer ministro afirmó categóricamente que, si «se metía en problemas», Gran Bretaña no podía esperar ayuda de Estados Unidos.[656] El prefería seguir avanzando por el camino del apaciguamiento.

Estados Unidos miraba los movimientos expansionistas de Hitler de 1938 desde lejos, con inquietud, es cierto, pero en cualquier caso desde fuera. La toma del poder en Austria fue recibida con cierta resignación pero sin una sola objeción. Roosevelt hizo un llamamiento a la paz cuando tuvo lugar la crisis de los Sudetes durante el verano de 1938. Después de que las democracias occidentales dividieran Checoslovaquia en el transcurso de la Conferencia de Múnich a finales de septiembre en un vano intento de satisfacer las insaciables demandas de Hitler, Roosevelt equiparó su acción a la traición de Judas Iscariote. Pero cuando supo que Chamberlain asistiría al encuentro cuyo inevitable resultado era la capitulación ante Hitler, Roosevelt envió un cable al primer ministro británico: «Bien hecho».[657] No sin justificación, el presidente estadounidense fue descrito en aquel momento como «un espectador impotente en Múnich, el líder débil y sin recursos de un país desarmado, económicamente herido y diplomáticamente aislado».[658]

La indignación moral en Estados Unidos ante el tratamiento dado por Alemania a los judíos aumentó, bien es cierto, a lo largo de 1938, y se desbordó tras los tristemente célebres pogroms del 9 y 10 de noviembre, las atrocidades cometidas en la «Noche de los cristales rotos» contra los judíos de Alemania. Pero Roosevelt no estaba dispuesto a dejar de aplicar el sistema de cuotas de inmigrantes para dar cabida a los desesperados refugiados judíos. Y una gran mayoría apoyó en eso a su presidente.[659]

Pese a su pasividad a lo largo de 1938 mientras la ofensiva expansionista de Hitler llevaba a Europa al borde de la guerra, Múnich había hecho reconocer a Roosevelt lo ilusorio de creer que Estados Unidos podía mantenerse distante e indiferente ante lo que estaba sucediendo al otro lado del Atlántico. Sus preocupaciones con respecto a Hitler, al que veía como un «hombre desaforado» y un «chiflado», se habían agudizado.[660] El presidente se interesaba ya entonces mucho más por la política exterior; leía regularmente los cables procedentes del extranjero y discutía con frecuencia los asuntos que iban surgiendo con Cordell Hull y otros miembros del Departamento de Estado. A menudo recibía a Hull y al perspicaz, cortés y refinado aunque grandilocuente y ceremonioso subsecretario de Estado, Sumner Welles —que había asistido a la misma escuela primaria para alumnos de clase alta que el presidente, que de niño llevaba guantes blancos cuando jugaba en el campo, que todavía parecía que sentía constantemente esa «contaminación en su entorno» y que hacía gala de un comportamiento en el mejor de los casos «un tanto frío»[661]—, acostado en su cama de la Casa Blanca y apoyado sobre unas almohadas. Los tres tenían claro que había que hacer todo lo posible para evitar la guerra y, si a pesar de todo se producía, para garantizar la victoria de las democracias occidentales. Lo que no estaba tan claro era cómo conseguir esos objetivos.[662]

Cuando tuvieron lugar los acontecimientos de Múnich la opinión pública estadounidense ya

estaba empezando a cambiar y ver la guerra en Europa como algo probable, pero por el momento la gente no estaba dispuesta a dar la bienvenida a una derogación de la legislación sobre neutralidad, una cuestión que el presidente planteó en enero de 1939. Los meses siguientes pondrían de manifiesto la incapacidad de la diplomacia norteamericana para contener a Hitler. Sin embargo, la alteración de las prioridades de otoño de 1938 dio origen a una tangible novedad: el compromiso de rearme a gran escala, especialmente en el aire (aunque, por supuesto, eso no se conseguiría de la noche a la mañana).[663] Paralelamente quedó confirmado el compromiso personal de Roosevelt con la producción de armas para ponerlas al alcance de las democracias occidentales para su defensa, aunque éste era un planteamiento que no todos compartían, ni mucho menos, y que se topó incluso con la firme desaprobación de su aislacionista secretario de Guerra en aquel momento, Harry H. Woodring.[664] Pese a la oposición, aquello marcó el inicio de la política de ayuda a las democracias europeas sin recurrir a la guerra, una política que Roosevelt mantendría hasta diciembre de 1941.

Cuando Hitler invadió lo que había quedado de Checoslovaquia en marzo de 1939 y poco después Gran Bretaña se comprometió a proteger a Polonia, la guerra en Europa en el futuro próximo parecía prácticamente segura. Cada vez más norteamericanos estaban empezando a percatarse de que ayudar a Gran Bretaña y Francia a armarse contra la Alemania de Hitler también podía entenderse como un gesto de autodefensa. La Administración, con Cordell Hull a la cabeza, comenzaba ahora a ejercer presión en el Congreso para revocar el embargo de armas.[665] Pero fue en vano. La Cámara de Representantes en junio y el Senado al mes siguiente votaron a favor de su mantenimiento. Seis meses de intenso esfuerzo de la Administración habían terminado en un rotundo fracaso. Al dejar que Hull encabezara la lucha por la revocación y permanecer él en segundo plano en lugar de arriesgar su prestigio, Roosevelt había cometido un tremendo error de cálculo.[666]

En el terreno de la diplomacia, un discurso pronunciado por Roosevelt en abril de 1939, en el que ofrecía a Hitler y Mussolini el inicio de conversaciones para resolver los asuntos del desarme y los intercambios comerciales si garantizaban que no atacarían a treinta países específicos durante los siguientes diez años, recibió una réplica fulminante por parte del dictador alemán.[667] Norteamérica no ocupaba un lugar destacado en el pensamiento de Hitler en aquel momento. El dictador alemán no había contado con la posibilidad de una intervención seria de Estados Unidos al planificar su agresión, y no sentía la necesidad de contemplar concesiones a la diplomacia de desesperación del presidente estadounidense en primavera de 1939.

Tampoco el intento de Roosevelt a mediados de agosto de 1939 de convencer a los líderes soviéticos de que lo que más les convenía era alcanzar un «acuerdo satisfactorio frente a la agresión» con Gran Bretaña y Francia obtuvo un éxito mayor. Roosevelt pidió al embajador soviético en Washington, Konstantin Oumanski, a punto de salir hacia Moscú, que dijera a Stalin «que si su Gobierno se unía a Hitler, estaba claro como el agua que en cuanto Hitler hubiera conquistado Francia se dirigiría a Rusia y que entonces sería el turno de los soviéticos».[668] Si es verdad que aquellas proféticas palabras le fueron efectivamente transmitidas, Stalin las desoyó. Al cabo de dos semanas había firmado el tristemente célebre Pacto de No Agresión con Ribbentrop. La guerra en Europa era ahora segura e inminente. Cuando se estaban leyendo ya las exequias de la paz, Roosevelt hizo un llamamiento a Hitler, al presidente de Polonia y al rey de Italia.[669] Pero sabía que era una causa perdida. Ahora sólo podía esperar a que sucediera lo inevitable.

El inicio de la guerra europea tuvo consecuencias obvias para Estados Unidos. Los norteamericanos no podían esconder la cabeza en la arena y fingir que no les afectaba aquel conflicto que se estaba librando a miles de kilómetros de distancia, aunque sin duda muchos lo desearan. Así lo señaló Roosevelt a sus compatriotas en una «charla junto al fuego» (como se conocían sus discursos radiofónicos dirigidos a la nación) pronunciada la noche del 3 de septiembre, el día de las declaraciones de guerra británica y francesa. «Cuando la paz se ha roto en algún lugar, la paz de todos los países de todos los lugares está en peligro —les dijo—. Por muy ardientemente que deseemos distanciarnos —prosiguió—, estamos obligados a darnos cuenta de que cada palabra que atraviesa el aire, cada barco que surca el mar, cada batalla que se libra, afecta al futuro de América». Pero él esperaba y creía, dijo, que «Estados Unidos permanecerá fuera de esta guerra». No debía extenderse el falso rumor «de que América está enviando a sus Ejércitos a los campos europeos». Estados Unidos seguiría siendo neutral, subrayó. Pero no podía pedir, añadía, «que todos los americanos sigan siendo neutrales también de pensamiento [...]». Ni siquiera a un neutral se le puede pedir que cierre su mente o que cierre su conciencia».[670]

Aquella declaración venía a ser una reafirmación pública de la doctrina ya establecida de apoyo a las democracias europeas a través de medidas «sin recurrir a la guerra». Roosevelt estaba seguro del respaldo de la población a dicho planteamiento, pues era consciente de que la opinión pública defendía en su mayor parte a Gran Bretaña y Francia en el conflicto con la Alemania de Hitler. Pero también sabía que esa actitud tenía sus estrictos límites. El respaldo a las democracias no equivalía a la participación en la guerra junto a ellas. Las objeciones a la intervención directa seguían siendo tan enérgicas como siempre. La única lucha que contemplaba la mayor parte de los estadounidenses era la defensa del hemisferio occidental contra un ataque no provocado.

Las preferencias personales del presidente coincidían en realidad en buena medida con las de la opinión pública. Antes del inicio del conflicto había dejado clara su postura en varias ocasiones ante las figuras destacadas de su Administración. «Mientras yo esté en la Casa Blanca no espero ver nunca a las tropas americanas enviadas al extranjero», había declarado.[671] Y la tarde del 1 de septiembre (el día de la invasión alemana de Polonia), hablando con su Gabinete, algunos de cuyos miembros habían regresado apresuradamente de sus vacaciones, ante los retratos de los anteriores presidentes y viendo desde donde estaba el jardín de la Casa Blanca, repitió: «No vamos a entrar en esta guerra». Y comunicó a sus estrategias militares que «pase lo que pase, no enviaremos nuestras tropas al extranjero». Los oficiales del Departamento de Guerra le habían presentado un plan que calculaba las reservas suficientes para equipar una posible fuerza expedicionaria para Europa, pero el presidente se mostró categórico. «Sólo necesitamos pensar en defender este hemisferio», declaró.[672] Pero sí reconocía, a pesar de todo, que el intento de preservar la neutralidad ofreciendo al mismo tiempo la ayuda que Gran Bretaña y Francia necesitaran para resistir a la Alemania de Hitler hacía inevitable que la cuerda floja sobre la que caminaba se fuese desgastando en caso de prolongación del conflicto.

Ahora se podían tomar algunas medidas que muy poco antes habrían resultado sumamente delicadas. Roosevelt autorizó al Departamento de Guerra a constituir un Ejército de setecientos cincuenta mil hombres, más de cuatro veces su tamaño en aquel momento (aunque todavía diminuto,

comparado con las vastas legiones reclutadas para las Fuerzas Armadas en Europa).[673] Además hizo que Sumner Welles dispusiera lo necesario para introducir un cordón de seguridad alrededor del continente norteamericano (excepto Canadá) como protección para los barcos aliados frente a la guerra naval y la campaña submarina alemana que previsiblemente había de tener lugar, y se encargó personalmente de ampliar la zona propuesta de las cien millas iniciales (unos ciento sesenta kilómetros) a trescientas (cerca de quinientos kilómetros).[674] Al igual que Hull, pensaba que, dadas las nuevas circunstancias, la revocación del embargo, de importancia capital si querían proporcionar ayuda a Gran Bretaña y Francia, sería ahora una tarea sencilla, y decidió convocar una sesión especial del Congreso para elaborar leyes en ese sentido.[675] Hasta entonces, no obstante, no podía eludirse la obligación de cumplir con la Ley de Neutralidad vigente, que imponía un embargo inmediato a la venta de armas y municiones a todos los contendientes, algo que desalentó e inquietó a los Aliados occidentales, a los que ahora se impedía legalmente comprar cualquier tipo de armas a Estados Unidos.[676]

En realidad, la derogación del embargo de armas seguía siendo todavía entonces una cuestión sumamente controvertida, y generaba una enorme hostilidad en el potente lobby aislacionista. Roosevelt hizo de la revocación su causa particular. Si en primavera todavía se mostraba reticente, ahora decidió llevar personalmente el asunto al Congreso. Dijo que lamentaba que el Congreso hubiera aprobado la Ley de Neutralidad y que él la hubiera firmado.[677] La derogación del embargo de armas, sostenía, implicaría una verdadera neutralidad y el fin del trato igualitario a agresores y víctimas y constituiría por tanto una mejor salvaguardia de la paz que el mantenimiento de la ley original. Con la revocación, declaró, «este Gobierno reiterará clara y definitivamente que los ciudadanos americanos y los barcos americanos permanecerán lejos de los peligros inmediatos de las verdaderas zonas de conflicto».[678] La legislación necesaria acabó aprobándose en las dos cámaras del Congreso por una amplia mayoría a primeros de noviembre, tras seis semanas de intenso debate.[679]

Sin embargo, el elevado grado de consenso finalmente alcanzado tenía un alto precio. Los aislacionistas lograron restaurar las disposiciones de venta al por mayor de la legislación de 1937, que habían expirado en mayo de 1939. Tales disposiciones se habían introducido para permitir que Estados Unidos continuara beneficiándose del comercio exterior al tiempo que seguía siendo neutral. Los bienes, a excepción de armas y otros artículos prohibidos, se podían vender a los contendientes siempre que fueran pagados a la recepción y transportados en barcos extranjeros.[680] Existía una prohibición absoluta sobre los créditos a los países beligerantes, ya fueran procedentes de la hacienda pública estadounidense o de banqueros privados.[681] Las disposiciones de venta al por mayor resultaban ventajosas para los países con grandes reservas de efectivo y un fuerte poderío naval. Gran Bretaña y Francia, más que Alemania, se beneficiarían de ellas en Europa. Pero en Extremo Oriente, tendrían el efecto perverso de favorecer a Japón en detrimento de China. Pese a la revocación del embargo de armas, la pregunta era si las democracias occidentales podrían pagar las armas que necesitaban y si, en caso de encontrar financiación, los estadounidenses estarían dispuestos a proporcionarles las cantidades requeridas. Ambas cuestiones quedaron sin resolver durante más de un año.

Cuando la «guerra ficticia» —por alguna razón la sarcástica expresión inventada por el senador republicano aislacionista William E. Borah acabó arraigando— se adentró en el año 1940, Roosevelt envióextraoficialmente a Sumner Welles a Roma, Berlín, París y Londres para tantear e

terreno para una posible paz negociada. Welles regresó a principios de abril adecuadamente aleccionado sobre la imposibilidad de emprender una iniciativa diplomática para poner fin al conflicto. Mussolini, de hecho, había dicho que pensaba que una paz negociada entre Alemania y los Aliados era posible, a condición de que se cumplieran todas las demandas territoriales alemanas e italianas. Pero Welles se había percatado de que toda la influencia que Mussolini pudo tener una vez había desaparecido, y estaba seguro de que el Duce llevaría a Italia a la guerra cuando llegara el momento oportuno. Welles se sintió desalentado ante la beligerancia de Berlín y la baja moral de los franceses. Sólo en Londres, en la capacidad de resistencia demostrada por Winston Churchill, de nuevo en el Gabinete como primer lord del Tesoro, había encontrado algo que lo impresionara.[682]

El desesperanzado informe de Welles no tuvo consecuencias inmediatas en Washington. En realidad, pocos días después del regreso del subsecretario, el ataque alemán a Dinamarca y Noruega ponía súbitamente fin a la «guerra ficticia». Un mes más tarde, el conflicto irrumpió de forma espectacular en una fase nueva y sumamente peligrosa cuando Hitler lanzó su devastadora ofensiva occidental. La oferta hecha por el presidente a Mussolini de poder actuar como intermediario en un eventual acuerdo de paz si Italia accedía a mantenerse fuera de la guerra fue, como ya hemos visto, rechazada sin ambages.[683] Como diría más tarde Sumner Welles, para los actores principales de la política exterior norteamericana, los meses de mayo y junio de 1940 fueron algo así como «una pesadilla de frustración. Pues el Gobierno de Estados Unidos no tenía forma alguna, aparte de ir a la guerra, algo a lo que en cualquier caso se oponía la inmensa mayoría de la opinión pública estadounidense, de eludir o frenar el cataclismo mundial» y, con él, la amenaza sobre Estados Unidos.[684] Habría podido añadir que ni siquiera una declaración de guerra por parte de Estados Unidos, en todo caso impensable en aquel momento, habría representado el más mínimo impedimento para Hitler ni lo habría hecho vacilar. En primavera de 1940 Estados Unidos no contaba con la capacidad militar ni logística necesaria para entrar en la guerra y poner freno a las ambiciones militares alemanas. Era muy poco lo que se había avanzado en cuestión de rearme. Cuando el primer ministro francés, Paul Reynaud, solicitó el envío de aeroplanos desde Estados Unidos, Willian Bullitt, embajador norteamericano en París, tuvo que decirle que no había ninguno que se pudiera utilizar.[685] De hecho, Estados Unidos sólo tenía mil trescientos cincuenta aviones disponibles en aquel momento para su propia defensa.[686] La respuesta fue la misma ante la desesperada petición de Reynaud de viejos buques de guerra. No podían prescindir de ninguno.[687] Roosevelt sólo pudo proponer el envío de algo más de dos mil pistolas, francesas por cierto, que habían sido de uso reglamentario en la Primera Guerra Mundial.[688] El Ejército regular estadounidense estaba integrado por aquel entonces por doscientos cuarenta y cinco mil hombres, lo que lo situaba en la vigésima posición mundial, un puesto por debajo de los holandeses. Sólo disponía de cinco divisiones completamente equipadas (los alemanes desplegaron ciento cuarenta y una divisiones solamente en la campaña occidental), provistas de armas que a menudo procedían todavía de la época de la Primera Guerra Mundial.[689] Y además, el traslado de tan raquítico ejército al otro lado del Atlántico no se habría podido realizar antes de que Hitler hubiera invadido ya los Países Bajos y Francia.

Cuando al final de la primavera, el 17 de junio, los franceses pidieron el armisticio y cinco días después firmaron una humillante capitulación, pocos eran los motivos para el optimismo en Washington en torno a la capacidad de Gran Bretaña de permanecer en la lucha. Lo cierto era que el nuevo primer ministro británico simbolizaba esa nueva actitud resuelta de Gran Bretaña que

impresionara a Sumner Welles unas semanas antes. No en vano, en el momento de mayor desesperación, hacia finales de mayo, con el Ejército británico atrapado en Dunquerque, Churchill había convencido a sus colegas del Gabinete de Guerra de que la única estrategia racional que se abriría ante Gran Bretaña era seguir resistiendo, rechazar cualquier posibilidad de negociación y esperar la ayuda norteamericana. La pregunta de si llegaría una ayuda de cierta importancia, y en tal caso cuándo, era en ese momento una pregunta sin respuesta. Churchill sólo podía esperar que sucediera, pero no contar con ello. Pero al menos ahora el Gobierno se mostraba desafiante. Y la Fuerza Expedicionaria Británica había sido rescatada de Dunquerque. El último día de la evacuación desde Dunquerque, el 4 de junio, Churchill había creado una obra maestra de la oratoria en forma de discurso ante la Cámara de los Comunes en el que expresaba aquel nuevo espíritu. «Defenderemos nuestra Isla, al precio que sea —dijo Churchill a sus oyentes norteamericanos a través de la emisión transatlántica—. Nunca nos rendiremos». Incluso si Gran Bretaña era sometida, el Imperio y la flota británica seguirían combatiendo desde allende los mares «hasta que, a su debido tiempo, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza, dé un paso adelante en pos del rescate y la liberación del Viejo».[690]

Aquella retórica era poderosa, sin duda, y tuvo su impacto al otro lado del Atlántico, pero no pudo disipar el pesimismo dominante sobre el destino de Gran Bretaña. El embajador estadounidense en Londres, Joseph Kennedy, que se mostraba desde hacía mucho tiempo sumamente catastrofista, pensaba que después de Dunquerque Hitler haría una oferta a los británicos que no podrían rechazar.[691] Otros no encontraban razones para no creer que Gran Bretaña sería incapaz de seguir resistiendo. Roosevelt fue informado de que las posibilidades de supervivencia de Gran Bretaña eran de una entre tres.[692] El presidente tenía dudas muy profundas, y el destino de la flota británica en caso de rendición no era la menor de ellas.[693]

La Administración había previsto antes de mayo de 1940 uno de estos tres escenarios: que las democracias ganaran sin ayuda activa norteamericana; que la guerra se estancase en un prolongado punto muerto en el que Estados Unidos podría estar finalmente en condiciones de mediar en una paz negociada; o que las dictaduras amenazasen seriamente con derrotar a las democracias, aunque en el transcurso de una guerra larga. Con lo que no había contado era con un cuarto escenario: una victoria alemana asombrosamente rápida y arrolladora en el oeste antes de que Estados Unidos pudiera proporcionad cualquier ayuda de cierta importancia.[694] Pero eso fue precisamente lo que sucedió. Dadas las oscuras perspectivas para la supervivencia británica, ahora la cuestión de la asistencia material a Gran Bretaña se agudizó enormemente. La ayuda era esencial si no querían que Gran Bretaña sucumbiera, aunque si finalmente ésta se veía forzada a la rendición, esa ayuda se convertiría simple y llanamente en un regalo para Hitler. Cuando al otro lado del Atlántico se asumió la magnitud de la derrota de Francia, la crítica y controvertida cuestión de la ayuda a Gran Bretaña empezó a entrar en una nueva y decisiva fase.

III

Cuando comenzó a hacer frente a las trascendentales repercusiones de la caída de Francia, Franklir

D. Roosevelt, de 58 años, había emprendido hacía tiempo su octavo —y, según dictaba la tradición, último— año como presidente de Estados Unidos. La riqueza y el ejercicio de la política de alto nivel habían dado forma a su trayectoria inicial. Nacido en el seno de una familia patricia, se crió en Hyde Park, una enorme mansión en el estado de Nueva York. Su primo en quinto grado, Theodore Roosevelt, había sido presidente entre 1901 y 1909. Incluso se había casado con una Roosevelt, Eleanor, prima lejana suya y sobrina de Theodore. Eleanor sería la madre de sus seis hijos (uno de los cuales murió siendo niño). A diferencia de Theodore, Franklin se había hecho camino en política en el sector demócrata. Fue nombrado secretario adjunto de la Armada bajo el mandato de Woodrow Wilson y se presentó como candidato demócrata a la vicepresidencia en la fallida campaña de 1920. Al año siguiente sufrió una tremenda tragedia personal, al contraer la polio y quedar paralítico. Como gobernador electo de Nueva York desde 1928, Roosevelt había demostrado ser un político perspicaz y competente. Y ya había dejado su impronta combatiendo los peores efectos de la Gran Depresión en Nueva York cuando fue proclamado presidente demócrata en 1932.

Su encanto personal, su estilo aparentemente relajado, su buen humor y su afable actitud lo ayudaron a convencer a sus amigos y a aplacar a sus rivales en numerosas ocasiones mientras se abría camino entre la maleza política. Algunos de sus enemigos políticos lo acusaban de arteria y doblez. Sus defensores, en cambio, admiraban su inteligencia y su hábil picaresca. A lo largo de todos sus años en el poder nunca dejó de constituir una especie de enigma. «Su desconcertante complejidad —se ha dicho de él— se había convertido en su rasgo más visible. Podía ser atrevido o prudente, informal o circunspecto, cruel o bondadoso, intolerante o resignado, refinado o casi tosco, impetuoso o reflexivo, maquiavélico o moralizador».[695] Al margen de la percepción que los demás tuvieran de él, no había duda de que cuando hizo frente a la formidable encrucijada entre guerra y paz en los críticos meses de 1940 – 1941, Roosevelt era el dueño y señor de la escena política en Estados Unidos.

La Casa Blanca bajo el mandato de Roosevelt ha sido descrita como «un hogar dentro de una mansión dentro de una oficina ejecutiva».[696] Era un centro de poder, eso es cierto, pero nada ostentoso, ni siquiera en las habitaciones más representativas. Roosevelt comenzaba el día leyendo los periódicos mientras desayunaba en la cama, con su capa azul con las siglas FDR bordadas en rojo echada por encima del pijama. Sus asesores personales entraban más tarde para discutir con él el programa del día. Después trabajaba a destajo en su enorme escritorio inundado de papeles del Despacho Oval, repleto de libros, grabados y fotos familiares, todos los días desde las diez en punto de la mañana, contemplando el jardín a través de unas altísimas ventanas. Solía tener numerosas visitas a las que atender a última hora de la mañana o por la tarde; en esos casos, el control del acceso al sanctasanctórum corría a cargo de su afable asesor militar, general de división Edwin W. Watson, conocido por todos como «Pa», un hombre grande y bondadoso, oriundo de Virginia, con un inconfundible gusto para la loción para después del afeitado que era blanco de numerosos y recurrentes chistes del presidente. A continuación dictaba cartas y notas a sus secretarías, su leal y siempre incondicional seguidora Marguerite «Missy» LeHand y la asistente de ésta, Grace Tully. Los representantes del Congreso tenían audiencia con el presidente los lunes y los martes. Roosevelt se encontraba con la prensa los martes por la tarde y los viernes por la mañana. Y los viernes por la tarde presidía la reunión del Gabinete. La última hora de la tarde era un momento de esparcimiento en el comedor oficial. Si no, a Roosevelt le gustaba dedicar esa hora del día a su colección de sellos (cuando no lo distraían las llamadas de teléfono u otras obligaciones). Sin embargo, esta

aparentemente ordenada rutina podía verse interrumpida, y así era con frecuencia, por cualquier tipo de crisis que se hubiera producido. La forma de operar de Roosevelt daba a menudo la engañosa impresión de falta de sistematicidad, pero en realidad, era reflejo de un alto grado de implicación personal basado en la accesibilidad. El «aire de camaradería de pueblo» que caracterizaba a la Casa Blanca no dejaba ver que, de hecho, Roosevelt llevaba muy firmemente agarradas las riendas del poder.[697]

La Constitución estadounidense otorgó en su momento amplísimos poderes al presidente, aunque también impuso frenos y contrapesos a su autoridad ejecutiva. Las atribuciones concedidas a los poderes legislativo y judicial, muy en particular, pretendían limitar la autoridad del mandatario y poner freno a un eventual uso abusivo de la misma. La doctrina de la separación de poderes se anticipaba a la tensión inherente a las relaciones entre el presidente y el Congreso.[698]

El duopolio entre el presidente y el Congreso, el complejo equilibrio entre los poderes de cada uno de ellos, generaba la inevitable necesidad de un compromiso, al que en ocasiones se llegaba después de tediosos y prolongados procesos y el recurso a intensas presiones. La ausencia de un mecanismo rápido, tal vez impulsivo, de toma de decisiones y la aparente falta de eficiencia gubernamental eran consideradas por lo general como el precio necesario para eludir el ejercicio de un poder desmesurado. Por otro lado, en momentos de crisis internacional —y las repercusiones para Estados Unidos de la guerra en Europa y la creciente amenaza en Extremo Oriente sin duda lo eran—, la necesidad de negociar medidas de importancia vital a través de un Congreso obstruccionista podía resultar no sólo laboriosa, sino también extenuante en caso de que fuera necesaria una acción urgente. Y sin embargo, precisamente en esos casos era imperativo que el presidente contara con el respaldo de toda la nación, no sólo el de su partido. La cautela de Roosevelt, su reticencia a aceptar las resueltas acciones que propugnaban a veces sus consejeros, reflejaba esa acusada sensibilidad ante la necesidad de llevarse al país consigo. Y era muy consciente de que la nación estaba dividida en torno a la decisiva cuestión de la participación de Norteamérica en la guerra europea, pues estaba a favor de ofrecer más apoyo material a Gran Bretaña, eso sí, pero se oponía en una proporción de cuatro a uno a entrar en el conflicto.[699] Roosevelt daba frecuentes muestras de una consumada pericia política en su trato con el Congreso. Sin embargo, cada vez estaba más dispuesto a pasar por encima de él mediante el uso de sus prerrogativas, en ocasiones ingeniosamente justificadas, con el fin de emprender una acción que, de otro modo, podría haberse visto frustrada o retrasada por un interminable debate.[700]

Cada presidente imprime su inimitable estilo propio en el ejercicio del poder. Roosevelt era un hombre de ideas audaces, aunque sin una ideología coherente. Estaba dispuesto a experimentar y a echarse atrás después si sus iniciativas se revelaban inviables.[701] Irradiaba confianza, y su cordial afabilidad contribuía a la aceptación de su tendencia a presionar hasta el límite de lo posible a quienes lo rodeaban. Se centraba en el fin, no en los medios. Los detalles de cómo hacer que algo se llevara a cabo los podía dejar en manos de otros.[702] Se desesperaba con las burocracias formales, a las que veía a menudo como un obstáculo que tenía que eludir. Sus intereses abarcaban numerosos ámbitos del espectro político, aunque había muchas áreas de actuación en las que no se implicaba personalmente. Mientras que, por ejemplo, podía quedar absorto estudiando cuestiones relacionadas con la Armada, una pasión procedente de sus días como testigo de la Primera Guerra Mundial, también podía prestar una atención meramente superficial a asuntos que no llamaran su atención.[703] Sus divagaciones a la hora de abordar los problemas podían acabar irritando a

aquellos de su entorno que defendían un análisis más directo y desapasionado. La impaciencia de Stimson por actuar y la prudencia y las improvisaciones ad hoc de Roosevelt llevaron al secretario de Guerra a escribir con cierto tono de frustración que «es literalmente un gobierno al vuelo» y que la conversación con el presidente era «como perseguir un rayo de sol vagabundo por una habitación vacía».[704] A pesar de todo, Stimson, al igual que otros, acabó apreciando la inveterada perspicacia de Roosevelt a la hora de lograr, en ocasiones con paciencia, cautela y medios indirectos, el avance de las medidas que quería adoptar. Y nadie confundía en Roosevelt prudencia con debilidad. En la formulación de la política y en la toma de las decisiones clave, a nadie le cabía ninguna duda de la absoluta primacía de Roosevelt.

El Gabinete, consejo asesor del presidente, cumplía un papel muy limitado como órgano colectivo en la toma de decisiones. A diferencia del Gobierno en el sistema parlamentario británico, cuyos miembros son elegidos para el Parlamento y comparten la responsabilidad colectiva de las líneas de actuación, el sistema de Estados Unidos, basado en la pericia específica de los individuos que se incorporan directamente en el Gobierno y con un claro divorcio entre los poderes legislativo y judicial, fomenta que el presidente trate de forma bilateral con cada uno de los distintos departamentos de su Administración. Roosevelt intensificó esta tendencia inherente mediante la competencia y las líneas de demarcación a menudo variables y poco claras entre sus colaboradores.[705] El Gabinete desempeñaba una función muy reducida a la hora de coordinar el programa de defensa y de abordar asuntos críticos de política exterior. Las decisiones, cuando no podían aplazarse, las tomaban conjuntamente el presidente y el correspondiente encargado dentro del Gabinete o se alcanzaban tras un debate en el que participaban los miembros más directamente implicados.[706]

A partir de la primavera de 1940, la creciente crisis empezó a exigir una gestión más flexible y dinámica. Tras el triunfo alemán en Europa occidental en mayo y junio de 1940 surgió la urgente necesidad de colocar a la nación en posición de defensa. Hubo que realizar un formidable y tardío esfuerzo para movilizar la economía para la defensa y rearmarse a toda velocidad. Y, dado que la seguridad nacional estaba inextricablemente ligada al destino de Gran Bretaña y Francia, había que intentar evitar la destrucción de las democracias occidentales.[707] Roosevelt empezó entonces a ejercer más de comandante en jefe que de presidente de una Administración civil, centralizando la orquestación de la defensa en sus propias manos. Procuró evitar el trámite del Congreso sin despertar sus recelos, empleando leyes que databan de la Primera Guerra Mundial para crear nuevos organismos de defensa y evitar tener que legislar, fortaleciendo de paso su propia posición. Estaba empezando «a improvisar un nuevo Gobierno dentro de un Gobierno».[708]

En mayo de 1940 creó la Oficina de Gestión de Situaciones de Emergencia, destinada a coordinar el trabajo de todas las agencias gubernamentales encargadas de la defensa. Poco después, hacia finales de mes, reactivó el Consejo de Defensa Nacional, órgano que reunía a seis oficiales del Gabinete y que había permanecido inoperante desde la Primera Guerra Mundial, y junto a él fundó una Comisión Asesora para la Defensa Nacional integrada por seis miembros, líderes empresariales y experimentados administradores.[709] Sin embargo, estas organizaciones sólo impresionaban sobre el papel. La Oficina de Gestión de Situaciones de Emergencia era un simple marco aglutinador que permitía a Roosevelt fundar y controlar agencias de producción sin recurrir al Congreso.[710] El Consejo de Defensa Nacional, en teoría núcleo de la campaña defensiva y conformado por funcionarios del Gabinete con cometidos relativos a dicha materia, no era sino «una ficción

administrativa», y jamás llegó a reunirse.[711] Y la Comisión Asesora presentaba la «anomalía administrativa» de carecer de presidente: un grupo de expertos sin líder y sin poder, cada uno de ellos responsable solamente ante Roosevelt. Definir sus responsabilidades, se ha dicho, «representaba un problema metafísico». La confusión y la tensión jurisdiccional entre la Comisión y las administraciones gubernamentales competentes en los departamentos de Guerra, Armada y Tesoro fueron el inevitable resultado de todo ello. Entre tanto, el poder del presidente se fue ampliando.[712] Su fuerte temperamento igualaba a su sentido de la responsabilidad constitucional. No estaba dispuesto a delegar su autoridad en ninguna organización que pudiera debilitar su control directo y personal; pensaba que hacer eso habría sido una irresponsabilidad desde el punto de vista constitucional.[713]

En junio de 1940 Roosevelt realizó dos importantes cambios de personal que afectaron a la configuración de la política de defensa. Incorporó a Frank Knox como secretario de la Armada y a Henry L. Stimson como secretario de Guerra. Aquellos nombramientos fueron una gran muestra de perspicacia en un año de elecciones. Tanto Knox como Stimson habían sido miembros destacados de anteriores Administraciones republicanas. Knox, de hecho, había sido el candidato republicano a la vicepresidencia en 1936, en tanto que Stimson contaba con una larga experiencia previa bajo presidentes republicanos como secretario de Guerra y, a comienzos de los años treinta, como secretario de Estado. Pero además de ampliar la representación política de su Administración y conferirle una imagen bipartidista en un momento de crisis nacional, Roosevelt también fortaleció enormemente su propia autoridad al ocuparse de la defensa.[714] El anterior secretario de la Armada, Charles Edison, había sido sumamente incompetente, mientras que Harry H. Woodring, al que el presidente destituyó ahora de su cargo como secretario de Guerra, se había revelado especialmente poco indicado para el puesto, con unas tendencias aislacionistas completamente incompatibles con la urgencia de la situación.[715] Con Knox y Stimson, Roosevelt tenía ahora situados en altos cargos a dos hombres que propugnaban una política de defensa más enérgica; en realidad, eran considerablemente más radicales en el respaldo a la línea dura que el propio presidente, y estaban dispuestos a empujar a éste en una dirección que a menudo parecía no querer tomar.

Knox, cuya afable actitud iba de la mano con unas firmes creencias políticas, había asumido el cargo de editor del Chicago Daily News en 1931, dando voz al republicanismo moderado e antinacionalista en una región dominada por el estridente aislacionismo del Chicago Tribune.[716] Stimson, ya septuagenario, abogado de profesión aunque con muchos años de dedicación al servicio público, se convirtió pronto en el hombre fuerte de la Administración. Era una persona de firmes principios, basados en la rectitud moral y el respeto a la ley. Tenía el aspecto apropiado: pelo plateado con raya en medio, bigote abundante y aire de obstinada decencia. Sus subordinados lo llamaban coronel Stimson, rango que había ostentado en la Primera Guerra Mundial. El presidente lo llamaba Harry. Stimson aborrecía el nazismo con todas sus fuerzas y sentía poco respeto por los pusilánimes políticos de Gran Bretaña y Francia que no habían sabido hacer frente a Hitler. Era un eficiente administrador, dado a decir lo que pensaba, con tendencia a mostrarse impaciente, e incluso brusco —también con el propio presidente—, cuando se sentía frustrado por algo que percibía como falta de dirección o de empuje.[717] Stimson vino a aportar un muy necesario dinamismo y, pese a su avanzada edad, una gran vitalidad al urgente programa de rearme.

Gracias al nombramiento de Knox y Stimson, Roosevelt tenía ahora dos cargos cruciales para los

aspectos militares de la política exterior ocupados por hombres dispuestos a respaldar, tanto en privado como en público, la preparación militar de Estados Unidos y la ayuda a Gran Bretaña.[718] Stimson, en particular, se convirtió en el más ardiente defensor de la intervención en la guerra europea. El profundo interés de Roosevelt en asuntos navales lo llevó a involucrarse de forma activa en la planificación de operaciones para la Armada. Pocas veces se veía con Knox a solas, y a menudo trataba directamente con el almirante Harold «Betty» Stark, jefe de Operaciones Navales invariablemente dócil ante las propuestas del presidente, y con el adusto comandante en jefe de la Flota Atlántica, almirante Ernest J. King. Con respecto al Ejército de Tierra, Roosevelt actuó de manera distinta. Se reunía regularmente a solas con Stimson, y no sólo para tratar asuntos del Ejército. Y, probablemente para no ofender el sentido del protocolo de su secretario de Guerra con la forma en la que le gustaba llevar su departamento, raras veces veía al máximo mandatario del Ejército de Tierra, jefe del Estado Mayor, general George C. Marshall, si no era en presencia de Stimson.[719] El excepcionalmente diestro e imponente y sumamente austero Marshall, alto, de pelo canoso e intensos ojos azules, entabló una excelente relación de trabajo con Stimson.[720] Marshall tenía fama de hablar sin rodeos a sus superiores. En otoño de 1938 anunció su presencia en una importante reunión manifestando su absoluto desacuerdo con Roosevelt. Casi todos pensaron entonces que su prometedora carrera había terminado. Pero precisamente Roosevelt hizo uno de los más destacados nombramientos algunos meses más tarde al conceder a Marshall el puesto de jefe del Estado Mayor. No obstante, las rígidas formalidades no dejaron de respetarse. Marshall siempre llamaba a Roosevelt «señor presidente», y decidió abstraerse de su encanto y no reírle nunca los chistes. Y después del primer desaire por su parte, Roosevelt jamás volvió a llamarlo «George».[721]

En mayo de 1940, después de que Roosevelt rechazase de plano la propuesta del Ejército de Tierra de una asignación de 657 millones de dólares, Marshall se dirigió al presidente y expuso todos los argumentos en favor de la financiación, concluyendo así: «Si no hace algo [...] y lo hace enseguida, no sé lo que le va a suceder a este país». Roosevelt dio marcha atrás en su decisión. Marshall hablaría más tarde de aquello como la acción que había puesto fin al atolladero.[722] No obstante, el jefe del Estado Mayor siguió oponiéndose, junto con los estrategas del Ejército, a una intervención armada hasta haber consolidado la fuerza militar efectiva. Hasta principios de otoño de 1941 no empezó a defender la guerra. En verano del año anterior, la postura del Ejército era clara. La entrada en la guerra provocaría ataques contra Estados Unidos por parte de Alemania, Italia y posiblemente Japón. «Nuestra falta de preparación para hacer frente a tal agresión a su mismo nivel es tan grande que, mientras podamos elegir, deberíamos evitar la contienda hasta que podamos estar adecuadamente preparados».[723]

Esto no impidió que Stimson y Knox, los «halcones» con mayor influencia sobre Roosevelt, impusieran a éste una postura inflexible frente a las potencias del Eje y Japón al tiempo que defendían cualquier acción para potenciar al máximo el rearme. Uno de sus más entusiastas seguidores era Henry Morgenthau, secretario del Tesoro desde hacía mucho tiempo y amigo personal del presidente, que creía, como Stimson, que el nazismo sólo podía ser derrotado si Estados Unidos lograba reunir lo antes posible todo su poderío material. Morgenthau, encargado de la colosal tarea de organizar la producción de materiales para la guerra (que tradicionalmente había recaído sobre el Departamento de Guerra), acabó estableciendo una buena relación de trabajo con el secretario de Guerra, basada en el respeto mutuo y una estrecha colaboración.[724] Otro firme partidario de la

línea dura era el brusco y franco secretario del Interior, Harold L. Ickes, antiguo republicano y miembro del Gabinete desde 1933 que, al igual que Morgenthau, estaba convencido de que la necesidad de evitar la crisis exigía una acción contundente.[725]

El Departamento de Estado, por su parte, constituía una especie de contrapeso a las belicosas tendencias de los responsables de los asuntos militares y de defensa. Eso no quiere decir que Cordell Hull, secretario de Estado desde 1933, defendiera una línea blanda frente a los agresores en Europa o en Extremo Oriente. Dechado de rectitud en materia de asuntos exteriores, detestaba el fascismo y se inclinaba por una actitud igualmente dura en su condena moral de los japoneses, pero su inveterada prudencia lo hacía sentirse inquieto ante la posibilidad de una acción que pudiera servir como innecesaria provocación.[726] La perspectiva de que Japón sacase provecho en el Pacífico de una eventual intervención de Estados Unidos en Europa era ciertamente preocupante, también para el presidente. Roosevelt se contentaba con dejar que el cauto y experimentado Hull se ocupara de Extremo Oriente con una injerencia mínima y conservara una frágil paz en el Pacífico evitando provocar a los japoneses y conteniendo cualquier acción que pudiera refrendar su agresión a China. El Atlántico era otra cosa muy distinta, y allí Roosevelt desempeñaba un papel más directo y manifiesto. No obstante, incluso en Extremo Oriente, la autoridad estaba dividida. Hull no era responsable de la disuasión militar ni de las restricciones militares.[727] Es más, en realidad se encontró con que las cuestiones importantes eran encomendadas a su subsecretario, Sumner Welles, amigo y confidente del presidente y un rival al que miraba con cierta animosidad y amargo resentimiento.[728]

La variedad de opiniones existente entre los más estrechos consejeros del presidente, desde la precavida cautela de Hull hasta el intervencionismo sin ambages de Stimson, permitía a Roosevelt oscilar a su antojo entre las distintas opciones. Hull era uno de los pocos elegidos que podía ver al presidente más o menos a voluntad. Debido al cargo que ocupaba, resultaba esencial que así fuera. Pero no existía empatía personal entre ellos, y la posibilidad del contacto inmediato no daba mucho más de sí. Sólo Stimson, Welles y, especialmente, el consejero más leal de Roosevelt durante mucho tiempo, Harry Hopkins —su «arreglatodo» del New Deal, que pertenecía desde el principio a su séquito más estrecho, tenía conocimiento de casi todos los asuntos, disponía incluso de un apartamento en la Casa Blanca y era tildado por sus oponentes de taimado, manipulador e intrigante—, tenían acceso cuasi-automático al presidente, y eran los que estaban más directamente expuestos a su pensamiento. Hopkins, fumador empedernido, demacrado y delicado de salud tras padecer una gravísima enfermedad, pero con una inquebrantable afición a las carreras de caballos y los clubes nocturnos, infatigable, franco, con el don de llegar al meollo de cualquier cuestión y absolutamente leal a Roosevelt, con «una percepción extrasensorial» de los estados de ánimo de éste, se convirtió en un indispensable conducto para quienes desde el círculo más cercano al presidente trataban de atraerse urgentemente su atención.

Este grupo —Stimson y Knox, sus uniformados jefes de servicio, Stark y Marshall, Hull y Hopkins— empezó entonces a reunirse con asiduidad creciente en la Casa Blanca. Stimson lo apodó el «Consejo de Guerra». Era lo más aproximado al Comité de Defensa del Gabinete de Guerra británico y lo más cerca que estuvo Roosevelt de contar con un marco institucionalizado para la toma de decisiones en materia de seguridad nacional. No obstante, el presidente se aseguró de que el grupo no cristalizara en un organismo burocrático formal, y se reservó la flexibilidad de intervenir o supervisar según su criterio, dependiendo del asunto en cuestión. «Todos los hilos de la política —se

ha dicho con total fundamento— llevaban en última instancia a la Casa Blanca».[729]

Roosevelt no tenía dificultades para asegurarse de que sus consejeros adoptaban la línea escogida por él. Ya fueran partidarios de una actitud combativa o más pacíficos, accedían, aunque contrariados en ocasiones, a las opciones a menudo vacilantes de Roosevelt en cuanto al modo de actuación. Las dificultades del presidente residían, como siempre, en la forma en la que sus acciones eran acogidas en el Congreso y, más allá, entre la opinión pública y sus grupos de presión organizados. Y en esto Roosevelt se mostraba extremadamente cauto. El Congreso todavía tenía mayoría demócrata en las dos cámaras, pero las elecciones de mitad de mandato de 1938 habían fortalecido sustancialmente las bases de la oposición a Roosevelt. El alineamiento con los republicanos de algunos comités clave de demócratas conservadores, principalmente de los estados del sur, podía complicar mucho las cosas al presidente. En particular, la ruidosa minoría aislacionista, respaldada por importantes medios de prensa (muy especialmente el influyente diario Chicago Tribune) y grupos de presión, supo aprovechar un sentimiento muy extendido comprensivo con la difícil situación que estaban atravesando las democracias europeas pero opuesto a la participación norteamericana en la guerra. Los grupos de presión, a favor y en contra de la intervención, explotaron el clima imperante y acrecentaron considerablemente sus bases de apoyo, así como su respaldo económico.

Conforme la campaña para las elecciones presidenciales iba ganando impulso a lo largo del verano y el otoño, una organización aislacionista, America First («América primero»), fundada a principios de septiembre, de profundas simpatías Republicanas y sumamente crítica con la política exterior de Roosevelt, registró el surgimiento de varios grupos locales por todo el Medio Oeste (con Chicago como centro de operaciones) y en el noreste. El principal argumento de su abundantísima propaganda, machacado hasta la saciedad en el transcurso de gigantescas reuniones de masas, era que Hitler no amenazaba a Estados Unidos y que la ayuda a Gran Bretaña sólo podía conducir a la entrada de Norteamérica en la guerra de Europa.[730] America First había sido creada como contralobby del Comité para Defender América Ayudando a los Aliados, que inició su andadura en mayo de 1940 y estaba presente en todos los estados a excepción de Dakota del Norte. El Comité se anunciaba profusamente en la prensa y la radio nacional, había recaudado un cuarto de millón de dólares en julio y no escatimaba peticiones al presidente y el Congreso. La propaganda de ambos lados dejó su huella en la opinión pública. Había una mayor disposición a ofrecer a Gran Bretaña más apoyo material, pero en general la población seguía aferrada a los principios de neutralidad y aislamiento.[731] El avance alemán por los Países Bajos y la cada vez más precaria situación de Francia y Gran Bretaña en mayo de 1940 inquietaban profundamente a los estadounidenses. Los sondeos revelaban que sólo alrededor del 30 por 100 creía aún en una victoria aliada, mientras que el 78 por 100 temía que una Alemania triunfante ejerciera su influencia en Sudamérica, y el 63 por 100 pensaba incluso que Hitler se apoderaría de parte del territorio del continente americano.[732] Preocupada por su propia seguridad, la población se sentía alarmada ante el estado de preparación de su país, pero seguía dividida en torno a lo que Estados Unidos debería estar haciendo para ayudar a los Aliados y opuesta en su inmensa mayoría a la intervención directa en el conflicto europeo.

Este era el clima generalizado en la opinión pública con el que se enfrentó Roosevelt en verano y otoño de 1940. Aquella atmósfera coincidió con una cuestión interna esencial: ¿debía presentarse Roosevelt a la reelección para una tercera legislatura sin precedentes?, y constituyó al mismo tiempo el telón de fondo del dilema más crítico y controvertido en materia de política de defensa que se

había planteado por el momento: ¿debía Estados Unidos acceder a la petición de Churchill y apoyar de forma tangible, mediante la venta de cincuenta destructores, el desesperado intento de Gran Bretaña de resistir frente a la perspectiva de la invasión alemana? Esa fue la primera de las dos decisiones capitales que Roosevelt tomaría durante los meses siguientes. Juntas, ambas resoluciones acabarían reconfigurando la alianza entre Estados Unidos y Gran Bretaña y allanando el camino para una cooperación cada vez mayor en la lucha contra la Alemania de Hitler.

IV

El 15 de mayo de 1940 Winston Churchill envió la primera carta como primer ministro de la que se convertiría en una voluminosa y absolutamente trascendental correspondencia con Roosevelt. Los dos mandatarios se habían reunido ya brevemente en 1918, aunque el encuentro dejó más huella en Roosevelt que en Churchill (que no se acordaba de la reunión): el futuro presidente estadounidense recordaba al futuro primer ministro británico como un «canalla».[733] Después, durante la Segunda Guerra Mundial, veía en Churchill a un reaccionario social con anticuadas y «victorianas» opiniones, y censuraba su célebre aguante para el alcohol. Cuando se enteró del nombramiento de Churchill como primer ministro, dijo que suponía que era el mejor hombre disponible, aunque estuviera borracho la mitad del tiempo. Churchill, por su parte, también expresó su preocupación por los hábitos de Roosevelt en cuestión de bebida, aunque en este caso era el gusto del presidente por la mezcla de vermut seco y dulce lo que horrorizaba al primer ministro británico. Hablando de asuntos más serios, antes de la guerra Churchill se había mostrado crítico con la recesión económica en Estados Unidos, que atribuía a los encontronazos de Roosevelt con el alto empresariado. Se alegró de presenciar los comienzos del rearme norteamericano, por muy limitados que fueran, aunque durante la primavera y el verano de 1940 todavía albergaba dudas sobre el compromiso de Roosevelt con los intereses británicos.[734]

Churchill y Roosevelt habían intercambiado una serie de cartas personales desde el inicio de la guerra europea, cuando el primero fue nombrado ministro de la Marina. Roosevelt inició la correspondencia el 11 de septiembre de 1939 con la primera de las casi dos mil cartas y notas intercambiadas en el transcurso de los siguientes cinco años y medio.[735] Probablemente, Roosevelt interpretó aquellas primeras misivas como una forma de mantener un conducto personal de comunicación, paralelo a los canales oficiales, abierto al Gobierno británico una vez empezada la guerra en Europa.[736] El interés de Churchill era simple y llano: «Era bueno alimentar [a Roosevelt] cada cierto tiempo», dijo al ministro de Exteriores, lord Halifax.[737] Pese a unos inicios tan poco halagüeños, aquella correspondencia contribuiría a erigir una relación personal entre Roosevelt y Churchill que acabaría teniendo un valor inestimable en la creación de los vínculos entre Estados Unidos y Gran Bretaña en 1940 – 1941 que darían paso finalmente a una auténtica alianza de guerra. Pero todavía quedaba mucho por recorrer cuando Churchill envió su carta al presidente norteamericano el 15 de mayo de 1940.

El primer ministro comenzaba describiendo el deprimente panorama de Europa occidental, donde, al ritmo del avance alemán, «los pequeños países son devastados sin más, uno a uno, como

astillas». Suponía que Mussolini intervendría «para compartir el botín de la civilización» y preveía un ataque a Gran Bretaña en el futuro próximo. Gran Bretaña, decía, seguiría luchando sola, si era necesario. «Pero confío en que se dé cuenta, Sr. Presidente —continuaba—, de que la voz y la fuerza de Estados Unidos pueden no valer nada si se ocultan demasiado tiempo. Se puede encontrar con una Europa completamente subyugada y nazificada establecida con asombrosa rapidez, y el peso puede ser más del que podemos soportar». Y entonces abordaba el objeto central de su carta: su lista de la compra. «Todo lo que pido ahora es que proclame la no-beligerancia, que significaría que ustedes nos ayudarían con todos los medios sin recurrir a la movilización efectiva de sus Fuerzas Armadas. Las necesidades inmediatas son, en primer lugar, el préstamo de cuarenta o cincuenta de sus destructores más viejos para poder salvar la brecha entre lo que tenemos ahora y el enorme proyecto que emprendimos al comienzo de la guerra». Después añadía, por si acaso, que Gran Bretaña también quería «varios cientos de aviones de último modelo» junto con equipamiento antiaéreo y municiones, acero y otros materiales. Gran Bretaña seguiría pagando en dólares todo el tiempo posible, escribía, pero «me gustaría estar razonablemente seguro de que cuando ya no podamos pagar ustedes seguirán proporcionándonos el material igualmente».[738]

La carta no se perdía en insinuaciones. Reflejaba la esperanza, más que la certeza, generalizada entre los dirigentes británicos de que Estados Unidos no dejaría que Gran Bretaña se hundiera, y de que «cuando se nos acaben los dólares y el oro, los créditos o los regalos no supondrán un problema».[739] Nadie se hacía ilusiones en el Gobierno británico sobre la importancia de dicha ayuda. El 25 de mayo, resumiendo sus planes de contingencia aplicables en caso de que Francia cayera, los jefes del Estado Mayor británico manifestaron su convicción de que Norteamérica «está dispuesta a ofrecernos toda la ayuda económica y financiera, sin la que no creemos que pudiéramos continuar la guerra con alguna posibilidad de éxito»[740]. Todavía había esperanzas de que Estados Unidos fuera un poco más allá. A mediados de junio casi todos coincidían en que lo que Gran Bretaña necesitaba era una declaración de guerra inmediata por parte de Estados Unidos. Unos pocos pensaban, en cambio, que probablemente el suministro de material excedente estadounidense, incluidos los destructores, haría innecesaria su entrada en la guerra y el envío de una fuerza expedicionaria estadounidense a Europa.[741]

Ayuda para mantener a Norteamérica fuera de la guerra europea, no para arrastrarla a ella: ése era el razonamiento cada vez más empleado en la Administración Roosevelt. Pero incluso esa postura sobrepasaba los criterios de la opinión pública en aquel momento. En mayo de 1940 sólo el 35 por 100 de los encuestados en los sondeos de opinión defendía la ayuda a Gran Bretaña y Francia arriesgándose a que Estados Unidos acabara interviniendo.[742] Para Roosevelt, la petición hecha por Churchill el 15 de mayo suponía pedir demasiadas cosas demasiado pronto. Acceder a ello significaba jugársela en primer lugar con la opinión pública y en segundo lugar con quienes desde la Administración abogaban por esperar a ver cómo terminaba la batalla por Francia. ¿Podría la ayuda norteamericana, si finalmente se acordaba, ser suministrada a tiempo? ¿No corría el grave peligro de acabar engullida sin más en la derrota que estaba a punto de llevarse por delante no sólo a Francia sino, al parecer, muy probablemente también a Gran Bretaña? El embajador norteamericano en Londres, Joseph Kennedy, pesimista hasta el límite del derrotismo, recomendó prudencia. El 15 de mayo transmitió la impresión que se había llevado tras su encuentro con Churchill de que Gran Bretaña sería atacada en el transcurso de un mes. Pensaba que Estados Unidos corría el peligro de «cargar con el muerto de una guerra en la que los Aliados creen que serán derrotados», y advertía de

«que si tuviéramos que luchar para proteger nuestras vidas, sería mejor luchar en nuestro propio terreno».[743] George Marshall, jefe del Estado Mayor, sostenía que al satisfacer las necesidades de los británicos se debilitaría seriamente la defensa hemisférica norteamericana. Sólo se podría facilitar en todo caso un número limitado de armas.[744] Y Roosevelt, por su parte, había recibido información a su entender fiable sobre la posibilidad de que Hitler hiciera a Gran Bretaña una oferta de acuerdo basada en la rendición de las colonias británicas y, lo que era si cabe más importante, de la flota.[745]

La inmediata respuesta del presidente a la solicitud de Churchill, recibida en la sede del Gobierno en Whitehall el 18 de mayo, fue, en consecuencia, amable en el tono pero esquiva en el contenido. Aunque haría todo lo posible por facilitar el suministro de equipamiento (y de hecho había tomado ya a toda prisa la decisión de reunir como pudiera todos los aviones de combate disponibles para enviarlos a Francia, por pocos que fueran [746]), la petición de que les prestaran o regalaran cuarenta o cincuenta destructores fue rechazada de plano. Existían impedimentos legales y también políticos, y el Departamento de la Marina se negaba a deshacerse de cualquier barco cuando la seguridad nacional revestía una importancia tan considerable.[747] En estos términos fue redactada la respuesta del presidente. El préstamo o la entrega sin más de los destructores, afirmaba, requerían la autorización del Congreso, y señalaba que en aquel momento conseguir eso era muy poco probable. Además, se necesitaban los destructores para patrullar las aguas norteamericanas. En cualquier caso, no podrían ser trasladados a tiempo para tener alguna influencia en la batalla por Europa. La petición de una declaración de no-beligerancia fue obviada sin más.[748]

Así quedó por el momento el asunto de los destructores, pero no por mucho tiempo. Los acontecimientos de Europa occidental, que se estaban precipitando a un ritmo alarmante, eran el foco de atención de Estados Unidos, tanto dentro de la Casa Blanca como fuera de ella. Sin embargo, la fuerte y generalizada oposición a la intervención norteamericana seguía siendo el rasgo más marcado de la opinión pública a finales de mayo de 1940. Según una encuesta de opinión publicada el 29 de mayo, sólo el 7,7 por 100 de la población defendía la entrada inmediata en la guerra. La cifra ascendía a un 19 por 100 a favor de la intervención en caso de que la derrota de los Aliados pareciera inevitable. Pero el 40 por 100 se oponía a la participación norteamericana bajo cualquier circunstancia.[749] El desesperado ruego del primer ministro francés, Paul Reynaud, para que Estados Unidos declarase la guerra inmediatamente y actuase enviando su flota atlántica a aguas europeas no podía sino caer en saco roto dada la situación reinante, y así habría sucedido aunque el presidente hubiera sido por naturaleza más inclinado a la intervención directa norteamericana de lo que lo era en realidad.[750] Habían de pasar todavía muchos meses antes de que la opinión pública estadounidense se hiciera a la idea de un país de nuevo en guerra. Pero a pesar de todo, la opinión empezó a cambiar muy pronto. Con el país entero pegado a sus aparatos de radio, escuchando las noticias del desastre diario procedentes de Europa, la caída de Francia y el inminente peligro sobre Gran Bretaña agudizaron la conciencia de la amenaza que suponía para Estados Unidos la hegemonía alemana en el Atlántico. El sentimiento aislacionista se fue debilitando, incluso en el corazón del Medio Oeste. Clara muestra de ello fue el rápido incremento del apoyo al Comité para Defender América Ayudando a los Aliados, el grupo de presión recientemente fundado por William Allen White, editor de prensa y antiguo defensor de la legislación sobre neutralidad, cuyo objetivo era movilizar a la opinión pública en favor de una postura intervencionista.[751] Cuando, el 10 de junio de 1940, día en el que Italia se sumó a la guerra, Roosevelt anunció que Estados Unidos iba a

«facilitar a los opositores a la fuerza los recursos materiales de esta nación» y a activar la defensa estadounidense, no hizo sino transmitir el sentir de la población.[752] Cuatro de cada cinco norteamericanos encuestados en junio estaban a favor de ofrecer más apoyo material a Gran Bretaña, y dos tercios, conscientes de lo que ello podría suponer, pensaban que Estados Unidos entraría en la guerra tarde o temprano.[753]

También se generalizó un apoyo masivo, incluso en círculos antes incondicionalmente aislacionistas, a un rápido y completo rearme. El Congreso secundó la petición del presidente de multiplicar por cinco los gastos de defensa en 1940, lo que suponía conceder un total de diez mil quinientos millones de dólares, una cifra impensable tan sólo un año antes.[754] Pero la capacidad productiva todavía era muy baja. Los grandes beneficios del rearme no quedaron de manifiesto hasta 1942. Y la cuestión de qué y cuánto enviar a Gran Bretaña, aislada y en grave peligro tras la caída de Francia, tendía a dividir, en lugar de unir, a los encargados de decidir sobre la materia. El asunto de los destructores, del que el grueso de la población seguía sin saber nada, había quedado aparcado, pero no iba a desaparecer.

Churchill respondió a Roosevelt en cuanto recibió su carta para manifestarle que comprendía, aunque lamentaba, la decisión de no facilitarles los destructores. La batalla por Francia todavía seguía librándose, y Churchill, en una nota previa, ya había afirmado que la asistencia norteamericana debía llegar pronto para poder tener alguna incidencia en el combate. A continuación describía con toda crudeza la «pesadilla» que desencadenaría la derrota de Gran Bretaña. «Si se acabara con los miembros de la actual Administración—escribía— y entraran otros a parlamentar entre las ruinas, no pueden ustedes cerrar los ojos ante el hecho de que la única baza restante para la negociación con Alemania sería la flota, y si este país fuera abandonado a su suerte por Estados Unidos, nadie tendría derecho a culpar a los responsables de entonces si consiguieran las mejores condiciones posibles para los ciudadanos supervivientes».[755] Roosevelt no envió su respuesta inmediatamente, pero las palabras de Churchill dieron en el blanco. En un encuentro con los líderes empresariales, el presidente estadounidense señaló poco después que si desaparecían la flota británica y el Ejército de Tierra francés, «nada se interpone entre América y esas nuevas fuerzas de Europa».[756] Y de hecho, el Ejército francés no tardó en quedar apartado de escena. En virtud de los términos del armisticio firmado con Alemania, la Armada francesa quedaba intacta, y se emplazaba en el norte de África para ser «desmovilizada y desarmada bajo control alemán o italiano».[757] El peligro de que los alemanes se quedaran con ella era evidente. Quedaba la Armada británica, y había que hacer todo lo posible por evitar que cayera en manos alemanas. Ya se estaba pensando en la posibilidad de hacerla desaparecer al otro lado del Atlántico, en Canadá, si Gran Bretaña caía, pero en aquel preciso momento la Armada era crucial para las opciones de Gran Bretaña de sobrevivir a una invasión alemana. En los confines de las aguas costeras británicas, el barco de combate más importante era el destructor. Y de los alrededor de cien destructores disponibles en aguas nacionales al comienzo de la guerra, casi la mitad habían sido destruidos o dañados.[758] Si los destructores americanos podían ayudar a mantener a Gran Bretaña en la guerra, su valor para Estados Unidos sería incalculable. Si, por el contrario, se prestaban a Gran Bretaña y después pasaban sin más a manos de los alemanes, constituirían un innecesario regalo al enemigo que incrementaría además la amenaza sobre Estados Unidos.[759] He aquí el dilema de la Administración Roosevelt cuando en julio de 1940 volvió a plantearse la cuestión del préstamo de los destructores a Gran Bretaña.

Para entonces, Roosevelt había recibido un renovado aliento con la firme demostración de

resolución por parte de los británicos en la implacable acción llevada a cabo el 3 de julio para destruir la flota francesa, fondeada en Mers-el-Kebir en Argelia, en la que perdieron la vida 1.297 marineros de la antigua aliada de Gran Bretaña. El presidente había sido informado previamente de la operación por el embajador británico en Washington, lord Lothian, y había manifestado su aprobación a la misma,[760] pero todavía no estaba dispuesto a acceder a la petición de los destructores. Cuando Harold Ickes, secretario del interior, objetó que la defensa de Gran Bretaña podría depender de la satisfacción de tal petición, Roosevelt se mostró categórico. «No podríamos enviar esos destructores a no ser que la Armada certificase que no nos sirven para nuestros fines defensivos», replicó el presidente. Y «sería difícil hacerlo dado que estábamos reacondicionando más de un centenar de ellos para usarlos para nuestros propios fines defensivos».[761] Además, como dijo a Ickes unos días más tarde, también tenía que tener en cuenta el destino de los destructores si Gran Bretaña se veía forzada a capitular ante los alemanes.[762]

Pese a lo crítico de la situación, la guerra de Europa se vio desbancada durante buena parte del mes de julio por las cuestiones internas, ya que Roosevelt estaba ocupado con la proclamación del candidato a la presidencia, que sería elegido en la Convención Democrática en Chicago a mediados de mes. Unas semanas antes los republicanos habían escogido como su candidato a Wendell Willkie, antiguo demócrata con una personalidad sorprendente que, como Roosevelt, estaba profundamente a favor de ofrecer toda la ayuda posible a Gran Bretaña. Willkie suponía una seria amenaza para los demócratas, especialmente teniendo en cuenta que la intervención en la guerra europea era el asunto central en 1940. La pregunta de quién debía enfrentarse a Willkie revestía, por tanto, una importancia capital. Un nombre que se repetía constantemente en la lista de aspirantes era el del propio Roosevelt. Nadie más tenía posibilidades de derrotar a Willkie.[763] Hasta la celebración de la Convención, el presidente se mostró evasivo en lo relativo a la posibilidad de presentarse para una tercera legislatura, si bien unas declaraciones anteriores, en las que aseguraba que no lo volvería a hacer, habían generado confusión. Roosevelt se mantuvo muy diplomáticamente al margen de la Convención, pero su séquito se encargó de orquestar la designación de su héroe.

La segunda noche, la del 16 de julio, se leyó ante los delegados una declaración cuidadosamente preparada en la que se anunciaba que Roosevelt «nunca ha tenido ni tiene hoy deseos o intención de continuar en el cargo de presidente». De repente, los altavoces de la sala comenzaron a resonar con fuerza: «¡Pennsylvania quiere a Roosevelt! ¡Virginia quiere a Roosevelt!», y así uno a uno todos los estados. Los delegados comenzaron a sumarse a aquel clamor. Estandartes de los distintos estados desfilaron por toda la sala. Después se supo que la voz incorpórea que había iniciado el clamor procedía de la Central de Alcantarillado de Chicago, que se encontraba situada debajo de la sala. La organización de la «Voz de las Alcantarillas» había corrido a cargo del alcalde demócrata de Chicago, Edward J. Kelly.[764] Y Kelly había discutido los planes para la Convención con Harry Hopkins, mano derecha de Roosevelt.[765] Aquello fue una pantomima en toda regla y, en realidad, un auténtico escándalo, pero logró su objetivo. Al día siguiente, como no podía ser de otra manera, Roosevelt fue elegido entre todos los candidatos por una inmensa mayoría.

Una vez finalizada la Convención, lord Lothian señaló a Churchill que aquél podía ser un buen momento para regresar a la cuestión de los destructores.[766] Churchill había reiterado su petición el 11 de junio, al día siguiente de que Italia entrase en el conflicto, y había vuelto a plantearla de nuevo tres días más tarde.[767] Al ver la carta, Morgenthau pidió a Grace Tilly, una de las secretarias personales de Roosevelt, que informara al presidente de su convicción de «que si no ayudamos a los

británicos con algunos destructores es inútil esperar que sigan adelante».[768] Pero una vez más, la petición pinchó en hueso. Y durante casi dos meses desde la caída de Francia la correspondencia entre Roosevelt y Churchill estuvo paralizada. El presidente había estado absorto en su designación para la reelección, y tal vez el primer ministro y sus colegas pensaron que podía resultar contraproducente presionar demasiado a Roosevelt.[769] No obstante, el 31 de julio Churchill retomó una vez más la cuestión de los destructores. Parecía que la invasión alemana podía producirse en cualquier momento. Ahora los barcos podían ser objeto de ataques aéreos y ofensivas con submarinos procedentes de toda la costa francesa. Gran Bretaña tenía en marcha un inmenso programa de construcción de destructores, pero los barcos no estarían disponibles hasta 1.941. Entre tanto, el nivel de desgaste era muy alto, y los tres o cuatro meses siguientes iban a ser críticos. Churchill creía, por tanto, que tenía que renovar su petición de «cincuenta o sesenta de sus destructores más viejos», que debían enviarse inmediatamente. «Sr. Presidente —declaraba—, con gran respeto debo decirle que en la larga historia del mundo esto es algo que hay que hacer ahora».[770]

Aquella cuestión había sido ya abordada con anterioridad ese mismo mes por el Grupo Century, una suborganización del Comité para Defender América, integrado por una serie de influyentes ciudadanos de Nueva York que se reunían periódicamente en la sede de la Asociación Century de dicha ciudad. Desde mediados de junio el Grupo Century había estado realizando una campaña para enviar todos los recursos militares disponibles, incluidos los navales, a los Aliados, cuya lucha era para ellos sinónimo de la lucha de Norteamérica, y propugnando la abolición de la neutralidad y el reconocimiento del estado de guerra con Alemania efectivamente vigente.[771] El 11 de julio, en una reunión en Nueva York, el Grupo Century propuso, como parte de una estrategia para hacer frente a los peligros procedentes de Europa, la entrega de destructores a Gran Bretaña a cambio de una serie de bases en posesiones británicas cercanas a las costas americanas. Aquella propuesta resultó ser clave, y nació de una iniciativa privada, no en el seno de la Administración.

No era en esencia una idea nueva. De hecho, el aislacionista Chicago Tribune había instado durante mucho tiempo a que dichas bases fueran entregadas a cambio de la cancelación de las deudas de guerra. Pero su vinculación con el suministro de los tan necesarios destructores constituyó un movimiento sumamente hábil, ya que proporcionaba el embrión para un acuerdo que sería beneficioso para Norteamérica y resultaba atractivo incluso para los aislacionistas. Una de las figuras destacadas del Grupo Century, Joseph Alsop, conocido columnista con buenos contactos con personalidades de la Administración, convenció entonces a uno de los ayudantes del presidente, Benjamin Cohén, para que redactara un memorándum para Roosevelt en el que manifestara que no había ningún impedimento para la venta de los destructores. Cohén enseñó la nota a su jefe, Harold Ickes, que a su vez informó al presidente (y a continuación escribió un artículo en el que defendía enérgicamente la entrega de los destructores).[772]

Roosevelt, sin embargo, todavía no estaba convencido. Estados Unidos contaba con ciento setenta y dos viejos barcos de combate, muchos de ellos de la época de la Primera Guerra Mundial, y entregar a Gran Bretaña unos cincuenta no habría causado una merma de importancia en la Armada. Sin embargo, el 28 de junio de 1940, el Congreso, demostrando su falta de confianza en el presidente, había aprobado una enmienda a la Ley de Adquisiciones Navales que estipulaba que no se podría entregar ningún artículo militar a un Gobierno extranjero a no ser que el jefe del Estado Mayor (Marshall) o el jefe de Operaciones Navales (Stark) hubiera certificado que no servía para la

defensa de Estados Unidos. Y eso precisamente planteaba serias dificultades a Stark por haber defendido recientemente ante los comités del Congreso el potencial valor de los barcos de combate.[773] Roosevelt aludió a la barrera de la nueva legislación cuando envió el memorándum de Cohén al secretario de la Armada, Frank Knox, el 22 de julio. «Sinceramente dudo que el memorándum de Cohén pueda sostenerse —escribió el presidente—. Y también me temo que el Congreso no está de humor en este momento para permitir ninguna modalidad de venta». Todo lo que podía proponer era que tal vez se lograría convencer al Congreso más adelante de que permitiera la venta de los destructores a Canadá, pero sólo a condición de que su uso quedara restringido a la defensa del hemisferio norteamericano.[774]

El Grupo Century, no obstante, siguió presionando. Alsop habló con oficiales civiles y militares en Washington y recibió una respuesta muy alentadora. El embajador británico, lord Lothian, como era de esperar, también les concedió su apoyo. El 25 de julio, basándose en los sondeos de Alsop, el Grupo Century elaboró un nuevo memorándum que concluía con la propuesta de ofrecer inmediatamente los destructores a cambio de concesiones navales y aéreas en las posesiones británicas del hemisferio occidental y que añadía ahora un nuevo elemento de gran importancia, consistente en vincular el acuerdo al compromiso de que la flota británica, en caso de producirse la invasión alemana, no sería hundida ni entregada, sino alejada a bases estadounidenses o canadienses desde las que seguiría operando. Dada la urgencia del asunto, algunos miembros del grupo presionarían a Roosevelt y le instarían a actuar conjuntamente con Willkie, el contendiente republicano, para acelerar el proceso. Entre tanto, una nueva campaña publicitaria trataría de seguir ejerciendo presión. Roosevelt se reunió con tres delegados del grupo el 1 de agosto y escuchó lo que tenían que decirle, pero siguió sin comprometerse a nada. Los delegados se marcharon muy decepcionados, con la sensación de que al presidente aquella cuestión le resultaba indiferente.[775]

Pero en eso se equivocaban. El 2 de agosto Roosevelt planteó el asunto en una reunión excepcionalmente importante de su Gabinete. Frank Knox, secretario de la Marina, había hablado largo y tendido con Lothian la noche anterior, había escuchado la desesperada petición del embajador de ayuda inmediata con el envío de los destructores y había recibido una respuesta positiva a la sugerencia de que Gran Bretaña entregara territorios para bases navales en la costa atlántica de Estados Unidos. Antes de que el Gabinete se reuniera Knox había hablado sobre aquella propuesta con Stimson y se había ganado su respaldo y también el de Harold Ickes.[776] De modo que cuando el Gabinete inició su sesión existía ya una poderosa falange de apoyo a la idea.

De hecho, pronto quedó de manifiesto que existía un apoyo unánime a la propuesta de poner los destructores a disposición de Gran Bretaña. No obstante, la necesidad de una nueva legislación constituía un escollo. Todos admitían que si Roosevelt trataba de lograr la aprobación de la propuesta sin haber preparado el terreno a conciencia, el Congreso la rechazaría o la sometería a un «interminable retraso». Una posible vía para eludir el problema era el traspaso de posesiones británicas. De hecho, la discusión en el Gabinete había comenzado con el relato de Knox de su larga conversación telefónica con Lothian. Hull, recién llegado de la Conferencia Panamericana celebrada en La Habana, pensaba que el traspaso de posesiones británicas podía contravenir el acuerdo alcanzado con las otras repúblicas americanas de proseguir con la política de mantenimiento del régimen territorial existente en el hemisferio occidental. Roosevelt, por su parte, que coincidía con la objeción de Hull, sugirió entonces que otra solución podía ser arrendar parte del territorio (como ya sucedía con una base naval en Trinidad), una idea que recibió la aprobación general. Además, el

Gabinete acordó tratar de conseguir de Gran Bretaña la garantía de que la flota no iría a parar a manos de los alemanes en caso de derrota, algo que, pensaban, contribuiría también a mitigar la oposición en el Congreso. Hull señaló que la entrega de los destructores sólo podía llevarse a cabo con la revocación de la ley que prohibía ese tipo de ventas. La mejor forma de abordar el asunto, sugirió, sería que el presidente y el candidato republicano, Wendell Willkie (cuyo apoyo era ya bien sabido), secundaran conjuntamente la propuesta, minimizando así la oposición de los republicanos en el Congreso. El presidente quedó encargado de contactar con William Alien White, la figura más destacada del Comité para Defender América, para solicitar su ayuda como mediador en el acuerdo con Willkie.[777]

A pesar del retraso, aquello era ya un comienzo, aunque a continuación siguió un larguísimo período de consultas y discusiones legales sobre los detalles de aquel incipiente acuerdo. Churchill no estaba dispuesto, por razones relacionadas con la moral de la población, a ofrecer públicamente garantías sobre la flota en caso de una derrota británica.[778] La «lista de la compra» británica, cuando fue entregada el 8 de agosto, había aumentado sustancialmente, y ahora incluía noventa y seis destructores, veinte lanchas torpederas, hidroaviones, bombarderos en picado y doscientos cincuenta mil fusiles. Pero sobre todo, todavía quedaba por saber si, aun con el apoyo de Willkie (y éste se mostró remiso a manifestar abiertamente su aprobación), la legislación necesaria para permitir el suministro de destructores, suponiendo que los británicos estuvieran dispuestos a transferir las bases, podría pasar el filtro del Congreso.[779]

Dos acontecimientos vinieron a dar un nuevo impulso a un proceso que amenazaba con quedar estancado entre tecnicismos legales. El primero fue la enorme campaña de agitación desplegada por el Comité para Defender América. El Comité logró ganarse para su causa el apoyo del general John J. Pershing, venerado líder de la Primera Guerra Mundial, que consiguió con su influencia fomentar un generalizado respaldo popular a la entrega de los destructores, mezclado con cierta incredulidad por lo difícil que estaba resultando organizarla. Una vez que se hizo pública la contrapartida —el traspaso de bases—, las reivindicaciones de una acción inmediata se dejaron oír todavía con más fuerza. Pero también se escuchaban más las voces de la oposición aislacionista, que sostenía que «la venta de los barcos de la Armada a una nación en guerra sería un acto de guerra» y que «si queremos entrar en la guerra, los destructores proporcionan una vía tan buena como cualquiera para cumplir nuestro propósito». El segundo factor del avance fue una carta enviada al *New York Times* por cuatro destacados abogados en la que afirmaban muy convincentemente que la entrega de los destructores podía tener cabida en el marco legal vigente e instaban al presidente a actuar sin demora en virtud de su autoridad.[780]

Aunque Roosevelt todavía estaba esperando aclaraciones de carácter legal del fiscal general del Estado, Robert H. Jackson, finalmente, el 13 de agosto, después de consultar a Stimson, Knox, Morgenthau y Welles (en representación de Hull, que se estaba tomando un breve y merecido descanso para recobrar energías) y con Inglaterra cada vez más abrumada por los ataques aéreos, el presidente decidió seguir adelante con las negociaciones. Probablemente en aquel momento, antes de escuchar al fiscal general, todavía pensaba en presentar el caso ante el Congreso en lugar de proceder a la acción. Sea como fuere, un largo mensaje dirigido a Churchill redactado aquella noche, en el que le ofrecía al menos cincuenta destructores, las lanchas torpederas y una pequeña cantidad de aviones, dejaba claro que el presidente aceptaría las garantías ofrecidas en privado acerca del destino de la flota, y mencionaba las posesiones de Terranova, Bermudas, Bahamas, Jamaica,

Trinidad y Guayana Británica, en las que los norteamericanos querían establecer bases navales y aéreas, que se adquirirían mediante compra o arrendamiento por noventa y nueve años. Churchill respondió inmediatamente aceptando todo lo estipulado.[781]

El camino parecía por fin claro. ¿Pero lo estaba realmente? Al presidente todavía le preocupaba la oposición aislacionista. Temía que actuar sin el respaldo del Congreso pudiera hacerle perder las siguientes elecciones. Tales inquietudes explican tal vez la deliberadamente engañosa impresión transmitida en una rueda de prensa celebrada el 16 de agosto, en la que insistió en que la adquisición de las posesiones británicas no guardaba relación con la entrega de los destructores a Gran Bretaña.[782] A la vista del sentir de la nación, aquel gesto reflejaba un exceso de sensibilidad.

Su confianza se acrecentó al escuchar la opinión legal del fiscal general, que, valiéndose de un clarísimo artificio sofista, había concluido que se podía certificar que los destructores no eran esenciales para la seguridad nacional. Roosevelt dijo al primer ministro canadiense, Mackenzie King, el 17 de agosto que no necesitaba someter el asunto a criterio del Congreso y que Gran Bretaña tendría los destructores al cabo de una semana. Aquel cálculo era demasiado optimista, ya que los últimos ajustes del borrador del acuerdo no estuvieron listos hasta finales de mes. Fue Churchill el que retrasó en esa última fase la conclusión del proceso al insistir en la reformulación de los términos del arrendamiento de las bases para desdibujar la realidad del trato ante la opinión pública británica, es decir, que Estados Unidos había salido excesivamente bien parado de todo aquello.[783] Finalmente, esas pequeñas pero incómodas dificultades quedaron resueltas. El presidente dio su aprobación el 30 de agosto. La noche del 2 de septiembre Cordell Hull en representación de Estados Unidos y lord Lothian en representación de Gran Bretaña firmaron el acuerdo. El almirante Stark certificó al día siguiente que los destructores no eran esenciales para la seguridad nacional en vista de las bases adquiridas. Los barcos iban por fin camino de Halifax, Nueva Escocia, hacia manos británicas.[784]

Después de aquellos meses de vacilaciones, retrasos, evasivas, discusiones legales y dificultades en la formulación, los destructores resultaron de poca utilidad práctica. Sólo nueve de ellos fueron puestos en funcionamiento por la Armada británica antes de final de año para hacer frente a una invasión que nunca tuvo lugar. Y además estaban en peores condiciones de navegación de lo esperado. En mayo de 1941 todavía había más de treinta sin utilizar. También hubo retrasos a la hora de entregar las lanchas torpederas y los fusiles (que, por increíble que parezca, habían sido olvidados en la redacción final del acuerdo).[785] Por otra parte, pese al enorme trajín de la crisis del verano, tampoco las bases pasaron inmediatamente a manos de Estados Unidos. Los acuerdos específicos para el arrendamiento no concluyeron hasta marzo de 1941.[786]

Sin embargo, el simbolismo del trato de los destructores tuvo una importancia muchísimo mayor que cualquier beneficio tangible para ambas partes. La reacción en Roma, Berlín y Tokio bastó para demostrarlo. Mussolini fingió indiferencia ante el acuerdo, pero consideró que acrecentaba la posibilidad de una intervención norteamericana en la guerra.[787] La reacción alemana fue más enérgica. La entrega de los destructores fue percibida como «un acto abiertamente hostil a Alemania» que revelaba una cooperación más estrecha entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Ahora se daba por seguro que Norteamérica haría todo lo posible por apoyar a Gran Bretaña y perjudicar a Alemania. Una parte de su respuesta consistió en contemplar la posibilidad de ocupar las Azores y las Canarias. Pero Hitler no se dejó afectar personalmente por el trato, ya que pensaba que el rearme estadounidense no alcanzaría su mejor momento hasta 1945. Con todo, a partir de verano de 1940,

Estados Unidos se convirtió en objeto de atención fundamental en la estrategia alemana.[788] Este nuevo planteamiento, hemos de recordar, tuvo su influencia en la decisión de atacar y, según los planes, destruir rápidamente la Unión Soviética la siguiente primavera. Y el trato destructores-bases contribuyó a acelerar las negociaciones entre Alemania y Japón que culminaron en el Pacto Tripartito de mediados de septiembre, cuyo objetivo era disuadir a los norteamericanos de participar en la guerra.[789]

En Estados Unidos, Roosevelt pudo sobre todo hacer hincapié en las enormes ventajas que tenía para la defensa del país la adquisición de las bases adámicas. La acogida popular fue muy positiva. Los aislacionistas perdieron terreno ante el movimiento del presidente de relacionar las bases con el suministro de los bombarderos. El aislacionismo tradicional estaba empezando ahora a perder fuerza, aunque el temor a la intervención seguía siendo fuerte. Y lo que es más importante, como ya casi todos reconocían, ahora los estadounidenses habían abandonado definitivamente la neutralidad.[790]

Para los británicos, ése era el elemento clave. Estados Unidos ya no era neutral en el sentido clásico del término. El aspecto totémico del pacto de los destructores, subrayado tanto de forma privada como pública por los líderes británicos, era la manifestación externa del apoyo militar norteamericano a Gran Bretaña. En el transcurso de las puntillosas negociaciones de finales de agosto, el ministro de Exteriores británico, lord Halifax, había señalado que «la idea de un acuerdo anglo-estadounidense sobre algo tiene más valor que las bases o los destructores».[791] Churchill, por su parte, sugirió lo mismo en el momento culminante de su discurso ante la Cámara de los Comunes del 20 de agosto, al manifestar que el pacto de los destructores, en aquel momento todavía no completado del todo, significaba «que esas dos grandes organizaciones de las democracias de habla inglesa, el Imperio británico y los Estados Unidos, tendrán que acabar mezcladas de una u otra manera en algunos de sus asuntos para beneficio mutuo y general». Se trataba de un proceso, añadió con un enorme despliegue retórico, que no podría parar aunque él así lo quisiera. «Nadie puede pararlo. Como el Mississippi, sigue fluyendo sin más. Dejemos que fluya. Dejemos que fluya en toda su caudal, inexorable, irresistible, benévolo, hacia tierras más vastas y días mejores».[792] Retórica aparte, aquél fue un momento decisivo, como apuntaba Churchill, porque puso de manifiesto la solidaridad estadounidense con la campaña bélica de Gran Bretaña. Más tarde lo describiría como «un acto decididamente no neutral de Estados Unidos», un acontecimiento que «trajo a Estados Unidos definitivamente más cerca de nosotros y de la guerra».[793] Y eso es lo que era, y eso es lo que hizo.

Pero no había sido ésa la intención de Roosevelt. Lo que, visto desde nuestra perspectiva, puede parecer parte de un proceso inexorable no lo parecía en su momento. El hecho de que transcurrieran en total tres meses y medio desde la primera tentativa de Churchill de llevar el acuerdo a buen término era en primer lugar reflejo de la indecisión de Roosevelt a la hora de tratar a la opinión pública en el interior del país y de su reticencia a comprometerse demasiado. En un año de elecciones, se cuidó mucho de facilitar a su oponente una rentable baza propagandística. Su temor a disgustar al Congreso lo predispuso todavía más a ampararse en el legalismo cuando se hacía necesaria una acción decisiva. Llegado el momento, los alemanes no emprendieron la invasión y los destructores no tuvieron que ser empleados. Pero lo cierto es que en verano de 1940 la invasión parecía inminente, y a pesar de todo Roosevelt tenía serias dudas con respecto a los destructores. Al final se decidió efectivamente a tomar medidas, autorizando algo que probablemente había defendido

en su fuero interno desde el principio. Pero en esos momentos no quería correr riesgos con la opinión pública. Sensible como siempre a cualquier elemento que pudiera afectar a su popularidad, llegó a insinuar que el trato de los destructores podría hacerle perder las siguientes elecciones.[794] En realidad, su acción recibió el impulso de la opinión pública, alentada a su vez por la agitación de los grupos de presión favorables al acuerdo. «El pacto de los destructores —se ha dicho con gran acierto— fue tanto o más el éxito de un esfuerzo privado que el de una acción oficial».[795] Con Estados Unidos ahora como parte no-beligerante no-neutral, quedaba todavía por ver si el presidente asumiría un papel más activo del que había desempeñado en verano de 1940 en la tarea de encabezar el apoyo a Gran Bretaña.

V

La cuestión subyacente seguía siendo la misma. Estados Unidos estaba comprometido, y con un enorme respaldo popular, con el apoyo a Gran Bretaña sin recurrir a la guerra. La idea de que esa política era crucial para la defensa hemisférica —es decir, en beneficio propio y directo de Norteamérica— estaba ampliamente aceptada, pero los aspectos prácticos derivados de proporcionar ayuda a Gran Bretaña despertaban ciertas controversias. El pacto de los destructores había sido aprobado en virtud de la autoridad ejecutiva del presidente gracias a lo que muchos vieron como un juego de manos legal del fiscal general que permitió saltarse la legislación del Congreso. Sin embargo, si había que proporcionar ayuda a mayor escala a Gran Bretaña, el visto bueno del Congreso como sello del respaldo de la nación no podía eludirse indefinidamente.

Existían al menos dos grandes obstáculos para lograr el apoyo del Congreso a un incremento masivo de la ayuda. Uno era la opinión, expresada enérgicamente por el *lobby* aislacionista pero no reducida exclusivamente a él, de que no se debían enviar armas a Gran Bretaña cuando fuera evidente su utilidad directa en la consolidación de las defensas militares norteamericanas. Una preocupación relacionada con ésta era que el incremento de armas exigiría un incremento del apoyo a los barcos que llevaban el material bélico, lo que acabaría empujando cada vez más inexorablemente a Estados Unidos hacia la intervención en la guerra. El segundo obstáculo, de proporciones sin duda enormes, era de naturaleza legal y financiera. Gran Bretaña iba a llegar a no mucho tardar a un punto en el que iba a ser incapaz de pagar el armamento que tan desesperadamente necesitaba. Y en virtud de la Ley Johnson de 1934, todavía en vigor, Estados Unidos no podía conceder créditos a naciones que no hubieran pagado sus deudas de la Primera Guerra Mundial, al tiempo que, según las disposiciones sobre condiciones de venta de la Ley de Neutralidad, introducida en 1937 y renovada en 1939, sólo se podían vender productos a países beligerantes si el dinero se facilitaba por adelantado.[796] Por otro lado, un descenso en los pedidos británicos de armas era algo impensable, y no sólo por la imperiosa razón de que, sin acceso a los recursos de Estados Unidos, la campaña bélica de Gran Bretaña se vería agotada a no mucho tardar. También había razones internas: la Administración Roosevelt no deseaba reducir, sino muy al contrario incrementar, los suministros a Gran Bretaña. Antes de ser reelegido —con una mayoría cómoda aunque reducida— el 5 de noviembre de 1940, Roosevelt había logrado que el desempleo descendiera en tres millones y medio

de personas desde la recesión de 1937 – 1938. Al final del año, el paro se encontraba en su nivel más bajo en toda una década. Y eso era gracias, en su mayor parte, a unas adquisiciones británicas de armas por valor de unos cinco mil millones de dólares en pedidos a finales de 1940.[797]

La cuestión de la ayuda a Gran Bretaña estaba alcanzando un punto crítico a finales de 1940. Las elecciones presidenciales habían pasado, pero no habían producido el ostensible giro en la política norteamericana ansiado por el Gobierno británico. Las vagas ilusiones albergadas en Whitehall de que Estados Unidos pudiera llegar incluso a entrar en la guerra una vez que Roosevelt fuera reelegido se vieron defraudadas rápidamente. En realidad, también en Washington había una sensación de decaimiento. Durante unas semanas, la política pareció quedar paralizada. Los esfuerzos de la campaña electoral habían hecho probablemente más mella en el presidente de lo que parecía a simple vista. En cualquier caso, como se ha señalado, Roosevelt «consideraba de nuevo más ventajoso seguir en sintonía con la opinión pública» que arriesgarse a «poner en juego su capacidad de liderazgo».[798]

En Londres, Churchill dijo a comienzos de diciembre que la actitud de Estados Unidos desde las elecciones lo había dejado «más bien frío». En cambio, un aplicado observador de la realidad de Washington al que no sorprendía la falta de dinamismo de la Administración Roosevelt era el embajador británico, lord Lothian. De regreso a Inglaterra por un breve espacio de tiempo en noviembre, Lothian comunicó a Churchill la creencia, todavía muy extendida en Estados Unidos, de que Gran Bretaña estaba pidiendo más de lo que necesitaba y que no estaba tan mal de dinero como afirmaba, y le recomendó, en una carta personal enviada al presidente, que planteara la posibilidad de un cuantioso incremento de la ayuda, absolutamente necesario si no querían que Gran Bretaña se viera obligada a firmar una paz negociada en 1941.[799] A su vuelta a Estados Unidos, en una improvisada rueda de prensa tras su aterrizaje en Nueva York, Lothian se dirigió a los periodistas en un tono inusitadamente directo y poco diplomático. «Bien, chicos, Gran Bretaña está pelada; lo que queremos es vuestro dinero», dijo el embajador a los reporteros que lo estaban esperando. Y volvió a declarar lo mismo poco después para el programa de noticias, demostrando que no había sido un desliz provocado por la improvisación. Aquella actitud era muy rara en Lothian, y, aunque aseguró haber hablado sólo en su nombre, todavía se sospecha que fue Churchill el promotor de una indiscreción perfectamente calculada.[800]

En cualquier caso, tuvo el efecto deseado: situar de lleno la cuestión del lamentable estado de la reserva de dólares de Gran Bretaña en el centro del debate público. No obstante, la respuesta inmediata de la Administración Roosevelt no fue ni mucho menos positiva. Cordell era escéptico con respecto a la afirmación de que Gran Bretaña no podía permitirse seguir comprando. Y también lo era Morgenthau, encargado del Tesoro, que señaló a Lothian que los detractores de la ayuda podían sacar provecho político del hecho de que se permitiera hacer más pedidos a un país en bancarrota. Morgenthau era consciente de que la observación de Lothian no era lo que parecía. Gran Bretaña no estaba en la ruina. No obstante, la reserva de dólares estaba empezando a agotarse, si bien no tanto, suponía Morgenthau, como afirmaba Lothian. Morgenthau, pese a todo, quedó impresionado por el pesimismo del embajador sobre el futuro de Gran Bretaña si no se le proporcionaban grandes cantidades de ayuda. De hecho, el secretario del Tesoro había pasado todo el mes de noviembre meditando sobre posibles formas de hacer frente a las necesidades británicas no sólo de armamento, sino también de barcos mercantes —víctimas ya de los submarinos alemanes en proporciones alarmantes— que llevaran los alimentos de los que dependía Gran Bretaña.[801] Roosevelt, por su

parte, había apuntado una posible solución en una reunión del Gabinete celebrada el 8 de noviembre. Pensaba que los británicos todavía tenían fondos suficientes en forma de créditos y propiedades en Estados Unidos —alrededor de dos mil quinientos millones de dólares— que podían liquidar para pagar los suministros de guerra. Pero también admitía que ese dinero se acabaría agotando. «Llegaría seguramente el momento —señaló el presidente— en el que Gran Bretaña necesitaría préstamos y créditos». Roosevelt, según palabras de Ickes, «sugirió que una forma de hacer frente a aquella situación sería que nosotros suministráramos todo lo que pudiéramos en forma de acuerdos de arrendamiento con Inglaterra. Por ejemplo, pensaba que podríamos arrendar barcos o cualquier otro tipo de propiedad que fuera prestable, retornable y asegurable».[802] De hecho, no era la primera vez que el presidente tuvo una ocurrencia así. Dos años antes, en noviembre de 1938, tras el desastroso Pacto de Múnich, Roosevelt se había planteado lo distinto que habría sido todo si hubiera podido vender grandes cantidades de aviones de combate a las hostigadas democracias europeas.[803] Así fue como empezó a gestarse la idea que acabaría cristalizando en el programa de préstamo y arriendo.

La idea salió por primera vez a la luz por vía indirecta el 26 de noviembre de 1940, cuando el Comité para Defender América Ayudando a los Aliados de William Allen White hizo pública una enérgica declaración en la que instaba a proporcionar una mayor asistencia a Gran Bretaña. El texto apelaba al Congreso para que revisara las leyes que obstaculizaban dicha asistencia y propugnaba la construcción a toda velocidad del mayor número posible de barcos mercantes para alquilar o arrendar a Gran Bretaña. Entre bastidores, probablemente, el comunicado de prensa había sido instigado por el propio presidente a modo de globo sonda, un recurso usado en ocasiones por la Casa Blanca para tantear a la opinión pública. En este caso, la declaración no suscitó ni una avalancha de apoyo popular ni una considerable oposición. La opinión pública, como era habitual, defendía por lo general la ayuda a Gran Bretaña sin recurrir a la guerra, pero todavía se mostraba prudente con respecto al riesgo de una intervención norteamericana en las hostilidades. Fueran cuales fueran las conclusiones que Roosevelt extrajo de aquel globo sonda, si eso es lo que era, lo cierto es que nada sucedió después en la Casa Blanca. Todo lo que supo la población fue que el presidente iba a tomarse unas vacaciones.[804]

Roosevelt estaba a punto de hacerse a la mar a bordo del Tuscaloosa para realizar un crucero de diez días por el Caribe. Según la versión oficial, estaba visitando los emplazamientos de las nuevas bases en las Antillas. Se llevó consigo muchísimos documentos oficiales y dijo que iba a trabajar en un gran discurso dirigido a la nación sobre la situación internacional mientras estaba fuera, pero no se llevó a ningún experto en asuntos exteriores. Con aspecto agotado, necesitaba un viaje para recobrar energías, y pasó la mayor parte del tiempo pescando, jugando al póquer, viendo películas y relajándose junto a Harry Hopkins, su invitado, y sus asesores, las únicas personas que los acompañaban.[805]

El día anterior a dejar Washington, Roosevelt había aprobado un complejo trato que incluía pedidos procedentes de Londres por valor de dos mil millones de dólares para equipar diez divisiones del Ejército británico. La cuestión era cómo iban los británicos a financiar el trato. Aunque Roosevelt todavía insistía en que «no están en quiebra... hay mucho dinero allí», también admitía que la mayor parte del dinero estaba inmovilizado en activos extranjeros en el Imperio y no era fácil disponer de ellos en dólares. Todas las reservas accesibles en dólares, y muchas más, se agotarían con el trato de las armas y en el transcurso de los meses siguientes. La idea de prestar a

Gran Bretaña buques de carga volvió a aparecer durante la discusión, pero en esta ocasión nadie sugirió el préstamo o el arrendamiento de aviones o armamento. Presionado por Morgenthau, Roosevelt aceptó que se hicieran los pedidos y que la inversión de capital para construir nuevas plantas y ampliar las existentes procediera de fondos norteamericanos, de tal modo que los británicos pagaran a la entrega el material producido más un recargo para contribuir al coste de capital. No obstante, el presidente señaló a Stimson que «sólo tenemos que decidir qué vamos a hacer por Inglaterra», y añadió: «Hacerlo así es no hacer nada».[806]

Si no se encontraban nuevas vías de actuación, era evidente que pronto se agotarían las empleadas hasta el momento para cumplir con el objetivo de proporcionar la máxima ayuda a Gran Bretaña sin recurrir a la guerra. De eso eran conscientes los consejeros más destacados de Roosevelt, reunidos en ausencia del presidente justo después de que éste emprendiera su crucero por el Caribe. Frank Knox abordó el asunto y planteó la pregunta clave, de carácter retórico. «A partir de ahora vamos a pagar nosotros la guerra, ¿no es así?». Cuando Morgenthau planteó la cuestión de si Estados Unidos debía permitir que Gran Bretaña siguiera haciendo pedidos, Knox se mostró categórico: «Tiene que hacerlo. De eso no cabe duda». ¿Pero cómo se tenía que hacer? La discusión seguía girando en torno al dilema de si Gran Bretaña tendría que pagar en metálico los bienes producidos, un dilema para el que no se encontraba solución. Los allí presentes estaban de acuerdo en que cualquier clase de regalo o préstamo que se propusiera, algo que Gran Bretaña no tardaría en solicitar, tendría que pasar por el Congreso, y muy probablemente sería rechazada a no ser que fuera evidente que no existía ninguna otra opción. Y mientras no se liquidaran los activos británicos, eso era harto improbable.[807] Los préstamos, dado el resentimiento despertado por la no devolución de las deudas británicas de la Primera Guerra Mundial, no parecían ser la solución. Se consideraba que era mejor para Estados Unidos admitir los pedidos y entregar después los productos a Gran Bretaña aunque no como un regalo íntegro, ya que se esperaba conseguir algo a cambio, cuando menos la devolución con el tiempo del material no usado o no dañado.[808] La idea de un préstamo en especie, sugerida por primera vez por Roosevelt, se estaba tratando de extender ahora en su ausencia no sólo a los cargueros, sino potencialmente a la totalidad de la demanda británica de armamento.

Al cabo de unos días, la larguísima carta de Churchill que Lothian le había recomendado escribir iba camino de su destinatario, Roosevelt, que la recibió finalmente en medio del Caribe el 9 de diciembre, remitida por el Departamento de Estado y entregada por un hidroavión de la Marina. Había sido muy difícil de redactar y tuvo que ser sometida a numerosas reformulaciones durante más de dos semanas hasta quedar lista. Churchill comentó más tarde, no sin razón, que aquella fue una de las cartas más importantes que escribió nunca.[809]

Estaba dedicada en su mayor parte a presentar una visión panorámica del estado de la guerra desde la perspectiva británica. Churchill destacaba las pérdidas de buques mercantes en el Atlántico, la imperiosa necesidad de barcos, aviones y municiones y la ardua lucha que se avecinaba en 1941, e insistía especialmente en la dependencia de Gran Bretaña respecto de la ayuda de Estados Unidos. La perentoria necesidad de reducir la pérdida de tonelaje en el Atlántico se podría afrontar, sugería con muchísimo tacto, si Estados Unidos proporcionaba buques de guerra para escoltar los convoyes mercantes, una acción que, decía, «constituiría un decisivo acto de no-beligerancia constructiva». Churchill era consciente de la magnitud de lo que estaba pidiendo. Habrían de pasar meses antes de que la población estadounidense estuviera preparada para un movimiento de esa naturaleza. A continuación manifestaba otra esperanza: «el regalo, préstamo o suministro de un gran número de

navíos de guerra americanos» para preservar la ruta atlántica y la ampliación del control que las fuerzas estadounidenses tenían sobre el área occidental del océano.

Sólo al final de su larguísima misiva abordaba Churchill la cuestión crucial de la financiación. Para empezar hacía referencia al agotamiento de los créditos en dólares. «Se aproxima el momento —escribía— en el que ya no podremos pagar en metálico los barcos y otras provisiones». El texto combinaba presión moral con lógica económica: «Supongo que coincidirá conmigo en que sería en esencia equivocado y tendría efectos mutuamente desfavorables el que en el punto álgido de esta lucha Gran Bretaña se viera despojada de todos los activos vendibles, de modo que después de haber logrado la victoria con nuestra sangre, salvado la civilización y ganado tiempo para que Estados Unidos esté enteramente armado para hacer frente a cualquier eventualidad, nos encontremos completamente desposeídos».

A continuación señalaba los problemas económicos que ello causaría para Estados Unidos en la posguerra. Las exportaciones norteamericanas a Gran Bretaña se desplomarían, lo que se traduciría en paro generalizado. Churchill no ofrecía solución alguna, pero terminaba poniendo el futuro de Gran Bretaña en manos de Estados Unidos. «Además», concluía,

«no creo que el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos piensen que responde a los principios que los guían el restringir la ayuda que tan generosamente han prometido a las municiones de guerra y los artículos que se puedan pagar inmediatamente. Puede estar seguro de que demostraremos estar dispuestos a sufrir y sacrificamos hasta el extremo por la Causa y de que nos enorgullece ser sus paladines. El resto lo dejamos con toda confianza en sus manos y en las de su pueblo, seguros de que se encontrarán caminos y medios que las futuras generaciones de ambos lados del Atlántico aprobarán y admirarán».[810]

Con estas palabras finales, Churchill estaba subrayando indirectamente el giro en las relaciones de poder entre Gran Bretaña y Estados Unidos que el primer año de guerra había puesto en evidencia. Morgenthau lo expresó de manera sucinta: «No es otra cosa que el señor Churchill poniéndose en manos del señor Roosevelt con absoluta confianza. Ahora corresponde al señor Roosevelt decir lo que va a hacer».[811] Aquellas palabras parecían evocar las exequias del Imperio británico.

Mientras Morgenthau y otros líderes de la Administración seguían lidiando en Washington con el problema de los pagos del material que necesitaba Gran Bretaña,[812] Roosevelt estaba sentado en su hamaca a bordo del Tuscaloosa al cálido sol del Caribe, reflexionando acerca de la carta de Churchill. La leía una y otra vez, y durante dos días pareció absorto en sus pensamientos, profundamente afectado por el contenido de la misma. Hopkins, el único confidente del presidente a bordo, lo dejó a solas con sus cavilaciones. «Y entonces, una noche —relató Hopkins más tarde—, apareció de repente con él: el programa completo. No parecía tener una idea clara de cómo se podía hacer desde el punto de vista legal, pero en su mente no había duda de que encontraría un modo de hacerlo».[813] Tal vez Hopkins estaba siendo demasiado modesto con respecto al papel desempeñado por él mismo; tal vez en realidad él y Roosevelt habían examinado las posibilidades

antes de que el presidente resolviera el asunto en su propia cabeza; tal vez la decisión fue menos repentina de lo que se quiso hacer creer. Sin embargo, eso no tiene mayor importancia. Y es que no cabe duda de que el hallazgo de la forma de eludir la crisis de los dólares en Gran Bretaña, la trascendental decisión que abriría recursos ilimitados al esfuerzo bélico británico, fue obra de Roosevelt.[814]

Como era habitual en él, el presidente no se dio mucha prisa en informar de su decisión a los miembros del Gabinete, y cuando lo hizo les indicó que no tomaran ninguna medida hasta que él regresara y pudieran discutir el asunto en detalle.[815] Antes de eso, las figuras clave de la Administración responsables de la política de exteriores y de defensa se habían reunido en el despacho de Hull en el Departamento de Estado para revisar la situación a la luz de la carta de Churchill, y muy especialmente de su llamamiento a «un decisivo acto de no-beligerancia constructiva», con el fin de adoptar una postura para cuando el presidente regresara. Junto al secretario de Estado se encontraban Stimson, Knox, el general Marshall, el almirante Stark, Sumner Welles y otros oficiales destacados. Stark afirmó categóricamente que, teniendo en cuenta el índice de pérdidas de barcos de aquel momento, Gran Bretaña no podría sobrevivir más de seis meses. Stimson, yendo como siempre directamente al grano, concluyó que la producción norteamericana de materiales de defensa no podría alcanzar los niveles necesarios para garantizar la seguridad de Estados Unidos y evitar la derrota de Gran Bretaña «hasta que no vayamos nosotros a la guerra». Cuando preguntó a Stark qué medidas eran necesarias para mitigar las enormes dificultades de Gran Bretaña en el Atlántico, el almirante respondió que había que revocar la Ley de Neutralidad para permitir que los barcos mercantes estadounidenses llevaran provisiones a los puertos británicos, y que una acción así exigiría sin duda la provisión de escoltas navales para los convoyes y conduciría finalmente, con toda probabilidad, a la entrada de Estados Unidos en la guerra. La perspectiva era sobrecogedora. Como era de esperar, en aquella reunión no se encontró ninguna vía de avance.[816]

Cuando Roosevelt regresó a Washington la noche del 16 de diciembre, bronceado, de muy buen humor y completamente «recargado» (como lo describió Hopkins) tras su estancia a bordo del Tuscaloosa, reinaba cierto aire de expectación en la capital estadounidense.[817] Al día siguiente el presidente comunicó a Morgenthau que había estado «pensando mucho durante su viaje sobre lo que deberíamos hacer por Inglaterra» y había llegado a la conclusión «de que lo que hay que hacer es alejarse del símbolo del dólar». No quería ni ventas ni préstamos de dinero. En lugar de eso, sugería, «diremos a Inglaterra: te daremos las armas y los barcos que necesites, con la condición de que cuando la guerra haya terminado nos devuelvas en especie las armas y los barcos que te hemos prestado». «¿Qué opina?», preguntó. Morgenthau se mostró entusiasmado de inmediato,[818] y describió aquella propuesta como uno de los «destellos de brillantez» de Roosevelt,[819] aunque, como hemos visto, la idea se había ido forjando en la mente del presidente durante algún tiempo. En realidad se remontaba al momento del pacto de los destructores, cuando Roosevelt pensó en arrendar barcos mercantes a Gran Bretaña. Se ha sugerido que la idea original surgió cuando el Departamento del Tesoro descubrió que existían ciertas leyes antiguas que admitían el arrendamiento de propiedades del Ejército durante un período máximo de cinco años si los bienes no eran necesarios para uso público.[820] Si así fue, el Tesoro no tomó medida alguna tras su descubrimiento, pero ello permitió al presidente percatarse del enorme potencial de la idea del arrendamiento. Y el 17 de diciembre la presentó ante la opinión pública de forma novedosa, clara y convincente.

Aquella tarde, Roosevelt ofreció una rueda de prensa. Comenzó desarmando a los presentes,

afirmando que no había noticias de especial relevancia, aunque pensaba que había una cosa que podía merecer la pena mencionar. Así fue adentrándose poco a poco en la cuestión que le interesaba. Ninguna guerra importante se había perdido por falta de dinero, afirmó. A continuación, dando la impresión de que sus ideas iban surgiendo sobre la marcha, planteó la propuesta de incrementar la ayuda a Gran Bretaña. Era, decía, «importante desde la perspectiva egoísta de la defensa americana que hagamos todo lo posible por ayudar al Imperio británico a defenderse». Y señaló que los pedidos británicos eran «una formidable baza para la defensa americana». Aunque descartaba la necesidad de revocar la Ley Johnson o la Ley de Neutralidad, creía necesario superar los planteamientos tradicionales en materia de economía de guerra. Aseguró, de forma algo exagerada, que la Administración había estado trabajando en el problema varias semanas, y señaló después que lo que estaba sugiriendo sólo era uno de los distintos métodos posibles. Estados Unidos podía asumir los pedidos británicos y «arrendar o vender» a Gran Bretaña parte de su producción de armas. Lo que estaba intentando hacer, prosiguió, era «deshacerse del estúpido y bobo símbolo del dólar». A continuación recurrió a una sencilla analogía para explicar lo que quería decir. Un hombre no diría a un vecino cuya casa estuviera ardiendo: «Vecino, la manguera para el jardín me costó quince dólares; tienes que pagarme quince dólares por ella», sino que prestaría a su vecino la manguera y después éste se la devolvería. Así era como había que gestionar el problema de las armas. Los detalles todavía estaban por clarificar, explicó el presidente, pero lo que iba a hacer era sustituir el símbolo del dólar por una «obligación de caballero de devolver en especie». «Creo que lo habéis entendido todos», añadió. Cuando los periodistas le preguntaron si su plan llevaría al país más cerca de la guerra, Roosevelt restó importancia a la cuestión, aunque sí admitió que el Congreso tendría que dar su aprobación, y que las propuestas legislativas no se plantearían hasta el nuevo año.[\[821\]](#)

Fue una actuación magistral; Roosevelt en todo su esplendor. En realidad, la parábola de la manguera de jardín no fue idea original de Roosevelt, como lo pareció en su día. La había empleado por primera vez Harold Ickes cuatro meses antes, pero era evidente que había dejado huella en la mente del presidente y que había quedado almacenada para su utilización en el futuro.[\[822\]](#) Y ahora había recurrido a ella, con resultados brillantes. «Podemos decir sin temor a equivocarnos que con la analogía de la buena vecindad Roosevelt ganó la batalla del Préstamo y Arriendo», pensaba Robert Sherwood, miembro del equipo de redactores de los discursos de Roosevelt.[\[823\]](#) Aquella idea todavía no era para nada un programa. Roosevelt no había facilitado detalle alguno, pero todos los pormenores irían surgiendo de una forma u otra durante el periplo de la legislación en el Congreso. Roosevelt echaba balones fuera cuando se le planteaban preguntas sobre el incremento de producción necesario para proporcionar el material a los británicos. Las repercusiones que tendría el garantizar la entrega de los bienes producidos a las Fuerzas Armadas británicas en condiciones de seguridad tampoco quedaban claras en absoluto. Y la analogía presentaba un fallo evidente, que no escapó a algunos de los que la escucharon. Y es que era muy probable que en este caso la «manguera de jardín» no fuera devuelta, al menos no intacta. Pero lo que el presidente había logrado ante todo con su parábola fue convertir una compleja y controvertida cuestión en algo de lo más simple, en una historia de buena vecindad que todo el mundo podía comprender y que resultaba atractiva para mucha gente. La cuestión de la ayuda a Gran Bretaña estaba en el centro de la discusión pública, expuesta a un riguroso proceso de escrutinio y debate en todos los bandos.

Roosevelt dio un fuerte espaldarazo a su estrategia inicial con una acción ejecutiva inmediata y enérgica, al aprobar la iniciativa de Stimson, considerada asunto de la mayor urgencia, de llevar a

cabo una reorganización drástica de la producción para la defensa. La Comisión Asesora fundada en primavera, desprovista de líder y absolutamente incompetente, fue sustituida ahora por una pequeña y más dinámica Oficina de Gestión de la Producción, que contaba con tan sólo cuatro miembros: Stimson, Knox, un director —el experimentado líder empresarial William Knudsen (presidente de General Motors) — y, como codirector, garantizando la participación de los sindicatos, Sidney Hillmann (presidente del sindicato de obreros del textil). La debilidad operativa de esta nueva organización también quedaría pronto de manifiesto, pero, por el momento, su creación era un claro indicio de que Roosevelt tenía interés en seguir adelante con el programa de ayuda armamentística, aunque seguía mostrándose evasivo y no asumía ningún compromiso con respecto a la cuestión de la dotación de escoltas a los convoyes.[824]

Doce días después de aquella trascendental rueda de prensa, el 29 de diciembre, Roosevelt fue llevado en su silla de ruedas al salón de recepciones diplomáticas de la Casa Blanca para ofrecer su primera «charla junto al fuego» dirigida a la nación desde que fuera reelegido. Muchos entonces, y después, la juzgaron como una de sus mejores y más eficaces alocuciones. Es posible que se viera impulsada, al menos en parte, por la hostil respuesta dada a la idea del préstamo y arriendo en la propaganda extranjera alemana, una respuesta que tenía por objetivo fortalecer a los aislacionistas de Estados Unidos, pero que en realidad produjo el efecto contrario, al fomentar un apoyo inesperado a la iniciativa del presidente.[825] Sin embargo, su principal fuerza motriz fue el deseo de Roosevelt de explicar al pueblo estadounidense «la pura verdad sobre la gravedad de la situación» en la que la guerra había situado a Estados Unidos[826] y de hacer entender la necesidad de proporcionar toda la ayuda posible a Gran Bretaña, lo que equivalía a un intento de introducir la idea de préstamo y arriendo.

Roosevelt no se anduvo con miramientos a la hora de dar detalles del peligro que corría la seguridad de Estados Unidos. Al referirse al Pacto Tripartito firmado en septiembre entre Alemania, Italia y Japón y dirigido contra Estados Unidos, dibujó un crudo panorama dual de pueblos libres y democráticos en combate mortal contra «las fuerzas malignas» de la tiranía totalitaria, dispuestas a dominar y esclavizar a la raza humana. En una época de poder aéreo, los océanos, prosiguió, ya no servían de protección a Estados Unidos. Era esencial no caer ante las potencias hostiles. En ese sentido, defender la capacidad de combate de Gran Bretaña (mencionó también la lucha de los griegos y los chinos) era crucial. Y es que, «si Gran Bretaña cae, las potencias del Eje controlarán los continentes de Europa, Asia, África y Australasia y también alta mar, y estarán en condiciones de utilizar enormes recursos militares y navales contra este hemisferio». Se encontraban, por tanto, ante un gran peligro al que había que hacer frente. En un indirecto ataque a sus oponentes aislacionistas, el presidente desestimó el espejismo «de que podemos salvar el pellejo cerrando los ojos al destino de otras naciones». El apaciguamiento, como había demostrado la experiencia, no ofrecía la solución. Una «paz negociada» era una «estupidez»; no habría paz de ningún tipo.

El presidente abordó después el segundo asunto: la necesidad de ayudar a Gran Bretaña. Los británicos estaban resistiendo frente a una «nefasta alianza», y la futura seguridad de Estados Unidos dependía del resultado de aquella lucha. Roosevelt afirmaba categóricamente: «Hay muchas menos posibilidades de que Estados Unidos entre en guerra si hacemos todo lo que podemos ahora para apoyar a las naciones que se están defendiendo del Eje que si consentimos su derrota». Admitía abiertamente que cualquier línea de actuación entrañaba peligros, pero la que él estaba defendiendo, decía, era la menos arriesgada. No se pedía el envío al extranjero de una fuerza expedicionaria

estadounidense, ni había intención alguna de hacerlo. «Así que podéis desenmascarar cualquier rumor de que se están enviando armas a Europa por ser una deliberada falsedad». Pero los que estaban ahora sumidos en la lucha estaban pidiendo «los instrumentos de guerra» y «definitivamente debemos llevarles esas armas». Una vez más reiteraba que su política no iba dirigida a la guerra, sino a mantener precisamente la guerra lejos de Norteamérica. Y apelaba a los trabajadores y a los líderes del sector industrial para que redoblaran sus esfuerzos. «Tenemos que tener más barcos, más pistolas, más aviones... más de todo». La cantidad que se enviaría al extranjero quedaba a criterio de los expertos de defensa del Gobierno. Estados Unidos había proporcionado a los británicos un gran apoyo material y les proporcionaría más en el futuro. El presidente concluía su enérgico discurso con unas palabras cuyo eco siguió escuchándose pasado el tiempo: «Tenemos que ser el gran arsenal de la democracia».[827]

La «charla junto al fuego» recibió una respuesta masiva. Tres cuartas partes de los norteamericanos la habían escuchado, y de ellos el 60 por 100 estaba de acuerdo. La Casa Blanca se vio inundada de cartas y telegramas acerca del discurso, con una proporción de cien a uno a favor. Roosevelt estaba encantado. Aquello superaba con creces sus expectativas. Las críticas, como cabía esperar, vinieron de los círculos cada vez más reducidos de los aislacionistas, pero incluso ellos se vieron en parte desarmados por el discurso. Algunas de las reacciones más perspicaces en la prensa celebraban la clara y firme capacidad de liderazgo del presidente y aplaudían el final de la incertidumbre que se había cernido como una nube sobre la política norteamericana durante los meses anteriores, y también el hecho de que Roosevelt hubiera al fin «clarificado y materializado la elección de América, una elección hecha realmente hace mucho tiempo». Lo único que había que lamentar era que «este planteamiento se retrasara a costa de seis meses de preparación crucial».[828]

Fue en diciembre de 1940 cuando se tomó esa decisión clave, una de las más importantes de la guerra, que implicaba decantarse por un programa que equivalía a «nada menos que una declaración de guerra económica al Eje».[829] Por primera vez desde mucho antes de su reelección, Roosevelt había dirigido a la opinión pública de su país, en lugar de seguirla. Y la opinión se iba modificando al son que él marcaba. Ahora, un 70 por 100 de los encuestados estaban dispuestos a ayudar a Gran Bretaña a ganar, algunos incluso a riesgo de que Estados Unidos acabara interviniendo en la guerra. Sin embargo, una gran mayoría todavía se oponía a entrar en la guerra en ese preciso momento. El pueblo norteamericano, como señalaba un analista, seguía prefiriendo «sostenerse sobre el borde del abismo» antes que verse empujado a la guerra.[830]

A la «charla junto al fuego» de Roosevelt le siguió enseguida su discurso anual en el Congreso sobre el Estado de la Unión, pronunciado el 6 de enero de 1941. En otra enérgica declaración, el presidente resumió las «cuatro libertades humanas esenciales» que él trataba de alcanzar, y que eran en la práctica una declaración de los objetivos norteamericanos para el mundo de posguerra: libertad de expresión, libertad de religión, libertad frente a las privaciones y libertad frente al miedo. Poco después, el presidente especificó sus demandas presupuestarias para 1942: de los diecisiete mil quinientos millones de dólares solicitados, el 60 por 100 iba destinado a la defensa nacional.[831] El «arsenal de la democracia» había entrado en acción.

Antes de aquel discurso, el 2 de enero, el presidente, empujado por un nuevo sentimiento de urgencia, había encargado al Tesoro la redacción del proyecto de ley de Préstamo y Arriendo que se llevaría al Congreso.[832] A partir de entonces, la responsabilidad principal recayó sobre

Morgenthau y su equipo. El proyecto fue bautizado con el simbólico nombre de Resolución de Cámara número 1.776, año de la Guerra de la Independencia. El 10 de enero fue llevada a la Cámara de Representantes. Los debates que se produjeron a continuación, y que se prolongaron durante un período de dos meses, fueron intensos y ampliamente comentados en el país. El interés de la población era inmenso. Casi todos los norteamericanos conocían la ley y la, mayor parte de ellos la apoyaban sistemáticamente, aunque más de un tercio de los encuestados pensaba que, si se aprobaba, aumentaría la posibilidad de que Estados Unidos acabara por «entrar en la guerra».[833] Para los aislacionistas, la campaña contra la ley constituyó el último coletazo. El comité America First lanzó una gigantesca campaña de oposición. El joven John F. Kennedy fue uno de los que contribuyeron a su financiación.[834] Las páginas del *Chicago Tribune*, cuyo dueño era el coronel Robert R. McCormick, hombre excesivo y acérrimo aislacionista, ofrecieron su espacio a una amplísima campaña publicitaria.[835]

El complejo proceso legislativo siguió su curso. En el Congreso, la oposición no tenía poder suficiente para rechazar la propuesta de ley, pero sí pudo imponer algunas enmiendas. Finalmente, el texto fue aprobado por doscientos sesenta votos a favor y ciento sesenta y cinco en contra en la Cámara de Representantes, y sesenta a favor y treinta y uno en contra en el Senado. En ambas cámaras, los que se opusieron eran en su mayor parte republicanos. Roosevelt firmó la Ley de Préstamo y Arriendo el 11 de marzo de 1941. Aquel texto le confería ahora autoridad para ordenar la producción o adquisición de «cualquier artículo de defensa para el Gobierno de cualquier país cuya defensa sea a juicio del presidente vital para la defensa de Estados Unidos».[836]

En la charla pronunciada con motivo de la cena anual de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca, celebrada cuatro días más tarde, el presidente omitió todas las recriminaciones a sus oponentes que había pensado incluir inicialmente.[837] En lugar de eso, se centró en la unidad nacional generada por el debate del proyecto de préstamo y arriendo para hacer frente a las tareas que tenían por delante. «Que los dictadores de Europa o de Asia no puedan dudar hoy de nuestra unanimidad», proclamaba. El país entero había entrado en un inmenso debate. «Sí, es posible que las decisiones de nuestra democracia se tomen muy lentamente —admitía—. Pero cuando esa decisión está tomada, se proclama no con la voz de un solo hombre, sino con la voz de ciento treinta millones. Nos obliga a todos. Y ya no deja ninguna duda al mundo». A continuación deslizó una crítica a sus oponentes: «Esta decisión es el final de cualquier intento de apaciguamiento en nuestra tierra; el final de que nos insten a llevarnos bien con los dictadores; el final del compromiso con la tiranía y las fuerzas de la opresión. Y la urgencia es *ahora*». Y finalmente puso de relieve la trascendencia de la decisión tomada: «Nosotros creemos firmemente que cuando nuestra producción esté en pleno desarrollo, las democracias del mundo podrán demostrar que las dictaduras no pueden ganar».[838]

VI

La adopción del sistema de préstamo y arriendo fue una de las decisiones políticas más importantes de la guerra y una de las que tuvieron consecuencias de mayor alcance. Para Churchill, fue «una decisión formidable» que trajo nueva esperanza y confianza al transmitir la idea de que «Estados

Unidos está muy estrechamente ligado a nosotros ahora».[839] Habló de ella como un «climaterio» —una «intensa encrucijada»— en la campaña bélica de Gran Bretaña.[840] Constituía un «compromiso irrevocable» con la alianza de Estados Unidos con Gran Bretaña, un «punto de no retorno» en la política estadounidense contra la Alemania nazi, un «paso gigantesco hacia la guerra».[841] La reacción alemana dijo mucho de la trascendencia de lo sucedido. Los mandos de la Wehrmacht lo interpretaron como «una declaración de guerra». Goebbels lo describió del mismo modo. Y Hitler decidió inmediatamente ampliar hacia el oeste la zona de combate en el norte del Atlántico hasta las aguas territoriales de Groenlandia.[842]

Para los críticos de Roosevelt, eso era precisamente lo que aquella idea pretendía. Cuando el senador ultra-aislacionista Burton K. Wheeler declaró que el programa de préstamo y arriendo iba a «sepultar a uno de cada cuatro niños americanos», Roosevelt reaccionó con extrema sensibilidad. «Me parece lo más falso, lo más ruin y antipatriótico que se ha dicho nunca», replicó.[843] Y cuando, en primavera, Charles A. Lindbergh se convirtió en el niño mimado de los aislacionistas en la campaña de America First contra Roosevelt, el presidente manifestó en privado su convicción de que el antiguo héroe de aviación era nazi.[844] Para los intervencionistas más ardientes, dentro y fuera de la Administración, el programa de préstamo y arriendo ofrecía precisamente lo que los aislacionistas condenaban: la expectativa de que un sentimiento de urgencia y dinamismo aproximaría ahora más rápidamente a la política norteamericana a una intervención directa en una guerra que consideraban inevitable. Durante los meses siguientes a la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo, el presidente no contentó a ninguno de los sectores críticos con él. Para los aislacionistas, estaba yendo demasiado lejos; para los intervencionistas, estaba haciendo demasiado poco. Pero en realidad, eso no significaba que hubiera optado por el camino de en medio. Sus preferencias se inclinaban invariablemente por quienes querían hacer más por ayudar a los británicos en la que era para ellos una delicadísima fase de la guerra. Pero siempre sería «sin recurrir a la guerra», y sus radares políticos le decían sistemáticamente que la vía de la prudencia era la correcta. Como resultado de ello, durante los meses de primavera la política norteamericana pareció perderse en los abismos de la inercia, la incertidumbre y la duda.

Los beneficios inmediatos del plan de préstamo y arriendo no fueron muy grandes. Harry Hopkins, a quien fue encomendada la dirección del programa, contaba con una especie de autoridad plenipotenciaria para llevarlo a la práctica.[845] La Administración solicitó inmediatamente siete mil millones de dólares en concepto de asignaciones. Una de las primeras adquisiciones, reflejo preciso de la decisiva «charla junto al fuego» de Roosevelt, fueron novecientos mil pies (cerca de doscientos ochenta mil metros) de manguera contra incendios. Pese a todo, sólo un insignificante uno por ciento de las armas empleadas realmente por Gran Bretaña y el Imperio durante el año 1941 procedía del programa de préstamo y arriendo. La relevancia inmediata para la campaña bélica británica era en gran medida simbólica. Sin embargo, los resultados de dicho plan en todo el transcurso de la guerra no quedaron ni mucho menos relegados al terreno de lo simbólico.

Más de la mitad de los déficits británicos se cubrieron mediante la acción del plan de préstamo y arriendo, y éste acabó teniendo también una importancia vital para la máquina de guerra soviética. La lista de potenciales países receptores se había dejado deliberadamente abierta cuando se redactó la legislación. Consciente, gracias a los informes de los servicios de inteligencia, de las señales crecientes que hacían pensar que Hitler podía invadir la Unión Soviética antes de finalizar el año, la Administración, en la que acabó revelándose como una crucial muestra de capacidad de previsión,

quiso evitar a toda costa que los miembros anticomunistas del Congreso delimitaran los países que podían recibir en algún momento ayuda de dicho programa. Cuando la guerra terminó, el plan había proporcionado más de cincuenta mil millones de dólares a países de todo el mundo.

En el interior de Estados Unidos, el plan de préstamo y arriendo provocó un enorme incremento de la inversión en armamento. Ya en 1941, la proporción del gasto de defensa en el producto nacional bruto era casi diez veces más elevado que en 1939. La mayor parte de este incremento se nutría de préstamos, y no de impuestos, una tendencia nueva y duradera en el terreno de la financiación. Por otro lado, gracias a las técnicas de fabricación en masa, el gran capital creció todavía más y amplió su control sobre la producción industrial. En esencia, el complejo industrial militar de la Norteamérica de posguerra asentó sus bases en el plan de préstamo y arriendo.[846]

La decisión tomada en diciembre y materializada en forma de ley en marzo había resuelto la cuestión de la producción. La economía de guerra estadounidense se puso en marcha (aunque las trabas y deficiencias en la producción y en la organización no le permitían todavía funcionar con normalidad y a pleno rendimiento). La cuestión de cómo iban a llegar bienes suficientes a Gran Bretaña, dadas las crecientes pérdidas de barcos mercantes en el Atlántico, distaba mucho sin embargo de estar salvada. Además, el plan de préstamo y arriendo había dejado claramente al descubierto un dilema que nadie estaba todavía dispuesto a afrontar. ¿Podía Estados Unidos, con su neutralidad ahora completamente comprometida, con su no-beligerancia tan marcadamente inclinada en un sentido, permanecer fuera de una guerra abierta cuando estaba tan vinculada a uno de los participantes a cuenta del suministro de armamento? Stimson, como era habitual, había dado en el clavo en diciembre. «No podemos quedarnos permanentemente en la posición de fabricantes de herramientas para otras naciones que luchan», había concluido, aunque también admitía que el país no estaba preparado todavía para pensar en la intervención.[847]

Durante esas mismas semanas, no obstante, la guerra abierta se aproximó un poco más, aunque sólo alcanzó el nivel de la planificación de contingencia. Ya en noviembre de 1940 el almirante Stark había ideado una estrategia global de defensa conocida como Plan D (o, en la jerga naval, «Plan Dog»). Su premisa esencial era que, si Estados Unidos entraba (y cuando así lo hiciera) en una guerra contra Alemania, Italia y Japón —y Stark creía que acabaría siendo necesario que así fuera para enviar grandes fuerzas terrestres y aéreas a Europa y África[848]—, una ofensiva contundente en el Atlántico conjuntamente con Gran Bretaña tendría preferencia sobre el Pacífico, donde se optaría por una postura defensiva.[849] Aunque Roosevelt nunca adoptó formalmente el Plan D, éste se encontraba implícito en la conclusión a la que éste llegó en una reunión con sus máximos consejeros de defensa el 17 de enero de que defender las líneas de suministro a Gran Bretaña era el objetivo primordial. Por eso ordenó a la Armada prepararse para escoltar los convoyes,[850] algo que resultaba bastante prometedor. No obstante, como solía suceder, finalmente se impuso la cautela. Roosevelt no estaba ni mucho menos preparado para dar todavía ese paso.

Stark había recomendado al presidente que autorizara conversaciones secretas entre altos mandos militares estadounidenses y británicos sobre la posible acción futura en ambos océanos.[851] Dichas conversaciones se emprendieron en enero de 1941. Al cabo de dos meses, los máximos planificadores militares norteamericanos y británicos habían elaborado un acuerdo base en materia de estrategia —un documento llamado ABC-I—, por si Estados Unidos entraba en la guerra, aunque por supuesto, no había todavía compromiso alguno de hacerlo. De todos modos, en caso de guerra, la estrategia básica —conforme al Plan D— sería «Alemania primero», con una lucha añadida de

desgaste contra Japón en el Pacífico hasta que Alemania fuera derrotada. En realidad, ABC-determinó las líneas de la reflexión estratégica en ambos países en los meses siguientes, así como la estrategia efectiva a partir de diciembre de 1941.[852] Como señaló más adelante Robert Sherwood, que ayudaba a Roosevelt a redactar sus discursos, se había desarrollado una «alianza en concubinato» entre Estados Unidos y Gran Bretaña seis meses antes de que el primero entrara finalmente en la guerra. La relación la habían «entablado públicamente mediante el programa de préstamo y arriendo» y después «consumado en privado mediante las conversaciones angloamericanas de altos mandos militares en Washington».[853]

Roosevelt había hecho grandes avances durante el invierno. La indecisión que había acompañado al trato de los destructores, cuando acabó cediendo por prudencia a la presión de sus consejeros, había dejado paso a la valentía en diciembre y enero, cuando promovió el paso de gigante del plan de préstamo y arriendo. Pero el presidente no estaba preparado aún para acelerar el proceso. En la agitada primavera de 1941, el coraje lo había vuelto a abandonar. Para total frustración de los elementos más extremos de su Gabinete, la prudencia volvió a imponerse una vez más.

Gran Bretaña se enfrentaba en aquel momento a serias dificultades, y mucho antes de que la prometida ayuda norteamericana pudiera empezar a surtir algún efecto. Los avances hechos gracias al plan de préstamo y arriendo y al acuerdo militar ABC-I con los estadounidenses amenazaban por resultar inútiles. A la altura de mayo las tropas británicas habían sido expulsadas de Grecia y habían perdido Creta. La desviación hacia aquel país, un vano intento de impedir la ocupación alemana, había debilitado el ya de por sí endeble poder de Gran Bretaña en el norte de África y, bajo las órdenes del nuevo y temerario general Erwin Rommel, las fuerzas del Eje amenazaban ahora por penetrar en las defensas enemigas, algo que no tardarían en hacer. Y lo peor de todo, el número de pérdidas de barcos en el Atlántico había ascendido a casi el doble con respecto al invierno. Y ahora el temido nuevo acorazado alemán, el Bismarck, andaba suelto y dispuesto a causar estragos todavía mayores entre los convoyes británicos. El panorama era desalentador. Muy probablemente Gran Bretaña perdería la «batalla del Atlántico». Churchill, irritado y profundamente frustrado por la prudencia de Roosevelt, comentó que «muy inconscientemente estamos siendo abandonados en gran medida a nuestra suerte».[854]

Aunque los detractores aislacionistas de Roosevelt habían sufrido un fuerte retroceso durante el proceso de aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo, se ha afirmado que el presidente todavía parecía sentir a veces «menos miedo a que Hitler pudiera atacar de repente que a que lo vencieran los aislacionistas del Senado».[855] En este sentido, no fue capaz de tomar una decisión clara sobre el asunto de los convoyes. En abril parecía primero a favor del plan de la Armada de facilitar escoltas y después en contra. A pesar de la presión de los «halcones» del Gabinete —Stimson, Knox, Ickes y Morgenthau—, el presidente siguió resistiéndose. Su punto de vista era, según Morgenthau «que la opinión pública no estaba preparada todavía para que Estados Unidos escoltara los barcos». Prefería esperar y no estaba «dispuesto a seguir adelante con la “ayuda por todos los medios para Inglaterra”».[856] Todo parece indicar que podría haberse ganado a la opinión pública en torno a aquella cuestión si lo hubiera intentado,[857] pero finalmente prefirió no ponerla a prueba. Por el momento sólo accedió, el 15 de abril, a una significativa ampliación de la «zona de seguridad» de las patrullas navales en el Atlántico, que se prolongaba ahora hacia el oeste de una línea situada aproximadamente a medio camino entre África y Brasil, y que incluía Groenlandia y las Azores. En esta vasta extensión del Atlántico, ellos informarían de la posición de los submarinos alemanes, pero

por lo demás no harían nada para atacarlos (salvo que se vieran amenazados) o para defender directamente los convoyes. Aquel plan no tardaría en dar paso a la presencia norteamericana en Groenlandia e Islandia, con un pie a cada lado de la crucial ruta atlántica. Roosevelt también autorizó por aquella época el traspaso de un pequeño número de buques de guerra —más pequeño de lo que la Armada deseaba— del Pacífico al Atlántico. Y propuso algunos planes (que finalmente quedaron en nada) para ocupar las Azores.[858] Pero el presidente no tenía intención de ir más allá. Seguía negándose a escoltar a los barcos y afirmando categóricamente que en la batalla por controlar los mares no estaba dispuesto a efectuar el primer disparo.[859]

Durante los meses de abril y mayo, una de las fases más agitadas de la guerra y de las más angustiosas de su mandato, Roosevelt se mostró vacilante a los ojos de su entorno, cauto casi hasta la inmovilidad.[860] Cuando William Rullitt, antiguo embajador en Francia, lo vio el 23 de abril, el presidente dijo «que el problema que más le preocupaba era el de la opinión pública. Acababa de tener una discusión con Stimson sobre ese tema. Stimson pensaba que deberíamos ir a la guerra ya. El, el presidente, creía que debíamos esperar un incidente y confiaba en que los alemanes nos darían un incidente».[861]

Por su parte, al otro lado del Atlántico, Churchill se sentía profundamente desalentado por la inactividad y la falta de decisión de Roosevelt. La carta que envió al presidente a comienzos de mayo, escrita en un momento de irritación, tuvo que ser retocada por sus consejeros para moderar el tono.[862] Churchill quería una acción más decidida, y sugería que lo que marcaría la diferencia decisiva inclinando la balanza de la guerra a favor de Gran Bretaña «sería el que Estados Unidos se alinease inmediatamente con nosotros como potencia beligerante».[863] Roosevelt hizo caso omiso de la petición.

En Washington, vencidos por el desánimo, Stimson, Knox y el fiscal general del Estado, Robert Jackson, se reunieron con Ickes a mediados de mayo para estudiar la posibilidad de enviar «alguna protesta formal por escrito al presidente para comunicarle que adolecemos de una falta de liderazgo que no augura nada bueno para el país». Todos ellos coincidían en que «el país estaba cansado de palabras y quería hechos». Pero ni siquiera se podían esperar palabras, ya que Roosevelt había pospuesto un gran discurso que tenía intención de pronunciar sobre el estado de la guerra. Se había retirado a la cama, enfermo, aunque con buen aspecto, según las pocas personas que pudieron verlo esos días. «Missy» LeHand pensaba que el presidente era víctima de «un caso de pura exasperación», constantemente dividido entre aislacionistas e intervencionistas. Llegado el momento, la idea de la carta de protesta no generó un gran entusiasmo, aunque «ninguno de nosotros podía explicar la falta de liderazgo del presidente y todos nos sentíamos inquietos por el hecho de que se rodeara de un reducido grupo y fuera en realidad inaccesible para la mayoría de la gente, incluso para algunos miembros del Gabinete».[864]

Dado el malestar que, a los ojos de quienes constituían el núcleo de la política de defensa, se había apoderado de la Administración, las expectativas puestas en el próximo discurso del presidente —el primero desde la promulgación de la Ley de Préstamo y Arriendo— eran enormes. Morgenthau, especulando sobre lo que podría decir el presidente, «presentía que el próximo movimiento era llevamos a la guerra». Según explicó a Harry Hopkins, durante los diez días anteriores había llegado a la conclusión «de que si habíamos de salvar a Inglaterra, tendríamos que entrar en esa guerra, y que necesitábamos a Inglaterra, si no por otra razón, como piedra de apoyo para bombardear Alemania».[865]

Roosevelt pronunció finalmente su gran discurso la noche del 27 de mayo, el día en el que llegó la noticia del hundimiento del Bismarck. Varias manos se habían dedicado con total empeño a redactar los seis borradores de la «charla junto al fuego», que el presidente quería concluir de forma sumamente dramática proclamando el estado de emergencia. Unas horas antes de su intervención telegrafió a Churchill para informarle de que su texto «iba mucho más allá de lo que yo creía posible tan sólo hace dos semanas».[866]

El discurso no fue sin embargo uno de los mejores de Roosevelt. Para el público invitado a la insoportablemente calurosa Sala Este de la Casa Blanca supuso una tremenda decepción, si bien la avalancha de telegramas que llegaron después eran en su inmensa mayoría positivos, una respuesta mejor de lo que el presidente aseguraba esperar.[867] Buena parte de la intervención volvía sobre los mismos aspectos de la «charla junto al fuego» de diciembre. En su pasaje más intenso, prometía «dar toda la ayuda posible a Gran Bretaña y a todos los que, con Gran Bretaña, están haciendo frente al hitlerismo o sus equivalentes con la fuerza de las armas. Nuestras patrullas —añadía— están ayudando ahora a garantizar la entrega de las provisiones necesarias a Gran Bretaña. Y se tomarán todas las medidas adicionales necesarias para entregar los productos». Y finalmente llegó el clímax de su discurso, cuando declaró: «Esta noche he proclamado que nos encontramos en un estado de emergencia nacional ilimitada y que esto requiere el fortalecimiento de nuestra defensa hasta el límite de nuestro poder y autoridad nacionales».[868]

Aquellas palabras sonaron sumamente dramáticas. Tal vez algunos de sus allegados pensaron que el presidente estaba poniendo freno por fin a la deriva de las últimas semanas. Tal vez volvía ahora la urgencia que había determinado las decisiones de finales de año. ¿Pero qué significaba exactamente la declaración de «emergencia nacional ilimitada» en la práctica? Cuando los periodistas asistentes a la rueda de prensa de la mañana siguiente pidieron nuevos detalles a Roosevelt, éste anuló de un plumazo el buen trabajo de la noche anterior. No tenía intención de solicitar al Congreso la derogación de la legislación sobre neutralidad, dijo. Y tampoco iba a ordenar la puesta en funcionamiento del sistema de escoltas navales para los barcos. A continuación desechó por «turbia» una pregunta sobre las dificultades para reconciliar las diferencias entre la mano de obra y los directivos en la gran campaña armamentística y finalmente admitió que su proclamación de un estado de emergencia nacional ilimitada requería órdenes ejecutivas basadas en la recuperación de leyes de emergencia que se remontaban más de cincuenta años atrás para hacerse efectiva. Y no tenía intención alguna de dictar tales órdenes.[869]

Los más próximos al presidente se sintieron desconcertados e irritados. Stimson, que, junto a Knox, había estado abogando en mayo por la inmediata puesta en marcha de un programa de protección de los convoyes, estaba consternado. Ickes consideraba que «declarar una emergencia total sin efectuar acciones para darle seguimiento no significa gran cosa», aunque añadía con toda franqueza que al menos proporcionaba un marco para una acción significativa. Hopkins no alcanzaba a explicarse el «repentino cambio desde una posición de fuerza a la que parece una indiferente debilidad» protagonizado por Roosevelt. La «incomprensibilidad» de su carácter fue lo único que se le ocurrió a Sherwood como explicación.[870]

Pero eran razones más profundas que la impenetrable personalidad de Roosevelt las que dictaban aquella prudencia. Una de ellas era el eterno problema con el que se encontraba el presidente para moldear a la opinión pública sin dejarla atrás. La ligera mayoría que se manifestaba en los sondeos de opinión a favor de escoltar los convoyes sugería que Roosevelt podía lograr la aprobación de

aquella propuesta en el Congreso si estaba dispuesto a ejercer la presión necesaria. Pero la provisión de escoltas a los convoyes ocasionaría inmediatamente choques armados con los navíos alemanes, lo que situaría al país a un paso de la guerra. ¿Podía ofrecer una escasa mayoría en el Congreso la unidad nacional necesaria en la guerra? ¿Y estaba su país preparado para el conflicto? Las encuestas del período previo a su discurso presentaban las contradicciones habituales. Mientras que el 68 por 100 consideraba más importante ayudar a Gran Bretaña que mantenerse friera de la guerra, un porcentaje ligeramente superior pensaba que el presidente había ido lo suficientemente lejos o incluso demasiado lejos en su apoyo a los británicos. Y el 80 por 100 de la población seguía oponiéndose rotundamente a la entrada en la guerra.[871] Eso era más que suficiente para convencer al presidente de refrenar las iniciativas más audaces. Como señalaría más tarde una de las personas que lo veían en aquella época en la Casa Blanca, Roosevelt pensaba que sería más eficaz como jefe de la nación si no cruzaba el Rubicón.[872]

Otro factor resultó probablemente crucial. Roosevelt tenía constancia desde comienzos de año de la directiva de Hitler de atacar la Unión Soviética en primavera. A principios de marzo, Sumner Welles había recibido instrucciones de transmitir dicha información al Kremlin.[873] Ahora, las señales con las que contaban los servicios de inteligencia apuntaban a una invasión inminente.[874] Lo más probable es que fuera ésa la razón por la que Roosevelt quiso evitar una escalada de las agresiones en el Atlántico cuando el 12 de junio llegó la noticia de que por primera vez un submarino alemán había hundido un barco estadounidense, el carguero Robin Moor. La reacción norteamericana fue por tanto muy suave.[875] Y es que Roosevelt sabía que el ataque alemán a la Unión Soviética dotaría de un cariz completamente distinto a la guerra en el Atlántico. Siempre que la Unión Soviética pudiera resistir, en el oeste se abrirían nuevas perspectivas.

El 22 de junio de 1941, el presidente se despertó con la noticia del comienzo de un inmenso ataque alemán contra la Unión Soviética.

VII

Roosevelt y la política norteamericana habían recorrido una enorme distancia desde los sombríos meses de mayo a septiembre, que habían amenazado con el eclipse total de la democracia en Europa. Cuando las fuerzas de Hitler invadieron la Unión Soviética, Estados Unidos todavía no estaba en absoluto preparado para la guerra, tanto desde el punto de vista militar como psicológico o político, pero las decisiones tomadas por Roosevelt, en particular en torno al pacto de los destructores y después al programa de préstamo y arriendo, habían tenido una importancia crucial para fortalecer los vínculos trasatlánticos, que al cabo de unos meses darían paso a una auténtica alianza militar contra Hitler y que con el tiempo se revelarían decisivos para su destrucción. El dictador alemán sabía muy bien que a partir de entonces el tiempo y los recursos ya no estaban de su lado. Tenía que arriesgar más para ganar más. Pero las cosas se le estaban empezando a poner en contra, aunque la trayectoria de la guerra no lo demostrara por el momento. Con Gran Bretaña sucedía todo lo contrario. Militarmente era todavía débil, y tenía que hacer frente a graves percances en los Balcanes, el norte de África y, en igual medida, en el Atlántico, pero por primera vez existía algo

más que un leve rayo de esperanza en el horizonte. Si se podían proteger las rutas marítimas atlánticas, pronto tendría a su disposición el «arsenal de la democracia» estadounidense. Y las perspectivas de que Estados Unidos entrara efectivamente en guerra abierta habían aumentado drásticamente. No es de extrañar que Churchill concluyera su declaración internacional del 27 de abril de 1941 con un aderezo retórico, citando un poema del siglo XIX, para ilustrar aquella nueva esperanza: «Delante el sol asciende lentamente, ¡cuán lentamente! Pero al oeste, mirad: la tierra resplandece»[876]

Con el pacto de los destructores, el programa de préstamo y arriendo y las cautas actuaciones subsiguientes, el presidente había afrontado decisiones enormemente difíciles. No le faltaron consejos desde todos los sectores: ir más rápido; ir más lento; no ir. Él había titubeado, había dudado, había sido presionado por sus consejeros y por los sondeos de opinión, pero, a pesar de haber avanzado a tientas y muy tímidamente, su audacia en relación con el programa de préstamo y arriendo fue notable, y resultó crucial. Sin aquella decisión, a pesar de que el flujo de ayuda inmediata era todavía muy limitado comparado con lo que llegaría más tarde, la posición de Gran Bretaña habría sufrido un enorme y rápido deterioro. Al menguar las reservas de dólares y aumentar las pérdidas en el Atlántico, las dificultades no habrían tardado en dar paso a la desesperación. La posibilidad de que Gran Bretaña se hubiera visto obligada, como aseguraban en aquel momento algunos detractores del plan de préstamo y arriendo, a buscar una paz negociada con Hitler en el plazo de seis meses era muy poco plausible. El Gobierno británico era tan consciente como la Administración Roosevelt de los planes alemanes de caer sobre la Unión Soviética y de la enorme concentración de tropas en el frente del este. La guerra germano-soviética habría servido, siempre que se prolongara un tiempo, para aliviar a una hostigada Gran Bretaña incluso en ausencia del programa de préstamo y arriendo. Pero estaría por ver cuánto tiempo habrían resistido sin éste los recursos de Gran Bretaña, incluso ante las nuevas condiciones derivadas de la guerra en el este.

Más importante que esta pregunta sin respuesta es el hecho de que el plan de préstamo y arriendo dio origen a un compromiso con profundas consecuencias. Aunque el camino hacia la guerra para Estados Unidos todavía no estaba ni mucho menos decidido, los consejeros de Roosevelt supusieron acertadamente que después de la aplicación del programa de préstamo y arriendo acabaría siendo imposible seguir fuera del conflicto. Garantizar que los artículos producidos no terminaban sin más en el fondo del Atlántico exigía que los convoyes fueran escoltados hasta el otro lado: del océano. Y eso sin duda provocaría «incidentes» (hundimientos e intercambios de disparos). Como había señalado el propio Roosevelt, aquello recordaba mucho a la guerra, y realmente no estaba muy lejos de ella.[877] Eso es lo que lo llevaba a resistirse a ordenar la asignación de escoltas, algo que no haría finalmente hasta el otoño. Algunos de los miembros del «gabinete de guerra», su estrecho círculo de asesores en materia de defensa, no se hacían ilusiones sobre la necesidad no sólo de involucrarse en la protección de los convoyes, sino de participar activamente en la batalla del Atlántico, y aquello tampoco se detendría allí. Había quienes pensaban que, si finalmente Estados Unidos tenía que intervenir, sería por mar y por aire, pero sin necesidad de mandar fuerzas terrestres, como en la Primera Guerra Mundial. En cambio, los consejeros militares de Roosevelt no se engañaban a sí mismos, y cada vez estaban más convencidos de que la guerra sólo se ganaría enviando tropas estadounidenses a combatir a Europa.

Hasta aquí hemos estado rastreando las razones por las que el presidente actuó como lo hizo. ¿Podría y debería haber actuado de otra manera?[878] Si hubiera seguido el camino que los

aislacionistas querían que tomara, las posibilidades de que Gran Bretaña se hubiera visto obligada a una paz negociada que habría debilitado enormemente al país y al Imperio se habrían incrementando enormemente. Pero ese camino no fue en ningún momento una opción probable. Y tampoco era factible. Desde Múnich, si no antes, la Administración, y no sólo sus elementos más extremos, pensaba que Hitler constituía un peligro directo para Estados Unidos y para la totalidad del hemisferio occidental. La visible amenaza procedente del otro lado del Pacífico, de Japón, aumentó ostensiblemente la urgencia por fortalecer su capacidad defensiva. Una vez iniciada la guerra en Europa, y especialmente una vez que las tropas de Hitler habían invadido Escandinavia, los Países Bajos y Francia, el pueblo estadounidense no tardó en empezar a darse cuenta de la enormidad de la amenaza a la que se enfrentaba. Pocos estaban dispuestos a entrar en la guerra, pero el apoyo a la ayuda a Gran Bretaña (y, hasta su derrota, a Francia) era enorme. La línea aislacionista pura sólo contaba con el respaldo de alrededor de un tercio de la población, y se estaba debilitando por momentos. Aparte de las encuestas, la reacción mayoritariamente positiva ante las «charlas junto al fuego» de Roosevelt de diciembre de 1940 y de mayo de 1941 indica que la política de máxima ayuda a Gran Bretaña sin recurrir a la guerra contaba con un apoyo generalizado, en beneficio propio de Estados Unidos. En medio de este clima de opinión (que, hemos de reconocer, estaba influido por la Administración, no sólo respondía a ella), cualquier intento de seguir adelante con la política aislacionista habría sido una temeridad y habría estado condenado al fracaso.

¿Habría sido la intervención, a la que Stimson, Knox, Stark, Morgenthau y otros apelaban en mayo de 1941, una opción más acertada que la línea adoptada efectivamente por Roosevelt? Con un Ejército más pequeño que el de Holanda y sin aviones ni barcos de combate disponibles, la intervención en primavera y verano de 1940 habría tenido un valor meramente simbólico. La Armada no era tan débil como el Ejército, pero la necesitaban tanto en el Pacífico, para disuadir a los japoneses, como en el Atlántico, una situación que estaba agotando los recursos. El traslado de la flota, o de la mayor parte de ella, al Atlántico habría lanzado una señal clarísima a Tokio. Posiblemente la expansión por el sureste asiático se habría producido antes, con graves consecuencias para la defensa británica en la región. Entre tanto, los barcos estadounidenses y británicos habrían sido presa de los ataques de los submarinos alemanes en el Atlántico, lo que no habría ayudado precisamente a la entrega de recursos materiales a Gran Bretaña. Y nada de eso habría cambiado en modo alguno la situación en Europa. Nada de lo que Estados Unidos pudiera hacer habría entorpecido lo más mínimo la conquista de Europa occidental a manos de Hitler.

En primavera de 1941 la situación había cambiado. La potencia militar estadounidense crecía rápidamente conforme la campaña armamentística iba adquiriendo ritmo. La ayuda activa de las fuerzas navales norteamericanas habría reducido significativamente las pérdidas británicas en el Atlántico (si bien la captura fortuita de una máquina Enigma de cifrado alemana en mayo y la rápida descodificación de las claves de los submarinos permitió un drástico descenso de las pérdidas de barcos durante los seis meses siguientes).[879] Una guerra naval con Estados Unidos en el Atlántico era algo que en aquel momento Hitler quería, evitar a toda costa. La intervención beligerante estadounidense habría incrementado enormemente en Berlín los temores en torno a la apertura de un segundo frente en el este. Pero la perspectiva de que Hitler se viera arrastrado a lo que, con suerte, acabaría siendo un conflicto prolongado y sangriento en el este era precisamente lo que los norteamericanos —y los británicos— deseaban que se hiciera realidad. En cualquier caso, nada hace pensar que dicha acción hubiera podido disuadir a Hitler de su intención de destruir la Unión

Soviética en un rápido y devastador ataque sorpresa. De hecho, dado que el dictador calculaba que contaba con dos o tres años antes de enfrentarse al pleno poderío económico y militar de Estados Unidos, probablemente aquello no habría hecho sino confirmar su diagnóstico, según el cual lo más acertado era un golpe fugaz y fulminante contra la Unión Soviética, que a su vez forzaría a Gran Bretaña a sentarse en la mesa de negociaciones.

La intervención, pues, habría contribuido poco en la práctica durante los meses que transcurrieron entre la derrota de Francia y el inicio de la «Operación Barbarroja» a la alteración del curso o la ferocidad de la agresión alemana. ¿Cuáles habrían sido sus consecuencias en el interior de Estados Unidos? Cualquier intento de llevar al país a la guerra se habría tropezado con una amplia y acalorada oposición. Como demostraban los sondeos de opinión, el 80 por 100 de la población rechazaba la intervención, incluso en mayo de 1941, de modo que si Roosevelt hubiera empujado a Estados Unidos a la guerra, el resultado habría sido un profundo clima de desunión y discordia, precisamente lo contrario de lo que sucedió después de diciembre de 1941.

Sin embargo, la pregunta resulta ociosa. Roosevelt no se planteó en ningún momento el llevar a Estados Unidos a la guerra. De haberlo intentado, no habrían tardado en recordarle de la manera más enérgica (y no sólo los aislacionistas) su compromiso explícito, realizado en el discurso pronunciado en Boston en octubre de 1940 durante la campaña para su reelección, de que no enviaría tropas norteamericanas a combatir en una guerra extranjera. En cualquier caso, independientemente del clima de opinión reinante en el país, él sabía perfectamente que no tenía la menor oportunidad de convencer al Congreso de que dictara una declaración de guerra.

Los intervencionistas del interior del país, incluso algunos de los más estrechos consejeros de Roosevelt, y por supuesto muchos británicos, se desesperaban y se mostraban críticos con la resistencia norteamericana a entrar en la guerra. Pero la cautela del presidente, aunque exasperante, tenía razón de ser. Roosevelt consiguió, por encima de todo, llevarse al país consigo en su cuidadoso avance hacia el otro lado de la cuerda floja. Cuando finalmente llegó la guerra —como resultado de la agresión a manos de fuerzas hostiles y no de una acción directa del presidente—, esa circunstancia se reveló crucial.

6. MOSCÚ, PRIMAVERA-VERANO DE 1941

Stalin decide que él sabe más

Tenéis que entender que Alemania nunca dará un paso por su cuenta para atacar a Rusia [...]. Si provocáis a los alemanes en la frontera, si movéis fuerzas sin nuestro permiso, entonces tened presente que rodarán cabezas.

Reproducción de las palabras de Stalin dirigidas a sus líderes militares, mediados de mayo de 1941

«Lenin nos dejó un gran legado, pero nosotros, sus herederos, lo hemos j—»[880] Stalin pronunció tan airado improprio en un momento difícilísimo, cuando él y su reducido séquito de socios más cercanos salían de una tensa visita al Comisariado de Defensa seis días después de que la invasión alemana del 22 de junio los hubiera sorprendido por completo. Aquella declaración de Stalin fue lo más parecido que se escuchó nunca de su boca a un reconocimiento de su responsabilidad por un fatídico error de cálculo que permitió al Ejército alemán adentrarse a toda velocidad casi quinientos kilómetros en territorio soviético en cuestión de días, capturando o matando a un número incalculable de soldados soviéticos y destruyendo miles de tanques y aviones en la primera embestida. No sabemos a ciencia cierta si los principales secuaces de Stalin que lo acompañaban aquel día —Viacheslav Molótov (el adusto e inflexible comisario de Asuntos Exteriores, que corregía con absoluta pedantería a los camaradas que lo llamaban «Culo de Piedra», indicándoles que en realidad Lenin lo había apodado «Culo de Hierro»[881]), Gueorgui Malenkov (encargado de la laberíntica burocracia del Partido Comunista), Lavrenti Beria (el despiadado jefe de la Seguridad Estatal) y Anastas Mikoyán (experto en comercio exterior)[882]— se alegraron de que tan espontáneo arrebató de Stalin les atribuyera indirectamente parte de la responsabilidad compartida por aquel desastre. Molótov, obstinadamente leal, estaba dispuesto sin duda a aceptar la culpa colectiva, y así continuó haciéndolo mucho tiempo después de la muerte del dictador.[883] Y si los demás pensaban de manera distinta, procuraron guardar silencio y se cuidaron mucho de expresar abiertamente lo que todos ellos sabían perfectamente: que las cruciales decisiones que habían traído aquella catástrofe a su país habían sido tomadas por Stalin y por nadie más.

Aunque muchas personas, y de diferentes sectores, le venían advirtiéndolo de forma inequívoca de la inminencia del ataque alemán, señalando incluso la fecha de la invasión, Stalin insistió en que él sabía más. Tan sólo cinco días antes del ataque Stalin recibió de manos del comisario de Seguridad Estatal, Vsevolod Merkulov, un informe emitido por un agente soviético que avisaba de que la acción militar era inminente. La respuesta de Stalin fue: «Camarada Merkulov. Puede decirle a su “fuente” del Cuartel General del Ejército del Aire [alemán] que se vaya a j— su madre. Eso no es una “fuente”, es alguien difundiendo *desinformación*, Y. St.». [884] Estas ásperas palabras tan propias de Stalin eran la expresión del convencimiento de que su intuición y sus apreciaciones eran acertadas, al margen de lo que le dijeran los demás. El impacto y el asombro generados en él por los acontecimientos de las primeras horas de la mañana del 22 de junio fueron, por tanto, todavía mayores dada la

tremenda confianza en sí mismo de la que había hecho gala anteriormente. Sin embargo, su espontáneo y excepcional reconocimiento seis días más tarde de los gravísimos errores cometidos equivalía (pese a su intento de repartir la culpa entre varios responsables y al ordinario lenguaje empleado) a aceptar de forma tácita que habían existido otras alternativas que podían haber evitado el desastre, opciones que no se escogieron.

Desde nuestra perspectiva actual, la decisión de Stalin de que él sabía más —la decisión de optar por la inmovilidad—, a la vista de todas las advertencias sobre un inminente y grave peligro para su país, se revela como una de las más incomprensibles de toda la guerra. Que aquel hombre, que daba muestras de una inaudita tendencia paranoide a la desconfianza, se engañase a sí mismo de aquel modo acerca de las intenciones de Hitler resulta especialmente difícil de entender. La historia habría seguido seguramente un curso muy diferente si Stalin hubiera elegido otras opciones. ¿Pero cuáles podrían haber sido esas opciones? Si examinamos la cuestión con mayor detenimiento, tal vez esas alternativas eran menos obvias o más restringidas de lo que a posteriori puedan parecer. Relatar la crucial decisión de Stalin es una tarea más complicada que atribuir simplemente esa realidad a un arbitrario capricho, a una difícilmente creíble ceguera o a una obstinada estupidez. Este es el relato que tenemos que desentrañar ahora. Nuestro punto de partida es el análisis de cómo se gobernaba la Unión Soviética y cómo se tomaban las decisiones en el sistema stalinista.

I

CUANDO la invasión de Polonia a manos de Hitler el 1 de septiembre de 1939 desencadenó la que acabaría convirtiéndose en la Segunda Guerra Mundial, hacía unos diez años que Yosif Stalin, que pronto iba a celebrar su sesenta cumpleaños,^[885] era dictador de la Unión Soviética. Al contrario que en el caso de la dictadura de Hitler, cuyo inicio está fechado con precisión en el momento de su acceso al poder durante los dramáticos acontecimientos de finales de enero de 1933, el comienzo de la autocracia de Stalin no puede atribuirse a un momento o hecho específico. Se había ido forjando gradual aunque inexorablemente desde que fuera miembro de un grupo de destacados bolcheviques subordinados a Lenin hasta que su poder personal se volvió incuestionable, ilimitado y absolutamente decisivo a la hora de determinar la forma en la que se gobernaba la Unión Soviética.

A diferencia de la dictadura de Hitler en Alemania, que descansaba sobre la premisa de la obediencia a la voluntad de un intocable e infalible «gran líder», la de Stalin era esencialmente contraria a la teoría del gobierno colectivo sobre el que se había fundado el régimen bolchevique. Lenin, aunque su primacía había sido indiscutible, había aplicado a pesar de todo una forma de gobierno colectivo. En los primeros años después de la Revolución Bolchevique las acaloradas disputas para determinar las directrices de actuación entre los dirigentes del partido no eran algo inusual, y estaban admitidas por Lenin. Tras su muerte en 1924, la supremacía personal de Stalin había surgido de una enconada lucha interna de poder en la que su control sobre el aparato de secretaría y administración del Partido había resultado crucial. Durante varios años, los del primer

Plan Quinquenal, destinado a forzar el ritmo de la colectivización de la agricultura y del desarrollo industrial, promulgado a finales de 1928 y adoptado formalmente en primavera del año siguiente, su posición fue siempre la *de primus inter pares* en el alto mando soviético, aunque todavía se mantenía el liderazgo colectivo como la forma adecuada de gobierno. Sin embargo, a comienzos de 1929, tres miembros destacados del Politburó criticaron duramente a Stalin por apropiarse de poderes para tomar decisiones que, según la tradición bolchevique, debían tomarse de forma colectiva en el Comité Central del Partido. «Nos oponemos a la sustitución del control en manos de una colectividad por el control en manos de una persona», declararon.[886] Pero llegaron tarde. Stalin ya controlaba las decisiones, y también el modo de tomarlas. Y no se olvidó de quienes se habían enfrentado a él.

Cinco años más tarde, el asesinato de Serguei Kírov, el popular jefe del Partido en Leningrado constituyó un nuevo y crucial hito en el camino hacia el poder absoluto. Nunca se ha podido demostrar que Stalin estuviera detrás de aquel crimen. Es probable, según parece, que no estuviera involucrado en él,[887] pero lo cierto es que fue el principal beneficiario de la eliminación de una figura destacada del Partido, considerada como un potencial rival. El asesinato de Kírov pareció exacerbar todavía más la ya de por sí pronunciada desconfianza paranoide de Stalin hacia quienes lo rodeaban y su miedo patológico a que intentaran eliminarlo. Aquel asesinato marcó el inicio de la que acabaría siendo una lucha sin cuartel contra quienes eran sospechosos de ser sus oponentes. Y puede que funcionara, ya que, sorprendentemente, a diferencia del gran número de intentos de atentado cometidos contra Hitler, Stalin nunca fue víctima de una conspiración para asesinarlo. Pronto las extraordinarias olas de terror desatadas contra ciudadanos soviéticos no conocerían límites. Las habitualmente infundadas aunque incontrolables sospechas de Stalin desencadenaron purgas masivas y brutales que devastaron las filas del funcionariado del Partido, sin detenerse en algunos de los más sobresalientes dirigentes bolcheviques y antiguos íntimos camaradas de Lenin y diezmando, con consecuencias funestas y muy duraderas, los mandos del Ejército Rojo. El poder personal de Stalin se vio enormemente fortalecido en el camino.

Las purgas —el «Gran Terror», como se ha dado acertadamente en llamar— fueron generadas desde arriba. Durante los años 1937 – 1938 Stalin aprobó personalmente trescientas treinta y ocho listas con los nombres de cuarenta y cuatro mil víctimas pertenecientes al Partido, el Gobierno, el Ejército, los servicios de inteligencia y otros organismos del régimen,[888] una cifra que representaba sólo una parte del conjunto de los que iban a verse afectados por aquella increíble arremetida contra su propio pueblo. Destacados y veteranos bolcheviques de los escalones superiores del Partido estuvieron entre las víctimas del esfuerzo de Stalin por hacer borrón y cuenta nueva con aquellos que, por haber vivido los «días de gloria» de la época de Lenin, podían poner trabas a su intento de proclamarse su único y legítimo heredero.[889] Se dice que Stalin afirmó que era el momento de «terminar con nuestros enemigos», que se encontraban, según creía, en el Ejército e incluso en el Kremlin.[890] Pero las purgas también estaban destinadas a permitir una renovación completa de los cuadros del Partido en todos los niveles y en toda la Unión Soviética. Y nunca faltaron solícitos ayudantes: algunos integrantes de las bases del Partido, ya fuera por ambicioso oportunismo, por convicción ideológica o por una mezcla de ambas cosas, se apresuraron a denunciar a viejos camaradas, e incluso a amigos y familiares, dejándolos a merced de una nada afectuosa policía secreta, la NKVD (Comisariado Popular de Asuntos Internos).

Este órgano fue un puntal esencial del control de Stalin sobre el régimen soviético y adquirió un estatus especial. Su jefe era directa y exclusivamente responsable ante Stalin y sus funcionarios

recibían sueldos elevados y numerosos incentivos materiales para fomentar su lealtad, así como considerables amenazas de castigos draconianos cuando la corrupción y la criminalidad endémicas en la organización salían a la luz.[891] En julio de 1937, la NKVD expuso ante el Politburó su plan de acción para las purgas, sustentado por un elevadísimo presupuesto. Según las cifras presentadas, se preveían setenta y cinco mil personas fusiladas y doscientas veinticinco mil enviadas a los campos. El plan, aprobado por el Politburó, no estableció en realidad más que los parámetros mínimos de víctimas previstas. Una vez desatadas, las purgas adquirieron su propio impulso cuando se concedió a los activistas de base del Partido licencia absoluta para acabar con todos los supuestos «enemigos» con los que pudieran dar y los agentes de la NKVD se apresuraron a cubrir sus «cuotas». Cerca de setecientas mil personas fueron fusiladas y más de un millón y medio arrestadas entre 1937 y 1938.[892]

Los cuadros del Partido pudieron cubrirse pronto de nuevo, y ahora con acérrimos partidarios de Stalin, pero para el Ejército Rojo aquella catástrofe tuvo secuelas mucho más duraderas. Las purgas del Ejército estuvieron guiadas por el mismo objetivo subyacente de erradicar a todos los oponentes reales o imaginarios y convertir también a las Fuerzas Armadas en un vehículo incondicional y ultraleal de ejercicio del poder político. Sin embargo, mientras que los funcionarios del Partido podían ser adiestrados sin dificultad, la capacidad de liderazgo militar y las habilidades técnicas que se habían perdido no se podían reemplazar de la noche a la mañana. Y las pérdidas en esos terrenos fueron enormes. En total, 34.301 oficiales fueron arrestados o expulsados de las Fuerzas Armadas entre 1937 y 1938. Alrededor del 30 por 100 fueron reincorporados a comienzos de 1940, pero 22.705 fueron fusilados o desaparecieron sin dejar rastro.[893] Los rangos más altos sufrieron de forma desmesurada la «decapitación» del Ejército Rojo.[894] De los ciento un miembros del mando militar supremo, noventa y uno fueron arrestados, y de éstos, ochenta fueron fusilados. Entre ellos estaban tres de cada cinco mariscales de la Unión Soviética (máximo rango militar), tres de cada cuatro comandantes del Ejército, todos los jefes de zona militar, casi todos los jefes de división, todos los comandantes de la Fuerza Aérea y dos almirantes de la flota.[895] La mayoría de ellos fueron víctimas de falsas y absurdas acusaciones de actividad antisoviética.

La víctima más destacada y la más clásica demostración de la naturaleza extrañamente autodestructiva de las purgas militares fue el mariscal Mijail Tujachevski, el más brillante estratega militar de la Unión Soviética y principal defensor y planificador de una organización militar modernizada, bien entrenada, ampliada y tecnológicamente desarrollada. La memoria de elefante de Stalin le hizo sin duda recordar que, cuando era él jefe político del frente suroccidental en 1920 tras la toma de Kiev por los polacos, no había enviado las tropas de caballería solicitadas por Tujachevski, con desastrosas consecuencias.[896] El directo y franco Tujachevski tuvo un nuevo enfrentamiento con Stalin durante los años treinta en torno al grado de control político sobre una profesionalizada máquina militar. Y su relación con el incompetente comisario de Defensa, el mariscal Kliment Vorochílov, incondicional seguidor y estrecho socio de Stalin, era sumamente tensa, y lo fue más que nunca durante el breve período en el que ejerció de subcomisario de Defensa en 1936 – 1937.[897] En mayo de 1937 Tujachevski fue arrestado, torturado hasta confesar su participación en una conspiración para derrocar al régimen soviético y finalmente ejecutado. Stalin dijo de él que era un espía que «entregó nuestro plan de operaciones [...] —nuestro sanctasanctórum — a las Fuerzas Armadas alemanas». Su mujer, su hija y otros miembros de su familia fueron asesinados por orden de Stalin o enviados a los campos.[898]

La recuperación tras una sangría tan conscientemente programada de los mandos de las Fuerzas Armadas no podía producirse inmediatamente. Alguien oyó a Stalin preguntar a Vorochflov, encargado de la defensa, en otoño de 1938 —cuando Europa preveía ya una nueva guerra en el futuro próximo—, si quedaban oficiales capaces de estar al mando de una división.[899] Un plan de reorganización de las Fuerzas Armadas elaborado el otoño anterior calculaba que éstas no estarían preparadas para la guerra antes de finales de 1942.[900] Las deficiencias del Ejército iban a quedar claramente al descubierto en la humillante campaña de la «Guerra de Invierno» con Finlandia en 1939 – 1940. En verano de 1941, cuando se lanzó la «Operación Barbarroja», el 75 por 100 de los oficiales superiores y el 70 por 100 de los jefes políticos llevaban en sus puestos menos de un año.[901] La falta de experiencia en áreas cruciales del mando militar era consecuencia directa de las purgas.

Un número incontable de ciudadanos, dentro y fuera del Partido, defendieron las purgas (y se hicieron cómplices de ellas) porque pensaban que constituían una legítima caza de brujas para erradicar al «enemigo en casa». Lejos de minar el apoyo a Stalin, lo fortalecían, aunque muchos de ellos por respeto temeroso o auténtico miedo al Líder más que por afectuosa adulación.[902] Y es que si la aclamación de las masas era el puntal clave del poder de Hitler en Alemania, el terror potencial derivado de la amenaza que se cernía sobre cada individuo, por muy elevada que fuera su condición social, y el miedo universalmente compartido que aquél dejaba a su paso constituían la base del de Stalin. Y eso proporcionó ahora la plataforma para el pleno despliegue de la dictadura estalinista; no la legendaria «dictadura del proletariado», sino la de un solo hombre.

Ante el recuerdo del disputado camino hacia su ulterior supremacía y consciente de las teorías del liderazgo colectivo que su mandato personal estaba invalidando, lo cierto es que Stalin continuó durante los años treinta negando que fuera un dictador, poniendo su nombre en los decretos junto con el de otros cosignatarios (y no en primer lugar) e insistiendo en que «las decisiones las toma el Partido y las aplican sus órganos elegidos, el Comité Central y el Politburó»[903] Sin embargo, en el momento del inicio de la Segunda Guerra Mundial, hacía tiempo que todo eso no era más que una ostensible ficción.

El Comité Central, órgano soberano del Partido, no había sido durante años más que una farsa. El número de sus miembros había aumentado desde los días de Lenin (en los que contaba con cuarenta y seis integrantes con y sin derecho a voto) y la frecuencia de sus reuniones había disminuido. En realidad, se había convertido en un vehículo enteramente controlado por Stalin encargado únicamente de cumplir su voluntad y legitimar su poder. En medio de la agitada atmósfera de 1937, el año de las purgas, sus miembros se mostraban dispuestos incluso a denunciarse unos a otros en plena sesión del Comité Central con el fin de ganarse el favor de Stalin.[904]

El Politburó, técnicamente un subcomité del Comité Central y en teoría el órgano de toma de decisiones del Partido, contaba con unos quince miembros y en los años veinte se reunía todas las semanas. A finales de la década siguiente, aunque conservaba el mismo tamaño, se reunía con mucha menos frecuencia. Entre 1930 y 1934 se convocaron ciento cincuenta y tres reuniones; entre 1934 y 1939? sólo sesenta y nueve, cifra que se redujo a la mitad en los tres años siguientes.[905] Algunos de sus cometidos fueron derivados a comisiones o subcomités,[906] y antes incluso de las purgas de 1937, Stalin se había encargado sistemáticamente de diluir el poder de sus figuras más significativas enviándolas a puestos fuera de Moscú, concentrando así todavía más el poder en sus propias manos. El Politburó se fue fragmentando y atrofiando en sus funciones. Stalin operaba cada vez más cor

pequeños grupos extraídos *ad hoc* a su antojo de entre sus miembros. Las sesiones formales del Politburó decayeron de forma drástica a finales de los años treinta. En 1938 sólo se produjeron seis; en 1939, dos, y en 1940, otras dos.^[907] Para entonces, a menudo se celebraban reuniones informales con miembros del personal en la dacha de Stalin, en torno a una mesa y a grandes cantidades de vodka. Al comienzo de la guerra, las «materias operativas» —es decir, todos los asuntos cruciales que Stalin deseaba discutir con sus socios más cercanos— y muy en especial las cuestiones, ahora enormemente ampliadas, de política exterior, corrían a cargo de un quinteto —los «Cinco Grandes»— compuesto por Stalin, Molótov, Malenkov, Beria y Mikoyán.^[908] Pero dentro de los «Cinco Grandes» a nadie le cabía duda de cuál era la opinión que contaba.

En los años inmediatamente anteriores a la guerra, el Estado estaba dominado, en mucha mayor medida que durante los primeros años después de la Revolución bajo el mandato de Lenin, por el cada vez más intrincado aparato organizativo del Partido. La principal base de poder de Lenin había derivado de su ocupación del cargo de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, que equivalía en la práctica al de primer ministro. Stalin, pese a ser el líder soviético más destacado desde al menos 1929, no asumió dicha función hasta 1941 (después de lo cual, y bajo las condiciones de la guerra, el papel del Gobierno se amplió enormemente). Hasta entonces, y desde 1930, Molótov había sido primer ministro. Pero el hecho de que éste estuviera, y así lo percibiera él mismo, completamente subordinado a Stalin indicaba dónde residía realmente el poder. Pese a encontrarse estrechamente entrelazados en todos los niveles, el aparato del Partido controlaba efectivamente el Estado. Y Stalin, que había tomado en sus manos todos los hilos de aquella organización tan sumamente centralizada, controlaba el Partido.

A medida que se acrecentaba el poder de Stalin, y dado que la posición de sus subordinados, e incluso su supervivencia, dependían de su gracia y su favor, el servilismo y la adulación incluso en los más altos estratos del régimen reflejaban el crecimiento de un intenso culto a la personalidad que alcanzaría su apogeo durante la guerra y los años de posguerra. Cuando estalló el conflicto, el proceso de construcción de la imagen de Stalin como superhombre ya estaba en marcha. El desmesurado ejército de burócratas y *aparatchiks* (funcionarios del Partido) —los «pequeños Stalins» y parásitos del Partido en las provincias— cumplía obedientemente, llevado por el miedo a las consecuencias de la delación en caso de no hacerlo, los que consideraba los deseos de «nuestro Líder, Maestro y Amigo, el Camarada Stalin».^[909] Y lo mismo sucedía en las altas esferas del régimen. El miedo y la dependencia se traducían en docilidad y sumisión. Stalin, astuto y calculador, poniendo a prueba sistemáticamente la debilidad y capacidad de resistencia de quienes lo rodeaban, al igual que hacía con sus enemigos externos, era experto en enfrentar entre sí a los individuos y explotar los puntos flacos de su personalidad y sus errores políticos. Las purgas masivas de 1937 garantizaron que Stalin no se viera amenazado, que su despotismo no fuera desafiado, independientemente de lo que su paranoia le llevara a pensar. Y también debilitaron profundamente la posición del Estado Mayor del Ejército en sus relaciones con los dirigentes políticos, y muy en especial con el propio Stalin. Además, la tremenda purga de altos mandos del Ministerio de Exteriores llevada a cabo cuando Molótov sustituyó a Maxim Litvinov a la cabeza del Comisariado de Exteriores a primeros de mayo 1939 ^[910] no sólo ocasionó la pérdida de experiencia, sino que hizo que, en el seno de tan crucial instrumento de formación política y en un momento tan sumamente trascendental, la sumisión prevaleciera sobre el criterio profesional. Pero el miedo y el servilismo, la otra cara de la moneda del culto a la infalibilidad del Líder, no eran en absoluto las recetas del

buen gobierno. Stalin —cauto, desconfiado y brutalmente despiadado— escuchaba, cada vez más, lo que sus aduladores e inquietos subordinados creían que quería escuchar. Y eso tuvo mucho que ver en el desastre de junio de 1941.

En los cruciales meses previos al lanzamiento de la «Operación Barbarroja», por tanto, las decisiones sobre todos los asuntos de importancia dentro de la Unión Soviética eran tomadas personalmente por Stalin. Sí que había discusión, en ocasiones muy prolongada y generalmente informal, con grupos que fluctuaban desde el seno del «círculo interno», pero lo cierto es que quienes se reunían regularmente con Stalin veían a los demás como rivales, y estaban, por tanto, divididos entre sí. Y además eran profundamente conscientes de que su permanencia en el cargo no estaba asegurada. Su dependencia con respecto a Stalin era total, y también lo era, por tanto, su lealtad a él, lo que no contribuía precisamente al intercambio sincero de opiniones. Incluso los colaboradores de Stalin que más tiempo llevaban con él y en los que más confiaba, en la medida en que el dictador confiaba realmente en alguien, se mostraban extremadamente prudentes a la hora de expresar puntos de vista que éste pudiera considerar críticas. Stalin, por su parte, evitaba a menudo manifestar su opinión en el transcurso de las reuniones antes de que los demás hubieran hablado, lo que no hacía sino acrecentar la cautela de aquellos a los que se pedía que adoptaran una postura expresa. El fortalecimiento de las ideas de Stalin estaba, por tanto, prácticamente garantizado, lo que se revelaría como una fuente de enorme debilidad, más que de fuerza, cuando se aproximaba la invasión.

Durante la mayor parte de los años treinta los dirigentes de la Unión Soviética habían estado en gran medida absortos en la revolución estalinista y sus consecuencias internas. Sin embargo, nunca dejaron que los asuntos exteriores se alejaran demasiado de su vista, especialmente cuando Hitler se convirtió en canciller del Reich alemán en enero de 1933. Tales cuestiones ejercieron una constante aunque indirecta influencia en la reconstrucción del país. El objetivo de preparar a una comunidad socialista para una guerra que, según preveían Stalin y todos sus colaboradores, llegaría en el futuro próximo subyacía a todas las decisiones políticas. Y en 1938, precisamente cuando Stalin estaba en pleno proceso de aniquilación de los mandos de sus propias Fuerzas Armadas, aquella guerra pareció acercarse peligrosamente. La Unión Soviética, y Stalin lo sabía mejor que nadie, no estaba lista, con su diezmado Ejército especialmente falto de preparación, pero los asuntos exteriores pasaron ahora a ser una prioridad.

II

El hecho de que el ataque alemán de junio de 1941 cogiera tan sumamente desprevenida a la Unión Soviética no sólo es sorprendente a la vista de la desconfiada personalidad de Stalin; también resulta difícil de explicar si tenemos en cuenta las dos cuestiones parejas —clásicas, pese a su sesgo ideológico— que habían guiado la política exterior soviética desde los años veinte: el interés y la seguridad nacionales. Cada capciosa maniobra táctica o tejemaneje oportunista que se ponía en práctica encontraba su justificación en tales términos. El que la protección de la seguridad soviética fracasara tan estrepitosamente en 1941 resulta, por tanto, asombroso.

La idea inicial de «exportar» la Revolución Bolchevique para provocar el derrocamiento

inmediato del capitalismo mundial había quedado abandonada tras el final de la Guerra Civil rusa en 1921. A partir de entonces, la política exterior revolucionaria defendida por León Trotski (cuya influencia comenzaba a decaer ahora) se vio reemplazada por una diplomacia de corte más convencional. Dos principios centrales determinaban el enfoque de las relaciones exteriores soviéticas a mediados de los años veinte. El primero era que la guerra era inevitable mientras las potencias imperialistas compitieran por el control de los recursos materiales del mundo. La guerra enfrentaría a países imperialistas rivales (como en la Primera Guerra Mundial) y beneficiaría a la Unión Soviética y a la causa de la revolución socialista. Pero la Unión Soviética también se sentía blanco de las ambiciones imperialistas y directamente amenazada por la guerra. De modo que —y éste es el segundo principio— el socialismo tenía que construirse en el futuro inmediato no por medio de la revolución mundial sino dentro de la propia Unión Soviética (nombre que comenzó a designar oficialmente al Estado en 1924), que de esa manera se volvería con el tiempo fuerte e inexpugnable frente a la enorme y creciente amenaza procedente de las hostiles y codiciosas fuerzas imperialistas.

Por supuesto, la idea de extender la revolución comunista a otros países no fue abandonada. El trabajo de la Komintern —la Tercera Internacional Comunista, fundada en 1919— consistía en explotar las crisis consideradas inherentes al sistema capitalista y preparar el terreno para la revolución final. Sin embargo, ése iba a ser un proceso orgánico que se prolongaría durante un tiempo indeterminado (si bien es cierto que ya en 1925 Stalin preveía tarde o temprano una guerra importante y prolongada en Europa como motor del cambio revolucionario global).[911] Entre tanto, las operaciones de la Komintern en otros países estuvieron siempre subordinadas al objetivo primordial de proteger los intereses de la Unión Soviética, el único país en el que la revolución socialista había creado ya un nuevo marco para la sociedad. Y en el futuro inmediato, era evidente que la Unión Soviética seguiría siendo militar y económicamente débil, comparada con las grandes potencias imperialistas, lo que exigía políticas de rápido y obligado fortalecimiento de los recursos económicos y militares soviéticos al tiempo que se actuaba de forma pragmática en las relaciones internacionales. Se presuponía que la Unión Soviética y los países capitalistas, pese a sus intrínsecas diferencias ideológicas, tendrían que cooperar durante un largo período de tiempo sobre la base de la «coexistencia pacífica». Ello permitiría desarrollar y maximizar unas buenas relaciones comerciales y económicas con los países capitalistas aunque siguieran imperando las condiciones de mutua aversión política.

El corolario de todo ello, en lo relativo a los asuntos exteriores, fue que la Unión Soviética trató de poner fin al aislamiento internacional que había seguido a la Revolución Bolchevique de 1917. Y en eso, el éxito del Estado soviético fue enorme. Sólo entre 1924 y 1925 estableció relaciones diplomáticas con trece países. Logró alcanzar un *modus vivendi* con muchos otros países, entre ellos los vecinos de Rusia. A finales de los años veinte, Estados Unidos era la única gran potencia que seguía negándose a reconocer a la Unión Soviética, y no había signos por ninguna parte de que los Estados capitalistas estuvieran constituyendo una alianza agresiva contra ella. Entre tanto, los soviéticos habían suscrito numerosos acuerdos comerciales con las principales potencias europeas.[912]

Un lugar especial en las relaciones exteriores soviéticas de posguerra lo ocupaba Alemania. Aquella relación especial quedó consagrada por el Tratado de Rapallo de 1922, que se ocupó de reparar la crisis subsiguiente a la Revolución y de crear la base de una floreciente cooperación

económica y, también, bajo la superficie, militar que perduró hasta la llegada de Hitler al poder once años después. Aunque el Estado bolchevique surgido de una feroz y brutal guerra civil y la nueva democracia liberal alemana enfrascada en su esfuerzo por superar una grave crisis interna no constituían precisamente una pareja natural, las circunstancias los llevaron a unirse y ofrecieron sostén a un tratado de interés mutuo. Rusia quería salir de su aislamiento internacional; Alemania, demostrar a las potencias occidentales victoriosas, Francia y Gran Bretaña, que presionaban denodadamente por el cumplimiento de las reparaciones, que tenía la opción de un nuevo aliado en el Este. Desde el bando soviético, el trato era una salvaguardia frente a la posibilidad de una nueva intervención militar de las potencias occidentales en Rusia, como habían hecho en la Guerra Civil, si bien era muy difícil que algo así sucediera en la práctica. Desde la perspectiva alemana, el acuerdo prevenía una posible renovación de la alianza contra la que había luchado durante la Primera Guerra Mundial, aunque ahora esa renovación era aún más improbable.[913] Desde el punto de vista político, Rapallo tuvo una importancia más simbólica que real. Su trascendencia fue mayor en términos económicos y militares. Ambos países se percataron de las ventajas que ofrecían unos acuerdos comerciales más detallados, y a finales de los años veinte Alemania se había convertido en el socio comercial más importante de la Unión Soviética.[914] En el terreno militar, los acuerdos secretos posteriores a Rapallo ofrecieron a ambos países un camino para eludir las restricciones del orden de posguerra derivadas del aislamiento soviético por un lado y de las estrictas limitaciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles por el otro. Ciertas partes de los acuerdos —un contrato con la firma Junkers para construir una fábrica de aviones en la Unión Soviética y un acuerdo para la producción conjunta de gas tóxico— nunca llegaron a concretarse, pero sí se llevaron a la práctica la cooperación entre tropas en las maniobras militares, los experimentos con guerra química y el intercambio de información de los servicios de inteligencia.[915]

A finales de los años veinte la vertiente política del Tratado de Rapallo había perdido toda su intensidad. Aunque Alemania formalizó un pacto de neutralidad con la Unión Soviética en Berlín en abril de 1926, su firma del Tratado de Locarno cinco meses antes había señalado la mejora de las relaciones con las democracias occidentales, Francia y Gran Bretaña. El final del aislamiento internacional de Alemania, que se hizo todavía más patente con su ingreso en la Sociedad de Naciones en 1926, había echado por tierra la enorme importancia atribuida a los vínculos con la Unión Soviética, establecidos cuatro años antes. Pero la cooperación militar continuó. Y por lo que respecta a las relaciones económicas, cuando la Unión Soviética inició su gran campaña de colectivización y Alemania entró en la crisis terminal de la democracia que acabaría llevando a Hitler al poder, los lazos comerciales entre los dos países se vieron incluso fortalecidos. En 1932 casi la mitad de las importaciones soviéticas procedían de Alemania.[916]

Para entonces, sin embargo, los vientos de tormenta estaban empezando ya a tomar impulso. A ambos lados de la Unión Soviética comenzaban a asomar nuevas amenazas. En Extremo Oriente, tras el «Incidente de Manchuria» de 1931, el nacionalismo militarista del viejo enemigo, Japón, se dejaba oír cada vez con mayor estridencia, mientras en Alemania, Hitler, la voz más radical del antibolchevismo militante, estaba a las puertas del poder.

La llegada de los nazis al Gobierno de Alemania alteró completamente el marco de las relaciones exteriores soviéticas. El miedo a la guerra se convirtió entonces en la cuestión predominante. A finales de 1933, la ofensiva antisoviética del nuevo régimen se reflejó en una frialdad diplomática directamente promovida por Hitler. Rapallo había muerto. El tratado de no agresión de Alemania con

Polonia, firmado en enero de 1934, fue la demostración más clara de un significativo giro en la política exterior alemana y de una nueva actitud frente a la Unión Soviética. Muchos alemanes, ya fueran conservadores o comunistas, habían considerado a Hitler un simple vocinglero que acabaría saliendo de escena o moderando el tono de sus invectivas. El dogma oficial de la Komintern seguía preconizando que el dirigente alemán encarnaba el último y desesperado devaneo de un capitalismo fracasado. Pero los líderes soviéticos contemplaban la amenaza de Hitler con enorme preocupación. Ya en marzo de 1933, *Izvestia*, el principal órgano de expresión del Gobierno, señalaba que «los nacionalsocialistas [habían] desarrollado un programa de política exterior contra la existencia de la URSS».[917] Un mes más tarde, Serguei Alexandrovski, consejero político en la embajada de Berlín, comunicó que la futura política exterior de Hitler entrañaba «belicismo a ultranza y, en última instancia, guerra e intervención contra la URSS».[918] Los dirigentes soviéticos eran conscientes de lo que Hitler había escrito en *Mi lucha* a mediados de los años veinte y no estaban para nada dispuestos a desoír sus invectivas como si fueran un ejercicio de mera retórica radical en boca de un exaltado político. En el XVII Congreso del Partido de la Unión Soviética, celebrado el 31 de enero de 1934, Nikolai Bujarin, que más tarde sería una de las víctimas de las purgas de Stalin, habló de la posibilidad de una «invasión contrarrevolucionaria» de su país tanto desde la «Alemania fascista» como desde el Japón imperial. A continuación reprodujo numerosas citas de algunos pasajes de *Mi lucha* en los que Hitler hablaba de la misión de Alemania de adquirir tierras en el este por la fuerza, a costa de la Unión Soviética. Y finalmente Bujarin concluyó: «Hitler, por tanto, apela con total franqueza a la destrucción de nuestro Estado. Dice abiertamente que el pueblo alemán debe conseguir por la espada expropiar las posesiones de la Unión Soviética que supuestamente necesita». Bujarin veía allí al enemigo que «se enfrentará a nosotros en todas las inmensas batallas con las que la Historia nos azota».[919]

Obviamente, se imponía un realineamiento de la política exterior soviética. El comisario de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov (que sería sustituido por Molótov en 1939), era el principal defensor de la necesidad de trabajar con las democracias occidentales, Francia y Gran Bretaña, para construir un sistema de seguridad colectiva en Europa. En 1934, la Unión Soviética —entonces ya reconocida, desde noviembre del año anterior, por Estados Unidos— ingresó en la Sociedad de Naciones y se convirtió en el más destacado adalid de un «frente pacífico internacional» para combatir la amenaza de agresión planteada por Alemania, Italia y Japón.[920] En mayo de 1935 la Unión Soviética firmó un tratado de asistencia mutua con Francia y lo completó con un tratado similar con Checoslovaquia (que sólo entraría en funcionamiento en caso de que Francia, que ya contaba con una alianza de defensa mutua con los checos, actuase primero). La Unión Soviética fue la más enérgica partidaria de imponer sanciones a Mussolini ese mismo año, algo más tarde; en 1936 suministró armas a las fuerzas republicanas cuando estalló en España la Guerra Civil; y en 1937, cuando Japón invadió China, proporcionó ayuda a los nacionalistas de Chiang Kaichek.

Según el planteamiento soviético, la seguridad colectiva sólo podía aplazar, no impedir, una nueva guerra imperialista. Una conflagración de grandes dimensiones afectaría sin duda a la Unión Soviética, directa o indirectamente. De hecho, se pensaba que una nueva guerra sería una guerra mundial, y que ésta entrañaría con toda probabilidad el ataque a la Unión Soviética por parte de una coalición de países imperialistas que la amenazarían por el oeste y por el este.[921] Tampoco dejaba nunca de latir la sospecha de que ciertas fuerzas occidentales estaban ansiosas por apaciguar a Hitler desviando su atención hacia la Unión Soviética o pensando incluso en aunar fuerzas con la Alemania

nazi en una cruzada antibolchevique. La defensa de la seguridad colectiva tenía como objetivo, pues, ganar un tiempo precioso. Pero conforme se iban resquebrajando la Sociedad de Naciones y las esperanzas de la seguridad colectiva en medio de los esfuerzos de las potencias occidentales por alcanzar un acuerdo con Hitler, también fueron aumentando los recelos. El aislamiento internacional de la Unión Soviética, nunca superado, se volvió todavía más patente cuando Europa occidental cedió ante el expansionismo de Hitler en 1938. «La Sociedad de Naciones y la seguridad colectiva han muerto —reconocía el propio Litvinov en octubre de ese año—. Las relaciones internacionales están entrando en la era del más violento recrudecimiento del salvajismo y la fuerza bruta y la política de la amenaza militar».[922]

Con la debilidad de las democracias occidentales completamente al descubierto, el temor de los soviéticos a verse arrastrados a un conflicto inevitable —y a no estar preparados para ello— se vio enormemente acrecentado. Cuando tuvo lugar la crisis de los Sudetes, en el transcurso del verano de 1938, la Unión Soviética movilizó parte de sus recursos y proclamó su intención de defender a Checoslovaquia frente a la agresión.[923] Lo cierto es que aquel ofrecimiento de asistencia se pudo hacer casi con la plena seguridad de que no tendría que llevarse a la práctica. La intervención militar exigía que las tropas atravesaran Polonia (y ésta no lo permitiría) y Rumania (que sólo de forma tardía dio un permiso limitado y sometido a severas restricciones). Por otro lado, y ésta no era en absoluto una cuestión menor, en 1938 el Ejército Rojo, con sus altos mandos tan drásticamente diezmados por las purgas del año anterior, como ya hemos señalado, no estaba en condiciones ni mucho menos de participar en un gran conflicto. Según sus propios planes, las Fuerzas Armadas no estarían completamente preparadas para la guerra hasta finales de 1942 o principios de 1943.[924] En cualquier caso, como Stalin sabía perfectamente, la intervención armada soviética en Checoslovaquia sólo se podía efectuar si los franceses actuaban primero en cumplimiento de las obligaciones pactadas. Y durante el verano, con los franceses dependientes de los británicos y Chamberlain poniendo todo su empeño en llegar a un acuerdo con Hitler —aparte de la persistente aversión que los occidentales sentían por la Unión Soviética—, en ningún momento pareció contemplarse la posibilidad de apelar a las tropas del Ejército Rojo. Así las cosas, la predisposición de Gran Bretaña y Francia a ceder ante el acoso de Hitler y a ser cómplices del reparto de Checoslovaquia en la Conferencia de Múnich de los días 29 y 30 de septiembre de 1938 tuvo un significado evidente a los ojos de los soviéticos: la guerra se aproximaba y la Unión Soviética no podía contar con ninguna ayuda procedente de Occidente.

Tales eran las consideraciones sobre las que se sustentó, desde la perspectiva soviética, el tristemente célebre pacto Hitler-Stalin, que asombró de tal manera al mundo en 1939. En su discurso con motivo del XVIII Congreso del Partido, celebrado el 10 de marzo de 1939, Stalin había señalado el creciente peligro derivado de «la nueva guerra imperialista» una vez que el sistema de seguridad colectiva se había desmoronado tras la negativa de británicos y franceses a adoptar una posición de resistencia común y directa frente a Hitler. El dirigente concluyó declarando que la Unión Soviética no se vería «empujada a un conflicto con unos belicistas que están acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego».[925] Como demostraban las palabras de Stalin, la pérdida de la confianza en la intención de las democracias occidentales de combatir a Hitler iba de la mano con la agudización de los recelos con respecto a sus motivos. El que Occidente apoyara una guerra germano-soviética y pudiera incluso ofrecer su apoyo a la causa alemana era un elemento constante del pensamiento del Kremlin.

Cinco días después del discurso de Stalin, Hitler ocupó lo que quedaba de las tierras checas, lo que provocó la acción de británicos y franceses. El resultado fue su garantía de defender a Polonia, seguida de compromisos similares con Grecia y Rumania. Sin embargo, la Unión Soviética rechazó las propuestas anglofrancesas de establecer un pacto que ofreciera la posibilidad de asistencia a la URSS *sólo después* de que ella hubiera proporcionado apoyo armado al verse arrastrada a una guerra contra Alemania emprendida exclusivamente por iniciativa de Gran Bretaña y Francia.[926] En lugar de eso, la Unión Soviética sugirió una afianza militar a gran escala, un triple pacto entre la URSS, Francia y Gran Bretaña para garantizar protección mutua frente a la agresión alemana, cualquiera de ellas.[927] Pero Gran Bretaña y Francia se mostraron poco entusiasmadas con el plan. El sentimiento antisoviético y el menosprecio del potencial militar ruso seguían imperando.[928] Por otra parte, la tardía respuesta de los países occidentales podía interpretarse como la confirmación de una «inquebrantable línea de actuación, consistente en lanzar a Alemania sobre la URSS»[929] De modo que no dejaron que nada de ello se materializara, con la esperanza de poder contener a Hitler sin recurrir a la guerra abierta. Las evasivas de las democracias occidentales se prolongaron hasta el momento en el que el sorprendente pacto Hitler-Stalin del 23 de agosto de 1939 dio un vuelco total a la diplomacia internacional.

En realidad, el pacto se había ido fraguando entre bastidores durante meses.[930] Los contactos económicos proporcionaron la ocasión para ello. De hecho, las relaciones económicas germanosoviéticas habían continuado —aunque decayeron los intercambios comerciales— después de que Hitler llegase al poder, pese al grave deterioro del clima político y la estridente retórica antisoviética de los dirigentes nazis. La URSS había llevado a cabo algunas tentativas entre 1935 y 1936 de mejorar los vínculos económicos con Alemania y emplearlos como vehículo para generar cierto grado de distensión política, pero fue en vano. Como cabía esperar, los intentos soviéticos de obtener armamento a través de nuevos acuerdos crediticios fueron rechazados. Y las esperanzas de que los integrantes de la élite del régimen nazi que parecían menos hostiles atenuaran la vehemente política antisoviética de Hitler no tardaron en disiparse.[931] A comienzos de 1937 las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania se encontraban en su peor momento. Y así permanecieron hasta la primavera de 1939, cuando los contactos económicos constituyeron una vez más el punto de partida de un intento de crear una nueva base para las relaciones políticas, y en esta ocasión con resultados sorprendentes.

Y es que esta vez no sólo los soviéticos, sino también los alemanes estaban interesados, y mucho, en un posible acercamiento. Y a partir de los primeros tanteos el interés de Alemania fue ganando en urgencia conforme avanzaba el verano y aumentaba la posibilidad de que los planes de atacar Polonia desembocaran en una guerra con las democracias occidentales. Un trato con la Unión Soviética permitiría al mismo tiempo atajar toda posibilidad de éxito de la propuesta de «gran coalición» contra Alemania (una repetición de la constelación de 1914), disuadir a Gran Bretaña de intervenir en el conflicto polaco y dejar a Polonia completamente expuesta al poderío de las armas alemanas. Ribbentrop, el ministro de Exteriores alemán, fue en cabeza durante mucho tiempo, con un Hitler al principio titubeante. Desde el punto de vista soviético, la mejora de las relaciones con Alemania permitiría cuando menos garantizar los beneficios económicos que tan desesperadamente se necesitaban para los planes de industrialización, y en particular para el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas. Las importaciones de bienes industriales desde Alemania habían pasado de suponer el 46 por 100 del total de importaciones soviéticas en 1932 a un insignificante 4,7 por 100

en 1938. Stalin se sintió personalmente muy atraído por las ventajas derivadas del hecho de que el armamento soviético se obtuviera gracias a la mejora de los intercambios comerciales con Alemania.[932] No obstante, el interés soviético en un acercamiento con la Alemania nazi iba mucho más allá de los beneficios económicos que pudiera generar. Los dirigentes soviéticos (y no sólo Stalin) eran plenamente conscientes de que la seguridad colectiva había muerto, desconfiaban profundamente de las intenciones de las potencias occidentales, permanecían alerta ante el peligro procedente de Japón en el este y estaban ansiosos por ganar tiempo frente a una amenaza alemana que, pensaban, tarde o temprano se dirigiría sin duda contra la URSS. Por todas esas razones, e entendimiento político con la Alemania nazi parecía cobrar cada vez más sentido. Stalin, cauto al igual que Hitler durante mucho tiempo, esperó hasta agosto para comprometerse definitivamente.

Para entonces, los sondeos efectuados durante las negociaciones de primavera sobre intercambios comerciales, acompañados de una clara desconfianza mutua, habían dado paso a una serie de tímidos primeros pasos hacia un acuerdo político que incluía además intereses territoriales mutuos de los dos países. La tardanza de británicos y franceses en primavera y verano en dar su aprobación al pacto tripartito de asistencia mutua al que aspiraba la Unión Soviética reforzó la idea de Molótov de que estaban tratando con «sinvergüenzas y tramposos»[933] y no hizo sino confirmar las ya de por sí dilatadas sospechas de Stalin. El que Londres y París hubieran enviado una delegación de bajo nivel, que se mostró además sumamente evasiva y en cualquier caso fue incapaz de proponer compromisos vinculantes, en lugar de encomendar la tarea a un ministro de alto rango dotado de poderes plenipotenciarios, fue también interpretado como un gesto degradante y una total falta de seriedad.[934] A mediados de agosto, con la crisis polaca al rojo vivo y plenamente conscientes de la intención de Hitler de atacar Polonia de manera inminente,[935] los dirigentes soviéticos tenían muy claro que no podían esperar nada de las potencias occidentales. Ahora había que optar por la otra alternativa.

Para cuando las conversaciones con los representantes británicos quedaron formalmente rotas, Stalin ya había comunicado a Hitler que estaba dispuesto a firmar un pacto de no agresión con Alemania lo antes posible.[936] Al cabo de cuatro días, el 23 de agosto, Ribbentrop estaba en Moscú, y la acción diplomática más tristemente célebre de la historia quedó consumada rápidamente. El pacto beneficiaba a ambas partes. En su refugio alpino cerca de Berchtesgaden, Hitler se daba palmadas en las piernas lleno de gozo ante la noticia de su golpe diplomático.[937] En su dacha de las afueras de Moscú, Stalin se mostraba igual de encantado, aunque no se hacía ilusiones sobre los alemanes: «Por supuesto, todo esto es un juego para ver quién puede engañar a quién —fueron las palabras de Stalin, según el relato de Nikita Krushev, en aquel momento jefe del Partido en Kiev y miembro del Politburó—. Ya sé lo que Hitler se trae entre manos. Piensa que se ha burlado de mí, pero en realidad soy yo el que lo ha engañado a él». Aquella noche, Stalin dijo a sus compañeros de cena del Politburó que «debido a este tratado la guerra nos eludirá durante mucho más tiempo. Podríamos permanecer neutrales y salvar nuestra fuerza».[938]

La Unión Soviética y Alemania, desde el punto de vista ideológico dos polos opuestos cuyos Gobiernos (como describió Stalin con absoluta elegancia) habían pasado años «echándose uno al otro cubos de mierda sobre la cabeza», [939] estaban ahora unidos mediante un pacto de no agresión. Una cláusula secreta adicional asignaba el Báltico a la esfera de influencia soviética y trazaba una línea por medio de Polonia, atribuyendo la parte occidental a Alemania. Los intereses y la seguridad soviética eran, al igual que siempre, las únicas preocupaciones del Kremlin. Pese a lo capcioso del

trato, esas inquietudes parecían salvadas en el futuro inmediato. Stalin sabía que había conseguido fronteras más seguras en el Báltico. Y, por encima de todo, había conjurado toda amenaza inminente sobre la Unión Soviética procedente de la Alemania de Hitler y había ganado un tiempo vital, que había de emplearse para preparar al Ejército Rojo para la guerra. Stalin había leído algunas partes de *Mi lucha* cuando estaba a punto de firmar el infausto pacto con Hitler, y había subrayado los pasajes que hablaban de la necesidad de Alemania de adquirir nuevas tierras en el este a costa de Rusia.[940] Sabía lo que se avecinaba, pero pensaba que la Unión Soviética tendría tres años por delante para prepararse para el ataque. Y a finales de 1942 el Ejército Rojo estaría listo para la confrontación. Entre tanto, la Unión Soviética podría obtener beneficios materiales, y también territoriales, de aquella nueva amistad con su antiguo archienemigo.

III

Los dirigentes soviéticos tenían motivos para sentirse satisfechos con los frutos obtenidos en los primeros meses de esa nueva relación de su país con la Alemania nazi. Con los acuerdos del 19 de agosto de 1939 (justo antes del pacto), ampliados en febrero de 1940 y renegociados con el fin de determinar un nuevo calendario de entregas en enero de 1941, los intercambios comerciales entre la Unión Soviética y Alemania se recuperaron rápidamente, pasando de su fase más crítica a finales de los años treinta a un nivel más o menos similar al existente en el momento de la llegada de Hitler al poder. Alemania recibía millones de toneladas de cereal, madera y derivados del petróleo, así como decenas de miles de toneladas de productos tan sumamente valiosos como el manganeso y el cromo. La Unión Soviética obtenía a cambio maquinaria, equipamiento para la construcción, productos químicos y otros artículos manufacturados. Los alemanes salieron mejor parados de los acuerdos económicos. La Unión Soviética entregaba sus materias primas más o menos en el plazo previsto, mientras que a menudo sufría retrasos en la recepción de los artículos manufacturados. Y Alemania seguía sin ofrecer prácticamente nada en respuesta a las demandas de armamento por parte de la URSS.[941] Con todo, desde la perspectiva soviética los acuerdos comerciales eran secundarios frente al objetivo principal del pacto: la seguridad. Y en este sentido, el balance del primer período de cooperación germano-soviética era alentador. «Por lo que respecta a la salvaguardia de la seguridad de nuestro país, hemos logrado un éxito nada desdeñable», era el veredicto manifestado por Molótov ante el Soviet Supremo a finales de marzo de 1940.[942]

Además de mantener a la Unión Soviética fuera de la guerra europea, el pacto (y en particular su cláusula secreta) había abierto la puerta al engrandecimiento territorial, cuyo objetivo fundamental— a diferencia del de la Alemania nazi, si bien el efecto de la ocupación resultó prácticamente igual de nefasto para los pueblos sometidos— era reforzar la seguridad. La parte oriental de Polonia había sido ocupada a mediados de septiembre de 1939 en un cínico ejercicio de *Realpolitik* que constituyó el primer paso hacia la construcción de un cordón sanitario alrededor de las fronteras soviéticas. Antes de acabar el mes, Ribbentrop estaba de nuevo en Moscú para firmar el Tratado Germano-Soviético de Amistad y Fronteras, que acordaba transferir Lituania a la esfera de influencia soviética a cambio del traspaso a Alemania de zonas ampliadas de Polonia central. Además de Lituania,

también las otras repúblicas bálticas, Letonia y Estonia, se vieron obligadas en el transcurso de las semanas siguientes a someterse a la URSS y obligadas a permitir que las tropas soviéticas instalaran bases en su territorio. Sin embargo, Finlandia se revelaría finalmente un objetivo desproporcionado. Ante la presión ejercida en otoño para que hicieran concesiones territoriales destinadas a fortalecer las defensas soviéticas en el norte, los finlandeses no respondieron con docilidad sino con actitud desafiante y, a finales de noviembre, con la guerra a gran escala. El arduo conflicto librado en lo más crudo del invierno salvó la independencia de Finlandia. Cuando los finlandeses solicitaron el inicio de las negociaciones de paz en marzo, habían muerto doscientos mil soldados soviéticos. El Ejército Rojo, que había enviado más de un millón de efectivos a Finlandia, había sido humillado por las minúsculas fuerzas finlandesas. Y los alemanes no fueron los únicos que subestimaron de modo flagrante el potencial de lucha soviético a la luz de los resultados de la «Guerra de Invierno».

Lo que Stalin esperaba en la primera fase de la guerra europea era que las democracias occidentales, por un lado, y la Alemania nazi, por el otro, acabaran debilitándose mutuamente, y que su lucha terminara en punto muerto. Lo que le preocupaba era que ambas partes llegaran en algún momento a un acuerdo y acabaran volviéndose juntas contra la Unión Soviética.[943] La esperanza se disipó ante la rapidez con la que se produjo la victoria alemana en el oeste en mayo y junio de 1940; la preocupación, en cambio, se acrecentó de forma notable.

La rapidez de la caída de Francia cogió a los dirigentes soviéticos totalmente por sorpresa. Ahora había que revisar todos los cálculos. Con Europa occidental postrada a los pies de Hitler, a excepción de Gran Bretaña (¿y cuánto tiempo iba a resistir antes de ser conquistada o, lo que era más probable, antes de capitular y sumarse al bando alemán, como se venía pronosticando desde hacía tiempo?), la Unión Soviética estaba más expuesta que nunca. Stalin adquirió conciencia de la situación inmediatamente. Kruschev estaba con él cuando llegó la noticia de la derrota de Francia y más tarde recordaba su reacción. «Obviamente había perdido toda su confianza en la capacidad de nuestro Ejército de resistir en la lucha. Era como si hubiera levantado las manos lleno de desesperación y se hubiera rendido después de que Hitler aplastara al Ejército francés y ocupara París [...]. Soltó una sarta de exquisitos juramentos rusos y dijo que no había duda de que Hitler iba a rompernos la crisma».[944]

Como habían puesto de manifiesto de la manera más descarnada los acontecimientos de Finlandia, el Ejército Rojo no estaba en absoluto preparado para contrarrestar aquella amenaza. Tras la desastrosa actuación de la Guerra de Invierno se emprendieron los primeros pasos para adaptarse todo lo posible a la nueva situación. La velocidad en el rearme se intensificó drásticamente. Los trabajadores fueron sometidos a una disciplina laboral todavía más draconiana que la que existía anteriormente con el fin de incrementar la producción de armas. Las Fuerzas Armadas se reorganizaron cuando regresaron algunos de los oficiales que habían sido víctimas de las purgas y la nueva generación de comandantes (algunos de los cuales adquirirían renombre durante los años siguientes) asumió puestos claves.[945] Asimismo, y sin más demora, se puso fin a la frágil independencia de la que todavía gozaban las repúblicas bálticas. En junio, Letonia, Estonia y Lituania fueron anexionadas con el pobre pretexto de su supuesta actividad antisoviética e incorporadas plenamente a la URSS con el fin de reforzar la posición defensiva soviética en el norte. Incluso se elaboraron planes de contingencia, establecidos en septiembre de 1940 pero nunca llevados a la práctica, para una nueva guerra contra Finlandia.[946]

También en el sur de Europa cobraron urgencia los movimientos diplomáticos soviéticos. Allí la

clave estaba en los Balcanes. Tras la derrota de Francia, los dirigentes soviéticos calculaban que Gran Bretaña no tardaría en verse obligada a ir a la mesa de negociaciones. La Unión Soviética necesitaba ser suficientemente fuerte para defender sus intereses frente a la hegemonía alemana en Europa occidental y central. La influencia soviética sobre los Balcanes, el Mar Negro y los estrechos del Bósforo y Dardanelos en Turquía, áreas en las que tradicionalmente Rusia había tratado de ejercer su poder desde los tiempos de los zares, se consideraba esencial para eludir los previsibles planes alemanes en esa zona y protegerse frente a cualquier amenaza de invasión desde el sur. Y también estaba la cuestión de los intereses estratégicos británicos en esta región y del peligro que podría suponer para la Unión Soviética el que Gran Bretaña y Alemania llegaran a algún tipo de «arreglo» en un eventual acuerdo de paz. La percepción de la necesidad de ampliar el control soviético de la cuenca del Danubio y de los Balcanes explica la anexión en julio de Besarabia, transferida a Rumania en 1919 pero antes integrada en el Imperio ruso, y del norte de Bukovina, históricamente territorio rumano y que nunca antes había pertenecido a Rusia. En verano de 1940, la Unión Soviética llegó a confiar durante un tiempo en poder usar a los italianos como mediadores en una negociación para dividir los Balcanes en dos esferas independientes de influencia entre la URSS y las potencias del Eje. Pero esa propuesta, como era de esperar, no presentaba atractivo alguno para Alemania, interesada en mantener a los soviéticos fuera de aquella región tan importante desde el punto de vista estratégico y especialmente ansiosa por hacerse con el control de Rumania, donde los pozos petrolíferos de Ploesti resultaban indispensables para las Fuerzas Armadas alemanas.

Fue entonces cuando la intercesión alemana e italiana a finales de agosto en torno a las disputadas fronteras rumano-húngaras —excluyendo a la Unión Soviética— empujó directamente a Rumania a la órbita de Alemania. Los soviéticos alegaron que aquella mediación —desde su punto de vista un movimiento directamente antisoviético— incumplía el requisito de consultar a las demás partes sobre materias de interés común establecido en el pacto del año anterior. Los alemanes, como es natural, hicieron caso omiso de la queja, y con ello las esperanzas soviéticas de obtener una esfera de influencia en la cuenca del Danubio y los Balcanes se esfumaron por completo. Cuando, en septiembre, las «misiones» militares alemanas entraron «invitadas» en Rumania —y antes de terminar el mes en Finlandia— la amenaza que se cernía sobre los intereses soviéticos era evidente.[947]

Estas cuestiones territoriales, en torno a las cuales entraban en conflicto los intereses soviéticos y alemanes, no pudieron por menos que provocar un aumento de la tensión entre ambos países durante el verano y el otoño. El Pacto Tripartito del 27 de septiembre, que unió a Alemania (e Italia) con Japón, el peligroso enemigo de la URSS en el este, no contribuyó precisamente a mejorar las cosas pese a que el impulso que lo guiaba era antiamericano, no antisoviético. Y entonces, a finales de octubre, la desastrosa invasión de Grecia por parte de Mussolini encendió la mecha del barril de pólvora de los Balcanes, desatando la intervención británica y abriendo una perspectiva segura de intervención militar alemana en la región, algo que no ayudó a mejorar las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania, que habían comenzado a deteriorarse gravemente durante las últimas semanas. En medio de ese clima llegó Molotov a Berlín el 12 de noviembre, invitado por Ribbentrop, para emprender conversaciones con el ministro de Exteriores del Reich y con Hitler.

Las conversaciones salieron mal.[948] La principal preocupación de Ribbentrop era convencer a la Unión Soviética de que se sumase al Pacto Tripartito y entrase a formar parte de lo que él veía como un bloque euroasiático que dividiría el mundo en esferas de influencia alemana, italiana,

japonesa y soviética. Para ello, trató de seducir a Molótov con la imagen de la expansión de la Unión Soviética en dirección al Golfo Pérsico, Oriente Medio y la India. Hitler quería, ante todo, descubrir más cosas sobre las intenciones soviéticas, pero la obstinada insistencia de Molótov en asuntos de detalle le recordaba a la de un pedante maestro de escuela. Su irritación crecía por momentos. Las conversaciones no hicieron sino confirmar su negativa opinión de la Unión Soviética, probablemente lo que había estado buscando implícitamente, en cualquier caso.

La agenda de Molótov, cuidadosamente concertada con Stalin, era más concreta y se dirigía principalmente a las cuestiones que habían conducido al deterioro de las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania en los últimos meses.[949] Finlandia, Rumania y los Balcanes eran áreas particularmente sensibles, en las que la Unión Soviética se sentía agraviada. Pero no se hizo ningún progreso. Las mutuas suspicacias y el antagonismo latente dominaron las conversaciones, que no llevaron a ninguna parte. Hitler vio completamente ratificada su opinión de que los intereses enfrentados de Alemania y la Unión Soviética nunca podrían conciliarse de manera pacífica. El enfrentamiento era inevitable. Hitler interpretó la visita de Molótov como la confirmación de que el ataque previsto desde julio no podía aplazarse más. A mediados de diciembre, como veíamos, se preparó una directiva militar que programaba la invasión para la siguiente primavera.

Desde la perspectiva soviética, aquellas infructuosas conversaciones no cambiaron nada, ni tuvieron consecuencias dramáticas. Lo cierto es que Molótov regresó a Moscú con la sensación de no haber logrado gran cosa. Y los dirigentes soviéticos siguieron mostrándose particularmente hoscos ante las que entendían como graves violaciones del pacto derivadas de la acción alemana en Rumania y Finlandia.[950] Los soviéticos se habían dejado vencer tácticamente, y de qué manera, en los Balcanes, y especialmente en Rumania. Desde julio, antes incluso de que Hitler anunciara a sus generales la intención de invadir la Unión Soviética la siguiente primavera, estaban llegando informes de la bien informada red de inteligencia sobre los preparativos alemanes para la guerra contra la URSS y de la transferencia y concentración de tropas en Prusia Oriental, cerca de la frontera rusa.[951] Sin embargo, pese a sus considerables recelos sobre las intenciones alemanas a largo plazo, Stalin y Molótov, las dos figuras clave en la elaboración de la política exterior soviética, no esperaban un conflicto militar en el futuro cercano. Deseosos ante todo, ahora igual que antes, de ganar tiempo, seguían teniendo como máxima prioridad el mantener vivo el pacto de 1939. A este respecto, pocas eran las opciones que tenían. Lo restringido de las alternativas era consecuencia en cierta medida de la rapidez con la que Alemania había establecido su dominio sobre buena parte de Europa desde la primavera, pero también era en parte una circunstancia autoimpuesta. Las opciones soviéticas se vieron reducidas principalmente por el mal estado del Ejército Rojo, que no estaría completamente preparado para la guerra antes de dos años. Y el responsable de eso, con las letales purgas lanzadas tres años antes contra sus experimentados y competentes líderes militares, era el propio Stalin.

IV

El 1 de enero de 1938 las Fuerzas Armadas soviéticas estaban formadas por 1.605.520 hombres, de

los cuales casi tres cuartas partes pertenecían al Ejército de Tierra, lo que no se alejaba mucho del tamaño proyectado para cuando Stalin esperaba estar preparado para la guerra, a finales de 1942.[952] Sin embargo, el plan se vio rápidamente desbordado por los acontecimientos cuando comenzó la guerra europea. La ocupación soviética del este de Polonia y, especialmente, la guerra contra Finlandia llevaron a la movilización de un gran número de reservistas, lo que incrementó el tamaño del Ejército en casi dos millones de soldados. No obstante, sorprendentemente, cerca de setecientos mil reservistas fueron desmovilizados después, tras el final de la guerra finlandesa, cuando el Politburó ordenó el retorno de numerosas unidades al estado de paz. Tuvo que producirse la conmoción de la victoria alemana en Francia para invertir aquella tendencia e instigar la gran campaña en pos de una drástica y rápida ampliación.[953]

Sin embargo, las serias deficiencias en la capacidad de liderazgo y en la experiencia de los mandos militares resultado de las purgas no podían resolverse rápidamente. Unos cuatro mil oficiales arrestados durante las purgas fueron liberados para ocupar puestos de mando, pero los alrededor de mil oficiales de alto rango recién ascendidos no tuvieron tiempo suficiente para adquirir la experiencia necesaria antes de que se iniciara la arremetida alemana.[954] También había fallos organizativos (puestos de manifiesto por la campaña en Finlandia), y las Fuerzas Armadas adolecían de una seria falta de armamento moderno. Pese a la intensificación de la producción de guerra tras el sobresalto provocado por la victoria de Hitler en el oeste aquel verano, la industria era incapaz de responder a la urgente necesidad de armas. La escasez seguía siendo gravísima cuando Hitler emprendió el ataque. Parte del problema residía en la forma de gobernar de Stalin y en la naturaleza del régimen.

Al igual que Hitler, Stalin tenía una mente despierta (aunque retorcida), y su excelente memoria le permitía captar todos los detalles. Su comprensión de los asuntos militares, sin embargo, era en esencia la de un aficionado bien informado. Carecía de la capacitación y la pericia de un profesional, lo que propició el desarrollo de dos tendencias en apariencia contradictorias, y ambas perjudiciales. Por un lado, Stalin tendía a inmiscuirse en cuestiones de detalle, como el tipo específico de artillería, guiado a menudo por un capricho personal.[955] Y por otro, se veía obligado a confiar enormemente en el criterio de los altos mandos militares merecedores de su confianza, y éstos eran muy pocos. Una vez iniciada la gran campaña para la ampliación y reconstrucción del Ejército Rojo en verano 1940, solía convocar sesiones, generalmente a altas horas de la noche en su dacha, para recibir información de sus líderes militares. Estos le enviaban también regularmente informes por escrito sobre el estado del Ejército.[956] Stalin, a su vez, controlaba a los jefes militares a través de los informes de Beria, jefe de la policía secreta, entre otros.[957] Pero, dado que rara vez abandonaba el Kremlin o su dacha, situada muy cerca de allí, para inspeccionar el verdadero estado de las Fuerzas Armadas, todavía dependía más de lo que le decían otros.

Hasta su destitución como comisario de Defensa en mayo de 1940, tras la pésima actuación del Ejército Rojo en la guerra con Finlandia, el mariscal Vorochílov había gozado de la confianza de Stalin en asuntos militares. Pero Stalin se había equivocado. Vorochílov se mostró negligente, holgazán e incompetente cuando hubo que hacer frente a la imperiosa necesidad de fortalecer el Ejército. Las cosas mejoraron sustancialmente cuando lo sustituyó el mariscal S. K. Timoshenko, pero incluso entonces, Stalin no dudaba en dejarse asesorar por individuos del calibre del detestable L. Z. Mejlis, antiguo director del periódico del Partido, Pravda, y en 1940 jefe del Directorio Político del Ejército Rojo. A Krushev, que tenía a Mejlis por «un bobo», le horrorizaba que éste

gozara de tanta influencia sobre Stalin en materia militar.[958]

Si Stalin albergaba todavía esperanzas relativas a la calidad del Ejército Rojo tras el descalabro sufrido en Finlandia, sin duda éstas se tuvieron que disipar con el devastador informe secreto presentado en diciembre de 1940 por Timoshenko, en el que señalaba las graves deficiencias de las Fuerzas Armadas de la nación. El larguísimo informe, elaborado sobre la base de una serie de minuciosas evaluaciones llevadas a cabo después de que Timoshenko relevara a Vorochílov en mayo, no debió de resultar agradable de leer para Stalin. Toda la estructura organizativa de apoyo a la administración y el abastecimiento era inadecuada, rezaba el texto, y estaba, en muchos aspectos, anticuada. La administración central había sido tan deficiente que a la llegada de Timoshenko ni siquiera había cifras exactas de la capacidad del Ejército Rojo. Igual de extraordinario era el hecho de que, bajo el encabezamiento «Planificación de Operaciones», el primer punto afirmase: «En el momento del abandono y la ocupación del cargo en el Comisariado Popular de Defensa, no se dispone de ningún plan de operaciones de guerra; no existe un plan de operaciones total ni parcial». No se había desarrollado ningún programa de capacitación para los altos mandos militares y sus hombres, ni a iniciativa de Vorochílov ni del Estado Mayor, y tampoco se realizaba ningún tipo de control de las maniobras de entrenamiento en las zonas militares. No había suficientes campos de aviación en las zonas clave. Incluso los mapas escaseaban. Además, existían serias deficiencias en el transporte y las comunicaciones. No había un plan actualizado de movilización ni un programa de entrenamiento para los tres millones de reservistas sin preparación.

Timoshenko también criticó la incapacidad de las academias de oficiales para formar jefes militares competentes, una carencia que afectaba ostensiblemente a la infantería. Había serias deficiencias en el entrenamiento de las tropas para la acción en el campo de batalla. El armamento estaba anticuado y no podía responder a las necesidades de la guerra moderna. La Fuerza Aérea iba muy a la zaga de la de otros países, y también se destacaba la grave falta de personal en el Ejército del Aire. El informe señalaba insuficiencias similares en cuanto a armamento moderno para las unidades motorizadas y la artillería. Una de las mayores deficiencias subrayadas era la ausencia de un sistema organizado y sistemático de información sobre el estado de los Ejércitos de otros países. Las defensas antiaéreas no podían ofrecer protección frente a un ataque desde el cielo. Y los preparativos para la defensa terrestre tras la primera línea eran muy escasos.[959] En general, aquella imagen no tenía nada que ver con la de un Ejército prácticamente listo para una guerra de grandes dimensiones o capaz de defender a la Unión Soviética de una invasión, y muchísimo menos de lanzar él mismo una operación ofensiva.

Es posible que Timoshenko exagerase los fallos existentes para protegerse de futuras críticas, atribuyendo a su predecesor toda la responsabilidad por la magnitud de la tarea a la que ahora se enfrentaba, pero a pesar de todo aquel informe constituía una tremenda denuncia del estado de las Fuerzas Armadas. Y los defectos no podrían corregirse inmediatamente. Costaría un tiempo considerable preparar al Ejército Rojo para un gran combate, circunstancia que supuso por sí sola la limitación más decisiva a las opciones operativas de Stalin en el transcurso de los meses siguientes. Stalin y Molótov coincidían en que la única alternativa era hacer todo lo posible y con la máxima rapidez para preparar a las Fuerzas Armadas para el inevitable enfrentamiento. Pero entre tanto era esencial evitar cualquier provocación que pudiera ofrecer a Hitler un pretexto para el ataque.

Estas dos consideraciones paralelas constituyeron efectivamente el marco de la política soviética durante los meses previos al lanzamiento de la «Operación Barbarroja». Y, de hecho, se hicieron

grandes logros en cuestión de rearme. La producción de armas había crecido un tercio entre 1939 y 1940. Y el Ejército aumentó enormemente su tamaño, hasta alcanzar los 5,4 millones de soldados en 1941, comparados con los 1,6 millones de comienzos de 1938.^[960] Los hombres se encontraban desplegados en su mayor parte en las fronteras occidentales de la Unión Soviética, y su equipamiento mejoró de forma sustancial.

Pero a menudo la moral y la disciplina dejaban mucho que desear.^[961] Relativamente pocos tanques y aviones eran de última generación, y un sinnúmero de obstáculos entorpecían el mantenimiento de una producción constante.^[962] Se había perdido demasiado terreno para superar el retraso tecnológico y los déficits organizativos, algo en lo que habían tenido mucho que ver las purgas.^[963] Se necesitaba más tiempo, y Stalin pensaba que podía ganarlo. Estaba convencido de que Hitler no atacaría en el este antes de haber ganado definitivamente la guerra en el oeste. Pensaba —y su opinión era compartida por Molótov y por el resto de los dirigentes políticos y militares soviéticos— que probablemente la invasión no se produciría antes de que el Ejército Rojo estuviera preparado para hacerle frente. Mientras tanto, se requería la máxima prudencia y, en caso de necesidad, el apaciguamiento de la Alemania nazi. Ganar tiempo era lo fundamental: el imperativo absoluto.

Bajo esta presión extrema, la estrategia militar soviética tenía que ser sometida a revisión. La teoría estratégica soviética descansaba sobre las ideas desarrolladas por Tujachevski en los años veinte y treinta, que presentaban un Ejército modernizado y tecnológicamente desarrollado capaz de transformar la defensa en ataque absorbiendo el primer asalto enemigo y trasladando a continuación la guerra al territorio contrario por medio de las llamadas «operaciones profundas». No se contemplaba la posibilidad de una larga guerra defensiva. Lo fundamental era la capacidad, después de capear el primer temporal, de asestar un inmediato y decisivo golpe mediante un ataque masivo a manos de fuerzas aerotransportadas y terrestres, apoyadas por concentraciones de unidades acorazadas y mecanizadas.^[964] La teoría estaba basada en una idea concreta sobre cómo comenzaría la guerra: con un ultimátum, una declaración formal, a continuación varios días, o incluso semanas (como en 1914), de movilización a gran escala, y una serie de batallas en la frontera que permitieran llevar a la práctica las «operaciones profundas».^[965] Ahora, el ataque sorpresa, la brillantez táctica y la devastadora rapidez de la Blitzkrieg alemana en el oeste ponía en entredicho tales premisas. Sin embargo, la planificación del Estado Mayor soviético en 1940 y 1941 sólo retocaba las teorías de las «operaciones profundas» de Tujachevski, sin modificarlas de manera radical. Incluso cuando el general Gueorgui Zhukov, futuro héroe de guerra, asumió el cargo de jefe del Estado Mayor a finales de enero de 1941, se seguía confiando en que el Ejército Rojo podría contener al enemigo durante el ataque inicial y después transformar la defensa en ataque mediante un devastador contragolpe.^[966] Los planes estratégicos del Estado Mayor progresaban sobre la base de dicho planteamiento.

Timoshenko, como hemos señalado, se había mostrado feroz en su crítica a la ausencia de un plan de operaciones de guerra cuando sustituyó a Vorochílov en mayo de 1940. De hecho, el plan anterior, diseñado en 1938 por el mariscal V. M. Shaposhnikov, a la sazón jefe del Estado Mayor, ya no tenía razón de ser a la vista de las nuevas circunstancias derivadas de la guerra europea. Sin embargo, y pese al desprecio mostrado por Timoshenko al respecto, los planes posteriores presentaban fuertes elementos de continuidad con el planteamiento de Shaposhnikov.

Shaposhnikov observaba una amenaza para la Unión Soviética procedente de Japón en el este y otra mayor procedente de Alemania y Polonia, junto con Italia y los países bálticos, en el oeste.

Trabajando a fondo en la teoría de una defensa estratégica capaz de contener al enemigo antes de transformarse en una ofensiva, Shaposhnikov planteaba dos variantes para un eventual ataque contra el frente occidental soviético. Las defensas soviéticas tenían que estar preparadas para un asalto desde el norte de los pantanos del Pripet, en Polonia, hacia Vilna, en Lituania, y después hacia Minsk, o bien desde el sur de los pantanos, por la Polonia meridional, en dirección a Kiev. Shaposhnikov todavía confiaba en unos principios de movilización que pronto se revelarían completamente obsoletos. Consideraba que la modalidad septentrional era algo más probable, ya que el ataque enemigo podría producirse en el vigésimo día de movilización, mientras que se necesitarían veintiocho o treinta días para la variante del sur. Y calculaba que la decisión soviética de privilegiar la defensa en el sur o en el norte no se tomaría hasta el décimo día de movilización, cuando ya estuviera clara la dirección que iba tomando la ofensiva enemiga.[967]

En agosto de 1940, cuando Shaposhnikov fue sustituido como jefe del Estado Mayor por el general K. A. Meretskov, a su plan le hacía falta una profunda revisión. Polonia ya no existía, los estados bálticos de Letonia, Estonia y Lituania formaban ahora parte de la Unión Soviética, Finlandia había caído en la órbita germana y Alemania había ampliado su control sobre la cuenca del Danubio, de modo que Rumania y Hungría podían considerarse aliados suyos en un futuro conflicto. Además, Italia había entrado en la guerra y la influencia del Eje se había fortalecido sustancialmente. Timoshenko y Meretskov invalidaron entonces la prioridad otorgada por Shaposhnikov a la variante del norte. En su nueva versión, presentada a Stalin el 5 de octubre, preveían que el principal ataque provendría del sur. Stalin coincidió con ellos. «Yo pienso que lo más importante para los alemanes es el cereal de Ucrania y el carbón de Donbass», señaló.[968] A mediados de mes se adoptó el plan revisado, basado en la idea de que el principal ataque alemán se produciría desde el sur de los pantanos del Pripet. En aquel escenario, los Balcanes desempeñaban un papel central dentro del planteamiento estratégico soviético. Según el nuevo proyecto, el Ejército Rojo se adentraría «por el sur de Brest-Litovsk para, mediante enérgicos avances en dirección a Lublin y Cracovia y después hacia Breslavia, cortar la retirada a Alemania desde los países balcánicos en la primera fase de la guerra, privarla de sus principales bases económicas e influir de manera decisiva en los países balcánicos sobre su participación en la guerra». Esta versión permaneció intacta en lo esencial como base de la planificación soviética de operaciones de guerra hasta las vísperas de la «Operación Barbarroja».[969]

A finales de diciembre de 1940, poniendo fin a una conferencia de máximos líderes militares convocada por Stalin a la vista del desalentador informe sobre el estado de las Fuerzas Armadas presentado poco antes, Timoshenko recapituló el desarrollo de la reunión afirmando que «aunque la guerra con Alemania podía ser difícil y larga, el país tenía todo lo que necesitaba para una lucha que llevara a la victoria total». Probablemente aquella valoración tan sumamente optimista era en realidad lo que Timoshenko pensaba que Stalin quería escuchar. En cambio, lo que consiguió fue que el dictador soviético pasara una noche en vela.[970] Y su desasosiego no se disipó precisamente cuando conoció los resultados de dos simulacros de combate realizados a comienzos de enero.

Los simulacros se ocupaban estrictamente de la estrategia de defensa. Ambos partían de la base de una agresión desde el oeste: una invasión de la Unión Soviética. Y ambos, sorprendentemente, omitían la crucial fase inicial de defensa y comenzaban su evaluación ya en la fase, prevista para varias semanas después del inicio de la guerra, en la que el «enemigo» ya hubiera penetrado en territorio soviético. El primero de los simulacros planteaba un ataque por el norte, con Zhukov a la

cabeza de las fuerzas «enemigas» y el general D. G. Pavlov al mando del Ejército soviético. Pavlov no logró repeler al «enemigo», que acabó adentrándose una gran distancia en territorio soviético. En el segundo simulacro, Zhukov y Pavlov cambiaron de bando. Ahora comprobaban la variante meridional. Zhukov puso en práctica la teoría de las «operaciones profundas», contuvo el ataque en el sur, destruyó veinte divisiones enemigas y pudo penetrar por un flanco en Polonia y avanzar más de ciento cincuenta kilómetros. Pero incluso entonces, la ofensiva alemana no pudo ser contenida por completo. Los resultados no se consideraron satisfactorios. En una reunión celebrada poco después en el Kremlin, con el Politburó presente, Stalin reprendió severamente al jefe del Estado Mayor Meretskov, y lo destituyó allí mismo. Zhukov, que se había revelado como un eficaz comandante en los simulacros de combate, fue ascendido a nuevo jefe del Estado Mayor.[971]

En marzo, bajo la influencia de los simulacros de combate y de un programa de movilización recientemente concluido (que, de nuevo, en un intento de complacer a Stalin había facilitado cifras de lo más optimistas y utópicas en cuanto a efectivos humanos y armamento), estaba listo el plan corregido de operaciones, que afianzaba la decisión, tomada en otoño y aparentemente justificada por los simulacros de combate, de otorgar la prioridad de la defensa soviética a la esperada modalidad meridional del ataque alemán. Se suponía que la ofensiva alemana clave se dirigiría a Ucrania,[972] lo que resultó ser un gravísimo error de cálculo.

Los frenéticos meses de revisión de los planes y de febril ampliación transcurridos desde el verano —y el ritmo había de acelerarse todavía mucho más— habían producido resultados dispares. Por un lado, no cabía duda de que se había avanzado muchísimo en un tiempo extraordinariamente reducido. Por otro lado, todavía quedaba mucho por hacer antes de que las defensas estuvieran preparadas para la ofensiva esperada. Los simulacros de combate habían puesto de manifiesto las serias deficiencias todavía existentes en la estrategia de defensa, en tanto que los cálculos relativos a hombres y armamento tendían a exagerar su potencial actual y adornar ostensiblemente su futura capacidad. El plan de movilización de febrero hablaba de una asombrosa fuerza bélica de ocho millones setecientos mil soldados en más de trescientas divisiones completamente equipadas, sesenta de ellas con tanques y treinta motorizadas, y una Fuerza Aérea de unos catorce mil aviones. Y se esperaba ver cumplidos los objetivos del plan a finales de 1941. Pero las cifras ocultaban buena parte de la verdad. Ni siquiera en 1943 se podrían fabricar vehículos suficientes para equipar enteramente las divisiones motorizadas y de tanques. Incluso con una producción óptima, el 1 de enero de 1942 el déficit de tanques de tamaño medio (principalmente de los posteriormente célebres T-34) ascendería al 75 por 100. Las cifras relativas a los aviones eran también completamente utópicas a corto plazo. Y cuando la guerra comenzó finalmente en junio de 1941, una cuarta parte de las divisiones especificadas en el plan sólo existían sobre el papel.[973]

Stalin y su «círculo interno», que estaban perfectamente informados de los planes y de sus limitaciones prácticas, sabían que un ataque alemán en 1941 supondría un peligro extremo para la Unión Soviética. El Ejército Rojo seguiría estando mal equipado para responder a la amenaza. Las defensas del país se verían cuando menos al máximo de sus posibilidades. En muchísimas esferas de importancia capital —producción de tanques y aviones, fortificaciones fronterizas, efectivos humanos— no se contaba con terminar los preparativos antes de principios de 1942.[974] Los problemas se habían visto agravados por la decisión de Stalin, haciendo caso omiso del desacuerdo manifestado por sus consejeros militares, de abandonar el sistema de fortificaciones conocido como la «Línea Stalin», que se había empezado a construir en los años veinte y que se prolongaba por toda

la antigua frontera de la Unión Soviética, en beneficio de la construcción de fortificaciones en posiciones de vanguardia de los nuevos límites territoriales. Lo equivocado de aquella decisión quedó de manifiesto en junio de 1941. En vísperas del ataque alemán, algunas áreas cruciales de defensa todavía carecían de campos de minas, camuflaje y campos de tiro efectivos, y la mayoría de los bastiones tardíamente contruidos por orden de Zhukov no disponían de artillería. Entre tanto, cuando Stalin accedió por fin a que se activara parcialmente la vieja línea de fortificaciones, las tropas se encontraron las instalaciones «cubiertas de hierba y maleza crecida», meras estructuras de hormigón con emplazamientos de artillería vacíos.[975]

Stalin sacó una conclusión de todo aquello. No había opción: el conflicto con Alemania tenía que postergarse a toda costa hasta 1942 como mínimo. «Todos nosotros, incluido Stalin, sabíamos que el conflicto era inevitable —recordaba Mikoyán—, pero también éramos conscientes de nuestra falta de preparación para ello».[976] Más tarde Stalin comentó a Churchill que él sabía que la guerra se aproximaba, pero que pensaba que podría ganar otros seis meses o así.[977] Eso requería poner en práctica una política basada en aplacar a Alemania y evitar la confrontación, sin ofrecer la más mínima provocación para la agresión alemana. Ninguno de los socios más cercanos de Stalin discrepaba de este análisis. Lo defendieron incluso cuando fueron aumentando los indicios de que Hitler se estaba preparando para atacar en 1941. Stalin miraba aquellas señales con serenidad. Creía que podía adivinar las intenciones de Hitler. Hitler no era estúpido, pensaba. No se arriesgaría a una guerra en dos frentes. Primero querría cubrir la retaguardia en el área occidental. Los británicos estaban demostrando una gran tenacidad, y la victoria alemana en el oeste no parecía inminente. Si los alemanes no atacaban en verano de 1941, el feroz invierno ruso se encargaría de que no pudieran hacerlo antes de la siguiente primavera. Así que Stalin confiaba en que podría eludir a Hitler hasta 1942. Y entonces, el Ejército Rojo estaría preparado para él.

V

Entre tanto, con las opciones militares descartadas, había que hacer todo lo posible en el frente diplomático. A este respecto, los primeros meses de 1941 se saldaron con un éxito solamente parcial. En el haber estaba la declaración de neutralidad firmada por Turquía en marzo, que permitió atajar el peligro de que ésta se uniera al Pacto Tripartito y reducir el peligro que amenazaba a la Unión Soviética en el flanco meridional, donde los estrechos turcos habían demostrado tradicionalmente ser un punto vulnerable de las defensas rusas.[978] Todavía más importante fue el pacto de neutralidad formalizado con Japón en abril, que desató la euforia de Stalin ante tan importante avance para la seguridad del frente oriental soviético, eliminando o al menos reduciendo enormemente— la posibilidad de que la URSS fuera atacada tanto desde el este como desde el oeste. En el debe, las esperanzas de mantener a Bulgaria —que tradicionalmente mostraba buena disposición hacia Rusia y que tenía una gran importancia estratégica para la seguridad soviética en los Balcanes— fuera de las garras de los alemanes se habían esfumado a finales de febrero, cuando Sofía accedió a sumarse al Pacto Tripartito y a permitir el estacionamiento de tropas alemanas en suelo búlgaro. A comienzos de abril, los rápidos movimientos destinados a forjar un pacto de alianza

con Yugoslavia, donde un golpe de Estado popular había derrocado a un Gobierno que había decidido unirse al Eje, quedaron invalidados por la invasión alemana y la rápida conquista posterior del país. Además, con la capitulación de Grecia ante las fuerzas de Hitler a finales de abril los Balcanes se encontraban ahora de lleno —a excepción del caso de la neutralidad turca— bajo la esfera germana, y la frontera sur de la Unión Soviética expuesta a Alemania y a sus aliados. En cada movimiento de aquella partida de damas diplomática Stalin había sido superado por Hitler. La debilidad militar se vio agravada por el aislamiento diplomático.

Stalin seguía sumamente preocupado, además, por la posibilidad de que Gran Bretaña buscase un trato con Hitler que acabaría con el fantasma de la guerra en dos frentes y permitiría que Alemania se dirigiera hacia el este sin verse amenazada desde el oeste. La debilidad militar de Gran Bretaña, evidenciada por la retirada de cien mil hombres de Grecia cuando se produjo la invasión alemana y por los asombrosos éxitos de Rommel en el norte de África, hizo que esa posibilidad adquiriera visos de realidad. El propio embajador británico en Moscú, sir Stafford Cripps, alertaba ahora a Stalin y Molótov precisamente sobre aquel eventual escenario. «No era descabellado pensar que, si la guerra se prolongaba durante mucho tiempo —manifestó Cripps el 18 de abril—, Gran Bretaña (y especialmente ciertos círculos dentro de Gran Bretaña) se vería tentada a llegar a alguna clase de acuerdo para poner fin a la guerra sobre una base del tipo del que se ha sugerido recientemente en ciertos sectores alemanes».[979] El Gobierno británico estaba tratando en aquel momento de incitar a la Unión Soviética a destinar su poderío militar a la defensa de Yugoslavia y Grecia para constituir un «frente balcánico» contra Hitler. Insistir en la amenaza creciente que suponía Alemania para la URSS era en sí parte de aquella ofensiva diplomática. Pero en lugar de eso, lo que consiguió Cripps fue alarmar a los dirigentes soviéticos por la posibilidad de un «arreglo» entre Alemania y Gran Bretaña. Cuando, más tarde, Winston Churchill envió un mensaje a Stalin a través de Cripps entregado en el Kremlin el 21 de abril, para advertir al líder soviético del peligro de un ataque alemán, el efecto del mismo fue absolutamente contraproducente. Lo único que logró aquel mensaje fue hacer sonar con más fuerza las alarmas e intensificar la paranoia de Stalin, que suponía que Churchill estaba intentando engatusarlo para que entrase en una guerra contra Alemania, en una acción destinada a servir únicamente a los intereses británicos. «Mira —dijo a Zhukov—, a nosotros nos amenazan con los alemanes, y a los alemanes con la Unión Soviética, y nos están enfrentando entre nosotros. No es más que un sutil juego político».[980]

Churchill describió más tarde a Stalin y sus socios del Kremlin como unos «bobalicones» y como «los metepatas más absolutamente embaucados de la Segunda Guerra Mundial», y pensaba que con un contacto directo con el jefe soviético podría haber evitado el desastre sufrido por su país el 22 de junio de 1941.[981] Churchill no supo ver, ni siquiera cuando ya era tarde, cómo se interpretaría necesariamente en Moscú su bienintencionado mensaje. En aquel contexto, la reacción de Stalin no fue completamente irracional. En cualquier caso, cuando Churchill le envió su advertencia, Stalin había recibido ya un aluvión de informes del servicio de inteligencia que le avisaban de la creciente amenaza procedente de Alemania.

Con tantos simpatizantes comunistas en el extranjero como tenía, al régimen de Stalin no le faltaban informantes dispuestos, a menudo arriesgando ostensiblemente su propia seguridad, a proporcionar a los órganos de seguridad del Estado un torrente de información que era dispar en cuanto a la calidad y a menudo contradictoria, pero en ocasiones relevante.[982] Vsevolod Merkulov, jefe de la NKGB (organismo responsable de los asuntos exteriores y escindido a

principios de febrero de 1941 de la NKVD de Beria, encargada de la seguridad interna), le enviaba asiduamente síntesis de aquellos informes.[983] Pese a aprobar el nombramiento de Merkulov, Stalin no tenía una elevada opinión de él, pues lo consideraba débil y excesivamente preocupado por agradar. Aquel defecto era, desde luego, intrínseco al sistema, pero tal vez no ayudase el hecho de que Merkulov escribiera obras de teatro y narrativa en su tiempo libre.[984] En cualquier caso, Stalin desconfiaba de sus informes. Y tampoco creía poder confiar en los informes de la inteligencia militar remitidos por el jefe del GRU (la inteligencia militar soviética), general Filip Golikov, que también compilaban en ocasiones información importante. Otros informes, llegados a través de las fuentes del Ministerio de Exteriores,[985] también eran tratados con escepticismo. Así pues, algunas informaciones vitales, por las que con frecuencia los agentes habían arriesgado la vida, eran desechadas sistemáticamente por Stalin, tildadas de «desinformación». En realidad, sí había muchísima desinformación puesta deliberadamente en circulación. Buena parte de ella la habían publicitado con éxito los propios alemanes (como la historia de que el fortalecimiento de las tropas en el este era una mentira destinada a engañar a la inteligencia británica, una tapadera para el plan de invasión de Gran Bretaña),[986] de modo que había razones para la desconfianza y el escepticismo con respecto a la información no confirmada. No obstante, el profundo cinismo de Stalin iba mucho más allá del saludable escepticismo, pues lo llevaba a no creer ninguna información, por muy convincente que fuera y por muy bien situada que estuviera la fuente, que contradijera su propio análisis de las intenciones alemanas. Y ello descansaba, irónicamente, en la falsa idea, propagada con éxito por los alemanes, de que todo ataque iría precedido de un ultimátum, lo que le daría tiempo para dar su aprobación, organizar la movilización e incluso adelantarse a los acontecimientos.[987] La absoluta desconfianza hacia toda la información, unida a la convicción de que su análisis era acertado, constituyó la razón última por la que Stalin fue cogido totalmente por sorpresa el 22 de junio de 1941.

Ya el 5 de diciembre de 1940, el recién nombrado embajador soviético en Alemania, Vladimir Dekanozov, antiguo oficial de alto rango de la NKVD, recibió una carta anónima que le avisaba de que Hitler atacaría la Unión Soviética la primavera siguiente.[988] En aquel preciso momento Hitler estaba confirmando a sus líderes militares la decisión de prepararse para invadir la URSS en mayo de 1941, encarnada en la directiva de la ahora llamaba «Operación Barbarroja», emitida el 18 de diciembre. Al cabo de once días, el servicio militar de inteligencia soviético en Berlín remitía a Moscú la información que había recibido de «los altos círculos militares mejor informados de que Hitler ha dado la orden de prepararse para la guerra con la URSS. La guerra será declarada en marzo de 1941». A principios de enero de 1941 Stalin recibió personalmente confirmación de aquella información.[989]

Dos de los agentes mejor situados, y que proporcionaban un flujo constante de excelente información, eran los simpatizantes comunistas alemanes Harro Schulze-Boysen (cuyo nombre en clave era «Starshina» o «el Viejo») y Arvid Harnack (conocido como «Korsicanets» o «el Corso»). Gracias a sus lazos familiares (su padre era sobrino del almirante Alfred von Tirpitz, antiguo jefe de la Armada alemana, y su madre estaba emparentada con Hermann Göring), Schulze-Boysen pudo incorporarse como oficial al cuartel general de la Luftwaffe en 1941, donde tuvo acceso a material de alto secreto. Harnack, un abogado que había estudiado durante un tiempo en Estados Unidos, era sobrino de Adolf von Harnack, eminente teólogo, y desde 1935 trabajaba en el Ministerio de Economía en Berlín. Al igual que Schulze-Boysen (con el que entró en contacto después de que

estallara la guerra), tenía acceso a información privilegiada. Los dos se dejaron convencer en 1940 para trabajar en secreto para la inteligencia soviética. Al final fueron descubiertos y ejecutados en 1942, pero en 1941, cuando estaban en marcha los preparativos alemanes para atacar la URSS pudieron obtener información de fuentes muy cercanas al centro de la planificación militar y económica nazi.

A comienzos de marzo de 1941, «el Corso» informó de la existencia de serias discusiones entre los dirigentes alemanes en torno a la idea de atacar a la URSS. Su comunicado, trasladado a Stalin Molótov, Timoshenko y Beria, anunciaba que se estaban elaborando planes de contingencia para la ocupación de las regiones occidentales de la Unión Soviética, e informaba de que el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra alemán, pensaba que la ocupación de Ucrania y el Cáucaso sería fácil y reportaría grandes beneficios, una información que encajaba con la suposición de los soviéticos de que cualquier ataque tendría su centro principal en el sur.[990] Un nuevo informe, remitido a los dirigentes soviéticos dos días después, indicaba que el fortalecimiento de las tropas en la frontera soviética alcanzaba ahora cotas tales que era evidente que se trataba de una fuerza invasora. No obstante, el comunicado sugería que la URSS sólo sería atacada después de producirse una agresión a Turquía; además, Ribbentrop e incluso Hitler pensaban que Alemania saldría más favorecida económicamente con la preservación de sus lazos comerciales con la Unión Soviética que con la invasión y la ocupación. La sensación compartida por los líderes soviéticos de que podía haber una escisión en los estratos superiores del régimen nazi, e incluso de que Hitler podía no pertenecer a la facción más agresiva en lo relativo a las intenciones con respecto a la Unión Soviética, recibió así cierto respaldo.[991]

Unos días más tarde, un nuevo informe de «el Corso» llegó hasta el despacho de Stalin. El comunicado hablaba de aviones espía que estaban fotografiando el territorio soviético, especialmente en torno a la base naval de Kronstadt, cerca de Leningrado. También transmitía información de segunda mano procedente de dos generales alemanes según la cual había programado un ataque a la URSS para primavera. El Alto Mando alemán, decía el texto, creía que las fuerzas soviéticas serían derrotadas en poco más de una semana. La ocupación de Ucrania —centro del «granero» soviético— privaría a la URSS de su principal fuente de alimentos. La Wehrmacht avanzaría rápidamente hacia el este, y al cabo de veinticinco días habría pasado ya los Urales.[992] Hacia finales de marzo, «el Corso» transmitió información del Ministerio del Aire alemán en la que daba detalles sobre los planes para bombardear las comunicaciones en la URSS, el reconocimiento aéreo de algunas ciudades soviéticas y la idea de los oficiales de la Luftwaffe de que las operaciones comenzarían a finales de abril o principios de mayo. Un elemento destacado, señalaba el informe, era el objetivo alemán de hacerse con las cosechas antes de que las fuerzas soviéticas en retirada tuvieran tiempo de destruirlas.[993] En abril se intensificó el volumen de informes. En ellos se daban detalles precisos sobre el fortalecimiento del contingente alemán a lo largo de la frontera soviética, los movimientos de las tropas y la construcción de fortificaciones y aeródromos.[994] «El Viejo» («Starshina») transmitió la información, obtenida de un oficial que tenía contacto con Göring, de que Hitler consideraba necesario lanzar una guerra preventiva contra la URSS. A continuación el informe mencionaba algo que quedó grabado en la mente de Stalin y de otros dirigentes soviéticos. Antes de declarar la guerra, Alemania daría un ultimátum para que la Unión Soviética se sumara al Pacto Tripartito y se sometiera a las demandas alemanas, que consistirían principalmente, se suponía, en una despiadada combinación de explotación económica y subordinación política. El ataque se

produciría si la URSS rechazaba el ultimátum.[995] Pocos días más tarde, «Starshina» anunciaba que la mayor parte de los oficiales alemanes se oponían a Hitler y no apoyaban la idea de atacar a la URSS. Pensaba que la ocasión para un golpe decisivo a manos de la Wehrmacht se estaba desvaneciendo.[996] A finales de mes, «el Corso», después de una reunión secreta de los principales oficiales alemanes en el Ministerio de Economía, volvió a destacar las demandas de aprovisionamiento de materias primas de la Unión Soviética, que habían de conseguirse por medio de la paz o de la guerra.[997] Y el 6 de mayo, un comunicado de otra fuente extremadamente bien informada, Richard Sorge (conocido como «Ramzai»), espía soviético con base en la embajada alemana en Tokio, señaló que, según el embajador alemán, el general Eugen Ott, Hitler estaba decidido a derrotar a la URSS y a hacerse con los recursos económicos de las zonas occidentales del país. Una vez sembrado el cereal, Alemania podía atacar en cualquier momento para llevarse la cosecha. Los generales alemanes consideraban, según Ott, que la campaña oriental no supondría ningún obstáculo para la guerra contra Gran Bretaña. Las fuerzas soviéticas, pensaban, no estaban preparadas, las defensas eran débiles y costaría varias semanas poder poner en camino al Ejército Rojo.[998] Estos informes, y los de un sinnúmero de agentes más, eran resumidos sistemáticamente por Merkulov, jefe de la seguridad exterior, y sus compendios enviados a la cúpula soviética.[999]

Visto desde nuestra perspectiva, no prestar atención a esas informaciones parece una auténtica locura. Dejando a un lado el hecho de que buena parte de ellas se basaban en meros rumores, que no siempre eran coherentes y que no coincidían en realidad con el verdadero proyecto de invasión, lo cierto es que sí que apuntaban de manera inequívoca a un ataque alemán contra la Unión Soviética, y en un futuro próximo. Desde el punto de vista de Stalin, sin embargo, eso no era tan evidente. Los informes que acabamos de mencionar sólo constituían una parte del creciente flujo de información recibida, que estaba empezando a convertirse en torrente. Pero buena parte de ella llegaba en realidad a través de canales británicos, estadounidenses o de otros países,[1000] lo que, como hemos visto, despertaba instintivamente la desconfianza de Stalin. Y ésta, a su vez, se veía alentada además por sus propios jefes de los servicios de inteligencia. El 20 de marzo de 1941, el general Golikov, jefe de la inteligencia militar, presentó un informe a los Comisariados de Defensa y de Exteriores y al Comité Central que presentaba una larga lista de las diversas opiniones de un sinnúmero de fuentes sobre las intenciones alemanas con respecto a la URSS. El general inició su exposición afirmando que gran parte de esa información acerca del ataque a la Unión Soviética en primavera procedía de fuentes angloamericanas, cuyo objetivo era deteriorar la relación entre Alemania y la URSS. Su opinión personal era que los alemanes no atacarían la Unión Soviética hasta que no hubieran derrotado a Gran Bretaña. Los persistentes rumores de que el ataque podía producirse en primavera de 1941, indicaba, debían entenderse como desinformación difundida por los servicios de inteligencia británicos, y también por los alemanes.[1001] Pero eso no era más que seguir el juego a la visión preconcebida de Stalin.

Stalin y sus colaboradores no fueron los únicos, sin embargo, en malinterpretar las señales. La mayor parte de los servicios de inteligencia extranjeros también se dejaron engañar.[1002] La estrategia alemana de manipulación —consistente en hacer creer que el fortalecimiento de las tropas en el este era una pantalla para la «Operación León Marino» (la invasión de Inglaterra) o que iba a culminar en un ultimátum ofrecido a Stalin para exigir la entrega de territorios y materias primas de la Unión Soviética— tuvo mucho que ver en ello.[1003] La inteligencia británica, que en ocasiones se creía los mensajes falsos puestos en circulación deliberadamente por los alemanes, se dio cuenta

demasiado tarde de que era cierto que se estaba planeando una invasión. Los primeros informes sobre el proyecto de agresión de Hitler fueron desechados como rumores poco fidedignos, como mera expresión de un deseo o como reflejo de una serie de movimientos defensivos frente a un posible ataque soviético. Después todo aquello se interpretó como una «guerra de nervios» organizada por los alemanes para evitar la intervención en los Balcanes o conseguir sacarle más recursos materiales a la Unión Soviética.[1004]

Descifrar aquella información no era, por tanto, tarea sencilla, ni mucho menos. Varios años después, Molótov seguía mostrándose impenitente ante la acusación de que el principal error de Stalin había sido desoír las noticias que estaba recibiendo. «Nos culpan de no haber prestado atención a nuestros servicios de inteligencia —decía Molótov—. Sí, nos avisaron. Pero si les hubiésemos hecho caso, de haber tenido Hitler la menor excusa, nos habría atacado antes». (Molótov no indicaba cuándo lo habría podido hacer. Dado que era evidente que los alemanes no estaban en condiciones de atacar durante los meses de verano de 1940 y que el invierno ruso descartaba toda posibilidad de emprender una acción de esa naturaleza durante los meses siguientes, la fecha más temprana para cualquier invasión tenía que ser la primavera de 1941, que es cuando, de hecho, Hitler tenía pensado lanzarla inicialmente.) «Nosotros sabíamos que la guerra iba a llegar pronto, que éramos más débiles que Alemania, que tendríamos que retirarnos —proseguía Molótov—. Hicimos todo lo posible por aplazar la guerra [...]. Stalin calculaba antes de la guerra que hasta 1943 no podríamos responder a los alemanes como iguales». El entrevistador recordó entonces a Molótov la afluencia de informes de la inteligencia. «No podíamos confiar en nuestra inteligencia —replicó éste—. Tienes que escucharlos, pero también tienes que verificar su información. Los agentes de inteligencia podrían llevarte a una posición tan peligrosa que nunca podrías salir de ella. Los provocadores son innumerables por doquier [...]. No podías confiar en aquellos informes».[1005] Las opiniones de Molótov no eran más que el eco de las de Stalin.

A comienzos de mayo, sin embargo, la avalancha de información preocupante no podía seguir obviándose sin más. Incluso Stalin consideraba necesario realizar alguna acción, destinada principalmente a transmitir un mensaje a Alemania, tranquilizar a la población y elevar la moral de la tropa. Entre tanto, Timoshenko y Zhukov estaban empezando a mirar las advertencias con mayor preocupación que el líder soviético. Ahora defendían una acción de distinta naturaleza, y estaban trabajando en un plan militar profundamente renovado que hacía hincapié en la importancia de una ofensiva soviética.

VI

El 5 de mayo Stalin sustituyó a Molótov como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, e equivalente al primer ministro. Ahora era oficialmente jefe del Gobierno por primera vez, además de líder del Partido (y su secretario general). En realidad, aquel gesto, hecho público al día siguiente, era en muchos sentidos meramente superficial. Aunque Molótov había estado hasta entonces a la cabeza del Gobierno, la supremacía de Stalin nunca se había puesto en duda. Ahora bien, al asumir el cargo oficialmente, Stalin estaba tratando de tranquilizar a la población soviética. Tenía el control

total. El bienestar del país estaba en las mejores manos. Él sabía lo que había que hacer.

Pero aquel movimiento buscaba algo más que levantar la moral. Convertir las decisiones del Politburó en decretos gubernamentales, un proceso necesario para asegurar la hegemonía del Partido, había exigido el establecimiento de una serie de engorrosas formalidades. En aquel momento tan sumamente crítico, tales formalidades fueron objeto de una profunda racionalización.¹²⁷ Igual de importante o más era la impresión que había de transmitirse en el extranjero, y sobre todo a Alemania. En la esfera diplomática, la falta de responsabilidades de Stalin en el Gobierno había constituido una complicación, puesto que las negociaciones formales tenían que pasar por Molótov, aunque obviamente fuera Stalin el que estaba al mando. Dicha complicación quedaba ahora salvada. Se pretendía demostrar a los alemanes que en las negociaciones para estabilizar las relaciones podían tratar directamente con Stalin. El embajador alemán en Moscú, conde Friedrich Werner von der Schulenburg, comunicó a Berlín, en consonancia con su secreta oposición a la inminente invasión, su convicción «de que Stalin utilizará su nueva posición para participar personalmente en el mantenimiento y desarrollo de buenas relaciones entre los soviéticos y Alemania».[1006] Los alemanes pronto tuvieron razones para sentirse satisfechos con Stalin como primer ministro. No en vano, el dirigente soviético desmintió los rumores de concentraciones militares en la frontera, reanudó las relaciones diplomáticas con el Gobierno proalemán de Iraq y cerró las embajadas de Noruega, Bélgica y Yugoslavia en Moscú, todo para apaciguar a Hitler.[1007]

El día en el que se convirtió en primer ministro soviético, Stalin pronunció un gran discurso en Moscú ante cientos de graduados de la Academia Militar, la élite del Ejército Rojo, representantes del Comisariado de Defensa y del Estado Mayor e importantes figuras del Gobierno. A diferencia de Hitler, Stalin rara vez daba discursos, ni siquiera a puerta cerrada. Su anterior gran alocución se había producido en marzo de 1939, en el XVIII Congreso del Partido.[1008] Y, también a diferencia de Hitler, el estilo de Stalin era tranquilo y mesurado (incluso hasta el punto de resultar tedioso) y el contenido de sus manifestaciones, estructurado y ordenado. Precisamente la escasa frecuencia de los discursos y la gravedad de la situación incrementaron el interés, tanto dentro del país como en Berlín, por lo que Stalin había dicho. Pero nada se pudo saber con certeza. Los periódicos del día siguiente sólo publicaron una escueta nota sobre la declaración.[1009]

En total, alrededor de mil quinientas personas oyeron hablar a Stalin durante unos cuarenta minutos sobre los grandes logros realizados en la modernización y el fortalecimiento del Ejército Rojo hasta alcanzar su actual posición de fuerza. El dirigente soviético facilitó todo un despliegue de cifras impresionantes sobre los enormes avances efectuados en el tamaño y la capacidad de combate de las Fuerzas Armadas y en su moderno armamento. En cuanto al Ejército alemán, atribuyó las grandes victorias en el oeste a su capacidad para aprender de los antiguos errores y a la debilidad de los franceses. Insistió en que el Ejército alemán no era invencible y, estableciendo una analogía con Napoleón, reiteró que no lograría su objetivo de conquista (que había venido a sustituir al objetivo de libertad del Tratado de Versalles). En la recepción que tuvo lugar a continuación, Stalin propuso tres breves brindis. El tercero de ellos lo dedicó a corregir a un oficial que había querido brindar por su política de paz. La política de paz había sido muy útil para las defensas del país, dijo Stalin. Esa era la línea que se había seguido hasta que se fortaleció el Ejército y se le proporcionó armamento moderno. Pero ahora, afirmaba, la Unión Soviética tenía que pasar de las operaciones defensivas a las ofensivas. «El Ejército Rojo es un ejército moderno —concluía—, pero un ejército moderno es un ejército atacante».[1010] Algunos analistas han visto en estas palabras el objetivo de

lanzar un ataque preventivo contra Alemania, precisamente la idea invocada por la propaganda nazi para justificar la invasión de la URSS[1011] Pero aquellas breves palabras no constituían más que una lacónica reafirmación de la vieja estrategia militar basada en convertir la defensa en un ataque devastador, si bien no deja de ser cierto que presentaban, y así fueron interpretadas, una nueva orientación hacia la ofensiva. Y estaban, como lo estaba el discurso principal anterior a los brindis, expresamente destinadas a ello. El propósito fundamental era infundir confianza en la capacidad de lucha del Ejército Rojo, levantar la moral a través de la seguridad irradiada por la cúpula de la Unión Soviética. El hecho de que el discurso estableciera el tono de las nuevas directivas propagandísticas para el Ejército y la población civil preparadas a continuación también es un indicio de que su propósito principal era elevar la moral.[1012]

Generalmente se ha interpretado que el objetivo del discurso fue difundir desinformación en el extranjero. Si así hubiera sido, la inteligencia soviética habría filtrado hábilmente su contenido, cuando en realidad, incluso los alemanes, cuyo interés en lo que Stalin tenía que decir era evidente, tuvieron que contentarse con una versión completamente mutilada que no fue transmitida hasta un mes después por el embajador en Moscú. Schulenburg, que en el momento en el que se pronunció el discurso no fue capaz de descifrar su contenido, facilitó entonces una versión absolutamente engañosa que sugería que Stalin había insistido en que el Ejército Rojo era todavía débil en comparación con la Wehrmacht y que había querido preparar a su audiencia para un «nuevo compromiso» con Alemania.[1013] Según parece, ninguna versión exacta de la declaración llegó a Berlín, ni a ningún otro sitio.[1014] Y una filtración deliberada que destacaba el débil estado del Ejército Rojo no parecía beneficiar precisamente a los soviéticos. De modo que, frente a todas estas especulaciones, es mejor interpretar el discurso en clave interna, no externa, como destinado a reforzar la moral y la seguridad en sí mismos de los líderes del Ejército Rojo.

No obstante, aquella declaración tuvo consecuencias inmediatas para la planificación de operaciones llevada a cabo por los líderes militares, en la que influyó también con toda probabilidad el exhaustivo cálculo realizado por la inteligencia militar del número de divisiones alemanas que se estaban concentrando en las fronteras occidentales de la Unión Soviética.[1015] Los planes anteriores, vigentes entre septiembre de 1940 y marzo de 1941, fueron ahora modificados a toda velocidad. El 15 de mayo Timoshenko y Zhukov estaban listos para presentar el nuevo proyecto a Stalin.[1016] Aunque se basaba directamente en los planes previos, éste difería de ellos en un aspecto bastante llamativo: preveía un gran asalto preventivo, como reconocería Zhukov más tarde, para anticiparse al enemigo, atacando al Ejército alemán antes de que estuviera preparado para lanzar su propia ofensiva. Al igual que antes, la ofensiva principal se dirigía al sur de Polonia, donde el enemigo sería destruido por un «golpe súbito» por tierra y aire. La campaña incluía la conquista de Varsovia y, posteriormente, la destrucción de las fuerzas alemanas al norte de Polonia y la invasión de Prusia Oriental.[1017]

El plan dio pábulo en su momento a quienes estaban interesados en afirmar que Hitler, tal y como él aseguraba, lanzó la «Operación Barbarroja» para atajar un ataque preventivo soviético que estaba en fase de preparación. Pero nada viene a confirmar tan rocambolesca interpretación. Los dirigentes nazis sabían, qué duda cabe, que no estaban invadiendo la Unión Soviética para evitar un ataque preventivo. La «Operación Barbarroja» se venía promoviendo desde hacía varios meses, y por razones ofensivas, no defensivas. Y el plan soviético del 15 de mayo no constituye ninguna prueba concluyente.

Es cierto que el proyecto proponía un ataque preventivo. En ese sentido, la rápida transición de la «defensa profunda» a la ofensiva, prioridad esencial del planteamiento tradicional, daba paso a una orientación hacia el ataque como forma de defensa. A diferencia de la ficción de una amenaza soviética elaborada por los alemanes, el peligro procedente de las fuerzas de Hitler era evidente para los líderes militares soviéticos, y así lo confirmaba el sinfín de informes recibidos a diario sobre el fortalecimiento de las tropas y la violación de las fronteras para realizar acciones de reconocimiento aéreo. La idea del ataque preventivo contenida en el plan del 15 de mayo surgía directamente del imperativo de proteger a la Unión Soviética y se inspiraba en el discurso pronunciado por Stalin diez días antes. Es decir, se trataba de un plan ofensivo nacido de una necesidad defensiva.[1018]

Pese a verse abrumados por el incesante flujo de informes de la inteligencia sobre movimientos de tropas, a los que se sumaban los indicios (aunque no siempre consistentes) de las hostiles intenciones alemanas con respecto a la Unión Soviética, lo más probable es que, a pesar de todo, Timoshenko y Zhukov creyeran, al igual que Stalin, que el ataque alemán no era inminente. Los cálculos del Ejército Rojo indicaban que el fortalecimiento alemán en el este no había sido muy significativo en las últimas semanas, y que tendría que producirse una concentración mucho mayor antes de que se efectuase un ataque.[1019] Y, como sabían perfectamente los líderes militares soviéticos, las fuerzas de las que disponía el Ejército no se parecían ni de lejos a las que exigía el plan del 15 de mayo, mientras que el transporte y los suministros todavía presentaban enormes deficiencias. El plan también abarcaba la construcción de inmensas fortificaciones defensivas, una tarea que distaba mucho de estar terminada. Como proyecto para una acción en el futuro próximo, por tanto, el plan carecía completamente de realismo.[1020] Muy probablemente, Timoshenko y Zhukov pensaban en una ofensiva en algún momento de un futuro más lejano, probablemente en verano de 1942, como muy pronto.

En cualquier caso, especular sobre la posible fecha de un ataque preventivo es una tarea inútil. Cuando Timoshenko y Zhukov presentaron su plan —todavía en forma de borrador— a Stalin, éste lo rechazó de plano. «Estalló inmediatamente en cuanto oyó hablar del golpe preventivo contra las fuerzas alemanas —parece ser que comentó Zhukov más tarde—. “¿Os habéis vuelto locos? ¿Queréis provocar a los alemanes?”, nos espetó, sulfurado». Timoshenko y Zhukov recordaron a Stalin lo que había dicho el 5 mayo. «Lo dije para animar a la gente que estaba allí, para que pensaran en la victoria y no en la invencibilidad del Ejército alemán, que es lo que la prensa mundial está proclamando por ahí», bramó Stalin. Y así fue como quedó enterrada nuestra idea de un golpe preventivo», concluía Zhukov.[1021]

Con la misma rotundidad en torno a la reacción de Stalin se expresaba una versión posterior del testimonio de posguerra de Timoshenko. El dirigente soviético, según dicha versión, acusó a Zhukov y a Timoshenko de belicosos. Cuando Timoshenko se refirió a su discurso del 5 de mayo, Stalin replicó: «Mirad todos [...]. Timoshenko está sano y tiene el pelo largo, pero su cerebro es evidentemente minúsculo [...]. Lo que yo dije [el 5 de mayo] era para la gente. Había que elevar su vigilancia. Y tenéis que entender que Alemania nunca dará un paso por su cuenta para atacar a Rusia [...]. Si provocáis a los alemanes en la frontera, si movéis fuerzas sin nuestro permiso, entonces tened presente que rodarán cabezas». A continuación Stalin se puso a despotricar y se marchó dando un portazo.[1022]

El dirigente soviético se mantuvo firme en su política de no provocación y de tratar de ganar

tiempo. Tal era su interés por no ofender a los alemanes que todavía seis días antes del ataque de la Wehrmacht se estaban efectuando todas las entregas de materias primas a Alemania estipuladas por los anteriores acuerdos comerciales. Incluso la mañana misma de la invasión se estaban descargando productos soviéticos en las estaciones de las fronteras polacas.[1023] En torno a esas mismas fechas, el teniente general Kirponos, comandante del Ejército Rojo en Kiev, que había escrito a Stalin para informarle de que era más que probable que se produjera una ofensiva alemana en el futuro próximo y que había desplazado algunas unidades a posiciones defensivas más favorables en la frontera, vio tales órdenes desautorizadas.[1024] Stalin permaneció inquebrantable en su convicción de que los alemanes no emprenderían la invasión hasta que no hubieran logrado la victoria o un acuerdo de compromiso en el oeste. «Hitler y sus generales no son tan estúpidos como para combatir al mismo tiempo en dos frentes —dijo Stalin durante su furibunda réplica al plan, según recordaba Zhukov—. Eso les partió el cuello a los alemanes en la Primera Guerra Mundial». Una vez más, Stalin insistió en que Hitler no era suficientemente fuerte para luchar en dos frentes y —completamente equivocado en su percepción del enemigo— «no participará en ninguna aventura».[1025]

¿Perdió Stalin una oportunidad al dar la espalda al plan militar del 15 de mayo que le proponían Timoshenko y Zhukov? No era eso lo que pensaba más tarde el propio Zhukov. Recordando su propia experiencia en aquel momento como jefe del Estado Mayor (un puesto que él no quería, consciente de que sólo era verdaderamente fuerte como comandante de campaña), admitió que se había equivocado y que lo que Stalin pensaba del plan era acertado. De haberse intentado un ataque preventivo, declaraba Zhukov, las consecuencias para la Unión Soviética habrían sido todavía más catastróficas. Con toda probabilidad, concluía, la URSS habría sido derrotada rápidamente, Moscú y Leningrad habrían caído en 1941 y las fuerzas de Hitler habrían estado en condiciones de concluir la guerra triunfalmente.[1026]⁸

Mientras Timoshenko y Zhukov trataban en vano de convencer a Stalin de que adoptara su nuevo plan de operaciones y se trabajaba frenéticamente en el fortalecimiento del Ejército Rojo, los esfuerzos diplomáticos por evitar o al menos aplazar la guerra siguieron su curso.

La mayor parte de esos intentos giraban en torno al embajador alemán en Moscú, Schulenburg, que sería ejecutado por el régimen nazi al cabo de poco más de tres años por su relación con la conspiración para asesinar a Hitler. Schulenburg todavía creía en mayo de 1941 que la guerra podía evitarse si la Unión Soviética accedía a las demandas materiales y territoriales alemanas. En ese sentido, el embajador comunicó a Berlín su convicción de que Stalin había asumido el cargo de primer ministro porque se había fijado como meta «preservar a la Unión Soviética de un conflicto con Alemania».[1027] Y para respaldar su teoría transmitió la oferta soviética de suministrar a Alemania cinco millones de toneladas de cereal al año siguiente.[1028] Naturalmente, tales informes dejaron frío a Hitler, si es que realmente llegaron hasta él. Y a cambio, Schulenburg recibió información falsa transmitida deliberadamente desde Berlín. Se le ordenó, por ejemplo, que acallara los rumores supuestamente difundidos a propósito por los británicos para avivar el conflicto entre la Unión Soviética y Alemania. Se le dijo que los rumores de las concentraciones de tropas alemanas y de una guerra inminente eran «muy perjudiciales para el futuro desarrollo pacífico en las relaciones germano-rusas».[1029] Y en el transcurso de una audiencia con el propio Hitler en Berlín a finales de abril, el dictador alemán le había dicho expresamente: «No tengo intención de emprender una guerra contra Rusia».[1030] Schulenburg estaba seguro de que Hitler le había mentado, pero aun así, durante las semanas siguientes transmitió a Stalin y Molotov su creencia personal de que la guerra no

era inevitable, fortaleciendo así en sus mentes la idea de que aún existía la posibilidad de una solución diplomática y sembrando todavía más desconfianza en relación con las intenciones británicas.[1031]

Los celos se agravaron muy significativamente después del vuelo protagonizado por Rudolf Hess, que concluyó con su captura a manos de los británicos el 10 de mayo. El Gobierno británico, al que los servicios de inteligencia habían llevado a creer hasta principios de junio que los movimientos de tropas alemanas estaban destinados a obligar a los dirigentes soviéticos a entablar negociaciones,[1032] trató de utilizar la misteriosa llegada de Hess para endurecer la resistencia, infundiéndole en Stalin el miedo a «que lo dejaran solo cargando con todas las consecuencias» y animándolo a forjar una alianza entre la URSS y Gran Bretaña[1033] Pero el intento fracasó estrepitosamente, y lo único que consiguió fue agudizar la paranoia de Stalin. Su reacción inmediata al oír la noticia del vuelo y la captura de Hess fue, según Kruschchev, suponer que estaba realizando una misión secreta a instancias de Hitler para negociar con los británicos el final de la guerra con el objeto de liberar a Alemania para la ofensiva en el este.[1034] Pero el líder soviético no tardó en empezar a dudar y a dar cabida en su mente a otras posibilidades. Algunos rumores transmitidos por la inteligencia soviética ofrecían interpretaciones diferentes. Ivan Maiski, el perspicaz embajador soviético en Londres, en el cargo desde hacía muchísimo tiempo, acrecentó la incertidumbre con sus informes, dado que incluso él tenía serias dificultades para llegar a una conclusión clara sobre el propósito de la misión de Hess. Todo ello contribuyó enormemente a la inquietud de Stalin. Sin saber si lo que sucedía era que el Gobierno de Churchill estaba intentando embaucarlo para que entrara en la guerra contra Alemania, que los británicos y los alemanes estaban a punto de hacer un trato para aunar sus fuerzas contra el régimen bolchevique (como siempre había pensado) o que Hess representaba a una facción opuesta a Hitler que, se suponía, prefería negociar con la Unión Soviética, Stalin no hizo sino confirmar su creencia de que los británicos no eran en absoluto dignos de confianza e interpretar todas las advertencias procedentes de Londres como pura desinformación.[1035]

Los rumores y contra-rumores que nutrían los innumerables informes de la inteligencia estaban abiertos a diferentes interpretaciones, algunas de las cuales alimentaban los prejuicios de Stalin. A comienzos de junio, por ejemplo, Dekanozov, embajador soviético en Berlín, aseguró a Moscú: «Paralelamente a los rumores que circulaban sobre la inminente guerra entre Alemania y la Unión Soviética, se difundieron rumores en Alemania sobre un acercamiento entre ésta y la Unión Soviética, ya fuera sobre la base de amplísimas “concesiones” por parte de la Unión Soviética [a menudo se mencionaba un contrato de arrendamiento a largo plazo de Ucrania] o sobre la base del “reparto de esferas de influencia” y las promesas de la Unión Soviética de no interferir en los asuntos europeos».[1036] En realidad, el embajador estaba transmitiendo sin darse cuenta una información deliberadamente engañosa difundida por los alemanes.

Descifrar aquella montaña de informes contradictorios y rumores discrepantes no era nada sencillo. Lo cierto es que la preocupación de Timoshenko y Zhukov se fue acrecentando ante la llegada de numerosos informes muy específicos sobre las concentraciones de tropas alemanas, pero cuando, la noche del 11 al 12 de junio, recomendaron poner a las tropas en pie de guerra y trasladar a las fuerzas a posiciones de vanguardia para fortalecer la capacidad defensiva, Stalin se mostró reacio: «Estoy seguro de que Hitler no se arriesgará a crear un segundo frente atacando a la Unión Soviética —declaró—. Hitler no es tan idiota y entiende que la Unión Soviética no es Polonia, n

Francia, ni siquiera Inglaterra». Cada vez más enfurecido, se negó a la movilización y al movimiento de tropas hacia las fronteras occidentales, bramando: «Eso significa la guerra». En realidad ya se estaban efectuando discretas operaciones de fortalecimiento de las fronteras occidentales, aunque dentro de unos límites impuestos por Stalin para asegurarse de que tales movimientos no constituirían una señal de provocación,[1037] pero aquella movilización, improvisada y precipitada, tuvo un alcance muy limitado y estuvo llena de errores de ejecución.[1038] El 13 de junio, Timoshenko y Zhukov dieron órdenes a la zona militar de Kiev de acercarse a la frontera soviética el cuartel general de mando y varias divisiones, y de hacerlo de noche y en el más absoluto secreto. La operación tenía que realizarse a comienzos de julio. A mediados de junio, según una información transmitida a Stalin por el Estado Mayor, un total de ciento ochenta y seis divisiones estaban desplegadas en la frontera occidental, más de la mitad de ellas en el sureste. La mayor parte se habían trasladado allí en secreto desde el interior del país durante las semanas anteriores.[1039] No obstante, hasta el 19 de junio no se dieron órdenes de iniciar la construcción de aeródromos camuflados y otras instalaciones esenciales y de distribuir aviones por los campos de aviación. E incluso entonces, Stalin insistía en mantener el secreto, en evitar cualquier provocación.[1040]

Es difícil imaginar que Stalin no albergara íntimas dudas sobre sus propias convicciones. En momentos de soledad seguro que debió de preguntarse si Hitler no le había estado embaucando durante meses. Las últimas semanas antes de la invasión parecía inquieto y preocupado, se dedicó a beber todavía más y buscó compañía para distraerse, sustituyendo las sesiones de trabajo en el Kremlin por larguísimas cenas en su dacha.[1041] Aunque estaba seguro de tener razón —y quienes lo vieron con asiduidad por aquella época no pudieron entrever el menor signo de incertidumbre—, habría resultado demasiado sorprendente que no hubiera visto ningún motivo de preocupación en la información que llovía ahora desde todas partes.

El 2 de junio Beria le facilitó un resumen de la inteligencia en el que se especificaba la ubicación exacta de las tropas alemanas y sus cuarteles generales, aunque, fiel a su costumbre, atenuó el impacto de su informe concluyendo que si Alemania iba a iniciar una guerra con la Unión Soviética no sería antes de haber llegado a un acuerdo con Gran Bretaña.[1042] Otros informes eran menos ambiguos y ahora se estaban volviendo, desde todos los puntos de vista, claramente desconcertantes.

Un día antes de que Beria entregara su informe, Richard Sorge («Ramzai») había enviado dos informes desde Tokio basados en información procedente de Berlín. El embajador Ott se había enterado de que el ataque alemán contra la URSS comenzaría en la segunda mitad de junio, señalaba Sorge, y estaba seguro al noventa y cinco por cien de que la guerra iba a dar comienzo efectivamente.[1043] En un segundo comunicado, también del 1 de junio, «Ramzai» transmitió información que había recibido de un conocido, el teniente coronel Erwin Scholl, que pasaba por Tokio de camino a un nuevo puesto en la embajada alemana en Bangkok. Scholl le dijo que la guerra empezaría el 15 de junio. Y también mencionó que lo limitado de las líneas defensivas soviéticas (concentradas, como hemos visto, en el sur) representaba una debilidad, ya que el principal ataque alemán se lanzaría por su flanco izquierdo (es decir, en el norte).[1044] Cuando el telegrama de Sorge fue descifrado y traducido al ruso, sus superiores añadieron un comentario lleno de desdén: «Sospechoso. Para añadir a los telegramas pensados para provocar».[1045] Stalin llevaba tiempo dando muestras de desprecio por Sorge, un hombre al que, pese a arriesgar su vida por la inteligencia soviética, consideraba «una pequeña mierda».[1046] El sistema estalinista estaba preprogramado a todos los niveles para proporcionar al dictador soviético confirmación de sus

propios prejuicios.

El 12 de junio, Stalin, Molótov y Beria recibieron información de manos de «Starshina» (Schulze-Boysen) sobre ciertas conversaciones mantenidas dentro de los estratos superiores de la Luftwaffe y el Ministerio del Aire que indicaban que se había tomado la decisión de atacar la URSS. Lo que no se sabía era si previamente se plantearían demandas a la Unión Soviética o si sería un ataque sorpresa.[1047] Ese mismo día llegó al Ministerio de Exteriores y al Comité Central un informe que enumeraba un total de 2.080 violaciones de la frontera soviética por aeroplanos alemanes entre el 1 de enero y el 10 de junio, algunos de los cuales habían llegado a penetrar unos cien kilómetros en zonas con fortificaciones defensivas y grandes concentraciones de tropas. Noventa y un aviones habían violado las fronteras durante los primeros diez días de junio. Un avión militar, que había recorrido casi doscientos kilómetros de territorio soviético y había sido obligado a aterrizar, llevaba a bordo mapas y fotografías aéreas de una región de Ucrania.[1048] El 17 de junio, otro informe de «Starshina», establecido en el cuartel general de la Luftwaffe, comunicaba a Stalin, Molótov y Beria que se habían completado todas las medidas militares alemanas para un ataque a la URSS y que la agresión podía producirse en cualquier momento. El informe proporcionaba una lista de objetivos inmediatos de los bombardeos y de los jefes alemanes designados para los futuros territorios ocupados.[1049] Dos días más tarde, un agente soviético en Roma transmitió información procedente, decía, del embajador italiano en Berlín, Augusto Rosso, según la cual Alemania atacaría la URSS entre el 20 y el 25 de junio.[1050] Y a mediados de junio llegó información de «Lucy» (el editor alemán Rudolf Rössler, antifascista exiliado, establecido como agente soviético en Lucerna, Suiza) que especificaba la fecha del ataque (22 de junio) y facilitaba detalles del plan de operaciones alemán.[1051] «Ramzai» (Sorge) transmitió desde Tokio el 20 de junio la opinión del embajador Ott de que la guerra era inevitable y de que los militares alemanes pensaban que las defensas soviéticas eran más débiles que las de Polonia.[1052] Ese mismo día, el agente soviético en Sofía informaba a Moscú de que el ataque se produciría el 20 o el 22 de junio.[1053] Pero las señales de peligro no derivaban sólo de los informes de la inteligencia. Para entonces, la mayor parte del personal de la embajada alemana, en medio de un profundo nerviosismo, había abandonado Moscú. Y los de las embajadas italiana, rumana y húngara no tardaron en seguir sus pasos.[1054]

A pesar de todo, la desconfianza soviética hacia los informes de los agentes y de los servicios de inteligencia extranjeros no se vio mermada en absoluto. Al igual que antes, dicha desconfianza era especialmente pronunciada en lo relativo a Gran Bretaña, tal vez en parte como velado reflejo de la creencia de Stalin de que los británicos actuarían con una duplicidad equivalente a la del doble juego empleado por él en 1939. El 14 de junio, la agencia oficial de noticias soviética, Tass, publicó un comunicado que denunciaba los rumores difundidos por la prensa británica sobre una guerra inminente entre Alemania y la URSS. Molótov aseguró más tarde que el comunicado de Tass había sido «un último recurso. Si hubiéramos conseguido retrasar la guerra durante el verano, habría sido muy difícil empezarla en otoño».[1055] Los informes sobre los rumores habían sido transmitidos a Moscú por el embajador soviético en Londres, Ivan Maisk, que seguía creyendo que los movimientos de tropas alemanas en la frontera soviética no eran más que parte de la «guerra de nervios» de Hitler.[1056] Con la publicación del comunicado, Stalin esperaba que la parte alemana respondiera con una denuncia equivalente de los rumores. Pero esa respuesta nunca se produjo.[1057]

De hecho, la inteligencia británica, convencida desde hacía mucho tiempo de que los movimientos de tropas alemanas iban destinados a ejercer presión sobre la Unión Soviética, había

cambiado para entonces de parecer y se había convencido —aunque tarde— de que la invasión de la URSS era inminente.[1058] El jefe del Foreign Office, sir Alexander Cadogan, que no se podía creer que Hitler pudiera preferir invadir la Unión Soviética a explotar sus conquistas en los Balcanes para atacar a los británicos en el norte de África y en Oriente Medio, mandó a pesar de todo llamar a Maiski a su despacho el 16 de junio y le facilitó pruebas concretas y detalladas de la inminente amenaza. Maiski, lleno de inquietud ante tales noticias, transmitió a su vez la información a Moscú, aunque con las reservas habituales, con el fin de responder a las expectativas de sus líderes.[1059]

Aquella información, al igual que otras advertencias británicas, fue recibida con muchas reservas en Moscú. En cambio, uno de los últimos avisos antes del ataque alemán provino de un amigo reconocido, el dirigente comunista chino Mao Zedong. El 21 de junio, Gueorgui Dimitrov, secretario general del Comité Ejecutivo del Komintern, escribió en su diario que había recibido un telegrama de Mao que afirmaba que Alemania atacaría ese mismo día, y que los rumores de dicho ataque crecían por momentos en todas partes. Dimitrov telefoneó a Molótov para preguntarle sobre la posición que habían de adoptar los partidos comunistas. Este respondió que «eso era todo un juego», [1060] y que hablaría de ello con el camarada Stalin.[1061]

Molótov sabía qué respuesta cabía esperar. Stalin seguía anclado en la negación más absoluta. Su posición había sido la misma desde el principio: que él sabía más. Dada la estructura de liderazgo y toma de decisiones en la Unión Soviética, junto con el miedo a las recriminaciones que acompañaba a cualquier gesto percibido como oposición, era difícil incluso plantear un argumento discrepante, y mucho más convencer a Stalin de que estaba equivocado, de ahí que los líderes soviéticos, por convicción o por conveniencia, se mostraran sumamente dóciles. Incluso el día anterior a la invasión alemana, Beria escribió a Stalin criticando las cada vez más apremiantes advertencias de uno de sus propios acólitos, el embajador soviético en Berlín, Dekanozov, y comunicándole que opinaba que éste debía ser destituido y castigado «porque me está bombardeando incesantemente con desinformación. Hitler está preparando supuestamente una invasión de la URSS. Ahora [Dekanozov] me ha dicho que la invasión va a comenzar mañana».[1062] La grosera reacción de Stalin ante la que consideraba una nueva muestra de desinformación ya ha sido descrita al principio de este capítulo. La vehemencia de su arrebató, sin embargo, era con toda probabilidad un signo de sus propias dudas internas sobre lo acertado de la postura que había mantenido todo el tiempo. El problema era que esa postura había dictado la política en todo momento. Y ahora Stalin, paralizado por su propio análisis y empujado a la inactividad, no tenía ninguna alternativa que ofrecer. Cuando un desertor alemán, antiguo comunista, apareció en un puesto fronterizo de Ucrania a las ocho de la tarde del 21 de junio diciendo que las fuerzas de Hitler emprenderían la invasión a la mañana siguiente, Stalin se inquietó lo suficiente como para acceder al menos a la directiva de Zhukov de avisar a todas las zonas militares de un posible ataque sorpresa al amanecer y ordenó a todas las unidades que se prepararan para el combate. Pero lo que hizo era demasiado poco, y lo hizo demasiado tarde. Y aun entonces Stalin seguía pensando que «tal vez la cuestión pueda resolverse de forma pacífica».[1063]

Pese a sus dudas internas, la inquebrantable convicción tanto tiempo abrigada de que tenía razón, frente a las pruebas crecientes de lo contrario, no había dejado a Stalin otra opción más que creer que no estaba equivocado, o tal vez sólo desearlo.

Pero lo estaba. Sus ilusiones quedaron hechas pedazos tras una llamada de teléfono de Zhukov a las 3:40 de la mañana del 22 de junio. Un ataque masivo alemán había comenzado en todo el frente occidental. La guerra había empezado.

Stalin se quedó mudo al escuchar la noticia. Lo único que pudo oír Zhukov fue su pesada respiración al otro lado del teléfono. Stalin no dio orden inmediata de adoptar medidas de respuesta. Sólo mandó a Zhukov y Timoshenko que fueran enseguida al Kremlin y también convocó a algunos miembros del Politburó. La reunión, mantenida en las peores circunstancias imaginables, comenzó finalmente a las 5:45, hora de Moscú, poco más de una hora después del inicio del ataque. Sorprendentemente, Stalin pensaba que el ataque lo habían lanzado a modo de provocación oficiales alemanes que actuaban por iniciativa propia. «Hitler ni siquiera sabe lo que ha pasado», afirmó. Y se dedicó a desahogar su furia con Ribbentrop. Durante un tiempo, Stalin no descartó la posibilidad de que el ataque pretendiera intimidar a la Unión Soviética para empujarla a la sumisión política. No ordenaría ninguna acción del Ejército Rojo hasta que no tuviera noticias de Berlín.

Inmediatamente se contactó con Schulenburg, que a su vez había estado tratando de concertar una reunión con Molótov, y se le hizo venir. Cuando el embajador llegó, leyó un telegrama que había recibido a las tres de la mañana, hora de Berlín, que afirmaba que Alemania se había visto obligada a tomar «contramedidas» frente a la concentración de tropas soviéticas. Schulenburg expresó su «abatimiento, causado por una acción inexcusable e inesperada de su propio Gobierno». Conmocionado y furioso, Molótov replicó que era «un abuso de confianza sin precedentes en la historia». Y regresó al despacho de Stalin para anunciarle que Alemania había declarado la guerra a la Unión Soviética.[1064]

Stalin recibió la noticia en silencio. Parecía consternado, cansado y deprimido, pero pronto recobró la compostura. «El enemigo será vencido por completo», declaró.[1065] En aquel momento aún no era consciente de la verdadera magnitud del desastre que se estaba desatando. Todavía creía que el Ejército Rojo podía ajustar las cuentas al enemigo e infligir una aplastante derrota a los invasores alemanes. La directiva que elaboró Timoshenko (aunque con la impronta de Stalin), y que se remitió a todas las zonas militares a las 7:15 de la mañana, ordenaba a las unidades del Ejército Rojo «usar toda su fuerza y sus medios para enfrentarse a las tropas enemigas y destruirlas allí donde hayan violado la frontera soviética». A pesar de todo, todavía se ponía freno a la posible ofensiva soviética. «Hasta nueva orden, las tropas terrestres no deben cruzar la frontera», decía la directiva. Entre tanto, la Fuerza Aérea del enemigo sería destruida sobre el terreno y los ataques desde el aire se producirían como mucho a unos ciento cincuenta kilómetros hacia el interior del territorio alemán.[1066] De hecho, por aquel entonces buena parte de los aparatos aéreos soviéticos habían dejado de funcionar. A lo irreal de aquella directiva vino a sumarse otra más, emitida catorce horas más tarde, que todavía hablaba de tomar el área de Lublin, noventa kilómetros hacia el interior de la Polonia ocupada por Alemania.[1067]

Sin embargo, a lo largo del día fue adquiriéndose conciencia de la magnitud de aquel desastre. A mediodía, Molótov —no Stalin (desalentado, e incapaz de anunciar el inicio de la guerra)[1068]— se dirigió al pueblo soviético. Con un leve tartamudeo nervioso, habló de «un acto de perfidia sin parangón en la historia de las naciones civilizadas» e informó de doscientas bajas.[1069] El discurso, escuchado por unos atemorizados e incrédulos ciudadanos que, en las zonas fronterizas, oían llover las bombas desde el cielo, terminó con unas palabras redactadas por Stalin: «Nuestra causa es justa, el enemigo será aplastado, la victoria será nuestra».[1070] Stalin, entre tanto, se

encontraba inmerso en una sucesión interminable de reuniones, promulgando decretos y directivas y tratando de determinar la gravedad de la invasión. Hasta aquella tarde, cuando se reunió el Politburó a las cuatro, no quedó patente el alcance de lo que había sucedido. Timoshenko comunicó que la intensidad del ataque alemán había sobrepasado todas las expectativas. La Fuerza Aérea soviética y las tropas fronterizas habían sufrido pérdidas enormes. Unos mil doscientos aviones se habían perdido, ochocientos de ellos destruidos sobre el terreno. Las fuerzas alemanas avanzaban rápidamente hacia el corazón del país. De forma casi inexplicable, Minsk, capital de Bielorrusia, acabó viéndose amenazada. A Stalin aquello le pareció «inconcebible», tildó la invasión de «crimen monstruoso» y declaró enfurecido que rodarían cabezas.^[1071] Una de las primeras fue la del general Pavlov, comandante en jefe del frente occidental, que sería ejecutado al cabo de un mes junto con otros tres comandantes del frente. Incluso el propio Stalin pensaba que las acusaciones de «conspiración militar antisoviética» eran absurdas, pero ratificó las sentencias, y esperaba que los frentes fueran informados de ello «para que sepan que los derrotistas serán castigados sin piedad». En total fueron fusilados ocho generales, cabezas de turco de aquel descalabro.^[1072]

Las noticias procedentes del frente empeoraban día a día. El 28 de junio, lo que Stalin había descrito como «inconcebible» —la caída de Minsk, que dejaba el camino abierto hacia Smolensk y la propia Moscú— había sucedido finalmente. Cuatrocientos mil soldados soviéticos habían quedado atrapados en el cerco alemán. En no más de una semana la Wehrmacht había avanzado unos quinientos kilómetros hacia el interior del territorio soviético. El impacto psicológico de lo sucedido se cebó ahora sobre Stalin. Durante dos días no acudió al Kremlin y nadie pudo contactar con él. En un confinamiento autoimpuesto en su dacha, parece ser que padeció brevemente un estado cercano al colapso nervioso. Al final, algunos miembros de su círculo más próximo reunieron valor para dirigirse a su dacha, donde lo encontraron con aspecto demacrado y deprimido, aparentemente nervioso por la llegada de sus más destacados secuaces. Si, como se afirmaría más tarde (probablemente de forma un tanto exagerada), Stalin pensó que habían venido para obligarlo a rendir cuentas de sus errores y deponerlo, no tenía nada que temer. Lo que hicieron fue convencerlo de volver al Kremlin, ahora como presidente del recién constituido Comité de Defensa del Estado, un todopoderoso mini-Gabinete de Guerra con amplísimas atribuciones. Al día siguiente, 1 de julio, estaba de regreso en el Kremlin y tenía el control total. Dos días más tarde pronunció un enérgico discurso para la nación en el que combinó la retórica patriótica con la amenaza de despiadadas represalias «contra cobardes, alarmistas y desertores».^[1073] El momento crítico de la adaptación de Stalin al desastre sufrido por la Unión Soviética había pasado.

Pese a todo, parece ser que, en ese mismo momento, Stalin, junto con Molótov y Beria, contemplaron en secreto la posibilidad de tantear a Hitler para ver cuáles serían sus condiciones para frenar el ataque. La idea era ganar más tiempo para que la URSS recobrara su fuerza militar. Se planteó como opción la cesión a Alemania de una parte sustancial del territorio, incluidas las repúblicas bálticas, Ucrania y Besarabia. Molótov habló al parecer de un segundo tratado de Brest-Litovsk, refiriéndose a la amputación del territorio ruso que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Si Lenin pudo hacerlo, parecían dar a entender sus palabras, se podía volver a hacer... un mal menor, para cortar por lo sano y prepararse militarmente para un momento en el que se pudieran recuperar las tierras perdidas. Según el testimonio ofrecido después de la guerra por el general Pavel Sudoplatov, entonces subjefe de la sección de inteligencia de la NKVD, fue él el designado para plantear propuestas, sometidas al más riguroso secreto, a un intermediario completamente digno de

confianza, el embajador búlgaro en Moscú, Ivan Stamenov, en un restaurante moscovita. Es cierto que aquella reunión tuvo lugar, pero según parece Stamenov pensó que su interlocutor trataba de obtener una confirmación de sus impresiones sobre si merecía la pena trasladar la información a Berlín. La opinión de Stamenov, tal vez ajustada a lo que pensaba que su compañero de cena esperaba oír, era que la superioridad soviética acabaría imponiéndose. Alemania sería derrotada en la guerra. Hubiera o no malinterpretado lo que se esperaba de él, lo cierto es que Stamenov no transmitió mensaje alguno. Sudoplatov, por su parte, presentó su informe a Beria y la cuestión acabó siendo discretamente abandonada.[1074]

Según Zhukov, Stalin consideró la idea de tantear el terreno para la paz en una segunda ocasión.[1075] Fue en octubre de 1941, poco después de que el Ejército alemán hubiera aplastado en su poderoso avance la primera línea del frente soviético en los grandes cercos de Briansk y Viazma, donde fueron capturados nada menos que seiscientos setenta y tres mil soldados del Ejército Rojo. Si tales planteamientos existieron, sólo pudieron nacer de la desesperación. No obstante, en realidad el segundo relato sobre posibles tentativas de paz resulta muy poco plausible. Las posibilidades de que Hitler se detuviera teniendo a Moscú aparentemente a su merced habrían sido remotas. En cualquier caso, no tuvo lugar ningún intento efectivo.

Sin embargo, lo cierto es que Moscú se encontraba ahora al alcance de la Wehrmacht. La peor crisis de aquel año plagado de dificultades iba en aumento para la población cada vez más aterrorizada de la capital soviética. Cuando los alemanes penetraron en la principal defensa estratégica de la capital la noche del 14 al 15 de octubre, la supervivencia no sólo de Moscú, sino del propio Estado soviético, pendía de un hilo. El Comité de Defensa del Estado ordenó la evacuación de la mayor parte del Gobierno a Kuibyshev, seiscientos cincuenta kilómetros hacia el sureste siguiendo el cauce del Volga. Fábricas e instalaciones industriales fueron preparadas para su detonación. Y también el metro de Moscú. Tales acciones reflejaban la creencia generalizada entre los líderes soviéticos de que Moscú podía caer pronto en manos de los alemanes.[1076] Los moscovitas de a pie emprendieron la que se dio en llamar «la gran estampida», cuando cientos de miles de ciudadanos expresaron su opinión apresurándose a abandonar la ciudad.[1077] Posiblemente una quinta parte de la población huyó cuando cundió el pánico.[1078] El cuerpo embalsamado de Lenin fue sacado de su mausoleo en el Kremlin y enviado hacia el este, para quedar albergado en secreto en una antigua escuela zarista.[1079] También se hicieron los preparativos necesarios para que Stalin se fuera de Moscú. Se hizo estallar su dacha cerca de la ciudad. Se había preparado oficinas y un refugio antiaéreo para él en Kuibyshev. Un avión esperaba para transportarlo fuera de Moscú. Y también un tren especial.[1080] Beria defendía enérgicamente el completo traslado del Gobierno a Kuibyshev. Stalin se enfrentaba ahora a una nueva decisión vital. Según el testimonio, aunque muy posterior, de Nikolai Vasilievich Ponomarev, oficial de enlace militar en el entorno de Stalin en 1941, la noche del 16 de octubre le ordenaron que se preparase para una evacuación inmediata y lo llevaron a la estación de tren. Los guardaespaldas de Stalin estaban en el andén. El tren estaba listo para salir, pero Stalin no apareció. Al parecer Zhukov lo había convencido de que Moscú podría resistir.[1081] Y Stalin se quedó. Cuando le preguntaron tiempo después qué habría pasado si Stalin hubiera tomado una decisión distinta, dejar la ciudad y trasladarse a Kuibyshev, Molotov respondió: «Moscú habría acabado ardiendo». Y a continuación afirmó que los alemanes habrían tomado la ciudad, la Unión Soviética se habría desmoronado y, como consecuencia de ello, se habría producido la desintegración de la coalición contra Hitler.[1082] Tal vez aquella

suposición era exagerada, pero la decisión de Stalin de quedarse supuso sin lugar a dudas un importante espaldarazo para la moral de la ciudad de Moscú y para la Unión Soviética en general. La noticia se extendió rápidamente. El poderoso Líder seguía llevando las riendas y se quedaría con su pueblo en la capital. La crisis reinante se moderó. El pánico se disipó tan rápidamente como había aparecido. Pero el peligro todavía no había pasado.

El empuje de la ofensiva alemana no pudo contenerse hasta que se produjo la primera contraofensiva de éxito del Ejército Rojo, en diciembre de 1941, con la vanguardia de la Wehrmacht a las afueras de Moscú. Aquél fue un momento crucial. Nunca la amenaza volvería a ser tan grave. Para la hasta entonces siempre victoriosa Wehrmacht, la crisis de invierno ante Moscú constituyó un episodio clave. Visto en retrospectiva, no resulta descabellado ver en él el principio del fin del Tercer Reich. Para la Unión Soviética, todavía habían de pasar muchos días antes de lograr la victoria. Cuando eso sucedió, el 8 de mayo de 1945, enormes extensiones del país estaban en ruinas y unos veinticinco millones de ciudadanos soviéticos habían muerto. El coste de la decisión de Stalin de que él sabía más había sido colosal.

VIII

La magnitud de la catástrofe no tenía precedentes en la historia. Y se produjo tras el que todavía destaca como uno de los más extraordinarios errores de cálculo de todos los tiempos. Stalin, como hemos venido exponiendo en detalle, había sacado reiteradamente conclusiones equivocadas sobre las intenciones alemanas, hasta la víspera misma de la invasión. Los intentos de satisfacer las demandas económicas alemanas se prolongaron hasta el último momento. Las advertencias procedentes de todas partes fueron desoídas. Quienes trataban de hacer valer argumentos en sentido contrario fueron tratados con desdén. Stalin insistía una y otra vez: él entendía el modo de pensar de Hitler. El dictador alemán atacaría, pero no por el momento. La máxima prioridad de Hitler, de eso estaba seguro, era la explotación económica de la URSS. La insistencia en el apaciguamiento económico descansaba sobre ese desastroso error de percepción.[\[1083\]](#) Con sus asuntos sin terminar en el oeste, la prioridad más urgente de Hitler tenía que ser la sumisión soviética, no la guerra abierta, lo que proporcionaría a Alemania beneficios para una economía en apuros y redundaría en una mayor presión en el oeste. Entre tanto, el frenético rearme soviético seguiría avanzando. Si al final llegaban las negociaciones de paz, la Unión Soviética necesitaba participar en ellas, y desde una posición de fuerza. Incluso cuando crecieron las señales de peligro, Stalin se mostró seguro de que podría postergar el conflicto con Alemania durante la primavera y el verano de 1941. Entonces ya sería demasiado tarde para emprender la invasión ese año, y en 1942, la Unión Soviética estaría preparada para Hitler. El pensamiento de Stalin estaba guiado a grandes rasgos por tales planteamientos. Su convencimiento de que tenía razón y de que todas las advertencias en sentido contrario eran desinformación o interpretaciones completamente erróneas de la situación se fue afianzando cada vez más. La combinación de miedo, sumisión ciega y admiración que sustentaba la autocracia del dictador soviético hacía que fuera prácticamente imposible proponer alternativas serias, y mucho más adoptarlas. ¿Pero cuáles podrían haber sido esas alternativas? ¿Qué opciones

existían para evitar la calamidad?

Molotov, mano derecha de Stalin en todo momento, optó persistentemente por convencerse de que cualquier error que se cometiera era inevitable.[1084] Krushev, en cambio, en su denuncia del dictador muerto, en 1956, criticó duramente los errores de cálculo y de liderazgo de Stalin, de los que culpaba a las arbitrarias acciones de un hombre que había acumulado un poder absoluto.[1085] Esta fuerte personalización de la responsabilidad exoneraba oportunamente a aquellos, entre los que se incluía el propio Krushev, que habían aplaudido a Stalin y defendido sus políticas. También encubría en buena medida a los líderes militares, cuando la responsabilidad de sus deficiencias no podía atribuirse enteramente a Stalin. Investigaciones más recientes han venido a matizar esta valoración, si bien el mordaz juicio de Krushev sigue siendo ampliamente aceptado. Rara vez se ponen sobre la mesa las opciones realistas con las que Stalin contaba. Y sin embargo, una destacada autoridad en la materia, tras someter las pruebas a un meticuloso examen, concluyó que «el fracaso de Stalin a la hora de prepararse para la ofensiva alemana reflejaba ante todo lo poco atractivas que eran las opciones políticas con las que se enfrentaba la Unión Soviética antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial», y añadía que «incluso visto en retrospectiva, es difícil concebir alternativas que Stalin hubiera podido adoptar sin temor a equivocarse».[1086]

Lo que sí parece evidente es que, fueran cuales fueran las opciones que tenía Stalin, éstas se habían reducido enormemente con el tiempo. Como consecuencia de sus primeras decisiones y de las ideas que las sustentaban, en vísperas de la invasión alemana su margen de maniobra había quedado sustancialmente restringido. Sin embargo, Stalin no tenía las manos tan atadas algunos años antes. Fue entonces cuando cometió un catastrófico error que acabó limitando sus futuras opciones.

Sin ninguna presión externa, Stalin alentó en 1937, como señalábamos al principio, la eliminación de sus líderes militares, con consecuencias tremendamente perjudiciales para la reconstrucción de una fuerza militar profesionalizada capaz de contrarrestar el peligro procedente de la Alemania de Hitler, que crecía con enorme rapidez. Aparte de los fantasmas en la mente de Stalin y sus acólitos, las purgas carecían de toda lógica. Eran completamente innecesarias. Nada obligó a Stalin a instigar las persecuciones; él escogió esa opción. Sin embargo, las purgas no sólo hicieron un daño incalculable a la fuerza militar soviética; también infundieron en Hitler y sus consejeros la indeleble impresión de la debilidad del Ejército Rojo. Para Hitler, precisamente esa debilidad era una invitación a atacar antes de que pudiera construirse una poderosa máquina militar. A los ojos del dictador alemán, pues, las purgas de Stalin ofrecían la oportunidad que estaba buscando. Pensaba que Stalin estaba loco. Ya en 1937 había comentado: «Rusia no sabe más que de bolchevismo. Ese es el peligro que tenemos que derribar en algún momento».[1087] Al optar por acabar con sus líderes militares, Stalin se deshizo del principal sostén de su fuerza en el futuro, cuando la crisis estallara. Pese al colosal esfuerzo dedicado al intensivo programa de rearme y militarización en 1940 y 1941, lo cierto es que se había perdido demasiado terreno, y el plan no pudo completarse antes de que la amenaza alemana se volviera incontenible. El hecho de que Stalin restringiera demasiado su propio margen de maniobra en 1940 – 1941 es en buena medida atribuible, por tanto, a la decisión tomada en 1937 – 1938 de socavar su propia capacidad militar. Y eso sucedió precisamente cuando Europa se estaba viendo empujada a una profunda convulsión por la incorporación de Austria y gran parte de Checoslovaquia por parte de Alemania, con la complicidad de las infortunadas democracias occidentales.

En 1939, cuando la sombra de la guerra se cernía sobre Europa, Stalin se enfrentó a un segundo y

sumamente delicado dilema. ¿Debía aliarse con las democracias occidentales, de las que desconfiaba profundamente, o con la Alemania nazi, su archienemigo ideológico? Esta acabó convirtiéndose en una encrucijada auténticamente decisiva. Ya hemos señalado lo plausible del razonamiento que hizo que Stalin optara en agosto de 1939 por un pacto con Hitler. Gran Bretaña y Francia habían demostrado muy poco interés en una alianza con la Unión Soviética. Stalin, junto con otros líderes soviéticos, pensaba que los móviles occidentales no eran mucho menos capciosos que los de Hitler. Al menos un pacto con Alemania proporcionaría algún espacio para respirar. Y ofrecía la posibilidad de que Alemania y las potencias occidentales lucharan entre sí hasta llegar a un punto muerto, lo que redundaría en última instancia en beneficio de la Unión Soviética.

Las consecuencias que se habrían producido en el improbable caso de que Stalin hubiera aunado sus fuerzas con el Oeste sólo pueden ser objeto de especulación contrafactual. El ataque de Hitler a Polonia habría sido más arriesgado en tales circunstancias. Y los alemanes colocados en puestos influyentes que temían las consecuencias de la intervención en una guerra europea general contra unos enemigos ciertamente poderosos habrían visto fortalecida su autoridad. Hitler aplazó la movilización contra Polonia una vez, en el último minuto, y habría podido ser de nuevo disuadido de su propósito de haber tenido que enfrentarse a una triple alianza entre la URSS y las potencias occidentales, una reconstitución de la coalición antialemana de 1914. Pero podría haber seguido adelante e invadido Polonia de todos modos.[1088] Probablemente, aun así las democracias occidentales no habrían hecho nada desde el punto de vista militar para ayudar a Polonia.[1089] En tales circunstancias, es muy posible que la Unión Soviética hubiera evitado igualmente el conflicto directo, pero se habría encontrado a Alemania tras su victoria en Polonia no como aliado sino, muy al contrario, como un enemigo a la puerta de casa. Tal vez en ese caso el ataque alemán a la Unión Soviética se hubiera producido antes de lo que lo hizo en realidad. Por otra parte, la gran ofensiva occidental de Hitler en primavera de 1940 (que desbarató radicalmente los cálculos de Stalin) habría sido mucho más peligrosa con una Unión Soviética hostil agazapada en el este. ¿Quién sabe cuál hubiera sido el resultado? No tiene sentido jugar a las adivinanzas. Y es que las variables de la ecuación son demasiadas como para hacer de la especulación un ejercicio provechoso.

Lo que sí parece obvio es que Stalin estaba demasiado cegado por sus planteamientos ideológicos preconcebidos como para permitir que la Unión Soviética desempeñara un papel menos pasivo en las relaciones con el Oeste en verano de 1939.[1090] Es cierto que Gran Bretaña y Francia hicieron poco durante esos meses por acelerar una «gran alianza» que habría sido la última esperanza de frenar a Hitler, ya que no tenían mucho interés en aunar sus fuerzas con las de la odiada y poco digna de confianza Unión Soviética. Conforme se iba aproximando la guerra en Europa, las negociaciones avanzaban, como cabía esperar, muy lentamente. Sin embargo, la Unión Soviética también estaba atrapada en la pasividad. Una diplomacia más apremiante y resuelta por parte de Stalin habría podido sin duda allanar el camino, pese a las dudas británicas y francesas, hacia una nueva triple alianza con el Oeste. Y eso, cuando menos, habría hecho que Hitler y las élites dirigentes alemanas se parasen a pensar. En cambio, Stalin se limitó a dejar que las negociaciones con las democracias occidentales siguieran vagando a la deriva mientras las nubes de la guerra se congregaban de modo alarmante. Así pues, la inactividad del bando soviético, no sólo la del occidental, acabó inclinando la balanza hacia aquello que tenía más sentido para la seguridad de la URSS en aquel momento, el pacto con la Alemania de Hitler.

Stalin consideró el pacto como un gran golpe diplomático soviético, pero en la práctica acabó

beneficiando más a Alemania que a la URSS. Es verdad que la Unión Soviética pudo extender su fronteras defensivas hacia el oeste gracias al engrandecimiento territorial, y que la eliminación de la inminente amenaza alemana le proporcionó tiempo para reconstruir el Ejército Rojo y preparar las defensas. Sin embargo, es obvio que el tiempo no fue suficiente. La reconstrucción fue deficiente e inadecuada. Y además los alemanes tuvieron igualmente tiempo para prepararse, no sólo militarmente, sino también con la extensión de su influjo diplomático. Durante el año 1940, después de que la victoria alemana sobre Francia hubiera trastocado por completo el equilibrio de poder en Europa, Hitler pudo ejercer una influencia creciente sobre los países de la cuenca del Danubio. La hegemonía alemana en Rumania, especialmente, y los vanos intentos de Stalin y Molótv de impedir que los Balcanes y, en el norte, Finlandia cayeran en la órbita alemana llevaron a un acrecentamiento de la tensión que quedó plenamente de manifiesto en la visita de Molótv a Berlín en noviembre de 1940. Entre tanto, la aventura balcánica de Mussolini había desestabilizado todavía más la región. Y cuando llegó la primavera, la intervención alemana en Yugoslavia y Grecia agotó toda esperanza de influencia soviética en el sureste europeo (y contribuyó asimismo a enmascarar la «Operación Barbarroja», ya que Stalin no veía ningún sentido a que Hitler atacara en el este ese año, inmediatamente después de sus conquistas en los Balcanes).[1091] La Unión Soviética estaba ahora completamente aislada. Turquía, la puerta de acceso al Mar Negro, permanecía neutral, aunque relativamente bien dispuesta hacia Gran Bretaña. Por lo demás, la URSS estaba prácticamente cercada en el oeste por países bajo influencia alemana. El pacto había beneficiado a la Unión Soviética a corto plazo, pero con el paso del tiempo el peligro procedente de Alemania se había agravado profundamente. Por todo ello, existen razones para poner en duda que Stalin tomara la decisión acertada en 1939.

Entre agosto de 1939 y junio de 1941, la política de Stalin consistió sistemáticamente, como hemos visto, en rearmarse a toda velocidad pero aplacando al mismo tiempo a Alemania todo lo posible. Stalin no era tan ingenuo como para creer que podía evitar el conflicto con Alemania. De hecho, había leído y asimilado las partes de Mi lucha que propugnaban la obtención de «espacio vital» en el este. Sin embargo, se veía capaz de eludir el problema hasta 1942 y creía que podía «leer» las intenciones de Hitler: someter políticamente a la Unión Soviética antes de alcanzar un acuerdo con Gran Bretaña y sólo entonces dirigir su ofensiva hacia el este. Stalin pensaba que Hitler actuaría con la misma fría y brutal racionalidad de la que él habría hecho gala en su lugar. Completamente seguro de que Hitler daría un ultimátum antes de cualquier ataque (una trampa alemana en la que cayó el dirigente soviético), estaba convencido de que podría ganar tiempo. Entre tanto, había que evitar la más mínima provocación. Eso era doblemente importante desde el punto de vista de Stalin, ya que la Unión Soviética seguía enfrentándose a una amenaza adicional, aunque menor, procedente del este, de Japón. Pero aquella circunstancia lo llevó a actuar con excesiva cautela.[1092] ¿Había alguna alternativa a esa línea de actuación?

La política de Stalin de evitar la guerra a toda costa fue fuertemente criticada, muchos años después, por el mariscal Alexandr Mijailovich Vasilevski, subjefe de la administración de operaciones del Estado Mayor en 1941 y jefe del Estado Mayor y subcomisario de Defensa entre 1942 y 1945.[1093] Vasilevski aseguraba que

«Stalin no supo ver el límite más allá del cual esa línea se volvía no sólo innecesaria, sino peligrosa. Lo que se debería haber hecho es determinar correctamente ese límite, preparar completamente a las Fuerzas Armadas para el combate abierto a la mayor velocidad

posible, acelerar la movilización y convertir el país en un único campo de batalla. Mientras se intentaba aplazar el conflicto armado, cualquier posible trabajo secreto se habría realizado y completado antes. Había pruebas más que evidentes de que Alemania planeaba un ataque militar contra nuestro país [...]. Habíamos llegado, debido a circunstancias que escapaban a nuestro control, al Rubicón de la guerra, y era necesario dar un decidido paso hacia delante».[1094]

En realidad, el rearme y la militarización ya se estaban llevando a cabo, y a un ritmo frenético, en 1940 y 1941. Pero Vasilevski insistía en que se debería haber hecho mucho más: la temprana y completa movilización de las Fuerzas Armadas para estar preparadas para el combate. Eso significaba en el fondo que la política de no provocación había llegado a un punto en el que se había vuelto sumamente peligrosa. La plena movilización se tenía que haber llevado a cabo en ese momento, arriesgándose a que el ataque alemán se produjera más pronto. El riesgo habría merecido la pena. Como sabían los consejeros militares de Stalin, lo antes que los alemanes habrían podido iniciar la invasión era, de hecho, cuando atacaron en realidad, en primavera de 1941. En otras palabras, lo peor que la «provocación» podría haber desencadenado era lo que sucedió de todos modos (aunque Stalin había querido evitar la que probablemente pronosticó durante mucho tiempo como una acción alemana limitada, no necesariamente una guerra sin cuartel, para hacerse con parte del territorio fronterizo e imponer una mayor dependencia económica).[1095]

También sabían que en verano de 1940 los líderes japoneses habían optado por el avance hacia el sur, por lo que prácticamente se podía descartar un ataque previo de Japón desde el este.[1096] Una demostración de capacidad disuasoria, en lugar de permitir que el fortalecimiento alemán avanzara sin contestación durante tanto tiempo, habría logrado evitar el ataque durante los preciosos meses de verano de 1941. Además, la publicidad de la fuerza soviética habría permitido contrarrestar la imagen de debilidad del Ejército Rojo predominante entre los dirigentes alemanes. En lugar de eso, Stalin, aterrorizado ante la posibilidad de ofrecer el menor motivo de provocación, permitió continuos vuelos de reconocimiento alemanes para tomar fotografías que registraban detalles precisos de las instalaciones militares soviéticas y la ubicación de las tropas, lo que venía a confirmar la impresión que la Wehrmacht estaba propagando entre las filas del Ejército Rojo.[1097] Stalin se encontraba sin lugar a dudas en una situación muy delicada, pero la preferencia por la no provocación frente a la disuasión constituyó una nueva decisión crucial.

En junio de 1941 las opciones se habían reducido drásticamente. Como señalábamos, Zhukov reconoció más tarde que el rechazo de Stalin del plan de ataque preventivo del 15 de mayo de 1941 había sido acertado. De haber seguido ese plan, se habría visto expuesto a un desastre todavía mayor. En cualquier caso, las defensas fronterizas se encontraban al límite de sus posibilidades, las divisiones estaban mal ubicadas y las fortificaciones seguían incompletas.[1098] Para agravar aún más el problema, los estrategas militares habían previsto en 1940 y 1941 que la principal ofensiva alemana en cualquier ataque provendría de la Polonia meridional, del sur de los pantanos del Pripet. Y allí fue donde formó el grueso de las fuerzas soviéticas en junio 1941. Sin embargo, de manera totalmente imprevista para los mandos del Ejército Rojo, el avance alemán más potente, cuando tuvo lugar, se efectuó por la zona central del frente, por el norte de los pantanos del Pripet, en dirección a Minsk, Smolensk y Moscú.[1099] Conjuntamente, y con el respaldo de Stalin, los líderes militares soviéticos habían elegido la opción equivocada, con consecuencias fatales.

En última instancia, tales errores eran los propios de un sistema basado en un gobierno altamente personalizado. «Stalin era la mayor autoridad para todos nosotros, y a nadie se le ocurrió nunca cuestionar su opinión y su percepción de la situación», comentó más tarde Zhukov.^[1100] En medio de un clima de miedo y adulación, en el que las fobias paranoicas, el sentido de infalibilidad en el juicio, las limitaciones en materia de estrategia militar y la implacable arbitrariedad de un solo individuo se habían convertido en decisivos componentes estructurales del sistema soviético, no podía haber rectificaciones a las opciones escogidas por Stalin. La adulación, a todos los niveles, era endémica. El Politburó rendía pleitesía a su Líder. Por lo general los militares no eran muy diferentes y, cuando expresaban alguna reserva, eran intimidados hasta la sumisión. La negativa del dictador soviético a acceder a las demandas de sus comandantes, presentadas tan sólo alrededor de una semana antes de la invasión, de poner a las tropas en pie de guerra en mejores posiciones defensivas era sintomática de un sistema en el que la razón había perdido el norte.

Las desesperadas blasfemias con las que daba comienzo este capítulo, pronunciadas por Stalin días después de la invasión, son fáciles de comprender. Eran reflejo de la sensación de que los dirigentes soviéticos en conjunto, y él personalmente, habían cometido un terrible error de cálculo. A fin de cuentas, frente al cúmulo de autoengaños e ilusiones del que fue víctima, sus opciones podrían reducirse a una simple decisión: ¿iba a hacer todo lo imaginable para preparar a la Unión Soviética para la guerra con Alemania en 1941 (que no podía descartarse desde un punto de vista objetivo) o iba a persistir en su convencimiento (con los riesgos que ello conllevaba) de que el conflicto podría aplazarse hasta 1942? Dicho de otro modo, ¿prefirió trabajar sobre la base del peor o del mejor escenario posible? La respuesta es evidente. Aquella fue sin duda una decisión crucial. Y sin embargo, el camino hacia ella no había seguido ni mucho menos una línea recta. Ni siquiera desde la distancia podemos estar seguros de cuál era la dirección más favorable que había que tomar en las encrucijadas decisivas. Lo que se puede ver claramente es que las opciones escogidas por Stalin lo expusieron al desastre. La asombrosa recuperación después de aquel desastre es otra historia.

7. WASHINGTON D.C, VERANO-OTOÑO DE 1941

Roosevelt decide librar una guerra no declarada

Si planteaban el dilema entre guerra y paz en el Congreso, estarían debatiéndolo tres meses. El presidente había dicho que libraría una guerra, pero no la declararía, y que se mostraría cada vez más desafiante [...]. Buscaría un «incidente» que justificara su apertura de las hostilidades.

Palabras del presidente Roosevelt reproducidas por Churchill,
19 de agosto de 1941

LA invasión alemana de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941 llevó al todavía incipiente conflicto global a un plano diferente. Una nueva esperanza para los aliados occidentales, Gran Bretaña y Estados Unidos, aunque también nuevas incertidumbres entraban en escena. La Administración del presidente Franklin D. Roosevelt necesitaba reconsiderar sus opciones estratégicas.

Alemania estaba ahora inmersa en una guerra en dos frentes. En el momento en el que más temían Gran Bretaña y Estados Unidos una gran ofensiva en el norte de África y Oriente Medio después de la conquista alemana de los Balcanes en primavera de 1941, Hitler había decidido atacar la Unión Soviética. Ahora, la perspectiva de la derrota de Gran Bretaña por medio de la invasión armada, que parecía constituir un peligro tan grave en verano de 1940 —también para la defensa de Estados Unidos— y que todavía en primavera de 1941 seguía siendo una posibilidad clara, había retrocedido (aunque no desaparecido por completo). Y un aliado nuevo y potencialmente poderoso, aunque molesto para los socios occidentales, se había visto obligado a entrar en liza para defenderse de la Alemania de Hitler. Todo ello ofreció motivos para el optimismo en un momento en el que el destino de la guerra se presentaba sumamente oscuro.

Pero también existían grandes incertidumbres. Primera y principal: ¿podría la Unión Soviética resistir frente a la agresión de Hitler? El Departamento de Guerra estadounidense advirtió al presidente Roosevelt de que las tropas de Hitler conquistarían la Unión Soviética en un período de entre uno y tres meses. Las autoridades militares británicas opinaban de forma parecida. Pensaban que la campaña oriental de Hitler habría terminado al cabo de seis u ocho semanas. Después de eso, Hitler trasladaría sus tropas al oeste. La invasión del Reino Unido sólo podía entenderse como temporalmente aplazada.^[1101] Con Alemania convertida en dueña efectiva de todo el continente europeo tras la derrota de la Unión Soviética, tal vez ni siquiera fuera necesaria la invasión para obligar a Gran Bretaña a ir a la mesa de negociaciones. En cualquier caso, la cuestión de cómo debía reaccionar Estados Unidos ante las nuevas circunstancias admitía más de una respuesta.

En Gran Bretaña, Churchill, exultante ante los nuevos acontecimientos, no dudó un instante, e inmediatamente comprometió a su país con la ayuda a la Unión Soviética, lo que supuso un paso adelante hacia una alianza militar a gran escala. Las diferencias ideológicas quedaron completamente subordinadas a las necesidades prácticas (aunque Churchill, al margen de los gestos públicos, sólo pensaba en medidas limitadas de apoyo, destinadas a mantener a la Unión Soviética en la guerra).^[1102] Gran Bretaña no tenía nada que perder y sí mucho que ganar de aquella alianza contra

Hitler. Para Estados Unidos, en cambio, no era tan sencillo. La aversión por el comunismo estaba muy extendida y profundamente arraigada. Muchos pensaban, y no sólo los aislacionistas, que no estaría mal que los nazis y los bolcheviques lucharan entre ellos hasta encontrarse en un punto muerto, infligiéndose unos a otros la máxima destrucción y evitando de paso cualquier participación estadounidense en el conflicto. Puesto que ninguno de los dos suponía una amenaza inminente, los norteamericanos no sentían en absoluto la urgente necesidad de lanzarse a la cama con Stalin que se experimentaba en Gran Bretaña. En cualquier caso, si la victoria era para Hitler, y se producía en cuestión de semanas, había pocas razones para enviar a la Unión Soviética armamento y equipos que eran muy necesarios para las defensas estadounidenses. Las provisiones no llegarían a tiempo para poder influir de alguna manera en el conflicto, y con la previsible derrota soviética acabarían cayendo en manos de los nazis. Seguramente una estrategia más sensata sería fortalecer las posibilidades de Gran Bretaña en la siguiente batalla, una vez que Hitler volviera a dirigirse hacia el oeste, como parte de la propia defensa de Estados Unidos.^[1103] Una opción era, por tanto, limitarse a esperar y ver cómo terminaba la guerra en la Unión Soviética antes de tomar ninguna medida.

Otro motivo de incertidumbre era el modo en el que Japón reaccionaría ante aquel dramático giro en los acontecimientos. Gracias a la posibilidad de leer los despachos enviados por Tokio a la embajada en Washington (a través del sistema de interceptación de información conocido por el muy acertado nombre en clave de MAGIC), la Administración Roosevelt sabía qué pensaban los dirigentes japoneses, lo que constituía una ventaja inestimable.^[1104] Los consejeros del presidente eran conscientes de la profunda división de opiniones en Tokio sobre si actuar con rapidez para sacar provecho de la invasión alemana atacando a la Unión Soviética desde el este (una actuación defendida con fervor por el ministro de Exteriores, Yosuke Matsuoka) o cumplir con la estrategia previamente acordada de avance hacia el sur. La necesidad de eludir un ataque procedente del este y de intentar hacer frente a las incursiones que las tropas de Hitler estaban llevando a cabo en el oeste habría mermado notablemente las opciones de la Unión Soviética de seguir resistiendo. Y eso, a su vez, habría fomentado una política de extrema prudencia a la hora de ofrecer ayuda a Stalin. Sin embargo, a comienzos de julio, los encargados de determinar la línea de actuación en Washington se habían enterado, gracias a MAGIC, de que los dirigentes japoneses habían confirmado el avance hacia el sur y no atacarían a la Unión Soviética, al menos hasta estar seguros de que Hitler estaba ganando de forma concluyente, lo que constituyó un claro impulso a las opciones de supervivencia de Stalin.

Por otra parte, la inminente acción expansionista en el sureste asiático empujó inexorablemente a Japón hacia un enfrentamiento con Estados Unidos. Aunque el presidente Roosevelt aún confiaba en poder contener a Japón para ocuparse de Hitler al otro lado del Atlántico, todavía considerado como un peligro mayor, la cuestión de qué hacer en el Pacífico había adquirido una renovada urgencia. El 1 de julio, sin saber todavía qué línea adoptarían los japoneses, Roosevelt dijo a Harold Ickes, su secretario del Interior, que era «tremendamente importante para el control del Atlántico que ayudemos a mantener la paz en el Pacífico». Y añadió: «Sencillamente, no tengo suficiente Armada, y cualquier pequeño episodio en el Pacífico significa menos barcos en el Atlántico».^[1105]

Un día después, los japoneses tomaron la decisión de no alterar su política y renunciar a la opción septentrional para seguir adelante con el avance hacia el sur. Consciente, gracias a MAGIC de los planes de Tokio, el presidente se vio a partir de entonces cada vez más presionado por los halcones de su Administración para poner freno a la beligerancia japonesa. El 10 de julio comunicó

a los británicos que «impondría inmediatamente varios embargos, tanto económicos como financieros», en caso de que Japón realizara «una acción abierta» en el sureste asiático.[1106] Esa «acción abierta» se materializó en la invasión japonesa del sur de Indochina, que comenzó el 24 de julio. Antes de final de mes todos los activos japoneses en Estados Unidos quedaron congelados y los suministros de petróleo a Japón, esenciales para la construcción de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental», embargados. Tales movimientos hicieron aparecer la sombra del enfrentamiento en el Pacífico.

Pero por ahora nos alejamos de Japón para analizar la forma en la que la Administración Roosevelt examinaba la que veía como una amenaza mayor, la de la guerra en Europa, ante las nuevas circunstancias surgidas tras la invasión alemana de la Unión Soviética. Y en este sentido, las circunstancias habían cambiado, pero no así el dilema básico de Roosevelt. La cuestión a la que todavía se enfrentaba era cómo proporcionar el máximo de ayuda a Gran Bretaña (y ahora también a la Unión Soviética, algo que el presidente consideraba un imperativo), línea defendida por la mayor parte de la población, sin involucrar a Estados Unidos directamente en la guerra, que era algo a lo se oponía la inmensa mayoría del pueblo norteamericano.

Una cuestión relacionada con la anterior, que ya hemos mencionado, era la de proporcionar ayuda material a la Unión Soviética aplicando el sistema de préstamo y arriendo. Aunque no se tomó ninguna decisión inmediata en ese sentido, sí se adoptaron las primeras medidas necesarias para responder a los pedidos de productos por parte de la Unión Soviética, y de hecho en noviembre la URSS ya reunía los requisitos necesarios para la aplicación del programa[1107] Una segunda cuestión, mucho más delicada, era cómo abordar, desde la neutralidad, la batalla que se estaba librando en el Atlántico. Aquí, el dilema de Roosevelt se planteaba en términos cada vez más peliagudos. No tenía mucho sentido proporcionar productos a Gran Bretaña si iban a acabar directamente en el fondo del Atlántico. Pero ayudar a proteger el tránsito de aquel material de vital importancia frente a los ataques de los submarinos alemanes entrañaba el evidente y creciente peligro de arrastrar a Estados Unidos a la guerra. En vista de la ruidosa persistencia del lobby aislacionista, la campaña de publicidad a todo volumen contra la intervención llevada a cabo por la organización America First y el peso de la certeza de que cualquier acción que hiciera previsible la participación en la guerra europea se toparía (por motivos diversos) con la oposición del Congreso, Roosevelt creía tener motivos para seguir adelante con sus complicados malabarismos para aplacar a la opinión pública al tiempo que se arriesgaba cada vez más a una confrontación armada en una «guerra no declarada».

El presidente insinuó en más de una ocasión que estaba esperando un incidente para acabar con ese dilema. Sin embargo, cuando los incidentes se produjeron finalmente en los meses de otoño, Roosevelt se abstuvo de sacarles el máximo provecho para llevar a Estados Unidos directamente a la guerra. Frente al convencimiento de muchos de sus detractores, en aquel momento y desde entonces, de que el presidente estaba tratando por todos los medios de llevar a su país a la guerra, sus acciones sugieren que quería eludir esa situación el mayor tiempo posible, al tiempo que reconocía que la participación de Norteamérica en algún momento era ya inevitable. En cualquier caso, Roosevelt sabía que sus posibilidades de obtener una declaración de guerra del Congreso, incluso ante el aumento de la tensión a lo largo del otoño, eran prácticamente nulas. No obstante, aunque sólo el Congreso podía declarar la guerra, la Constitución de Estados Unidos, como muy bien sabía Roosevelt, atribuye al presidente amplios poderes como comandante en jefe para hacer la guerra, aun

sin una declaración formal. Los presidentes anteriores se habían aprovechado de tales poderes, y los siguientes también lo harían. Roosevelt buscó una confirmación legal de sus atribuciones constitucionales para desplegar la Armada «de la forma que a él le parezca adecuada» en interés de la nación, es decir, llevando a cabo la «guerra no declarada» con los submarinos de Hitler en el Atlántico.[1108]

A medida que la guerra se había ido ampliando a lo largo de los doce meses anteriores, las opciones de Roosevelt se habían ido estrechando en la práctica. Tras la invasión alemana de la Unión Soviética, el presidente se enfrentó con la inexorable lógica de la decisión de ayudar a Gran Bretaña, tomada anteriormente. Es cierto que podría haberse opuesto a la concesión del régimen de préstamo y arriendo a la Unión Soviética. De hecho, la opinión pública no lo presionaba para que ayudara a Stalin, y también es verdad que durante los primeros meses después de la invasión alemana sus consejeros defendían distintas visiones sobre las ventajas de proporcionar esa ayuda. Sin embargo, el presidente decidió tomar las riendas y presionar en favor de ayudar a Rusia. Aquel movimiento no sólo era lógico, sino que revestía una importancia vital, y con el tiempo contribuiría significativamente a garantizar la victoria de los Aliados. En cuanto a la cuestión de la ayuda a Gran Bretaña, el presidente, incluso aunque hubiera querido hacerlo (que no quiso), no habría podido escapar a las consecuencias de la decisión sobre el programa de préstamo y arriendo tomada a comienzos de año. Sólo si Gran Bretaña hubiera sido conquistada por las tropas de Hitler y se hubiera visto obligada a la capitulación tras una rápida victoria alemana en el este habría podido Roosevelt poner fin al plan y echarse atrás en su compromiso con la campaña bélica británica. Pero puesto que pronto empezaron a aparecer señales más optimistas de una resistencia soviética prolongada, incrementar la ayuda a Gran Bretaña (e iniciar la entrega de suministros a la Unión Soviética) no podía generar más que beneficios.

La inevitable consecuencia de ello fue, como ya hemos señalado, el incremento de la tensión entre Estados Unidos y Alemania en el Atlántico y el grave problema interno para el presidente de decidir qué hacer con la cuestión de la dotación de escoltas armadas a los convoyes. Puesto que, fueran cuales fueran las medidas adoptadas finalmente, Roosevelt estaba decidido a no solicitar al Congreso una declaración de guerra y no correr el riesgo de una derrota política casi asegurada que dividiría completamente a la población y echaría por tierra cualquier esperanza de unidad nacional, no le quedaba otra opción que proseguir con la política que había emprendido el año anterior: tomar todas las medidas necesarias en la lucha contra Hitler «sin recurrir a la guerra». Pero «sin recurrir a la guerra» había pasado a significar «guerra no declarada», llegando incluso al extremo de enfrentamientos armados en el Atlántico que, pese al estado de no-beligerancia que técnicamente prevalecía en las relaciones germano-americanas, amenazaban con hacer estallar un conflicto abierto. Las opciones de Roosevelt en verano y otoño de 1941 se habían reducido, por tanto, a una sola, impuesta en realidad por las decisiones que había tomado anteriormente y por la constelación estratégica surgida de ellas: seguir acercándose al abismo, pero sin saltar a él.

En su enérgico discurso de la noche del 22 de junio de 1941 —oído por millones de estadounidenses que aquella tarde sintonizaron sus radios al otro lado del Atlántico—, Winston Churchill había vinculado explícitamente entre sí los destinos de la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos en la lucha contra la Alemania de Hitler. La invasión de la Unión Soviética a manos de Hitler, afirmaba el primer ministro, «no es más que el preludio de un intento de invasión de las Islas Británicas». Sin duda, añadía, Hitler esperaba «que todo esto pueda estar terminado antes de que la flota y la fuerza aérea de Estados Unidos puedan intervenir». Si se producía la invasión de Gran Bretaña, advertía entonces, ya se podía pronosticar la escena del último acto, «el sometimiento del Hemisferio Occidental a su voluntad y a su sistema». La conclusión era evidente: «El peligro de Rusia es por tanto nuestro peligro, y también el peligro de Estados Unidos, al igual que la causa de cualquier ruso luchando por su tierra y por su casa es la causa de los hombres libres y los pueblos libres en cada rincón del planeta».[1109]

El presidente Roosevelt pensaba de forma similar, aunque se mostraba menos resuelto en su actuación. Una cuidadosa (aunque poco comprometida) declaración realizada el 23 de junio por Sumner Welles (secretario de Estado en funciones en ausencia temporal por enfermedad de Cordell Hull) y aprobada previamente por el presidente señalaba que «cualquier concentración de fuerzas opositoras al Hitlerismo, sea cual sea su origen», iría en beneficio de la defensa y la seguridad de Estados Unidos, y concluía reafirmando la opinión largamente mantenida por la Administración de que «los ejércitos de Hitler son a día de hoy los principales peligros de América».[1110] No obstante, la declaración no ofrecía nada concreto. Al día siguiente, comentando el comunicado de Welles en una rueda de prensa, Roosevelt habló con mayor claridad. «Por supuesto que vamos a ofrecer toda la ayuda que podamos a Rusia», aseguró.[1111] El presidente liberó los fondos soviéticos en Estados Unidos que habían sido congelados previamente —un total de unos cuarenta millones de dólares— y manifestó su disposición a proporcionar ayuda, aunque señaló que ignoraba qué era lo que se necesitaba. Además, la Casa Blanca hizo un anuncio muy significativo el 26 de junio: que el presidente no invocaría la Ley de Neutralidad contra la Unión Soviética. Aquel gesto tenía una importancia capital, porque significaba que el puerto de Vladivostok, en el extremo más oriental de la Unión Soviética, seguiría siendo una vía de acceso para que los barcos estadounidenses entregaran las provisiones.[1112]

Todo aquello apuntaba en la buena dirección, aunque no dejaba de ser un inicio modesto. Los consejeros militares del presidente propugnaban una actitud más audaz. Henry Stimson, secretario de Guerra, había enviado un memorándum a Roosevelt el 23 de junio, tan sólo un día después de la invasión alemana de la Unión Soviética, en el que señalaba las ideas de los principales estrategas militares del Departamento de Guerra, incluido el jefe del Estado Mayor, George Marshall. Stimson describía el ataque alemán como «un hecho casi providencial» que ofrecía a Estados Unidos un breve respiro para «impulsar con el máximo vigor nuestros movimientos en el escenario de operaciones del Atlántico» como la mejor forma de «ayudar a Gran Bretaña, desalentar a Alemania y fortalecer nuestra posición de defensa frente a nuestro peligro más inminente». Aquel respiro, sostenía Stimson, duraría entre uno y tres meses. En ese tiempo no había lugar para la duda sobre si tomar o no la iniciativa.[1113] Frank Knox, secretario de la Armada, estaba de acuerdo. En un escrito dirigido al presidente ese mismo día afirmaba que veía una oportunidad, que no podía dejarse escapar, de «atacar efectivamente a Alemania [...], cuanto antes mejor». El presidente, proseguía Knox, no debía perder tiempo y tenía que aprovechar la oportunidad psicológica de empezar con la

dotación de escoltas a los barcos. El almirante Harold Stark, jefe de Operaciones Navales, se sumó al coro. Con la aprobación de Knox, propuso el inicio inmediato de la asignación de escoltas, consciente de que eso «nos llevaría casi con toda seguridad a la guerra» y considerando «cada día de retraso en nuestra intervención en la guerra como algo peligroso».[1114]

Pero el presidente continuó con su política de «vísteme despacio que tengo prisa».[1115] Stimson, frustrado como tantas veces ante la que interpretaba como falta de voluntad de Roosevelt para adoptar una actitud decidida, pensaba que, mientras las fuerzas de Hitler estaban obteniendo ganancias espectaculares en su asalto en el este, Norteamérica había perdido el norte. Las anotaciones en su diario del día 2 de julio mostraban a un Stimson inusitadamente pesimista: «En general, esta noche me siento más atrapado contra las cuerdas que nunca. Tenemos un problema si nuestro país tiene que responder por sí mismo ante tal emergencia. El ver si somos realmente lo suficientemente poderosos, lo suficientemente sinceros y lo suficientemente abnegados para enfrentarnos a los alemanes es un problema cada vez más real».[1116]

Igual de extremista, como siempre, se mostraba Harold Ickes, secretario del Interior. En una carta enviada al presidente el 23 de junio, escribía: «Puede que sea difícil entrar en la guerra de la forma correcta, pero si no lo hacemos ahora, nos encontraremos, cuando nos llegue el turno, sin un solo aliado en ningún lugar del mundo».[1117] Ickes sugería que un embargo de petróleo a los japoneses, que tenía asegurada la aceptación entre la población, les permitiría «entrar en esta guerra de manera efectiva. Y si de este modo nos viéramos empujados indirectamente a ella, evitaríamos ser criticados por haber intervenido como aliados de la Rusia comunista [*sic*]».[1118] Pero Roosevelt, ante la perspectiva de una oposición generalizada en Estados Unidos a la idea misma de proporcionar ayuda a «la Rusia comunista», optó por la prudencia. Antes de comprometerse, quería tantear a la opinión pública.

Y, como cabía esperar, la opinión pública se encontraba dividida. Los aislacionistas se dieron durante un tiempo un auténtico festín. Un senador aislacionista hablaba en nombre de muchos cuando dijo: «Aquí se despedazan unos a otros. Stalin tiene las manos tan manchadas de sangre como Hitler. No creo que debemos ayudar a ninguno de los dos. Deberíamos ocuparnos de nuestros asuntos, como tendríamos que haber hecho desde el principio. Todo esto lo que hace es demostrar la absoluta inestabilidad de las alianzas europeas y apuntar a la necesidad de que nos mantengamos al margen de todas ellas».[1119] Los católicos anticomunistas más vehementes también clamaban contra cualquier clase de apoyo al régimen ateo de Stalin. Con todo, según la opinión reflejada en las encuestas, muy pocos norteamericanos preferían una victoria nazi en la terrible batalla que se estaba librando en el este de Europa. Y algunos medios de comunicación reconocían que, pese a la aversión generalizada hacia el comunismo, la realidad exigía todo el apoyo posible a la Unión Soviética.[1120]

Roosevelt, por su parte, necesitaba asegurarse de qué quería la Unión Soviética, saber si se podrían entregar las provisiones y confirmar que no se iban a desperdiciar en una rápida derrota a manos de las fuerzas de Hitler.[1121] En lo relativo a este último punto, el presidente se había puesto desde el principio del lado de los optimistas —mucho más que sus consejeros militares— en torno a las perspectivas de que el Ejército Rojo pudiera seguir resistiendo. Uno de los que alentar aquel optimismo, el cual, a la vista de las devastadoras incursiones alemanas, parecía descansar inicialmente en una mera esperanza infundada, fue el antiguo embajador estadounidense en Moscú, Joseph E. Davies, destinado ahora en el Departamento de Estado como ayudante especial de Cordell Hull para Problemas y Políticas de Emergencia Bélica. Davies fue desde el comienzo un enérgico

defensor de la ayuda a la Unión Soviética. «Este ataque de Hitler —había escrito en su diario el 7 de julio— fue una ruptura de la situación que venía como caída del cielo para las naciones no agresoras, y la resistencia soviética debería estimularse por todos los medios posibles».[1122] En un memorándum elaborado pocos días después, Davies sostenía, basándose en su amplia experiencia de la Unión Soviética, que aunque Hitler ocupara la Rusia Blanca y Ucrania, lo más probable era que Stalin pudiera replegarse detrás de los Urales y continuar luchando «durante un tiempo considerable». Por tanto, era razonable —dado que atajaba igualmente cualquier posibilidad de que Stalin se viera forzado a aceptar una paz negociada con Hitler— hacerle saber «que nuestra actitud es “implacable” para vencer a Hitler y que nuestra tradicional política de amistad con Rusia sigue existiendo».[1123]

En cuanto a la cuestión de las necesidades soviéticas, en Moscú los primeros sondeos se emprendieron al cabo de una semana de la invasión alemana. En Washington se constituyó inmediatamente un comité especial encargado de los pedidos soviéticos. El programa de préstamo y arriendo no se contemplaba por el momento. Se suponía que las provisiones se comprarían, no se donarían, aunque se estaba estudiando la posibilidad de conceder créditos a cinco años o de intercambiar equipamiento estadounidense por materias primas soviéticas. En cualquier caso, la «lista de la compra» soviética que fue presentada al Gabinete del 18 de julio era inmensa. Incluía la petición de seis mil aviones, veinte mil cañones antiaéreos e infraestructuras y equipamientos industriales por valor de unos cincuenta millones de dólares. Pero no sólo era una lista monumental; la maquinaria administrativa necesaria para enviar cualquiera de esos materiales no era en absoluto tan eficiente como pudo dar a entender la creación del comité para gestionar los pedidos soviéticos. El resultado del cúmulo de evasivas y la falta de coordinación reinantes en la media docena de organismos implicados fue un grado de ineficiencia absolutamente irritante. El propio presidente intervino categóricamente a comienzos de agosto, señalando que en casi seis semanas no se había hecho prácticamente nada por satisfacer las demandas soviéticas, por lo que «los rusos sienten que les han estado tomando el pelo en Estados Unidos».[1124] Según Ickes, la intervención de Roosevelt —dirigida principalmente a los Departamentos de Estado y de Guerra— fue «uno de los rapapolvos más auténticos de los que he sido testigo». El presidente sabía perfectamente que, si de verdad había que hacer algún intento de ayudar al Ejército Rojo a resistir hasta que la llegada de las lluvias y las nieves del otoño a partir de octubre pudiera empezar a dar un muy necesario respiro frente a la ofensiva alemana, había que evitar los retrasos y acelerar las entregas. «Era el momento de asumir algunos riesgos», pensaba.[1125]

Un día después de aquel arrebató del presidente, el 2 de agosto, el Departamento de Estado hizo constar en acta «que el Gobierno de Estados Unidos ha decidido proporcionar toda la ayuda económica viable para el propósito de fortalecer a la Unión Soviética en su lucha contra la agresión armada».[1126] Pero en realidad, la magnitud de los primeros suministros había sido muy modesta. En julio sólo se exportaron productos a la Unión Soviética por valor de seis millones y medio de dólares. Las estimaciones a comienzos de octubre hablaban de no más de veintinueve millones. La realidad inmediata era que la lucha soviética por la supervivencia frente al invasor alemán debía sostenerse hasta el otoño de 1941 con una ayuda estadounidense meramente marginal.[1127]

La cuestión de la ayuda a la Unión Soviética recibió un renovado impulso con la visita a Moscú realizada a finales de julio de 1941 por el administrador del plan de préstamo y arriendo, íntimo confidente y emisario personal de Roosevelt, Harry Hopkins, descrita más tarde como «una de las

misiones más trascendentales y valiosas de toda la guerra».[1128] La operación nació de la iniciativa personal del propio Hopkins, respaldado inmediatamente por Roosevelt (y con la aprobación de Sumner Welles en el Departamento de Estado). En realidad, Hopkins había sugerido dicha misión sólo tres días después del lanzamiento de la «Operación Barbarroja», y el presidente había manifestado su aprobación al cabo de veinticuatro horas. Roosevelt creía infinitamente preferible enviar ayuda a Rusia a tener que mandar tropas estadounidenses a luchar a Europa, pero hasta el momento nada de eso se había materializado.[1129] Sin embargo, poco más de un mes después la idea fue resucitada. El resultado fue crucial, no sólo porque constituyó un necesario acicate para la provisión de materiales a la Unión Soviética, sino también porque estableció una relación directa y personal, al margen de los canales formales, entre Roosevelt y Stalin. La misión de Hopkins contribuyó a establecer las bases de la que sería la «gran alianza» entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos.

La idea de que Hopkins fuera a Moscú surgió de su visita a Londres en julio para discutir sobre la reunión que tendría lugar entre Churchill y Roosevelt en el mar, cerca de Terranova, al mes siguiente, y sobre asuntos relacionados con el programa de préstamo y arriendo, así como cuestiones de estrategia general de guerra. Los militares estadounidenses habían criticado la desviación de barcos y equipamiento por parte de los británicos hacia la campaña en Oriente Medio e instaban a la concentración en el Atlántico y la defensa de las Islas Británicas. En su encuentro con Hopkins y con representantes militares británicos y estadounidenses, Churchill defendió con firmeza la necesidad de reforzar la región de Oriente Medio y advirtió del peligro creciente en Extremo Oriente. Hopkins se dio cuenta de que faltaba información sobre una pieza fundamental del rompecabezas estratégico: cuánto tiempo podría resistir la Unión Soviética. Churchill y Roosevelt se iban a encontrar operando en el vacío en la reunión prevista para el mes siguiente si antes de eso no se recababa información más valiosa que la que se tenía hasta el momento. Hopkins sugirió que él podía volar inmediatamente a Moscú para tratar de obtener algunas respuestas directamente del propio Stalin. Roosevelt envió un telegrama para confirmar su aprobación y una carta personal a Stalin para presentarle a Hopkins. Churchill facilitó el transporte y, al cabo de veinticuatro horas, Hopkins —cansado, débil y atormentado por los dolores de su larga lucha contra el cáncer— se encontraba ya en pleno vuelo, realizando un largo, arriesgado y tremendamente incómodo viaje a través del Atlántico camino de Arcángel, para continuar después hacia Moscú.[1130]

Hopkins llegó a la capital soviética la mañana del 30 de julio de 1941. Con un sombrero de fieltro que le había prestado Churchill (y que llevaba las iniciales WSC debajo del ala) —pues había perdido el suyo en Londres—, a primera hora de la mañana ya estaba de camino al Kremlin para mantener una reunión con el propio Stalin.[1131] Al poco rato estaban discutiendo sobre la ayuda a la URSS: lo que se necesitaba inmediatamente y lo que se requeriría para una guerra larga. Stalin subrayó la imperiosa necesidad de defensas antiaéreas y ametralladoras de gran alcance para proteger las ciudades rusas. También pidió urgentemente un millón de fusiles. A más largo plazo necesitaba gasolina de aviación de alto octanaje y aluminio para la fabricación de aviones, además de los artículos incluidos en la larga lista ya presentada en Washington. «Dennos cañones antiaéreos y aluminio y podremos combatir tres o cuatro años», aseguró.[1132] Aquellas palabras de Stalin, entre otras, sirvieron para animar considerablemente a Hopkins. A diferencia de las opiniones iniciales de los expertos militares estadounidenses, parecía que había perspectivas claras de que la Unión Soviética resistiría frente a la ofensiva alemana y seguiría luchando en una guerra larga.

La segunda entrevista entre Hopkins y Stalin, un prolongado encuentro celebrado la noche siguiente, fue todavía más instructiva. El dirigente soviético admitió que el ataque sorpresa había cogido desprevenido al Ejército Rojo y que él pensaba que Hitler no atacaría.[1133] No obstante, y sin subestimar a las Fuerzas Armadas alemanas —capaces, creía, de emprender una campaña de invierno en Rusia—, confiaba en que las tropas soviéticas resistirían. (En realidad, sus predicciones sobre el lugar en el que se detendría el avance alemán resultaron ser demasiado optimistas, y las pérdidas territoriales pronto fueron mayores de lo que él había previsto.) Y estaba seguro de que cuando comenzaran las lluvias de otoño los alemanes tendrían que ponerse a la defensiva. En una exhibición de franqueza que Laurence Steinhardt, embajador estadounidense en Moscú, encontró sorprendente, Stalin facilitó a Hopkins detalles del armamento y los índices de producción soviéticos. Cuando éste le preguntó sobre la ubicación de las instalaciones de municiones, el dirigente ruso le dijo que muchas de las fábricas más grandes ya habían sido dispersadas por el este. Después anotó en un trozo de papel la reiterada y urgente petición de armas de defensas antiaéreas, aviones y fusiles de aluminio, y celebró inmediatamente la sugerencia de Hopkins de convocar una conferencia tripartita en Moscú de los miembros de la incipiente alianza —la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos— una vez estabilizado el frente, algo que suponía sucedería en octubre, para explorar los intereses estratégicos de cada uno de los tres países y la mejor forma de satisfacer los requerimientos soviéticos.[1134]

Finalmente, tras analizar la situación militar, Stalin pidió a Hopkins que transmitiera un mensaje personal a Roosevelt en el que urgía a Estados Unidos a entrar en la guerra contra Hitler. Pensaba que sin la ayuda de Estados Unidos sería muy difícil para Gran Bretaña y la Unión Soviética conseguir aplastar a la máquina militar alemana. Era inevitable, en su opinión, que Estados Unidos y Alemania acabasen luchando entre sí. Sorprendentemente, Stalin estaba dispuesto incluso —señal evidente de su desesperación— a recibir tropas norteamericanas en cualquier parte del frente ruso y enteramente bajo control estadounidense. Y terminó expresando su confianza en que el Ejército Rojo resistiría, aunque añadió que «el problema del aprovisionamiento para la primavera siguiente iba a ser grave y que necesitaba nuestra ayuda». Esta parte del informe de Hopkins quedó señalada con el título «Sólo para el presidente» y guardada en una copia única.[1135]⁵

Hopkins se fue de Moscú el 1 de agosto, sumamente impresionado por Stalin y por lo que ahora sabía sobre la determinación soviética de resistir ante el ataque alemán. Con las prisas de la salida de la capital rusa se acabó dejando una bolsa con medicamentos esenciales para él, y se encontró enfermo, exhausto y tremendamente incómodo en el que resultó ser un interminable y turbulento vuelo de regreso con fuerte viento en contra desde Arcángel hasta Scapa Flow, en las islas Oreadas, al norte de Escocia. Al encontrarlo al límite de sus fuerzas, más vivo que muerto, le concedieron dos días para recuperarse antes de unirse a Churchill a bordo del acorazado Prince of Wales con el fin de iniciar su viaje por el Atlántico para su reunión con el presidente Roosevelt cerca de la costa de Terranova.[1136]

El viaje de Hopkins a Moscú constituyó un momento crucial en el camino hacia la dotación de ayuda para la campaña bélica soviética, que con el tiempo había de revelarse indispensable. Algunos periódicos estadounidenses bastante influyentes empezaron a recoger una imagen más positiva de Stalin y de la URSS. Los sondeos de opinión revelaban que la mayor parte de los norteamericanos estaban a favor de ayudar a la Unión Soviética. Una de las razones era la creencia de que si se ayudaba a los rusos, Hitler podría ser derrotado en Europa sin la intervención estadounidense.[1137]

Aquella opinión positiva generalizada ayudó a Roosevelt a olvidarse de la oposición de los aislacionistas a la ayuda ofrecida a la URSS, que ahora planeaban ampliar. Y lo que es más importante, el optimismo de Hopkins acerca de la capacidad de los soviéticos de resistir la invasión parecía cada vez más realista según avanzaban las semanas. Es cierto que los alemanes habían hecho formidables avances, mayores de lo que Stalin había pronosticado en sus conversaciones con Hopkins, pero la idea generalizada entre los expertos militares tanto de Estados Unidos como de Gran Bretaña de una rápida victoria alemana demostró ser falsa. Y conforme el calendario se iba arrastrando lentamente hacia el momento en el que comenzarían los rigores del clima ruso, cada vez parecía más evidente que Hitler había querido abarcar más de la cuenta.

En septiembre, pese a los serios reveses que seguían sufriendo los soviéticos, entre ellos la devastadora pérdida de Kiev ese mismo mes, ya no había duda de que el avance alemán se había ralentizado. Roosevelt y Churchill se sintieron entonces capaces de embarcarse en la planificación de una ayuda sustanciosa y coordinada a largo plazo.[\[1138\]](#) La reunión entre representantes británicos, estadounidenses y soviéticos, puesta en marcha con la visita de Hopkins, tuvo lugar en Moscú a finales de ese mes, y Estados Unidos y Gran Bretaña (con su Imperio) acordaron satisfacer todas las peticiones de Stalin que fuera posible, ofreciéndole aviones (mil ochocientos durante los nueve meses siguientes), tanques, aluminio, noventa mil camiones y vehículos todo-terreno y mucho más.[\[1139\]](#) El primer acuerdo de entrega de provisiones fue firmado el día 1 de octubre.[\[1140\]](#)

El transporte y el pago seguían planteando problemas. Roosevelt, consciente de que la opinión pública, aunque interesada en su mayor parte (a excepción de la ruidosa oposición del lobby aislacionista) en proporcionar la ayuda, estaba igual de interesada en que los soviéticos pagaran por ella, y sin haberse concedido ningún crédito, seguía tratando de obtener los pagos de las reservas de oro rusas. Y cuando el adusto embajador soviético, Konstantin Oumanski, se mostró terco, inflexible y reticente a admitir que las reservas de oro pudieran usarse para cubrir los pagos, un furioso y frustrado Roosevelt lo describió en una reunión del Gabinete como «un cerdo mentiroso».[\[1141\]](#) No obstante, el presidente ya se estaba preparando para ofrecer la ayuda a Stalin mediante la aplicación del programa de préstamo y arriendo. Alentado por la positiva respuesta popular —pese a las prominentes voces de los aislacionistas— ante los informes traídos de la reciente conferencia de Moscú sobre la tenaz resistencia soviética, Roosevelt estaba por fin preparado para poner a prueba aquella cuestión en el Congreso. Para asegurarse de que su propuesta no era bloqueada, incluyó en ella un proyecto de ley para destinar formidables asignaciones a las Fuerzas Armadas, algo que a unos patrióticos congresistas les resultaba muy difícil rechazar.[\[1142\]](#)

El 10 de octubre una enmienda presentada por los aislacionistas para impedir que la Unión Soviética se beneficiara del programa de préstamo y arriendo fue rechazada en la Cámara de Representantes, y casi dos semanas después en el Senado. Con ello, el presidente supo que tenía la victoria asegurada. A finales de mes comunicó a Stalin que la Unión Soviética recibiría hasta mil millones de dólares en concepto de préstamo y arriendo, que se devolverían sin intereses durante un período de diez años que daría comienzo cinco años después del fin de la guerra. El 1 de noviembre Roosevelt ya contaba con la sanción del Congreso. La oferta estadounidense se hizo pública cinco días después, y el 7 de noviembre la Unión Soviética fue declarada susceptible de recibir la ayuda del programa de préstamo y arriendo. Para entonces, los alemanes se encontraban ya a unos cincuenta kilómetros de Moscú. Pero ahora la opinión pública norteamericana respaldaba en su inmensa

mayoría a la Unión Soviética, animaba al Ejército Rojo, deseosa de apoyarlo en su heroica lucha, y sentía que, incluso en un momento tan duro como aquél y aunque Moscú cayera, la resistencia soviética podía acabar imponiéndose.[1143]

Mientras tanto, cuanto más tiempo resistía el Ejército Rojo, más posibilidades había de que el poderoso arsenal de Estados Unidos empezara a surtir algún efecto. Cuando se produjo el ataque japonés a Pearl Harbor, sólo habían llegado a la Unión Soviética materiales por valor de sesenta y cinco millones de dólares. El rechazo a manos de las fuerzas soviéticas de la incursión alemana de diciembre prácticamente a las puertas de Moscú no debió prácticamente nada a la ayuda occidental. En aquel momento nadie podía prever que los estadounidenses acabarían proporcionando más de diez mil millones de dólares a los rusos mediante el programa de préstamo y arriendo.[1144] Sin embargo, con el tiempo, aquella ayuda iba a hacer una indispensable contribución a la campaña bélica soviética.

En el plazo más inmediato, la concesión de ayuda a la Unión Soviética, un gesto en el que la acción personal de Roosevelt fue tan visible como decisiva, llevó a Estados Unidos un paso más cerca de la intervención directa en la guerra europea. Roosevelt había hecho frente a un dilema. Sus consejeros militares habían mostrado sus reservas sobre lo acertado del compromiso con la que pensaban sería probablemente una causa perdida. Aislacionistas y católicos habían constituido un potente órgano de oposición en el interior del país. Sin embargo, otras personas de su entorno habían insistido en la necesidad de comprometerse. Aunque inicialmente cauto, como era habitual, Roosevelt se había mostrado desde el principio más optimista que la mayoría de sus consejeros sobre la capacidad de los soviéticos para seguir resistiendo. Y enseguida había sabido ver que la apertura de un frente oriental por Hitler podía constituir una de las claves principales del conjunto de la guerra. En una carta enviada a su embajador en la Francia de Vichy el 26 de junio, el presidente había escrito: «Ahora llega esa desviación rusa. Si la cosa va a más, significará la liberación para Europa de la dominación nazi».[1145] Y a continuación señalaba que Estados Unidos debía proporcionar todo el apoyo posible a la defensa soviética. Por eso había dado inmediatamente su apoyo a la misión de Hopkins y se había mostrado dispuesto entonces a llevar la concesión del régimen de préstamo y arriendo al Congreso, pese a ser consciente de la existencia de una persistente oposición.

Echarse atrás en su compromiso de ayuda a la Unión Soviética ante la presión de la oposición nunca fue una opción posible. Eso habría significado respaldar la opinión de una minoría frente a la de la mayoría, que defendía la ayuda, y habría invertido la línea de actuación «sin recurrir a la guerra» que Roosevelt venía siguiendo sistemáticamente, pese a sus ocasionales titubeos tácticos. Además, a diferencia de los aislacionistas, Roosevelt nunca había tenido una visión tan simplista de la guerra rusa de Hitler como para entender que aquello consistía en dejar que dos sanguinarios dictadores la emprendieran a tortazos entre sí con la esperanza de evitar que Estados Unidos tuviera que acabar combatiendo. Sabía perfectamente que sólo era cuestión de tiempo que Estados Unidos entrara en la guerra. Y eso significaría, a pesar de su promesa electoral del año anterior, tener que enviar finalmente un elevado número de soldados estadounidenses a combatir a Europa si se quería lograr el objetivo de derrotar al nazismo.

En el mensaje personal transmitido a través de Hopkins, Stalin había declarado abiertamente que el Ejército de Hitler no sería aplastado hasta que Estados Unidos hubiera entrado en la batalla, que era lo que los consejeros de Roosevelt le venían diciendo. En julio, la División de Planes de Guerra

del Ejército comenzó a trabajar en la preparación del exhaustivo Programa Victoria (que sería presentado finalmente al presidente en septiembre), que examinaba las necesidades previstas en todos los posibles frentes militares. Su conclusión era que la derrota militar total de Alemania sólo se podría lograr si Estados Unidos entraba en la guerra y enviaba un inmenso contingente — probablemente unos cinco millones de hombres— a luchar a Europa. El plan calculaba que el 1 de julio de 1943 había que tener a un ejército de cerca de nueve millones de hombres equipado, entrenado y movilizado para emprender las operaciones, lo que exigía multiplicar por dos los planes de producción.[1146]

Roosevelt siempre había considerado a Hitler, no a Stalin, la gran amenaza para la seguridad estadounidense. «No creo que tengamos que preocuparnos por la posibilidad de la dominación rusa», escribió justo después del inicio de la invasión alemana. En cambio, la dominación por parte de una Alemania victoriosa no se podía descartar. El apoyo a Stalin constituía, por tanto, la política lógica y necesaria. Pero a pesar de todo, aquel apoyo nada tenía que ver con una participación efectiva, para la que ni el presidente ni su pueblo estaban preparados. Y la cruda batalla en la Unión Soviética era algo muy lejano. Si algo había de empujar a Estados Unidos a entrar en aquel atolladero, tenía que suceder mucho más cerca de casa. Y parecía muy probable que ese algo fuera a ser la intensificación del conflicto en el Atlántico.

II

En una carta enviada a Mackenzie King, primer ministro de Canadá, el 1 de julio, Roosevelt había expresado su opinión de que «si los rusos no consiguieran resistir durante el verano se podría producir una intensificación de la campaña contra Gran Bretaña, y especialmente por el control del Atlántico. Tal vez podamos ayudar bastante más de lo que hoy nos parece», añadía,[1147] en una alusión críptica a la cuestión de la dotación de escoltas a los convoyes. Para Stimson, Knox y otros, la desviación del ataque de Hitler hacia la Unión Soviética había hecho surgir la ocasión ideal para tomar la iniciativa en el Atlántico. Querían que Roosevelt aprovechara la oportunidad mientras ésta durara para poner en marcha el programa de acompañamiento de los convoyes con buques de guerra estadounidenses. Durante un tiempo el presidente pareció aceptar sus argumentos y accedió a recopilar planes para escoltar barcos de todas las nacionalidades en el Atlántico occidental que habían de entrar en vigor el 11 de julio de 1941. De este modo, parecía que había dado un paso crucial, que incluía la protección de los convoyes británicos por navíos armados norteamericanos, un paso que sus consejeros militares venían defendiendo desde hacía tiempo. Sin embargo, al cabo de unos días, preocupado probablemente por la inquietud popular que generó la cuestión de la dotación de escoltas y por lo bien que vendría todo aquello a sus oponentes en el

Congreso, el presidente cambió de parecer, y ante sus dudas con respecto a Japón acabó ordenando a Knox que no transfiriera más buques de guerra del Pacífico al Atlántico. Knox se las vio y se las deseó para convencer al presidente de que aprobara al menos los planes para escoltar barcos estadounidenses hasta Islandia.[1148] Una vez más, los «halcones» de su Gabinete tuvieron la impresión de que se estaba echando atrás justo cuando más audacia hacía falta.[1149]

Sin embargo, a comienzos de julio Roosevelt dio un nuevo paso hacia el abismo, y en esta ocasión fue un paso indiscutiblemente audaz. El 7 de julio desembarcaba en Islandia una brigada de cuatro mil cuatrocientos marines americanos para emprender la ocupación. Con ello, Roosevelt estaba tratando de sacar provecho de la «desviación» de Hitler hacia el este para reforzar la seguridad del hemisferio occidental.[1150]

Los antecedentes de aquella acción se remontaban a mayo de 1940, cuando Churchill, ansioso por evitar una súbita ocupación alemana de tan crucial posición estratégica a caballo entre las distintas rutas marítimas del Atlántico, había enviado una brigada de infantería británica a la isla. En junio y julio se enviaron refuerzos de soldados británicos y canadienses. Pero a Churchill le interesaba reorganizar sus tropas en otros lugares y también involucrar a Estados Unidos más directamente en la guerra. Quería que las tropas estadounidenses reemplazaran al contingente británico a la primera oportunidad. Los militares británicos y norteamericanos acordaron entonces, a principios de 1941, que la defensa de la isla en caso de guerra correspondería a Estados Unidos. A mediados de junio, el almirante Stark había preparado las instrucciones para instalar a las tropas norteamericanas, que, según los planes de ese momento, estarían bajo mando británico. «Me doy cuenta de que esto es prácticamente un acto de guerra», apuntó en su nota adjunta para Harry Hopkins, del que Stark esperaba que hiciera más fácil la transmisión de sus instrucciones operativas al presidente.[1151] El almirante obtuvo la aprobación de Roosevelt, pero éste confirmó que no actuaría sin una invitación formal por parte del Gobierno de Islandia, que no se produjo finalmente hasta el 1 de julio.[1152] Seis días después Roosevelt anunciaba el movimiento en Islandia, según sus palabras «para complementar y tal vez reemplazar al final al contingente británico», aunque el relevo de un número equivalente de soldados británicos comenzó inmediatamente.[1153] El envío de marines en lugar de soldados del Ejército de Tierra permitió al presidente saltarse las restricciones establecidas por la Ley de Servicio Militar Obligatorio —a las que la opinión pública era sumamente sensible—, que prohibía que los reclutas sirvieran fuera del hemisferio occidental. Los marines eran voluntarios, combatientes profesionales, como se consideraban a sí mismos, y no los «muchachos» a los que Roosevelt había prometido sólo unos meses antes que no serían enviados a luchar en guerras extranjeras.[1154]

Aquél fue un acto claramente no neutral. Lleno de euforia, Churchill dijo a la Cámara de los Comunes que era «un acontecimiento de importancia política y estratégica de primer orden; de hecho, es una de las cosas más importantes que han ocurrido desde que comenzó la guerra».[1155] En privado, el primer ministro mantenía la opinión (compartida por el embajador británico en Washington, lord Halifax) de que su trascendencia se hallaba en el hecho de acelerar la intervención estadounidense en la guerra junto a Gran Bretaña.[1156] No en vano, aquel acto llevó a Estados Unidos más cerca de las hostilidades en el Atlántico. Tal vez, como se ha afirmado, «si hubo un punto en el que Roosevelt cruzó deliberadamente el umbral entre ayudar a Gran Bretaña para mantenerse fuera de la guerra y ayudar a Gran Bretaña para entrar en la guerra, ese momento fue probablemente julio de 1941».[1157]

Ocho días después del desembarco de las tropas norteamericanas, Islandia fue declarada parte integrante del hemisferio occidental, aunque «todo el mundo admite que está en el hemisferio oriental y que está por tanto vinculada al continente de Europa».[1158] En Islandia convergían la zona defensiva norteamericana y la zona alemana de combate. Las posibilidades de que se produjeran «incidentes» entre los submarinos alemanes y la Armada estadounidense, ahora dedicada a la defensa

de Islandia y a las tareas de escolta de convoyes norteamericanos hasta la isla, eran ahora mucho mayores que antes. No obstante, la ocupación de Islandia contaba con la aprobación del 61 por 100 de los norteamericanos encuestados en un sondeo, mientras que sólo el 20 por 100 se oponía a ella.[1159] Pese a su temor a un «virulento arrebató» contra aquella acción,[1160] el presidente se estaba llevando poco a poco consigo a la población en su camino hacia el borde del abismo. Pero a pesar de todo, seguía cuidándose mucho de llevar a la opinión pública demasiado lejos demasiado pronto, y, aunque finalmente se presentó la oportunidad de dotar de escoltas a convoyes no estadounidenses, Roosevelt no la aprovechó.

La sensibilidad del presidente a la opinión pública demostró tener razón de ser con motivo de los acalorados debates que hizo estallar en julio y agosto la cuestión de la modificación de la Ley de Servicio Militar Obligatorio de 1940. Lo que estaba en juego era nada más y nada menos que lo que el general Marshall describió como la «desintegración del Ejército».[1161] Si la Administración no hubiera conseguido llevar a buen puerto en el Congreso las enmiendas que proponía, habría sido imposible constituir el gran ejército previsto por el Programa Victoria (todavía en fase de preparación) para una futura intervención en Europa. La fuerza del sentir popular en el país, junto con la intensa batalla librada en el Congreso, recordaron con toda crudeza a Roosevelt que, por grande que fuera la voluntad de apoyar a Gran Bretaña, y ahora también a la Unión Soviética, la oposición a la idea de enviar soldados estadounidenses a combatir al extranjero seguía siendo tan feroz como siempre.

La Ley de Servicio Militar Obligatorio de agosto de 1940 permitía al Ejército llamar a filas a un máximo de novecientos mil hombres, pero sólo durante un período de un año, a no ser que el Congreso (no el presidente) declarase que la seguridad nacional estaba en peligro. Una segunda condición era que los hombres reclutados no podrían servir fuera del hemisferio occidental (una cláusula que Roosevelt sorteó en la ocupación de Islandia recurriendo a los marines). La declaración en mayo del estado de emergencia nacional ilimitada por el presidente no afectó de ninguna manera a la ley; los líderes del Congreso dijeron a Roosevelt que no podían reunir los votos necesarios para modificarla, y se estaba acercando la fecha en la que tenían que regresar los primeros hombres convocados el otoño anterior. Además, las familias de todo el país querían a sus «muchachos» de vuelta a casa, en tanto que en el Ejército la moral de los reclutas estaba tan baja que parecía que muchos estaban dispuestos a desertar si no obtenían su prometido relevo. Se trataba, desde todos los puntos de vista, de una situación delicada, incluso crítica, para el presidente. Su primer impulso, como casi siempre, fue de cautela. Quería evitar la lucha en el Congreso. Stimson, Knox y especialmente Marshall trabajaron durante días para convencer a Roosevelt de que se enfrentase a la cámara. Era evidente que la cuestión no podía eludirse mucho más tiempo. Finalmente, el presidente accedió a hacer frente a la inevitable y amplia oposición.

El 10 de julio se presentaron tres resoluciones de enmienda a la ley original: mantener a los reclutas en el servicio mientras durase el estado de emergencia nacional, permitir que fueran enviados fuera del hemisferio occidental y eliminar el límite máximo de novecientos mil hombres relativo al tamaño del Ejército. La oposición fue feroz, y reflejó en su mayor parte las líneas marcadas por los partidos: los ataques más furibundos, como era de esperar, vinieron de los republicanos. Sin embargo, muchos demócratas que habían secundado medidas anteriores también estaban muy preocupados por las implicaciones que conllevaba el conceder al presidente el poder de enviar tropas al extranjero. El habitual núcleo aislacionista de oposición contó por tanto en esta

ocasión con una base más amplia de apoyo fundamentado en la inquietud; para empezar, la inquietud de los congresistas por la reacción de sus electores en caso de que votaran a favor de que «sus muchachos» siguieran cumpliendo el servicio militar. Finalmente, el proyecto de ley fue aprobado en el Senado el 7 de agosto con un margen bastante cómodo de 45 votos a 30. El drama principal, sin embargo, quedó reservado para el debate en la Cámara de Representantes. Cuando terminó, el 12 de agosto, la ley quedó aprobada por diferencia de un solo voto: 203 a 202.[1162]

Aquella fue descrita más tarde, con comprensible exageración, como «una de las batallas decisivas de la guerra».[1163] Sin duda, si la votación hubiera seguido la dirección contraria, la Administración se habría visto obligada a introducir nuevas medidas para asegurarse de que su plan militar no se echaba a perder. Pero se habría perdido un tiempo muy valioso. El ataque a Pearl Harbor, cuatro meses después, habría golpeado a un país con un Ejército en proceso de disolución.[1164] Y lo que no deja de ser significativo, cuando la sombra de un conflicto global empezó a ampliarse ostensiblemente, la votación sirvió para advertir a Roosevelt, como lo expresara el sumo sacerdote del aislacionismo, el senador Burton K. Wheeler, «de que la Administración no podría sacar adelante en el Congreso una resolución para una declaración de guerra».[1165]

Mientras los tórridos debates mantenían ocupado al Congreso y a buena parte del país, Roosevelt y Churchill se reunían por primera vez desde que ambos tomaran posesión de su cargo. El encuentro vino a materializar las palabras pronunciadas por Churchill un año antes, cuando dijo que Gran Bretaña, con su Imperio, y Norteamérica acabarían «mezcladas de una u otra manera».[1166] Para Churchill, una reunión personal con Roosevelt tenía una importancia enorme. «Nada debía obstaculizar su amistad con un presidente del que dependían tantas cosas», había escrito uno de los asesores del primer ministro. Churchill pensaba que el hecho de que Roosevelt hubiera querido celebrar la reunión era significativo en sí mismo. No lo habría hecho «si no estuviera contemplando la posibilidad de dar un nuevo paso».[1167] Pero en realidad no había nada especialmente relevante en la agenda de Roosevelt. Lo que quería era coordinar todo lo posible las líneas de actuación en ciertas cuestiones vitales, limar algunas diferencias y conocer por fin a Churchill. No tenía en mente lo que Churchill estaba esperando: la decisión de llevar a Estados Unidos a la guerra.[1168]

Ya en primavera se habían hecho planes para la celebración de una reunión. Finalmente, aquel trascendental encuentro se desarrolló en secreto entre el 9 y el 12 de agosto a bordo del crucero estadounidense Augusta y del buque de guerra británico Prince of Wales, que había llevado a Harry Hopkins junto con Churchill a través del Atlántico hasta la bahía de Placentia, muy cerca de la costa del asentamiento minero de extracción de plata de Argentina, ya abandonado. Roosevelt y Churchill estuvieron acompañados por algunos mandamases militares y por importantes oficiales diplomáticos en las conversaciones celebradas a bordo de ambos barcos de guerra, fondeados uno junto al otro.[1169]

Las conversaciones abarcaron muchos temas, entre ellos la ayuda a la Unión Soviética, los convoyes en el Atlántico, la amenaza japonesa en el sureste asiático y el orden de posguerra. Paradójicamente, tal vez, la Conferencia del Atlántico se ocupó menos del Atlántico que del Pacífico. Con Hitler centrado en los progresos de la Wehrmacht en Rusia, el peligro en el oeste había disminuido, al menos temporalmente. La ocupación estadounidense de Islandia había transcurrido sin problemas, y una especie de precario punto muerto se había instalado en el Atlántico. En Extremo Oriente, en cambio, la tensión había crecido notablemente desde la invasión japonesa del sur de Indochina y la imposición de un embargo de petróleo por parte de Estados Unidos. La amenaza más

inmediata parecía provenir de esa dirección. Poco fue lo que se sacó del encuentro en cuestión de acciones concretas. Churchill insistió en la adopción de una línea fuerte por parte de Estados Unidos frente a cualquier nueva expansión japonesa, una acción que constituyera en realidad un ultimátum. Roosevelt accedió a usar un «lenguaje duro» cuando advirtiera al embajador japonés en Washington a su regreso, aunque llegado el momento de la intervención del Departamento de Estado, el presidente moderó sensiblemente el tono de la misma. Pese al embargo de petróleo, la disuasión siguió siendo la línea de actuación escogida en lugar de la provocación. El objetivo era mantener el Pacífico en calma el mayor tiempo posible.[1170]

Por lo que respecta al Atlántico, aunque fue un asunto menos destacado en las conversaciones, los británicos encontraron motivos para el optimismo. Si bien Roosevelt había echado por tierra enseguida las expectativas de una inmediata intervención estadounidense en la guerra, defraudando así las esperanzas de Churchill, lo cierto es que sí hubo acuerdo para llevar a cabo dos acciones que parecían prometer nuevos avances en el camino hacia la intervención.

A Roosevelt le preocupaban mucho los agentes nazis que estaban atravesando el noroeste africano y abriendo el camino para que Hitler efectuara un rápido ataque al norte de África desde la Península Ibérica.[1171] La distancia relativamente corta que separaba, de un lado al otro del Atlántico sur, el extremo noroccidental africano de Brasil constituía desde hacía mucho tiempo un motivo de inquietud para los estrategas estadounidenses, que veían allí la vía más sencilla para que las tropas alemanas establecieran una base en el continente americano. Para atajar cualquier posible peligro, Roosevelt estaba dispuesto a prometer a Churchill (que había señalado la amenaza de una ofensiva alemana para tomar Gibraltar, puerta de acceso a las rutas del Atlántico sur y centro de control de la entrada al Mediterráneo) que enviaría fuerzas ocupantes a las Azores en cuanto Gran Bretaña pudiera procurarse una invitación de manos de Portugal (similar a la de Islandia).[1172] Pero al final todo quedó en nada. Llegado el momento, no hubo toma alemana de Gibraltar, ni necesidad (por lo menos por el momento) de una invitación de Portugal, ni ocupación de las Azores por tropas estadounidenses.

Un segundo punto de acuerdo proporcionó a Churchill algún motivo de satisfacción. Roosevelt accedió finalmente a proporcionar escoltas armadas a todos los barcos que atravesaban el Atlántico hasta Islandia, no sólo a los norteamericanos y los islandeses. Los barcos británicos podían por fin contar con protección estadounidense. Eso era algo a lo que los «halcones» de su Gabinete le habían estado exhortando durante meses. El almirante Stark envió instrucciones desde la bahía de Placentia que tenían que entrar en vigor el 16 de septiembre.[1173] Roosevelt había dado un paso importante (y, a los ojos de los británicos, debido desde hacía mucho tiempo), que equivalía al «inicio de las hostilidades no declaradas con Alemania».[1174] Al menos, ésa era la interpretación de Churchill. En realidad, sólo se habían decidido los planes de contingencia para la dotación de escoltas, mientras que su puesta en práctica todavía dependía de las órdenes del presidente. Cuando éste regresó a Washington, no hizo nada inicialmente por acelerar su aplicación.[1175] Había problemas técnicos y logísticos —organizar las comunicaciones con la inteligencia naval británica y asegurarse de que los barcos estaban en el lugar adecuado en el momento adecuado, por ejemplo— que obstaculizaban el inicio inmediato de las operaciones.[1176] Pero la verdadera dificultad para el presidente era de naturaleza política. Todavía no sabía cómo iba a decírselo a la población norteamericana ni cómo abordaría la cuestión en el Congreso.[1177] Según el informe presentado por Churchill al Gabinete británico sobre las conversaciones, Roosevelt le había dicho que «estaba

deslizándose sobre una finísima capa de hielo en sus relaciones con el Congreso». La petición ante la cámara de una declaración de guerra, prosiguió Roosevelt, generaría tres meses de debate (aunque lo que creía en realidad era que una solicitud al Congreso de una declaración de guerra sería rechazada por una diferencia de dos o tres a uno [1178]). En lugar de eso, decía que «libraría una guerra, pero no la declararíamos, y que se mostraría cada vez más desafiante [...]. Buscaría un “incidente” que justificara su apertura de las hostilidades».[1179]

En términos prácticos, la Conferencia concluyó sin haberse logrado gran cosa, pero a pesar de todo, el encuentro tuvo una gran importancia. Allí nació la Carta del Atlántico, una declaración de principios, inspirada en gran medida por la parte norteamericana, para el mundo de posguerra previsto por Estados Unidos y Gran Bretaña. Aunque no todos los puntos, ocho en total, de la Carta que constituía en realidad una manifestación de propósitos bélicos democráticos, nacieron sin dificultades, el 12 de agosto se llegó a un acuerdo sobre la redacción final, y el texto se hizo público dos días más tarde. La Carta proclamaba que Estados Unidos y el Reino Unido no aspiraban a engrandecimiento territorial ni de ninguna otra índole, no querían alteraciones territoriales al margen de los deseos de las comunidades afectadas, respetaban el derecho de los pueblos a elegir su forma de gobierno, se esforzarían por promover un acceso igual al mercado y a las materias primas, trabajarían por el progreso económico y la seguridad social para todos y lucharían por la paz mundial y el desarme.[1180] La Carta, cuyo propósito inicial había sido fundamentalmente propagandístico, acabaría teniendo una enorme relevancia histórica como lista de derechos y principios democráticos que quedarían más tarde consagrados en los objetivos de las Naciones Unidas. Pero el verdadero valor de la Conferencia del Atlántico residió no tanto en su proclamación de abstractos fines de guerra —y es que, por muy nobles que éstos fueran, las poblaciones de ambos lados del océano no los consideraban en general como sustitutos de las firmes declaraciones conjuntas de políticas de actuación— como en las relaciones personales que se consolidaron entre Roosevelt y Churchill.[1181] Allí quedó establecido un entendimiento de enorme trascendencia, directo y personal, entre los dos dirigentes. El sentimiento de confianza creado en la Conferencia perduraría aun bajo el peso de los vaivenes de la guerra.

La reunión dejó su impronta en los dos. Para Churchill, el encuentro evocaba el propósito de los dos países, simbolizado en el oficio religioso celebrado la mañana del domingo 10 de agosto en el alcázar del Prince of Wales, que fue sumamente emotivo para él, y en el que marineros británicos y estadounidenses cantaron juntos, a la sombra de los inmensos cañones del barco, los himnos que él había elegido, mientras las banderas de las dos naciones cubrían el púlpito de lado a lado. Más tarde describiría «ya sólo el hecho de que Estados Unidos, técnicamente todavía neutral, se uniera a una potencia beligerante» en la redacción de la Carta del Atlántico como algo «asombroso».[1182] Para Roosevelt la reunión también había sido muy importante, y no solamente por la declaración conjunta de los objetivos de guerra plasmados en la Carta. Al igual que Churchill, el presidente estadounidense también se sintió profundamente conmovido por el simbolismo del oficio religioso compartido en el Prince of Wales, expresión de la «tónica general» de toda la Conferencia, según sus palabras. «Si no hubiera sucedido nada más mientras estuvimos allí, eso nos habría fortalecido», dijo, según recordaba su hijo Elliott, que también se encontraba a bordo.[1183] Roosevelt había establecido una relación personal con Churchill, pero también estaba satisfecho con el tono de la Conferencia, que reconocía de manera implícita el liderazgo estadounidense en la alianza informal con Gran Bretaña y su Imperio.[1184] Y aunque durante el encuentro no había hecho grandes

concesiones relevantes en la práctica, sí había logrado comprender mejor el planteamiento estratégico de Gran Bretaña y cómo, con la ayuda estadounidense, la guerra contra Hitler podía ganarse.[1185] Estaba empezando a ver más claramente el frente oriental como la clave del desenlace de la guerra, y su determinación de proporcionar ayuda a la Unión Soviética encontró expresión en el caluroso mensaje a Stalin que él y Churchill enviaron el 12 de agosto, último día de la Conferencia, para proponerle la celebración de una reunión en Moscú (como había sugerido Hopkins en el transcurso de su visita) para elaborar acuerdos sobre la concesión de ayuda a largo plazo.[1186] Ahora estaba dispuesto también a alejarse de la neutralidad para adoptar un papel más activamente beligerante en la «batalla del Atlántico» que implicara una guerra limitada y no declarada contra Alemania, lo que entrañaba el riesgo cada vez mayor de empujar por completo a Estados Unidos hacia las hostilidades.[1187]

Sin embargo, nada se avanzó en la búsqueda de una respuesta a la decisiva pregunta de cuándo entraría Estados Unidos en la guerra. Es cierto que las palabras de Roosevelt sobre provocar un incidente parecieron sugerir que aquello sólo era cuestión de tiempo, pero ¿cuándo iba a suceder? Desde la perspectiva británica, el asunto no podía prolongarse indefinidamente, pero en realidad no había grandes esperanzas de que la intervención norteamericana fuera inminente. La noticia de una victoria alarmantemente ajustada de la renovación de la Ley del Servicio Militar Obligatorio, que había llegado a la bahía de Placentia el último día de la Conferencia, no contribuyó precisamente a levantar los ánimos.[1188] Y el inicial buen humor de Churchill en su viaje de regreso de la reunión se vio disipado ante la reacción producida en el interior del país.[1189] Además de la tibia respuesta popular (al igual que en Estados Unidos), al parecer las conversaciones no habían contribuido en absoluto a convencer al Gabinete de que Estados Unidos estaría pronto en la guerra junto con Gran Bretaña. Lord Beaverbrook, ministro de Abastecimientos de Churchill, había viajado hasta Washington desde la bahía de Placentia y a su regreso había comunicado que no existía ninguna posibilidad de que Estados Unidos entrase en la guerra hasta que así lo exigiera un ataque contra su propio territorio, algo que no parecía que fuera a suceder hasta que Gran Bretaña y Rusia fuesen derrotadas.[1190] La réplica de Roosevelt a las críticas de los alarmados aislacionistas, que aseguraba que la Conferencia del Atlántico no había llevado a Estados Unidos más cerca de la guerra, alimentó aún más el clima de desánimo reinante en Gran Bretaña.[1191]

Hacia finales de agosto, un alicaído Churchill envió a Harry Hopkins «uno de los mensajes más pesimistas que llegaron nunca a la Casa Blanca del normalmente confiado y entusiasta primer ministro». Churchill señalaba la enorme cantidad de barcos británicos destruidos por los submarinos alemanes en el Atlántico: cincuenta mil toneladas en los últimos dos días. «No sé lo que pasará si Inglaterra se encuentra luchando sola cuando llegue 1942», añadía. Y observaba que los submarinos de Hitler estaban manteniendo despejada la zona definida como perteneciente al hemisferio occidental con el fin de que «hubiera pocas posibilidades de un “incidente” lo suficientemente serio como para llevar a Estados Unidos a la guerra».[1192]

Sin embargo, menos de una semana después de aquel abatido mensaje de Churchill a Hopkins tuvo lugar un incidente que ofreció a Roosevelt la oportunidad de hacer pública la política de dotación de escoltas y que llevó sutilmente a Estados Unidos un poco más cerca del abismo.

A primera hora de la mañana del 4 de septiembre, un submarino alemán, el U-652, fue localizado por un bombardero británico que patrullaba a unos doscientos sesenta y cinco kilómetros al sur de Islandia, en algún punto dentro de la confluencia entre el área alemana de combate y la zona de seguridad estadounidense. El submarino se sumergió para evitar el peligro inmediato, pero el bombardero transmitió su localización a un destructor norteamericano que se encontraba en las inmediaciones, el Greer, que transportaba correo y unos pocos pasajeros militares a Islandia. Aunque, dado que no estaba escoltando barcos norteamericanos, no tenía autoridad para atacar y oficialmente sólo debía informar de la posición del submarino sumergido, el Greer se acercó a éste y le fue a la zaga durante más de una hora, tomando mediciones por sonar de su posición y transmitiéndolas rápidamente al bombardero británico, que lanzó cuatro cargas de profundidad. Las cargas pasaron muy lejos de su objetivo, y el bombardero regresó a la base. Pero la persecución prosiguió, y una hora y media más tarde, tras recibir una señal de radio del Greer, llegó otro avión británico en busca del submarino. Cuando habían transcurrido cuatro horas de persecución, el comandante del submarino, probablemente por temor a que las baterías fallaran y lo obligaran a subir a la superficie, decidió volver las tornas y disparó dos torpedos contra el Greer, aunque ambos pasaron de largo sin causar daño alguno. El Greer contraatacó entonces lanzando ocho cargas de profundidad, pero sólo consiguió causar deterioros sin importancia al U-652. Alrededor de una hora más tarde un destructor británico entró en escena y lanzó también una carga de profundidad, sin ningún resultado. El Greer hizo un último intento de destruir el submarino a media tarde, lanzando once cargas de profundidad que pasaron a gran distancia de su objetivo. Sólo al final de la tarde, unas diez horas después de emprender la caza, decidió el Greer cejar en su empeño y seguir navegando hacia Islandia.[1193]

Rápidamente se envió por radio a Washington y al presidente un informe del suceso. Sin más tardanza, el Departamento de la Armada emitió un comunicado de prensa sobre el ataque del submarino al Greer.[1194] En su rueda de prensa del día siguiente, 5 de septiembre, Roosevelt hizo hincapié en lo deliberado de la agresión del submarino, a plena luz del día, contra un barco que contaba con número de identificación, enarbolaba la bandera estadounidense y se encontraba dentro de la zona de seguridad norteamericana. Y también declaró que había dado órdenes de «eliminar» el submarino si lograban encontrarlo.[1195]

En aquel momento es posible que el presidente no tuviera conocimiento pleno de los hechos. Por supuesto, no se hizo mención alguna a la actitud agresiva del Greer, que podría haber hecho suponer que el U-652 había lanzado los torpedos en defensa propia. Tampoco era cierto que el submarino hubiera podido comprobar que el destructor era estadounidense; la realidad es que se había visto atacado por aviones de guerra británicos, dentro de la zona de combate alemana, y sólo por casualidad había alcanzado a ver por el periscopio un destructor de cuatro chimeneas similar a los que se trasladaban a Gran Bretaña el otoño anterior.[1196] Pero ninguna de esas consideraciones parecía poder disuadir a Roosevelt de su empeño, ahora que contaba con una de las oportunidades que estaba esperando.

En el transcurso de la comida de aquel día, 5 de septiembre, el presidente esbozó para Harry Hopkins y Cordell Hull las líneas generales de un discurso dirigido a la nación planeado desde hacía

tiempo que, a la luz del incidente del Greer, pretendía pronunciar la semana siguiente, y en el que no tenía intención de andarse con miramientos. Hull, aparentemente no menos indignado que él con lo que había sucedido, también habló con absoluta firmeza. Sin embargo, cuando se puso a sintetizar sus ideas sobre el papel para enviarlas a la Casa Blanca comenzó a tener dudas, y finalmente no recomendó ninguna acción. En ausencia del presidente (que había viajado a Hyde Park para asistir al funeral de su madre), Hopkins y el juez Samuel Rosenman, otro de los principales redactores de discursos de Roosevelt, trabajaron en la declaración sin aportación alguna del Departamento de Estado. Incluyeron en ella algunos pasajes elaborados por el propio presidente (con el que siguieron en contacto por teléfono durante la preparación del texto), y cuando éste regresó a Washington, el discurso estaba prácticamente listo. Roosevelt lo ensayó aquella noche, 10 de septiembre, ante Stimson, Knox y Hull, que manifestaron una calurosa aprobación. Tras la realización de unos leves ajustes en la formulación, lo leyó a la mañana siguiente ante un grupo de dirigentes del Congreso. La declaración sólo disgustó a uno de ellos, republicano aislacionista. El secretario de Estado, sin embargo, pese a haber expresado su acuerdo la noche anterior, volvía a tener sus dudas. Comentó a Hopkins que «el discurso era demasiado fuerte», y quiso que se eliminara «toda referencia a disparar primero, o a disparar en cualquier caso». Y después habló con Roosevelt en la misma línea. Pero no se iba a efectuar ninguna moderación en el tenor del discurso.^[1197] La declaración fue finalmente una de las más feroces pronunciadas nunca por el presidente.

Roosevelt comenzó con un tono similar al de la rueda de prensa celebrada seis días antes. El ataque al Greer se había producido en la zona de autodefensa norteamericana, a plena luz del día y con la identidad del barco inconfundible. «Os digo claramente —aseguró— que el submarino alemán disparó primero sobre ese destructor estadounidense sin previo aviso y con la deliberada intención de hundirlo». Describió el hecho como un acto de «piratería desde el punto de vista legal y moral» y mencionó varios incidentes —entre ellos el del hundimiento del buque mercante Robin Moor en julio, que no había provocado represalia alguna— para demostrar que el del Greer no era un caso aislado, sino «parte de un plan general». La intención nazi, prosiguió, era hacerse con el control absoluto de los mares como preludio de la dominación del hemisferio occidental por la fuerza de las armas. A continuación deslizó una crítica a los aislacionistas. Los norteamericanos no podían continuar engañándose a sí mismos, aseguró el presidente, con la «idea romántica» de que podrían «seguir viviendo feliz y pacíficamente en un mundo dominado por los nazis». No se podía recurrir al apaciguamiento. Había que trazar una línea. Había que mantener abiertas las rutas de abastecimiento para los enemigos de Hitler y preservar la libertad de los mares. Y a continuación empleó una elocuente metáfora (adaptando las palabras empleadas un tiempo antes por un invitado suyo a un almuerzo^[1198]) para hacer entender la necesidad de un ataque preventivo en el Atlántico. «Cuando ves una serpiente de cascabel lista para atacar, no esperas a que haya atacado para aplastarla. Estos submarinos y buques corsarios nazis son las serpientes de cascabel del Atlántico». Era una imagen ciertamente impactante. Entonces mencionó la política que derivaba de ello y la crucial —y para muchos tardía— dotación de escoltas a los convoyes. «Corresponde a nuestras patrullas navales y aéreas —un gran número de las cuales operan ahora en una vasta extensión del océano Atlántico— el mantener la política estadounidense de libertad de los mares... ahora. Eso significa, muy sencillamente, muy claramente, que nuestros buques y aviones patrulleros protegerán a todos los buques mercantes —no sólo barcos norteamericanos sino barcos de todas las banderas— dedicados al comercio en nuestras aguas defensivas». El objetivo, insistió, era exclusivamente defensivo. Pero

entonces vino la advertencia explícita al Eje: «Desde ahora, si entran navíos de guerra alemanes o italianos en esas aguas, cuya protección es necesaria para la defensa estadounidense, tendrán que asumir el riesgo».[1199]

Cuando el presidente acabó de hablar, el sonido del himno nacional hizo que los oyentes —familiares, amigos, consejeros y un gran contingente de periodistas— reunidos en el salón de recepciones diplomáticas de la Casa Blanca para escuchar la declaración (transmitida por radio al mundo entero) se pusieran de pie en un emotivo final.[1200] El presidente había logrado un golpe de efecto frente a sus oponentes. Los aislacionistas estaban aislados. El programa de dotación de escoltas a los convoyes se había puesto en marcha. Las órdenes oficiales se dictaron dos días después, y se empezaron a ejecutar el 16 de septiembre.[1201] «Así la eterna cuestión de la escolta naval estadounidense quedó resuelta con la declaración de una guerra abierta», he aquí una apropiada descripción de lo sucedido.[1202]

Aunque no había empleado la expresión, lo que sin lugar a dudas había emprendido Roosevelt era una política de «disparar en el acto». El gran titular del New York Times del día siguiente decía: «Roosevelt ordena a la Armada disparar primero».[1203] Los aislacionistas, como era de esperar, protestaron enérgicamente,[1204] pero la opinión pública defendió el «disparar en el acto», con un 62 por 100 a favor y sólo un 28 por 100 en contra, lo que venía a demostrar el impacto del incidente del Greer y de la explotación del mismo por parte del presidente. Dos días antes de dicho episodio, sólo una ajustada mayoría del 52 por 100 defendía que la Armada estadounidense escoltase el material bélico hasta Gran Bretaña.[1205] El pueblo norteamericano había acabado respaldando una política que prácticamente venía a garantizar a Estados Unidos futuros enfrentamientos armados con navíos alemanes en el Atlántico. La guerra abierta estaba a la vuelta de la esquina. Como dijo el almirante Stark, jefe de Operaciones Navales, el 22 de noviembre: «Por lo que respecta al Atlántico estamos prácticamente, si no enteramente, allí».[1206]

Los detractores de Roosevelt, en aquel momento y a partir de entonces, lo acusaron de engañar al pueblo norteamericano «en una gigantesca conspiración para llevarlo a la guerra» (como aseguraba el diario Chicago Tribune, furibundo aislacionista).[1207] Ciertamente, su discurso del Greer había dicho las verdades a medias en relación con el accidente. No había mencionado la prolongada campaña de persecución y hostigamiento a la que se vio sometido el U-652 antes de lanzar la salva de torpedos. Aunque era verdad que el submarino había disparado primero, no lo había hecho sin provocación. El pueblo norteamericano no supo nada de eso. La afirmación de Roosevelt de que el incidente del Greer formaba parte de un ataque sistemático nazi contra los barcos estadounidenses también era una tergiversación de los hechos. En cierto sentido, lo que resultaba sorprendente era que se hubieran producido precisamente tan pocos incidentes. El presidente y sus consejeros militares eran conscientes, sin embargo, de que muy probablemente Hitler no buscaba un conflicto directo en el Atlántico antes de haber aplastado a la Unión Soviética. (De hecho, aunque Roosevelt no podía saberlo, Hitler había dado órdenes expresas que prohibían cualquier provocación en el Atlántico mientras siguiera ocupado en el este [1208].) Los defensores del presidente aseguraban que no estaba enteramente informado de los hechos del incidente. Sin embargo, si en la rueda de prensa del 5 de septiembre el presidente todavía no tenía pleno conocimiento de lo que había ocurrido, probablemente no sucedía lo mismo seis días más tarde. (No en vano, las reservas de Hull respecto a la declaración pudieron deberse precisamente a que, desde el punto de vista legal, los estadounidenses no podían asegurar de ninguna manera que tenían toda la razón de su parte en el

incidente.) No cabe duda, por tanto, de que Roosevelt se sirvió de un juego de manos en su discurso. ¿Estuvo esa acción justificada?

Él mismo justificó su acción apelando al interés defensivo nacional, y la veía como una clara e ineludible obligación para él como presidente [1209] Resulta difícil defender la idea de que Roosevelt estuviera equivocado, dada la amenaza a largo plazo planteada por el régimen de Hitler.[1210] ¿Tenía alternativa? Sus opciones, en realidad, estaban entonces gravemente limitadas. Si se había valido de cierto grado de exageración para hacer la cuestión de la dotación de escoltas más aceptable para el pueblo norteamericano, esa política estaba muy en consonancia con los cautos pero constantes pasos dados durante los meses anteriores. Stimson no fue el único en señalar desde el principio que la lógica del sistema de préstamo y arriendo —aprobado por el Congreso— exigía la protección del material bélico que se enviaría al otro lado del Atlántico. De modo que el único dilema efectivo con el que se enfrentaba Roosevelt en septiembre de 1941 era si optar por la acción por la que efectivamente se inclinó, arriesgarse a otro arduo y prolongado debate y a una posible derrota en el Congreso o hacer caso omiso del incidente del Greer y retrasar aún más la asignación de escoltas.

Cualquiera de las actuaciones alternativas habría significado seguir el juego al sentir de la minoría aislacionista. Sin embargo, ninguna de ellas constituía una opción real. El problema estratégico a la hora de enfrentarse con la amenaza alemana (exacerbada por la tensión creciente en el Pacífico) no habría disminuido o desaparecido gracias a ellas. Y desperdiciar la oportunidad de iniciar los viajes escoltados habría supuesto desoír las advertencias que Roosevelt estaba recibiendo de sus expertos militares. También habría significado incumplir la promesa que había dado a Churchill en la bahía de Placentia, y habría sido por tanto potencialmente perjudicial para la alianza atlántica de la que parecía depender la derrota final de Hitler. Ello, a su vez, habría puesto en grave peligro la futura capacidad de Gran Bretaña de continuar luchando. Como señalaron los expertos militares de Roosevelt el mismo día de su discurso, 11 de septiembre, «el refuerzo inmediato y contundente de las tropas británicas en el Atlántico por medio de contingentes navales y aéreos estadounidenses, complementado con un gran tonelaje adicional, será imprescindible si se quiere que el Reino Unido permanezca en la guerra».[1211] Y, como Roosevelt había sabido ver desde el principio, los intereses defensivos de Estados Unidos se verían irreparablemente dañados si Gran Bretaña era obligada a capitular o a negociar una resolución desfavorable que dejara a Hitler al mando del continente europeo y con plena hegemonía en el Atlántico. Las ideas de los aislacionistas de que Norteamérica podía esconder la cabeza en la arena y que Hitler la dejaría en paz eran, como Roosevelt no se cansaba de señalar, peligrosísimas quimeras. En 1941, Estados Unidos no podía permitirse, por su propio interés, permanecer al margen en la «batalla del Atlántico».

Roosevelt siguió la única dirección posible. Su explotación del incidente del Greer fue un ejercicio de habilidad política, no un abuso de poder. Había conseguido alinear a la mayoría de la población en torno a la política de escoltas de una forma que probablemente no habría sido posible con anterioridad. El embajador británico en Washington, lord Halifax, describió a Churchill el dilema de Roosevelt tal y como él lo veía: adoptar una línea de actuación entre «(1) el deseo del 70 por 100 de los norteamericanos de permanecer fuera de la guerra; [y] (2) el deseo del 70 por 100 de los norteamericanos de destruir a Hitler, aunque eso signifique la guerra».[1212] Una vez más, el estilo del presidente de «vísteme despacio que tengo prisa» había demostrado su eficacia y su razón de ser. Pero el hecho era inequívoco: ahora sí había llevado a Estados Unidos al borde del conflicto

total con la Alemania Nazi. ¿Podían perpetuarse indefinidamente aquellas esporádicas escaramuzas? ¿O tal vez se necesitaría muy poco para transformar la «guerra no declarada» en una conflagración abierta que exigiría que los jóvenes estadounidenses fueran enviados a luchar, algo que el presidente había descartado durante su campaña electoral menos de un año antes?

La segunda parecía la posibilidad más clara, dados los inevitables incidentes ocurridos en otoño en el Atlántico. Esa dirección quedó notablemente fortalecida por la noticia surgida poco después de la «charla junto al fuego» pronunciada por Roosevelt el 11 de septiembre de que el presidente había estado discutiendo medidas para proceder a la derogación de la Ley de Neutralidad de 1939 con los líderes del Congreso.^[1213] Pero comoquiera que el otoño avanzaba y los enfrentamientos en el Atlántico no se agravaban, el primer escenario, el de la guerra no declarada indefinida, empezó a aparecer como una posibilidad. Para entonces, en cualquier caso, el peligro de guerra en el Pacífico era cuando menos tan grande como el de la guerra abierta con Alemania. Y eso era algo que el presidente tenía que tener muy en cuenta a la hora de decidir cómo reaccionar ante los incidentes en el Atlántico.

IV

Tales incidentes no tardaron en producirse. Cuando el 19 de septiembre el *Pink Star*, un carguero danés registrado en Panamá pero requisado por la Comisión Marítima estadounidense, fue torpedeado, empezó a plantearse la posibilidad de armar a los barcos mercantes, algo que no estaba permitido según la Ley de Neutralidad de 1939.^[1214] El hundimiento de una serie de buques de carga con bandera panameña pero de propiedad estadounidense —artimaña empleada para no contravenir la legislación sobre neutralidad— volvió a suscitar el mismo debate.^[1215]

Fue un ataque con torpedos contra otro destructor estadounidense, el *Kearny*, el 17 de octubre, al sur de Islandia el que ofreció a Roosevelt la mejor oportunidad para poner de manifiesto las deficiencias de la Ley de Neutralidad en las nuevas circunstancias. El *Kearny* era uno de los destructores norteamericanos que habían acudido a la llamada de socorro de un convoy escoltado por Canadá ante el ataque efectuado por submarinos alemanes mediante la táctica de la «manada de lobos» («*Wolfsrudel*»). Varios barcos se hundieron en el transcurso de una noche de batalla con los merodeadores. Los destructores lanzaron una lluvia de cargas de profundidad, pero en medio del tumulto el *Kearny* fue alcanzado por un torpedo. Aunque quedó dañado, no se hundió, y pudo seguir avanzando a duras penas hacia Islandia, si bien once miembros de la tripulación murieron y veinticuatro resultaron heridos.^[1216] Fue un momento sumamente doloroso para una nación que no estaba oficialmente en guerra. Roosevelt no dejó escapar la oportunidad. El «Día de la Armada y la Defensa Total», celebrado el 27 de octubre, proporcionó la ocasión perfecta para un discurso particularmente exaltado del presidente, el más categórico de todos los que pronunció antes de Pearl Harbor.

«Hemos intentado no disparar. Pero los disparos han comenzado. Y la historia recuerda quién efectuó el primer disparo —comenzó—. América ha sido atacada». Y manteniendo ese mismo tono, afirmó: «El torpedo de Hitler iba dirigido a todos los americanos». Había sido un intento «de

ahuyentar al pueblo americano de alta mar, para obligarnos a retirarnos temblando». A continuación mencionó unos mapas secretos que obraban en su poder relacionados con unos planes alemanes para dominar Sudamérica y con la intención de los nazis de erradicar la religión —falsificaciones realizadas por los británicos y dadas por buenas por un crédulo presidente[1217]— y se sirvió de «estas crudas verdades» para desacreditar a los aislacionistas (aunque no se refirió directamente a ellos), que estaban haciendo un precioso regalo a los nazis al poner al descubierto la aparente desunión norteamericana. Roosevelt planteó, como en anteriores discursos, la incuestionable elección en el mundo futuro entre la libertad norteamericana y la tiranía nazi, y prometía una vez más la completa destrucción del hitlerismo. Estados Unidos, prosiguió, producía cada vez más armas para los países que estaban inmersos en la lucha, «y la voluntad de la Nación es que esas cruciales armas y provisiones de todo tipo no acaben encerradas bajo llave en puertos americanos ni enviadas al fondo del mar». El empeño por desafiar esa voluntad había sido el causante del hundimiento de los barcos norteamericanos y de la muerte de los marineros. «Os aseguro que no tenemos intención de permitir sin más que eso suceda —declaró—. Esa determinación nuestra de no permitir sin más que eso suceda ha quedado expresada en las órdenes dadas a la Armada estadounidense de disparar en el acto. Esas órdenes siguen estando vigentes». Entonces el presidente explicó la relevancia de todo ello para la legislación sobre neutralidad: «Nuestros barcos mercantes americanos deben ser armados para defenderse de las serpientes de cascabel del mar. Nuestros barcos mercantes americanos deben tener libertad para llevar nuestros productos americanos a los puertos de nuestros amigos. Nuestros barcos mercantes americanos deben ser protegidos por nuestra Armada americana». Eso era lo que significaba la «defensa nacional total». El presidente concluyó su perorata con unas emotivas palabras: «Hoy, frente a este desafío, el más nuevo y más grande de todos ellos, los americanos hemos despejado el camino y ocupado nuestros puestos de batalla. Estamos preparados, en defensa de nuestra Nación y con la confianza de nuestros padres, para hacer lo que Dios nos ha dado el poder de entender como nuestro deber absoluto».[1218] Aquellas palabras sonaban a prefacio de una declaración de guerra, aunque no cabía esperar una solicitud ante el Congreso.

Según un comentario posterior de uno de los redactores de discursos de Roosevelt, Samuel Rosenman, cuando comenzó la guerra europea en septiembre de 1939 el presidente había creído que Estados Unidos podría mantenerse fuera, y así lo siguió creyendo durante todo el año 1940. Sin embargo, aunque no había habido un incidente definitivo que lo hubiera hecho cambiar de opinión, a lo largo de 1941 había ido llegando poco a poco a la conclusión de que la intervención estadounidense era inevitable.[1219] Tal convicción chocaba, no obstante, con la realidad política del país. En una conversación con lord Halifax tras el caso Greer, parece ser que Roosevelt afirmó que «si solicitaba una declaración de guerra no la obtendría, y la opinión pública se volvería contra él».[1220] Esa seguía siendo la postura ahora. Una postura que implicaba adoptar la línea de esperar a que las cosas ocurrieran.

Conforme avanzaba el otoño, Roosevelt iba viendo sus manos atadas por tres elementos. En el interior del país, el clamor aislacionista se había visto alentado de nuevo por las modificaciones de la legislación sobre neutralidad propuestas al Congreso y por la agudización del conflicto en el Atlántico. Por otro lado, en términos de producción y rearme, Estados Unidos todavía no estaba preparado para la guerra. Y finalmente, con la olla de Extremo Oriente comenzando a hervir, todo dependía del tiempo que Roosevelt consiguiera mantenerla tapada. Como ya había dicho con

anterioridad ese mismo año, no tenía «suficiente Armada», y la guerra en el Pacífico exigiría desviar recursos desde el Atlántico.[1221] Tal vez fue una combinación de estos planteamientos la que llevó a Roosevelt a adoptar una línea sorprendentemente blanda, en comparación con su respuesta a los incidentes del Greer y del Kearny, cuando otro destructor estadounidense, el Reuben James, fue atacado el 31 de octubre por un submarino alemán a unos mil kilómetros al oeste de Irlanda. En este incidente, el peor de los tres enfrentamientos en los que se vieron involucrados buques de guerra norteamericanos, un torpedo alcanzó el depósito de municiones del destructor, que se hundió al cabo de cinco minutos, causando la muerte a ciento cincuenta hombres. Dado el incendiario tono adoptado por Roosevelt tras los ataques anteriores, en los que tanto el daño causado como el número de bajas fueron menores, su contención en esta ocasión resultó sumamente llamativa. Esa actitud puso de manifiesto que, pese al beligerante acento de sus anteriores declaraciones, todavía no estaba en absoluto preparado para aprovechar un enfrentamiento en la «guerra no declarada» del Atlántico para sumir a Estados Unidos en unas hostilidades a gran escala.

Si hubiera estado contemplando la posibilidad de tratar de obtener una declaración de guerra —y no existe la menor prueba de que fuera ésa su intención en aquellos meses—, la cuestión de las modificaciones de la Ley de Neutralidad lo habría disuadido de ello.

La lógica de la derogación de al menos algunas secciones de la legislación de 1939 derivaba de la promulgación de la Ley de Préstamo y Arriendo. Si se pretendía transportar armamento y mercancías al otro lado del Atlántico, lo lógico era que los barcos mercantes fueran armados y que los navíos estadounidenses pudieran llevar sus cargamentos durante todo el camino hasta Gran Bretaña. La idea de solicitar al Congreso la revocación de importantes secciones del texto surgió en primavera de 1941. Aunque, a la vista de la fuerza de la oposición aislacionista, Cordell Hull lo había desaconsejado,[1222] a finales de junio parecía haber cambiado de opinión, cuando instó al presidente a discutir con urgencia con los líderes del Congreso la posibilidad de hacer enmiendas a la ley. Roosevelt llevó a cabo las conversaciones, pero no se sintió suficientemente seguro para seguir adelante hasta que el incidente del Greer a comienzos de septiembre le proporcionó la ocasión perfecta.[1223] Durante la última semana del mes Hull propuso modificaciones, en lugar de la derogación directa de la ley entera (que contenía algunas partes, como la de la recogida de fondos para los beligerantes, que la Administración tenía interés en seguir controlando).[1224]

El presidente recibió muchos consejos contradictorios de los miembros más destacados de su Administración en torno a la idea de arriesgarse a un veredicto desfavorable del Congreso.[1225] La opinión del país, influida por algunos periódicos importantes, apoyaba las enmiendas. Un sondeo del grupo Gallup realizado el 5 de octubre revelaba que el 70 por 100 de los encuestados pensaba que la derrota de Hitler era más importante que mantener al país fuera de la guerra.[1226] Sin embargo, la opinión del Congreso era otra cosa completamente diferente. El sentimiento aislacionista se había reavivado. La aprobación de las enmiendas en el Congreso no podía darse por segura.

Algunos sondeos informales en el Senado sugerían que la cautela del presidente era acertada. Roosevelt decidió tantear el terreno con la derogación inicial de tan sólo la parte de la ley que prohibía dotar de armamento a los barcos mercantes (sección VI), en torno a la cual se podía esperar un mayor grado de consenso. El presidente presentó la propuesta ante el Congreso el 9 de octubre, después de lo cual se desencadenó un arduo debate. Cuando estaba a punto de concluir, llegó la noticia del ataque contra el Kearny, que probablemente tuvo cierto impacto sobre el proceso. La derogación de la sección VI fue aprobada por la Cámara de Representantes el 17 de octubre por una

considerable mayoría (259 votos frente a 138). Con todo, ciento trece republicanos habían rechazado incluso esa medida.[1227]

Un resentimiento mucho mayor despertó la presentación ante el Senado de la resolución para derogar las secciones II y III (que obligaban a mantener a los barcos estadounidenses fuera de las áreas declaradas zona de combate). El beligerante discurso de Roosevelt tras el ataque contra el Kearny y el hundimiento del Reuben James enardeció a la oposición aislacionista.[1228] Un ultra-aislacionista propuso públicamente que Roosevelt tratara de obtener del Congreso un veredicto sobre si Estados Unidos debía o no entrar en la guerra, pero no había ningún peligro de que el presidente cayera en una trampa tan obvia. Ya sólo la sugerencia misma fue suficiente para demostrar a Roosevelt que su cautela estaba justificada: si seguía esa línea de actuación, «se encontraría con una derrota segura y desastrosa».[1229] La resolución fue aprobada finalmente en el Senado el 7 de noviembre, pero con un escaso margen de 50 votos a 37. Una vez más, la mayor parte de los republicanos se opusieron a la propuesta. Fue la mayoría más ajustada de todas las relativas a cuestiones de política exterior tratadas en el Senado desde el inicio de la guerra en Europa.[1230] Y en la Cámara de Representantes fue todavía peor. Las enmiendas se aprobaron allí por una estrechísima mayoría de sólo dieciocho votos, 212 a favor y 194 en contra.[1231] Roosevelt había conseguido lo que quería, pero la lucha generada en torno a las consecuencias lógicas de lo que ya se había acordado meses antes con la promulgación de la Ley de Préstamo y Arriendo puso completamente de manifiesto una vez más que cualquier intento de obtener una declaración de guerra del Congreso habría desembocado en un rotundo fracaso.

V

El estrecho margen con el que se aprobaron las enmiendas a la legislación sobre neutralidad demostró que los enfrentamientos en el Atlántico, como aquellos en los que se habían visto involucrados el Greer, el Kearny y el Reuben James, no eran en absoluto suficientes para convencer al Congreso de que Estados Unidos debía entrar formalmente en el conflicto.[1232] Así, sin posibilidades de obtener una declaración de guerra, a Roosevelt no le quedaba alternativa. Su única opción era continuar con la «guerra no declarada».

En cualquier caso, ésa era la opción preferida por el presidente. «No queremos una guerra declarada con Alemania —dijo en una rueda de prensa a comienzos de noviembre— porque estamos realizando a modo de defensa —defensa propia— cada acción».[1233] Toda su política durante más de un año había estado destinada a proporcionar el máximo de ayuda a Gran Bretaña (y, más recientemente, a la Unión Soviética) como parte de la defensa estadounidense, con la esperanza —cada vez menor— de que Estados Unidos pudiera mantenerse fuera del combate directo. Pese a ser acusado por sus detractores de estar valiéndose de distintas artimañas para llevar al país a la guerra, las pruebas apuntan a que el presidente había sido sincero al manifestar con anterioridad su aversión a la guerra, aunque poco a poco y con reticencias había acabado llegando a la conclusión de que la intervención norteamericana era tan inevitable como necesaria si se quería derrotar a Hitler.[1234]

Existían, no obstante, buenas razones para aplazar lo máximo posible el momento de la

entrada.[1235] Cuanto más tiempo pudiera mantenerse Estados Unidos fuera del combate formal, más se avanzaría en la consolidación militar y la movilización de una economía de guerra. Además, una declaración de guerra habría despertado sin duda el clamor interno para que se utilizasen para las Fuerzas Armadas norteamericanas las armas y el equipamiento que se estaban enviando ahora a Gran Bretaña y la Unión Soviética, lo que produciría un debilitamiento a corto plazo de la resistencia ante Hitler en el frente de combate europeo, en lugar de un fortalecimiento, con consecuencias tal vez desastrosas. Probablemente las pérdidas de barcos estadounidenses ante los submarinos alemanes que se encontraban de caza por el Atlántico habrían aumentado drásticamente. También existía la preocupación real de que una declaración de guerra contra Alemania llevara inmediatamente a Japón —aliado de Hitler en virtud del Pacto Tripartito— a la guerra. Tener que luchar en el Pacífico complicaría con toda seguridad las negociaciones con Hitler, que en todo momento fueron consideradas el acontecimiento principal.[1236] En otoño había cada vez más señales de que la entrada de Japón era sólo cuestión de tiempo. La línea de actuación estadounidense consistía en aplazar ese momento todo lo posible.

Aparte de tales consideraciones había que tener en cuenta, como siempre, la cuestión de la opinión pública, no sólo la oposición en el Congreso. La opinión pública tenía, según los resultados de las encuestas, una mejor disposición hacia Roosevelt y su política que el Congreso, donde los endurecidos aislacionistas podían contar siempre con el respaldo adicional de aquellos que tenían sus propias razones para querer que Roosevelt se llevara un buen batacazo. Sin embargo, tampoco podía obviarse el amplio porcentaje de población sistemáticamente opuesto a la entrada en la guerra. Tal vez una parte de ese sector podía ser ganada para la causa, pero los enérgicos discursos de Roosevelt no habían hecho una gran mella en él. Había que asumir la realidad: a no ser que Estados Unidos hiera atacado, una declaración de guerra —aun en el improbable caso de que lograra aprobarse en el Congreso— se saldaría sin duda con un país profundamente dividido.

Da la impresión de que Roosevelt se había conformado en otoño de 1941 con un período lo más prolongado posible de hostilidades parciales y no declaradas con Alemania. Tal vez como justificación por no hacer algo en lo que Churchill venía insistiendo desde hacía mucho tiempo, el presidente dijo a lord Halifax que, en cualquier caso, «las declaraciones de guerra se están pasando de moda».[1237] El hecho de que los viajes escoltados todo el trayecto a través del Atlántico directamente hasta Gran Bretaña (y también hasta Rusia) se pusieran en marcha, a finales de noviembre y principios de diciembre, de modo limitado y sin provocaciones, parece indicar que no tenía ninguna prisa por superar el punto muerto reinante en ese momento en las relaciones con Alemania.[1238] Sin embargo, dicha estrategia tenía un tiempo de vida limitado. El Programa Victoria, presentado finalmente al presidente en septiembre (y que desató un enorme escándalo cuando una infortunada filtración permitió al principal medio de comunicación aislacionista, el Chicago Tribune, publicar sus detalles la primera semana de diciembre [1239]), había concluido después de todo que Hitler sólo podría ser derrotado enviando a millones de hombres a combatir a Europa en 1943.[1240] El plan había pronosticado la derrota de la Unión Soviética para antes de esa fecha. Sin embargo, aunque el Ejército Rojo estaba ofreciendo una resistencia mucho más tenaz de lo que habían augurado los estrategas militares estadounidenses, destruir a Hitler exigía que hubiera soldados norteamericanos librando una guerra terrestre en Europa. El documento era explícito: «Si queremos que nuestros enemigos europeos sean derrotados, será necesario que Estados Unidos entre en la guerra [1241] Roosevelt esperaba que ese día pudiera aplazarse. Pero no se podía postergar

indefinidamente si se quería acabar con el nazismo.[1242]

El Programa Victoria recomendaba «contener a Japón en espera de futuros acontecimientos».[1243] A finales de noviembre de 1941 esos futuros acontecimientos no se iban a hacer esperar mucho más. Los mensajes interceptados a la inteligencia diplomática japonesa informaron a la Casa Blanca de que la agresión nipona era inminente. Roosevelt había confiado en llevar a Estados Unidos hasta el borde del abismo en el Atlántico, pero no más allá, y mantener a raya a Japón. Pero esas esperanzas estallaron en pedazos con las bombas que cayeron sobre los barcos estadounidenses fondeados lejos de allí, en el Pacífico sur, en la soleada mañana del 7 de diciembre de 1941.

Los acontecimientos de aquella mañana fueron sin duda funestos desde la perspectiva estadounidense. Pero Roosevelt, que había puesto todo su empeño en aplazar la participación directa en aquel conflicto global cada vez mayor mientras se preparaba para ello, tenía por fin un incidente capaz de llevar a un pueblo unido a la guerra.

8. *TOKIO, OTOÑO DE 1941*

Japón decide ir a la guerra

Si perdemos la oportunidad que se nos presenta ahora de ir a la guerra, tendremos que someternos al dictado norteamericano. Por tanto, admito que es inevitable que nos decidamos a empezar una guerra con Estados Unidos.

Yoshimichi Hara, presidente del Consejo Privado,
5 de noviembre de 1941

Dentro de dos años no tendremos petróleo para uso militar. Los barcos dejarán de moverse. Cuando pienso en el fortalecimiento de las defensas norteamericanas en el suroeste del Pacífico, en la ampliación de la flota estadounidense, en el Incidente de China sin concluir, etcétera, no veo el final de las dificultades. Podemos hablar de privaciones y sufrimiento, pero ¿podrá nuestro pueblo soportar durante mucho tiempo una vida así?

Hideki Tojo, primer ministro japonés,
5 de noviembre de 1941

EN verano de 1941, los dirigentes japoneses se encontraron de repente confrontados a nuevos dilemas que venían determinados, al igual que el año anterior, por las inmediatas consecuencias globales de unos acontecimientos ocurridos muy lejos de allí. Como ya sucediera con anterioridad, Hitler había realizado un movimiento decisivo. La invasión alemana de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, igual que la victoria sobre Francia casi exactamente un año antes, cogió por sorpresa a la élite de poder japonesa, pese a las claras advertencias recibidas. El ataque de Hitler destruyó de un solo golpe las esperanzas niponas de construir una coalición de fuerzas con Alemania, Italia y la Unión Soviética destinada a disuadir a las potencias occidentales de iniciar hostilidades en Extremo Oriente con Japón mientras éste establecía su hegemonía sobre la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental». La fuerza motriz de aquella estrategia había sido el ministro de Exteriores Yosuke Matsuoka, que, en abril, tras las visitas realizadas a Berlín y Roma, había logrado un espectacular éxito diplomático con la firma del Pacto de Neutralidad soviético-japonés en Moscú. Aquella estrategia se encontraba ahora totalmente en ruinas, y en su lugar crecía la perspectiva de una Unión Soviética obligada, pese a las diferencias ideológicas, a volverse hacia Gran Bretaña y Norteamérica con el fin de conseguir el apoyo necesario para resistir el choque con la Alemania nazi. Japón iba camino de terminar más aislado que nunca en el terreno diplomático. Y todavía no había encontrado una vía de escape al atolladero de China.

Los líderes japoneses discrepaban profundamente entre sí en su valoración de las oportunidades y los peligros que acababan de aparecer, pero lo que sí estaba claro era que de la noche a la mañana había surgido la posibilidad de una estrategia alternativa. ¿Debía posponer Japón, al menos temporalmente, la política de expansión hacia el sur, determinada el verano anterior, en favor de un avance hacia el norte para atacar a la Unión Soviética desde el este, mientras el régimen estalinista todavía se estaba tambaleando ante la devastadora agresión alemana desde el oeste? Muchos parecían estar a favor de aprovechar la ocasión que acababa de presentarse. Había quienes defendían

enérgicamente una drástica reordenación de las prioridades, y entre ellos, el más categórico era el propio Matsuoka. Con la fogosidad que lo caracterizaba, el ministro desechó sin más la estrategia que había estado propugnando durante meses. «Los grandes hombres cambiarán de opinión —declaró—. Antes yo abogaba por ir hacia el sur, pero ahora apoyo el norte».[1244]

Algunos dirigentes del Ejército también estaban encantados con la idea de asestar un golpe fatal a su tradicional enemigo del norte. Sin embargo, los mandos militares eran más prudentes que Matsuoka. Después de todo, Japón había perdido unos diecisiete mil hombres, muertos o heridos en el transcurso de los crudos enfrentamientos con tropas soviéticas de verano de 1939 —el «incidente de Nomonhan»— en torno a una disputada franja de terreno en la frontera entre Manchuria y Mongolia. Los jefes militares no estaban tan seguros como Matsuoka de que Alemania pudiera acabar triunfando en la Unión Soviética, y eran plenamente conscientes de que las fuerzas soviéticas superaban con creces en número al contingente de tropas japonesas en el norte. El fortalecimiento militar necesario para realizar una ofensiva en el norte no se podía lograr de un día para otro. De ahí que prefirieran esperar a ver cómo evolucionaba la guerra germano-soviética antes de comprometerse a un ataque en el norte, que en aquel momento parecía una empresa muy arriesgada. La Armada, por supuesto, seguía apostando en cualquier caso por el avance hacia el sur.[1245]

Matsuoka fue quedándose por tanto cada vez más aislado. Pronto se topó con la oposición combinada de los representantes del Ejército de Tierra y la Armada. En una serie de reuniones celebradas a finales de junio, sus planes sufrieron un completo revés. La opción del norte quedó descartada, o al menos aplazada hasta que Alemania hubiera salido completamente victoriosa de la guerra contra la Unión Soviética. Derrotado y despojado de todo apoyo en las altas esferas, Matsuoka se vio obligado a dimitir como ministro de Exteriores a mediados de julio, para ser sustituido por el más conciliatorio almirante Teijiro Toyoda.

Poco después, Japón realizó un movimiento crucial en el avance previsto hacia el sur. Después de presionar a la Francia de Vichy, cuarenta mil soldados japoneses (que más tarde aumentarían su número hasta los ciento ochenta y cinco mil) se trasladaron a la Indochina francesa el 28 de julio.[1246] Japón estaba ahora en condiciones de cerrar el camino a las provisiones que recibía Chiang Kaichek por la carretera de Birmania. Y la ruta del petróleo de las Indias Orientales neerlandesas se encontraba abierta. Consciente ya previamente del movimiento gracias a la información interceptada a los servicios de inteligencia, la Administración estadounidense había empezado a tomar represalias. El 23 de julio el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull informó al embajador japonés en Washington, Kichisaburo Nomura, que iba a dar por terminadas las deliberaciones diplomáticas que, con la esperanza de mejorar las cada vez más deterioradas relaciones entre Japón y Estados Unidos, venían produciéndose desde hacía meses, en su mayor parte de manera extraoficial. Tres días más tarde, todos los activos japoneses en Estados Unidos fueron congelados (emulados en los días siguientes por medidas idénticas en Gran Bretaña, Canadá, Filipinas, Nueva Zelanda y los Países Bajos)[1247] Japón ya no podría comprar petróleo a Norteamérica. Preocupado por no provocar la invasión japonesa de las Indias Orientales neerlandesas, el presidente Roosevelt evitó imponer un embargo total. Todavía se podían exportar pequeñas cantidades de petróleo de baja calidad, no apto para su uso en aviones. Parece ser que el presidente pensaba en ese momento en restricciones temporales que sirvieran de elemento disuasorio, más que en una interrupción completa y total del suministro. Sin embargo, lo cierto es que sus decisiones fueron desoídas por los halcones de la Administración empleados en el Tesoro y en la

recientemente creada Junta de Defensa Económica, que no permitieron la liberación de fondos ni siquiera para obtener petróleo de calidad inferior. Roosevelt no descubrió hasta comienzos de septiembre que Japón no había recibido nada de petróleo desde el 25 de julio.[1248] En la práctica, por tanto, se había impuesto un embargo total a Japón.[1249] Los militares nipones habían cometido un gravísimo error de cálculo, al seguir creyendo que Estados Unidos no impondría el embargo total.[1250] El Gobierno de Konoe se vio empujado a un estado casi de pánico.[1251] Sin petróleo, la empresa japonesa en pos del poder y la prosperidad estaba sentenciada. Y Japón tenía reservas de petróleo para menos de dos años y estaba consumiendo rápidamente las provisiones que le quedaban.[1252] Las agujas del reloj seguían avanzando.[1253]

La ofensiva hacia el sur no podía esperar, ya que Japón tenía que asegurarse el petróleo de las Indias Orientales neerlandesas. Pero eso implicaría con toda seguridad un enfrentamiento no sólo con las autoridades holandesas, sino también con Gran Bretaña y con una amenaza todavía mayor para Japón, Estados Unidos. No sólo es que Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda formaran una alianza efectiva, sino que sus intereses estaban enteramente comprometidos con el destino de China, donde los nacionalistas de Chiang Kaichek se hallaban inmersos desde hacía más de cuatro años (con apoyo occidental) en el más crudo y brutal de los conflictos con los japoneses, un conflicto sin final a la vista y que se había cobrado ya cientos de miles de vidas. Japón se estaba preparando, por tanto, para una posible confrontación colosal con la cuádruple alianza entre estadounidenses, británicos, chinos y holandeses. La posición de Estados Unidos se había endurecido notablemente durante el verano (espoleada por Gran Bretaña), empujando a Japón a un aislamiento todavía mayor que aquel al que lo habían llevado sus propias políticas. En agosto de 1941, por tanto, el panorama era desalentador. La intransigencia se había instalado en ambos bandos. La guerra estaba empezando a parecer inevitable. La única pregunta parecía ser: ¿cuándo? La suerte estaba echada. ¿O no tanto?

Visto en retrospectiva, el camino hacia la Guerra del Pacífico parece una línea recta. Sin embargo, en su momento, incluso en otoño, los dirigentes japoneses todavía pensaban que había posibilidades de evitar el conflicto, que esas opciones, aunque reducidas, seguían abiertas. Y así era. En otoño de 1941 todavía había destacadas figuras —entre ellas el primer ministro, Konoe, el ministro de Exteriores, Toyoda, y el propio emperador Hirohito— opuestas a la guerra. Incluso entre los líderes del Ejército de Tierra y la Armada había ciertas dudas, así como una gran preocupación en torno a las consecuencias de la guerra. La opinión entre las élites estaba dividida. Algunos, especialmente en las Fuerzas Armadas (sustentados por el chovinismo de una opinión general cuya beligerancia se había visto avivada durante años por unos manipulados medios de comunicación), eran sumamente belicosos. Otros tenían miedo: estaban seguros de que no se podría ganar una guerra prolongada (que era muy probable), cuyas consecuencias para Japón serían tremendamente catastróficas. Otros muchos alimentaban el fatalismo propio del samurai. La guerra llegaría. Esc podría significar la destrucción de Japón, pero había que soportarlo. No podía haber retirada. La destrucción con honor era mejor que la supervivencia con vergüenza.

Estas eran, a grandes rasgos, las mentalidades de quienes contribuyeron a interpretar las opciones de Japón en otoño de 1941. A finales de noviembre la fatídica decisión estaba tomada. Habría guerra. La flota ya había partido hacia Pearl Harbor. ¿Cómo se llegó a aquella trascendental determinación?

En agosto de 1941, tras la imposición del embargo de petróleo por Estados Unidos, las nubes de tormenta empezaron a congregarse rápidamente sobre el Pacífico. Algunos de los dirigentes japoneses, antiguos defensores de la firmeza que había conducido a aquel atolladero, eran ahora presa de la ansiedad y los malos presentimientos.

El nuevo ministro de Exteriores, Teijiro Toyoda, trató de salvar el abismo cada vez mayor entre los intereses norteamericanos y los japoneses con una serie de propuestas elaboradas el 5 de agosto y presentadas en Washington al día siguiente. En ellas establecía que Japón no tenía intención de estacionar tropas en el suroeste del Pacífico más allá de la Indochina francesa y que su país estaba dispuesto a garantizar la neutralidad de Filipinas (posesión estadounidense). Aquellas concesiones mínimas eran todo lo que los japoneses podían ofrecer. A cambio, Estados Unidos tenía que suspender las acciones militares contra Japón en el suroeste del Pacífico e instar a Gran Bretaña y los Países Bajos a hacer lo mismo. También debía cooperar con la adquisición de recursos naturales por parte de Japón en las Indias Orientales neerlandesas, restaurar la normalidad en las relaciones comerciales, actuar como mediador para poner fin a la guerra en China y aceptar la especial posición de Japón en la Indochina francesa incluso una vez retiradas las tropas.^[1254] Aquella no era una propuesta precisamente atractiva desde el punto de vista norteamericano, y pronto no fue más que papel mojado.

Otra iniciativa vino dictada desde instancias todavía más altas. Aunque había apoyado plenamente el programa expansionista japonés y respaldado la continuación de la guerra en China, el primer ministro, príncipe Fumimaro Konoe, estaba ahora tan inquieto por el desarrollo de los acontecimientos que contemplaba la posibilidad de realizar un último y desesperado intento de atajar la que parecía cada vez más una carrera inexorable hacia la confrontación con Norteamérica. Su sugerencia fue una reunión personal con el presidente Roosevelt en Honolulu o en el mar, en medio del Pacífico,^[1255] una proposición que no tenía precedentes en la historia de Japón, y que entrañaba riesgos, tanto físicos como políticos, para el primer ministro. En su intervención ante los líderes militares, justificó su iniciativa no por su deseo de superar las diferencias con Estados Unidos a cualquier precio, sino por demostrar al mundo que Japón había hecho todo lo posible por evitar la guerra. «Si al final hay guerra después de que hayamos hecho todo lo que se podía hacer, no se podrá evitar —declaró—. En ese caso habremos llegado a una resolución y la gente estará también totalmente preparada. Además, se entenderá claramente que hemos dado muestras de buena fe al llegar a tales extremos».^[1256] En privado, parece ser que el primer ministro estaba dispuesto a ofrecer una serie de concesiones limitadas, como la retirada de las tropas de Indochina. Según el testimonio posterior de algunos allegados, en caso de necesidad, Konoe habría llegado a buscar incluso por vía telegráfica la aprobación del emperador y aceptado las concesiones con el fin de sortear al Ejército y preservar la paz.^[1257] Dada la debilidad e indeterminación de las que Konoe hacía gala habitualmente, cabe poner en duda que hubiera llevado a cabo una acción tan decidida. Y si hubiera hecho alguna concesión con posibilidades de influir de alguna manera en los estadounidenses, éstas se habrían topado casi con toda seguridad a su regreso con la oposición de los militares, y también con la de una opinión pública agresivamente antiamericana. No en vano, se descubrieron al menos dos conspiraciones para asesinar a Konoe organizadas por nacionalistas

radicales fanatizados.[1258] Unos años antes ya se habían logrado cambios de Gobierno en varias ocasiones por medio del asesinato. Konoe, tal y como le habían advertido algunas voces amigas, no habría vivido para contarlo. Si realmente pensaba en serio que podía vencer al Ejército con su maniobra, estaba subestimando enormemente el control que los líderes militares tanto del Ejército de Tierra como de la Armada habían adquirido para entonces sobre los instrumentos de poder en Japón.

El emperador dio su aprobación a la idea de una cumbre con el presidente Roosevelt en una audiencia mantenida con Konoe el 4 de agosto, y lo urgió a actuar sin demora.[1259] El ministro de Exteriores, Toyoda, también respaldaba el plan como última esperanza de evitar el desastre. Koshiro Oikawa, ministro de la Armada —a menudo inseguro, ambiguo y titubeante en sus opiniones—, estaba dispuesto a apoyar la sugerencia. Probablemente pensaba que sus posibilidades de éxito eran reducidas, aunque sabía que los preparativos de la Armada estaban muy avanzados y que su fuerza expedicionaria estaría prácticamente lista para la acción a finales de septiembre.[1260] El ministro del Ejército, Hideki Tojo, más categórico que el anterior, sólo dio una aprobación condicionada en nombre de la fuerza terrestre. No se opondría al movimiento siempre que Konoe estuviera dispuesto a defender los principios básicos e innegociables de la política japonesa y a comprometer a Japón con la guerra contra Estados Unidos en caso de que Roosevelt se mostrara inflexible.[1261]

Por debajo del nivel ministerial, otros miembros del Ejército eran menos partidarios de la iniciativa de Konoe. El jefe del Estado Mayor de la Armada, Osami Nagano, persistía en su dogmática opinión de que había que romper las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos y que Japón debía ir a la guerra. Los estrategas navales pensaban que la cumbre prevista era «un extraño artificio». Entre las fuerzas terrestres apenas se dejaba entrever una actitud ligeramente más favorable. El jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, Gen Sugiyama, y el de la División de Operaciones, el intransigente Shinichi Tanaka, estaban dispuestos a reconocer la acción de Konoe como «una última esperanza», ya que «si Roosevelt malinterpreta las verdaderas intenciones de nuestro Imperio y persiste en mantener las mismas viejas políticas, no se podrán plantear objeciones para impedir que nos enfrentemos a ello con absoluta determinación para unirnos a la batalla contra Estados Unidos». El previsible fracaso, en otras palabras, legitimaría la guerra. Y había otra ventaja: «No podemos decir que Konoe no puede ir a Estados Unidos. Nos figuramos que hay un ochenta por ciento de posibilidades de que su viaje acabe siendo un fracaso, pero aunque fracase, habremos obligado al primer ministro a comprometerse a no dimitir». Eso significa que era probable que la maniobra acabara provocando un cambio de actitud entre los líderes políticos en Japón que muchos militares creían necesario hacía ya tiempo. Sugiyama y Tanaka, sin embargo, pusieron una nota de prudencia. Obligar al evasivo Konoe a comprometerse «podría ser como intentar que un camello pase por el ojo de una aguja».[1262]

El embajador japonés en Washington, Kichisaburo Nomura —almirante retirado, de natural bondadoso, tuerto, alto, con un limitado dominio del inglés, muy dado a las reverencias y relativamente proamericano en sus opiniones— recibió instrucciones el 7 de agosto de tratar de organizar un encuentro entre Konoe y Roosevelt.[1263] Pero el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, enterado gracias a los resúmenes de MAGIC del contenido de los mensajes interceptados a la inteligencia japonesa, reaccionó con frialdad. El avance hacia el sur de Indochina había confirmado sus suposiciones. «Nada los detendrá salvo la fuerza», había afirmado el 2 de agosto.[1264] Y seis días más tarde dijo a Nomura sin más rodeos: «Podremos empezar las consultas sólo cuando Japón deje de usar la fuerza». Hull demostró muy poco interés en la propuesta de una

cumbre, y comentó que no le convencía la idea de presentársela a Roosevelt sin tener pruebas de un cambio en la política japonesa.[1265]

Entre tanto, Roosevelt estaba absorto en otra cumbre que se estaba celebrando en ese momento. Entre el 9 y el 12 de agosto de 1941 estuvo ocupado con sus conversaciones de alto nivel con Winston Churchill en la bahía de Placentia, Terranova. Para las potencias occidentales, la reafirmación del compromiso con la libertad, la paz, el liberalismo económico y el rechazo de la fuerza en los asuntos internacionales enunciada en la Carta del Atlántico, firmada al final de aquella histórica conferencia, constituía una firme declaración de nobles principios. Pero desde la perspectiva japonesa, la declaración conjunta de Roosevelt y Churchill era algo muy distinto. Ya sólo los principios enunciados resultaban amenazantes. Según comentaba el principal periódico de Toldo, Asahi, no parecían hacer más que repetir la determinación de las potencias occidentales de mantener «un sistema de dominación mundial sobre la base de las cosmovisiones angloamericanas».[1266] Sólo el sometimiento japonés a ese propósito, concluía el texto, evitaría la guerra. Los augurios, tanto en Tokio como en Washington, sobre el tipo de concesiones con capacidad para impedir la guerra que podían ofrecerse en una cumbre Konoe-Roosevelt no eran muy prometedores.

A bordo del crucero norteamericano Augusta en el transcurso de sus conversaciones en la bahía de Placentia, Churchill había instado a Roosevelt a adoptar una línea dura con los japoneses. Roosevelt, sin embargo, estaba más preocupado por ganar tiempo. No se engañaba a sí mismo con respecto a las intenciones japonesas, ya que los norteamericanos llevaban meses leyendo las señales de sus servicios de inteligencia, pero aplazar el estallido de las hostilidades aunque fuera sólo unas semanas contribuiría a los preparativos militares estadounidenses y ayudaría a los británicos, según el presidente, a reforzar sus defensas en torno a Singapur. «Creo que puedo seguir mimándolos tres meses», dijo Roosevelt al primer ministro.[1267]

Cuando se reunió con Nomura el 17 de agosto, a su regreso de la bahía de Placentia, Roosevelt le entregó un escrito (redactado durante su encuentro con Churchill y basado en el borrador elaborado por este último) que le advertía de que si se producían nuevos avances japoneses en el suroeste del Pacífico Estados Unidos tomaría represalias que podían acabar llevando a la guerra. Pero a continuación, abandonando la línea dura que parecía haber garantizado a Churchill, el presidente entregó al embajador japonés una segunda nota, más conciliatoria. Si Japón suspendía su política expansionista y «emprendía un programa de paz para el Pacífico», él estaría dispuesto a reabrir las conversaciones con el país nipón. El texto proponía una reunión a mediados de octubre en Juneau, Alaska. Nomura estaba seguro de que Roosevelt hablaba en serio. «Debería haber una respuesta antes de perder esta oportunidad», comunicó a Tokio por cable. Su Gobierno debía «decidir urgentemente sobre esa materia».[1268]

El embajador estadounidense en Tokio, Joseph C. Grew, gran experto en asuntos japoneses y muy en sintonía con la forma de pensar de los nipones, todavía creía firmemente que una hábil diplomacia podía acabar hallando una vía de escape para aquel punto muerto. Cuando el ministro japonés de Exteriores, Toyoda, le habló el 18 de agosto de la propuesta de cumbre entre Roosevelt y Konoe, envió inmediatamente un mensaje a Washington en el que solicitaba «con toda la fuerza de la que dispone, por evitar la posibilidad obviamente creciente de una guerra completamente inútil entre Japón y Estados Unidos, que esta propuesta japonesa no sea dejada de lado sin ser sometida a un muy concienzudo examen». Estaba seguro, añadía en posteriores despachos, de que el Gobierno japonés

estaba dispuesto a hacer amplias concesiones. No propugnaba un intento inmediato de elaborar un plan para la reconstrucción de Extremo Oriente, sino una paulatina relajación de las sanciones norteamericanas que coincidieran con acciones de la parte japonesa para llevar a la práctica los compromisos propuestos.[1269]

La respuesta japonesa a la advertencia de Roosevelt y a la nota que la acompañaba —un cordial mensaje de Konoe y una contestación formal— fue acordada por la Conferencia de Enlace el 26 de agosto.[1270] Nomura entregó los dos escritos al presidente dos días más tarde.[1271] En un mensaje personal, expresado en términos de buena voluntad y de pesar por los malentendidos del pasado, Konoe instó a la celebración de una reunión lo antes posible, preferiblemente en Hawai, para «explorar si es posible salvar la situación». La discusión de los problemas en el Pacífico debía formularse en términos generales. Los detalles podían desarrollarlos más tarde los oficiales. La nota formal insistía en que las acciones realizadas por los japoneses eran necesarias para la defensa nacional y subrayaba la amenaza que planteaban las represalias norteamericanas, pero también era conciliatoria en el tono. Japón estaba dispuesto, proseguía el texto, a sacar a sus tropas de Indochina en cuanto se pudiera establecer una paz justa en Asia oriental. No había intención alguna de penetrar en países vecinos ni de atacar a la Unión Soviética. «En una palabra —declaraba—, el Gobierno japonés no tiene intención de usar, sin provocación, la fuerza militar contra ninguna nación vecina».[1272]

Roosevelt se mostró cordial, como correspondía, e incluso afable, cuando recibió a Nomura. Dijo que estaba deseando pasar tres o cuatro días con el príncipe Konoe, y se alegró de saber que el primer ministro hablaba correctamente inglés. El presidente sugirió de nuevo Juneau como lugar de celebración del encuentro, aunque no propuso ninguna fecha. A decir verdad, lo que estaba haciendo era seguir tratando de «mimar» a Japón. En cualquier caso, el secretario de Estado, Hull, refrenó las esperanzas en torno a una posible cumbre cuando se reunió con Nomura esa misma noche. Influido menos por el embajador Grew que por el jefe de la División para Asuntos de Extremo Oriente del Departamento de Estado, Stanley K. Hornbeck, partidario de la línea dura, y todavía más por los mensajes interceptados gracias a MAGIC, Hull, naturalmente, desconfiaba de una reunión sin una agenda precisa y predeterminada. «Nos daba la sensación de que Japón estaba intentando por todos los medios empujarnos a una conferencia de la que salieran declaraciones generales —escribió más tarde— y que Japón pudiera interpretar y aplicar esas declaraciones de forma que coincidieran con sus propios fines», y recurría incluso a las palabras de apoyo del presidente. «Era difícil creer que el Gobierno de Konoye [Konoe] se atreviera a admitir propuestas que nosotros pudiéramos aceptar —añadía—. En Japón existía una considerable oposición a cualquier esfuerzo por mejorar las relaciones con Estados Unidos».[1273]

Entre tanto la oposición había estado muy atareada preparando su propio terreno. A grandes rasgos, estaba integrada por diversas facciones, cada una con su propia agenda, dentro del Ejército de Tierra y de la Armada, especialmente por oficiales de rangos intermedios. Dado que la oposición, pese a las diferencias entre facciones, podía echar mano en cualquier momento de la inmutabilidad de los objetivos expansionistas japoneses y de la necesidad de garantizar que los sacrificios del «Incidente de China» no habían sido en vano, siempre encontraba buenas ocasiones para bloquear cualquier iniciativa que planteara concesiones significativas. La primera semana de septiembre quedó ultimada la contrapropuesta al plan de Konoe de una reunión con Roosevelt, para pasar después a ser confirmada como política nacional en presencia del emperador. La propuesta equivalía

a la decisión de que Japón fuera a la guerra si no podía alcanzarse un acuerdo con Estados Unidos en un período de tiempo extremadamente ajustado, menos de seis semanas.

II

Ya el 16 de agosto, un día antes de que Roosevelt y Nomura hablaran en Washington sobre una posible cumbre entre el presidente y el príncipe Konoe, los jefes de departamento y de sección del cuerpo de planificación del Ejército y la Armada se encontraban reunidos en Tokio para discutir una propuesta de «Plan para llevar a cabo las políticas del Imperio». La esencia de dicho plan, presentado por la Armada, era que Japón debía prepararse para la guerra y seguir al mismo tiempo ejerciendo la diplomacia. Aquello constituía en cierta medida un compromiso. La Armada pensaba que la decisión de ir a la guerra podía producirse después de la movilización; el Ejército de Tierra prefería el orden inverso. En cualquier caso, en el compromiso se daba una oportunidad ínfima a la diplomacia. La cuenta atrás hacia las hostilidades ya estaba fijada. La Armada había dicho al Ejército de Tierra que le gustaría que el acuerdo entre los dos cuerpos sobre las operaciones se alcanzara antes del 20 de septiembre y que los preparativos estuvieran terminados antes del 15 de octubre. Mediados de octubre era la fecha límite prevista para la diplomacia. Si para entonces no se lograba un acuerdo, Japón recurriría al uso de la fuerza. Los borradores del plan se fueron afinando en las reuniones celebradas casi a diario entre el personal del Ejército y la Armada durante las dos semanas siguientes. Las larguísimas deliberaciones en torno a modificaciones menores en la formulación reflejaban los matices de las diferentes facciones y los diferentes intereses. Pero lo esencial quedó intacto. Los puntos fundamentales no estaban en discusión. El 30 de agosto el documento se había concluido y había quedado acordado como «Líneas básicas para llevar a cabo las políticas del Imperio».[1274] La cláusula decisiva era: «En caso de que a comienzos de octubre todavía no haya perspectivas de obtener nuestras demandas mediante las negociaciones diplomáticas, resolveremos inmediatamente ir a la guerra con Estados Unidos (Gran Bretaña, Holanda)».[1275]

Las demandas tenían pocas posibilidades de éxito en el terreno diplomático. Estados Unidos y Gran Bretaña tenían que interrumpir la ayuda militar y económica a Chiang Kaichek, no podían ampliar su presencia militar en Extremo Oriente y debían proporcionar a Japón los recursos económicos que necesitaba. A cambio, Japón accedería a no penetrar desde Indochina en las áreas vecinas, se retiraría de ésta cuando se hubiera establecido una paz justa en Extremo Oriente y estaba dispuesto a garantizar la neutralidad de Filipinas.[1276] El día antes de la Conferencia de Enlace del 3 de septiembre, convocada para discutir las «Líneas básicas», Sugiyama, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, envió a Konoe una señal de advertencia por si daba cualquier muestra de debilidad. No podía haber vacilación alguna, subrayaba Sugiyama, en torno a los tres principios fundamentales: la alianza con las potencias del Eje, la consecución de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental y el estacionamiento de tropas en China.[1277] principios que constituían la base del entendimiento Ejército-Armada. Sin el apoyo de las Fuerzas Armadas, ningún Gobierno civil podía sobrevivir. Pero con unos fundamentos metodológicos básicos tan sumamente inflexibles como los defendidos por los militares (y aceptados ampliamente tanto entre las élites como entre la

opinión pública), ningún movimiento diplomático tenía verdaderas posibilidades de éxito. Konoe estaba en un aprieto que en parte se había buscado él mismo. No podía abandonar un compromiso en cuyo establecimiento había desempeñado él una función clave desde el inicio de la guerra con China, pero sin una moderación de sus principios, poco o nada era lo que podía ofrecer a Roosevelt en la cumbre que todavía estaba decidido a promover.

La delicadísima posición de Konoe fue probablemente su razón principal —junto con su debilidad innata y su carácter abúlico— para no plantear objeción alguna durante las siete horas de duración de la Conferencia de Enlace del 3 de septiembre, cuando las «Líneas básicas para llevar a cabo las políticas del Imperio» fueron discutidas y finalmente adoptadas. El otro gran defensor de una resolución diplomática presente en la reunión, el ministro de Exteriores, Toyoda, se mostró igual de conformista. El tono del encuentro lo dictaron los belicosos jefes del Estado Mayor, Nagano y Sugiyama. Era evidente que, aunque ambos estaban dispuestos a tolerar un breve período de tanteos diplomáticos, su principal preocupación era prepararse urgentemente para una guerra que parecía muy probable. Ninguno de los dos tenía intención de admitir la menor pérdida de tiempo en la movilización. La guerra, si se producía —y ambos pensaban que era prácticamente inevitable—, no tardaría en llegar. «Aunque confío en que en este momento podemos tener una ocasión de ganar una guerra —declaró Nagano—, me temo que esta oportunidad desaparecerá con el paso del tiempo». Aquel pronóstico debería haber despertado grandes dudas sobre lo acertado de la línea de acción propuesta. Nagano confiaba en mi rápido enfrentamiento en una batalla decisiva con el enemigo en aguas japonesas que no pondría fin al conflicto, pero sí proporcionaría a Japón los recursos necesarios para librar una guerra prolongada. «Si, por el contrario —señaló Nagano con total franqueza—, entramos en una guerra larga sin una batalla decisiva, estaremos en apuros, especialmente cuando se agoten nuestras provisiones de recursos. Si no podemos obtener esos recursos, no nos será posible llevar a cabo una guerra larga». Su conclusión era que las Fuerzas Armadas no tenían otra alternativa que «seguir adelante». Sugiyama se mostró de acuerdo. La fecha límite para los preparativos de guerra debía establecerse como muy tarde en los diez últimos días de octubre. Los objetivos diplomáticos debían alcanzarse en los primeros diez días del mes. «Si no es así —dijo—, tenemos que seguir adelante. No podemos dejar que las cosas se eternicen». La principal razón que ofreció para ello fue la posibilidad de actuar en el norte la primavera siguiente, una prioridad del Ejército de Tierra, pero no de la Armada.

El resto del tiempo se dedicó en buena parte a discutir enmiendas a la formulación de la propuesta de «Líneas básicas». Sin embargo, sorprendentemente, no hubo ninguna objeción de fondo. Aunque larga, la reunión fue muy fluida. El documento, que fijaba el calendario para la decisión sobre la guerra, fue aceptado sin mayores reparos. Y todavía más llamativo es el hecho de que las previsiones de Nagano —imprecisas, basadas en gran medida en especulaciones y no del todo alentadoras— no fueran cuestionadas seriamente, ni por supuesto criticadas. Incluso los estrategas de la Armada pensaban que Japón no tenía casi ninguna oportunidad si la guerra se prolongaba, que era lo más probable. Nagano era consciente de eso. Y pese a todo, su incapacidad para ofrecer nada más que la determinación de ir a la guerra, basada en la aparente ausencia de una alternativa y la confianza en la buena suerte, no suscitó la oposición de Konoe, ni de Toyoda ni de ninguno de los demás participantes en la Conferencia de Enlace.[\[1278\]](#)

El trascendental documento, confirmación de una política que comprometía a Japón con la guerra, fue refrendado por el Gabinete a última hora del día siguiente. La definitiva, y más formal, fase de

aprobación fue su exposición ante la Conferencia Imperial, celebrada en presencia del emperador el 6 de septiembre. Tras ella, el texto quedó consagrado como política nacional y, una vez sellado con el visto bueno del emperador, ya era inamovible.

La noche anterior, Konoe había acudido a palacio para informar al emperador sobre las «Líneas básicas para llevar a cabo las políticas del Imperio» (aunque Hirohito, como siempre, estaba ya muy al corriente de los acontecimientos y sabía que probablemente no tardaría en ser convocado para tomar «una decisión verdaderamente crucial»).[1279] El emperador se sentía alarmado ante las implicaciones del documento aprobado por la Conferencia de Enlace, ya que pensaba que daba preferencia a la guerra frente a la diplomacia, y quería que Konoe modificara la peligrosísima fecha límite impuesta para las negociaciones, el mes de octubre. El primer ministro sólo pudo ofrecer el consuelo de que haría todo lo posible por tener éxito en las negociaciones, pero dijo que era difícil cambiar una decisión tomada por la Conferencia de Enlace, por lo que sugirió al emperador que preguntase a los jefes del Estado Mayor.[1280]

Poco después, Nagano y Sugiyama aparecieron en palacio, en presencia también de Konoe. Hirohito preguntó sobre las probabilidades de victoria en caso de guerra con Estados Unidos. Cuando Sugiyama contestó que se podría lograr la victoria en tres meses, el emperador se enfureció, algo muy poco habitual en él. «Cuando se produjo el Incidente de China, el Ejército me dijo que podíamos conseguir la paz inmediatamente después de asestarles un golpe con tres divisiones», objetó Hirohito, y añadió: «Sugiyama, usted era ministro del Ejército en aquel momento». Sugiyama respondió sin mucha convicción que China era un área muy extensa y que Japón se había encontrado con dificultades inesperadas. «¿Y no es el Pacífico un área todavía más extensa?», replicó el emperador. Después recordó al jefe del Estado Mayor sus advertencias de entonces, y a continuación le preguntó directamente: «Sugiyama, ¿me está usted mintiendo?». Entonces intervino Nagano para rescatar a su colega de aquella embarazosa situación. Estaba de acuerdo en que la victoria no se podía garantizar completamente; así sucedía en todos los conflictos. Después planteó una analogía médica. Si un médico dice que hay un setenta por ciento de posibilidades de salvar a un paciente enfermo con una operación, pero que no operar significa una muerte segura, se optará con toda seguridad por la cirugía. «Y si, tras la operación, el paciente muere, hay que decir que eso podía suceder. Esta es de hecho —aseguraba, siguiendo un razonamiento algo discutible— la situación con la que nos enfrentamos hoy [...]. Si perdemos tiempo, dejamos que pasen los días y nos vemos obligados a luchar cuando ya sea demasiado tarde para luchar, entonces no podremos hacer nada». Aunque era un argumento ciertamente extraño, pareció servir para calmar al emperador. Konoe preguntó entonces si debía cambiar el calendario para la Conferencia Imperial del día siguiente y el emperador respondió: «No hay necesidad de cambiar nada».[1281]

¿Podría el emperador en ese decisivo momento haber hecho otra cosa que no fuera aceptar con resignación lo que con tanto fundamento acababa de poner en cuestión? ¿Tenía alternativa? ¿Podría haber optado por dar su respaldo total a la diplomacia y rechazar la cuenta atrás hacia la decisión de ir a la guerra? Al menos uno de sus consejeros pensaba que contaba con otras opciones. Mamoru Shigemitsu, antiguo embajador en Gran Bretaña, le indicó que Japón podría preservar mejor su condición de gran potencia e influir en la política de posguerra manteniéndose fuera de la guerra europea y revisando sus políticas actuales.[1282] Eso significaba, lisa y llanamente, evitar una alianza con las potencias del Eje y hacer suficientes concesiones en China y el sureste asiático como para impresionar a los estadounidenses en las negociaciones. Sin embargo, la mayor parte de la élite

se oponía a hacer concesiones sustanciosas, sin las cuales la cuenta atrás seguiría avanzando. En cualquier caso, el poder del emperador era más limitado en la práctica de lo que lo era en la teoría. Según la Constitución, el emperador todavía tenía poder ejecutivo, y en teoría, las Fuerzas Armadas actuaban de acuerdo con su voluntad. Y es cierto que tanto los líderes del Gobierno como el Ejército sentían la existencia de un vínculo de honor con el emperador basado en la obediencia. Sin embargo, dejando a un lado la poca personalidad de Hirohito, intentar hacer uso del poder ejecutivo desoyendo una decisión tomada en una Conferencia de Enlace por el Alto Mando del Ejército de Tierra y la Armada, en conjunción con los dirigentes del Gobierno civil, habría supuesto poner en peligro la situación del trono imperial. En la práctica eso era impensable. Es cierto que Hirohito prefería la paz a los peligros de la guerra con Estados Unidos, pero tanto en privado como en público había defendido los avances en la búsqueda del poder y la gloria de Japón que habían llevado al país al trance en el que ahora se encontraba. No podía ordenar a unos militares remisos que abandonaran una postura que había quedado asociada a los ojos de la mayor parte de la población, así como de importantes sectores de las élites, con el honor nacional de Japón. Buscar el conflicto con los líderes militares en tales circunstancias habría significado probablemente poner en juego la posición de la propia monarquía.

Veinte minutos antes del inicio de la Conferencia Imperial, programada para las diez en punto de la mañana del 6 de septiembre, Hirohito mandó llamar a su consejero principal, lord Guardián del Sello Privado, Koichi Kido, y le dijo que quería plantear algunas preguntas en la reunión, algo que iba en contra de lo dictado por las convenciones. El papel tradicional del emperador consistía en sentarse en silencio mientras su presidente del Consejo Privado, Yoshimichi Hara, hacía preguntas en su nombre a los ministros y a los líderes de las Fuerzas Armadas. Kido le aconsejó que respetara la tradición también en esa ocasión, pero le dijo que sería apropiado que el emperador hiciera una advertencia al final de la reunión para animar a la cooperación activa en la búsqueda del éxito de las futuras negociaciones.[\[1283\]](#)

A continuación dio comienzo la que sería una decisiva Conferencia Imperial, y lo hizo con una declaración del primer ministro, el príncipe Konoe, sobre la cada vez más tensa situación internacional.[\[1284\]](#) Un frente aliado de Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos se enfrentaba al Imperio. La Unión Soviética podía unirse a ellos. Si la situación continuaba así, con el tiempo Japón no podría preservar su poder nacional. Konoe puso el acento en las medidas diplomáticas para impedir el desastre de la guerra. Pero si éstas fallaban al cabo de un tiempo específico, dijo, «creo que no podemos hacer otra cosa más que dar un último paso con el fin de defendernos». No podemos decir que aquello fuera precisamente una aprobación rotunda de la absoluta necesidad (que Konoe había expresado en privado) de hacer sacrificios significativos por el bien de la paz.

Nagano, jefe del Estado Mayor de la Armada, intervino a continuación, repitiendo los mismos argumentos que había avanzado en la Conferencia de Enlace celebrada tres días antes. El factor clave era el tiempo. La demora relegaría a Japón «a la condición de inmovilizada». Nagano señaló que las reservas de petróleo «están menguando día a día. Esto provocará un debilitamiento gradual de nuestra defensa nacional y conducirá a una situación en la que, si mantenemos el statu quo, la capacidad de nuestro Imperio para actuar se verá reducida en los días siguientes», mientras la preparación militar estadounidense y británica se seguía fortaleciendo. Al igual que en la Conferencia de Enlace, sus previsiones en caso de guerra se basaban en el mejor escenario

imaginable. Sí Japón podía derrotar rápidamente a las fuerzas navales estadounidenses y británicas «en las áreas del océano en las que pensamos» (refiriéndose a Extremo Oriente) y si, en una guerra previsiblemente prolongada, se podían obtener territorios estratégicos y materias primas para hacer inexpugnable la posición de Japón, entonces habría una buena oportunidad para vencer. Pero incluso entonces el resultado dependería del poder nacional global y de las imprevisibles transformaciones en la situación mundial. Sin embargo —y éste fue el punto esencial de su declaración— la mejor oportunidad de Japón residía en el futuro inmediato. El país no podía permitirse esperar. Había que dar una oportunidad a la diplomacia, pero se tenían que fijar unos estrictos límites temporales. Y se debían lograr resultados que permitieran que Japón no se viera obligado a luchar en una fecha posterior, y en circunstancias más desfavorables. Fue una declaración tremendamente alarmante y totalmente irracional, tratándose de una nación que iba a embarcarse muy probablemente en una guerra de grandes dimensiones contra un país abrumadoramente aventajado en cuanto a fuerza y recursos. La línea del argumento contenía errores evidentes, debilidades y supuestos no comprobados. Pero nadie la sometió a un examen riguroso.

Tampoco se sometió a un estricto interrogatorio a Sugiyama, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, que comenzó expresando su total acuerdo con la declaración de Nagano y mencionó la presión temporal que había obligado a determinar el final del mes de octubre como fecha límite para la culminación de los preparativos de guerra. Por supuesto, Sugiyama admitía la necesidad de agotar todas las medidas diplomáticas, pero era evidente que para él éstas tenían una importancia secundaria. La cuestión principal era estar preparados para la guerra en el futuro cercano. Y añadió que —según sus optimistas previsiones— «si pudiéramos aprovechar la estación de invierno y terminar rápidamente nuestras operaciones militares en el sur, creo que estaríamos en condiciones de hacer frente a cualquier cambio que pudiera producirse en la situación del norte la próxima primavera o más tarde» (una idea que se basaba en una estimación sumamente optimista efectuada por el Ejército para la Conferencia Imperial: «Es prácticamente seguro que Alemania se extenderá por la mayor parte de la Europa soviética antes de acabar el año y que el régimen de Stalin huirá al este de los Urales [...]. Está claro que el régimen de Stalin, después de haber perdido la Europa soviética, se debilitará con el paso del tiempo y perderá su capacidad para continuar con la guerra»[\[1285\]](#)).

Después de que Toyoda ofreciera una larguísima descripción de las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos desde la primavera, el director de la Junta de Planificación, general Teiichi Suzuki, abordó la cuestión de los recursos materiales. Como consecuencia del embargo económico impuesto por las potencias occidentales, «el poder nacional de nuestro Imperio está decayendo día tras día —anunció—. Nuestras reservas de combustible líquido, que son tan importantes, tocarán fondo en junio o julio del año que viene, aunque impongamos estrictos controles de tiempo de guerra sobre la demanda civil». Su conclusión era obvia: «Es de vital importancia para la supervivencia de nuestro Imperio que nos decidamos a fundar y estabilizar una base económica firme». Eso significaba acción militar.

El presidente del Consejo Privado, Hara, aprovechó entonces para plantear preguntas en nombre del emperador. A diferencia de los líderes militares, él puso el acento directamente en la diplomacia. Los esfuerzos convencionales no bastarían. Había que intentar todas las vías posibles. Hara apoyaba la iniciativa de Konoé de reunirse con el presidente Roosevelt. Aceptaba que había que llevar a cabo los preparativos militares por si acaso la diplomacia fracasaba finalmente, pero le inquietaba el texto

de las «Líneas básicas para llevar a cabo las políticas del Imperio» presentado ante la Conferencia, ya que implicaba dar la prioridad a la guerra frente a la diplomacia. El ministro de la Armada, Oikawa, trató de calmarlo. La guerra no era la prioridad. Sería el último recurso sólo cuando y en el caso de que el más serio de los esfuerzos diplomáticos hubiera fracasado. Hara pareció contentarse con la respuesta. La eventual decisión de ir a la guerra, si fallaban los esfuerzos de Konoe, sería sometida, entendía, a una cuidadosa deliberación. Mientras se mantuvieran realmente las negociaciones diplomáticas y se llevaran lo más lejos posible, se daba por satisfecho. Pero antes de que la propuesta planteada ante la Conferencia recibiera el Asentimiento Imperial, Hara solicitó un apoyo absoluto a la visita que Konoe iba a realizar a Estados Unidos y un esfuerzo por evitar «la peor situación posible entre Japón y Estados Unidos». En ese momento se produjo un embarazoso silencio. Y entonces sucedió algo fuera de lo común. El emperador en persona, con su chillona voz de pito, preguntó: «¿Por qué no responden?». Después de unos momentos, Oikawa se decidió a intervenir para afirmar que, aunque se iniciarían los preparativos de guerra, se iba a poner todo el empeño posible en la negociación. A continuación volvió a producirse un incómodo silencio. Ni Nagano ni Sugiyama hicieron ningún comentario. Entonces el emperador tomó de nuevo la palabra. «¿Por qué no responde el Alto Mando?». En ese instante, Hirohito se sacó del bolsillo un trozo de papel y leyó una breve —y críptica— reflexión escrita por su abuelo, el emperador Meiji, al comienzo de la guerra con Rusia en 1904:

De un lado al otro de los cuatro mares
Todos son hermanos.
En un mundo así,
¿Por qué rugen las olas,
Braman los vientos?

Hirohito afirmó que leía a menudo aquella nota para recordar el «espíritu amante de la paz» del emperador Meiji.[\[1286\]](#) Nagano y Sugiyama, desconcertados, se levantaron por turno con actitud de disculpa para subrayar su conformidad con la insistencia de Hara en la vital importancia de que las negociaciones de paz fueran una prioridad. Con ello, aquella inusual y tensa Conferencia Imperial llegó a su fin.

La excepcional intervención del emperador y los evidentes desacuerdos en torno al peso relativo de las negociaciones diplomáticas y los preparativos militares no podían ocultar la enorme trascendencia de la decisión que acababa de recibir el Asentimiento Imperial y de convertirse, por tanto, en política nacional: que Japón estaba ahora prácticamente comprometido con la guerra. Si, en cuestión de unas pocas semanas, las negociaciones diplomáticas —ni siquiera programadas todavía, y con muy pocas posibilidades de éxito— se revelaban, como cabía esperar, desfavorables, la decisión de ir a la guerra sería confirmada. Pese a todo su dramatismo, en la Conferencia Imperial, al igual que en la Conferencia de Enlace que la había precedido, resultó llamativa la falta de una oposición de base a un resultado tan probable y tan absolutamente decisivo. El compromiso alcanzado entre los que defendían una acción militar temprana, principalmente los líderes de las Fuerzas Armadas, y los que destacaban la urgencia de la diplomacia era en esencia un compromiso vacío. Mientras que los líderes militares defendieron su causa con total convicción, concediendo a la diplomacia una relevancia sólo aparente, los partidarios de las negociaciones se mostraron débiles, a

la defensiva y dispuestos a aceptar los argumentos primordiales en favor de emprender la guerra antes del invierno contra Estados Unidos. Además, nadie alzó su voz para poner en cuestión la lógica militar, las limitaciones del material de guerra y de los efectivos humanos japoneses en caso de un conflicto prolongado o la sumamente inflexible postura negociadora adoptada con respecto a China o al avance hacia el sur para construir la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental». Aunque el desasosiego ante la inquietante perspectiva de la guerra era manifiesto, y aunque existían evidentes desacuerdos dentro de las élites dirigentes japonesas, no había separación entre «palomas» y «halcones». La línea divisoria se establecía más bien entre temerosos y fatalistas.

Estos últimos, que destacaban entre los militares, opinaban que la guerra, fuera cual fuera su resultado, era inevitable. Ese planteamiento quedó reflejado en una respuesta preparada por el Estado Mayor del Ejército de Tierra para su eventual utilización en la Conferencia Imperial. Ante la pregunta de si la guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos era inevitable, la respuesta que se había preparado afirmaba:

«La construcción de un Nuevo Orden en Asia oriental, centrada en la resolución del Incidente de China por parte del Imperio, es una política nacional inquebrantable. Sin embargo, la política de Estados Unidos en relación con Japón descansa sobre una cosmovisión establecida que obstruiría el ascenso y la expansión del Imperio en Asia oriental con el fin de dominar el mundo y defender la democracia. La política de Japón está en contradicción esencial con ello. Los choques entre los dos acabarán llevando a la guerra después de una serie de períodos de tensión y relajación. Se puede decir que esto responde a la inevitabilidad histórica. Mientras Estados Unidos no modifique sus políticas con respecto a Japón, la realidad de la situación relegará al Imperio a un punto de no retorno en el que no podrá hacer otra cosa más que recurrir a la guerra como última vía de autopreservación y autodefensa. Si en aras de una paz temporal tuviéramos que retroceder ahora un paso ante Estados Unidos con un abandono parcial de la política estatal, el fortalecimiento de la posición militar de Norteamérica nos obligaría a retroceder diez pasos más y después cien. Finalmente, el Imperio acabará teniendo que hacer lo que Estados Unidos quiera que haga».[1287]

Esta declaración, en lugar de constituir un tibio aval para las acciones de paz de Konoe, representaba el verdadero rostro del pensamiento no sólo del Ejército de Tierra, sino también del de la Armada. Equivalía a aceptar con absoluto fatalismo que Japón sólo podría liberarse de su dependencia con respecto a Estados Unidos mediante una apuesta militar que podía terminar muy fácilmente en desastre. Dada la preeminencia de dicho pensamiento dentro de la élite japonesa, las posibilidades de evitar la guerra eran ahora ciertamente estrechas.

III

Una vez terminada la Conferencia Imperial, Konoe se marchó sin perder tiempo a una reunión extraoficial —y de alto secreto— con el embajador estadounidense, Joseph Grew, en la residencia

del conde Bunkichi Ito, cabeza de una de las grandes familias nobles de Japón. Las otras personas presentes eran, únicamente, el secretario personal del primer ministro, Tomohiko Ushiba, el consejero de la embajada de Estados Unidos, Eugene H. Dooman (que había nacido en Japón y tenía un profundo conocimiento del país en el que había vivido veintitrés años), y la amante de Konoe. Konoe había conseguido contactar con ella por teléfono mientras estaba en la peluquería y le dijo que estuviera preparada. Un coche la llevaría enseguida a la cita secreta. Como se había dado la noche libre a los sirvientes para mantener un secreto absoluto, su trabajo consistió en ocuparse de las comidas. Fue presentada como la «hija de la casa». Mientras Ushiba y Dooman traducían, Konoe y Grew estuvieron hablando con total franqueza durante tres horas. Konoe insistió en lo nervioso que estaba por la reunión con Roosevelt y en que el tiempo era un factor esencial. Pensaba que, en conversaciones directas con el presidente, podría resolver los problemas inmediatos e impedir la guerra. Esa era la prioridad absoluta. Más adelante los oficiales podrían desarrollar un acuerdo detallado. Konoe reconocía su responsabilidad en el «Incidente de China», el Pacto Tripartito y el deterioro de las relaciones con Estados Unidos. Estaba dispuesto incluso, insinuó, a aceptar de entrada los «Cuatro Principios» de inviolabilidad de la soberanía territorial, no interferencia en los asuntos internos de otros países, igualdad de oportunidades comerciales y preservación del statu quo en el Pacífico establecidos en abril por Cordell Hull como base innegociable de la política estadounidense. Konoe pensaba que podría ganarse al pueblo japonés para su causa. Era consciente del riesgo que corría su vida —tan sólo unos días después unos guardias de seguridad frustraron un intento de asesinato a manos de cuatro fanáticos nacionalistas armados [1288]—, pero eso carecía de importancia para él ante el propósito supremo de salvaguardar la paz. Grew y Dooman regresaron convencidos de la sinceridad de Konoe. Grew, en el que sería, según dijo a Konoe, «el telegrama más importante» de su carrera, exhortó a Washington a aprobar la reunión con el presidente. Pero Cordell Hull seguía siendo profundamente receloso. Y Stanley Hornbeck, su principal consejero, se mostró tan hostil como siempre.[1289]

Roosevelt, por su parte, ya había dado señales a Nomura de un modificado y endurecido tono al recibir de nuevo al embajador japonés, en presencia de Hull, el 3 de septiembre, el mismo día en el que la decisiva Conferencia de Enlace tenía lugar en Tokio. Esta vez el presidente no dio a Nomura ningún motivo para el optimismo. El, al igual que el príncipe Konoe, tenía una opinión pública a la que prestar atención, dijo, y ésta era muy categórica a la hora de exigir «que no haya cambios en nuestra política con el fin de complacer a Japón». Aunque afirmó que seguía queriendo mantener una reunión con Konoe, también señaló que no se podía celebrar una cumbre sin conversaciones preliminares. Todavía existían grandes diferencias que debían quedar resueltas de antemano. El presidente volvió a insistir en los «Cuatro Principios». En esencia, lo que estaba haciendo era afirmar una vez más que el acuerdo sólo sería posible si Japón cedía con antelación a las demandas estadounidenses sobre China y el Pacto Tripartito, renunciando a su reivindicación de la hegemonía sobre el «nuevo orden» en Extremo Oriente y poniendo fin a la discriminación en el mercado internacional. Las limitadas concesiones ofrecidas por Toyoda en un despacho transmitido el 4 de septiembre antes de escuchar el informe de Nomura sobre la reunión con Roosevelt, y destinadas a preparar el terreno hacia la cumbre, no fueron suficientes ni mucho menos para modificar la posición básica norteamericana.[1290]

Pese a todo, Nomura envió un cable a Tokio el 11 de septiembre para transmitir su opinión de que un movimiento significativo de Japón en China allanaría el camino para el encuentro de Konoe

con Roosevelt. Su mensaje resumaba una desesperación creciente. Nomura proponía, guiado más por la esperanza que por el convencimiento, comunicar a los estadounidenses que Japón accedería a retirar todas sus tropas de China en el transcurso de dos años después del final de las hostilidades. Pensaba que eso proporcionaría al menos la base para las discusiones en una eventual cumbre y calculaba, no sin cierto cinismo, que las negociaciones para un alto el fuego y una subsiguiente conferencia de paz durarían más, de modo que cualquier retirada efectiva podría producirse todavía varios años más tarde, un tiempo durante el cual podían suceder muchas cosas para alterar las circunstancias. Nomura pedía una decisión firme sobre la retirada de las tropas.[1291]

Esa decisión fue tomada en la Conferencia de Enlace del 13 de septiembre y adoptada como línea de actuación una semana después. Pero no parecía probable que las condiciones fueran a resultar atractivas para los estadounidenses como base de las negociaciones de paz. El Ejército, enfurecido incluso por la ligera moderación de las demandas japonesas realizada por Toyoda el 4 de septiembre, las volvió a endurecer entonces. Las «Condiciones Básicas de Paz entre Japón y China» presentadas ante la Conferencia de Enlace, insistían en seguir con el establecimiento de fuerzas japonesas en el norte de China y en Mongolia Interior como defensa frente al comunismo. Otras tropas se retirarían en cuanto el «Incidente de China» estuviera resuelto, pero para eso se tenía que producir la fusión del Gobierno de Chiang Kaichek en Chongqing con el régimen títere de Japón de Wang Jingwei en Nanjing, algo que, obviamente, los nacionalistas chinos nunca aceptarían de manera voluntaria. China y Japón cooperarían económicamente. Manchukuo, por supuesto, debía ser reconocido.[1292] La posición del Ejército era que si se rechazaban esas condiciones Japón debía estar preparado para ir a la guerra.[1293]

Toyoda, el ministro de Exteriores, era remiso a presentar aquel endurecido paquete de demandas a los estadounidenses, convencido de que sería rechazado de plano. Así lo confirmó el embajador, Nomura, el 27 de septiembre, cuando recibió finalmente el nuevo «Borrador de Acuerdo». Para entonces, las Fuerzas Armadas estaban perdiendo ya rápidamente la confianza en Toyoda, y también en Konoe. El frágil compromiso que durante un tiempo había mantenido unidas a las facciones de la élite que propugnaban la guerra sin dilación y las que esperaban evitar el conflicto por medio de la negociación se estaba desmoronando. El 25 de septiembre, Sugiyama y Nagano, jefes del Estado Mayor del Ejército de Tierra y de la Armada, habían conseguido que se estableciera el 15 de octubre como fecha límite para concluir con éxito las negociaciones con Estados Unidos. Una vez llegado ese día había que tomar una decisión en favor de la guerra o de la paz. Konoe, horrorizado, amenazó con dimitir. Pero Kido le recordó que él también estaba presente en la Conferencia Imperial del 6 de septiembre, cuando se admitió «primeros de octubre» como fecha límite para tomar una decisión.[1294] Konoe se echó atrás. Incapaz de eludir la responsabilidad de unos acontecimientos que consideraba desastrosos o de modificar su curso, el primer ministro abandonó Tokio y se retiró, cansado y deprimido, a la casa que tenía en el centro turístico costero de Kamakura.[1295]

La previsible respuesta estadounidense a las condiciones japonesas no tardó en llegar. Tras el lenguaje de la diplomacia, que fue el empleado en el encuentro entre Hull y Nomura el 2 de octubre, se escondía el rotundo rechazo de las propuestas japonesas y una implacable reafirmación de las demandas norteamericanas, a su vez, en ese momento, sumamente inflexibles y completamente inaceptables para Japón. Hull también expresó sus dudas sobre la utilidad de una reunión entre Konoe y Roosevelt mientras Japón no estuviera dispuesto a alterar su postura.[1296] China, como sucedía desde el principio, era la clave. La guerra, ahora parecía claro, sólo se podía evitar si

Konoe lograba convencer a sus jefes militares de que se comprometieran con la retirada de tropas de China. Pero de eso no existía la más mínima posibilidad. Toyoda se vio desautorizado por los representantes militares en la Conferencia de Enlace del 4 de octubre cuando quiso responder a la intransigente nota de Hull. Los jefes del Estado Mayor del Ejército de Tierra y de la Armada habían perdido la paciencia con las tácticas de dilación de los norteamericanos. Querían que se pusiera fin a cualquier nuevo intento de negociación.[1297]

Aun así, la Armada no mantenía una postura completamente unánime. El ministro de la Armada, Oikawa —un indeciso nato, a diferencia del ministro del Ejército de Tierra, Tojo—, visitó a Konoe en Kamakura y le dijo que «debemos estar preparados para acabar tragando con toda la propuesta de Estados Unidos», prometiéndole el apoyo de la Armada y suponiendo que el Ejército también accedería.[1298] Pero eso no eran más que ilusiones. Las esperanzas de Konoe y Oikawa, unidas a las de Toyoda, de invalidar la decisión de la Conferencia Imperial del 6 de septiembre estaban condenadas al fracaso. Oikawa no podía confiar siquiera en el respaldo unánime de la Armada, y mucho menos en el del Ejército de Tierra. El jefe del Estado Mayor, Nagano, era el más rotundo de cuantos insistían en la necesidad de una pronta decisión y en un compromiso con la política que defendía la guerra en caso de que las negociaciones no se hubieran concluido con éxito —es decir, con una aceptación de las demandas japonesas— a mediados de octubre. Entre Oikawa y Nagano se podían escuchar otras voces de líderes de la Armada que, preocupados por las consecuencias de una guerra con Estados Unidos, recomendaban cautela, lo que significaba que el Ejército de Tierra tendría que suavizar su postura si la Armada optaba por continuar con las negociaciones, si bien en última instancia se mostraban ambiguos y reacios a manifestarse enérgica e inequívocamente en favor de la paz frente a la guerra. El jefe de la División de Operaciones de la Armada, Shigeru Fukudome resumió las preocupaciones de los que estaban empezando a echarse atrás al declarar el 6 de octubre, en una reunión de los jefes de planificación del Ejército y la Armada: «No tengo ninguna confianza en las operaciones en los Mares del Sur. Por lo que se refiere a pérdidas de barcos, se hundirán 1,4 millones de toneladas en el primer año de la guerra. Los resultados de los nuevos simulacros de guerra efectuados por la Flota Combinada indican que no habrá barcos para responder a las necesidades civiles en el tercer año de la guerra. No tengo ninguna confianza».[1299] Sin embargo, tan serias dudas, procedentes del núcleo mismo de operaciones de planificación naval, no tuvieron consecuencias prácticas. Las divisiones seguían existiendo. Y fue Oikawa y no Nagano el que se encontró cada vez más aislado en el interior de la cúpula de la Armada.

El Ejército de Tierra, por su parte, estaba mucho más unido. Su postura era mucho más inequívoca que la de la Armada. Las negociaciones, declaraban, no tenían posibilidades de éxito (aunque podían continuar hasta el 15 de octubre). Y lo que resulta muy significativo, afirmaban que no se produciría ningún cambio, ni siquiera modificaciones menores de la formulación, en torno a la cuestión del estacionamiento de tropas en China. A pesar de todo, la declaración de Fukudome había preocupado a los líderes del Ejército. Si era cierta, coincidían en que los ministros del Ejército de Tierra y de la Armada y los jefes del Estado Mayor tendrían que dimitir por haber inducido a la Conferencia Imperial a aprobar una guerra que Japón no tenía ninguna posibilidad de ganar. Había que clarificar bien el posicionamiento, pero cuando Tojo y Oikawa se reunieron la mañana del 7 de octubre, la rotundidad chocó con la ambigüedad. Tojo recalcó que aceptar los «Cuatro Principios» de Hull significaba regresar a la situación de los años veinte, cuando estaba vigente el Tratado de las Nueve Potencias, y al estado de impotencia de Japón antes del «Incidente de Manchuria», lo que

trastocaría por completo la política japonesa desde 1931 y minaría totalmente el objetivo de la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental». El otro punto en el que no estaba de acuerdo era el estacionamiento de tropas. Esa era la «mínima exigencia incuestionable». Si se retiraban las tropas del norte de China y Mongolia se pondría en peligro la existencia de Manchukuo, y eso volvería a su vez a colocar al país en una situación de debilidad y lo dejaría expuesto a la dominación norteamericana. Todo lo que Oikawa podía ofrecer como contrapeso a tan clara y firme posición era que continuaran las negociaciones, aunque él no quería modificar la decisión tomada por la Conferencia Imperial ni oponerse a la resolución en favor de la guerra.^[1300]

Con el reloj avanzando hacia la fecha límite del 15 de octubre y todavía sin contar con unidad y claridad en torno a la disyuntiva entre paz y guerra, Konoe convocó una reunión de los cinco principales ministros del Gobierno (los ministros de Exteriores, del Ejército de Tierra y de la Armada y el general Suzuki, de la Junta de Planificación del Gabinete, además de él mismo) en su residencia de Ogikubo, a las afueras de Tokio, el domingo 12 de octubre. La reunión ofreció a Konoe pocos motivos para celebrar su cincuenta cumpleaños. Tojo declaró al inicio con su habitual rotundidad que las negociaciones no eran nada prometedoras. Oikawa podía haber aprovechado para declarar que la Armada no estaba dispuesta a arriesgarse a una guerra que, como había afirmado Fukudome algunos días antes, algunos de sus principales estrategias temían que no se pudiera ganar. Un claro posicionamiento de la Armada, todavía entonces, podría haber invertido las tornas en favor de la paz frente a la guerra. Sin embargo, Oikawa se limitó a replantear el dilema entre negociaciones y acción militar, aunque añadió que si se optaba por el camino de las negociaciones, ello implicaría tomar la decisión de «no recurrir a la guerra quizás durante varios años», una línea de actuación que era contraria a la política adoptada en la Conferencia Imperial del 6 de septiembre. A continuación Oikawa evitó proponer cualquier recomendación, dejando así la decisión en manos del primer ministro. Konoe preguntó cómo valoraba el ministro de Exteriores, Toyoda, las perspectivas de las negociaciones. En medio de tan grave aprieto, Toyoda respondió con evasivas. No podía decir con seguridad que las conversaciones fueran a tener éxito. Eso dependería de lo que tuviera que decir su interlocutor. Tojo, por su parte, no dudó en recurrir a una respuesta sincera, aunque en aquel momento nada convincente. «Una posición tan precaria me pondrá a mí en un apuro. No podré convencer al Alto Mando de que acceda —exclamó el ministro del Ejército—. Debe haber razones mucho mayores para generar confianza». Oikawa coincidió en que Japón podría encontrarse con que le habían «tomado el pelo» y verse finalmente arrastrado a la guerra de todos modos. Konoe manifestó que, de las dos opciones, se inclinaba por las negociaciones diplomáticas, pero Tojo replicó que ésa era una mera preferencia subjetiva y que no podía convencer al Alto Mando basándose sólo en eso. La reunión terminó sin haber llegado a una conclusión, si bien la postura del Ejército de Tierra era ahora dominante. Aunque dicha postura no había sido defendida directamente en la reunión, tampoco se decidió ninguno de los otros cuatro presentes a rechazar la posición de Tojo. La crisis del Gobierno de Konoe se estaba agudizando por momentos.

El conflicto empeoró hasta alcanzar un punto de no retorno el 14 de octubre. Konoe había organizado un encuentro con Tojo para mantener una discusión en privado justo antes de la reunión del Gabinete de aquel día. El encuentro no hizo más que poner de manifiesto el enorme ensanchamiento de la brecha entre los dos hombres. Konoe dijo que estaba seguro de que el que las negociaciones tuvieran alguna posibilidad de preservar la paz dependía de la cuestión de las tropas japonesas en China, y sugirió a Tojo que Japón «debía ceder por una vez», acceder a «la formalidad

de retirar las tropas y protegernos de la crisis que supondría una guerra americano-japonesa». Era necesario, afirmaba, «poner fin al Incidente de China». El ministro del Ejército se quedó consternado ante lo que interpretaba como un abuso de confianza por parte de Konoe, al abandonar ahora un acuerdo formal adoptado en la Conferencia Imperial, y rechazó la propuesta de plano. «Si en este momento transigimos ante Estados Unidos —señaló Tojo, según el relato de Konoe—, sus acciones serán cada vez más arbitrarias, y probablemente no podrá parar. El problema de retirar las tropas consiste, dice usted, en olvidar el honor y hacerse con los frutos, pero me resulta difícil estar de acuerdo en eso si pensamos en mantener el espíritu de lucha del Ejército». Konoe replicó que la superioridad estadounidense en cuanto a recursos materiales obligaba a Japón a proceder con suma prudencia. El desprecio que Tojo sentía por Konoe le hizo perder la razón por un momento. «Hay ocasiones en las que hemos de tener el valor de hacer cosas extraordinarias... como saltar, con los ojos cerrados, desde la galería del templo de Kiyomizu [santuario budista de Kioto, situado a la orilla de un precipicio]», dijo bruscamente. La diferencia entre el primer ministro y él, afirmó Tojo, concluyendo su extraordinario arrebató, se podía atribuir a la personalidad. Estaba muy claro lo que eso significaba. En una situación tan crítica se necesitaba una mayor audacia en el mando de la que Konoe podía ofrecer.[1301]

Tojo también habló con enorme pasión en la reunión del Gabinete celebrada a continuación. «Someterse a los argumentos de Estados Unidos en su totalidad —bramó— echará por tierra todas las ganancias obtenidas con el Incidente de China y por extensión amenazará la existencia de Manchukuo, lo que afectaría incluso al control japonés de Corea y Taiwán». Lo que aquella afirmación daba a entender era, obviamente, que Japón se vería retrotraído a una situación de impotencia que no padecía desde antes de la época del gran emperador Meiji. Tojo mencionó los millones de soldados japoneses que habían luchado contra las penurias, los cientos de miles de bajas de guerra, los miles de millones gastados en la batalla por el futuro de la nación. «Por supuesto, si queremos volver al pequeño Japón de la época anterior al Incidente de Manchuria, no hay nada más que decir, ¿no es así?», preguntó en tono retórico. No había más remedio. Japón sólo podía insistir en el establecimiento de tropas en China, núcleo de sus demandas. Rendirse ahora ante Estados Unidos pondría en peligro ese futuro, significaría adoptar una política de auténtica sumisión.[1302] Los miembros del Gabinete escuchaban en silencio, abrumados por la vehemencia de ministro del Ejército, mientras éste les recordaba que seguían comprometidos con la política acordada por la Conferencia Imperial del 6 de septiembre: si no se había logrado una resolución diplomática a principios de octubre, entonces habría guerra. Los preparativos militares habían seguido avanzando conforme a esa decisión, y sólo podía detenerlos el acuerdo con Estados Unidos en torno a la cuestión de las tropas en China.[1303] La lógica del argumento era evidente. Sólo un nuevo Gabinete, que no estuviera vinculado a la decisión del 6 de septiembre, podía invertir el sentido del impulso hacia la guerra.

Konoe captó dicha lógica. Aquella noche acudió a cenar con dos colegas vestido con traje tradicional japonés para indicar que estaba allí sólo para disfrutar de su hospitalidad. La discusión que tenían prevista ya no era necesaria. El Gabinete estaba a punto de caer.[1304] Al final de la tarde del 16 de octubre, Konoe fue a palacio y presentó su dimisión.

En su carta al emperador, Konoe manifestaba que seguía creyendo que «si se le da tiempo, la posibilidad de llegar a un acuerdo con Estados Unidos no carece de esperanzas». La clave seguía siendo la retirada de las tropas de China. Al igual que había hecho al hablar con Tojo, Konoe

advertía ahora al emperador de que la cuestión podía «ser resuelta si estamos dispuestos a sacrificar en cierta medida nuestro honor y aceptar la fórmula propuesta por Norteamérica». En cualquier caso, no podía acceder a sumirse en una gran guerra con el Incidente de China todavía sin resolver, sobre todo dado que él se sentía profundamente responsable del desarrollo de los acontecimientos desde 1937. «Ahora es el momento —escribía— de que sacrifiquemos el presente por el futuro». Sin embargo, también admitía que no había logrado convencer de ello a Tojo, y que el ministro de Guerra defendía categóricamente la idea de que Japón debía «aprovechar la oportunidad actual y prepararse para la guerra inmediatamente». Se daba cuenta, por tanto, concluía Konoe, de que sus ideas no iban a prevalecer y de que no podía cumplir con sus responsabilidades de gobierno.[1305]

Pese a lo inflexible de la postura mantenida los días anteriores, Tojo había acabado entendiendo, de forma tardía y algo sorprendente, antes incluso de la dimisión de Konoe, que, a la vista de las dudas e incertidumbres de la Armada, era necesario revisar la decisión tomada por la Conferencia Imperial el 6 de septiembre. Sólo un nuevo Gobierno, que no estuviera vinculado a dicha decisión, podía emprender esa tarea. Cuando le preguntaron por un posible sustituto de Konoe, Tojo sugirió al príncipe Higashikuni, oficial del Ejército y pariente cercano del emperador, como única persona capaz de mantener unidos al Ejército de Tierra y la Armada y preservar la unidad nacional al tiempo que obviaba el límite temporal establecido para decidirse definitivamente por la guerra y llevaba a cabo una revisión exhaustiva de la política adoptada. Tras pasar una noche en blanco, Konoe coincidió en que Higashikuni sería la mejor opción. Sin embargo, por recomendación expresa de Kido, muy preocupado por no poner en peligro el prestigio de la casa imperial en un intento de vencer la crisis, Hirohito rechazó la propuesta. En esto fue decisiva la observación de Kido de que un Gabinete encabezado por un príncipe podría acabar haciendo que «la Casa Imperial acabara convertida en blanco del odio popular». El emperador llamó a palacio a un sorprendidísimo Tojo y le pidió que ejerciera como primer ministro. Las recientes dudas de Tojo sobre el camino fijado hacia la guerra, su incuestionable lealtad al emperador, su falta de ambiciones políticas y su capacidad para contener al Ejército habían convencido a Kido de que lo apoyara a él frente al único candidato alternativo en aquel momento, el indeciso ministro de la Armada, Oikawa.[1306] Sin embargo, nada de todo esto podía esconder la realidad: que el principal detractor de la retirada de tropas de China, el hombre que había adoptado la línea más dura en las negociaciones y que había influido más que ningún otro en la crisis sobre la encrucijada entre guerra y paz a la que se enfrentaban en aquel momento, el general Hideki Tojo, estaba ahora dirigiendo el Gobierno japonés.

IV

Tojo era militar hasta la médula, un oficial de carrera que se había ido abriendo camino entre las autoridades. Formaba ya parte de su naturaleza el no mirar más que por los intereses del Ejército. Su negativa a cambiar de opinión con respecto a la cuestión del establecimiento de tropas en China, la potencial cuerda de salvamento hacia las negociaciones de paz que había derribado a la Administración de Konoe, daba testimonio de la rigidez de su postura al defender la prioridad de las preocupaciones del Ejército. Era un hombre de visión limitada, con un incuestionable sentido de la

obediencia y el servicio al emperador. «Nosotros todavía somos solamente humanos, pero el emperador es divino —señaló—. Yo siempre agacharé la cabeza ante la divinidad y la grandeza de Su Excelencia».[1307] Ahora, llamado a asumir un cargo que nunca, ni en sus sueños más delirantes, había imaginado ocupar, se veía de repente, y por primera vez en toda su carrera, obligado a mirar por algo más que el Ejército, por los intereses mucho más amplios de la nación en un momento de profunda crisis.

Irónicamente, su designación como primer ministro arrojó un último rayo de esperanza sobre la posibilidad de evitar la guerra. En su esfuerzo por conseguir aquel nombramiento, Kido había vencido a la oposición en la reunión de grandes estadistas —los siete anteriores jefes del Gobierno, cuyo criterio era decisivo para Hirohito a la hora de seleccionar al nuevo primer ministro— asegurando que Tojo no iniciaría una guerra si el emperador hablaba con él, y que sería capaz de negociar con Estados Unidos.[1308] Tojo había abandonado la audiencia con el emperador pidiéndole tiempo para reflexionar sobre la carga de responsabilidad que se le acababa de imponer. El emperador le había pedido que lograra una cooperación más estrecha entre el Ejército y la Armada —lo que significaba, aunque expresado de forma críptica, que tenía que convencer a los dos brazos armados de que se unieran a la campaña en favor de una resolución negociada—, y había instado a Oikawa a decirle lo mismo. Poco después, Kido se unió a Tojo y Oikawa y les explicó los deseos de Hirohito en términos más explícitos. Por orden del emperador, señaló Kido, el nuevo Gabinete debía reexaminar la política estatal «sin obsesionarse con la decisión de la Conferencia Imperial del 6 de septiembre». Aquél fue un gesto excepcional. Nunca antes se había visto al emperador ordenar pasar por alto una decisión tomada en su presencia en una Conferencia Imperial. Lo que se estaba pidiendo a Tojo era «regresar al papel en blanco», es decir, hacer borrón y cuenta nueva.[1309]

Tojo reunió a su Gabinete a toda velocidad, demostrando así inmediatamente que sabía lo que quería; no toleraría ninguna intromisión. El nuevo primer ministro rechazó la sugerencia de Oikawa de que fuera Soemu Toyoda el que lo sustituyera como ministro de la Armada, ya que pensaba que eso crearía problemas con el Ejército, plenamente consciente de la antipatía que Toyoda sentía por sus mandos. Oikawa cedió y aceptó a Shigetaro Shimada, comandante en jefe de la base naval de Yokosuka, como su sustituto. Tojo también rechazó rotundamente los intentos del Ejército de influir en su elección de los ministros.[1310] Especial importancia tenía el cargo de ministro de Exteriores. En este sentido, la negativa de Tojo a aceptar las sugerencias de recuperar a Matsuoka, estridente antiamericano y partidario del Eje, era una señal de su disposición a seguir las instrucciones del emperador de encontrar una forma de evitar la guerra, incluso en una fecha tan tardía. En su lugar, nombró ministro de Exteriores a Shigenori Togo, antiguo embajador en Berlín y Moscú y avezado diplomático. Togo aceptó el nombramiento a condición de que hubiera una intención seria de trabajar por el éxito de las negociaciones con Estados Unidos. Estaba convencido de que así sería, y de que el Ejército tendría que admitir algunas concesiones para hacerlo posible. Tojo, por su parte, retuvo en sus manos el Ministerio del Ejército como instrumento para conseguir que la fuerza terrestre se adhiriese a su política. También asumió la responsabilidad de los asuntos internos, con el fin de acallar el posible descontento en el interior en caso de cerrar un trato con Estados Unidos.[1311]

No en vano, desde la perspectiva norteamericana, las posibilidades de un acuerdo, al menos de algún tipo de acuerdo precario para impedir el precipitado avance hacia la guerra y ganar algunos meses, no se habían desvanecido por completo. El nombramiento de Tojo había hecho sonar las

alarmas en Londres y en Chongqing. El Foreign Office y los nacionalistas chinos temían por igual una acción inmediata de Japón para interrumpir los suministros proporcionados a China, lo que llevaría al régimen de Chiang Kaichek al borde del desastre, y presionaron a los norteamericanos para que les ofrecieran su apoyo.[1312] Washington también reaccionó con aprensión ante la designación de Tojo. La guerra parecía de repente mucho más cercana. En el Departamento de Estado, Cordell Hull describía a Tojo como un «típico oficial japonés, con una mente provinciana, mojigata y obsesa» y «bastante estúpido». Se temía lo peor. [1313] Sin embargo, el presidente Roosevelt también escuchó los consejos de la Junta Mixta del Ejército y la Armada, que le recordó que la Marina estadounidense todavía no estaba preparada para enfrentarse a Japón en el Pacífico sin afectar gravemente, y tal vez con consecuencias fatales, al apoyo que estaba dando a Gran Bretaña en el Atlántico, considerado todavía como la máxima prioridad.[1314] Así pues, no todas las posibilidades de evitar la guerra estaban completamente descartadas, ni en el lado estadounidense ni en el japonés.

Sin embargo, Tojo había sido tan sumamente extremista en la determinación de la política durante tanto tiempo que no podía cambiar de rumbo de modo convincente en el último momento. Y aunque, en contraste con el débil y vacilante Konoe, parecía el hombre fuerte de Japón, no estaba a la altura de las fuerzas militares a las que él mismo había contribuido a dar rienda suelta. Pese a su historial militar y a conservar su cargo de ministro del Ejército, no tenía un control directo sobre los encargados de las operaciones de la fuerza terrestre, y mucho menos de la Marina. Allí, el personal no cambió. Y ambas ramas de las Fuerzas Armadas, demasiado comprometidas con los preparativos de la guerra como para estar dispuestas ahora a echarse atrás, habían proporcionado un apoyo enorme. La presión ejercida sobre Konoe, que había ocasionado el establecimiento de la fecha límite de mediados de octubre para decidir ir a la guerra y, finalmente, la caída del Gabinete, se había basado en la afirmación de que Japón no podía esperar, desde el punto de vista militar, sin debilitarse y sin perder su posición de ventaja en el Pacífico. Aunque el emperador había dado instrucciones a Tojo de desoír la decisión confirmada en la Conferencia Imperial del 6 de septiembre que había fijado ese plazo máximo, la premisa sobre la que ésta descansaba no podía dejarse a un lado sin más. Por otra parte, la orden del emperador no había sido transmitida formalmente al Alto Mando, de modo que los jefes del Estado Mayor del Ejército de Tierra y de la Armada, Sugiyama y Nagano, y sus subordinados no se sentían obligados a acatarla.[1315] En otras palabras, Tojo seguía encontrándose en el mismo aprieto que había acabado con Konoe. Su margen de maniobra era extremadamente limitado, tanto para lograr rápidamente el éxito de las negociaciones con el fin de impedir el conflicto, al menos temporalmente, como para ir a la guerra.

Sin embargo, las negociaciones entrañaban concesiones significativas, concesiones que no se habían producido bajo el mando de Konoe, y que difícilmente se podrían alcanzar con Tojo. No en vano, la primera declaración de su Gabinete fue para expresar su adhesión a «la inquebrantable política nacional del Imperio». Esta, proseguía la declaración, consistía en «llevar a feliz término el Incidente de China, establecer firmemente la “Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental” y contribuir a la paz mundial».[1316] Sin embargo, como habían puesto de manifiesto los meses anteriores, era precisamente esa política la que había llevado a Japón al borde de la guerra, por lo que no constituía una receta muy prometedora para las grandes concesiones de las que dependía la paz.

La alternativa consistía en seguir la lógica militar. Eso significaba ir a la guerra antes de acabar

el año. La decisión, aplazada desde mediados de octubre, no se podía postergar indefinidamente. De hecho, tenía que estar tomada al cabo de un par de semanas. Este era el escenario en el que se desarrolló la febril actividad de los primeros quince días de mandato de Tojo.

Las dificultades del primer ministro en sus relaciones con el Alto Mando comenzaron de inmediato. La primera reunión de su Gabinete, el 18 de octubre, día de la formación del Gobierno, tenía ante sí una serie de preguntas hipotéticas sobre el posterior curso de la guerra y sobre las posibilidades de que Japón lograra en el futuro inmediato sus demandas mínimas por medio de la negociación con Estados Unidos. Tales preguntas pretendían servir como base para una revisión de la decisión del 6 de septiembre.[\[1317\]](#) Sin embargo, la respuesta del Alto Mando al recibir una copia de las mismas fue que «en realidad no hay margen para la revisión». Nagano, jefe del Estado Mayor de la Armada, lo expresó sin rodeos: «La decisión de la Conferencia Imperial no se presta a modificaciones».[\[1318\]](#) Sus subordinados afirmaron enérgicamente que una solución diplomática en aquel momento sólo era posible si se producía un cambio radical en la política, lo que supondría «unir nuestro destino al del bando angloamericano» y suscitaría «el desprecio de los chinos y una gran pérdida de prestigio nacional».[\[1319\]](#) El Estado Mayor del Ejército también adoptó una postura agresiva. Se opuso categóricamente a estudiar la posibilidad de retirar las tropas de China, y admitió plenamente que ello contribuía a socavar cualquier esperanza de éxito en las negociaciones. La resistencia a la idea de revisar la política estatal llevó incluso a hablar de derrocar al nuevo Gabinete apenas acababa de constituirse. La inalterable postura del Alto Mando generó dificultades insuperables a Tojo desde el principio. Lleno de dudas acerca de cómo actuar, comunicó a su nuevo ministro de la Armada, Shimada, que se encontraba «realmente a oscuras sobre qué hacer».[\[1320\]](#)

La Conferencia de Enlace, que se reunió todos los días (excepto el 26 de octubre) durante más de una semana, entre el 23 de octubre y el 1 de noviembre, en una sesión de crisis casi permanente, se enfrentaba al mismo dilema. Las preguntas hipotéticas sobre el posible curso de la guerra y las perspectivas de las negociaciones proporcionaron el marco para unas discusiones que, pese a la insistencia de Nagano y Sugiyama en tomar una decisión rápida, fueron largas y a menudo tortuosas. Una de las cuestiones centrales era la capacidad de Japón para seguir combatiendo si las hostilidades se prolongaban, un problema que giraba en gran medida en torno a las existencias de materias primas, especialmente petróleo y acero, y a la capacidad del país para el transporte y la construcción de barcos. Sorprendentemente, la información de la que disponían el jefe de la Junta de Planificación, general Teiichi Suzuki, y el recién nombrado ministro de Hacienda, Okinori Kaya, era todavía muy limitada. Kaya se quejó de la imposibilidad de elaborar una «valoración precisa, en lugar de una proclamación de generalidades».[\[1321\]](#) El nuevo ministro de Exteriores, Togo, describió más tarde su estupefacción ante la falta de datos estadísticos precisos, necesarios para hacer estimaciones bien fundadas, puesto que el Alto Mando no estaba dispuesto a divulgar detalles de las operaciones o cifras de soldados.[\[1322\]](#) Aun así, la información disponible no dejaba lugar a dudas: las materias primas y la capacidad para el transporte y la construcción de barcos con las que contaba Japón eran insuficientes para luchar más de dos años, antes de que los recursos de Estados Unidos, muy superiores, empezaran a dejarse notar de manera inexorable. «Nos las podremos arreglar de una manera u otra en 1942 y 1943 —señaló el propio Tojo, en relación con las asignaciones al Ejército—. No sabemos lo que pasará después de 1944».[\[1323\]](#) El petróleo —incluso teniendo en cuenta el que podía extraerse de las Indias Orientales neerlandesas— duraría sólo dos años y medio. La producción de petróleo sintético no tendría capacidad para compensar el

déficit durante tres años, y ello dependería además de la disponibilidad de un millón de toneladas de acero y de grandes cantidades de otros valiosísimos recursos para construir la planta de elaboración. Llegado el caso, debido a la falta de acero, la capacidad para construir barcos caería en picado, en lugar de ascender, el tercer año de guerra. Las exigencias impuestas a las arcas del Estado, por su parte, eran colosales.[1324] Vistas desde cualquier perspectiva, las previsiones no eran nada halagüeñas. Los jefes militares podían contrarrestar aquellas innegables deficiencias a largo plazo apelando a las incertidumbres de la guerra, a la importancia de una estrategia inteligente y de la buena suerte y a la necesidad de aprovechar al máximo las primeras ventajas con el fin de preparar el terreno para una lucha más larga, lo que suponía planificar sobre la base del mejor escenario imaginable en lugar de prepararse para lo peor.

Teniendo en cuenta la presión temporal que los acosaba, las deliberaciones fueron, para gran irritación de los jefes del Estado Mayor, demasiado largas y minuciosas. En cierto momento, alguien observó que «el primer ministro se pasó treinta minutos explicando por qué cada minuto contaba».[1325] La cuestión de las perspectivas de las negociaciones con los norteamericanos no se abordó hasta el 30 de octubre. Todos reconocieron que no había esperanzas de éxito inmediato. Cuando se mencionaron las posibles concesiones por parte japonesa, no pareció aceptable realizar cambios sustanciales con respecto a lo que se había estipulado a comienzos de septiembre, excepto admitir, en relación con el comercio en China, que se podía conceder «el principio de igualdad de oportunidades en todo el mundo», algo que, según Nagano, demostraría la generosidad de Japón.[1326] El asunto del establecimiento de tropas en China suscitó un acalorado debate. Se había decidido que, «como gesto diplomático», la presencia allí podía ser para unos veinticinco años, pero incluso esa posibilidad fue discutida con vehemencia por el Ejército. Por su parte, Togo, ministro de Exteriores, «olvidando la realidad» (como decían las notas de la Conferencia), defendió la retirada inmediata de las tropas. Al final, Tojo —que, en tanto que ministro del Ejército de Tierra durante el Gobierno de Konoe, había sido el más firme detractor de cualquier concesión en relación con el establecimiento de tropas— propuso «que se mencionara un determinado número de años “que prácticamente significaran para siempre”». El sentir generalizado era, sin embargo, que fuera cual fuera el número de años indicado, la propuesta sería rechazada por Estados Unidos. Cuando hubo que valorar el impacto de las condiciones norteamericanas en caso de que hubiera que aceptarlas, todos salvo logo («que dio a todos una extraña sensación» al sugerir que todo podía salir bien) coincidieron en que Japón «se convertiría en un país de tercera».

El primer ministro puso fin a la reunión proclamando que había que tomar una decisión el 1 de noviembre, aunque el debate hubiera de prolongarse toda la noche. Propuso estudiar tres posibilidades. La primera era que Japón evitara la guerra y sufriera grandes penurias.

La segunda era decidir ir a la guerra inmediatamente. La tercera era optar por la guerra pero compaginando preparativos militares con acciones diplomáticas.[1327] Aunque aún existía alguna esperanza, expresada en el transcurso de la Conferencia, de que en este último caso todavía se pudiera llegar a un acuerdo de compromiso, dicha opción no respondía ni a los deseos ni a las previsiones de los representantes militares.

La Conferencia de Enlace que tuvo lugar en el palacio imperial el 1 de noviembre de 1941 —la número sesenta y seis desde el establecimiento de tales encuentros en 1937— fue histórica.[1328] Fueron diecisiete horas de enorme tensión y algunos acalorados intercambios de palabras. A su conclusión, la guerra estaba asegurada.

Los esfuerzos de Tojo antes de la reunión por establecer un consenso en torno a la propuesta de continuar las negociaciones al tiempo que se completaban los preparativos para las operaciones militares —la tercera de las opciones que había planteado el 30 de octubre— no habían tenido ningún éxito. El ministro del Ejército respaldaba la propuesta, pero no el Estado Mayor (directamente responsable ante el emperador de los asuntos relativos a la planificación estratégica). Sugiyama insistía: las negociaciones habían concluido; la moral de las tropas estaba en juego; no se podía echar marcha atrás; la única solución era la guerra. Su posición, por tanto, estaba clara, y era distinta de la del primer ministro. En su opinión, la Conferencia de Enlace tenía que adoptar la segunda de las tres propuestas: decidirse a ir a la guerra inmediatamente. En una reunión celebrada a altas horas de la noche anterior, Tojo había logrado convencer a Kaya, ministro de Hacienda, y a Suzuki, director de la Junta de Planificación, de que apoyaran aquella tercera opción. Por su parte, el ministro de Exteriores, Togo, defendía en solitario la primera propuesta: evitar la guerra aun a riesgo de padecer un largo período de privaciones. Shimada, el nuevo ministro de la Armada, también presente en aquella discusión de madrugada, tenía su propio orden del día. A las puertas de tan trascendental decisión, él condicionó su respaldo a la guerra a un enorme incremento de la cantidad de acero asignada a la Armada, a expensas del uso civil y del Ejército. Aquella cuestión acabó ocupando la primera mitad de la Conferencia de Enlace, que tardó varias horas en resolver en favor de la demanda de Shimada. Con ello, la Armada, al igual que el Ejército, quedaba definitivamente comprometida con la guerra.^[1329]

Una vez resuelta la cuestión de la asignación de acero, la Conferencia procedió a debatir las tres opciones planteadas por Tojo. Las divisiones que habían quedado sin resolver en las discusiones previas volvieron a salir ahora a la superficie. Las deliberaciones se centraron para empezar en la primera propuesta: no intervenir en la guerra. Kaya trató en varias ocasiones de presionar a la Armada en torno a las posibilidades de éxito a largo plazo. «Si seguimos adelante, como ahora, sin guerra, y dentro de tres años la flota estadounidense nos ataca, ¿la Armada tendrá alguna posibilidad de ganar o no?», preguntó. «Nadie lo sabe», fue la respuesta de Nagano. Kaya preguntó entonces si Japón podía ganar una guerra en el mar. Nagano se limitó a reiterar su idea de que «sería más fácil entrar en la guerra ahora», cuando se habían establecido las bases, que al cabo de tres años. Kaya no se dio por satisfecho. «Si hubiera opciones de victoria en el tercer año de conflicto, sería acertado ir a la guerra— declaró—. Pero según la explicación de Nagano, eso no es seguro. Además, yo diría que las posibilidades de que Estados Unidos nos haga la guerra son reducidas, de modo que mi conclusión ha de ser que no sería una buena idea declarar la guerra ahora». Togo apoyó al ministro de Hacienda. Nagano señaló las incertidumbres del futuro, ya que Estados Unidos sería más fuerte al cabo de tres años. «Bien, y entonces, ¿cuándo podemos ir a la guerra y ganar?», replicó Kaya. Esa era la pregunta que Nagano había estado esperando. «¡Ahora! —declaró con suma vehemencia—. ¡[Un mejor] momento para la guerra no llegará más tarde!». Su criterio contó con el respaldo de Suzuki. Kaya, pese a no estar todavía convencido, dejó de reivindicar la primera opción, con lo que la propuesta de abandonar la idea de la guerra a toda costa recibió el golpe de gracia. Dado que dicha propuesta se había asociado con la idea de que su aceptación condenaría a Japón a muchos años de sufrimiento y privaciones, era difícil que fuera considerada una recomendación atractiva.

Aquel rechazo explícito no fue más que una formalidad. La postura de Kaya no dejaba de ser en gran medida retórica, puesto que ya en la reunión con Tojo celebrada la noche anterior se había posicionado a favor de la tercera propuesta.

La Conferencia pasó entonces a debatir la segunda alternativa: ir a la guerra de manera inmediata. Sugiyama expuso una declaración de la posición del Ejército: abandono de toda esperanza acerca del éxito de las negociaciones; resolución de comenzar la guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos a principios de diciembre; continuación de las negociaciones con Estados Unidos hasta entonces pero sólo como pretexto para ofrecer a Japón una primera ventaja en la guerra, y, finalmente, fortalecimiento de los lazos con Alemania e Italia. Kaya y Togo se opusieron de inmediato. Aquél fue un momento crucial en la larga historia de Japón. El destino de la nación estaba en juego. «Es escandaloso que nos pidan que recurramos a artimañas diplomáticas —dijeron—. No podemos hacerlo». E insistieron en la realización de un último intento de negociar. El franco y categórico Osamu Tsukada, subjefe del Estado Mayor del Ejército, muy poco dado a los matices y al refinamiento intelectual, no pudo contenerse. Estaba empezando a impacientarse con los llamamientos a la continuación de las negociaciones. Quería que se tomara la decisión de ir a la guerra inmediatamente, concretamente el 1 de diciembre, y sólo entonces estudiar la cuestión de la diplomacia. El ayudante de Nagano, subjefe del Estado Mayor de la Armada, Seiichi Ito, introdujo de modo inesperado una nueva fecha en la discusión. «Por lo que respecta a la Armada —señaló—, pueden ustedes negociar hasta el 20 de noviembre». Tsukada intervino inmediatamente: «Por lo que respecta al Ejército, las negociaciones estarán bien hasta el 13 de noviembre, pero no más tarde». Así pues, los líderes militares estaban incorporando fechas que no se habían discutido con anterioridad e imponiendo un plazo a las negociaciones todavía más reducido que el previsto hasta entonces. Togo estaba horrorizado. «No puedo aceptar plazos o condiciones que eliminen las posibilidades de éxito de la diplomacia —objetó—. Obviamente deben ustedes abandonar la idea de ir a la guerra».

Ahora resultaba imposible separar la discusión de la segunda propuesta (una decisión inmediata a favor de la guerra) de la de la tercera (negociaciones y preparativos de guerra simultáneos). Tanto Tojo como su ministro de Exteriores intentaron que el Ejército les ofreciera garantías de que «si la diplomacia tiene éxito abandonaremos la idea de ir a la guerra». «Eso es imposible», replicó Tsukada. Los jefes del Estado Mayor coincidían en que eso trastornaría el avance de los preparativos militares. Cuando, en un comentario al margen dirigido a su ayudante, Shimada sugirió que las negociaciones podían continuar hasta dos días antes del estallido de la guerra, Tsukada le dijo con suma brusquedad: «Por favor, cállese. Lo que acaba de decir no puede ser». Con los ánimos cada vez más caldeados, Tojo propuso hacer una pausa de veinte minutos, durante la cual se mandó llamar a los jefes de planificación de operaciones navales, Tanaka y Fukudome. Finalmente se acordó que las negociaciones podían continuar hasta cinco días antes del estallido de la guerra, para el que se estableció la fecha del 30 de noviembre. Ante las nuevas presiones recibidas, Tsukada admitió que eso significaba medianoche de aquel día. La fecha definitiva para la decisión estaba por fin fijada. Si para entonces la diplomacia había logrado sus objetivos, el enfrentamiento se suspendería. Pero si la diplomacia fracasaba, Japón iría a la guerra.

Eran ya las diez de la noche, la Conferencia llevaba once horas reunida y todavía quedaba por discutir la cuestión de las condiciones de negociación. Dos días antes de la Conferencia ya se habían acordado los puntos esenciales del plan, el cual proponía una resolución global de los asuntos que

separaban a Japón y Estados Unidos. La única concesión con respecto al establecimiento de tropas en China era que se estipulaba para el mismo un plazo de veinticinco años. En cuanto a las tropas en Indochina, se acordó que fueran evacuadas una vez se hubiera resuelto el «Incidente de China» y se hubiera pactado una «paz justa» en Extremo Oriente. Se aceptó el principio de no discriminación en las relaciones comerciales, aunque aplicado a todo el mundo (algo casi imposible de conseguir en la práctica). Por lo que respecta al Pacto Tripartito, se insistió una vez más en la autoridad de Japón para decidir sobre el inicio de las acciones. Por último, Japón seguía rechazando la inclusión de los «Cuatro Principios» estadounidenses en un acuerdo formal.^[1330] El plan sólo constituía un ligero ajuste con respecto a la postura que Estados Unidos ya había rechazado anteriormente, por lo que sus posibilidades de éxito ahora eran mínimas. Sin embargo, Togo sorprendió entonces a los miembros de la Conferencia al referirse a esta opción como Plan A y presentar un Plan B que no había sido discutido previamente con los líderes militares. Antes del inicio de la Conferencia, Sugiyama había conseguido que Tojo le garantizase que no se reducirían las condiciones propuestas en virtud de lo que ahora había pasado a ser el Plan A. Pero eso era precisamente lo que se planteaba ahora en forma de Plan B.

Lo que Togo tenía en mente —plasmado en un documento que había dado a conocer al embajador estadounidense y al británico en Tokio— era simplemente una estrategia para evitar la guerra a corto plazo, una indicación de las mínimas condiciones aceptables para Japón. Togo pensaba que el Plan A no tenía ninguna esperanza, y que intentar negociar sobre esa base lo colocaría en una posición insostenible. El Plan B, un brevísimo documento, dejaba a China a un lado y se concentraba en el sur. No aspiraba a un acuerdo definitivo o global —inalcanzable en el plazo del que disponían— sino a impedir un mayor deterioro de las relaciones con Estados Unidos. Accedía a retirar inmediatamente las tropas japonesas instaladas en el norte de la Indochina francesa y con el tiempo, tras la resolución del «Incidente de China», de toda Indochina. Entre tanto, Japón y Estados Unidos se comprometerían a no realizar avances militares en el sureste asiático, salvo en Indochina. Ambos cooperarían para garantizar los recursos necesarios procedentes de las Indias Orientales neerlandesas y Estados Unidos proporcionaría a Japón el petróleo que necesitaba, restableciendo las relaciones comerciales al punto en el que se encontraban antes de que los activos fueran congelados. Por último, Estados Unidos no obstaculizaría los esfuerzos por alcanzar la paz entre Japón y China.^[1331]

Los representantes se sintieron horrorizados ante el alcance de las concesiones. Sugiyama y Tsukada rechazaron categóricamente la retirada de tropas de Indochina. Ambos se mostraron tajantes: Togo sólo debía seguir adelante con el Plan A. Nagano manifestó su acuerdo. Tsukada, después de recapitular las posiciones expresadas por los intervinientes en torno a las ventajas respectivas de la guerra y las negociaciones, expuso su propia postura, por si acaso todavía alguien tenía dudas sobre ella, con un inimitable estilo: «En general, las perspectivas si vamos a la guerra no son muy prometedoras —comenzó—. Todos nos preguntamos si no hay otra forma de actuar pacíficamente». Sin embargo, prosiguió, «no es posible mantener el statu quo». Y siguiendo una lógica un tanto dudosa, añadió: «Por eso, uno llega inevitablemente a la conclusión de que debemos ir a la guerra». En ese momento, Tsukada no había hecho más que empezar. Después de comenzar aceptando que las opciones de Japón en una guerra contra Estados Unidos no eran favorables, recurrió al fatalismo nacional. «Yo, Tsukada —declaró—, creo que la guerra no se puede evitar. Ahora es el momento. Aunque no vayamos a la guerra ahora, tendremos que hacerlo el año que viene,

o el siguiente. Ahora es el momento. El espíritu moral de Japón, la Tierra de los Dioses, brillará en esta ocasión». Tsukada pasó entonces del fatalismo al optimismo militar basado en el mejor escenario imaginable. «Las probabilidades de que la ofensiva japonesa hacia el sur permita a Alemania e Italia derrotar a Gran Bretaña son elevadas, y las probabilidades de obligar a China a rendirse son más elevadas incluso que ahora. Entonces podríamos obligar a Rusia a capitular. Si tomamos el sur, podremos asestar un duro golpe a los recursos estadounidenses para la defensa nacional. Es decir, construiremos un muro de hierro, y en su interior destruiremos, uno a uno, a los Estados enemigos que hay en Asia; y además, derrotaremos a Estados Unidos y Gran Bretaña». Esta era el pensamiento de uno de los principales representantes de la élite militar. Y era puro delirio.

Togo se mantuvo firme frente a tanta irracionalidad. El debate volvió a caldearse. La dimisión del ministro empezaba a parecer una posibilidad. Sin embargo, eso habría traído consigo la caída del Gobierno, y un nuevo Gabinete se opondría a la guerra. Ese es el planteamiento con el que se enfrentaron los jefes militares en otro breve receso, y que concentró toda su atención. Finalmente hicieron una serie de modificaciones menores en la redacción, en concreto sobre la restauración de las relaciones comerciales, el suministro de petróleo y la no interferencia en la resolución de la guerra con China, todas ellas destinadas a endurecer los términos todo lo posible sin provocar un cambio de Gobierno. Una vez realizados esos pequeños cambios, tuvieron que aceptar la propuesta de Togo, pese a lo mucho que ésta les desagradaba. Cuando se levantó la sesión a la una y media de la madrugada del 2 de noviembre, la Conferencia había decidido, «con el fin de resolver la crítica situación actual, de garantizar la autopreservación y la autodefensa [de Japón] y de establecer un Nuevo Orden en la Gran Asia Oriental [...], ir a la guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda», y fijar primeros de diciembre como plazo para el inicio de la acción militar. Sólo si las negociaciones habían logrado sus objetivos a las «cero horas del 1 de diciembre» se suspendería la acción militar.[1332]

Togo y Kaya habían pedido poder contar con algunas horas para reflexionar sobre las consecuencias de todo aquello antes de dar su consentimiento. A primera hora de la tarde del día siguiente habían aprobado el plan. La decisión de la Conferencia de Enlace era ahora unánime. Cuando Tojo le comunicó el resultado de la Conferencia, el emperador exhortó al primer ministro a «hacer todo lo que esté en su mano por buscar una resolución negociada». El complaciente Tojo, muy preocupado por satisfacer los deseos del emperador, indicó que las posibilidades de éxito en las negociaciones eran de un cincuenta por ciento. Su ministro de Exteriores, Togo, señaló, de manera mucho más realista, que había como mucho una posibilidad entre diez.[1333]

El 5 de noviembre, a las diez y media de la mañana, los dirigentes japoneses se reunieron en el palacio en presencia del emperador para celebrar la Conferencia Imperial —de la que en esta ocasión no se dio noticia en la prensa [1334]— para ratificar la decisión tomada tres días antes. A diferencia de la acalorada atmósfera de entonces, ahora no había desacuerdo alguno, si bien entre los participantes reinaba un clima de abatimiento e inquietud, compartido también por el emperador.[1335]

Tojo empezó recordando a los allí presentes los precedentes de la revisión de las «Líneas básicas para llevar a cabo las políticas del Imperio» que se habían acordado el 6 de septiembre. Como resultado de las deliberaciones llevadas a cabo desde entonces, dijo, «hemos llegado a la conclusión de que debemos decidirnos ahora por ir a la guerra, establecer la fecha para la acción militar a comienzos de diciembre, concentrar todos nuestros esfuerzos en finalizar los preparativos

para la guerra y al mismo tiempo tratar de poner fin al punto muerto a través de la diplomacia». Togo señaló que había quedado muy poco margen para las acciones diplomáticas. Suzuki y Kaya ofrecieron larguísimos resúmenes de la situación de las materias primas y la economía. El argumento de Suzuki era que, en lo relativo a los recursos materiales, era preferible ir a la guerra a «sentarse sin más a esperar a que el enemigo nos presione». Kaya declaró que «durante algún tiempo no podremos prestar mucha atención a las condiciones de vida de la población» de los territorios ocupados, «y durante un período tendremos que seguir una política llamada de explotación». A continuación los jefes del Estado Mayor comentaron los preparativos de guerra. Sugiyama insistió una vez más en que el paso del tiempo acabaría perjudicando a Japón si la guerra se retrasaba.

En ese momento, Hara, presidente del Consejo Privado, planteó preguntas en nombre del emperador, tal y como mandaba la tradición. Tojo respondió a la cuestión del establecimiento de tropas en China. Una vez más destacó los sacrificios de Japón desde el inicio de la guerra en ese país. La retirada de las tropas podía dejar a Japón en una situación aún peor que la anterior a la guerra. China sería más poderosa que antes e «intentaría incluso controlar Manchuria, Corea y Formosa [Taiwán] —añadió—. Sólo podemos esperar una expansión de nuestro país si desplegamos tropas. Eso es algo que Estados Unidos no acepta». Hara se interesó entonces por los detalles de los planes A y B de Togo. El ministro admitió que no podía esperar una resolución a partir del Plan A. Incluso el Plan B se encontraría con serios obstáculos. Sólo quedaban dos semanas de negociación «Muy a mi pesar —dijo el ministro—, hay muy pocas esperanzas de éxito». Hara también lamentó enormemente ese hecho, y subrayó una vez más la importancia de una resolución negociada, aunque finalmente concluyó que «es imposible, desde el punto de vista de nuestra situación política interna y nuestra supervivencia, aceptar todas las demandas estadounidenses. Tenemos que mantenernos firmes en nuestra posición». Hara consideraba no sin razón que la guerra en China era la raíz del problema, pero tampoco encontraba una forma de escapar de él. Japón no podía dejar que continuara aquella situación. «Si perdemos la oportunidad que se nos presenta ahora de ir a la guerra, tendremos que someternos al dictado norteamericano. Por tanto, admito que es inevitable que nos decidamos a empezar un guerra con Estados Unidos». En aquella ocasión el emperador permaneció en silencio. No cabía duda de que Hara se estaba haciendo eco de los sentimientos de Hirohito.

Tojo puso fin a la Conferencia. Aunque reconocía las graves dificultades que ocasionaría la guerra, también dibujó la escena de una alternativa todavía menos atractiva. «Dentro de dos años no tendremos petróleo para uso militar. Los barcos dejarán de moverse. Cuando pienso en el fortalecimiento de las defensas norteamericanas en el suroeste del Pacífico, en la ampliación de la flota estadounidense, en el Incidente de China sin concluir, etcétera, no veo el final de las dificultades. Podemos hablar de privaciones y sufrimiento, pero ¿podrá nuestro pueblo soportar durante mucho tiempo una vida así?». Tojo temía que Japón se convirtiera en «una nación de tercera clase al cabo de dos o tres años si nos limitamos a sentarnos a esperar».[1336]

Aquél fue el último razonamiento en favor de la guerra. Las alternativas eran paz pero privaciones en un mundo dominado por Norteamérica o guerra con probable derrota pero con conservación del honor.[1337] La guerra fue la opción elegida. Como señalara el embajador estadounidense en Tokio, Joseph Grew, Japón prefería arriesgarse a un «haraquiri nacional» que a «ceder ante la presión extranjera». Grew añadió después, en términos un tanto crípticos, que «la cordura japonesa no se puede medir con los parámetros lógicos americanos».[1338] Aquella fatídica Conferencia Imperial llegó a su fin. La decisión era que, a menos que se produjera un milagro

diplomático, Japón iría a la guerra. No se planteó ninguna objeción. El plan contaba ya con la aprobación del emperador.

VI

Todo pendía ahora de un desgastado hilo de diplomacia. En un último esfuerzo desesperado, y con el fin de ayudar al atribulado Nomura, Togo envió como emisario especial a Washington a un experimentadísimo diplomático, Saburo Kurusu, con el cometido de mediar en la consecución de una paz dilatoria, si ésta era posible. Kurusu, diminuto y atildado, había servido como embajador en Alemania y firmado de hecho el Pacto Tripartito, pero también estaba muy familiarizado con Estados Unidos gracias a su esposa, norteamericana de ascendencia británica.^[1339] Los augurios no eran buenos; Hull «tuvo la sensación desde el principio de que era un embustero».^[1340] En Tokio, Tojo situó ahora las posibilidades de éxito en un treinta por ciento, frente al cincuenta por ciento de unos días antes, y pidió a Kurusu que lo hiciera lo mejor posible.^[1341]

Entre tanto, los preparativos para la guerra habían avanzado considerablemente. El ataque a Pearl Harbor había sido propuesto por el almirante Isoroku Yamamoto (que dirigiría finalmente el asalto) en mayo de 1941, puesto a prueba en varios simulacros de combate en septiembre y aprobado por Nagano el 20 de octubre.^[1342] Ese sería uno de los flancos de la ofensiva global. Conjuntamente con aquel audaz movimiento se produciría también una ofensiva generalizada contra Malaya y Filipinas, que conduciría a su vez a un ataque a las Indias Orientales neerlandesas. Al cabo de entre cuatro y ocho meses, Japón habría conseguido la hegemonía en el sureste asiático y el Pacífico occidental que necesitaba para combatir a Estados Unidos durante un período más prolongado o para imponer una paz negociada que le resultara ventajosa. Este era el objetivo estratégico. Al mismo tiempo, se suponía que la interrupción de la ayuda a China como consecuencia de la expansión acabaría con la base de la lucha de Chiang Kaichek. Por último, aunque eso escapaba al control directo de Japón, se esperaba que los éxitos militares alemanes contra Gran Bretaña y la Unión Soviética se vieran acompañados de una declaración de guerra por parte de las potencias del Eje a Estados Unidos, que acabaría debilitándose tras un prolongado período de participación en el conflicto europeo.^[1343] Así pues, a comienzos de noviembre, el plan estratégico japonés había adquirido más o menos su forma definitiva. El 3 de noviembre, Yamamoto, en su calidad de comandante en jefe de la Flota Combinada, aprobó la orden secreta de las operaciones, que comenzaba declarando que «El Imperio japonés está esperando que estalle la guerra con Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos».^[1344]

El emperador, al que los jefes del Estado Mayor mantenían informado a diario, estaba completamente al corriente de los acontecimientos y demostraba un profundo conocimiento de los detalles tácticos. El 4 de noviembre asistió —de forma excepcional— a una larguísima reunión del Consejo Supremo de Guerra en la que se plantearon preguntas a los jefes del Estado Mayor y a primer ministro.^[1345] Hirohito todavía se sentía atormentado por las dudas y las preocupaciones. Temía las consecuencias de la guerra y le inquietaban algunos detalles importantes de las operaciones militares. Su actitud estaba justificada, ya que, pese a la precisa planificación militar de

la ofensiva, la estrategia en su conjunto estaba plagada de errores. Había demasiadas cosas que dependían de factores que Japón no podía controlar, y demasiadas cosas basadas en el mejor escenario imaginable. Sin embargo, pese a sus íntimas preocupaciones, a mediados de mes el emperador confirmó el plan estratégico de guerra.[1346]

La tarea a la que se enfrentaban Nomura y Kurusu era una tarea descomunal. Y se vio agravada enormemente por el hecho de que las instrucciones secretas enviadas por Togo a Nomura junto con los textos de los planes A y B —al igual que todas las demás transmisiones secretas procedentes de Tokio, inmediatamente interceptadas por la inteligencia estadounidense y decodificadas antes de ser enviadas a Hull— se vieran distorsionadas por una traducción inexacta que hizo aumentar las sospechas sobre la duplicidad japonesa.[1347] Con distorsiones o sin ellas, no cabía duda de lo que significaban los mensajes interceptados: Japón se estaba preparando para la guerra en el futuro inmediato.[1348] En el Departamento de Estado, Stanley Hornbeck ya estaba recomendando a Hull que hiciera caso omiso de los informes del embajador Grew en Tokio, que aconsejaban tomarse en serio el deseo de Japón de evitar la guerra. El hecho de saber, gracias a los hallazgos de la inteligencia, que mientras Japón estaba hablando de paz también seguía preparándose para la guerra no contribuyó precisamente a conquistar para la causa japonesa al terco Hornbeck, que pensaba que Grew estaba demasiado dispuesto a confiar en las intenciones japonesas. Y era Hornbeck, y no Grew, el que gozaba de la confianza del secretario de Estado norteamericano.[1349]

Aun así, al principio pareció que la leve esperanza de quienes seguían trabajando por un acuerdo negociado podía estar justificada. El 15 de noviembre, como era de esperar, el Plan A fue rechazado,[1350] aunque el Gobierno estadounidense siguió tratando de ganar tiempo. Además, la Administración no hablaba con una única voz. En tanto que Hull y el Departamento de Estado echaban por tierra toda perspectiva de acuerdo, el presidente todavía parecía abierto a esa posibilidad. Instado por los consejeros militares a actuar con cautela con respecto a Japón y a concentrarse en derrotar a Alemania, Roosevelt dijo a Hull y a un impertérrito Henry Stimson secretario de Guerra, que estaba considerando la posibilidad de proponer una tregua de seis meses durante la cual no hubiera movimientos de tropas. El presidente, en su encuentro con el embajador japonés el 10 de noviembre, apuntó la posibilidad de lo que él llamó un «modus vivendi». Cuando se reunieron de nuevo una semana más tarde, en esta ocasión con presencia de Kurusu (que había llegado el 10 de noviembre), Roosevelt pareció abrir la perspectiva de un gran avance en la crítica cuestión de China, señalando que Estados Unidos no quería intervenir ni mediar en la disputa chino-japonesa. Según el despacho de Nomura, el presidente acuñó el término de «introducción» para describir el que entendía era el papel de Norteamérica en la búsqueda de una resolución. Kurusu informó a Tokio de que Roosevelt mostraba un «considerable entusiasmo por un acuerdo japonés-americano». Nomura se sintió tan animado que, por iniciativa propia, sugirió que Estados Unidos revocara la paralización de los activos japoneses a cambio de la retirada de las tropas japonesas. Para Tokio, eso era ir demasiado lejos. Togo llamó al orden a Nomura y le ordenó volver a presentar el Plan B (que, como ya había comunicado Kurusu a Tokio, probablemente sería inaceptable en su totalidad).[1351] Nomura presentó debidamente el Plan B a Hull el 20 de noviembre desencadenando así el último episodio de aquel drama diplomático.

La fría recepción de Hull dejó consternados a Nomura y Kurusu. El secretario de Estado declaró que la opinión pública estadounidense consideraba que Japón y la Alemania nazi estaban asociados para repartirse el mundo, y que el Pacto Tripartito había reforzado ese sentimiento. En su fuero

interno, Hull era tremendamente pesimista coti respecto a aquella propuesta. La entendía como un ultimátum, y más tarde diría de ella que sus cláusulas eran «de un carácter tan absurdo que ningún dirigente americano habría podido soñar nunca con aceptarlas».¹¹⁰

Pese a sus opiniones personales, Hull no rechazó el Plan B de forma categórica. De hecho, la respuesta estadounidense, en su redacción final del 25 de noviembre, fue sorprendentemente conciliatoria.¹¹¹ Había tenido en cuenta unas notas enviadas por Roosevelt a Hull más de una semana antes en las que el presidente proponía un «modus vivendi» —el término que había empleado a comienzos de noviembre cuando habló con Nomura— durante un período de seis meses. Según aquella breve formulación, Japón pondría fin a los movimientos de tropas y no invocaría el Pacto Tripartito aunque Estados Unidos interviniera en la guerra europea. Estados Unidos, por su parte, reanudaría las relaciones económicas con Japón y actuaría como mediador en el inicio de las conversaciones entre Japón y China.[\[1352\]](#) La idea contaba con el respaldo de los mandamases militares, deseosos de ganar tiempo para fortalecer las defensas en Filipinas. En aquel momento parecía que tal vez se podían encontrar todavía algunos puntos en común entre el Plan B japonés y la asunción por parte del Departamento de Estado de la idea de un «modus vivendi» temporal planteada por el presidente.[\[1353\]](#) Sin embargo, a última hora de la tarde, Hull había abandonado dicha posibilidad. Los chinos se habían negado rotundamente, como cabía esperar, a cualquier concesión a Japón. La reacción de los Gobiernos británico, holandés y australiano fue bastante tibia.[\[1354\]](#) Y de todos modos, la reticencia del secretario de Estado a llegar a un acuerdo con los japoneses sobre cualquier cosa que no fuera las inflexibles condiciones estadounidenses, que se habían atenuado de modo significativo, se vio de nuevo agravada cuando los servicios de inteligencia interceptaron un mensaje enviado a Nomura desde Tokio el 22 de noviembre en el que se ampliaba el plazo para la negociación del 25 al 29 de noviembre pero se insistía en que esa «fecha límite no se puede cambiar bajo ninguna circunstancia. Después, las cosas ocurrirán de modo automático». Todo resquicio de esperanza en el Departamento de Estado de encontrar un «modus vivendi» se vio profundamente socavado por la furia provocada por aquel mensaje.[\[1355\]](#)

Sin embargo, lo que más había contribuido al cambio de opinión de Hull había sido la brusca reacción a la propuesta del «modus vivendi» por parte de Chiang Kaichek, temeroso de que los estadounidenses emprendieran una política de apaciguamiento a expensas de China.[\[1356\]](#) Un mensaje enviado por Churchill a Roosevelt para apoyar a Chiang y expresar la preocupación británica por la posible caída de China ratificó el rechazo de Hull del «modus vivendi».[\[1357\]](#) «La leve perspectiva de que Japón acceda al “modus vivendi” —concluyó el secretario de Estado— no justificaba asumir los riesgos derivados de seguir adelante, especialmente el riesgo de hundimiento de la moral y la resistencia chinas e incluso de la desintegración en China».[\[1358\]](#) Roosevelt, por su parte, pareció dar a entender a primera hora del día siguiente, 26 de noviembre, que el «modus vivendi» podía ser rescatado, y que él podría calmar a los chinos. Sin embargo, el optimismo del presidente se vio ensombrecido gravemente muy poco después, cuando recibió informes sobre un convoy japonés que transportaba a cincuenta mil soldados, avistado al sur de Taiwán. Roosevelt montó en cólera ante la que interpretó como una prueba de la mala fe de los japoneses, y dijo que aquello «cambiaba toda la situación». Poco después, Hull llegó a la Casa Blanca proponiendo el abandono del «modus vivendi». En su lugar, propuso ofrecer a los japoneses una nueva y «exhaustiva propuesta básica para una resolución general pacífica». Roosevelt manifestó su acuerdo.[\[1359\]](#)

La propuesta de Hull, elaborada sin consultar ni a los jefes militares ni a los representantes de

Gran Bretaña o de otros aliados extraoficiales, fue presentada a Kurusu y Nomura a última hora de aquella misma tarde. Sus diez puntos constituían una inflexible reafirmación de los principios básicos estadounidenses en los que habían tropezado todos los intentos previos de negociación. Incluían además nuevas demandas y presentaban un tono mucho más duro que cualquier otra propuesta estadounidense anterior.[1360] Sus exigencias a Japón, expresadas sin más preámbulos, eran retirar las tropas tanto de China como de Indochina, renunciar a sus derechos y concesiones extraterritoriales, que se remontaban a principios de siglo, tras la Rebelión de los Bóxers, no reconocer a otro Gobierno chino que el de Chiang Kaichek y derogar de forma efectiva el Pacto Tripartito. Estados Unidos, a cambio, desbloquearía los activos japoneses y trabajaría para lograr un nuevo acuerdo comercial como base para el restablecimiento de las relaciones económicas. Hull sugirió que la propuesta podía abrir el camino a unas discusiones a largo plazo hacia la paz en el Pacífico, pero eso era simple y llanamente falso. Hull tenía muy claro que las negociaciones habían tocado techo.[1361] «Esto es lo máximo a lo que podemos llegar», comunicó a los consternados enviados japoneses. Estos, admitiendo que no había duda de que la propuesta sería rechazada categóricamente en Tokio, quisieron discutirla de modo informal con el fin de atenuar sus demandas antes de enviarla.[1362] Hull reconoció más tarde que «no pensábamos seriamente que Japón pudiera aceptar nuestra propuesta».[1363]

Como era de esperar, cuando el telegrama llegó a Tokio el 27 de noviembre, los «Diez Puntos» fueron interpretados como un ultimátum, prácticamente como un insulto.[1364] La ira y la consternación se apoderaron de los dirigentes japoneses. Lo que más los enfureció fue la exigencia de retirarse de toda China. Entendieron que eso incluía también Manchuria, lo que habría significado en la práctica un retorno a la situación anterior a 1931 y un grave debilitamiento de la economía japonesa. En realidad, Hull no había pretendido que aquel punto se interpretara de ese modo exactamente. Manchuria no era para él una preocupación inmediata.[1365] El malentendido se había producido por una redacción pobre y precipitada, y provocó una gran indignación, aunque probablemente no influyó de modo significativo en la respuesta de Japón.

Quienes habían insistido en continuar con las negociaciones con la esperanza de evitar la guerra vieron cómo sus planes quedaban ahora completamente trastocados. Para aquellos que, sobre todo en el seno del Estado Mayor del Ejército y de la Armada, habían defendido la guerra, la «Nota Hull» (como se dio en llamar más tarde) supuso una oportunidad como caída del cielo. El Ejército, en especial, había temido desde el principio que el Plan B pudiera allanar el camino hacia un acuerdo. Sus representantes querían que se incluyeran nuevas y duras condiciones relativas al suministro de petróleo entre las demandas japonesas, lo que en la práctica habría saboteado cualquier posibilidad de aceptación del plan.[1366] Ahora, el Estado Mayor reaccionó con alivio, casi con euforia: «Este tiene que ser la gracia divina; esto ayuda al Imperio a cruzar el Rubicón y a decidirse a ir a la guerra. ¡Es fantástico, sencillamente fantástico!», fue una de las respuestas.[1367]

Entre las últimas peticiones de continuar con las negociaciones y evitar la guerra, aunque ello entrañara un prolongado período de pobreza y penurias para Japón, peticiones basadas en el horror a las consecuencias del conflicto militar, se encontraban las de una serie de «grandes estadistas», los antiguos primeros ministros que se reunieron con Tojo y cuatro miembros de su Gabinete la mañana del 29 de noviembre. Para entonces incluso Togo había admitido que las negociaciones habían llegado al final del camino. El propio Tojo hablaba ahora enérgicamente a favor de la acción militar. Pese a sus dudas, ninguno de ellos manifestó una oposición fundamental.[1368] Tojo recordó

después de la guerra el tenor de las opiniones expresadas en la reunión, la idea de que «si esta guerra era para nuestra propia existencia, entonces teníamos que estar preparados para hacer la guerra, aunque previéramos una derrota final».[1369]

El emperador todavía tenía sus propias dudas. Su hermano, el príncipe Takamatsu, intentó convencerlo el 30 de noviembre de que no llevara al Imperio a la guerra. Pero cuando Hirohito convocó a los líderes de la Armada ese mismo día para determinar el grado de preparación para la guerra, el ministro de la Armada, Shimada, manifestó su confianza en la victoria. Nagano le dijo que el gran contingente de la Armada, que incluía seis portaaviones, ya estaba en el mar y dirigiéndose a toda velocidad hacia Pearl Harbor. Cumpliendo órdenes secretas, había zarpado de la bahía de Hitokappu, al sur de las remotas islas Kuriles del Sur, a las seis de la mañana del 26 de noviembre, y se encontraba ahora atravesando el Pacífico, a unas mil ochocientas millas marinas de Hawai.[1370] Nagano ya había desvelado a la Conferencia de Enlace la noche anterior, con ciertas reticencias y en voz baja, que «la hora cero es el 8 de diciembre». Aquella información era totalmente nueva incluso para el primer ministro. El factor sorpresa era de suma importancia. Las negociaciones tendrían que continuar, pero sólo como velo para ocultar el inminente ataque.[1371]

Ya sólo faltaba la aprobación de la guerra por parte del emperador. Kido había dicho a Hirohito que «la decisión esta vez será enormemente importante. Una vez conceda la sanción imperial, no podrá haber vuelta atrás. Si tiene la más mínima duda, espere a estar plenamente convencido».[1372]

La Conferencia Imperial se celebró la tarde del 1 de diciembre. Diecinueve líderes del Gobierno y del Ejército se reunieron ante el emperador, que estaba sentado como de costumbre en un estrado frente a un biombo dorado al fondo de la habitación.[1373] Primero Tojo, y a continuación —con gran detenimiento— el ministro de Exteriores, Togo, relataron la historia de la ruptura de las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos. Otros ministros describieron el grado de preparación para la guerra en sus respectivas esferas. La declaración más importante fue la de Nagano, que habló en nombre del Estado Mayor de la Armada y del Ejército de Tierra. Los preparativos para las operaciones militares habían concluido, dijo. «Ahora estamos en disposición de comenzar esas operaciones, según los planes preestablecidos, en cuanto recibamos la Orden Imperial de recurrir a la fuerza».[1374] Hara comenzó su habitual interrogatorio señalando que, aunque estaban tratando un asunto muy grave, «cada paso que podía darse se ha dado», así que no tenía «nada en particular que añadir».[1375] Y concluyó —hablando, como siempre, en nombre del emperador— afirmando que Japón no podría tolerar la «absolutamente engreída, obstinada e irreverente» actitud de Estados Unidos:

«Si cediéramos, renunciaríamos de golpe no sólo a nuestras ganancias de las guerras chino-japonesa y ruso-japonesa, sino también a los beneficios del Incidente de Manchuria. Eso no lo podemos hacer. Nos resistimos a obligar a nuestro pueblo a sufrir penurias todavía mayores, además de las que lleva padeciendo cuatro años desde el Incidente de China. Pero está claro que la existencia de nuestro país está siendo amenazada, que los grandes logros del emperador Meiji se frustrarían y que no podemos hacer otra cosa. Por eso, [concluía] creo que si las negociaciones con Estados Unidos no tienen posibilidades, entonces el inicio de la guerra, de acuerdo con la decisión de la anterior Conferencia Imperial, es inevitable».

Sus últimas palabras fueron para exhortar al Gobierno a buscar una pronta resolución de la que

prometía ser una guerra larga y a hacer todo lo posible por evitar el descontento en el interior.[1376] Tojo le aseguró que así lo haría y levantó la sesión manifestando su lealtad al emperador. Sugiyama escribió que «Su Majestad asentía como expresión de conformidad con las declaraciones que se estaban haciendo y no daba muestras de inquietud. Parecía estar de un humor excelente, y nosotros estábamos completamente sobrecogidos».[1377] Todos los presentes hicieron una reverencia cuando el emperador se retiró, impertérrito. La propuesta a favor de la guerra, firmada por todos los participantes en la reunión, fue entregada poco después a Hirohito. Después de reflexionar brevemente sobre la gravedad de su decisión y de señalar que aceptar las demandas de Hull habría sido humillante, el emperador puso su sello a los documentos, dando así su aprobación a la guerra.[1378]

VII

Al día siguiente, Sugiyama y Nagano le informaron a fondo de los planes militares y le describieron los detalles del ataque a Pearl Harbor del 8 de diciembre (fecha japonesa, 7 de diciembre en Hawai). Nagano explicó que ese día, domingo, era ideal, ya que los buques de guerra estadounidenses estarían anclados allí. A continuación solicitó la aprobación del emperador, y éste se la concedió rápidamente. Yamamoto, al mando de la Flota Combinada, fue informado de inmediato, y a las cinco y media de la tarde telegrafió al contingente: «Comienzo de las hostilidades fijado para 8 de diciembre. Efectuar ataque según lo planeado».[1379]

Lograr fingir el mantenimiento de las negociaciones diplomáticas hasta el último momento para preservar el elemento militar sorpresa exigía un control del tiempo muy preciso. Para empezar, se redactó un larguísimo documento de catorce puntos que concluía manifestando que la esperanza de cooperación con Estados Unidos se había perdido finalmente, y que no se podía alcanzar ningún acuerdo aunque continuasen las negociaciones.[1380] El escrito debía presentarse al Gobierno estadounidense a la una de la tarde en Washington (siete y media de la mañana en Hawai), media hora antes del inicio del ataque a Pearl Harbor,[1381] lo que dejaba muy poco margen temporal (demasiado poco, de hecho). Debido a la incompetencia de la embajada japonesa en Washington, la descodificación de tan trascendental mensaje se retrasó de modo inexcusable. Y el decimocuarto y último punto fue retenido deliberadamente en Tokio todo lo posible. Esa parte del texto no fue descifrada hasta las doce y media, y la copia en limpio de la misma no estuvo lista hasta las dos menos cinco.[1382]

Sin embargo, la Administración estadounidense había podido interceptar por su cuenta el cable japonés. Roosevelt, que había recibido las trece primeras partes a las nueve y media de la noche del 6 de diciembre, afirmó: «Esto significa la guerra».[1383] El presidente había enviado un mensaje personal a Hirohito esa misma tarde con el fin de lograr la retirada de las tropas japonesas de Indochina para preservar la paz en la región, aunque era consciente de lo inútil del intento. La propuesta fue rechazada de plano por Tojo, que ni siquiera se molestó en presentarla al emperador, ya que sin duda éste se habría enojado al tener conocimiento de ella.[1384] Hull, Stimson y Knox, que pudieron ver el texto descodificado una hora antes, prepararon una reunión para la mañana

siguiente. No creyeron que fuera necesario reunir antes ni dictar advertencias especiales a las bases militares además de las ya remitidas anteriormente a los comandantes estadounidenses en el Pacífico, incluidas Hawai y Filipinas, sobre la inminencia del ataque japonés.[1385] La agresión japonesa era algo que se esperaba ya para cualquier día, aunque nadie imaginaba que sería en Pearl Harbor.[1386] El avistamiento el 5 de diciembre (hora de Washington) de tres convoyes japoneses cerca del extremo meridional de Indochina dirigiéndose hacia el golfo de Siam apuntó la posibilidad de un ataque, y en el futuro más cercano, contra Malaya o Siam o, en cualquier caso, contra algún lugar del sureste asiático o del Pacífico sur. Un ataque directo a las posesiones norteamericanas se consideraba menos probable (aunque cuando llegaron las primeras noticias de Pearl Harbor, la respuesta inmediata fue que se trataba de un error, y que eran las Filipinas las que habían sido atacadas)[1387]

Pero la incompetencia no se limitó solamente a la Embajada japonesa. La oficina del almirante Stark, jefe de Operaciones Navales estadounidense, estaba en posesión del texto descodificado no más tarde de las once y media de la mañana (hora de Washington, seis de la mañana en Hawai) del 7 de diciembre. George Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, también tenía el texto descifrado a esa hora. El y Stark hablaron dos veces por teléfono, y finalmente decidieron enviar un aviso, que llegó a los comandantes en San Francisco, el Canal de Panamá y Filipinas a mediodía hora de Washington. Sin embargo, las condiciones atmosféricas bloquearon la comunicación con Hawai. No se emplearon comunicaciones cifradas por vía telefónica ni por radio marítima. Sorprendentemente, el mensaje se envió a través del servicio telegráfico comercial Western Union, que no tenía línea directa con Honolulu. El aviso no había llegado todavía a Hawai cuando comenzó el ataque japonés.[1388]

Procedente de un despejado cielo azul, la primera oleada de bombarderos en picado japoneses comenzó su ataque contra la flota estadounidense fondeada en Pearl Harbor a las 7:50 de la mañana, hora hawaiana (1:20 de la madrugada en Washington).[1389] Cuando el ataque terminó, a las 9:45, y se despejó por fin el manto de humo que cubría la gran base naval, los poderosos acorazados Arizona, Oklahoma y California se habían hundido, el West Virginia se iba a pique en medio de las llamas, el Nevada se encontraba encallado y tres buques más habían sido alcanzados. En total, dieciocho barcos fueron hundidos o dañados; ciento ochenta y ocho aviones habían sido destruidos y otros ciento cincuenta y nueve averiados. El número de soldados estadounidenses muertos fue de 2.403; otros 1.178 resultaron heridos.[1390] Sin embargo, los portaaviones se encontraban en el mar, algo que resultó crucial, y los búnkers submarinos también escaparon al bombardeo. Además, en realidad, la mayor parte de los barcos dañados pudieron repararse finalmente y ponerse de nuevo en funcionamiento. De modo que aquél fue un golpe potente aunque no fulminante para la máquina de guerra estadounidense.

Y además, tampoco continuaron las acciones después del episodio de Pearl Harbor, clara muestra del estéril arsenal estratégico de los japoneses en su intento de infligir una derrota decisiva a Estados Unidos. No en vano, Yamamoto ya había previsto aquel limitante lastre en una carta privada redactada en enero anterior. «Si alguna vez estallan las hostilidades entre Japón y Estados Unidos —había escrito—, no bastará con que tomemos Guam o Filipinas, ni siquiera Hawai y San Francisco Tendríamos que entrar en Washington y firmar el tratado (es decir, dictar las condiciones de paz) en la Casa Blanca».[1391]

Pese a todo, Pearl Harbor había supuesto un golpe tremendo[1392] El resto de la ofensiva

japonesa también había empezado. Debido a un error temporal, el asalto a la península de Malaca había comenzado antes que el bombardeo de Pearl Harbor. También se estaban produciendo desembarcos en Filipinas. En los primeros momentos, Singapur fue bombardeado. Hong Kong fue atacado unas horas más tarde. Cuando, a primera hora de la mañana del 8 de diciembre, se difundió la noticia de los éxitos militares japoneses, la gente en las calles la recibió entre aplausos.[1393] Japón no estaba aun oficialmente en guerra. A las once de la mañana, siete horas y media después de que la noticia del éxito de la ofensiva contra Pearl Harbor llegase al palacio imperial, el emperador Hirohito ponía su sello en la declaración de guerra. Se decía que aquel día estaba «de un humor espléndido».[1394]

En Washington, Cordell Hull recibió la noticia de Pearl Harbor de manos del presidente poco después de las dos, cuando estaba a punto de recibir a Nomura y Kurusu. Un cuarto de hora más tarde, los enviados japoneses entraban en la habitación. El secretario de Estado se negó a darles la mano y los hizo quedarse de pie. Después, observando la última nota de los japoneses, declaró en tono hiriente: «En mis cincuenta años de servicio público, nunca he visto un documento tan plagado de infames falsedades y tergiversaciones... infames falsedades y tergiversaciones en una escala tan enorme que nunca hasta hoy había imaginado que ningún Gobierno de este planeta pudiera pronunciarlas». Entonces señaló con la cabeza hacia la puerta con actitud cortante, despachando sin miramientos a Nomura y Kurusu.[1395]

A la una en punto del día siguiente Roosevelt pronunció un discurso en el Congreso. Ante una abarrotada Cámara de Representantes, el presidente declaró: «Ayer, 7 de diciembre de 1941 —un día que vivirá en la infamia—, los Estados Unidos de América fueron súbita y deliberadamente atacados por fuerzas navales y aéreas del Imperio de Japón». La intervención, interrumpida repetidas veces por los aplausos, concluyó pidiendo al Congreso que declarase «que desde el injustificado y ruin ataque de Japón el domingo 7 de diciembre de 1941 existía un estado de guerra entre Estados Unidos y el Imperio japonés». Aquellas palabras fueron recibidas con un clamor de aprobación. Cuando se efectuó la votación oficial, sólo una representante, Jeannette Rankin, de Montana, se opuso a la guerra, al igual que había hecho en 1917. Todos los demás integrantes de la Cámara de Representantes, un total de 388, y todos los miembros del Senado se manifestaron a favor.[1396] El ataque japonés contra Pearl Harbor hizo que el país estuviera más unido que nunca. Sin aquella ofensiva, no es seguro que Roosevelt hubiera podido lograr una declaración de guerra en el Pacífico por parte del Congreso. Pearl Harbor había hecho desaparecer la necesidad de poner a prueba esa posibilidad. El presidente firmó la declaración de guerra a las 4:10 de la tarde. A continuación hicieron lo propio Gran Bretaña y los Gobiernos de la Commonwealth. La Guerra del Pacífico había comenzado.[1397]

VIII

Menos de cuatro años después, Japón estaba completamente abatido, dos de sus ciudades arrasadas por las únicas bombas nucleares lanzadas hasta entonces en una guerra, su población derrotada y desmoralizada, su economía devastada y el país sometido a la ocupación enemiga. Tales fueron las

nefastas consecuencias de las cruciales decisiones tomadas por los dirigentes japoneses. ¿En qué medida fueron éstas decisiones abiertas y no condicionadas? ¿Y cuándo se vieron reducidas, si así fue, hasta el punto en el que las opciones habían desaparecido en la práctica, en el que ya no quedaban alternativas reales?

¿Cuáles fueron en ese momento, si no antes, las auténticas limitaciones a la libertad de elección de Japón? Y por último, ¿es posible distinguir entre condicionamientos objetivos de las decisiones y factores psicológicos y subjetivos?

Las preguntas son más fáciles de plantear que las respuestas. Sin embargo, parece posible destacar una serie de movimientos cruciales realizados por los líderes civiles y militares de Japón, respaldados por una manipulada opinión pública, que tuvieron como efecto el estrechar significativa y sistemáticamente la gama de alternativas disponibles hasta que las opciones prácticamente habían desaparecido en otoño de 1941.

El primer momento de reducción de las opciones se remontaba a 1931 con el «Incidente de Mukden», que provocó la anexión efectiva de Manchuria. Un descontento creciente en el interior de Japón había acompañado a la animosidad cada vez mayor hacia los rivales industriales de Occidente, en especial Estados Unidos y Gran Bretaña, en parte debido a los elevados aranceles aplicados a los productos japoneses de importación. La hostilidad hacia las que se consideraban las desventajas generadas por el «Sistema de Washington» de posguerra dio lugar a un clima que fomentaba el nacionalismo y las tendencias militaristas. Las corrientes neomercantilistas, que buscaban los beneficios de la autarquía que podían obtenerse de un sistema colonial o al menos de los territorios dependientes de Japón, fueron ganando terreno.[\[1398\]](#) Este fue el telón de fondo del apoyo ofrecido por el Gobierno japonés a la acción independiente llevada a cabo por el Ejército Guandong en Manchuria. Japón tenía intereses en Manchuria desde la guerra con China de 1894 - 1895. El control de la región fortalecería económicamente al país y reforzaría las defensas japonesas frente a la Unión Soviética, que era vista como una amenaza cada vez mayor. De modo que las razones —económicas, militares y de política interna— del apoyo a la agresión iniciada de forma autónoma por el Ejército Guandong son evidentes. Sin embargo, tales razones no fueron suficientes para imponer dicho apoyo. El Gobierno japonés tenía que elegir. Al decidir respaldar la agresión, dio un fuerte espaldarazo a la posición ocupada en Japón por el Ejército, que estaba recuperando entonces buena parte de la influencia en política interior que había perdido en los años veinte y empezando a enseñar músculo. Y también impulsó la retórica populista nacionalista que comenzaba entonces a hacerse oír de forma más estridente. En los años siguientes, Manchuria adquirió un carácter casi totémico: el retorno al «Sistema de Washington», que había estado vigente antes de 1931 y que entrañaba la explotación de Japón por parte de las potencias occidentales, se presentaba invariablemente como una perspectiva que no se podía contemplar. Manchuria contribuyó así a determinar posteriores decisiones.

La toma del poder en Manchuria por los japoneses marcó un hito. Aunque no tuvo una relación directa con el «Incidente de China», las fuerzas que aquella acción contribuyó a desatar se habían fortalecido durante ese intervalo de tiempo. Y Japón se había ido aislando cada vez más en la esfera internacional. El clamor populista y el expansionismo militarista del Ejército se unieron en 1937 para convertir el «Incidente de China» en una guerra interminable que absorbía hombres y recursos para obtener rendimientos cada vez más pequeños y que al mismo tiempo se transformó en el escollo más importante para cualquier intento de entendimiento con Estados Unidos. Pero la idea de la

«guerra santa» contra China se extendía más allá de las facciones militares del Gobierno japonés. No había prácticamente ninguna voz entre los políticos civiles que se opusiera a la guerra. El príncipe Konoe, jefe del Gobierno por primera vez y cuatro años más tarde desesperado partidario de un acuerdo de última hora para evitar la Guerra del Pacífico, era sólo uno de sus ardientes defensores. De nuevo, el Gobierno de Tokio tenía que elegir. Podía haber decidido no agudizar aquel incidente inicialmente menor para convertirlo en un conflicto de grandes dimensiones, pero en lugar de eso optó por tratar de destruir a China. Aquel hecho, con las atrocidades desatadas por él, que conmocionaron a Occidente, empujó todavía más a Japón hacia un rincón del que cada vez le resultaba más difícil salir.

Hemos seguido el proceso de toma de decisiones cruciales en 1940 y 1941 con todo detalle. Aunque, debido a la intrínseca división en facciones del Gobierno japonés, el proponer matices a las actuaciones era algo frecuente y la toma de decisiones era una tarea compleja y a menudo sumamente laboriosa, en 1940 ninguna persona o facción relevante, sobre todo en el Ejército, rechazaba el imperativo de la expansión hacia el sureste asiático en el futuro próximo para crear un imperio económico japonés. El expansionismo se había convertido ya en una ideología universalmente aceptada entre las élites dirigentes y defendida fervientemente ante todo por los sectores más fuertes de las mismas: los líderes y los oficiales de alto rango del Ejército de Tierra y la Armada. En verano de 1940, también al verano siguiente y, por último, en otoño de 1941, existían de verdad opciones políticas. Pero se estaban estrechando por momentos.

Una vez tomada la decisión en verano de 1940 de avanzar hacia el sur (aprovechando la confusión reinante en Gran Bretaña tras la ofensiva occidental de Hitler), ésta se convirtió en un nuevo elemento innegociable en la búsqueda de cualquier resolución diplomática. Japón se aferró todavía más a su posicionamiento antiamericano y antibritánico, con la consiguiente decisión, tomada ese mismo verano, de constituir una alianza militar con las potencias del Eje. Llegado ese momento, la carrera hacia la confrontación con Estados Unidos se fue volviendo cada vez más clara. El Gobierno japonés era plenamente consciente de estar entrando en esa carrera y de los peligros que entrañaba, y a pesar de todo decidió embarcarse en ella. La opción, todavía posible, de abandonar la idea de la expansión —que significaba el aumento de las posibilidades de un conflicto militar con un poderosísimo enemigo— en aras de la reinserción en el mercado internacional, con su inherente sistema de competencia (que se consideraba desfavorable para Japón), fue rechazada categóricamente.

En verano de 1941 los dioses parecieron favorecer una vez más a Japón. El súbito ataque alemán a la Unión Soviética y las rápidas incursiones en el país, acompañadas de los devastadores golpes asestados al Ejército Rojo, ofrecieron la posibilidad de atacar al atribulado enemigo tradicional desde el este. Aquella opción se estuvo estudiando de manera activa durante unas seis semanas, pero finalmente se decidió continuar con los preparativos del avance hacia el sur. En aquel momento Japón estaba completamente absorto en sus propios imperativos económicos y estratégicos. Estos, entrelazados unos con otros, se hicieron más patentes cuando los estadounidenses cerraron el grifo del petróleo tras el envío de tropas japonesas a la Indochina francesa en julio. A partir de entonces, la guerra era inevitable, a no ser que se tomara una decisión expresa para impedirla.

En otoño de 1941 algunas voces importantes de dirigentes japoneses se declararon a favor de decidirse por la guerra. Sin embargo, en aquel momento, una enorme aprensión se sumaba al miedo más absoluto a las consecuencias que podía tener para Japón una guerra con Estados Unidos. El

propio emperador quería evitar el conflicto. Y también el príncipe Konoe, que ocupaba entonces por tercera vez el cargo de primer ministro y estaba tratando desesperadamente de conseguir tener un encuentro personal con el presidente Roosevelt para atajar el conflicto, una línea de actuación que acabó siendo rechazada por su Gobierno. Tras la caída del Gabinete de Konoe, incluso Tojo, nuevo primer ministro y antes partidario a ultranza de la línea dura, se convirtió en un ferviente defensor del entendimiento negociado con Estados Unidos. Su ministro de Exteriores, Togo, fue elegido con la intención de que preparara dicho acuerdo. El envío de Kurusu como emisario especial para ayudar al embajador en Washington, Nomura, acosado por las dificultades, constituyó otro signo más de la seriedad del intento japonés de encontrar, a última hora, una forma de escapar de aquel punto muerto. Todavía el 29 de noviembre de 1941, un día antes de que la Conferencia Imperial confirmara la decisión de ir a la guerra, la mayor parte de los miembros del Jushin —el grupo de principales estadistas, antiguos primeros ministros— querían evitar aquella conflagración que tanto temían.

Dado que había figuras de tanto peso manifestándose a favor de la paz, ¿por qué la decisión última fue ir a la guerra? Parte de la respuesta se encuentra, por supuesto, en el endurecimiento de la posición de Estados Unidos, que empujó todavía más a Japón hacia el interior de aquel estrecho callejón sin salida. Mucho se ha especulado desde entonces sobre el posible o probable curso de los acontecimientos en caso de que la Administración norteamericana, y ante todo el secretario de Estado, Cordell Hull, se hubiera mostrado menos intransigente, más abierta a la negociación, especialmente en otoño de 1941. ¿No habría beneficiado a Estados Unidos, al menos a corto plazo, el suavizar su compromiso con China en favor de un acuerdo con Japón, en lugar de la rígida insistencia en la retirada japonesa de un país en el que no tenía ningún interés especial?[1399] ¿No se podría haber preservado la paz en el Pacífico si Roosevelt hubiera accedido efectivamente a reunirse con Konoe?[1400] ¿No se habría conseguido evitar la guerra, aunque fuese en el último minuto, si Estados Unidos, en lugar de cerrar todas las puertas a finales de noviembre con los autoritarios «Diez Puntos» de Hull, hubiera estado dispuesto a seguir adelante con el «modus vivendi» propuesto por el presidente? Uno de los participantes en el tortuoso proceso que condujo en Tokio a la decisión de ir a la guerra aseguró más tarde que, si se hubiera planteado el «modus vivendi» de Roosevelt al Gobierno japonés, o incluso si la «Nota» de Hull hubiera excluido Manchukuo de la exigencia de retirar las tropas de China en lugar de dar a entender por error que estaba incluido, se habrían planteado nuevas propuestas y nuevos compromisos. Posiblemente, según este argumento de carácter contrafactual, el Gobierno de Tojo habría caído y habría sido sustituido por un Gabinete partidario de la paz. También posiblemente, el nuevo debate en la Conferencia de Enlace, generado por la propuesta del «modus vivendi», habría exigido en cualquier caso un aplazamiento de la movilización para la guerra.[1401] Y una vez que la máquina de guerra se hubiera detenido, aunque sólo fuera de forma temporal, ya no se habría podido volver a poner en marcha hasta la primavera, lo que habría ofrecido un respiro que tal vez habría dado lugar a una nueva base permanente para las relaciones de poder en Extremo Oriente.

Pero todo esto no parece ser más que la expresión de un deseo. Es cierto que la Administración Roosevelt se había ido volviendo cada vez más intransigente, pero en realidad la postura estadounidense se había endurecido precisamente en respuesta a la negativa de Japón en todo momento desde 1937 a detener su incesante búsqueda de la expansión y la hegemonía en Extremo Oriente. Conforme la guerra se aproximaba, los mensajes interceptados por los servicios de inteligencia venían a confirmar que la expansión destinada a establecer un «nuevo orden» en la

región era innegociable. La cuestión de la retirada de la China continental era igualmente intocable. No fueron sólo razones idealistas las que hicieron de China el gran elemento de desencuentro en todos los intentos de negociación, si bien es cierto que la causa china se había convertido en una causa moral en Estados Unidos y que la reacción de los antijaponeses norteamericanos, alimentada por los relatos de las atrocidades cometidas por el Ejército nipón contra los civiles chinos, había hecho de la opinión pública estadounidense un factor que la Administración Roosevelt no podía desatender a la hora de abordar la cuestión de Extremo Oriente.^[1402] Tampoco fueron las preocupaciones económicas la motivación principal de la adhesión norteamericana a la causa de los nacionalistas chinos. Era el Pacífico, más que el continente asiático, el que constituía el componente central de los intereses de Estados Unidos en la región. La principal consideración, que fue ganando importancia en lugar de perderla, era la necesidad de mantener unida a la flexible alianza entre Estados Unidos, Gran Bretaña, China y las autoridades de las Indias Orientales neerlandesas. Abandonar a China habría tenido consecuencias fatídicas para la posición británica en Extremo Oriente, lo que habría sometido a las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos a una enorme tensión en un momento crucial de la Guerra del Atlántico y de la más amplia lucha contra la Alemania nazi —que todavía era considerada en Estados Unidos como la máxima prioridad—, e incluso especial desde que Japón se había convertido en aliado formal de las potencias del Eje. Esta era la principal razón por la que China seguía siendo el eje central. Estados Unidos no podía plantearse el perjudicar a Chiang Kaichek para obtener beneficios a corto plazo al evitar la guerra inmediata en el Pacífico, sobre todo porque era prácticamente seguro que, debido a las intenciones japonesas de hacerse con el poder en la región, se podría aplazar la guerra, pero no impedirla por completo.^[1403]

Las principales razones para el estrechamiento de las opciones de Japón hasta llegar a un punto en el que la guerra era la única línea de actuación posible hay que encontrarlas no en Washington, sino en Tokio. Es cierto que en otoño de 1941 hubo voces dentro de algunos sectores muy destacados que manifestaron su deseo de evitar la guerra. Sin embargo, hasta entonces esos mismos individuos que ahora querían la paz habían defendido en cada momento los pasos que habían conducido a aquella situación, en la que Japón se encontraba mirando de frente hacia el abismo de la guerra. Konoe es un ejemplo clarísimo, pero de ningún modo aislado, de aquellos que habían respaldado ávidamente el expansionismo agresivo hasta que ya no quedó forma alguna de evitar el inminente desastre. Y a pesar de todo, el miedo a la guerra no se tradujo en una oposición a las decisiones estratégicas que habían llevado a Japón al borde de ese abismo. En ningún momento existió un rechazo coordinado y directo a unas opciones de actuación que se consideraban repletas de peligros. Ninguna facción de las élites quería que se abandonasen los objetivos de resolución favorable del conflicto de China y de expansión triunfal para establecer la «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» (o, en otras palabras, la dominación japonesa de Extremo Oriente). Tales objetivos no sólo constituían ahora un imperativo económico, sino que reflejaban el honor y el orgullo nacional, el prestigio y la posición de una gran potencia. A los ojos de los japoneses, las alternativas no entrañaban sólo pobreza, sino derrota, humillación, ignominia y el final de la categoría de gran potencia, con una subordinación permanente a Estados Unidos.

Este pensamiento se había acabado extendiendo a todas las esferas de la vida en Japón durante la década anterior, cuando la Gran Depresión desestabilizó la política y la sociedad, desacreditando así la confianza en las virtudes de la economía internacional dominada por los angloamericanos. Caló

tanto en la élite de poder como en el grueso de la población, cuyo estridente chovinismo había sido deliberadamente alentado, cuando no directamente confeccionado, por los medios de comunicación de masas vinculados al Gobierno desde el «Incidente de Manchuria». Y lo más importante de todo, permitió que la influencia de la facción más poderosa, la de los militares, se volviera completamente decisiva. Aunque el Ejército y la Armada tenían intereses y agendas diferentes, la combinación de la búsqueda de la dominación en China (junto con el fortalecimiento de las defensas en el norte frente a la Unión Soviética) y la perspectiva de expansión hacia el sur fue más que suficiente para mantenerlos unidos. Además, los militares siempre tuvieron en sus manos las cartas ganadoras del debate político: la retirada de China supondría aceptar que los enormes sacrificios realizados desde 1937 habían sido en vano; abandonar el avance hacia el sur implicaría renunciar a la prosperidad y la seguridad en favor de la pobreza y las privaciones; retirarse del Eje entrañaría someterse a muy largo plazo a Estados Unidos; y la negativa a ir a la guerra en otoño de 1941 significaría aplazar el inevitable conflicto hasta un momento en el que el equilibrio de poder sería menos favorable para Japón. En todo momento, conforme se iban estrechando las opciones estratégicas, los jefes de los Estados Mayores de ambas ramas de las Fuerzas Armadas, espoleados por los belicosos oficiales de medio rango de sus secciones de planificación y de operaciones, fueron los más enérgicos y francos defensores de la guerra. A finales de verano de 1941, habían conseguido imponer un compromiso con la acción militar para antes de que finalizase el año sin encontrarse con una seria oposición. La última decisión estratégica sería tomada por los dirigentes japoneses fue acordar un calendario que obligaba a la diplomacia, pese a sus reducidas posibilidades de éxito, a trabajar contrarreloj. La debilidad de las demás facciones de la élite japonesa había permitido el aumento de la autoridad de los Estados Mayores del Ejército y la Armada a la hora de dictar las líneas de actuación, hasta que esas posibles líneas acabaron dejando paso al imperativo militar: la guerra.

Irónicamente, cuando aquella terrible guerra terminó, Japón se encontró en una posición todavía más dependiente económicamente de Estados Unidos de lo que se podía prever antes del conflicto, privado de su categoría de gran potencia y despojado de su capacidad militar. Sin embargo, con el tiempo, acabaría disfrutando de una prosperidad inimaginable para los ciudadanos del país en medio de la agitada y turbulenta época de entreguerras.

9. *BERLÍN, OTOÑO DE 1941*

Hitler decide declarar la guerra a Estados Unidos

Insiste en la extraordinaria importancia de la entrada de Japón en la guerra, sobre todo en relación con nuestra guerra de submarinos [...]. El Führer está convencido de que aunque Japón no hubiera intervenido en la guerra él habría tenido que declarar la guerra a los estadounidenses antes o después. Ahora el conflicto de Asia oriental nos llega como caído del cielo.

Reproducción de las palabras de Hitler dirigidas a los líderes del Partido, 12 de diciembre de 1941.

FUE descrita como la «más desconcertante» de las decisiones de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial.^[1404] En el que fue el momento culminante de su largo discurso ante el Reichstag de la tarde del 11 de diciembre de 1941, Hitler anunció que el intento de Alemania e Italia de evitar la extensión de la guerra y de mantener los contactos con los Estados Unidos de América pese a los años de «intolerable provocación por parte del presidente Roosevelt» había fracasado. En consecuencia, y de acuerdo con los términos del Pacto Tripartito del 27 de septiembre de 1940, Alemania e Italia se veían obligadas, junto con Japón, «a llevar a cabo juntas la lucha por la defensa, y por el mantenimiento así de la libertad y la independencia de sus pueblos e imperios frente a los Estados Unidos de América e Inglaterra»^[1405] La declaración de guerra formal había sido leída poco antes con toda ceremonia al representante diplomático estadounidense en Berlín por Joachim von Ribbentrop, ministro de Exteriores del Reich, cuya seca reverencia al terminar la audiencia había puesto fin a las relaciones entre Alemania y Estados Unidos.^[1406]

Cuatro días después, el habitual resumen de los sondeos de opinión realizados entre la población alemana, elaborado por el Servicio de Seguridad (Sicherheitsdienst, SD), que había visto la luz como órgano de vigilancia del Partido Nazi y había entrado después a formar parte de la inmensa y expansiva red policial de las SS, afirmaba que «la declaración de guerra a Estados Unidos no llegó en absoluto por sorpresa y fue interpretada en general como la confirmación oficial de lo que ya existía en realidad». La exactitud de aquella lapidaria descripción de la opinión pública sólo puede ser objeto de conjeturas. El propio informe se hacía eco a continuación de «muy esporádicas manifestaciones de sorpresa y cierta preocupación sobre la incorporación de un nuevo enemigo» que se dejaban oír en el campo. Y, evidentemente, según indicaba el informe, también se especulaba sobre lo que ello conllevaría, con previsiones de una interminable guerra en el mar que duraría años.^[1407] Antes de la declaración de guerra a Norteamérica se podían escuchar, allí donde no las podían oír los informantes de la policía, algunas voces pesimistas que vaticinaban que la guerra duraría cinco años, que la ayuda estadounidense había salvado a Gran Bretaña, que Alemania podía no ganar y que al final se alcanzaría una resolución de compromiso.^[1408] El día del discurso de Hitler en el Reichstag, un soldado raso, plenamente seguro de que Alemania resultaría finalmente victoriosa, confió no obstante a su diario que eso significaba «guerra para toda nuestra vida». «Pobres padres», añadía.^[1409]

Los que se sentían preocupados y horrorizados por la guerra, que ahora prometía prolongarse en

el tiempo y se extendía a un nuevo y potente contrincante con acceso a recursos inimaginables, se cuidaban mucho de no difundir sus opiniones, pero en la esfera privada la inquietud era un sentimiento generalizado. Los recuerdos de la Primera Guerra Mundial eran todavía terriblemente fuertes. Según los informes que se filtraban de fuentes socialistas clandestinas, muchos alemanes no habían olvidado «que fue la participación de América en la última guerra mundial la que decidió su resultado y sentenció el destino de Alemania».[1410] Un oficial alemán destacado en Varsovia escribía, en una carta dirigida a su esposa un día después de la declaración de guerra, que la noticia lo había llenado «de horror». «Lo que probablemente temían todos los alemanes», añadía, «se ha hecho realidad».[1411] Tales temores venían a sumarse a la inmensa preocupación por los seres queridos enrolados en un Ejército que se encontraba atrapado en medio de las heladas inmensidades de Rusia y haciendo frente a la primera crisis militar alemana seria desde que la guerra comenzara más de dos años antes.

Incluso Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler y uno de sus más estrechos y leales colaboradores, dejó caer de soslayo en alguna ocasión su preocupación ante la idea de introducir directamente en el conflicto a un nuevo y poderoso enemigo. En sus anotaciones sobre los puntos esenciales de una conversación telefónica mantenida con Hitler poco después de que se hiciera pública en Berlín la noticia del ataque japonés a Pearl Harbor, Goebbels escribía que Alemania «er virtud del Pacto Tripartito» no podría «probablemente evitar la declaración de guerra a Estados Unidos». Y a continuación anotaba en su diario una frase sumamente reveladora: «Aunque eso ahora no es tan malo», ya que suponía que las provisiones que Estados Unidos facilitaba a Gran Bretaña tendrían que desviarse hacia la guerra en el Pacífico.[1412] Con ello, Goebbels dejaba entrever sin pretenderlo un levísimo indicio de que también él veía la guerra contra Estados Unidos como un acontecimiento preocupante. Pero aquella duda subconsciente pronto se disipó, cómo no, en medio de sus habituales arrebatos de confianza.

Los líderes militares, ya perfectamente conscientes de la magnitud de la crisis del frente oriental, se mostraban menos confiados, al menos si hacemos caso de sus recuerdos de posguerra. Hitler dijo a su ayudante de campo de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, que acababa de regresar de un permiso de un mes, que Pearl Harbor constituía la señal para que Alemania declarara la guerra a Estados Unidos. Von Below quedó impresionado, escribió más tarde, por la «ignorancia» de Hitler sobre el «potencial» norteamericano, el poder económico y militar que había sido decisivo ya una vez, en la Primera Guerra Mundial, y la interpretó como una expresión del carácter «diletante» del planteamiento de Hitler y de sus limitados conocimientos sobre los países extranjeros.[1413]

El entonces contralmirante Karl Dönitz, comandante en jefe de la flota de submarinos alemanes y firme partidario de Hitler dentro del cuerpo superior de oficiales, también se vio sorprendido por la noticia de que Alemania estaba en guerra con Norteamérica. En septiembre había dicho a Hitler que, si Estados Unidos se veía obligado a entrar en la guerra, él deseaba ser convenientemente advertido, para que sus submarinos estuvieran situados de tal forma que se pudiese sacar el máximo provecho del elemento sorpresa y asestar así un gran golpe mientras las defensas antisubmarinas seguían siendo débiles. «Llegado el momento —escribió más tarde— las cosas sucedieron de otra manera. El ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 cogió por sorpresa incluso al Alto Mando alemán; y en ese momento no había ni un solo submarino alemán en aguas estadounidenses».[1414]

El general Walter Warlimont, número dos del general Alfred Jodl, principal consejero de Hitler

en materia de planificación de operaciones, destacó el lastre que suponía una estrategia inexperta y mal diseñada impuesta a base de decisiones espontáneas tomadas sin consultar ni reflexionar. Acababa de oír la noticia de la declaración de guerra en el puesto de mando de Hitler en Prusia Oriental y estaba discutiendo precisamente sus posibles consecuencias con algunos oficiales del Estado Mayor cuando Jodl lo telefoneó desde Berlín la tarde del de diciembre. «¿Han oído ustedes que el Führer acaba de declarar la guerra a Norteamérica?», preguntó Jodl. «Sí, y no podríamos estar más sorprendidos», replicó Warlimont. Jodl señaló que ahora era imprescindible estudiar urgentemente dónde podía desplegar sus fuerzas Estados Unidos. Warlimont se mostró de acuerdo y añadió que «hasta el momento nunca nos hemos planteado una guerra contra Estados Unidos y por eso no tenemos datos sobre los que basar ese examen».[1415]

La decisión de declarar la guerra a Estados Unidos, recordaba Warlimont, «fue otra decisión completamente independiente acerca de la cual ni se había pedido ni ofrecido el consejo de la Wehrmacht; como consecuencia de ello nos enfrentábamos ahora a una guerra en dos frentes en la peor situación imaginable. El plan de guerra de Hitler había tenido hasta entonces como objetivo la rápida eliminación de Rusia como “factor de importancia militar” con el fin de emplear posteriormente la fuerza concentrada de la Wehrmacht para poner fin a la guerra en el oeste. Ahora lo máximo a lo que se podía aspirar era a librarse de quedar aplastados entre los dos enemigos en el este y en el oeste, cuyo potencial bélico conjunto era enormemente superior al nuestro».[1416] Warlimont pensaba que Hitler estaba «literalmente hipnotizado por su propia imagen de la situación política y no tuvo en cuenta adecuadamente las consecuencias militares».[1417]

Así pues, Hitler había declarado la guerra a una nación tan poderosa como Estados Unidos de forma repentina, sin consultar a sus estrategias militares (excepto, posiblemente, a su acérrimo partidario Jodl y al jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, el adulador mariscal de campo Wilhelm Keitel), sin nada parecido a una preparación adecuada para tal conflicto y, como recordaba Dónuts, sin informarse de los factores logísticos más apremiantes. Por otro lado, la declaración de guerra no era una acción necesaria desde el punto de vista formal ni respondía en modo alguno a una cláusula vinculante para Alemania. Hitler había manifestado en su discurso del Reichstag que la declaración se había producido de acuerdo con los términos del Pacto Tripartito. Pero no era así. Ribbentrop (según su posterior e interesado relato) había recordado a Hitler que Alemania sólo se había comprometido en virtud del pacto a ayudar a Japón si éste era atacado por un tercero.[1418] Puesto que era Japón el que había atacado a Estados Unidos, y no al revés, Alemania no estaba obligada a intervenir. El principal oficial del Ministerio de Exteriores alemán, el secretario de Estado, Erns von Weizsäcker, señalaría más tarde la enorme sorpresa generada por la afirmación de Hitler en su discurso de que Alemania se había visto obligada por el Pacto Tripartito a declarar la guerra a Estados Unidos, algo que él interpretaba como «una equivocación desde el punto de vista legal y un error desde el punto de vista político».[1419]

La sorpresa y los malos presentimientos no sólo de los alemanes de a pie sino también de los que pertenecían al entorno de Hitler y a los círculos más elevados del Gobierno y las Fuerzas Armadas ante la declaración de guerra a Estados Unidos constituyen una clara señal de que la apertura de hostilidades con Norteamérica no se consideraba ni una conclusión previsible ni una necesidad perentoria. Incluso a los ojos de los líderes militares y diplomáticos alemanes habían existido otras opciones. Hitler había tenido varias alternativas, y había escogido la guerra con Estados Unidos. Tal y como él lo veía, era evidente que en la práctica ya existía un estado de guerra, tanto por los

acontecimientos vividos en el Atlántico como por el hecho mismo de que existiera un apoyo directo de Estados Unidos a Gran Bretaña, y más tarde a la Unión Soviética. Sin embargo, hemos encontrado razones para suponer que, desde la perspectiva de Roosevelt, la «guerra no declarada» en el Atlántico podría haberse prolongado indefinidamente, incluso después del ataque japonés a Pearl Harbor. Hitler era plenamente consciente de las dificultades de Roosevelt con la opinión pública estadounidense, y más aún de sus problemas con el Congreso. Sabía que el presidente norteamericano había conseguido la aprobación de la Ley de Servicio Militar Obligatorio en agosto de 1941 por un margen sumamente estrecho y también que no se había atrevido a arriesgarse a solicitar al Congreso una declaración de guerra hasta que se produjo el flagrante acto de agresión por parte japonesa que fue el bombardeo de Pearl Harbor el 7 de diciembre. E incluso después de la declaración de guerra a Japón, Roosevelt no tenía absolutamente ninguna garantía de poder conseguir una orden del Congreso para entrar en guerra con Alemania. Hitler liberó a Roosevelt de aquel difícil e incluso peliagudo problema el 11 de diciembre.

Por su parte, el dictador alemán ya tenía la desviación hacia el Pacífico que quería incluso sin la declaración de guerra a Estados Unidos. Además, en aquel momento no conocía el modo de derrotar a los norteamericanos. Es verdad que sus submarinos podían atacar los barcos estadounidenses en el Atlántico, pero no tenía medios para atacar el continente americano, bombardear ciudades en Estados Unidos o perturbar el proceso de fortalecimiento de su potencial militar. Ahora, con una declaración de guerra, la presión del tiempo —la urgencia por lograr una victoria completa en Europa y adquirir la fuerza económica y el poderío militar necesarios para poder derrotar, o al menos rechazar, a Estados Unidos— se había agudizado todavía más. El tiempo estaba menos que nunca del lado de Alemania. Como bien sabía Hitler, al cabo de unos dos años los estadounidenses esperaban contar con un enorme Ejército terrestre preparado para combatir en el continente europeo. En realidad, este «segundo frente», esperado con tanta impaciencia por Stalin, tardó algo más de lo previsto en materializarse (aunque el desembarco en el norte de África y el posterior avance por el sur de Italia sí se produjeron en 1943), y la invasión de la zona de Europa occidental ocupada por los nazis, que Gran Bretaña nunca habría podido llevar a cabo sin la ayuda estadounidense, no comenzó hasta junio de 1944. Sin embargo, con esta decisión del 11 de diciembre de 1941 Hitler había contribuido en gran medida a sentenciar el destino final de Alemania. Esa era precisamente la acción que, en principio, tenía que haber evitado a toda costa. Su actuación parece una auténtica locura, incluso vista desde la privilegiada perspectiva que proporciona el paso del tiempo. ¿Por qué Hitler, independientemente de las recomendaciones y en un momento crítico de la ardua contienda por la supremacía en el frente oriental, decidió entrar en guerra con un nuevo y extremadamente poderoso enemigo en el oeste al que, además, no sabía cómo derrotar? ¿Hasta qué punto fue una decisión desconcertante?

I

En términos de política de poder a nivel internacional, Estados Unidos había sido un elemento marginal del pensamiento de Hitler antes de los últimos años treinta, concentrado como estaba de

lleno en Europa. Norteamérica, situada en otro hemisferio y decidida, al parecer, a seguir el camino del aislacionismo, era sumamente irrelevante dentro de la concepción que Hitler tenía de la futura política exterior alemana.

El potencial económico y la composición racial de Estados Unidos, no obstante, sí tenían implicaciones para su constructo ideológico, para la forma que Hitler tenía de ver los problemas presentes de Alemania y sus esperanzas futuras. Como era propio de él, eran sus ideas centrales de «espacio vital» y de raza las que constituían la clave de su imagen de Norteamérica. El vasto país americano, con un núcleo racial blanco «nórdico» dominante al que atribuía su éxito económico y su elevado nivel de vida, constituía un modelo para su visión del «espacio vital» alemán en Europa.[1420] El progreso económico estadounidense había sido posible, según él, no solamente (como generalmente se suponía) gracias a la innovación tecnológica y la moderna racionalización de la gestión y la producción, sino también gracias a la expansión territorial para responder al crecimiento de la población, a la colonización del oeste «después de que el hombre blanco hubiera abatido a millones de pieles rojas hasta reducirlos a unos cuantos cientos de miles».[1421] Esta idea se correspondía con su visión de cómo se podía lograr la prosperidad y la hegemonía de Alemania en Europa por medio de la expansión, y ésta, a su vez, «por la espada». A comienzos de los años treinta, Hitler consideraba a Estados Unidos en términos políticos como «el rival más duro posible».[1422] Y aunque en aquel momento no explicitaba abiertamente las consecuencias de dicha circunstancia, sí que los había analizado ya en privado. En algún momento del nebuloso y remoto futuro, una Europa dominada por Alemania tendría que hacer frente a una contienda por la supremacía con Estados Unidos. Esta consideración se veía reforzada —aunque sólo de forma tácita— por otro de los componentes inquebrantables de su imagen de Norteamérica: que ese país, pese a gozar de la calidad racial que le proporcionaba su población blanca, estaba dominado por el capital judío y por el control por parte de los judíos de la política y la cultura.[1423]

Durante los años veinte la imagen que Hitler tenía de Estados Unidos (aparte de su contenido antisemítico particularmente intenso y de su especial preocupación por la francmasonería) se ajustaba notablemente a los estereotipos generalizados en los círculos derechistas alemanes. No resulta sorprendente que durante los primeros años de su «carrera» política el papel de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial —dictado según su entender por los intereses del capital económico judío y la francmasonería— fuera su punto de referencia. A él venían a sumarse las expresiones de odio hacia el presidente Woodrow Wilson, profundamente censurado por la derecha alemana por la que entendían había sido su responsabilidad en la «Revolución de Noviembre» de 1918 y después por la humillación nacional del Tratado de Versalles en junio.[1424] En uno de sus primeros discursos, pronunciado en diciembre de 1919, Hitler situó a Estados Unidos junto a Gran Bretaña entre los «enemigos absolutos» de Alemania, una visión ya clásica tan poco tiempo después de la Primera Guerra Mundial. Para Estados Unidos, aseguró, el dinero, aun manchado de sangre, era lo único que importaba. E inmediatamente después hizo explícita su asociación entre Norteamérica y los judíos: «Para el judío, el monedero es el objeto más sagrado». Estados Unidos, concluía, habría acabado entrando en la guerra tarde o temprano y dejando que se llevara la mejor parte del botín.[1425] Sentimientos similares volvieron a aparecer en varios de sus discursos de los años previos al intento de golpe de Estado de finales de 1923, aunque sin convertirse nunca en un tema dominante.

Tampoco ocupaba Estados Unidos un lugar destacado en la previsión que Hitler hacía sobre la

futura política exterior alemana en la segunda parte de *Mi lucha*, tratado que empezó a escribir en 1924, cuando se encontraba recluido tras el fallido golpe de Estado, y que concluyó en verano de 1926, más de un año después de ser puesto en libertad. Sólo un breve pasaje hacia el final de la obra trataba de la posición de Estados Unidos en los asuntos del mundo en tanto que país controlado por los judíos, futuro rival y heredero último del sentenciado Imperio británico. «Son los judíos los que gobiernan las fuerzas de la bolsa de la Unión Americana —escribía Hitler—. Cada año los hace más amos controladores de los productores en una nación de ciento veinte millones». La amenaza más inminente era para Gran Bretaña. «Ningún lazo de parentesco puede impedir cierto sentimiento de envidiosa preocupación en Inglaterra por el crecimiento de la Unión Americana en todos los campos de la política internacional, económica y de poder —afirmaba—. El antiguo país colonial, hijo de una gran madre, parece estar convirtiéndose en un nuevo amo del mundo».[1426] La amenaza que suponía para Alemania, en la retorcida cosmovisión de Hitler, una gran potencia emergente gobernada por judíos era algo que estaba implícito, pero muy alejado en un futuro remoto. Nada más añadía el autor sobre aquella cuestión.

En 1928, cuando redactó su «Segundo Libro» —escrito dedicado principalmente a la cuestión de Tirol del Sur, un asunto muy delicado en ese momento y probablemente la razón por la que el tratado no se publicó hasta su descubrimiento mucho después de la guerra—, la perspectiva de un enfrentamiento con Estados Unidos en algún momento del futuro a largo plazo se había forjado ya, aun de forma imprecisa, en la mente de Hitler. La idea de una amenaza para Europa procedente del creciente poderío económico estadounidense era tan corriente en Alemania al final de los años veinte como los generalizados prejuicios antiamericanos.[1427] Sin embargo, el carácter racista de la visión del mundo de Hitler, unido a sus presupuestos sobre geopolítica, procuró a aquella idea un cariz distinto.

En la segunda mitad de los años veinte, Hitler se mostró mucho más preocupado por los asuntos geopolíticos, por la «cuestión del espacio», como solía llamarla, que en los años previos al golpe, lo que le llevó a proporcionar una justificación para su opinión de que Alemania tenía que expandirse para sobrevivir y de que la expansión tenía que hacerse a costa de la Unión Soviética. También lo llevó a ampliar su visión, ya expresada en *Mi lucha*, de que Alemania debía volver la espalda a sus antiguos socios en política exterior y buscar una alianza con Gran Bretaña e Italia. En este planteamiento, la posición de la lejana y aislacionista Norteamérica no recibía ninguna atención. No obstante, la imagen que ya hemos resumido a grandes rasgos de un coloso económico emergente con potencial para convertirse en una gran potencia mundial —y que tenía un «núcleo racial sano» pero estaba controlado por judíos y francmasones— sí que tenía ahora relevancia. Hitler acabó incorporando esa imagen en su visión del futuro estatus de Alemania como potencia mundial y estudiando sus posibles consecuencias.

Como era su costumbre, Hitler interpretaba esas consecuencias en términos raciales. Impresionado (como lo estaban muchos en aquella época [1428]) por la restrictiva legislación sobre inmigración en cuestión de razas y por la propagación de ideas sobre salud pública y eugenesia, Hitler retrataba una población blanca joven y racialmente vigorosa, que constituía una selección de los «mejores» emigrantes de Europa, en competencia con la decadente y decrepita herencia racial del viejo continente. «Aparece el peligro —escribió— de que la importancia de la degradación racial de Europa acabe permitiendo que la determinación del destino del mundo corra a cargo de la población del continente norteamericano». La única forma de frenar esa amenaza era el renacimiento racial de

Europa.[1429] Así pues, «en el futuro, el único Estado que será capaz de hacer frente a Norteamérica será el Estado que haya comprendido —gracias al carácter de su vida interna así como a la esencia de su política exterior— cómo elevar el valor racial de su pueblo y proporcionarle una forma nacional más adecuada para ese propósito». Esa era la tarea encomendada al movimiento nazi. Las implicaciones que se deducían de ello eran evidentes. «No tiene sentido creer que el conflicto entre Europa [dominada, por supuesto, por una Alemania racialmente purificada] y Estados Unidos será siempre de una pacífica naturaleza económica». Al final, Estados Unidos acabaría saltando a la palestra. El enfrentamiento con Europa para determinar la hegemonía final era inevitable.[1430]

Hitler tenía menos que decir sobre Estados Unidos a comienzos de los años treinta.[1431] En línea con muchos contemporáneos y con la perspectiva adoptada por la prensa nazi, consideraba que Norteamérica había perdido fuerza de manera significativa como consecuencia de la crisis económica desencadenada por la caída de la Bolsa de Nueva York de finales de octubre de 1929. Según su colaborador Ernst Hanfstaengl, que tenía antepasados estadounidenses, Hitler comentó que un país acuciado por sus propios problemas internos no podía esperar desempeñar ningún papel en los asuntos internacionales.[1432] Posiblemente la crisis reforzó también su idea de que el libre mercado y el capitalismo liberal no podían ofrecer la seguridad exigida por la supervivencia nacional a largo plazo. Sin embargo, en realidad Hitler hablaba poco en público sobre la Gran Depresión sufrida en Estados Unidos, y se reservaba toda su potencia retórica para arremeter contra el fracasado sistema democrático en el interior de su país. Por otra parte, la provisional situación de debilidad provocada por la crisis económica seguía siendo compatible con la visión de Hitler a largo plazo sobre un futuro enfrentamiento entre Estados Unidos y Europa, una visión que siguió defendiendo ya entrados los años cuarenta.[1433]

No obstante, no existe una línea recta entre esas vagas reflexiones sobre el futuro lejano y las posteriores decisiones de actuación con respecto a Estados Unidos. En consonancia con la escasa atención que Hitler le había prestado durante su ascenso al poder, Estados Unidos no fue más que un elemento secundario para él y para su Gobierno una vez tomó posesión de su cargo como canciller del Reich. Durante su primer año en el poder no dio ninguna muestra manifiesta de interés por Estados Unidos, un país que apenas aparecía mencionado en la formulación de su política exterior. Sin embargo, sí que se produjo, con la aprobación tácita de Hitler, un inexorable deterioro de las relaciones entre Alemania y Estados Unidos hasta el inicio de la guerra europea. Y es cierto que él no hizo nada por tratar de poner freno a dicho proceso, y tampoco habría podido hacerlo sin reformular los principios de racismo y militarismo sobre los que se erigía su régimen.

Las relaciones de Alemania con Estados Unidos habían sido buenas, y cada vez mejores, a partir de 1933, algo que cambió muy pronto bajo el nuevo régimen nazi. Las disputas sobre aranceles comerciales y la tendencia de Alemania a incumplir los pagos de los créditos que debía a Estados Unidos fueron algunas de las causas de la rápida mengua de la buena voluntad entre los dos países, aunque había otras razones todavía más importantes. La persecución de los judíos, con las primeras atrocidades graves puestas ya claramente de manifiesto en primavera de 1933, suscitó la repulsa de Estados Unidos y alentó el avance del sentimiento antialemán. Y también contribuyeron a ello los ataques a las iglesias cristianas, la quema de libros de autores tachados de «indeseables» por motivos raciales o políticos y el brutal despliegue de terror policial contra los oponentes políticos. Además de la creciente repugnancia hacia la barbarie nazi, el estridente militarismo del régimen de Hitler y los evidentes signos, que pronto se hicieron patentes, de que Alemania estaba empezando a

rearmarse (con todo lo que eso significaba para la futura paz en Europa) eran vistos al otro lado del Atlántico con creciente aprensión.[1434]

No es de extrañar que el deterioro de las relaciones encontrase también su eco en las imágenes que tenían los alemanes de Estados Unidos. Las preocupaciones en materia de relaciones comerciales con Norteamérica y, más tarde, la preparación de los Juegos Olímpicos de 1936 acallaron en parte la propaganda alemana antiamericana durante los primeros años del régimen nazi, en claro contraste con los estridentes tonos empleados a finales de los años treinta. Pese a todo, las críticas al supuesto papel de los judíos en Estados Unidos eran frecuentes, y crecían en intensidad. Y lo mismo sucedió, a partir de mediados de los treinta, con los comentarios negativos sobre el «New Deal», la decadencia cultural y racial estadounidense y el propio presidente Roosevelt.[1435]

El crecimiento al otro lado del Atlántico de la aversión hacia Alemania no era algo que quitara el sueño a Hitler. Puesto que, desde el punto de vista alemán, el antagonismo era inevitable dadas las prioridades ideológicas del régimen nazi, que no podían dar satisfacción al sentimiento liberal estadounidense, ese antagonismo generaba pocos motivos de preocupación. Después de todo, Estados Unidos seguía sumido en una larguísima depresión económica, aferrado a su aislacionismo y aquejado de una muy reducida capacidad militar. Hitler podía estar seguro, pues, de que los intereses particulares de Norteamérica la mantendrían alejada de los asuntos europeos en el futuro inmediato. Esta interpretación fue puesta de relieve al inicio mismo de su gestión por su ministro de Exteriores, Konstantin von Neurath. Aunque no se podía esperar que Washington apoyase las demandas y los deseos de Alemania, apuntaba Neurath, «probablemente la falta de interés de Estados Unidos en los asuntos europeos no se alteraría con el presidente Roosevelt».[1436] Hitler estaba sin duda convencido de que la reconfiguración de Europa seguiría siendo un asunto en el que Estados Unidos no tendría un gran interés directo. Desde la perspectiva de Hitler y de los líderes nazis, Estados Unidos podía considerarse como un factor al que la política exterior alemana no tenía que prestar prácticamente ninguna atención.

Nada nos hace pensar que Hitler cambiara de opinión en los últimos años anteriores a la guerra. Cuando, el 5 de noviembre de 1937, expuso a los jefes militares sus ideas sobre la expansión por Austria y Checoslovaquia y planteó una serie de escenarios diferentes sobre la entrada en guerra de Alemania en busca de «espacio vital» para 1943 – 1945 como máximo, ni siquiera mencionó a Estados Unidos.[1437] Norteamérica siguió careciendo de importancia para Hitler al año siguiente, cuando las ambiciones alemanas se hicieron realidad, con Austria y la región de los Sudetes engullidas por el Reich.

Sin embargo, por aquel entonces ya había indicios más que ocasionales de que las cosas estaban cambiando. El «discurso de la cuarentena» de Roosevelt del 5 de octubre de 1937, en el que el presidente estadounidense abogó por el aislamiento internacional de los países que amenazasen la paz mundial —obviamente, Alemania, Italia y Japón—, fue interpretado por el embajador alemán en Washington, Hans Heinrich Dieckhoff, como una señal de que Estados Unidos podía estar abandonando la postura aislacionista. Dieckhoff informó a primeros de diciembre de que, aunque por el momento parecía que Estados Unidos iba a continuar con una política exterior pasiva, ésta sería abandonada, pese a la oposición interna, si sus intereses peligraban o sufría una provocación intolerable, y «en un conflicto en el que se ponga en peligro la existencia de Gran Bretaña, Estados Unidos pondrá todo su peso en la balanza del lado de los británicos».[1438] La mutua animadversión entre Estados Unidos y Alemania se hizo ahora más evidente. El volumen de la propaganda

antiamericana en Alemania ascendió de forma drástica, mientras que al otro lado del Atlántico la aversión cada vez mayor por el nazismo se mezcló con la creciente alarma generada cuando la agresión protagonizada por Hitler llevó a Europa al borde de la guerra. La repulsa hacia la barbarie nazi llegó a su punto culminante en las reacciones ante los terribles pogroms contra los judíos que se extendieron por toda la nación los días 9 y 10 de noviembre de 1938 en la llamada Reichskristallnacht (Noche de los cristales rotos).[1439] Una marea de indignación barrió toda Norteamérica. El embajador estadounidense en Berlín fue llamado «a consultas» (aunque, en realidad, nunca regresó). Poco después, como represalia, el embajador alemán en Washington recibió instrucciones de volver a Berlín.[1440] Aunque no se produjo ningún movimiento hacia la plena ruptura de las relaciones diplomáticas, el Ministerio de Exteriores alemán estaba preocupado por las posibles sanciones económicas.[1441] La preocupación estaba justificada. Sólo en el último momento, tras la intervención del secretario de Estado, Cordell Hull, decidió la hacienda pública revocar su resolución de imponer aranceles punitivos a las importaciones alemanas.[1442]

En una declaración ante representantes de la prensa alemana realizada el día después de la Reichskristallnacht (aunque sin decir ni una sola palabra sobre el pogrom), Hitler, en contraste con las opiniones defendidas una década antes, despreció la, a su modo de ver, inferior calidad racial de la población de Estados Unidos, caracterizada por la mezcla étnica.[1443] Sin embargo, tanto él como otros dirigentes nazis estaban empezando entonces a tomarse en serio la perspectiva de Estados Unidos como potencial enemigo en el futuro. Hitler dijo en enero de 1939 que Estados Unidos estaba «haciendo campaña» en contra de Alemania. Obviamente, Norteamérica había pasado a formar parte de los «enemigos del Reich».[1444] El enfado de Hitler por las reacciones a la Reichskristallnacht en Estados Unidos y su paranoia sobre el poder de los judíos en Norteamérica se entremezclaban en sus cada vez más estridentes ataques contra Roosevelt y los sectores belicistas judíos, que eran, supuestamente, los que llevaban la voz cantante.

He aquí algunos de los elementos que constituían el origen del importantísimo discurso pronunciado por Hitler en el Reichstag el 30 de enero de 1939, día del sexto aniversario de su «toma del poder». El componente central del mismo era el presunto poder de los judíos, que Hitler siempre había visto como fuerza dominante en el Gobierno estadounidense y como núcleo del poder económico. El tenor del discurso consistía en un ataque contra la amenaza que, a su entender, suponía la gestión financiera de los judíos en Gran Bretaña y Estados Unidos para la economía y la seguridad nacional alemanas. Hitler describió a los judíos como elementos belicistas que estaban obligando a Alemania a entrar en un conflicto que ella no deseaba. No obstante, Alemania estaba lista para responder al reto y dispuesta a librar una lucha a muerte. Y si al final la guerra llegaba —aquí Hitler planteaba a su vez su terrible amenaza—, los que la habían causado, los judíos, perecerían. El resultado sería «la aniquilación de la raza judía en Europa».[1445]

Cuando, el día después del siniestro discurso de Hitler, Roosevelt insinuó que su amenaza significaba que las fronteras estadounidenses se situaban ahora en el Rin (metáfora que había empleado para justificar la entrega de aviones a Francia), aquello provocó un auténtico aluvión de ataques en la prensa alemana.[1446] Era el preludio de la arremetida frontal de Hitler contra Roosevelt en su discurso en el Reichstag de finales de abril.

Roosevelt, sin embargo, limitado como hemos visto en su campo de acción por la opinión interna y el clamor aislacionista contra cualquier movimiento que sugiriese siquiera la idea de arrastrar a Estados Unidos a los penares de Europa, había visto acrecentada su inquietud desde el episodio de

Múnich el otoño anterior acerca de la probabilidad de una guerra y sobre las perniciosas consecuencias del fracaso de la política británica y francesa de apaciguamiento. Los horrores de la Reichskristallnacht habían puesto entonces al descubierto la absoluta barbarie del régimen nazi. Y a mediados de marzo se había producido la ocupación de lo que quedaba de Checoslovaquia a manos de la Wehrmacht de Hitler, seguida, a principios de abril, por la invasión de Albania por parte de las tropas del otro «perro rabioso», Mussolini. En los días siguientes, Roosevelt se dedicó a preparar un mensaje público que constituiría en realidad un llamamiento personal a Hitler y Mussolini para que abandonasen el camino de la agresión y la guerra y demostrasen su sincero compromiso con el devenir pacífico en Europa. Tras la redacción de numerosas versiones, el mensaje fue finalmente publicado el 15 de abril de 1939. El punto central era la propuesta de Roosevelt de que los dictadores del Eje garantizaran que durante un período de al menos diez años no atacarían a ninguna de las naciones independientes mencionadas en una lista con treinta nombres, en su mayoría europeas pero también algunas de Oriente Medio. Por su parte, Roosevelt comprometía a su país a participar en una serie de discusiones destinadas a reducir el armamento y a abrir el comercio internacional en igualdad de condiciones a todos los países.[1447]

Hitler se sintió ofendido y furioso por la que fue, a su modo de ver, una actitud arrogante por parte de Roosevelt con un mensaje hecho público antes incluso de haber sido recibido oficialmente en Berlín.[1448] Al principio Hitler consideró degradante responder a «una criatura tan despreciable», pero al final, probablemente debido a que el discurso del presidente había causado una impresión general muy favorable en la opinión pública, sintió la necesidad de contestar.[1449] Y cuando lo hizo, en un discurso ante el Reichstag pronunciado el 28 de abril, su réplica fue mordaz.[1450] Se había informado sobre las treinta naciones mencionadas, y ninguna de ellas se sentía amenazada por Alemania. Algunos países (nombró a Siria entre ellos), sin embargo, no habían podido dar una respuesta porque su libertad de acción se había visto restringida por los Estados democráticos. ¿Y acaso no estaba Palestina ocupada por tropas británicas, y no alemanas? La República de Irlanda, asimismo, temía la agresión por parte de Gran Bretaña, no de Alemania. Por otro lado, el llamamiento de Roosevelt al desarme también se lo puso en bandeja a Hitler, ya que el dictador alemán no tuvo problemas para sacar todo el partido al hecho de que las potencias victoriosas hubieran despojado a Alemania de sus defensas armadas tras la Primera Guerra Mundial al tiempo que encontraban no pocas razones para evitar desarmarse ellas mismas.

Las sarcásticas agudezas de Hitler consiguieron hacer que los sumisos diputados nazis del Reichstag se desternillaran de risa. Aquél fue uno de sus discursos más certeros. Goebbels estaba eufórico. «Un terrible azote a Roosevelt. Realmente es para él un jarro de agua fría. La cámara está que se dobla de la risa. Es un placer oírlo. El éxito entre el público es inmenso. Quien ataca públicamente al Führer verdaderamente se lleva su merecido [...]. Es un genio de la táctica y la estrategia política. Nadie sabe hacerlo como él. A su lado, alguien como Roosevelt es un auténtico pigmeo».[1451] No sólo los nazis reconocieron la efectividad de la retórica de Hitler. William Shirer, periodista estadounidense que se encontraba entonces en Berlín y que escuchó el discurso, pensaba que la respuesta de Hitler a Roosevelt había sido «realmente hábil» a la hora de explotar las simpatías de los apaciguadores y los aislacionistas de Estados Unidos y Europa.[1452]

Más allá de esos círculos, sin embargo, el «encontronazo» de Hitler con Roosevelt tuvo poca difusión. En realidad, muchos tenían la impresión de que Roosevelt estaba reivindicando su autoridad moral con un llamamiento a la razón y la paz frente a una manifiesta intención agresiva. En

cualquier caso, el impacto del discurso, y de la intervención de Roosevelt que lo había provocado, fue pasajero. Lo realmente importante fue que la línea divisoria entre Estados Unidos y Alemania había quedado plenamente al descubierto. Ahora estaba claro dónde se situaba Estados Unidos en el conflicto entre las democracias y las potencias del Eje.

Desde la perspectiva alemana, y a pesar de su aparente neutralidad, Estados Unidos tenía que verse fundamentalmente como una potencia hostil. Eso significaba que, después de ser durante años un factor irrelevante en la determinación de la política alemana, Estados Unidos debía ser considerado ahora en términos estratégicos, no sólo ideológicos. El elemento clave en el caso —cada vez más probable— de una guerra europea en el futuro inmediato era asegurarse de que Estados Unidos no entraba en el conflicto. En el planteamiento alemán, sin embargo, no era muy probable que eso sucediera, por lo que no había demasiados motivos para la preocupación. En otoño de 1940 estaba pendiente una elección presidencial, y nadie correría riesgos con la opinión pública antes de su celebración. En cualquier caso, la fuerza del aislacionismo hacía imposible la intervención. Además, la debilidad militar estadounidense era demasiado evidente, con el rearme y la producción industrial de guerra todavía en mantillas. Los estrategas alemanes contaban de hecho con una guerra larga o una serie de guerras, pero suponían que las primeras fases resultarían pronto favorables para ellos, antes de que Estados Unidos estuviera en condiciones de intervenir. Hitler estaba seguro de que la guerra con Polonia, cuando ésta se produjera, se decidiría rápidamente debido a la fuerza de las armas alemanas. Esperaba que las democracias occidentales se abstuvieran de intervenir en la acción militar contra Polonia, pero, en caso de que no lo hicieran, tampoco tenía duda de que Alemania acabaría imponiéndose. Las democracias occidentales, tanto Gran Bretaña como Francia serían derrotadas o acabarían cediendo en un acuerdo negociado ante la apabullante supremacía militar alemana. Los norteamericanos permanecerían alejados. En algún momento se produciría el enfrentamiento con el «judeobolchevismo» con el respaldo, o al menos la aquiescencia, de las potencias europeas, y también éste finalizaría pronto. El conflicto con Estados Unidos en algún momento del futuro —en cualquier caso, no antes de mediados de los años cuarenta— se produciría sobre la base de un continente europeo completamente dominado por Alemania y, en ese momento, con una poderosa flota de batalla lista para pelear por el control de los océanos.

Todo aquello no dejaban de ser vagas especulaciones. No obstante, el presupuesto central, en verano de 1939, con la sombra de la guerra cada vez más cerca, era, en líneas generales —y aquel planteamiento era todavía embrionario, no estaba elaborado con precisión—, que Alemania habría establecido su supremacía en Europa antes de que Estados Unidos se convirtiera en un factor de suma relevancia estratégica.

II

Sin embargo, no se podía dar nada por sentado. Cuando comenzó la guerra europea en septiembre de 1939, Hitler era sumamente consciente de que tenía muy poco tiempo para lograr la supremacía en Europa antes de que el potencial militar e industrial estadounidense empezara a dejarse sentir en el conflicto. Estados Unidos era un elemento al que había que tener cada vez más en cuenta. Darse prisa

era más importante que nunca. Alemania tenía que resultar victoriosa antes de que la intervención norteamericana pudiera inclinar la balanza.

Aunque Hitler estaba convencido de que había pocas posibilidades de que Estados Unidos entrase pronto en la guerra, no quiso correr riesgos. No había que hacer nada que pudiera suponer una provocación excesiva. Los envenenados ataques al presidente Roosevelt en la prensa alemana, que se habían vuelto moneda corriente en los meses previos a la guerra, cesaron ahora por orden del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Los medios recibieron instrucciones de actuar con absoluta discreción a la hora de informar sobre asuntos estadounidenses.[1453] Hitler también refrenó a los belicosos líderes navales, ansiosos por soltar sus submarinos aun a riesgo de hundir barcos estadounidenses neutrales. Más de una vez insistió Hitler aquel otoño al comandante en jefe de la Armada, gran almirante Erich Raeder, en que había que hacer todo lo posible por evitar incidentes navales con Estados Unidos. El 23 de febrero de 1940 se negó rotundamente a dar permiso a Raeder para que dos submarinos patrullasen las aguas de la costa de Canadá cerca de Halifax, Nueva Escocia, un puerto de capital importancia para los convoyes británicos, debido al «efecto psicológico que podría tener una acción así en Estados Unidos». A comienzos de marzo, la Armada recibió órdenes explícitas que prohibían detener, capturar o hundir cualquier barco norteamericano, fuera cual fuera.[1454]

Las previsiones militares alemanas de otoño de 1939 calculaban que podía haber un período de gracia de no más de un año y medio de duración antes de que el potencial industrial y militar de Norteamérica comenzara a dejarse sentir. Un análisis realizado por el Alto Mando de la Wehrmacht concluía que, por el momento, Estados Unidos apenas podía arreglárselas para responder a las demandas de sus propias Fuerzas Armadas y necesitaría alrededor de un año para empezar a producir grandes cantidades de aviones, tanques y otros vehículos militares. Sin embargo, después de un año o un año y medio, se habría alcanzado «un nivel de productividad en todas las esferas del armamento que superará con mucho a todos los demás países».[1455] Esta valoración coincidía con la de los informes del agregado militar alemán en Washington, según los cuales el estado de preparación militar de Norteamérica hacía imposible toda intervención antes del final del verano de 1940, pero que después podría producirse la plena participación estadounidense en la guerra.[1456] La embajada alemana en Washington pensaba que la Administración Roosevelt preveía una guerra larga, que no esperaba una rápida victoria sobre Gran Bretaña y Francia y que intervendría en caso de que las democracias se encontraran o bien al borde del desastre o bien cerca de la victoria. Y también suponía que lograría generar el apoyo popular necesario para la intervención.[1457]

El sentimiento de urgencia de Hitler por culminar la derrota militar de Francia y Gran Bretaña y forzar a los británicos a negociar un acuerdo desde una posición de debilidad se vuelve todavía más comprensible a la luz de tales informes. Al comienzo de la guerra, Hitler había expresado su confianza en que habría «resuelto todos los problemas de Europa» mucho antes de que los norteamericanos pudiesen intervenir. Sin embargo, ya en privado había añadido: «Pobres de nosotros si no hemos terminado para entonces».[1458] Cuando, tan sólo unas semanas después, Polonia quedó sometida, Hitler propugnó un ataque inmediato contra Francia alegando que el tiempo corría en contra de Alemania, tanto desde el punto de vista militar como económico.[1459] Y poco antes del inicio de la ofensiva occidental en mayo de 1940, justificó dicha acción ante su amigo Mussolini señalando que «el recurrente tonillo de amenaza de los telegramas, las notas y las preguntas del Sr. Roosevelt» proporcionaba «amplias razones para asegurarse de que la guerra termina lo antes

posible».[1460]

El mismo día en el que Italia declaraba la guerra, 10 de junio de 1940, el presidente Roosevelt anunció públicamente que iba a «facilitar a los opositores a la fuerza» los recursos materiales de Estados Unidos.[1461] Poco más de un mes después, un análisis recibido por Hitler de un discurso de Roosevelt pronunciado el 19 de julio (para aceptar la designación demócrata de cara a las próximas elecciones presidenciales) dejaba claro que el presidente estadounidense se oponía firmemente a Alemania y estaba dispuesto a apoyar a Gran Bretaña en la continuación de la batalla.[1462] Las consecuencias para la guerra alemana eran evidentes: había que ganarla de forma rápida y definitiva antes de que los recursos de Estados Unidos —y posiblemente su intervención directa— pudieran dejarse notar. Hitler sacó sus conclusiones. Las señales procedentes del otro lado del Atlántico influyeron en la decisión que anunció a finales de mes a sus generales: prepararse para atacar y derrotar a la Unión Soviética en una «guerra relámpago» de unos pocos meses de duración. La guerra que siempre había querido librar por motivos ideológicos se revestía ahora de un propósito estratégico esencial: acabar con las esperanzas británicas de contar con un aliado continental y obligar así a Gran Bretaña a aceptar lo inevitable y llegar a un acuerdo, eliminando además de ese modo la amenaza de la intervención norteamericana. Londres y Washington tenían, pues, que ser derrotados vía Moscú.

La estrategia de Hitler había adquirido dimensiones globales, y se extendía ahora hasta la función de Japón en Extremo Oriente. La derrota de la Unión Soviética a manos de la Wehrmacht liberaría a Japón de las amenazas procedentes de su viejo enemigo del norte y abriría el camino que aquél estaba ya entonces estudiando: un movimiento hacia el sur, que implicaría un ataque a las posesiones británicas en Extremo Oriente y permitiría además mantener a los estadounidenses ocupados en el Pacífico. En cuestión de semanas, ese nuevo interés por Japón había dado lugar a una serie de acciones que culminarían finalmente en el Pacto Tripartito del 27 de septiembre de 1940 y reforzado las fugaces esperanzas de Ribbentrop de construir un nuevo orden global destinado a socavar el poder mundial de Gran Bretaña y la fuerza internacional de Estados Unidos.[1463]

Entre tanto, el pacto de los destructores formalizado entre Churchill y Roosevelt a comienzos de septiembre había proporcionado a Hitler la señal más evidente del creciente apoyo norteamericano a la invicta Gran Bretaña. El intransigente almirante Raeder suponía ahora que la entrada de Estados Unidos en la guerra estaba asegurada.[1464] A pesar de todo, había que neutralizar la incipiente alianza atlántica, simbolizada por el pacto de los destructores, y la visible orientación antialemana de la Administración estadounidense. Pero Hitler no quería ninguna provocación, e impuso estrictas limitaciones a los reportajes aparecidos en la prensa alemana.[1465]

El levantamiento de las restricciones a la propaganda antiamericana se produjo después de la rueda de prensa de Roosevelt del 17 de diciembre (en la que empleó la metáfora de prestar una manguera de jardín a un vecino para apagar un incendio con el fin de presentar lo que pronto quedaría materializado como la política de préstamo y arriendo) y de su discurso del «arsenal de la democracia» pronunciado a finales del mes.[1466] El que se dejaran a un lado las contemplaciones en la guerra propagandística fue un reflejo de la gravedad que el régimen nazi atribuía a la decisión de poner en marcha el sistema de préstamo y arriendo. El almirante Raeder, interesado como siempre en explotar el acontecimiento más reciente para promover una mayor agresividad naval en el Atlántico, destacó las consecuencias del sistema de préstamo y arriendo en una conversación con Hitler mantenida el 27 de diciembre. Su conclusión, que «no habrá un fuerte apoyo [a Gran Bretaña]

hasta finales de 1941 o principios de 1942» [1467], ponía de relieve lo que ya el propio Hitler había dicho a Jodl diez días antes: que Alemania tenía que haber establecido su hegemonía continental a finales de 1941, antes de que Estados Unidos pudiera intervenir. Un memorándum elaborado el 9 de enero por Hans Dieckhoff, antiguo embajador en Estados Unidos al que el Ministerio de Exteriores alemán tenía ahora por un experto en cuestiones norteamericanas, señalaba la gravedad de tales consecuencias, y afirmaba que sería un error creer que la entrada de Estados Unidos en la guerra no iba a cambiar la situación. Llegado el momento, la producción industrial se incrementaría de forma drástica, lo que permitiría proporcionar a Gran Bretaña mayores cantidades de armas, municiones y aviones. Sin la participación estadounidense, la caída de Gran Bretaña ofrecía la posibilidad de un acuerdo de paz y un final a la guerra. «Si, por el contrario, Estados Unidos también está en la guerra —proseguía Dieckhoff—, entonces, aunque Inglaterra caiga, la guerra contra Estados Unidos continuará, y será difícil lograr la paz».[1468] Este reconocimiento tácito de que Alemania no podría ganar la guerra en caso de una intervención norteamericana —considerada como algo cada vez más probable, y ahora todavía más, en vista del programa de préstamo y arriendo— era lo máximo a lo que un destacado diplomático podía llegar. Dicha insinuación se vio reforzada un mes después por un informe del agregado militar alemán en la embajada de Washington, general Friedrich von Bötticher, que calculaba que la producción estadounidense de aviones de combate se triplicaría en el transcurso de 1941. Para entonces el índice de producción habría superado ya al de Alemania.[1469]

De cara al público, Hitler recurría a las amenazas, estrategia de la que se valía habitualmente, aunque ahora, quizás por primera vez, eran proferidas desde una posición de cierta debilidad, al menos con respecto a Estados Unidos. En su discurso en el Reichstag del 30 de enero de 1941, fecha del octavo aniversario de su «toma del poder», declaró: «Nadie debería hacerse ilusiones. Cualquiera que crea que puede ayudar a Inglaterra debe saber ante todo una cosa: ¡todo barco, con o sin escolta, que se ponga al alcance de nuestros torpederos será torpedeado!».[1470] Aquella era una amenaza que no se atrevió a cumplir por miedo a provocar precisamente aquello que todavía quería evitar a toda costa. Más importante que esta amenaza vacía era la conclusión estratégica personal que Hitler extrajo de las acciones destinadas a la implantación del sistema de préstamo y arriendo.

En primer lugar, tales acciones confirmaron su idea de que las condiciones para una eventual victoria final alemana —es decir, el mantener a los norteamericanos fuera de la guerra— dependían de una rápida destrucción de la Unión Soviética. Y, en segundo lugar, animaron a Hitler aún más a fomentar la política activa con respecto a Japón, que no había hecho ningún avance desde la firma del Pacto Tripartito en septiembre. «La destrucción de Rusia permitiría también que Japón dirigiera toda su fuerza contra Estados Unidos», dijo a sus líderes militares el 9 de enero, y también evitaría que Estados Unidos entrara en la guerra.[1471] El informe de la Armada sobre aquella reunión explícito el pensamiento y las consecuencias estratégicas subyacentes en la exposición de Hitler. «Si EEUU y Rusia entraran en la guerra contra Alemania —decía el informe sobre la declaración de Hitler—, la situación se volvería muy complicada. De ahí que haya que eliminar desde el principio cualquier posibilidad de que dicha amenaza se haga realidad. Si la amenaza rusa no existiese, podríamos combatir con Gran Bretaña indefinidamente. Si Rusia cayera, Japón se sentiría enormemente aliviado; eso implicaría a su vez un mayor peligro para EEUU». Hitler añadió entonces una nueva reflexión que puso de manifiesto que estaba empezando a depositar sus esperanzas en Japón: «Por lo que respecta al interés japonés en Singapur, el Führer cree que habría que dar carta

blanca a los japoneses aunque eso pudiera entrañar el riesgo de que EEUU se viera forzado a tomar medidas drásticas».[1472] En otras palabras, la expansión de Japón en Extremo Oriente estaba empezando a formar parte intrínseca de la estrategia alemana para la victoria final en Europa. Y la rápida derrota de la Unión Soviética era clave para las dos.

Con la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo el 11 de marzo de 1941, los dirigentes alemanes concluyeron, como expresaba un artículo del *Völkischer Beobachter* (el principal diario nazi), que ahora Estados Unidos estaba sometido irremediablemente a la obligación de apoyar a los enemigos de Alemania. «Ahora sabemos qué y contra quién estamos combatiendo», afirmaba el artículo. «La batalla final ha comenzado».[1473] Según un informe sobre las reacciones del Alto Mando de la Wehrmacht ante el discurso de Roosevelt que había anunciado la puesta en marcha del programa de préstamo y arriendo, la opinión general era que ésta «podía considerarse una declaración de guerra a Alemania».[1474] Hitler, por su parte, manifestó, entre una sarta de improperios lanzados contra el presidente Roosevelt, que él también entendía que los norteamericanos le habían dado una razón para la guerra. Todavía no estaba preparado para ella, pero «la guerra con Estados Unidos llegará sea como sea», aseguró. Roosevelt, y los financieros judíos que lo apoyaban, preocupados por las pérdidas que sufrirían si Alemania ganaba la guerra, se encargarían de ello. Lo único que lamentaba, proseguía el Führer, era no tener aviones capaces de bombardear ciudades norteamericanas. Ojalá pudiera dar semejante lección a los judíos estadounidenses. La Ley de Préstamo y Arriendo había ocasionado otros problemas añadidos, pero éstos podían superarse «con una guerra sin piedad en el mar». Lo importante era incrementar el tonelaje hundido por los submarinos alemanes. Sin embargo, también los estadounidenses seguían condicionados de momento por las limitaciones de su capacidad armamentística.[1475]

A modo de «contramedida frente a los efectos esperados de la ley de ayuda a Inglaterra de Estados Unidos», Hitler amplió el 25 de marzo de 1941 la zona de combate alemana a las aguas que rodeaban Islandia y los alrededores de la zona de neutralidad estadounidense. Esto se produjo después de que llegaran rumores a Berlín de que la Administración norteamericana se estaba planteando la idea de proporcionar escoltas navales a los convoyes hasta Islandia.[1476] Como hemos visto, pasarían varios meses antes de que Roosevelt accediera finalmente a la dotación de escoltas a los convoyes, algo que los miembros más radicales de su Administración estaban pidiendo ya con insistencia. No obstante, desde la perspectiva alemana, la de las escoltas era solamente una más entre todas las cuestiones surgidas en primavera de 1941 que dieron a entender que Roosevelt estaba intensificando deliberadamente el conflicto en el Atlántico, buscando una provocación que le permitiera llevar a Estados Unidos a la guerra.

El permiso concedido a finales de marzo a los británicos para que repararan sus buques de guerra en muelles norteamericanos, la captura de navíos del Eje en puertos estadounidenses a finales de mes y el acuerdo con Groenlandia para establecer una base militar allí fueron interpretados como actos de hostilidad manifiesta hacia Alemania. A ellos vinieron a sumarse los rumores acerca de los planes estadounidenses de tomar las Azores (que los alemanes habían pensado durante un tiempo ocupar para adelantarse a los norteamericanos, una acción que Hitler todavía defendía con el fin de hacerse con una base de bombarderos de largo alcance para atacar Estados Unidos).[1477] Y, aunque la Administración Roosevelt recurrió a las patrullas (para advertir a los convoyes británicos de la presencia de submarinos alemanes) y no a un verdadero sistema de escoltas, también aquello hacía presagiar futuros problemas.

El primer enfrentamiento evidente entre un destructor estadounidense, en este caso del Niblack, y lo que fue identificado —erróneamente, como después se demostró— como un submarino alemán en abril pareció una señal de lo que estaba por llegar, lo que no hizo sino acelerar la carrera hacia el conflicto a gran escala. El hundimiento del Robín Moor el 21 de mayo constituyó un momento de tensión todavía más peligroso. Seis días después de aquel episodio, Roosevelt pronunció el gran discurso en el que proclamó la intención de su Administración de hacer todo lo posible por impedir la dominación alemana del Atlántico y declaró el estado de «emergencia ilimitada».[1478] La inesperada reacción de la parte estadounidense ante el hundimiento del Robin Moor, que consistió en restar importancia al suceso, sirvió de alivio a Berlín, al igual que el hecho de que no se produjera ninguna acción significativa tras el enorme bullicio que precedió al gran discurso de Roosevelt. La fase de tensión creciente en el transcurso de la primavera dejó paso a una precaria situación de empate. Lo último que Hitler quería, ocupado como estaba en la acción militar en los Balcanes y, especialmente, en la preparación de la «Operación Barbarroja», era la entrada de Estados Unidos en la guerra como resultado de algún incidente en el Atlántico.

De hecho, Hitler había dado instrucciones repetidas veces al pendenciero almirante Raeder, cabeza visible de unos belicosos mandos navales alemanes ansiosos por enfrentarse abiertamente a la creciente amenaza estadounidense en el Atlántico, para que se evitaran todos los incidentes que pudieran ser interpretados como una provocación. El hundimiento del Robin Moor se había llevado a cabo desoyendo las órdenes expresas de Hitler, aunque hasta el otoño no dejó de ser un incidente aislado. La estricta prohibición impuesta a los submarinos alemanes de efectuar cualquier acción contra los barcos estadounidenses se mantuvo mientras se aproximaba la «Operación Barbarroja». A comienzos de junio, Hitler informó a Raeder de que «lo de registrar los barcos mercantes norteamericanos se tiene que posponer hasta que se envíen unidades de la flota a operar en el Atlántico», lo que constituía claramente una prohibición temporal hasta que la guerra en el mar pudiera librarse finalmente sin restricciones de ningún tipo.[1479]

El 21 de junio, el día anterior a la invasión de la Unión Soviética, Raeder planteó de nuevo la cuestión de las acciones navales alemanas contra los barcos norteamericanos en el Atlántico. El almirante hizo alusión a algo que había ocurrido el día anterior y que apenas podía calificarse de incidente, cuando un submarino alemán se había topado con un viejo acorazado estadounidense, el Texas, acompañado por un destructor de escolta, que se había internado algo más de quince kilómetros en la que había sido proclamada como área de combate alemana. El submarino trató de perseguirlo, pero el Texas acabó marchándose a toda velocidad, indemne y ajeno al peligro.[1480] Raeder se alegró del incidente, al igual que se había alegrado del episodio del Robin Moor, y expresó a Hitler su opinión de que «por lo que respecta a Estados Unidos, las medidas firmes son siempre más efectivas que una aparente rendición». Pero Hitler se mostró inflexible. «Por ahora —decía el informe de aquel encuentro con Raeder—, el Führer desea evitar los incidentes con buques de guerra y barcos mercantes estadounidenses fuera del área restringida bajo cualquier circunstancia. Para el área restringida será necesario dictar órdenes claramente definidas que no involucrarán a los submarinos en situaciones confusas o peligrosas y que se podrán cumplir».

Raeder, que supo captar el mensaje, propuso una franja de entre cincuenta y cien millas (entre unos ochenta y unos ciento sesenta kilómetros) dentro de los límites de la zona de combate en el interior de la cual debían evitarse los ataques contra buques de guerra estadounidenses. Hitler no quería malentendidos. «El Führer explica detalladamente —proseguía el informe— que hasta que la

operación “Barbarroja” no haya avanzado bastante desea evitar cualquier incidente con Estados Unidos. Después de unas semanas la situación se aclarará, y se puede esperar producir un efecto favorable en Estados Unidos y Japón; Norteamérica tendrá menos deseos de entrar en la guerra debido a la amenaza de Japón, que entonces se verá incrementada».[1481] Con aquella declaración, no sólo se ponía de manifiesto la naturaleza provisional de la prohibición de atacar barcos estadounidenses, sino que se hacían patentes los objetivos fundamentalmente estratégicos del ataque a la Unión Soviética. En tales objetivos, la posición de Japón resultaba crucial.

Inquietos e inseguros con respecto a las intenciones japonesas desde la firma del Pacto Tripartito, los dirigentes nazis habían tratado activamente de convencer a Japón de que atacase Singapur. La directiva de guerra de Hitler del 5 de marzo de 1941 sobre «Cooperación con Japón» comenzaba así: «El objetivo de la cooperación basada en el Pacto Tripartito tiene que ser llevar a Japón a emprender operaciones activas en Extremo Oriente lo antes posible. Las poderosas fuerzas inglesas quedarán inmovilizadas como consecuencia de ello, y el centro de interés de los Estados Unidos de América se desviará hacia el Pacífico».[1482] Unos días antes, Ribbentrop había intentado encarecidamente convencer al acérrimo partidario del Eje Hiroshi Oshima, que acababa de volver a ser designado embajador en Berlín, de que atacara Singapur.[1483] Los alemanes admitían que aquello traía consigo el riesgo de desencadenar la entrada de Estados Unidos en la guerra, que era al mismo tiempo lo que estaban tratando de evitar a toda costa. Sin embargo, la contradicción era sólo aparente. La intervención de Norteamérica en el Pacífico, pensaban, obstaculizaría su participación en Europa, en lugar de fomentarla. Además, creían que una ofensiva rápida contra Singapur, bastión de las posesiones británicas en Extremo Oriente, al tiempo que se renunciaba a atacar la base norteamericana de Filipinas, podría llevarse a cabo sin provocar una declaración de guerra por parte de Estados Unidos, y además mantendría ocupados a los norteamericanos en la defensa del Pacífico a expensas del Atlántico. Pero la intensificación de los intentos de Alemania de convencer a los japoneses de que atacaran Singapur se explicaba también por otra razón. Alemania quería asegurarse por todos los medios de que cuando se viera envuelta en una guerra con Estados Unidos, si era eso lo que sucedía, Japón estaría a su lado en el conflicto. Y, todavía preocupados por las intenciones de los japoneses, los alemanes seguían temiendo que éstos pudieran encontrar alguna vía de acercamiento a Estados Unidos, lo que dejaría finalmente a Alemania sola frente al despliegue del potencial norteamericano.[1484]

Esta preocupación siguió estando presente durante toda la primavera de 1941, y se vio agudizada cuando los alemanes tuvieron conocimiento de las acciones japonesas para calmar la tensión creciente entre Japón y Estados Unidos, acciones que parecían estar reñidas con la impresión dada por Oshima, defensor de la política alemana, y con los mensajes que llegaban a Berlín a través de la embajada alemana en Tokio sobre la postura antiamericana y pro-Eje del ministro de Exteriores japonés, Matsuoka. Cuando Matsuoka visitó Berlín a finales de marzo de 1941, Ribbentrop y el propio Hitler hicieron todo lo posible por conseguir que éste les garantizase un ataque inmediato contra Singapur. «La toma de Singapur —dijo Ribbentrop— permitiría muy probablemente mantener a Norteamérica fuera de la guerra, porque Estados Unidos no podría arriesgarse a enviar su flota a aguas japonesas. Si hoy, en una guerra contra Inglaterra, Japón triunfara con un golpe decisivo, como el ataque a Singapur, Roosevelt se encontraría en una complicada posición. Le resultaría difícil tomar medidas efectivas contra Japón».[1485] En su audiencia con el ministro de Exteriores japonés, Hitler desplegó todo su arsenal retórico. Alemania había asumido, dijo, la posibilidad de la ayuda

norteamericana a Gran Bretaña. Sin embargo, ésta no podía surtir un efecto real antes de 1942. Además, Japón no tenía por qué temer a la Unión Soviética en caso de emprender una acción contra Singapur, ya que las divisiones alemanas de la frontera oriental estaban listas para desplegarse en caso necesario (aunque Hitler no reveló nada sobre los verdaderos planes de invasión). El dictador alemán apeló a la realización inmediata de una «acción conjunta» de las potencias del Pacto Tripartito. Ningún momento podía ser más favorable para que los japoneses actuaran. Sin embargo, para gran decepción de Hitler, Matsuoka respondió con evasivas. El ataque a Singapur, comentó, era cuestión de tiempo y, en su opinión, cuanto antes se produjera, mejor. Pero en Tokio prevalecían otras opiniones. No podía ofrecer ningún compromiso.[1486]

En su siguiente reunión, después de una breve llamada de cortesía del ministro de Exteriores japonés a Mussolini, Hitler seguía irradiando una confianza que no dejaba ver la ansiedad latente en él. En caso de que Estados Unidos entrara en la guerra, Alemania resultaría victoriosa, aseguró. Combatiría con sus submarinos y con la Luftwaffe, y había tomado precauciones para asegurarse de que no se produciría ningún desembarco norteamericano en Europa. En cualquier caso, las tropas estadounidenses no estaban a la altura de los soldados alemanes. A continuación, y por iniciativa propia, Hitler hizo una promesa de gran importancia. Si Japón entraba en conflicto con Estados Unidos, Alemania «afrontaría las consecuencias» inmediatamente. Estados Unidos trataría de liquidar a sus enemigos uno por uno. «Por tanto —afirmó Hitler—, Alemania intervendría inmediatamente en caso de un conflicto entre Japón y Norteamérica, pues la fuerza de los aliados del Pacto Tripartito residía en actuar en común. Su debilidad sería dejarse derrotar por separado».[1487] Esta declaración espontánea nos da alguna pista para explicar por qué Hitler declaró la guerra a Estados Unidos ocho meses más tarde. Sin embargo, por el momento el dictador tuvo que aceptar que las intenciones japonesas no estaban claras y que nada que él pudiera hacer obligaría a Japón a emprender la ofensiva en Extremo Oriente que él tanto ansiaba.

Se acercaba el día en el que Hitler lanzaría su ofensiva global contra la Unión Soviética y los planes de los japoneses seguían siendo sumamente imprecisos. Los alemanes trataron de fomentar una postura más claramente antiamericana,[1488] pero no consiguieron que nada se concretase. El 6 de junio, el embajador alemán en Tokio, general Eugen Ott, informó de que Japón estaba intentando mejorar sus relaciones con Estados Unidos para impedir su entrada en la guerra. Como consecuencia de ello, se había aparcado por el momento el plan de un ataque japonés a Singapur, pues se suponía que éste «haría que Norteamérica entrase en la guerra al instante». Ott estaba seguro de que los japoneses accederían a su ruego de combatir si Estados Unidos entraba en la guerra por propia iniciativa. Pero si Norteamérica intervenía como resultado de un conflicto entre Alemania y Rusia, Japón no se sentía obligado a luchar en cumplimiento del Pacto Tripartito.[1489]

Así pues, cuando las tropas alemanas invadieron la Unión Soviética el 22 de junio, los riesgos para Hitler no podían ser más altos. Era absolutamente imprescindible obtener un rápido triunfo en la URSS. La victoria total alemana dependía de un golpe fulminante contra las fuerzas de Stalin, al que contribuiría si era posible el ataque japonés en Extremo Oriente dirigido contra Gran Bretaña y Norteamérica. Las acciones de Japón, que Hitler no podía controlar, eran ahora un componente crucial de la estrategia alemana, absolutamente condicionada por el fantasma de la intervención estadounidense. Cuando Norteamérica entrase en la guerra, algo que parecía inevitable si la batalla se prolongaba, las posibilidades de Alemania disminuirían rápidamente. Era exactamente lo mismo que Hitler había dicho a Jodl el 17 de diciembre de 1940: «Tenemos que resolver todos los

problemas continentales europeos en 1941 porque a partir de 1942 Estados Unidos estará en condiciones de intervenir».[1490]

III

Norteamérica no figuraba, como es natural, entre las principales preocupaciones de Hitler durante las semanas que siguieron a la ofensiva contra la Unión Soviética. Así, el problema de Estados Unidos estaba recluido en un rincón de la mente de Hitler, pero no completamente fuera de ella. Ante todo era esencial, durante aquella fase, hasta que se lograra la victoria, que ningún incidente en el que se vieran envueltos barcos estadounidenses perturbara el frente atlántico y se convirtiera en un pretexto que Roosevelt pudiera aprovechar para llevar a Norteamérica a la guerra. Con el almirante Raeder y sus colegas todavía consumidos por la impaciencia, Hitler no podía hacer otra cosa más que persistir firmemente en la política, adoptada ya antes de la «Operación Barbarroja», de contener a sus submarinos, pese a la intensificación de la «guerra no declarada» de Roosevelt en el Atlántico. «La actitud de Alemania con respecto a Estados Unidos», declaraban los mandos de la Armada el 8 de julio, era «seguir como antes: no dejarse provocar».[1491]

El día anterior las tropas estadounidenses habían puesto pie en Islandia. Esta nueva vulneración de la neutralidad de Estados Unidos hizo sin duda más difícil la guerra en el Atlántico para Alemania, con el evidente resultado de facilitar el paso de convoyes británicos que utilizaban la misma ruta que los navíos estadounidenses que estaban trasladando tropas a Islandia. Pero Hitler no estaba dispuesto a tolerar las represalias. De hecho, aunque los comandantes de los submarinos alemanes en el Atlántico Norte habían pedido permiso inmediatamente para actuar en aguas islandesas, la política siguió siendo la misma: evitar cualquier provocación.

Raeder estaba muy descontento. El 9 de julio, en la «Guarida del Lobo», el «Cuartel General de Führer» que se había instalado en Prusia Oriental, el almirante intentó que Hitler tomara una decisión sobre si «la ocupación de Islandia por EEUU se tiene que considerar una entrada en la guerra o un acto de provocación al que no se debería prestar atención». La respuesta ofrecida nos permite adentrarnos en el pensamiento de Hitler. «El Führer —señalaban las notas de Raeder sobre la reunión— explica detalladamente que desea por todos los medios aplazar la entrada de Estados Unidos en la guerra uno o dos meses más. Por un lado, la Campaña Oriental ha de proseguir con toda la Fuerza Aérea, que está preparada para esta tarea y de la que [Hitler] no quiere desviar ni siquiera una parte; por otro lado, una campaña victoriosa en el Frente Oriental producirá un efecto tremendo en el conjunto de la situación y probablemente también en la actitud de EEUU. Por lo tanto, por el momento no desea que cambien las instrucciones existentes, lo que quiere es estar seguro de que se evitarán los incidentes».[1492]

Lo que no dejó claro fue si pensaba que el aplazamiento del conflicto con Estados Unidos llevaría, después de un final victorioso de la campaña oriental, a la apertura de hostilidades por parte de Alemania o a un supuesto movimiento de Roosevelt para entrar en la guerra. Sin embargo, el sentido de las observaciones de Hitler nos da a entender que en tal caso el movimiento lo habría efectuado Alemania. Esta idea se ve reforzada por lo que dijo el dictador a Raeder poco más de dos

semanas después, el 25 de julio. Hitler insistió en que quería evitar que Estados Unidos declarase la guerra mientras seguía en marcha la campaña oriental. No obstante, «después de la campaña oriental, se reserva el derecho a tomar medidas severas también contra EEUU»[1493] En pleno verano de 1941, pues, con la Wehrmacht arrasando en su avance hacia el este, Hitler se estaba planteando la posibilidad de una guerra con Estados Unidos en el futuro próximo, aunque sólo una vez aplastada la Unión Soviética.

La victoria en el este parecía en aquel momento prácticamente conseguida. El jefe del Estado Mayor del Ejército, general Franz Halder, había concluido ya el 3 de julio que no era exagerado afirmar que la campaña oriental se había ganado en el transcurso de dos semanas.[1494] Tan arrogante atrevimiento no tardaría en revelarse un auténtico desatino, pero fue aquella atmósfera de euforia la que sirvió de marco a las cavilaciones de Hitler sobre la guerra contra Estados Unidos en cuanto sus manos quedaran libres en el este.

A mediados de julio Hitler planteó a Oshima embajador japonés en Berlín, la atolondrada idea de una campaña conjunta entre Alemania y Japón para derribar en primer lugar la amenaza de la Unión Soviética y después la de Estados Unidos. «No podremos eludir el enfrentamiento con Norteamérica», dijo Hitler. No había que suponer que el que no estuviera haciendo nada en aquel momento significaba que aceptaba la ocupación estadounidense de Islandia. No temía a Norteamérica. La industria armamentística europea era mucho mayor que la estadounidense. Y él había conocido a los soldados americanos en la Primera Guerra Mundial: los alemanes eran muy superiores. En cuanto la ofensiva oriental hubiera terminado, dirigiría sus esfuerzos, antes concentrados en la tierra, al fortalecimiento de la Armada y la Fuerza Aérea. (No en vano, el día anterior había emitido una directiva de guerra en ese sentido. La enorme preferencia otorgada a los submarinos frente a los barcos de superficie tenía la vista puesta claramente en Gran Bretaña y Norteamérica.[1495] Y podemos recordar que ya en mayo Hitler estaba planeando instalar bases de bombarderos de largo alcance en las Azores para atacar Estados Unidos.)[1496] Tras deshacerse en elogios a la Wehrmacht, Hitler dijo a Oshima que la destrucción de Rusia era sumamente conveniente tanto para Alemania como para Japón. Rusia siempre sería aliada de sus enemigos. Alemania estaba amenazada en el este por la Unión Soviética y en el oeste por Estados Unidos, afirmó. Para Japón era al revés. Por tanto, prosiguió, él pensaba «que deberíamos destruirlos conjuntamente»

Las condiciones actuales, insinuó Hitler a Oshima, eran óptimas para la intervención japonesa. «La guerra rusa ya la ganamos» afirmó rotundamente. La resistencia soviética pronto sería vencida. Hitler habría terminado en el este en septiembre. No necesitaba ayuda. Podía continuar la lucha en solitario. No obstante, aseguró, la destrucción de la Unión Soviética también daría paso a un momento decisivo para el destino de Japón. El y Ribbentrop (también presente) ya habían animado a Japón a penetrar en Siberia. El ataque a Vladivostok había venido a sustituir temporalmente al de Singapur.[1497] El objetivo estratégico de Hitler se hizo ahora evidente. «¿Qué haría entonces Estados Unidos? ¿Cómo llevaría a cabo la guerra? —preguntó—. La destrucción de Rusia debe convertirse en la gran obra política de Alemania y Japón. Y podríamos facilitarnos las cosas si actuásemos al mismo tiempo, si cortásemos la vía de acceso a los recursos esenciales de Rusia al mismo tiempo». Aquella idea ofrecía la ocasión, y también la esperanza. «Si existiese alguna posibilidad de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra —concluía—, sólo sería con la destrucción de Rusia, y sólo si Japón y Alemania actúan de forma fría [eiskalt] y resuelta».[1498]

Una vez más, Hitler había estado oscilando entre la idea de la destrucción de la Unión Soviética

para mantener a Norteamérica fuera de la guerra y como plataforma para la ofensiva contra Estados Unidos. Sea como fuere, la conversación con Oshima, con el este supuestamente ganado, ponía de manifiesto que Estados Unidos figuraba entre las preocupaciones centrales de Hitler relativas a la consecución de la victoria final. Era necesario estudiar las consecuencias globales de la hegemonía en Europa (retomando las ideas de 1928 plasmadas en el «Segundo Libro»). Esa era la premisa para el enfrentamiento con Estados Unidos que Hitler juzgaba una vez más inevitable. Y aunque era evidente que con aquellas palabras estaba tratando de llamar la atención con la esperanza de impresionar a los japoneses para que actuaran como él quería, sin duda en aquel momento la posición de Japón en la visión estratégica de Hitler era central. Pero lo único que Hitler podía hacer era confiar en que los dirigentes de Japón vieran las cosas como las veía él. En realidad, su idea sobre las intenciones japonesas iba todavía bastante desencaminada. Un mes más tarde seguía convencido aún de que Japón atacaría la Unión Soviética.[1499] Sin que él lo supiera, el 2 de julio, casi dos semanas antes de la conversación de Hitler con Oshima, los dirigentes nipones ya habían decidido rechazar la «opción del norte», la de atacar la Unión Soviética. Los líderes japoneses no estaban tan seguros como Hitler de que la guerra alemana en el este ya estuviera ganada.

Un mes después de que Hitler pintara para complacer a Oshima tan esperanzador panorama, el clima en su cuartel general de Prusia Oriental se había vuelto considerablemente más pesimista. Pese a los nuevos avances alemanes, ahora era evidente que el golpe fulminante no había tenido éxito. Las dificultades logísticas iban en aumento, paralelamente al creciente número de bajas. Ante todo, las defensas soviéticas estaban resultando ser más resistentes de lo previsto. El 11 de agosto, el general Halder reconoció que «hemos subestimado al coloso ruso».[1500] Cada vez estaba más claro que la guerra se prolongaría hasta adentrarse en el invierno. A mediados de agosto, Hitler, que padecía disentería y una fuerte tensión nerviosa, se encontraba envuelto en el primero de sus numerosos y nada beneficiosos conflictos con sus principales consejeros militares. ¿Debía ser Moscú el objetivo primordial, como sugerían sus generales, o bien, como establecía el plan de la «Operación Barbarroja» y Hitler no se cansaba de repetir, lo debía ser la ofensiva para asegurarse las cruciales regiones industriales y petrolíferas del sur de la Unión Soviética y el control del Báltico mediante la conquista de Leningrado en el norte?[1501] Cuando la decisión —que sólo unas semanas después quedaría resuelta en beneficio de la desesperada campaña de otoño contra Moscú antes de la llegada de las nieves invernales— seguía todavía pendiente y los generales de Hitler estaban retrocediendo ante los atronadores arrebatos de éste, llegó la noticia de la Carta del Atlántico, resultado de la reunión de Churchill con Roosevelt en la bahía de Placentia, en Terranova.

Inmediatamente, Goebbels resumió con mucho cinismo y bastante precisión la Carta del Atlántico como «un típico producto de propaganda», algo de lo que él sabía mucho. «Obviamente Churchill se había propuesto empujar a Norteamérica a la guerra —comentó—. En eso no tuvo éxito. Roosevelt no puede en este momento provocar la entrada de Estados Unidos en la guerra debido a la opinión popular norteamericana. Por eso, evidentemente, han acordado esta gigantesca farsa propagandística». Goebbels dio instrucciones a la prensa alemana para que se expresara con la mayor virulencia posible en relación con los ocho puntos de la Carta. Aunque reconocía que, con la Carta, Roosevelt se había aliado inequívocamente con los objetivos de los beligerantes británicos, de ninguna manera se podía afirmar «que con esta Declaración hubiera tenido lugar una transformación en la situación general de la guerra».[1502] Ribbentrop hizo suya la expresión de que la Carta Atlántica era «una enorme gran farsa» en un memorándum preparado para Hitler el 17 de

agosto.[1503]

Al día siguiente, Goebbels visitó a un enfermo e irritable Hitler en su puesto de mando. Como era de esperar, el dictador alemán restó importancia a la Carta del Atlántico, tal y como Goebbels había pronosticado. En esto, como en tantas cosas, las opiniones de Hitler sobre Estados Unidos venían dictadas, al menos en parte, por los despachos que recibía del agregado militar alemán en Washington, Bötticher, que había enviado por cable el mensaje de que la Conferencia del Atlántico carecía de relevancia. Bötticher había creído sistemáticamente (y erróneamente) que los norteamericanos estaban tan ocupados con Japón que el Pacífico era su prioridad, por lo que minimizaba la amenaza que suponían para Alemania. Y también daba pábulo a los prejuicios de Hitler al expresarle a menudo su creencia de que los judíos estaban gobernando Norteamérica.[1504] Bötticher había señalado ahora que la reunión entre Churchill y Roosevelt no alteraría en absoluto el curso de los acontecimientos o el equilibrio de fuerzas. Estados Unidos no podía entrar en la guerra todavía, pese a lo que dijeran las declaraciones, porque los preparativos militares estaban incompletos y porque temía la guerra en dos frentes. Las divisiones internas en Estados Unidos eran, según él, reflejo del «conflicto entre la concepción judía del mundo y el verdadero americanismo», el cual era opuesto a la intervención.[1505]

En vista de aquella información preliminar, era de prever que Hitler no se sintiera impresionado por la Carta del Atlántico. Sobreestimando enormemente una reciente crítica a Churchill en el Parlamento, pensó que las dificultades internas del primer ministro británico explicaban su intento de convencer a Roosevelt de que entrase en la guerra.[1506] El presidente estadounidense no podía acceder, como en realidad quería, porque tenía que ser prudente con la situación interna en Estados Unidos. (Hitler estaba muy al corriente de los enconados debates generados en el Congreso por la ampliación de la Ley de Servicio Militar. Obligatorio.) En su opinión, Roosevelt y Churchill habían acordado la Declaración de la Carta del Atlántico porque no estaban en condiciones de decidir nada que tuviera verdadero valor en la práctica. La Carta, concluía Hitler, «no puede hacernos ningún daño».[1507]

Adivinar las intenciones japonesas seguía siendo un puro juego de conjeturas. «El Führer está convencido de que Japón efectuará el ataque a Vladivostok en cuanto las fuerzas estén reunidas — anotó Raeder con motivo de la reunión mantenida con Hitler el 22 de agosto—. La actitud distante actual se puede explicar por el hecho de que la congregación de las tropas debe llevarse a cabo sin turbulencias, y a que el ataque tiene que ser un movimiento sorpresa».[1508] El optimismo de Hitler era infundado y desatinado. De hecho, el Ministerio de Exteriores alemán no estaba tan convencido como él de las intenciones de Japón. La sustitución a mediados de julio del ministro de Exteriores japonés, Matsuoka, partidario del Eje, por el almirante Toyoda, conocido por su actitud más conciliatoria con Estados Unidos, no fue interpretada precisamente como una señal positiva, y despertó las sospechas de que Japón, que había sufrido la congelación de sus activos en Estados Unidos el 26 de julio como reacción por la ocupación del sur de Indochina, podía estar buscando desesperadamente un acercamiento con los norteamericanos. El malestar se vio agudizado cuando a finales de agosto se recibió la noticia de que el primer ministro japonés, el príncipe Konoe, había transmitido un importante mensaje al presidente Roosevelt. Aquello fue interpretado como una medida para evitar el conflicto, precisamente lo contrario de lo que Alemania quería. Los alemanes se quedaron con la duda, aunque no pudieron evitar empezar a sospechar que los japoneses no tenían ninguna intención de precipitarse hacia una acción que provocase un enfrentamiento con Estados

Fue entonces cuando el incidente del Greer vino a dar una nueva vuelta de tuerca a los acontecimientos en el Atlántico. Goebbels se inclinó inicialmente por restarle importancia, e incluso pensó al principio que probablemente había sido un submarino inglés que trataba de forzar una provocación para empujar a los estadounidenses a la guerra. Goebbels seguía pensando que la posición de Roosevelt no era lo suficientemente fuerte como para arriesgarse a la guerra, y le sorprendió la forma en la que la prensa norteamericana explotó el episodio. El, por su parte, estaba dispuesto a dejar que la prensa alemana atacara a Roosevelt personalmente, pero no a asociar dichos ataques con el incidente del Atlántico y ofrecer un motivo de provocación. «Nuestra posición es por el momento extraordinariamente difícil —escribió—. Tenemos que actuar con gran sensibilidad y sumo tacto».[1510] Sin embargo, cuando Roosevelt pronunció su discurso sobre la política de «disparar en el acto» el 11 de septiembre, Goebbels ordenó a la prensa que lanzara una invectiva a gran escala sobre el presidente. El ministro entendió el discurso como el inicio de una guerra extraoficial por parte de Roosevelt. Pensaba que la opinión pública estadounidense era lo único que estaba poniendo freno a una guerra declarada oficialmente. Y cabía la duda, creía, de que si se producía una serie de enfrentamientos armados Roosevelt pudiera conseguir sin problemas que la opinión pública respaldase una declaración oficial. Goebbels dejó muy claro lo inoportuno que sería eso en aquel momento para Alemania. «La entrada de Estados Unidos en la guerra sería extremadamente desagradable, no tanto desde el punto de vista material como desde el psicológico —comentó—. Pero también eso tendríamos que aguantarlo».[1511] Un día más tarde, resumió así sus propios sentimientos (y sin duda los de Hitler): «Cuanto más tiempo podamos retrasar una declaración formal de guerra, mejor será para nosotros. Si, como todos esperamos y ansiamos de modo apremiante, hemos logrado concluir con éxito la campaña oriental, entonces ya no nos podrá dañar mucho más».[1512]

La cautela de la que Goebbels hacía gala no era compartida por Raeder y los mandos navales. Al igual que antes, éstos estaban interesados en entrar de lleno en la batalla del Atlántico y no querían aceptar sin protestar que los norteamericanos siguieran explotando el incidente del Greer. El 17 de septiembre, Raeder y el comandante en jefe de Submarinos, almirante Dónuts, plantearon a Hitler una serie de propuestas para modificar las instrucciones de combate dadas a los submarinos que se encontraban en el Atlántico. Aparte de su deseo de potenciar al máximo los intereses de las distintas facciones de la Armada, ambos creían que la mejor forma de lograr la victoria alemana era cortar los suministros que recibían los británicos de Estados Unidos. Hacerlo significaba ampliar la guerra en el mar contra los barcos norteamericanos que asistían a los convoyes británicos. Dudar en tal empresa, pensaban, era un grave error. Querían contar con libertad para atacar a los buques escolta de los convoyes sin tener que respetar el área de bloqueo y para atacar a los navíos estadounidenses si éstos estaban ayudando al enemigo o se veían envueltos en un asalto o una persecución. También trataron de lograr el reconocimiento de una zona de neutralidad de tan sólo veinte millas (algo más de treinta kilómetros) desde la costa norteamericana. Las propuestas equivalían prácticamente a la concesión de una licencia ilimitada a los submarinos en el Atlántico, y para Hitler iban demasiado lejos en aquel momento tan crucial de la campaña en el este. «Sobre la base de una detallada discusión de la situación en su conjunto —escribió Raeder— en la que parece ser que septiembre traerá la gran resolución de la campaña rusa, el Führer solicita que se tenga mucho cuidado de no provocar ningún incidente en el mar con barcos mercantes antes de mediados de octubre más o

menos».[1513] Sin embargo, por supuesto, el final de septiembre no trajo la victoria en la Unión Soviética. Y mediados de octubre llegó y se fue sin ningún cambio en las órdenes de Hitler para los submarinos del Atlántico.

La atención de Hitler, y la de sus principales generales, estaba entre tanto centrada completamente en el drama que se estaba desarrollando en el frente oriental. Aunque el avance hacia Moscú había comenzado a primeros de octubre, las posibilidades de tomar la ciudad antes del invierno estaban disminuyendo. El calendario se había trastocado por completo. El espléndido plan estratégico que sustentaba la «Operación Barbarroja» estaba ya al borde de la ruina. Y sin embargo la amenaza de Estados Unidos, en rápido proceso de rearme, no había menguado. Para los dirigentes alemanes, Roosevelt —presionado por los sectores judíos más belicistas— estaba decidido a llevar al país a la guerra.

Desde el punto de vista de Berlín, cada vez se imponía con mayor claridad la necesidad de una acción japonesa en Extremo Oriente. Sin embargo, las expectativas alemanas con respecto a Japón habían experimentado una sutil transformación. Cuando Hitler habló con Oshima en julio, quería, e incluso esperaba, que los japoneses cooperaran en el derribo de la Unión Soviética y después se ocuparan de Estados Unidos. Ahora estaba empezando a crecer la esperanza de que la tensión extrema entre Japón y Estados Unidos no se mitigaría para dejar paso a un precario acuerdo, sino que acabaría desbordándose y provocando una guerra a gran escala en el Pacífico. Entre tanto, Hitler prefería evitar presionar a Japón. No quería dar la impresión de que Alemania necesitaba a los japoneses.[1514] Pese a ello, el 13 de septiembre, Ribbentrop, explicando que la agresión de Roosevelt desencadenaría sin ninguna duda la guerra entre las potencias del Eje y Estados Unidos intentó que Tokio garantizase que Japón cumpliría con los compromisos adquiridos en el Pacto Tripartito, y quiso que Washington recibiera un aviso en ese sentido.[1515]

El cambio de Gobierno en Tokio el día 18 de octubre hizo nacer nuevas esperanzas. El final de la Administración de Kono y el nuevo Gabinete constituido bajo las órdenes del general Tojo, conocido por su combatividad, fueron interpretados acertadamente como señal de que la base de las negociaciones con Washington había fracasado. Pero Hitler seguía siendo escéptico. Le parecía ver un desacuerdo entre las enérgicas palabras del nuevo Gabinete japonés y sus acciones. No confiaba en Tojo, pensaba que la formación del nuevo Gabinete era un ardid táctico para obtener concesiones de Estados Unidos y tenía las mismas dificultades que antes para interpretar las intenciones japonesas, que seguían siendo completamente opacas. Incluso el propio Oshima desconocía los propósitos de su Gobierno.[1516] Sin embargo, Goebbels suponía «que ahora al menos de manera gradual los japoneses empezarán a moverse», [1517] lo que, a su vez, mantendría ocupados a los estadounidenses, los distraería del Atlántico y de la guerra europea y proporcionaría tiempo a los alemanes para acabar con los soviéticos. No obstante, mientras la campaña oriental no estuviera resuelta, la prohibición de provocar incidentes que pudieran constituir peligrosos momentos críticos en las relaciones con Estados Unidos debía mantenerse.

De modo que, aunque en realidad los incidentes se multiplicaron, éstos recibían sólo una atención pasajera en la prensa alemana, y se entendía que Roosevelt exageraba su significado dentro de su país. Así, el ataque con torpedos contra el Kearny el 17 de octubre fue descrito como una invención del presidente estadounidense para facilitar la aprobación en el Congreso del controvertido proyecto de ley para derogar importantes secciones de la Ley de Neutralidad.[1518] Y cuando se hundió el Reuben James el 31 de octubre, la prensa alemana se limitó a realizar una enérgica denuncia de las

afirmaciones de Roosevelt acerca de los documentos secretos que decía poseer y que ilustraban las intenciones de los nazis en relación con Sudamérica. En cuanto a las consecuencias del hundimiento mismo, Goebbels las resumió con gran perspicacia: «Probablemente Roosevelt no necesita la guerra en este momento. Primero tiene que ver cómo van las cosas con Japón, y además la opinión pública de Estados Unidos se interpone en su camino. De todos modos, no creo que haya que inquietarse por ahora».[1519] En un discurso dirigido a la «vieja guardia» del Partido Nazi el 8 de noviembre de 1941, fecha del aniversario del infortunado golpe de 1923, Hitler destacó su moderación en el Atlántico, en contraste con la ligereza de los norteamericanos a la hora de disparar y las provocaciones de Roosevelt, y volvió a mofarse de las supuestas pruebas del presidente sobre los planes de los nazis en Sudamérica.[1520] En una conversación mantenida con Raeder cinco días después, Hitler confirmó que las órdenes dadas a la Armada debían permanecer intactas aunque el Congreso revocara la Ley de Neutralidad y admitió que la política naval seguía siendo «reducir las posibilidades de incidentes con las fuerzas norteamericanas».[1521] Sin embargo, como Hitler comprendió sin duda, aquella política (que, como hemos visto, los líderes navales habían estado tratando de cambiar por todos los medios) no podía prolongarse indefinidamente una vez que la legislación estadounidense sobre neutralidad se hubo modificado sin reconocer la guerra en el Atlántico y tampoco, en consecuencia, el fortalecimiento de la vital línea de abastecimiento a Gran Bretaña, que permitía el mantenimiento de la campaña bélica británica.[1522] La política alemana de tolerancia, por tanto, tenía necesariamente límites temporales... indefinidos, pero reales.

Durante el otoño, Hitler habló más de una vez con su habitual estilo arrollador, aunque vago, sobre el gran enfrentamiento con Estados Unidos como una obligación de la siguiente generación. Retomaba así (o repetía) lo que ya había planteado en los años veinte. Sin embargo, es difícil determinar en qué medida se creía lo que estaba diciendo. Como siempre, lo más importante para él era el efecto causado en quienes lo escuchaban.[1523] Y es que en aquel momento Hitler sabía mejor que la mayoría que el enfrentamiento llegaría mucho antes de eso. La verdad era que la guerra con Estados Unidos no podía evitarse, ni siquiera aplazarse mucho tiempo.

Sin embargo, con los alemanes y los estadounidenses negándose a sobrepasar el borde y arrojarse al abismo de la guerra en el Atlántico, fueron los acontecimientos vividos en el Pacífico, que escapaban al control del Reich de Hitler, los que acabaron provocando la crucial decisión que llevó a Alemania a emprender abiertamente las hostilidades contra Estados Unidos.

IV

La petición realizada por Ribbentrop el 13 de septiembre con el fin de obtener garantías de que Japón cumpliría con los términos del Pacto Tripartito en caso de guerra entre Alemania y Estados Unidos quedó sin respuesta durante todo el mes de octubre. El cambio de Gobierno en Japón a mediados de mes, cuando el general Tojo, partidario de la línea dura, sustituyó a Konoé como primer ministro, no había provocado, aparentemente, ninguna alteración sustancial en la línea de actuación. Hitler, según se dijo en el Ministerio de Exteriores, no esperaba gran cosa del nuevo Gabinete. Al parecer había cambiado de opinión desde el verano sobre la entrada de Japón en la guerra contra la

Unión Soviética y ahora le preocupaba bastante que Tojo pudiera estar contemplando esa posibilidad. No era eso lo que quería en ese momento. El conflicto entre Japón y Estados Unidos en el Pacífico era mucho más conveniente, bajo su punto de vista. Hitler seguía abrigando esperanzas, aunque cada vez menores, de poder obligar a Gran Bretaña a ir a la mesa de negociaciones derrotando a la Unión Soviética. «Si Rusia cae ahora e Inglaterra quiere hacer las paces con nosotros —dijo, al parecer— Japón podría ser un obstáculo para nosotros».[1524] Los dirigentes alemanes no tenían claro el impacto de la llegada al poder de Tojo en las relaciones entre Tokio y Washington. La impresión que transmitió el embajador alemán en Tokio, general Ott, fue que las relaciones entre Japón y Estados Unidos se habían deteriorado. Pero tampoco había señales de una acción clara. Hacia finales de mes, Goebbels observó un aumento de la tensión, pero sólo en el terreno propagandístico. «Es bastante discutible —señaló— que Tojo vaya a avanzar hacia una acción decisiva. Tal vez el Führer tiene razón al ser escéptico. En cualquier caso, no deberíamos albergar falsas esperanzas».[1525] Al final del mes, Ott informó de que los japoneses no habían tomado ninguna decisión acerca del comunicado para Estados Unidos que Alemania había solicitado seis semanas antes, el 13 de septiembre.[1526] Aquello causó un efecto sumamente desalentador.

Goebbels, influido por Hitler, era ahora un completo escéptico en lo relativo a los japoneses. Tojo «habla con firmeza, pero no remata», así lo expresó el ministro de Propaganda el 6 de noviembre. «Los japoneses, evidentemente, no están por la labor de intervenir activamente en el conflicto —añadió—. Menos mal que no contábamos con el apoyo militar activo de Japón, así que nuestros cálculos no se ven afectados en esencia por este hecho».[1527] Pero Goebbels no estaba al tanto de todo.

Las cosas habían empezado a cambiar justo entonces, y las tentativas de acercamiento habían procedido de Tokio, no de Berlín. La primera señal fue un mensaje de Ott del 5 de noviembre sobre el intento de conciliación de la Armada japonesa «relativo al compromiso alemán de no formalizar por su cuenta una paz o un armisticio en caso de guerra americanojaponesa».[1528] Más prometedor todavía —y desencadenante de un aluvión de réplicas y contrarréplicas— fue el globo sonda lanzado por el general Kio Puku Okamoto, jefe de la Sección de Ejércitos Extranjeros del Estado Mayor japonés, el 18 de noviembre. Okamoto comunicó que a los ojos del Estado Mayor japonés era muy poco probable lograr una solución pacífica para los problemas entre Japón y Estados Unidos. Si las relaciones se rompían, los japoneses recurrirían a la «auto-ayuda», que se vería seguida a continuación por la entrada de Estados Unidos en la guerra. Lo que Okamoto quería, en nombre del Estado Mayor, era que ambos países, Alemania y Japón, se comprometieran «a no formalizar ningún armisticio o paz por separado, sólo conjuntamente».[1529] Ribbentrop respondió rápidamente, a través de un mensaje que Ott transmitió por orden suya el 21 de noviembre: en Berlín se daba por sentado que cualquier armisticio o paz, en caso de guerra entre Japón y Estados Unidos, sólo se podía formalizar conjuntamente y que se podía hacer de ello un acuerdo oficial.[1530]

Los japoneses no perdieron ni un segundo. Al cabo de dos días, el 23 de noviembre, Ott estaba transmitiendo la respuesta de Okamoto, que dejaba muy claro que se había consultado al propio Tojo. El engranaje diplomático avanzaba así un paso más. Okamoto había preguntado a Ott, según comunicó el embajador, si en su opinión «Alemania también se consideraría en guerra con Estados Unidos si Japón abriera las hostilidades».[1531] El Pacto Tripartito, conviene recordar, había establecido como condición para cualquier acción conjunta la agresión por parte de un tercero. Pero, ¿qué sucedía si Japón disparaba primero? Nada se había decidido sobre dicha eventualidad.

Curiosamente, las palabras pronunciadas por Hitler en la reunión mantenida en abril con Matsuoka para asegurar que estaba dispuesto a ofrecer el inmediato apoyo de Alemania en caso de que Japón se viera involucrado en un conflicto con Estados Unidos, independientemente de quién fuera la fuerza agresora, fueron olvidadas u obviadas.[1532] No está claro si aquella afirmación había sido incorrectamente transmitida a Tokio en su momento, si no había sido interpretada como un compromiso serio por parte de Hitler o si simplemente se había pasado por alto. En cualquier caso, no había sido exactamente un acuerdo formal. Por eso, lo que ahora estaba tratando de lograr Okamoto era una garantía oficial de que Alemania ofrecería su apoyo militar en una guerra que hubiera iniciado el propio Japón, algo que no estaba contemplado en el pacto. El ofrecer tal garantía obligaba al Reich alemán a ir a la guerra con Estados Unidos, una circunstancia que hasta entonces se había intentado evitar por todos los medios. La iniciativa en la decisión sobre la guerra de Alemania con Estados Unidos se habría trasladado a Japón. A cambio de ese compromiso, Okamoto no ofrecía absolutamente nada. Y, aunque Hitler y Ribbentrop no lo sabían, el Gobierno japonés, al mismo tiempo que trataba de alcanzar un acuerdo con Alemania para impedir una paz por separado con Estados Unidos, estaba decidido a rechazar categóricamente la petición alemana de intervenir en la guerra contra la Unión Soviética. Si esto último se convertía en una de las condiciones alemanas para apoyar a los japoneses en la guerra contra Norteamérica, no se podría llegar a ningún acuerdo,[1533]⁰ aunque eso tampoco detendría los preparativos japoneses, que estaban entrando ahora en sus últimas fases.

De esto no sabían nada los alemanes. Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado en el Ministerio de Exteriores alemán, había anotado en su diario el 23 de noviembre que sería difícil salvar la distancia entre las demandas japonesas y las estadounidenses, pero que Tokio no ofrecía mucha información sobre el avance de las negociaciones con Washington.[1534] Goebbels seguía lamentándose de la que interpretaba como falta de agresividad por parte de Tojo. «En este momento no puede haber ninguna conversación sobre las intenciones japonesas de intervenir en la guerra», concluyó a mediados de noviembre.[1535] De hecho, los dirigentes japoneses ya habían fijado el 25 de noviembre como su fecha límite para alcanzar un acuerdo con los estadounidenses. Si para entonces dicho acuerdo no se había logrado, habría guerra. Y no se logró; y al día siguiente el contingente naval zarpó en secreto hacia Pearl Harbor.

Pasaron cinco días sin que la decisiva pregunta de Okamoto, planteada el 23 de noviembre, obtuviera respuesta.[1536] Pero una vez que Ribbentrop supo, el 27 de noviembre, que los estadounidenses habían presentado a Japón un ultimátum que provocaría casi con toda seguridad el fin de las negociaciones y la ruptura de relaciones, reaccionó con rapidez, sin duda después de consultarlo con Hitler.[1537] Al día siguiente dijo a Oshima, el embajador japonés, que en su opinión Japón no podía evitar un enfrentamiento con Estados Unidos. Pensaba que la situación nunca podría ser más favorable que en aquel preciso momento, e instó enérgicamente a Japón a que declarase la guerra de inmediato, tanto a Estados Unidos como a Gran Bretaña. Según decía en un mensaje enviado por Oshima a Tokio, el ministro de Exteriores alemán afirmó entonces: «Si Japón acabase interviniendo en una guerra con Estados Unidos, Alemania por supuesto entraría en la guerra inmediatamente. No existe la más mínima posibilidad de que Alemania llegue a un acuerdo de paz por separado con Estados Unidos en tales circunstancias. El Führer está decidido en ese punto».[1538]

El 30 de noviembre, Ott aseguró en Tokio al ministro de Exteriores japonés, Togo, que Alemania

permanecería al lado de Japón,[1539] e inmediatamente se envió una respuesta urgente a Oshima. Este, por su parte, informó en secreto a Hitler y a Ribbentrop de que «existe el peligro extremo de que la guerra estalle de repente entre las naciones anglosajonas y Japón a través de algún enfrentamiento armado». También añadió que «la guerra podía producirse antes de lo que nadie pueda imaginar»,[1540] y aseguró que la promesa hecha de palabra por Ribbentrop se había convertido en un acuerdo escrito. A última hora de la tarde del 1 de diciembre, o a primera hora del día 2, Oshima comunicó a Ribbentrop el consentimiento de Tokio. Pero antes de que se pudiera establecer un acuerdo formal, Ribbentrop necesitaba la aprobación definitiva del Führer.[1541]

A comienzos de los años cuarenta era muy difícil que un jefe de Estado no estuviera localizable por teléfono o por radio, pero en este caso parece ser que en los tres días siguientes Hitler permaneció incomunicado, atrapado después de una fugaz visita al frente oriental y sin poder volver a su cuartel de Prusia Oriental hasta el 4 de diciembre. Hasta entonces no pudo localizarlo Ribbentrop para tomar una decisión final. Esta acabó dando lugar a la apresurada elaboración de un nuevo acuerdo que venía a sustituir en la práctica el Pacto Tripartito del año anterior y que fue presentado a Oshima aquella noche.[1542] La aprobación de Hitler sentenciaba ahora la suerte de Alemania, que acabaría sin duda yendo a la guerra contra Estados Unidos.

Un impaciente Ribbentrop contactó inmediatamente con Roma y ésta aceptó sin más dilación su planteamiento. Mussolini estaba encantado con la iniciativa japonesa. «Así conseguimos la guerra entre continentes, lo que llevo planeando desde septiembre de 1939», declaró.[1543] En virtud de los dos primeros artículos, de suma trascendencia, todos los socios se comprometían a intervenir si estallaba la guerra entre alguno de ellos y Estados Unidos, y a no formalizar ningún armisticio o paz con Estados Unidos o Gran Bretaña que no obtuviera un absoluto consentimiento común[1544] Lo único que faltaba era firmarlo. Weizsäcker esperaba que el asunto hubiera quedado zanjado para el 6 de diciembre,[1545] pero no fue así. Todavía quedaban detalles por resolver, y eso llevaba su tiempo.

Durante varios días, los dirigentes alemanes habían tenido la sensación de que la crisis en las relaciones entre Japón y Estados Unidos estaba a punto de estallar. Con las tropas alemanas atrapadas en las inmensidades rusas y un grave revés militar en ciernes a las puertas de Moscú, aquella noticia fue recibida con los brazos abiertos, al igual que la posibilidad ofrecida por Oshima de una ofensiva japonesa contra Singapur en el futuro próximo.[1546] La urgencia por revisar el acuerdo tripartito en atención a la petición japonesa era reflejo de aquella sensación de que no tardaría en llegar un momento decisivo en el conflicto en beneficio de Alemania.

No todos compartían el optimismo de Hitler (y de Ribbentrop) con respecto a los japoneses. En el Ministerio de Exteriores, Weizsäcker comentó que durante unos días los japoneses habían considerado inevitable el enfrentamiento con Estados Unidos. Y aunque, a su modo de ver, desde el punto de vista alemán la entrada de Japón en la guerra servía para equilibrar la situación de manera justa y ecuánime, en términos generales, Weizsäcker, racional y pesimista con respecto a las posibilidades de Alemania a largo plazo, no recibió con agrado la noticia de la participación japonesa.[1547] Por aquel entonces estaba llegando a los cuarteles generales del Estado Mayor del Ejército información procedente del Ministerio de Exteriores según la cual la tormenta podía estallar pronto. El general Halder supo el 6 de diciembre que el conflicto entre Japón y Estados Unidos era «posiblemente inminente».[1548] Goebbels, que no estaba al tanto del tira y afloja diplomático entre Tokio y Berlín, dejó constancia en repetidas ocasiones de la creciente tensión. El 6 de diciembre

escribió: «La disputa entre Washington y Tokio sigue estando en un momento crítico. Tengo la impresión de que las cosas ya no se pueden arreglar. En algún momento estallará la bomba en este conflicto».[1549]

No sabía Goebbels lo cerca que estaban sus palabras de la realidad. A la mañana siguiente temprano, hora de Hawai, los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Era tarde-noche del 7 de diciembre en Europa cuando la sobrecogedora noticia llegó al cuartel general de Hitler.

V

Los dirigentes alemanes no habían siquiera imaginado un ataque japonés. En realidad, al parecer esperaban que el primer golpe procediera de los estadounidenses.[1550] La primera semana de diciembre «no creíamos que fuera a haber un ataque directo de Japón a Estados Unidos», recordé más tarde Weizsäcker. Cuando llegó la noticia de Pearl Harbor, el Ministerio de Exteriores pensó al principio que se trataba de un engaño.[1551] Esa fue la primera y airada reacción de Ribbentrop, que creyó que probablemente sería un truco propagandístico ideado por enemigos de Alemania y que su departamento de prensa había picado. El ministro pidió que se realizaran nuevas averiguaciones y que le fuera entregado un informe a la mañana siguiente,[1552] pero la confirmación llegó mucho más rápido. En Roma, el conde Ciano, ministro de Exteriores italiano, recibió una llamada de teléfono aquella noche de un excitado Ribbentrop. «Está feliz con el ataque japonés a Estados Unidos», escribió Ciano. Este dio la enhorabuena a Ribbentrop, aunque en realidad tenía sus dudas sobre las ventajas que el nuevo acontecimiento podía acarrear. «Una cosa es ahora segura —pensaba—. Estados Unidos entrará en el conflicto, y el conflicto a su vez será lo suficientemente largo como para permitirle poner en marcha toda su fuerza potencial».[1553] En su fuero interno, también Weizsäcker ponía en duda los beneficios para Alemania. Japón, concluyó, se había alineado ahora con los «agresores». «El efecto militar tendría que ser muy fuerte para justificar este modo de actuar. Ahora nuestras relaciones con Estados Unidos también se aclararán muy rápidamente desde el punto de vista legal», declaró.[1554]

Goebbels, pese a seguir con atención la creciente tensión entre Japón y Estados Unidos, se vio sorprendido en la misma medida por la noticia de Pearl Harbor. «De repente, como un rayo inesperado, estalla la noticia de que Japón ha atacado Estados Unidos —escribió en su diario—. La guerra ha llegado». Era algo que llevaba semanas esperando y dudando al mismo tiempo que fuera a suceder. Todavía no sabía con seguridad dónde se había producido el ataque; «en algún lugar del Pacífico» era todo lo que sabía. Durante la noche llegaron nuevas noticias. Roosevelt había convocado al Congreso y había declarado la guerra a Japón a las seis de la mañana. Poco después, Hitler estaba al teléfono. Estaba «extraordinariamente feliz» ante el giro de los acontecimientos. Quería convocar al Reichstag para el miércoles (10 de diciembre) —ahora era primera hora del lunes— para clarificar la posición alemana. Como siempre, Hitler pensó inmediatamente en el efecto propagandístico. No iba a perder el tiempo. Goebbels preveía ahora (ya hemos visto su comentario hacia el principio del capítulo), posiblemente basándose en su conversación con Hitler, una declaración de guerra a Estados Unidos de acuerdo con el Pacto Tripartito. Pero veía una notable

ventaja en la drástica reducción del armamento proporcionado por Estados Unidos para ayudar a Gran Bretaña, y entendía también que Alemania estaba ahora en cierta manera «protegida en los flancos», ya que la atención de Estados Unidos se desviaría hacia los acontecimientos del Pacífico. «El Führer y todo el cuartel general sienten suma alegría por el acontecimiento. Al menos ahora hemos conseguido que desaparezca por el momento una seria amenaza que nos venía rondando», escribió. Sus opiniones reflejaban sin duda, si no reproducían directamente, las de Hitler. «Roosevelt no podrá actuar con la misma audacia en las semanas y los meses próximos que en los anteriores —añadía—. Esta guerra se ha convertido en una guerra mundial en el sentido más literal de la palabra. Partiendo de unos inicios pequeños, sus olas han envuelto ahora a todo el planeta». Ahora era la gran oportunidad de Alemania, una vez superada la crisis. «Si ganamos esta contienda, nada impedirá que cumplamos el sueño del poder mundial alemán», resumió.[1555]

Para Hitler, sumido en una crisis cada vez más grave en el frente oriental, donde la contraofensiva soviética frente a unas atermidas y exhaustas tropas alemanas no lejos de Moscú había comenzado dos días antes de Pearl Harbor, la euforia provocada por los acontecimientos en el lejano Pacífico fue absoluta. «No podemos perder la guerra de ninguna manera», fue su nueva y aliviada interpretación de la situación. «Ahora tenemos un aliado que no ha sido conquistado nunca en tres mil años».[1556] Para él era nada menos que «una liberación».[1557] Cuando irrumpió en el puesto de mando sujetando firmemente el telegrama que traía la noticia de la guerra entre Japón y Estados Unidos, el atónito Keitel tuvo la sensación de que Hitler se había liberado de una pesadilla.[1558] La noticia se difundió rápidamente y todo el cuartel general se vio «arrastrado por un arrebató de júbilo».[1559] Si Hitler se hubiera dado cuenta, cuando amainó la tormenta en Pearl Harbor, de que el daño infligido por el bombardeo japonés sería sustancialmente menor que el del golpe fulminante que se necesitaba en Tokio, su euforia no habría sido tan grande. Pero en lugar de eso, estaba seguro de que se acabaría confirmando la veracidad de aquello que durante tanto tiempo había defendido: Estados Unidos tendría ahora las manos atadas por la guerra en el Pacífico, y la posición de Gran Bretaña se vería erosionada tanto por la reducción de las provisiones procedentes del otro lado del Atlántico como por los ataques japoneses contra sus posesiones en Extremo Oriente. Las previsiones sobre las posibilidades de, Alemania habían mejorado de golpe. No es de extrañar que Hitler siguiera sonriendo lleno de optimismo cuando llegó a Berlín el 9 de diciembre.[1560]

A la vista de las noticias, no hubo nunca la más mínima duda de que Hitler aprovecharía la ocasión para llevar a Alemania a la guerra con Estados Unidos. Como hemos comentado, aquella no fue una simple reacción espontánea y emocional al episodio concreto de Pearl Harbor. Durante semanas, las negociaciones con los japoneses se habían basado en la entrada de Alemania en una guerra contra Estados Unidos que podría venir provocada por acontecimientos que escapaban al control alemán. Al oír la noticia de Pearl Harbor, Hitler no dudó un momento. Goebbels dio por sentado tras su conversación con él que Alemania declararía ahora la guerra a Estados Unidos. Cuando el ayudante de campo de la Luftwaffe de Hitler, Nicolaus von Below, regresó al cuartel general del Führer la mañana del 9 de diciembre tras un período de permiso, se llevó inmediatamente la impresión de que Pearl Harbor se interpretaba como una señal para declarar la guerra a Norteamérica.[1561] Y Wolfgang Brocke, entonces joven oficial adscrito al cuartel general de Hitler, recordaba, aunque mucho después de los acontecimientos, que la reacción inmediata de Hitler al oír la noticia de Pearl Harbor había sido que ahora ya podía declarar la guerra a Estados Unidos.[1562]

Sin duda, la batalla del Atlántico era el imperativo que se escondía tras la crucial decisión de Hitler. Keitel asoció el júbilo de Hitler al oír la noticia de Pearl Harbor con el sentimiento de alivio que ésta generó con respecto a las consecuencias de la «guerra no declarada» de Estados Unidos, que había obrado en perjuicio de Alemania.[1563] Y sin esperar a la declaración de guerra, los días 8 y 9 de diciembre Hitler quitó las argollas a sus submarinos. A partir de ahora tenían licencia absoluta para atacar los barcos norteamericanos,[1564] lo que, según las notas de Goebbels, alivió notablemente a los comandantes de los sumergibles. Era imposible librar una «batalla de torpedos» cuando el comandante tenía que estudiar media docena de manuales de instrucciones para comprobar si tenía permiso para disparar. El fracaso en el mar se podía atribuir en buena medida a las estrictas restricciones a las que se habían visto sometidos los submarinos. «Eso se ha acabado. No se reconocerán más zonas libres, y ya no se respetará la bandera estadounidense. Cualquiera que sea descubierto de camino hacia Inglaterra que sepa que será torpedeado por nuestros submarinos».[1565] Esta afirmación reflejaba perfectamente el pensamiento de Hitler.

Cuando Ribbentrop lo vio la mañana del 9 de diciembre —antes de la declaración de guerra pero después de haber enviado a los submarinos las órdenes de «licencia para matar»— Hitler afirmó que la principal razón para que Alemania entrara ahora en la guerra era «que Estados Unidos ya está disparando contra nuestros barcos. Han sido un poderoso factor en esta guerra y han creado ya, mediante sus acciones, una situación que es prácticamente, digamos, de guerra».[1566] Durante meses, Hitler había estado refrenando a sus líderes navales mientras éstos se consumían de impaciencia debido a las limitaciones con las que tenían que operar en el Atlántico. Y durante todo ese tiempo los norteamericanos habían ido intensificando paulatinamente su «guerra no declarada». Las provocaciones habían aumentado, y Hitler se seguía sintiendo obligado a contenerse. Pero eso no quiere decir que el rencor que albergaba fuera pequeño. No veía el momento de ser libre por fin para tomar represalias. La vehemencia con la que relató, en su discurso del Reichstag del 11 de diciembre, los agravios hasta entonces no resueltos debidos al que describió como un interminable catálogo de infracciones estadounidenses en el Atlántico no tenía solamente fines propagandísticos,[1567] sino que reflejaba su íntimo y ardiente deseo de vengarse del presidente Roosevelt. Y lo que es más importante, los submarinos eran su único medio de atacar Estados Unidos, y sin obligar a Norteamérica a retirarse o al menos a acceder a determinadas concesiones no se podía poner fin a la guerra.

La demostración más clara posible del pensamiento de Hitler se puede ver en lo que de forma confidencial expresó a los líderes del Partido la tarde siguiente, que ponía de manifiesto que la guerra del Atlántico era el factor más determinante en su trascendental decisión.

Goebbels recapituló lo que había dicho Hitler:

«Insiste en la extraordinaria importancia de la entrada de Japón en la guerra, sobre todo en relación con nuestra guerra de submarinos. Nuestros comandantes de submarinos habían llegado a un punto en el que ya no sabían si podían o no disparar sus torpedos. Una guerra de submarinos no se puede ganar a largo plazo si los submarinos no tienen libertad para disparar. El Führer está convencido de que aunque Japón no hubiera intervenido en la guerra él habría tenido que declarar la guerra a los estadounidenses antes o después. Ahora el conflicto de Asia oriental nos llega como caído del cielo. Es cierto que todas las agencias alemanas han trabajado para conseguirlo, pero aun así se produjo tan rápido que fue en parte

inesperado. También psicológicamente tiene un valor inestimable para nosotros. Una declaración de guerra nuestra a los norteamericanos sin el equivalente del conflicto de Asia oriental habría sido difícil de asumir para el pueblo alemán. Ahora todo el mundo admite este acontecimiento casi como algo natural. El Führer ha sufrido una lucha interna extraordinariamente dura en las últimas semanas y meses en torno a esta cuestión. Sabía que o bien la guerra de submarinos quedaría completamente condenada a la ineficacia o bien él tendría que dar el decisivo paso de librar la guerra contra Estados Unidos. Esta pesada carga se la han quitado. Ahora ve la lucha en el Atlántico de forma mucho más positiva que anteriormente. Piensa que el número de hundimientos aumentará rápidamente. Considera que el problema del tonelaje es absolutamente decisivo en la campaña bélica. Aquel que resuelva ese problema probablemente ganará la guerra».[1568]

Como ponen de manifiesto sus palabras, para Hitler el estado unilateral de «guerra no declarada» era la principal razón de aquella decisión. Ahora ya tenía la justificación que necesitaba para emprender la guerra submarina abierta en el Atlántico y hacer que los submarinos no resultaran tan «inútiles» como en 1915 – 1916.[1569] En la declaración de guerra a Estados Unidos también se dejaban sentir todavía los ecos de la Primera Guerra Mundial, que había dejado en Hitler una huella indeleble.

Pearl Harbor proporcionó la ocasión perfecta. Evidentemente, sin el ataque japonés a Estados Unidos Hitler no se habría sentido lo suficientemente seguro como para dar un paso tan gigantesco. Probablemente, los precipitados intercambios diplomáticos para adoptar compromisos militares más firmes que los estipulados en el Pacto Tripartito, intercambios iniciados con los primeros intentos de acercamiento de Japón a comienzos de noviembre, se habían emprendido con la vista puesta en la posibilidad cada vez mayor de que tanto Alemania como Japón acabaran envueltos en hostilidades contra Estados Unidos en el futuro próximo. Las negociaciones habían llegado a un estadio en el que Alemania estaba dispuesta a firmar un acuerdo formal que la obligaba a entrar en la guerra aunque fuera Japón, y no Estados Unidos, el que lanzase el ataque. Más por buena suerte que por buen criterio, aquel acuerdo no se había firmado aun cuando las bombas cayeron sobre Pearl Harbor. Hitler, por tanto, no estaba obligado por el Pacto Tripartito ni por cualquier otro acuerdo a hacer absolutamente nada. Ahora tenía lo que quería: la intervención japonesa en la guerra contra Estados Unidos en el Pacífico. Podría haberse contentado con suponer que, gracias a la bendición de Pearl Harbor, Norteamérica desviaría sus energías hacia el Pacífico. Podría simplemente haber mantenido las tensas relaciones existentes con Estados Unidos. O podría haber alterado las órdenes dadas a sus submarinos (algo que Raeder llevaba meses pidiendo a gritos) sin declarar la guerra, que fue lo que hizo en realidad durante los dos días anteriores a su discurso en el Reichstag. Pero prefirió no permanecer pasivo ni limitarse a intensificar la confrontación en el Atlántico (lo que probablemente habría permitido ejercer una mayor presión sobre Roosevelt para que se arriesgara o bien a una declaración de guerra o bien a una pérdida de prestigio). En lugar de eso, optó (innecesariamente, pues, a la vista de sus compromisos internacionales vigentes) por una plena declaración de hostilidades contra Estados Unidos. Y ésa fue una decisión que, evidentemente, tomó muy rápidamente, y sin consultar.

Con todo, y pese a la presión procedente de Tokio, aún se produjo un retraso antes de que Hitler hiciera su declaración. El dictador alemán sabía que su discurso tenía una importancia crucial. Sería

escuchado en todo el mundo, y más que en cualquier parte en Japón y Estados Unidos, y tendría un enorme impacto en el interior de su país. Llevaba semanas prometiendo a Goebbels que se dirigiría al pueblo alemán, pero las cosas rara vez marchaban según lo planeado en la campaña oriental. Ahora, por fin, tenía algo de sustancia para un discurso, algo de lo que podía obtener un buen efecto propagandístico. Ribbentrop dijo a Oshima el 9 de diciembre que Hitler estaba estudiando la mejor forma, desde el punto de vista psicológico, de declarar la guerra a Estados Unidos.[1570] Pero la reunión del Reichstag, inicialmente prevista para el 10 de diciembre, tuvo que aplazarse. Hitler había estado ocupado en una interminable sucesión de reuniones y no había empezado a trabajar en su discurso,[1571] y, puesto que quería prepararlo con especial cuidado, retrasó un día la reunión del Reichstag.[1572] Así pues, el retraso en la declaración de guerra se debió en parte a razones muy banales. No obstante, existió otro motivo, menos trivial: el borrador de acuerdo con Japón, todavía sin firmar.

Cuando se reunió con Hitler la mañana del 9 de diciembre, Ribbentrop le transmitió la petición de Oshima de que procediera a declarar la guerra a Estados Unidos de forma inmediata. Ya fuera por ser presa de un tardío arrebató de temor o simplemente para recordar a Hitler las estrictas obligaciones de Alemania en tan crucial decisión, el ministro de Exteriores señaló que no había compromiso de declarar la guerra en virtud del Pacto Tripartito. El tratado garantizaba la ayuda militar de Alemania a Japón sólo en caso de producirse un ataque a su aliado, pero era Japón, y no Estados Unidos, el que había desatado el conflicto. No obstante, la respuesta de Hitler fue que «si no permanecemos al lado de Japón, el pacto está políticamente muerto».[1573]

Ribbentrop aseguró más tarde que había tratado de disuadir a Hitler de declarar la guerra. «Yo nunca quise que Estados Unidos se viera arrastrado a la guerra —afirmó—, pero entonces, igual que después, los japoneses tenían sus propias ideas».[1574] Sin embargo, su conducta de aquella época no da mucho crédito a su ulterior apología. En su momento no puso objeciones a un acuerdo más estricto con Japón, planteado durante más de dos semanas, expresó su entusiasmo a Ciano después del episodio de Pearl Harbor y, hablando con el embajador italiano, Dino Alfieri, el 9 de diciembre, se refirió a la participación de Japón al lado del Eje como «el acontecimiento más importante de los que han sucedido desde el inicio de la guerra».[1575] El 8 de diciembre, el día antes de encontrarse con Hitler, Ribbentrop entregó a Oshima un borrador de la nueva propuesta de acuerdo con Japón y lo envió esa misma noche a Ott, pidiendo su aceptación sin demora porque «podría anunciarse aquí de una forma especial», en clara referencia al próximo discurso de Hitler en el Reichstag.[1576]

Al final aparecieron todavía algunos puntos sobre los que los japoneses querían alguna aclaración. La autorización definitiva no se produjo hasta el miércoles, día 10, y aquel importantísimo pacto fue firmado finalmente por Ribbentrop, Alfieri y Oshima el jueves, justo antes de la declaración de guerra. En su discurso de aquella tarde, 11 de diciembre, Hitler leyó el acuerdo íntegro [1577] lo que constituía un indicio del valor que se le atribuía. La cláusula decisiva era la segunda: el acuerdo de no firmar un armisticio o paz con Estados Unidos o Inglaterra sin un pleno consentimiento mutuo.

Hitler pensaba ahora que el plan era infalible. Ya tenía un acuerdo formal con un aliado que se había revelado históricamente invencible. El pacto impedía que Japón se apresurase a formalizar una paz con Estados Unidos, como había hecho con Rusia en 1905. En la Primera Guerra Mundial, la intervención norteamericana había servido para inclinar la balanza. Ahora, con Japón y Estados Unidos absortos en el conflicto del Pacífico y sin ninguna «cláusula de escape» japonesa a menos

que Alemania la aceptase, las posibilidades de que aquello volviera a suceder parecían, si no totalmente erradicadas, sí al menos enormemente reducidas.[1578] Sin tal acuerdo, siempre estaba rondando en la mente de Hitler la posibilidad de que Japón y Estados Unidos alcanzaran algún tipo de paz negociada, que dejaría a Alemania sola ante el poderío norteamericano.[1579] Así pues, dado que la guerra en el este iba camino de prolongarse indefinidamente, el que se diera en llamar «tratado de ninguna-paz-separada»[1580] parecía constituir una buena base para una declaración de guerra a Estados Unidos por la que Hitler se sentía ya de por sí atraído. Se garantizaba así que Norteamérica tendría las manos atadas en el Pacífico. Y no sólo eso, sino que además no podría concentrarse enteramente en ese escenario, sino que tendría que vérselas con una guerra en dos frentes. Así, el grueso de las armas estadounidenses, que, según preveía Hitler, estarían disponibles a lo largo del año 1942, no podría destinarse enteramente a Japón —lo que posiblemente obligaría a los norteamericanos a pedir la paz—, ni a Alemania antes de que ésta hubiera ganado la guerra en el este y Europa estuviera postrada a sus pies.[1581]

También intervino otro factor más, siempre importante para Hitler: el prestigio. «Una gran potencia no deja que le declaren la guerra, es ella la que declara la guerra», dijo Ribbentrop a Weizsäcker, reproduciendo sin duda la voz de su amo.[1582] Weizsäcker, por su parte, creía que era mejor que la declaración procediera de Estados Unidos y no de Alemania, y no veía la importancia del gesto dirigido a Japón. Pero aquel argumento no tenía nada que hacer.[1583] Para Hitler, Estados Unidos se había alineado directamente con los enemigos de Alemania, especialmente durante los últimos dieciocho meses, y sobre todo con su deliberada intensificación de la agresividad durante el otoño. Pese a que el conflicto se había desatado ahora en el Pacífico, no tenía ninguna duda de que sólo era cuestión de tiempo —y suponía que eso sucedería más pronto que tarde— que Estados Unidos declarase la guerra a Alemania. Sólo tres días antes de Pearl Harbor, la publicación en el aislacionista Chicago Tribune, con clara intención sensacionalista, del Programa Victoria, que planeaba enviar un poderoso ejército a combatir en Europa —noticia que no fue desmentida por la Administración Roosevelt—, había sido recibida en Berlín por los líderes nazis como una revelación de los propósitos de guerra estadounidenses.[1584] Probablemente una declaración de guerra de Estados Unidos a Japón se vería pronto sucedida por una declaración similar contra sus socios del Pacto Tripartito. El cálculo de Hitler debió de ser que eso habría sido más difícil de «vender» en el país que una declaración de guerra de la propia Alemania a Estados Unidos, basada en motivos que él pudiera justificar.

Como admitió Goebbels, había sido un golpe de suerte el que había llevado a Japón al conflicto.[1585] Esto, a su vez, había dado de la noche a la mañana un enorme espaldarazo a las perspectivas de Alemania, especialmente en la crucial batalla del Atlántico. Como siempre, Hitler trató inmediatamente de aprovechar la oportunidad y recuperar la iniciativa en la guerra que creía haber estado a punto de perder. Las desmesuradas esperanzas depositadas por Hitler en su aliado japonés lo llevaron el día 1 de diciembre a tomar su decisión crucial: guerra abierta contra un enemigo al que, como había reconocido ante Oshima a principios de enero de 1942, no tenía ni idea de cómo derrotar.[1586]

¿Fue, pues, la decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941 un enigma, un pretencioso arrebatado de locura megalómana? Así es como a menudo ha sido entendida, aunque lo cierto es que no hay ningún enigma. Desde la perspectiva de Hitler, aquel movimiento sólo estaba anticipándose a lo inevitable. Lejos de resultar inexplicable o desconcertante, la decisión de Hitler era coherente con las opiniones que defendía desde los años veinte sobre Estados Unidos y, en especial, con su planteamiento estratégico de los años 1940 y 1941 con respecto a Estados Unidos, Japón y el futuro curso de la guerra. También concordaba con el temor implícito al paso del tiempo, que perjudicaba a Alemania, con la convicción de que Norteamérica tenía que ser derrotada, o al menos contenida, antes de que su potencial económico pudiera alterar el rumbo del conflicto, como había sucedido en la Primera Guerra Mundial. Dadas estas premisas elementales, su decisión fue bastante racional.

Eso no significa tampoco que fuera sensata. No obstante, lo demencial del proyecto de Hitler estaba en la formidable apuesta de intentar lograr el poder mundial, no en esa parte concreta del mismo. Es cierto que Hitler sintió un escalofrío de placer después de Pearl Harbor. Ni él ni ninguno de los demás dirigentes nazis había previsto un ataque tan decidido. La audacia de los japoneses le resultaba atractiva, porque aquélla era una acción de las suyas, y pensaba, sobreestimando enormemente el potencial bélico de Japón, que su efecto sería mucho mayor de lo que lo fue finalmente. En aquellos días de graves reveses en el frente oriental (la primera y devastadora contraofensiva soviética de la guerra acababa de empezar), no podía desear mejor noticia que el ataque japonés a la flota estadounidense fondeada en el puerto. Japón y Estados Unidos en guerra era precisamente lo que él quería. Las decisiones subsiguientes se tomaron en medio de ese clima de euforia, pero no estuvieron guiadas por una emoción espontánea e irracional. Lo primero fue dar carta blanca a sus submarinos en su enfrentamiento con los barcos norteamericanos. Sin duda era algo que había estado esperando como un loco todo el otoño. Ahora ya no tenía que seguir conteniéndose. Suponía que este hecho en sí mismo invertiría el curso de la batalla del Atlántico en beneficio de Alemania (no en vano, un pequeño número de submarinos que operaban al norte de la costa estadounidense lograron causar estragos a algunos barcos norteamericanos a comienzos de 1942).^[1587] Este movimiento precedió a la decisión, más importante, de declarar la guerra a Estados Unidos. Fueron consideraciones relativas al prestigio y la propaganda las que determinaror que la iniciativa procediera de Alemania, en lugar de que Hitler esperase pasivamente una declaración de Estados Unidos. Sin embargo, la decisión de Hitler —y, como hemos visto, fue suya, tomada sin consultar a nadie salvo al servil Ribbentrop, y probablemente también a Keitel y Jodl— se había visto precedida de medidas, racionales desde su punto de vista y emprendidas varias semanas antes, para impedir que Japón, una vez en la guerra, pudiera abandonarla en un momento que no fuera conveniente para Alemania. Sólo cuando se firmó el que vino a ser en realidad un nuevo pacto tripartito declaró Hitler definitivamente la guerra.

¿Eran, por tanto, las opciones del Führer en diciembre de 1941 tan amplias como parece deducirse de la afirmación de que su decisión fue desconcertante? Tenemos que volver por un momento al lugar que ocupaba Estados Unidos en la estrategia bélica que estaba desarrollando entre 1940 – 1941. Hitler estaba recibiendo datos, en su mayoría fiables, del general Bötticher, su bien

informado agregado militar en Washington, sobre el ritmo del rearme estadounidense. Sin embargo, Bötticher confundió a Hitler en dos sentidos. En primer lugar, sobreestimó la importancia del Pacífico en la estrategia norteamericana global, al tiempo que se la restaba al compromiso con la guerra en Europa. Y en segundo lugar, si bien no dejó ni un resquicio de duda sobre los rápidos avances que se estaban haciendo en el rearme estadounidense, aunque a partir de una base inicial muy débil, sí insistió categóricamente en que Estados Unidos no estaría preparado para la guerra antes de que Alemania la hubiera ganado. Ese fue el mensaje que transmitió a Berlín.^[1588] Los errores de cálculo del servicio de inteligencia concordaban con las previsiones del propio Hitler. Consciente del inminente peligro procedente del otro lado del Atlántico, para el que no tenía una pronta respuesta desde el punto de vista armamentístico, el objetivo de Hitler, que perduró desde su victoria sobre Francia hasta el debilitamiento del avance de la Wehrmacht en la Unión Soviética, había sido mantener a Estados Unidos fuera de la guerra hasta que la hegemonía alemana en Europa estuviera por fin asentada. Esa fue la premisa estratégica que justificó la «Operación Barbarroja». Con Gran Bretaña forzada a sentarse a la mesa de negociaciones después de que Alemania aplastara a la Unión Soviética, Estados Unidos se vería obligado a replegarse en su propio hemisferio. En algún momento se produciría un enfrentamiento final entre una Europa dominada por Alemania por un lado, y Estados Unidos por otro —el escenario que había descrito en los años veinte—, pero eso no sucedería mientras él viviera.

En medio del torbellino de los primeros éxitos alemanes en la Unión Soviética en junio y julio de 1941, Hitler se había desviado temporalmente de aquel lejano y espléndido panorama. Una empresa conjunta con los japoneses para destruir la Unión Soviética y dirigirse después unidos contra Norteamérica en el futuro cercano pareció durante un tiempo una propuesta atractiva. Pero los japoneses, cuyo pensamiento en cualquier caso resultaba impenetrable para Hitler, no emprendieron una ofensiva contra Siberia, al igual que antes no habían seguido la invitación alemana de efectuar pronto un golpe contra Singapur. Entre tanto, el avance alemán había empezado a encontrarse con dificultades en la Unión Soviética. La campaña oriental, contra todo pronóstico, no iba a ganarse fácilmente, ni en ese año. Iba a ser un recorrido largo. Y a Hitler le parecía que ahora Roosevelt lo estaba provocando abiertamente para aprovecharse de las circunstancias intensificando la agresividad en el Atlántico, algo frente a lo que en las condiciones actuales no podía hacer nada.

Las intenciones de los japoneses seguían sin estar claras. Pese a dar muestras de agresividad, al mismo tiempo parecían estar dispuestos a negociar con Washington. En otoño, la situación se había clarificado al fin. Las relaciones entre Japón y Estados Unidos habían fracasado irremediablemente. La guerra era ahora altamente probable. Ante las nuevas circunstancias en el este, Hitler tenía que considerar el papel de Japón desde una nueva perspectiva en relación con el lugar de Estados Unidos en su propia estrategia. Ahora era evidente que no se podría mantener a Norteamérica fuera de la guerra indefinidamente. La única duda era cuándo iniciaría la intervención. Hitler había dicho más de una vez que pensaba que los estadounidenses estarían listos para la guerra en 1942. Cada vez había más posibilidades de tener que hacerles frente antes, y no después, de que la guerra contra la Unión Soviética —la guerra «real» de Hitler— hubiera terminado. El papel de Japón en su planteamiento consistía ahora, por tanto, en mantener las manos de Estados Unidos atadas en el Pacífico el máximo tiempo y lo más fuertemente posible y debilitar profundamente a los británicos en Extremo Oriente, tomando sus posesiones, minando sus bastiones y destruyendo finalmente el corazón de su imperio, La India.^[1589] El papel de Alemania, que para apoyar a los japoneses entraría en una guerra contra

Estados Unidos que Hitler consideraba inevitable de todos modos, consistía en impedir que los norteamericanos derrotaran a los japoneses o los obligaran a llegar a un acuerdo y pudieran volver entonces su mirada hacia el Reich. Estados Unidos se vería obligado, gracias a la intervención alemana, a participar en una guerra desarrollada entre dos océanos.[1590]

Eso, según los cálculos de Hitler, le proporcionaría tiempo para acabar con los inesperadamente resistentes soviéticos o al menos alcanzar un estadio satisfactorio en el que pudiera poner fin a la campaña oriental, tal vez mediante algún tipo de pacto con Stalin, pero bajo sus propias condiciones. La entrada de Japón en la guerra en diciembre de 1941 le ofrecía, según creía, esa oportunidad, de ahí su euforia ante la noticia de lo sucedido en Pearl Harbor. Desde su perspectiva, por tanto, la declaración de guerra a Estados Unidos en aquel momento no suponía un gran riesgo, ni mucho menos una decisión desconcertante. Él pensaba que no tenía elección. Le parecía que esa opción abría el camino hacia la victoria que ahora, en otoño de 1941, estaba empezando a cerrarse. Así pues, para él, ésa era la única decisión que podía tomar.

Al margen de su interpretación personal de las posibilidades existentes, ¿tenía Hitler, objetivamente hablando, la opción de no declarar la guerra, una decisión que podría haber dado a Alemania nuevas oportunidades en el conflicto? Desde un punto de vista objetivo, no cabe duda de que no tenía ninguna obligación de llevar a Alemania a una guerra con Estados Unidos. El ataque a Pearl Harbor no tenía por qué verse acompañado posteriormente de una declaración de guerra por parte de Alemania. Incluso Ribbentrop, como hemos visto, le indicó que, según lo pactado, no había ninguna obligación de hacerlo. Pero, ¿qué habría sucedido a continuación si Hitler hubiera decidido no declarar la guerra a Estados Unidos? Si no se hubiera precipitado de tal manera a la hora de declarar la guerra, ¿existe la posibilidad de que Estados Unidos se hubiera alejado del escenario atlántico, hubiera retirado su ayuda a Gran Bretaña y la Unión Soviética, hubiera dejado sola a Europa y se hubiera concentrado en el Pacífico, dejando que el dirigente nazi continuase su guerra contra los bolcheviques? ¿Podría ser que Roosevelt hubiera decidido no solicitar la aprobación de su declaración de guerra por miedo a una derrota en el Congreso? En otras palabras, ¿habría tomado la guerra un rumbo completamente distinto si Hitler se hubiera mostrado menos dispuesto a arrojarle en los brazos de Japón cuando no tenía necesidad de hacerlo? En un juego de adivinanzas existen muchas posibilidades, pero en realidad hay muy pocas opciones probables. Y ni las acciones ni las reflexiones de quienes tomaban las decisiones en ese momento parecen indicar que hubiera podido surgir un escenario completamente diferente.

Por supuesto, una mente más fría habría elegido otras opciones. Weizsäcker, en el Ministerio de Exteriores, sin ir más lejos, pensaba que sería mejor esperar a una declaración de guerra por parte de Estados Unidos. Esa habría sido seguramente una estratagema más sensata. Roosevelt se habría encontrado con el dilema de decidir si debía tratar de convencer al Congreso y a la opinión pública norteamericana —obsesionados de repente como estaban con la nueva guerra del Pacífico y con el deseo de vengarse de Japón— de que Alemania seguía siendo el principal enemigo y que era necesario declarar la guerra a las potencias europeas del Eje. Si se hubiera producido esa declaración, la inteligente propaganda alemana habría podido sacar provecho de ello: una guerra que Alemania no quería y que había hecho todo lo posible por evitar, que venía impuesta al país por la plutocracia norteamericana y que exigía ahora un combate librado contra las cuerdas. Ese tipo de propaganda se echó a perder debido a la insistencia de Hitler en el prestigio de una declaración alemana.

Pero conviene señalar que Weizsäcker no pensaba que la crisis alemana podía haberse invertido drásticamente si Hitler no hubiera sido tan imprudente a la hora de aprovechar el momento para lanzarse a una declaración innecesaria. No parece que Weizsäcker pusiera en duda que la guerra con Estados Unidos fuera a producirse a continuación. La diferencia con respecto a Hitler residía en el hecho de preferir ser objeto de la declaración en lugar de artífice de la misma como gesto, a su juicio innecesario, hacia Japón. Pero lo que no pensaba era que, al abstenerse de declarar la guerra a Estados Unidos, Alemania podría evitar la guerra. Weizsäcker esperaba ahora exactamente en la misma medida que Hitler que Alemania se viera envuelta en el conflicto con Norteamérica.

El planteamiento al otro lado del Atlántico era similar. De hecho, la misma noche de los dramáticos acontecimientos de Pearl Harbor, el presidente Roosevelt cenó con miembros de su Gabinete y altos consejeros militares para discutir cuál era la acción que procedía en ese momento. Ya se había acordado hacer una declaración de guerra la mañana siguiente contra Japón, pero entre tanto los japoneses habían declarado la guerra, tardía pero formalmente, a Estados Unidos. Roosevelt y sus consejeros se preguntaban si debían declarar ahora la guerra a otros miembros del Eje. «Asumimos, sin embargo, que era inevitable que Alemania nos declarase la guerra —recordaba Cordell Hull, secretario de Estado—. Los mensajes japoneses interceptados que iban y venían entre Berlín y Tokio [leídos por los norteamericanos gracias a su descifradora de códigos MAGIC] nos habían dado a entender que existía un compromiso firme sobre ese punto entre los dos Gobiernos. Por eso decidimos esperar y dejar que Hitler y Mussolini hicieran públicas sus declaraciones primero. Mientras tanto no correríamos ningún riesgo y actuaríamos, por ejemplo en el Atlántico, asumiendo que estábamos en guerra también con la sección europea del Eje».[1591]

De no haberse producido el precipitado movimiento alemán, ¿habría podido Estados Unidos mantener el statu quo en el Atlántico y evitar una declaración por su parte? Si hubiera ido al Congreso a tratar de conseguir apoyo contra Alemania cuando el agresor de Norteamérica había sido Japón, sin duda Roosevelt se habría tropezado con una seria oposición,[1592] lo que constituía ya de por sí un elemento disuasorio para intentarlo. Roosevelt actuó con la debida prudencia, y no se dejó convencer por Henry Stimson, secretario de Guerra, para incluir a Alemania e Italia junto con Japón en la solicitud hecha al Congreso inmediatamente después de Pearl Harbor.[1593] Hitler vino muy oportunamente a quitarle ese problema de encima.

Pero aunque no lo hubiera hecho, es muy probable que los estadounidenses hubieran efectuado algunos avances hacia la plena intervención en la guerra en el futuro cercano. La Administración Roosevelt había vinculado sistemáticamente a Alemania e Italia con Japón como amenaza conjunta para el mundo libre. Y el Atlántico había sido siempre la máxima prioridad. Cuando regresó de entregar en el Congreso el mensaje en el que solicitaba la declaración de guerra a Japón, Roosevelt recordó inmediatamente a sus consejeros que el principal objetivo seguía siendo Alemania,[1594] de lo que se deducía que la guerra no podía restringirse al Pacífico, pese a la preferencia de la Armada por concentrarse en ese escenario. Aunque sólo podemos hacer conjeturas al respecto, a la vista del tenor de las observaciones de Hull no es descabellado afirmar que, si no hubiera sabido lo que estaba sucediendo en Berlín, Roosevelt podría haber aprovechado el clima post-Pearl Harbor para llevar a Estados Unidos a una guerra a gran escala contra Alemania e Italia. Una vez más, según la lógica del Programa Victoria, cuyo contenido se había filtrado en diciembre, Estados Unidos enviaría a no mucho tardar una gran fuerza terrestre a combatir en Europa. Los consejeros militares de Roosevelt siempre habían insistido en que ésa era la única forma de deshacerse de Hitler.

Roosevelt, por su parte, siempre había afirmado categóricamente que sólo la eliminación de Hitler podía garantizar la seguridad y la libertad futuras de Estados Unidos. Abandonar la batalla del Atlántico, retirar los suministros concedidos a Gran Bretaña mediante el sistema de préstamo y arriendo y dar carta blanca a Hitler en el continente europeo con el fin de concentrarse en el Pacífico no sólo habría ido en contra de los objetivos e ideales declarados de Roosevelt en materia de política exterior, tal y como los venía proclamando desde mediados de los años treinta, sino que habría significado hacer caso omiso de los constantes consejos que había estado recibiendo durante meses de sus líderes militares y de la concreta y exhaustiva planificación que había derivado de ellos. Es posible, sin duda, que Roosevelt no quisiera arriesgarse a proponer una declaración formal al Congreso en diciembre de 1941, aunque las circunstancias, después de Pearl Harbor, eran probablemente todo lo propicias que se pudiera concebir. Sin embargo, resulta difícil imaginar que el combate ficticio que se estaba librando en el Atlántico pudiera haber continuado indefinidamente al mismo nivel que en otoño de 1941, aunque Alemania no hubiera declarado la guerra.

La decisión de Hitler, previa a la declaración de guerra e independiente de ella, de alterar por completo la política anterior y dar rienda suelta a sus submarinos frente a los barcos estadounidenses ya había trastocado por sí sola el precario estado de tablas que existía en el Atlántico. En los meses siguientes, la intensificación por parte de Alemania de la guerra de submarinos llevó las hostilidades hasta el interior de las aguas costeras estadounidenses y generó problemas cada vez más graves y frecuentes para los barcos aliados.^[1595] Tales dificultades se vieron agravadas por las exigencias del Pacífico —inmediatamente después de Pearl Harbor, Roosevelt se había visto obligado a transferir algunos barcos desde el Atlántico para hacer frente a la amenaza japonesa ^[1596]— y requerían evidentemente reaccionar con la máxima fuerza y urgencia. En otras palabras, la guerra estadounidense contra Alemania, aunque hubiera seguido siendo «no declarada», no habría podido mantenerse al mismo nivel que en otoño de 1941. En algún momento de los meses siguientes, si no inmediatamente, el avance norteamericano hacia la guerra abierta a gran escala habría sido prácticamente inevitable.^[1597] Sería razonable aventurar que, a no mucho tardar, Roosevelt habría implicado a Estados Unidos en hostilidades abiertas con Alemania, ya fuera mediante una declaración formal o, de no ser ésta posible, mediante la ampliación de la prerrogativa presidencial hasta tal punto que una declaración formal no hubiera hecho más que confirmar la realidad existente. Fuera como fuese, Alemania y Estados Unidos pronto habrían estado en guerra.

Contra toda lógica, pues, la decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941, a menudo interpretada no sólo como desconcertante sino como una elección completamente insensata que acabó condenando a Alemania al desastre, fue probablemente menos determinante que muchas de las decisiones que hemos venido examinando. Es decir, no puede decirse que aquél fuera un punto decisivo en la carrera de Alemania hacia la catástrofe en un momento en el que el triunfo podía haber estado al alcance de la mano si no se hubiera producido la declaración de guerra. Es cierto que otro dirigente menos obstinado podría haberse planteado si debía esperar a conocer el desarrollo de los acontecimientos y, en concreto, a ver cómo reaccionaba Estados Unidos. Sin embargo, suponiendo que ese dirigente hubiera llevado a Alemania hasta aquel extremo y no estuviera dispuesto a poner fin a la guerra con cierto tipo de resolución de compromiso, lo más probable es que esa decisión alternativa no hubiera alterado la historia de forma significativa.

En realidad, Alemania sí que se recuperó, de forma sorprendente, de la crisis de invierno frente a Moscú, y siguió adelante hasta conseguir nuevos y, en cierto modo, asombrosos éxitos en la primera

mitad de 1942. Ese verano lanzó una nueva gran ofensiva para hacerse con los yacimientos de petróleo del Cáucaso, aunque con contingentes más débiles que los que habían protagonizado la «Operación Barbarroja» el año anterior. Hasta otoño no quedó de manifiesto, en el transcurso de la terrible Batalla de Stalingrado, que el Reich de Hitler estaba sufriendo una catastrófica derrota que unida a los enormes reveses vividos en el norte de África (donde en noviembre había tenido lugar la «Operación Antorcha», el desembarco dirigido por Estados Unidos), resultó ser finalmente el verdadero momento crucial de la guerra. Para entonces, en el lejano Pacífico, la decisiva Batalla de Midway de junio de 1942 había acabado ya con el control japonés del mar, lo que, sumado después a la ardua victoria estadounidense en Guadalcanal, en las islas Salomón, culminada finalmente en enero de 1943, alteró por completo el rumbo de la marea en la Guerra del Pacífico.[1598] Todavía quedaba mucho, muchísimo por recorrer, tanto en Extremo Oriente como en Europa. Pero ya no había vuelta atrás para Alemania ni para Japón, ahora cada vez más desprotegidos frente a los aparentemente ilimitados suministros de hombres y armas procedentes de Estados Unidos.

Al igual que había sucedido en 1917, la entrada de Estados Unidos en la guerra a finales de 1941 inclinó significativamente la balanza. El poderío norteamericano, sumado a las fuerzas británicas en el oeste y a la implacable apisonadora del Ejército Rojo en el este, acabaría aplastando finalmente a Alemania. No obstante, en diciembre de 1941 la esencia de la apuesta alemana por el poder mundial ya estaba perdida en cualquier caso. Así lo creía Churchill, o, al menos, eso es lo que dijo a posteriori.[1599] Y parece ser que, por vez primera, el propio Hitler consideró fugazmente en otoño de 1941 la posibilidad de la derrota al señalar (algo sobre lo que volvería cuando se viera abocado a la catástrofe de principios de 1945) que si al final el pueblo alemán no demostraba ser lo suficientemente fuerte, Alemania merecía sucumbir y ser destruida por una potencia que lo fuera más.[1600] Fue un destello momentáneo, pero a pesar de todo muy revelador. En su fuero interno, Hitler pareció reconocer que sus posibilidades de lograr la victoria total se habían desvanecido ya casi por completo. El plan para la campaña oriental se había desmoronado. Y la guerra con Estados Unidos era absolutamente inevitable.

Hitler se anticipó a aquel hecho inexorable declarando él mismo la guerra. Fue un intento, muy propio de él, de recuperar la iniciativa mediante una acción decidida, pero por primera vez una acción suya estaba condenada al fracaso nada más nacer.

10. BERLÍN/PRUSIA ORIENTAL, VERANO-OTOÑO DE 1941

Hitler decide matar a los judíos

En Berlín nos dijeron: ¿por qué nos estáis dando todos estos problemas? Nosotros tampoco podemos hacer nada con ellos en el Ostland ni en el Comisariato del Reich [Ucrania]. ¡Liquidadlos vosotros! [...]. Hemos de destruir a los judíos allí donde los encontremos y donde sea posible hacerlo.

Hans Frank, gobernador general de Polonia,
16 de diciembre de 1941

EL 12 de diciembre de 1941, el día después de anunciar la declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos de América, Hitler se dirigió a los líderes de su partido en la Cancillería del Reich en Berlín. Tras ofrecer una panorámica general del estado de la guerra, el dictador pasó a hablar de la situación de los judíos. Su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, tomó nota de lo que dijo: «Por lo que respecta a la Cuestión Judía, el Führer está decidido a arrasar con todo. El vaticinó que si provocaban otra guerra mundial, acabarían sufriendo su propia aniquilación. Esas no eran palabras vacías. La guerra mundial está aquí. La aniquilación de los judíos debe ser su inevitable consecuencia. Esta cuestión hay que verla sin sentimentalismos. No hemos de sentir simpatía por los judíos, sólo simpatía por nuestro pueblo alemán. Si el pueblo alemán ha vuelto a sacrificar ahora unas ciento sesenta mil vidas en la campaña oriental, los instigadores de este sangriento conflicto tendrán que pagar por ello con sus propias vidas».[1601]

Para entonces, los judíos llevaban «pagando con sus propias vidas», según la visión de Hitler, casi seis meses. Durante todo el verano, desde la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio, las unidades de exterminio de la Policía de Seguridad alemana habían masacrado a decenas de miles de judíos, empezando principalmente por los hombres, pero desde hacía tiempo incluyendo también a mujeres y niños. Se calculaba que al final del año uno solo de los cuatro Einsatzgruppen, fuerzas móviles encargadas de seguir a la Wehrmacht en su rápido avance para ir eliminando a los «elementos subversivos», había asesinado exactamente, en una aplastante campaña por los países bálticos, a 229.052 judíos.[1602] Esa fue la espantosa primera fase de aquel genocidio. Sin embargo, en otoño el fenómeno había sobrepasado las zonas ocupadas de la Unión Soviética y estaba entrando rápidamente en una segunda fase, más amplia que la anterior y definitivamente global. Su objetivo era nada más y nada menos que el exterminio físico de los judíos de toda la Europa ocupada por Alemania, lo que los nazis calificaron como la «Solución Final de la Cuestión Judía».

El programa de exterminio no se pondría completamente en marcha hasta la primavera y el verano de 1942, cuando los «molinos de la muerte» de los centros de exterminio de la Polonia ocupada comenzaron sus operaciones de gaseo a escala industrial y la red de captura se fue extendiendo poco a poco por toda Europa, de este a oeste y de norte a sur. La espantosa última fase de los traslados masivos y de los gaseos en cadena no tuvo lugar hasta el verano de 1944, cuando, con Alemania cada vez más cerca de la inexorable derrota, casi medio millón de judíos húngaros fueron asesinados en las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau. Pero aun entonces, el tormento de los judíos no había terminado, ni mucho menos. Decenas de miles de ellos iban a morir todavía en

medio de los horrores de las «marchas de la muerte» de este a oeste, cuando los campos de exterminio de la Polonia ocupada se cerraron ante el rápido avance del Ejército Rojo y los prisioneros supervivientes fueron obligados a regresar a unos terriblemente sobresaturados campos de trabajo o de concentración (como Bergen-Belsen) en el interior del Reich.

Este inenarrable cúmulo de suplicios, sufrimiento y muerte derivó de dos decisiones cruciales —o, mejor dicho, conjuntos de decisiones— tomadas en 1941. La primera de ellas, adoptada en verano, fue matar a los judíos de la Unión Soviética. La segunda, acordada en otoño, fue ampliar los asesinatos a toda la Europa ocupada por los nazis. Cuando cayó el Reich de Hitler, el número de muertos ascendía, según las versiones más fiables, a un total de entre 5,29 y poco más de 6 millones de judíos.[1603] Sin embargo, la intención era duplicar prácticamente esa cifra. Según lo establecido en enero de 1942, se preveía que no menos de 11 millones de judíos serían sometidos a la «Solución Final».[1604]

La decisión de matar a los judíos de Europa no tenía precedentes. No se podía comparar con ninguna otra decisión en la historia. El equivalente más cercano había sido el asesinato de entre un millón y un millón y medio de armenios a manos de los turcos en 1915 (alrededor de dos tercios de los que vivían en Turquía en aquel momento). Dicho episodio presentaba algunas similitudes con el que nos ocupa: había habido una larguísima historia previa de hostilidad turca hacia los armenios, salpicada de terribles estallidos de violencia y masacres; existían imperativos ideológicos que alentaban la radicalización; el genocidio a gran escala surgió en el contexto de una guerra tremendamente brutal; y el programa homicida se llevó a cabo después con el respaldo del Gobierno turco.[1605] Pero también mostraba importantes diferencias.[1606] Aquel genocidio no estaba guiado por el racismo biológico. Posiblemente hasta veinte mil armenios se salvaron de ser masacrados convirtiéndose al Islam,[1607] en tanto que la conversión al cristianismo, evidentemente, no ofrecía ninguna garantía a los judíos en la Alemania nazi. En el primero de los casos no existió una política subyacente de destrucción física de la comunidad armenia. El genocidio no se había planeado administrativamente y en sus inicios fue un fenómeno desorganizado, corolario de las respuestas cada vez más atroces y despiadadas a las inesperadas crisis de 1914 – 1915.[1608] El genocidio de los judíos, aunque no se inició hasta 1941, era una evolución lógica —en realidad, en ciertos aspectos, inexorable— de las premisas del poder nazi. A partir de 1933, sus presupuestos pseudointelectuales, asentados en un intransigente antisemitismo biológico, quedaron consagrados en la ideología del Estado (encarnada en la más alta autoridad del país). Esta a su vez desató un proceso de persecución sistemática y en constante radicalización, llevada a cabo con total eficiencia por la moderna maquinaria burocrática, que culminó en un exterminio meticulosamente planeado, llevado a cabo con la ayuda de la nueva tecnología de tipo industrial y destinado a la definitiva erradicación de todos y cada uno de los judíos de Europa.

Aquella también fue una decisión de naturaleza completamente distinta a la de las que hemos estado rastreando en los capítulos anteriores. Estas, incluidas las de Hitler, respondían (en mayor o menor grado) a una racionalidad reconocible —dadas las premisas iniciales— en lo relativo a los planteamientos políticos que sustentaban la estrategia militar. Así era al menos desde el punto de vista de los que tomaban las decisiones. Y todavía hoy se puede apreciar la existencia de cierta lógica en ellas, aunque fuera una lógica perversa en algunos casos, y aunque muchas veces resultaran ser decisiones catastróficas. La decisión de matar a los judíos fue completamente diferente. Aunque el avance hacia el genocidio pueda responder a una lógica clara, dado el historial de persecución de

los judíos a manos de los nazis, el componente patológico de antisemitismo salvaje que sustentó aquel avance escapa a toda racionalidad. Y a pesar de todo esa decisión también fue, en un sentido distinto pero más profundo, una decisión de guerra. La decisión de hacer la guerra hasta la muerte a los judíos era, según los planteamientos nazis, una parte intrínseca, no independiente, de la colosal guerra militar en la que se hallaban inmersos.

I

Así lo puso de manifiesto el discurso de Hitler ante los líderes de su partido el 12 de diciembre de 1941. Los judíos, según él, habían provocado la guerra, y ahora pagarían por ello perdiendo la vida. Él ya lo había vaticinado, dijo, haciendo referencia a un pasaje de su intervención ante el Reichstag del 30 de enero de 1939, fecha del sexto aniversario de su «toma del poder», en la que había declarado: «En el transcurso de mi vida he sido a menudo profeta y normalmente me han ridiculizado por ello [...]. Hoy voy a ser de nuevo profeta: ¡si los financieros judíos internacionales de dentro y fuera de Europa consiguen sumir una vez más a las naciones en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización del planeta y, con ella, la victoria del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía en Europa!». [1609] Aquellas palabras no venían a inaugurar el programa de exterminio, pero sí eran reflejo de una mentalidad genocida, un convencimiento en la mente de Hitler de que los judíos serían los responsables de una nueva guerra —como lo habían sido, según su distorsionada psicología, en el caso de la Primera Guerra Mundial— y que, como consecuencia de ello, perecerían fuese como fuese.

Aquella «profecía» nunca lo abandonó. Hitler se refirió a ella cientos de veces, tanto en privado como en público, precisamente durante los años en los que la «solución final» se encontraba en pleno desarrollo. Y siempre alteraba deliberadamente la fecha de su «profecía» para trasladarla al 1 de septiembre de 1939, el día en el que comenzó la guerra europea con la invasión alemana de Polonia, cuando, en realidad, en ningún momento mencionó a los judíos en su discurso ante el Reichstag de aquel día. La conexión entre los judíos y la guerra estaba, pues, asentada en su mente desde el principio del conflicto. Y seguía allí al final de todo, cuando, dictando su «Testamento Político» la víspera de su suicidio en el búnker de Berlín, volvió a responsabilizar a los judíos de la guerra y afirmó que, esta vez, el «verdadero culpable» se había visto obligado «a expiar su culpa». [1610]

Este era el planteamiento de Hitler: la guerra nunca se podría ganar si no se destruía a los judíos, un planteamiento que residía en él desde que la Primera Guerra Mundial terminara, a su modo de ver, en una inenarrable catástrofe, una cobarde capitulación, una detestable revolución y una humillación nacional. Al igual que muchos otros integrantes de la derecha alemana del momento, Hitler responsabilizaba de ello a los judíos. A medida que aumentaban los suplicios, los sufrimientos y las pérdidas, la atención en la búsqueda de chivos expiatorios se fue centrando implacablemente —y de manera completamente injustificada—, en medio de un incesante aluvión de propaganda desatado por los grupos de presión favorables a la guerra, en los judíos. Estos fueron acusados de especuladores de guerra, holgazanes que eludían el servicio militar e instigadores del descontento interno que estaba socavando la campaña bélica. El íntimo y arraigado antisemitismo de Hitler se nutría de

aquellas viles calumnias. El papel desempeñado por figuras clave como León Trotsky en la Revolución Rusa y, dentro de Alemania, el hecho de que algunos destacados cabecillas de los aborrecidos levantamientos socialistas —el más importante de los cuales fue el breve experimento bávaro con un Gobierno de signo soviético en abril de 1919— fueran judíos daban pábulo de forma creciente al odio feroz a los judíos que se amplificaba ahora por momentos en el seno de la derecha nacionalista. Hitler asumió todo aquello, dejando que sus profundos prejuicios cristalizaran en una patológica obsesión que nunca lo abandonaría: que los judíos eran responsables de todos los males de Alemania.

En opinión de Hitler, había que librar una segunda guerra para reparar la catástrofe de la primera, para invertir el curso de la historia. Y para vengar las causas de aquel desastre que había conducido a la república «judía» de Weimar, un régimen creado por los «criminales» de noviembre de 1918 que había arruinado a Alemania, era necesario destruir a los judíos. «La eliminación total de los judíos» tenía que ser el «objetivo final» de cualquier Gobierno nacional de Alemania, escribió en su primera declaración política, en septiembre de 1919.[\[1611\]](#) «El sacrificio de millones de vidas en el frente», había afirmado en un terrible pasaje incluido hacia el final de *Mi lucha* pocos años antes, no habría sido necesario si «doce o quince mil de esos hebreos corruptores del pueblo hubieran sido expuestos a gas tóxico» al comienzo de la guerra.[\[1612\]](#) No se trataba de un plan concreto de genocidio, pero la conexión entre la guerra y los judíos, una idea que, una vez inserta en la mente de Hitler, jamás lo abandonó, tenía connotaciones inequívocamente genocidas. Y desde 1933 el hombre que defendía aquella idea gobernaba Alemania.

Esa idea no estaba sólo en la mente de Hitler. Inmediatamente después de la Noche de los Cristales Rotos, del 9 al 10 de noviembre de 1938, Hermann Göring, el gran paladín de Hitler, hizo alusión dentro de los círculos nazis más restringidos a «un gran enfrentamiento con los judíos» en caso de que se produjera otra guerra.[\[1613\]](#) Dos semanas más tarde, el 24 de noviembre, el principal periódico de las SS, *Das Schwarze Korps*, hablaba de erradicar a los judíos, por criminales «mediante el fuego y la espada», lo que se traduciría en «el verdadero y definitivo final del judaísmo en Alemania, su completa aniquilación». En aquel momento esos sentimientos eran compartidos enteramente o en buena medida por otros nazis destacados, y, lo que tenía una importancia crucial, habían quedado institucionalizados en el sector ideológicamente más dinámico del régimen nazi, el floreciente imperio que se encontraba ahora bajo la protección de la Policía de Seguridad, dirigida por las SS. Allí se podía hacer carrera desarrollando una gran pericia en torno a la «Cuestión Judía» Adolf Eichmann, que se encargaría más tarde de orquestar la «solución final», era un caso paradigmático.[\[1614\]](#) En cualquier caso, arribismo e ideología iban de la mano. Los que demostraban su valía trabajando sin parar para encontrar formas de «resolver» el «problema judío» eran por lo general auténticos convencidos de la causa. Se habían imbuido hacía mucho tiempo de la doctrina de que el judío era el origen del mal y de que un Reich fuerte y dominante tenía que estar limpio de «elementos impuros», especialmente de judíos. [\[1615\]](#)

En tanto que líder supremo del régimen, Hitler encarnaba la creencia básica de que la salvación de Alemania dependía de la eliminación de los judíos. Otros se esforzaban por llevar a la práctica de distintas maneras aquel imperativo ideológico. La «misión» había adoptado forma institucional en la Policía de Seguridad y había quedado incorporada al más amplio objetivo de guerra y conquista. La explícita asociación realizada por Hitler entre judíos y guerra no sólo había permitido sacar partido del profundo prejuicio antisemita ya existente, sino que le había asignado un propósito dinámico y

mesianico. Cuando empezó la guerra, los líderes nazis se habían institucionalizado en una élite proto-genocida.

Esa mentalidad genocida se veía sustentada por una demonización del judío que había acabado convirtiéndose en la fantasía central del pensamiento nazi. Aquella demonización iba más allá de toda consideración práctica. Los judíos representaban una reducidísima minoría de la población alemana —tan sólo el 0,76 por 100 en 1933— y evidentemente no estaban en condiciones de desafiar al poder del Estado, de hacer sus propias reivindicaciones sobre el territorio o los escasos recursos o de plantear, de una forma que no fuera meramente imaginaria, la supuesta amenaza que sirvió de pretexto para varios casos de «limpieza étnica» en el siglo xx. La imagen nazi del judío superaba con mucho los odios tradicionales. Suponía que el judío era nada más y nada menos que el supremo peligro existencial. En el interior de Alemania se consideraba que los judíos estaban «envenenando» la cultura alemana. La «verdadera» esencia de lo supuestamente alemán se contraponía a las corrientes subversivas del materialismo y la corrupción «judíos». Pero el peligro parecía ir mucho más allá. Al dominar, según el imaginario nazi, tanto el capitalismo que sustentaba a los enemigos «plutocráticos», Gran Bretaña y Estados Unidos, como el bolchevismo sobre el que se asentaba el rival soviético, el judío constituía la amenaza última a la propia existencia de Alemania. De hecho, el judío representaba un mundo que era precisamente todo aquello que el nazismo consideraba aborrecible, un conjunto de valores morales que habían ido calando a través del judaísmo y el cristianismo para acabar constituyendo los cimientos (de la civilización que Hitler, como él mismo puso de manifiesto en reiteradas ocasiones, quería erradicar. En este sentido, el nazismo era una visión apocalíptica de una nación y una sociedad renovadas que surgirían de la destrucción y la erradicación de los corrosivos valores personificados por el judío. Era, ni más ni menos, un intento de cambiar en esencia el rumbo de la historia, de lograr la redención nacional eliminando no sólo la influencia judía, sino a los judíos mismos.[1616]

Fundada sobre tales premisas, la decisión de matar a los judíos de Europa, pese a haber surgido en unas circunstancias muy específicas en 1941, respondió sin duda a una terrible e inexorable lógica. Al examinar otras decisiones cruciales tomadas por los líderes políticos en 1940 y 1941 hemos tenido en cuenta qué alternativas se les presentaban, si ése era el caso, tal y como ellos interpretaban en su momento la situación. Sin embargo, al observar la decisión de matar a los judíos no se planteaban tales alternativas o, mejor dicho, se planteaban sólo en forma de métodos alternativos de destrucción.

Existe otro motivo más que nos permite afirmar que la decisión de matar a los judíos fue única en comparación con las que hemos examinado hasta ahora. Aquélla no fue una decisión convencional, como la de ir a la guerra o no, tomada tras una serie de discusiones confidenciales con un pequeño número de ministros, generales u otros colaboradores y después proclamada públicamente. Fue un secreto de Estado de primer orden, del que no se podía hablar ni siquiera entre iniciados. Las órdenes más comprometedoras se daban de palabra. En las discusiones de máximo nivel se empleaba un lenguaje camuflado. Hitler, sin ir más lejos, nunca habló directamente del asesinato de los judíos, ni siquiera en su entorno más íntimo. En cambio, Heinrich Himmler, jefe de las SS y responsable exclusivamente ante Hitler de la puesta en práctica del programa de exterminio, sí que habló explícitamente de ello, pero eso fue en una fase posterior, cuando se dirigió a los hombres de las SS y, posteriormente, a los líderes del Partido, a primeros de octubre de 1943. Con la sombra de la derrota cada vez más cerca, aquél fue un ejercicio de franqueza por parte de un grupo de intrigantes

declarados que habían quemado sus naves y estaban juntos en todo aquello. Himmler insistió en que habían actuado con el derecho y el deber morales «de destruir a ese pueblo que quería destruirnos a nosotros». Describió el «exterminio del pueblo judío» como una «página gloriosa de nuestra historia que nunca se ha escrito ni se escribirá».[1617] Sus palabras combinaban el perverso orgullo por el cumplimiento de un deber histórico con el sentido implícito de que se había cometido un crimen de enormes proporciones que nunca podría darse a conocer.

Dado aquel grado de secretismo, presente incluso en los estratos superiores del régimen, resulta evidente la existencia de otra diferencia con respecto a las decisiones exploradas hasta ahora. La decisión de matar a los judíos sólo puede reconstruirse sobre la base de una prueba circunstancial. De hecho, no podemos responder con seguridad a la pregunta de cuándo y cómo exactamente se tomó dicha decisión. En realidad, hablar de una «decisión» puede resultar engañoso en sí mismo, porque implica que hubo un momento preciso en el que se realizó una declaración concreta. Una serie de autorizaciones, cada una de ellas basada en la anterior de forma acumulativa, es probablemente un modo más adecuado de imaginar lo que en realidad sucedió. Sin embargo, aunque fuera eso lo ocurrido, las autorizaciones, tomadas en conjunto, equivalían a la resolución de que los judíos de Europa debían dejar de existir. Es decir, que constituían en total una única decisión, aunque ésta estuviera compuesta de diversas partes.

En realidad, ya hemos señalado que aquella decisión tuvo al menos dos partes: primero fue matar a los judíos de la Unión Soviética, y después ampliar el exterminio, una segunda fase que podría haber necesitado algo más que otra simple autorización. El papel de Hitler en la toma de la decisión, o las decisiones, no se puede reconstruir con precisión. No se ha encontrado ninguna prueba escrita, y probablemente nunca se encontrará, y sin embargo, las huellas de Hitler están por todas partes en la «solución final». Sin duda, los judíos habrían sido discriminados bajo cualquier dirigente nacionalista de Alemania en aquella época. Sin embargo, para transformarse en un genocidio total, aquella situación de discriminación necesitaba de Hitler. Cuando en marzo de 1942 Goebbels lo describió como «el inquebrantable campeón y portavoz de una solución radical» para la «Cuestión Judía» no hacía sino expresar lo que ya era una obviedad.[1618] Sin Hitler, la «solución final» habría sido inimaginable.

II

El antisemitismo era un fenómeno virulento y endémico en la mayor parte de Europa en las décadas anteriores al genocidio nazi. Cuando la «solución final» se puso en marcha, los odios ancestrales garantizaron que a los gobernantes nazis de los países que conquistaban nunca les faltaran serviciales ayudantes dispuestos a encargarse de la deportación de los judíos, y más tarde de su asesinato. Sin embargo, la «solución final» en sí misma no podía haber surgido en otro lugar que no fuera Alemania. Tenía que ser una creación alemana.[1619]

La expresión más feroz del odio a los judíos se había dado en el Imperio ruso y en Europa oriental, donde los brutales pogroms —palabra de origen ruso, de hecho— y las masacres localizadas de judíos eran endémicos desde hacía tiempo. También en el Imperio de los Habsburgo

el antisemitismo había arraigado profundamente. El propio Hitler había sido durante sus días en Viena un joven admirador de dos acérrimos antisemitas, el líder pangermanista Georg Schönerer y el alcalde de la ciudad, Karl Lueger.[1620] Pero tampoco carecían de un profundo prejuicio contra los judíos en Europa occidental. Francia se había visto sacudida poco antes del final del siglo por el «Caso Dreyfus», cuando el juicio y la condena a prisión de Alfred Dreyfus, capitán del Ejército francés, basados en falsas acusaciones de traición, desataron un frenesí de invectivas antisemitas.[1621]

Alemania antes de la Primera Guerra Mundial no era ni mucho menos el corazón del antisemitismo en Europa. La pequeña y acaudalada comunidad judía estaba tratando de integrarse, puesto que las antiguas restricciones legales que lo impedían ya habían sido abolidas. Sin embargo, el hecho mismo de que los judíos estuvieran prosperando en la Alemania imperial generaba resentimiento y animadversión. La depresión económica de los años ochenta del siglo xix agravó la situación. En 1890 se fundó un partido específicamente antisemita y, aunque al cabo de una década había perdido la mayor parte de su apoyo, ahora se había hecho un hueco dentro de las corrientes políticas dominantes, principalmente en el Partido Conservador, y del estridente nacionalismo de las asociaciones patrióticas, los grupos de presión y los sindicatos de estudiantes. Lo cierto es que el enorme odio hacia los judíos era un hecho manifiesto. Ya en la época de Bismarck aparecieron más de quinientas publicaciones antisemitas.[1622] Cuando el siglo xix se acercaba a su fin, las expresiones públicas de retórica antijudía aumentaron en lugar de disminuir, y se volvieron, si cabe, todavía más feroces. El populista tratado de Theodor Fritsch *Handbuch der Judenfrage* (Manual de la Cuestión Judía), que Hitler afirmó más tarde haber «estudiado detenidamente», alcanzó la vigésima quinta edición al cabo de cinco años de su primera publicación en 1887. Y la racista diatriba del inglés germanizado Houston Stewart Chamberlain, *Grundlagen des 19. Jahrhunderts* (Fundamentos del siglo xx), que describía al judío como encarnación del mal y «demostraba» que Jesucristo era ario, se convirtió en un éxito de ventas nada más aparecer en 1900.[1623]

El antisemitismo estaba, pues, muy extendido por toda Alemania, aunque se expresaba en su mayor parte en forma de discriminación, no de las atrocidades tipo pogrom de Europa oriental (aunque tampoco eran raros los episodios de violencia localizada a pequeña escala). La retórica de las perniciosas publicaciones antisemitas en circulación resultaba ciertamente aterradora cuando hablaba de los judíos como veneno, bacilos, parásitos o alimañas. Las implicaciones de ello eran obvias, si bien en realidad la política y la retórica iban por caminos muy distintos. Ninguna de aquellas declaraciones logró provocar acción alguna apoyada por el Estado. La experiencia de los judíos en la Alemania imperial era ambivalente. Junto con la discriminación aparecía la nítida promesa de un futuro mejor.[1624] A un observador de la escena europea en vísperas de la guerra de 1914 le habría resultado muy difícil, incluso con la máxima previsión, imaginar que más o menos una generación después Alemania pondría en marcha un programa de exterminio masivo para deshacerse de los judíos de Europa.

El odio a los judíos no habría dado lugar por sí solo a la «solución final». Era, por supuesto, un componente indispensable, pero se necesitaba algo más. El propio Hitler se dio cuenta en 1919 de que los exaltados estallidos antisemitas que daban origen a los pogroms tenían que dejar paso a una persecución «racional» más sistemática si se quería conseguir la definitiva «eliminación» de los judíos (lo que, en ese momento, significaba casi con toda seguridad su expulsión de Alemania).[1625]

Para convertir algo corriente, aunque no por ello menos atroz, como el prejuicio y el odio antisemitas, en un programa sistemático de genocidio, tales elementos tenían que asociarse con el objetivo mucho más atroz de la renovación nacional. Para popularizar dicho objetivo hacía falta un partido que pudiera hacerse con el poder del Estado, el cual debía emplearse para hacer de la eliminación de los judíos el foco principal de la política en el marco de los utópicos planes de salvación nacional. El objetivo de la eliminación de los judíos tenía que institucionalizarse a través de órganos del Estado capaces de llevar a cabo una planificación sistemática y una ejecución implacable. Finalmente, se hacían necesarias las brutales condiciones de una guerra total descrita como una lucha por la supervivencia nacional para acelerar el avance hacia la completa erradicación del que era concebido como el enemigo fundamental. Esto fue precisamente lo que sucedió bajo el nazismo. Resulta difícil imaginar cómo habría podido suceder algo así en cualquier otro lugar. No había nada inevitable en el triunfo del nazismo, no existía un camino de dirección única entre el antisemitismo alemán y los campos de la muerte, y sin embargo, una vez que Hitler tuvo el control total del Estado, las posibilidades de que no se produjera aquel desenlace genocida se redujeron de forma brutal, aunque nadie en ese momento pudiera siquiera concebir la verdadera magnitud del horror final.

En cualquier caso, sin la Primera Guerra Mundial todo esto habría sido impensable. Cuando las grandes esperanzas de 1914 dieron paso al sentimiento de enorme desilusión y amargura que acompañó a las pérdidas crecientes y a las terribles privaciones materiales de los siguientes años de guerra, no hubo que ir muy lejos en busca de los chivos expiatorios. Fue muy fácil alimentar la animadversión hacia los judíos. El antisemitismo desenfrenado quedó incorporado a la agitación promovida por el lobby favorable a la guerra. La oposición a la guerra fue tachada de expresión de un derrotismo fomentado por los judíos. Cuando tuvo lugar la Revolución Bolchevique, los judíos fueron vistos, además, como agentes de la revolución mundial. Y cuando la catastrófica derrota se vio acompañada de la revolución socialista en Alemania, la subversión de los judíos se convirtió en el eje de las explicaciones del trauma.

Hitler creía fervientemente que los judíos habían provocado el desastre de Alemania, pero no era el único que sentía aquel odio violento que arraigó en su interior a partir de entonces. Sus primeros éxitos en las cervecerías de Múnich se debieron a su habilidad para explotar esos sentimientos. La mayor parte de los que habían de convertirse en jefes provinciales de su partido, los Gauleiter, sus indispensables virreyes regionales, eran de su misma generación y pensaban lo mismo que él sobre la funesta influencia de los judíos. Los matones de su organización paramilitar, la SA {Sturmabteilung, sección de tropas de asalto), también eran en su mayoría feroces antisemitas, o acabaron siéndolo al integrarse en ella. Pero tanto la actividad paramilitar, una de cuyas expresiones era un virulento antisemitismo, como las radicales ideas etno-nacionalistas (völkisch) de Hitler y del incipiente movimiento nazi contaban con una base mucho más amplia de adeptos.

Muchos integrantes de los círculos intelectuales y de los más amplios sectores instruidos de las clases medias, muy alejados de los sanguinarios matones paramilitares, soñaban con la unidad y la regeneración nacionales para superar el rencor, las divisiones y el que era a sus ojos el declive cultural y moral de la nueva democracia socialista. La eliminación de la que era considerada como la corrosiva influencia judía tenía cabida dentro de las ideas de resurgimiento nacional, la reconstrucción del Reich por un futuro gran líder. El principio de que la «redención» de Alemania sólo podía producirse «eliminando» a los judíos constituía una corriente de la cultura política que se

remontaba a Richard Wagner, aunque ni el gran compositor ni prácticamente nadie más imaginaron que eso pudiera significar la aniquilación física.[1626] En medio de un extendido pesimismo cultural de signo conservador-reaccionario que se enmarcaba dentro de una guerra perdida, el final de la monarquía, la revolución socialista y el odiado sistema democrático, el antisemitismo arraigó en terreno abonado. El antídoto a todo eso era un nuevo milenarismo, un renacimiento nacional. Entre los jóvenes alemanes cultos que asistían a la Universidad durante los primeros años veinte se encontraban los que acabarían doctorándose en leyes, los que asimilaron y se imbuyeron de ideas sobre la renovación interna del pueblo alemán eliminando las «influencias nocivas», al igual que la desintoxicación revitaliza el cuerpo humano. La «influencia nociva» más peligrosa que tenía que ser eliminada, aprendían, era la del judío. Entre los que se nutrieron de tales ideas siendo estudiantes se encontraban los que más tarde integrarían las filas de la Policía de Seguridad, serían los planificadores del genocidio y dirigirían a los brutales Einsatzgruppen en Rusia.[1627]

Así pues, entre 1916 y 1923, el antisemitismo se había asentado como componente central del pensamiento de la derecha alemana y ahora estaba siendo adoptado por la política de los movimientos de masas, entre los que se encontraba, por supuesto, el todavía pequeño Partido Nazi. Después, la calma de los años intermedios de la República de Weimar, entre 1924 y 1929, fue sólo aparente. Los fundamentalistas antisemitas se habían visto expulsados temporalmente del primer plano social, pero no habían desaparecido. E incluso en una democracia plural, los judíos, al margen de sus propias organizaciones y de algunos círculos liberales de izquierdas, encontraban pocos amigos o defensores. Cuando la democracia empezó a tambalearse y a venirse abajo a partir de 1930, abriendo el camino para el ascenso al poder de Hitler, cada vez más ciudadanos alemanes quedaron expuestos a un inmenso arsenal antisemita, al tiempo que iban siendo arrastrados a un movimiento nazi en expansión constante.

El antisemitismo no constituía casi nunca el principal atractivo del nazismo, pero una vez dentro del Partido y de sus relaciones internas no había forma de escapar de él. Cuando Hitler se convirtió en canciller de Alemania venía respaldado por un enorme movimiento de masas de unos ochocientos cincuenta mil hombres y por alrededor de medio millón de soldados de asalto, todos ellos comprometidos con objetivos políticos que no dejaban espacio para los judíos en Alemania. Además de los incondicionales, más de trece millones de alemanes apoyaban ahora a Hitler. No todos ellos eran acérrimos antisemitas, pero sí votaban a Hitler siendo plenamente conscientes de que él y su Partido defendían la adopción de medidas que garantizasen la exclusión total de los judíos en la sociedad alemana.

Los años de la República de Weimar, entre 1919 y 1933, fueron años de desasosiego para los judíos, que se veían sometidos a una inquietud constante, a frecuentes episodios de discriminación y a actos esporádicos de violencia. Pero a pesar de todo, en aquellos años un judío podía sentirse «en casa» en Alemania.[1628] Eso cambió de repente el 30 de enero de 1933, cuando Hitler llegó al poder.

La íntima fijación paranoide de Hitler con los judíos como fuerza omnipresente y omnipotente dentro y fuera de Alemania, como la amenaza primordial para la nación, responsable de la derrota en la guerra y de todos los males que habían derivado de ella, era compartida en toda su demencia por un número relativamente pequeño de personas. Aunque no fue el arcano de su peculiar «cosmovisión» el que granjeó el poder a Hitler, cuando éste fue nombrado canciller su odio hacia los judíos había impregnado ya de algún modo, mediante distintas refracciones —transformadas,

distorsionadas y adaptadas—, las rudimentarias ideas de millones de personas, como parte de su vasto mensaje de restauración de la unidad y la fuerza nacionales. Y ahora, con el propio poder del Estado sometido a las riendas de un líder guiado por delirios patológicos sobre los judíos, cuyas palabras eran órdenes para todo un ejército de obedientes burócratas y al que un público ferviente atribuía una posición cuasidivina, la lucha por eliminar a los judíos de Alemania pudo adoptar una nueva forma política e institucional. A partir de entonces ya no hubo ningún lugar en Alemania donde los judíos pudieran esconderse. Los más sensatos, clarividentes o simplemente afortunados se marcharon. Muchos otros se trasladaron al relativo anonimato de la gran ciudad. Pero no estaban a salvo; sólo era cuestión de tiempo.

Ya en primavera de 1933 se tomaron las primeras grandes medidas discriminatorias. Los judíos fueron destituidos de sus cargos dentro del funcionariado público. Se impusieron barreras para que no pudieran convertirse en abogados, ejercer la medicina ni conseguir plazas escolares para sus hijos. El 1 de abril tuvo lugar un boicot nacional contra tiendas y almacenes judíos que duró sólo ese día, pero los intentos a nivel local y regional de expulsar a los judíos de la esfera de los negocios no amainaron. No sólo se intensificó el clima de antisemitismo, sino que ahora el Estado ofrecía su apoyo a quienes se dedicaban a amargar la vida a los judíos. Una segunda gran oleada de agitación y violencia producida en primavera y verano de 1935 terminó con la promulgación de las tristemente célebres leyes de Núremberg en septiembre, que abrieron la puerta a una sucesión de decretos que despojaron a los judíos de todos sus derechos civiles y los redujeron a la categoría de parias de la sociedad. Gracias a la expansión del Reich en 1938, la violencia antisemita descubrió nuevos caminos en Viena, después del Anschluss, y en la recientemente anexionada región de los Sudetes. Sin embargo, fue la orgía de destrucción desatada en toda Alemania contra los judíos, sus propiedades y sus sinagogas la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, cínicamente llamada «Noche de los Cristales Rotos» por la enorme cantidad de trozos de cristal que cubrían las calles de las grandes ciudades después de los pogroms, la que abrió los ojos a la comunidad judía, y al resto del mundo, sobre el verdadero grado de brutalidad de la persecución nazi. Allí donde podían, los judíos huían. Para ayudarlos en su marcha, el régimen reunió a unos veinte o treinta mil judíos como prenda hasta que se pudiera conseguir el dinero necesario para emigrar. Inmediatamente se tomaron medidas para desterrar de la vida económica a los judíos que se quedaron. El proceso de *Arisierung* —la venta obligatoria a precios irrisorios de los negocios judíos para que pasaran a manos de nuevos dueños arios— entró en su última fase. En vísperas de la guerra, una aterrorizada, empobrecida y numéricamente muy reducida comunidad judía se hallaba a merced de los secuaces de Hitler. La retórica empleada por el dictador en su discurso del 30 de enero de 1939, y las acciones de su régimen, habían convencido a los judíos de que tenían mucho que temer de la llegada de una nueva guerra, una perspectiva que parecía volverse más clara con cada día que pasaba.

En gran parte, la radicalización de la persecución entre 1933 y 1939 no se había producido bajo la dirección específica de Hitler. Años más tarde, éste reconoció que «incluso en lo relativo a los judíos» se había visto obligado «durante mucho tiempo a permanecer inactivo», principalmente por motivos relacionados con la política exterior, no por voluntad propia, por supuesto.^[1629] Raras veces tenía que intervenir de forma activa, salvo cuando se trataba de una decisión de gran importancia (como la aprobación de las leyes de Núremberg en 1935 o el inicio del pogrom en noviembre de 1938). Bastaba con que proporcionara las pautas generales de lo que se necesitaba.^[1630] Tradicionalmente, Hitler daba una «señal» o «luz verde» a sus subalternos para

indicarles sus deseos en relación con las acciones contra los judíos. Los radicales seguían las instrucciones e intensificaban la persecución. Y finalmente aquellos actos recibían la ulterior sanción de Hitler o se canalizaban hacia una legislación de signo discriminatorio. Fuera como fuese, la persecución mantuvo un empuje sostenido y se fue radicalizando con el tiempo. Los subordinados de Hitler en los distintos niveles del régimen eran expertos en saber cómo «trabajar para el Führer» siguiendo la línea de sus deseos.[1631] Y eso no sólo sucedía con los miembros de la organización del Partido y los burócratas de las oficinas gubernamentales, sino que se aplicaba también, y de modo ejemplar, en el expansivo terreno del mantenimiento del orden, la seguridad y la vigilancia, que se encontraba bajo el control del Reichsführer (comandante en jefe de las SS), Heinrich Himmler, y de su brazo derecho, el ultratecnócrata Reinhard Heydrich.

En 1939, la «eliminación» de los judíos de Alemania había avanzado mucho. Sin embargo, desde el punto de vista de los líderes nazis el proceso no había llegado lo suficientemente lejos. La política nazi con respecto a los judíos no había sido ni mucho menos un camino recto hacia un objetivo preestablecido. Había sufrido bloqueos, paradas y reinicios y había seguido una «senda sinuosa»[1632], aunque nunca un camino que se desviara mucho tiempo de la creciente radicalización de la persecución. Pese a la intensificación de la campaña de hostigamiento, a finales de 1938 más de dos tercios de la población judía que vivía en Alemania en 1933 seguía residiendo allí. Y la mayoría de ellos, como concluyeron las autoridades nazis, no tenían a donde ir. La emigración no era una opción.[1633] Desde 1937, la sección encargada de la «Cuestión Judía» en el SD había estado buscando formas de acelerar su expulsión. Una idea de gran alcance era una solución de tipo territorial: embarcar a los judíos camino de algún inhóspito lugar del extranjero y dejarlos allí. Algunas de las regiones más áridas de Sudamérica se encontraban entre las estrambóticas ideas que se estuvieron contemplando durante un tiempo.[1634] Por supuesto, nada se sacó en claro de aquellas difusas ideas. Sin embargo, éstas volvieron a aparecer, en un escenario distinto —y todavía más peligroso—, en 1940. También se habían estudiado los pogroms como métodos para acelerar la emigración. No en vano, el terror de la Reichskristallnacht provocó una avalancha de refugiados, desesperados ahora por dejar Alemania como fuera. Las puertas extranjeras a la inmigración judía, que habían estado cerradas mucho tiempo, fueron abiertas a la fuerza temporalmente. Entre 1938 y 1939 abandonaron Alemania casi tantos judíos como en los cuatro años anteriores de mandato nazi.[1635] Y a pesar de todo, en vísperas de la guerra el número de judíos en Alemania ascendía a poco menos de la mitad de la cifra registrada en 1933. Los nazis todavía estaban muy lejos de la «solución de la Cuestión Judía», incluso en el interior del Reich.

Todavía en noviembre de 1938, inmediatamente después de la Reichskristallnacht, Heydrich pensaba que costaría una década librarse de los judíos que quedaban,[1636] pero pronto le sería ofrecida la ocasión de tomar las riendas del asunto. La injustificada destrucción de las propiedades de los judíos por las hordas nazis había recibido muchísimas críticas —aunque recibió muchas menos la intención de expulsar a los judíos de Alemania— y constituyó el último estallido de atrocidades públicas a gran escala dentro de las fronteras del Reich.[1637] Se necesitaba una política más «racional». El 24 de enero de 1939, Heydrich fue nombrado jefe de la Oficina Central para la Emigración Judía, que se inspiró en la que los líderes nazis consideraban una operación de enorme éxito orquestada por Adolf Eichmann y llevada a cabo en Viena el año anterior (en la que la proporción de judíos que abandonaron el país había sido muy superior a la de Alemania).[1638] Cuando las unidades de la Policía de Seguridad se trasladaron a Polonia siguiendo a la fuerza

invasora en septiembre de 1939, Heydrich pasó a ocupar una posición central en la gestión de la «Cuestión Judía» en los territorios recién conquistados. Era una tarea que hacía parecer pequeña a cualquiera de las llevadas a cabo antes de la guerra. El cometido había sido entonces acelerar la emigración forzosa de lo que quedaba de una comunidad judía que había llegado a contar alrededor de medio millón de miembros en el momento del acceso al poder de Hitler. Y ahora, con el objetivo final todavía sin cumplir, la conquista de Polonia había incorporado a dos millones de judíos más a la órbita nazi. La «Cuestión Judía» que había que resolver no se limitaba ya a Alemania. Ahora era parte de la guerra. Y se había agravado enormemente, en lugar de atenuarse, con el estallido de las hostilidades.

III

Polonia se convirtió en muchos sentidos en un campo de experimentación de lo que había de venir. Tres grandes regiones del país conquistado colindantes con las fronteras orientales de Alemania quedaron incorporadas al Reich. No obstante, a diferencia de Austria y los Sudetes, donde la población era mayoritariamente de etnia germana, la mayor parte de los habitantes de los territorios recién anexionados eran polacos. La etnia germana era minoritaria. Otra pequeña minoría en aquellas provincias era la constituida por los judíos. El objetivo de los nuevos gobernantes era claro. Las provincias, largo tiempo disputadas entre Alemania y Polonia, iban a ser sometidas a un proceso de plena germanización lo más rápidamente posible. Era evidente que no se podía eliminar a los polacos de la noche a la mañana, pero echar a los judíos, los miembros más bajos de una población derrotada, a los que los nuevos gobernadores trataban como a perros, parecía una tarea fácil de cumplir. Uno de los gobernadores más despiadados, Arthur Greiser, jefe de la que se dio en llamar Gau Wartheland o provincia de Wartheland (normalmente denominada el «Warthegau»), con su cuartel general en Poznan, suponía en noviembre de 1939 que la «Cuestión Judía» ya no era un problema y que quedaría resuelta en el futuro inmediato.^[1639] Pero lo de Greiser, y otros líderes nazis, era mucho suponer. No habían tenido en cuenta las dificultades logísticas que se interponían entre ellos y sus objetivos, por muy implacables que estuvieran dispuestos a ser.

La idea inicial era crear una inmensa reserva en una franja situada entre los ríos Vístula y Bug, en el extremo oriental de la zona de Polonia ocupada por Alemania (después de la división del país entre el Reich y la Unión Soviética). Los judíos de las provincias recién anexionadas, y por añadidura todos los judíos del Reich y treinta mil gitanos, serían reunidos, subidos a vagones de ganado y despachados a aquel vertedero. Hitler había aprobado las deportaciones. Heydrich calculaba que éstas durarían alrededor de un año.^[1640]

Pero todo aquello era completamente ilusorio. Antes de que el otoño terminase, la idea de la reserva al otro lado del Vístula había sido abandonada. En lugar de eso, los judíos iban a ser deportados a los cuatro distritos del área más grande de lo que quedaba de Polonia, el «Gobierno General», que tenía su cuartel general en Cracovia y que, según los planes, no iba a ser incorporado al Reich. Una segunda idea que no tardó en abandonarse —o, mejor dicho, aplazarse— fue la deportación rápida de los judíos del Reich. Eichmann había organizado la deportación de varios

miles de judíos desde Moravská Ostrava, en el Protectorado (lo que quedaba de Checoslovaquia ahora bajo gobierno alemán), Katowice, en la Alta Silesia, y Viena hasta el distrito de Lublin, al este de Polonia, en otoño de 1939, y suponía que aquélla sería la primera fase de la eliminación de los judíos de Alemania y Austria. Sin embargo, apenas habían dado comienzo, las deportaciones fueron suspendidas por órdenes procedentes de arriba, muy probablemente de Himmler.[1641] El Reichsführer había recibido nuevos y amplios poderes de manos de Hitler a primeros de octubre para controlar el proceso de reasentamiento en los territorios ocupados orientales, y su prioridad era encontrar espacio en las provincias recién anexionadas, empezando por el «Warthegau», para dar cabida a ciudadanos de etnia germana del Báltico y de más allá de las áreas de ocupación de Alemania. Esto implicaba el traslado urgente no sólo de los judíos, sino de enormes cantidades de polacos. En noviembre se habló de trasladar a un millón de polacos y judíos.[1642] La deportación de los judíos del Reich, la antigua Austria y el Protectorado corría menos prisa.

Pese a la asombrosa brutalidad desplegada para reunir y deportar a polacos y judíos del «Warthegau», las metas de los sucesivos y ambiciosos planes se revelaron imposibles de alcanzar. Pocos habían sido los avances conseguidos cuando Hans Frank, jefe del Gobierno General, que a principio había aplaudido los planes de enviar judíos al este del Vístula, comentando que «cuantos más mueran, mejor», [1643] decidió cerrar la puerta a nuevas deportaciones a su zona. Sencillamente, se lamentaba, no podía dar cabida a las enormes cantidades de polacos deportados en su ya superpoblada y empobrecida región, desesperadamente necesitada de víveres. Por otra parte, quería que su área fuera «libre de judíos», para no convertirla en un vertedero para judíos de otras zonas más privilegiadas. Sin embargo, admitía que a corto plazo el Gobierno General tendría que acoger a más de medio millón de nuevos judíos y que «sólo entonces podremos hablar con calma de lo que tiene que pasar con ellos». Frank seguía imaginando una inmensa reserva judía en el extremo oriental de su región, en la frontera con la parte de la antigua Polonia controlada por la Unión Soviética.[1644]

En primavera de 1940 era evidente para los líderes nazis que sus planes de gigantescos traslados y reasentamientos de población (de la que los judíos eran sólo una parte) no podían llevarse a cabo dentro de las fronteras de los territorios polacos ocupados. Los dirigentes de las provincias anexionadas, especialmente Greiser, en el «Warthegau», estaban desesperados por deshacerse de los judíos que se encontraban bajo su órbita, pero finalmente no se abrió ninguna vía para su deportación. Los guetos, inicialmente previstos como simples espacios provisionales de alojamiento hasta que sus habitantes pudieran ser deportados, pasaron a ser instituciones más estables. Los más grandes, Łódź, en el Warthegau, y después Varsovia, en el Gobierno General, ofrecían tales oportunidades de beneficio que sus administradores nazis se resistían a plantearse su disolución. Frank, entre tanto, se estaba volviendo cada vez más obstinado. Es cierto que había dicho a Hitler y Himmler que no tenía más interés que el de servir a las necesidades del Reich haciendo de su región «el receptáculo de todos los elementos que llegan en tropel al Gobierno General desde fuera, ya sean polacos, judíos, gitanos, etc.», pero después había convencido a Heydrich de que la situación alimentaria en el Gobierno General no permitía proseguir con el programa de reasentamiento.[1645] Se había llegado a un punto muerto.

Sin embargo, ya en enero el propio Frank había hecho alusión a una posible vía de escape, cuando hizo suya la vieja idea antisemita, planteada por primera vez por un escritor alemán, el racista Paul de Lagarde, en los años ochenta del siglo xix, de instalar a millones de judíos en

Madagascar, colonia francesa.[1646] Esto permitiría, sugirió Frank, hacer sitio en el Gobierno General.[1647] En su momento, dicha idea no fue más que una quimera, pero esa perspectiva volvió a abrirse precisamente con el triunfo militar alemán en la ofensiva occidental de primavera de 1940. Cinco días después del inicio del avance alemán, Himmler, en un memorándum preparado para Hitler sobre el tratamiento de la «población extranjera en el este», comentó —aparentemente como mero inciso— que esperaba ver el término «judío» «completamente extinguido gracias a la posibilidad de una emigración a gran escala de todos los judíos a África o a alguna otra colonia».[1648] Es posible que Himmler lanzase la idea de deportar a los judíos a África (Madagascar no aparecía mencionado específicamente) a modo de globo sonda. Si así fue, no se topó con ningún tipo de objeción. Hitler dio su aprobación al memorándum, y pronto debió de resultar obvio para un número más amplio de dirigentes del régimen lo que se estaba gestando, pues, cuando la derrota de Francia empezó a verse como algo inminente, una propuesta procedente del Ministerio de Exteriores sugirió Madagascar, y no el Gobierno General, como destino de los judíos deportados. La idea fue recogida rápidamente. Madagascar proporcionaría la respuesta a todos los problemas de superpoblación en Polonia. Cuando, en julio, Himmler detuvo las deportaciones a su región[1649] Frank sintió un «colosal alivio».[1650] Sus dificultades pronto habrían terminado. No sólo no entrarían más judíos en su territorio, sino que los que estaban allí, más de dos millones, iban a ser embarcados hacia el otro lado del mar y a dejar de ser problema suyo.

Madagascar, en tanto que propuesta de nueva ubicación de la reserva judía, tuvo una vida muy breve. Sin embargo, durante varios meses de 1940 fue tomada muy en serio en los más altos niveles de la jerarquía del régimen. Y ahora, por primera vez, se contemplaba una solución a la «Cuestión Judía» que incluía Europa occidental. Heydrich se movilizó rápidamente para asumir el control. Él hablaba de la necesidad de encontrar una «solución final territorial» a «todo el problema» de los tres millones y cuarto de judíos bajo mandato alemán.[1651] Eichmann y sus colaboradores quedaron encargados de diseñar los planes, y a mediados de agosto habían terminado. Cuatro millones de judíos —un millón al año durante los siguientes cuatro años— serían enviados en barco a aquella inhóspita isla del océano Índico, un lugar remoto donde pudieran quedar fuera de su vista y de su pensamiento. La operación al completo sería dirigida por la Policía de Seguridad. Los judíos no gozarían allí de una existencia independiente. Su nuevo hogar, una reserva masiva o «supergueto», sería gobernado por las SS. El otoño anterior se había admitido (y celebrado) que la deportación de los judíos al distrito de Lublin diezmaría a la población judía,[1652] y no podía esperarse otra cosa distinta del «Proyecto Madagascar». Era evidente que los judíos eran enviados a aquel lugar para que se pudieran allí. Las implicaciones genocidas eran obvias. Sin embargo, la idea no llegó a ver la luz. Ni siquiera se daban los prerequisites básicos. Una Francia derrotada bien habría podido verse obligada a ceder Madagascar como protectorado bajo mandato alemán, pero si Gran Bretaña se negaba a llegar a un acuerdo, era imposible asegurarse la flota y garantizar la seguridad en los mares necesarias para enviar el cargamento de judíos. El proyecto de Eichmann acabó cogiendo polvo en un rincón olvidado del escritorio de Heydrich.[1653] Para entonces, una opción mejor estaba empezando a parecer factible.

La decisión de Hitler de diciembre de 1940 de que el ataque a la Unión Soviética siguiera adelante la primavera siguiente tenía enormes consecuencias para la consecución de los objetivos raciales. Por un lado, millones de nuevos judíos caerían en manos de los nazis en un momento en el que todavía no se había encontrado solución al problema de la deportación de los cerca de cuatro

millones ya existentes (cifra que pronto quedaría convertida en casi seis millones) en la esfera alemana. Y fueran cuales fueran las rutas de invasión tomadas por la Wehrmacht, un número elevadísimo de judíos iba a salir a su paso. Por otro lado, la esperada rápida victoria abriría la posibilidad de trasladar y reasentar a la población mediante un proceso de «limpieza» racial en una escala gigantesca.

Cuando la invasión dio comienzo ya se estaban elaborando planes destinados precisamente a eso. Las SS proyectaban deshacerse, principalmente mediante la deportación a Siberia, de no menos de treinta y un millones de personas, fundamentalmente eslavos, durante el cuarto de siglo siguiente, aproximadamente. Se daba por sentado que cinco o seis millones de judíos «desaparecerían» en la primera fase.[1654]

Antes de que se idearan dichos planes, la confianza en la victoria en el este hacía pensar en nuevas posibilidades para resolver la «Cuestión Judía». En lugar de la ya obsoleta idea de Madagascar aparecía ahora la perspectiva de deportar a los judíos europeos «al este», a las gélidas inmensidades del antiguo territorio soviético, donde se podía esperar que el frío helador, la malnutrición, el agotamiento y la enfermedad pasaran factura. Eso era lo que Hitler tenía en mente cuando comentó en tono algo críptico a principios de febrero de 1941 que, dado que Madagascar estaba planteando problemas insuperables, «él estaba pensando ahora en algo distinto, no precisamente más amistoso».[1655]

Para entonces, Hitler ya había transmitido sus poco amistosos planteamientos a Himmler y a Heydrich, que enseguida comprendieron lo que podía significar un ataque a la Unión Soviética para sus propias esferas de poder. Para Himmler, las posibilidades de planificación para reordenar la composición racial de Europa oriental eran infinitas. Para Heydrich, se avecinaban ahora inmensas tareas nuevas para su Policía de Seguridad. Además de eso, ahora parecía posible lograr una «solución final» para la «Cuestión Judía». Esta expresión se empleó con frecuencia desde principios de 1941, pero no se refería, como sucedería más tarde, al exterminio programado en las cámaras de gas de los campos de la muerte, sino al reasentamiento territorial en el este —que, no obstante, era en sí mismo implícitamente genocida— como sustituto del «Proyecto Madagascar».

Así pues, en enero de 1941, Himmler y Heydrich ya sabían lo que Hitler estaba planeando. El 21 de enero, Theo Dannecker, uno de los más leales colaboradores de Eichmann, señaló: «De acuerdo con la voluntad del Führer, la cuestión judía en el interior de la zona de Europa controlada por Alemania tiene que ser sometida después de la guerra a una solución final». A través de Himmler y Göring, Hitler había encomendado a Heydrich la presentación de «un proyecto de solución final». Aprovechándose de su propia experiencia, Heydrich había podido preparar los puntos esenciales de su propuesta muy rápidamente, y ésta se encontraba ya en manos de Hitler y Goring. Para llevarla a la práctica, no obstante, haría falta mucho trabajo y una detallada planificación tanto de las deportaciones masivas necesarias como de la «acción de asentamiento en un territorio aún por determinar».[1656]

La expresión fue empleada por primera vez en unas notas preparadas por Eichmann para un discurso sobre «asentamiento» que Himmler tenía que pronunciar el 10 de diciembre ante los líderes del Partido, reunidos en Berlín. Eichmann había estimado entonces que las deportaciones afectarían a 5,8 millones de judíos, 1,8 millones más de lo que se había previsto en el plan de deportación a Madagascar, puesto que la cifra incluía ahora no sólo a los judíos que se encontraban directamente bajo mandato nazi, sino a los que entraban dentro de la «esfera económica europea del pueblo

alemán». La suma total englobaba al conjunto de judíos de la Europa continental al oeste de la línea de demarcación germano-soviética que atravesaba Polonia.[1657]

Himmler se había referido explícitamente en su discurso a la «emigración de los judíos» desde el Gobierno General —un territorio anteriormente destinado a acoger judíos (y también polacos)— con el fin de hacer sitio para los trabajadores polacos.[1658] Pero, ¿dónde iban a ser enviados los dos millones de judíos que estaban ahora en el Gobierno General? Evidentemente, Madagascar ya no era una opción. Sin embargo, tan sólo unos días más tarde Hitler emitió la directiva militar de un ataque a la Unión Soviética la siguiente primavera. Seguramente Himmler debía de saber lo que iba a suceder. El «territorio aún por determinar» sólo podía significar alguna región todavía no indicada de la vastísima área que se esperaba cayese en manos alemanas en el transcurso del año siguiente.

Dado el máximo secretismo que rodeaba el ataque a la Unión Soviética, no se podía dar ningún tipo de detalles sobre el territorio pensado para esta «solución final» fuera del círculo de los iniciados. Por tanto, oficialmente se seguía hablando del Gobierno General como la ubicación proyectada, a pesar de que los «enterados» sabían perfectamente que aquello era puro camuflaje. Eichmann reconoció en marzo que el Gobierno General no estaba en condiciones de acoger a más judíos.[1659] Cuando Göring y Heydrich hablaron de las instrucciones dadas a éste último para que ajustara su actuación a las nuevas responsabilidades de Alfed Rosenberg, que había sido designado para encargarse de un Ministerio de los Territorios Orientales constituido para supervisar las tierras soviéticas conquistadas, era evidente que el territorio previsto para la «solución final», aunque no especificado, estaba situado más al este que el Gobierno General.[1660]

De hecho, Hitler prometió a Hans Frank en marzo que su provincia sería la primera en quedar libre de judíos.[1661] Otros dirigentes provinciales nazis, al enterarse de lo que se estaba tramando, se sumaron entonces a la presión para lograr que sus áreas se vieran también despejadas de judíos. Goebbels recibió información errónea que indicaba que Viena estaría pronto «libre de judíos», y que el turno de Berlín era también inminente. «Más tarde —escribió Goebbels—, los judíos tendrán que salir todos de Europa».[1662]

Entre tanto, había que planificar no sólo la «solución final» de la «Cuestión Judía» paneuropea, sino también el tratamiento de los judíos soviéticos tras la invasión que iba a producirse. En primavera, tales consideraciones se entremezclaban con los planes generales para una guerra que, como Hitler había dejado perfectamente claro a sus líderes militares, iba a ser muy distinta de la que había tenido lugar en Europa occidental.[1663] Aquélla, declaró categóricamente, sería una «guerra de aniquilación». La «inteligencia judeobolchevique» tenía que ser «eliminada».[1664] Los mandos del Ejército colaboraron estrechamente con Himmler y Heydrich para diseñar los métodos de actuación e idearon órdenes para liquidar inmediatamente a todos los comisarios políticos que fueran capturados. Göring pidió a Heydrich que preparara una breve guía para el Ejército sobre la policía secreta soviética, los comisarios políticos y los judíos, «para que supieran en la práctica a quién tenían que llevar al paredón».[1665] En mayo, Heydrich «estaba reuniendo cuatro Einsatzgruppen, cada uno de ellos compuesto por entre seiscientos y mil hombres extraídos principalmente de la Policía de Seguridad y el SD, que entrarían en la Unión Soviética en la retaguardia del Ejército para ocuparse de los «elementos subversivos». En sus reuniones informativas, Heydrich era muy poco preciso y excesivamente generalizador a la hora de designar a los grupos que debían ser considerados sus objetivos. Judíos, gitanos, saboteadores y todos los funcionarios comunistas estaban en peligro. Heydrich insistía en que el judaísmo estaba en la raíz del bolchevismo y, de

acuerdo con las metas del Führer, tenía que ser erradicado.[1666]

Así pues, cuando las tropas alemanas cruzaron las fronteras soviéticas el 22 de junio, el régimen de Hitler ya había recorrido una larga distancia hacia el genocidio, cuyo empuje había crecido notablemente a lo largo de un período de casi dos años desde que Polonia fuera aplastada. El número de judíos que habían entrado en la órbita nazi con la conquista de Polonia, la brutalidad del trato dado al país sometido —en el que los judíos eran el estrato más bajo y despreciable— y la imposibilidad de encontrar solución a un problema inventado, por muy impactante que fuera el panorama y muy despiadados que fueran los métodos, obligaron a la búsqueda cada vez más frenética de una forma de salir de aquel punto muerto. Con la suerte de cara en la guerra, durante un tiempo se pudo fantasear con un rápido remedio para toda Europa al otro lado del mar, en Madagascar, pero la tenaz persistencia de Gran Bretaña en seguir combatiendo no tardó en hacer imposible dicha opción. Sin embargo, la decisión de finales de 1940 de destruir la Unión Soviética al año siguiente abrió una nueva posibilidad y alentó todavía más la radicalización. Ahora, la atractiva perspectiva de una solución territorial definitiva, en virtud de la cual los judíos de Europa acabarían extinguiéndose en las glaciales inmensidades de la Unión Soviética, se entrelazaba con los planes de una guerra de aniquilación en la que los judíos, considerados el alma del movimiento bolchevique, aparecían en el camino del Ejército alemán y eran vistos por los Einsatzgruppen de la Policía de Seguridad en la retaguardia como presas en temporada de caza. La trayectoria era claramente genocida. Pero a pesar de todo, todavía no se habían empezado a tomar medidas encaminadas al genocidio total, ni siquiera en la Unión Soviética.

El papel personal de Hitler en los acontecimientos acaecidos desde septiembre de 1939 fue decisivo, aunque impreciso. Al principio estableció las reglas básicas para la barbarie de Polonia. De eso no cabe ninguna duda.[1667] Aunque no lo hubiera hecho, seguramente también se habrían cometido atrocidades. El sentimiento antipolaco y antijudío contenido era demasiado grande como para poder evitar estallidos de violencia contra la población civil. Sin embargo, si Hitler hubiera dictado instrucciones específicas para impedir y prohibir tales acciones, con toda probabilidad la magnitud de lo sucedido no habría sido ni remotamente parecida a la barbarie programada allí cometida.

En lugar de eso, después de dar luz verde al despiadado programa de «limpieza étnica», Hitler pudo dejar la planificación y orquestación del mismo en manos de Himmler y Heydrich. También dio licencia absoluta a sus jefes provinciales, los Gauleiter, en el este, diciéndoles que no preguntaran sobre los métodos que empleaban para germanizar sus regiones y que no quería saber nada de sutilezas legales.[1668] No obstante, cuando había que tomar decisiones estratégicas clave, era imprescindible acudir a Hitler.

Sólo él podía decidir sobre la deportación de los judíos del Reich, en la que venían insistiendo algunos de sus subordinados. Hitler también era informado de los crecientes problemas derivados de la deportación dentro de la Polonia ocupada —aunque no pudiera resolverlos— y en más de una ocasión fue llamado a intervenir para aplacar a Hans Frank en relación con la absorción de judíos en el Gobierno General. Había sido él el que había aprobado el efímero intento de llevar adelante el desatinado «Proyecto Madagascar». Y, como hemos señalado, el encargo hecho a Heydrich de elaborar una propuesta para enviar a los judíos de Europa a un destino no especificado del este, una «solución final» de carácter territorial, procedió de Hitler. Himmler, Heydrich y Göring —nominalmente a cargo de la política antijudía desde la Reichskristallnacht y metidos de lleno en la

planificación de la explotación económica del este— eran todos ellos figuras extremadamente poderosas, pero su autoridad provenía de Hitler. Sin el mandato de este último, sus órdenes no tenían validez. Detrás de la búsqueda cada vez más radical de una solución a la «Cuestión Judía» se encontraba en última instancia, por tanto, el imperativo ideológico encamado por Hitler, que ya entonces estaba calando en todo el régimen; que otra guerra provocaría como fuera la destrucción de los judíos.

El 30 de enero de 1941, precisamente cuando la planificación de una «solución final» dio un nuevo giro ante la posibilidad de deportar a los judíos de Europa hacia un espantoso, aunque no especificado, destino en la Unión Soviética, Hitler regresó por primera vez, en el discurso pronunciado ante el Reichstag para conmemorar el octavo aniversario de su «toma de poder», a su «profecía» de enero de 1939.[1669] El momento elegido no era casual. Hitler estaba dando a entender de manera indirecta lo que tenía en mente: que la hora de la confrontación con los judíos se estaba acercando.

IV

Con la penetración en la frontera soviética a primera hora del 22 de junio de 1941 daba comienzo la «guerra de aniquilación» prometida por Hitler. La barbarie nazi entró entonces en una nueva dimensión.

A la vista de las instrucciones dadas al Ejército antes del inicio de la campaña, no es de extrañar que no tardaran en producirse las primeras atrocidades incontroladas a manos de los soldados. «He observado que han tenido lugar ejecuciones injustificadas tanto de prisioneros de guerra como de civiles», comentaba un comandante de tropa tan sólo tres días después del comienzo del ataque. Cinco días más tarde tuvo que repetir su orden de que se abstuvieran de efectuar disparos «irresponsables, injustificados y criminales» que no dudaba en calificar de «asesinato». Pese a todo, el comandante también reafirmaba la necesidad de responder a «las llamadas del Führer a una acción implacable contra el bolchevismo (comisarios políticos) y cualquier tipo de partisanos», y aseguraba que el objetivo de la guerra era restaurar la paz y el orden en «esta tierra que ha sufrido enormemente durante años la opresión de un grupo judío y criminal».[1670]

Incluso un comandante de tropa como aquél, que condenaba y trataba de frenar las arbitrarias atrocidades cometidas por sus hombres, aceptaba la necesidad de una actitud despiadada hacia comisarios y partisanos y creía que los judíos —catalogados como criminales— estaban detrás del régimen bolchevique. Esa percepción estaba totalmente extendida. Aquella guerra no era como las demás. Y los judíos eran considerados su componente central.

Este era el clima ideológico que estableció el marco de la consolidación del asesinato de los judíos como parte de una campaña homicida sin precedentes, en la que se sometió a una inenarrable carnicería a la población civil y los prisioneros de guerra (que en otoño estarían muriendo en los campos alemanes a razón de unos seis mil al día).[1671] Heydrich, como hemos comentado, había dado instrucciones a los Einsatzgruppen ya reunidos sobre las tareas encomendadas a ellos cuando entraran en la Unión Soviética. Sin embargo, contrariamente a lo que fue en su momento ampliamente

aceptado, en esas reuniones no transmitió ninguna orden de proceder al genocidio sistemático de los judíos soviéticos. Tal directiva, transmitida de palabra por Himmler, llegó cuando habían transcurrido varias semanas de campaña y como primer gran paso adelante en el acelerado avance hacia el genocidio. E incluso entonces, la directiva adoptó la forma de una incitación a llevar a cabo radicales acciones homicidas, y no la de una orden formal.

Las primeras instrucciones de Heydrich a los Einsatzgruppen habían sido más restrictivas que esta nueva versión amplificada, aunque bastante imprecisa, como era habitual en él. El 2 de julio, probablemente con el fin de proteger las acciones de los Einsatzgruppen de las posibles objeciones planteadas por los líderes militares, Heydrich redactó una instrucción que contemplaba la ejecución de funcionarios comunistas, diversos «elementos extremistas» y «todos los judíos que ocupaban cargos en el Partido y el Estado».[1672] Probablemente aquellas palabras coincidían a grandes rasgos con lo que había dicho a los comandantes de los escuadrones de la muerte en sus primeras instrucciones orales, excepto en el hecho de que éstas, evidentemente, estaban expresadas de tal modo que otorgaban amplísimas facultades discrecionales a los Einsatzgruppen a la hora de definir qué grupos constituían sus objetivos y los alentaban claramente a interpretar las instrucciones sobre los judíos libremente y como estimaran oportuno. Más que una orden explícita, las directrices de Heydrich venían a ser un mandato criminal pero abierto, obviamente susceptible de traducirse en distintos grados de acción, ya que los Einsatzgruppen y sus subunidades no se comportaron de manera uniforme durante las primeras fases de la «Operación Barbarroja».

En realidad, las ejecuciones llevadas a cabo por unidades de los Einsatzgruppen eran sólo parte de la oleada inicial de asesinatos en la que una campaña ideológica dirigida desde arriba interactuaba con «una serie de medidas incoherentes y variadas según las localidades y las regiones» tomadas por quienes se encontraban luchando sobre el terreno.[1673] Ya el 24 de junio, el jefe de la oficina de la Gestapo en Tilsit, Prusia Oriental, cerca de la frontera con Lituania, dio orden de ejecutar a doscientos judíos locales, supuestamente «por crímenes contra la Wehrmacht» cometidos durante la tenaz aunque inútil resistencia de las tropas fronterizas soviéticas en las primeras horas de la invasión. Las órdenes nacieron de su propia iniciativa, de acuerdo con la «aceptación básica de las acciones de limpieza» del recién nombrado líder del Einsatzgruppe destinado a los países bálticos, Franz Walter Stahlecker.[1674] Tres días después, el Batallón de Policía 309 masacró a dos mil judíos en Bialystok. Más de una cuarta parte de ellos, incluidos mujeres y niños, habían sido llevados a la fuerza a una sinagoga a la que después se había prendido fuego. La «acción» había sido iniciada por unos pocos nazis fanatizados procedentes de las filas del batallón,[1675] pero esos individuos sabían que tamaña crueldad estaba siendo ahora alentada de palabra por los líderes de las SS. Todos supieron enseguida lo que se esperaba de ellos.

Poco después, algunas unidades, especialmente en la región báltica, estaban asesinando ya a un número elevadísimo de judíos varones. En Kaunas, Lituania, por ejemplo, 2.514 judíos fueron ejecutados en un solo día, el 6 de julio.[1676] Los pogroms, deliberadamente instigados por los invasores alemanes, que daban carta blanca al feroz odio hacia los judíos generalizado entre la población local, hicieron su particular contribución a aquella ola de terror.[1677] En otras regiones, los asesinatos eran menos espontáneos y se limitaban en gran medida a los representantes de la «inteligencia» judía.[1678] Así pues, en esta primera fase tras la invasión, las autoridades centrales alentaron las acciones homicidas, aunque concedieron un amplio margen a la iniciativa local. Si bien tales acciones eran ya en gran medida abiertamente criminales, todavía no se había emitido una orden

explícita y general en ese sentido. Sin embargo, para los judíos soviéticos, la fase del genocidio total no tardaría en llegar.

Todo esto no puede atribuirse a una única orden dada un día concreto. No es así como funcionaba la política genocida nazi. La tarea de determinar con exactitud cómo y cuándo se tomaron y autorizaron las primeras medidas clave hacia el genocidio exige reunir una serie de pruebas muy difíciles de conseguir.^[1679] Dado el nada burocrático estilo de gobierno de Hitler, la importancia que éste concedía al secretismo y su característico uso del lenguaje camuflado y de las señales para la acción en sustitución de las órdenes inequívocas, las intervenciones del dictador se encuentran envueltas en un velo de misterio. En cuanto al nivel inmediatamente inferior, sin duda todos los expedientes que Himmler y Heydrich pudieran poseer en relación con la «solución final» fueron quemados cuando se produjo la caída del Reich. Sea como fuere, dichos documentos no han sobrevivido. Y los testimonios posteriores de los dirigentes nazis, los jefes de los escuadrones de la muerte y los encargados intermedios de los asesinatos en masa se han revelado con frecuencia erróneos, y en ocasiones contradictorios, en cuestiones de detalle. Y, por supuesto, a menudo eran deliberadamente falsos. A pesar de todo, la documentación que nos ha quedado y los testimonios posteriores permiten una reconstrucción altamente plausible de las principales fases del genocidio.

Estas no respondieron a órdenes explícitas que descendieran desde la cúspide hasta la base de la pirámide. En realidad, lo que existía era una compleja interrelación de «vistos buenos» a la acción procedentes de arriba e iniciativas tomadas desde abajo que se combinaban entre sí para generar una espiral de radicalización. Al tomar ellos mismos la iniciativa a la hora de interpretar cómo se esperaba que actuaran, quienes se encargaban directamente de los asesinatos forzaron el ritmo de la rápida radicalización sobre el terreno, lo que a su vez afectó a la forma en la que los líderes, por su parte, reaccionaban y modificaban las líneas de actuación. Sin embargo, las operaciones en la «periferia», pese a generar su propia dinámica, no eran independientes de la instigación y el control centrales. Habían sido desatadas, fomentadas y sancionadas por las «directrices de actuación» procedentes del «centro». Es decir, las medidas clave de la escalada hacia el genocidio total respondieron a cierto tipo de directiva central. Esta se transmitía invariablemente mediante indicaciones orales de lo que se requería o «incitaciones» a la acción transmitidas por Heydrich o, más a menudo, por Himmler. Tales indicaciones eran en su mayor parte imperativos formulados de forma muy imprecisa, y no instrucciones claramente definidas. Este mecanismo reproducía, según una hipótesis muy plausible, la forma en la que el propio Hitler indicaba sus «deseos» en sus reuniones confidenciales «a cuatro ojos» con Himmler.

Aquellas reuniones secretas, de las que no se levantaba acta y en las que no había nadie más presente (excepto, de vez en cuando, Heydrich), desencadenaban un proceso dialéctico. Los expresos «deseos del Führer» se traducían a través de Himmler en una inmediata acción ejecutiva. Por mediación de Himmler, y después de los líderes de menor rango de la Policía de Seguridad, aquellos deseos se iban filtrando en sentido descendente, en diferentes momentos y con variadas formulaciones, hasta llegar a quienes llevaban a cabo los asesinatos. Una vez dictado un impreciso mandato que ellos podían interpretar a su manera, siempre y cuando respondieran al imperativo de intensificar la severidad de las acciones, los líderes locales actuaban a continuación como estimaban más conveniente, operaban según su propia iniciativa y recurrían a las medidas extremas a las que se les instaba. Estas, a su vez, encontraban sanción en las altas instancias y acababan dando una nueva vuelta de tuerca a la radicalización. Ese fue precisamente el tipo de proceso que se dio a mediados

de verano de 1941, y que convirtió las medidas parciales en el genocidio total en la Unión Soviética.

El 15 de julio, Himmler regresó al cuartel general del Führer en Prusia Oriental, donde había pasado la mayor parte del tiempo desde el inicio de la campaña rusa, tras un breve viaje a Berlín. Probablemente esperaba acudir a una importante reunión que Hitler iba a celebrar al día siguiente por la tarde para establecer el marco del control y la explotación futuros de los territorios ocupados de la Unión Soviética después de una guerra que se suponía estaba prácticamente ganada. Llegado el momento, Himmler no acudió a la reunión, posiblemente porque lo distrajo la necesidad de ocuparse de la captura de un importante prisionero de guerra apresado aquel día, el hijo de Stalin. No podemos determinar si vio a Hitler o habló por teléfono con él antes de la reunión, pero, aunque estuvo fuera mientras duró el encuentro, no tardó en regresar al cuartel general, donde al día siguiente mantuvo una prolongada discusión a la hora de la comida en torno a las deliberaciones del día anterior. Hans Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, que estaba presente, explicó las órdenes de Hitler relativas al reparto de poderes en el territorio oriental ocupado,[1680] cuyo resultado fue que Himmler era ahora responsable absoluto de la seguridad y el mantenimiento del orden en el este.[1681]

Era una instrucción prácticamente abierta, sólo limitada en teoría por la exigencia de respetar la jurisdicción del recién nombrado ministro de los Territorios Orientales Ocupados, Alfred Rosenberg. Himmler recibió las actas de la reunión poco después. En ellas vería —y sin duda había oído hablar de ello mucho más— que Hitler había hablado de «exterminar a todo lo que se oponga a nosotros» y de pacificar el territorio recientemente subordinado matando a tiros a cualquiera «que tan siquiera nos mire con recelo».[1682] Tan draconianos sentimientos proporcionaban el marco a las nuevas directrices de seguridad de Himmler, que ofrecían grandes posibilidades para la ampliación de sus poderes. Pero para sacar el máximo provecho de todo ello, necesitaba unas fuerzas policiales en el este mucho más grandes que las que estaban disponibles entonces. Y, dadas las ejecuciones en masa de judíos que ya se habían producido y la identificación, según la visión nazi, de los judíos con la subversión y la resistencia clandestina (que Stalin había alentado en su primer discurso dirigido a la población de la Unión Soviética desde la invasión alemana, el 3 de julio), era obvio que más policía significaba más asesinatos, un recrudecimiento del objetivo de «limpiar» de judíos las zonas recién ocupadas y, por tanto, en el pensamiento nazi, de «asegurarlas».

El 18 de julio, un día después de recibir el decreto de Hitler que le atribuía la responsabilidad de la seguridad en el este, Himmler canceló el viaje que tenía planeado al Gobierno General[1683] Lo más probable es que estuviera ya muy atareado sacando el máximo provecho a su nueva posición. Resulta plausible suponer que habló al menos por teléfono con Hitler sobre sus nuevas tareas, y sobre la necesidad, si éstas se querían ver cumplidas, de incrementar de forma drástica las fuerzas policiales en los territorios orientales. No en vano, Himmler ya tenía esas ideas en mente antes incluso de que tuviera lugar la invasión. La asignación de responsabilidades para el este por parte de Hitler en la reunión del 16 de julio le daba ahora la oportunidad de llevar esas ideas a la práctica y de ampliar sustancialmente de paso sus propios poderes. Entre el 19 y el 22 de julio, Himmler envió dos nutridas brigadas de las SS, con un total de once mil hombres, a barrer la inmensa región pantanosa del Pripet, que se extendía por el sur de Bielorrusia y el norte de Ucrania. Con ello logró multiplicar casi por cuatro el número de hombres de las SS tras las líneas alemanas una semana después de la reunión de Hitler. Y eso fue sólo el principio. A continuación se produjo una enorme ampliación de los recursos para el mantenimiento del orden. A finales de 1941, el número de

hombres en los batallones de policía en el este ascendía a treinta y tres mil, más de once veces el tamaño de los Einsatzgruppen iniciales que habían sido enviados allí en junio.[1684]

Himmler no necesitaba órdenes específicas de Hitler para hacer que las unidades recién enviadas centraran su atención en matar judíos. Desde el inicio de la campaña oriental, éstos habían sido el objetivo primordial de los escuadrones de la muerte. El número de judíos asesinados superaba ya enormemente al de las demás víctimas. Su comportamiento supuestamente subversivo y de oposición fue empleado como pseudojustificación de las masacres. Por eso, las nuevas instrucciones para la más rápida y exhaustiva «pacificación» de los territorios orientales tuvieron inevitablemente consecuencias terriblemente funestas para los judíos. Los pantanos del Pripet, destino de las brigadas de Himmler recién enviadas, eran considerados un lugar particularmente conflictivo de los territorios ocupados.[1685] El 1 de agosto, el 2º Regimiento de Caballería de las SS emitió una orden explícita de Himmler: «Todos los judíos deben ser ejecutados. Conducid a las mujeres judías a las ciénagas».[1686] Aunque, pese a todo, los comandantes se las arreglaron para interpretar la «explícita» orden de diversas maneras,[1687] lo cierto es que al cabo de dos semanas, todos ellos estaban informando de la «desjudaización» (Entjudung) de ciudades y pueblos enteros de la región. No sólo los hombres judíos, sino también las mujeres y los niños estaban siendo asesinados. Un comandante se tomó las palabras de Himmler al pie de la letra e informó de que las mujeres y los niños habían sido llevados a las ciénagas, pero que éstas no eran lo suficientemente profundas como para que se ahogaran.[1688] Un comentario realizado unas semanas después por Hitler demuestra que estaba al corriente de la acción del Pripet. Acababa de recordar su «profecía» a sus invitados de aquella noche —Himmler y Heydrich— y de culpar una vez más a los judíos de los muertos de la Primera Guerra Mundial y del conflicto que estaba entonces en marcha cuando dijo: «¡Que nadie me diga que no podemos mandarlos a los pantanos! ¿Quién se preocupa entonces de nuestro pueblo? Es bueno que nos preceda el horror de que estamos exterminando el judaísmo».[1689]

Con esta insinuación, Hitler había establecido una vinculación entre la acción del Pripet, el exterminio de los judíos y su «profecía» personal de 1939. Cuando estaba dando comienzo la ofensiva ampliada contra los judíos del este, el 1 de agosto, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, comunicó que Hitler quería recibir informes sobre el trabajo de los Einsatzgruppen de manera regular.[1690] El mismo día, Müller había ordenado recopilar «lo más rápidamente posible» para Hitler material ilustrado sobre las operaciones de los Einsatzgruppen. Dos semanas después, el cámara del Führer, Walter Frenzt, estuvo presente en la ejecución de judíos en Minsk, a la que asistió Himmler, para filmar la masacre. No hay pruebas de si Hitler o Himmler llegaron de verdad a ver la grabación, pero está claro que Hitler tenía muchísimo interés en permanecer al corriente del avance del exterminio de los judíos en el este en aquel momento tan trascendental.[1691] Podemos interpretar sin temor a equivocarnos ese interés manifiesto como señal de que Hitler era consciente de que una nueva fase, más abierta y nítidamente genocida, estaba comenzando en la Unión Soviética.

Incluso entonces, no todos los judíos de todos los lugares eran masacrados de inmediato. Ya sólo los efectivos humanos y la logística constituían un obstáculo. Y la forma en la que se transmitían las directivas dejaba mucho margen para las distintas interpretaciones y prioridades. De modo que el grado y el momento de la intensificación de los asesinatos no fueron uniformes. Por ejemplo, una de las unidades del Einsatzgruppe A, que operaba con excepcional crueldad en Lituania, registró un total de 4.239 judíos asesinados en julio (135 de los cuales eran mujeres), pero la cifra ascendió a los 37.186 en agosto (la mayor parte en la segunda mitad del mes) y a 56.459 en septiembre, mujeres y

niños en su mayoría.[1692] En cambio, ya estaban en la segunda mitad de septiembre cuando el ya de por sí elevado índice de asesinatos del Einsatzgruppe B, en Bielorrusia, se incrementó de forma sustancial. Mujeres y niños estaban incluidos a menudo, aunque no siempre, en las ejecuciones. En esta región, además, comunidades judías enteras estaban ahora siendo erradicadas.[1693]

En todas partes, el número de personas masacradas alcanzó cotas muy superiores a las de las primeras semanas de la campaña soviética. El momento de mayor intensificación se produjo después de que Himmler visitara el área de Minsk a mediados de agosto, donde presencié una ejecución en masa de judíos (incluidas algunas mujeres), discutió sobre métodos de gaseo con dos de sus comandantes y, según algunos testimonios de posguerra, habló de la «liquidación total de los judíos en el este», afirmando, al parecer, haber recibido una orden de Hitler que estipulaba que todos los judíos, incluidos mujeres y niños, tenían que ser exterminados.[1694] Los testimonios no son del todo fiables, y no existe ninguna otra evidencia de la transmisión de una orden clara de Hitler. Tampoco podemos asegurar con certeza si Himmler dio realmente o no órdenes directas de que también se asesinara a mujeres y niños.[1695] Sin embargo, eso es lo que parece que se entendió. Himmler había trasladado a sus principales comandantes su paquete ampliado de instrucciones, que llevaban implícita la indicación de acabar con los judíos de la Unión Soviética ocupada. Aquello no fue escrito y transmitido en un mensaje explícito. El asunto era demasiado delicado para eso. La transmisión verbal y el descenso de la información a los diversos niveles a través de reuniones informativas hizo que las diferentes unidades escucharan en momentos distintos lo que se exigía de ellas.[1696] Sin embargo, gracias al boca a boca, la noticia circuló a pesar de todo muy rápidamente. A finales de agosto, la tentativa genocida de acabar con el judaísmo soviético estaba plenamente en marcha.

La intensificación de la masacre derivó de un proceso de radicalización mutua entre los que estaban llevando a cabo los asesinatos y los que formaban parte del corazón del régimen y establecían las directrices de la política de aniquilación. Himmler era el principal portador de las órdenes, el transmisor de las líneas de actuación a sus comandantes y jefes de policía en los territorios ocupados, el que hacía llegar todo aquello al conjunto de sus hombres. Pero había todavía una autoridad superior.

La enorme ampliación de las fuerzas de policía se produjo inmediatamente después de que Himmler presentara su conjunto de instrucciones para «pacificar» los territorios ocupados, sancionado por Hitler el 17 de julio, tras la trascendental reunión celebrada para determinar la jurisdicción política de los jefes nazis. Y no fue casualidad que Hitler mostrara un evidente interés por las operaciones homicidas a comienzos de agosto, precisamente el momento en el que Himmler estaba a punto de transmitir nuevas instrucciones ampliadas sobre la extensión de los asesinatos a mujeres y niños judíos. El «visto bueno» de Hitler para ejecutar a cualquiera «que tan siquiera nos mire con recelo» —y, muy probablemente, otros drásticos comentarios que no quedaron reflejados en las actas— había sido suficiente para instigar la radicalización genocida. Pese a las variaciones en el momento de la aplicación, las nuevas instrucciones de Himmler tras la reunión en el cuartel general de Hitler el 16 de julio y la inclusión de mujeres y niños judíos en los asesinatos, dada a conocer a mediados de agosto, equivalían a una decisión de erradicar a los judíos de la Unión Soviética.

La otra decisión, matar a todos los judíos de Europa, todavía no se había tomado. Esta estaba vinculada, aunque no inextricablemente unida, a la decisión anterior de acabar con el judaísmo soviético.

En enero de 1942 se calculaba que había todavía cinco millones de judíos soviéticos, aunque para entonces cientos de miles habían sido masacrados.[1697] Sin embargo, cuando en torno al final de 1940 y el principio de 1941 Eichmann había determinado las cifras de judíos europeos del oeste de la Unión Soviética que serían deportados a un «territorio aún por determinar», no había incluido los millones de judíos que se encontraban ya en suelo soviético. Sin contar a los judíos soviéticos, Eichmann calculaba que había que deportar a unos seis millones de personas (a los que había que añadir ahora varios cientos de miles de la antigua área soviética de Polonia).[1698]

Está claro que cuando las tropas alemanas cruzaron la frontera soviética en junio no se había tomado ninguna decisión clara y concluyente sobre la política global relativa a los judíos soviéticos, es decir, si tenían que ser deportados más al este o simplemente asesinados. No obstante, ideología y logística no tardaron en combinarse para hacer prácticamente inevitable la aparición del genocidio total en los territorios soviéticos conquistados.

La deportación no pudo ser nunca una opción viable. Aunque la campaña oriental hubiera terminado rápidamente en victoria alemana, tal y como se esperaba, la movilización de medios de transporte para llevar a millones de judíos de toda Europa a algún destino lejano del antiguo territorio soviético habría sido una empresa colosal. Y si los judíos soviéticos no eran masacrados sin más in situ, existía el problema adicional de trasladarlos también a ellos a unas inmensas reservas vagamente determinadas. Las dificultades habrían sido también enormes. Por supuesto, en realidad tales cuestiones nunca se plantearon. Cuando el avance alemán empezó a ralentizarse, cuando quedó patente que la guerra tendría que continuar hasta el año siguiente y la perspectiva de un territorio al que expulsar a los judíos no soviéticos se fue desvaneciendo hasta convertirse en una fantasía latente, la suerte de los judíos soviéticos quedó también sentenciada. A mediados de verano ya estaba claro: la única solución era matarlos donde fueran encontrados. Y, en medio de una atmósfera claramente genocida, con la opción de deportar al resto de los judíos de Europa a la Unión Soviética ya en rápido retroceso, la cuestión de qué hacer con ellos adquirió una renovada gran urgencia.

Al principio pareció que una pronta victoria sobre el Ejército Rojo abriría rápidamente la posibilidad de una solución final basada en la deportación en masa. Poco después del inicio de la campaña rusa Hitler habló en más de una ocasión de los judíos como «bacilos». Se sentía como el Robert Koch (descubridor del bacilo de la tuberculosis) de la política, decía, y describía a los judíos como el «fermento de toda descomposición social». Él había demostrado, proseguía, que un Estado podía vivir sin judíos.[1699] Y volvió a mencionar la analogía del bacilo cuando se reunió con el ministro croata Slavko Kvaternik, que fue a visitarlo unos días después. «Si no hubiera más judíos en Europa —aseguró Hitler a Kvaternik—, la unidad de los Estados europeos no se volvería a ver perturbada». El que fueran a ser enviados a Siberia o a Madagascar, añadió, era totalmente indiferente.[1700] Según su visitante extranjero, Hitler defendía la ficción de la deportación a ultramar. En cambio, para los dirigentes nazis, cada «anuncio especial» de la Wehrmacht de nuevos

avances en la Unión Soviética despertaba nuevas expectativas sobre la inminente deportación de los judíos al «este» o a «Siberia» (términos entendidos en sentido laxo como referidos a algún lugar indeterminado de la Unión Soviética). Los comentarios de Hitler nos ofrecen pistas sobre sus ideas acerca de los judíos en aquel entonces. En un momento en el que las masacres estaban cristalizando en un fenómeno de genocidio a gran escala, tales insinuaciones no pudieron escapar a la atención de Himmler y Heydrich.

En julio, cuando la victoria alemana en la Unión Soviética, a la que sucedería la capitulación de Gran Bretaña y un triunfal final de la guerra, parecía tentadoramente próxima, la Oficina Central de Seguridad del Reich elaboró planes para una colosal «solución final de la Cuestión Judía», cuya llegada ya había sido anunciada en mayo por Heydrich como «indudable».[1701] Al final del mes, Heydrich dio instrucciones a Eichmann para que preparara el borrador de una autorización de Göring (nominalmente a cargo de la «Cuestión Judía» desde noviembre de 1938) para preparar «una solución global de la Cuestión Judía en la esfera de influencia alemana en Europa». Conviene recordar que en marzo de 1940 Heydrich ya había facilitado a Göring el borrador de un plan para resolver la «Cuestión Judía». Lo que ahora quería conseguir era una autorización formal de algo que ya le había sido concedido verbalmente, un paso que, evidentemente, consideraba necesario en un momento de capital importancia con el fin de negociar con los jefes de la Administración civil y de otros organismos (especialmente el «Ministerio del Este» de Rosenberg), que podían interferir en la puesta en práctica de sus planes. Con Europa aparentemente a los pies de Alemania, parecía que había llegado el momento de proceder a la deportación de los judíos del continente a la Unión Soviética (y de que murieran por «desgaste natural» como resultado del trabajo forzoso, la malnutrición y la exposición a las inclemencias del clima). Para los judíos que no podían trabajar — niños, ancianos, enfermos — ya se había sugerido la solución del exterminio.[1702]

Sin embargo, en el transcurso de las semanas siguientes, cuando el avance alemán empezó a ralentizarse y la magnitud del error en la valoración de la capacidad de lucha del Ejército Rojo quedó claramente de manifiesto, la solución genocida de la deportación a la Unión Soviética — perspectiva que había sido dominante desde principios de año — dejó rápidamente de ser una opción realista. Las últimas esperanzas de «reasentamiento» en «el este», después de que la idea del Gobierno General y después la de Madagascar quedasen en nada, acabaron posponiéndose indefinidamente. No obstante, entre tanto, la presión en favor de la deportación de los judíos se había acrecentado, en lugar de disminuir, y en realidad era imposible conciliar la creciente presión en favor de la deportación con los insuperables obstáculos con los que ésta contaba. Mientras tanto, los asesinatos en masa de judíos se habían generalizado rápidamente en la Unión Soviética. Y en el interior del Reich, cuando se tuvo noticia de las dificultades en el conflicto del este, el clima popular de aversión hacia los judíos, fomentado por la propaganda de Goebbels, se volvió tremendamente alarmante.

Los judíos de las ciudades alemanas, acosados y perseguidos a cada momento, eran retratados por una propaganda despiadada como subversivos, agitadores y alborotadores. Eran descritos como holgazanes a los que había que «sacar por la fuerza» de Rusia o, mejor aún (lo que constituía un indicio sumamente inquietante), sencillamente asesinarlos.[1703] A mediados de agosto, Goebbels expuso ante un Hitler cascarrabias y achacoso sus razones para obligar a los judíos a llevar un símbolo identificativo, y éste dio luz verde a su propuesta. La obligación de que todos los judíos llevaran la «estrella amarilla» entró en vigor el 1 de septiembre. Los judíos de Alemania eran ahora

una minoría marcada: claramente visible, completamente expuesta a sus perseguidores y totalmente indefensa. La medida se vio acompañada por la transmisión a todos los oficiales del Partido Nazi del contenido de la «profecía» de Hitler de 1939, según la cual una nueva guerra se traduciría en la destrucción de los judíos.[1704]

Heydrich había tenido menos suerte en agosto con su propuesta de deportar a los judíos de Alemania. Hitler había rechazado la sugerencia de «evacuaciones durante la guerra», pero había dado permiso para una «evacuación parcial de las ciudades más grandes».[1705] Tal vez todavía se dejaba influir por la vieja idea de que los judíos eran «rehenes» u «objetos en prenda» cuya presencia en manos alemanas podía contribuir a eludir la entrada en la guerra de unos Estados Unidos supuestamente dominados por los judíos. Pero es más probable que simplemente creyera que no tenían ningún lugar al que enviar a los judíos mientras la guerra en el este no hubiera terminado. Ya se había admitido hacía tiempo que Polonia no podía acoger a más judíos, y deportarlos a la Unión Soviética en aquel momento era inviable. Todo el transporte disponible se necesitaba para el frente. Por el momento, ésta era una necesidad más urgente que la de utilizar los trenes para transportar judíos alemanes a Rusia. Además, dado que Hitler consideraba a los judíos como una traicionera «quinta columna», deportarlos a la Unión Soviética mientras todavía se estaba librando la ardua batalla contra el enemigo «judeobolchevique» habría sido, a su modo de ver, un movimiento muy peligroso. En cualquier caso, las áreas situadas tras las líneas de batalla, donde decenas de miles de judíos soviéticos estaban siendo masacrados, no eran apropiadas para dar cabida a las masivas importaciones de judíos procedentes del Reich. Y si los judíos eran deportados simplemente para ser ejecutados, entonces las unidades de exterminio existentes, pese a haber visto acrecentado su número desde el inicio de la campaña oriental, necesitaban ampliarse mucho más. Hitler dijo al parecer a Heydrich que la «solución final de la Cuestión Judía» tendría que esperar un poco más, hasta que la guerra hubiera concluido.

Sin embargo, dentro de los estratos superiores de las SS y la Policía de Seguridad los preparativos para la «inminente solución final» siguieron su curso. Y ahora la pregunta que surgía era el destino de los deportados. ¿Se les iba a dar «cierta forma de existencia» o iban a ser «completamente erradicados»? [1706] La cuestión adquirió máxima urgencia cuando, a mediados de septiembre, Hitler cambió de parecer con respecto a la deportación de los judíos del Reich. Parece ser que fue la brutal deportación ordenada por Stalin de cientos de miles de ciudadanos de origen germano que llevaban siglos asentados en el curso del Volga la que provocó aquel cambio radical de opinión. La presión procedente del interior de Alemania y de algunos países ocupados, en ese momento especialmente en Francia, para que se procediera a «evacuar» a los judíos hacia el este se había vuelto muy intensa. La venganza por el destino de los alemanes del Volga, un argumento empleado por varios dirigentes nazis para presionar a Hitler, aplacó a los subordinados del Führer al abrir la puerta antes cerrada de la deportación desde el Reich. Esta fue la decisión, indiscutiblemente atribuible a Hitler, que dio origen en las semanas siguientes a la fase culminante del proceso genocida.

En el transcurso de las siguientes tres semanas, el significado de la expresión «solución final» acabó de aclararse para quienes se encontraban directamente envueltos en su planificación y organización. Ya no se refería a un asentamiento territorial en el antiguo territorio soviético (lo que implícitamente significaba que los judíos se irían extinguiendo poco a poco). Ahora equivalía a la aniquilación física de los judíos en toda Europa. Y, dado que la perspectiva de la deportación a la

Unión Soviética se estaba desvaneciendo rápidamente, el proceso debía tener lugar más cerca de casa. Ya se estaba empezando a pensar en algunas zonas de la Polonia ocupada como ubicación para el programa de exterminio. Aquel secreto tan celosamente guardado estaba en otoño de 1941 todavía limitado en todas sus ramificaciones a los líderes de las SS y la Policía de Seguridad. Las autoridades civiles aún no tenían pleno conocimiento de lo planeado. Las incertidumbres y la confusión reinantes aquel otoño reflejaban tanto el nivel de secretismo atribuido a la «solución final» como el hecho de que ésta todavía se encontraba en fase de planificación; era algo inminente, y no plenamente desarrollado. No obstante, una vez que Hitler aceptó la deportación de los judíos en septiembre, los pasos hacia el genocidio total se sucedieron rápidamente.

La cuestión de adonde iban a ir los judíos y qué les iba a suceder a su llegada se volvió ahora extremadamente apremiante. El 18 de septiembre, Himmler informó a Arthur Greiser, jefe del «Warthegau», de que tendría que dar cabida a sesenta mil judíos en el gueto de Łódź, perteneciente a su región, durante el invierno, antes de su posterior deportación «hacia el este» la siguiente primavera, lo que servía para cumplir el deseo de Hitler de ver a los judíos fuera del Reich y de las antiguas tierras checas lo antes posible.[1707] Pero las autoridades locales se quejaban de que el gueto de Łódź estaba hasta los topes y no podía acoger más judíos. Himmler insistió, aunque redujo la cifra a veinte mil judíos (y cinco mil gitanos). Ya en julio se había sugerido que los judíos que no pudieran trabajar fueran asesinados, alegando que el gueto no podía mantenerlos.[1708] Y ahora muchísimos más iban a ser enviados justamente allí. La retribución fue, casi con toda seguridad, el permiso concedido por Berlín de exterminar a los judíos de Łódź que no pudieran trabajar. La búsqueda de un emplazamiento adecuado para el exterminio en la región comenzó unas semanas después de que Greiser recibiera la orden de deportación. El asesinato con gas tóxico de los judíos en Chelmno empezó la primera semana de diciembre.[1709]

El «Warthegau» era sólo una de las regiones designadas para recibir a los judíos deportados. Junto a ella, Heydrich mencionó concretamente Riga y Minsk a primeros de octubre[1710] Cuando el 15 de octubre arrancaron los primeros trenes de la deportación de Viena, Praga, Berlín y otras grandes ciudades, todavía no había un proyecto claro de asesinato sistemático en masa.[1711] Sin embargo, el mensaje de Himmler y Heydrich —que, a su vez, actuaban sin duda de acuerdo con el deseo de Hitler, pese a lo impreciso de su formulación— era que los judíos de Europa tenían los días contados.

Entre tanto, quienes recibían a los judíos debían actuar como estimaran oportuno y tomar todas las iniciativas necesarias, por radicales que fueran. La invitación fue aceptada. Durante los meses de octubre y noviembre, el asesinato a gran escala de judíos había sido adoptado en distintas regiones del imperio nazi como método para resolver unos problemas autoimpuestos. Los judíos alemanes trasladados a Kaunas y Riga en noviembre eran asesinados a tiros nada más llegar. Para entonces, las ejecuciones en masa habían sobrepasado las fronteras de la Unión Soviética. La estrecha colaboración entre la Wehrmacht, las SS y el Ministerio de Exteriores permitió el asesinato de ocho mil judíos en Serbia en octubre como represalia por la resistencia clandestina. En Galitzia Oriental incorporada desde el principio de la «Operación Barbarroja» al Gobierno General, unos treinta mil judíos fueron asesinados en otoño, aunque las ejecuciones en masa eran moneda corriente desde junio.[1712]

El uso de gas tóxico estaba empezando ahora a ser reconocido como método alternativo de asesinato (de hecho, Himmler estaba dispuesto a imponer su adopción por considerarlo «más

humano» para los verdugos que la ejecución. En octubre, Heydrich ordenó la extensión del uso de furgones de gas. En el «Warthegau» ya se estaba reconociendo el terreno en busca de un lugar en el que colocarlos. Un método similar estaba previsto para Riga. Y parece ser que se había proyectado una cámara de gas fija en Maguilov para ocuparse de los judíos que estaban siendo enviados a Minsk. En el Gobierno General, al que se había eximido de recibir a más judíos, habían comenzado en septiembre las primeras fases de construcción del que acabaría convirtiéndose en el campo de exterminio de Belzec (cuando quedaron libres los expertos en gas tóxico de la «Operación Eutanasia», suspendida el mes anterior). La construcción de cámaras de gas comenzó a primeros de noviembre, y para entonces Hans Frank ya sabía que los judíos de su territorio que no pudieran trabajar iban a ser deportados a una muerte segura «al otro lado del Bug».[1713]

Aquellos asesinatos a escala regional todavía no llegaban a ser a un programa sistemático y coordinado. Sin duda, las autoridades civiles de los territorios ocupados todavía no tenían noticia de la existencia de una directiva global y central relativa al genocidio. En Minsk, el dirigente nazi local, comisario general de Bielorrusia, Wilhelm Kube, se opuso a la ejecución de judíos del Reich —«seres humanos de nuestra esfera cultural» a los que distinguía de las «salvajes hordas nativas»— y quiso que se aclarasen los términos del trato que había de darse a los judíos que tenían condecoraciones de guerra, a los que estaban casados con «arios» y a los medio-judíos (Mischlinge). Hinrich Lohse, comisario del Reich para el Territorio Oriental, al que el Ejército presionaba para que conservara a los trabajadores judíos cualificados, quiso saber si las consideraciones económicas influían en el trato a los judíos.[1714] La respuesta que recibió fue que tales criterios eran irrelevantes. Los judíos tenían que ser erradicados fueran cuales fueran los perjuicios económicos resultantes.

Todo parece indicar que para entonces ya se había tomado la decisión fundamental de exterminar a los judíos de Europa. Es posible que eso sucediera el mes anterior, en noviembre.[1715] Parece que durante ese mes —un mes central en el calendario nazi por sus conexiones tanto con la «vergonzosa» capitulación alemana de 1918 como con el «heroísmo» del golpe frustrado de 1923— el desastre de 1918 y el destino de los judíos estuvieron muy presentes en la mente de Hitler en el contexto de la guerra que se estaba librando. A la hora de la comida del día 5 de noviembre, con Himmler presente, Hitler afirmó que no podía permitir que los «criminales» siguieran vivos mientras «los mejores hombres» estaban muriendo en el frente. «Eso lo vivimos en 1918», dijo. Aunque no mencionó específicamente a los judíos, éstos no debían de andar muy lejos de su pensamiento. Aquella noche, después de que Himmler se fuera, estuvo divagando largo y tendido sobre los judíos. El final de la guerra les traería la ruina, aseguró. Y terminó su diatriba con estas palabras: «Nosotros podemos vivir sin los judíos, pero ellos no pueden vivir sin nosotros. Si eso se sabe en Europa, rápidamente nacerá un sentimiento de solidaridad. Ahora el judío vive de destruir eso».[1716] Tres días después, en Múnich, en un discurso dirigido a los veteranos del golpe con motivo del octavo aniversario del mismo, acusó a los judíos de ser los instigadores de la guerra. Una conspiración mundial inspirada por judíos, era su mensaje, nunca triunfaría sobre Alemania. Era la continuación de la batalla que no había terminado en 1918, afirmó. A Alemania le había sido arrebatada la victoria con engaños. Hitler no reveló la identidad de los estafadores, pero era evidente. «Pero eso fue sólo el principio, el primer acto de este drama —declaró—. El segundo acto y el final se escribirán ahora. Y esta vez recuperaremos lo que nos fue arrebatado».[1717] Aquellas palabras se basaban en referencias implícitas, no directas. Y lo mismo sucedía con las dirigidas a su séquito

habitual a primera hora de la noche del 1 al 2 de diciembre en su puesto de mando: «El que destruye la vida se expone él mismo a la muerte. Y nada distinto de eso les está sucediendo a ellos». Es decir: a los judíos.[1718] En cuestión de semanas, los furgones de gas de Chelmno, las primeras instalaciones de la muerte en iniciar las operaciones, emprendieron su espantosa tarea.

Había llegado ya el momento de una aclaración general. Con tal intención, Heydrich había enviado invitaciones el 29 de noviembre a los miembros de la Administración civil que se veían más afectados por la nueva política relativa a los judíos: varios secretarios de Estado y una serie de representantes de las SS. Hans Frank, gobernador general de Polonia, y el jefe de las SS en su región, Friedrich-Wilhelm Krüger, fueron añadidos rápidamente a la lista, aunque su inicial omisión sugiere que el Gobierno General —que no estaba destinado a ser receptor de judíos alemanes deportados— no era considerado un componente central en la discusión. Por tanto, es evidente que los participantes no iban a ser informados de un detallado programa para asesinar con gas tóxico a millones de judíos en campos de exterminio ubicados en esa región. Tampoco las disposiciones precisas para las deportaciones constituían el objeto de una reunión que no contaba con un especialista en transportes. En realidad, los destinatarios de la invitación sabían muy poco del propósito de la reunión.

Algunos acertaron a vaticinar que el trato a los Mischlinge figuraría en el orden del día. Sin embargo, las pistas más importantes estaban contenidas en el propio texto de la invitación. Esta comenzaba repitiendo la tarea encomendada a Heydrich el 31 de julio, en teoría por Göring, para hablar después de la necesidad «de conseguir una visión común a todas las agencias centrales involucradas» en «los preparativos organizativos y técnicos para una solución global de la Cuestión Judía», una cuestión de «extraordinaria relevancia».[1719] En otras palabras, la autoridad de Heydrich tenía que quedar una vez más fuera de toda duda ahora que la organización de la «solución global de la Cuestión Judía», elaborada ya en julio, entraba en su fase más trascendental. La reunión de Heydrich debía celebrarse el 9 de diciembre, pero los cruciales acontecimientos ocurridos en los primeros días del mes obligaron a posponerla.

El día 5 el avance alemán se detuvo no lejos de Moscú y en medio de un intensísimo frío ante el inicio de una devastadora contraofensiva soviética. Todos los proyectos de deportar enormes cantidades de judíos a la Unión Soviética en el futuro inmediato eran ahora completamente ilusorios. Los planes de deportación que habían sustentado las esperanzas nazis de resolver la «Cuestión Judía» durante el año anterior tuvieron que ser abandonados. Dos días después, el 7 de diciembre, los japoneses bombardeaban Pearl Harbor, provocando la declaración de guerra de Alemania a Estados Unidos el día 11 y confirmando que el conflicto se había vuelto auténticamente global. El día 12, como hemos visto, Hitler explicó a los líderes de su Partido lo que eso significaba para los judíos. En su «profecía» del 30 de enero de 1939 había prometido su destrucción en caso de otra guerra mundial. Esta fue su terrible conclusión: «La guerra mundial está aquí. La aniquilación de los judíos debe ser su inevitable consecuencia».[1720]

No era una orden convencional, ni tampoco una decisión explícita, pero sí era una señal inequívoca. Quienes estaban escuchando a Hitler no tenían las cosas más claras que antes sobre cómo iban a ser destruidos los judíos, pero ahora sabían algo: la destrucción tendría lugar, y se produciría durante la guerra, no una vez lograda la victoria. Ese era el mensaje que debían enviar a sus subordinados en los puestos clave de los territorios ocupados.

Entre el público de Hitler del 12 de diciembre se encontraba Hans Frank, que regresó al

Gobierno General y, cuatro días más tarde, repitió lo que había oído a sus propios subalternos de la región. Incluso empleó algunas de las frases de Hitler, en particular la de la «profecía». La guerra sólo sería un éxito parcial si los judíos de Europa sobrevivían, señaló. Tenían que desaparecer. Frank aseguró que había emprendido negociaciones sobre la deportación de los judíos al este e hizo referencia a una larga reunión en ese sentido que tendría lugar en Berlín, en referencia al encuentro con Heydrich, finalmente pospuesto debido a los acontecimientos ocurridos a comienzos de diciembre. «En cualquier caso —prosiguió Frank—, va a comenzar una gran emigración judía». Y después explicó las tremendas consecuencias de todo ello, con el objetivo terriblemente claro, aunque no el método para alcanzarlo. «¿Pero qué iba a sucederles a los judíos? —preguntó—. ¿Creéis que van a ser alojados en pueblos de colonización en el Ostland? En Berlín nos dijeron: ¿por qué nos estáis dando todos estos problemas? Nosotros tampoco podemos hacer nada con ellos en el Ostland ni en el Comisariato del Reich [Ucrania]. ¡Liquidadlos vosotros! [...]. Hemos de destruir a los judíos allí donde los encontremos y donde sea posible hacerlo». Aunque Frank todavía pensaba en la deportación de los judíos del Gobierno General hacia el este, aquellas palabras le estaban diciendo que no tenía sentido enviarlos allí y lo estaban alentando a que recurriera a los asesinatos en masa en su propio territorio. Todavía no tenía una idea clara de cómo se iba a llevar a cabo el plan. Calculaba que el número de judíos de su región ascendía a tres millones y medio (incluidos los medio-judíos). «No podemos matar a tiros a esos tres millones y medio de judíos —dijo—, no podemos envenenarlos, pero tenemos que poder tomar las medidas que nos llevarán de alguna manera al éxito del exterminio».[1721] Evidentemente, en aquel momento Frank no sabía nada de la existencia de un programa para llevar a cabo la «solución final de la Cuestión Judía» en el propio territorio del Gobierno General, en lugar de más al este, y mediante cámaras de gas instaladas en una serie de campos de exterminio. Sin embargo, con la exclusión por tiempo indefinido del territorio soviético como lugar de deportación, fue precisamente aquella nueva estrategia de aniquilación la que empezó a tomar forma en las semanas siguientes.

La reunión de Heydrich se volvió a convocar para el 20 de enero de 1942 en un lugar distinto cerca del Wannsee, un enorme y precioso lago a las afueras de Berlín. Los participantes diferían ligeramente de los previstos para la primera reunión, pero representaban intereses similares. Habían pasado muchas cosas desde que Göring firmara el mandato, allá por julio, y se habían producido importantísimos acontecimientos incluso desde que se enviaron las primeras invitaciones. El proyecto cuyos preparativos organizativos y técnicos se estaban efectuando ahora ya no era para un plan de deportación para el asentamiento territorial en el este, aunque éste tuviera igualmente implicaciones homicidas, sino un coherente programa genocida para matar a once millones de judíos europeos con métodos todavía por determinar enteramente pero que requerían una coordinación a nivel continental. Eichmann amañó más tarde las actas de la reunión para eliminar «ciertos comentarios excesivamente directos».[1722] Sin embargo, probablemente Heydrich no entró en detalles con respecto a los sistemas de asesinato. Nadie dudaba de lo que se pretendía. Cuando el representante de Hans Frank en la reunión, Josef Bühler, su secretario de Estado, pidió que la «solución final» comenzara eliminando a los judíos del Gobierno General (que, según dijo, en su mayoría estaban incapacitados para trabajar), ya que el transporte y los efectivos humanos no suponían un gran problema, supo captar claramente las nuevas posibilidades del asesinato en masa, y más cerca de casa que el territorio de la Unión Soviética.[1723] Como Hans Frank había tenido noticia en otoño de las discusiones sobre la construcción de Belzec,[1724] probablemente ya tenía

alguna idea de lo que tales posibilidades podían implicar. Heydrich no necesitaba dar explicaciones. Pasarían aún algunas semanas después de la Conferencia de Wannsee hasta que las cámaras de gas de Belzec y a continuación las de Sobibor y Treblinka emprendieran sus macabras operaciones en el Gobierno General, en marzo de 1942. El mayor campo de la muerte, Auschwitz-Birkenau, en la Alta Silesia, también empezó a matar judíos en marzo. Y hasta la primavera no se iniciaron las deportaciones de judíos desde Europa occidental hasta los campos de la muerte de la Polonia ocupada.^[1725] La Conferencia de Wannsee todavía constituyó una fase intermedia en el nacimiento de la «solución final». Sin embargo, aunque los acuerdos de enero de 1942 se encontraban todavía en una fase embrionaria, para entonces la decisión de matar a los judíos de Europa ya había sido tomada.

VI

Heinrich Himmler, jefe de las SS, ha sido descrito como el «arquitecto» de la «solución final»,^[1726] y también su inmediato subordinado, Reinhard Heydrich, jefe de la Policía de Seguridad.^[1727] Sin embargo, la autoridad última no recaía sobre ninguno de los dos. Y tampoco fue la mente de Himmler ni la de Heydrich la que ideó lo que acabaría erigiéndose en la «solución final». En realidad, si queremos conservar la metáfora de la construcción, Himmler podría describirse como el arquitecto del edificio homicida y Heydrich como el maestro de obras, pero la persona que encargó el proyecto, la que inspiró su diseño, había dado instrucciones a ambos. Esa persona era Hitler.

Por supuesto, la compleja «política de aniquilación» no puede reducirse de ningún modo a una mera expresión de la voluntad de Hitler. Muchísimos organismos de todo el espectro del régimen nazi, no sólo de los estratos superiores de las SS, fueron necesarios para que con el tiempo el genocidio total se erigiera en la «solución final de la Cuestión Judía». La responsabilidad estaba muy repartida entre numerosos cómplices. Hitler no era un «micro-gestor»; no era ése su estilo. Y, en cualquier caso, no necesitaba serlo. Nunca faltaron quienes se esforzaron hasta el límite por llevar a la práctica los que deducían eran los deseos del Führer. No hizo falta un flujo regular de edictos o decretos de Hitler para avanzar en la radicalización.

Sin embargo, en todos los momentos decisivos en la determinación de la línea de actuación durante los años treinta —por ejemplo, el boicot de abril de 1933, las leyes de Núremberg de septiembre de 1935, el pogrom de noviembre de 1938 y sus secuelas— se necesitó la autorización de Hitler. Y así siguió siendo durante la guerra. La decisión de imponer a los judíos la obligación de llevar la «estrella amarilla» a partir de septiembre de 1941 sólo podía ser tomada por Hitler, como admitían todos los líderes de segundo orden. Y lo mismo sucedía con la decisión tomada algo más tarde ese mismo mes de deportar a los judíos del Reich, una decisión que había intensificado enormemente las presiones genocidas prácticamente de la noche a la mañana. Resulta inconcebible que la decisión de pasar al exterminio físico total no requiriese también la autorización de Hitler.

Himmler, Heydrich y otras personas directamente involucradas en la «solución final» señalaron que estaban actuando de acuerdo con los deseos de Hitler o con su aprobación. Con el programa de

exterminio avanzando hacia su momento más trascendental en verano de 1942, Himmler declaró: «Los territorios ocupados del este están quedando libres de judíos. El Führer ha puesto en mis manos la ejecución de esta difícil orden».[1728] Los líderes de segundo rango de las SS recibían constantemente el mensaje de que al llevar a cabo la «solución final» estaban cumpliendo «el deseo del Führer», y no tenían ninguna duda de ello.[1729] Indiscutiblemente, estaban en lo cierto.

Puede ser que Hitler nunca expresara su «deseo» de matar a los judíos europeos en forma de directiva precisa e inequívoca dictada en una ocasión específica, ni siquiera a Himmler. Habría bastado con dar autorización absoluta al Reichsführer para que siguiera adelante con la «solución final». No obstante, los dos acontecimientos clave del otoño contaron con la intervención directa de Hitler. El primero fue la decisión de septiembre de deportar a los judíos del Reich en un momento en el que no había a donde enviarlos. De aquella decisión surgieron rápidamente, uno tras otro, fuertes impulsos genocidas en varias regiones diferentes. Tales impulsos no llegaban a constituir todavía un programa, pero la dirección era obvia, y el empuje creciente. La segunda fue el nuevo espaldarazo dado a la búsqueda de una «solución final» integral que siguió a la declaración de guerra a Estados Unidos y al inicio de un prolongado conflicto global en diciembre. Era evidente que la deportación al territorio soviético no se podría llevar a cabo durante muchos meses, si es que al final era posible. Pero la «solución final» no podía esperar. Cuando Heydrich pudo convocar la Conferencia de Wannsee, previamente aplazada, no hizo falta ninguna otra decisión fundamental. Ahora la tarea era la organización y la ejecución.

Cuando la guerra más terrible de la historia, de cuyo estallido era Hitler más responsable que ningún otro individuo, se acertaba a su fin, el dictador alemán trató de justificar el conflicto ante su propio entorno, y ante la posteridad. Y una vez más se valió para ello de su «profecía»: «He luchado abiertamente contra los judíos —afirmó—. Les hice una última advertencia cuando estalló la guerra —aseguró, como siempre trasladando engañosamente la fecha de su «profecía» al día de inicio del conflicto—. Nunca dejé lugar a la duda —continuó— de que si sumían al mundo de nuevo en la guerra esta vez no se librarían, que las alimañas de Europa serían finalmente erradicadas». Estaba orgulloso de lo que había hecho. «He seccionado el forúnculo judío —declaró—. La posteridad nos estará eternamente agradecida».[1730]

De todas las decisiones cruciales que hemos examinado en los capítulos precedentes, la de matar a los judíos, desarrollada entre verano y otoño de 1941, es aquella en la que más difícil resulta concebir posibles alternativas. Si la invasión de la Unión Soviética hubiera seguido el rumbo esperado por los líderes alemanes, la «solución final» que ha quedado grabada en la historia no habría adoptado esa forma precisa. Con toda probabilidad, los campos de exterminio habrían estado en su mayor parte en la Unión Soviética, no en Polonia. Sin embargo, mientras el régimen nazi hubiera permanecido en el poder y hubiera seguido inmerso en la guerra, los judíos habrían perecido de un modo u otro. Sólo el método y el momento habrían variado.

La decisión de matar a los judíos surgió a partir del objetivo previo, absolutamente intrínseco al nazismo, de «eliminarlos». Hitler no perdió dicho objetivo de vista en ningún momento desde 1919. Al principio, no significaba aniquilarlos físicamente, aunque ese significado estaba potencialmente, y con el paso del tiempo literalmente, contenido en la expresión. En este sentido, el propósito de la «eliminación» era proto-genocida. Sólo la «exitosa» expulsión (desde la perspectiva nazi) de los judíos de Alemania antes de que empezara la guerra habría impedido el avance lógico hacia el genocidio de esos judíos. Pero aun en ese caso, los planes de los líderes nazis de expansión mediante

la conquista habrían llevado inevitablemente —como sucedió en realidad— a que enormes cantidades de judíos nuevos cayeran en las garras del Tercer Reich. Era imposible «eliminar» a esos judíos sin recurrir al genocidio, aunque eso ya lo habían conseguido en buena medida los estragos deliberadamente impuestos del trabajo forzoso, la malnutrición y las enfermedades. Sólo evitando la guerra (una posibilidad descartada por la política de apaciguamiento), derrocando a Hitler desde dentro (alternativa que no deseaban las élites alemanas) o derrotando rápidamente a la Alemania de Hitler en las primeras fases de la guerra (algo completamente imposible en términos militares) se podría haber impedido aquel desenlace. Por lo demás, la única forma alternativa de librar a los judíos de su terrible destino habría sido que unas defensas soviéticas mejor preparadas hubieran repelido la invasión alemana, imponiendo así un acuerdo de paz negociada, tal vez ya sin Hitler en el poder. La terquedad de Stalin hizo imposible aquella opción.

La agresividad de Alemania fue la principal causa de la segunda incursión de Europa en una guerra en el transcurso de una generación. Y también fue el principal desencadenante, en verano de 1940, de la espiral de acontecimientos que hemos venido explorando, y que transformó dos conflictos que en diciembre de 1941 se estaban desarrollando en extremos opuestos del planeta en una guerra mundial. Detrás de esa agresividad existía una «misión» ideológica encarnada por la figura de Adolf Hitler. Y como elemento inherente a dicha misión estaba la «eliminación» de los judíos. En este sentido, la guerra nazi contra los judíos fue un componente central e inseparable de la Segunda Guerra Mundial, la más colosal masacre que el mundo haya conocido jamás.

EPÍLOGO

LAS cosas podrían haber sido de otra manera. El Gobierno británico podría haber optado en mayo de 1940 por tratar de lograr una resolución negociada con Hitler. Los dirigentes germanos podrían haber centrado su ataque en el Mediterráneo y el norte de África, y no en la Unión Soviética. Japón podría haber decidido salir del nada favorable atolladero de China y no embarcarse en la arriesgada expansión hacia el sur. Mussolini podría haber esperado a conocer el desarrollo de los acontecimientos antes de decidir si merecía la pena llevar a su país a la guerra, o en cualquier caso podría haber evitado el desastre de Grecia. Roosevelt podría haberse alineado con los aislacionistas y no haber corrido el riesgo político derivado de ayudar a Gran Bretaña y seguir avanzando hasta el borde de la intervención en la guerra. Stalin podría haber prestado atención a las numerosas advertencias recibidas y haber preparado mejor a su país para hacer frente a la ofensiva alemana. Los japoneses podrían haber atacado la Unión Soviética desde el este mientras los alemanes seguían avanzando desde el oeste. Hitler podría haberse abstenido de declarar la guerra a Estados Unidos, un enemigo al que no sabía cómo derrotar.

En teoría éstas eran todas opciones alternativas. Cualquiera de ellas podría haber alterado el curso de la historia. Una rica variedad de imaginarios escenarios de «what ifs» podrían construirse sobre esa base, como forma inofensiva aunque vana de desviarse de la verdadera pregunta de qué sucedió y por qué. Los capítulos precedentes han demostrado en cada caso por qué tales alternativas fueron descartadas.

Una de las propuestas más viables fue la de que Gran Bretaña tantease el terreno en busca de una paz negociada en primavera de 1940. Dado el contexto inmediato de la catástrofe militar en Francia, junto con la conocida disposición de algunas figuras de la clase dirigente británica —incluido, en el corazón mismo del Gobierno, el secretario de Exteriores, lord Halifax— a plantearse ese desenlace y la relativamente débil posición del nuevo primer ministro, Winston Churchill, en ese momento, aquella propuesta no podía ser rechazada de plano.

Sin embargo, cuando tres días de debate en el Gabinete de Guerra desembocaron finalmente en la firme decisión de seguir combatiendo, se hizo sobre la base de un argumento razonado, encabezado por Churchill pero asumido como decisión colectiva por parte de todos los afectados, incluido Halifax.

En el otro extremo del espectro, la decisión de Hitler de atacar la Unión Soviética y la resolución japonesa de expandirse hacia el sureste asiático fueron elecciones en las que las alternativas tenían sólo una ínfima posibilidad de ser aceptadas, o incluso escuchadas.

Durante cerca de veinte años, Hitler había considerado la guerra contra la Unión Soviética en algún momento como un factor crucial para el futuro de Alemania. Aquella era su guerra. El habría querido emprender esa decisiva confrontación con la ayuda de Gran Bretaña, o al menos su aquiescencia. Si ésta se hubiera rendido en 1940, seguramente el ataque habría seguido adelante bajo esas condiciones. Pero tal y como fueron las cosas, Hitler tuvo que aceptar el hecho de que Gran Bretaña seguiría siendo hostil. Sin embargo, lejos de reducir la apuesta del dictador alemán por la guerra en el este, y en el futuro inmediato, aquella circunstancia la intensificó aún más. Y es que en 1940 – 1941 la obsesión ideológica de Hitler acabó fusionándose con una serie de consideraciones

militares y estratégicas para dar lugar a la decisión de la invasión. Durante años el dictador había estado justificando la necesidad de expandirse sin demora con el argumento de que el tiempo corría en contra de Alemania. Ahora podía defender ese argumento con todas sus fuerzas. Hitler era consciente de que a partir de 1942 las armas y los recursos estadounidenses inclinarían la balanza a favor de Gran Bretaña, y él todavía no tenía los medios para combatirlos. Entre tanto, en Europa central y oriental preveía claramente el surgimiento de una futura amenaza soviética a la hegemonía alemana (y su idea se vio confirmada con lo que pudo escuchar cuando Molótov visitó Berlín en noviembre de 1940).

La preferencia de los líderes militares alemanes por dar prioridad al norte de África y al Mediterráneo dejaba indiferente a Hitler. Dada la naturaleza del régimen alemán, no había posibilidad de que una alternativa basada en tales premisas pudiese rebatir la estrategia defendida por su líder. Desde el punto de vista del dictador, la decisión de atacar la Unión Soviética— una empresa a la que él aspiraba por motivos ideológicos— le vino impuesta por razones estratégicas. Tenía que lograr la victoria en el este antes de que Stalin pudiera reforzar sus defensas y de que los norteamericanos entraran en la guerra. El triunfo rápido sobre la Unión Soviética constituía el camino hacia la victoria completa en la guerra, al forzar la rendición de Gran Bretaña, mantener a los estadounidenses al margen y destruir cualquier base para el futuro desafío soviético a la dominación en Europa central y los Balcanes.

La decisión de Japón de proseguir con la expansión hacia el sur fue igual de inflexible, y era equiparable a su intransigencia en torno a la guerra en China. Desde la perspectiva japonesa no existía ninguna alternativa viable. El atolladero de China no permitía una retirada sin sufrir una humillación nacional. Cuanto más inflexibles se mostraban los estadounidenses con respecto a China, más se estancaba la situación. Al mismo tiempo, la apuesta por la expansión para consolidar la posición de Japón como gran potencia, con la extensión de su dominio para proporcionar bases duraderas que asegurasen su supremacía en Asia, había calado en todos los sectores de la élite, especialmente en el Ejército y la Armada, y contaba con el estridente apoyo de la opinión pública, basado en un consenso convenientemente confeccionado. No se podía dar marcha atrás en aquella apuesta. Y el riesgo era enorme. La expansión hacia el sureste asiático llevaría inexorablemente a la confrontación no sólo con Gran Bretaña, sino, lo que era aún más importante, con Estados Unidos en el Pacífico. La extremada dependencia japonesa respecto de Estados Unidos por la necesidad de materias primas, especialmente petróleo, incrementaba enormemente el riesgo. Sin embargo, sin el petróleo de las Indias Orientales neerlandesas para sustituir al norteamericano nunca podría lograrse la autosuficiencia económica, considerada esencial para mantener la categoría de gran potencia. Japón seguiría padeciendo siempre una precaria situación de dependencia con respecto a Estados Unidos. Así, cuando la agitación provocada en Europa por la victoria alemana sobre Francia les proporcionó la que fue interpretada como la oportunidad de oro, ningún sector de la élite de poder se opuso a ello. El Gobierno japonés optó de forma colectiva por la expansión imperialista, a pesar de los riesgos.

Cuando, después del ataque alemán a la Unión Soviética, se planteó durante un brevísimo espacio de tiempo una opción alternativa, ésta fue la expansión hacia el norte contra el viejo enemigo ruso. Incluso en ese caso, el avance hacia el sur sólo se habría aplazado un tiempo. Cuando aquella alternativa fue rechazada por entenderse que el ataque en el norte era demasiado prematuro como para estar seguros de obtener beneficios, el avance hacia el sur —defendido por las figuras

dominantes tanto de la Armada como del Ejército de Tierra— quedó definitivamente ratificado. El choque con Estados Unidos se volvería entonces inevitable. Aunque los dirigentes japoneses eran conscientes de que aquel choque acabaría muy probablemente en un desastre nacional si no se lograba rápidamente la victoria, su sentido del prestigio ya no les permitía echarse atrás, ni respecto a la expansión hacia el sur ni respecto a la guerra de China. No sólo Pearl Harbor, sino también el camino hacia Hiroshima y Nagasaki se vislumbraban ahora en el horizonte.

Los colosales riesgos que tanto Alemania como Japón estaban dispuestos a asumir tenían su origen último en la interpretación que hacían las élites de poder de ambos países del imperativo de expansión para lograr el imperio y superar su supuesta condición de naciones desposeídas. La hegemonía imperialista de Gran Bretaña y el poder internacional (aun sin imperio formal) de Estados Unidos constituían un serio desafío. Dada la necesidad de hacer frente con la mayor urgencia a la creciente desigualdad económica, sobre todo al poderío material cada vez mayor de Estados Unidos, que con el tiempo no podía sino obrar en contra de las naciones desposeídas, la búsqueda de la supremacía como fundamento del poder nacional no podía aplazarse. Esta era la base de la argumentación, aceptada por las élites de poder en Alemania y Japón, para asumir unos riesgos tan sumamente elevados que se llegaba a poner en juego la propia supervivencia nacional. La dominación económica de la masa continental euroasiática por Alemania y del sureste asiático por Japón habría acabado erosionando, como reconocían los analistas norteamericanos, la posición de Estados Unidos como potencia mundial. Eso era seguramente lo que se suponía en Berlín y Tokio. Desde la perspectiva de los dirigentes alemanes y japoneses, había que arriesgarse.

Era igualmente el sueño imperial, aunque con una visión menos pretenciosa, el que sustentaba las ambiciones de Mussolini. También él estaba decidido a superar unas desventajas que la élite italiana tendía a achacar a la debilidad del país en tanto que nación desposeída. Las cruciales decisiones de 1940 estuvieron condicionadas por ese imperativo. En verano de 1940, cuando la victoria final de Alemania parecía inminente, la beligerancia de Mussolini logró llevarse a su terreno a las élites dirigentes italianas (incluido el rey), pese a la existencia de algunos temores. Las ventajas de sumarse a una guerra aparentemente ya ganada compensaban al parecer los riesgos de verse envueltos en un conflicto para el que Italia estaba muy mal preparada.

En el caso de la catastrófica decisión de atacar Grecia, las élites estaban divididas. Los líderes militares actuaron con cautela, conscientes de los riesgos que entrañaba. Pero la oposición se mostró cuando menos débil, y Mussolini pudo contar con su conformidad, cuando no con su entusiasmo. Alentado por Ciano, su ministro de Exteriores, el Duce vio en los Balcanes, y en particular en Grecia, la oportunidad de crear un imperio italiano y de demostrar al mismo tiempo a Hitler que no estaba obligado a arrastrarse tras su estela. En este caso también el prestigio desempeñó un papel importante a la hora de exponerse al desastre. Sin embargo, la decisión de invadir Grecia era de esperar. En última instancia también estaba prefigurada en las viejas ambiciones italianas — encarnadas por Mussolini— de unirse a las naciones prósperas y convertirse en una «gran potencia» imperialista.

Las opciones de Stalin quedaron drásticamente reducidas debido a su sorprendente torpeza a la hora de evaluar las intenciones alemanas. Y dada la indiscutible supremacía de Stalin dentro del régimen soviético, sus errores de cálculo como sucedía con los de Hitler y Mussolini— eran los errores de todo un sistema. Sus sospechas paranoides, desde hacía ya tiempo un componente inherente a su mandato, lo hacían desconfiar de unos rigurosos informes de la inteligencia y al mismo

tiempo creer, contra toda lógica (porque confirmaba su propia percepción), la deliberada desinformación alemana. En medio del clima de miedo y sospecha que dominaba el régimen, Stalin también se creyó las distorsionadas valoraciones realizadas por los encargados de filtrar esos informes, víctimas a su vez de la suposición ideológica general de que las democracias occidentales tenían interés en fomentar la guerra entre Alemania y la Unión Soviética, una idea alimentada por la eficaz campaña alemana de desinformación. El convencimiento de Stalin de que Alemania no emprendería el ataque antes de ofrecer un ultimátum con una serie de severas demandas —tal vez un nuevo «Brest-Litovsk»— y de que tendría tiempo suficiente para acabar de reforzar al Ejército Rojo (que se había visto seriamente debilitado por las purgas que él mismo había llevado a cabo unos años antes) lo llevó a hacer caso omiso de todas las advertencias y a amonestar a sus cada vez más preocupados consejeros militares, con consecuencias catastróficas. Los consejeros, a su vez, estaban seguros, según manifestaban en sus apologías de posguerra, de que Stalin habría podido, aun a riesgo de provocar a los alemanes e incluso con el frenético programa de rearme todavía sin completar, movilizar a las defensas soviéticas para que estuvieran listas para responder ante cualquier invasión. No obstante, el planteamiento estratégico de los líderes militares soviéticos en el que confió Stalin era muy deficiente. El despliegue de las defensas soviéticas no en la frontera, sino en formaciones situadas mucho más al interior, habría evitado la rápida demolición de las fuerzas de primera línea en el inmediato ataque alemán y proporcionado las bases para emprender contraofensivas bien organizadas. De ese modo se habría evitado el primer gran avance de la Wehrmacht. Sin embargo, la estrategia militar se había basado durante mucho tiempo en el principio de la acción ofensiva como mejor forma de defensa. Esto, unido a la nefasta confianza de Stalin en su propio criterio, llevó a la Unión Soviética al borde de la catástrofe el 22 de junio de 1941.

También las opciones de Roosevelt parecen más amplias en teoría de lo que lo eran en la práctica. Sus iniciales inclinaciones aislacionistas en política exterior estaban retrocediendo rápidamente a finales de los años treinta, cuando la belicosidad alemana y japonesa amenazaba cada vez más la paz mundial... y los intereses de Estados Unidos. El presidente tenía que lidiar con el sentimiento aislacionista en el interior del país, y cada vez más en el Congreso. Pese al ruidoso y discordante clamor emitido por la minoría aislacionista, ésta carecía de seguidores dentro de la Administración. Entre los consejeros del presidente —unos más beligerantes, otros más cautos— había unanimidad con respecto a la urgente necesidad de rearmarse y reforzar las defensas estadounidenses. Pronto quedó ampliamente admitida también la exigencia de nuevo en interés de Estados Unidos de apoyar la campaña bélica británica y de demostrar una firmeza absoluta frente a la agresión japonesa en Extremo Oriente. Sobre la base de tales premisas, el pacto de los destructores, el programa de préstamo y arriendo, la Carta del Atlántico, la «guerra no declarada» en el Atlántico y los inflexibles «Diez Puntos» de Cordell Hull —interpretados por Japón como un ultimátum— fueron consecuencias lógicas, bastante previsibles dentro de la línea de actuación escogida. En otoño de 1941, el desenlace más obvio, con o sin declaración formal, era la guerra en el futuro próximo contra Japón y Alemania.

Cuando la acción de Japón eximió a Roosevelt de la necesidad de tomar la decisión de arriesgarse a que la declaración de guerra fuera sometida a votación en el Congreso, quedó claro que la confrontación abierta con Alemania —todavía vista en Washington como el peligro más grande— no se retrasaría mucho más. Y de nuevo, la rápida decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos volvió a librar a Roosevelt de tener que tomar una difícil decisión sobre táctica política. Sir

embargo, lejos de constituir un arbitrario y desconcertante ejercicio de irracionalidad, tal y como se ha interpretado con frecuencia, aquella decisión tenía una clara lógica interna desde el punto de vista de Hitler. Estados Unidos era desde hacía mucho tiempo un adversario con el que Hitler sabía que Alemania tendría que enfrentarse tarde o temprano. En otoño de 1941, sus opciones quedaron reducidas a una sola pregunta: cuándo abrir las hostilidades. Pearl Harbor le ofreció la que parecía una oportunidad de bajo riesgo. El establecimiento de nuevos lazos más vinculantes con un aliado aparentemente indomable proporcionaba la ocasión de anticiparse a lo inevitable y declarar la guerra con el fin de invertir la posición de Norteamérica en el Atlántico mientras ésta tenía las manos ocupadas en el Pacífico.

En el transcurso de los meses siguientes, Hitler había encargado la puesta en práctica de la «solución final», destinada a acabar con la existencia de los judíos en Europa. A medida que la guerra se había ido ampliando, sin probabilidades de una inminente victoria alemana, esta «solución final» se fue asentando como inexorable desenlace de una creciente persecución nazi que iba adquiriendo un carácter cada vez más nítidamente genocida. En la raíz de la tragedia judía se encontraba la obsesión ideológica nazi, defendida por Hitler con más fervor que nadie, de «eliminar» a los judíos para «limpiar» la nación alemana y allanar el camino hacia un «nuevo orden» racialmente puro en Europa que acabaría con la secular preeminencia de los valores y creencias judeocristianos. En este sentido, en 1941, lo único que quedaba por decidir eran los métodos y el lugar de los asesinatos. Las alternativas se habían reducido entonces a las técnicas y la organización del exterminio en masa.

Las cruciales decisiones que se tomaron no estaban predestinadas ni eran inexorables. Sin embargo, sí que eran reflejo del tipo de sistema político que las produjo.

Los sistemas autoritarios de signo fascista tomaron las decisiones más dinámicas, pero también las más catastróficas. Tanto en Alemania como en Italia se habían instaurado regímenes altamente personalistas en los que la toma de decisiones correspondía a unos líderes todopoderosos. Estos podían confiar en el respaldo —o al menos en la obediente aquiescencia— de todos los sectores de la élite de poder. Su supremacía también se sustentaba en la aclamación plebiscitaria de las masas, confeccionada y manipulada gracias a la elevada toxicidad de una propaganda incesante y una implacable represión de las opiniones discrepantes. En estos sistemas, los dirigentes podían prestar atención o no a las advertencias, pero se reservaban el derecho —considerado como prerrogativa del líder— a decidir en solitario. En términos gubernamentales, eso suponía un extraordinario grado de libertad, aunque sembrado de peligros igual de extraordinarios, con la posibilidad inherente de cometer un error catastrófico.

La libertad de acción de Hitler se había ido sacudiendo poco a poco las limitaciones institucionales desde su llegada al poder en 1933. Cuando estalló la guerra esa libertad era prácticamente absoluta. No quedaban ni tan siquiera los restos de un gobierno colectivo. El Gabinete del Reich había dejado de reunirse. Las Fuerzas Armadas estaban directamente bajo control de Hitler. Todos los organismos esenciales del régimen, fundamentalmente el aparato de represión, estaban liderados por fieles partidarios de Hitler. Incluso los sectores de las élites de poder alemanas que no compartían enteramente la cosmovisión hitleriana defendían las partes de la misma que propugnaban la expansión, la conquista y el establecimiento de la hegemonía continental de Alemania a costa de unos pueblos brutalmente sometidos, especialmente los de Europa oriental. Aquellos sectores habían compartido los triunfos de Hitler, sobre todo la extraordinaria victoria

sobre Francia en 1940, y, pese a los recelos que internamente pudieran albergar, no estaban en condiciones de oponerse a la ampliación lógica de su gran apuesta: la guerra contra la Unión Soviética y después contra Estados Unidos.

La posición interna de Mussolini era por naturaleza menos fuerte que la de Hitler. No era jefe del Estado, y la lealtad del Ejército estaba depositada en el rey, no en el Duce (lo que demostró tener una importancia crucial en 1943). Aun así, su preeminencia interna era incuestionable. Controlaba todos los ministerios importantes del Estado. El Partido le garantizaba lealtad y constituía el principal conducto del culto al Duce, el cual, análogamente al culto al Führer en Alemania, había contribuido a establecer una supremacía personal que hizo que la toma arbitraria de decisiones se convirtiera en componente intrínseco del sistema fascista. Las cruciales decisiones de entrar en la guerra y, después, de invadir Grecia sin estar preparados para ello, fueron, al igual que las desastrosas decisiones de Hitler —que se tradujeron en un inmenso sufrimiento y un terrible derramamiento de sangre para su propio pueblo—, decisiones libres de un individuo todopoderoso, y al mismo tiempo pre-programaron sistemáticamente los desastres que estaban por llegar.

El sistema japonés compartía muchas características con los regímenes del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, aunque también presentaba diferencias significativas. En este caso, no había un único individuo que se ocupara arbitrariamente de la toma de decisiones. De hecho, de los seis sistemas examinados, éste constituía en muchos aspectos la forma de gobierno más claramente colectiva. El emperador era algo más que una figura decorativa, aunque no tenía poderes dictatoriales, o genuinamente regios, para imponer decisiones a su país. Y tampoco lo pretendía; él daba siempre su respaldo —en ocasiones sin mucho convencimiento, o incluso con miedo— a las decisiones de su Gobierno. La autoridad imperial sólo seguía vigente en el hecho de actuar como último recurso del consenso del régimen, no en la posibilidad de arriesgarse a una confrontación con su Gobierno, y mucho menos con sus Fuerzas Armadas. No en vano, el talón de Aquiles del sistema era precisamente la posición de los militares. Sometidas según la Constitución solamente al emperador, las Fuerzas Armadas gozaban de un alto grado de autonomía para determinar la política nacional. Los ministros que se ponían en contra de los militares no tardaban en ser destituidos... o asesinados. El primer ministro, por tanto, tenía que actuar en gran medida a instancias de las fuerzas dominantes en el Ejército y la Armada. Estas, a su vez, en el que constituía un rasgo singular del sistema japonés, estaban fuertemente influidas por las opiniones que se filtraban desde abajo, procedentes de una serie de facciones con base en los estratos intermedios de los cuerpos de oficiales.

Pero en realidad, la presión desde abajo operaba dentro del marco de los parámetros ideológicos fijos de la búsqueda de la grandeza nacional basada en la expansión, la conquista y la dominación. La estrategia y la táctica que conducirían a tales objetivos podían provocar acalorados debates, pero los objetivos en sí mismos no se discutían. Todos los integrantes del Gobierno estaban por tanto aferrados a los mismos inflexibles fines. Y, al igual que sucedía en Alemania e Italia, el prestigio nacional tenía una presencia desmedida en la toma de decisiones cruciales. Cualquier cosa que sonara a deshonor tenía garantizado un unánime rechazo. En última instancia, pues, la toma colectiva de decisiones en Japón funcionaba de forma similar al patrón individualista de Alemania e Italia. Había una propensión inherente a correr un elevadísimo riesgo en lugar de refugiarse en un acuerdo considerado humillante que socavara los objetivos ideológicos centrales y proyectara una imagen de debilidad nacional, y no de fuerza.

La apuesta de Stalin de que Hitler no atacaría en 1941 era de naturaleza diferente, pero aquel gravísimo error de apreciación también era reflejo de su sistema de gobierno. En su caso, como en el de la Alemania de Hitler, la personalidad del mandatario se había convertido en un factor determinante del propio sistema. El terror y las purgas habían socavado la estabilidad burocrática y la eficiencia militar. Las instituciones de gobierno colectivo, como en Alemania, llevaban tiempo sometidas a un proceso de erosión. La más importante de ellas, el Politburó, se reunía cada vez menos en los últimos años, y cuando lo hacía, no era más que como vehículo del poder personal de Stalin. El miedo, la intimidación, la adulación y la exaltación prevalecían incluso en los niveles más altos del régimen, lo que implicaba que no existiera réplica alguna al criterio de Stalin. También aquí, pues, el mandatario contaba con una autonomía poco corriente en la toma de decisiones, incluso entre los propios regímenes autoritarios.

El contraste con los dos sistemas democráticos, el de Gran Bretaña y el de Estados Unidos, era enorme. En éstos, dada la existencia de una duradera y bien engrasada maquinaria burocrática de gobierno que enmarcaba las decisiones estratégicas de los dirigentes y permitía el cálculo racional de riesgos y ventajas, había poco margen para la toma arbitraria de decisiones. Sin embargo, existían divergencias en la forma en la que tales sistemas operaban.

El Gabinete de Guerra británico era en mayo de 1940 un auténtico colectivo, aunque existían diferencias en cuanto al peso de sus miembros. Las opiniones de Churchill venían respaldadas por la categoría que le otorgaba el cargo de primer ministro. Pero él era nuevo en su puesto, y en aquel momento era observado con escepticismo cuando no con total desaprobación por algunas personas, incluso dentro de su propio partido (que todavía no encabezaba). No podía determinar la línea de actuación, y tenía que admitir la influencia todavía destacada de dos pesos pesados de la anterior Administración, Chamberlain y Halifax, en tanto que los dos miembros laboristas, Attlee y Greenwood, no gozaban por el momento de un gran prestigio. Churchill logró imponerse gracias a unos sólidos argumentos y a una fuerte personalidad. Incluso en medio de aquella gravísima situación, la decisión nació de un debate racional. Halifax y Chamberlain, al igual que Churchill, habían presentado cálculos razonados. Los parámetros ideológicos estaban tan claros como en el caso de los sistemas totalitarios, y contaban con el acuerdo de todos, pero eran de naturaleza defensiva: mantener la independencia de Gran Bretaña como nación y preservar su imperio. Churchill y Halifax sólo diferían en la forma de alcanzar dichos objetivos. Al final del debate, Halifax no puso objeciones a la decisión alcanzada, aunque fuera en contra de su sugerencia personal. La posición de Churchill, basada en la explotación propagandística del «milagro de Dunquerque», se iba consolidando cada vez más. Su preeminencia dentro del Gabinete pronto quedó asegurada. Y dado que también controlaba el Ministerio de Defensa, la balanza se inclinaba a favor del primer ministro y se alejaba de un gobierno auténticamente colectivo. Los rasgos de su personalidad lo empujaban a una frecuente intervención (o injerencia) en asuntos militares, para gran irritación de sus jefes del Estado Mayor y sus comandantes. No obstante, su sentido de la responsabilidad colectiva de gobierno permaneció intacto. En su reunión en la bahía de Placentia en agosto de 1941, Roosevelt se quedó sorprendido por la necesidad que sentía Churchill de contactar con sus colegas de Gabinete en Londres para buscar su aprobación a lo que estaba haciendo. Algunos de los colegas de Gabinete del presidente ni siquiera sabían dónde se encontraba Roosevelt en aquel momento.

El sistema presidencial de Estados Unidos, a diferencia de la modalidad británica de gobierno,

no se basaba en la responsabilidad colectiva por las decisiones adoptadas. El Gabinete de Roosevelt era un órgano consultor. Algunos de los miembros de su Administración tenían una gran experiencia y sus opiniones contaban mucho. Hull y Welles en el Departamento de Estado, Morgenthau en el Tesoro, Stimson y Marshall en el Ejército de Tierra y Knox y Stark en la Armada, cada uno de ellos apoyado por un experimentado equipo, eran algunos de los individuos a los que Roosevelt prestaba más atención. Sin embargo, las decisiones eran exclusivamente suyas. Los controles en este caso, tal y como habían previsto los artífices de la Constitución, no provenían del poder ejecutivo, sino del legislativo. Roosevelt estaba, y se sentía, limitado por el Congreso hasta un límite que Churchill nunca llegó a experimentar con el Parlamento británico.

Y detrás del Congreso había también una opinión pública a la que tener en cuenta. De los seis sistemas examinados, el de Estados Unidos era el único en el que la opinión de los ciudadanos de a pie constituía un factor de primera importancia en la toma de decisiones. En Gran Bretaña, la opinión pública fue irrelevante en la trascendental decisión de mayo de 1940. Y a partir de entonces, fue guiada en gran medida para que apoyara la línea marcada por el Gobierno y siguió sin contribuir nada o casi nada a la toma de decisiones. La moral de la población era más importante que su opinión. Y gracias a la enérgica retórica de Churchill de verano de 1940, unida a los signos externos del desafío nacional, la derrota de la Luftwaffe en la «Batalla de Inglaterra» y el fracaso de la invasión iniciada por las tropas de Hitler, la moral estaba alta, algo que no debemos subestimar, sobre todo en comparación con lo que había sucedido con su predecesor y lo que podría haber sido con otro primer ministro. En las cuatro variantes de autoritarismo estudiadas, la opinión expresada en público era la que la propaganda y el adoctrinamiento habían fabricado y alimentado. Su función era proporcionar respaldo plebiscitario a la acción del régimen, evitar la formación de actitudes de oposición y de vez en cuando avivar la presión para alentar a los dirigentes a tomar la dirección que en cualquier caso ya querían tomar. Estados Unidos era el único país en el que la opinión pública tenía una clara influencia en la acción ejecutiva. Desde el verano de 1940 hasta el episodio de Pearl Harbor, e incluso hasta la declaración de guerra por Alemania cuatro días después, Roosevelt se sintió obligado a mantener a la opinión pública de su parte. Podía manipularla con sus «charlas junto al fuego» y otras intervenciones públicas, pero no podía hacer caso omiso de ella. Su política en aquellos meses cruciales se vio en gran medida determinada por la necesidad de preparar a la población para algo que ésta no quería y que él había prometido solemnemente evitar: mandar tropas estadounidenses a Europa a luchar en otra guerra.

Sin los individuos cuyos nombres han dominado las páginas precedentes —Hitler, Stalin, Mussolini, Konoe y Tojo, Churchill y Roosevelt—, el curso de la historia habría sido diferente. ¿Pero cuánto? El papel del individuo contrapuesto a los determinantes impersonales y externos del cambio constituye un interrogante perpetuo en la interpretación de la historia. Pero en cierto sentido, plantea una falsa dicotomía. Los individuos, tal y como los capítulos anteriores han demostrado claramente, no están separados de las fuerzas impersonales que condicionan sus acciones. El empuje y el potencial económico relativo era una de esas fuerzas, que a su vez imponía restricciones a la movilización de los recursos y los efectivos humanos. El comportamiento del enemigo era otra. Este sólo podía pronosticarse mediante la recopilación e interpretación de información secreta. Sin embargo, los Gobiernos examinados o bien contaban con una información deficiente o bien hicieron un uso lamentable de los datos rigurosos, o ambas cosas. Y ni siquiera el acceso a la información de mayor calidad, como en el caso de los estadounidenses, que tenían la posibilidad (gracias a MAGIC)

de descifrar los códigos japoneses, pudo impedir lo sucedido en Pearl Harbor. Así pues, en todos los casos los Gobiernos tuvieron que reaccionar ante circunstancias impredecibles, especialmente aquellos que actuaban de manera defensiva (Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética) : las iniciativas estratégicas de Alemania, Italia y Japón.

Pero existía otra fuerza impersonal que operaba dentro de cada sistema de gobierno. La planificación y la evaluación burocrática de las propuestas de actuación contribuían al «pre-embalaje» de las decisiones y eran a menudo resultado de luchas internas por la influencia y los recursos dentro de las organizaciones. El alcance de ello era mayor, no obstante, en los sistemas democráticos, estructurados de distinta manera, de Gran Bretaña y Estados Unidos, así como en la extraña forma de «autoritarismo colectivo» de Japón, que en Alemania, Italia o la Unión Soviética donde las burocracias servían de meros instrumentos activos de la dictadura.

Pese a la existencia de esos factores externos e internos, los individuos que centralizan nuestra investigación no eran piezas insignificantes o meros «testaferros». Su contribución no puede quedar reducida a una función representativa personalizada de dichas fuerzas. Sin duda, el cambio histórico a corto plazo deriva invariablemente de la interacción entre determinantes externos e intervención individual. Las cruciales decisiones analizadas en los capítulos anteriores dan buena prueba de ello.

Los individuos que disponían de mayor autonomía política eran los dictadores de Alemania, Italia y la Unión Soviética. Otros líderes en su lugar podrían haber tomado otras decisiones, si se hubieran evitado los desastrosos cálculos que ellos hicieron. ¿Habría optado un Göring canciller del Reich por atacar la Unión Soviética? ¿Habría decidido un Badoglio primer ministro invadir Grecia? ¿Habría desoído un Malenkov secretario general el aluvión de advertencias recibidas sobre la ofensiva alemana? Estas preguntas no sólo presentan escenarios improbables, sino que entran en el terreno de la especulación, en el que no es posible encontrar respuestas. Sin embargo, el simple hecho de plantearlas sirve para subrayar lo imprescindibles que fueron para la realización de aquellos actos las personalidades de Hitler, Mussolini y Stalin. Aquellas decisiones cruciales venían directamente determinadas por la clase de individuos que eran. Pero al mismo tiempo, no se tomaron en el vacío a modo de arbitrarios caprichos de la personalidad. Fueron elecciones hechas bajo ciertas precondiciones y ciertas limitaciones externas.

Las obsesiones ideológicas eran una parte importante de éstas. Y también las acciones de otras personas, acciones que no podían controlar. En el caso de Hitler, la sensación de que el tiempo corría absolutamente en contra de Alemania —una apreciación acertada— contribuyó a su decisión de llevar a cabo la «Operación Barbarroja» y de declarar la guerra a Estados Unidos. También Mussolini se sentía sometido a una gran presión, en su caso para forjar su propio imperio en el Mediterráneo y los Balcanes antes de que fuera demasiado tarde y estuviera completamente eclipsado por Alemania. El lastre de Stalin era el estado de su Ejército y la conciencia de que no estaría preparado para hacer frente a Alemania con las fuerzas necesarias antes de 1942, de ahí su necesidad de evitar cualquier gesto que se pudiera interpretar como provocación para tentar a Hitler a iniciar la invasión antes de esa fecha. En todos los casos, aquellos individuos hicieron historia, si bien, adaptando un pensamiento de Karl Marx, bajo circunstancias no elegidas por ellos.

En el extremo opuesto de la escala, la personalidad del primer ministro japonés no tuvo una importancia crucial en la toma de decisiones estratégicas. Es cierto que Konoe y Tojo eran individuos muy diferentes. En otoño de 1941, Konoe habría estado dispuesto a contribuir significativamente a apaciguar a Estados Unidos, mientras que Tojo se mostraba inflexible en su

rechazo a cualquier concesión a las demandas norteamericanas. Sin embargo, ambos se habían comprometido anteriormente con la misma política de expansión por el sureste asiático al tiempo que se continuaba con la extenuante guerra de China. Konoe se hizo prescindible cuando se mostró dispuesto a abandonar en buena medida aquel compromiso. Matsuoka, el hombre con más personalidad de toda la política japonesa, ya había desaparecido de escena cuando quedó fuera del consenso dominante debido a su inimitable intento de invertir las prioridades existentes. En su momento no logró obtener apoyos y acabó espoleando a sus poderosos enemigos, ansiosos por provocar su caída. Dada la naturaleza consensual de un sistema de toma de decisiones emanadas de las facciones más poderosas del Ejército, el margen otorgado al individuo quedaba necesariamente reducido.

En el caso de las democracias, estructuradas de otra manera, el papel del individuo en la toma de las decisiones cruciales era mayor que en el de Japón, pero probablemente menos importante en comparación con las dictaduras. Al igual que los dictadores, los líderes democráticos operaban sobre la base de sistemas ideológicos de creencias ampliamente aceptados. De hecho, el compromiso ideológico —en este caso con las libertades democráticas y las estructuras políticas y sociales que las sustentaban— era casi con toda seguridad más profundo y más amplio que los valores fascistas y militaristas de Alemania, Italia y Japón o que la visión comunista del mundo de la Unión Soviética.

Sin Churchill, la decisión del Gabinete británico de mayo de 1940 habría podido ir sin duda por otros derroteros, con consecuencias imprevistas. Halifax y Churchill luchaban por alcanzar las mismas metas: supervivencia e independencia nacional. Sin embargo, la elección estratégica de Halifax habría podido dar —y es muy probable que así lo hubiera hecho— un nuevo rumbo a los acontecimientos, posiblemente más perjudicial para Gran Bretaña. Así que fue una verdadera suerte para el país tener a Churchill, y no a Halifax, como primer ministro. La personalidad tenía importancia, pero también la tenía la argumentación razonada. Así tenía que ser. Churchill no era todavía el héroe nacional que acabaría siendo, pero su personalidad se convirtió ya entonces en un factor esencial para la campaña bélica británica.

Es igualmente difícil llegar a sobreestimar la importancia del papel personal de Roosevelt. Sin embargo, el dilema con el que se enfrentó se le habría planteado a cualquier presidente de aquel momento. Su oponente en la campaña para las elecciones presidenciales de 1940, el dinámico y atractivo Wendell Willkie, no era aislacionista. Era tan categórico como Roosevelt en su afirmación de la necesidad de que Estados Unidos combatiera las amenazas procedentes de Europa y Japón para los intereses norteamericanos y defendía la política de ayuda a Gran Bretaña. En aquel momento había en Inglaterra quienes pensaban que él sería más hábil que Roosevelt a la hora de movilizar la industria estadounidense. Willkie, al igual que Roosevelt, habría tenido que compaginar el ayudar a Gran Bretaña con no perder el apoyo de la opinión de la población y del Congreso. Sin embargo, ante la pregunta de si lo habría hecho tan bien como Roosevelt, si habría tenido la experiencia —y la astucia política— necesaria para lograrlo, como hizo el presidente, si se habría sustraído lo suficiente a la presión del lobby aislacionista del interior de su partido, el republicano (que lo había convencido para que denunciara el pacto de los destructores), si habría tenido el pensamiento creativo necesario para idear el sistema de préstamo y arriendo, si habría mantenido la especial relación con Churchill que tan importante fue para la construcción de la alianza... ante todo ello, decíamos, cabe responder con escepticismo. La personalidad de Roosevelt fue tan importante como

la de Churchill para determinar el estilo de gobierno que finalmente adoptó, las cruciales decisiones que tomó y la forma en la que las tomó.

Las decisiones a las que se enfrentaron aquellos hombres entre mayo de 1940 y diciembre de 1941 no eran nada envidiables. En todos los casos los riesgos eran enormes. Lo que se presenta en la posteridad como el inevitable curso de los acontecimientos no lo parecía en su momento. Las cruciales decisiones tomadas por los dirigentes de Alemania, la Unión Soviética, Italia, Japón, Gran Bretaña y Estados Unidos en aquellos diecinueve meses cambiaron el mundo.

Después de los acontecimientos examinados aquí, la guerra siguió su cruento curso durante cerca de cuatro años más. El impresionante número de víctimas del combate militar, y del genocidio, aumentó de forma drástica. Durante más de dos años, entre el verano de 1940 y el otoño de 1942, el resultado final no estuvo nada claro. Tanto Hitler como los dirigentes japoneses sabían que las cosas se pondrían en su contra en una guerra prolongada, y eso es lo que sucedió. Pero el combate estuvo muy reñido, mucho más de lo que se suele suponer. Con el tiempo, pero sólo a partir de 1943, pudo vislumbrarse la derrota del Eje, al principio débilmente, después con mayor claridad, y al final con deslumbrante nitidez. La insólita combinación entre una indomable máquina de combate soviética y unos recursos y una determinación sin límites por parte de Estados Unidos acabó asegurando la victoria tanto en Europa como en Extremo Oriente. El valor y la tenacidad de las Fuerzas Armadas británicas y de las de su Imperio también hicieron una inestimable contribución a la derrota del nazismo y del militarismo japonés. Pero aquélla fue la última actuación como gran potencia de una maltrecha y arruinada Gran Bretaña. La disolución del Imperio británico no tardó en producirse paulatina pero inexorablemente. Las décadas siguientes estuvieron en manos de las nuevas superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, los vencedores de la guerra. Los cimientos de otra eventual superpotencia del futuro, China, quedaron establecidos poco después del gran conflicto al calor de la agitación reinante en Extremo Oriente. Entre unas y otras, los dirigentes de Alemania y Japón habían creado un mundo que era la antítesis absoluta de todo aquello por lo que ellas habían luchado. El coste había sido verdaderamente colosal, pero había merecido la pena pagarlo por ver que el mundo que alemanes y japoneses habían deseado no llegaría a existir nunca.

ILUSTRACIONES



Rendición de los soldados de infantería francesa, mayo de 1940 (akg-images)



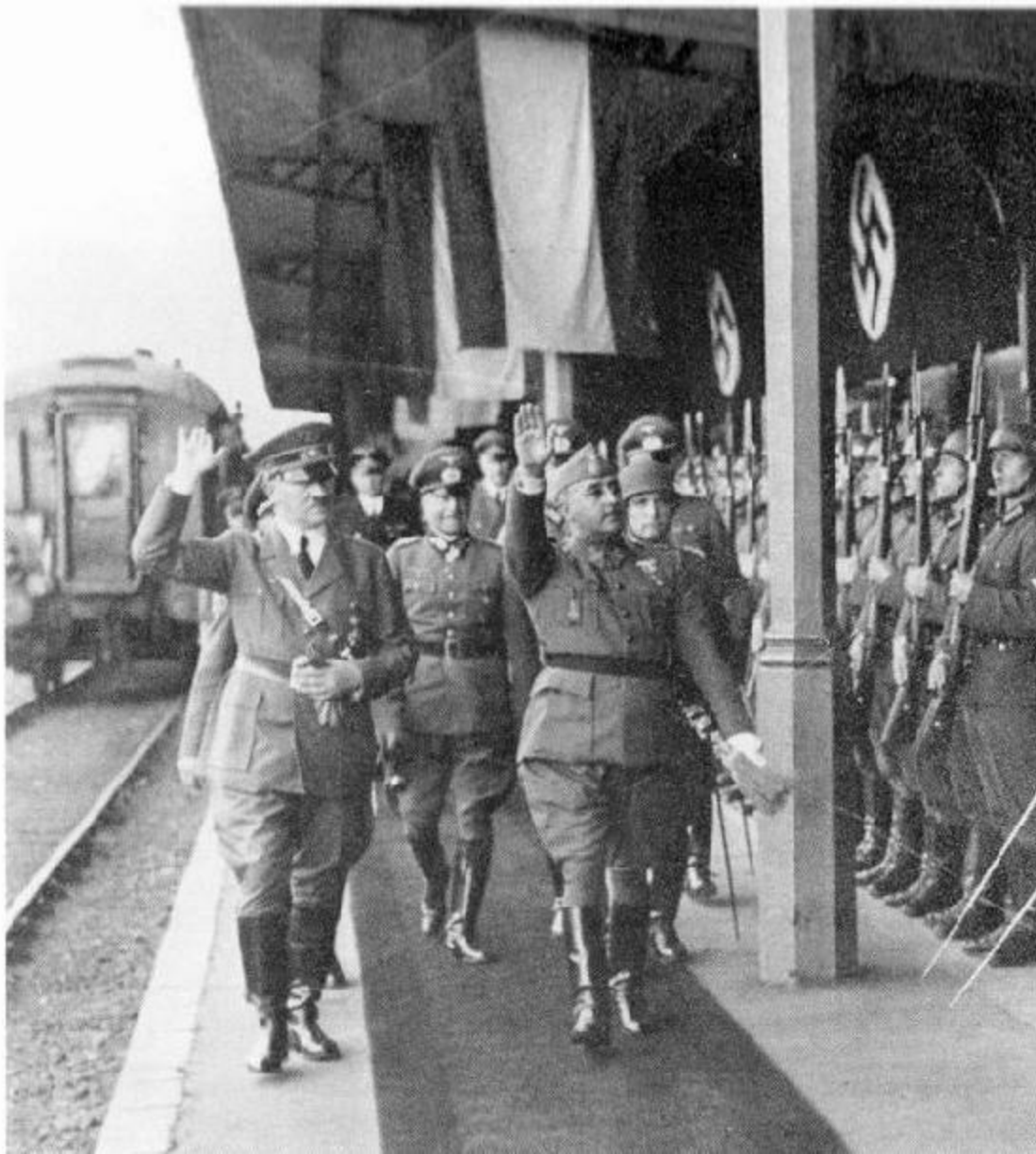
Tropas aliadas, Dunquerque, 1940 (archivo Alinari)



Churchill con lord Halifax en Downing Street, 1940 (akg-images/ullstein bild)



Gran almirante Erich Raeder (akg-images)



Hitler y Franco en una estación de la frontera francesa, octubre de 1940 (akg-images/ullstein bild)



Molotov con Ribbentrop en Berlín, 1940 (akg-images)



Tanques blindados japoneses en el sur de China, 1941 (akg-images/ullstein bild)



Príncipe Fumimaro Konoe (akg-images)



Firma del Pacto Tripartito en Berlín, septiembre de 1940 (archivo Alinari)



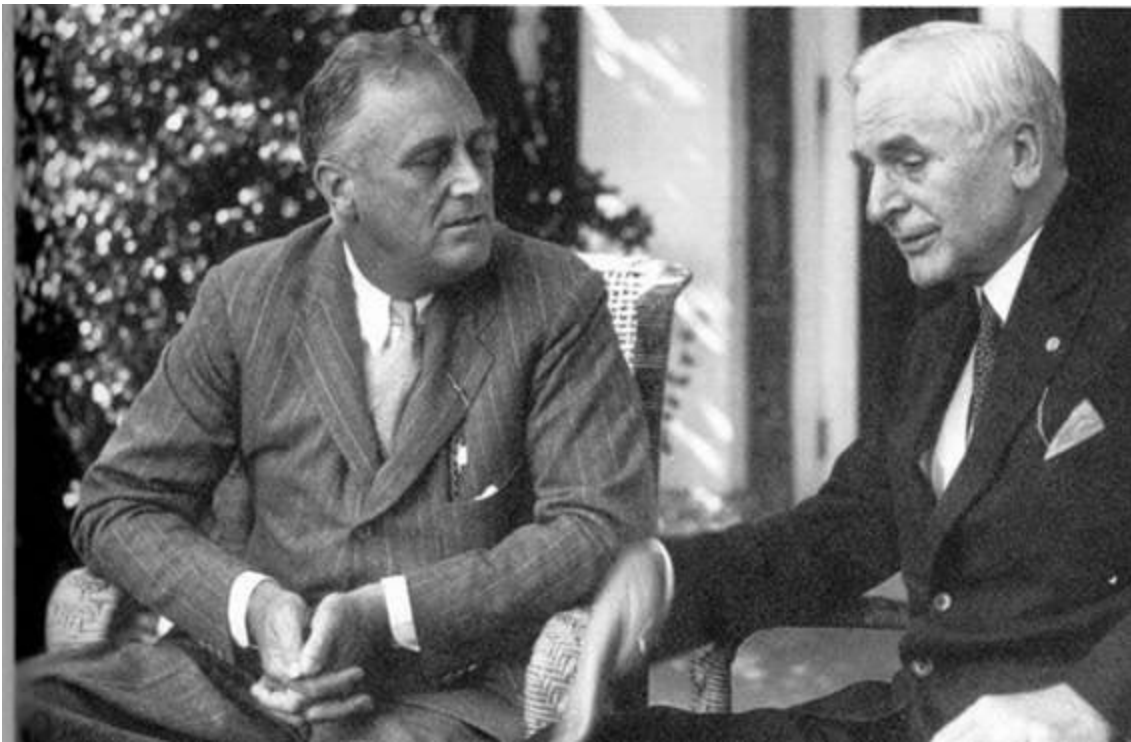
Concentración por la entrada de Italia en la guerra, junio de 1940 (akg-images)



Mussolini, Hitler, Ciano y Ribbentrop, octubre de 1940 (akg-images/ullstein bild)



Fuego de artillería italiana sobre posiciones griegas, marzo de 1941 (akg-images/ullstein bild)



Roosevelt hablando con Cordell Hull, 1940 (akg-images)



George C. Marshall y Henry L. Stimson (Time Life Pictures/Getty Images)



Stalin y Molótov (akg-images)



Soldados soviéticos capturados, junio de 1941 (Roger-Viollet/Top foto)



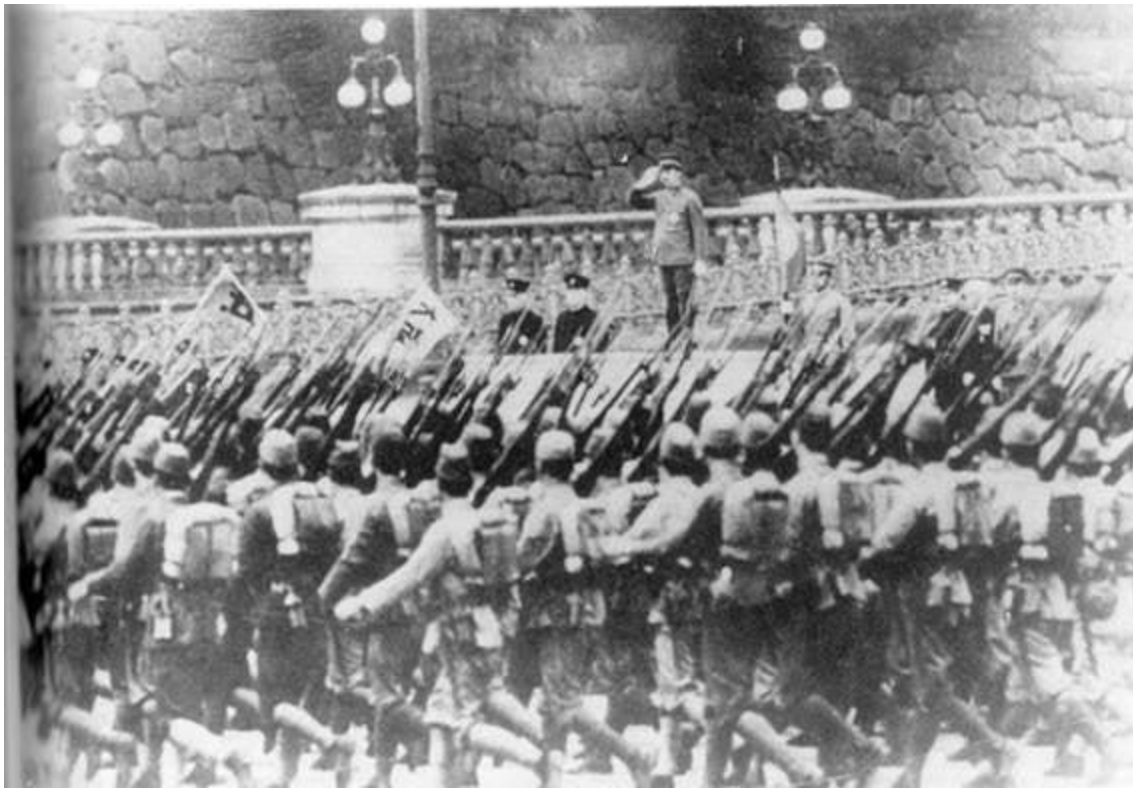
Tanques soviéticos encallados, verano de 1941 (Topfoto)



Franklin D. Roosevelt y sir Winston Churchill a bordo del Buque de Su Majestad Prince of Wales, agosto de 1941 (AP/Empics).



General Tojo Hideki (Bettmann/Corbis)



Emperador Hirohito pasando revista a la tropa, diciembre de 1941 (akg-images)



Ataque aéreo japonés a Pearl Harbor, 7 de diciembre de 1941 (akg-images)



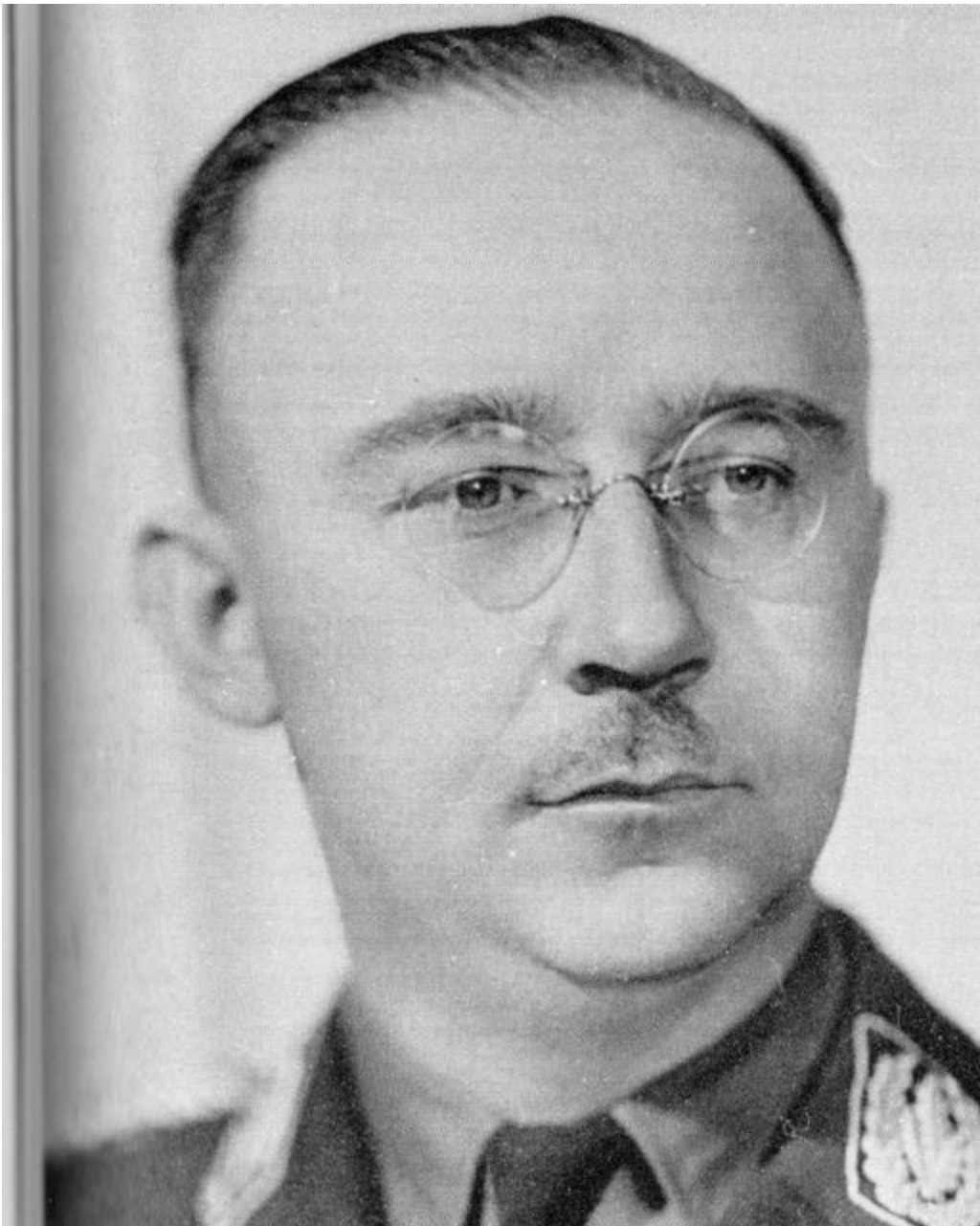
Columna nazi avanzando hacia Moscú, 1941 (Topfoto)



Tanque blindado alemán cerca de Moscú, 1941 (AP/Empics)



Hitler declara la guerra a EEUU, 11 de diciembre de 1941 (akg— images)



Heinrich Himmler (Time Life Pictures/Getty Images)



Reinhard Heydrich (Corbis)



Masacre de Babi Yar, Polonia, octubre de 1941 (archivo Hulton/Getty Images)



Hombres y mujeres buscan entre los muertos tras las ejecuciones en masa de Lemberg, julio de 1941
(akg-images)

ABREVIATURAS

B_{A/MA}

Bundesarchiv/Militärarchiv (Archivo Militar Alemán, Friburgo)

DDI

I documenti diplomatici italiani, novena serie, 1939 – 1943, Roma, 1954 – 1960

DGFP

Documents on German Foreign Policy, 1918 – 1945. Series D (1937 – 1945), Londres, 1957 – 1966

DRZW

Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, vols. 3 – 4, ed. Del Militärgeschichtliches Forschungsamt, Stuttgart, 1983 – 1984

IMT

Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, 14 November 1945 – 1 October 1946, 42 vols., Núremberg, 1947 – 1949

KTb d. OKW

Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab), ed. de Percy Ernst Schramm, 4 vols., Francfort, 1961 – 1965

PRO

Public Record Office, Londres (en la actualidad National Archives)

BIBLIOGRAFÍA

1941 god. Dokumenty, ed. A. N. Iakovlev, V P. Naumov et al., 2 vols., Moscú, 1998.

Abendroth, Hans-Henning, «Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg», en Manfred Funk (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reichs Düsseldorf, 1978.

Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier, ed. Werner Jochmann, Hamburgo, 1980.

Aigner, Dietrich, «Hitler und die Weltherrschaft», en Wolfgang Michalka (ed.), Nationalsozialistische Außenpolitik, Darmstadt, 1978.

Akira, Hara, «Japan: Guns before Rice», en Mark Harrison (ed.), The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison, Cambridge, 1998.

Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler, ed. Karl-Heinz Minuth, vol. 1, Boppard am Rhein, 1983.

Aldrich, Richard J., Intelligence and the War against Japan. Britain, America and the Politics of Secret Service, Cambridge, 2000.

Allison, Graham T., The Essence of Decision. Explaining the Cuban Missile Crisis, Boston, 1971.

Alsop, Joseph, y Kintner, Robert, American White Paper. The Story of American Diplomacy and the Second World War, Londres, 1940.

Aly, Götz, «Endlösung». Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden, Fráncfort, 1995.

Aquarone, Alberto, «Public Opinion in Italy before the Outbreak of World War II», en Roland Sarti (ed.), The Ax Within. Italian Fascism in Action, Nueva York, 1974.

Assmann, Kurt, Deutsche Schicksalsjahre, Wiesbaden, 1950.

Avon, conde de, The Eden Memoirs. The Reckoning, Londres, 1965.

Azzi, Stephen Corrado, «The Historiography of Fascist Foreign Policy», Historical Journal, 36 (1993).

Bach, Maurizio, Die charismatischen Führerdiktaturen. Drittes Reich und italienischer Faschismus im Vergleich ihrer Herrschaftsstrukturen, Baden-Baden, 1990.

Badger, Tony, The New Deal. The Depression Years, 1933 – 40, Londres, 1989.

Badoglio, Pietro, Italy in the Second World War. Memories and Documents, Londres/Nueva York/Toronto, 1948.

Bailey, Thomas A., y Ryan, Paul B., Hitler vs. Roosevelt. The Undeclared Naval War, Nueva York, 1979.

Barber, John, «The Moscow Crisis of October 1941», en Julian Cooper, Maureen Perrie y E. A. Rees (eds.), Soviet History, 1917 – 53. Essays in Honour of R. W. Davies, Basingstoke, 1995.

Barkai, Avraham, Vom Boykott zur «Entjudung». Der wirtschaftliche Existenzkampf der Juden im Dritten Reich 1933 – 1943, Frankfurt am Main, 1988.

Barron, Gloria J., Leadership in Crisis. FDR and the Path to Intervention, Port Washington

NY/Londres, 1973.

Bartov, Omer, *The Eastern Front 1941 – 43. German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, 1986.

Bastianini, Giuseppe, *Volevo fermare Mussolini. Memorie di un diplomatico fascista*, Milán, 2005; ed. orig.: *Uomini, cose, fatti. Memorie di un ambasciatore*, Milán, 1959.

Beard, Charles A., *President Roosevelt and the Coming of War 1941. A Study in Appearance and Realities*, New Haven, 1948.

Bell, P. M. H., *A Certain Eventuality... Britain and the Fall of France*, Londres, 1974.

Below, Nicolaus von, *Als Hitlers Adjutant 1937 – 1945*, Mainz, 1980.

Bergamini, David, *Japan's Imperial Conspiracy*, 2 vols., Nueva York, 1971.

Beria, Sergo, *Beria. My Father*, Londres, 2000.

Besymenski, Lew, *Stalin und Hitler. Das Pokerspiel der Diktatoren*, Berlín, 2004.

Bialer, Seweryn (ed.), *Stalin and his Generals*, Londres, 1970.

Bix, Herbert P., *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Londres, 2001.

Bloch, Michael, *Ribbentrop*, ed. rústica, Londres, 1994.

Bloß, Hartmut, «Deutsche Chinapolitik im Dritten Reich», en Manfred Funke (ed.), *Hitler Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reichs*, Düsseldorf, 1978.

Bloxham, Donald, «The Armenian Genocide of 1915 – 16. Cumulative Radicalization and the Development of a Destruction Policy», *Past and Present*, 181 (2003).

Blum, John Morton, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 2: *Years of Urgency, 1938—1941*, Boston, 1965.

Bock, Fedor von, *The War Diary 1939 – 1943*, ed. Klaus Gerbet, Atglen, Pa., 1996.

Bonwetsch, Bernd, «Stalin, the Red Army, and the “Great Patriotic War”», en Ian Kershaw y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, 1997.

Boroznjak, Alexander I., «Ein russischer Historikerstreit? Zur sowjetischen und russischen Historiographie über den deutschen Angriff auf die Sowjetunion», en Gerd R. Ueberschär y Lev A. Bezymenskij (eds.), *Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion 1941. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese*, Darmstadt, 1998.

Bosworth, R. J. B., *Italy, the Least of the Great Powers. Italian Foreign Policy before the First World War*, Cambridge, 1979.

—*The Italian Dictatorship. Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*, Londres, 1998.

—*Mussolini*, Londres, 2002. [Hay trad, cast.: *Mussolini*, Peninsula, Barcelona, 2003.]

Bottai, Giuseppe, *Diario 1935 – 1944*, ed. Giordano Bruno Guerri, Milán, 1982.

Boyd, Carl, *Hitler's Japanese Confidant. General Oshima Hiroshi and MAGIC Intelligence, 1941 – 1945*, Lawrence, Kan., 1992.

Braithwaite, Rodric, *Moscow 1941. A City and its People at War*, Londres, 2006. [Hay trad, cast.: *Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra*, Crítica, Barcelona, 2006.]

Brayard, Florent, *La «solution finale de la question juive». La technique, le temps et les catégories de la décision*, Paris, 2005.

Brechten, Magnus, «Madagaskar für die Juden». Antisemitische Idee und politische Praxis 1885 –

1945, Múnich, 1997.

Breitman, Richard, *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991.

Brogan, Hugh, *The Pelican History of the United States of America*, Harmonds worth, 1986.

Broszat, Martin, *Der Staat Hitlers*, Múnich, 1969.

—«Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 18(1970).

Browning, Christopher R., *The Path to Genocide. Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992.

—en colaboración con Jürgen Matthäus, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939, March 1942*, Lincoln, Nebr., 2004.

Büchler, Yehoshua, «Kommandostab Reichsführer-SS. Himmler's Personal Murder Brigades in 1941», *Holocaust and Genocide Studies*, i/i (1986).

Burckhardt, Carl J., *Meine Danziger Mission 1937 – 1939*, Múnich, 1962.

Burgdorff, Stephan, y Wiegrefe, Klaus (eds.), *Der Erste Weltkrieg. Die Urkatastrophe des 20. Jahrhunderts*, Múnich, 2004.

Burgwyn, H. James, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period 1918 – 1940*, Westport, Conn. 1997.

Burns, James Macgregor, *Roosevelt. The Soldier of Freedom 1940 – 1945*, Londres, 1971. [Hay trad, cast., Roosevelt, Grijalbo, Barcelona, 1973.]

Butow, Robert J. C., *Tojo and the Coming of the War*, Princeton, 1961.

Calder, Angus, *The People's War*, Londres, 1969.

Calic, Edouard, *Unmasked. Two Confidential Interviews with Hitler in 1931*, Londres, 1971 [Hay trad, cast., Hitler sin mascara (Conversaciones secretas), Plaza & Janes, Barcelona, 1972.]

Carley, Michael Jabara, 1959. *The Alliance that Never Was and the Coming of World War II*, Chicago, 1999.

Carr, William, *Poland to Pearl Harbor The Making of the Second World War*, Londres, 1985.

Casey, Steven, *Cautious Crusade. Franklin D. Roosevelt, American Public Opinion, and the War against Nazi Germany*, Oxford/Nueva York, 2001.

«Cato», *Guilty Men*, Londres, 1940.

Cecil, Robert, *Hitler's Decision to Invade Russia 1941*, Londres, 1975.

Cervi, Mario, *The Hollow Legions. Mussolini's Blunder in Greece, 1940 – 1941*, Londres, 1972.

Cesarani, David, *Eichmann. His Life and Crimes*, Londres, 2004.

Charmley, John, *Churchill: The End of Glory. A Political Biography*, Londres, 1993.

Chihiro, Hosoya, «The Tripartite Pact, 1939 – 1940», en James William Morley (ed.), *Deterren Diplomacy. Japan, Germany, and the USSR 1935 – 1940*, Nueva York, 1976.

—«Northern Defence», en James William Morley (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941*, Nueva York, 1980.

Chips. *The Diaries of Sir Henry Channon*, ed. Robert Rhodes James, Londres, 1967.

Choucri, Nazli, North, Robert C., y Yamakage, Susumu, *The Challenge of Japan before World War II and After*, Londres/Nueva York, 1992.

Churchill, Winston S., *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm*, Londres, 1948. [Hay

- trad, cast., por ej.: La Segunda Guerra Mundial, 2 vol., La Esfera de los Libros, Madrid, 2001.]
- The Second World War, vol. 2: Their Finest Hour, Londres, 1949.
 - The Second World War, vol. 3: The Grand Alliance, Londres, 1950.
 - The Second World War, vol. 4: The Hinge of Fate, Londres, 1951.
 - Great War Speeches, ed. rnstica, Londres, 1957. [Hay trad, cast., por ej.: ¡No nos rendiremos jamas!: los mejores discursos de Winston Churchill, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.]
- Churchill and Roosevelt. The Complete Correspondence, ed. Warren F. Kimball, 3 vols. Princeton, 1984.
- The Churchill War Papers, vol. 2: Never Surrender, May 1940-December 1940, ed. Martin Gilbert, Londres, 1995.
- The Churchill War Papers, vol. 3: The Ever-Widening War, 1941, ed. Martin Gilbert, Londres 2000.
- Ciano's Diary 1939 – 1943, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1947. [Hay trad, cast.: Galeazzi Ciano, Diarios, 1937 – 1943, Crftica, Barcelona, 2004.]
- Ciano's Diplomatic Papers, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1948.
- Clarke, Peter, Hope and Glory. Britain 1900 – 1990, Londres, 1996.
- Cole, Wayne S., Charles A. Lindbergh and the Battle against American Intervention in World War II, Nueva York/Londres, 1974.
- Colville, John, The Fringes of Power. Downing Street Diaries 1939 – 1955, Londres, 1985. [Ha trad, cast.: A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939 – 1955, Circulo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]
- Connors, Lesley, The Emperor's Adviser. Saionji Kinmochi and Pre-War Japanese Politics Londres, 1987.
- Corner, Paul, «Everyday Fascism in the 1930s. Centre and Periphery in the Decline o Mussolini's Dictatorship», Contemporary European History, 15 (2006).
- Costello, John, Ten Days that Saved the West, Londres, 1991.
- Creveld, Martin van, «25 October 1940. A Historical Puzzle», Journal of Contemporary History 6(1971).
- Hitler's Strategy 1940 – 1941. The Balkan Clue, Cambridge, 1973.
 - «Prelude to Disaster. The British Decision to Aid Greece, 1940 – 41», Journal o Contemporary History, 9 (1974).
- Crowson, N. J., Facing Fascism. The Conservative Party and the European Dictators 1935 – 40 Londres, 1997.
- Cull, Nicholas John, Selling War. The British Propaganda Campaign against American «Neutrality» in World War II, Nueva York/Oxford, 1995.
- Dallek, Robert, Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932 – 1945, Nueva York 1979.
- Davies, Joseph E., Mission to Moscow, Nueva York, 1941.
- Davies, Norman, Europe. A History, Oxford, 1996.
- Davies, R. W., Soviet History in the Yeltsin Era, Londres, 1997.
- Deakin, F. W., The Brutal Friendship. Mussolini, Hitler and the Fall of Italian Fascism, Londres

1962. [Hay trad, cast.: La brutal amistad. Mussolini-Hitler, 2 vol., Grijalbo, Barcelona, 1965.]
- Dear, I. C. B., y Foot, M. R. D. (eds.), The Oxford Companion to the Second World War. Oxford/Nueva York, 1995.
- Detwiler, Donald S., Hitler, Franco und Gibraltar. Die Frage des spanischen Eintritts in den Zweiten Weltkrieg, Wiesbaden, 1962.
- Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt, vol. 4, Stuttgart, 1983.
- vol. 3, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt, Stuttgart, 1984.
- Deutscher, Isaac, Stalin. A Political Biography, ed. revisada, Londres, 1988.
- The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938 – 1945, ed. David Dilks, Londres, 1971.
- Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, ed. Peter Witte et al., Hamburgo, 1999.
- Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939 – 1945, ed. Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer, Stuttgart, 1975.
- Dietrich, Otto, 12 Jahre mit Hitler, München, 1955. [Hay trad, cast.: Con Hitler en la lucha, Wotan Barcelona, 1980.]
- Dilks, David, «The Twilight War and the Fall of France. Chamberlain and Churchill in 1940» Transactions of the Royal Historical Society, 5ª serie, 28 (1978).
- Dimension des Völkermords. Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus, ed Wolfgang Benz, Munich, 1991.
- The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey 1937 – 1940, ed. John Harvey, Londres, 1970.
- Divine, Robert A., The Reluctant Belligerent. American Entry into World War II, Nueva York 1965.
- Roosevelt and World War II, Baltimore, 1969.
- Idocumenti diplomatici italiani, 9ª serie, 1939 – 1943, Roma, 1954 – 1960.
- Documents on German Foreign Policy, 1918 – 1943. Series D (1937 – 1943), Londres, 1957 – 1966.
- Domarus, Max (ed.), Hitler. Reden und Proklamationen 1932 – 1943, Wiesbaden, 1973.
- Dönitz, Karl, Memoirs. Ten Years and Twenty Days, Nueva York, 1997. [Hay trad, cast.: Diez años y veinte días: memorias del hombre que sucedió a Hitler como jefe del III Reich, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.]
- Dülffer, Jost, Weimar, Hitler und die Marine. Reichspolitik und Flottenbau 1920 – 1939, Düsseldorf, 1973.
- «Zum “decision-making process” in der deutschen Außenpolitik 1933 – 1939», en Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte, Düsseldorf, 1978.
- Erickson, John, «Threat Identification and Strategie Appraisal by the Soviet Union 1930 – 1941» en E. R. May (ed.), Knowing One's Enemies. Intelligence Assessment before the Two World Wars. Princeton, 1983.
- The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany, vol. 1, ed. rústica, Londres, 1998.
- Esnouf, Guy Nicholas, «British Government War Aims and Attitudes towards a Negotiated Peace, September 1939 to July 1940», tesis doctoral inédita, King's College, Londres, 1988.
- Falin, Valentin, Zweite Front. Die Interessenkonflikte in der Anti-Hitler-Koalition, München, 1995.

FDR's Fireside Chats, ed. Russell D. Buhite y David W. Levy, Nueva York, 1992.

Feiling, Keith, The Life of Neville Chamberlain, Londres, 1946.

Feis, Herbert, The Road to Pearl Harbor. The Coming of the War between the United States and Japan, Princeton, 1950.

Felice, Renzo de, Mussolini Falleato 1940 – 1945, vol. 1, Turin, 1990.

Ferguson, Niall, The War of the World. History's Age of Hatred, Londres, 2006. [Hay trad, cast. La guerra del mundo: los conflictos del siglo XXy el declive de Occidente (1904 – 1933), Debate Barcelona, 2007.]

Flannery, Harry W., Assignment to Berlin, Londres, 1942.

Fleming, Gerald, Hitler and the Final Solution, ed. rastica, Berkeley/Los Angeles, 1994.

Flynn, John T., The Roosevelt Myth, Nueva York, 1956.

Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers 1938, vol. 1, Washington, 1955.

Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers 1941, vol. 4: The Far East Washington, 1956.

Foreign Relations of the United States. Japan 1931 – 41, vol. 2, Washington, 1943.

For the President: Personal and Secret. Correspondence between Franklin D. Roosevelt and William C. Bullitt, ed. Orville H. Bullitt, Londres, 1973.

Fox, John P., Germany and the Far Eastern Crisis 1931 – 1938. A Study in Diplomacy and Ideology, Oxford, 1982.

Freidel, Frank, Franklin D. Roosevelt. A Rendezvous with Destiny, Boston, 1990.

Friedländer, Saul, Prelude to Downfall. Hitler and the United States, 1939 – 1941, Nueva York 1967.

—Nazi Germany and the Jews. The Years of Persecution, 1933 – 39, Londres, 1997.

Fuehrer Conferences on Naval Affairs 1939 – 1943, Londres, 1990.

«Führer-Erlasse» 1939 – 1943, ed. Martin Moll, Stuttgart, 1997.

Gardiner, Juliet, Wartime Britain 1939 – 1943, Londres, 2004.

Gassert, Philipp, Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda und Volksmeinung 1933 – 1943, Stuttgart, 1997.

Gay, Peter, «In Deutschland zu Hause... Die Juden der Weimarer Zeit», en Arnold Paucker (ed.) Die Juden im Nationalsozialistischen Deutschland 1933 – 1943, Tubinga, 1986.

Gellman, Irwin F., Secret Affairs. Franklin Roosevelt, Cordell Hull, and Sumner Welles Baltimore/Londres, 1995.

Generalfeldmarschall Keitel: Verbrecher oder Offizier? Erinnerungen, Briefe, Dokumente des Chefs OKW, ed. Walter Görlitz, Gotinga, 1961.

Gerlach, Christian, «Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitler: politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermordern», Werkstattgeschichte, 18 (1997).

—Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weißrußland 1941 bis 1944, Hamburgo, 1999.

Getty, J. Arch, «The Politics of Repression Revisited», en J. Arch Getty y Roberta T. Mannin (eds.), Stalinist Terror. New Perspectives, Cambridge, 1993.

Gibbs, N. H., Grand Strategy, vol. i: Rearmanent Policy, Londres, 1976.

Gilbert, Martin, Winston S. Churchill, vol. 5 1922 – 1939, Londres, 1976.

—Winston S. Churchill 1939 – 1941, vol. 6: *Finest Hour*, ed. rústica, Londres, 1983.

Glantz, David M., *The Military Strategy of the Soviet Union. A History*, Londres, 1992.

—«The Red Army in 1941», en David M. Glantz (ed.), *The Initial Period of War on the Eastern Front, 22 June-August 1941*, Londres, 1993.

—*Stumbling Colossus. The Red Army on the Eve of World War*, Lawrence, Kan., 1998.

—*Barbarossa. Hitler's Invasion of Russia 1941*, Stroud, 2001.

Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, 1996. [Hay trad. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1998.]

Gordon, Andrew, *A Modern History of Japan from Tokugawa Times to the Present*, Nueva York/Oxford, 2003.

Gorinov, Mikhail M., «Muscovites Moods, 22 June 1941 to May 1942», en W. Thurston y Berni Bonwetsch (eds.), *The People's War. Responses to World War II in the Soviet Union*, Urbana/Chicago, 2000.

Gorodetsky, Gabriel, *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven/Londres, 1999.

Grew, Joseph C., *Ten Years in Japan*, Nueva York, 1944.

Gruchmann, Lothar, «Die “verpaßten strategischen Chancen” der Achsenmächte in Mittelmeerraum 1940/41», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 18 (1970).

—*Der Zweite Weltkrieg*, Munich, 4 ed., 1975.

Haffner, Sebastian, *Von Bismarck zu Hitler. Ein Rückblick*, ed. rústica, Munich, 1989.

Hagen, Mark von, «Soviet Soldiers and Officers on the Eve of the German Invasion. Toward a Description of Social Psychology and Political Attitudes», en Robert W. Thurston y Berni Bonwetsch (eds.), *The People's War. Responses to World War II in the Soviet Union*, Urbana/Chicago, 2000.

Haider, Franz, *Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942*, vol. 1: *Vom Polenfeldzug bis zum Ende der Westoffensive (14.8.1939 – 30.6.1940)*, ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1962.

—*Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942*, vol. 2: *Von der geplanten Landung in England bis zum Beginn des*

Ostfeldzuges (i.7.1940 – 21.6.1941), ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1963.

—*Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942 y vol. 3. Her Rußlandfeldzug bis zum Marsch auf Stalingrad (22.6.1941 – 24.9.1942)*, ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1964.

The Haider War Diary, 1939 – 1942, ed. y trad. Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Londres, 1988.

Hanftaengl, Ernst, *Hitler. The Missing Years*, ed. rustica, Nueva York, 1994.

Harrison, Mark (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998.

Hauner, Milan, *Hitler. A Chronology of his Life and Time*, 2ª ed., Basingstoke/Nueva York, 2005.

Heeresadjutant bei Hitler 1938 – 1943. Aufzeichnungen des Majors Engel, ed. Hildegard von

Kotze, Stuttgart, 1974.

Heiber, Helmut, «Der Generalplan Ost», Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 6 (1958).

Heinrichs, Waldo H., Jr., American Ambassador. Joseph C. Grew and the Development of the United States Diplomatic Tradition, Boston, 1966.

—Threshold of War. Franklin D. Roosevelt and American Entry into World War II, Nueva York/Oxford, 1988.

Hernández-Sandoica, Elena, y Moradiellos, Enrique, «Spain and the Second World War, 1939 – 1945», en Neville Wylie (ed.), European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War, Cambridge, 2002.

Herbert, Ulrich, «“Generation der Sachlichkeit”. Die völkische Studentenbewegung der frühen zwanziger Jahre in Deutschland», en Werner Johe y Uwe Lohalm (eds.), Zivilisation und Barbarei Hamburgo, 1991.

Higgins, Patrick, «The Political Beliefs of R. A. Butler» (artículo inedito).

Hilberg, Raul, «The Kommandostab Revisited», Yad Vashem Studies, 34 (2006).

Hildebrand, Klaus, Vom Reich zum Weltreich. Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919 – 1945 Munich, 1969.

—The Foreign Policy of the Third Reich, Londres, 1973.

—Das vergangene Reich. Deutsche Außenpolitik von Bismarck bis Hitler, Stuttgart, 1995.

Hilger, Gustav, y Meyer, Alfred G., The Incompatible Allies. A Memoir of German-Soviet Relations 1918 – 1941, Nueva York, 1953.

Hill, Christopher, Cabinet Decisions on Foreign Policy. The British Experience, October 1938 – June 1941, Cambridge, 1991.

Hillgruber, Andreas, «Der Faktor Amerika in Hitlers Strategie 1938 – 1941», Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung «Das Parlament», 11 May 1966, reimpr. en Wolfgang Michalka (ed.), Nationalsozialistische Außenpolitik, Darmstadt, 1978.

—Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940 – 1941, 3ª ed., Bonn, 1993.

Hinsley, F. H., British Intelligence in the Second World War, Londres, 1993.

—«British Intelligence and Barbarossa», en John Erickson y David Dilks (eds.), Barbarossa. The Axis and the Allies, Edimburgo, 1994.

Hiroharu, Seki, «The Manchurian Incident 1931», en James William Morley (ed.), Japan Erupts The London Naval Conference and the Manchurian Incident 1928 – 1932, Nueva York, 1984.

Hitler, Adolf, Mein Kampf 870 – 880ª reimpr., Múnich, 1943. [Hay trad. cast., Mi lucha, Wotan, Barcelona, 1979.]

—Mein Kampf trad. Ralph Mannheim, con una introducción de D. C. Watt, ed. rústica, Londres 1973.

Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen. Februar 1923 bis Januar 1933, ed. Institut für Zeitgeschichte, 5 vols, en 12 partes, Múnich/Londres/Nueva York/París, 1992 – 1998.

«Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», ed. Wilhelm Treue, Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 3 (1955).

Hitlers politisches Testament. Die Bormann Diktate vom Februar und April 1943, Hamburgo 1981.

Hitler's Second Book. The Unpublished Sequel to Mein Kampf, ed. Gerhard L. Weinberg, Nueva York, 2003.

Hitlers Weisungen für die Kriegführung. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. Walther Hubatsch, ed. rústica, Múnich, 1965.

Höhne, Heinz, The Order of the Death's Head. The Story of Hitler's SS, Londres, 1969. [Hay trad. cast.: La orden de la calavera, Plaza & Janés, Barcelona, 1977.]

Hosenfeld, Wilm, «Ich versuche jeden zu retten». Das Leben eines deutschen Offiziers in Briefen und Tagebüchern, ed. Thomas Vogel, Múnich, 2004.

Hull, Cordell, The Memoirs of Cordell Hull, 2 vols., Nueva York, 1948.

Husson, Edouard, «Nous pouvons vivre sans les Juifs»: Novembre 1941. Quand et comment ils décidèrent de la solution finale, Paris, 2005.

Hüttenberger, Peter, «Nationalsozialistische Polykratie», Geschichte und Gesellschaft, 2 (1976).

Hyoe, Murakami, y Harper, Thomas J. (eds.), Great Historical Figures of Japan, Tokio, 1978.

Ickes, Harold L., The Secret Diary of Harold L. Ickes, vol. 3: The Lowering Clouds 1939 – 1941, Nueva York, 1955.

Ike, Nobutaka (ed.), Japan's Decision for War. Records of the 1941 Policy Conferences, Stanford, Calif., 1967.

Ikuhiko, Hata, «The Japanese-Soviet Confrontation, 1935 – 1939», en James William Morley (ed.), Deterrent Diplomacy. Japan, Germany, and the USSR 1935—1940, Nueva York, 1976.

—«The Army's Move into Northern Indochina», en James William Morley (ed.), The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941, Nueva York, 1980.

—«The Marco Polo Bridge Incident, 1937», en James William Morley (ed.), The Chinese Quagmire. Japan's Expansion on the Asian Continent, 1933 – 1941, Nueva York, 1983.

Iriye, Akira, Across the Pacific. An Inner History of American-East Asian Relations, Nueva York, 1967.

—Power and Culture. The Japanese-American War, 1941 – 1945, Cambridge, Mass., 1981.

—The Origins of the Second World War in Asia and the Pacific, Londres/Nueva York, 1987.

The Ironside Diaries, 1937 – 1940, ed. Roderick Macleod y Denis Kelly, Londres, 1962.

Irving, David, Hitler's War, Londres, 1977. [Hay trad. cast.: La guerra de Hitler, Planeta, Barcelona, 1989, 3ª ed.]

—Churchill's War, vol. 1: The Struggle for Power, Bullsbrook, Australia, 1987.

Ito, Takashi, Hirohashi, Tadamitsu, y Katashima, Norio (eds.), The Secret Documents of Prime Minister Tojo: Records of the Words and Deeds of General Hideki Tojo [en japonés], Tokio, s. f.

«Iz vospominanii upravliyushchego delami sovnarkoma SSSR Ya. E. Chadaev», Otechestvennaya Istoriya, 2 (2005).

Jäckel, Eberhard, Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft, Tubinga, 1969.

—Hitler in History, Hanover/Londres, 1984.

—«From Barbarossa to Wannsee. The Role of Reinhard Heydrich», inédito.

—y Kuhn, Axel (eds.), Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905 – 1924, Stuttgart, 1980.

Jenkins, Roy, Churchill, Londres, 2001. [Hay trad. cast.: Churchill, Península, Barcelona, 2002.]

Jones, F. C., Japan's New Order in East Asia. Its Rise and Fall, 1937 – 45, Oxford, 1954.

Jones, Thomas, *A Diary with Letters 1931 – 1950*, Londres, 1954.

Judt, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945*, Londres, 2005. [Hay trad, cast.: *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2006; *Círculo de Lectores Barcelona*, 2007.]

Jun, Tsunoda, «The Navy's Role in the Southern Strategy», en James William Morley (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941*, Nueva York, 1980.

Kahn, David, *Hitler's Spies. German Military Intelligence in World War II*, Nueva York, 2000.

Kennedy, David M., *Freedom from Fear. The American People in Depression and War, 1929 – 1945*, Nueva York/Oxford, 1999. [Hay trad, cast.: *Entre el miedo y la libertad: los EE.UU. de la gran depresión al fin de la Segunda Guerra Mundial (1929 – 1945)*, Edhasa, Barcelona, 2005.]

Kershaw, Ian, «Improvised Genocide? The Emergence of the “Final Solution” in the “Warthegau”», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6ª serie, 2 (1992).

—Hitler, 1889 – 1936. *Hubris*, Londres, 1998. [Hay trad, cast.: *Hitler: 1889 – 1936*, Peninsula Barcelona, 1999.]

—Hitler, 1936 – 1945. *Nemesis*, Londres, 2000. [Hitler (II): 1936 – 1945, Peninsula, Barcelona 2002.]

—The Nazi Dictatorship. *Problems and Perspectives of Interpretation*, 4ª ed., Londres, 2000.

—Making Friends with Hitler. *Lord Londonderry and Britain's Road to War*, Londres, 2004.

Khrushchev Remembers, ed. Strobe Talbott, Londres, 1971.

Kimball, Warren F., *The Most Unsordid Act. Lend-Lease 1939 – 1941*, Baltimore, 1969.

—The Juggler. *Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton, 1991.

—Forged in War. *Churchill, Roosevelt and the Second World War*, Londres, 1997.

Kipp, Jacob, «Soviet War Planning», en David M. Glantz (ed.), *The Initial Period of War on the Eastern Front, 22 June-August 1941*, Londres, 1993.

Klee, Karl, *Das Unternehmen «Seelöwe». Die geplante deutsche Landung in England 1940*, Gotinga, 1958.

—(ed.), *Dokumente zum Unternehmen «Seelöwe». Die geplante deutsche Landung in England 1940*, Gotinga, 1959.

Knight, Jonathan, «Churchill and the Approach to Mussolini and Hitler in May 1940. A Note» *British Journal of International Studies*, 3 (1977).

Knox, MacGregor, «Fascist Italy Assesses its Enemies, 1935 – 1940», en Ernest R. May (ed.) *Knowing One's Enemies. Intelligence Assessment before the Two World Wars*, Princeton, 1983.

—Mussolini Unleashed 1939 – 1941. *Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War*, ed rústica, Cambridge, 1986.

—Common Destiny. *Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge, 2000.

—Hitler's Italian Allies. *Royal Armed Forces, Fascist Regime, and the War of 1940— 1943*, Cambridge, 2000.

Koliopoulos, John S., *Greece and the British Connection 1935 – 1941*, Oxford, 1977.

Korb, Martin, «Deutsche Reaktionen auf die Novemberpogrome im Spiegel amtlicher Berichte» tesis doctoral inédita, Technische Universität, Berlín, 2004.

- Krausnick, Helmut, «Denkschrift Himmlers über die Behandlung der Fremdvölkischen im Osten (Mai 1940)», Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte.
- y Wilhelm, Hans-Heinrich, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938 – 1942*, Stuttgart, 1981.
- Krebs, Gerhard, «Deutschland und Pearl Harbor», *Historische Zeitschrift*, 253 (1991).
- Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab), ed. Percy Ernst Schramm, 4 vols., Frankfurt am Main, 1961 – 1965.
- Kriegstagebuch der Seekriegsleitung 1939 – 1943, ed. Werner Rahn y Gerhard Schreiber. Herford/Bonn, 1989.
- Kube, Alfred, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Goring im Dritten Reich*, München, 1986.
- Kulka, Otto Dov, «Richard Wagner und die Anfänge des modernen Antisemitismus», *Bulletin des Leo Baeck Instituts*, 4 (1961).
- «Die deutsche Geschichtsschreibung über den Nationalsozialismus und die “Endlösung” Tendenzen und Entwicklungsphasen 1924 – 1984», *Historische Zeitschrift*, 240 (1985).
- «Critique of Judaism in European Thought. On the Historical Meaning of Modern Antisemitism», *Jerusalem Quarterly*, 52 (1989).
- y Jäckel, Eberhard (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten 1933 – 1943* Düsseldorf, 2004.
- Kuper, Leo, *Genocide. Its Political Use in the Twentieth Century*, Harmondsworth, 1981.
- Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939 – 1943, ed. Gerhard Wagner, Munich, 1972.
- Langer, William L., y Gleason, S. Everett, *The Challenge to Isolation, 1957 – 1940*, Nueva York 1952.
- The Undeclared War, 1940 – 1941*, Nueva York, 1953.
- Larrabee, Eric, *Commander in Chief. Franklin Delano Roosevelt, his Lieutenants, and their War* Londres, 1987.
- Lash, Joseph P., *Roosevelt and Churchill 1939 – 1941. The Partnership that Saved the West* Nueva York, 1976.
- Lawlor, Sheila, «Britain and the Russian Entry into the War», en Richard Langhorne (ed.) *Diplomacy and Intelligence during the Second World War*, Cambridge, 1985.
- Leach, Barry A., *German Strategy against Russia 1939 – 1941*, Oxford, 1973.
- Lebra, Joyce C., *Japan's Greater East Asia Co-Prosperity Sphere in World War II. Selected Readings and Documents*, Kuala Lumpur, 1975.
- Leigh, Michael, *Mobilizing Consent. Public Opinion and American Policy 1937 – 1947* Westport, Conn., 1976.
- Lewin, Moshe, *The Making of the Soviet System. Essays in the Social History of Interwar Russia* Nueva York, 1985.
- «Bureaucracy and the Stalinist State», en Ian Kershaw y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, 1997.
- The Soviet Century*, Londres, 2005. [Hay trad, cast.: *El siglo soviético: ¿qué sucedió realmente*]

en la Unión Soviética?, Crítica, Barcelona, 2006.]

Lewin, Ronald, *Ultra Goes to War. The Secret Story*, ed. rústica, Londres, 2001.

Lewis, Jonathan, y Whitehead, Phillip, *Stalin. A Time for Judgement*, Londres, 1991.

Liulevicius, Vejas Gabriel, *War Land on the Eastern Front. Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000.

Longerich, Peter (ed.), *Die Ermordung der europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941 – 1943*, Múnich/Zúrich, 1989.

—*Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich/Zúrich, 1998.

Lukács, John, *The Duel. Hitler vs. Churchill*, Oxford, 1992.

—*Five Days in Londres. May 1940*, ed. rústica, New Haven/Londres, 2001. [Hay trad, cast. *Cinco días en Londres, mayo de 1940: Churchill solo frente a Hitler*, Turner, Madrid, 2001.]

—*June 1941. Hitler and Stalin*, New Haven/Londres, 2006. [Hay trad, cast.: *Junio de 1941 Hitler y Stalin*, Turner, Madrid, 2007.]

Lyttleton, Adrian, *The Seizure of Power*, Londres, 1973.

Mack Smith, Denis, *Mussolini as a Military Leader*, Reading, 1974.

—*Mussolini's Roman Empire*, Londres/Nueva York, 1976.

—*Mussolini*, ed. rústica, Londres, 1983. [Hay trad, cast.: *Mussolini*, FCE, Madrid, 2001.]

Magenheimer, Heinz, *Hitler's War. Germany's Key Strategic Decisions 1940 – 1943*, Londres 1998.

The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, 8 vols., Washington, 1977 – 1978.

Maisky, Ivan, *Who Helped Hitler?*, Londres, 1964.

Mann, Michael, *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, 2005.

Marks, Frederick W., Ill, *Wind over Sand. The Diplomacy of Franklin Roosevelt*, Athens, Ga. 1988.

Martin, Bernd, «Das “Dritte Reich” und die “Friedens”—Frage im Zweiten Weltkrieg», en Wolfgang Michalka (ed.), *Nationalsozialistische Außenpolitik*, Darmstadt, 1978.

Maser, Werner (ed.), *Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten*, Düsseldorf, 1973.

Mason, Timothy W., *Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge, 1995.

Matsuoka Yosuke. *The Man and his Life*, Tokio, 1974 [en japonés].

Matthäus, Jürgen, «Operation Barbarossa and the Onset of the Holocaust, June-December 1941» en Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy: September 1939-March 1942*, Lincoln, Nebr., 2004.

Mawdsley, Evan, *The Stalin Years. The Soviet Union, 1929 – 1933*, Manchester, 1998.

—«Crossing the Rubicon. Soviet Plans for Offensive War in 1940 – 1941», *International History Review*, 25 (2003).

Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece. The Experience of Occupation, 1941 – 44*, New Haven/Londres, 1993.

Medvedev, Roy, *On Stalin and Stalinism*, Oxford, 1979.

—*All Stalin's Men*, Oxford, 1983.

- y Medvedev, Zhores, *The Unknown Stalin. His Life, Death, and Legacy*, Woodstock/Nueva York, 2004. [Hay trad, cast.: *El Stalin desconocido*, Crítica, Barcelona, 2005.]
- Meinecke, Friedrich, *Die deutsche Katastrophe*, Wiesbaden, 1946.
- Mein Tagebuch. Geschichten vom Überleben 1939 – 1947, ed. Heinrich Breloer, Colonia, 1984.
- Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939 – 1944, ed. Heinz Boberach, Neuwied/Berlin, 1965.
- Melograni, Piero, «The Cult of the Duce in Mussolini's Italy», *Journal of Contemporary History* 11 (1976).
- The Memoirs of General the Lord Ismay*, Londres, 1960.
- Merridale, Catherine, *Ivan's War. The Red Army 1939 – 1943*, Londres, 2005. [Hay trad, cast. *La guerra de los ivanes: el Ejército Rojo (1939 – 1943)*, Debate, Barcelona, 2007.]
- Michalka, Wolfgang, «Vom Antikominternpakt zum euro-asiatischen Kontinentalblock. Ribbentrops Alternativkonzeption zu Hitlers außenpolitischen "Programm"», en Wolfgang Michalka (ed.), *Nationalsozialistische Außenpolitik*, Darmstadt, 1978.
- Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik 1933 – 1940, Múnich, 1980.
- «From the Anti-Comintern Pact to the Euro-Asiatic Bloc. Ribbentrop's Alternative Concept of Hitler's Foreign Policy Programme», en H. W. Koch (ed.), *Aspects of the Third Reich*, Londres 1985.
- Mikoyan, Anastas Ivanovich, *Tak bylo*, Moscú, 1999.
- Mikoyan, Stepan A., «Barbarossa and the Soviet Leadership», en John Ericsson y David Dilk (eds.), *Barbarossa. The Axis and the Allies*, Edimburgo, 1994.
- Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics. Conversations with Felix Chuev, Chicago, 1993.
- Montefiore, Simon Sebag, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003. [Hay trad, cast.: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004.]

- Morley, James William (ed.), *Deterrent Diplomacy. Japan, Germany, and the USSR 1933 – 1940* Nueva York, 1976.
- (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941*, Nueva York 1980.
- (ed.), *The China Quagmire. Japan's Expansion on the Asian Continent, 1933— 1941*, Nueva York, 1983.
- (ed.), *Japan Erupts. The Londres Naval Conference and the Manchurian Incident 1928 – 1932* Nueva York, 1984.
- (ed.), *The Final Confrontation. Japan's Negotiations with the United States, 1941*, Columbia NY, 1994.
- Moseley, Ray, *Mussolini's Shadow. The Double Life of Count Galeazzo Ciano*, Nueva Haven/Londres, 1999. [Hay trad, cast.: *El conde Ciano, la sombra de Mussolini*, Temas de Hoy Madrid, 2001.]
- Mosse, George, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres 1966.
- Mowat, Charles Loch, *Britain between the Wars, 1918 – 1940*, Londres, 1956.

- Müller, Klaus-Jürgen, *Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime 1933 - 1940*, Stuttgart, 1969.
- Murphy, David E., *What Stalin Knew. The Enigma of Barbarossa*, New Haven/Londres, 2005.
- Musial, Bogdan, *Deutsche Zivilverwaltung und Judenverfolgung im Generalgouvernement* Wiesbaden, 1999.
- Naimark, Norman M., *Fires of Hatred. Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe* Cambridge, Mass./Londres, 2001.
- Nazi Conspiracy and Aggression, United States Government, 11 vols., Washington, 1946 – 1948.
- Nazi-Soviet Relations 1939 – 1941, ed. Raymond James Sontag James Stuart Beddie, New York, 1948.
- Nicolson, Harold, *Diaries and Letters 1930 – 1964*, ed. Stanley Olson, Nueva York, 1980.
- Nipperdey, Thomas, *Deutsche Geschichte 1866 – 1918*, vol. 2: *Machtstaat vorder Demokratie* Múnich, 1992.
- Nish, Ian, *Japanese Foreign Policy 1869 – 1942*, Londres, 1977.
- Noakes, Jeremy, y Pridham, Geoffrey (eds.), *Nazism 1919 – 1943. A Documentary Reader*, 4 vols., Exeter, 1983 – 1998.
- Nobumasa, Tanaka (ed.), *Dokumento Showa Tenno Dai Nikkan*, vol. 2, Tokio, 1988 [en japonés].
- Oka, Yoshitake, Konoe Fumimaro. *A Political Biography*, Tokio, 1983.
- Overy, R. J., *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.
- Why the Allies Won, Londres, 1995. [Hay trad, cast.: *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005.]
- Russia's War, Londres, 1997.
- The Dictators. Hitler's Germany and Stalin's Russia, Londres, 2004. [Hay trad, cast. *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Tusquets, Barcelona, 2006.]
- Packard, Reynolds, y Packard, Eleanor, *Balcony Empire. Fascist Italy at War*, Londres, 1943.
- Papen, Franz von, *Memoirs*, Londres, 1952.
- Parker, R. A. C., *Chamberlain and Appeasement. British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, 1993.
- Churchill and Appeasement, Londres, 2000.
- Payne, Stanley G., *A History of Fascism 1914 – 45*, Londres, 1995. [Hay trad, cast.: *Historia de fascismo*, Planeta, Barcelona, 1995.]
- Picker, Dr. Henry, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941 – 1942*, ed. Percy Ems Schramm, Stuttgart, 1963. [Hay trad, cast.: *Hitler. Anatomía de un dictador*, Grijalbo, Barcelona, 1965.]
- Pious, Richard M., *The American Presidency*, Nueva York, 1979.
- Piper, Ernst, Alfred Rosenberg. *Hitlers Chefideologe*, Munich, 2005.
- Pleshakov, Constantine, *Stalin's Folly. The Secret History of the German Invasion of Russia, Jun 1941*, Londres, 2005. [Hay trad, cast.: *La locura de Stalin: los diez primeros días de la Segunda Guerra Mundial en el Frente Oriental*, Paidós, Barcelona, 2007.]
- Poliakov, Léon, *The History of Anti-Semitism*, vol. 4: *Suicidal Europe, 1870 – 1935*, Oxford

1977.

Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Parts III-IV), Office of the Chief of Military History, Department of the Army, Japanese Monographs, 144 – 150, s. f.

Pope, Stephen, y Wheal, Elizabeth-Anne, The Macmillan Dictionary of the First World War Londres, 1995.

Prange, Gordon W., At Dawn We Slept. The Untold Story of Pearl Harbor, Londres, 1982.

Preston, Paul, «Franco and Hitler. The Myth of Hendaye 1940», Contemporary European History 1 (1992).

Der Prozeß gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof Nürnberg, 14. November 1945 – 1. Oktober 1946, 42 vols., Nuremberg, 1947-1949.

Public Opinion 1935 – 1946, ed. Hadley Cantrill, Westport, Conn., 1951.

The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt, ed. Samuel I. Rosenman, 13 vols Nueva York, 1938 – 1950.

Radzinsky, Edvard, Stalin, Nueva York, 1996.

Raeder, Erich, Mein Leben, Tubinga/Neckar, 1957.

Rauscher, Walter, Hitler und Mussolini. Macht, Krieg und Terror, Graz, 2001.

Rauschning, Hermann, Hitler Speaks, Londres, 1939. [Hay trad, cast.: Hitler me dijo, Atlas Madrid, 1946.]

Read, Anthony, y Fisher, David, The Deadly Embrace. Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact 1939 – 1941, Londres, 1988.

Rebentisch, Dieter, Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg, Stuttgart, 1989.

Reese, Roger R., «The Red Army and the Great Purges», en J. Arch Getty y Roberta T. Mannin (eds.), Stalinist Terror. New Perspectives, Cambridge, 1993.

Renshaw, Patrick, Franklin D. Roosevelt. Profiles in Power, Londres, 2004.

Reynaud, Paul, In the Thick of the Fight 1930 – 1945, Londres, 1955.

Reynolds, David, The Creation of the Anglo-American Alliance 1937 – 1941. A Study in Competitive Cooperation, Chapel Hill, NC, 1982.

—«Churchill and the British “Decision” to Fight on in 1940. Right Policy, Wrong Reasons», en Richard Langhorne (ed.), Diplomacy and Intelligence during the Second World War, Cambridge, 1985.

—«Churchill the Appeaser? Between Hitler, Roosevelt and Stalin in World War Two», en Michael Dockrill y Brian McKercher (eds.), Diplomacy and World Power. Studies in British Foreign Policy, 1890 – 1930, Cambridge, 1996.

—From Munich to Pearl Harbor. Roosevelt’s America and the Origins of the Second World War, Chicago, 2001.

—In Command of History. Churchill Fighting and Writing the Second World War, Londres, 2004.

The Ribbentrop Memoirs, Londres, 1954. [Hay trad, cast.: Joachim von Ribbentrop, Entradas Londres y Moscú, Destino, Barcelona, 1955.]

Rintelen, Enno von, Mussolini als Bundesgenosse. Erinnerungen des deutschen Militärattachés in Rom 1936 – 1943, Tubinga/Stuttgart, 1951.

Roberts, Andrew, «The Holy Fox». The Life of Lord Halifax, ed. rústica, Londres, 1997.

Roberts, Geoffrey, *Unholy Alliance. Stalin's Pact with Hitler*, Londres, 1989.

—The Soviet Union and the Origins of the Second World War. *Russo-German Relations and the Road to War, 1933 – 1941*, Londres, 1995.

—Stalin's Wars. *From World War to Cold War, 1939 – 1993*, New Haven/Londres, 2006.

Rock, William R., *Chamberlain and Roosevelt. British Foreign Policy and the United States 1937 – 1940*, Columbus, Ohio, 1988.

The Roosevelt Letters, vol. 3: [1928 – 1943], ed. Elliott Roosevelt, Londres, 1952.

Roseman, Mark, *The Villa, the Lake, the Meeting. Wannsee and the Final Solution*, Londres 2002. [Hay trad, cast.: *La villa, el lago, /¿? reunion: la conferencia de Wannsee y la Solución Final*, RBA, Barcelona, 2002.]

Rotundo, Louis, «Stalin and the Outbreak of War in 1941», *Journal of Contemporary History*, 24 (1989).

Rybiñ, A. T., *Next to Stalin. Notes of a Bodyguard*, Toronto, 1996.

Sadkovich, James J., «Understanding Defeat. Reappraising Italy's Role in World War II», *Journal of Contemporary History*, 24 (1989).

—«The Italo-Greek War in Context. Italian Priorities and Axis Diplomacy», *Journal of Contemporary History*, 28(1993).

Salewski, Michael, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935 – 1945*, vol. 1, Francfort, 1970.

—*Die deutsche Seekriegsleitung 1935 – 1945*, vol. 3, Francfort, 1973.

Sapir, Jacques, «The Economics of War in the Soviet Union during World War II», en Ian Kershaw y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge 1997.

Sathre, Eugene, «Communication and Conflict: Japanese Foreign Policy leading to the Pacific War», tesis doctoral inédita, University of Minnesota, 1978.

Schleimes, Karl A., *The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy toward German Jews 1933 – 1939*, Urbana, 111., 1970.

Schlie, Ulrich, *Kein Friede mit Deutschland. Die geheimen Gespräche im Zweiten Weltkrieg 1939 – 1941*, Múnich/Berlín, 1994.

Schmidt, Paul, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923 – 45. Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännern Europas*, Bonn, 1953.

Schramm von Thadden, Ehrengard, *Griechenland und die Großmächte im Zweiten Weltkrieg*, Wiesbaden, 1955.

Schreiber, Gerhard, *Revisionismus und Weltmachtstreben. Marineführung und deutsch-italienische Beziehungen 1919 bis 1944*, Stuttgart, 1978.

—«Zur Kontinuität des Groß—und Weltmachtstrebens der deutschen Marineführung», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 25/2 (1979).

—«Der Mittelmeerraum in Hitlers Strategie 1940. "Programm" und militärische Planung», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 27/2 (1980).

Schroeder, Christa, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlaß der Sekretärin von Adolf Hitler*, ed Anton Joachimsthaler, Múnich/Viena, 1985. [Hay trad, cast.: *Doce años junto a Hitler: testimonio inédito de la secretaria privada del Führer (1933 – 1945)*, Milenio, Lleida, 2005.]

Schroeder, Paul W., *The Axis Alliance and Japanese-American Relations 1941*, Ithaca, NY, 1958.

Schwendemann, Heinrich, *Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion von 1939 bis 1941. Alternative zu Hitlers Ostprogramm?*, Berlin, 1993.

Seaton, Albert, *Stalin as Warlord*, Londres, 1976.

The Second World War Diary of Hugh Dalton, 1940 – 1945, ed. Ben Pimlott, Londres, 1988.

Seiichi, Imai, «Cabinet, Emperor, and Senior Statesmen», en Dorothy Borg y Shumpei Okamoto (eds.), *Pearl Harbor as History. Japanese-American Relations 1931 – 1941*, Nueva York, 1973.

Sekrety Gitlera no stole u Stalina, Moscú, 1995.

Sella, Amnon, «“Barbarossa”. Surprise Attack and Communication», *Journal of Contemporary History*, 13 (1978).

Service, Robert, *Stalin. A Biography*, Londres, 2004. [Hay trad, cast.: *Stalin: una biografía*, Siglo xxi, Madrid, 2006.]

Sherry, Michael S., *The Rise of American Air Power. The Creation of Armageddon*, New Haven/Londres, 1987.

Sherwood, Robert E., *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, 2 vols., Londres, 1948.

Shigeo, Misawa, y Saburo, Minomiya, «The Role of the Diet and Political Parties», en Dorothy Borg y Shumpei Okamoto (eds.), *Pearl Harbor as History. Japanese-American Relations 1931 – 1941*, Nueva York, 1973.

Shinjiro, Nagaoka, «Economic Demands on the Dutch East Indies», en James William Morley (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941*, Nueva York, 1980.

—«The Drive into Southern Indochina and Thailand», en James William Morley (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941*, Nueva York, 1980.

Shirer, William L., *Berlin Diary, 1934 – 1941*, ed. rústica, Londres, 1970.

Smith, Richard Norton, *The Colonel. The Life and Legend of Robert R. McCormick 1880 – 1935*, Boston/Nueva York, 1997.

Smith, Woodruff D., *The Ideological Origins of Nazi Imperialism*, Nueva York/Oxford, 1986.

Sommer, Theo, *Deutschland und Japan zwischen den Mächten 1933 – 1940. Vom Antikominternpakt zum Dreimächtepakt*, Tubinga, 1962.

Speer, Albert, *Erinnerungen*, Fráncfort, 1969. [Hay trad, cast.: *Memorias*, Círculo de Lectores Barcelona, 2002.]

Spotswood, Roger D., «Japan's Southward Advance as an Issue in Japanese-American Relations 1940 – 1941», tesis doctoral inédita, University of Washington, 1974.

Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über die Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1939 – 1941, ed. Andreas Hillgruber, ed. rústica, Múnich, 1969.

Stafford, David, *Roosevelt and Churchill. Men of Secrets*, ed. rústica, Londres, 2000.

Stauffer, Paul, *Zwischen Hofmannsthal und Hitler: Carl J. Burckhardt. Facetten einer aussergewöhnlichen Existenz*, Zúrich, 1991.

Steiner, Zara, *The Lights that Failed. European International History 1919 – 1933*, Oxford, 2005.

Stevenson, David, *Cataclysm. The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, 2004.

Stimson, Henry L., y Bundy, McGeorge, *On Active Service in Peace and War*, Nueva York, 1948.

Stoakes, Geoffrey, *Hitler and the Quest for World Dominion*, Leamington Spa, 1986.

Stoler, Mark A., *Allies and Adversaries. The Joint Chiefs of Staff, the Grand Alliance, and U. S Strategy in World War II*, Chapel Hill, NC/Londres, 2000.

Streim, Alfred, *Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener im «Fall Barbarossa»* Heidelberg/Karlsruhe, 1981.

Sudoplatov, Pavel, y Sudoplatov, Anatoli, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness A Soviet Spymaster*, Boston, 1994. [Hay trad, cast.: *Operaciones especiales*, Plaza & Janés Barcelona, 1994.]

Sullivan, Brian R., «“Where One Man, and Only One Man, Led”. Italy’s Path from Non-Alignment to Non-Belligerency to War, 1937 – 1940», en Neville Wylie (ed.), *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge, 2002.

Suny, Gregor, «Stalin and his Stalinism. Power and Authority in the Soviet Union», en Iai Kershaw y Moshe Lewih (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge 1997.

Syring, Enrico, «Hitlers Kriegserklärung an Amerika vom 11. Dezember 1941», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg. Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz*, Munich/Zurich 1989.

Die Tagebücher von Joseph Goebbels, ed. Elke Fröhlich, parte I: *Aufzeichnungen*, 9 vols.; parte II: *Diktate 1941 – 1945*, 15 vols., Munich, 1993 – 2005. [Hay trad, cast.: *Joseph Goebbels, Diaric* Plaza & Janés, Barcelona, 1979.]

Tansill, Charles Callan, *Back Door to War. The Roosevelt Foreign Policy*, Chicago, 1952.

Taylor, A. J. P., *The Origins of the Second World War*, Harmondsworth, 1964.

—English History 1914 – 1945, Harmondsworth, 1970.

The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents, February-April 1945, ed François Genoud, Londres, 1961.

Thomas, Charles S., *The German Navy in the Nazi Era*, Londres, 1990.

Tokushiro, Ohata, «The Anti-Comintern Pact, 1935 – 1939», en James William Morley (ed.) *Deterrent Diplomacy. Japan, Germany, and the USSR 1935—1940*, Nueva York, 1976.

Toland, John, *The Rising Sun. The Decline and Fall of the Japanese Empire, 1936—1945*, Nueva York, 1970, Modern Library ed., 2003.

—Adolf Hitler, Londres, 1977. [Hay trad, cast.: *Adolf Hitler*, 2 vol., Cosmos, Madrid, 1977.]

Tolstoy, Nicolai, *Stalin's Secret War*, Londres, 1981.

Tooze, Adam, *The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy* Londres, 2006.

Toshihiko, Shimada, «Designs on North China 1933 – 1937», en James William Morley (ed.) *The China Quagmire. Japan's Expansion on the Asian Continent, 1933 – 1941*, Nueva York, 1983.

Toscano, Mario, *The Origins of the Pact of Steel*, Baltimore, 1967.

Treue, Wilhelm (ed.), «Rede Hitlers vor der deutschen Presse (10. November 1938)» *Vieneijahrshäfte für Zeitgeschichte*, 6 (1958).

Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, 14 November 1943 – 1 October 1946, 42 vols., Nuremberg, 1947 – 1949.

Tucker, Robert C., *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928 – 1941*, Nueva York, 1990.

Ueberschär, Gerd R., y Bezymenskij, Lev A. (eds.), *Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion 1941. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese*, Darmstadt, 1998.

—«Hitlers Überfall auf die Sowjetunion 1941 und Stalins Absichten. Die Bewertung in der deutschen Geschichtsschreibung und die neuere “Präventivkriegsthese” en Gerd R. Ueberschär y Lev A. Bezymenskij (eds.), *Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion 1941. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese*, Darmstadt, 1998.

Ulam, Adam, *Stalin. The Man and his Era*, Boston, 1989. [Hay trad, cast.: *Stalin, el hombre y su época*, Noguer, Barcelona, 1975.]

Vat, Dan van der, *The Atlantic Campaign. The Great Struggle at Sea 1939 – 1943*, Londres, 1988.

Villari, Luigi, *Italian Foreign Policy under Mussolini*, Londres, 1959. [Hay trad, cast.: *La política exterior de Mussolini*, AHR, Barcelona, 1956.]

Visconti Prasca, Sebastiano, *Io ho aggredito la Grecia*, 2ª ed., Milán, 1947.

Vogelsang, Thilo, «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr 1930 – 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2 (1954).

Volkogonov, Dmitri, *Stalin. Triumph and Tragedy*, Nueva York, 1991.

Warlimont, Walter, *Inside Hitler's Headquarters 1939 – 43*, Novato, Calif., s. f. (ed. original en inglés, Londres, 1964). [Hay trad, cast.: *En el cuartel general de Hitler*, Caralt, Barcelona, 1968.]

Watson, Derek, *Molotov. A Biography*, Londres, 2005.

Weeks, Albert L., *Stalin's Other War. Soviet Grand Strategy 1939 – 1941*, Lanham, Md., 2002.

Wehler, Hans-Ulrich, «Die Urkatastrophe. Der Erste Weltkrieg als Auftakt und Vorbild für den Zweiten Weltkrieg», *Der Spiegel*, 8 (16 Feb. 2004).

Weinberg, Gerhard L., «German Colonial Plans and Policies 1938 – 1942», en Waldemar Besson y Friedrich Frhr. Hiller v. Gaertringen (eds.), *Geschichte und Gegenwartsbewußtsein. Historische Betrachtungen und Untersuchungen*, Göttinga, 1963.

—«Hitler's Image of the United States», *American Historical Review*, 69 (1964).

—*The Foreign Policy of Hitler's Germany. Diplomatic Revolution in Europe 1933 – 36*, Chicago/Londres, 1970.

—*The Foreign Policy of Hitler's Germany. Starting World War II, 1937 – 1939*, Chicago/Londres, 1980.

—*A World at Arms. A Global History of World War II*, Cambridge, 1994. [Hay trad, cast.: *Un mundo en armas*, 2 vol., Grijalbo, Barcelona, 1995.]

Weizsäcker, Ernst von, *Erinnerungen*, München/Leipzig/Friburgo, 1950.

Die Weizsäcker-Papiere 1933 – 1930, ed. Leonidas E. Hill, Fráncfort, 1974.

Welles, Sumner, *The Time for Decision*, Londres, 1944.

—*Seven Major Decisions*, Londres, 1951.

Werth, Alexander, *Russia at War, 1941 – 1943*, ed. rustica, Nueva York, 1984. [Hay trad, cast.: *Rusia en la guerra (1941 – 1943)*, 2 vol., Grijalbo, Barcelona, 1967.]

Weston, Mark, *Giants of Japan. The Lives of Japan's Greatest Men and Women*, Nueva York/Tokio/Londres, 1999.

Whaley, Barton, *Codeword Barbarossa*, Cambridge, Mass., 1973.

Whittam, John, *Fascist Italy*, Manchester, 1995.

Whymant, Robert, *Stalin's Spy. Richard Sorge and the Tokyo Espionage Ring*, Londres/Nueva York, 1996.

Wildt, Michael, *Die Judenpolitik des SD 1933 bis 1938. Eine Dokumentation*, Munich, 1995.

—*Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo 2002.

Wilson, Theodore A., *The First Summit. Roosevelt and Churchill at Placentia Bay 1941*, Londres 1970.

Wiskemann, Elizabeth, *The Rome-Berlin Axis. A Study of the Relations between Hitler and Mussolini*, Londres, 1966. [Hay trad, cast.: *La Europa de los dictadores (1919 – 1943)*, Siglo xxi Madrid, 1994, 6ª ed.]

Wistrich, Robert S., *Hitler and the Holocaust*, Nueva York, 2001. [Hay trad, cast.: *Hitler y el holocausto*, Mondadori, Barcelona, 2002.]

Wohlstetter, Roberta, *Pearl Harbor. Warning and Decision*, Stanford, Calif., 1962.

Woodward, Llewellyn, *British Foreign Policy in the Second World War*, vol. 1, Londres, 1970.

Woolf, S. J. (ed.), *Fascism in Europe*, 2ª ed., Londres, 1981.

Wright, Jonathan, *Gustav Stresemann, Weimar's Greatest Statesman*, Oxford, 2002.

Wylie, Neville (ed.), *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge, 2002.

Zamagni, Vera, «Italy: How to Lose the War and Win the Peace», en Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998.

Zhukov, G., *Reminiscences and Reflections*, 2 vols., Moscú, 1985.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABE NOBUYUKI, 157

Agnelli, Giovanni, 221

Alexandrovsky, Sergei,

Alfieri, Dino, 25, 218, 232, 549

Alsop, Joseph, 292

Anami Korechika, 167

Antonescu, Ion, 235 – 236

Arita Hachiro, 162

Armelli, Quirino, 233

Attlee, Clement, 21, 58, 69 – 71, 76, 87 – 88

Attolico, Bernardo, 25, 195, 197

Badoglio, Pietro, 25, 199 – 200, 205, 212, 217 – 221, 225 – 226, 228 – 229, 233 – 242, 245, 251

Balbo, Italo, 218 – 219, 227

Baldwin, Stanley, 49, 53 – 54

Bastianini, Giuseppe, 66 – 68, 73 – 74, 80, 89

Bastico, Ettore, 201

Beck, Ludwig, 102

Below, Nicolaus von, 502, 545

Beria, Lavrenti, 27, 327, 334, 353, 363. 365, 377 – 380. 384 – 386

Boothby, Robert, 48

Borah, William E., 269

Boris, rey de Bulgaria, 242

Bottai, Giuseppe, 220, 225, 228, 235

Bötticher, Friedrich von, 520, 532, 552

Brauchitsch, Werner von, 22, 131 – 134

Brocke, Wolfgang, 545

Bühler, Josef, 606

Bujarin, Nikolai, 341

Bullitt, William, 270, 318

Bunkichi Ito, 457

Burckhardt, Cari, 104

Buder, R. A., 18

Cadogan, sir Alexander, 21, 59 – 60, 64, 67, 70, 75, 79, 380

Carls, Rolf, 1 × 7

Cavagnari, Domenico, 25, 217, 221, 238, 241

Chamberlain, Houston Stewart, 570

Chamberlain, Neville, 21, 41 – 43, 47, 49 – 52, 54 – 60, 64, 69 – 73, 75, 77 – 82, 84, 86 – 88, 90, 103, 263 – 264, 342, 621

Chiang Kaichek, 141, 143, 146 – 149, 151, 156, 159, 165, 169, 177, 180, 341, 439 – 440, 448, 460, 468, 481, 484 – 485, 498

Churchill, Winston, 18 – 19, 21 – 22, 41— 43, 46, 48 – 49, 51 – 61, 63 – 91, 136, 172, 218, 222, 245, 252, 254, 257, 263, 269, 271, 283 – 286, 288, 290 – 291, 294 – 298, 300 – 301, 304— 306, 313, 317 – 319, 322, 360, 362— 363, 376, 395 – 399, 401, 406, 408— 409, 413 – 414, 416 – 422, 427 – 428, 435, 444 – 445, 485, 529, 531 – 532, 559, 611 – 622, 620 – 622, 625 – 626, 630

Ciano, Galeazzo, 25, 79, 85, 194— 107, 205 – 236, 238, 241 – 242, 245— 246, 251, 543, 549, 615

Cohen, Benjamin, 292

Colville, John, 75

Corbin, Charles, 75

Cripps, sir Stafford, 21, 362

Daladier, Edouard, 63, 65, 80

Dalton, Hugh, 83

Dannecker, Theo, 583

Davies, Joseph E., 18, 404

Dekanozov, Vladimir, 27, 364, 376, 380 – 381

Dieckhoff, Hans Heinrich, 511, 519— 520

Dimitrov, Gueorgui, 380

Dollfuss, Engelbert, 191

Donitz, Karl, 22, 502 – 503, 534

Dooman, Eugene H., 458

Dowding, Hugh, 59

Dreyfus, Alfred, 570

Earle, George, 259

Eden, Anthony, 47, 49

Edison, Charles, 277

Eduardo VIII, rey, 54, 91

Eichmann, Adolf, 22, 566, 577, 579, 581, 583 – 584, 595 – 597, 606

Erbach-Schonberg, principe Victor de, 231

Farinacci, Roberto, 203

Franco, Francisco, 36, 50, 104, 113, 121, 125 – 131, 133, 193, 222, 242— 244

François-Poncet, André, 70, 84

Frank, Hans, 22, 561, 579 – 581, 584, 586, 602 – 606

Frentz, Walter, 593

Frick, Wilhelm, 100

Fricke, Kurt, 116, 120

Fritsch, Theodor, 570

Fukudome Shigeru, 461 – 463, 476
 Funk, Walther, 112
 Fushimi Hiroyasu, 164
 Gaulle, Charles de, 124
 Goebbels, Joseph, 22, 313, 501 – 502, 511 516, 533 – 535, 536. 540. 542, 543, 545 – 546, 548, 551, 561, 569, 584, 598
 Golikov, Filip, 27, 363, 367
 Goring, Hermann, 22, 61, 100, 135, 193, 364, 366, 566, 583 – 584, 586, 597, 603, 605, 623
 Gort, lord, 21, 62
 Grandi, Dino, 204, 215, 221
 Graziani, Rodolfo, 25, 217, 227, 229, 235 – 236, 238 – 239, 244, 247
 Grazzi, Emanuele, 228
 Greenwood, Arthur, 21, 58, 72 – 73, 76, 78, 80, 87 – 88, 621
 Greiser, Arthur, 21, 578, 580, 600— 601
 Grew, Joseph C., 26, 160, 445 – 446, 457“458, 48o, 48i, 483
 Guzzoni, Alfredo, 228, 230
 Haider, Franz, 22, 93, 109, 131, 134, 365, 529, 531, 542
 Halifax, lord, 21, 41, 43, 50, 52, 56, 58, 65 – 78, 80 – 82, 84, 86 – 89, 108, 284, 296 – 297, 414, 428, 431, 435, 517, 611 – 612, 621, 625
 Hanfstaengl, Ernst, 509
 Hara Yoshimichi, 437, 452, 455 – 456, 479 – 480, 488
 Harnack, Arvid (“el Corso”), 364
 Hata Shunroku, 138, 163
 Haushofer, Karl, 96
 Hess, Rudolf, 96, 375 – 376
 Heydrich, Reinhard, 22 – 23, 575, 590. 593. 597 – 599. 601 – 607
 Higashikuni, principe, 466
 Hillmann, Sidney, 309
 Himmler, Heinrich, 22, 100, 568, 576, 579"586, 588"597, 600 – 602, 606 – 608
 Hindenburg, Paul von, 98 – 100, 198
 Hirohito, emperador, 23, 155, 162, 177, 441, 450 – 452, 455 – 456, 466— 467, 480, 482, 487 – 489, 491
 Hitler, Adolf, 17, 23, 25, 33, 35, 35— 39, 41 – 43, 45, 47 – 57, 60, 73, 77 – 81, 83, 86 – 138, 150, 151, 163, 186, 190 – 198, 201 – 203, 206 – 214, 218— 219, 221 – 227, 229, 231, 234 – 237, 242 – 246, 250, 254, 256 – 260, 263— 272, 278, 282 – 283, 286, 297, 313, 315, 317. 321 – 325, 328 – 330, 333, 336, 338, 340 – 349, 351 – 356, 361— 368, 370, 372, 374 – 377, 380 – 392, 395— 404, 407 – 409, 411 – 413, 417— 418, 420, 422, 425 – 430, 432 – 435, 437, 495, 500 – 580, 582 – 604, 607— 609, 611 – 612, 615 – 622, 624, 626
 Hoare, sir Samuel, 59
 Hodja, Daut, 230

Hopkins, Harry, 25, 255, 281, 290, 302, 305 – 306, 314, 319, 321, 405— 409, 411,413,417,421 – 424

Hornbeck, Stanley K., 26, 446, 458, 482

Hull, Cordell, 26 – 27, 160, 179, 260, 262, 264 – 265, 268, 280 – 281, 293— 296, 306,401,404,423 – 424,426, 432,439,444,446 – 447,458,460— 462,468,481 – 491,496, 512, 556— 557,616.

Ickes, Harold, 26, 179, 280, 289, 292 – 293, 301, 308, 317, 319 – 320, 397, 402 – 404

Ironside, Edmund, 59, 62

Isabel, reina, 56

Ito Seiichi, 475

Jackson, Robert H., 295, 319

Jacomoni, Francesco, 25, 230 – 232, 238 – 239, 241, 251

Jodi, Alfred, 23, 110 – 111, 119 – 121, 127,129,134, 502 – 503, 519, 527, 552

Johnson, Hiram, 259 – 260

Jorge VI, rey, 56

Kanin Kotohito, principe, 146

Kaya Okinori, 471, 473 – 475, 478— 479

Keitel, Wilhelm, 23, 129, 134, 503, 544 – 545. 552

Kelly, Edward J., 290

Kennedy, John F., 312

Kennedy, Joseph, 271,286

Kido Koichi, 24, 150, 167, 175, 452, 460, 466 – 467,487

King, Ernest J., 278

King, W. L. Mackenzie, 296, 412

Kirov, Sergei, 330

Knox, Frank, 26, 179, 277 – 279, 281, 292 – 293, 295, 303, 306, 309, 317, 319 – 320, 324, 402, 412 – 413, 415, 424,489,621.

Knudsen, William, 309

Kondo Nobutake, 175

Konoe Fumimaro, principe, 24,145— 146, 148, 157 – 162, 167 – 169, 172, 175,177 – 178,183,440,442 – 451, 453. 455.457 – 469, 470, 494 – 496. 498, 533. 535. 537. 622,624

Kruger, Friedrich-Wilhelm, 603

Kube, Wilhelm, 602

Kurusu Saburo, 24, 481 – 483, 485, 491 – 492.496

Kvaternik, Slavko, 597

Lagarde, Paul de, 580

Lammers, Hans Heinrich, 591

LeHand, Marguerite, 273, 319

Lenin, V. I., 327, 329"33L 333'334, 384 – 385

Leopoldo, rey de los belgas, 70, 74

Lindbergh, Charles A., 314
 Litvinov, Maxim, 335, 341 – 342
 Lloyd George, David, 21, 90 – 91
 Lohse, Heinrich, 602
 Loraine, sir Percy, 75
 Lothian, lord, 22, 289 – 290, 292 – 293, 296, 300 – 301, 304
 Ludendorff, Erich, 95
 Lueger, Karl, 570
 Lytton, lord, 142
 McCormick, Robert R., 312
 Mackensen, Hans Georg von, 216
 Maisky, Ivan, 27, 376, 379 – 380
 Malenkov, Gueorgui, 27, 327, 334
 Manstein, Erich, 107
 Mao Zedong, 380
 Marshall, George, 26, 279, 281, 286, 292, 306, 402, 415, 621
 Matsuoka Yosuke, 24, 160 – 161, 167— 168, 172 – 179, 181, 397, 437 – 439, 468, 525 – 526, 533, 539, 625
 Meiji, emperador, 139, 155
 Mejlis, L. Z., 354
 Meretskov, K. A., 357, 359
 Merkulov, Vsevolod, 27, 328, 363, 367
 Metaxas, Ioannis, 228
 Mikoyán, Anastas, 27, 327, 334, 360
 Molotov, Viacheslav, 27, 130 – 131, 134, 245, 327, 334 – 335, 341, 345,
 Morgenthau, Henry, 26, 279, 280, 290, 295, 301, 303, 305, 307, 317 – 3 × 9, 324» 621
 Mosley, Oswald, 83, 90 Müller, Heinrich, 23, 593 Mussolini, Benito, 25 – 26, 33, 37, 41, 44, 48
 62 – 87, X13» 125» 127“133» 186 – 252, 260, 265, 269 – 270, 284, 296, 341» 350» 391» 513»
 518» 526» 541, 556, 611, 614 – 615, 618, 622, 624.
 Nagano Osami, 24, 443, 449 – 451, 453 – 456, 460 – 462, 469 – 472, 474—
 475, 477, 481, 487, 489
 Napoleón Bonaparte, 93, 370
 Neurath, Konstantin von, 511
 Nomura Kichisaburo, 24, 157, 171, 439, 444 – 447, 458 – 460, 481 – 485, 491 – 492, 496
 Oikawa Koshiro, 24, 161, 173 – 175, 443» 455» 461 – 463» 466~468
 Okamoto Kio Puku, 538 – 540
 Oshima Hiroshi, 24, 524 – 525, 529— 530» 535 – 536» 540 – 542, 548 – 549, 551
 Ott, Eugen, 23, 366, 378~379
 Oumansky, Konstantin, 28, 266, 409
 Paresci, Gabriele, 66

Pariani, Alberto, 196
 Pavlov, D. G., 358 – 359, 383
 Pershing, John J., 294
 Petacci, Garetta, 188
 Pétain, Philippe, 91, 113, 125, 127— 129, 224, 242 – 244
 Phillimore, lord, 66
 Pirelli, Alberto, 221
 Ponomariov, Nikolai Vasilievich, 386
 Pricolo, Francesco, 25, 233, 238
 Raeder, Erich, 23, 116 – 120, 123 – 127, 131, 133 – 134, 136, 516 – 517, 519, 523 – 524, 527 – 528, 532, 534, 536, 548
 Rankin, Jeannette, 492
 Reynaud, Paul, 59, 63, 66, 68 – 72, 74— 76, 78, 81 – 82, 84, 88, 270, 287
 Ribbentrop, Joachim von, 23, 126— 127, 150, 173 – 174» 195» 216» 232, 236, 266, 344, 346, 348, 351, 365, 382, 500, 504, 518, 524 – 525, 530— 531» 535. 537. 539‘ 543, 546, 548— 550. 552. 555
 Richardson, James O., 179
 Roatta, Mario, 18, 25, 201, 237 – 238, 240 – 241
 Rommel, Erwin, 248, 317, 362
 Roosevelt, Eleanor, 272
 Roosevelt, Elliott, 420
 Roosevelt, Franklin D., 18, 26 – 27, 36, 38, 63 – 66, 73, 76 – 79, 84, 87, 91, 136, 147, 179 – 180, 183, 218, 253~293. 295. 297 – 311, 316— 324. 326, 395 – 436, 439 – 44°. 442 – 447. 449. 455. 458 – 46°. 468. 483 – 485, 489. 492, 495— 497, 520— 529. 522 – 523. 525. 527 – 528, 532, 536, 543 – 544, 546 – 548, 550, 553, 555 – 558, 611, 616, 617, 625 – 626.
 Roosevelt, Theodore, 183, 272
 Rosenberg, Alfred, 23, 96, 584, 591, 597
 Rosenman, Samuel, 424, 430
 Rössler, Rudolf, 379
 Rosso, Augusto, 379
 Rundstedt, Gerd von, 60 – 61
 Saionji Kinmochi, 156 – 157
 Sawada Shigeru, 168
 Scholl, Erwin, 378
 Schönerer, Georg, 570
 Schulenburg, Friedrich Werner von der, 23, 369
 Schulze-Boysen, Harro, 364
 Shaposhnikov, V. M., 357 – 358
 Sherwood, Robert, 308, 316, 321
 Shigemitsu Mamoru, 451
 Shimada Shigetaro, 24, 468, 470, 473 – 475, 487

Shirer, William, 514
Simon, sir John, 47
Sinclair, Archibald, 22, 74 – 76, 80, 88
Soddu, Ubaldo, 25, 238, 241
Sorge, Richard, 366, 378 – 379
Spear, sir Edward, 70
Stahlecker, Franz Walter, 589
Stahmer, Heinrich, 173 – 174
Stalin, Joseph, 18, 27 – 28, 38 – 39, 50, 52, 106, 109, 112, 136, 266, 327 – 338, 342 – 346, 348, 352 – 356, 358 – 394, 396 – 397, 399, 403 – 422, 422, 454, 505, 527, 554, 591 – 592, 599, 609, 611 – 612, 615 – 616, 620, 622, 624
Stamenov, Ivan, 384 – 385
Starace, Achille, 203
Stark, Harold R., 27, 179, 278, 281, 292, 296, 306, 316, 324, 402, 413, 418, 426, 490, 621
Stimson, Henry L., 26 – 27, 79. 253— 255, 275, 277 – 281, 293, 295, 303, 306, 309, 315, 317 – 320, 324, 402, 412, 415, 424, 427, 483, 489, 556, 621
Stresemann, Gustav, 46, 97,
Sudoplatov, Pavel, 384 – 385
Sugiyama Gen, 24, 146, 443 – 444, 448 – 449, 45 J. 454 – 456, 46°, 469, 471, 473*474, 476 – 477, 479, 488 – 489
Suzuki Teiichi, 454, 462, 471, 473— 474. 479
Takamatsu, principe, 146, 487
Timoshenko, S. K., 28, 354 – 355, 357 – 358, 365, 369, 372 – 374, 376 – 377, 381 – 383, 681.
Togo Shigenori, 24, 468, 471 – 483, 486 – 487, 496, 541
Tojo Hideki, 24, 161, 167 – 168, 175, 177 – 178, 437, 443, 461 – 481, 486, 487, 489, 496— 497, 535 – 54°, 622, 624.
Toyoda Soemu, 24, 468.ç
Toyoda Teijiro, 24, 173, 439 – 441, 443» 445» 450 – 454» 459 – 461» 463, 468, 533
Trotzky, Leon, 337, 565
Truman, Harry S., 36
Tsukada Osamu, 475 – 477
Tujachevsky, Mijail, 332, 356
Tully, Grace, 273, 290
Turati, Augusto, 203
Ushiba Tomohiko, 457 – 458
Vansittart, sir Robert, 46, 63, 66, 80
Vasilevsky, Alexander Mijailovich, 392
Victor Manuel III, rey de Italia, 25, 196, 216
Visconti Prasca, Sebastiano, 25 – 26, 230 – 231, 238 – 242, 251
Vorochilov, Kliment, 28, 332

Wagner, Gerhard, 121, 123
Wagner, Richard, 573
Wangjingwei, 148,151,159,180,460
Warlimont, Walter, 23, 118 – 119, 127, 134 – 135, 502 – 503
Watson, Edwin W., 273
Weizsäcker, Ernst von, 23, 128, 504, 540 – 543,550,555 – 556
Welles, Sumner, 27, 179, 264, 268— 271, 280 – 281, 295, 306, 321,401, 405, 621
Weygand, Maxime, 70
Wheeler, Burton K., 416
White, William Allen, 287, 294, 302
Willkie, Wendell, 289 – 290, 293 – 294, 625
Wilson, Woodrow, 26, 259, 262, 272, 5°7
Woodring, Harry H., 265, 277
Yamamoto Isoroku, 24, 180, 481— 482, 489, 491
Yonai Mitsumasa, 24, 156, 162 – 163, 166 – 167
Yoshida Zengo, 24, 161, 168, 171, 173
Yoshihito, emperador de Japón, 23,155
Zhukov, Gueorgui, 28, 356, 358— 360, 362, 369, 372 – 374, 376“377, 381, 385 – 386, 393 –

NOTAS

[1] Sobre este término, una invención del diplomático estadounidense de la Guerra Fría George Kennan, véase Hans-Ulrich Wehler, «Die Úrkatastroph— he. Der Erste Weltkrieg als Auftakt und Vorbild für den Zweiten Weltkrieg», *Der Spiegel*, 8 (16 de febrero de 2004), reed. en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg. Die Urkatastrophe des 20. Jahrhunderts* München, 2004, pp. 23 – 35.

[2] Sobre la magnitud de la mortalidad, véanse Niall Ferguson, *The War of the World. History's Age of Hatred*, Londres, 2006, pp. XXXIV-XXXV, 649 – 650 [hay trad, cast: *La guerra del mundo los conflictos del siglo xxy el declive de Occidente* (1904 – 1953), Debate, Barcelona, 2007]; y Norman Davies, *Europe. A History*, Londres, 1996, pp. 1.328 – 1.329, donde probablemente el número de pérdidas humanas de la Segunda Guerra Mundial está estimado a la baja.

[3] Para un soberbio relato del legado de la guerra en el continente europeo, véase el magistral estudio de Tonyjudt, *Postwar. A History of Europe since 1945*, Londres, 2005. [Hay trad, cast: *Postguerra: una historia de Europa desde 194y* Taurus, Madrid, 2006.]

[4] El término, creado por el abogado polaco Raphael Lemkin en 1944, fue usado en el proceso de inculpación de los mayores criminales de guerra alemanes un año después y fijado en la convención de la ONU de 1948 (Leo Ku— per, *Genocide. Its Political Use in the Twentieth Century* Harmondsworth, 1981, pp. 19 – 23; Michael Mann, *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, 2005, p. 17).

[5] Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms. A Global History of World War II*, Cambridge, 1994, p. 186, expresa sentimientos similares al afirmar que «los siguientes cinco años de guerra» [a partir de septiembre de 1940] vieron decisiones tomadas en los últimos meses del primer año de conflicto, aunque esta visión a gran escala omite algunas decisiones dramáticas fundamentales adoptadas en los meses posteriores, que se tratan en los capítulos finales de la presente obra. [Hay trad, cast: *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, s. f.]

[6] El asunto de minimizar el papel de los líderes del Gobierno como «actores racionales» en la toma de decisiones vitales en la política exterior y la acentuación de la formación de opciones políticas por la entrada de la burocracia gubernamental y las maniobras de influencia de grupos integrados en el sistema fue analizado por Graham T. Allison, *The Essence of Decision. Explaining the Cuban Missile Crisis*, Boston, 1971.

[7] Frank Freidel, *Franklin D. Roosevelt. A Rendezvous with Destiny*, Boston, 1990. PP— 348 – 349.

[8] Véase David Reynolds, *In Command of History. Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Londres, 2004, pp. 169 – 173, sobre la manera en que Churchill ocultó las divisiones surgidas en el seno del Gabinete de Guerra a finales de mayo de 1940, y, de manera más general, sobre un excelente análisis acerca de cómo estructuró sus memorias de guerra y cómo se fueron formando sus sucesivos puntos de vista sobre el gran conflicto.

[9] La balanza del poder económico sólo pareció cambiar con respecto a los Aliados durante 1942, pero en 1943 la situación dio un vuelco de forma inexorable. Véanse Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998, esp

el cap. introd. del editor sobre «The Economics of World War II. An Overview» (pp. 1 – 42); e I C.B. Dear y M.R.D. Foot (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford/Nuev York, 1995, pp. 1.060 – 1.062.

[10] Enfático en su punto de vista de que el triunfo final en la Segunda Guerra Mundial podría haber sido para las naciones del Eje es Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, 1995, esp. pp. 314 – 325. [Hay trad, cast: *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005.]

[11] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 2: *Their Finest Hour*, Londres, 1949, p. 157 (y comentarios similares en p. 199) [hay trad, cast: *La Segunda Guerra Mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2001 – 2002, 2 vols.]. Véase David Reynolds, *In Command of History. Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Londres, 2004, p. 169.

[12] De hecho, un descuido a un reconocimiento tácito que, con precisión, este ensayo había dado a conocer. El texto del telegrama que Churchill envió al primer ministro francés, Paul Reynaud, el 28 de mayo de 1940, incluía la siguiente frase: «En la fórmula preparada el pasado domingo por lord Halifax se sugiere que el Signor Mussolini podría cooperar con nosotros en los asuntos europeos si esto permite salvaguardar nuestra independencia y así crear la base para una justa y perdurable paz en Europa que permita discutir sus reclamaciones en el Mediterráneo» (Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 11 o). Véase Reynolds, *In Command of History*, pp. 171 – 172, para el lapsus editorial sobre las referencias que Churchill expurgó del texto.

[13] «Cato», *Guilty Men*, Londres, 1940. Y véase Peter Clarke, *Hope and Glory. Britain 1900 – 1990*, Londres, 1996, p. 198.

[14] Zara Steiner, *The Lights that Failed. European International History 1919 – 1933* Oxford 2005, pp. 25 – 27.

[15] Véase Clarke, pp. 128 – 134.

[16] Charles Loch Mowat, *Britain between the Wars, 1918 – 1940*, Londres, 1956, pp. 259 – 262

[17] Véase A.J. P. Taylor, *English History 1914 – 1945*, Harmondsworth, 1970, p. 330.

[18] Steiner, p. 609.

[19] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 5: 1922 – 1939, Londres, 1976, p. 76.

[20] Véase la destacada biografía realizada por Jonathan Wright, *Gustav Stresemann – Weimar's Greatest Statesman*, Oxford, 2002, pp. 301 – 307 y cap. 8.

[21] Citado en R. A. C. Parker, *Chamberlain and Appeasement. British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, 1993, p. 37.

[22] Parker, *Chamberlain and Appeasement*, pp. 38 – 39.

[23] Parker, *Chamberlain and Appeasement*, p. 43.

[24] Ian Kershaw, *Making Friends with Hitler. Lord Londonderry and Britain's Road to War* Londres, 2004, p. 105. [Hay trad, cast: *Un amigo de Hitler: una crónica reveladora de las ambiguas relaciones de Inglaterra con Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial*, Península, Barcelona 2006.]

[25] Véase Parker, *Chamberlain and Appeasement*, pp. 272 – 293; y, sobre la prioridad de conseguir un rearme aéreo y sobre la comparación entre los tres ejércitos, N. H. Gibbs, *Grand Strategy*, vol. 1: *Rearmament Policy*, Londres, 1976, p. 532.

[26] Citado en Parker, *Chamberlain and Appeasement*, p. 66. J

[27] Citado en Parker, *Chamberlain and Appeasement*, p. 65.

[28] Parker, Chamberlain and Appeasement, p. 69.

[29] Véase John Charmley, Churchill: The End of Glory, A Political Biography, Londres, 1993, p. 344» también para el escepticismo sobre el impacto positivo de una «gran alianza».

[30] Citado en Parker, Chamberlain and Appeasement, p. 252.

[31] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC18/ 1/1158,25.5.40.

[32] Parker, Chamberlain and Appeasement, p. 184.

[33] Winston S. Churchill, The Second World War, vol. 1: The Gathering Storm, Londres, 1948, p. 292 (donde él menciona que estas palabras provocaron prolongadas protestas en la Cámara de los Comunes); y citado en R. A. C. Parker, Churchill and Appeasement, Londres, 2000, p. 187.

[34] Citado en David Irving, Churchill's War, vol. 1: The Struggle for Power, Bullsbrook Australia, 1987, p. 9.

[35] Taylor, English History, 1914 – 1945, p. 321.

[36] Thomas Jones, A Diary with Letters 1931 – 1930, Londres, 1954, p. 204. «Tú eres la única persona que puede frenar a Winston, quien es un gran valor, pero cuyo criterio no es 100 por 100 fiable», le dijo lord Hankey, ministro sin cartera en el Gabinete de Guerra, a Chamberlain un día antes de su dimisión (Churchill Archives Centre, HNKY 4/32, 9.5.40).

[37] N. J. Crowson, Facing Fascism. The Conservative Party and the European Dictators 1935 – 1940, Londres, 1997, p. 185.

[38] Parker, Churchill and Appeasement, pp. 143 – 144, 224 – 225.

[39] Keith Feiling, The Life of Neville Chamberlain, Londres, 1946, p. 424.

[40] Kershaw, Making Friends with Hitler, pp. 300 – 301.

[41] The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938 – 1943, ed. de David Dilks, Londres, 1971, pp. 221 – 224 (7 – 12.10.39); Christopher Hill, Cabinet Decisions on Foreign Policy. The British Experience, October 1938-June 1941, Cambridge, 1991, pp. 115 – 126, 144. En absoluto se había cerrado la puerta, sin embargo, a un acuerdo negociado basado en condiciones aceptables. Más adelante, en octubre, los alemanes llegaron a saber que R. A. Butler, subsecretario del Foreign Office, había manifestado esta misma postura frente a los embajadores soviético e italiano en Londres (Das Politische Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín, R29570, Fiche-Nr. 187, Fram 169830, 169847).

[42] Churchill, The Second World War, vol. 1, p. 494.

[43] Churchill, The Second World War, vol. 1, p. 526.

[44] Véase esp. Andrew Roberts, «The Holy Fox», The Life of Lord Halifax, ed. de bolsillo, Londres, 1997, pp. 195 y ss.

[45] Churchill, The Second World War, vol. 1, p. 601.

[46] Charmley, pp. 399 – 400.

[47] Chips. The Diaries of Sir Henry Channon, ed. de Robert Rhodes James, Londres, 1967, p. 252 (13.5.40). Y véase Charmley, p. 396. El frío trato del que inicialmente fue objeto Churchill por parte de la bancada conservadora sirve para matizar la aserción de Hill (p. 170), según la cual, por una parte, un primer ministro que fuera nuevo en el cargo podría conseguir apoyos con una cierta facilidad y, por otra, Churchill empezó con la legitimidad que le confería el haber sido durante largo tiempo partidario del rearme y el haberse opuesto al acuerdo de Munich.

[48] El propio Churchill no estaba seguro de si su Gobierno duraría. Véase David Dilks, «The Twilight War and the Fall of France. Chamberlain and Churchill in 1940», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a serie, 28 (1978), p. 81.

[49] Roberts, p. 208; John Lukács, *Five Days in London. May 1940*, ed. de bolsillo, Nev Haven/Londres, 2001, p. 14 [hay trad, cast: *Cinco días en Londres, mayo de 1940: Churchill solo frente a Hitler*, Turner/Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001]; Taylor, *English History, 1914 – 1945*, p. 579.

[50] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC18/ 1/1155 (11.5.40) Churchill escribió el 10 de mayo, el día que tomó posesión de su cargo: «En gran medida estoy en tus manos; y no siento miedo por ello» (citado en Feiling, p. 442).

[51] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A (10.5.40); Lukács *Five Days in London*, p. 17.

[52] Citado en Guy Nicholas Esnouf, «British Government War Aims and Attitudes towards a Negotiated Peace, September 1939 to July 1940», tesis doctoral inédita, King's College, Londres 1988, p. 189.

[53] Angus Calder, *The People's War*, Londres, 1969, p. 106.

[54] *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey 1937 – 1940*, ed. de John Harvey, Londres, 1970 p. 362 (19.5.40).

[55] Citado en The Earl of Avon, *The Eden Memoirs. The Reckoning*, Londres, 1965, p. 107; véase también Lukács, *Five Days in London*, pp. 18 – 19.

[56] P. M. H. Bell, *A Certain Eventuality... Britain and the Fall of France*, Londres, 1974, p. 19.

[57] Paul Reynaud, *In the Thick of the Fight 1939 – 1945*, Londres, 1955, p. 320; *The Memoirs of General the Lord Ismay*, Londres, 1960, pp. 126 – 129; Bell, pp. 18, 32.

[58] El pesimismo, o quizás decepción, que en privado sintió Churchill durante estos días con respecto a Estados Unidos afloró en su rechazo el 27 de mayo a la sugerencia de lord Lothian de arrendar tierras en territorio británico para garantizar la seguridad estadounidense y para crear una impresión favorable de cara a la Administración norteamericana. «Estados Unidos prácticamente no nos había ayudado en la guerra», contestó Churchill, «y cuando vieron lo grande que era el peligro, su actitud no fue otra que] querer quedarse, para su seguridad, con todo aquello que nos podía ayudar» (PRO, Cab 65/7, Frame 00294, fol. 172; y extracto editado en *The Churchill War Papers* vol. 2: *Never Surrender, May 1940-December 1940*, ed. de Martin Gilbert, Londres, 1995, p. 163).

[59] Notas de Paul Baudouin, secretario del Gabinete de Guerra francés, citado por William L Langer y S. Everett Gleason, *The Challenge to Isolation, 1937 – 1940*, Nueva York, 1952, p. 453.

[60] *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pp. 285 (17.5.40), 288 (21.5.40).

[61] El público británico no fue consciente de lo desesperado de la situación, ni de la magnitud de la evacuación de Dunquerque, hasta el 31 de mayo (Juliet Gardiner, *Wartime Britain 1939 – 1945*, Londres, 2004, p. 172).

[62] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC18/1/ 1156. A Ismay también le sorprendió ver, al volver a Londres procedente de París, «un mundo cuyos habitantes parecían sentirse tranquilos, alegres y decididos» (*Memoirs*, p. 129).

[63] Lukács, *Five Days in London*, pp. 27 – 38, para apreciar un resumen de las variadas opiniones al respecto.

- [64] El general Ismay recordaba, sin embargo, lo efímero que era el optimismo antes de que las inquietudes resurgieran (Memoirs, p. 130).
- [65] Bell, p. 15; Lukács, *Five Days in London*, p. 27.
- [66] Christa Schroeder, *Er war mein Chef Aus dem Nachlaß der Sekretärin von Adolf Hitler*, ed. de Anton Joachimsthaler, Munich/Viena, 1985[^]. 105 [hay trad, cast: *Doce años junto a Hitler: testimonio inédito de la secretaria privada del Führer (1933 – 1945)*, Milenio, Lleida, 2005]; *Hitlers politisches Testament. Die Bormann Diktate vom Februar und April 1945*, Hamburgo, 1981, P.113.
- [67] Véase Ian Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945. Nemesis*, Londres, 2000, pp. 295— 296 y p. 921 notas 63 y 66 [hay trad, cast: *Hitler: 1936 – 1945*, Península, Barcelona, 2002]; véase también Heinz Magenheimer, *Hitler's War. Germany's Key Strategic Decisions 1940 – 1945*, Londres, 1998, p. 24.
- [68] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 67.
- [69] Reynaud, pp. 379 y ss. El Gobierno británico no estuvo más convencido que el propio Churchill de la inevitable derrota de los franceses hasta el 26 de mayo, cuando la Fuerza Expedicionaria Británica ya se estaba preparando para embarcar (Hill, p. 152).
- [70] *The Churchill War Papers*, vol. 2, p. 133 (actas del Gabinete de Guerra, 24.5.40).
- [71] *The Ironside Diaries, 1937 – 1940*, ed. de Roderick Macleod y Denis Kelly, Londres, 1962 p. 331 (23.5.40).
- [72] *The Ironside Diaries, 1937 – 1940*, p. 332 (25.5.40); y véase Esnouf, p. 195.
- [73] Citado en Reynaud, p. 379, del informe de Gort al Gobierno fechado el 25.5.40.
- [74] Lukacs, *Five Days in London*, p. 137.
- [75] Hill (p. 181) juzga que «de haber perdido la FEB, la posición británica habría parecido irrecuperable», y ello probablemente habría tenido implicaciones con respecto a la visión que el Gabinete de Guerra tenía de la situación.
- [76] David Reynolds, «Churchill and the British “Decision” to Fight on in 1940. Right Policy Wrong Reasons», en Richard Langhorne (ed.), *Diplomacy and Intelligence during the Second World War*, Cambridge, 1985, p. 148.
- [77] Reynaud, pp. 398 – 400.
- [78] Reynaud, p. 403; Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 108. Los borradores de la carta de Churchill a Mussolini del 16 de mayo están en PRO, Prem 4/19/5.
- [79] *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, p. 367 (25.5.40).
- [80] *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, p. 289 (24.5.40); Esnouf, p. 204.
- [81] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fols. 108 – 109 (16.5.40).
- [82] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 23 (15.5.40), 51 (18.5.40).
- [83] PRO, Cab 65/7, fol. 172 (27.5.40).
- [84] Lukács, *Five Days in London*, p. 76.
- [85] PRO, Cab 65/7, Frame 266, p. 243 (24.5.40).
- [86] Roberts, pp. 211 – 212; David Reynolds, *The Creation of the Anglo-American Alliance 1937 – 1941. A Study in Competitive Co-operation*, Chapel Hill, NC, 1982, pp. 103, 324 m 39.
- [87] PRO, Cab 65/7, Frame 300, p. 274 (27.5.40).
- [88] Reynaud, pp. 406 – 409; *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, p. 368 (26.5.40); Bell

p. 39; Llewellyn Woodward, *British Foreign Policy in the Second World War*, vol. 1, Londres, 1970, pp. 234 – 235, 237 – 238.

[89] The Diaries of Sir Alexander Cadogan (24.5.40); Roberts, pp. 212 – 213. La edición publicada de los diarios de Cadogan dice: «Hubo un acercamiento por parte de Van... con la sugerencia de que debíamos ofrecernos a debatir con Italia la cuestión del Mediterráneo», omitiéndose las palabras «de Pares— ci», que sí aparecen en el manuscrito (Churchill Archives Centre, ACAD 1/9). A menos que no se hubiera podido descifrar el nombre, es difícil entender por qué no fue incluido. Véase también John Costello, *Ten Days that Saved the West*, Londres, 1991, p. 193.

[90] PRO, Cab 65/7, Frame 278, p. 255 (25.5.40).

[91] The Diaries of Sir Alexander Cadogan, p. 289 (25.5.40).

[92] PRO, Cab 65/13, fols. 159, i6ov, Halifax despacha a sir Percy Loraine (Roma), 25.5.40 Esnouf, pp. 206 – 209; Roberts, pp. 213 – 214; Lukács, pp. 92— 94; Hill, p. 156; Woodward, pp. 236 – 237. Halifax pensó que la reunión fue bien. Sin embargo, Paresci observó que el ministro del Foreign Office causó una mala impresión debido al hecho de que no hizo ninguna propuesta concreta. Al parecer había habido expectativas de que las reivindicaciones italianas en el Mediterráneo fueran satisfechas de forma inmediata. La opinión de sir Alexander Cadogan era que Bartini era «un tonto» y que «no había nada que se pudiera conseguir gracias a él» (The Diaries of Sir Alexander Cadogan pp. 289 – 290 (25.5.40, 26.5.40)). Las propias memorias de Bastianini (Giu— seppe Bastianini *Volevo fermare Mussolini. Memorie di un diplomatico fascista*, Milán, 2005; ed. orig., Uomini, cose, fatti. *Memorie di un ambasciatore*, Milán, 1959) no hacen referencia alguna a su importante reunión con Halifax.

[93] PRO, Cab 65/13, fols. 140 – 141 (26.5.40).

[94] PRO, Cab 66/7, fols. 319 – 326; Bell, pp. 49 – 51; Lukacs, *Five Days in London*, pp. 106 – 108. Como Hill (pp. 154 – 155) señala, las conclusiones sacadas pueden haber sido en parte provocadas por la manera en que Churchill había contextualizado los términos de referencia, insinuando el tipo de respuesta que quería.

[95] PRO, Cab 65/13, fols. 146 – 148 (26.5.40).

[96] Reynaud, pp. 404 – 406.

[97] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fols. 114 – 117 (26.5.40); The Diaries of Sir Alexander Cadogan, p. 290 (26.5.40)

[98] Harold Nicolson, *Diaries and Letters 1930 – 1964*, ed. de Stanley Olson, Nueva York, 1980, pp. 185 – 186 (26.5.40).

[99] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fols. 114 – 117 (26.5.40).

[100] Lukacs, p. 113, implica que algo más grave estaba en juego en una reunión «secreta» que «no tenía precedentes en la historia reciente de Gran Bretaña», pero Chamberlain (Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fols. 116 – 117 (2 – 5 – 40)) menciona de forma específica que, una vez Reynaud se había marchado, «se llamó a Greenwood y se le informó de lo ocurrido». Esto explicaría una reunión breve e informal de los ministros del Gabinete de Guerra antes de que los actos oficiales se reanudaran. Según Chamberlain, el único argumento de Greenwood era que «teníamos una buena oportunidad de aguantar más que Hitler». Chamberlain

tenía la impresión de que Greenwood no «había pensado bien las cosas».

[101] Borthwick Institute, University of York, Diary of Lord Halifax, A7.8.4, fols. 140 – 141 (26.5.40).

[102] PRO, Cab 65/13, fols. 148 – 150 (26.5.40); Lukacs, pp. 114 – 116.

[103] PRO, Cab 65/13, fols. 150 – 152 (26.5.40); Bell, pp. 41 – 42.

[104] PRO, Cab 66/7, fols. 335 – 337 (26.5.40); Esnouf, pp. 213 – 216; Bell, p. 40; Lukacs, Five Days in London, pp. 118 – 119. La segunda parte del texto de Halifax resumía el contenido, acordado con los franceses, del acercamiento de Roosevelt a Mussolini, propuesto ese día. Halifax añadió una observación al final del texto original para advertir a sus compañeros del Gabinete de Guerra de que, según la información recibida por el embajador británico en Roma, sir Percy Loraine, la intervención previa de Roosevelt había sido resentida por Mussolini y que un nuevo acercamiento «sólo sería interpretado como un signo de debilidad y no reportaría ningún beneficio». De cualquier forma, se pensó que el acercamiento de Reynaud no empeoraría las cosas, y que era importante señalar las implicaciones que el dominio de Alemania en Europa tendría para Mussolini. Para cuando el Gabinete de Guerra se reunió al día siguiente, Halifax había recibido una misteriosa nota de Loraine que decía «que el asunto ya no estaba en la fase en la que sus puntos de vista [o sea, los de sir Percy] fueran de relevancia alguna». Loraine informó de que «Herr Hitler pensaba que podía llegar a una conclusión satisfactoria por su cuenta», y no necesitaba que los italianos entraran en la guerra (PRO, Cab 65/13, fols. 175 – 176(27.5.40)).

[105] Esnouf, pp. 214 – 215; Roberts, p. 218.

[106] Resumido en Lukacs, Five Days in London, pp. 141 – 145.

[107] Véase Churchill, The Second World War, vol. 2, p. 89.

[108] Churchill, The Second World War, vol. 2, pp. 77, 80.

[109] The Diaries of Sir Alexander Cadogan, pp. 290 – 291 (27.5.40).

[110] John Colville, The Fringes of Power. Downing Street Diaries 1959 – 1955, Londres, 1985 pp. 140 – 141 (27.5.40). [Hay trad. cast: A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1959 – 1955, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2007.]

[111] Borthwick Institute, University of York, Diary of Lord Halifax, A7.8.4, fol. 142 (27.5.40).

[112] Sobre percepciones británicas de la crisis económica alemana y el malestar social, véanse Reynolds, «Churchill and the British “Decisión” to Fight on in 1940», pp. 157 – 159; y R. J. Overy War and Economy in the Third Reich, Oxford, 1994, PP— 208 – 212.

[113] PRO, Cab 65/13, fols. 175 – 181 (27.5.40); Bell, pp. 42 – 45; Esnouf, pp. 218 – 220 Lukacs, pp. 146 – 153; Roberts, pp. 219 – 220. Jonathan Knight, «Churchill and the Approach to Mussolini and Hitler in May 1940. A Note», British Journal of International Studies, 3 (1977), pp. 91 – 96, también trata esta reunión del Gabinete de Guerra, aunque (p. 93)—tras fechar de forma incorrecta la reunión de Halifax con Bastianini, considerándola acontecida el 26 en vez del 25 de mayo—parece asumir que sólo consistió en una discusión de las condiciones de paz y erróneamente concluye: «Pronto quedó claro que el Gabinete de Guerra era contrario a un nuevo acercamiento a Mussolini».

[114] Borthwick Institute, University of York, Diary of Lord Halifax, A7.8.4, p.142 (27.5.40) Halifax manifestó su enfado y su frustración al subsecretario del Foreign Office, sir Alexander Cadogan, y también le informó de su amenaza poco disfrazada de dimitir, aduciendo que ya no se

sentía capaz de trabajar con Churchill. La respuesta de Cadogan fue: «Tonterías: sus bravuconadas probablemente te aburren tanto como a mí, pero no hagas ninguna tontería bajo tal estrés». Cadogan le aconsejó que, antes de hacer nada, debía consultarlo con Chamberlain. Halifax prometió hacerlo, y añadió que, como Cadogan sabía, él no era el tipo de persona que tomase decisiones apresuradas (The Diaries of Sir Alexander Cadogan, p. 291 (27.5.40)).

[115] Véase Roberts, pp. 220 – 221.

[116] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fol. 119 (27.5.40).

[117] Reynaud, p. 408, citando el informe de William Phillips, el embajador estadounidense en Roma.

[118] Ciarnos Diary 1939 – 1943, ed. de Malcolm Muggeridge, Londres, 1947, P. 255 (27.5.40).

[119] The Diaries of Sir Alexander Cadogan, p. 291.

[120] Churchill, The Second World War, vol. 2, pp. 84 – 86 (cita p. 84).

[121] Reynaud, pp. 411 – 412; The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey, p. 371 (27 – 5 – 40).

[122] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fol. 119 (28.5.40).

[123] El siguiente informe de la discusión del Gabinete de Guerra en PRO, Cab 65/13, fols. 189 – 190 (28.5.40); extractos en Lukács, pp. 180 – 183.

[124] Hill, pp. 174 – 175. Hasta qué punto el propio Churchill creyó que un eventual acuerdo de paz negociado era evitable es algo que ha sido cuestionado por David Reynolds, «Churchill the Appeaser? Between Hitler, Roosevelt and Stalin in World War Two», en Michael Dockrill y Brian McKercher (eds.), Diplomacy and World Power. Studies in British Foreign Policy, 1890 – 1950 Cambridge, 1996, pp. 211 – 215.

[125] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fol. 119 (28.5.40).

[126] Borthwick Institute, University of York, Diary of Lord Halifax, A7.8.4, p. 144(28.5.40).

[127] Sus puntos de vista personales fueron resumidos en un borrador incompleto, sin fecha ni firma y escrito a mano, que se encontraba entre los papeles de Churchill, el cual fue preparado alrededor de estas fechas como base de sus comentarios dirigidos o al Gabinete de Guerra, o a un grupo más amplio de ministros con los que se reunió el 28 de mayo. En el borrador, Churchill afirmó: «No siento que la oferta que Francia propone que se presente ante Mussolini vaya a influir en lo más mínimo en las realidades del caso [la palabra “situación”]», y continúa: «Temo que si entramos en este terreno pronto comprobaremos que conduce a que Mussolini haga de mediador entre nosotros y Alemania y a un armisticio y una conferencia condicionada por el hecho de que nosotros estaríamos a merced de Hitler (PRO, Prem 3/174/4, fols. 11 – 13).

[128] Una cuestión tratada por Charmley, p. 405.

[129] The Second World War Diary of Hugh Dalton, 1940 – 1945, ed. de Ben Pimlott, Londres 1988, pp. 26, 28; también edit. en The Churchill WarPapers, vol. 2, pp. 182 – 184.

[130] Churchill, The Second World War, vol. 2, pp. 87 – 88; y véanse Bell, pp. 46 – 48; Charmley, pp. 405 – 407; Lukacs, pp. 2 – 5, 183 – 184; Roberts, p. 225; y Roy Jenkins, Churchill Londres, 2001, pp. 607 – 608 [hay trad. cast: Churchill, Península, Barcelona, 2002].

[131] PRO, Cab 65/13, fols. 189 – 190(28.5.40).

[132] PRO, Cab 65/13, fols. 189 – 190(28.5.40).

[133] La decisión, que Churchill había tomado en el Gabinete de Guerra, de dejar la puerta abierta a la posibilidad de mediación por parte de Mussolini en una fecha futura era, para Oliver Harvey, antiguo secretario personal de Anthony Edén y en ese momento en la embajada británica en París, el aspecto preocupante de la respuesta. Evidentemente Harvey había leído el telegrama entre líneas, o había oído ya algo sobre la propuesta de Halifax: «Parece que Halifax», de quién también había sido secretario personal, «ha desarrollado algún plan para la mediación de Italia en una oferta de condiciones de Hitler», escribió. «Por muy extraño que suene, no puedo presentárselo. Sería una fatalidad» (The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey, p. 372 (29.5.40)).

[134] PRO, Cab 65/13, fols. 197 – 198; edit. en Churchill, The Second World War, vol. 2, pp 109 – 111, y Reynaud, pp. 412 – 413. Véanse también Bell, p* 47; y Esnouf, 220 – 222.

[135] Reynaud, pp. 414 – 415; Churchill, The Second World War, vol. 2, p. m.

[136] Ciano's Diary, p. 263 (10.6.40).

[137] Churchill, The Second World War, vol. 2, p. 102; Bell, p. 17. Gerhard L. Weinberg, A World at Arms. A Global History of World War II, Cambridge, 1994, pp. 142 – 143, sugiere que «sólo cuando resultó aparente, como ocurrió el 28 y el 29 de mayo, que se podría salvar del desastre en el continente a un número sustancial de la Fuerza Expedicionaria Británica, hubo inclinación alguna a pensar en la posibilidad de la paz... Conforme la evacuación se convirtió en una realidad, y por lo tanto pareció posible organizar algún tipo de defensa de las islas, todo pensamiento de llegar a un acuerdo o de ceder se desvaneció». Pero para el 30 de mayo no se había conseguido evacuar de las playas de Dunquerque a más de 120.000 hombres (Churchill, The Second World War, vol. 2, p. 95), e incluso entonces la defensa exitosa y organizada del territorio nacional no estaba ni mucho menos asegurada. La decisión de no considerar la negociación se había tomado antes de que hubiera esperanza alguna de rescatar a casi todos los soldados que estaban atrapados.

[138] Churchill, The Second World War, vol. 2, pp. 103 – 104; y citado en Martin Gilbert, Winston S. Churchill 1939 – 1941, vol. 6: Finest Hour, ed. de bolsillo, Londres, 1983, pp. 464, 468.

[139] Citado en Hill, p. 183. Esto, sin embargo, no frenó la especulación ni en Gran Bretaña ni en el extranjero sobre la búsqueda de un acuerdo de paz en el futuro. El punto álgido de los rumores y sospechas, que siguieron circulando en junio y julio, se dio el día de la capitulación francesa cuando una indiscreción de R. A. Butler, subsecretario del Foreign Office, de la que informó la máxima instancia del Gobierno sueco en Londres, Bjorn Prytz, creó la impresión errónea (pronto difundida) de que Gran Bretaña estaba dispuesta a considerar un acuerdo de paz. Prytz también difundió comentarios hechos por otros miembros del Parlamento que apuntaban a que lord Halifax pronto sustituiría a Churchill como primer ministro. Para un resumen fiable del asunto Butler-Prytz, véase Ulrich Schlie, Kein Friede mit Deutschland. Die geheimen Gespräche im Zweiten Weltkrieg 1939 - 1941, Múnich/Berlín, 1994, pp. 214 – 216. Lukacs, pp. 203 – 204, ofrece un relato breve; Costello pp. 303— 320, uno más largo, aunque una interpretación muy criticada en una obra inédita, «The Political Beliefs of R. A. Butler», de Patrick Higgins (la cual la autora amablemente me ha permitido consultar).

[140] Hill (pp. 160 – 162) sugiere que Halifax, pese a su experiencia y su antigüedad en el cargo, estaba en una posición de desventaja no sólo-o incluso principalmente-debido al dinamismo y la fuerza de la personalidad de Churchill, sino también porque estaba intentando trabajar sobre la base

de un argumento en el que un trato con Mussolini y un acuerdo general que involucrara a Hitler no estaban claramente separados, y ello en un Gabinete de Guerra en el que sufría la oposición del líder del Gobierno y en el que el resto de sus compañeros adolecían, al menos inicialmente, de indecisión. Sea como fuere, todo esto no es más que otra manera de afirmar que el argumento más claro-y el más convincente-era el de Churchill.

[141] Como Reynolds señala, «Churchill the Appeaser?», p. 213, y aunque quizás fuera en parte una táctica del debate para demostrarle a Halifax que él no era un hombre pertinaz y poco razonable, Churchill lo hizo con intención.

[142] Una cuestión tratada por Jenkins, p. 602.

[143] Véase el relato de Dalton de lo que Churchill había dicho en la reunión de los ministros que no estaban en el Gabinete de Guerra, el 28 de mayo de 1940, en *The Second World War Diary of Hugh Dalton*, p. 28.

[144] Reynolds, *In Command of History*, p. 171.

[145] Fueron examinados en su totalidad por vez primera por Philip Bell, en el cap. 3 de *A Certain Eventuality*—, investigados en detalle en los caps. 7 y 8 de la tesis doctoral de Esnouf (la cual, por increíble que parezca, nunca fue publicada); analizados por Reynolds, «Churchill and the British “Decisión” to Fight on in 1940», y por Hill (cap. 6); descritos de forma vivida en Costello caps. 9 – 10; de nuevo resumidos en la gran biografía de Halifax escrita por Roberts (cap. 22); y dramatizados en un largo y emocionante relato por Lukacs en *Five Days in London*. La deuda de este capítulo con las obras mencionadas resultará obvia.

[146] Según Costello, pp. 254 – 255, diversas evidencias sugieren que «Halifax tenía razón en su teoría de que Alemania estaba preparada para poner sobre la mesa condiciones que no amenazaban la independencia británica». Esta es una lectura errónea de las intenciones del nazismo. Los comentarios de Hitler con relación a su voluntad de respetar Gran Bretaña y su Imperio no significaban que le hubiera otorgado la independencia que Costello implica. Cualquier independencia hubiera sido del tipo de la otorgada al régimen de Vichy en Francia, y de todas formas sólo a corto plazo. Presumir que los objetivos de Hitler a largo plazo incluían la supervivencia de Gran Bretaña y su Imperio como una entidad de poder independiente constituye un punto de vista extremadamente ingenuo. En realidad, hubiera sido imposible para Gran Bretaña evitar el estatus de «satélite» dependiente de Alemania. Una evaluación equilibrada en Reynolds, «Churchill the Appeaser?», pp. 200 – 206.

[147] *The Second World War Diary of Hugh Dalton*, p. 28.

[148] Lukacs, *Five Days in London*, p. 128; Nicolson, p. 166 (20.8.39).

[149] Birmingham University Library, Neville Chamberlain Papers, NC2/24A, fol. 119 (28.5.40). Y véase Dilks, pp. 82 – 83. Lukacs, p. 129, escribe que «durante los días cruciales de finales de mayo no se mencionó el nombre de Lloyd George». Como la entrada en el diario de Chamberlain indica, sí que se mencionó.

[150] Reynolds, «Churchill and the British “Decisión” to Fight on in 1940», pp. 150 – 151.

[151] Schlie, p. 217.

[152] El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán conoció a mediados de julio de 1940 por parte de fuentes consideradas cercanas al duque de Windsor que éste se había descrito a sí mismo como firme partidario de un acuerdo pacífico con Alemania, y pensó que el bombardeo fuerte y continuado

haría que Gran Bretaña estuviera dispuesta a negociar (Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín, R29571, Fiche-Nr. 191, Frame B002546).

[153] Franz Haider, *Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942*, vol. 2: Von der geplanten Landung in England bis zum Beginn des Ostfeldzuges (1.7.1940 – 21.6.1941), ed. de Hans-Adolf Jacob—sen, Stuttgart, 1963, p. 49 (31.7.40); trad. *The Haider War Diary, 1939 – 1942*, ed. y trad. de Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Londres 1988, pp. 244 – 245.

[154] David Stevenson, *Cataclysm. The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, 2004, P—io7; Norman Davies, *Europe. A History*, Oxford, 1996, p. 903.

[155] Stephen Pope y Elizabeth-Anne Wheal, *The Macmillan Dictionary of the First World War* Londres, 1995, p. 83. J

[156] En un discurso pronunciado el 31 de mayo de 1921: Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.) *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905 – 1924*, Stuttgart, 1980, p. 426.

[157] Haider, *Kriegstagebuch*, vol. 2, p. 33; Barry A. Leach, *German Strategy against Russia 1939 – 1941*, Oxford, 1973, p. 58.

[158] Citado en Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front. Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000, p. 278.

[159] Liulevicius, pp. 6 – 7.

[160] Jäckel y Kuhn, p. 773; trad, de Geoffrey Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion* Leamington Spa, 1986, p. 137.

[161] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 876 – 880 reimpresión, Múnich, 1943, pp. 741— 743; versión inglesa (con ligeras enmiendas), Adolf Hitler, *Mein Kampf*, trad, de Ralph Mannheim con una introd de D.C. Watt, ed. de bolsillo, Londres, 1973, PP-597 – 598.

[162] Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft*, Tübingen, 1969 caps. 2 – 3.

[163] Véase Ernst Piper, Alfred Rosenberg. *Hitlers Chefideologe*, Múnich, 2005, pp. 49, 57 - 58. Los alrededor de 20.000 alemanes de origen báltico que se establecieron en Alemania después de la guerra, en Múnich y alrededores, gozaban en los años que siguieron a la guerra de una influencia en los círculos de derechas que no era proporcional a su número. Véase Niall Ferguson. *The War of the World. History's Age of Hatred*, Londres, 2006, ilustración 11 (entre pp. 122 y 123), para un ejemplo de la asociación del liderazgo judío de la Revolución Bolchevique y los métodos de brutalidad «asiáticos». Entonces aparecieron ilustraciones similares en la prensa alemana de extrema derecha.

[164] Hitler, *Mein Kampf*, pp. 741 – 743; trad, de Mannheim (con ligeras enmiendas), pp. 597 – 598.

[165] *Hitler's Second Book. The Unpublished Sequel to Mein Kampf* ed. de Gerhard I Weinberg, Nueva York, 2003, p. 28.

[166] *Hitler's Second Book*, p. 152.

[167] Lew Besymenski, *Stalin und Hitler. Das Pokerspiel der Diktatoren*, Berlín, 2004, pp. 51 - 56.

[168] Thilo Vogelsang, «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr 1930 – 1933», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2 (1954), pp. 434 – 435.

[169] Sobre este término, véase Martin Broszat, «Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 18 (1970), p. 403.

[170] Véase Jost Dülffer, «Zum “decision-making process” in der deutschen Außenpolitik 1933 – 1939», en Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte: Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, pp. 186 – 204.

[171] DGFP, i, doc. 19, p. 29.

[172] Max Domaras (ed.), Hitler. Reden und Proklamationen 1932 – 1943, Wiesbaden, 1973, p. 1446.

[173] Klaus-Jürgen Müller, Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime 1933 – 1940, Stuttgart, 1969, p. 208.

[174] Domaras, p. 606.

[175] Véase Adam Tooze, The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy, Londres, 2006, caps. 7 – 9, esp. pp. 206 – 207, 250 – 259, 285 – 289, 293 – 294.

[176] Véase Timothy W. Mason, Nazism, Fascism and the Working Class, Cambridge, 1995, cap. 4, esp. pp. 128 – 129.

[177] Hans-Henning Abendroth, «Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg», en Funke Hitler; Deutschland und die Mächte, 1978, pp. 477, 479.

[178] «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», ed. de Wilhelm Treue, Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 3 (1955), p. 205.

[179] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, ed. de Elke Fröhlich, parte I, vol. 3/II, Múnich, 2001, p. 389 (23.2.37); parte I, vol. 4, Munich, 2000, p. 214 (10.7.37).

[180] El surgimiento y la conclusión del pacto son ampliamente estudiados en Anthony Read y David Fisher, The Deadly Embrace. Hitler, Stalin and the Nazi— Soviet Pact 1939 – 1941, Londres, 1988.

[181] Carl J. Burckhardt, Meine Danziger Mission 1937 – 1939, Múnich, 1962, p. 272; trad. de Klaus Hildebry, The Foreign Policy of the Third Reich, Londres, 1973, p. 88 [hay trad. cast.: El tercer Reich, Cátedra, Madrid, 1988]. Sobre las dudas acerca de la autenticidad de estos comentarios, véanse Paul Stauffer, Zwischen Hofmannsthal und Hitler: Carl J. Burckhardt. Facette einer ausser— gewöhnlichen Existenz, Zürich, 1991, pp. 178 – 201; y Ian Kershaw, Hitler, 1936 – 1943. Nemesis, Londres, 2000, pp. 898 – 899, nota 118.

[182] Véase Kershaw, Hitler, 1936 – 1943, pp. 264 – 271, 290 – 291. Sobre el número de nuevos plazos para el ataque, véase Milan Hauner, Hitler. A Chronology of his Life and Time, Basingstoke/Nueva York, 2005?, p. 150.

[183] Sobre los enviados especiales de esta época cuyo objetivo era sondear la posibilidad de un acuerdo de paz, véase Bernd Martin, «Das “Dritte Reich” und die “Friedens”—Frage im Zweite Weltkrieg», en Wolfgang Michalka (ed.), Nationalsozialistische Außenpolitik, Darmstadt, 1978, pp. 534 – 537; y esp. Ulrich Schlie, Kein Friede mit Deutschly. Die geheimen Gespräche im Zweite Weltkrieg 1939 – 1941, Múnich/Berlin, 1994, caps. 10, 12.

[184] Nicolaus von Below, Als Hitlers Adjutant 1937 – 1943, Mainz, 1980, p. 242; Domaras, pp. 1.540 – 1.559 sobre el discurso, p. 1.158 sobre el pasaje relacionado con Gran Bretaña.

[185] Winston S. Churchill, The Second World War, vol. 2: Their Finest Hour, Londres, 1949, pp. 229 – 230 sobre la respuesta británica.

[186] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, p. 21 (13.7.40); trad. The Haider War Diary, p. 227.

[187] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, pp. 30 – 34 (22.7.40); trad. The Haider War Diary, pp. 230 – 232.

[188] Walter Warlimont, Inside Hitler's Headquarters 1939 – 1945, Novato, California (versión original inglesa, Londres, 1964), pp. 111 – 112. [Hay trad. cast.: En el cuartel general de Hitler, Caralt, Barcelona, 1968.]

[189] Albert Speer, Erinnerungen, Francfort, 1969, p. 188. [Hay trad. cast.: Memorias, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.]

[190] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, p. 49; trad. The Haider War Diary, p. 244.

[191] Tooze, pp. 402 – 403, p. 430, también enfatiza las consideraciones estratégicas concernientes a Gran Bretaña y Estados Unidos.

[192] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, p. 33 (21.7.40).

[193] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, pp. 46 – 47 (30.7.40).

[194] Hitler siguió insistiendo en lo acertado de su decisión, por estas razones (y por justificación postuma), hacia el final de su vida (Hitlers politisches Testament. Die Bormann Diktate vom Februar und April 1943, Hamburgo, 1981, pp. 78 – 80).

[195] DRZW, vol. 4, 1983, pp. 99 – 106, 109.

[196] Citado en DRZW, vol. 4, p. no. Véanse también Tooze, p. 420, y Heinz Magenheimer Hitler's War. Germany's Key Strategie Decisions 1940 – 1943, Londres, 1998, pp. 63 – 64.

[197] DRZW, vol. 4, p. 113.

[198] DRZW, vol. 4, pp. 9 – 10. Y véase Kershaw, Hitler, 1936 – 1943, p. 307 y p. 924 n. 157, sobre la existencia de pruebas que contradicen el punto de vista de Robert Cecil, Hitler's Decisión to Invade Russia 1941, Londres, 1975, p. 74, según el cual no hay indicación alguna de que los generales anticiparan los deseos de Hitler de invadir la Unión Soviética, un argumento expuesto (correctamente) por Leach, p. 53. [Hay trad. cast.: Hitler, máquina de guerra, Agata, Alcobendas, 1997.]

[199] Una cuestión también tratada por Leach, p. 73, cuya percepción de un liderazgo militar «dividido e incierto» está más cerca de la realidad que la afirmación por parte de Cecil (p. 76) de que los líderes de las Fuerzas Armadas estaban unidos en no querer una invasión de Rusia.

[200] Una cuestión también tratada por Magenheimer, pp. 44 – 45; Leach, p. 72, correctamente señala, sin embargo, que se siguió con los preparativos y que las órdenes de Hitler del 31 de julio fueron confirmadas a finales de septiembre de 1940.

[201] La cúpula naval estaba también ansiosa por enfatizar que había propuesto una alternativa que tenía posibilidades de éxito pero que había sido desdenada por la insistencia de Hitler en el ataque de Rusia (Erich Raeder, Mein Leben, Tubinga/Neckar, 1957, pp. 246 – 248, y Kurt Assmann Deutsche Schicksalsjahre, Wiesbaden, 1950, pp. 211 – 212). Raeder ya había afirmado su oposición a la guerra con Rusia, con referencia a su audiencia con Hitler del 26 de septiembre, en su testimonio en Núremberg (Der Prozeß gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof, Nürnberg, 14 November 1945 – 1. Oktober 1946, 42 vols., Núremberg, 1947 – 1949, vol. 14, pp. 117 – 119). Véase también Michael Salewski, Die deutsche Seekriegsleitung 1935–1945, vol. 1, Francfort, 1970, pp. 271 – 272.

[202] El título del clásico y temprano estudio de posguerra de Friedrich Meißner, Die

deutsche Katastrophe, Wiesbaden, 1946.

[203] Véase Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940 – 1941*, Bonn 1993?, pp. 190 – 191; Lothar Gruchmann, «Die “verpaßten strategischen Chancen” der Achsenmächte im Mittelmeerraum 1940/41», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 18 (1970), pp. 456 – 475; Gerhard Schreiber, «Der Mittelmeerraum in Hitlers Strategie 1940. “Programm” und militärische Planung», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 27/2 (1980), pp. 69 – 99; Y contribución de Gerhard Schreiber en *DRZW*, vol. 3, 1984, p. 270.

[204] Explícitamente demostrado por Gerhard Schreiber, «Zur Kontinuität des Großmachtstrebens der deutschen Marineführung», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 25/2 (1979), pp. 101 – 171.

[205] Sobre las dos líneas del imperialismo alemán, véase Woodruff D. Smith, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism*, Nueva York/Oxford, 1986.

[206] Véase Jost Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine. Reichspolitik und Flottenbau 1920 – 1939*, Düsseldorf, 1973, pp. 492 y ss.

[207] B A/MA, Friburgo, RM6/71, «Gedanken des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine zur Kriegsausbruch 3.9.1939»; citado en Salewski, vol. 1, p. 91, y en la traducción inglesa en Charles S Thomas, *The German Navy in the Nazi Era*, Londres, 1990, p. 187.

[208] Véanse Hillgruber, *Hitlers Strategie*, pp. 242 – 255; Gerhard L. Weinberg, «German Colonial Plans and Policies 1938 – 1942», en Waldemar Besson y Friedrich Frhr. Hiller v Gaertringen (eds.), *Geschichte und Gegenwartsbewußtsein. Historische Betrachtungen und Untersuchungen*, Gotinga, 1963, pp. 462— 491; Klaus Hildebry, *Vom Reich zum Weltreich. Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919 – 1945*, Múnich, 1969, pp. 652 – 700; Salewski, vol. 1, pp. 234 – 241; Gerhard Schreiber, *Revisionismus und Weltmachtstreben. Marineführung und deutschitalienische Beziehungen 1919 bis 1944*, Stuttgart, 1978, pp. 288 – 297; y *DRZW*, vol. 3, pp. 250 – 271.

[209] Salewski, vol. 3, Francfort, 1973, pp. 106 – 108; *DRZW*, vol. 3, pp. 254 – 255.

[210] Salewski, vol. 3, pp. 108 – 114; *DRZW*, vol. 3, pp. 255 – 256. Y véanse las dos notas adicionales en este período (Salewski, vol. 3, pp. 114 – 118), y otra nota del 4 de julio de 1940 (pp. 122 – 135) que resumen las implicaciones de la expansión territorial a gran escala para el crecimiento de la flota.

[211] Salewski, vol. 3, pp. 108 – 114; *DRZW*, vol. 3, pp. 255 – 256. Y véanse las dos notas adicionales en este período (Salewski, vol. 3, pp. 114 – 118), y otra nota del 4 de julio de 1940 (pp. 122 – 135) que resumen las implicaciones de la expansión territorial a gran escala para el crecimiento de la flota.

[212] *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über die Unterredungen mit Vertretern des Auswärtigen 1939 – 1941*, ed. de Andreas Hillgruber, ed. de bolsillo, Múnich, 1969, p. 102 (los comentarios de Hitler a Serrano Suñer, entonces ministro del Interior en España, y que poco después se convertiría en ministro de Asuntos Exteriores, 17.9.40). [Hay trad. cast.: *Estadistas y diplomáticos con Hitler*, Caralt, Barcelona, 1969.]

[213] BA/ MA, RM7/894, «Studie Nordwest (Landung in England)», con fecha de diciembre de 1939, consideraba las posibilidades de un desembarco en Gran Bretaña, indicándose qué playas resultarían implicadas en el mismo, las dificultades que podían presentar las distintas costas, y otros

factores. Raeder informó a Hitler del resultado de sus indagaciones (que habían comenzado en noviembre) el 21 de mayo de 1940 (Karl Klee (ed.), *Dokumente zum Unternehmen «Seelöwe»*. Die geplante deutsche Landung in England 1940, Gotinga, 1959, p. 239).

[214] *Kriegstagebuch der Seekriegsleitung 1939 – 1943*, ed. de Werner Rahn y Gerhard Schreiber, Herford/Bonn, 1989 (= KTB der Seekriegsleitung), vol. 10, parte A (reproducción en BA/MA, 7/13), p. 186 (18.6.40).

[215] Hillgruber, *Hitlers Strategie*, pp. 157 – 158.

[216] Hillgruber, *Hitlers Strategie*, pp. 169 – 171.

[217] KTB der Seekriegsleitung, vol. n, parte A (= BA/MA, 7/14), p. 190 (19.7.40), pp. 219 – 224 (19.7.40). Y véase Salewski, vol. 1, pp. 58 – 59.

[218] KTB der Seekriegsleitung, vol. 11, parte A, p. 201 (18.7.40).

[219] KTB der Seekriegsleitung, vol. 12, parte A (= BA/MA, 7/15), p. 3 (1.8.40).

[220] KTB der Seekriegsleitung, vol. 12, parte A, pp. 354 – 356 (30.7.40), pp. 364 – 365 (31.7.40); *Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939 – 1943*, ed. de Gerhard Wagner, Múnich, 1972, pp. 126 – 128 (31.7.40).

[221] Karl Klee, *Das Unternehmen «Seelöwe»*. Die geplante deutsche Landung in England 1940, Gotinga, 1958, p. 205.

[222] Salewski, vol. 1, pp. 259 – 260.

[223] Salewski, vol. 1, pp. 275 – 276.

[224] KTB der Seekriegsleitung, vol. n, parte A, pp. 236 – 239 (21.7.40).

[225] Salewski, vol. 3, pp. 137 – 144.

[226] Schreiber, «Der Mittelmeerraum», pp. 78 – 79.

[227] KTB d. OKW, vol. 1, 1965, pp. 17 – 18, 31 – 32 (9.8.40, 14.8.40); Schreiber, «Der Mittelmeerraum», pp. 78 – 79.

[228] KTB d. OKW, vol. 1, 1965, pp. 17 – 18, 31 – 32 (9.8.40, 14.8.40); Schreiber, «Der Mittelmeerraum», pp. 78 – 79.

[229] BA/MA, RM7/233, fols. 83 – 84.

[230] Sobre el plan de destrucción, véase Churchill, *The Second World War*, vol. 2, cap. 20; también John Lukacs, *The Duel. Hitler vs. Churchill*, Oxford, 1992, pp. 225 – 227; y el cap. 5 de la presente obra.

[231] DRZW, vol. 3, pp. 192 – 194; Schreiber, «Der Mittelmeerraum», p. 80.

[232] *Lagevorträge*, pp. 134 – 141 (6.9.40). Curiosamente, el pasaje sobre el «Problema S» se omite en la traducción *Fuehrer Conferences on Naval Affairs 1939~1945* Londres, 1990, p. 135.

[233] *Lagevorträge*, pp. 143 – 146 (26.9.40); Schreiber, «Der Mittelmeerraum», p. 81; DRZW vol. 3, pp. 199 – 201; Gruchmann, p. 463.

[234] No obstante, presentó el argumento para la total cooperación con Francia de una forma menos enérgica que la que les habían anticipado que emplearía desde la Jefatura de la Marina de Guerra. Véase BA/MA, RM8/1209, «Die Bemühungen der Sklun einen Ausgleich mit Frankreich um die Sicherstellung des französischen Kolonialreiches in Afrika», análisis del informe del vicealmirante Kurt Assmann. Esta información, recopilada en 1944, había de cumplir el propósito de absolver a la Seekriegsleitung de toda responsabilidad con respecto al curso desastroso que siguió la

guerra. Sin embargo, pone de relieve el desacuerdo en la preferencia de estrategia. En la introducción (fol. 11), Assmann escribió: «El problema de un entendimiento franco-alemán y del mantenimiento del imperio colonial francés en el norte y oeste de Africa fue uno de los asuntos fatídicos de esta guerra. Al ocuparse de esta cuestión, las decisiones y acciones del liderazgo supremo alemán entraron en desacuerdo con los puntos de vista de la Ejecutiva de la Marina de Guerra. La Ejecutiva Naval de la Marina previo con acierto lo que estaba por llegar, advirtió de ello repetidamente, e intentó comunicar su visión».

[235] KTB d. Seekriegsleitung, vol. 13, parte A (= BA/MA, 7/16), p. 352 (26.9.40), «El Führer está de acuerdo en principio con las ideas de la más alta autoridad de la Jefatura de la Marina de Guerra» («Führer stimmt den Gedankengängen des Chefs Skigrundsätzlich zu»). Véanse también Raeder, pp. 246 – 248 y Assmann, pp. 211 – 212, aunque, de hecho, los supuestos comentarios de Hitler a su lugarteniente fueron ambivalentes: que los comentarios que le hizo Raeder habían sido muy valiosos ya que le sirvieron para controlar sus propios puntos de vista, para ver si «tenía razón».

[236] Lagevorträge, pp. 143 – 144 (26.9.40).

[237] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, p. 124 (3.10.40).

[238] Hillgruber, Hitlers Strategie, pp. 178, 190; Wolfgang Michalka, Ribben— trop und die deutsche Weltpolitik 1933 – 1940, Múnich, 1980, pp. 247 – 259.

[239] Wolfgang Michalka, «Vom Antikominternpakt zum euro-asiatischen Kontinentalblock. Ribbentrops Alternativkonzeption zu Hitlers außenpolitischen “Programm”», en Michalka Nationalsozialistische Außenpolitik, pp. 490 – 491.

[240] Andreas Hillgruber, «Der Faktor Amerika in Hitlers Strategie 1938— 1941», en Michalka Nationalsozialistische Außenpolitik, p. 513.

[241] Schreiber, «Der Mittelmeerraum», p. 80; DRZW, vol. 3,4). 194.

[242] Hillgruber, «Amerika», pp. 512 – 513.

[243] Staatsmänner, pp. 112 –113.

[244] Informes de las negociaciones en Staatsmänner, pp. 104 – 123; y en Ciano's Diplomatic Papers, ed. de Malcolm Muggeridge, Londres, 1948, pp. 395 – 399.

[245] Staatsmänner, pp. 132 – 140; y véase Paul Preston, «Franco and Hitler. The Myth of Hendaye 1940», Contemporary European History, 1 (1992), pp. 1 – 16.

[246] Die Weizsäcker-Papiere 1933 – 1930, ed. de Leonidas E. Hill, Francfort, 1974, p. 221 (21.10.40)—antes del encuentro de Hitler con Franco—. Hitler afirmó retrospectivamente que era consciente del limitado valor estratégico de la intervención española: la adquisición de Gibraltar, pero también una parte importante de las costas del Atlántico que habrían tenido que defender {Hitlerspolitisches Testament, p. 60}. Para la extensión de las demandas españolas, véase Elena Hernández-Sandoica y Enrique Moradiellos, «Spain and the Second World War, 1939 – 1945», en Neville Wylie (ed.), European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War, Cambridge, 2002, pp. 251— 253.

[247] Staatsmänner, pp. 142 – 149.

[248] Die Weizsäcker-Papiere, pp. 220 – 221 (21.10.40).

[249] Gerhard L. Weinberg, A World at Arms. A Global History of World War II, Cambridge, 1994, p. 206. Hacia el final de su vida {Hitlerspolitisches Testament, p. 73}, Hitler consideró que el

trato indulgente que la Francia de Vichy había recibido por parte de Alemania había sido «un auténtico disparate» {vollkommener Unsinn).

[250] Véase p. 336 de la presente obra.

[251] Haider, Kriegstagebuch, vol. 2, pp. 163 – 166 (4.11.40), cita p. 165; KTB d. OKW, vol. 1, pp. 148 – 152 (4.11.40).

[252] Warlimont, p. 120; Donald S. Detwiler, Hitler, Franco und Gibraltar. Die Frage des spanischen Eintritts in den Zweiten Weltkrieg, Wiesbaden, 1962, pp. 68 – 79; T>RZW, vol. 3, pp. 205 – 207; Schreiber, «Der Mittelmeerraum», pp. 84 – 85; Gruchmann, p. 466.

[253] Sobre las negociaciones, véase Staatsmänner, pp. 165 – 193.

[254] Hitlers Weisungen für die Kriegführung. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. de Walther Hubatsch, ed. de bolsillo, Múnich, 1965, pp. 77 – 82.

[255] Heeresadjutant bei Hitler 1938 – 1943. Aufzeichnungen des Majors Engel, ed. de Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974, p. 91 (15.11.40).

[256] Lagevorträge, pp. 151 – 155, 160 – 163 (14.11.40); Schreiber, «Der Mittelmeerraum», pp. 86 – 87.

[257] Schreiber, «Der Mittelmeerraum», p. 87.

[258] Véase p. 340 de la presente obra.

[259] KTB d. OKW, vol. 1, pp. 208 – 209 (5.12.40).

[260] KTB d. OKW, vol. 1, p. 222 (10.12.40); Hitlers Weisungen, p. 90.

[261] KTB d. OKW, vol. i, p. 255 (9.1.41). El 28 de enero (p. 284), aceptó que no había posibilidad alguna de retomar los preparativos para tomar Gibraltar, lo cual por entonces él pensó que ocurriría en abril, ya que se necesitaban tropas para «Barbarossa». Incluso a mediados de febrero seguía exhortando a Franco para que reconsiderara su decisión de no participar en la guerra (Do—marus, p. 1666). m. Hitlers Weisungen, p. 96.

[262] Según los altos cargos de la Marina, la posibilidad de explotar la debilidad de los británicos en el Mediterráneo no se daba todavía por agotada en la primavera de 1941 (Lagevorträge, pp. 240, 258 – 262 (6.6.41); Gruchmann, pp. 471 – 474). Para aquel entonces, sin embargo, no quedaba la más mínima duda sobre las prioridades de Hitler. Los preparativos para la inminente operación «Barbarossa» ocupaban un primer plano de forma tan clara que, a diferencia del otoño de 1940, cualquier alternativa estratégica existía sólo en el ámbito de la teoría.

[263] KTB d. OKW, vol. 1, p. 996 (17.12.40).

[264] Hitler le indicó esto a Mussolini durante su reunión del 4 de octubre de 1940 {Staatsmänner, p. 115).

[265] Paul Schmidt, Statist auf diplomatischer Bühne 1923 – 4\$. Erlebnisse des Chefdolmeters im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännern Europas, Bonn, 1953, pp. 516 – 517 [hay trad. cast.: Europa entre bastidores: del Tratado de Versalles al juicio de Nuremberg, Destino, Barcelona, 2005]; Heeresadjutant, p. 88 (28.10.40).

[266] A finales de 1940, presionado, Mussolini cambió de parecer respecto a sus anteriores objeciones a un aumento de la fuerza francesa en el Mediterráneo, y se posicionó a favor de un acuerdo entre Alemania y Francia (Weinberg, A World at Arms, p. 214). Pero para entonces la situación estratégica era distinta a la del octubre previo, que fue cuando Hitler y Pétain se habían reunido. Ante todo, la decisión de atacar Rusia había sido confirmada. El Mediterráneo era ahora

para Hitler-aunque no había sido siempre así-una cuestión secundaria.

[267] Esta siguió siendo su opinión conforme se acercaba el final del Tercer Reich {Hitlers politisches Testament, pp. 78 – 80). Hitler, a diferencia de otros miembros de la cúpula del nazismo, nunca estuvo interesado en incrementar el comercio con la Unión Soviética como alternativa a la conquista militar. Sobre esto, véase el interesante estudio de Heinrich Schwendemann, *Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion von 1939 bis 1941. Alternative zu Hitlers Ostprogramm?*, Berlin, 1993, esp. PP— 355 – 357.

[268]

[269] Warlimont, pp. 257 – 258, sobre la admiración carente de sentido crítico que Jodl sentía por Hitler; véase también Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945*, p. 533.

[270] Haider, *Kriegstagebuch*, vol. 2, p. 21 (13.7.40).

[271] Alfred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich*, Múnich 1986, pp. 336 – 337.

[272] Warlimont, p. 118.

[273] Hay, por lo tanto, un cierto elemento de irrealidad en la conclusión de Magenheimer, pp. 69 – 71 (cita p. 70), que dice que «una grave omisión por parte de Alemania... fue no haber hecho, en el verano de 1940, que el foco estratégico pasara a ser el Mediterráneo».

[274] Fedor von Bock, *The War Diary 1939 – 1943*, ed. de Klaus Gerbet, Atglen, Pennsylvania 1996, pp. 197 – 198 (1.2.41); KTB d. OKW, vol. 1, p. 300 (3.2.41).

[275] Ian Nish, *Japanese Foreign Policy 1869 – 1942*, Londres, 1977, pp. 133— 142; Akira Iriye, *The Origins of the Second World War in Asia and the Pacific*, Londres/Nueva York, 1987, pp. 2 – 4; Zara Steiner, *The Lights that Failed. European International History 1919 – 1933*, Oxford 2005, pp. 375 – 377, 708 – 710.

[276] Véanse Akira Iriye, *Across the Pacific. An Inner History of American-East Asian Relations*, Nueva York, 1967, pp. 208 – 209; Roger D. Spotswood, «Japan's Southward Advance as an Issue in Japanese-American Relations, 1940— 1941», tesis doctoral inédita, University of Washington, 1974, p. 20. Joyce C. Lebra, *Japan's Greater East Asia Co-Prosperity Sphere in World War II. Selected Readings and Documents*, Kuala Lumpur, 1975, pp. 3 – 54, aporta fragmentos de escritos contemporáneos que ilustran distintos conceptos del dominio económico japonés de la región.

[277] Para consultar un análisis detallado del trasfondo, de fuentes japonesas, Seki Hiroharu, «The Manchurian Incident 1931», en James William Morley (ed.), *Japan Erupts. The Londres Naval Conference and the Manchurian Incident 1928— 1932*, Nueva York, 1984, pp. 139 – 230.

[278] Para un análisis exhaustivo de la manera en que los objetivos expansionistas de las fuerzas combatientes llevaron a Japón a la guerra con China, véase Shimada Toshihiko, «Designs on North China 1933 – 1937», en James William Morley (ed.), *The China Quagmire. Japan's Expansion on the Asian Continent, 1933 – 1941*, Nueva York, 1983, pp. 11 – 230.

[279] Texto en *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Parti)*, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, *Japanese Monographs*, 144, apéndice 1 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/144/144app01.html>); Iriye, *Origins*, pp. 34 – 35; Herbert P. Bix, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Londres, 2001, pp. 308 – 312.

[280] Véase Joseph C. Grew, *Ten Years in Japan*, Nueva York, 1944, pp. 169 – 178, el relato

del embajador estadounidense, que estaba en el lugar en cuestión; también Iriye, *Origins*, p. 33; Bix, pp. 297 – 306; Andrew Gordon, *A Modern History of Japan from Tokugawa Times to the Present*, Nueva York/Oxford, 2003, p. 198; y para una descripción vivida, John Toly, *The Rising Sun. The Decline and Fall of the Japanese Empire, 1936 – 1945*, Nueva York, 1970, Modern Library, 2003, cap. i.

[281] Imai Seiichi, «Cabinet, Emperor, and Senior Statesmen», en Dorothy Borg y Shumpei Okamoto (eds.), *Pearl Harbor as History. Japanese-American Relations 1931 – 1941*, Nueva York 1973, p. 66; Iriye, *Origins*, p. 34. Nish, pp. 215 – 216, resalta la manera en que el Ministerio de Asuntos Exteriores fue «superado» por las fuerzas militares y empezó a jugar un papel menos significativo. Según Robert J. C. Butow, *Tojo and the Coming of the War*, Princeton, 1961, p. 86, el Gobierno de Hirota Kaki, que comenzó en el cargo tras el intento de golpe de febrero de 1936, «no puede ser exactamente considerado como un elemento poco cooperativo de la Marina y el Ejército imperiales».

[282] Iriye, *Origins*, pp. 37 – 39.

[283] Véase, para un detallado análisis, Hata Ikuhiko, «The Marco Polo Bridge Incident, 1937» en Morley, *The China Quagmire*, pp. 243 – 286.

[284] Bix, p. 320.

[285] Citado en Bix, p. 322.

[286] Bix, pp. 325 – 326.

[287] Iriye, *Origins*, p. 45.

[288] Bix, p. 332.

[289] Bix, pp. 334 – 335.

[290] Véase Bix, pp. 340 – 341.

[291] Iriye, *Across the Pacific*, pp. 178 – 179.

[292] *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part Japanese Monographs, 144, apéndice 11* (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/144/144appn.html>).

[293] Bix, p. 345.

[294] Bix, p. 346.

[295] Iriye, *Origins*, p. 67.

[296] Iriye, *Origins*, p. 68.

[297] Akira Iriye, *Power and Culture. The Japanese-American War, 1941 – 1945*, Cambridge Massachusetts, 1981, p. 6.

[298] Bix, p. 353.

[299] David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, Nueva York, 1971, vol. 2, p. 908; Iriye, *Origins*, pp. 76 – 77; Spotswood, pp. 32 – 34.

[300] John P. Fox, *Germany and the Far Eastern Crisis 1931 – 1938. A Study in Diplomacy and Ideology*, Oxford, 1982, cap. 10; Hartmut Bloß, «Deutsche Chinapolitik im Dritten Reich», en Manfred Funke (ed.), *Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reichs*, Düsseldorf, 1978, PP. 419 – 423.

[301] Sheffield University Library, Wolfson Microfilm 431, *Diary of Marquis Kido Koich* (traducción americana de fragmentos para su uso en los Juicios de Crímenes de Guerra en Tokio),

- doc. no. 1632BB (1), 22.8.39. Sobre Kido, véase Bix, pp. 370 – 371; y Toly, *The Rising Sun*, p. 79.
- [302] Iriye, *Origins*, p. 81; Nish, p. 231.
- [303] Iriye, *Origins*, pp. 83 – 84.
- [304] James William Morley (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia 1959 – 1941*, Nueva York, 1980 (ensayos traducidos por Hosoya Chihiro sobre «Northern Defence», Nagaoka Shinjiro sobre «Economic Demys on the Dutch East Indies», Hata Ikuhiko sobre «The Army's Move into Northern Indochina», Nagaoka Shinjiro sobre «The Drive into Southern Indochina and Thailly» y Tsunoda Jun sobre «The Navy's Role in the Southern Strategy», basados en documentación japonesa), p. 121.
- [305] Gordon, pp. 92 – 93; Misawa Shigeo y Minomiya Saburo, «The Role of the Diet and Political Parties», en Borg y Okamoto, *Pearl Harbor as History*, PP— 321 – 324.
- [306] Shigeo y Saburo, pp. 324 – 326; Gordon, pp. 126 – 131, 162 – 173, 187 – 189.
- [307] Gordon, p. 333.
- [308] Gordon, p. 193.
- [309] Shigeo y Saburo, pp. 326 – 327.
- [310] Eugene Sathre, «Communication and Conflict: Japanese Foreign Policy leading to the Pacific War», tesis doctoral inédita, University of Minnesota, 1978, pp. 43 – 50.
- [311] Todo lo citado arriba está basado en Nobutaka Ike (ed), *Japan's Decision for War. Records of the 1941 Policy Conferences*, Stanford, California, 1967, pp. xv —xix. Véase también Butow, pp. 149 – 150.
- [312] Ike, p. xviii; F.C. Jones, *Japan's New Order in East Asia. Its Rise and Fall, 1937 – 1945* Oxford, 1954, PP— 79.
- [313] Nazli Choucri, Robert C. North y Susumu Yamakage, *The Challenge of Japan before World War II and After*, Londres/Nueva York, 1992, p. 165.
- [314] Bix, pp. 10 – 11; Jones, pp. 11 – 12.
- [315] Lesley Connors, *The Emperor's Adviser. Saionji Kinmochi and Pre-War Japanese Politics* Londres, 1987, pp. 186 – 199.
- [316] Iriye, *Origins*, pp. 86 – 87, 99 – 100.
- [317] Yoshitake Oka, Konoe Fumimaro. *A Political Biography*, Tokio, 1983, pp. 10 – 13. Para una descripción de los primeros años de trabajo de Konoe y del desarrollo de sus ideas, véase también Seiichi, pp. 66 – 68.
- [318] Oka, pp. 36 – 38.
- [319] Toly, *The Rising Sun*, p. 73.
- [320] Oka, pp. 46 – 47; Murakami Hyoe y Thomas J. Harper (eds.), *Great Historical Figures of Japan*, Tokio, 1978, p. 299.
- [321] Oka, pp. 75, 78.
- [322] Bix, pp. 344 – 346.
- [323] Oka, pp. 84 – 85. En una proclama del 1 de agosto de 1940, Matsuoka Yo—suke afirmó que «nuestra política exterior pasa por establecer la Gran Esfera de Coprosperidad del Este Asiático», que era «igual a la Esfera del Nuevo Orden del Este Asiático o la Esfera de Seguridad», y su alcance incluye áreas del sur como las Indias Holandesas e Indochina; las tres naciones de Japón

Manchuria y China forman un vínculo». Lograr esto «evitaría todos los obstáculos posibles» en el «intento de resolución del Incidente Chino» (Lebra, pp. 71 – 72).

[324] Toly, *The Rising Sun*, p. 61.

[325] Iriye, *Origins*, p. 106.

[326] Citado en Butow, pp. 141 – 142.

[327] Cordell Hull, *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York, 1948, vol. 1, p. 902.

[328] Grew, p. 328 (1.9.40). Sin embargo, rápidamente empezó a ver en Matsuoka la imagen «de una nación empeñada en alcanzar sus objetivos a cualquier precio» (Waldo H. Heinrichs, Jr., *American Ambassador. Joseph C. Grew and the Development of the United States Diplomatic Tradition*, Boston, 1966, pp. 243 – 245).

[329] Oka, pp. 97 – 98.

[330] Citado en Bix, p. 374.

[331] Iriye, *Origins*, p. 106.

[332] Butow, pp. 143 – 147 (y pp. 115 – 119 sobre su designación anterior como viceministro de la Guerra bajo el primer mandato de Konoe); véase también la descripción de Tojo en Mark Weston, *Giants of Japan. The Lives of Japan's Greatest Men and Women*, Nueva York/Tokio/Londres, 1999 pp. 182 – 189.

[333] James William Morley (ed.), *Deterrent Diplomacy. Japan, Germany, and the USSR 1925 – 1940*, Nueva York, 1976 (ensayos traducidos por Ohata Tib— kushiro sobre «The Anti-Comintern Pact, 1935 – 1939», Hata Ikuhiko sobre «The Japanese-Soviet Confrontation, 1935 – 1939» ; Hosoya Chihiro sobre «The Tripartite Pact, 1939 – 1940», basados en documentación japonesa), pp. 229 – 230.

[334] Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 201 – 202; Morley, *The Fateful Choice*, pp. 136 – 137. Sobre la postura estadounidense en junio y julio de 1940, en el contexto de las circunstancias dramáticamente cambiadas que siguieron a la victoria alemana, véase Heinrichs, *American Ambassador*, pp. 309 – 312.

[335] Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 206 – 207.

[336] Herbert Feis, *The Road to Pearl Harbor. The Coming of the War between the United States and Japan*, Princeton, 1950, pp. 51 – 52, 66 – 71; Iriye, *Origins*, pp. 102 – 103; Spotswood, pp. 95 – 99.

[337] Bergamini, vol. 2, p. 934.

[338] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 138 – 139.

[339] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 158 – 159.

[340] Morley, *The Fateful Choice*, p. 159; Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 206— 207 (cita en p. 207).

[341] Iriye, *Origins*, p. 102.

[342] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 245 – 246.

[343] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 241 – 242.

[344] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 243 – 244.

[345] Morley, *The Fateful Choice*, p. 250.

[346] Morley, *The Fateful Choice*, p. 249.

[347] Morley, *The Fateful Choice*, p. 247.

[348] Texto en Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 208 – 209; véanse también Iriye, p. 102; y Spotswood, pp. 99 – 104.

[349] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 247 – 248. Véase también, sobre la apreciación por parte del Ejército de una «oportunidad de oro», los comentarios de Grew, p. 324 (1.8.40).

[350] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 250 – 251.

[351] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 251 – 252.

[352] Sheffield University Library, Wolfson Microfilm 431, *Diary of Marquis Kido Koichi*, doc. no. 1632X, 8.7.40. Y véanse también Butow, p. 141 y Feis, pp. 76 – 83. Las maniobras entre bastidores, orquestadas por Kido, para hacer de Konoe el nuevo primer ministro, comenzaron ya en mayo (Tanaka Nobu— masa (ed.), *Dokumento Showa Tenno Dai Nikkan* [Documentos del emperador Showa], vol. 2, Tokio, 1988 [en japonés], p. 113)).

[353] Kido Diary, doc. no. 1632X, 17.7.40.

[354] Bix, pp. 178, 373; Tanaka, pp. 114 – 117; y Kido Diary, doc. no. 1632X, 17.7.40.

[355] El Ejército no había tenido ningún inconveniente en «dejar únicamente en manos del príncipe Konoye» la elección de un ministro de Asuntos Exteriores (Kido Diary, doc. no. 1632X 8.7.40), aunque a Sabiendas de que elegiría a Matsuoka.

[356] Oka, p. 98.

[357] DGFP, 10, doc. 212, p. 278.

[358] Texto en Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 218 – 219; y Spotswood, p. 109.

[359] Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 220; véase también Iriye, *Origins*, p. 107.

[360] Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 214 – 215. El 26 de julio Matsuoka le dijo al embajador estadounidense en Tokio «que la historia se basa principalmente en el manejo de fuerzas ciegas que en un mundo en constante cambio no pueden ser siempre controladas» (Grew, p. 322).

[361] Iriye, *Origins*, p. 107; Oka, p. 99; Bix, p. 375; Butow, pp. 148 – 149.

[362] Texto en *Political Strategy Prior to Outbreak of War* (Parte II), *Japanese Monographs*, 146 apéndice 2 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/146/146—app02.html>).

[363] Bix, p. 375; Butow, pp. 150 – 153.

[364] Texto en *Political Strategy Prior to the Outbreak of War* (Parte II), *Japanese Monographs* 146, apéndice 3 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/i46/i46ppo3.html>).

[365] Morley, *The Fateful Choice*, p. 141.

[366] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 254 – 257, 261.

[367] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 256 – 60.

[368] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 259 – 61.

[369] Texto en Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 283 – 288, y véase p. 221.

[370] Grew, pp. 324 – 325 (1.8.40); véase también su entrada del 2.7.40, pp. 320 – 321.

[371] Theo Sommer, *Deutsch ly und Japan zwischen den Mächten 1935 – 1940. Von Antikomintempakt zum Dreimächtepakt*, Tubinga, 1962, pp. 384 – 385; Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 227. El «trato destructor» es más ampliamente examinado en el cap. 5 de la presente obra.

[372] Sommer, pp. 386 – 387; Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 225 – 226.

[373] Matsuoka Yosuke. *The Man and his Life*, Tokio, 1974 [en japonés], pp. 768 – 769.

[374] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 264 – 265. Matsuoka, y algunos en la cúpula militar, tenían inicialmente la sospecha de que la enfermedad de Yoshida no era una enfermedad «diplomática» {Matsuoka Yosuke, pp. 768 – 769}.

[375] Morley, *The Fateful Choice*, pp. 229 – 230, 266 – 268; Oka, p. 104.

[376] Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 228 – 233.

[377] Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 232 – 237; Spotswood, pp. 127 – 129.

[378] Michael Bloch, *Ribbentrop*, ed. de bolsillo, Londres, 1994, p. 303.

[379] Sommer, p. 387.

[380] Citado en Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 233.

[381] Citado en Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 239.

[382] Citado en Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 241.

[383] Butow, p. 163.

[384] Citado en Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 238. in. Citado en Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 238 – 239.

[385] Ike, pp. 4 – 13, para las notas de la Conferencia.

[386] Citado en Morley, *Deterrent Diplomacy*, p. 248.

[387] Bix, p. 382.

[388] Oka, p. 105.

[389] Analizado en su totalidad en Sommer, pp. 394 – 426, y Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 233 – 254.

[390] Texto en *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Parte II)*, Japanese Monographs 146, pp. 23 – 30 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/146/146chap1.html>). Véase también Feis, pp. 118 – 119. Butow, pp. 179 – 180, señala que no se escribieron actas propiamente dichas para esta reunión, tal y como era su costumbre en este tipo de conferencias, y que los secretarios simplemente dejaron constancia por escrito de la esencia de lo que se dijo. En cualquier caso, no parece haber razón alguna para dudar que las palabras citadas representaran las palabras de Konoe, Matsuoka y Tojo. Grew, p. 339 (2.10.40), dejó constancia de su percepción de una amplia falta de entusiasmo en lo referente al pacto.

[391] Texto en *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Parte II)*, Japanese Monographs 146, pp. 23 – 30 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/146/146chap1.html>). Véase también Feis, pp. 118 – 119. Butow, pp. 179 – 180, señala que no se escribieron actas propiamente dichas para esta reunión, tal y como era su costumbre en este tipo de conferencias, y que los secretarios simplemente dejaron constancia por escrito de la esencia de lo que se dijo. En cualquier caso, no parece haber razón alguna para dudar que las palabras citadas representaran las palabras de Konoe, Matsuoka y Tojo. Grew, p. 339 (2.10.40), dejó constancia de su percepción de una amplia falta de entusiasmo en lo referente al pacto.

[392] Texto en Morley, *Deterrent Diplomacy*, pp. 298 – 299; y DGFP, n, doc. 118, p. 204.

[393] Estados Unidos consideró el pacto sencillamente como la confirmación de una relación que en la práctica había existido desde hacía mucho tiempo (Hull, vol. 1, p. 909).

[394] Iriye, *Origins*, p. 117; Morley, *The Fateful Choice*, pp. 188 – 203.

[395] Feis, pp. 105 – 109; William Carr, *Prelude to Pearl Harbor. The Making of the Second World War*.

War, Londres, 1985, pp. 109 – 110; Spotswood, pp. 157 – 163. El embajador estadounidense en Tokio, Joseph Grew, sólo fue consciente de la posibilidad de un acuerdo entre Japón y Alemania ya bastante tarde, a mediados de septiembre, y continuó sin saber gran cosa hasta que el Pacto Tripartito fue finalmente firmado (Heinrichs, American Ambassador, p. 319).

[396] Iriye, *Origins*, p. 117.

[397] Carr, pp. iio-iii.

[398] Iriye, *Across the Pacific*, p. 201, y Spotswood, pp. 13 – 18, enfatizan muy específicamente el hecho de que el control del sureste asiático era un asunto central, con los líderes japoneses empeñados en expandirse y en controlar el área, y los políticos estadounidenses decididos a resistir.

[399] Morley, *The Fateful Choice*, p. 274; también citado por Bergamini, vol. 2, p. 952; y véase Weston, p. 193. Yamamoto le había dicho al príncipe Konoé en agosto de 1940 que no tenía expectativas de culminar con éxito una guerra que durase más de doce meses (Bergamini, vol. 2, p. 958).

[400] Carr, pp. 107 – 108.

[401] Iriye, *Origins*, p. 116.

[402] Si se mide según el PIB, de las «grandes potencias» sólo Italia era más débil que Japón en 1940. Además, Japón tenía las Fuerzas Armadas más pequeñas (aparte de Estados Unidos, que por entonces sólo acababa de empezar a rearmarse), pero gastaba en armamento una proporción tan alta de sus ingresos como Alemania (Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998, pp. 10, 14, 21). Akira Hara, «Japan: Gun before Rice» (pp. 224 – 267 del mismo volumen) saca a relucir un punto importante (p. 225): que la economía de Japón había sido construida y organizada en tiempos de guerra desde el comienzo del conflicto en China en 1937.

[403] Carr, p. ni.

[404] Citado en R. J. B. Bosworth, *Mussolini*, Londres, 2002, p. 369. [Hay trad, cast.: *Mussolini*, Península, Barcelona, 2003.]

[405] MacGregor Knox, *Common Destiny. Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge, 2000, pp. 61, 67 – 69.

[406] Stanley G. Payne, *A History of Fascism 1914 – 1943*, Londres, 1995, p. 383 [hay trad, cast.: *Historia del fascismo*, Planeta, Barcelona, 1995]; I. C. B. Deary M. R. D. Foot (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford/Nueva York, 1995, p. 53

[407] En 1928 Hitler había escrito un documento largo-que al final no fue publicado-en el que exponía su política de renuncia a sus reivindicaciones territoriales en el Tirol del Sur, algo que hizo para favorecer una alianza con Italia. Ya se había enfrentado, hacía dos años, a aquellos miembros de la derecha nacionalista alemana que usaban el tema del Tirol del Sur para agitar el sentimiento anti-italiano. Véase *Hitler's Second Book. The Unpublished Sequel to Mein Kampf* ed. de Gerhard I. Weinberg, Nueva York, 2003, pp. xvi-xxi, y Ian Kershaw, *Hitler. 1889 – 1936: Hubris*, Londres, 1998, pp. 291 – 292. [Hay trad, cast.: *Hitler: 1889 – 1936*, Península, Barcelona, 2002].

[408] Knox, *Common Destiny*, p. 96.

[409] Denis Mack Smith, *Mussolini*, ed. de bolsillo, Londres, 1983, p. 235. [Hay trad, cast. *Mussolini*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2001.]

[410] Alberto Aquarone, «Public Opinion in Italy before the Outbreak of World War II», en Roly

Sarti (ed.), *The Ax Within. Italian Fascism in Action*, Nueva York, 1974, p. 212; Paul Corner «Everyday Fascism in the 1930s. Centre and Periphery in the Decline of Mussolini's Dictatorship» *Contemporary European History*, 15 (2006), pp. 215 – 218, señala el efecto negativo que la alianza con la Alemania nazi, y la posibilidad cada vez mayor de que hubiera una guerra, tuvo en el culto del Duce.

[411] Extraído de MacGregor Knox, *Mussolini Unleashed 1939 – 1941. Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War*, ed. de bolsillo, Cambridge, 1986, pp. 39 – 40.

[412] *Ciano's Diary 1939 – 1943*, ed. de Malcolm Muggeridge, Londres, 1947, pp. 45 – 46.

[413] Ray Moseley, *Mussolini's Shadow. The Double Life of Count Galeazzo Ciano*, New Haven/Londres, 1999, p. 55. [Hay trad, cast.: *El conde Ciano, la sombra de Mussolini*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.]

[414] Citado en Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 41.

[415] *Ciano's Diary*, p. 90.

[416] Véase Mario Toscano, *The Origins of the Pact of Steel*, Baltimore, 1967, caps. 4 – 5.

[417] H. James Burgwyn, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period 1918— 1940*, Westport Connecticut, 1997, p. 194.

[418] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 42; Burgwyn, p. 194.

[419] DGFP, 6, pp. 574 – 580; y véase Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany. Starting World War II, 1937 – 1959*, Chicago/Londres, 1980, pp. 579 – 581 (y p. 579 n. 188 para comprobar la autenticidad del documento, la cual había sido cuestionada en los Juicios de Núremberg y más tarde)

[420] *Ciano's Diary*, p. 116.

[421] *Ciano's Diary*, pp. 122 – 123.

[422] Citas en *Ciano's Diary*, pp. 123 – 125.

[423] *Ciano's Diary*, pp. 126 – 130.

[424] *Ciano's Diary*, p. 133.

[425] DGFP, 7, doc. 271, p. 286 (25.8.39); Burgwyn, pp. 203 – 204.

[426] DGFP, 7, doc. 317, p. 323; Burgwyn, pp. 204 – 205.

[427] *Ciano's Diary*, pp. 134 – 136; Enno von Rintelen, *Mussolini als Bundesgenosse. Erinnerungen des deutschen Militär attachés in Rom 1936 – 1945*, Tübingen/Stuttgart, 1951, p. 71. Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 43. Sobre el concepto de «no-belligerancia», véase Neville Wylie (ed.), *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge, 2002, p. 4.

[428] Que sigue a Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 16 – 19; y Mac-Gregor Knox, *Hitler's Italian Allies. Royal Armed Forces, Fascist Regime, and the War of 1940— 1943*, Cambridge, 2000, pp. 29 – 32.

[429] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 10.

[430] Denis Mack Smith, *Mussolini as a Military Leader*, Reading 1974, pp. 17, 28 – 29. No había-lo que llegó a ser muy dañino a la hora de llevar a cabo evaluaciones acertadas-un servicio de inteligencia integrado (Mussolini lo contemplaba como una amenaza a su propio poder) (Mac-Gregor Knox, «Fascist Italy Assesses its Enemies, 1935 – 1940», en Ernest R. May (ed.), *Knowing One's Enemies. Intelligence Assessment before the Two World Wars*, Princeton, 1983, pp. 347 – 372, y p.

372).

[431] Sobre los siguientes, véase Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 18 – 30; y Knox, *Common Destiny*, pp. 152 – 157.

[432] Citado en Knox, *Common Destiny*, p. 155; y Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 10. Si se mide según el PIB, Italia era en términos económicos, por mucho, la más débil de las principales potencias en guerra en 1940, y su gasto militar era sólo un tercio del alemán (Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998, pp. 10, 21). En su contribución a este volumen (pp. 177 – 223), Vera Zamagni, «Italy: How to Lose the War and Win the Peace», concluye que el grado de desarrollo de Italia impidió que el país pudiera participar en la guerra de forma efectiva, no digamos ya ganarla.

[433] Sobre el concepto, en su aplicación al régimen de Hitler, véase Peter Hüttenberger, «Nationalsozialistische Polykratie», *Geschichte und Gesellschaft*, 2 (1976), pp. 417 – 442; y el resumen en Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation* (Londres, 2000 (4)), pp. 58 – 59 [hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2003].

[434] Payne, pp. 119, 122.

[435] Payne, p. 117.

[436] Adrian Lyttleton, *The Seizure of Power*, Londres, 1973, pp. 72 – 75, 175; Bosworth, *Mussolini*, pp. 154 – 155, 160 – 165.

[437] Payne, pp. 116, 118 – 119.

[438] Martin Broszat, *Der Staat Hitlers*, Múnich, 1969, p. 262; Dieter Reben— tisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1989, p. 422.

[439] Maurizio Bach, *Die charismatischen Führerdiktaturen. Drittes Reich und italienischer Faschismus im Vergleich ihrer Herrschaftsstrukturen*, Baden-Baden, 1990, p. m.

[440] Payne, p. 221.

[441] Véase Corner, esp. pp. 199, 206 – 217.

[442] Véase Piero Melograni, «The Cult of the Duce in Mussolini's Italy», *Journal of Contemporary History*, 11 (1976), pp. 221 – 237.

[443] S. J. Woolf (ed.), *Fascism in Europe*, Londres, 1981?, p. 62.

[444] Payne, pp. 219 – 220.

[445] Knox, *Common Destiny*, p. 96; Burgwyn, p. 120; John Whittam, *Fascist Italy*, Manchester, 1995, p. 113.

[446] Knox, *Common Destiny*, p. 96.

[447] R. J. B. Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers. Italian Foreign Policy before the First World War*, Cambridge, 1979, esp. caps. 1, 2, 4, enfatiza el consenso político y social de las élites en la Italia anterior a la guerra y sus enormes ansias de poder.

[448] Bosworth, *Mussolini*, p. 255; Mack Smith, *Mussolini as a Military Leader*, p. 7.

[449] Mack Smith, *Mussolini as a Military Leader*, pp. 5, 31.

[450] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 10, 18.

[451] Bosworth, *Mussolini*, p. 347.

[452] Véase Bosworth, *Mussolini*, p. 246.

- [453] Burgwyn, pp. 145 – 146.
- [454] Mack Smith, *Mussolini as a Military Leader*, p. 5.
- [455] Ciano's Diary, pp. 144 – 145.
- [456] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 55 – 56.
- [457] Ciano's Diary, pp. 145 – 146, 151, 157 (cita en p. 157).
- [458] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 62.
- [459] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 79.
- [460] Ciano's Diary, p. 163.
- [461] Ciano's Diplomatic Papers, ed. de Malcolm Muggeridge, Londres, 1948, pp. 314 – 315 (cita en p. 314).
- [462] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 61.
- [463] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 68; DGFP, 8, doc. 504, pp. 608 – 609 (carta de Mussolini a Hitler, escrita el 3.1.40, pero enviada, con ligeras enmiendas, el 5.1.40). Ciano valoró la carta de Mussolini como «un documento excelente, rebosante de sabiduría y moderación» (Ciano's Diary, p. 194).
- [464] Ciano's Diary, p. 164.
- [465] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 71, 75.
- [466] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 52 – 54, cita en p. 52.
- [467] Ciano's Diary, pp. 222 – 223.
- [468] Ciano's Diplomatic Papers, pp. 364 – 365; *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über die Unterredungen mit Vertretern des Auswärtigen 1939 – 1941*, ed. de Andreas Hillgruber, ed. de bolsillo, Múnich, 1969, PP— 52~53» 55» 575 DGFP, 9, doc. i, pp. 1 – 16.
- [469] Ciano's Diary, pp. 224 – 225.
- [470] Ciano's Diary, pp. 225 – 226.
- [471] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 89; DDI, vol. 3, doc. 669, pp. 576 – 579; Burgwyn, p. 212. Véase también Ciano's Diary, p. 232.
- [472] Ciano's Diary, p. 231.
- [473] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 90 – 91, 93 – 94.
- [474] Ciano's Diary, pp. 234, 235, 236, 243, y véase Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 108.
- [475] Ciano's Diary, p. 221.
- [476] Ciano's Diary, p. 253. Para un cambio en el clima de opinión sobre la guerra, véase Denis Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, Londres/Nueva York, 1976, pp. 209 – 213.
- [477] Giuseppe Bottai, *Diario 1935 – 1944*, ed. de Giordano Bruno Guerri, Milán, 1982, p. 192.
- [478] Véase Knox, *Common Destiny*, pp. 113 – 147, para un agudo análisis de los elementos de continuidad y cambio en la política exterior de Mussolini. Véase también R. J. B. Bosworth, *The Italian Dictatorship. Problems and Perspectives in the Interpretation of Mussolini and Fascism*, Londres, 1998, pp. 99 – 101; y Stephen Corrado Azzi, «The Historiography of Fascist Foreign Policy», *Historical Journal*, 36 (1993), pp. 187 – 203, 7 pp. 196 – 197, 199 – 200.
- [479] Ciano's Diary, pp. 249, 256.
- [480] Ciano's Diary, p. 250.

- [481] Ciano's Diary, p. 254.
- [482] Ciano's Diary, pp. 249, 250, 261.
- [483] Ciano's Diary, p. 261; Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, p. 214; Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 104 – 105.
- [484] Ciano's Diary, p. 258; Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 104 – 105.
- [485] Ciano's Diary, p. 257.
- [486] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 119, 121 – 123.
- [487] Moseley, p. 103.
- [488] Reynolds y Eleanor Packard, *Balcony Empire. Fascist Italy at War*, Londres, 1943, p. 82.
- [489] Citado en Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 111 – 112.
- [490] Ciano 's Diary, p. 255.
- [491] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932 – 1945*, Wiesbaden, 1973, p. 1.518; Ciano's Diary, p. 257. Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 117, dice que Hitler se reunió con Alfieri el 31 de mayo en Bad Godesberg, pero un informe de Deutsches Nachrichtenbüro menciona que la reunión en el Felsenest ocurrió el día anterior.
- [492] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 116.
- [493] Pietro Badoglio, *Italy in the Second World War. Memories and Documents*, Londres/Nueva York/Toronto, 1948, pp. 14 – 15.
- [494] Badoglio, pp. 15 – 16.
- [495] Elizabeth Wiskemann, *The Rome-Berlin Axis. A Study of the Relations between Hitler and Mussolini*, Londres, 1966, p. 255.
- [496] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 116; DDI, vol. 4, doc. 642, pp. 495 – 497; Badoglio, pp. 14 – 17.
- [497] Ciano's Diary, pp. 256 – 257.
- [498] Ciano's Diary, p. 259.
- [499] Packard y Packard, pp. 85 – 86.
- [500] Bottai, p. 193.
- [501] Badoglio, p. 20.
- [502] Ciano's Diary, p. 264. Sobre el entusiasmo de la multitud, véase también Rintelen, p. 85.
- [503] Luigi Villari, *Italian Foreign Policy under Mussolini*, Londres, 1959, p. 255. [Hay traducción cast.: *La política exterior de Mussolini*, AHR, Barcelona, 1958.]
- [504] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 2: *Their Finest Hour*, Londres, 1949, p. 106.
- [505] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 71 – 74.
- [506] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 82.
- [507] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 107.
- [508] Véase Rintelen, p. 93, quien afirma que hubiera sido más conveniente (para la estrategia bélica alemana) si Italia hubiera mantenido su estatus de país no beligerante y el Mediterráneo no hubiera pasado a formar parte del conflicto directo.
- [509] Moseley, pp. 106 – 107.
- [510] Ciano's Diary, p. 266.

- [511] Ciano's Diary, p. 267. Ciano pensaba que el Duce temía «que la hora de la paz se acerca y ve como ese sueño suyo inalcanzable, la gloria en el campo de batalla, se desvanece una vez más».
- [512] Ciano's Diary, p. 268; Knox, Mussolini Unleashed, pp. 129 – 130.
- [513] Ciano 's Diary, p. 269.
- [514] Ciano 's Diary, pp. 270 – 271.
- [515] Bottai, p. 204.
- [516] Ciano's Diary, ip. 278.
- [517] Mack Smith, Mussolini, p. 294.
- [518] Knox, Mussolini Unleashed, p. 138.
- [519] Mack Smith, Mussolini, p. 295.
- [520] Knox, Mussolini Unleashed, pp. 134 – 137, 155 – 165; William L. Langer y S. Everett Gleason, The Undeclared War, 1940 – 1941, Nueva York, 1953.
- [521] Ciano 's Diary, p. 87.
- [522] Mario Cervi, The Hollow Legions. Mussolini's Blunder in Greece, 1940— 1941, Londres 1972, pp. 7 – 10; también Mack Smith, Mussolini, p. 271. Ciano había escrito en su diario el 12 de septiembre de 1939 que Mussolini había «dado órdenes para que se buscara un entendimiento con Grecia, un país demasiado pobre como para que sea objeto de nuestra codicia» (Ciano's Diary, p. 151).
- [523] Bottai, p. 191 (25.5.40).
- [524] Bottai, p. 224 (29.6.40).
- [525] Archivio Centrale, Rome, Carte Graziani, b. 42, Roatta Diary, 7.7.40.
- [526] Ciano's Diplomatic Papers, pp. 377 – 378; Knox, Mussolini Unleashed, pp. 139 – 142; Mario Cervi, pp. 14 – 17; Ehrengard Schramm-von Thadden, Griechenland und die Großmächte in Zweiten Weltkrieg, Wiesbaden, 1955, pp. 48 – 51.
- [527] DRZW, vol. 3, 1984, p. 360. Roatta, sin embargo, había de algún modo deducido, a raíz de que Hitler le comentara a Ciano que era esencial que no se perturbara la paz de los Balcanes, que obviamente «no debemos hacer nada contra Yugoslavia» (Roatta Diary, 14.7.40).
- [528] Ciano's Diary, p. 281.
- [529] Knox, Mussolini Unleashed, pp. 166 – 167.
- [530] Ciano 's Diary, pp. 281 – 282.
- [531] Ciano's Diary, p. 282.
- [532] Cervi, pp. 18 – 23; Knox, Mussolini Unleashed, pp. 167 – 171.
- [533] Cervi, p. 34; Moseley, p. 114.
- [534] Ciano 's Diary, pp. 282 – 283.
- [535] Ciano's Diary, p. 283.
- [536] El sentimiento anti-italiano se intensificó cuando un viejo crucero griego, el Helli, fue torpedeado el 15 de agosto por un submarino que todo el mundo presumía-correctamente, como luego se supo-que era italiano. Los hechos sobre este incidente sólo se conocieron mucho tiempo después de la guerra. Había sido instigado, bajo propia iniciativa, por uno de los súbditos más salvajes del Duce, el notablemente arrogante e impetuoso veterano fascista Cesare Maria De Vecchi di Val Cismon, gobernador de las islas italianas del Egeo (Cervi, pp. 29 – 32).

[537] Citado en Cervi, pp. 22 – 23; con ligeras enmiendas en DGFP, 10, doc. 333, pp. 471 – 472.

[538] Ciano's Diplomatic Papers, p. 381.

[539] DRZW, vol. 3, p. 361; Knox, Mussolini Unleashed, p. 174.

[540] Cervi, p. 23.

[541] Ciarnos Diary, p. 284.

[542] Knox, Mussolini Unleashed, pp. 175 – 176.

[543] DDI, vol. 5, p. 436; Knox, Mussolini Unleashed, pp. 176 – 177; DRZW, vol. 3, p. 365
Cervi, pp. 24, 42 – 43; Roatta Diary, 22.8.40.

[544] Ciano's Diary, p. 285.

[545] Ciano's Diplomatic Papers, p. 385.

[546] Knox, Mussolini Unleashed, pp. 178 – 179.

[547] Citado en Cervi, p. 43; véase también Knox, Mussolini Unleashed, p. 181.

[548] Knox, Mussolini Unleashed, p. 186.

[549] Citado en Cervi, p. 45.

[550] Frase de Ciano: Ciano's Diary, p. 291.

[551] Enno von Rintelen, el agregado militar alemán en Roma, ya había indicado en agosto que, aunque el ataque a Inglaterra ya estaba de lleno en la fase de preparativos, su consecución presentaba «serias dificultades» (Roatta Diary, 7.8.40).

[552] Citado en Knox, Mussolini Unleashed, p. 191.

[553] Ciano's Diplomatic Papers, p. 391.

[554] Ciano's Diplomatic Papers, p. 392; Schramm-von Thadden, p. 88; DGFP, 11, doc. 73, p. 121; DRZW, vol. 3, p. 369.

[555] Moseley, p. 115, que cita los comentarios del general Puntoni, el edecán del rey, que dijo que «Ciano se mostraba impaciente por dar una lección a Grecia por su conducta, la cual, dice, es ambigua».

[556] Schramm-von Thadden, pp. 88 – 90; DRZW, vol. 3, p. 370; Knox, Mussolini Unleashed, p. 190.

[557] Knox, Mussolini Unleashed, pp. 196 – 197.

[558] Knox, Mussolini Unleashed, p. 197.

[559] Knox, Mussolini Unleashed, p. 195.

[560] Knox, Mussolini Unleashed, pp. 193 – 194; Renzo De Felice, Mussolini l'alleato 1940 – 1945, vol. 1, Turin, 1990, pp. 295 – 296; Cervi, pp. 56 – 57; DRZW, vol. 3, p. 372.

[561] Ciano's Diary, p. 294.

[562] La adhesión era, sin embargo, un tanto fría. Cuando Ciano presentó una lista vergonzosamente larga-para un país que casi no había tomado parte en guerra alguna-de exigencias en su encuentro con Hitler el 7 de julio, ni más ni menos que Ribbentrop le dijo que «hay que ser moderado y no tener los ojos más grandes que el estómago». Paul Schmidt, Statist auf diplomatischer Bühne 1923 – 45. Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit der Staatsmännern Europas, Bonn, 1953, pp. 502 – 503; F. W. Deakin, The Brutal Friendship. Mussolini Hitler and the Fall of Italian Fascism, Londres, 1962, p. 11 [hay trad. cast: La brutal amistad

Mussolini-Hitler, Grijalbo, Barcelona, 1965].

[563] Ciano's *Diplomatic Papers*, pp. 395 – 398; Ciano's *Diary*, p. 296.

[564] Ciano's *Diary*, pp. 296.

[565] Schramm-von Thadden, pp. 88 – 89, 96. Un tentador dato, que Soddu pasó a Roatta sugiere que Hitler y Mussolini puede que se hubieran puesto de acuerdo en privado en el Brenner aunque no se menciona en las actas de la reunión-para que un regimiento italiano acompañara a la misión militar alemana a Rumania (Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 202; De Felice, p. 297). Knox supone que el comentario derivó de un cara a cara privado entre Mussolini y Hitler. Pero parece poco probable que Hitler hiciera alguna promesa al respecto. Y es imposible determinar si la información que Soddu tenía era en relación a un comentario hecho o a una presunción italiana basada en un malentendido. Ciano negó a Bottai que hubiera habido discusión alguna en el Brenner con respecto del avance de Alemania sobre Rumania (Bottai, p. 227).

[566] De Felice (p. 297) rechaza que Mussolini pudiera haberse visto sorprendido por la actuación alemana en Rumania, dado que el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano había sido informado de la respuesta positiva por parte de los alemanes a la «petición» rumana de enviar tropas. Acepta, sin embargo, que Mussolini sí pudo haberse visto sorprendido por la rapidez de la acción alemana. Pero con toda probabilidad no fue sólo eso; la manera en que recibió la información de la llegada del destacamento alemán no pudo sino haberle enfurecido.

[567] Ciano's *Diary*, p. 297.

[568] Bottai, p. 227.

[569] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 187, 203, 205 – 207; DRZW, vol. 3, PP— 374 – 375.

[570] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 207 – 208.

[571] Ciano's *Diary*, p. 297. Le dijo a Bottai, sin embargo, que la labor militar sería más ardua de lo que habría sido en agosto, que fue cuando él instó a actuar, aunque seguía estando seguro de tener éxito (Bottai, p. 227).

[572] Churchill, *The Second World War*, vol 2, pp. 383 – 384; Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 152 – 153.

[573] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 208 – 209. Una motivación secundaria era quizás, como De Felice, pp. 300 – 305, sugiere, que la victoria sobre Grecia le aseguraría el poder de negociación que necesitaría si Hitler intentara discutir las condiciones de paz con la Francia de Vichy a costa de las exigencias territoriales italianas, lo cual parecía claramente posible tras los encuentros de Hitler con Laval y Pétain.

[574] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 202; Martin van Creveld, *Hitler's Strategy 1940 – 1941 The Balkan Clue*, Cambridge, 1973, p. 34.

[575] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 208.

[576] Citado en Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 209; véase también Schramm— von Thadden, p. 101; DRZW, vol. 3, pp. 376 – 377; y sobre el plan, Cervi, pp— 36 – 37.

[577] Cervi, pp. 61 – 62. En una nota de Mussolini a Graziani, al poco tiempo de la reunión de Brenner el 4 de octubre, se daba ya a entender por vez primera, sin embargo, que el objetivo de una invasión sería la ocupación de todo el territorio griego, no sólo de Ciamuria (Creveld, *Hitler's Strategy*, pp. 35 – 36).

[578] Cervi, p. 62; Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 210.

[579] Schramm-von Thadden, p. 102; Cervi, p. 65; Mack Smith, *Mussolini as a Military Leader* p. 31. Badoglio, p. 26, afirma que tanto Cavagnari como Pricolo asistieron, pero tal afirmación parece apuntar a un fallo de memoria.

[580] Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 211.

[581] Reproducido en DDI, vol. 5, doc. 728, pp. 699 – 705; reproducido en Schramm-von Thadden, pp. 209 – 217; citas arriba mencionadas, de la traducción inglesa en Cervi, pp. 311 – 320. Véase también el resumen en Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 211 – 214, y los comentarios mordaces sobre la reunión de Mack Smith, *MussoliniVs Román Empire*, pp. 232 – 233. El relato de Sebastian Visconti Prasca, *lo ho aggredito la Grecia, Milán, 1947?*, pp. 61 – 70, afirmaba que la máquina de estenotipia había sido amañada por Mussolini y no funcionaba correctamente (sobre todo en lo concerniente a la contribución del propio Visconti Prasca), aunque confirma la esencia y naturaleza superficial de la discusión.

[582] Visconti Prasca, pp. 68 – 70. Las actas de la reunión del 15 de octubre no corroboran la afirmación de Walter Rauscher, *Hitler und Mussolini. Macht, Rrieg und Terror*, Graz, 2001, p. 413, según la cual Badoglio alzó la voz en contra de una operación contra Grecia, pero Mussolini no quiso escuchar.

[583] Ciano's Diary, p. 298.

[584] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 214 – 217.

[585] Lo siguiente, basado en Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 217 – 219.

[586] Schramm-von Thadden, p. 108.

[587] Véase Ciano's Diary, p. 300; y Bottai, p. 229.

[588] Citado en Moseley, p. 117.

[589] Citas en Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 220 – 221.

[590] Ciano's Diary, p. 300.

[591] Ciano's Diary, p. 301.

[592] *Heeresadjutant bei Hitler 1938 – 1943. Aufzeichnungen des Majors Engel*, ed. de Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974, p. 88 (28.10.40); Schmidt, pp. 516 – 517. El hecho de que Hitler se sintiera sorprendido y enfadado debido al ataque unilateral contra Grecia por parte de Mussolini es disputado por Creveld, *Hitler's Strategy*, pp. 39 – 51, y Martin van Creveld, «25 October 1940. A Historical Puzzle», *Journal of Contemporary History*, 6 (1971), pp. 87 – 96. Pero Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 346 n. 84 y p. 350 n. 156, hace una serie de observaciones críticas muy reveladoras del argumento de Creveld.

[593] Véase Ernst von Weizsäcker, *Erinnerungen*, Múnich/Leipzig/Friburgo, 1950, pp. 302 – 303. Según Weizsäcker, secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, había propuesto enviar un aviso inequívoco a Mussolini de no ampliar el alcance de la guerra sin antes acordarlo con Alemania. Ribbentrop, escribió Weizsäcker, estaba de acuerdo con esta iniciativa, pero Hitler había dicho que no quería contener al dictador italiano e indirectamente, por lo tanto, abrió el camino a las acciones temerarias de Mussolini. La supuesta sorpresa, según Weizsäcker, fingida. Weizsäcker aceptó que Hitler probablemente no había estado dispuesto a creer en la determinación de Mussolini a llevar a cabo el ataque.

[594] Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 222 – 230; Cervi, pp. 87 – 92. Véase también Rintelen pp. 108 – 110.

[595] Schramm-von Thadden, p. 113, citando la carta de Hitler a Mussolini del 20 de noviembre de 1940. Creta había sido parte de los planes estratégicos alemanes sobre operaciones conjuntas con Italia para obligar a los británicos a salir del Mediterráneo oriental y del norte de África. Véase Creveld, *Hitler's Strategy*, p. 37.

[596] Ciano's *Diplomatie Papers*, p. 400.

[597] Los documentos se encuentran en Ciano's *Diplomatie Papers*, pp. 399—404, la versión alemana en *Staatsmänner*, pp. 150 – 165. Quizás como reconocimiento tácito de la aceptación por parte de Hitler de su golpe militar en Grecia, Mussolini fue menos intransigente respecto de la Francia de Vichy de lo que se había esperado (De Felice, p. 307).

[598] Mack Smith, *Mussolini*, p. 302; Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 236; Bosworth, *Mussolini*, p. 375.

[599] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 481.

[600] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 544; Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 256 (donde la cifra que se da de italianos capturados es de 115.000); Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, Múnich, 1975 (4), p. 107, ofrece los datos de 130.000 prisioneros italianos, y 470 tanques junto a 1.300 piezas de artillería perdidos entre principios de diciembre y principios de febrero. Las pérdidas británicas fueron muy pequeñas.

[601] Antes de la invasión italiana, Gran Bretaña había sido muy cauta sobre cuán valioso o practicable sería proporcionar los medios militares necesarios para reforzar Grecia. Véase John S. Koliopoulos, *Greece and the British Connection 1935 – 1941*, Oxford, 1977, pp. 134 – 142. Una vez se dio el ataque, Gran Bretaña deseó la continuidad del mismo, pero también era partidaria de evitar que Grecia cayera bajo dominio alemán. Grecia y Creta eran consideradas como importantes de cara a la defensa de Egipto, la cual era vital. Sin embargo, los medios de apoyo británicos de los que se podía prescindir en el norte de África eran muy limitados. Véase Martin van Creveld, «Prelude to Disaster. The British Decision to Aid Greece, 1940 – 1941», *Journal of Contemporary History*, 9 (1974), pp. 65 – 92. No hubo ninguna presencia militar británica de importancia hasta finales de marzo de 1941, que fue cuando apresuradamente se enviaron fuerzas desde Oriente Medio en parte debido a la crisis de Yugoslavia—un paso que más adelante fue juzgado como un error que permitió que el enemigo tomara la iniciativa en el norte de África—. El ataque alemán sobre Yugoslavia y Grecia comenzó el 6 de abril. Para finales de ese mismo mes, alrededor de 50.000 tropas británicas y de la Mancomunidad Británica de Naciones habían sido evacuadas y otras 7.000 habían sido capturadas (DearyFoot, pp. 102 – 106).

[602] *DRZW*, vol. 3, pp. 421 – 422.

[603] Creveld, *Hitler's Strategy*, pp. 134 – 135.

[604] *The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents February—April 1945*, ed. de François Genoud, Londres, 1961, pp. 65, 72 – 73, 81.

[605] Véase Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940—1941*, Bonn, 1993?, p. 506 n. 26.

[606] Rintelen, pp. 90, 92 – 93, 98 – 99, enfatiza, desde una perspectiva alemana, el error estratégico de no invadir Malta.

[607] Rintelen, p. 101.

[608] James J. Sadkovich, «The Italo-Greek War in Context. Italian Priorities and Axis

Diplomacy», *Journal of Contemporary History*, 28(1993), pp. 439 – 464, p. 440, y véase también p. 455.

[609] Fuehrer Conferences on Naval Affairs 1939 – 1945, Londres, 1990, pp. 154— 155.

[610] James J. Sadkovich, «Understanding Defeat. Reappraising Italy's Role in World War II» *Journal of Contemporary History*, 24 (1989), pp. 27— 61, p. 38.

[611] Dear y Foot, pp. 504 – 508. Las terribles condiciones en Grecia al final de la ocupación conforme comenzaba el descenso hacia la guerra civil, son descritas de forma vivida en Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece. The Experience of Occupation, 1941 – 1944*, New Haven/Londres 1993, PP* 362 – 373.

[612] Véase Creveld, *Hitler's Strategy*, p. 163.

[613] Sadkovich, «The Italo-Greek War», p. 446.

[614] Véase Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 209.

[615] Badoglio, p. 29; también citado en Knox, *Mussolini Unleashed*, p. 236; y (con ligeras variaciones en la traducción) Cervi, pp. 149 – 150.

[616] Ciano's Diary, p. 298; Knox, *Mussolini Unleashed*, pp. 215 – 216.

[617] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 548. La afirmación es no obstante aceptada por Brian R. Sullivan, «“Where One Man, and Only One Man, Led”. Italy's Path from Non-Alignment to Non-Belligerency to War, 1937 – 1940», en Wylie, p. 149.

[618] Mack Smith, *Mussolini as a Military Leader*, p. 23, señala como el recurrir al «genio» del Duce liberaba a oficiales de alto rango de un cierto sentido de la responsabilidad.

[619] *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, ed. de Samuel I. Rosenman, vol. 9, Nueva York, 1940, p. 517.

[620] *Public Opinion 1935 – 1946*, ed. de Hadley Cantrill, Westport, Connecticut, 1951» P-971.

[621] *Public Opinion*, p. 973.

[622] Yale University Library, *Henry L. Stimson Diaries 1909 – 1945*, Reel 6, entrada del 19.12.40; William L. Langer y S. Everett Gleason, *The Undeclared War, 1940 – 1941*, Nueva York 1953, p. 243.

[623] Citado en John Morton Blum, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 2: *Years of Urgency, 1938 – 1941*, Boston, 1965, p. 254 (de la entrada en el diario fechada el 14.5.41).

[624] *Stimson Diaries*, Rollo 6, entrada del 22.4.41; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 442.

[625] *Public Papers and Addresses*, vol. 8 (1939), p. 3; Joseph Alsop y Robert Kintner, *American White Paper. The Story of American Diplomacy and the Second World War*, Londres 1940, p. 31; Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932 – 1945*, Nueva York, 1979, p. 179; Robert A. Divine, *The Reluctant Belligerent. American Entry into World War II*, Nueva York, 1965, p. 56; David M. Kennedy, *Freedom from Fear. The American People in Depression and War, 1929 – 1945*, Nueva York/Oxford, 1999, p. 427.

[626] Citado en Alsop y Kintner, p. 68.

[627] Waldo H. Heinrichs, Jr., *Threshold of War. Franklin D. Roosevelt and American Entry into World War II*, Nueva York/Oxford, 1988, p. 11.

[628] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 2: *Their Finest Hour*, Londres, 1949, p.

[629] Churchill and Roosevelt. The Complete Correspondence, ed. de Warren F. Kimball Princeton, 1984, vol. 1, doc. C-84X, pp. 181 – 182 (3.5.41); Heinrichs, Threshold of War, p. 81.

[630] Citado en Kennedy, p. 496.

[631] El título del cap. 3 de la obra de Warren F. Kimball, Forged in War. Churchill, Roosevelt and the Second World War, Londres, 1997.

[632] El papel de Roosevelt en el New Deal fue indispensable, hasta el punto de que su aportación fue decisiva en áreas de éxito, mientras que su falta de interés, por ejemplo, en la vivienda de bajo coste, y su indecisión en el área de estrategia industrial, ayudaron a determinar las carencias del sistema (Tony Badger, The New Deal. The Depression Years, 1933 – 1940, Londres, 1989, p. 9). Patrick Renshaw, Franklin D. Roosevelt. Profiles in Power, Londres, 2004, p. 107 resalta la importancia de la «total fuerza de la personalidad» de Roosevelt de cara a la recuperación del espíritu de la nación después de 1933.

[633] Freidel, p. 287; Kennedy, pp. 347 – 349; Hugh Brogan, The Pelican History of the United States of America, Harmondsworth, 1986, p. 565. Los republicanos consiguieron ochenta escaños en el Congreso y ocho en el Senado. Aunque los demócratas seguían controlando ambas cámaras, los pactos entre partidos conllevaron el que las fuerzas contrarias a Roosevelt se vieran sustancialmente reforzadas.

[634] Sobre los préstamos estadounidenses y la insistencia en que fueron devueltos, véase Zara Steiner, The Lights that Failed. European International History 1919 – 1933, Oxford, 2005, pp. 38 – 39, 185, 188.

[635] Divine, The Reluctant Belligerent, pp. 8 – 10; Kennedy, pp. 387 – 388.

[636] Citado en Kennedy, p. 386.

[637] Citado en Kennedy, p. 386.

[638] Divine, The Reluctant Belligerent, pp. 17 – 22.

[639] Kennedy, p. 393.

[640] Kennedy, pp. 395 – 396. Sobre el petróleo estadounidense y la guerra abisiniana, véase Cordell Hull, The Memoirs of Cordell Hull, Nueva York, 1948, vol. 1, pp. 422 – 442, sobre todo la admisión de Hull en p. 442, que reza que «habíamos ido tan lejos como habíamos podido», pero aunque «las exportaciones de petróleo desde Estados Unidos a Italia habían sido moralmente embargadas», el «Gobierno de Estados Unidos no tenía la autoridad para imponer un embargo petrolífero». Y véase Robert A. Divine, Roosevelt and World War II, Baltimore, 1969, pp. 11 – 13.

[641] Divine, The Reluctant Belligerent, p. 29.

[642] Divine, The Reluctant Belligerent, pp. 31 – 33; Cordell Hull diseñó la posición de Gobierno, y la defendió, en Hull, vol. 1, pp. 476 – 485.

[643] Kennedy, pp. 398 – 399.

[644] Eric Larrabee, Commander in Chief. Franklin Delano Roosevelt, his Lieutenants, and the War, Londres, 1987, pp. 32 – 33.

[645] El fragmento con la cita está incluido en Divine, Roosevelt and World War II, p. 9; y también citado en Brogan, p. 569.

[646] Citado en John T. Flynn, The Roosevelt Myth, Nueva York, 1956, pp. 90 – 92.

[647] Flynn, p. 92.

[648] Divine, *The Reluctant Belligerent*, pp. 48 – 49.

[649] Kennedy, p. 388.

[650] Para un repaso de la trayectoria de la carrera de Hull, véase Irwin F. Gellman, *Secret Affairs. Franklin Roosevelt, Cordell Hull, and Sumner Welles*, Baltimore/Londres, 1995, pp. 20 – 36.

[651] Alsop y Kintner, pp. 14, 25.

[652] David Reynolds, *The Creation of the Anglo-American Alliance 1937 – 1941. A Study in Competitive Co-operation*, Chapel Hill, NC, 1982, p. 27.

[653] Citado en Kennedy, p. 405. En un análisis minucioso de la opinión pública norteamericana llevado a cabo en las mismas fechas que el discurso de la cuarentena, Michael Leigh, *Mobilizing Consent. Public Opinion and American Foreign Policy, 1937 – 1947*, Westport, Connecticut, 1976, p. 48, concluía que, lejos de sentirse atrapado por las actitudes populares, Roosevelt «era capaz de proyectar su propia indecisión al público en general», siendo el resultado de esto mismo que «aplazó la entrada en acción incluso cuando el aislacionismo popular se estaba viniendo abajo».

[654] Citado en William R. Rock, *Chamberlain and Roosevelt. British Foreign Policy and the United States, 1937 – 1940*, Columbus, Ohio, 1988, p. 48.

[655] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm*, Londres, 1948, p. 229. La iniciativa fue creada por Sumner Welles, y aceptada por el presidente, pero con la oposición del secretario de Estado, Cordell Hull. Véase Sumner Welles, *Seven Major Decisions*, Londres, 1951, pp. 29 – 44; y Rock, pp. 51 – 77.

[656] Rock, p. 70.

[657] *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers 1938*, vol. 1, Washington, 1955, p. 688; también citado en Rock, p. 124, y Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 54. Véase también Divine, *Roosevelt and World War II*, pp. 20 – 23, sobre el impacto que tuvo en Roosevelt la crisis checa.

[658] Kennedy, p. 419.

[659] Kennedy, pp. 416 – 417.

[660] David Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor. Roosevelt's America and the Origins of the Second World War*, Chicago, 2001, pp. 42 – 43.

[661] Alsop y Kintner, pp. 25, 41. Sobre la personalidad de Welles y el desarrollo de su carrera, véase Gellman, pp. 59 – 69.

[662] Alsop y Kintner, pp. 28 – 29.

[663] Sobre la importancia que se dio al desarrollo de una fuerza aérea fuerte, véase Michael S. Sherry, *The Rise of American Air Power. The Creation of Armageddon*, New Haven/Londres, 1987, pp. 76 – 91.

[664] Freidel, pp. 307 – 313.

[665] Alsop y Kintner, pp. 57 – 59.

[666] Divine, *The Reluctant Belligerent*, pp. 56 – 63.

[667] Ian Kershaw, *Hitler, 1936 – 1943. Nemesis*, Londres, 2000, p. 189.

[668] Citado en William L. Langer y S. Everett Gleason, *The Challenge to Isolation, 1937-1941*, Nueva York, 1952, pp. 160 – 161.

[669] Freidel, p. 318.

[670] FDR's Fireside Chats, ed. de Russell D. Buhite y David W. Levy, Nueva York, 1992, pp 148 – 151.

[671] Citado en Alsop y Kintner, p. 31.

[672] Citado en Alsop y Kintner, pp. 85 – 86.

[673] Alsop y Kintner, p. 86.

[674] Alsop y Kintner, pp. 81 – 82, 90; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 76.

[675] Alsop y Kintner, p. 83.

[676] Kennedy, p. 432.

[677] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 67.

[678] Citado en Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 65.

[679] Divine, *The Reluctant Belligerent*, pp. 66 – 73.

[680] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 35.

[681] Kennedy, p. 433; Freidel, p. 323.

[682] Sumner Welles, *The Time for Decision*, Londres, 1944, pp. 61 – 118. El parte original enviado desde Londres por Welles (12.3.40) expresaba menos entusiasmo que su posterior relato publicado. Indicaba que «Churchill había consumido una gran cantidad de whisky» y no estaba en absoluto sobrio cuando pronunció un monólogo—«una cascada de oratoria», aunque constituyera no más que un «refrito» de opiniones que ya había publicado—que duró una hora y cincuenta minutos (http://www.fdrhbrary.marist.edu/psf7_box6/a73g02.html).

[683] R M. H. Bell, *A Certain Eventuality... Britain and the Fall of France*, Londres, 1974, p. 39.

[684] Welles, *Time for Decision*, pp. 118 – 119.

[685] *For the President: Personal and Secret. Correspondence between Franklin D. Roosevelt and William C. Bullitt*, ed. de Orville H. Bullitt, Londres, 1973, p. 416.

[686] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 473. Dallek, p. 222, da números aún menores.

[687] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 462

[688] Freidel, p. 331.

[689] Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 78.

[690] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 103 – 104; Winston S. Churchill, *Great War Speeches*, ed. de bolsillo, Londres, 1957, pp. 23 – 24 citado en Langer y Gleason, *Challenge*, p. 497.

[691] Kennedy, p. 440.

[692] Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 81.

[693] John Lukács, *Five Days in London. May 1940*, ed. de bolsillo, New Haven/Londres 2001, pp. 75 – 76.

[694] Alsop y Kintner, pp. 104 – 110.

[695] James MacGregor Burns, *Roosevelt The Soldier of Freedom 1940 – 1945*, Londres, 1971 p. 9. [Hay trad, cast.: Roosevelt, Grijalbo, Barcelona, 1973.]

[696] Burns, p. 61.

[697] Robert E. Sherwood, *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, vol. 1, Londres, 1948 pp. 202 – 219, contiene una buena descripción del ambiente de trabajo de Roosevelt. Véanse también

Bums, pp. 58 – 62; Alsop y Kintner, p. 23; y Larrabee, pp. 26 – 27.

[698] Richard M. Pious, *The American Presidency*, Nueva York, 1979, p. 31.

[699] Larrabee, p. 42; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 88.

[700] Pious, pp. 53 – 55.

[701] Pious, pp. 142, 154 – 155.

[702] Kimball, *Forged in War*, pp. 18 – 19.

[703] Heinrichs, *Threshold of War*, pp. 17, 19.

[704] Stimson Diaries, Rollo 6, entradas fechadas el 7.11.40 y el 18.12.40.

[705] Pious, pp. 240 – 242.

[706] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 181.

[707] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 472.

[708] Freidel, pp. 341 – 342.

[709] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 478; Freidel, p. 342; Blum, pp. 147 – 148.

[710] Freidel, p. 324; Blum, p. 264.

[711] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 181.

[712] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 674; cita de Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 181.

[713] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 478

[714] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 164 – 165; Freidel, p. 342.

[715] Blum, p. 165; Flynn, pp. 221 – 222.

[716] Burns, p. 39; Blum, p. 166.

[717] Blum, p. 166; Larrabee, p. 45; Burns, p. 38.

[718] Kimball, *Forged in War*, p. 53.

[719] Heinrichs, *Threshold of War*, p. 18.

[720] Larrabee, p. 45.

[721] Larrabee, p. 98; Kennedy, pp. 430 – 431.

[722] Larrabee, p. 121.

[723] Citado en Freidel, p. 339.

[724] Blum, pp. 166 – 167.

[725] Blum, p. 44.

[726] Blum, p. 44; William Carr, *Prelude to Pearl Harbor. The Making of the Second World War*, Londres, 1985, p. 48.

[727] Heinrichs, *Threshold of War*, p. 20. hi. Véase Gellman, pp. 2, 226 – 234.

[728] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 3 – 13; Larrabee, pp. 25 – 26; Kennedy, pp. 145 – 146, 161; Freidel, p. 347; frase citada, Burns, p. 60.

[729] Heinrichs, *Threshold of War*, p. 20, sobre el párrafo y sobre la cita.

[730] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 99; Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 94.

[731] Divine, *The Reluctant Belligerent*, pp. 86 – 88; Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. 92 – 94.

[732] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 479. Es éste el corto período en el que las encuestas

indican que la mayoría de los estadounidenses creían que Alemania ganaría la guerra. Véase el gráfico en Steven Casey, *Cautious Crusade. Franklin D. Roosevelt, American Public Opinion, and the War against Nazi Germany*, Oxford/Nueva York, 2001, p. 26.

[733] Citado en Kimball, *Forged in War*, pp. 15, 35.

[734] Kimball, *Forged in War*, pp. 13, 22 – 23; Freidel, p. 332; Reynolds, *Anglo— American Alliance*, p. 114. Sobre el desprecio de Hopkins a los “repugnantes” cócteles de Roosevelt, véase Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 113.

[735] Kimball, *Forged in War*, p. 31.

[736] Kimball, *Forged in War*, p. 36.

[737] Citado en Freidel, p. 333.

[738] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 22 – 23; Churchill and Roosevelt, vol. 1, C-9X (15.5.40), pp. 37 – 38.

[739] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 98, citando una nota del Foreign Office fechada el 17.5.40.

[740] Citado en Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 98 (en cursiva en el original).

[741] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 99. Después de que Roosevelt enviara un mensaje esperanzador a Reynaud el 13 de junio, Churchill— apoyado por lord Beaverbrook, ministro de la Producción Aérea—esperaba la entrada de Estados Unidos en la guerra «en un futuro cercano». La desilusión de estas esperanzas poco realistas pronto tuvo lugar (Christopher Hill, *Cabinet Decisions on Foreign Policy. The British Experience, October 1938-June 1941*, Cambridge, 1991, p. 168).

[742] Freidel, p. 331. El Comité de Relaciones Exteriores del Congreso el 3 de junio era fuerte en su oposición a la entrega a otros países de material para su defensa nacional. Un poco más tarde, ese mismo mes, el Congreso prohibió la venta de material bélico y naval a otros países si no era esencial para su defensa nacional (Dallek, pp. 227, 243).

[743] Citado en Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 481 – 482; véanse también Hull, vol. i, pp. 765 – 766; y Blum, p. 151.

[744] Blum, pp. 150 – 152.

[745] Freidel, p. 333.

[746] Hull, vol. 1, p. 166; y véase Blum, pp. 149 – 158.

[747] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 483.

[748] Texto en Langer y Gleason, *Challenge*, p. 485; y Churchill and Roosevelt, vol. i, R-4X 16.5.40, pp. 38 – 39; véanse también Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 23; Kimball, *Forged in War*, p. 49; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 114.

[749] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 496.

[750] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 489 – 490, 494.

[751] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 486 – 487.

[752] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 516 – 517.

[753] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 88.

[754] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 86. Tomando esto en perspectiva, los gastos de defensa británicos casi se triplicaron entre 1939 y 1940 y prácticamente se cuadruplicaron entre 1939 y 1941; el gasto alemán era menos que la mitad (eso sí, partiendo de unas cifras elevadas) en

1939 – 1940, y se incrementó casi dos puntos y medio de 1939 a 1941 (Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919 – 1945. A Documentary Reader*, vol. 2, Exeter, 1984, p. 298).

[755] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 50 – 51; Churchill and Roosevelt, vol. 1, C-iox, C-iiix, C-17X, pp. 39 – 40, 49 – 51; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 115; Lukács, *Five Days in London*, p. 73.

[756] Citado en Langer y Gleason, *Challenge*, p. 491.

[757] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 205.

[758] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 744.

[759] Freidel, p. 334.

[760] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 205 – 211; Joseph R Lash, *Roosevelt and Churchill 1959 – 1941. The Partnership that Saved the West*, Nueva York, 1976, p. 165; Langer y Gleason, *Challenge*, p. 573; Reynolds, *Anglo— American Alliance*, p. 119; Kennedy, p. 452.

[761] Harold L. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, vol. 3: *The Lowering Clouds 1959 1941*, Nueva York, 1955. 233.

[762] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, pp. 119 – 120.

[763] Freidel, pp. 342, 343.

[764] Flynn, pp. 214 – 215; Kennedy, pp. 456 – 457.

[765] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 174.

[766] Lash, p. 206.

[767] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 117, 167.

[768] Blum, p. 162.

[769] Kimball, *Forged in War*, pp. 53 – 54.

[770] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 356 – 357; Churchill and Roosevelt, vol. 1, C-20X, pp. 56 – 57.

[771] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 506 – 507.

[772] Ickes, pp. 270 – 271, 293; Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 745 – 746.

[773] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 175 – 176.

[774] *The Roosevelt Letters*, vol. 3: [1928 – 1945], ed. de Elliott Roosevelt, Londres, 1952, pp. 324 – 325; también editado en Langer y Gleason, *Challenge*, p. 745.

[775] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 747 – 749.

[776] Ickes, p. 283.

[777] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 749 – 751; Burns, pp. 177 – 179; Ickes, pp. 292 – 293.

[778] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 358 – 360.

[779] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 751 – 753.

[780] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 753 – 757, cita p. 757.

[781] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 758 – 759; Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 360 – 361.

[782] Dallek, p. 245; Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 760 – 761; Divine, *Roosevelt and World War II*, p. 36.

[783] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, pp. 128 – 131.

[784] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 361 – 368; Langer y Gleason, *Challenge*, pp.

[785] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 769; Blum, pp. 182 – 183.

[786] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 131; Kennedy, p. 461.

[787] Ciano's *Diary 1939 – 1945*, ed. de Malcolm Muggeridge, Londres, 1947, p. 288; Langer y Gleason, *Challenge*, p. 775.

[788] Franz Haider, *Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942*, vol. 2: *Von der geplanten Landung in England bis zum Beginn des Ostfeldzuges* (i.j. 1940 – 21.6.1941), ed. de Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1963, p. 75 (23.8.40), p. 98 (14.9.40); *Fuehrer Conferences on Naval Affairs 1939 – 1945*, Londres, 1990, p. 134; Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940 – 1941*, Bonn, 1993?, PP* 201 – 203.

[789] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 24; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 132; Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 87.

[790] Langer y Gleason, *Challenge*, pp. 770 – 776.

[791] Citado en Langer y Gleason, *Challenge*, p. 768. Hacia finales de año, Halifax había aceptado de mala gana el puesto de embajador en Washington. Churchill le agradeció «aceptar esta pesada tarea» enfatizando la importancia fundamental de la ayuda americana: «Si ellos no nos ayudan sin reservas-escribió—, en esta isla sólo habrá miserias para compartir. Si ellos nos ofrecen la ayuda que nos merecemos, usted nos habrá traído bendiciones inestimables» (Borthwick Institute, University of York, *Diary of Lord Halifax*, A.7.8.7, carta de Churchill añadida a la entrada fechada el 22.12.40).

[792] Churchill, *Great War Speeches*, p. 59; Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 362.

[793] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 358.

[794] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 765; Gloria J. Barron, *Leadership in Crisis. FDR and the Path to Intervention*, Port Washington, Nueva York/Londres, 1973, p. 69.

[795] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 776.

[796] Kennedy, p. 466; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 35.

[797] Kennedy, p. 464; Dallek, p. 255.

[798] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 212 (también para la cita); y véase Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. 102 – 103.

[799] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 150 (también para la cita). Churchill tuvo que ser presionado muy de cerca por Lothian para vencer su renuncia a «poner todas nuestras cartas sobre la mesa» de Roosevelt (David Reynolds, *In Command of History. Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Londres, 2004, p. 202).

[800] Warren F. Kimball, *The Most Unsordid Act. Lend-Lease 1939 – 1945*, Baltimore, 1969, pp. 96 – 97.

[801] Blum, pp. 199 – 200; Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 100 – 101; Dallek, p. 253. Los submarinos alemanes estaban preparados para el transporte de 352.000 toneladas en octubre de 1940, un récord no superado posteriormente. Véase Dan van der Vat, *The Atlantic Campaign. The Great Struggle at Sea 1939–1945* Londres, 1988, p. 147.

[802] Ickes, p. 367.

[803] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 42.

- [804] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 223 – 225; Kimball, *The Most Unsordid Act*, p. 99.
- [805] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 221; Ickes, pp. 374 – 376.
- [806] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 226 – 228 (también para las citas); Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 101 – 104; Blum, pp. 200 – 201.
- [807] Blum, pp. 202 – 204; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 229— 230; Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 106 – 1 n.
- [808] Hull, vol. 1, pp. 872 – 873.
- [809] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 501. Esto era, así, un reconocimiento tardío a la importancia de la carta. Churchill, de hecho, había dado largas al envío. Su propio énfasis se situaba en la necesidad de la ayuda americana a la creciente crisis en el ejército marítimo y en el transporte, más que sobre las finanzas, que Lothian le había impulsado a acentuar. Siguiendo «la indiscreción calculada» de Lothian sobre la situación de las finanzas británicas en su regreso a Estados Unidos, fue este aspecto, más que el estado de las fuerzas navales, el que captó la atención de Roosevelt. Véase Reynolds, *In Command of History*, p. 202.
- [810] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, pp. 493 – 501, citas pp. 500 – 501; Churchill and Roosevelt, vol. 1, C-43X, pp. 102 – 109.
- [811] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 231; véase también Blum, p. 204.
- [812] Blum, pp. 206 – 208; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 233— 235; Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 112 – 115.
- [813] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 223.
- [814] Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 119 – 120, 124.
- [815] Kimball, *The Most Unsordid Act*, p. 115.
- [816] Stimson Diaries, Rollo 6, entrada fechada el 13.12.40; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 236 – 237.
- [817] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 223; Kimball, *The Most Unsordid Act*, p. 117.
- [818] Blum, pp. 208 – 209.
- [819] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 238.
- [820] Kimball, *The Most Unsordid Act*, p. 123.
- [821] *Public Papers and Addresses*, vol. 9 (1940), pp. 604 – 615; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 239 – 241; Blum, p. 209; Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 223 – 224; Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 121 – 122; Dallek, p. 255.
- [822] Langer y Gleason, *Challenge*, p. 746; Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 77, 123.
- [823] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 224.
- [824] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 241 – 244; Kennedy, p. 478.
- [825] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 245 – 246.
- [826] FDR's Fireside Chats, p. 167.
- [827] FDR's Fireside Chats, pp. 164 – 173.
- [828] Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 108; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 249 – 250, citando el *New York Herald Tribune*, 30.12.40, el *Christian Science Monitor*, 30.12.40, y *The New York Times*, 31.12.40. Sobre las «charlas de la chimenea», las reacciones a las

mismas y el manejo cauteloso de la opinión pública por parte de Roosevelt, véase Casey, pp. 30 – 37.

[829] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 253.

[830] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 253.

[831] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 253 – 254; Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. 108 – 109.

[832] Blum, pp. 211 – 217; Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 132 – 139.

[833] *Public Opinion*, pp. 409 – 410.

[834] Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 111.

[835] Richard Norton Smith, *The Colonel The Life and Legend of Robert R. McCormick 1880 1955*, Boston/Nueva York, 1997, pp. 398 – 409.

[836] Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. no-114, y Kennedy, pp. 470 – 474, para breves resúmenes. La preparación del posterior estudio del Congreso sobre la cuenta Préstamo-Arriendo está extensamente analizada en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 254 – 284, y, especialmente, Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 132 – 229.

[837] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 265 – 267.

[838] *Public Papers and Addresses*, vol. 10(1941), pp. 61, 63.

[839] Churchill, *The Second World War*, vol. 2, p. 501; Churchill, *Great War Speeches*, p. 101. Véase también Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 264. El rey Jorge VI aparece un poco menos entusiasmado, mientras reconoce la importancia del nuevo compromiso norteamericano. En una carta a lord Halifax fechada el 14 de abril de 1941, el rey dice que «no se sintió demasiado feliz con el Arriendo de las Bases a los americanos como ellos quisieron y escribieron. Todo fue hecho bajo sus intereses, no debe darse y tomar en determinadas circunstancias... Yo espero que los americanos no intenten sangrarnos con el asunto del dólar activo. Ya que ellos recogen el oro sobrante del mundo, el cual no usan, no pueden llevarnos a la bancarrota. Al menos espero que ellos no lo quieran» (Borthwick Institute, University of York, Halifax Papers, A2.2 78.26.1).

[840] Churchill, *Great War Speeches*, p. 105 (de la emisión del 22.6.41).

[841] Kimball, *The Most Unsordid Act*, pp. 9, 241; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 106.

[842] Hillgruber, *Hitlers Strategie*, pp. 400 – 401; *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. de Elke Fröhlich, parte I, vol. 9, Múnich, 1998, p. 186 (14.3.41); Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 422.

[843] Citado en Freidel, p. 362.

[844] Freidel, p. 323. Otros muchos pensaron lo mismo. Véase Wayne S. Cole, *Charles A. Lindbergh and the Battle against American Intervention in World War II*, Nueva York/Londres, 1974, pp. 146 – 147.

[845] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 267 – 268.

[846] Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. 114 – 116.

[847] *Stimson Diaries*, Rollo 6, entrada fechada el 29.12.40; Kimball, *The Most Unsordid Act*, p. 129.

[848] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 271. Y véase Freidel, p. 366, sobre la creencia de Roosevelt de que a la victoria sólo le podría seguir el acuerdo de una enorme fuerza

expedicionaria norteamericana con el enemigo alemán. Roosevelt habló durante la primavera y el verano de 1941 de organizar una fuerza expedicionaria norteamericana formada por setenta y cinco mil hombres para ser empleada fuera del hemisferio occidental (Casey, p. 15).

[849] Una señal del suplemento de salario acordado por la Administración acorde con los peligros más allá del Atlántico y del Pacífico. Roosevelt sólo hizo cuatro referencias en público a Japón durante los once meses anteriores a Pearl Harbor, mientras que en el mismo período atacó a Hitler y al nazismo más de 150 veces (Casey, pp. 39 – 40).

[850] Heinrichs, *Threshold of War*, p. 38.

[851] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 221 – 222; Heinrichs, *Threshold of War*, p. 38.

[852] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 271 – 273; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 285 – 289; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, pp. 182 – 185; Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. 117 – 118; Kennedy, pp. 479 – 482.

[853] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 270; cita de Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 289.

[854] Citado en Kimball, *Forged in War*, p. 84. Véanse también Heinrichs, *Threshold of War*, p. 81; y Freidel, p. 368, sobre la decepción de Churchill con Roosevelt en esta época.

[855] Freidel, p. 368.

[856] Blum, p. 251.

[857] Véase Heinrichs, *Threshold of War*, p. 85, sobre el creciente apoyo a la protección durante los meses de abril y mayo.

[858] Roosevelt presionó en mayo [para prevenir] una posible acción sobre las Azores, así como sobre las islas de Cabo Verde, lo que él imaginó un movimiento alemán en España y en Portugal «en cualquier momento». Él quería el envío de una fuerza de cincuenta mil hombres en el plazo de un mes. Pero cuando le informaron sobre las dificultades de disponer de un número suficiente de navios en un plazo tan corto de tiempo, él «se autoargumentó sobre la necesidad de otras cuestiones» (Sheffield University Library, Wolf— son Microfilm 575, *The Presidential Diaries of Henry Morgenthau 1938— 1945* [Microforma], Frame 0931, 22.5.41).

[859] Freidel, pp. 369 – 370; Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, pp. 125— 127; Reynolds *Anglo-American Alliance*, p. 198; Heinrichs, *Threshold of War*, p. 46. Véase también Ickes, p. 466, sobre el comentario relatado por Roosevelt de que «los asuntos saltan a la mente: Alemania cometerá una equivocación pronto», que Ickes interpretó como que el presidente estaba anticipando un probable incidente que justificaría una declaración de guerra o, como mínimo, el transporte de tropas. Roosevelt comentó siete veces durante la primera mitad de 1941 que una represalia alemana en el Atlántico sería bienvenida porque le permitiría justificar un acercamiento más beligerante (Casey, pp. 14 – 15).

[860] Véase Barron, pp. 91 – 94.

[861] *For the President*, p. 512.

[862] Lash, pp. 309 – 310.

[863] Churchill and Roosevelt, C84X, p. 182; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 199.

[864] Ickes, pp. 512 – 513; Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 293.

[865] Citado en Blum, p. 253; y véase Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp— 455 – 456.

[866] Citado en Larrabee, p. 55. Morgenthau confiaba a su diario el 17 de mayo: «Yo anoté que él [Roosevelt] quiso que nos empujaran a la guerra más que nos condujeran a ella» (Morgenthau Diaries, Frame 0929,17.5.41). Véanse también Dallek, p. 265; y Divine, Roosevelt and World War II, p. 42.

[867] Sherwood, White House Papers, vol. 1, p. 298; Larrabee, p. 56; Burns, pp. 99 – 101 Reynolds, Anglo-American Alliance, pp. 202 – 203. Stimson no tenía ninguna duda de que Hull había atenuado el discurso. Dijo que él «se sintió más bien deprimido y que se cansó y que por eso más bien estuve inclinado a sentirme decepcionado con el discurso del presidente, aunque él pensó que era bueno» (Stimson Diaries, Rollo 6, entrada de los días 27 – 28.5.41).

[868] FDR's Fireside Chats, pp. 184,187; Sherwood, White House Papers, vol. 1, pp. 296 – 298.

[869] Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 463; Larrabee, p. 60; Burns, p. 101.

[870] Langer y Gleason, The Undeclared War, pp. 457, 463; Ickes, pp. 526— 527; Sherwood White House Papers, vol. 1, p. 299.

[871] Larrabee, p. 62.

[872] Barron, p. 98, citando una entrevista con Benjamin V. Cohen.

[873] Langer y Gleason, The Undeclared War, pp. 337, 342; Welles, Time for Decision, pp. 135 – 136.

[874] Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 528; Reynolds, From Munich to Pearl Harbor p. 132; Dallek, p. 268. Stimson anotó en su diario, reflexionando sobre las malas interpretaciones acerca de un ultimátum alemán que precediera a la guerra: «Las noticias dominantes informan sobre el hecho de que Rusia y Alemania están en el punto de la guerra en el que Alemania realiza una presión gigantesca sobre Rusia para conseguir unas enormes ventajas, en la amenaza de guerra y en el presente, en todos los envíos, justo antes de que Rusia se rinda. Desde luego, creo que Rusia se rendirá» (Stimson Diaries, Rollo 6, 17.6.41).

[875] Sherwood, White House Papers, vol. 1, p. 299; Ickes, p. 552; Freidel, p. 372; Lash, p. 339 Dallek, pp. 267 – 268; Thomas A. Bailey y Paul B. Ryan, Hitler vs. Roosevelt. The Undeclared Naval War, Nueva York, 1979, pp. 138 – 143.

[876] Churchill, Great War Speeches, p. 102; Winston S. Churchill, The Second World War, vol. 3: The Grand Alliance, Londres, 1950, p. 210; Churchill and Roosevelt, p. 178.

[877] Freidel, p. 369.

[878] Muy crítico con Roosevelt, y que consideró-como un argumento de revisionismo banal-que el presidente intentó activamente llevar a Estados Unidos a la guerra, es Charles Callan Tansill, Back Door to War. The Roosevelt Foreign Policy, Chicago, 1952. Un acercamiento similar nutrió el argumento de uno de los críticos contemporáneos de Roosevelt, Charles A. Beard, President Roosevelt and the Coming of War 1941. A Study in Appearance and Realities, New Haven, 1948 Flynn, aunque su crítica en gran parte se dirigió a la política doméstica, también declara que, mientras predicaba a favor de la paz, Roosevelt «ya había decidido entrar en la guerra en octubre de 1940» (p. 295)—la fecha de su promesa expresa su deseo de no enviar tropas norteamericanas a una guerra extranjera—. Una línea diferente de ataque, según la cual Roosevelt «cierra puertas a la paz» con su idealismo paradójico y simplista, es tratada, junto con una generosa visión de los motivos de los militares japoneses y alemanes, en Frederick W. Marks III, Wind over Sand. The Diplomacy of Franklin Roosevelt, Athens, Georgia, 1988 (cita en p. 288). Hay grandes divisiones en la

historiografía sobre la interpretación de su política exterior que todavía no han sido solucionadas.

[879] Van der Vat, pp. 196 – 201; David Stafford, *Roosevelt and Churchill. Men of Secrets*, ed. de bolsillo, Londres, 2000, p. 60. Sobre la subida repentina del número de pérdidas en 1942, provocadas por el Ejército alemán, véase Ronald Lewin, *Ultra Goes to War. The Secret Story*, ed. de bolsillo, Londres, 2001, pp. 209 – 210.

[880] Anastas Ivanovich Mikoyán, *Tak by lo [That's How It Was]*, Moscú, 1999, p. 390. También citado en Dmitri Volkogonov, *Stalin. Triumph and Tragedy*, Nueva York, 1991, p. 410, y véase p. 607 n. 11. Edvard Radzinsky, *Stalin*, Nueva York, 1996, p. 468, cita una obscenidad similar, a partir de las memorias inéditas de Y. Chadaev, jefe administrativo asistente de los comisarios del Consejo del Pueblo (quien, sin embargo, no estaba presente, como Mikoyán lo estaba, cuando Stalin hizo el comentario). Véase también Simon Sebag Mon— tefiore, *Stalin. The Court of the Red Tsar* Londres, 2003, pp. 330, 331 n. (que recoge variaciones del mismo comentario) [hay trad, cast: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004]; y Roy Medvedev y Zhores Medvedev, *The Unknown Stalin. His Life, Death, and Legacy*, Woodstock/Nueva York, 2004, p. 242 [hay trad, qast: *El Stalin desconocido*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 2006] («dañado»), de las memorias de Krushev (versión rusa; la versión inglesa, *Khrushchev Remembers*, ed. de Strobe Talbott, Londres, 1971, p. 591, lo «depura», en el discurso de denuncia de 1956, y lo deja en «Hemos perdido para siempre todo aquello que Lenin creó»). Krushev no estaba allí en aquel momento, y aparentemente escuchó el comentario de Beria. Sergo Beria, *Beria. My Father*, Londres, 2000, p. 70, dice: «Lenin nos dejó un estado y lo hemos convertido en una mierda». Este relato, sin embargo, afirma que el Comisario de Defensa, Semion Konstantinovich Timoshenko, estaba presente, aunque Stalin hizo el comentario una vez él y sus socios habían dejado solos a los generales. Aparte de Mikoyán, el único testigo directo del comentario que dejó constancia del mismo por escrito fue Viacheslav Molótov en *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics. Conversations with Felix Chuev*, Chicago, 1993, p. 31 («nosotros le golpeamos»). Agradezco al doctor Derek Watson, de la Universidad de Birmingham, sus consejos sobre las referencias textuales a la emisión de Stalin.

[881] Montefiore, p. 34.

[882] Volkogonov, p. 410, incluye a Yrei Zhdanov, un miembro del Politburó, jefe de Partido en Leningrado e importante socio de Stalin, y a Marshal Kliment Vorochílov (Comisario de Defensa). No está claro si Zhdanov había vuelto de sus vacaciones en Sochi, un centro vacacional del Mar Negro, adonde se había marchado para recuperarse de una enfermedad justo antes de que los alemanes llevaran a cabo su invasión {Molotov Remembers, p. 25; y Mikoyán, p. 380). Ni Molótov ni Mikoyán señalan su presencia en la reunión (p. 390). Las memorias de Mikoyán no hacen mención de Vorochílov yendo al Comisariado de Defensa, y se refieren sólo a Molótov, Malenkov, Beria y él mismo, al lado de Stalin.

[883] Molotov Remembers, p. 39. Para una trazo del carácter del hombre, quien después de la guerra seguía siendo tan fiel a Stalin que estaba dispuesto a creer los cargos del Politburó contra su mujer judía por traición, en vez de la propia aserción que ésta hizo de su inocencia, véase Roy Medvedev, *All Stalin's Men*, Oxford, 1983, pp. 82 – 112; y para un estudio completo de su carrera, Derek Watson, *Molotov. A Biography*, Londres, 2005.

[884] Citado en Medvedev y Medvedev, p. 237; también (con una traducción diferente) en David E. Murphy, *What Stalin Knew. The Enigma of Barbarossa*, New Haven/Londres, 2005, p. xv.

[885] Sobre los espléndidos festejos por su cumpleaños en diciembre de 1939, véase Robert

C. Tucker, *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928 – 1941*, Nueva York, 1990, pp. 607 – 609. De hecho, está demostrado que Stalin no nació el 21 de diciembre de 1879, como él mismo afirmaba, sino el 6 de diciembre de 1878 (Robert Service, *Stalin. A Biography*, Londres, 2004, p. 15).

[886] Citado en Tucker, p. 119.

[887] Véase J. Arch Getty, «The Politics of Repression Revisited», en J. Arch Getty y Roberta T Manning (eds.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 43 – 49.

[888] Tucker, p. 444.

[889] Moshe Lewin, *The Making of the Soviet System. Essays in the Social History of Interwar Russia*, Nueva York, 1985, pp. 308 – 309.

[890] Citado en Montefiore, p. 197.

[891] Moshe Lewin, *The Soviet Century*, Londres, 2005, pp. 100 – 104. [Hay trad, cast.: *El siglo soviético: ¿qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, 2006.]

[892] Lewin, *The Soviet Century*, pp. 100, 106 – 107.

[893] Roger R. Reese, «The Red Army and the Great Purges», en Getty y Manning, pp. 199, 210.

[894] Reese, p. 213; Bernd Bonwetsch, «Stalin, the Red Army, and the “Great Patriotic War”» en Ian Kershaw y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, 1997, p. 187.

[895] Lew Besymenski, *Stalin und Hitler. Das Pokerspiel der Diktatoren*, Berlín, 2004, p. 96; con cifras ligeramente diferentes en Volkogonov, p. 368, y Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven/Londres, 1999, p. 115.

[896] Montefiore, p. 29.

[897] Richard Overy, *The Dictators. Hitler's Germany and Stalin's Russia*, Londres, 2004, p. 469 [Hay trad, cast.: *Dictadores: las Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Tusquets Barcelona, 2006]; Montefiore, p. 197.

[898] Tucker, pp. 433 – 434.

[899] Besymenski, p. 96.

[900] Besymenski, pp. 97 – 98.

[901] Volkogonov, p. 369; Lewin, *The Soviet Century*, p. 110.

[902] Gregor Suny, «Stalin and his Stalinism. Power and Authority in the Soviet Union», en Kershaw y Lewin, pp. 26 – 27.

[903] Citado en Overy, *Dictators*, p. 64.

[904] Tucker, p. 439.

[905] Overy, *Dictators*, p. 65.

[906] Montefiore, p. 29; Evan Mawdsley, *The Stalin Years. The Soviet Union, 1929— 1955*, Manchester, 1998, p. 17.

[907] Watson, p. 146.

[908] Lewin, *The Soviet Century*, pp. 86 – 87.

[909] Citado en Service, p. 383. Sobre el aumento de la burocracia, véase Moshe Lewin «Bureaucracy and the Stalinist State», en Kershaw y Lewin, pp. 62 – 66.

[910] Tucker, p. 595; Geoffrey Roberts, *Unholy Alliance. Stalin's Pact with Hitler*, Londres

1989, pp. 128 – 129; Watson, pp. 153 – 157.

[911] Albert L. Weeks, *Stalin's Other War. Soviet Grand Strategy 1939 – 1941*, Lanham, Md. 2002, p. 108.

[912] Roberts, *Unholy Alliance*, pp. 34.

[913] A J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Harmondsworth, 1964, p. 76.

[914] Roberts, *Unholy Alliance*, p. 35; Heinrich Schwendemann, *Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion von 1939 bis 1941. Alternative zu Hitlers Ostprogramm?*, Berlin, 1993, p. 23.

[915] Besymenski, pp. 51 – 56 (informe soviético sobre la cooperación, 1928).

[916] Roberts, *Unholy Alliance*, p. 41.

[917] Citado en Besymenski, p. 67.

[918] Citado en Roberts, *Unholy Alliance*, p. 57.

[919] Citado en Besymenski, pp. 21 – 22. Véanse también Roberts, *Unholy Alliance*, p. 100, y Barton Whaley, *Codeword Barbarossa*, Cambridge, Massachusetts, 1973, p. 200, para consultar otras referencias, de 1935 – 1936, de líderes soviéticos sobre los objetivos agresivos con respecto a la Unión Soviética declarados en *Mi lucha*.

[920] Roberts, *Unholy Alliance*, pp. 43 – 44.

[921] David M. Glantz, *The Military Strategy of the Soviet Union. A History*, Londres, 1992, pp. 58, 60.

[922] Citado en Roberts, *Unholy Alliance*, p. 109.

[923] Glantz, *Military Strategy*, pp. 69 – 70. G. Zhukov, *Reminiscences and Reflections*, Moscú 1985, vol. 1, p. 209, afirma que «hasta 40 divisiones del Ejército fueron posicionados en regiones colindantes con la frontera occidental».

[924] Besymenski, pp. 98 – 101, 116 – 118; Roberts, *Unholy Alliance*, pp. 87 – 92.

[925] Texto de la sección sobre política exterior del discurso de Stalin en Besymenski, pp. 134 – 142; cita de «las castañas», p. 142, y citado en Roberts, *Unholy Alliance*, p. 116 y Watson, p. 152. Roberts (p. 118) y Watson (p. 313 n. 55) indican que la traducción literal de lo que Stalin dijo era: «atizar el fuego con las manos de otro».

[926] Roberts, *Unholy Alliance*, p. 130. La Unión Soviética estaba dispuesta a comprometer el 70 por 100 del número especificado de fuerzas armadas desplegadas por Gran Bretaña y Francia en el caso de que se diera un ataque alemán en Occidente. Si Alemania atacara la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia inmediatamente desplegarían el 70 por 100 del número especificado de las fuerzas soviéticas desplegadas (Zhukov, vol. 1, pp. 212 – 216).

[927] Roberts, *Unholy Alliance*, p. 134.

[928] Para consultar un relato completo del fracaso de Gran Bretaña y Francia a la hora de unirse con la Unión Soviética contra la amenaza de Hitler, y sobre el fuerte anticomunismo que se ocultaba tras la diplomacia poco entusiasta, véase Michael Jabara Carley, 1959. *The Alliance that Never Was and the Coming of World War 11*, Chicago, 1999.

[929] Ivan Maisky, *Who Helped Hitler?*, Londres, 1964, p. 133.

[930] Los antecedentes y la conclusión del pacto están bien descritos por Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace. Hitler; Stalin and the Nazi-Soviet Pact 1939 – 1941*, Londres, 1988.

cap. 13 – 23. Los documentos diplomáticos relevantes (de archivos alemanes) fueron reunidos de forma práctica en *Nazi-Soviet Relations 1959 – 1941*, ed. de Raymond James Sontag y James Stuart Beddie, Nueva York, 1948, pp. 1 – 78. Las relaciones económicas más estrechas desde la primavera de 1939 son tratadas por Schwendemann, pp. 44 – 54.

[931] Véanse Besymenski, pp. 67 – 88; y Roberts, *Unholy Alliance*, pp. 101 – 108

[932] Besymenski, pp. 186 – 192.

[933] Citado en Roberts, *Unholy Alliance*, p. 139.

[934] Carley, pp. 196 – 198.

[935] Besymenski, pp. 238 – 239; Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany Starting World War II, 1937 – 1959*, Chicago/Londres, 1980, p. 604; Volkogonov, p. 353.

[936] Véase Gustav Hilger y Alfred G. Meyer, *The Incompatible Allies. A Memoir of German Soviet Relations 1918 – 1941*, Nueva York, 1953, pp. 293 – 301.

[937] Ian Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945. Nemesis*, Londres, 2000, p. 205.

[938] Khrushchev *Remembers*, p. 128.

[939] Citado en Montefiore, p. 275.

[940] Volkogonov, p. 352; y véase Montefiore, p. 272.

[941] *Nazi-Soviet Relations*, pp. 131 – 132 (memorándum sobre el acuerdo comercial del 11 de febrero de 1940); Alexander Werth, *Russia at War, 1941 – 1945*, ed. de bolsillo, Nueva York, 1984, p. 113 [hay trad. cast.: *Rusia en la guerra (1941 – 1945)*, Grijalbo, Barcelona, 1967, 2 vols.]; Roberts, *Unholy Alliance*, pp. 175 – 178; Schwendemann, p. 143.

[942] Citado en Roberts, *Unholy Alliance*, p. 185.

[943] Gorodetsky, pp. 5, 14.

[944] Khrushchev *Remembers*, p. 166.

[945] Khrushchev *Remembers*, p. 166.

[946] Besymenski, pp. 279 – 281.

[947] Roberts, *Unholy Alliance*, p. 195. El malestar soviético fue claramente expresado por Molótov en un memorándum para el Gobierno alemán fechado el 21 de septiembre de 1940 (*Nazi-Soviet Relations*, pp. 189 – 194).

[948] La versión oficial alemana de la reunión está en DGFP, 11, docs. 325 – 329 y 339.

[949] Besymenski, pp. 315 – 318.

[950] Stalin interrumpió el informe de Molótov sobre las conversaciones con comentarios contra los alemanes, reprendió a los líderes alemanes, y afirmó que «el principio capital de su política es la perfidia» (citado en Watson, p. 186).

[951] 1941 god. Dokumenty [Documentos del año 1941], ed. de A. N. Iakovlev, V. R. Naumov et al., Moscú, 1998, vol. 1, docs. 41 – 42, 44, 53, 58, 93 (todos fechados en julio y agosto de 1940); también Gorodetsky, p. 38.

[952] Besymenski, pp. 97 – 98.

[953] Gorodetsky, p. 118.

[954] Gorodetsky, p. 120.

[955] Seweryn Bialer (ed.), *Stalin and his Generals*, Londres, 1970, pp. 35 – 36; Albert Seaton, *Stalin as Warlord*, Londres, 1976, pp. 87 – 89; Adam Ulam, *Stalin. The Man and his Era*, Boston

1989, p. 530; Mikoyán, p. 382 [hay trad. cast.: Stalin, el hombre y su época, Noguer, Barcelona, 1975].

[956] Besymenski, p. 368.

[957] Seaton, p. 91.

[958] Khrushchev Remembers, pp. 158 – 160, 163 – 164.

[959] Besymenski, pp. 282 – 298 (informe de Timoshenko fechado el 7 de diciembre de 1940).

David M. Glantz, *Stumbling Colossus. The Red Army on the Eve of World War*, Lawrence, Kansas 1998, p. 89, considera el informe como el trabajo conjunto de Vorochflov y Timoshenko en mayo de 1940. Esta fecha era, sin embargo, la de la transferencia de responsabilidades a Timoshenko, no la del informe. Timoshenko recibió el material que le ponía en antecedentes de manos de la Administración central del Ejército Rojo. Pero no hay indicios de que Vorochflov ayudara en la confección del informe que fue finalmente presentado por Timoshenko el 7 de diciembre de 1940.

[960] Bonwetsch, p. 186; Besymenski, p. 98; Louis Rotundo, «Stalin and the Outbreak of War in 1941», *Journal of Contemporary History*, 24 (1989), p. 280; Glantz, *Military Strategy*, p. 92; Glantz *Stumbling Colossus*, p. 107; y véase Zhukov, vol. 1, pp. 228, 244 – 245.

[961] Mark von Hagen, «Soviet Soldiers and Officers on the Eve of the German Invasion: Toward a Description of Social Psychology and Political Attitudes», en Robert W. Thurston y Bernice Bonwetsch (eds.), *The People's War. Responses to World War II in the Soviet Union*, Urbana/Chicago, 2000, pp. 191— 199.

[962] John Erickson, *The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany*, vol. 1, Londres, ed. de bolsillo, 1998, pp. 62 – 64. Véase también Zhukov, vol. 1, pp. 233 – 243, sobre las deficiencias en rearme, comunicaciones y defensa.

[963] Jacques Sapir, «The Economics of War in the Soviet Union during World War II», en Kershaw y Lewin, p. 216. Las debilidades y carencias del Ejército Rojo para la lucha en el campo de batalla en vísperas de «Barbaros— sa» son referidas detalladamente en David M. Glantz, «The Red Army in 1941», en David M. Glantz (ed.), *The Initial Period of War on the Eastern Front, 22 June-August 1941*, Londres, 1993, pp. 1 – 39; y David M. Glantz, *Barbaros— sa. Hitler's Invasion of Russia 1941*, Stroud, 2001, pp. 22 – 28.

[964] Gorodetsky, pp. 116 – 117; Sapir, pp. 210 – 211; Glantz, *Military Strategy*, pp. 65 – 66.

[965] John Erickson, «Threat Identification and Strategic Appraisal by the Soviet Union 1930 - 1941», en E. R. May (ed.), *Knowing One's Enemies. Intelligence Assessment between the Two World Wars*, Princeton, 1983, pp. 416 – 418; Whaley, pp. 175, 181, 199, 223, 228, 242; Roberts, *Unholy Alliance*, pp. 187, 213; Glantz, *Military Strategy*, pp. 61 – 62. El general del Estado Mayor del Ejército Rojo siguió trabajando sobre la base de que la Wehrmacht tardaría entre diez y quince días para ser movilizada y destacada, descartando, por lo tanto, un ataque por sorpresa (Glantz, *Stumbling Colossus*, p. 96).

[966] Gorodetsky, p. 126. La continuidad en la estrategia, también bajo el mandato de Zhukov, es resaltada también por Glantz, *Military Strategy*, pp. 87 – 88. Zhukov remarcó más tarde (Zhukov, vol. 1, p. 245): «La estrategia militar estaba principalmente basada en la afirmación de que el agresor sólo puede ser derrotado mediante operaciones ofensivas».

[967] Besymenski, pp. 355 – 363. Véanse también Glantz, *Military Strategy*, pp. 70 – 75; y Glantz, *Stumbling Colossus*, pp. 90 – 92.

[968] Citado en Glantz, *Stumbling Colossus*, p. 93, y Besymenski, p. 364. Zhukov, vol. 1, p. 250 recordaba que Stalin dijo: «La Alemania nazi no será capaz de participar en una guerra larga e importante sin esos recursos vitales».

[969] Besymenski, pp. 364 – 365; 1941 god, vol. 1, docs. 95, 134; Evan Mawdsley, «Crossing the Rubicon. Soviet Plans for Offensive War in 1940 – 1941», *International History Review*, 25 (2003), PP— 821 – 823; Gorodetsky, pp. 122— 124; Jacob Kipp, «Soviet War Planning», en Glantz, *Initial Period of War*, pp. 46 – 47; Glantz, *Military Strategy*, pp. 78 – 81.

[970] Gorodetsky, p. 127. Sobre el desarrollo de la conferencia, véase Erickson, *Road to Stalingrad*, pp. 40 – 46.

[971] Gorodetsky, pp. 128 – 129; Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 825— 827; Erickson, *Road to Stalingrad*, pp. 50 – 55; Glantz, *Military Strategy*, pp. 81— 86; Zhukov, vol. 1, pp. 221 – 225.

[972] Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 827 – 832; 1941 god, vol. 1, doc. 315; extractos en Besymenski, pp. 365 – 367; Zhukov, vol. 1, p. 250.

[973] Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 827 – 829; Besymenski, p. 368; Glantz, *Stumbling Colossus*, pp. 100 – 102, 108. Las unidades que sí existían se vieron inmersas en una situación de escasez de material, armas y munición, sin medios de transporte y con el obstáculo de un sistema de comunicaciones pobre (Catherine Merridale, *Ivan's War. The Red Army 1939— 1945*, Londres, 2005, PP— 87 – 90 [hay trad, cast.: *La guerra de los ivanes: el Ejército Rojo (1939— 1945)*, Debate, Barcelona, 2007]).

[974] Besymenski, pp. 368 – 370.

[975] Richard Overy, *Russia's War*, Londres, 1997, pp. 64 – 65. Véanse también Rotundo, p. 282; Glantz, *Military Strategy*, pp. 75, 79; y Glantz, *Stumbling Colossus*, p. 88: «Dada la escasez de los recursos, aunque se dio prioridad a la erección de defensas a lo largo de la nueva frontera, ningún grupo está realmente preparado o dirigido en junio de 1941». Véase también Zhukov, vol. 1, pp. 251 – 253.

[976] Mikoyán, p. 377.

[977] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 4: *The Hinge of Fate*, Londres, 1951, p. 443.

[978] Gorodetsky, pp. 113 – 114; Roberts, *Unholy Alliance*, p. 205.

[979] Citado en Gorodetsky, p. 174.

[980] Gorodetsky, pp. 173, 176 (y passim en cap. 8); Zhukov, vol. 1, p. 268, donde la formulación es ligeramente distinta de la cita de Gorodetsky de la versión rusa de las memorias de Zhukov; también Whaley, pp. 62 – 63. Sobre opiniones similares atribuidas a Stalin, véase Mikoyan p. 377: «Para Churchill sería muy ventajoso que entráramos en la guerra, pero para nosotros es útil permanecer en la periferia un poco más de tiempo».

[981] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 3: *The Grand Alliance*, Londres, 1950, pp. 316, 322 – 323.

[982] Sobre las agendas soviéticas de inteligencia, véase Whaley, pp. 192— 200, y el más reciente estudio de Murphy, esp. pp. 62 – 116.

[983] Gorodetsky, p. 130.

[984] Khrushchev *Remembers*, p. 340.

[985] Gorodetsky, p. 54. Véase Glantz, *Stumbling Colossus*, pp. 233 – 257, sobre la desconfianza respecto de los servicios de inteligencia tanto civil como militar, una desconfianza impulsada e inducida por el tono de los informes que se hacían llegar a Stalin, los cuales a menudo ponían el énfasis en la desinformación.

[986] Véanse Whaley, pp. 170 – 177, 180 – 181; Read y Fisher, pp. 594 – 601; Glantz, *Barbarossa*, p. 31.

[987] Whaley, p. 242.

[988] 1941 god, vol. 1, doc. 204; y véase Gorodetsky, p. 124.

[989] Citado en Gorodetsky, p. 125; 1941 god, vol. 1, doc. 227. Véase también Whaley, p. 34.

[990] 1941 god, vol. 1, doc. 301.

[991] 1941 god, vol. 1, doc. 308. A finales de mayo de 1941, Stalin seguía dispuesto a creer que Hitler ignoraba la violación del espacio aéreo soviético, y que la Wehrmacht estaba actuando según su propia iniciativa. Véase Gorodetsky, p. 225. Y véase abajo para la reacción inicial de Stalin al ataque contra la Unión Soviética, según la cual éste había sido llevado a cabo sin el conocimiento de Hitler.

[992] 1941 god, vol. i, doc. 321.

[993] 1941 god, vol. 1, doc. 340.

[994] Por ejemplo, 1941 god, vol. 2, doc. 376. El 24 de abril, un comunicado del agregado naval alemán en Moscú al Alto Mando de la Marina mencionaba los rumores que supuestamente provenían del embajador británico previendo (correctamente) que el 22 de junio sería el día en que estallaría la guerra (*Nazi-Soviet Relations*, p. 330).

[995] 1941 god, vol. 2, doc. 377.

[996] 1941 god, vol. 2, doc. 394.

[997] 1941 god, vol. 2, doc. 421 y doc. 592 para una lista de veinticinco reportajes importantes de «Starshina» y «Corsican» publicados entre el 6 de septiembre de 1940 y el 16 de junio de 1941 (trad. alemana en Gerd R. Ueberschär y Lev A. Bezymenskij (eds.), *Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion 1941. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese*, Darmstadt, 1998, pp. 199— 212). El calendario fue organizado, a petición de Stalin, el 20 de junio de 1941. Merlukov, el jefe de seguridad externa, sólo lo recibió después de que la invasión alemana hubiera tenido lugar (Gorodetsky, p. 297).

[998] 1941 god, vol. 2, doc. 443. Sobre las actividades de Sorge en las semanas precedentes a la invasión alemana, véase Robert Whymant, *Stalin's Spy. Richard Sorge and the Tokio Espionage Ring*, Londres/Nueva York, 1996, caps. 11— 12; y Murphy, pp. 84 – 90.

[999] Véanse, por ejemplo, los reportajes editados en *Sekrety Gitlera no stole u Stalina* [«Los secretos de Hitler sobre el escritorio de Stalin»], Moscú, 1995, docs. 3 – 4, 6 – 7, 15 – 16, 18; y Gorodetsky, pp. 130 – 136

[1000] La mayor parte de los ochenta y cuatro avisos reunidos por Whaley (caps. 3 – 5) provenían de fuentes extranjeras. Pero parte de la mejor información, como hemos indicado, fue provista por los agentes soviéticos. Stalin incluso pensó que Dekanozov, el embajador soviético en Berlín, estaba siendo engañado por los agentes británicos y difundiendo la desinformación de estos (Mikoyán, p. 377).

[1001] 1941 god, vol. 1, doc. 327. Véanse también Murphy, pp. 156 – 158; Rotundo, p. 290; y

Glantz, *Stumbling Colossus*, pp. 241 – 242. El informe incluía información sobre la fecha y la naturaleza del ataque alemán que resultó ser casi totalmente correcta, pero había sido dañado nada más ser presentado al comentar Golikov que la información provenía principalmente de fuentes angloamericanas. Sobre la manera en que Golikov presentaba la inteligencia a Stalin, véanse Zhukov, vol. 1, pp. 272 – 273; Erickson, *Road to Stalingrad*, pp. 88 – 89; Whaley, pp. 194 – 196; y Murphy, pp. 141 – 161.

[1002] Véase Whaley, p. 227, sobre el fracaso general de los sistemas de inteligencia para interpretar correctamente las intenciones de Hitler; también Waldo, Heinrichs, Jr., *Threshold of War. Franklin D. Roosevelt and American Entry into World War II*, Nueva York/Oxford, 1988, pp. 24 – 26.

[1003] Zhukov, vol. 1, pp. 265 – 266; Whaley, pp. 172 – 175, 181; Murphy, pp. 173 – 184.

[1004] Gorodetsky, pp. 156 – 157, 164 – 165; Roberts, *Unholy Alliance*, p. 217.

[1005] *Molotov Remembers*, p. 22. Stalin habló con Zhukov en términos similares el 14 de junio al saber por informes de inteligencia que los destacamentos alemanes estaban listos para la guerra: «No debes creer todo lo que dicen los servicios de inteligencia» (Zhukov, vol. 1, pp. 275 – 276). Zhukov creía firmemente (p. 274) que el comisario de Defensa no tenía conocimiento de los informes de los servicios de inteligencia no militar que se enviaron a Stalin. 12 7. Medvedev y Medvedev, p. 229.

[1006] DGFP, 12, doc. 468; *Nazi-Soviet Relations*, pp. 335 – 336. Y véase Gorodetsky, p. 211.

[1007] Isaac Deutscher, *Stalin. A Political Biography*, ed. revisada, Londres, 1988, p. 444.

[1008] Besymenski, p. 379.

[1009] Besymenski, pp. 374 – 375.

[1010] 1941 god, vol. 2, doc. 437; Besymenski, pp. 380 – 386, 391 – 393; extractos de las notas realizados por Gueorgui Dimitrov en Ueberschär y Bezymenskij, pp. 184 – 185.

[1011] Véanse Besymenski, pp. 394 – 397; Gorodetsky, p. 208 y p. 365 n. 36; Montefiore, p. 311 n.; Overy, *Russia's War*, pp. 68 – 69; R* W. Davies, *Soviet History in the Yeltsin Era*, Londres, 1997, pp. 56 – 58; y Geoffrey Roberts, *The Soviet Union and the Origins of the Second World War Russo-German Relations and the Road to War, 1933 – 1941*, Londres, 1995, p. 144. La historiografía relevante, alemana y rusa, que presenta la hipótesis de la «guerra preventiva», es bien analizada-y sus averiguaciones plenamente rechazadas-en Ueberschär y Bezymenskij, especialmente en las contribuciones de Gerd R. Ueberschär, «Hitlers Überfall auf die Sowjetunion 1941 und Stalin Absichten. Die Bewertung in der deutschen Geschichtsschreibung und die neuere "Präventivkriegsthese"» (pp. 48 – 69), y Alexander I. Boroznjak, «Ein russischer Historikerstreit. Zur sowjetischen und russischen Historiographie über den deutschen Angriff auf die Sowjetunion» (pp. 116 – 128). Los argumentos a favor de un ataque preventivo por parte del Ejército Rojo, al que se anticipó Hitler con su lanzamiento de «Barbarossa», han sido recientemente expuestos por Weeks, esp. caps. 5 y 8, y Heinz Magenheimer, *Hitler's War. Germanys Key Strategic Decisions 1940 – 1943*, Londres, 1998, pp. 51 – 57, mientras Constantine Pleshakov, *Stalin's Folly. The Secret History of the German Invasion of Russia, June 1941*, Londres, 2005, ve (p. 77) el plan estratégico del 15 de mayo como el anteproyecto de un ataque que Stalin tenía intención de llevar a cabo en 1942. [Hay trad, cast.: *La locura de Stalin: los diez primeros días de la Segunda Guerra Mundial en el Frente Oriental*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2007]. La evaluación equilibrada de las interpretaciones

«tradicionalistas» y «revisionistas» por parte de Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 864 – 865, concluye de forma juiciosa que, mientras que es cierto que la guerra ofensiva-en el sentido de contraofensiva-constituía una parte intrínseca de la planificación militar soviética en 1940 – 1941, no había planes para poner en marcha un ataque preventivo ofensivo en 1941. Además véanse también ahora los sensatos comentarios de Geoffrey Roberts, *Stalin's Wars. From World War to Cold War, 1939 – 1953*, New Haven/Londres, 2006, pp. 76 – 79.

[1012] Véanse Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 850 – 851; Besymenski, pp. 438 – 440. El coronel I. T. Starinov, un comandante del Grupo Militar Occidental, más adelante recordó la discrepancia que había entre las afirmaciones del discurso de Stalin y la conciencia por parte de los jefes militares de que «el rearme acababa de comenzar» (aunque, dijo, no hablaban sobre esto, ni siquiera a solas entre ellos). Véase Bialer, p. 223.

[1013] DGFP, 12, doc. 593.

[1014] Besymenski, p. 387. Gorodetsky, p. 208, sugiere que el discurso fue deliberadamente filtrado al extranjero, aunque no da indicación alguna de que llegara hasta Berlín. Medvedev y Medvedev, p. 232, también suponen que con el discurso lo que se pretendía era desinformar, aunque una vez más no se proporciona evidencia de que se supiera su contenido en Berlín. El brillante periodista inglés Alexander Werth, por aquel entonces con base en Moscú, consiguió información sobre el discurso, pero sólo semanas más tarde, una vez la Unión Soviética ya estaba involucrada en la guerra. Lo que oyó, sin embargo (véase Werth, pp. 122 – 123), no concordaba con los apuntes sobre el discurso que sí han sobrevivido, indicando, en contraste con lo que Stalin de hecho dijo, que éste habló más sobre las debilidades del Ejército Rojo que sobre sus puntos fuertes. Erickson, *Roach to Stalingrad*, p. 82, por otra parte, contrasta correctamente la falsa impresión obtenida en el extranjero con el contenido real del discurso.

[1015] Glantz, *Stumbling Colosms*, pp. 242 – 244.

[1016] 1941 gody vol. 2, doc. 473; Ueberschär y Bezymensldj, pp. 186 – 193. Análisis en Besymenski, pp. 435 – 453 y Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 833 – 862.

[1017] Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 834 – 837.

[1018] Glantz, *Military Strategy*, p. 87, señala que el plan del 15 de mayo «encaja bien en el contexto de la planificación estratégica soviética que se había llevado a cabo en el pasado y, en particular, con la experiencia de las actuaciones bélicas de enero. También comenta (p. 89), de forma pertinente, que el plan «establecido limitaba los objetivos de tal forma que éstos para nada incluían la destrucción del estado alemán», constituyendo esto mismo un «ejemplo claro de una guerra preventiva justificable, la cual conlleva la gestión de una operación ofensiva estratégica de objetivos definidos y limitados».

[1019] Mawdsley, «Crossing the Rubicon», p. 839.

[1020] Véase Glantz, *Stumbling Colosms*, pp. 244 – 245.

[1021] Citado en Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 852 – 853. Mawdsley concluye que es casi seguro que a Stalin le mostraron el plan (lo cual Glantz, *Stumbling Colosms*, p. 95, y Roberts *Stalin's Wars*, p. 76, dudan) pero no lo aprobó (siendo éste un argumento que disputan los historiadores «revisionistas», que rechazan el testimonio de Zhukov por considerarlo tendencioso e interesado).

[1022] Citado en Mawdsley, «Crossing the Rubicon», p. 853.

[1023] 1941 god, vol. 2, doc. 560 (Mikoyan to the Council of People's Com— missars, the Central Committee y Stalin, 16 June 1941); Schwendemann, P* 354 (y pp* 315 – 352, para un análisis completo de las relaciones económicas en los meses previos a la invasión, en los que también se llevaron a cabo numerosas exportaciones industriales alemanas a la Unión Soviética). Y véase Werth, p. 114. Un memorándum alemán del 15 de mayo de 1941 sobre relaciones comerciales, en el cual se enumeraban las grandes cantidades de grano, gasolina, algodón y metales que fueron enviadas ese año por la Unión Soviética (coincidiendo el punto álgido de los envíos con el mes de abril), comentaba que «el estatus de los materiales brutos soviéticos sigue dando lugar a una imagen favorable» (.Nazi-Soviet Relations, pp. 339 – 341).

[1024] Erickson, Road to Stalingrad, p. 91.

[1025] Citado en Besymenski, p. 444.

[1026] Mawdsley, «Crossing the Rubicon», pp. 861 – 862. Glantz, Military Strategy, p. 88 concluye que el plan de Zhukov tenía fallos en un número importante de aspectos, que no podría haber sido ejecutado antes de mediados de julio, como muy pronto-demasiado tarde para llevar a cabo un ataque preventivo contra los alemanes—, y que la decisión de Stalin de ignorar la propuesta «parece haber sido prudente».

[1027] DGFP, 12, doc. 505.

[1028] Erickson, Road to Stalingrad, p. 78; Deutscher, pp. 443 – 444.

[1029] Citado en Gorodetsky, p. 214.

[1030] Citado en Hilger y Meyer, p. 328, y Gorodetsky, p. 206. El informe oficial de Schulenburg se encuentra en DGFP, 12, doc. 423, y Nazi-Soviet Relations, pp. 330 – 332.

[1031] Gorodetsky, pp. 206 – 207, 221; Besymenski, pp. 425 – 428.

[1032] F. H. Hinsley, British Intelligence in the Second World War, Londres, 1993> PP— 106 – 109; también F. H. Hinsley, «British Intelligence y Barbaros— sa», en John Erickson y David Dilk (eds.), Barbarossa. The Axis and the Allies, Edimburgo, 1994, pp. 63 – 66.

[1033] Véase Gorodetsky, pp. 266 – 267.

[1034] Khrushchev Remembers, p. 13 3.

[1035] Gorodetsky, pp. 263 – 265, 267 – 274; Roberts, Unholy Alliance, p. 218; y Roberts, The Soviet Union and the Origins of the Second World War, p. 144.

[1036] Citado en Gorodetsky, p. 224.

[1037] Citado en Gorodetsky, p. 279, sobre la edición rusa de las memorias de Zhukov. La versión inglesa, Reminiscences and Reflections, vol. 1, p. 275, sólo contiene parte de la cita. Medvedev y Medvedev, p. 233, considera que el comentario de Stalin se dio el 15 de junio, aunque las memorias de Zhukov dejan claro que fue pronunciado el día anterior. Sobre las tardías medidas de defensa tomadas con carácter de emergencia, véanse Zhukov, vol. 1, pp. 259, 264; Gorodetsky, p. 280; también Glantz, Stumbling Colossus, p. 246.

[1038] Glantz, Stumbling Colossus, pp. 102 – 107.

[1039] Medvedevy Medvedev, pp. 233 – 234, 238 – 239.

[1040] Volkogonov, p. 393; Glantz, Stumbling Colossus, p. 251.

[1041] Gorodetsky, p. 307.

[1042] Gorodetsky, p. 275.

[1043] 1941 god, vol. 2, doc. 513.

[1044] 1941 god, vol. 2, doc. 514. Y véase Whymant, pp. 164 – 167.

[1045] Whymant, p. 184.

[1046] Murphy, p. 87 (quien va más allá al comentar (p. 88) que los informes de Sorge habían sido rechazados por Stalin, ya en 1936, por considerarlos «desinformación alemana»).

[1047] Murphy, p. 87 (quien va más allá al comentar (p. 88) que los informes de Sorge habían sido rechazados por Stalin, ya en 1936, por considerarlos «desinformación alemana»).

[1048] 1941 god, vol. 2, doc. 544.

[1049] 1941 god, vol. 2, doc. 570; Sekrety Gitlera, doc. 72.

[1050] 1941 god, vol. 2, doc. 581.

[1051] Erickson, Road to Stalingrad, p. 93; Whaley, pp. 99 – 103; Read y Fisher, p. 609.

[1052] 1941 god, vol. 2, doc. 590.

[1053] Medvedev y Medvedev, p. 239.

[1054] Sekrety Gitlera, docs. 73 – 77.

[1055] Molotov Remembers, p. 31. Para el comunicado 7/m, véase Whaley, pp. 207 – 208.

[1056] Roberts, Unholy Alliance, p. 218

[1057] Gorodetsky, p. 289.

[1058] Hinsley, British Intelligence in the Second World War, pp. 109 – 111; Hinsley, «British Intelligence and Barbarossa», pp. 69 – 70; Erickson, Road to Stalingrad, p. 93; Whaley, pp. 230 – 234.

[1059] Gorodetsky, pp. 301 – 303.

[1060] 1941 god, vol. 2, doc. 599.

[1061] Besymenski, p. 421.

[1062] Citado en Besymenski, p. 409.

[1063] Zhukov, vol. 1, pp. 277 – 278, 280 (cita en p. 277); Khrushchev Remembers, p. 167; Mikoyán, p. 388; Medvedev y Medvedev, p. 240; Glantz, Barbarossa, p. 31 y (para el texto de la directriz) p. 242; Glantz, Stumbling Colossus, pp. 252 – 254; Murphy, pp. 213 – 215.

[1064] El relato previo se basa en Zhukov, vol. 1, pp. 281 – 282; Volkogonov, pp. 402 – 404; Montefiore, pp. 321 – 324; Radzinsky, pp. 458 – 459; Gorodetsky, pp. 311 – 313; Service, pp. 437 – 438; Tucker, p. 625; Ulam, pp. 538 – 539; Read y Fisher, pp. 5 – 6, 635 – 637, 639 – 642; Watson, p. 189; y Overy, Russia's War, pp. 73 – 74.

[1065] Montefiore, p. 324.

[1066] Volkogonov, p. 407; texto de la directriz en Glantz, Barbarossa, p. 242, y Amnon Sella, «“Barbarossa”. Surprise Attack and Communication», Journal of Contemporary History, 13 (1978) p. 571. Véase Zhukov, vol. 1, p. 282: «[la directriz] resultó ser totalmente impracticable, y por lo tanto nunca se llevó a término».

[1067] Mawdsley, «Crossing the Rubicon», p. 863; texto de la directriz en Glantz, Barbarossa pp. 242 – 243. Y véase Sella, pp. 559 – 573, sobre la confusión, incoherencia y falta de coordinación que caracterizó la respuesta soviética al ataque por sorpresa.

[1068] Mikoyán, p. 388.

[1069] Citado en Watson, pp. 189 – 190.

[1070] Citado en Radzinsky, p. 462. Sobre la respuesta a la emisión radiofónica, véase Sella, p. 575.

[1071] «Iz vospominanii upravliyushchego delami sovnarkoma SSSR Ya. E. Chadaev» [«De las Memorias de la Cabeza del Sovnarkom de la Unión Soviética — Yakov Ermolaevich Chadaev»] Otechestvennaya Istoriya, 2 (2005), pp. 8 – 10; también Zhukov, vol. 1, pp. 305, 309.

[1072] Volkogonov, pp. 421 – 422; Bonwetsch, p. 196.

[1073] Mikoyán, pp. 390 – 392; Stepan A. Mikoyán, «Barbarossa and the Soviet Leadership», en Erickson y Dilks, pp. 127 – 128; Volkogonov, pp. 409 – 412; Montefiore, pp. 329 – 334; Radzinsky, pp. 468 – 472; Medvedev y Medvedev, pp. 241 – 245; Service, pp. 441 – 443. La separación no planificada de sus responsabilidades por parte de Stalin sólo duró dos días. No es cierto, como demuestra su larga lista de encuentros detallados en su agenda, que «durante diez días la Unión Soviética se halló sin líder», que es lo que afirman Jonathan Lewis y Phillip Whitehead, Stalin. A Time for Judgement, Londres, 1991, p. 89.

[1074] 1941 god, vol. 2, doc. 651. Este es un memorándum por Sudoplatov al Consejo de Ministros soviético el 7 de agosto de 1953, tras la muerte de Stalin y en el contexto de diversos intentos para desacreditar a Beria. En sus memorias publicadas muchos años después (Pavel Sudoplatov y Anatoli Sudoplatov, Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness. A Soviet Spymaster, Boston, 1994, PP* I45“I4^») Sudoplatov sugiere que la intención de la reunión era desinformar con «el objetivo de debilitar la firmeza alemana» al implicar que el Blitzkrieg había fracasado y que una guerra larga era inevitable [hay trad. cast.: Operaciones especiales, Plaza & Janés, Barcelona, 1994]. Overy, Russia's War, p. 96, acepta el argumento de la reinformación, aunque piensa que la reunión de Stámenov tuvo lugar en octubre, no en julio. Si realmente se trataba de desinformar, es extraño que guiándonos por la falta de evidencia en el bando alemán nada llegara hasta el enemigo. Y en el contexto de enormes avances y conquistas de Alemania durante el mes de julio el argumento de la desinformación resulta muy poco plausible. Tampoco queda el asunto desacreditado por el hecho de que formara parte de una campaña anti— Beria en 1953. Los tanteadores de la paz fueron, de hecho, mencionados por otras dos fuentes. Véase Volkogonov, pp. 412 – 413, y Radzinsky, p. 474.

[1075] Montefiore, p. 346.

[1076] John Barber, «The Moscow Crisis of October 1941», en Julián Cooper, Maureen Perrie y E. A. Rees (eds.), Soviet History, 1917 – 1955. Essays in Honour of R. W. Davies, Basingstoke, 1995, pp. 201 – 205.

[1077] Werth, pp. 232, 236 – 237. Véase también el vivido relato en Rodric Braithwaite, Moscow 1941. A City and its People at War, Londres, 2006, pp. 242 – 259, 271 – 276. [Hay trad. cast.: Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra, Crítica, Barcelona, 2006].

[1078] Barber, pp. 209 – 211; Mikhail M. Gorinov, «Muscovites Moods, 22 June 1941 to May 1942», en Thurston y Bonwetsch, pp. 122 – 125; Roy A. Medvedev, On Stalin and Stalinism, Oxford, 1979, pp. 128 – 132; Nikolai Tolstoy, Stalin's Secret War, Londres, 1981, p. 241; y Overy, Russia's War, pp. 95 – 98. Mikoyán, pp. 417 – 422, expone las medidas para evacuar al Gobierno y preparar la detonación de las instalaciones dentro de Moscú, pero afirma de forma contradictoria (p. 420) que la calma prevaleció y que no cundió el pánico entre la población de la ciudad.

[1079] Radzinsky, p. 482.

[1080] Barber, p. 206; Volkogonov, pp. 433 – 434; Montefiore, pp. 349 – 350; Radzinsky, pp. 482 – 483.

[1081] Entrevista en la BBC con Nikolai Vasilievich Ponomariov, c. 1998, texto mecanografiado, fols. 29 – 35. Véase también la «heroica» representación de Stalin durante estos días en A.T. Rybin, *Next to Stalin. Notes of a Bodyguard*, Toronto, 1996, pp. 31 – 34.

[1082] Watson, p. 193.

[1083] Una cuestión enfatizada por Schwendemann, pp. 354 – 363.

[1084] *Molotov Remembers*, pp. 21 – 32.

[1085] *Khrushchev Remembers*, pp. 587 – 592.

[1086] Gorodetsky, p. 323 (también p. 239).

[1087] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. de Elke Frohlich, parte I, vol. 4, Múnich, 2000, p. 214 (10.7.37).

[1088] Tal es la presunción del examen contrafactual llevado a cabo por Valentin Falin, *Zweite Front. Die Interessenkonflikte in der Anti-Hitler-Koalition*, Múnich, 1995, pp. 100 – 103.

[1089] Si hubieran seguido la propuesta soviética de un pacto militar pleno en 1939, Gran Bretaña y Francia se habrían comprometido a intervenir militarmente de forma directa en el caso de un ataque de Alemania sobre Polonia, asumiendo que los polacos, los rumanos y los lituanos hubieran permitido que el Ejército Rojo pasara por sus territorios para participar en el conflicto (Zhukov, vol. i, p. 214).

[1090] Roberts, *Unholy Alliance*, p. 225.

[1091] Glantz, *Barbarossa*, p. 31; Overy, *Russia's War*, p. 71.

[1092] Véase Rotundo, pp. 295 – 296.

[1093] Volkogonov, p. 470.

[1094] Citado en Mawdsley, «Crossing the Rubicon», p. 864.

[1095] Glantz, *Barbarossa*, p. 30; Whaley, pp. 217 – 218. Para Tolstoy, pp. 224—230, el énfasis de Stalin en eludir la confrontación resulta tan poco convincente como explicación de su postura en la primavera de 1941, como para que se plantee la hipótesis de que el propio Hitler le transmitió personalmente un mensaje de tranquilidad para despejar las sospechas del líder soviético, mensaje que habría sugerido que diversas conspiraciones dentro del Alto Mando alemán deseaban que se llevara a término una agresión a la que él se oponía. Sin embargo, no hay evidencia de esta hipótesis. No hay nada en los archivos ruso o alemán que confieran carácter de autenticidad al texto de dos supuestas cartas de Hitler a Stalin del 31 de diciembre de 1940 y del 14 de mayo de 1941. Estas (editadas en Murphy, pp. 256 – 258, supuestamente basándose en su publicación en una novela rusa en 1997) son casi, con certeza, falsificaciones. Pese a los grandes interrogantes respecto de la procedencia de los supuestos documentos, Murphy (pp. 185 – 191) parece dispuesto a otorgarles credibilidad. John Lukacs, *June 1941. Hitler and Stalin*, New Haven/Londres, 2006, pp. 150 – 158 tiende sin embargo a rechazar, sabiamente, las cartas.

[1096] La amenaza de un ataque tal había sido muy atenuada por el Pacto de Neutralidad del 13 de abril de 1941. Aunque, como las discusiones del Gobierno japonés a raíz de la invasión alemana dejarían ver, no había garantías de que Japón se adheriría al pacto, desde la perspectiva soviética «el tratado guardaba la promesa de obtener algún tipo de ganancia con el tiempo» (Zhukov, vol. 1, p. 257).

[1097] Sobre los lamentables fallos del servicio de inteligencia alemán, que hizo poco más que dar crédito a prejuicios ya existentes sobre la debilidad del Ejército Rojo, véase David Kahn *Hitler's Spies*. Germán Military Intelligence in World War II, Nueva York, 2000, pp. 445 – 461. Véase también Whaley, p. 33. No parece haber habido intento alguno por parte de la inteligencia militar soviética de difundir desinformación con el objetivo de dar a conocer la fuerza del Ejército Rojo.

[1098] Erickson, *Road to Stalingrad*, pp. 69 – 73, 81, 86; Glantz, *Military Strategy*, pp. 63, 98, 101 – 102; Glantz, *Stumbling Colossus*, p. 97. Véase también Zhukov, vol. 1, p. 249.

[1099] Medvedevy Medvedev, p. 245.

[1100] Zhukov, vol. 1, p. 250, añadiendo inmediatamente que la conjetura de Stalin según la cual los alemanes atacarían el sur, y no el norte, había resultado cierta. Zhukov (pp. 300 – 301) sin embargo admitió la parte militar de la responsabilidad por los errores tácticos y estratégicos que se dieron en vísperas de la invasión e inmediatamente después. Véase también Roberts, *Stalin's Wars*, pp. 74, 80, y los comentarios sobre los fallos de los servicios de inteligencia en Glantz, *Stumbling Colossus*, pp. 254 – 257. El fracaso general de los servicios de inteligencia de los principales poderes a la hora de prever «Bar— barossa» es resaltado por Whaley, p. 227.

[1101] Robert E. Sherwood, *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, Londres, 1948, vol. 1, pp. 304 – 305; Frank Freidel, *Franklin D. Roosevelt. A Rendezvous with Destiny*, Boston, 1990, p. 373.

[1102] Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 3: *The Grand Alliance*, Londres 1950, pp. 330 – 333. La «ayuda simbólica» que Churchill estaba dispuesto a ofrecer a la Unión Soviética en la práctica, pese a sus claras manifestaciones públicas de apoyo, la resalta Sheila Lawlor, «Britain and the Russian Entry into the War», en Richard Langhorne (ed.), *Diplomacy and Intelligence during the Second World War*, Cambridge, 1985, pp. 171 – 174.

[1103] William L. Langer y S. Everett Gleason, *The Undeclared War, 1940 – 1941*, Nueva York 1953, p. 537. Esta era básicamente la opinión que se tenía en el Departamento de Estado. Cuando Roosevelt decidió ayudar a la Unión Soviética, lo hizo (como se ha dicho) «con sólo la esperanza y la intuición por guía» (Warren F. Kimball, *The Juggler. Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton, 1991, pp. 27, 40).

[1104] Sobre MAGIC, véase I. C. B. Dear y M. R. D. Foot (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford/Nueva York, 1995, pp. 706 – 709.

[1105] *The Roosevelt Letters*, vol. 3: [1928 – 1945], ed. de Elliott Roosevelt, Londres, 1952, p. 375.

[1106] Citado en Herbert Feis, *The Road to Pearl Harbor. The Coming of the War between the United States and Japan*, Princeton, 1950, p. 227.

[1107] Waldo H. Heinrichs, Jr., *Threshold of War. Franklin D. Roosevelt and American Entry into World War II*, Nueva York/Oxford, 1988, pp. 104 – 105, 174, 206.

[1108] Thomas A. Bailey y Paul B. Ryan, *Hitler vs. Roosevelt. The Undeclared Naval War*, Nueva York, 1979, pp. 263 – 264.

[1109] Winston S. Churchill, *Great War Speeches*, ed. de bolsillo, Londres, 1957, p. 109.

[1110] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 541.

[1111] Citado en Robert A. Divine, *The Reluctant Belligerent. American Entry into World War*

II, Nueva York, 1965, p. 123.

[1112] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 541.

[1113] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 303 – 304.

[1114] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 538; y James McGregor Burns Roosevelt. *The Soldier of Freedom 1940 – 1945*, Londres, 1971, p. 104.

[1115] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 309.

[1116] Yale University Library, *Henry L. Stimson Diaries 1909 – 1945*, Rollo 6, entrada del 2.7.41; también en Henry L. Stimson y McGeorge Bundy, *On Active Service in Peace and War* Nueva York, 1948, p. 371.

[1117] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 538.

[1118] Harold L. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, vol. 3: *The Lowering Clouds 193 – 1941*, Nueva York, 1955, pp. 557 – 558.

[1119] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 542.

[1120] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 542 – 546.

[1121] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 309.

[1122] Joseph E. Davies, *Mission to Moscow*, Nueva York, 1941, p. 488.

[1123] Davies, pp. 494 – 495, 497; también edit, en Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 306 – 309.

[1124] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 560 – 561; Burns, pp. 114 – 115.

[1125] Citas de Ickes, vol. 3, pp. 592 – 593.

[1126] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 561.

[1127] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 545, 558 – 563; Freidel, p. 374. Ni tampoco fue muy valiosa la ayuda inicial de Gran Bretaña, la cual envió el primer convoy ártico a la Unión Soviética en agosto de 1941. Sin embargo, los materiales enviados para auxiliar a la Unión Soviética contra las fuerzas de Hitler comenzaron a jugar un papel importante en 1942.

[1128] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 319.

[1129] Kimball, *The Juggler*, pp. 22, 31 – 34, 36.

[1130] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 313 – 322; Chur

[1131] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 324 – 349, sobre la visita a Moscú; p. 325 sobre el sombrero.

[1132] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 329.

[1133] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 337.

[1134] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 335 – 342, 347.

[1135] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 342 – 344.

[1136] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 350; Churchill, *The Second World War*, vol. 3 p. 381.

[1137] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 129.

[1138] Freidel, p. 375.

[1139] Heinrichs, *Threshold of War*, pp. 174 – 175; Churchill, *The Second World War*, vol. 3, pp. 417 – 419, sobre la contribución británica.

[1140] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 396.

[1141] Ickes, vol. 3, p. 620.

[1142] Freidel, p. 376.

[1143] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 818 – 819; Sherwood, *White House Papers* vol. 1, pp. 399 – 400; Freidel, p. 376. Cuando el proyecto de ley Lend-Lease fue presentado por vez primera en el Congreso a principios de 1941, ya tenía como detractores a todos aquellos que no eran partidarios de que la ayuda abarcara a la Unión Soviética (Warren F. Kimball, *The Most Unsordid Act. Lend-Lease 1939 – 1941*, Baltimore, 1969, p. 189).

[1144] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 560; Freidel, p. 376.

[1145] Citado en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 544.

[1146] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 738; David M. Kennedy, *Freedom from Fear. The American People in Depression and War, 1929 – 1945*, Nueva York/Oxford, 1999, pp. 486 – 487; David Reynolds, *The Creation of the Anglo— American Alliance 1957 – 1941. A Study in Competitive Co-operation*, Chapel Hill, NC, 1982, p. 212; Mark A. Stoler, *Allies and Adversaries. The Joint Chiefs of Staff, the Grand Alliance, and U. S. Strategy in World War II*, Chapel Hill, NC/Londres, 2000, pp. 47, 49, 50, 55; extractos sustanciales del texto en Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 413 – 423.

[1147] *The Roosevelt Letters*, vol. 3, p. 378.

[1148] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 539, 579.

[1149] Burns, p. 104; Stimson Diaries, Rollo 6, entradas del 6 y el 7 de julio de 1941, dan fe de la decepción y la frustración que sentía Knox por la falta de audacia de Roosevelt.

[1150] Heinrichs, *Threshold of War*, p. no; Freidel, p. 383.

[1151] Citado en Burns, p. 105.

[1152] Joseph P. Lash, *Roosevelt and Churchill 1939 – 1941. The Partnership that Saved the West*, Nueva York, 1976, pp. 341 – 342.

[1153] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 576; Ickes, vol. 3, p. 571.

[1154] Bailey y Ryan, p. 155.

[1155] *The Churchill War Papers*, vol. 3: *The Ever-Widening War, 1941*, ed. de Martin Gilbert, Londres, 2000, p. 914 (9.7.41); Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 578.

[1156] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 208.

[1157] Burns, p. 105. También en el Extremo Oriente la imposición de sanciones petrolíferas hace que se contemple julio de 1941 como un punto de inflexión en la planificación estratégica y la diplomacia estadounidenses. Véase David Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor. Roosevelt's America and the Origins of the Second World War*, Chicago, 2001, p. 143.

[1158] Ickes, vol. 3, p. 571; Bailey y Ryan, p. 156.

[1159] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 577.

[1160] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 578. Véase Lash, p. 343, sobre la silenciada protesta aislacionista.

[1161] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 367.

[1162] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 367 – 369; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 570 – 574; Divine, *The Reluctant Belligerent*, pp. 129 – 131.

[1163] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 368.

- [1164] Stimson y Bundy, p. 377; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 574.
- [1165] Citado en Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 368.
- [1166] Citado en Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 169.
- [1167] Ambas citas en Lash, p. 391.
- [1168] Véase Lash, p. 392.
- [1169] Extensa cobertura de la conferencia en Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, pp. 350 – 366; Churchill, *The Second World War*, vol. 3, pp. 385 – 400; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 663 – 692; Lash, pp. 393— 400; Heinrichs, *Threshold of War*, pp. 148 – 161; y, especialmente, Theodore A. Wilson, *The First Summit. Roosevelt and Churchill at Placentia Bay, 1941*, Londres, 1970.
- [1170] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 670 – 677; Wilson, pp. 112— 113, 117, 119, 163 – 166, 215, 241 – 244.
- [1171] Freidel, p. 386.
- [1172] Churchill, *The Second World War*, vol. 3, pp. 388 – 389; Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 356; Wilson, pp. 88, 160 – 163; Heinrichs, *Threshold of War*, p. 157.
- [1173] Wilson, p. 144.
- [1174] Wilson, p. 145.
- [1175] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 216; Freidel, p. 392; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 143.
- [1176] Heinrichs, *Threshold of War*, p. 164.
- [1177] Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932— 1943*, Nueva York, 1979, p. 286.
- [1178] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 217.
- [1179] Citado en Reynolds, *Anglo-American Alliance*, pp. 214 – 215 (donde se menciona que algunos de los compañeros del Gabinete de Churchill sentían un grado de escepticismo con respecto a su informe positivo); y Dallek, p. 285.
- [1180] Texto en Churchill, *The Second World War*, vol. 3, pp. 393“394; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 687 – 688; y Wilson, p. 206.
- [1181] Véase Wilson, pp. 174, 260 – 262.
- [1182] Churchill, *The Second World War*, vol. 3, pp. 384, 394 (sobre la cita); Wilson, pp. 108 – 111, sobre una descripción del servicio.
- [1183] Citado en Wilson, p. 111.
- [1184] Wilson, p. 203.
- [1185] Freidel, p. 385.
- [1186] Wilson, pp. 2 × 0 – 211; texto en Churchill, *The Second World War*, vol. 3, PP— 395 – 396.
- [1187] Wilson, p. 203; Heinrichs, *Threshold of War*, p. 159.
- [1188] Wilson, pp. 212, 214.
- [1189] Véase Wilson, pp. 223 – 224 y 231 – 234, 266 – 267, sobre las reacciones en Estados Unidos.
- [1190] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 369.

[1191] Freidel, p. 389.

[1192] Sherwood, White House Papers, vol. 1, p. 374.

[1193] Bailey y Ryan, pp. 168 – 173.

[1194] Bailey y Ryan, pp. 173 – 174.

[1195] The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt, ed. de Samuel I. Rosenman, vol. 10 (1941), Nueva York, 1950, pp. 374 – 383; Bailey y Ryan, pp. 75 – 176.

[1196] Bailey y Ryan, pp. 171, 173, 175.

[1197] Sherwood, White House Papers, vol. 1, pp. 371 – 373 (cita en p. 373). Stim— son le dije a Hopkins que no se le había consultado con respecto al discurso, pero opinaba que «a menos que el presidente estuviera dispuesto a decir algo sustancial, sería mejor que no hablara en absoluto». Cuando lo escuchó, pensó que el discurso de Roosevelt «ha sido el más decisivo que ha dado» (Stimson Diaries, Rollo 7, entradas del 9 – 10.9.41). En sus memorias, Cordell Hull menciona que la tarde del 10 acordó con el presidente que éste «debía dejar totalmente claro que nuestra flota de guerra en el Atlántico dispararía contra cualquier submarino o navío del Eje que intentara interceptar el tráfico marítimo de nuestras aguas de defensa», aunque no se refiere a su mediación del día siguiente para rebajar el discurso (Cordell Hull, The Memoirs of Cordell Hull, Nueva York, 1948 vol. 2, p. 1.047).

[1198] Lash, p. 417.

[1199] Public Papers and Addresses, vol. 10, pp. 384 – 392; FDR's Fireside Chats, ed. de Russell D. Buhite y David W. Levy, Nueva York, 1992, pp. 189 – 196.

[1200] FDR's Fireside Chats, pp. 188 – 189.

[1201] Langer y Gleason, The Undeclared War, pp. 742, 746.

[1202] Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 746.

[1203] Heinrichs, Threshold of War, p. 168.

[1204] Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 747; Lash, p. 419.

[1205] Bailey y Ryan, pp. 177 n. y 182 n.

[1206] Citado en Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 747.

[1207] Citado en Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 747.

[1208] Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 749.

[1209] FDR's Fireside Chats, p. 196.

[1210] Aun así, la paralización del Congreso por parte de Roosevelt mediante el poder ejecutivo, basada en la presentación de información engañosa, aunque fuera por una buena causa, ha sido interpretada como determinante a la hora de sentar un precedente dañino para la actuación posterior en Vietnam (Lash, pp. 420 – 421).

[1211] Citado en Langer y Gleason, The Undeclared War, p. 749.

[1212] Citado en Dallek, p. 289. El comentario de Robert Divine, «la reacción pública [a la introducción de la escolta] fue tan favorable que Roosevelt podría haber comenzado los envíos meses antes con el sólido apoyo de los ciudadanos», no tiene suficientemente en cuenta la contradicción fundamental de la opinión pública norteamericana (y la percepción de la misma por parte del presidente), pese a que los datos de las encuestas de Gallup que reflejan esta contradicción son presentados en la misma página (Divine, The Reluctant Belligerent, p. 144).

[1213] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 751.

[1214] Bailey y Ryan, pp. 188 – 191.

[1215] Bailey y Ryan, pp. 191 – 192, 195 – 196.

[1216] Bailey y Ryan, pp. 196 – 197.

[1217] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 219; Nicholas John Cull, *Selling War. The British Propaganda Campaign against American «Neutrality» in World War II*, Nueva York/Oxford, 1995, pp. 170 – 173.

[1218] *Public Papers and Addresses*, vol. 10, pp. 438 – 445.

[1219] *Public Papers and Addresses*, vol. 10, pp. 444 – 445.

[1220] Citado en Dallek, p. 289.

[1221] Freidel, p. 394; Bailey y Ryan, p. 208; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 146.

[1222] Hull, vol. 2, p. 943.

[1223] Los principales portavoces de asuntos exteriores en el Senado le habían dicho a Roosevelt que, aunque opinaban que había una mayoría a favor de la revisión, habría un debate prolongado y maniobras obstruccionistas por parte de los aislacionistas (Lash, p. 426).

[1224] Hull, vol. 2, pp. 1.046 – 1.047.

[1225] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 380.

[1226] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 752.

[1227] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 752 – 756; Sherwood, *White House Papers* vol. 1, p. 381.

[1228] Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 146.

[1229] Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 383.

[1230] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 757.

[1231] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 758; Divine, *The Reluctant Belligerent*, p. 147.

[1232] Véase Dallek, p. 292.

[1233] Citado en Bailey y Ryan, p. 209.

[1234] Véase Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 218.

[1235] Algunas de las siguientes cuestiones se presentan en Bailey y Ryan, pp. 260 – 263; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 218; y Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor*, p. 157.

[1236] Esto fue expresado de forma explícita en un memorándum del almirante Stark a finales de septiembre, relacionado con el asunto de si presionar o no para que se revisara la legislación sobre la neutralidad. Pero Stark, que constantemente había buscado el que Estados Unidos se involucrara de forma directa en la guerra, opinaba que «Estados Unidos debe participar en la guerra contra Alemania lo antes posible, incluso si ello implica aceptar la posibilidad de hostilidades con Japón» (citado en Sherwood, *White House Papers*, vol. i, p. 381). Roosevelt, como hemos visto, no había estado dispuesto a seguir este curso de acción.

[1237] Citado en Dallek, p. 289; y Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 353 n. 114.

[1238] Reynolds, *Anglo-American Alliance*, pp. 219 – 220.

[1239] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 923; Kennedy, pp. 487 – 488.

[1240] Kennedy, p. 487.

[1241] Citado en Sherwood, *White House Papers*, vol. 1, p. 415.

[1242] En otoño de 1941, Roosevelt seguía pensando, o ello parece, que quizás podría evitar el envío de tropas a Europa si la Unión Soviética podía aguantar, y contempló la provisión de ayuda a Rusia como una manera de ayudar a prevenir el uso de las tropas americanas. El Ejército, sir embargo, pensaba que la Unión Soviética y Gran Bretaña no serían capaces de derrotar a Alemania sin el despliegue estadounidense de tropas. La ayuda a ambos países, desde esta perspectiva, tenía como objetivo el sustento de la resistencia militar hasta que el rearme estadounidense se hubiera completado. Al final, la ayuda a la Unión Soviética equipó aproximadamente 101 divisiones militares y conllevó que el despliegue estadounidense en Europa fuera menor que el previsto en el Victory Program (Stoler, pp. 55 – 58, y 285 n. 64).

[1243] Citado en Sherwood, White House Papers, vol. 1, p. 419.

[1244] Nobutaka Ike (ed.), *Japan's Decision for War. Records of the 1941 Policy Conferences* Stanford, California, 1967, p. 72.

[1245] Las deliberaciones sobre la opción del norte se pueden consultar en el ensayo de Hosoya Chihiro, «Northern Defence», en James William Morley (ed.), *The Fateful Choice. Japan's Advance into Southeast Asia, 1939 – 1941*, Nueva York, 1980, pp. 94 – 112. El surgimiento de la postura de la Marina sobre el avance por el sur es explorado en el ensayo de Tsunoda Jim, «The Navy's Role in the Southern Strategy», esp. pp. 287 – 295.

[1246] Cifras en Herbert P. Bix, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Londres, 2001, p. 400.

[1247] Akira Iriye, *The Origins of the Second World War in Asia and the Pacific*, Londres/Nueva York, 1987, p. 148; James William Morley (ed.), *The Final Confrontation. Japan's Negotiations with the United States, 1941*, Columbia, Nueva York, 1994 (ensayos traducidos de Tsunoda Jun, basados en documentación japonesa), p. 159.

[1248] David Reynolds, *The Creation of the Anglo-American Alliance 1937 – 1941. A Study in Competitive Co-operation*, Chapel Hill, NC, 1982, pp. 234 – 236; William Carr, *Poly to Pearl Harbor. The Making of the Second World War*, Londres, 1985, p. 153; Iriye, *Origins*, pp. 149 – 150.

[1249] Iriye, *Origins*, p. 147.

[1250] Iriye, *Origins*, pp. 148 – 149.

[1251] Bix, p. 401.

[1252] Sheffield University Library, Wolfson Microfilm 431, *Diary of Marquis Kido Koichi* doc. no. 1632W (63) 31.7.41, (63) 2.8.41, (66) 7.8.41; Carr, pp. 154 – 155.

[1253] Herbert Feis, *The Road to Pearl Harbor. The Coming of the War between the United States and Japan*, Princeton, 1950, remarca (p. 244): «A partir de ese momento el indicador del nivel de aceite y el reloj estaban el uno junto al otro. Cualquier caída en el nivel hacía que la hora de la decisión se acercara». Usando una analogía similar (p. 270), comenta: «El tiempo se había convertido en el instrumento de medición de la estrategia para ambos Gobiernos. Pero mientras a uno no le importaba que pasara, al otro le enloquecía el tictac del reloj».

[1254] Morley, *The Final Confrontation*, p. 157; *Foreign Relations of the United States. Japan, 1931 – 41*, vol. 2 [= Japan 11], Washington, 1943, pp. 549 – 550.

[1255] Sheffield University Library, Wolfson Microfilm 437, copiado de los National Archives, Washington, Record Group 243: *Records of the United States Strategic Bombing Survey* File id (10), *Memoirs of Prince Konoye* [Konoe] [=Konoe Memoirs] March 1942, fols. 29 – 30.

[1256] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 179.

[1257] Yoshitake Oka, Konoe Fumimaro. *A Political Biography*, Tokio, 1983, pp. 139 – 140.

[1258] John Toly, *The Rising Sun. The Decline and Fall of the Japanese Empire, 1936 – 1943* Nueva York, 1970, ed. de la Modern Library, 2003, p. 100; Ike, p. 151 yn. 35; Feis, p. 282.

[1259] Bix, pp. 403 – 404; Morley, *The Final Confrontation*, p. 181.

[1260] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 180 – 181.

[1261] Konoe Memoirs, fols. 30 – 31; Oka, p. 139; Robert J. C. Butow, *Tojo and the Coming of the War*, Princeton, 1961, pp. 243 – 244; Roger D. Spotswood, «Japan's Southward Advance as an Issue in Japanese-American Relations, 1940 – 1941», tesis doctoral inédita, University of Washington, 1974, pp. 398— 401.

[1262] Citas en Morley, *The Final Confrontation*, p. 180.

[1263] Iriye, *Origins*, p. 157; Morley, *The Final Confrontation*, p. 181. Sobre el aspecto y carácter de Nomura, Cordell Hull, *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York, 1948, vol. 2, p. 987 Toly, *The Rising Sun*, p. 67; Gordon W. Prange, *At Dawn We Slept. The Untold Story of Pearl Harbor*, Londres, 1982, p. 6.

[1264] *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers 1941*, vol. 4: *The Far East* Washington, 1956 [= FRUS, 1941], p. 359; también citado en Carr, pp. 154 – 155. Hull, vol. 2, pp. 1.014 – 1.015, pone de manifiesto la convicción del secretario de Estado, tras la invasión del sur de Indochina, de que la guerra entre Japón y Estados Unidos era ahora un hecho probable.

[1265] Morley, *The Final Confrontation*, p. 182.

[1266] Iriye, *Origins*, p. 156.

[1267] Toly, *The Rising Sun*, p. 91. Sobre las diferencias de énfasis entre Churchill y Roosevelt en la estrategia con respecto a Japón, véanse Waldo H. Heinrichs, Jr., *Threshold of War. Franklin D. Roosevelt and American Entry into World War II*, Nueva York/Oxford, 1988, pp. 152 – 155; y Feis, pp. 256 – 257.

[1268] Konoe Memoirs, fol. 33; *The «MAGIC» Background of Pearl Harbor*, vol. 3, Washington 1977, apéndice, pp. A 38 – 39; Hull, vol. 2, pp. 1.019 – 1.020; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 183 – 184; Reynolds, *Anglo-American Alliance*, p. 239 (sobre el cambio de posición de Roosevelt en su regreso desde Placentia Bay, a recomendación del Departamento de Estado).

[1269] *Japan II*, p. 565; también citado en Toly, *The Rising Sun*, p. 93; el despacho de Grew se encuentra en FRUS, 1941, vol. 4, pp. 382 – 383. Véanse también Joseph C. Grew, *Ten Years in Japan*, Nueva York, 1944, pp. 416 – 421; Hull, vol. 2, p. 1.025; Waldo H. Heinrichs, Jr., *American Ambassador. Joseph C. Grew and the Development of the United States Diplomatic Tradition* Boston, 1966, pp. 309 – 312, 337 – 343; y Morley, *The Final Confrontation*, pp. 186 – 187.

[1270] *Japan II*, p. 565; también citado en Toly, *The Rising Sun*, p. 93; el despacho de Grew se encuentra en FRUS, 1941, vol. 4, pp. 382 – 383. Véanse también Joseph C. Grew, *Ten Years in Japan*, Nueva York, 1944, pp. 416 – 421; Hull, vol. 2, p. 1.025; Waldo H. Heinrichs, Jr., *American Ambassador. Joseph C. Grew and the Development of the United States Diplomatic Tradition* Boston, 1966, pp. 309 – 312, 337 – 343; y Morley, *The Final Confrontation*, pp. 186 – 187.

[1271] Konoe Memoirs, fol. 35.

[1272] William L. Langer y S. Everett Gleason, *The Undeclared War, 1940 – 1941*, Nueva York 1953, pp. 700 – 701; Oka, p. 141; Morley, *The Final Confrontation*, p. 185.

[1273] Hull, vol. 2, p. 1.024; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 701; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 185 – 188; Oka, pp. 141 – 142.

[1274] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 165, 169, 364 – 366 (apéndice 6); Ike, pp. 135 – 136; Iriye, *Origins*, p. 159.

[1275] Morley, *The Final Confrontation*, p. 365.

[1276] Morley, *The Final Confrontation*, p. 366.

[1277] Morley, *The Final Confrontation*, p. 169.

[1278] Ike, pp. 129 – 133; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 267 – 274.

[1279] Bix, p. 410.

[1280] Sheffield University Library, Wolfson Microfilm 431, *Diary of Marquis Kido Koichi* doc. no. 1632W (67), 5.9.41; Oka, pp. 145 – 146.

[1281] Bix, pp. 412 – 413; Morley, *The Final Confrontation*, p. 174; Konoe *Memoirs*, fols. 40 – 41.

[1282] Bix, p. 410. Bix argumenta que el emperador se enfrentaba a «la decisión más importante de toda su vida», que «en aquel momento tenía posibilidades», que una retirada de Indochina y la pérdida de la posibilidad de hacerse con las Indias Orientales neerlandesas habría sido bien recibida por al menos algunos de los miembros del Alto Mando de la Marina, y que, consecuentemente, Hirohito escogió el camino de la guerra.

[1283] Kido *Diary*, doc. no. 1632W (68), 6.9.41; Bix, p. 413; Toly, *The Rising Sun*, p. 98.

[1284] Todo lo que sigue a continuación (excepto cuando se incluya referencia en sentido contrario), en Ike, pp. 138 – 151.

[1285] Morley, *The Final Confrontation*, p. 172.

[1286] Kido *Diary*, doc. no. 1632W (68), 6.9.41; Konoe *Memoirs*, fol. 41; Bix, p. 414; Morley *The Final Confrontation*, p. 176; Toly, *The Rising Sun*, p. 99; Oka, pp. 146 – 147.

[1287] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, pp. 170 – 171.

[1288] Toly, *The Rising Sun*, p. 103.

[1289] Konoe *Memoirs*, fol. 42; Japan II, pp. 604 – 606; Grew, pp. 425 – 428 (6.9.41); Oka, pp. 148 – 149; Toly, *The Rising Sun*, pp. 100 – 102 (en parte con base a una entrevista con la amante-no se menciona el nombre-de Konoe); Hull, vol. 2, pp. 1.028 – 1.031; Heinrichs, *American Ambassador*, p. 346; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 716; Heinrichs, *Threshold of War*, pp. 185 – 186. David Bergamini, *Japan's Imperial Conspiracy*, Nueva York, 1971, vol. 2, p. 1.019, menciona que la hija de Baron Ito servía la comida y la bebida. Feis, p. 271, hace referencia a la «hija de la casa». Konoe recordaba que la conversación duró una hora y media; Grew (p. 42 5) afirma que «la conversación duró tres horas». Hull deseaba que Grew fuera cauteloso en su trato con los líderes japoneses. Envío un telegrama al embajador el 9 de septiembre: «Mientras que el Departamento [de Estado] no ve objeción alguna a que participes en conversaciones de forma paralela a las acontecidas aquí con vistas a que podamos dilucidar mejor cuáles son las intenciones del Gobierno japonés, pensamos que, como se trata de un asunto en el que el presidente tiene un interés activo y personal, cualquier negociación de carácter definitivo relacionada con el cierre de un acuerdo debe seguir teniendo lugar aquí» (FRUS, 1941, p. 434)— Sobre los «Cuatro Principios» véase Hull, vol. 2, pp. 994 – 995.

[1290] Konoe *Memoirs*, fol. 36; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 704 – 705; Morley

The Final Confrontation, pp. 189, 194; Carr, p. 156.

[1291] The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, vol. 3, apéndice, pp. A 88 – 90; Iriye Origins, p. 163; Ike, p. 169.

[1292] Ike, pp. 170 – 171. Grew expresó su pesimismo cuando conoció a Toyoda el 22 de septiembre (Grew, pp. 432 – 434).

[1293] Iriye, Origins, p. 163.

[1294] Véase Ike, pp. 155 – 156. La distribución del tiempo había sido explícita— da en «Reference Materials for Answering Questions at the Imperial Conference on September 6 Regarding “The Essentials for Carrying Out the Empire’s Policies”», material preparado después de una serie de consultas entre el Gobierno y la Jefatura Suprema (Ike, pp. 152 – 163).

[1295] Kido Diary, doc. no. 1632W (71), 26.9.41; Oka, pp. 150 – 151; Ike, pp. 176 – 178; Toly, The Rising Sun, p. 105; Morley, The Final Confrontation, p. 209.

[1296] FRUS, 1941, pp. 494 – 497\ Japan II, pp. 656 – 661; Hull, vol. 2, p. 1*033; Kono Memoirs, fol. 47; Heinrichs, American Ambassador, p. 350.

[1297] Ike, pp. 179 – 180.

[1298] Morley, The Final Confrontation, p. 210.

[1299] Citado en Morley, The Final Confrontation, p. 213.

[1300] Morley, The Final Confrontation, pp. 213 – 217; Iriye, Origins, pp. 164 – 165. s». Kono Memoirs, fols. 49 – 50; Morley, The Final Confrontation, pp. 222— 225; Toly, The Rising Sun, pp. 109 – 111; Oka, pp. 154 – 156. Y véase el posterior testimonio de posguerra de Tojo, en el Tribunal Militar Internacional para Extremo Oriente, sobre la reunión (diferente en algunos detalles), Política Strategy Prior to the Outbreak of War (Part III), Japanese Monographs, 147, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, apéndice 6 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/147/147appo6.html>).

[1301] Kono Memoirs, fols. 50 – 51; Toly, The Rising Sun, pp. m-112; Oka, pp. 155 – 156.

[1302] Citado en Morley, The Final Confrontation, p. 227; Bix, p. 417; Oka, p. 156; Toly, The Rising Sun, pp. 112 – 113.

[1303] Iriye, Origins, pp. 165 – 166.

[1304] Oka, pp. 156 – 157.

[1305] Kono Memoirs, fols. 85 – 86.

[1306] Kono Memoirs, fols. 52 – 53; Kido Diary, doc. no. 1632W (79 – 82, cita 80); Morley, The Final Confrontation, pp. 230 – 245; Butow, pp. 285 – 301, 308; Toly, The Rising Sun, pp. 113 – 118; Bix, pp. 418 – 419; Oka, pp. 157 – 159; Feis, pp. 285 – 286.

[1307] Takashi Ito, Tadamitsu Hirohashi y Norio Katashima (eds.), The Secret Documents of Prime Minister Tojo. Records of the Words and Deeds of General Hideki Tojo [en japonés], Tokio, s. f., p. 478.

[1308] Morley, The Final Confrontation, p. 239.

[1309] Kido Diary, doc. no. 1632W (81), 17.10.41; Butow, pp. 301 – 302; Feis, pp. 286 – 287; Morley, The Final Confrontation, pp. 241, 243 – 244; Toly, The Rising Sun, p. 118.

[1310] Butow, pp. 302 – 305; Morley, The Final Confrontation, pp. 246 – 247.

[1311] Iriye, Origins, pp. 168 – 170.

[1312] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 842 – 843; Carr, p. 161; Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932 – 1945*, Nueva York, 1979, pp. 304 – 305.

[1313] Hull, vol. 2, p. 1.054. El embajador Grew en Tokio, por otra parte, no se mostró al principio excesivamente pesimista. Fue persuadido de que Tojo podía controlar el Ejército y forzarles a aceptar un acuerdo (Grew, p. 460 (20.10.41); Heinrichs, *American Ambassador*, p. 354). La valoración que el Departamento de Estado hizo del Gabinete de Tojo, escrita el 1^o de octubre de 1941 por Maxwell M. Hamilton, jefe de la División de Asuntos de Extremo Oriente, tampoco fue totalmente negativa. «No creemos», escribió Hamilton, «que el nuevo Gabinete rechace una solución negociada de las relaciones internacionales japonesas, pero al mismo tiempo tomará todas las medidas posibles para que, si la susodicha solución negociada no llega a término o no tiene éxito, no se pierda, por falta de preparación o de envío de tropas, la oportunidad de forzar una solución» (FRUS, 1941, pp. 522 – 523). Esto resulta similar a la consideración que Grew haría (Grew, pp. 460 – 470 (3 – 4.11.41)), según la cual Japón obviamente se estaba preparando «para implementar un plan alternativo en el caso de que el plan de paz fallara».

[1314] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 845 – 846 (memorándum de la Joint Board of the Army and Navy, 5.11.41). Véase también Carr, p. 161.

[1315] Morley, *The Final Confrontation*, p. 249.

[1316] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 247.

[1317] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 248 – 249.

[1318] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 249.

[1319] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 252.

[1320] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 250.

[1321] Ike, p. 195.

[1322] Ike, p. 188.

[1323] Ike, p. 191. Esto fue profético. Los fallos en la planificación japonesa y la disparidad, conforme la guerra se alargaba, entre disponibilidad estimada y real de matériel y de barcos expuestos, en Morley, *The Final Confrontation*, pp. 267 – 303.

[1324] Ike, pp. 191 – 192, 195. Tojo declaró después de la guerra que se habría tardado entre cuatro y siete años en producir la cantidad mínima necesaria de aceite sintético. Durante este tiempo, Japón tendría que haber dependido de sus reservas, que no eran suficientes para cubrir este período {Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part III), *Japanese Monographs*, 147, apéndice 7 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/147/147appo7.html>)).

[1325] Ike, p. 198.

[1326] Ike, pp. 197 – 198.

[1327] Ike, pp. 198 – 199.

[1328] Todas las citas de aportaciones a la Conferencia que siguen a continuación, a menos que se incluyan referencias en sentido contrario, provienen del texto en Ike, pp. 199 – 207.

[1329] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 255 – 258; Toly, *The Rising Sun*, p. 124.

[1330] Texto en Morley, *The Final Confrontation*, pp. 368 – 369 (apéndice 9).

[1331] Texto en Morley, *The Final Confrontation*, p. 370 (apéndice 9); y Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 842 – 843.

[1332] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, pp. 263 – 264.

[1333] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 264 – 265. Haciendo memoria de lo ocurrido en 1945, Togo-justificando sus actos, pero al menos con una cierta lógica-habló de las terribles dificultades a las que se tuvo que enfrentar al intentar, ya en esta coyuntura, evitar la guerra (Sheffield University Library, traducción de documentos japoneses [preparada por el Tokio War Crimes Trial], Wolfson Microfilm 306, Togo Memoirs, abril-agosto de 1945, fol. 1).

[1334] Bix, p. 424.

[1335] Morley, *The Final Confrontation*, p. 266; Toly, *The Rising Sun*, p. 130.

[1336] Todas las citas de aportaciones a la Conferencia que siguen a continuación, a menos que se incluyan referencias en sentido contrario, provienen del texto en Ike, pp. 208 – 239.

[1337] Iriye, *Origins*, pp. 177 – 178.

[1338] Grew, pp. 468 – 469 (su informe a Washington, 3.11.41; casi idénticas palabras en la entrada de su diario, 4.11.41 y, *Japan II*, pp. 703 – 704.

[1339] Toly, *The Rising Sun*, pp. 129, 136.

[1340] Hull, vol. 2, p. 1062.

[1341] Toly, *The Rising Sun*, pp. 129 – 130

[1342] Morley, *The Final Confrontation*, p. 285; y véase Bergamini, vol. 2, pp. 1.020 – 1.022. Yamamoto-irónicamente, contrario a la guerra contra Estados Unidos-de hecho había concebido su brillante plan de ataque ya en noviembre de 1940 y se lo había presentado al emperador, que estaba interesado en el mismo. En enero de 1941 Hirohito había solicitado que se investigara el plan a seguir, y el resultado del mismo fue «que el ataque sería extremadamente peligroso pero gozaría de una probabilidad razonable de éxito» (Bergamini, vol. 2, pp. 954 – 955 y n. 1). Debió de haber sido una filtración (véase Prange, p. 31), pues Grew informó a Washington ya el 27 de enero de 1941: «Se habla mucho en la ciudad sobre el hecho de que los japoneses, en caso de una ruptura con Estados Unidos, están planeando volcarse por completo en un ataque sorpresa sobre Pearl Harbor» (Grew, p. 368). Véase también Hull, vol. 2, p. 984; FRUS, 1941, p. 17. Para el dibujo de Yamamoto, véase Mark Weston, *Giants of Japan. The Lives of Japan's Greatest Men and Women*, Nueva York/Tokio/Londres, 1999, pp. 190 – 200.

[1343] Iriye, *Origins*, pp. 170 – 171.

[1344] Citado en Feis, p. 296; y (con ligeras variaciones en la traducción) Bergamini, vol. 2, p. 1.041.

[1345] Bix, p. 423; Morley, *The Final Confrontation*, p. 265.

[1346] Bix, pp. 421 – 422.

[1347] Ejemplos en Toly, *The Rising Sun*, pp. 132 – 135. La anotación en p. 133 indica que no hay evidencia de traducción errónea intencionada. Véase también Butow, p. 335 y n. 38, que indica que «las distorsiones no contravenían la realidad de las intenciones de Japón».

[1348] Hull, vol. 2, pp. 1.056 – 1.057, 1.060.

[1349] Véase Grew, pp. 468 – 469 (3.11.41), sobre la diferencia en el tono con respecto del empleado por el Departamento de Estado en Washington; y Morley, *The Final Confrontation*, pp. 310 – 311.

[1350] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 855 – 866; *Japan II*, pp. 729— 737; Hull

vol. 2, pp. 1058 – 1062; Feis, pp. 303 – 305.

[1351] Feis, pp. 307 – 308; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 863 – 864; Ike, p. 251 (informe de Togo a la Conferencia Liaison fechado el 20.11.41); Hull, vol. 2, pp. 1.063 – 1.064; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 301 – 305. no. Hull, vol. 2, pp. 1.069 – 1.071 (cita en p. 1.070); y Butow, pp. 336 – 338. Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 880, son críticos con «la intensidad de la indignación de Hull en relación con propuestas de los japoneses» que en muchos sentidos eran similares a ideas del propio Departamento de Estado. Spotswood (pp. 450 – 451) defiende el parecer de Hull, sobre todo teniendo en cuenta el rápido crecimiento del número de tropas japonesas en Indochina, ni. FRUS, 1941, pp. 635 – 636 (borrado final pp. 661 – 664); Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 881 – 882.

[1352] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 872.

[1353] Hull, vol. 2, pp. 1.072 – 1.073.

[1354] FRUS, 1941, pp. 640, 650 – 651, 655 – 656, 659 – 661, 666; Heinrichs, *Threshold of War*, pp. 209 – 211.

[1355] The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, vol. 4, Washington, 1978, apéndice, p. A 89. El 25 de noviembre el presidente les dijo a sus consejeros más próximos que «era probable que fuéramos atacados quizás el lunes siguiente [1 de diciembre], ya que los japoneses son conocidos por atacar sin previo aviso, y que la cuestión era qué debíamos hacer». Un asunto difícil, pensó, era «cómo llevarlos a disparar el primer tiro sin ponernos nosotros en una posición de demasiado riesgo» (Yale University Library, *Diaries of Henry L. Stimson 1909 – 1945*, Rollo 7, entrada de 25.11.41).

[1356] FRUS, 1941, pp. 660 – 661; Stimson Diaries, Rollo 7, entrada del 26.11.41.

[1357] FRUS, 1941, p. 665.

[1358] Hull, vol. 2, p. 1081.

[1359] Hull, vol. 2, pp. 1.074 – 1.076, 1082; Toly, *The Rising Sun*, pp. 140 – 143; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 305 – 307, 309; Carr, p. 163; Heinrichs, *Threshold of War*, pp. 208 – 212; Stimson Diaries, Rollo 7, entrada del 27.11.41.

[1360] Japan II, pp. 766 – 770; texto también en Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 896 – 897; y *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part III)*, Japanese Monographs, 147, apéndice 9 (<http://www.ibiblio.org/pha/mo—nos/i47/i47appo9.html>). Eran mucho más duras que las propuestas de hacía seis meses, del 21 de julio (véase Japan II, pp. 483 – 485), descritas como «una reafirmación inflexible de los principios de las relaciones internacionales tan a menudo articulados por el secretario Hull» (Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 632).

[1361] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 313 – 315, 317 – 318; Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 893, 898; Hull, vol. 2, pp. 1.081 – 1.084; Carr, pp. 163 – 164; Bix, p. 428.

[1362] Citado en Toly, *The Rising Sun*, p. 143.

[1363] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 313.

[1364] Véase el testimonio de posguerra de Tojo ante el Tribunal Militar Internacional de Extremo Oriente, donde afirmó que la opinión que entonces se tenía era que la propuesta de Estados Unidos era un ultimátum, y que «todos se quedaron estupefactos ante la severidad» de las exigencias (*Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part IV)*, Japanese Monographs, 150, apéndice 1 (<http://www.ibiblio.org/pha/m0n0s/150/150app03.html>)). Togo, en un telegrama a Nomura y Kurusu

del 28 de noviembre, habló de «esta propuesta humillante», que había resultado ser «bastante inesperada y extremadamente lamentable» (The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, vol. 4, pp. 84 – 86, y apéndice, pp. A 118). Nomura, dos días antes, había afirmado que tanto él como Kurusu se quedaron estupefactos cuando Hull se enfrentó a ellos con los Diez Puntos (vol. 4, apéndice, p. A 102 – 103).

[1365] Toly, *The Rising Sun*, p. 145.

[1366] Morley, *The Final Confrontation*, pp. 315 – 317; Ike, pp. 256 – 257.

[1367] Citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 320.

[1368] Bix, p. 430; Toly, *The Rising Sun*, pp. 176 – 179; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 324 – 326.

[1369] *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part IV)*, Japanese Monographs, 150 apéndice 4 (<http://www.ibiblio.org/pha/monos/150/150appo4.—html>).

[1370] Bix, pp. 430 – 431; Iriye, *Origins*, p. 182; Ike, pp. 262 – 263 (donde se da equivocadamente como hora de salida del vuelo las seis de la tarde); Morley, *The Final Confrontation*, p. 332; Prange, p. 390; Bergamini, vol. 2, pp. 1.057 – 1.059.

[1371] Ike, p. 261 y n. 46; Morley, *The Final Confrontation*, p. 327; Toly, *The Rising Sun*, p. 179.

[1372] Citado en Bix, pp. 430 – 431.

[1373] Bix, p. 431.

[1374] Ike, p. 271.

[1375] Ike, p. 279.

[1376] Ike, p. 282.

[1377] Ike, pp. 282 – 283; Bix, p. 433.

[1378] Butow, p. 363; Toly, *The Rising Sun*, p. 182.

[1379] Toly, *The Rising Sun*, p. 183; Morley, *The Final Confrontation*, p. 323.

[1380] Morley, *The Final Confrontation*, p. 344; The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, vol. 4, apéndice, pp. A 130 – 134.

[1381] Morley, *The Final Confrontation*, p. 329.

[1382] Morley, *The Final Confrontation*, p. 338.

[1383] Robert E. Sherwood, *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, Londres, 1948, vol. 1, p. 430; también citado en Morley, *The Final Confrontation*, p. 344; Toly, *The Rising Sun*, p. 194.

[1384] Toly, *The Rising Sun*, pp. 193 – 194, 198 – 199; Bix, p. 436.

[1385] Morley, *The Final Confrontation*, p. 344; Iriye, *Origins*, p. 183.

[1386] Un estudio «profético» llevado a cabo el anterior mes de julio de hecho había elevado la probabilidad de exactamente ese tipo de ataque aéreo con portaaviones, e indicaba la necesidad de reforzar las defensas de Pearl Harbor (Prange, pp. 185 – 188). Sin embargo, el plan ideado posteriormente (Joint Army-Navy Hawaiian Defense Plan) para la protección de Pearl Harbor frente a un ataque aéreo por sorpresa era muy bueno (Toly, *The Rising Sun*, p. 195). Nadie parecía recordar el aviso de Grew del enero anterior (Grew, p. 368).

[1387] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 926 – 927 (y p. 911); Iriye, *Origins*, p. 183; Morley, *The Final Confrontation*, p. 345; Heinrichs, *Threshold of War*, p. 216.

[1388] Toly, *The Rising Sun*, pp. 201 – 202; Morley, *The Final Confrontation*, pp. 334 – 335.

[1389] Morley, *The Final Confrontation*, p. 338.

[1390] I. C. B. Dear y M. R. D. Foot (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford/Nueva York, 1995, p. 872; Toly, *The Rising Sun*, pp. 221, 235; Dallek, p. 311; Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms. A Global History of World War II*, Cambridge, 1994, pp. 260 – 261.

[1391] Carta a Sasakawa Ryochi, 24 de enero [1941], agregada como un último folio a las Memorias de Konoe.

[1392] Fue tal, que las teorías conspirativas-básicamente, que la Administración estadounidense sabía del ataque que se avecinaba pero deliberadamente evitó la adopción de medidas de seguridad apropiadas y permitió que el devastador ataque tuviera lugar para que sirviera de justificación a la entrada de Estados Unidos en la guerra-rápidamente aparecieron y nunca han sido del todo desmanteladas. Siempre fueron rebuscadas, y los diferentes análisis exhaustivos por parte de Prange sobre la escalada militar anterior a Pearl Harbor tanto en el bando japonés como en el estadounidense (véanse aquí en especial los comentarios de su último capítulo, pp. 725 – 738), y sobre la inteligencia estadounidense por parte de Roberta Wohlstetter, *Pearl Harbor. Warning and Decision*, Stanford, California, 1962, esp. pp. 382 – 396, han apuntado sin lugar a dudas a que, en estos increíbles acontecimientos, hubo un verdadero catálogo de errores, no un complot maquiavélico. Esto mismo confirma el estudio más reciente de Richard J. Aldrich, *Intelligence and the War against Japan. Britain, America and the Politics of Secret Service*, Cambridge, 2000. Este rechaza (pp. 68 – 84) otra teoría de la conspiración: que Churchill fue informado por los servicios de inteligencia sobre Pearl Harbor pero le ocultó la información a Roosevelt deliberadamente.

[1393] Toly, *The Rising Sun*, p. 227. Cuando Kido, en el palacio real, oyó la «gran noticia», sintió «que los dioses habían venido en nuestra ayuda» (Kido Diary, doc. no. 1632W (90), 8.12.41).

[1394] Bix, pp. 436 – 437; texto de la Declaración Imperial de Guerra, en *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part IV)*, Japanese Monographs, 150, apéndice 7 (<http://www.ibibli0.0rg/pha/m0n0s/150/150app07.html>).

[1395] Hull, vol. 2, pp. 1.095 – 1.097 (cita en p. 1.096); Morley, *The Final Confrontation*, p. 338; The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, vol. 4, p. 101; Toly, *The Rising Sun*, pp. 224 – 225. La descripción de Nomura está en *Political Strategy Prior to the Outbreak of War (Part IV)* Japanese Monographs, 150, apéndice 6 (<http://www.ibibli0.0rg/pha/m0n0s/150/150app06.html>).

[1396] Frank Freidel, *Franklin D. Roosevelt. A Rendezvous with Destiny*, Boston, 1990, p. 407; Bergamini, vol. 2, p. 1096; Carr, p. 166.

[1397] Langer y Gleason, *The Undeclared War*, pp. 938 – 939.

[1398] Nazli Choucri, Robert C. North y Susumu Yamakage, *The Challenge of Japan before World War II and After*, Londres/Nueva York, 1992, pp. 37 – 38, 40– 43, 118 – 120, 132 – 137.

[1399] Véase Paul W. Schroeder, *The Axis Alliance y Japanese-American Relations 1941*, Ithaca, Nueva York, 1958, pp. 203 – 208. Carr, p. 157, plantea la misma pregunta, a la que responde de forma convincente: «Ningún presidente americano, y sobre todo uno tan sensible a la opinión pública como Roosevelt, podría haber superado un cambio de dirección de esta magnitud frente a una población encolerizada... Además, cualquier atisbo de rendición ante Japón habría tenido un efecto desmoralizador sobre los enemigos del Eje».

[1400] Sobre esto véanse los pertinentes comentarios de Feis, pp. 274 – 275, donde afirma que

Konoe «era rehén, voluntaria o involuntariamente, de los términos precisamente prescritos en conferencias que él mismo había presidido», y «es poco probable que pudiera haberles sorteado o que, en un acto de desesperación, los hubiera dejado a un lado. Su carrera y su historial políticos dan fe de ello».

[1401] Véase, por ejemplo, Toly, *The Rising Sun*, notas de las pp. 141 y 145; y Morley, *The Final Confrontation*, p. 319.

[1402] Véase Langer y Gleason, *The Undeclared War*, p. 721.

[1403] Véase Iriye, *Origins*, pp. 178 – 179.

[1404] Sebastian Hafiher, *Von Bismarck zu Hitler. Ein Rückblick*, ed. de bolsillo, Munich, 1989, p. 293. Véase también Enrico Syring, «Hitlers Kriegserklärung an Amerika vom 11. Dezember 1941», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg. Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz*, Múnich/Zúrich, 1989, p. 683.

[1405] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932 – 1945*, Wiesbaden, 1973, p. 1.809.

[1406] Texto en Domarus, p. 1.808 n. 543; y DGFP, 13, doc. 577, pp. 1.004 – 1.005; véase también Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923 – 45. Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännern Europas*, Bonn, 1953, p. 554.

[1407] *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939 – 1944*, ed. de Heinz Boberach, Neuwied/Berlin, 1965, p. 198.

[1408] Harry W. Flannery, *Assignment to Berlin*, Londres, 1942, p. 291.

[1409] *Mein Tagebuch. Geschichten vom Überleben 1939 – 1947*, ed. de Heinrich Bre— loer, Colonia, 1984, p. 64.

[1410] «Inside Germany Report» de diciembre de 1941, citado en Philipp Gas— sert, *Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda und Volksmeinung 1933— 1945*, Stuttgart, 1997, p. 321.

[1411] Wilm Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten». *Das Leben eines deutschen Offiziers in Briefen und Tagebüchern*, ed. de Thomas Vogel, Múnich, 2004, p. 561.

[1412] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. de Elke Fröhlich, parte II, vol. 2, Múnich 1996, p. 45 3 (8.12.41).

[1413] Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1937 – 1945*, Mainz, 1980, p. 296.

[1414] Karl Dönitz, *Memoirs. Ten Years and Twenty Days*, Nueva York, 1997, p. 195. [Hay trad. cast.: *Diez años y veinte días: memorias del hombre que sucedió a Hitler como jefe del III Reich*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.]

[1415] Walter Warlimont, *Inside HitleVs Headquarters 1939 – 45*, ed. de Presidio, Novato California, s. f., p. 208.

[1416] Warlimont, p. 203.

[1417] Warlimont, p. 50.

[1418] *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, p. 160.

[1419] Ernst von Weizsäcker, *Erinnerungen*, Múnich/Leipzig/Friburgo, 1950, p. 328.

[1420] Tan tarde como el 24 de febrero de 1945, Hitler seguía hablando del «inmenso territorio» de Estados Unidos, «lo suficientemente amplio como para absorber toda la energía de su gente», como el modelo que esperaba emular para Alemania en Europa, «para asegurar su independencia

económica total dentro de un territorio de un tamaño compatible con su población», añadiendo que «una gran nación necesita muchos acres» (The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents, February-April 1945, ed. de François Genoud, Londres, 1961, p. 88). Sobre sus problemas textuales con esta fuente, véase Ian Kershaw, Hitler; 1936 – 1945. Nemesis, Londres 2000, n. 121, pp. i.024 – 1.025.

[1421] Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen. Februar 1925 bis Januar 1933, ed. del Institut für Zeitgeschichte, vol. 3, parte i, Múnich, 1994, p. 161 (18.10.28).

[1422] Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen, vol. 4, parte 1, p. 417 (25.6.31).

[1423] El párrafo anterior recurre al análisis informativo en Gassert, pp. 87 – 103.

[1424] Gassert, pp. 34 – 36.

[1425] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905 – 1924. Stuttgart, 1980, pp. 96 – 97, 99.

[1426] Adolf Hitler, Mein Kampf, 876 – 880a reimpresión, Múnich, 1943, pp. 722 – 723; trad. de Ralph Mannheim con una introd. de D. C. Watt, ed. de bolsillo, Londres, 1973, pp. 582 – 583.

[1427] Dietrich Aigner, «Hitler und die Weltherrschaft», en Wolfgang Michalka (ed.), Nationalsozialistische Außenpolitik, Darmstadt, 1978, p. 62.

[1428] Véase Gassert, pp. 95 – 96; y Gerhard L. Weinberg, The Foreign Policy of Hitler's Germany. Diplomatic Revolution in Europe 1933 – 36, Chicago/Londres, 1970, p. 21; Gerhard L. Weinberg, «Hitler's Image of the United States», American Historical Review, 69 (1964), p. 1.009.

[1429] Hitler's Second Book. The Unpublished Sequel to Mein Kampf ed. de Gerhard L. Weinberg, Nueva York, 2003, p. 112.

[1430] Hitler's Second Book, pp. 116 – 117.

[1431] Los supuestos comentarios de Hitler sobre Estados Unidos de fuentes viciadas y desacreditadas, Edouard Calic, Unmasked. Two Confidential Interviews with Hitler in 1931. Londres, 1971 [hay trad. cast.: Hitlersin mascara. (Conversaciones secretas), Plaza & Janés Barcelona, 1972], y Hermann Rauschning, Hitler Speaks, Londres, 1939, no pueden ser considerados como declaraciones auténticas.

[1432] Ernst Hanfstaengl, Hitler. The Missing Years, ed. de bolsillo, Nueva York, 1994, p. 188.

[1433] Gassert, pp. 93 – 94; Andreas Hillgruber, «Der Faktor Amerika in Hitlers Strategie 1936 – 1941», Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung «Das Parlament», 11 de mayo de 1966, p. 4; Weinberg, «Hitler's Image», pp. 1.010 – 1.012.

[1434] Weinberg, Diplomatie Revolution, pp. 133 – 158, esp. pp. 145, 149, 157.

[1435] Véase Gassert, pp. 183 – 246, para un estudio exhaustivo de estos rasgos de las representaciones alemanas de Estados Unidos.

[1436] Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler, ed. de Karl-Heinz Minuth, vol. i, Boppard am Rhein, 1983, p. 317; y véase Gassert, pp. 183 – 184.

[1437] IMT, vol. 25, pp. 402 – 413, doc. 386-PS; trad. de Jeremy Noakes y Geoffrey Pridmore (eds.), Nazism 1919 – 1945. A Documentary Reader, vol. 3, Exeter, 1988, pp. 680 – 687.

[1438] DGFP, i, doc. 423, p. 656; Hillgruber, «Amerika», p. 7. Sobre el «discurso de la cuarentena», dirigido principalmente a Japón, véase Robert Dallek, Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1952 – 1945, Nueva York, 1979, p. 148.

[1439] Gassert, pp. 246 – 259.

- [1440] Frank Freidel, Franklin D. Roosevelt. A Rendezvous with Destiny, Boston, 1990, p. 314 Gassert, pp. 258 – 259.
- [1441] Saul Friedländer, Prelude to Downfall. Hitler and the United States, 1939— 1941, Nueva York, 1967, pp. 8 – 9.
- [1442] Adam Tooze, The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy Londres, 2006, p. 283.
- [1443] Wilhelm Treue (ed.), «Rede Hitlers vor der deutschen Presse (10. November 1938)» Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 6 (1958), p. 191.
- [1444] DGFP, 4, doc. 158, p. 192; Friedländer, Prelude to Downfall, p. 9.
- [1445] Domaras, p. 1058; trad, de Noakes y Pridham, vol. 3, p. 1049. Y véase Tooze, pp. 283 – 284.
- [1446] Véase Dallek, p. 181, sobre los comentarios de Roosevelt, hechos en privado, que se filtraron a la prensa; y Gassert, p. 261, sobre la réplica propagandística alemana.
- [1447] William L. Langer y S. Everett Gleason, The Challenge to Isolation, 1937— 1940, Nueva York, 1952, pp. 84 – 85; Cordell Hull, The Memoirs of Cordell Hull, Nueva York, 1948, vol. 1, p. 621.
- [1448] Below, p. 161.
- [1449] Langer y Gleason, Challenge, p. 87.
- [1450] Domaras, pp. 1.166 – 1.179, para las partes del discurso dado como «respuesta» a Roosevelt.
- [1451] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, ed. de Elke Fröhlich, parte I, vol. 6, Múnich, 1998, p. 332 (29.4.39). Véase Gassert, pp. 263 – 266, para la repercusión positiva del discurso en Alemania.
- [1452] William L. Shirer, Berlin Diary, 1934 – 1941, ed. de bolsillo, Londres, 1970, p. 133. Shirer acertó al asumir que los comentarios de Hitler gustarían a los aislacionistas. Véase Langer y Gleason, Challenge, p. 89.
- [1453] Friedländer, Prelude to Downfall, pp. 50 – 51; Gassert, pp. 271 – 277.
- [1454] Friedländer, Prelude to Downfall, pp. 61, 65.
- [1455] KTB d. OKW, vol. 1, 1965, p. 108E; Hillgruber, «Amerika», p. 8.
- [1456] DGFP, 8, doc. 172, p. 180 (1.10.39); doc. 405, pp. 470 – 471 (1.12.39); Hillgruber, «Amerika», p. 9.
- [1457] DGFP, 7, doc. 378, p. 377 (28.8.39); Hillgruber, «Amerika», p. 9.
- [1458] Below, p. 200.
- [1459] Franz Haider, Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942, vol. 1: Vom Polenfeldzug bis zum Ende der Westoffensive (14.8.1939 – 30.6.1940), ed. de Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1962, pp. 86 – 90.
- [1460] DGFP, 9, doc. 192, p. 277; Hillgruber, «Amerika», p. 9.
- [1461] Citado en Langer y Gleason, Challenge, p. 516.
- [1462] DGFP, 10, doc. 199, pp. 259 – 260; Hillgruber, «Amerika», p. 12.
- [1463] Wolfgang Michalka, «From the Anti-Comintern Pact to the Euro-Asia— tic Bloc Ribbentrop's Alternative Concept of Hitler's Foreign Policy Programme», en H.W. Koch (ed.)

- Aspects of the Third Reich, Londres, 1985, pp. 281 – 282.
- [1464] Friedländer, Prelude to Downfall, p. 125.
- [1465] Gassert, p. 281.
- [1466] Gassert, pp. 284 – 286.
- [1467] Fuehrer Conferences on Naval Affairs 1939 – 1945, Londres, 1990, p. 162.
- [1468] DGFP, 11, doc. 633, pp. 1.061 – 1.062.
- [1469] Friedländer, p. 172.
- [1470] Domarus, p. 1.661.
- [1471] KTB d. OKW, vol. 1, pp. 257 – 258; citado también en Andreas Hillgruber, Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940 – 1941, Bonn, 1993?, p. 364.
- [1472] Fuehrer Conferences, p. 172.
- [1473] Citado en Friedländer, Prelude to Downfall, p. 175.
- [1474] Citado en Friedländer, Prelude to Downfall, p. 175 n. 1.
- [1475] Heeresadjutant bei Hitler 1938 – 1943. Aufzeichnungen des Majors Engel, ed. de Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974, p. 99 (24.3.41).
- [1476] Friedländer, Prelude to Downfall, p. 203.
- [1477] Fuehrer Conferences, p. 199 (22.5.41); Friedländer, Prelude to Downfall, pp. 205 – 208 Thomas A. Bailey y Paul B. Ryan, Hitler vs. Roosevelt. The Undeclared Naval War, Nueva York 1979, pp. 122 – 129.
- [1478] Bailey y Ryan, pp. 129 – 132, 138 – 144.
- [1479] Fuehrer Conferences, p. 218 (6.6.41).
- [1480] Bailey y Ryan, pp. 148 – 149.
- [1481] Fuehrer Conferences, pp. 219 – 220 (21.6.41).
- [1482] Hitlers Weisungen für die Kriegführung. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. de Walther Hubatsch, ed. de bolsillo, Múnich, 1965, p. 121.
- [1483] DGFP, 12, doc. 78, pp. 144 – 145.
- [1484] Véase Friedländer, Prelude to Downfall, pp. 196, 202.
- [1485] DGFP, 12, doc. 281, p. 382.
- [1486] DGFP, 12, doc. 222, pp. 388 – 392.
- [1487] DGFP, 12, doc. 266, pp. 455 – 456.
- [1488] DGFP, 12, doc. 496, pp. 777 – 780; Ciano's Diary 1939 – 1943, ed. de Malcolm Muggeridge, Londres, 1947, p. 341 (12.5.41).
- [1489] DGFP, 12, doc. 596, pp. 967 – 970.
- [1490] KTB d. OKW, vol. 1, p. 996.
- [1491] Citado en Friedländer, Prelude to Downfall, p. 255.
- [1492] Fuehrer Conferences, p. 221 (9.7.41).
- [1493] Fuehrer Conferences, p. 222 (25.7.41).
- [1494] Franz Haider, Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939 – 1942, vol. 3: Der Rußlandfeldzug bis zum Marsch auf Stalingrad (22.6.1941 – 24.9.1942), ed. de Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1964, p. 38.

[1495] Hitlers Weisungen, pp. 159 – 162.

[1496] Fuehrer Conferences, p. 199; Hillgruber, «Amerika», p. 18.

[1497] Véase Eberhard Jäckel, Hitler in History, Hanover/Londres, 1984, p. 72.

[1498] Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über die Unterredungen mit Vertretern des Auslyes 1939 – 1941, ed. de Andreas Hillgruber, ed. de bolsillo, Múnich, 1969, pp. 292 – 303; y véase Hillgruber, «Amerika», p. 17.

[1499] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 1, Múnich, 1996, p. 263 (19.8.41).

[1500] Haider, Kriegstagebuch, vol. 3, p. 170 (11 de agosto de 1941); trad. The Haider War Diary, 1939 – 1942, ed. de Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Londres, 1988, p. 506.

[1501] Véase Kershaw, Hitler, 1936 – 1945, Londres, 2000, pp. 407 – 418.

[1502] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 1, pp. 236 – 237 (15.8.41). Y para la propaganda alemana sobre el Pacto Atlántico, véase Friedländer, pp. 268 – 269; Gassert, pp. 312 – 313.

[1503] DGFP, 13, doc. 209, p. 323; Friedländer, p. 267.

[1504] David Kahn, Hitler's Spies. German Military Intelligence in World War II, Nueva York 2000, pp. 80 – 83.

[1505] Friedländer, Prelude to Downfall, pp. 266 – 267, citando el telegrama de Bötticher fechado el 14 de agosto de 1941.

[1506] Sobre las críticas de Churchill en esta cuestión, véase John Charmley, Churchill: The End of Glory. A Political Biography, Londres, 1993, pp. 448 – 449.

[1507] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 1, p. 263 (19.8.41).

[1508] Fuehrer Conferences, pp. 228 – 229 (22.8.41).

[1509] Friedländer, Prelude to Downfall, pp. 275 – 281.

[1510] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 1, pp. 367 – 368, 370— 371» 375 – 376 (6 – 8.9.41), cita p. 376.

[1511] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 1, pp. 407 – 408 (13 – 9 – 41)1

[1512] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. i, p. 417 (14.9.41).

[1513] Fuehrer Conferences, pp. 231 – 233 (17.9.41). Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado en el Foreign Office, anotó en su diario el 19 de septiem— bre, acerca de las precauciones realizadas hacia Estados Unidos, que pensó que Roosevelt declaró la guerra ocho días más tarde para que los barcos norteamericanos estuvieran en su lugar (Die Weizsäcker-Papiere 1933 – 1930, ed. de Leonidas E. Hill, Francfort, 1974, p. 270).

[1514] Haider, Kriegstagebuch, vol. 3, p. 219 (10.9.41); Jäckel, Hitler in History, p. 75; Die Weizsäcker-Papiere, p. 268 (6.9.41).

[1515] DGFP, 13, doc. 316, p. 505; Jäckel, Hitler in History, p. 75.

[1516] Friedländer, Prelude to Downfall, p. 280.

[1517] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, Múnich, 1966, pp. 136, 149 (18 21. 10.41), cita en p. 136.

[1518] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, pp. 140, 145 (19 – 20.10.41) Bailey y Ryan, p. 202.

[1519] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, pp. 216 (cita), 223 (1 – 2.11.41).

[1520] Domarus, p. 1.778.

[1521] Fuehrer Conferences, p. 239 (13.11.41); véase Friedländer, *Prelude to Downfall*, p. 294.

[1522] William Carr, *Poly to Pearl Harbor. The Making of the Second World War*, Londres, 1985, p. 143.

[1523] Dr. Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941— 1942*, ed. de Percy Ernst Schramm, Stuttgart, 1963, p. 145 (10.9.41). [Hay trad, cast.: Hitler. Anatomía de un dictador, Grijalbo, Barcelona, 1965]; *Staatsmänner*, p. 319 (conversación con Ciano, 25.10.41); Hillgruber, «Amerika», pp. 4, 18.

[1524] *Die Weizsäcker-Papiere*, p. 274 (21.10.41); Weizsäcker, *Erinnerungen*, p. 326.

[1525] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte II, vol. 2, p. 180 (26.10.41).

[1526] DGFP, 13, doc. 434, p. 717; Jäckel, *Hitler in History*, p. 75.

[1527] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte II, vol. 2, p. 240 (6.11.41).

[1528] Jäckel, *Hitler in History*, p. 75. Véase también DGFP, 13, p. 745 n. 3.

[1529] DGFP, 13, doc. 480, p. 799; citado también en Jäckel, *Hitler in History*, p. 76, con ligeras variaciones en la traducción; véase también Friedländer, *Prelude to Downfall*, p. 306; y Gerhard Krebs, «Deutschland und Pearl Harbor», *Historische Zeitschrift*, 253 (1991), pp. 341 – 342. Krebs (pp. 327 – 347) ofrece un informe sobre los esfuerzos japoneses para asegurar la garantía del apoyo alemán

[1530] DGFP, 13, doc. 487, pp. 806 – 807; Jäckel, *Hitler in History*, p. 76; Friedländer, p. 306. Klaus Hildebry, *Das vergangene Reich. Deutsche Außenpolitik von Bismarck bis Hitler*, Stuttgart 1995, pp. 762 – 763. Sorprendentemente, Ott interpretó la respuesta de Ribbentrop como la aprobación del apoyo para Japón en circunstancias no previstas en el Pacto Tripartito, concretamente la agresión japonesa. Esto provocó un gran alivio en los líderes japoneses (Krebs, p. 342).

[1531] DGFP, 13, doc. 492, p. 813; Jäckel, *Hitler in History*, p. 77.

[1532] *Staatsmänner*, pp. 256 – 257 (4.4.41).

[1533] Nobutaka Ike (ed.), *Japan's Decision for War. Records of the 1941 Policy Conferences* Stanford, California, 1967, pp. 241 – 242 (12.11.41).

[1534] *Die Weizsäcker-Papiere*, p. 277 (23.11.41).

[1535] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte II, vol. 2, p. 308 (18.11.41).

[1536] Probablemente preparación para Hitler durante tres días, del 27 al 29 de noviembre, en una serie de encuentros con dignatarios extranjeros para celebrar la ampliación del Pacto Anti-Komintern de 1936. Véase Milan Hauner, *Hitler. A Chronology of his Life and Time*, Basingstoke/Nueva York, 2005?, p. 171.

[1537] DGFP, 13, doc. 506, pp. 847 – 848; Michael Bloch, *Ribbentrop*, ed. de bolsillo, Londres 1994, p. 346.

[1538] *The «MAGIC» Background of Pearl Harbor*, vol. 4, Washington, 1978, apéndice, p. A-383; DGFP, 13, doc. 512, p. 870, n. 4; Jäckel, *Hitler in History*, p. 79. Véase Krebs, pp. 346 – 347, y Syring, pp. 688 – 689, sobre el asunto de la autenticidad de las palabras citadas de Hitler. Krebs, p. 369, cita el telegrama de Oshima fechado el 29 de noviembre en Tokio: «Yo tengo la confirmación de que él [Hitler] apoyará a Japón con todas sus fuerzas si se presenta un conflicto en las relaciones entre japoneses y norteamericanos».

- [1539] IMT, vol. 31, doc. 2898-PS, p. 268. Friedländer, p. 306, da equivocadamente como fecha el 10 de noviembre y sitúa la conversación de Ott con Tojo.
- [1540] Nazi Conspiracy and Aggression, United States Government, vol. 6, Washington, 1946 doc. 3598-PS; citado también en John Toly, Adolf Hitler, Londres, 1977, p. 694.
- [1541] The «MAGIC» Background of Pearl Harbor, vol. 4, apéndice, pp. A 387— 388; Jäckel Hitler in History, p. 80. Véase también Carl Boyd, Hitler's Japanese Confidant. General Oshim Hiroshi and MAGIC Intelligence, 1941 – 1945, Lawrence, Kansas, 1992, p. 36. Syring, p. 689 (véase p. 695 n. 57), deja abierta la cuestión, discutida por los historiadores, de la fecha posible: 102 de diciembre. Una pequeña variación sobre este punto.
- [1542] Krebs, pp. 352 – 353; Jäckel, Hitler in History, pp. 80 – 81; Bloch, p. 346.
- [1543] Ciano's Diary, pp. 405 – 406 (3, 5.12.41).
- [1544] DGFP, 13, doc. 546, pp. 958 – 959; Jäckel, Hitler in History, p. 81; Krebs, PP— 352 - 353.
- [1545] Die Weizsäcker-Papiere, p. 279 (6.12.41).
- [1546] Weizsäcker, Erinnerungen, p. 327; Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 468 (10.12.41).
- [1547] Die Weizsäcker-Papiere, pp. 278 – 279 (6.12.41).
- [1548] Haider, Kriegstagebuch, vol. 3, p. 332 (7.12.41); trad. Haider War Diary, p.582.
- [1549] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 439 (6.12.41).
- [1550] Friedländer, Prelude to Downfall, p. 307.
- [1551] Weizsäcker, Erinnerungen, p. 328. El propio Jodi se sorprendió, él pensó, debido a Hitler (IMT, vol. 15, p. 397).
- [1552] Schmidt, p. 553.
- [1553] Ciano's Diary, p. 407 (8.12.41).
- [1554] Die Weizsäcker-Papiere, pp. 279 – 280 (8.12.41).
- [1555] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 453 (8.12.41).
- [1556] Institut für Zeitgeschichte, Múnich, ED 100, Diary of Walther Hewel (8.12.41); citado también en David Irving, Hitler's War, Londres, 1977, p. 352.
- [1557] Franz von Papen, Memoirs, Londres, 1952, p. 484.
- [1558] Generalfeldmarschall Keitel: Verbrecher oder Offizier? Erinnerungen, Briefe, Dokumente des Chefs OKW, ed. de Walter Görlitz, Gotinga, 1961, p. 285. Otto Dietrich, 12 Jahre mit Hitler Múnich, 1955, p. 85, también remarca el súbito cambio en el comportamiento de Hitler cuando recibió las noticias de Pearl Harbor.
- [1559] Warlimont, pp. 207 – 208.
- [1560] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, pp. 469 (10.12.41).
- [1561] Below, p. 296.
- [1562] Notas inéditas y grabación de una entrevista de Hans Mommsen a Wolfgang Brocke, 25.4.97. Agradezco al profesor Mommsen el acceso a este material.
- [1563] Generalfeldmarschall Keitel, p. 285.
- [1564] Gerhard Weinberg, A World at Arms. A Global History of World War II, Cambridge, 1994, p. 262; Jäckel, Hitler in History, p. 82; Friedländer, p. 308.

[1565] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, pp. 464 – 465 (10.12.41).

[1566] Nazi Conspiracy and Aggression, Washington, 1948, suplemento B, p. 1.199; en una versión ligeramente diferente, también en IMT, vol. 10, p. 298; y The Ribbentrop Memoirs, p. 160.

[1567] Véase Domarus, pp. 1.806 – 1.807.

[1568] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 494 (13.12.41).

[1569] Domarus, p. 1807.

[1570] Friedländer, Prelude to Downfall, p. 308.

[1571] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 476 (11—.12.41).

[1572] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 468 (10.12.41).

[1573] Nazi Conspiracy and Aggression, suplemento B, p. 1.199; la expresión de los mismos sentimientos en una redacción ligeramente diferente, en The Ribbentrop Memoirs, p. 160.

[1574] The Ribbentrop Memoirs, pp. 160, 167.

[1575] DGFP, 13, doc. 569, p. 994; Friedländer, p. 308.

[1576] DGFP, 13, doc. 562, p. 982; Jäckel, Hitler in History, p. 82.

[1577] Domarus, pp. 1.809 – 1.810.

[1578] Una cuestión tratada por Jäckel, Hitler in History, p. 86.

[1579] Syring, p. 691.

[1580] Jäckel, Hitler in History, p. 83; Syring, p. 688.

[1581] Véase Syring, p. 692; Gassert, p. 317.

[1582] Weizsäcker, Erinnerungen, p. 328.

[1583] Die Weizsäcker-Papiere, p. 280 (10.12.41).

[1584] Véase Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, pp. 433, 439 (5 – 6.12.41).

[1585] Die Tagebücher von Joseph Goebbels, parte II, vol. 2, p. 468 (10.12.41).

[1586] Hillgruber, Hitlers Strategie, p. 554.

[1587] Dönitz, pp. 202 – 206. Dönitz lamentó que algunos submarinos alemanes estaban situados en una posición que respondía a las necesidades de los submarinos de guerra en el Mediterráneo y protegían las reclamaciones noruegas.

[1588] Kahn, pp. 83 – 84.

[1589] Véanse los comentarios de Hitler a Oshima fechados el 3 de enero de 1942, afirmando que si Alemania y Japón actuaban juntos «Inglaterra perderá la India, y el mundo se colapsará. India es el corazón del Imperio Británico» (citado en Hildebry, Das vergangene Reich, p. 764).

[1590] Hildebry, Das vergangene Reich, p. 762.

[1591] Hull, vol. 2, pp. 1.099 – 1.100.

[1592] Freidel, p. 408.

[1593] Dallek, p. 312.

[1594] Freidel, p. 407.

[1595] David M. Kennedy, Freedom from Fear. The American People in Depression and War 1929 – 1945, Nueva York/Oxford, 1999, pp. 565 – 569.

[1596] Weinberg, A World at Arms, p. 330.

[1597] Esto difiere de la implicación en Kennedy, p. 524, que «en ausencia de una declaración

legal, Roosevelt podría haber encontrado imposible resistirse a las demandas para que los americanos realizaran un gran esfuerzo en el océano Pacífico contra el enemigo japonés formalmente reconocido, más que en el océano Atlántico, en una guerra no declarada contra los alemanes».

[1598] Kennedy, p. 543; I. C. B. Dear y M. R. D. Foot (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford/Nueva York, 1995, p. 860.

[1599] Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, 1995, p. 15, escribe «sobre el aspecto de las cosas» que ningún hombre racional hubiera escrito en 1942 sobre un eventual resultado de la guerra. «Sobre el aspecto de las cosas», que puede haber sido el caso. Pero Churchill, según su balance posterior, reconoció que, después de Pearl Harbor y con Estados Unidos en el conflicto, «nosotros hubiéramos ganado la guerra... si el destino de Hitler hubiera estado sellado. Si el destino de Mussolini hubiera estado sellado. Como para los japoneses, ellos serían la razón de la tierra. Todo el resto era simplemente el uso abrumador de la fuerza» (Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 3: *The Grand Alliance*, Londres, 1950, p. 539).

[1600] *Staatsmänner*, p. 329 (reunion de Hitler con el ministro de Asuntos Exteriores danés Erik Scavenius, 27.11.41). El repitió sentimientos similares con su propio séquito el 27.1.42 (Picker, p. 171). Ambos citados en Hillgruber, «Amerika», p. 20.

[1601] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. de Elke Fröhlich, parte II, vol. 2, Munich 1996, pp. 498 – 499 (13.12.41).

[1602] Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938 – 1942*, Stuttgart, 1981, p. 619.

[1603] *Dimension des Völkermords. Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, ed. de Wolfgang Benz, Múnich, 1991, p. 17.

[1604] Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919 – 1945. A Documentary Reader* vol. 3, Exeter, 1988, p. 1.130; Mark Roseman, *The Villa, the Lake, the Meeting. Wannsee and the Final Solution*, Londres, 2002, pp. 111 – 112. La cifra indica judíos en Inglaterra, y en países neutrales como Suiza, Turquía, Suecia, Irlanda y España.

[1605] Donald Bloxham, «The Armenian Genocide of 1915 – 16. Cumulative Radicalization and the Development of a Destruction Policy», *Past and Present*, 181 (2003), pp. 141 – 143, 146, 186 – 191; Norman M. Naimark, *Fires of Hatred. Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Massachusetts/ Londres, 2001, pp. 18 – 36.

[1606] También indicado por Robert S. Wistrich, *Hitler and the Holocaust*, Nueva York, 2001, p. 238.

[1607] Naimark, p. 35.

[1608] Michael Mann, *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge 2005, pp. 140, 145; Bloxham, p. 152. Y véase Naimark, pp. 28 – 30.

[1609] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932 – 1945*, Wiesbaden, 1973, p. 1058; trad. de Noakes y Pridham, vol. 3, p. 1.049.

[1610] Werner Maser (ed.), *Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in hyschriftlicher Dokumenten*, Düsseldorf, 1973, pp. 360 – 361; trad. *Nazi Conspiracy and Aggression*, United States Government, Washington, 1946 – 1948, vol. 6, p. 260.

[1611] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1903 – 1924*, Stuttgart, 1980, pp. 89 – 90; trad. de Noakes y Pridham, vol. 1, Exeter, 1983, pp. 12 – 14.

- [1612] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, 1943 (876 – 880* reimpresión), p. 772; trad. de Ralph Mannheim, *Hitler's Mein Kampf*, con una introd. de D. C. Watt, Londres, 1973, p. 620.
- [1613] IMT, vol. 28, pp. 538 – 539.
- [1614] Sobre el desarrollo de la carrera de Eichmann, véase David Cesarani, *Eichmann. His Life and Crimes*, Londres, 2004, caps. 1 – 3.
- [1615] Véase, esp., Michael Wildt, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002, específicamente sobre las oportunidades de la carrera, pp. 163 – 189.
- [1616] Otto Dov Kulka, «Die deutsche Geschichtsschreibung über den Nationalsozialismus und die “Endlösung”. Tendenzen und Entwicklungsphasen 1924 – 1984», *Historische Zeitschrift*, 240 (1985), pp. 628 – 629; y Otto Dov Kulka, «Critique of Judaism in European Thought. On the Historical Meaning of Modern Antisemitism», *Jerusalem Quarterly*, 52 (1989), pp. 128 – 129. Véase también Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews. The Years of Persecution, 1933 – 39*, Londres, 1977, pp. 84, 87 – 90, para la noción de «antisemitismo redentor».
- [1617] IMT, vol. 29, pp. 145 – 146; trad. de Noakes y Pridham, vol. 3, pp. 1.199— 1.200.
- [1618] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte II, vol. 3, Múnich, 1994, p. 561 (27.3.42).
- [1619] Esto no debe apoyar, sin embargo, las controvertidas reclamaciones de Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, 1996 p. 77, acentuando el camino específico de Alemania al genocidio al afirmar que el «antisemitismo eliminacionista» estaba en los siglos xix y xx «sumamente extendido en todas las clases sociales y sectores de la sociedad alemana, por ello estuvo profundamente integrado en la vida cultural y política y en la conversación, así como integrado en la estructura moral de la sociedad». [Hay trad. cast: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1998.]
- [1620] Ian Kershaw, *Hitler, 1889 – 1936. Hubris*, Londres, 1998, pp. 33 – 35.
- [1621] Léon Poliakov, *The History of Anti-Semitism*, vol. 4: *Suicidal Europe, 1870— 1933*, Oxford, 1977, pp. 52 – 57.
- [1622] Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866 – 1918*, vol. 2: *Machtstaat vor der Demokratie*, Múnich, 1992, p. 295.
- [1623] Nipperdey, pp. 299, 305; George Mosse, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres, 1966, pp. 93 – 97, 112. La confesión de Hitler de que había estudiado a Fritsch aparece en una carta que escribió al autor antisemita el 28 de noviembre de 1930. El dice estar convencido de que la obra de Fritsch estableció la base del movimiento antisemita nazi (Hitler: *Reden, Schriften, Anordnungen. Februar 1923 bis Januar 1933*, ed. del Institut für Zeitgeschichte, vol. 4, parte 1, Munich/Londres/Nueva York/Pa— ris, 1994, p.133).
- [1624] Véase Nipperdey, pp.290, 303, y su balance, pp. 289 – 311.
- [1625] Jäckel y Kuhn, p. 89.
- [1626] Otto Dov Kulka, «Richard Wagner und die Anfänge des modernen Antisemitismus», *Bulletin des Leo Baeck Instituts*, 4 (1961), pp. 281 – 300, localiza una temprana manifestación de antisemitismo mesiánico y redentor, como base de una ideología revolucionaria, en los escritos de Wagner.
- [1627] Ulrich Herbert, «“Generation der Sachlichkeit”. Die völkische Studentenbewegung der frühen zwanziger Jahre in Deutschly», en Werner Johe y Uwe Lohalm (eds.), *Zivilisation und*

Barbarei, Hamburgo, 1991, pp. 115 – 144; y, en extenso, en Wildt, *Generation des Unbedingten*.

[1628] Peter Gay, «In Deutschland zu Hause... Die Juden der Weimarer Zeit», en Arnold Paucke (ed.), *Die Juden im Nationalsozialistischen Deutschland 1933~1943* Tubinga, 1986, pp. 31 – 43.

[1629] Adolf Hitler. *Monologe im Führerhauptquartier*, ed. de Werner Jochmann, Hamburgo, 1980, p. 108.

[1630] Véase Martin Broszat, «Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 18 (1970), p. 403.

[1631] Sobre el término, véase Kershaw, Hitler, 1889 – 1936, pp. 529 – 530.

[1632] Véase Karl A. Schleunes, *The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy to— war German Jews 1933 – 1939*, Urbana, 111., 1970.

[1633] Otto Dov Kulka y Eberhard Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS— Stimmungsberichten 1933 – 1943*, Düsseldorf, 2004, pp. 372 – 373 (del informe del SD sobre el pueblo judío alemán, fechado en 1938).

[1634] Michael Wildt, *Die Judenpolitik des SD 1933 bis 1938. Eine Dokumentation*, München 1995, pp. 32 – 33.

[1635] Avraham Barkai, *Vom Boykott zur «Entjudung». Der wirtschaftliche Existenzkampf der Juden im Dritten Reich 1933 – 1943*, Frankfurt, 1988, p. 156.

[1636] Peter Longerich (ed.), *Die Ermordung der europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941 – 1943*, München/Zürich, 1989, p. 45; Noakes y Pridham, vol. 3 p. 566.

[1637] Véanse los informes de las propias agencias del régimen en Kulka y Jäckel, pp. 304 – 378; un análisis detallado ha sido realizado por Martin Korb, «Deutsche Reaktionen auf die Novemberpogrome im Spiegel amtlicher Berichte», tesis inédita, Technische Universität Berlin 2004.

[1638] Kulka y Jäckel, pp. 367 – 368, 372 – 373.

[1639] Główna Komisja Badania Zbrodni Hitlerowskich w Polsce [Archivo de la Comisión Central para la Investigación de los Crímenes de Hitler en Polonia, Ministerio de Justicia, Polonia] *Proceso a Artura Greisera*, vol. 27, fol. 167.

[1640] Christopher R. Browning, con la colaboración de Jürgen Matthäus, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln Nebraska, 2004, pp. 26 – 27.

[1641] Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 36 – 43.

[1642] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 47.

[1643] Citado en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 45.

[1644] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 62.

[1645] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 71.

[1646] Magnus Brechten, «Madagaskar für die Juden». *Antisemitische Idee und politische Praxis 1885 – 1945*, Munich, 1997, p. 16.

[1647] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 57.

[1648] Helmut Krausnick, «Denkschrift Himmlers über die Behy lung der Fremdvö lkischen in Osten (Mai 1940)», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 5, (1957), p. 197; trad, de Noakes y

Pridham, vol. 3, p. 932.

[1649] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 72.

[1650] *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939 – 1945*, ed. de Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer, Stuttgart, 1975, p. 252; y citado en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 84.

[1651] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 83.

[1652] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 45.

[1653] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 88.

[1654] Helmut Heiber, «Der Generalplan Ost», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 6 (1958), pp. 281 – 325.

[1655] *Heeresadjutant bei Hitler 1939 – 1945. Aufzeichnungen des Majors Engel*, ed. de Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974, pp. 94 – 95.

[1656] Citado en Peter Longerich, *Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich/Zúrich, 1998, p. 287; también en Götz Aly, «Endlösung». *Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Francfort, 1995, p. 268 [hay trad. cast: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*, Crítica, Barcelona, 2006]; y Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 103 – 104. Véase también Edouard Husson, «Nous pouvons vivre sans les Juifs»: Novembre 1941. Quand et comment ils décidèrent de la solution finale, Paris, 2005, pp. 71 – 73. Tengo una deuda con M. Husson por conseguirme una copia del memorándum de Dannecker del Centre de Documentation Juive Contemporaine (París), referencia DCL1 – 2, V-59.

[1657] Aly, pp. 195 – 201.

[1658] Aly, p. 200.

[1659] Aly, p. 268; Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 287.

[1660] Aly, pp. 270 – 271; Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 104.

[1661] *Diensttagebuch*, pp. 332 – 333, 336 – 337.

[1662] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte I, vol. 9, Múnich, 1998, p. 192 (18.3.41).

[1663] Véase Ian Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945. Nemesis*, Londres, 2000, pp. 353— 360, para un resumen de los acontecimientos mencionados en este párrafo.

[1664] KTB d. OKW, vol. 1: 1. August 1940 – 31. Dezember 1941, 1965, p. 341.

[1665] Aly, p. 270.

[1666] Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head. The Story of Hitler's SS*, Londres, 1969, p. 330.

[1667] Véase Kershaw, *Hitler*; 1936 – 1945, pp. 243 – 247.

[1668] Kershaw, *Hitler*, 1936 – 1945, p. 251.

[1669] Domaras, p. 1.663.

[1670] Citado en Omer Bartov, *The Eastern Front 1941 – 45. German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, 1986, pp. 116 – 117.

[1671] Jürgen Matthäus, «Operation Barbarossa and the Onset of the Holocaust, June-December 1941», en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 244.

[1672] Longerich, *Ermordung*, pp. 116 – 118; Krausnick y Wilhelm, p. 164.

- [1673] Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 258 – 259.
- [1674] Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 253 – 255; Richard Breitman, *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991, p. 168.
- [1675] Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 345 – 348.
- [1676] Krausnick y Wilhelm, p. 163
- [1677] Véase Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 268 – 277.
- [1678] Krausnick y Wilhelm, p. 196.
- [1679] Véase Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 313, 317.
- [1680] *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, ed. de Peter Witte et al., Hamburgo 1999, pp. 184 – 185.
- [1681] «Führer-Erlasse» 1939 – 1945, ed. de Martin Moll, Stuttgart, 1997, pp. 188 – 189 (I7 – 7 – 41)
- [1682] IMT, vol. 38, pp. 86 – 94, doc.— 221-L
- [1683] *Dienstkalender*, p. 185.
- [1684] Christopher R. Browning, *The Path to Genocide. Essays on Launching the Final Solution* Cambridge, 1992, pp. 105 – 106; Breitman, pp. 181 – 184; Yehoshua Büchler, «Kommando Reichsführer-SS. Himmler's Personal Murder Brigades in 1941», *Holocaust and Genocide Studies* 1/1 (1986), pp. n-25; Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 362 – 366.
- [1685] Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 279.
- [1686] Citado en Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 367; Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weißrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999, p. 560; y Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 281.
- [1687] Véase Raul Hilberg, «The Kommando Revisited», *Yad Vashem Studies*, 34 (2006), pp. 360 – 362.
- [1688] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 560 – 566; Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 281 – 282.
- [1689] Adolf Hitler. *Monologe*, p. 106 (25.10.41).
- [1690] Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution*, ed. de bolsillo, Berkeley/Los Angeles 1994, pp. 73 – 74
- [1691] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 573 – 574.
- [1692] Alfred Streim, *Die Behaltung sowjetischer Kriegsgefangener im «Fall Barbarossa»* Heidelberg/Karlsruhe, 1981, pp. 85 – 86.
- [1693] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 567 – 569.
- [1694] Matthäus en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 283, 7p. 5º n. 212; Breitman pp. 195 – 196; Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 372 – 373.
- [1695] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 572 – 573 y n. 435.
- [1696] Véase Streim, pp. 89 – 93.
- [1697] Roseman, p. 101; Aly, pp. 302 – 303 y n. 10.
- [1698] Sólo en Galicia Este, medio millón de refugiados judíos cayeron bajo el dominio nazi (Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 347).
- [1699] Institut für Zeitgeschichte, Múnich, ED 100, *Diary of Walther Hewel* (10 de julio de

1941); también citado en David Irving, *Hitler's War*, Londres, 1:977, p. 291 [hay trad, cast: *La guerra de Hitler*, Planeta, Barcelona, 1989]; y Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945*, p. 470.

[1700] *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über die Unterredungen mit Vertretern des Auslyes 1939 – 1941*, ed. de Andreas Hil—lgruber, ed. de bolsillo, Múnich, 1969, p. 310; también citado en Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945*, p. 470; y Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 315.

[1701] Citado en Aly, p. 285, y véase pp. 301 – 306 para la convincente sugestión de que las cifras proporcionadas en la Conferencia de Wannsee en enero de 1942 reflejan principalmente las perspectivas de planificación de junio y julio de 1941.

[1702] Aly, pp. 273, 328; Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945*, p. 471.

[1703] Citado en Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 318.

[1704] Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945*, pp. 473 – 474 y lámina 45.

[1705] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 319.

[1706] Aly, p. 338; Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 321 – 322.

[1707] Longerich, *Ermordung*, p. 157.

[1708] Longerich, *Ermordung*, pp. 74 – 75.

[1709] Ian Kershaw, «Improvised Genocide? The Emergence of the “Final Solution” in the “Warthegau”», *Transactions of the Royal Historical Society*, serie 6, 2 (1992), pp. 62 – 71.

[1710] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 329.

[1711] Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 375 – 377, sobre la ciudad de origen de las deportaciones.

[1712] Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 342 – 343, 346, 351.

[1713] Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 372.

[1714] Christian Gerlach, «Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden», *Werkstattgeschichte*, 18(1997), p. 17; Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 464.

[1715] Ésta es la reclamación plausible en el fino y corto estudio de Husson, PP— 115 – 155.

[1716] Adolf Hitler. *Monologe*, pp. 125 – 126, 130 – 131.

[1717] Domarus, pp. 1.772 – 1.773, 1.781.

[1718] Adolf Hitler. *Monologe*, p. 148.

[1719] Roseman, pp. 56 – 60.

[1720] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte II, vol. 2, p. 498 (13.12.41).

[1721] *Diensttagebuch*, pp. 457 – 458; trad. de Noakes y Pridham, vol. 3, pp. 1.126 – 1.127; y Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 408 – 409. Véase también Bogdan Musial, *Deutsch Zivilverwaltung und Judenverfolgung im Generalgouvernement*, Wiesbaden, 1999, pp. 218 – 220.

[1722] Cesarani, p. 114. En su juicio celebrado en Jerusalén, Eichmann recordó que en la conferencia se habló de «matanza, eliminación y exterminio» (Longerich, *Ermordung*, p. 93). Véase Roseman, pp. 68 – 79, para la interpretación más plausible del deliberadamente opaco registro escrito de la reunión.

[1723] La Administración civil del Gobierno General ya preveía la «solución final» en los preparativos de su organización (Musial, pp. 220 – 222).

[1724] Roseman, p. 77.

[1725] Es mucho más convincente ver esto como una extensión del cruel programa, más que como el resultado de la decisión fundamental de la «solución final» tomada como muy tarde en junio de 1942 (véase Florent Brayard, *La «solution finale de la question juive»*. La technique, le temps et les catégories de la décision, París, 2005, esp. pp. 16 – 18, 30 – 38).

[1726] El título del impresionante libro de Richard Breitman fue *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*.

[1727] Eberhard Jäckel, «From Barbarossa to Wannsee. The Role of Reinhard Heydrich», ensayo inédito amablemente puesto a mi disposición por el autor.

[1728] Berlin Document Centre, SS-HO, 933, Himmler a Gottlob Berger, 28.7.42.

[1729] Fleming, pp. 106 – 112.

[1730] *Hitlers politisches Testament. Die Bormann Diktate von Februar und April* Hamburgo 1981, pp. 69 – 70. Estos últimos monólogos registrados por Hitler sobreviven de manera algo dudosa (véase Kershaw, *Hitler, 1936 – 1945*, pp. 1.024 – 1.025 n. 121). A pesar de sus necesarias advertencias, sobre ellos recae una señal del auténtico Hitler.